



*Lemir 14 (2010) - Textos : 1-628*

ISSN: 1579-735X

FRAY JUAN DE LA CERDA  
VIDA POLÍTICA DE TODOS  
LOS ESTADOS DE  
MUJERES

Texto preparado por ENRIQUE SUÁREZ FIGAREDO

«Mira, amigo, que la mujer es animal imperfecto, y que no se le han de poner embarazos donde tropiece y caiga, sino quitárselos y despejalle el camino de cualquier inconveniente para que sin pesadumbre corra ligera a alcanzar la perfección que le falta, que consiste en el ser virtuosa».

(Cervantes, *El curioso impertinente*)

## ADVERTENCIA

HACE años que deseaba disponer de copias de este libro. Conocía de él algunos pasajes, y conjeturaba que su total lectura me sería tan gustosa como la de alguna otra obra de la época, como, por ejemplo, el *Examen de ingenios*. Mis intentos de conseguir fotocopias a un coste razonable (el texto ocupa 604 folios) habían resultado baldíos y ya casi había renunciado a ello, cuando topé con la flamante reproducción facsímil disponible en la *Biblioteca Digital Hispánica*. Recuperé entonces mi proyecto de preparar una edición electrónica de esta *Vida política de ... mujeres*, que no había sido reimpressa desde su publicación en 1599.

Fray Juan de la Cerda se decidió a escribirla «considerando ... las muchas ocupaciones e impedimentos que las mujeres tienen para ... buscar en diversos libros lo que al buen gobierno de sus estados pertenece y ... lo que a cada estado conviene para vivir en él con policía, buenas costumbres y virtuosamente». Tenemos, pues, en las manos un libro de orientación para «la mejor cosa de las que Dios crió en la tierra, después de el hombre»:

De aquí es que para casar a Adán..., primero puso los ojos en todos los animales de la tierra... Parecióle ... que ... la osa era brava, la raposa falsa, la leona soberbia, la culebra astuta, la oveja necia, la víbora ponzoñosa, la elefanta torpe, la onza ligera, la bestia bestia; que, al fin, entre todas aquellas animalias no había alguna que le viniese. Por donde antes quiso volver otra vez a poner mano en la Creación y crialle otra nueva criatura su igual con quien pudiese casalle.

Y, en efecto —quizá para mejor cumplir aquel «Creced y multiplicad»—, la «nueva criatura» salió dotada de un particular instinto hacia el ayuntamiento con el hombre, pues en ninguna otra cosa muestran las mujeres tan «plenaria devoción»:

...para cuyo efecto ni miran muchas veces por su honra ni por su fama ni por su provecho ... Allá vemos en la sagrada Escritura que, con ser Rebeca hija de buenos y buena por su persona, no habiendo visto en toda su vida el mayordomo de Abraham... (que ... la llevaba para mujer de Isaac), en oyendo cosa de casamiento dijo «sí»; que para esto nunca son mudas, aunque lo quieran parecer.

En fin, el hombre, el «animal perfecto», obtuvo una compañera y, con ella y por ella, todos los trabajos y quebraderos de cabeza del mundo. Había nacido la guerra entre sexos:

Buen testimonio es de la excelencia del sexo masculino al femenino que mandó Dios en el *Éxodo* que, de los animales que le habían de ofrecer, escogiesen los machos para los sacrificios y no las hembras; de donde se infiere que es de mayor excelencia y dignidad y más honroso en sí el sexo masculino que el femenino,

y el varón que la hembra. Y, demás desto, el hombre es cabeza y principio de donde la mujer procedió, como consta del segundo capítulo del *Génesis*; y, pues procedió del varón la mujer, no se puede negar sino que es de mayor perfección que ella, porque más noble es la causa que el efecto ... Eva salió de la costilla de Adán y la Iglesia del costado de Cristo, y no quiso [Dios] que saliese de los pies ni de la cabeza en señal que la mujer no ha de ser en casa pies ni cabeza: no ha de ser cabeza ni ha de gobernar la casa, porque eso sería no ser el marido hombre y porque casa gobernada por mujer no es mucho tenga otra puerta al corral, ni que si mujer manda la casa a pocos días eche della al marido, como Eva a pocas horas echó del Paraíso a Adán; porque son sus antojos tantos que es milagro perseverar mucho en un gusto y un deseo. Pero no por eso ha de ser la moza en casa; que no salió de los pies, sino de la costilla, en señal de la igualdad que entre los casados ha de haber.

Entiende el autor que es recomendable que la mujer sepa leer, «para que rece y lea buenos y devotos libros, mas el escribir ni es necesario ni lo querría ver en las mujeres ... porque tienen la ocasión en las manos de escribir billetes y responder a los que hombres livianos les envían. Muchas hay que saben este ejercicio y usan bien dél; mas otras usan dél tan mal que no sería de parecer que lo aprendiesen todas».

Las recomendaciones para cada *estado* ocupan cuatro *tratados* de distinta extensión: *Doncellas* (10 caps.), *Religiosas* (29 caps.), *Casadas* (29 caps.) y *Viudas* (4 caps.), con un quinto sobre las *Mujeres en general* (31 caps.) que se inicia reprobando «la demasiada curiosidad». Sorprende que el autor invierta tan sólo cuatro capítulos en las viudas —por más que sea estado «muy agradable a Dios»—, y en cambio dedique tantos a las monjas, a quienes no falta maestra, abadesa y confesor que las oriente. Sucede que el *Tratado de las monjas* es prácticamente un manual para novicias, y, así, contiene recomendaciones de todo tipo, incluso de cómo acostarse y cómo despabilarse por la mañana:

Debe la religiosa recogerse a su celda en tocando la campana, y, en entrando, darse cuarenta golpes con su disciplina y, hincada de rodillas, hacer oración devotamente... Y coja el hábito y cordón entre los pies y acuéstese con toda honestidad... No se acueste el rostro hacia arriba, ni menos hacia abajo, porque es cosa deshonesto y podría roncar y ... es causa de soñar fantasías; y por eso se acostará de un lado, tan bien compuesta que ... no tenga de qué avergonzarse... Y duerma y descanse hasta Maitines; y, en oyendo tañer, salte luego de la cama antes que la pereza le diga que ... aguarde a que la llamen... Y porque cuando la persona se levanta se halla pesada para la oración, se le da aquí por consejo y doctrina que haga una disciplina de quince o veinte golpes. Esto hecho, y expedidas todas sus necesidades, se podrá ir al coro.

Las recomendaciones alcanzan al cuidado de la ropa de cama y a la modestia del vestuario de la novicia:

Cada mes ha de sacar una vez la ropa al aire y sacudirla, por causa de el polvo y polilla, y tenga mucho cuidado en mudar y limpiar sus vestidos, de manera que ande muy limpia de continuo. Si la ropa que la prelada le diere le pareciere ... que no es como ella querría, o por ser pobre o de mala hechura, tenga paciencia, y acuérdesse que vino a buscar pobreza y desprecio del mundo...; que los bien vestidos deste siglo en las casas de los reyes moran.

En cuanto a la confesión:

Mucho debe mirar ... de no ser pesada en sus confesiones...; porque hay algunas que han menester uno y dos días, y, si hallasen paciencia en los confesores, nunca acabarían. Y de aquí procede no ... hallar confesor que quiera ir a aquellos monasterios donde estas escrupulosas están..., que ... los dejan enfadados y molidos, y aun algunas veces enfermos con su prolijidad. Y así, el que una vez va no vuelve otra, si puede escusarlo; porque son más temidas que un toro.

El autor se esmera en este apartado, pues «el confesor tiene el tiempo limitado cada semana, sin entrar antes ni después de lo que suele». Conviene, pues, que la religiosa «tome algún poco de tiempo, y apártese a un rincón y examine con diligencia su consciencia...; y procure de confesarse lo más a su confusión que pudiere, con tal que, so color de humildad, no diga lo que no hizo ni pensó, ni hermosee con palabras los pecados».

Al efecto se incluye una confesión-tipo en que la novicia se acusa de todos los pecadillos en que puede haber incurrido en la semana, incluso «pensamientos y memorias de varones» y al fin, generalizando, «de otras muchas [culpas] en que nuestro Señor sabe que le he ofendido». El completísimo modelo ocupa dos densas páginas, y el autor cree oportuno indicar a la novicia que...

Esta forma de confesar se ha puesto aquí no para que ... lo diga como aquí va, sino para que por esta manera de confesión se ordene para confesarse... Y así, dirá más o menos, según las culpas que tuviere; porque esto no se pone aquí sino como ... muestra para encaminar su confesión.

Finalmente, se recomienda la práctica seguida en algún monasterio, en que una monja veterana «no se quita de cerca del confesionario; y cuando ve que alguna se tarda..., la hace luego salir, ...diciendo: *Soror Fulana, mirad que tomáis el tiempo a las demás*».

Fray Juan de la Cerda encomienda mucho la castidad, si bien no ve demasiados inconvenientes al matrimonio, que es «sancto y ordenado por Dios»; pero desaconseja a las viudas reincidir en los tiempos que corren:

tiempo tan trabajoso que ... con grande dificultad se hallan agora dos voluntades de un hombre y mujer que se quieran concertar y concordar en uno; porque los hombres ... de agora muchos dellos son tiranos, avarientos, soberbios, carnales, desabridos y mal acondicionados; y las mujeres lo quieren tener todo conforme a su voluntad y contento, y no quieren ser sujetas a sus maridos, sino ser libres y hacer las cosas como les parece, y en los trajes y atavíos que usan son tan incómodos y costosos que no hay quien lo pueda sufrir.

El buen franciscano no se anda con chiquitas a la hora de expresar sus opiniones sobre el temperamento mujeril. Así, al tratar de que a todas «les pertenece ... ser hacendosas», expone los peligros de lo contrario:

Si la mujer casada no trabaja ni se ocupa en lo que pertenece a su casa, ¿qué otros estudios y negocios tiene en que se ocupar? Forzado es que ... quede en ser ventanera, visitadora, callejera, amiga de fiestas, enemiga de su rincón, de su casa olvidada y de las casas ajenas curiosa, pesquisidora de cuanto pasa y aun de lo que no pasa, inventora, parlera, chismosa, revolvedora de pleitos, jugadora y dada del

todo a la risa y a la conversación..., con lo demás que por ordinaria consecuencia se sigue, y se calla aquí por ser cosa manifiesta y notoria.

Y cuando expone a las novicias los beneficios de la regla del silencio:

Costumbre es de algunas mujeres (que por la mayor parte son parleras y no saben tener secreto de lo que oyen, antes muchas veces dicen lo que no saben y lo afirman, y jamás pueden guardar secreto, en especial de cosa que sea semilla y principio de mal) el decir por todas partes palabras engañosas y malas y sembrar discordia, o, si más no pueden, oyen a los otros para incitarlos y encenderlos en mal ... Así, pues, muy amadas hijas, domad vuestras lenguas agora que tenéis aparejo para hacerlos bienaventuradas.

En ocasiones llega el autor a un sorprendente nivel de detalle. Así, al tratar «de los costosos trajes y atavíos», da una completísima lista de «bujerías ... que usan las mujeres de España»:

collares, cadenas, gargantillas, manillas, mitras, copetes llenos de flores artificiosas y agentería o tembladeras (que sin aire tiemblan más que las hojas del árbol), pasamanos y breches de oro, pomas de ámbar, bujetas de algalia (que el hebreo llama «casas de vida», porque la repara a los desmayados), cercillos de perlas, anillos de piedras y camafeos, faldellines, mantellinas, basquiñas, espejos (unos grandes para casa, otros pequeños para la manga), alfileres, guzmanes, prendedores, camisas delgadísimas con puños y cabezones deshilados, cintas de seda, mantos de soplillo o gasa...

Y es que la disolución de las mujeres en ese apartado (y en otros) puede significar la ruina de todos, si no se corrige:

Esto se ha visto por experiencia de muchas ciudades famosas que por los deshonestos y costosos trajes de que usan las mujeres son atribuladas y amenguadas de hambres, guerras y pestilencias y otros azotes, lo cual permite Dios porque ... los hombres dejan vivir a sus antojos a las mujeres; y, por el contrario, vemos muchas veces que sufre algunas cosas malas en los pueblos por las oraciones de las buenas y honestas mujeres que hay en él. Pero cuando los hombres son malos y las mujeres peores, ya Dios no lo puede disimular, y así, envía sobre ellos riguroso castigo.

En cuanto al «vicio de los afeites»:

Di, mujer, ¿qué mejor juez de tu fealdad podemos hallar que a ti mesma, pues temes ser vista cual eres? Si eres hermosa, ¿por qué con el afeite te encubres? Si fea y disforme, ¿por qué te nos mientes hermosa, pues ni te engañas a ti ni del engaño ajeno sacas fruto? ... Si las mujeres que se afeitan entendiesen que con usar de aquellas invenciones y fingimientos manifiestan sus faltas, no sé si usarían de las tales cosas, porque por la mayor parte cada una está contenta de sí y se tiene en más que a la otra, y si en algo le reconoce ventaja en cien cosas dice que ella se la tiene.

En los capítulos finales, con el buen ejemplo de «algunas mujeres», el autor matiza un tanto las opiniones vertidas «de mujeres en general»:

Cap. XXVII: De la mujer mala, y de sus condiciones y propiedades

No tendrán razón de notarme de maldiciente y enemigo de mujeres las que son honestas y virtuosas por hacer relación de algunas tachas ... y polilla que se halla en el paño de las ruines ... Antes soy visto alabar a las buenas y honestas por el mismo caso que digo mal de las deshonestas y viciosas ... Cuanto más que parecería temeridad atreverme yo, siendo un gusanillo, a alabar a la mujer ... a quien alaba el mismo Espíritu Sancto en los *Proverbios*; y dice della: «La mujer temerosa de Dios, ésa ... alábenla las obras de sus manos». Y pues Él nos quita deste trabajo ... y Él tomó la mano para discantar sus loores, tomémosla nosotros para notar los vicios de las malas, ... y ... resplandecerá más la excelencia de las buenas y virtuosas...

Y el *Tratado* se cierra con:

Cap. XXVIII: De las grandes excelencias de las mujeres, y de cómo nadie debe hablar mal dellas.

...Nunca el cristiano debe abrir su boca para decir mal de las mujeres, considerando que fue nacido de mujer... Y ansimismo advierta que la mujer es naturalmente piadosa, amorosa, vergonzosa y graciosa, ...es consuelo del doliente, solaz del sano y refrigerio universal de todas las miserias del hombre....

Cap. XXIX: De algunas excelentes mujeres dotadas de gran sabiduría, entre las cuales se ponen las sapientísimas Sibilas.

No deben condenarse universalmente por flacas e insuficientes todas las mujeres, pues ha habido muchas que, desechada la flaqueza natural heredada de la primera mujer, fueron muy fuertes, esforzadas, valerosas y magnánimas...

Cap. XXX: De la valentía y fortaleza que algunas mujeres han tenido.

Muchos autores hay que tienen por gallardía y toman gusto de lavarse las manos en sólo contar las flaquezas y vicios de mujeres (como sea verdad que haya habido muchas que en virtudes y habilidades y otras buenas partes hacen notable ventaja a muchos hombres, en especial en lealtad, en amor, en devoción, en piedad y caridad) ...

Cap. XXXI: Del dolor y tristeza con que se despiden los que bien se quieren cuando se ofrece ir a tierras remotas y apartadas, y de algunas mujeres que en este sentimiento se señalaron.

Por más que el libro se presente como orientado a la mujer, no hay tal: en lo que abunda es en advertencias dirigidas a los padres de las doncellas, a los mozos que han de elegir esposa, a los maridos. Tal parece que, en el fondo, el autor da por inútil todo intento de ayudar a la mujer a corregir su temperamento y que se conforma con advertir de los malos siniestros que suelen tomar las mujeres, bien sea por no haberlas criado sus padres con la necesaria vigilancia y firmeza, bien por descuidarse de ello el esposo. Si se lee detenidamente se advertirá que el autor nunca da soluciones que merezcan nombre de tales, al menos no a la mujer, sino a su entorno. Véase la desgraciada vida que reserva a la que nació hermosa:

En ninguna manera conviene al que se casa buscar mujer que sea muy aventajada en hermosura, porque ... están muy ocasionadas a no ser buenas las que naturaleza adornó de excesiva belleza ... Así que quien busca mujer muy hermosa camina como por tierra de salteadores y con oro que ... se les pone a los ladrones delante de los ojos, y ... esto sólo hace que el marido, si tiene juicio y valor, se tenga por muy afrentado. Porque en la mujer semejante la ocasión que hay para no ser buena por ser cobdiciada de muchos, esa misma hace en muchos grande sospecha de que no lo es, y aquesta sospecha basta para que ande en lenguas ... su honra ... San Jerónimo dice que la hermosura no se ha de buscar en las que hubieren de ser mujeres legítimas, sino dejarla para las vendibles y deshonestas ... porque las feas son las que más quieren a sus maridos y las que más se desvelan por su regalo y por guardarles fidelidad; mas la hermosa, demás de ser servida y regalada y de pensar que nadie la merece, trocará a su marido por una clavellina ... Dirá alguno: ¿Qué se ha de hacer de las hermosas? ¿No se han de casar?. Para esto se les dan dos consejos: Que se metan monjas ... El segundo consejo es que ... no se case [la hermosa] con hombre muy avisado, sino ... de buenas entrañas, partido, llano, pacífico, bien acondicionado; porque si ella trae consigo las ocasiones de la sospecha y él las vivezas de la malicia, muy poca paz habrá en casa.

Y, en fin, resultan muy expresivos los epígrafes de dos de los capítulos finales del *Tra-  
tado de las Casadas*:

Cap. XXIV: De cuán grande nobleza y cristiandad usa el hombre que deja de matar a su mujer hallándola en adulterio, y de lo que en tal caso debe mirar.

Cap. XXV: De cómo el homicida es gravemente atormentado de inquietud y temor todos los días de su vida.

Fray Juan de la Cerda se inspira en pasajes bíblicos y en textos de Doctores de la Iglesia. También en los filósofos griegos y comentaristas latinos, y, si conveniente, trae a colación los sucesos y personajes de la guerra de Troya. De otros libros más modernos (p. ej., el *Carro de donas*, al que debe más de lo que reconoce, y a Juan de Pineda, a Antonio de Guevara...) todo le vale (a veces, a la letra). Insiste machaconamente en los conceptos y se repite en muchos lugares. Reprimendón y ejemplarizante, le falta originalidad y viveza, desconoce o rechaza los beneficios de la síntesis; pero es de agradecer el estilo llano, en vocabulario y sintaxis, que no pretende alzarse a mayores. *No hay libro tan malo que no tenga algo bueno.*

He tomado el texto al dictado por medio de un *software* de reconocimiento de voz, que facilita muchísimo la tarea en comparación con la fatiga de teclearlo. Muy correctamente puntuado (según el uso de la época) y con poquísimas erratas, dictarlo apenas ha planteado dificultades. Pero el *software* no siempre devuelve exactamente lo dictado al micrófono; unas veces por no disponer del vocablo en su diccionario ('sierpe', 'estrellero', 'Publio'); otras, porque no es capaz de distinguir entre un vocablo y otro ('diere', 'quiere'; 'guía', 'vía'); otras, porque extravía algún monosílabo ('a', 'y', 'en') o alguna sílaba ('viniendo' -> 'viendo'). Por supuesto, el problema se agudiza cuando, como es el caso, se dicta un texto antiguo ('letura', 'estraño', 'lición', 'ansí', 'tiniendo', 'escribir'). Lo peor es que el resultado, siempre correcto en la grafía, suele ser inteligible y muchas veces hace sentido, por lo que algunas de esas deturpaciones son difíciles de detectar, incluso al compulsar contra el original todo

el texto, ya en papel, una vez finalizado el dictado. Me he esmerado en ambas etapas para que el texto sea fidelísimo al original; pero algo se me habrá escapado, y una tercera lectura afloraría un centenar de discrepancias, espero que de escaso calibre.

En las notas me limito a comentar las erratas de composición, evitando corregir lo que podrían ser lapsus del autor en tanto que no planteen graves dificultades de comprensión. No reproduzco las indicaciones en los márgenes ni se me ha pasado por el pensamiento comprobar en las fuentes las citas que el autor trae a colación. En cuanto a la *Tabla alfabética de las materias y lugares comunes que se contienen en estos cinco Tratados de todos los estados de las mujeres*, en que se indica la página y un numerito de referencia, reproducirla de forma que resultase útil me habría supuesto infinitos problemas de maquetación. En fin, ésta no pretende ser la edición perfecta de la *Vida política*, pero bien servirá para satisfacer a los lectores curiosos.

En la BNE —ignoro si completo— se conserva un manuscrito de esta obra (Ms. 19212), algunas de cuyas páginas reproduce Francisco Rico en su libro *El texto del Quijote* como muestra de las alteraciones que un texto podía sufrir en la imprenta. Así, en la página 26v del libro se estampó:

...si uno tiene jurado de casarse con una mujer, si después a ella *sobre* algún caso sobreviene alguna *falsedad* notable, no está obligado a cumplir el juramento.

Ya yo había decidido enmendar «falsedad» por «fealdad», que es lo que pide el contexto (y errata que ya he visto otras veces); en cuanto a la expresión «sobre algún caso», aunque la encontraba extraña, asumí que podía leerse *por cualquier motivo*. En el manuscrito se lee: «por algún caso ... alguna fealdad».

En la siguiente página (27r) se estampó:

...y por su muerte muchos ciudadanos romanos fueron libres del temor *de perder* la vida. Del *maldito* Ricardo, rey tirano de Inglaterra, dice Polidoro que...

Aunque «maldito» me parecía excesivo, yo había dado todo el pasaje por bueno. En el manuscrito se lee: «de el perder ... malvado Ricardo».

Bastan estos detalles para evidenciar que mi texto, por fiel que sea a la *editio princeps*, no lo será al autor en tanto que no haya sido detenidamente cotejado con el Ms. 19212 de la BNE.

E. S. F.  
Barcelona, 2008



LIBRO INTITULADO

# VIDA POLÍTICA DE TODOS LOS ESTADOS DE MUJERES

En el cual se dan muy provechosos y cristianos documentos y avisos para criarse y conservarse debidamente las mujeres en sus estados.

*Divídese este libro en cinco Tratados. El primero es del estado de las Doncellas; el segundo, de las Monjas; el tercero, de las Casadas; el cuarto, de las Viudas, el quinto contiene diversos capítulos de mujeres en general.*

Con un Índice Alfabético muy copioso de materias, que sirven de lugares comunes.

Compuesto por el P. F. Juan de la Cerda,  
natural de Tendilla, de la Orden de S. Francisco  
y de la Provincia de Castilla.

Dirigido a Su Alteza de la Infanta doña  
**MARGARITA DE AUSTRIA,**  
*monja en el santo Monesterio de las Descalzas de Madrid.*

[Grabado: María amamantando a Jesús]

*Con privilegio de Castilla y Aragón.*

Impreso en Alcalá de Henares, en casa de Juan Gracián,  
que sea en gloria.

---

Año. M.D.XC.IX.

## TASA

YO, Juan Gallo de Andrada, escribano de Cámara de Su Majestad, de los que residen en su Consejo, certifico y doy fee: que, habiéndose visto por los señores dél un libro intitulado *Vida política de todos los estados de mujeres*, compuesto por Fray Juan de la Cerda, de la Orden de San Francisco, que tiene ciento y cincuenta y cinco pliegos y medio, tasaron cada uno a cinco blancas, que monta trecientos y ochenta y nueve maravedís, y dieron licencia para que a este precio se pueda vender, y mandaron que esta Tasa se ponga al principio del dicho libro y no se pueda vender sin ella. Y para que dello conste di la presente en Madrid, a veinte y dos de noviembre de mil y quinientos y noventa y nueve años.

Juan Gallo de Andrada

## ERRATAS

[...]<sup>1</sup>

CON estas enmiendas concuerda este libro, intitulado *Vida política de los estados de las mujeres*, con su original. Dada en Alcalá, a 23 de octubre de 1599.

El Maestro Orduña

1.- Se declaran 33 erratas, pero hay muchísimas más. Las enmiendas aquí indicadas las incorporo al texto sin dejar indicación alguna.

## EL REY

**P**OR cuanto por parte de vos, fray Juan de la Cerda, de la Orden de Sant Francisco, nos ha sido fecha relación que con mucho cuidado y estudio habíades compuesto un libro intitulado *Vida política de todos los estados de mujeres*, que era de mucha utilidad para el servicio de Dios y edificación de los fieles, y para que mejor se aprovechasen dél estaba en lengua vulgar, suplicándonos os mandásemos dar licencia para que pudiédes imprimir y vender el dicho libro en estos nuestros Reinos y privilegio para que por tiempo de veinte años ninguno le pudiese imprimir si no fuese con vuestro poder (y hacíades presentación de la licencia de vuestro Perlado), o como la nuestra merced fuese, lo cual visto por los del nuestro Consejo, por cuanto en el dicho libro se hicieron las diligencias que la pragmática por Nós últimamente hecha sobre la impresión de los libros dispone, fue acordado que debíamos mandar dar esta nuestra cédula para vos en la dicha razón, y Nós tuvimoslo por bien.

Por lo cual, por os hacer bien y merced, os damos licencia y facultad para que vos o la persona que vuestro poder oviere, y no otra alguna, podáis imprimir el dicho libro intitulado *Vida política de todos los estados de mujeres*, que de suso se hace mención, en todos estos Reinos de Castilla por tiempo y espacio de diez años, que corren y se cuentan desde el día de la data desta nuestra cédula, so pena que la persona o personas que sin tener vuestro poder le<sup>2</sup> imprimiere o vendiere, o hiciere imprimir o vender, pierda la impresión que hiciere, con los moldes y aparejos della, y más incurra en pena de cincuenta mil maravedís cada vez que lo contrario hiciere (la cual dicha pena sea la tercia parte para la persona que lo acusare, y la otra tercia parte para la nuestra Cámara, y la otra tercia parte para el juez que lo sentenciare), con tanto que todas las veces que oviéredes de hacer imprimir el dicho libro durante el tiempo de los dichos diez años lo traigáis al nuestro Consejo, juntamente con el original que en él fue visto, que va rubricado en cada plana y firmado al fin dél de Juan Gallo de Andrada, nuestro escribano de Cámara, de los que en él residen, para que se vea si la dicha impresión está conforme al original, o traigáis fee en pública forma de cómo por Corrector nombrado por nuestro mandado se vio y corrigió la dicha impresión por el original, y se imprimió conforme a él y quedan impresas las erratas por él apuntadas para cada un libro de los que así fueron impresos, para que se tase el precio que por cada volumen hubiéredes de haber.

Y mandamos al impresor que así imprimiere el dicho libro no imprima el principio ni el primer pliego dél, ni entregue más de un solo libro con el original al autor, o persona a cuya costa le imprimiere, ni a otro alguno, para efecto de la dicha corrección y tasa, hasta que antes y primero el dicho libro esté corregido y tasado por los del nuestro Consejo. Y

2.- Orig.: 'la', quizá aludiendo al título.

estando hecho, y no de otra manera, pueda imprimir el dicho principio y primer pliego, y sucesivamente ponga esta nuestra cédula y la aprobación, tasa y erratas, so pena de caer e incurrir en las penas contenidas en las leyes y pragmáticas destos nuestros Reinos. Y mandamos a los del nuestro Consejo y a otras cualesquier Justicias destos nuestros Reinos que guarden y cumplan esta nuestra cédula y lo en ella contenido. Fecha en Madrid, a trece días del mes de noviembre de mil y quinientos y noventa y ocho años.

Yo, el Rey

Por mandado del Rey nuestro señor,  
don Luis de Salazar

## PRIVILEGIO DE ARAGÓN

*Don Filipe, por la gracia de Dios Rey de Castilla, de Aragón, de León, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Portugal, de Hungría, de Dalmacia, de Croacia, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarves, de Algecira, de Gibraltar, de las Islas de Canaria, de las Indias Orientales y Occidentales, Islas y Tierra Firme del Mar Océano, Archiduque de Austria, Duque de Borgoña, de Brabante, de Milán, de Atenas y de Neopatria, Conde de Habspurgh, de Flandes, de Tirol, de Barcelona, de Rosellón y Cerdeña, Marqués de Oristán y Conde de Goceano.*

**P**OR cuanto por parte de vos, fray Joan de la Cerda, de la orden de Sant Francisco, nos ha sido hecha relación que con mucho estudio y trabajo vuestro habéis compuesto un libro intitulado *Vida política de todos los estados de mujeres*, suplicándonos fuésemos servido mandaros dar licencia de poderlo imprimir por algún tiempo en los nuestros Reinos de la Corona de Aragón con las prohibiciones acostumbradas, e nos habiendo primero mandado ver y reconocer el dicho libro por personas peritas, lo habemos tenido por bien en la manera infrascripta.

Por ende, con tenor de las presentes, de nuestra cierta sciencia y Real autoridad, deliberadamente y consulta, damos licencia, permiso y facultad a vos, el dicho fray Joan de la Cerda, para que por tiempo de diez años, del día de la data de las presentes en adelante contaderos, podáis imprimir siempre que quisiéredes el dicho libro en cualquier de los dichos nuestros Reinos<sup>3</sup> de la Corona de Aragón, sin incurrir por ello en pena alguna, prohibiendo y vedando a todos los impresores y a otras cualquier personas que no lo hagan ni puedan hacer, por ti ni por otros, so pena de mil florines de oro de Aragón, de sus bienes irremisiblemente cada vez exigideros y a nuestros Reales cofres aplicaderos, y de otras a nuestro arbitrio reservadas, y de perder los moldes y demás aparejos de la impresión y los libros que se hubieren impreso sin vuestra orden y voluntad. Y mandamos a los ilustres nuestros Lugartenientes y Capitanes Generales, Regentes la Cancillería, Regente el Oficio y Portantveces de nuestro General Gobernador, y a otros cualesquier oficiales y ministros nuestros, mayores y menores, en cualquier de los dichos Reinos y señoríos nuestros de la Corona de<sup>4</sup> Aragón, constituidos y constituideros, que la presente nuestra licencia, facultad y merced, y todo lo en ella contenido, os guarden, cumplan y efectúen guardar, cumplir y efectuar, hagan inviolablemente *iuxta* su serie y tenor y contra ella no hagan ni vengán, ni permitan ser hecho ni contravenido en manera alguna, si, demás de nuestra ira e indignación, en las penas arriba dichas desean no incurrir. Queremos, empero, so las mismas penas, que, después de impreso el susodicho libro, no se pueda vender por persona alguna sin que primero se traiga al nuestro S. S. R. Consejo de Aragón para que él compruebe con el dicho original que presentastes, rubricado y firmado en la fin

3.- Orig.: 'Raynos'

4.- Orig.: 'da'

dél de Jerónimo Gassol, nuestro Protonotario infrascripto, y se os dé<sup>5</sup> licencia de poderlo vender. En testimonio de lo cual mandamos despachar las presentes con nuestro sello Real común en el dorso selladas. Data en la nuestra Villa de Madrid, a veinte y cuatro días del mes de octubre, año del nacimiento de nuestro Señor Jesucristo mil y quinientos y noventa y nueve.

Yo, el Rey

Vidit Covarrubias, Vicecancellarius  
 Vidit Cogollus  
 Vidit D. Mots. de Guardiola, Regens  
 Vidit D. Petrus Sans, Regens  
 Vidit Franquesa, Conservator Generalis  
 Vidit Baptista, Regens  
 Vidit Clavero, Regens  
 Vidit D. Juan Sabater, Regens

Tomó la razón el Conservador General Franquesa

*Dominus Rex mandavit mihi, Hieronymo Gassol, visa per Covarrubias, Vicecancellarium Comitem Generalem Thesaurorum, Baptista, Guardiola, Clavero, Sans et Sabater, Regentes Cancellariam, et Franquesa, Conservatorem Generalem.*

## LICENCIA DEL PERLADO

**F**RAY Mateo de Burgos, confesor de Su Majestad de la Reina nuestra Señora y Comisario General en la familia Cismontana de toda la Orden de nuestro padre san Francisco, etc., por cuanto el padre fray Joan de la Cerda ha compuesto un libro intitulado *Vida política de todos los estados de mujeres*, del cual entiendo redundará mucho provecho a las almas y servicio y gloria a nuestro Señor y a las tales obras virtuosas es justo favorecerlas, y porque sobre el dicho libro se han hecho las diligencias que los estatutos generales de nuestra Religión mandan y ordenan y el Real Consejo ha dado su licencia para poderle imprimir, por la presente concedo a vuesa reverencia licencia para que pueda imprimirle y acudir a todo lo necesario a la dicha impresión, sin que ningún inferior mío se lo pueda impedir, Cristo con todos. Dada en nuestro convento de San Francisco de Madrid, a quince de noviembre de mil y quinientos y noventa y ocho años. Va sellada con el sello mayor de mi oficio.

Fray Mateo de Burgos  
 Comisario General

5.- Orig.: 'da'

## APROBACIÓN

**F**RAY Diego Ordóñez, Lector de sancta Teología en el convento de San Juan de los Reyes de Toledo, digo que por comisión y mandato de nuestro Padre fray Bernardo de Salazar, Ministro Provincial de la Regular Observancia de nuestro padre sant Francisco en la provincia de Castilla, he visto un libro intitulado *Vida política de todos los estados de mujeres*, compuesto por el padre fray Joan de la Cerda, Vicario de las monjas de Sant Juan de la Penitencia de Toledo, y que no he hallado en él cosa que contradiga a nuestra santa fe católica ni a las buenas costumbres, antes es de doctrina muy provechosa, acompañada de varia lección de sanctos y filósofos antiguos; y, por tanto, juzgo que es obra digna de imprimirse y de que salga a luz con mucha honra de su autor. Hecha en el dicho convento de San Juan de los Reyes de Toledo, primero de enero de mil y quinientos y noventa y ocho.

Fray Diego Ordóñez

## APROBACIÓN

**Y**O, fray Alonso Nieto, Prior de Nuestra Señora de Atocha de Madrid, vi por mandado y comisión del Supremo Consejo este libro llamado *Vida política de todos los estados de mujeres*, compuesto por el padre fray Joan de la Cerda, de la Orden del glorioso padre sant Francisco, y no tiene cosa contra nuestra santa fe y buenas costumbres, antes doctrina muy sana y pía y de mucha erudición para todos los estados de mujeres, y se le debe agradecer al autor la diligencia grande que tuvo en componerle y darle licencia para imprimirle. Fecha en dos de noviembre de de mil y quinientos y noventa y ocho.

Fray Alonso Nieto

## APROBACIÓN

**P**OR comisión de los señores del Consejo Supremo de Aragón vi el libro intitulado *Vida política de todos los estados de mujeres*, compuesto por el padre fray Juan de la Cerda, y la doctrina que tiene es sana y de mucha piedad y muy conforme a nuestra fe católica, y el autor descubre en ella su buen espíritu y el celo grande que tiene del servicio de nuestro Señor, y, junto con eso, mucha erudición y lección varia de historias divinas y humanas y de doctrina de Sanctos. Y ansí, porque entiendo que el libro ha de ser de mucho provecho en la república cristiana para todo estado de personas, me parece será muy justo el darle licencia para que lo imprima. Fecha en nuestro Colegio de Sant Bernardo de Alcalá de Henares, en veinte y dos días del mes de junio del año de mil y quinientos y noventa y nueve.

Fray Miguel Pérez de Heredia

A SU ALTEZA DE LA INFANTA  
DOÑA MARGARITA DE AUSTRIA,  
MONJA EN EL SANCTO MONESTERIO DE LA ASUMPCIÓN  
DE NUESTRA SEÑORA, DE LAS DESCALZAS DE MADRID,

FRAY JOAN DE LA CERDA, DE LA ORDEN  
DE SAN FRANCISCO

**E**L haber traído nuestro señor Dios a V. A. a la sagrada religión de nuestro seráfico padre San Francisco para que en ella le sirva engastada (como tan preciosa margarita, en el subidísimo oro de ese insigne monesterio, el más celebrado y estimado en la tierra por su gran santidad y generosidad) entre sus tan escogidas y perfectas siervas, que con tan acelerado paso en la virtud y vida religiosa tan de veras y sin parar caminan para su celestial Esposo, que, quiriendo su divina Majestad, como tan agradecido y remunerador, comenzar a premiar en este mundo sus altos merecimientos con la compañía de V. A. y honrar toda nuestra Orden con don de tanta estima (y tan raro que con mucha verdad podrá decirse ser como el ave Fénix), pone en grande obligación a todos los religiosos della para que con especial cuidado en cuanto fuere posible mostremos reconocer una tan señalada merced como en esto Dios nos hizo.

Atento a lo cual, aunque el más mínimo y insuficiente de todos, habiendo compuesto esta *Vida política de todos los estados de mujeres* y teniendo por el más importante y aventajado Tratado el de las Religiosas, pareciéndome que a nadie con más propiedad y justicia se debía su dedicación que a V. A., pues por todas vías es honra y corona de todas las religiosas, me atreví a dedicarle a V. A., confiado de que por llevar V. A. con tanta perfección los sanctos ejercicios de la vida monástica y preciándose tanto como se precia de ser muy puntual en la guarda y conservación de las sanctas ceremonias (columnas fuertes de la religión) le será gustoso el dicho tratado por el provecho que podrá redundar de sus documentos, adonde dellos hubiere necesidad para que las religiosas procedan con más modestia y primor en su sancto estado y nuestro Señor sea mejor servido, y que por estas causas, y por ser V. A. quien es, me hará merced de favorecer esta *Vida política*, sobre la cual materia son fáciles de contar los libros que en nuestra lengua vulgar hay compuestos.

Bien veo lo mucho que pido, con la desproporción que hay entre este servicio y tan alto merecimiento. Conozco, también, cuán poco caso se podría hacer de lo que el libro contiene, habiendo dado nuestro Señor a V. A. tantas gracias, con las cuales (muy mejor que aquí se enseña) sabe V. A. emplearse en su servicio dando de sí con su sabiduría y sancto ejemplo resplandeciente luz al mundo todo. Pero si V. A. no tiene dél necesidad, él, con su autor, la tiene muy grande de V. A., pues saliendo para verse entre otras muchas personas amparado con la sombra de tal protección, los cuerdos harán diferente concepto y estima



dél y los envidiosos, perseguidores de ocupaciones honestas, temerán acometerle por no ofender la real autoridad de V. A.

Para que se me haga esta merced no quiero referir lo que me ha costado el concertar estos estados de manera que pudiesen parecer con menos confusión en presencia de V. A.; sólo podré afirmar que el peso del estudio y cuidado me hubieran cansado muchas veces si el verme ocupado en servicio de V. A. y la esperanza del provecho común que su trabajo me prometía no me alentaran a proseguirlo. Humilmente suplico V. A. se digne de aceptar por suyo el servicio deste su capellán, no mirando a la bajeza del que presenta, sino a la grande voluntad con que se ofrece y a la mucha humanidad y benignidad de V. A., cuya Real persona nuestro Señor, etc.

Fray Joan de la Cerda

## AL LECTOR

**C**ONSIDERANDO la brevedad desta vida y las muchas ocupaciones e impedimentos que las mujeres tienen para no poder sin mucho trabajo buscar en diversos libros lo que al buen gobierno de sus estados pertenece, y aunque más necesitado de quien me avise que suficiente para poder avisar a otros, movido con celo de caridad y deseo de servir las, confiando en la gracia del Espíritu Sancto, que siempre favorece a las virtuosas obras y buenas intenciones, me determiné a hacer esta recopilación, donde con claridad se verá por su orden lo que a cada estado conviene para vivir en él con policía, buenas costumbres y virtuosamente, y, asimismo, lo mucho que acerca de Dios y de las gentes se pierde con el desorden y vida distraída. Al prudente lector suplico que reciba esta oferta, mayor en la voluntad de quien la ofrece que en su valor, y con su discreción y cristiandad disimule las faltas y me avise dellas; que de cualquiera estimaré en mucho ser enseñado. Vale.

*Reconociendo que, como hombre, puedo errar, me sujeto en todo lo que dijere a la corrección de la Sancta Sede Apostólica, columna de la verdad, y al juicio y determinación de los Padres Católicos.*

# Comienza en<sup>6</sup> el libro llamado *Vida política de todos los estados de mujeres*

## El primer tratado: Del estado de las doncellas

Capítulo primero: De cómo las madres deben criar a sus hijos;  
y, si les dieran amas, las condiciones que han de tener

**S**UMAMENTE reprehende san Agustín la mala costumbre que se ha introducido entre los casados incontinentes, de dar a criar a madres estrañas lo que engendran y paren, no teniendo cuenta con lo que los filósofos afirman, de que es de más nutrimento el pecho de la propia madre que el de la estraña. De esto loa mucho Cornelio Tácito a la nación alemana, por preciarse todas las madres de criar sus propios hijos, más que las de otra nación y aunque sean nobilísimas y poderosas, y de las antiguas romanas refiere lo mesmo.

Y el bienaventurado sant Juan Crisóstomo nunca acaba de sentir lo mal que le parece la diferencia que en esto usan los ricos de los pobres; porque los pobres reciben gran beneficio de sus mujeres teniendo en ellas madres y amas de sus hijos, ansí en el parirlos como en el criarlos, lo que no hacen las madres ricas, antes, pariéndolos sin vergüenza, la vienen a tener de criarlos, pospuniendo con sus propios hijos la piedad que dellos debían tener en no los echar de cabe<sup>7</sup> sí, pues la leche se les pega más; tanto, que a un perro de casta no se permite criar sino a su madre, y naturalmente los animales lo guardan ellos entre sí por que de la leche ajena no se les pegue algún siniestro; que no en balde dice el proverbio: «No con quien naces, sino con quien paces».

El sabio Cicerón cuidadoso de ver en esto tan pervertida la naturaleza, dice estas palabras: «¿A quién, por ventura, parecerá mal o quien terná por afrentoso que una reina dé leche a su amado hijo, salido de sus entrañas y sustentado en lo más íntimo dellas nueve meses». Pues la excelentísima Hécuba, reina troyana y madre del fuerte Héctor, lo hizo, como ella lo manifestó cuando, descubriendo sus pechos con que le dio leche, intensamente le rogaba por ellos, puniéndoselos delante, que no se trabase ni pelease con Aquiles. Penélope, aquella castísima hembra, también crio a sus pechos a su hijo Telémaco, y

6.- Suplo 'en', como se lee en los otros *Tratados*.

7.- Orig.: 'cabo' (2v).

el emperador Honorio también fue criado a los pechos de su madre. Aquella santísima Ana, mujer de Elcana, a sus pechos crio a su santo hijo Samuel, profeta. Lo mismo hizo la nobilísima Sarra, mujer de el patriarca Abraham, con su hijo Isaac; y Rebeca y Raquel hicieron lo mismo, y otras muchas buenas dueñas del *Testamento Viejo*. Y la bienaventurada santa Ana, madre de santa María madre de Dios, crio a sus pechos a su buena hija, y santa Isabel al glorioso Baptista. Y la muy devota y santa reina doña Blanca, madre del bienaventurado san Luis, rey de Francia, y la devota y santa mujer madre de sant Ilefonso le crio a sus pechos, y de la madre de san Bernardo se lee que crio seis hijos a sus pechos y una hija, y todos fueron santos bienaventurados. Y todos los ejemplos cesen con el tan singular como la Virgen María nuestra Señora nos dejó criando a su verdadero hijo y Redemptor nuestro a sus benditísimos pechos virginales para remedio del género humano

Muchas veces ha acaecido criar los animales feroces a algunos niños desamparados de las gentes y echados a las bestias fieras para que dellas fuesen despedazados y comidos, como dice Tito Livio que acaeció a Rómulo y Remo, que, hallándolos a una ribera de un río una loba recién parida, les dio leche hasta que fueron hallados y socorridos de las gentes. Grandes autores griegos y latinos afirman que Abidis, nieto de Gargoris, rey de España, por haber sido concebido de adulterio, en naciendo le mandó echar su agüelo a las bestias del campo para que le comiesen, y pasado algún tiempo mandó que fuesen a saber lo que dél se había hecho y halláronlo en el lugar donde fue dejado, rodeado de bestias fieras que lo defendían, y que una dellas le estaba dando leche. Fuele traído al rey y contado lo que pasaba, lo cual causando en él grandísimo enojo, hizo que le echasen a los bravos alanos que tenía, habiéndoles quitado la comida dos días antes; mas tampoco los perros le hicieron daño alguno. No causando en él todo esto compasión, le hizo echar en la mar para que en él fuese ahogado, y las ondas le llevaron sobre sí y le echaron lejos de allí en la ribera libre, adonde le crio una cierva hasta ser muy crecido; y andando en compañía de aquella cierva y otros animales con estraña ligereza, fue cogido en un lazo y traído a su agüelo, y conocido dél por algunas señales, en especial por parecer mucho a su hija en la grande hermosura y donaire que tenía, amole desde entonces en extremo, y viendo que su rusticidad la tornaba en gracias y virtudes, le dejó por heredero de España con grande aceptación de todos.

Télefo, rey de los cecios, fue criado por otra cierva. De Arne, mujer de Ulises, el que fundó a Lisboa, se dice que habiéndola echado en la mar para que allí muriese, unas aves llamadas penélopes la criaron. Y de Semíramis, reina de los asirios, se escribe lo mesmo. Pelias fue criado por una yegua, Paris por una osa, Egisto por una cabra, Ciro, rey de Persia, por una perra; cuyo oficio de piedad de estos animales en estas crianzas condena la crueldad de las madres que niegan a sus propios hijos la leche que para criarlos les dio naturaleza, las cuales son más crueles que las bestias fieras, pues ellas crían con su leche a sus propios hijos y a ratos a los ajenos cuando los veen destituidos, como lo hicieron aquestos animales. Y el inconveniente que se sigue de dar a criar los hijos a amas por no preciarse de criarlos las madres, se vee en que salen enfermizos y de malas costumbres, que se maman muy bien con la leche, por lo cual salen enfermos, viciosos y malcriados. Desto tenemos ejemplo en el maldito emperador Cayo Calígula, de quien dice Dión, historiador griego, que fue tan cruel derramador de sangre humana y gustaba tanto desto, que lamía los cuchillos con que hacía degollar a los hombres, y que le provino esto de que le crio una ama

crudelísima, que cuando le había de dar a mamar untaba los pezones de sus tetas con sangre y se la hacía mamar con la leche. Y de el emperador Tiberio se dice que salió tan buen bebedor que muchos le llamaban Biberio, y no Tiberio, y que el ser tan desordenado este emperador nació de que el ama que lo criaba era gran bebedora, y le daba más abundancia de sopas en vino que de leche. El cual vicio de borrachez es tan detestable que decía Platón que parecía haber concedido los dioses el vino a los hombres para sólo vengarse dellos.

Los hijos que por no quererlos criar sus madres se encomiendan a amas para que los críen, mirándolo bien, se podrían tener por bastardos; porque la madre en el hijo que engendra no pone sino una parte de su sangre, de la cual la virtud del varón, figurándola, hace carnes y huesos. Pues el ama que cría pone lo mismo; porque la leche es sangre, y en aquella sangre la misma virtud del padre, que vive en el hijo, hace la misma obra; sino que la diferencia es ésta: que la madre puso este su caudal por nueve meses y la ama por veinte y cuatro; y la madre, cuando el parto era un tronco sin sentido ninguno, y el ama cuando comienza ya a sentir y reconocer el bien que recibe: la madre influye en el cuerpo, el ama en el cuerpo y en el alma. Por manera que, echando bien la cuenta, el ama es la madre y la que le parió es peor que madrastra, pues ajena de sí a su hijo y hace borde lo que había nacido legítimo, y es causa de que sea malnacido el que pudiera ser noble, y comete, en cierta manera, un género de adulterio poco menos que feo y no menos dañoso que el ordinario. Porque en aquél vende al marido por hijo el que no es dél, y aquí el que no lo es della, y hace sucesor de su casa al hijo de el ama, que muchas veces suele ser una esclava.

Bien conforma con esto lo que se cuenta haber dicho un cierto mozo romano de la familia de los Gracos, que, volviendo de la guerra vencedor y rico de muchos despojos, y veniéndole a el encuentro para recibirle alegres y regocijadas su madre y su ama juntamente, él, vuelto a ellas y repartiendo con ellas de lo que traía, como a la madre diese un anillo de plata y a la ama un collar de oro, y la madre, indignada desto, se doliese dél, le respondió que no tenía razón, porque, dijo: «Vos no me tuvistes en el vientre más de por espacio de nueve meses, y ésta me sustentó a sus pechos dos años enteros. Lo que yo tengo de vos es sólo el cuerpo, y aun éste me distes por manera no muy honesta, mas la dádiva que ésta tengo diómela ella con pura y sencilla voluntad; y vos, en naciendo yo, me apartastes de vos y me alejastes de vuestros ojos; mas ésta, ofreciéndose, me recibió, desechado, en sus brazos amorosamente y me trató así que por ella he llegado y venido al punto y estado en que agora estoy».

Manda san Pablo, en la doctrina que da a las casadas, que amen a sus hijos. Natural es a las madres amarlos, y no había para qué san Pablo encargase con particular precepto una cosa tan natural; de donde se entiende que el decir que los amen es decir que los críen, y que el dar leche la madre a sus hijos a eso san Pablo llama amarlos; y con gran propiedad, porque el no criarlos es venderlos y hacerlos no hijos suyos y como desheredarlos de su natural; que todas ellas son obras de fiero aborrecimiento, y tan fiero que vence en ello aun a las fieras. Porque ¿qué animal hay tan crudo que no críe lo que produce, que fie de otro la crianza de lo que pare? La braveza del león sufre con mansedumbre a sus cachorrillos que importunamente le desjuguen las tetas. Y el tigre, sediento de sangre, da alegremente la suya a los suyos. Y, si miramos a lo delicado, el flaco pajarillo por no dejar sus huevos olvida el comer y se enflaquece; y cuando los ha sacado rodea todo el aire volando y trae en el pico con alegría lo que él desea comer y no lo come por que ellos lo coman. Mas

¿qué es menester salirnos de casa? La naturaleza dentro della misma declara casi a voces su voluntad enviando luego después del parto leche a los pechos. ¿Qué más clara señal esperamos de lo que Dios quiere que ver lo que hace? Cuando les levanta a las mujeres los pechos les manda que críen; engrosándoles los pezones les avisa que han de ser madres; los rayos de la leche que viene son como agujijones con que las despierta a que lleguen a sí lo que parieron. Pero a todo esto se hacen sordas algunas, y escúsanse con decir que es trabajo, y que es hacerse temprano viejas parir y criar. Es trabajo, yo lo confieso; mas, si esto vale, ¿quien hará su oficio? No esgrima la espada el soldado ni se oponga a el enemigo, porque es caso de peligro y sudor; y porque se lacera mucho en el campo, desampare el pastor sus ovejas. Es trabajo el parir y criar; pero entiendan que es un trabajo hermanado y que no tienen licencia para dividirlo: si les duele el criar, no paran; y si les agrada el parir, críen también. Si en esto hay trabajo, el de el parto es sin comparación el mayor. Pues ¿por qué las que son tan valientes en lo que es más se acobardan en lo que es menos?

Bien se dejan entender las que lo hacen así; y cuando no por sus hijos, por lo que deben a su vergüenza, habían de traer más cubiertas y disimuladas sus inclinacione. El parir, aunque duele agramente, al fin se lo pasan. Al criar no arrostran porque no hay deleite que lo alcahuete. Aunque, si se mira bien, ni aun esto les falta a las madres que crían, antes en este trabajo la naturaleza, sabía y prudente, partió gran parte de gusto y de contento; el cual, aunque no le sentimos los hombres, pero la razón nos dice que le hay, y en los extremos que hacen las madres con sus niños lo vemos. Porque ¿qué trabajo no paga el niño a la madre cuando ella le tiene en el regazo desnudo y cuando él juega con la teta, cuando la hiere con la manecilla, cuando la mira con risa, cuando gorjea? Pues cuando se le añuda al cuello y la besa, paréceme que aun la deja obligada.

Críe, pues, la madre a su hijo y acabe en él el bien que formó; y no dé la obra de sus entrañas a quien se la dañe, y no quiera que torne a nacer mal lo que había nacido bien, ni que le sea maestra de vicios la leche, ni haga bastardo a su sucesor, ni consienta que conozca a otra antes que a ella por madre, ni quiera que en comenzando a vivir se comience a engañar. Lo primero en que abra los ojos su niño sea en ella, y de su rostro della se figure su rostro dél. La piedad, la dulzura, el aviso, la modestia, el buen saber, con todos los demás bienes que le habemos dado, no sólo los traspase con la leche en el cuerpo del niño, sino también los comience a imprimir en el alma tierna dél con los ojos y con los semblantes; y ame y desee que sus hijos le sean suyos del todo, y no ponga su hecho en parir muchos hijos, sino en criar pocos buenos; porque los tales con las obras la ensalzarán siempre, y muchas veces con las palabras; porque las cosas que tienen malos principios no pueden tener buenos fines, como nos lo enseña la costumbre.

Es necesario tener cuidado la madre, en naciendo la hija, si no pudiere ella criarla (que sería lo mejor y más seguro, como queda dicho), darle ama que no sea glotona ni de malas costumbres, porque parece que se les pegan y las maman en la leche. Y por eso sant Jerónimo enseñando a Leta, matrona romana, cómo había que criar a su hija recién nacida, le da por aviso que no la dé a criar a ama que sea bebedora, viciosa ni parlera.

Al niño recién nacido manda Hipócrates lavarle con agua caliente salada, porque la tal enjuga y deseca la demasiada humedad de las carnes y da firmeza a los niervos y le hace robusto, y por lo que da de sequedad al cerebro favorece también al buen ingenio. Esto mesmo enseña Avicena para que se endurezca el cuero y el ombligo; mas sea como el agua

salada no toque al niño en la boca ni en las narices. Y con este lavatorio cobra más fuerzas defensivas el tierno cuerpo del niño, para no se condoler tanto con cada cosa que le toca. Añade Hipócrates que si el niño pecase de demasiada humedad y le lavasen con agua dulce y caliente, le pornían en peligro de salir mujeril y de flacos niervos y necio, dispuesto para flujo de sangre y para padecer desmayos.

Aristóteles y Hipócrates dicen que deben ser criados los niños como les dé el aire y el frío, y que no duerman en muy blando ni muy fajados o enmantillados, por que se hagan a todo riesgo, y no deben de ser tenidos muy a lo abrigado siempre, so pena de peligrar en dándoles el frío. Y nadie piense ser tan delicados los niños recién nacidos que no puedan sufrir alguna mudanza de temporales ásperos, pues vemos a las gitanas lavarlos en agua fría, y los indios hacen lo mesmo, y los alemanes en agua helada; y no por eso se les morían ni enfermaban; mas había de pasar de presto, porque los niños, con su gran calor natural, resisten a tales contrastes.

La leche de cabras nuevas y no muy recentales y recién ordeñada, dice Galeno, es debido nutrimento, cocido con miel, y no sin ella, así para la preñada como para el ama que cría y para lo que hubiere de comer el niño, conforme a la máxima de Aristóteles tan repetida, que «De cuál nos componemos, de tal nos mantenemos». Esta leche debe dársele al niño no habiendo leche de mujer, que es la mejor de todas para el hombre, y especialmente la de su misma madre.

La manteca que se hace de la leche o de su nata también es muy buena, y, por ser de naturaleza aérea y clara, favorece mucho al cerebro mezclada con miel, purificadora con su mordacidad; y no se debe dar aceite a los niños en la papilla, porque enternece mucho el unto y dispone para quedar quebrados, allende que es dañoso para la operación intelectual, como licor subtilísimo, penetrante y caliente en potencia (según le pinta Galeno); mas esta manteca de leche de cabra es la más proporcionada; y el pan sea candeal y el agua muy limpia y delgada; y débese tener cuenta con que no se críen muy delicados.

La mujer que hubiere de criar hijos ajenos debe de ser moza, por la doctrina de Egineta y de otros, y de la complexión de la madre de el niño, si se pudiere haber, y mantenida con lo que ella, si la madre fuere bien complexionada. Avicena dice que sea algo morena, por que sea la leche más cocida y tenaz, y no fluida, sin constancia; y que sea bien acondicionada y libre de toda enfermedad y criada con trabajos, cuales son los de las labradoras, y que sea limpia y discreta; y aun Plutarco la pide virtuosa; y no beba vino y coma buenos manjares, los cuales dice Aristóteles que no sean delicados de ordinario, y sean a su tiempo y no demasiados, por que los digiera bien y engendre dellos buena sangre, de la cual se engendra la leche. No beba mucha agua, so pena que, aunque terná más leche, no será tan fina y sustancial, como lo experimentan los pastores en los ganados que beben mucho; que, aunque dan más leche, no sale della más queso y queda mucho suero. Guárdese mucho la mujer que cría de se dar a varón, porque le acudirá su regla y la leche pierde su buen olor y gracia; y si la mujer preñada cría, no puede sino dar poca y mala leche, por ser estilo de naturaleza proveer primero y de lo mejor a lo que tiene más conjunto; y por esto la criatura que anda en el vientre goza de la mejor sustancia de la madre, y la ya nacida que mama goza de la no tal en la leche.

Las muestras de la buena leche dice Avicena y Egineta que son suavidad al gusto y al olfato, y que es blanca de igual y mediana corpulencia, cuya gota se tenga redonda en la

uña, ni muy crasa ni muy fluida. El niño no debe comer más de leche, hasta que le salgan los dientes primeros, a los dos años; y después le pueden ir dando papillas de pan blanco y de agua subtil con manteca y miel con su grano de sal; y désele a beber a menudo, porque, aunque las tiernas criaturas son húmidas, esa tal humedad está repartida en los miembros, y el mucho calor que tienen pide refrigeración del corazón y humedad del estómago; y cuando se les comencare a dar algún manjar duro, vaya mazzado, so pena de le poner en trabajo y peligro de mala digestión, porque la masticación es preparación para la buena digestión.

Adviertan también las amas que deben bañar de cuando en cuando en buenas aguas, calientes, a sus chiquillos, porque les cumple regimiento húmido, como a húmidos, siendo así que cada cosa se aviene bien con su semejante; mas si los niños fueren fatigados de algún catarro y de semejantes corrimientos de cabeza que proceden de humedad preternatural, aplíquenseles algunas cosas secas; mas en cuanto gozaren de salud déseles mantenimientos que con sus calidades proporcionen a los de los mismos niños, y no los carguen mucho de una vez ni se les dé sino cuando se entendiere que tienen hambre, y entonces les deben fregar los cuerpos; y si los bañaren, la comida sea después del baño.

También dice Plutarco y Celio que lo mejor es que las madres críen a sus hijos, porque así es una misma la substancia que recibió en el vientre y que recibe en la leche después de nacido, salvo si la madre está enferma o es mal complexionada, porque la que no cría lo que pare parece no ser más de media madre. Pondera Galeno cuán natural sea a los niños la leche, que en naciendo saben paladear tras ella y tragarla, y con ella son acallados de sus descontentos y lloros también como con el movimiento y con la música, con lo cual parece ser dictamen natural que nacen para el trabajo corporal y para la música; sin embargo de lo cual Asclepiades y Erasistrato, médicos antiquísimos y muy sabios, condenaron el brincar de los niños trayéndolos en brazos, y está dicho con razón.

La leche de la mujer que parió varón es muy mejor que la de la que parió hembra, y aun si parió dos varones es muy más eficaz, si ella se abstiene de el vino y de manjares agros. La leche de la que parió hembra vale para curar las manchas de la cara. Para ser buena, la leche no debe de ser muy cercana al parto ni muy distante, porque la primera tiene algo de las condiciones de los colostros y es muy líquida y húmeda, y la segunda va ya desvaneciéndose y secándose del buen temple lechar. También concede leche Avicena sin estar preñadas, y ésta no se da por buena leche; y por la retención del menstruo concede también leche a las viejas, sin estar preñadas. Adviértase que el ama haya tenido parto natural y no movido, que importa mucho.

La mujer que da leche debe vivir ejercitada moderadamente, como cobre calor que ayude a la digestión y cobre sequedad, que es necesaria para la bondad de la leche; y debe mucho mirar en no comer ajos, cebollas ni puerros, ni mucho vinagre, si no quiere estragar la crianza que hace; y aun no menos debe guardarse de darle leche a su niño estando muy calurosa, so pena de escaldarle el estómago; y sobre todo huya de dar leche estando enojada, porque la ira emponzoña los humores, como se ha visto en algunos, que de la ira y enojo les han procedido calenturas y a otros la muerte. Lo mismo se dice de otro cualquier accidente vehemente con que se alborotan los humores en el cuerpo, y aun no debía estar muy harta cuando diese la leche al niño, como entonces esté el calor recogido al estómago y parezca poderse pegar el tufo de los manjares a la leche, según que transpiran semejantes vapores y aun exhalaciones de unas estancias a otras. De la sanidad de su persona debe



tener gran cuidado, y, en sintiéndose alterada, cometa la crianza del niño a otra mujer; lo cual algunas, por pobres, no hacen por no perder el interese de aquella crianza, y matan con gran pecado al hijo ajeno, por cuya vida dieran algunos padres las suyas propias.

## Capítulo 2: De cómo se han de criar las doncellas, y de la excelencia de la virginidad

**E**L bienaventurado Papías, obispo de Jerusalén, dice que los padres que tienen hijas deben pensar que tienen sobre sí una gran carga; porque la hija por culpa de los padres suele salir mal criada y enseñada, de lo cual le será demandada de Dios cuenta a la hora de su muerte, allende que en esta vida les causará gran trabajo y confusión el ver que su hija sea mala y deshonra y infamia de sus parientes; y si la crían bien pueden esperar gran mérito de la mano de Dios y acá gran honra para sí y para sus parientes; porque, después de Dios y de los Santos, debe ser honrada y estimada la dueña que cría a sus hijas<sup>8</sup> con loables costumbres. Y de aquí es que a los maestros no los puede el hombre suficientemente pagar (como lo dice Aristóteles en su *Ética*), por ser tan excelente el bien que dellos recibe.

El doctor Silvano en su primer *Sermón*, hablando con las mujeres que crían sus hijos, dice que Bedagastra, mujer de Egipto, tuvo tal manera en criar sus hijos que llegando la hora de su muerte mostró grande alegría en su cara y, sonriéndose, mostró su rostro muy alegre; y como fuese preguntada de los que allí estaban de su placer y alegría, respondió así:

«Sabed, señores, que yo tuve doce hijos, los cuales en mis días me ha llevado Dios y me los acaba agora de enviar aquí, y me han tomado la mano y abrazado y besado, y me han hecho muchas gracias por los castigos buenos y doctrinas que yo les di cuando los crié, especialmente porque les enseñé los caminos del servicio de Dios y en toda devoción suya y de la Virgen santa María su madre y amor de los prójimos. Así, han suplicado al Hijo de Dios, Redemptor nuestro, que acompañen la mí ánima cuando deste mundo fuere y suban hasta el reino de Dios conmigo, y me han hecho cierta de que jamás se apartaran de mí hasta que esté con ellos en el Paraíso. Y véolos tan hermosos que me parece que son más gloriosos que los Ángeles que aquí están, y que los mismos Ángeles los honran y acatan con gran veneración. Y yo les he preguntado si los demás hijos han venido a las muertes de sus padres como ellos a la mía, y respondiéronme que sí, cuando la madre y el padre enseñan a sus hijos el temor y servicio de Dios; y que los tales, si mueren antes que mueran sus padres, ellos suplican a Dios con toda reverencia por ellos en la vida, y en la muerte les hacen grande honor y veneración. Y, si los crían mal, que los mismos hijos acusan ante Dios al padre y a la madre de que, por no haberlos dotrinado y enseñado, son traídos a perdición». Y, así, concluye este Doctor diciendo que deben tener gran cuidado los padres en criar bien a sus hijos, por que sirvan a Dios y reciban mérito sus ánimas, y por que los hijos vengan a buen fin y los padres no vean gran dolor ante sus ojos.

Mucho querría acertar a tratar cómo las celosas y prudentes madres deben doctrinar a sus hijas desde que nacen para que no vengan a dar en los siniestros que en algunas se notan, a mucha costa de su honor y fama y no menos de su conciencia. Luego como la

8.- Orig.: 'hijss' (7v).

niña fuere creciendo, vaya la madre comenzando a imponerla en buena crianza y buenas costumbres y desherbando la mala yerba de las malas inclinaciones para que la nueva planta de la doncella, cuando creciere, lleve olorosas flores de buenas costumbres y abundancia de fruto de buenas obras. Porque, si el orador quiere Quintiliano que se comience a instituir desde la cuna, ¿cuánto más conviene que desde su niñez se comience a poner en buenas costumbres y loables ejercicios la doncella que ha de servir a Dios?

Es la niñez una edad acomodada para aprender cualquier ejercicio que le enseñen. Así como los sellos imprimen fácilmente en la cera blanda la figura que tienen, así se imprimen en la tierna edad las buenas o malas costumbres; y por eso dice Plutarco en el libro de la *Crianza de los hijos*: «Conviene que alumbres con buenas costumbres al niño tierno». Y cuando ya va creciendo es necesario no dejarle salir con cosa que quiera, sino ir a la mano a sus malas inclinaciones con el cuidado que el buen labrador va podando y quitando las púas y varetas de el árbol que son superfluas y dejando las guías y lo que ha de llevar fruto. Y es cosa muy importante que jamás esté la niña ociosa, sino entendiendo en algún buen ejercicio, porque, por buena que sea la tierra, si no la meten en labor se torna estéril y silvestre; y los árboles, si no los labran y cultivan se hacen infructuosos; y los caballos que desde pequeños no los doman y enfrenan y los ponen en la carrera y los hacen trabajar, vienen después a ser feroces y rebeldes.

Hase de advertir que niña y doncella no es lo mismo, como dice Tulio en el libro *De los oficios*; porque *niña* es llamada comúnmente hasta diez años, y desde allí es llamada *doncella* hasta que la mujer toma marido (y este nombre de doncella le converná hasta los veinte años de edad, porque desde allí ya le cumple casarse), y según aquesta diversidad de tiempos pone la diversidad de las costumbres que deben ser enseñadas a las unas y a las otras.

Y dice primeramente en esta materia Carnotense en el libro llamado *De moribus sacris*, que a la niña, luego que sabe conocer cualquier cosa de seso, la deben sus padres instituir en las cosas que se estienden a Dios nuestro Señor, así como saberse santiguar y rezar el *Paternoster* y *Avemaría*, Credo y Salve Regina, y que sepan hincar las rodillas ante la imagen de nuestro Redemptor y de la Virgen María nuestra Señora; y cuando oyeren nombrar el nombre de Dios y de su Madre que los bendiga y ensalce; que no se acompañe con judíos ni moros, ni tome dellos cosa de comer que le dieren. Cuando pasare por la calle el cuerpo de nuestro Redemptor Jesucristo a algún enfermo, enséñela a hincar las rodillas y a hacer oración, y háganla entender cómo Jesucristo es hijo de Dios y vino del cielo a la tierra, y enséñele los loores de nuestra Señora y de otros Santos. Cuando su madre la llevare a la iglesia, enséñela a hincar las rodillas y a signarse y santiguarse, y que tenga cubierta la cabeza, como san Pablo lo manda, que esté allí con mucha honestidad ante el altar y adore a Dios y diga el *Paternoster* y otras oraciones.

Y débele enseñar que por ninguna cosa de el mundo jure ni diga alguna mentira (lo cual se le debe mucho castigar diciéndoselo de continuo), y enseñarla a que se aficione a traer siempre el Rosario consigo (porque el Rosario es las *Horas* en que reza la mujer), y decirle que en escondido haga devota oración algún rato del día, rogando a Dios que la haga buena para su servicio y que la guíe y enderece en la guarda de sus santos mandamientos. Y enséñela que ruegue a Dios por su padre y madre, y por sus hermanos y parientes, y ansimismo que encomiende a Dios las ánimas que están en las penas de Purgatorio y el estado de la Santa Madre Iglesia.

En llegando la doncella a los doce años la debe su madre enseñar a ayunar las vísperas de las principales fiestas del año y las vigalias de nuestra Señora, y hacella muy devota della rezándole muy devotas oraciones. Y hásele de enseñar el sancto misterio de la Sanctísima Trinidad, y que siempre tenga algún Santo por abogado con el cual tenga especialmente devoción, a quien se encomendar para que le sea intercesor ante Dios. Enséñenla a que honre a sus padres y les tenga mucho acatamiento y reverencia, y les bese la mano y no les contradiga en cosa ninguna por no los enojar, y que los acate y tema, y con algún castigo la deben poner temor, no dejándola pasar con liviandades ni consentirle respuestas ni ser malcriada. Castíguenla, mas no en la cabeza, sino en las espaldas con alguna verdasca; porque dice Salomón que la vara es medicina para la locura de las niñas; y en ningún tiempo el padre ni la madre no deben halagar a sus hijas ni hijos, sino hacerles que tengan temor, de manera que hayan vergüenza de sus padres.

Enséñela que en todo tiempo sea callada y que hable muy poco, y esto cuando fuere preguntada. En ninguna manera la consienta que diga alguna falsedad ni mentira ni chocarrerías, ni que juegue con los niños ni tome cosa que ellos le dieren. No las consientan que hablen a voces ni se rían disolutamente, y amonésténlas que traigan los ojos bajos y que no miren eficazmente a alguno en la cara; mas, si alguno las habla, respondan con mucha modestia y honestidad, tiniendo sus ojos bajos mirando a la tierra; y esto haga así aunque sea con su hermano o pariente. Y si la doncella hubiere de decir alguna cosa a alguna persona, hable bajo y dígala en pocas palabras, principalmente si hay en casa gente de fuera; y, por ningún yerro o culpa que haya cometido, no diga mentira por disculparse, sino conozca su culpa con humildad a sus padres y demándeles perdón; mas, a sus tiempos, es bien que sean castigadas con templanza.

Hásele de vedar a la doncella que no hable con hombres ni les haga del ojo ni use con ellos de otras señas, aunque sea con su propio hermano o pariente. No la consientan pararse a la ventana a mirar o hablar en la calle con mancebos, porque mujer que tiene por costumbre ser ventanera con dificultad será castigada cuando fuere mayor; por tanto, se acertará en castigarla bien por esto cuando pequeña. Y así lo aconseja Séneca, diciendo que los niños deben ser castigados cuando pequeños, porque después no temen, cuando grandes; y así, cuando en la niñez se han acostumbrado a algún mal y no han sido castigados será muy dificultoso poderlos corregir cuando grandes.

Débela castigar y enseñar la madre que sea bien criada y reglada en comer y beber, y no la llevará a los convites, ni a la doncella conviene que vaya, por que sus defectos no sean vistos ni notados y sus padres por ello no sean reprehendidos. Y apártela mucho del vino, porque el beberlo es cosa feísima en la doncella; y Séneca dice que es cosa de grande honor en la mujer no beber vino.

No se ha de criar la doncella groseramente, ni tampoco en mucha delicadeza, ni se ha de permitir que duerma mucho ni que sea amiga de la cama ni perezosa; mas antes, tanto cuanto la edad lo pueda sufrir, las hagan ocupar en buenos ejercicios, como es labrar, coser y hacer cosas de sus manos con que ayuden a sus padres, y después, cuando fueren casadas, ayuden a sus maridos si la Fortuna les fuere contraria.

Cuenta Policarpo que el emperador Octaviano hizo criar a sus hijas que supiesen de todas cosas que saben hacer las mujeres de sus manos, así como hacer cosas de seda y de lana, hacer paños de lino y de lana, tejer y coser, hilar y cortar todas vestiduras pertenecientes a

hombres y a mujeres, por dar ejemplo a todos los hombres del mundo que así lo debían hacer con sus hijas, por que, si viniesen en pobreza, supiesen con qué se sustentar virtuosamente. San Jerónimo dice que si naturaleza no adorna de vergüenza a la doncella y los buenos padres no la dotrinan, que es muy dificultoso que la tal sea de provecho para cosa buena.

Juntamente debe la doncella aprender a labrar, hilar, coser y otros honestos ejercicios y cuidados y desenvolturas que han de tener las buenas mujeres en sus casas; porque afirman algunos filósofos y doctores que la mujer que no sabe hacer muchas cosas necesarias a su casa, que la tal no debe ser casada. Por lo cual, la madre enseñe a la doncella a guisar de comer a sus padres, y por la piedad que se les debe en sus enfermedades, cuando viejos, enséñenla a hacer algunas conservas y otros regalos que se aparejan a conservar la vida a los enfermos. Porque muchas veces acontece convalecer los viejos padres y hermanos de grandes enfermedades por medio de los buenos manjares que sus hijas les guisan. Por tanto, conviene que las buenas dueñas, en sus casas, entren a la continua en las cocinas donde se apareja de comer para sus maridos, por que sean bien servidos y vivan en paz y amor, entendiendo que es tanto el cuidado que en su regalo ponen las mujeres que de nadie lo confían sino dellas mismas. Allende que es gran negligencia y poquedad descuidarse siempre con las criadas de su casa, con las cuales proceden como en hacienda ajena; y ansí, uno se les pierde por el mal recado y otro por desperdiciado, no dando el punto que se requiere en nada, y por esto anda todo mal regido, y de aquí se sigue el perderse las casas en breve tiempo por el descuido y mal gobierno de las mujeres, y las grandes cuestiones con sus maridos, que sienten en el corazón que lo que se trae a sus casas con tanto trabajo allí se les hunda y desperdicie por la flojedad y negligencia de sus mujeres. Por lo cual conviene que la doncella en su tierna edad sea enseñada a regir las mozas y familia, y mandar lo que han de guisar para el sustento y regalo de sus padres, y que ellas lo vean y entiendan en ello, porque sabiéndolo hacer sabrán conocer mejor la falta o enmendar el yerro. Y no lo rehusen por amor de no se entiznar las manos con las ollas, porque, demás de ser necesario a la bondad de la mujer casada (cuando lo sea) y ser ésta una cosa de mucho agrado para cualquier discreto marido, cumple también para el servicio de sus padres; porque muchas veces acaece por la buena gracia que una hija muestra en servirlos y acariciarlos, y por los guisadillos y sainetes que para regalarlos ella les adereza, granjearles muy de veras las voluntades, y amarla en extremo y el mejorarla en sus dotes y herencias.

En la doncella cristiana la verdadera guarda de la virginidad es que sea verdaderamente humilde, y que no se precie mucho de sí, ni de ser muy loada ni tenida por hermosa, ni ser vista ni acatada, ni se precie de ir muy arreada y compuesta, ni en su andar haga continentes pomposos ni soberbios, ni traiga vestiduras señaladas ni trajes que den muestra de locura. Porque, como dice sant Agustín, nuestro<sup>9</sup> Señor Dios castiga la persona soberbia de corazón y de soberbios trajes, y por esta causa permite que caiga en pública lujuria y que sea de todos menospreciada y tenida en poco. Y así, cuando la triste doncella ofende a Dios, le da un marido que la menosprecia y la trata como si fuese estiércol, y ansimesmo le da pobreza, largas y feas enfermedades, por que desta manera deje de ensoberbecerse con la vanidad de su hermosura viéndose llena de miserias y dolor. Porque escrito está que Dios da su gracia y bendición a los humildes y quebranta los corazones de los soberbios y los humilla hasta la fin.

9.- Orig.: 'que nuestro' (11v).

Dice san Ambrosio que la madre o el aya han de enseñar a la doncella la virtud de la humildad, y que por mano destas ha de ser impuesta en su andar, en su hablar, en su mirar, y en saber<sup>10</sup> ser sufrida y paciente, y ésta ha de recibir la corrección y doctrina. La doncella ha de dar muchas gracias a Dios y a la persona que la corrige, porque la encaminan a el bien, estimándola y obediéndola con toda mansedumbre; porque la doncella que con humildad toma la corrección y ama y honra a quien la corrige, puédesse tener della buena esperanza; mas la madre que viere a su hija rebelde y rezonglona, y que se indigna con la corrección, débela castigar con rigor hasta que el castigo y la edad traigan a la hija en conocimiento del yerro que hacía en no obedecer y humillarse; y si esto no hace la madre mientras la hija es pequeña, siempre recibirá della grandes sinsabores y enojos por sus rebeldías y desobediencias, y de continuo será peor hasta que muera y por su soberbia verná a perderse. Y cuando fuere casada y estuviere fuera de la compañía de su madre, será gran maravilla si deja de ser soberbia y desobediente para con su marido, como lo era con la madre; de donde le sucederá el ser maltratada y aborrecida de su marido y afrentar a su madre, a quien tienen de echar la culpa de sus malos siniestros, y hartas maldiciones, porque no la castigó hasta quitárselos.

La doncella, para ser virtuosa, ha de tener maestra. Sobre lo cual dice sant Ambrosio que las abejas se precian de tener maestra, y della son enseñadas para lo que han de hacer, y los perezosos también son enseñados por la diligencia de la hormiga. La verdadera maestra de la doncella ha de ser la gloriosa Virgen María, nuestra Señora, y la virtud excelente de la caridad, de la cual dice sant Bernardo que la verdadera maestra es la caridad, que enseña a la doncella a amar a Dios y al prójimo y a seguir la vida virtuosa y santa. La buena doncella ha de tener unas entrañas llenas de misericordia y una voluntad muy prompta para hacer limosna a los menesterosos y necesitados, y cuando no tuviere otra cosa de qué hacerla, se ha de quitar algo de su propia comida para dar a los pobres, y de lo que labrare y hiciere a sus labores ha de tomar alguna parte para el remedio de los pobres; porque la doncella que no hace limosna es lámpara sin aceite, porque la limosna honra a la doncella. Y, por tanto, Cristo nuestro Redemptor llama piadosas y limosneras a las vírgines que tienen el aceite de la piedad y misericordia. Las tiendas donde se merca la piedad y obras de misericordia, dice Crisóstomo que son las manos y entrañas de los pobres, y así, la limosna que da la virgen es con la que compra el olio de la piedad y caridad de las personas miserables y necesitadas, como de tiendas piadosas; y tenga por cierto la doncella que si está sin la lámpara y luz de las buenas obras, que está en peligro de perder su pureza y honestidad. Y debería de tomar ejemplo en la virgen santa Cecilia, que siempre fue cuidadosa de los pobres, y en santa Brígida, que repartía la leche de los ganados de su padre a los pobres y después la daba por medida a su madre cumplidamente; y de santa Isabel, hija del rey de Hungría, y de Constanza, reina de Sicilia y de Nápoles, que siendo doncella y hija del rey de Mallorca, era gran limosnera y procuradora de los pobres; y ansí, Dios la ensalzó en ser muy aventajada en este mundo; que fue reina de Sicilia y de Nápoles y tuvo un marido muy virtuoso, los cuales gobernaron muy bien sus reinos a servicio de Dios.

Nunca en los tiempos pasados hubo doncella en casa de su padre que fuese virtuosa y amiga de los pobres que Dios no la ensalzase. Dice san Agustín que la maestra y guarda

10.- Orig. : 'saber a' (11v).

de la doncella virgen es la virtud de la caridad; ésta guía y rige bien a la doncella, y cuando viene a ser puesta en estado de casada, la caridad la avisa que no deje de obrar las obras de virtud siendo casada, pues que las obraba siendo doncella; porque en el estado del matrimonio hay mayor necesidad de hacer obras caritativas a los prójimos para ser ayudada y favorecida de la mano de Dios en sus muchos cuidados.

En lo que toca en si es bien ocupar a la doncella en el ejercicio de leer y escribir ha habido diversos pareceres. Y, examinados los fundamentos de estas opiniones, parece que, aunque es bien que aprenda a leer, para que rece y lea buenos y devotos libros, mas el escribir ni es necesario ni lo querría ver en las mujeres; no porque ello de suyo sea malo, sino porque tienen la ocasión en las manos de escribir billetes y responder a los que hombres livianos les envían. Muchas hay que saben este ejercicio y usan bien dél; mas otras usan dél tan mal que no sería de parecer que lo aprendiesen todas.

Bien sé que Cornelia, madre de los Gracos (como dice Luis Vives) no solamente aprendió a leer y a escribir, sino que tuvo muchas letras y se las enseñó a sus hijos; y por eso fue bien empleado en ella este ejercicio. Y las hijas de Catón fueron muy sabias, instruidas en las letras por su mismo padre; y Cleobolina, hija de uno de los siete Sabios de Grecia, supo muchas letras; y una hija de Pitágoras leyó en escuelas públicas; y las Sibilas fueron un pozo sin suelo de sabiduría; y la reina Cenobia fue muy versada en letras griegas y latinas; y muchas destas sapientísimas mujeres fueron doncellas y guardaron perpetua virginidad sin que la sciencia les fuese ocasión de ser deshonestas. Y las Musas, y Palas, diosa de las letras, dicen los poetas (contando sus historias) que fueron vírgines.

Doña Constanza, reina de Nápoles y Sicilia, mujer de el rey Ruberto y hija del rey de Mallorca, persuadió mucho a las dueñas y doncellas de sus reinos que se enseñasen a leer y escribir; porque decía esta santa reina que el saberlo era ocasión para ser devotas de corazón, y que este ejercicio las recoge y ordena en buena ocupación, y que es un medio muy eficaz para bien vivir, y que estando en casa se ocupan en leer las fiestas y se consuelan en sus tribulaciones con la buena lección, en la cual descubrían los buenos dichos y doctrinas de los Santos y los ejemplos de las santas y devotas mujeres pasadas que fueron siervas y amigas de Dios; y que junto con estos bienes tenía otro muy importante, que es poder el marido mejor aconsejarse con ella y comunicarse con sus cartas cuando estuviere ausente, sin que los secretos que en ellas viniesen fuese menester registrarlos a otrie que los descubra. Y sabiendo escribir, puede la mujer con más suficiencia entender en el gobierno de la hacienda y pedir de todo cuenta y razón, y que si la mujer quería ser mala, que por saber leer no sería peor, antes podría mejor curar su yerro y aprender a recogerse con la buena letura de los virtuosos y santos varones y devotas dueñas, y que las que quieren ser malas, aunque no sepan leer no les faltan otras industrias de mucho ingenio que ellas inventan con que se entienden con sus consortes sin escribirse; porque todas, como muy amaestradas de naturaleza, usan luego de unas señas y meneos, respuestas o palabras, con las cuales, como por cifras, agudamente dar a entender sus dañados conceptos.

Mas, con todo esto, hemos visto en nuestros tiempos, de saber leer las doncellas y otras damas escribir, haberse seguido grandes inconvenientes, que de tener la pluma en la mano se recrecen. Mas, porque es ejercicio indiferente, yo no le quiero condenar, sino remitirle a la prudente madre; la cual, si le parece que conviene, dele a su hija maestro virtuoso y de aprobadas costumbres que se lo enseñe; el cual sea viejo y, si fuere posible, sea

religioso. Y no le dé lición sin estar ella presente, porque de no lo haber hecho así algunas madres han sucedido casos muy ruines. Y esto basta para aviso por que la prudente madre no se descuide en este caso y mire y remire lo que en esto conviene; porque es menester velar sobre este ganado con más ojos que tenía el gigante Argos que guardaba la vaca Io, y con todo eso, se la vinieron a hurtar.

Ya que haya aprendido a leer, no se le ha de permitir que lea la doncella en libros profanos que tratan de amores y cosas deshonestas, porque éste es un despertador de malos pensamientos y es una yesca que abrasa los corazones de las tiernas y flacas doncellas. Y por eso desde niñas se han de ocupar en ejercicios honestos y leer libros devotos que las muevan a santos ejercicios. Y la razón desto es de Horacio, el cual dice que el barro cuando está fresco se debe labrar, y no dejar holgar a la rueda, para que salga bueno el vaso; y el yerro<sup>11</sup> cuando está caliente, en saliendo de la fragua, debe ser batido, porque después de helado será martillar en yerro frío. Las doncellas que desde niñas las dejan las madres andan sueltas y salir con cuanto quieren, y ser engreídas y muy libres, no se pueden (cuando crecen con estos siniestros) enseñar después y meter en camino. Así como los que han estado mucho tiempo con grillos y prisiones, y cuando los sueltan no aciertan a andar sino cojeando y cayendo aquí y levantando allí, así la doncella criada en prisiones de vicios y malas costumbres no acierta después a caminar por el camino de la virtud. Y por que no tomen malos siniestros se les han de quitar de las manos los libros de caballerías, porque ¿qué lugar seguro puede tener la flaqueza y desarmada castidad entre las armas y amores de que tratan estos libros profanos y llenos de mentiras y falsedades?

Es tan gran tesoro el de la virginidad, que así los padres como la misma doncella deben trabajar en guardarle con gran vigilancia y desterrar todas las ocasiones, y cerrar a cal y canto todas las puertas y todos los portillos por donde le puede venir algún peligro, y que esté muy bien cerrado con la llave del recogimiento y encerramiento. Porque los otros tesoros y bienes del mundo, aunque se pierdan, puédense tornar a cobrar; mas la joya preciosísima de la virginidad, si una vez se pierde nunca se cobra. Esto es lo que dijo el profeta Amós: «La virgen de Israel cayó en la tierra y no hay quien la pueda levantar». Y el glorioso santo Tomás echa el sello en esta materia diciendo: «Lo que implica contradicción no cae debajo de alguna potencia».

Y pues este tesoro de la virginidad, que es de tanto valor, es irreparable, no solamente la madre ha de trabajar por que la hija le tenga muy guardado, como cosa tan importante, mas la doncella, a quien principalmente incumbe tenerle a buen cobro, como a cosa suya, ha de mirar mucho por él y huir los inconvenientes y peligros de tantos salteadores como la querrían despojar dél. Es la virginidad hermosura, atavío y ornamento de la doncella, sin el cual está desnuda y descompuesta, y se hace ociosa y aborrecible de todos, y parece mal a los estraños y a los suyos.

Hipómenes, príncipe de los atenienses, aborreció tanto a una hija doncella que tenía, porque había perdido su honestidad, que la encerró con un caballo muy feroz en una caballeriza, sin darle de comer hasta que el caballo, rabiando de hambre, se la comió a bocados. Y no pudiendo Virginio, centurión, librar su hija de un romano que la quería forzar, dio a la propia hija de puñaladas delante de el mismo tirano, queriendo antes verla muerta que deshonorada.

11.- O 'hierro'. Ocurre en otros pasajes.

De los cuales ejemplos se sigue el cuidado que las prudentes madres deben tener de la honestidad de sus hijas para<sup>12</sup> que no pierdan este tesoro tan precioso. Y si ellas quisieren ponerle a peligro hablando con hombres sospechosos, han de cortarles las lenguas; y si quisieren mirar, sacarles los ojos; y si quisieren callejear, cortarles las piernas. Y aun plegue a Dios que baste toda esta diligencia para guardar un animal tan mal inclinado desde su juventud.

Bien conocía Aristóteles los inconvenientes que de no tener este cuidado las madres se siguen a las hijas, cuando dice y manda que los padres guarden con gran cuidado a sus hijas desde que son pequeñas, apartándolas de pláticas y conversaciones de hombres.

Ansimismo ha de procurar la celosa madre que la doncella sea templada en el comer y beber, para que anden templados y moderados los sensuales apetitos, cuyo despertador es el exceso de los manjares. Y por eso, entre los *Remedios* que da Ovidio contra el amor es la templanza en el comer y beber; y con este parecer se conforma el de Terencio, diciendo que no tiene fuerza la lujuria cuando hay hambre y falta de pan y vino. Por haber sido Caribdis una mujer espantablemente tragona se compuso la fábula de que comió los bueyes de Hércules y que Júpiter la hundió con un rayo en la mar, donde traga los navíos y cuanto a ella se allega (como dice Servio sobre Virgilio). Y así, las mujeres amigas de el demasiado comer y beber tragan y consumen las haciendas de sus maridos, y a éstas alcanza y hunde el perjudicial rayo de la mísera infamia.

De la bendita Cunegunda dice Surio que, siendo casada con el emperador Enrique el segundo, para probar su virginidad contra la sospecha de el Emperador, anduvo sobre barras de yerro albo, y después de viuda se entró monja, y tenía por abadesa a una sobrina, tan suelta y tragona, que en ninguna manera podía llevar sus demasías; y como la Santa viese que sus buenos consejos y correcciones no la aprovechaban, la dio un día tal bofetada que por jamás se le quitaron de la cara las señales de la mano y dedos, permitiendo Dios quedase así para escarmiento de las que se precian de glotonas.

Cosa cierta es que si la doncella, cuando está en casa de sus padres, por tener las llaves de todas las viandas y cosas de comer, si acaso es desmandada en golosinas, que después, cuando es casada, si le faltan los tales regalos en su casa los procura haber por algunas malas vías y fuera de su casa, con notable daño y menosprecio de su bondad y fama e injuria de su marido. Tampoco ha de consentir que la doncella esté ociosa, porque la ociosidad es el portero que da la puerta del alma a los malos pensamientos, los cuales hallan puerto seguro en el alma de la mujer ociosa. Y esto le movió a Publio Siro a decir que la mujer que está sola, pensativa y ociosa, debe de pensar alguna maldad. Y por eso dijo Ovidio: «Quita la ociosidad y habrán perecido las armas de Cupido». También toca al oficio de buena madre proveer en la decencia y honestidad de los trajes y atavíos de la doncella para que no se engría y solevante con la curiosidad y exceso de los trajes y atavíos, y de los afeites y arreboles, que tan usados son en el mundo y que tanto ofenden los ojos de los buenos.

Hay otro daño en algunas doncellas que debe remediar la prudente madre, y es que, aunque tienen tanto punto de presunción de su honestidad que no piensan que las derribará ningún viento, huélganse de ser servidas y regaladas, y no les pesa de que les pasen la calle y de traer a los galanes hechos estrelleros mirando a las ventanas; reciben billetes y presentes. Y aunque ellas lo echan al palacio y dicen que todo es pasatiempo, yo lo tengo por pierdetiempo, y digo que las que esto hacen han dado señal de su perdición y

12.- Orig.: 'pera' (14v).



que temo que, pues han tomado la cuesta, no pararán hasta dar consigo en el despeñadero y abismo de la deshonestidad: de tan ruines principios jamás habemos visto buenos sucesos. Dice Séneca que la doncella que no estima en mucho su castidad no merece ser viva, porque a la doncella virtuosa su vida es su castidad. La mujer que toma, a sí misma dará, y por eso, la mujer honesta ni ha de recibir ni dar ni tomar.

Bien entendía el inconveniente que hay en estos presentes aquella honestísima mujer del rey Lisandro, que la cual dice Luis Vives que como a ella y a sus hijas, que eran hermosísimas, enviase Dionisio, rey de Sicilia, unas vestiduras muy preciosas y otros presentes riquísimos, ninguna cosa quisieron recibir, y se lo volvieron a la cara por entender a lo que queda obligada la mujer que recibe regalos y presentes. Y enviando Pirro, rey de los epirotas, a ciertas señoras romanas muy ricas joyas de oro y de plata y de preciosas perlas, tampoco las quisieron tomar. No son deste humor algunas damas de nuestros tiempos, las cuales no son tan malcriadas que vuelvan a los ojos de los galanes los regalos que les envían; antes tienen por cosa de palacio enviárselos ellas a pedir y ganarles por la mano, lo cual es pronóstico de muerte y testimonio que se darán al primer combate; y mucha tierra tiene andada el galán que ha llegado a este punto. Y no sé qué hace la celosa madre que no ve estas cosas, y, si las vee, cómo las deja pasar y no pone remedio en apagar tan grande hoguera como destas centellas se puede esperar.

Otra cosa hay digna de remedio: que entran algunas veces unas vejezuelas, alquiladas de hombres livianos, a traer billetes y recaudos en achaque de vender hilado, y con estos hilados tejen ellas la tela de la perdición de algunas doncellas, como se perdió Melibea con los hilados que le trajo a vender aquella ministra de el Demonio Celestina, la cual y las semejantes les vienen a vender zarazas y veneno escondido debajo de palabras engañosas con que las enzarzan y enredan. Gayo Suplicio repudió a su mujer porque andaba en cabello, y Quinto Antistio porque la vio hablar en secreto con una mujer vieja: bien debía entender este romano la pestilencia que influyen estas vejezuelas. Por lo cual, las madres avisadas no las deben admitir para que hablen a doncella, ni la vea de sus ojos: porque algunas dellas son factoras del Demonio, que hacen sus negocios bien fielmente embaucando y sonsacando a las pobres doncellas con promesas de casamientos que ellas fingen, y con decirles que dejan perder el tiempo y que se van haciendo viejas sin gozar de su juventud, y que los padres las tienen olvidadas y que por no desposeerse jamás les darán maridos; y que agora que tienen tiempo y que se les ofrece tan buena ocasión, y que aquel caballero de alto lugar la quiere tanto, no pierda la ocasión. Con estos y semejantes embaimientos, embelecocos y embustes, trastornan ellas el juicio a la pobre doncella, y con estos anzuelos la prenden y la hacen picar en el cebo de su perdición. Para obviar a este inconveniente es cosa muy justa que la madre la traiga siempre debajo de sus alas para que no topen con ella estas cazadoras infernales, y que no la quite de su lado ni la fíe de nadie ni permita que duerma con otras doncellas.

El cual aviso si tomara el rey Licomedes, no fuera su hija Deidamia deshonorada por Aquiles, cuya madre, que era la diosa Tetis, encomendó su hijo Aquiles al dicho rey trayéndole en hábito de doncella para que estuviese allí escondido, por que no fuese a la guerra de Troya (donde ella había hallado por sus artes que había de morir, como después murió), y teniéndola el Rey por doncella (como en la verdad lo parecía), se la dio muy encomendada a su hija para que la tuviese en su compañía, a la cual tomó tanta afición esta

infanta que la quería por extremo y la acostaba consigo no sabiendo que era hombre. Mas como el amor tiene la condición del fuego, no pudo estar mucho tiempo sin descubrirse; y como dormían juntas y él se abrasase por ella, una noche vino a descubrirle que era hombre, y de tal manera la persuadió que remaneció preñada. Y estando el Rey su padre muy indignado contra los dos, se descargó ella diciendo que él tenía la culpa, pues le había dado para su compañía aquel mozo en hábito de mujer. Con este ejemplo se confirma lo que veníamos tratando, que no suelte de la mano la madre a su hija ni permita que duerma con otras doncellas, ni aun casadas; ni la deje fuera de su casa para que se huelgue con otras sus amigas, porque a ratos tienen otras mancebos parientes y vecinos comadrosos que las visitan, y visitando a las unas sonsacan a las otras.

Ni tampoco las envíe con sirvientes ni escuderos a devociones y romerías revueltas, tapadas y hechas cocos, por que no acaezca que vayan romeras y vuelvan rameras, y que vayan a ganar perdones y traigan cargazón de pecados. Ni aun debe consentir que la doncella quiera mas a unas sirvientes que a otras, ni que hable con ellas en secreto, porque de tales secretos se suelen seguir males públicos. Ni debe enviar a la doncella su madre con dueñas y criadas, y muy menos sola, a tomar el acero ni a espaciarse a el campo, por que no le acaezca lo que acaeció a Europa, hija de el rey Agenor, y a Dina, hija de Jacob, que fueron robadas de Júpiter y Siquem, lo cual no les acaeciera si no se salieran a espaciar al campo. Y esto sea aviso para la celosa madre en no apartar a la doncella de su lado, porque nunca faltará algún Júpiter o Siquem que la engañe.

Ni ha de permitir que admita la doncella visitaciones de hombres, ni que platique y esté sola con ellos (aunque sean parientes muy cercanos), pues dice la divina Escritura que por quedar Tamar sola con su hermano Amnón<sup>13</sup> fue violada y deshonorada dél. Cierta cosa es que el fuego del amor no tiene respecto a parentesco ni a amistad, porque no se sigue por razón; y por eso el abad Pión (como se lee en las *Vidas de los Padres*) estando su hermana muy enferma no se podía acabar con él que la entrase a ver, y fue tan importunado que entró los ojos atapados con una venda, y no vio la hora de salirse. Y conociendo el bienaventurado Augustino el peligro que hay en esto, no quiso morar con su hermana, y siendo él quien era, no quiso ponerse a peligro. Y así, estoy muy mal con algunas doncellas que hablan en secreto y por los rincones con algunos parientes en quinto grado, y huelgan de que las visiten sus devotos y estar cuatro horas en parlamento con ellos a solas. Si lo que se trata es bueno y limpio de polvo y paja, mejor es que sea público y que venga a noticia de todos; y si es malo y peligroso, mejor es que se evite, porque destos secretos se siguen a veces pláticas y palabras blandas; y de las palabras blandas, requiebros amorosos; y de los requiebros, centellas con que se vienen a encender grandes llamaradas de concupiscencia, porque no están seguras las estopas a par de el fuego, y la carne con carne hiede.

Hase de tener cuenta con la doncella no sea salidera ni ventanera; y cuando saliere, sea con su madre. Y ha de ir por la calle con gran mesura y honestidad y no traer los ojos estrelleros ni mirando para que la miren, ni<sup>14</sup> dando ocasión a los livianos que la sigan y se vayan tras ella por ir muy tapada hecha coco o por ir tan deshonestamente descubierta que lleve los pechos defuera: cosa tan estupenda que se había de castigar por justicia.

13.- Orig.: 'Aman' (17v).

14.- Orig.: 'y' (18r).

Dice Plinio que es cosa tan natural a la mujer andar cubierta, que por eso proveyó naturaleza que si se ahoga en el río una mujer, la lleve la corriente boca abajo, por que aun después de muerta vaya honestamente. Pues ¿cuánto mayor obligación terná de mirar por su honestidad y buena compostura la que está viva? Y así, debrían guardarse las que se tienen por honestas de no descubrir y placear los pechos y otras partes que arguye deshonestidad traerlas descubiertas. Y aun de las cabezas, dice el Doctor de las gentes sant Pablo, debe la mujer traer cobertura sobre su cabeza, pues ¿cuánto más deben de andar cubiertos los otros miembros, cuya muestra puede inducir y dar ocasión de pecar? En lo cual se esmeró tanto la reina doña Isabel, que, como le diese una gravísima enfermedad oculta, no consintió curarse en más de cincuenta días que le duró; y era tanta su honestidad, que cuando le dieron la Extrema Unción no consintió que el Preste viese sus pies. Así lo dice la *Historia de los Godos*.

Tenga cuenta la madre que la doncella no vaya a toros ni torneos, ni farsas y comedias, ni a otros espectáculos públicos. Lo cual es cosa tan peligrosa que decía Ovidio, preceptor de amores, que los convites y las fiestas públicas son las armas de la diosa Venus y de Cupido. Y Juvenal no está fuera de este parecer cuando dice que en las fiestas y actos públicos con dificultad se halla una mujer que pueda agradar a un hombre cuerdo para casarse con ella. Y lo mismo se podría decir de el danzar y bailar, porque parece que es ejercicio inventado por el Demonio, enemigo de naturaleza humana, para despertar malos pensamientos. Dice Luis Vives (a quien yo más sigo en esta materia, después de Plutarco) que fue muy reprehendida Sempronia, matrona romana, porque sabía muchos primores de danzar y bailar; lo cual, aun en los hombres, se tenía por tan gran tacha que Marco Tulio tuvo necesidad de defender a dos dellos que fueron acusados por haber bailado y danzado. Y si esto se tenía por grande inconveniente, aun en los hombres, ¿cuánto por mayor se había de tener entre mujeres cristianas?

La razón por que estos ejercicios de danzar y bailar y de todo género de música (salvo el órgano a las monjas o a las que lo han de ser) han de estar cien leguas de la honesta doncella es porque a ratos (sin mirar en ello) salta una centella de afición del que bien danza en el tierno corazón de la que baila con él o que le ve bailar, que abrasa su corazón poco a poco y le destruye.<sup>15</sup> Y cuando prende esta yesca de el amor en el ánimo tierno de una pobre doncella o de un mancebo, ¡oh, válame Dios, qué destrucción y grande estrago hace en él, las penas, las tristezas y melancolías que infuye, las aflicciones y suspiros que cargan de la tierna edad que ha picado el alacrán del amor! Pues ¿qué mejor aviso se puede dar a la honesta doncella, sino que huya estos diabólicos ejercicios, de donde suelen proceder estos desasosiegos y tormentos, que son danzas, bailes, músicas?. Los cuales parece que llaman y dan voces a los malos pensamientos y a las ruines ocasiones para que vengán y que les darán posada, y por eso es menester desterrarlos al principio y descabullirse dellos; y éste es uno de los remedios que da Ovidio contra el amor. Y muy mejor el Real profeta, diciendo: «No dejéis crecer los pequeñuelos, que son las tentaciones en sus principios». Esto es lo que dice la Esposa en los *Cantares*: «Prended las raposas pequeñuelas, que destruyen la viña de el alma, antes que crezcan». Luego muy necesario es para el reposo y seguridad de la honesta doncella huir las malas ocasiones

15.- Orig.: 'destruyeste' (18v).

Lo cual últimamente quiero probar por un ejemplo de Luciano en sus *Diálogos*, donde dice que preguntó la diosa Venus a Cupido, su hijo, «¿Por qué, como hieres con tus flechas a Júpiter y a otros dioses, y a mí, que soy tu madre, por qué no hieres a Minerva y a la diosa Diana? A lo cual dice que respondió Cupido: «Porque Minerva en viéndome venir luego huye y no se deja ver ni la puedo alcanzar, y las Musas están tan ocupadas en las ciencias que no se acuerdan de mí. Diana anda siempre por los montes embebida en su caza, y por esto, y por andar remontada y apartada de la comunicación de las gentes, está libre de mis flechas». Luego bien se sigue que el recogimiento y buenos ejercicios alejan y destruyen al amor, y los vanos y deshonestos le llaman y dan voces para que venga.

Compárase la virginidad a la azucena, por la blancura y fragancia que tiene, en la cual hay seis hojas que denotan (como dice Peraldo) seis cosas que aprovechan notablemente para conservar este don.

La primera es la templanza en el comer y beber. En los *Proverbios* se dice que el vino es ocasión de lujuria, y Lot cometió incesto por embriagarse. Sant Jerónimo, escribiendo a una doncella, dice: «Oh hija! Si el apóstol sant Pablo castigaba su cuerpo con ayunos y asperezas para ser casto, estando tú en la flor de la mocedad, comiendo bien y bebiendo mejor, ¿cómo quieres seguridad de casta?».

La segunda cosa que se requiere es huir la ociosidad. Ezequiel dice que la maldad de los sodomitas fue causada de soberbia, abundancia de pan y ociosidad.

La tercera cosa para conservar la castidad es el vestido humilde y áspero. San Bernardo, en una epístola, dice que cuanto más ásperas y duras son las cardas tanto más queda el paño blando y suave. Lo mismo hace el vestido áspero y humilde en la conciencia, que la deja suave y blanda para Dios. San Pablo aconseja a las mujeres que eviten los vestidos preciosos y los tocados soberbios de oro y perlas si quieren ser santas. Lo cual todo no sirve sino de redes con que el Demonio enreda almas; y así, en los *Números* dice que, viendo los hebreos a las moabitas con vestidos soberbios y vanos, vinieron a fornicar con ellas y a ser idólatras.

Lo cuarto que el estado original debe procurar es que ni el oído oiga palabras torpes ni la vista vea lo que puede ser incitamento y ocasión de mal. Por el profeta Amós dice Dios que si el león viniere al ganado y echare las uñas a alguna oveja y se la tragare, si la tal oveja dejare fuera de la boca de el león la oreja, que verná el pastor y asirá de allí y la sacará al león de su boca; es decir: que si alguna alma estuviere en pecado mortal (que es estar en la boca de el Demonio), si dejare la oreja fuera oyendo sermones y buenos consejos, de allí asirá Dios y la traerá a sí justificándola. Por el contrario, podemos decir que si un alma está asida de Dios y en su gracia, si deja fuera la oreja para oír silbos de demonios y encantos de hechiceros (que tales son las palabras azucaradas de los mundanos), será esto ocasión para que se pierda.

El quinto requisito de la castidad es la modestia en las palabras. En los *Proverbios* pinta Salomón una mujer perdida y fornicaria, y entre otras cosas que le atribuye es decir que parla mucho. El vaso sin cubierta era dado por indigno de el templo de Dios; así, el alma que no sabe tener cerrada la boca (y más si es de mujer) es indigna de Dios. Por esto dice sant Jerónimo que el razonar de la doncella debe ser prudente, modesto y raro, no tan adornado de elocuencia como de vergüenza.

El sexto y último medio para conservar la castidad virginal es huir las ocasiones. La doncella debe ser de condición montaraz y silvestre, porque así como los animales silvestres tienen la piel de mejor lustre que los criados en casa, así la doncella que dondequiera la veen no tiene tan buen lustre y fama como la que anda encubierta y escondida. Y aun suele acaecer que algunas piensan tomar estado más presto por mostrarse a todos y tratar con todos, y sucédeles al revés: que antes por esto pierden casamiento, a lo menos el que les conviene. Llega a casa de un gorrero a comprar una gorra cierto galán. Dánsela del mostrador. Tuerce el rostro y dice que no quiere aquélla porque está manoseada. Ni basta decirle que es nueva y que nadie se la puso: él porfía que no la quiere. Sácanle de una arca cerrada otra, y aquélla compra. Ansí también doncellas de mostrador, el que se precia de honra no las estima, porque se presume que están manoseadas. Plutarco dice que no hay doncella más honrada ni famosa que la que ni tiene fama ni honra; es decir: que aquella doncella debe ser en más tenida que nadie la conoce ni sabe della si nació en el mundo, por estar siempre encerrada y recogida. San Ambrosio dice que el esconderse las doncellas les viene muy a cuenta, por ser propio dellas estar llenas de temor, sin asegurarse en la vista de varón terreno.

También tiene el azucena tres granos de color de oro, y denotan tres motivos por que deben amar a Dios los que están en estado virginal, pues Dios tanto los ama. El uno es por criador; otro, por conservador, y otro por remunerador.

Hermosa cosa le pareció a Numa Quío conservar al cuerpo en castidad la doncella, y, permaneciendo siempre virgen, deleitarse en santos y limpios pensamientos y ser como reina de las mujeres, viviendo libre de los dolores de el parto, y enclavando los ojos de su alma en aquella vivienda contemplativa en que florecen las bodas gloriosas de las santas meditaciones mezcladas con las divinales consolaciones.

Nereo y Arquileo, bautizados por la predicación del apóstol sant Pedro, eran cubicularios o camareros de Flavia Domicila, nieta del emperador Domiciano, que también era cristiana. Hallándose un día en presencia de su señora al tiempo que ella se componía y aderezaba, estuvieron atentos mirándola, y cuando ya estaba compuesta dijéronle: «Si el estudio y diligencia que pones, ¡oh Domicila!, para aderezar tu cuerpo y persona con intento de agradar a Aureliano, hijo de el Cónsul tu esposo, lo pusieses en adornar tu alma de virtudes y gracias, agradarías sin duda a Jesucristo, el cual recibíendote por esposa, haría que tu hermosura y belleza durase para siempre, sin faltarle aderezos con que más la aumentases en su eterno reino». Respondió Domicila: «No es malo que yo me aderece y componga con intento de casarme para que, así, tenga hijos y mi ilustre y claro linaje vaya adelante y se conserve su memoria».

A esto dijo Nereo: «Bien es que haya casados para que el mundo no se acabe; mas no por eso todos están obligados a casarse, antes es mejor el estado virginal que el de los casados. Y, presupuesto que es así, querría, señora, que considerases qué cosa es casarse una doncella. Lo primero, ella trueca el nombre en otro que le es contrario, llamándose ya mujer no entera; y lo que no consintió a sus propios padres que la engendraron, de que tuviesen poderío en su cuerpo, consiente en el varón extraño, de quien a veces se hace esclava siendo tratada como tal; porque, si le da voluntad y gana, le vedará la conversación aun de sus propios parientes, el tratar con criadas, con esclavos, el ver y el oír, y alguna vez lo que se hace o se dice con ánimo sincero y limpio se toma a mala parte».

A esto dijo Domicila: «Bien sé que mi madre padeció muchos trabajos por ser celoso mi padre, mas todos los hombres no son celosos, ni yo forzosamente le tengo de tener de tal condición». Arquileo le dijo a esto: «Antes que un hombre se despose muestra ser humano, afable, amoroso y bien acondicionado; mas después que tiene su mujer en su casa múdase de tal suerte que parece otro, y viene la insolencia y atrevimiento de algunos a tanto, que truecan las señoras por las criadas. Y si les van a la mano a esto, o a otros desatinos semejantes que hacen, no sólo responden con malas palabras, sino que añaden pesadas obras. Mas demos que no sea el esposo celoso ni deshonesto: lo que le sucede a la esposa de su compañía es un preñado, con una carga bien pesada, sin la poder un momento apartar de sí; el andar llena de mil temores esperando si la hora del parto será la última de la vida; el estar enferma, amarilla, desconsolada, sin poder dar paso que no le cueste un dolor; aborrece el manjar provechoso y ama el nocivo y dañoso».

Cesaba Arquileo de razonar y tomó la mano Nereo, diciendo: «¡Oh, cuán bienaventurado es el estado virginal, ignorante de tales calamidades, amable a Dios y carísimo a los espíritus angélicos! Cualquier grado de santidad, si se pierde, puede recuperarse por la penitencia; sola la virginidad, si una vez se pierde, queda irreparable. A la que deja este don le podrían decir los Ángeles: ‘Di, mujer, ¿qué agravio te ha hecho el sello virginal, que le has echado de ti por admitir en su lugar la corrupción? Desde que saliste de las entrañas de tu madre te ha acompañado esta joya preciosa. Ahora ¿por qué la dejas?’ ¡Oh bienaventurada virginidad, que es en el suelo lo que es ser ángel en el cielo! Escoge, pues, Domicila: con este título de virgen ser perpetua esposa de Jesucristo, o, perdiéndole, ser sujeta al varón mortal, con quien si algún deleite tuvieres será breve y momentáneo y acompañado de tantas desventuras y miserias». Estos santos consejos dieron Nereo y Arquileo a Domicila, la cual conmovida con razones tan eficaces (y más de la gracia de Dios), negó al esposo; y por la confesión de la fe perdió la vida puniéndose luego a un aposento adonde estaba con otras santas doncellas (y quitándoles la vida por mandado de un tirano), aunque sus cuerpos quedaron sin lesión.

De la virginidad dice Catulo, poeta, que es una flor donde jamás llegó pastor ninguno. Virginidad parece al glorioso sancto Tomás que se deduce de *viror*, que es *verdura* o *frescura*; y así se ve en las doncellas vírgines: que sienten salud corporal, gozan de una frescura de rostro que con el blanco y colorado natural representa una fresca rosa, y con tal virtud conservan aquella hermosura natural con que son llamadas «hermosas como los ángeles», mereciéndolo la honestidad y virtud virginal, que es hermana de los ángeles.

Dice sant Jerónimo que vivir en carne sin resabios de carne más es vida celestial que terrestre, y en otra parte dice: «El matrimonio puebla el suelo y la virginidad el cielo». Sant Juan escribe de sí en el *Apocalipsi* que vido un ángel cuya hermosura y valor le agradó tanto que le pareció digno de ser adorado: quiso adorarle, y dijo el Ángel: «No lo hagas, que somos iguales»; y la igualdad, dice Peraldo que consistía en ser sant Juan virgen.

Estima Dios esta virtud, porque a cualquiera que la tiene dice aquellas palabras de regalo y ternura que están en los *Cantares*: «Hermodosa sois, amiga mía, hermosa sois». Dos veces dice que es hermosa porque ha de haber integridad en el cuerpo y en el alma. San Agustín dice que tiene por más felice a la mujer casada que a la doncella que pretende casarse, porque lo que ésta desea aquélla lo tiene. La que ya está casada (dice) sólo desea

agradar y parecer bien a uno, y la que pretende casarse trabaja por agradar y parecer bien a todos, ignorando quién será su marido.

Confirma esto sant Jerónimo diciendo que aprovecha poco la integridad de el cuerpo a quien con la mente y deseo ha celebrado matrimonio; lo cual se ha de entender, según doctrina de sancto Tomás, para conseguir en el cielo la laureola debida a la virginidad, porque no se da a quien murió teniendo intento de casarse, aunque en el cuerpo fuese virgen. Es necesario el intento de morir virgen, y basta morir con él, aunque alguna vez en vida se haya mudado, pues la falta del deseo de ser virgen es recuperable, al contrario del hecho, que no es posible recuperarse.

Cuánto estime Dios el estado virginal véase en el premio que le tiene señalado, que es de ciento, siendo el de los continentes de sesenta y el de los casados de treinta. Sin esto, se vee en cuánto Dios le estime, pues le escogió para sí permaneciendo siempre virgen. También por esto escogió madre virgen y privado y más amado discípulo virgen, que fue sant Juan Evangelista; del cual no quiso que acabase su vida por martirio porque vivir muchos años virgen, como vivió sant Juan, género fue particular de martirio. Y de aquí resultó que, viendo algunas doncellas cuánto Dios estimó el estado virginal, le estimaron en tanto que así por conservarle como por ser cristianas, perdieron las vidas, como santa Inés, santa Ágata y santa Lucía, y otras sin cuento.

Ha de estimar en tanto la honesta y virtuosa doncella la preciosa margarita y el tesoro de su honestidad, que, aunque no tenga madre que la guarde ni mire por ella, ella sea su misma guarda y tenga a muy buen cobro el tesoro irrecuperable de su virginidad. Y para esto ha de huir de todas las salidas y visitaciones y ocasiones de poderla perder, porque está el mundo lleno de lazos y enredos que tiene armados el infernal cazador para hacerla dar de ojos y para despojarla desta joya tan valiosa de que la dotó naturaleza. La cual estimaron en tanto algunas doncellas de la antigüedad, que la antepusieron a la vida natural y se dejaron morir en su defensa. De lo cual trae muchos ejemplos el bienaventurado sant Jerónimo, uno de los cuales es éste:

Los esparcitas los mesenios tuvieron tan estrecha amistad que en ciertas fiestas que hacían y juegos muy solemnes enviaban sus hijas y mujeres los unos a los otros y se las confiaban para que viesen las fiestas. Mas como nunca pararon en bien las ruines ocasiones, acordaron una vez los mesenios de hacer fuerza a las doncellas de los esparcitas; y fue tanta su honestidad que se defendieron dellos hasta perder las vidas, y antes se dejaron matar que deshonorar.

Y Francisco Petrarca hace mención de una doncella griega llamada Hipa, que, habiéndola robado unos piratas y llevándola en su navío, como la quisiesen forzar, se arrojó en el mar. El rey Nicanor habiendo alcanzado una gran victoria de los tebanos, fue vencido de amor de una su cautiva doncella, no menos hermosa que virtuosa, y jamás pudo acabar con ella que le concediese su amor, aunque la daba palabra de casamiento y de hacerla señora del reino. Mas, no pudiéndose ella defender dél, por conservar su limpieza se mató con su propia mano. Los cuales ejemplos no los traigo yo, ni los trae sant Jerónimo, para alabar a estas doncellas porque se mataron, sino porque estimaban en tanto su virginidad que la defendían hasta la muerte, y antes escogían morir voluntariamente (aunque erraban en ello) que vivir sin esta preciosa joya de la virginidad.

Estando ya la doncella avisada de los vicios y peligros de que se ha de guardar, y la madre de cómo la ha de instruir en buenas costumbres, no resta sino que cuando tuviere las condiciones y buenas maneras que habemos tocado (si no la llamare Dios al estado de la religión), que el padre le dé marido en cuya compañía sirva a Dios. En lo cual la doncella no ha de tener voto sino para encomendar el negocio muy de veras a nuestro Señor. En muchas partes de su *Eneida* dice Virgilio que en Eneas el troyano jamás emprendió ninguna cosa de importancia sin que primero hiciese devociones y sacrificios a sus vanos dioses. De cuya devoción, mal empleada, podemos inferir la que es razón que tenga la doncella cristiana en negocio tan arduo y de tanto peso para encomendar a Dios el buen suceso. Y, hecho esto, aceptará por marido no a el que ella se aficionare, sino al que el prudente y amoroso padre le diere, tomando ejemplo en aquella honesta doncella Lavinia, a la cual con mucha razón alaba el sapientísimo poeta Virgilio en su *Eneida* porque tratando en su presencia el rey Latino de casarla con Turno, dice que no habló palabra, sino que estaba tan vergonzosa que tenía los ojos clavados en la tierra, y que de pura vergüenza derramaba muchas lágrimas. En lo cual nos dio en esto doctrina el ingenioso poeta que no incumbe a la doncella, sino a sus padres, tratar de lo tocante a su estado y casamiento, ni ha de dar muestras de tener deseo de casarse. Y por eso se acostumbraba entre aquellas antiguas romanas (ejemplo de honestidad) que cuando llevaban a la esposa a casa del marido para entregársela, en llegando a la puerta se detenía ella y no atravesaba los umbrales hasta que aquellas matronas que la acompañaban la metían en peso. Dando en esto a entender que entraba contra su voluntad y por fuerza adonde había de ser despojada de la joya preciosísima de la virginidad.

### Capítulo 3: De la hermosura humana, la cual suele más resplandecer en las doncellas que en las demás mujeres, así como en el árbol cuando está adornado de su flor; y de las exteriores aparencias

**E**NTRE los bienes desta vida, la hermosura, disposición y gentileza humana es un bien que muchas veces triunfa de los demás bienes. Platón le dio el segundo lugar entre los bienes humanos; Ateneo la hace la misma honra y la señala el mismo grado y lugar, prefiriéndola a las riquezas, amigos, ingenio, victorias, elocuencia y otros muchos bienes que son parte de la humana felicidad; Plutarco y Zenón la llamaron flor de la virtud; Homero y Ovidio, don divino dado graciosamente; Platón, privilegio y ventaja de la naturaleza a pocos concedida; Aristóteles, carta de favor y de recomendaciones, como un hábito de Sanctiago, una encomienda o tusón con que mejoró la naturaleza a los que más favorece; y como Dios puso una señal en Caín para que ninguno le hiciese mal, así en la persona hermosa puso una señal para que todos la hiciesen bien.

A la reina doña Isabel llevó un caballero mancebo de mucha hermosura y gentileza una carta de favor para que le hiciese mercedes, y poniendo los ojos en su buena suerte, respondió: «Poca necesidad tenía de carta vuestra presencia». De Príamo dijo el Poeta que sola la presencia era digna de un imperio. Plutarco refiere de el capitán Nicias que ahorró un esclavo suyo por hermoso; y no tuviera para qué contalle por caso peregrino si tratara de esclavas, porque han sido sin número las que de esclavas han venido a ser seño-



ras, quedando sus señores por esclavos; y no han sido menos las señoras que han venido a ser esclavas, quedando sus esclavos por señores.

Demóstenes, como el mejor orador de el mundo, la alabó más y mejor que todos cuantos hasta hoy hablaron de la hermosura. Porque no se contentó con dale el primer lugar entre los bienes humanos, pero aun dijo más: que en cuerpo humano tiene dignidad divina, y como las cosas divinas jamás hartan de manera que enfaden y que fastidien, así la hermosura jamás harta, antes causa con su vista deseo inmortal, y, así, no se puede comparar con ella cosa mortal. Y tomolo de un pitagórico tan esclavo deste bien que a las personas hermosas llamaba dioses y diosas, o a lo menos imágenes divinas, haciendo alusión a que la hermosura es un resplandor y un rostro de el rostro de Dios.

Quintiliano y Luciano encarecen la estima en que fue tenida la hermosura de Elena diciendo que griegos y troyanos reputaban por dichosas sus muertes a trueque de quedar con tan gran belleza; y el famoso retórico Isócrates subió su encarecimiento hasta los dioses, de los cuales dice que pelearon con mayor furia por la hermosura de Elena que contra los gigantes que los querían echar del cielo. Porque contra los gigantes todos los dioses fueron a una; mas por causa de Elena, por la gran discordia que entre ellos hubo, fueron unos contra otros, de lo cual se sigue bien haberla estimado en mucho.

Y en muchas naciones era tan alta y tan soberana la opinión que tenían de aqueste bien que hacían rey al más hermoso. Así lo cuenta Strabón; y Diódoro siculo de los indios orientales, en la región llamada Catea, de los cuales refiere también que tienen asalariados jueces que visiten a los niños nacidos de dos meses y califiquen su parecer si es suficiente para dejalle con la vida. Lo mismo cuenta Strabón de los de la isla de Meros, en medio de el río Nilo, y Aristóteles de los etíopes. Entre los lacedemonios fue la hermosura reverenciada por cosa divina, y porque el rey Arquidamo se casó con mujer fea le juzgaron y sentenciaron en gran suma de dineros. Eurípides dice que Ganímedes mereció ser llevado a la congregación y compañía de los dioses por su gran hermosura.

En las mujeres este bien de la hermosura es de gran precio, porque ellas ni se acuerdan de la elocuencia de Cicerón ni de la fuerza del decir de Demóstenes, ni de los triunfos de César ni de las victorias de Alejandro, ni de los tesoros de Midas ni de las venturas de Polícrates: el Dios en quien adoran es su hermosura. Y cuando la naturaleza se la niega entra el arte con tantas diligencias e invenciones que es imposible contarlas. Antiguamente, en las solenidades que la gentilidad hacia sus dioses había desafío de hermosura entre las mujeres más celebradas en esto, como en los juegos pitios y olímpicos le había de correr y luchar entre romanos y griegos. Y la que salía con la palma y con la gloria quedaba siempre tan ufana y tan soberbia quanto las demás tristes y corridas: una quedaba tan fuera de sí de placer como las demás de pesar, y todo era locura y desvarío. Esta costumbre había entre los lacedemonios, según cuenta Museo, y entre los parrasios, según Ateneo.

Y que éstos desafíos causasen contrarios y desigualisimos efectos (aunque mil experiencias destes casos nos lo enseñan cada día), en la ficción de las tres diosas desnudas se probó galanamente. Entre las cuales quedó enemistad y discordia perdurable; y con ser Juno su madrastra y Palas tan belicosa, tan varonil y feroz que de nada había de hacer menos caso que de hermosa, y con ser la ventaja de Venus tan notoria, no pudieron sufrir que Paris juzgase por menor su hermosura; antes quedaron tan rabiosas y tan deseosas y hambrientas de vengarse, que cuando todos los dioses estaban muy lastimados de ver el

fuego de Troya y a Héctor arrastrado de las colas de los caballos de Aquiles, ellas se mostraban satisfechas y pagadas. Horacio en sus *Odas* refiere un encarecimiento extraño de una mujer llamada Europa, en cuyos ojos lucía tanto su hermosura que suplicaba a sus dioses se viese ella antes comida de tigres y de leones que viniese a verse fea.

En fin, con ser la hermosura bien tan amable que se lleva los ojos y el alma de cuantos la miran, y con hablar muchas veces la hermosura con más suavidad y con más dulzura que la discreción y que la sabiduría, y con ganar más tierra en los pechos y voluntades humanas que la elocuencia y que el arte de decir, y con ser una buena cara tan señora de el amor y de las almas ajenas (como dice Lucrecio) que deja a la envidia muy pocas veces lugar (y así, para la hermosura por maravilla hay envidia, que es la polilla y la carcoma de todos los demás bienes), con todo esto, en mujeres que por mengua deste bien se veen menos validas y festejadas, y que a la ventana de su vecina hacen terrero los caballeros mozos de la ciudad y que allí acuden las músicas y alboradas, los ruidos y las carreras, suele haber tantas envidias que traen el ánimo amargo y la vida sorda. Como Dionisio, tirano de Sicilia, diese tres rameras muy hermosas a Arístipo, filósofo discípulo de Sócrates, diciendo que de aquéllas escogiese la que quisiese, tomolas todas diciendo ni aun a Paris haberle sido seguro haber antepuesto a una de las tres a las otras dos, y llevolas al portal de la sala y dejolas allí, mostrando no ser menos fácil en dejarlas que en recibirlas.

El argumento a mi parecer más fuerte para probar que la hermosura es cosa grande, es el favor que hacen a este bien los Sanctos y la Escritura sagrada. San Ambrosio, en el libro que hizo de *La virginidad*, llamó a la hermosura figura de la bondad interior; y san Agustín en sus libros de *La ciudad de Dios* la tiene por don y por merced del cielo, y es verdad cierta que, como sobre la nobleza campea y luce la virtud como esmalte sobre oro, así luce y resplandece sobre la belleza y hermosura, y hacen una consonancia divina el cuerpo hermoso y el alma bella. Por eso en las vidas de los sanctos tienen siempre los historiadores de escribir la nobleza y hermosura de la virgen o de el mártir por circunstancia que adorna; y así la llamó convenientemente Plutarco flor de la virtud. El *Eclesiástico* dice que como el sol dende la cumbre del cielo hermosea y alumbrá el mundo bañándole con los rayos de su luz, así la mujer sancta y hermosa es en su casa un sol que honra su casa y la enriquece y la baña de alegría; y el Esposo importunando a la Esposa le muestre su cara, de quien dice el psalmo era la misma hermosura.

Esfuerza mucho este argumento el haber dado Dios milagrosamente aqueste bien en ocasiones particulares a algunas mujeres sierva suyas. Santa Isabel, viuda, reina de Hungría, era tan olvidada de su rostro y de su traje que aun el tiempo que fue casada le trujo siempre pobrísimo. Llegando unos embajadores a su corte y pidiendo licencia al Rey para besarle las manos, no pudo negarlo el Rey, mas pesole hallasen a su mujer en hábito tan desigual a su grandeza. Entrado, pues, con sus huéspedes, sucedió muy al revés, porque la hallaron por una parte tan hermosa, por otra parte tan ricamente vestida, que quedaron admirados, en fin, como de hermosura y riqueza que había venido del cielo.

En la ciudad de Lisboa sucedió otro milagro muy parecido al pasado. Había allí una mujer tan fea como noble, y era tan noble que su fealdad daba materia de risa y conversación a los de su casa y a los de fuera, de que vivía la pobre señora tan congojada y afligida que se determinó de pedir al bienaventurado san Vicente Ferrer, de quien era devotísima, la quitase de aquel baldón. Y después de algunas importunaciones prolijas que en aqueste caso

tuvo, una mañana la trujo este glorioso sancto una muda con que quedó por espejo de la hermosura en aquella ciudad. Este milagro fue ocasión que todas las damas de aquel reino sean tan devotas de este sancto que no es más reverenciado en Valencia, donde fue natural.

Serán estos milagros muy fáciles de creer a quien pusiere los ojos en la hermosura de Judit cuando embelesó al bárbaro Capitán, donde dice la Escritura le puso Dios algo más de lo que ella se tenía de su cosecha e industria; y quien los pusiere en Ester cuando entró a pedir al Rey la libertad de su pueblo, a quien se presume acrecentó Dios gran parte de su hermosura y de gracia, aunque la Escritura no lo dice expresamente; y en los tres niños de Babilonia, que salieron más hermosos comiendo solas lechugas, cosa naturalmente imposible. Demás deso, los ejemplos de los Santos son arancel de nuestra vida. Y vemos que Jacob sirvió catorce años por la hermosura de Raquel.

Los juristas se muestran también aficionados a la hermosura, dándole su voto y parecer. La extravagante de *Iure iurando* determina que si uno tiene jurado de casarse con una mujer, si después a ella por<sup>16</sup> algún caso sobreviene alguna fealdad notable, no está obligado a cumplir el juramento. Lo mesmo dice la glosa, *in verbo «oculos»*. Y Alexandre, famoso en esta profesión, dice que la mujer noble, rica y fea que se casare con hombre pobre, pero hermoso y bien dispuesto se podía tener por bien casada. Y Panormitano, y Antonio de Ímmola, que la mujer hermosa, aunque sea pobre, merece casar con hombre rico y noble, siendo feo.

Los astrólogos y médicos pronostican de la hermosura de el cuerpo la de el alma. Rasís, hombre eminente en esta facultad, en un libro que escribe a el rey Almanzor, tiene por cosa dificultosa que hombre muy feo de rostro tenga costumbres loables. Galeno dice en el título de un libro que las costumbres de el alma responden a la complexión del cuerpo, y en otras muchas partes de sus obras repite casi la misma sentencia; y en el libro de *Usu partium*, cita de Hipócrates que se mostró naturaleza muy igual y muy justa con la mona encerrando una alma tan de burla en un cuerpo tan de risa. Y Homero, en su *Ilíada*, a todos cuantos alaba de hermosos alaba de virtuosos; y, al contrario, cuando dijo la falsedad y malicia de Tersites encareció ser el más feo de cuantos fueron sobre Troya diciendo que era tuerto y cojo, y de hombros encorvados hacia el pecho y la cabeza aguda para arriba y de poca barba. Marcial pico sangrientamente a Zoilo diciéndole ser de cabello bermejo y de cara hosca, y pies pequeños y tuerto de un ojo, y que si con tales muestras él fuese bueno haría una cosa grande. Casio Iatro, sofista, dice que los feos son necios, porque lo animal y sensitivo se proporciona con lo corporal; y en este sentido corre aquel proverbio de que se aprovecha Erasmo: «más necio que Corito», que era también feísimo.

Cayo Mario, hijo de Mario y de Fulvia, labradores (deste Cayo Mario había mucho tiempo que estaba una estatua en Revena de terrible mirar y que convenía bien a sus costumbres), fue Cónsul seis veces. Al principio fue en un día desechado dos veces de la petición de el cargo de edil. Tenía los ojos garzos, el color bermejo, el rostro negro, en tal manera que parecía amenazar la destrucción de la ciudad. Y poco después, teniendo sed de la sangre de sus enemigos, llenó las plazas y calles y casas y templos de cuerpos muertos. Fue muerto a los decisiete días de su consulado, siendo de setenta y ocho años, y por su muerte muchos ciudadanos romanos fueron libres del temor de el<sup>17</sup> perder la vida.

16.- Orig.: 'sobre' (26v). Ver lo comentado en la *Advertencia*.

17.- Ver lo comentado en la *Advertencia*.

Del malvado<sup>18</sup> Ricardo, rey tirano de Inglaterra, dice Polidoro que era de mala y fiera catadura y que tenía el un hombro más alto que el otro, y siempre la mano en el puñal, metiéndole y sacándole de su vaina hasta el medio; que son muestras naturales de hombre vil, tímido tirano y cruel, como lo fue Ricardo. Dice Coniates que antes que llegase Andrónico Comneno a Constantinopla, cuando venía con nombre de perseguidor de los desaforadores del Imperio y protector del niño emperador Alexio, su sobrino (a quien él, como traidor cruel, dio la muerte), como fuesen muchos a darle el parabién a Bitinia, fue el postrero el Patriarca de Constantinopla, que fue de Andrónico muy bien recibido. El Patriarca, que no le había visto antes, puso atención en mirar bien su fisionomía y en el áspero semblante y cruel mirar, y en los afectos que fingía y en el soberbio andar y sobrecejas levantadas, y en la estatura gigantea que tenía (que era de casi diez pies) y en una continua tristeza, grave y descontentadiza entendía cuán mala bestia entraba en el Imperio, y dijo aquello de David, «Como lo oímos, así los vimos», dando a entender que si malo se lo habían dibujado, peor le veía pintado. Las crueldades que en el Imperio hizo no fueron de bestia feroz, sino de cruel demonio enemigo de el género humano, y así, no se engañó el Patriarca en en lo que dél pronosticó.

Prodo, en su libro de *Magia*, dice que en los miembros del cuerpo grabó Dios las imágenes y retratos de las almas. Y Planude dice, en la vida de Esopo, que «cuál la cara, tal el alma». En fin, la hermosura es recibida por prueba de la buena complexión, y ésta ayuda notoriamente a la virtud; y, caso que esta regla no sea universalmente verdadera (pues es cosa cierta haber habido en el mundo hombres muy feos y muy valerosos), basta lo sea por la mayor parte.

Dice Galeno que por el seco y caliente temple de los varones no se sufre tanta delicadez en ellos como requiere la hermosura mujeril, que se forma o funda mejor en lo frío y húmedo; y así se ve en unas mujeres machonas ser feazas, morenas y vellosas, porque participan mucho del seco y caliente; de las cuales se debe guardar cada uno también como de los hombres de rostros afeminados y de lucias caras, amigos de composturas y de olores, porque son medio mujeres.

Así como las aguas son un espejo natural adonde parecen los rostros de los que en ellas se miran, así el mirar, el andar, el hablar y todas las demás acciones exteriores del hombre son para los prudentes un claro espejo a quien le ve en el corazón. De las acciones de el cuerpo, dice el Sabio, saca el prudente y discreto lo que uno tiene en el ánimo. Así, el glorioso Gregorio Nacienceno (como él mismo en la invectiva contra Juliano, apóstata, refiere) viendo a Juliano en Roma siendo mozo, antes de su apostasía, del hábito exterior y de el modo de hablar y comunicar, del andar desconcertado y de la soberbia de la frente, conoció la composición de su ánimo, la desorden de sus acciones interiores, pronosticando de todo cuán mala bestia había de ser contra la Iglesia; y, así, exclamó diciendo: «¡Oh, que monstruo cría en este Juliano la república romana!». Y al fin fue así, como criado a los pechos de mil magos y encantadores.

Sócrates habiendo de hacer una oración condenando aqueste bien de la hermosura, se tapó los ojos en señal que había de ser ciego el que había de hablar en su daño y desfavor. A esto hizo alusión Aristóteles diciendo que a sólo el ciego se podría preguntar si la

18.— Ver lo comentado en la *Advertencia*.

hermosura era bien pequeño o grande, o si debía contarse entre bienes o entre males, o si causaba aborrecimiento o amor; aunque, según sant Ambrosio, la hermosura oída no menos aficiona que la vista; y caso que no aficione tanto (porque, al fin, mal se ama lo que no se conoce y los ojos son el propio sentido de la hermosura y la puerta de el amor, como dice sant Agustín), a lo menos hásele de conceder a san Ambrosio que es tan poderoso bien que sola su fama enamora, y ya se han visto muchos enamorados en el mundo por solos retratos y relaciones. Horacio refiere del poeta Sterpsícoro que perdió la vista por decir mal de la hermosura de Elena, que no la cobró hasta que le restituyó su fama; y quizá Sócrates se tapó los ojos queriendo reparar aqueste daño.

Diógenes escribe, por sentencia de Aristóteles, que alcanza más una cara hermosa que muchas cartas muy retóricas. En cuya comprobación dice Favorino, en Estobeo, que el hermoso (y más si también es agraciado) habla más suavemente que el viejo Néstor y más eficazmente que el sapientísimo Ulises, y que si Alcibíades estando borracho hablara, fuera bien oído, por el valor de su hermosura, que deleita y satisface a todos los sentidos, según la doctrina de Platón. A esto sucede lo que Melancomio añade: que todas las excelencias del hombre se pueden encubrir o disimular, mas no la hermosura, y que por todas las demás puede ser un hombre envidiado, mas que por la hermosura gana las voluntades de todos los que le veen para desearle y hacerle bien, y dice Jenofonte que aun holgando consigue lo que otros no pueden con mucho trabajo. En virtud de la hermosura llamaba el gran filósofo Diógenes reinas a las mujeres públicas y hermosas, porque todos hacían lo que ellas mandaban; que no pueden alcanzar más las reinas.

Dionisio, pitagórico, decía que la hermosura tenía un no sé qué que hacía y forzaba tenerla en mucho a los hombres, y servirla no graciosamente, sino por vía de deuda. Y probábalo porque los que hacen algún beneficio a los que carecen deste don o no lo tienen en alguna excelencia, quieren ser reconocidos y gratificados dellos; y, al contrario, los que hacen beneficios a los que de naturaleza recibieron este don no sólo no piden esta gratificación y reconocimiento, pero antes les parece que les hicieron mercedes en recibirlos. Eurípides decía que la primera y más soberana excelencia que en esta vida podían alcanzar los hombres de los dioses era tener los cuerpos tan bien dispuestos que por su hermosura fuesen juzgados por dignos de cosas excelentes y grandes. Defendiendo Hipérides<sup>19</sup> en juicio a la hermosa Friné (aquella famosa ramera) y estando ella presente (como era costumbre estar los acusados delante de los jueces) y viendo que no podía inclinarlos con sus buenas razones a que la perdonasen, como teniendo lástima della se le acercó y, diciéndola que era desventurada y que no tenía remedio ninguno, con despecho le rompió sus vestiduras; y quedando sus hermosos pechos descubiertos, llevaron tras sí los ojos de los jueces y su afición, con tanta eficacia que se determinaron a dejarla. En que se vio no sólo la fuerza de la hermosura (llamada de Sócrates tiranía), sino la razón en su manera, aunque contra toda razón: porque si ello es como Platón dice, que la hermosura es un privilegio de la naturaleza, no es mucho se sujete a particulares leyes, porque las que se saben no se guardan donde interviene su poder. La historia de Friné cuenta Plutarco, y, tratando de lo mismo, Ateneo dice que de allí en adelante se hizo en Atenas ley en que se encargaba a los jueces que por misericordia no dejasen de hacer justicia, y que en tanto que se oraba no mirasen al acusado, por que no fuesen movidos de su tristeza.

19.- Orig.: 'Hiperiades' (29r).

Bión dice que las mujeres han de ser hermosas y los hombres valientes. Pondera Vala que no tanto son nombrados los hombres hermosos (de los historiadores) por lo haber sido cuanto por dar a entender ser necesaria la buena disposición de cuerpo y hermosura de cara en los hombres principales para que sean tenidos, reverenciados y temidos. Y así, se usó entre algunas gentes hacer reyes a los mayores hombres de cuerpo, y tal era Saúl cuando Dios le hizo rey.

No es todo oro lo que reluce, ni la hermosura, celebrada por bien tan soberano y divino, es lo que parece; porque debajo del color de nieve y grana de rostro de ángel, de el cielo de marfil, de los ojos más bellos y de los lindos dientes (aunque sean como los de Cenobia, reina del Oriente, de quien se escribe entre los otros loores de su gran hermosura, que era de tan blancos y hermosos dientes que cuando hablaba o reía parecía que tenía la boca llena de muy blancas y graciosas perlas), y debajo de los cabellos de oro hay siempre tanta mentira y engaño, tanta traición y falsedad, que se puede llamar con verdad bien aparente y fingido, mal cierto y verdadero. Teofrasto la llama engaño disimulado o silencio engañoso; porque sin hablar está engañando; Carneades, reino sin guarda, porque sin armas le obedecen; Eurípides, cosa infelice; Teócrito, daño de marfil.

La sobrada hermosura con recogimiento y castidad es cosa tan rara y peregrina que pocas veces se halla. No quiero decir que es imposible, que fuera hacer agravio a muchas vírgines sanctas y a muchos mártires y confesores, en quienes trujeron competencia muchos años las dos hermosura, la de el cuerpo y la de el alma, sobre cuál era mayor. Caso de quien dice Platón es digno se emplee en su vista y consideración el entendimiento humano; pero si en muchas personas se ha visto esta competencia, en muchas más se ha visto discordia y enemistad. Esta conclusión afirman Ovidio en sus *Faustos*, Terencio en su *Andria*, Propercio; y Juvenal, en sus *Sátiras*, dice que Lucrecia holgara de no haber sido hermosa; porque ni se enamorara della Tarquino ni ella perdiera su castidad ni se quitara la vida con sus propias manos. Y aunque convienen todos en que no tuvo culpa en estos amores, pero fue su hermosura la ocasión. También dice de Virginea que holgara más con la corcova de Rutila y con su mala cara, porque así no la codiciara el mal tribuno ni la matara su padre por verla morir con honra antes que en tratos infames. Pitis, cretense, y Homero dicen que si no fuera por el extremo de hermosura de Elena, ni se despoblara Grecia ni se abrasara Troya en vivas llamas. Siéndole prometida en casamiento una doncella hermosísima de Constantinopla a un caballero francés, de los de Borgoña, como después viese que el emperador Roberto se le había alzado con ella y que ella vivía contenta en su servicio y compañía, movido con gran dolor de los celos y afrenta de verse privado por el Emperador de tan hermosa esposa por tomarla para sí, fue con buena compañía y, entrando en casa de la suegra, cortó a la doncella las narices y las orejas, y a la madre (que la había dado a el Emperador) echó en la mar. Mucho procuró el Emperador la venganza de esta injuria, mas su temprana muerte no le dio lugar de satisfacerse.

De la sagrada Escripura sabemos que quien encendió el fuego de el depravado deseo de los dos viejos de Babilonia y los trujo a la muerte fue la maravillosa hermosura de la casta Susaña, mujer de Joacín. Y en el *Génesis* dice que la belleza de las hijas de los hombres encendieron los pechos de los hijos de Dios, de donde sucedieron tantas torpezas que acabaron casi el mundo. Ezequiel reprehendiendo a Jerusalén en metáfora de una mujer alevosa, dice que, fiada de su hermosura, emprendió abominaciones que jamás fueron oí-

das. El *Eclesiástico* dice que con trabajo se hallará rastro de virtud en una hermosa cara, y Tertuliano que la hermosura es munidor y señuelo de los vicios y deleites. Valerio Máximo la llama incentivo de el amor; Horacio, hacha encendida que abrasa con el fuego de sus llamas. Jenofonte dice que es de peor condición que el fuego, porque el fuego quema a los que se le avecinan, pero la hermosura aun a los muy desviados. La experiencia dice cada día a las hermosas los peligros en que viven aunque sean muy santas y recogidas, porque el Demonio es sutil, los hombres importunos, los billetes mentirosos, los ofrecimientos despeñados, el corazón de carne y aun de cera. En fin, ello se dice: que la que roba los ojos de ordinario y el corazón las más veces, alguno la de robar, siquiera porque pague en la misma moneda sus delictos; y siempre se vio que la cosa muy codiciada y asechada es muy mala de guardar.

No tiene en los hombres menos peligro este bien, pues vemos que la hermosura ha traído a tantos a tantos trabajos y muertes. Sin número fueron los reinos y provincias que el invencible Julio César en poco tiempo sojuzgó; y, con alcanzar tantas vitorias de los otros, la perdió de sí en Alejandría dejándose vencer de la hermosura de Cleopatra, reina de Egipto, como lo cuenta Suetonio. Hércules el tebano, a quien muchos tenían por un solo espanto del universo (por amor del cual, como dice Marco Varrón, los hombres esforzados y famosos en proezas se llamaban Hércules), después de haber vencido los monstruos y alcanzado las<sup>20</sup> grandes victorias que dél cuenta Diódoro, siculo, y Heráclito, pónico, se dejó vencer de la hermosa Onfale, y vino a tanto, que le quitó ella las armas, y en lugar de la maza de hierro le puso una rueca en la cinta, con que hilaba, y por saetas le dio husos, y la piel áspera de el despojo de león, de que se vestía y preciaba, se la mudó en una blanda camisa inficionada, de donde se le siguió la muerte. Lo mesmo aconteció a Medea con Jasón y a Fedra con Hipólito. En la sagrada Escritura vemos que la hermosura de José, vendido en Egipto por esclavo, puso tanto fuego en el pecho de su ama, que, de esclavo, le quería por señor. Llegaron un día a las razones y otro a las fuerzas, quedando él más constante que ella liviana, más fuerte que ella flaca y más honesto que ella lasciva; y por no ser traidor a su señor, le dejó su capa en las manos y, al fin, vino a parar en el cepo entre ladrones, pasando allí algunos años, cual suele estar la rosa entre las espinas.

Un rey hubo en Tiro tan vanaglorioso de su hermosura que se perdió a sí y a su reino por no querer considerar sobre cuán vano y frágil fundamento edificaba en el alto castillo de su vanidad. Y hablándole Ezequiel de parte de Dios, le dijo: «Levantado se ha tu corazón en tu hermosura, perdiste tu saber en tu belleza». Y no trae la hermosura anejos solamente los peligros del alma (que es lo más), sino en los de el cuerpo es tan mal afortunada que por milagro se vio que una belleza muy rara pasase sin desastre el discurso de la vida. Es singular ejemplo el de Absalón, a quien sus cabellos rubios (que era la principal parte de su hermosura) sirvieron de sogas dejándole ahorcado de una encina. Y el caso de Jezabel no fue menos espantoso, cuya hermosura y galas llevó tras sí los ojos de el capitán Jehú; por su daño, pues la mandó arrojar de la ventana en que estaba y se la comieron perros; fin tan desastrado y triste que cuantos le consideraban decían con admiración: «¿Es posible que tan felices principios y tan prósperos medios tengan tan desastradas postrimerías?». Pues si ponemos los ojos en los desastres y lástimas que de ordinario suceden

20.- Suplo 'las' (30v).

en el mundo, veremos cada día absalones y jezabeles muertas lastimosamente. ¡Qué de mozos hermosos y qué de mujeres bellas vemos morir mal logradas, siendo su gracia y su gentileza causa única de su muerte! ¡Qué de casadas por ser hermosas han venido a ser celadas, asechadas de maridos, y qué de doncellas de sus hermanos y padres, y a tener mala vida y mala muerte, que, a ser feas, a ellos los librarán de celos y de asechanzas, y a sí de pena y tormento! Cuenta Cornelio Tácito que viviendo en Roma Mario, español, hombre poderoso, temiendo que la gran hermosura de su hija provocaría al deshonesto y carnal emperador Tiberio a se la deshonorar, por quitársela de delante y apartar la ocasión la envió fuera de Roma a muy buen recaudo. Entendiendo esto el Emperador, lo sintió tanto que luego fue Mario acusado de corrompedor de su propia hija, y por esta falsa acusación fue despeñado y su hija muerta.

¡Qué de ellas han sido robadas con más cobdicia que si fueran tesoros, que, a no ser hermosas, vivieran libres y seguras de esos daños! ¡Qué dellas se llaman las bellas mal maridadas, por traer aneja la mucha hermosura de la mujer mala suerte en el marido! ¡Qué dellas parecerán unos demonios en la muerte por haber tenido parecer de ángeles en la vida! Así como la onza, animal hermoso y apacible a la vista, atrae a sí con la bella variedad de sus colores muchos animales, y después de llegados a ella los muerde y mata, así la gentileza con la variedad de las proporcionadas faciones atrae a sí los ojos de muchos, a los cuales después hiere y destruye. En fin, la gracia es falsa y vana la hermosura, dice el Sabio; y si como la juzga una mujer por su felicidad y la procura (siendo tanta parte para quitarla), procurara el temor de Dios, fuera digna de gloria y de bienaventuranza.

La sola hermosura del cuerpo cuán poco valga y sea estimada de los hombres sin la hermosura de las buenas y loables costumbres, no sólo dan dello testimonio los hombres sabios, pero aun la común experiencia y uso de la vida lo demuestra, pues no hay cosa más abatida y menospreciada que una mujer hermosa y deshonesta. Así, decía Eurípides: «El ánimo es el que se ha de mirar, y con su hermosura se ha de tener cuenta, y no con la de el cuerpo». El mismo decía: «Sea yo feo, y no torpe y malo». Marcial, poeta latino, con ser torpísimo en todas sus cosas, deseaba más en una su amiga la honestidad que la demasiada hermosura, quejándose y diciendo: «¡Oh Cátula, si fueras un poco menos hermosa, o a lo menos más casta!».

«Por la hermosura (dice el Sabio) de la mujer se<sup>21</sup> han perdido muchos, y della se enciende el mal deseo como fuego»; y luego añade: «Toda mujer fornicaria y deshonestá será pisada, como el estiércol de la calle, de todos los que pasan». Danos a entender en estas palabras el Sabio que la hermosura de el cuerpo sin la honestidad de las buenas costumbres es tan vil y aborrecible, no sólo a los buenos, pero a los malos, como el estiércol de la calle. Viendo Isócrates un mancebo gentilhomme de cuerpo, mas feo en el alma por sus vicios, le dijo que tenía buen casco de nao, pero mal piloto. Plutarco dice que la hermosura del alma trae aneja la esperanza de la salvación, y que la del cuerpo da ocasión a las malas afecciones y codicias. Por eso llamaba Ovidio a la hermosura pestilencia de la castidad. Todo esto relata Laercio, y Estobeo.

Solas aquellas tuvieron nombre de hermosas en quien con la hermosura del cuerpo se juntó la honestidad de costumbres; a las demás no les aprovechó su hermosura para más

21.- Suplo 'se' (32r).



de ser publicadas en todos los siglos que vernán por torpes y infames. Dice el Petrarca en los *Remedios de la fortuna*, que por maravilla se hallará cosa con que el ánimo más se hinche y ensoberbezca que con la hermosura corporal; y Ovidio dice que la presunción es aneja a la hermosura, y la soberbia es su compañera. Esto quisieron significar los antiguos cuando dijeron que Narciso, elevado en su hermosura, se aficionó tanto de sí, que, ciego de su propio amor, vino a perderse. Tan hermoso era Absalón, que dice la divina Escritura que no había en Israel quien se le comparase en hermosura, mas también ninguno fue más desvanecido ni ambicioso, pues quiso quitar a su padre el reino. Dice Menande que señaladamente la hermosura ensoberbece las mujeres; y Propercio reprehende a su Cintia viendo que se había ensoberbecido por tenerse por más hermosa de lo que era; y el buen Pontano llora que la hermosura engendre malas costumbres en las mujeres, y sant Crisóstomo dice que la hermosura corporal es un cuero lleno de soberbia y de arrogancia y de menosprecio. El matar el rey Herodes Ascalonita a su mujer Mariana, del linaje real de los macabeos, su grande hermosura lo causó, con que ella vivía tan sin pensamiento de que nadie tuviera ánimo para hacerla enojo, que se le ensoberbeció de tal suerte que se desdeñaba dél y decía muchas palabras injuriosas contra sus cuñadas y el rey Herodes su marido (y aunque Mariana era cuerda y honestísima y acabada hembra).

Y concluyo con la soberbia engendrada por la hermosura, pues Dios todopoderoso dio en rostro a Lucifer con su ingratitud, pues por se ver tan lindo con la excesiva hermosura que dél había recibido se le ensoberbeció y se le atrevió, y así, de ángel mereció ser derribado a la infamia de demonio. Sant Agustín llama a la hermosura don de Dios, mas que este bien es común también a los malos, con lo cual no lo echarán mucho menos los buenos, y más añadiendo Juvenal, con otros muchos, que pocas veces se hallan juntas la hermosura y la honestidad. Diógenes Bión dice: «Hermosura no es bien propio, sino bien ajeno, pues no la goza el que la tiene, sino el que la mira»; y como la felicidad consiste más en gozar del bien que no en el bien gozado, y ninguna persona hermosa puede gozar de su misma hermosura (que por eso murió Narciso), síguese que no está el bien en la misma hermosura, sino en el gozo della; que hay bienes de que puede gozar su mismo dueño; otros, de que no puede gozar. Y deste linaje es la hermosura, en lo cual se parece a las gracias *gratis datas*, que siempre se ordenan al provecho ajeno.

En fin, sólo Dios, que es una simplicísima Esencia, goza de su misma hermosura, porque en su Majestad es todo uno el gozar y ser gozado; y los Ángeles y los Sanctos también podemos decir que gozan de su propia hermosura, porque la miran y veen en el espejo de la divina Esencia; más acá abajo no puede tener su dueño por bien a la hermosura, pues no la ve ni la goza.

La hermosura de la mujer es un lazo (muy más dificultoso que el que dicen de Gordio)<sup>22</sup> para prender, y una liga muy fuerte para cazar las almas. Es como la calderuela de cazar perdices, cuyo resplandor las hace venir y, en estando cerca, les perturba la vista y caen en manos de el cazador. Este mismo efecto hace el fuego de el amor que se pone en la hermosura: que cierra el entendimiento y perturba la razón, y le deja preso y fuera de sí. ¿Qué otra cosa fue la hermosura de Dina, hija de Jacob, para el príncipe de Siquem, sino una destas calderuelas de perdices, cuya hermosura y resplandor encandiló la vista des-

22.- Por 'Gordio'

te príncipe de tal suerte que quedó tan ciego que, no mirando los daños que se le podían seguir (y le siguieron) de robar esta doncella, vino a perder la vida y todos los suyos a ser muertos por los hijos de Jacob? Desta misma ceguera y por el resplandor de esta hermosura vino a enfermar el rey David cuando enclavó los ojos en la calderuela de la gentileza de Bersabé y quedó ciego: y una sola flaca mujer, desnuda y sin armas, le privó de la vista del alma y venció al que había vencido al gigante Goliat y a los filisteos y a otros enemigos poderosos. ¿Quién cortó la cabeza al capitán Holofernes y fue causa de su muerte y de la pérdida de tan rico y vitorioso ejército como traía, sino el resplandor y hermosura de Judit, en quien empleó su vista y hizo tanta confianza? La hermosura de Tamar cegó a su hermano Amnón<sup>23</sup> para que cometiese aquel nefando incesto que le causó la muerte. La hermosura de Dalida sacó los ojos al fuerte Sansón y le entregó en manos de los filisteos, sus mortales enemigos.

Terrible cosa es el estrago que ha hecho y hace la hermosura de las mujeres cuando no está cerrada con la llave de la honestidad. Fue tanta la fuerza que los antiguos apropiaban a la hermosura, que muchos sabios vinieron a decir que el objeto de nuestra voluntad era la hermosura, por ver con cuánta fuerza atrae las voluntades a sí.

Aquella imagen de la reina Elena que pintó aquel famoso pintor Apeles, dicen que fue hermosísima porque el pintor puso delante de sí cinco doncellas escogidas en hermosura cuando la pintaba, para tomar de cada una lo mejor que le pareciese. Pues si aquella imagen salió tan acabada por tener en sí las perfecciones de solas cinco figuras, ¿qué tal será aquella imagen que en sí contiene las perfecciones de todas las criaturas y más las suyas? Platón, en persona de Sócrates, en el diálogo que llama del *Convite*, viene a concluir que la verdadera sabiduría y bienaventuranza de el hombre (por la cual se debe poner a todos géneros de trabajos) es la contemplación y amor de la verdadera y perfecta hermosura, porque ésta es la que atrae a sí y roba los corazones de quien la mira; y ésta dice que está en sólo Dios, que es perfectísimamente hermoso. Lo cual prueba declarando las condiciones de la perfecta hermosura, las cuales en sólo Dios se hallan.

Primeramente, ha de ser eterna, que ni tenga principio ni fin, ni pueda crecer ni menguar. Lo segundo, que ha de ser tan enteramente hermosa que no tenga una parte fea y otra hermosa, sino que todo cuanto hay en ella sea hermoso. Lo tercero, que no se ha de marchitar con el tiempo ni alterarse, sino que siempre permanezca en una misma gracia. Ni se ha de mudar con los lugares de suerte que en una parte sea fea y en otra hermosa, sino que dondequiera sea hermosa y amable. Y que sea tan esencialmente hermosa que dél participen su hermosura todas las cosas hermosas, y Él de nadie la participe. Y como todas las cosas puedan padecer disminución de su hermosura, Él no la puede padecer, por no haber cosa más poderosa que Él. Y, puestas estas conclusiones, concluye Platón que la suma sabiduría y felicidad de el hombre consiste en el conocimiento desta suma, simple y eterna hermosura, de tal manera que el que le<sup>24</sup> mirare, amare e imitare, y por amor suyo despreciare todas las cosas que en este mundo parecen hermosas y amables, ese solo será de tal suerte sabio y bienaventurado que ninguna cosa le falte para el cumplimiento de la felicidad que en esta vida se puede alcanzar.

23.- En el orig. se lee 'Amon' y Amnon'. Siempre devuelvo 'Amnón'.

24.- Suplo 'le' (34r).

Todo esto es sentencia de Platón dicha en persona de Sócrates. Y lo que más es de maravillar: confiesa el mismo Sócrates haber aprendido esta filosofía (que llama disciplina amatoria) de una prudentísima mujer que se llamaba Diotima. Pues ¿qué cristiano habrá que no se espante de ver en estas palabras de gentiles resumida la principal parte de la filosofía cristiana?. Y así se le dio nombre de *divino Platón*.

#### Capítulo cuarto: De la vergüenza

**D**EMADES, en Estobeo, llama fortaleza en donde se recoge y defiende la hermosura a la vergüenza. Y señaladamente se concede a las doncellas vírgines, como lo dijo Júpiter a su hija la virgen Palas (según Luciano Samosatense), y por eso Cicerón y otros dan su epíteto propiísimo a la vergüenza, llamándola *virginal*. No se olvidaron las sanctas Escripturas de dar a estimar tan principal excelencia en las mujeres, pues dice el *Eclesiástico* que la gracia vergonzosa de la mujer es más preciosa que el oro, y que es gracia sobre gracia la mujer sancta y vergonzosa. Y sant Pablo, escribiendo a su discípulo Timoteo, encomienda el vergonzoso atavío en la mujer; y san Ambrosio dice que la vergüenza es don de la virginidad, y más sí es acompañada de el silencio; y sant Crisóstomo parea la desvergüenza con las mujeres vendibles y la vergüenza con las vírgines.

Cuenta Estobeo que, preguntada Pitias, hija de Aristóteles, príncipe de la filosofía, cuál era el más hermoso color de el rostro, respondió que el que con la vergüenza salía a la cara de los virtuosos; y Laercio cuenta que viendo Diógenes, cínico, a un mancebo con mucha vergüenza, le dijo que no le pesase, porque de aquel color era la virtud; y Aristóteles dice que la vergüenza refrena mucho a los mancebos de pecar. Teognis afirma que ningún tesoro puede dejar el padre al hijo que iguale al de la vergüenza, que siempre anda en compañía de los virtuosos. Y añade más Estobeo: que quien quisiere ser honrado de otros tenga él, primero, cuidado de estimarse a sí, y que para eso dependa a tener vergüenza de sí mismo más que de los otros, y que con esto no terná de qué se avergonzar delante de otros.

Este afecto de la vergüenza es bueno, y, aunque no es virtud, es gran señal de virtuoso. La vergüenza hace tal efecto en una persona, que, cuando della es tocado, le queda el rostro colorado, porque como el rostro es el que siente la vergüenza, acude la sangre de las otras partes a fortificarlo. Lo cual sucede al revés cuando tiene miedo, porque el temor está en el corazón, y por irse allí la sangre cuando tiene miedo queda el rostro vestido de amarillez.

Así como el amor de la honra aficiona el corazón a la virtud, así la vergüenza (que es otro efecto hermano déste) lo retrae de los vicios por la mengua y deshonor que consigo trae. La cual señaladamente imprimió Dios en los corazones de las mujeres, y mucho más en las doncellas, y ella les es como un natural muro de la castidad; y convenía así, por ser cosa que tanto importa y de tantos es deseada y pretendida; y por esto, demás de el sello virginal, proveyó de esta natural vergüenza, que es como freno de este vicio, lo cual se ve aun en las mujeres poco honestas. Y así, pinta Ovidio a una dellas, que, escribiendo una carta a un mancebo que mucho amaba, dice en ella que tres veces había acometido a hablarle y que, de empacho, otras tantas había enmudecido y pegádosele la lengua al paladar. Más: a la reina Dido pinta aquel noble poeta Virgilio con tan gran vergüenza y honestidad que, deseando ella en el corazón casar con Eneas después de la muerte de el primer

marido, dice estas palabras: «Plega a Dios que antes se abra la tierra hasta los abismos y me trague, y el Padre todopoderoso me arroje un rayo que me hunda junto a las sombras oscuras y noche profunda de el Infierno, antes que yo cometa cosa contra mi honestidad y vergüenza». Y para confirmación desto dijo Plutarco que en una ciudad de Grecia reinó un humor de melancolía tan estraño que cada día muchas doncellas se mataban, y no se hallaba cura ni remedio para este mal; mas un hombre sabio, aprovechándose de este natural afecto que Dios puso en los corazones de las mujeres, dio orden como se pusiese un edito público donde se mandase que todas las doncellas que así se matasen las llevasen a enterrar públicamente desnudas a vista de todo el pueblo. Y con esto obró tanto la vergüenza natural y el miedo de esta pena tan vergonzosa en aquellas doncellas, que lo que ningunas medicinas ni remedios pudieron acabar acabó la vergüenza, y así, de allí adelante cesó esta plaga.

Tres cosas decía Sócrates qué deseaba en sus discípulos: prudencia en el ánimo, silencio en la lengua y vergüenza en el rostro. Mucho resplandece en los mozos la vergüenza, y con ella a todos son agradables y graciosos. De un hijo de Filipe, rey de Macedonia, se escribe que, estando en el Senado romano para abogar en favor de su padre (que era acusado de muchas cosas mal hechas), que viéndose convencer con testigos fidedignos, le tomó una tan honesta vergüenza que le atapó la boca. Lo cual visto por el Senado, se movió a perdonar al padre por la honesta vergüenza de su hijo. De los éleos dice Plutarco que como hubiesen muerto al tirano Aristótimo, que los había destruido, y después quisiesen deshonorar a dos hijas doncellas que dejaba, la excelente matrona Megistona, mujer de Timo-leonte, lo estorbó; mas condenaron las doncellas a que ellas propias se matasen. La mayor, llamada Miro, se quería colgar primero, lo cual no hizo por ruegos de la hermana menor, que se colgó luego, y ella la esforzó a morir con buen ánimo, pues su honestidad no había peligrado; y como la vio ahogada, le quitó la soga y la puso en tierra y la compuso muy honestamente, de manera que ninguna cosa de su cuerpo se descubriese. Queriéndose ella colgar, rogó mucho a la nobilísima Megistona que no consintiese que en ella pareciese alguna descompostura contra su honestidad; y con esto se colgó, dejándonos ejemplo para que estimemos en más la honestidad que la vida. El mismo celo de morir con mucho cuidado de su honestidad encomiendan mucho Justino en Olimpias, la madre de el grande Alejandro; Eurípides en Policena, la hija del rey Príamo.

No parece peor en los hombres el celo de honestidad; y por eso Julio César, viéndose matar a puñaladas (como dice Valerio), recogió su ropa a las piernas por no caer muerto<sup>25</sup> deshonestamente. Cuando Noé se levantó del sueño que, tomado del vino, había dormido, y entendió el escarnio y burla que su hijo Can dél había hecho por verle echado con descuido y descubierto, tanto lo sintió que, hallándose muy avergonzado y afrentado, con ansia de su corazón le echó su maldición por ello.

Dice Jenofonte que el gran Ciro creía que todos ternían gran vergüenza dél si pareciese claramente que él la tenía de todos para no osar decir ni hacer alguna cosa que fuese torpe o fea; y esto conjeturaba ser así porque comúnmente los hombres tienen más vergüenza de los vergonzosos que de los desvergonzados, agora sea este tal a quien han de tener el respecto el príncipe, agora sea uno de los otros, a quien ni están sujetos ni temen. Y tam-

25.- Orig.: 'muerta' (36r).

bién las mujeres vergonzosas tienen más vergüenza de aquellos que las tienen por tales. Hacía Ciro diferencia entre la vergüenza y la templanza: los que tienen vergüenza quería que fuesen los que huyen de hacer en público cosa torpe y fea, y los templados los que huyen de hacerla en público y en secreto. Y desta manera imaginaba que se ejercitaría más la templanza si se ponía por público ejemplo a sí mismo dándose de continuo a las buenas obras y virtud, huyendo y apartando de sí los deleites súbitos y halagüeños, teniendo por mejor el virtuoso trabajo que el deleite vicioso.

Decía Bruto (el que fue en la conjuración contra Julio César, y aun tenido de algunos por su hijo) que le parecía haber empleado mal su mocedad aquel que en ella ninguna cosa negaba, porque aquella vergüenza es sin provecho y dañosa que impide el negar y no obedecer al que nos llama y procura atraer a cosas feas y deshonestas, y sea quien fuere. Dice Pausanias que, habiendo Icario, lacedemonio, desposado a Penélope con Ulises, que la preguntó que cuál quería más: quedarse con él, pues era su padre, que la amaba como a sí y había trabajado en la criar, o irse con su esposo Ulises, y que ella bajó los ojos con una honestidad vergonzosa sin responder palabra, en lo cual entendió el padre que se quería ir con su esposo, y así, se la dio; y estimando en mucho la vergüenza y modestia que su hija había mostrado en aquella ocasión, hizo labrar un templo de la Vergüenza, en memoria de aquella que Penélope había tenido.

Nunca la honestidad y vergüenza dejaron de ser muy bien premiadas, así de la mano de Dios como de las gentes. Como mejor se vido en la gloriosa virgen sancta Clara que en la honesta Penélope; la cual, como viniese muy cerca la solemnidad de la fiesta de el Domingo de Ramos, con ferviente corazón se fue la esposa de Cristo al seráfico padre sant Francisco y, preguntándole con gran deseo de su conversión y mongía cuándo, y en qué manera se había de hacer, le ordenó el varón santísimo que en el día de la fiesta ella saliese muy bien vestida y aderezada a la procesión de los Ramos con la gente de el pueblo, y que la noche siguiente saldría de la ciudad y de el siglo engañoso y, entrada en el monasterio, convertiría los placeres mundanos en lloros de la pasión de el Señor. Viniendo el día de Ramos, salió la bienaventurada sancta Clara muy arreada y compuesta en compañía de su madre y de otras señoras, y, estando en la iglesia, aconteció una cosa muy digna de contar, no sin ordenación divina. Como todas las otras señoras fuesen a tomar los ramos benditos, y la virgen Clara, por verse ataviada tan ricamente y con tal humilde y perfecta determinación, con empacho y vergüenza virginal, se quedó en su lugar sin moverse, y queriéndole Dios mostrar cuán acepta le era su vergonzosa quedada, fue servido que, descendiendo el obispo de las gradas, fuese luego derecho a ella y le pusiese un gracioso ramo de palma en su mano con grande admiración de toda la gente.

Esto mismo suele acontecer a las honestas y vergonzosas doncellas: que conservando en grande encogimiento y encerramiento su estado virginal alcanzan la palma de la victoria, aventajándose a las demás en la honrosa fama y en llevarse los buenos y nobles maridos que otras, con grande bizarría y libertad, y con otros medios poderosos, en el mundo procuran.

Hablando Valerio Máximo de la vergüenza, dice que es digna de todo respecto y reverencia, amable a los prójimos, agradable a los estraños, y que en todo tiempo y en todo lugar muestra su rostro favorable. Cuenta Fulgoso que Micael, emperador de Constantino-*pla*, por verse vencido de los scitas en una batalla quedó tan avergonzado que de su volun-

tad dejó el Imperio, y se hizo ermitaño y vivió en soledad. Tenían los romanos hecho un teatro para ver los juegos públicos y en él señalado lugar para los senadores y gente ilustre; y nunca se halló (como lo afirma Valerio) que algún otro que no fuese éstos pretendiese aquel lugar, porque la vergüenza les era freno y tenía a raya para que ninguno pretendiese más de lo que su estado le concedía. Harto al revés es esto de lo que agora se usa.

El mismo autor cuenta que, siendo vencido el gran Pompeyo de César en la batalla Farsálica, entró el día siguiente en la ciudad de Lariza, y los ciudadanos, aunque sabían su desgracia y que iba vencido, le salieron a recibir con grande aplauso y fiesta. Pompeyo les dijo: «Id con todo eso al victorioso César»: no pudo mostrar su dignidad y quiso dar muestra de su vergonzosa modestia.

En tiempo de el Triunvirato de los romanos (en que gobernaban el Imperio tres tiranos), después de la muerte de Julio César, dice Fulgoso que entre otros muchos fue prescripto y sentenciado a muerte Reginio. Pusieron pena que si alguno le favoreciese o encubriese, que muriese por ello, y señalaron premio al que, sabiendo adónde estaba, lo declarase para que fuese preso. Mudó traje Reginio, y, tomando un asno cargado de yerba, disimuladamente se iba a salir fuera de la ciudad. Llegando a las puertas fue conocido de un soldado que en otro tiempo militó debajo de su bandera, y, viéndole y conociéndole, tomó estraña vergüenza, y no sólo no le procuró prender, sino que le saludó como a su capitán que había sido y dio orden como prosiguiese mejor su huida y se pusiese en seguro. Y así, acerca de este soldado tuvo mayor fuerza la vergüenza que el miedo de la muerte o la esperanza de ser premiado.

El mismo autor cuenta que en la batalla de Canas, donde quedó Aníbal con la victoria y el ejército romano vencido con la mayor pérdida que en batalla alguna aquel pueblo hiciese, entre los que quedaron vivos fue uno Cornelio Léntulo, el cual halló fuera de camino al cónsul Emilio malherido, y aunque vido que le seguían los enemigos y que se ponía a punto de morir, más llevado de vergüenza que temiendo la muerte, en llegando al Cónsul bajó de su caballo y le convidó con él, diciendo que salvase su vida y no fuese causa que el pueblo romano sintiese más aquella desgracia y pérdida con su muerte. «Yo (dice) soy mozo y fuerte y me podré valer por los pies, y no se perderá cosa alguna»; y en caso que uno de los dos hubiese de morir, era más conveniente que él muriese, y no el Cónsul. Fue ésta una contienda digna de dos pechos romanos, porque tuvo vergüenza el cónsul Emilio que costase la vida de romano el conservar la suya, y, así, no quiso aceptar el caballo: exhortó al Cornelio se pusiese en seguro, y, para acabarlo con él, dióle un recaudo para el Senado y pueblo romano de mucha importancia. Fue con el recaudo Cornelio Léntulo, y el cónsul Emilio poco después fue muerto de los enemigos.

Del santo Efrén escribe Metafrastes que, estando en oculto lugar con una mujer pecadora y viéndola con intento de pecar, le dijo el varón sancto si se atrevería a hacer aquel pecado en medio de la ciudad de Edisa,<sup>26</sup> y respondiendo ella que sería cosa de gran vergüenza hacer tal cosa delante de los hombres, le dijo el sancto que en cualquier lugar que pecase, por escondido que fuese, la estaba mirando Dios, y que si la vergüenza de los hombres le ponía freno para no pecar delante dellos, más justo era que la enfrenase la vergüenza y temor de Dios, que la miraba y que por el pecado la había de condenar a tormentos

eternos. De tal suerte fue herida esta mujer pecadora desta palabra, que, con grande dolor de sus pecados, dejó el mundo y se encerró en un monasterio, donde, haciendo penitencia, acabó su vida. Cuando los pecadores levantan un poco la cabeza del lecho de su pecado, en que están caídos, y con una pequeña vislumbre de el cielo echan de ver que están en la presencia de Dios cuando pecan y que el mismo Juez de vivos y muertos los está mirando mientras pecan, conciben tan grande vergüenza y temor del pecado, que no le osan más cometer, y se espantan de la gran ceguedad en que han vivido pecando con tanto atrevimiento como si no hubiera Dios que los mirara y hubiera de juzgar.

Desta manera le aconteció a aquella famosa ramera Thais, que, entrando con ella el sancto abad Panuncio en un lugar secreto, y diciendo ella que perdiese el empacho, que allí nadie los podía ver sino sólo Dios y el Demonio, tomó el abad ocasión de aquí para decille: «Pues, si Dios te mira dondequiera que estés, ¿como no te avergüenzas de pecar delante de su presencia, mirándote con sus purísimos ojos». Y de considerar esto, con un rayo de luz celestial concibió tan grande odio y aborrecimiento al pecado y tanta vergüenza y confusión dél, que todo cuanto había ganado con aquel mal oficio lo quemó en medio de la ciudad de Alejandría y se encerró en una celda, donde estuvo tres años haciendo asperísima penitencia hasta que murió.

El glorioso sant Agustín decía: «Cuando yo, Señor, consideró con diligencia que siempre me estás mirando, y velando sobre mí de noche y de día con tanto cuidado como si en el cielo y en la tierra no tuvieses otra criatura que gobernar sino a mí sólo; cuando considero bien que todas mis obras, pensamientos y deseos están patentes y claros delante de ti, todo me lleno de temor y me cubro de vergüenza», porque ciertamente en grande necesidad nos pone de vivir justa y rectamente considerar que hacemos todas las cosas delante de los ojos del Juez que todo lo mira y a quien nada se puede encubrir.

No se puede negar sino que trae consigo una carta de hidalguía y nobleza quien con facilidad muestra en la cara la vergüenza que el corazón siente en cualquier caso que le acontezca. Dice Casiodoro que, queriendo pasar el buen abad Amonio por el río Lico junto con su discípulo Teodoro, no habiendo puente ni barca, érale forzoso ir por el vado, y como esto no se pudiese hacer sin descalzarse, por que el discípulo no le viese, mandole quedar atrás. Estando ya solo en la ribera para echarse al agua, tuvo tanta vergüenza de sí mismo cuando se quería descalzar, que, por no se ver, se quedó confuso y pensativo de el medio que tomaría: porque el pasar adelante era necesario, y vadear el río desnudando sus carnes no le parecía conveniente. Mas el Señor, que aprueba con gran gusto semejantes actos de modestia y la tuvo por una de las prendas que relucían en el estado de la inocencia, premió con grande milagro el encogimiento del sancto Amonio hallándose de la otra parte del río sin mojarse.

Esta mesma guardó el grande Antonio en su larga vida, según refiere san Atanasio, en toda la cual jamás le vio desnudo criatura viviente. Gordiano, que después fue emperador, siendo mozo jamás se entró a bañar con su suegro Annio Severo, por quitar la ocasión de ver y ser visto no tan honestamente quanto la mesura y vergüenza de un mancebo demanda. Y en nuestros días tuvo el mesmo respeto, con más ventaja, el emperador Maximiliano, pues siendo tan señor (que es mucho de considerar) y trayendo a su lado tanta gente de servicio, con todo eso, nadie le vio desnudo, ni aun su propio camarero; porque para acostarse y levantarse se cubría con tanto recato como si fuera una doncella muy honesta.

Así que la composición de todo el rostro, en especial de los ojos, da gran muestra del ánimo más o menos vergonzoso que cada uno tiene. Dice Aristóteles que es muy propio de los vergonzosos encogerse y retraerse los ojos en ocasiones de empacho; el cual no tiene Cupido, a quien fingieron los poetas dios de el amor torpe; y, así, le pintan ciego sin ojos, porque en ellos no puede caer vergüenza, que es principio de la desventura. A esto mismo alude lo que dice allá la divina Escritura de el rey Abimelec, que, habiendo hecho muchas mercedes al patriarca Abraham de ovejas, vacas, esclavos y criados, dijo a Sarra: «Cantidad de muchas monedas he dado al que tú llamas hermano; esto sea para comprar un velo con que cubras los ojos, por la vergüenza que has tenido en ellos el tiempo que estuviste mi casa». Así lo declaró el Abulense, entre otras exposiciones que da de esta letra.

De dos motivos que comúnmente suelen tener los deshonestos y carnales para convertirse, uno el temor de Dios y otro la vergüenza de las gentes, por la mayor parte se ayudan y aprovechan más de este segundo que de el primero: porque con mayor facilidad se atreven y pierden la vergüenza a Dios que a los hombres sólo por no quedar infamados y en menos tenidos. De donde el que se viere que no vive enfrenado con temor de Dios y vergüenza de las gentes bien se puede dar por perdido y desahuciado del todo, porque a este tal le faltan las raíces de donde podían brotar y retoñecer los pimpollos de las virtudes. Pero el que, ya que se atreve a Dios, no se osa desmandar por temor y vergüenza de los hombres, aunque tenga la una raíz seca y sin sustancia, al fin tiene la otra verde y con alguna virtud, por lo cual podría, ayudado del Cielo, resucitar en su alma el temor de Dios, que es principio de la salud espiritual. ¡Ay, pues, de los disolutos y desalmados que dan tras el vicio sin este freno, que beben como el agua la maldad, que pregonan sus torpezas, como Sodoma, y no curan de escondellas! ¡Ay de sus almas (dice Dios por un profeta), porque se han echado a perder y causado un mal irrecuperable!

Mal sin remedio llama la Escritura al pecado que se comete sin temor de Dios y vergüenza de los hombres. Donde, porque le faltan estos dos principios de vida, le compara el profeta Esaías al de los sodomitas, a los cuales, por prevaricar en público y sin freno de vergüenza, no les quiso el Señor dilatar el castigo ni esperar a penitencia. Y ésta es, a mi parecer, la razón por que viene Dios a negar al pecador que escandaliza al prójimo tiempo para arrepentirse, como le concede al celoso de la honra que peca sin escándalo de nadie; es a saber: porque en el que peca sin freno ni medida no halla Dios ninguna raíz de su conversión, como la halla en el recatado y vergonzoso y secreto. Y por eso dijo al mismo profeta: «Si el Señor de los ejércitos no nos hubiera dejado semilla (cual es este celo de la honra), fuéramos como Sodoma y semejantes a Gomorra».

Siendo, pues, la vergüenza un bien tan precioso y un tesoro tan incomparable, conviene guardalle con sumo cuidado, y no tenerle donde le roben los salteadores, que son los pecados, mayormente aquellos que engendran nota y escándalo. Y aunque debe huirse cualquier pecado como de una víbora ponzoñosa, pero si por flaqueza o malicia alguna se dejare caer (lo que Dios no quiera) en alguna torpeza, procure que sea sin testigos. Y si se atreviere a Dios (lo cual no permita su divina clemencia), sea de arte que no escandalice al prójimo. Si le ofendiere como Adán, escóndase; si, embriagado, se desnudare como Noé, sea dentro de su tabernáculo; si como Lot, sea en su retraimiento; si se proveyere como Saúl, sea en la cueva, y si hediere como Lázaro, sea dentro de el sepulcro; que, al fin, del



mal no tanto, y ese que es por ser en secreto tiene remedio (y aunque no hay mal espiritual en esta vida que no le tenga, pero el de desvergüenza es muy dificultoso).

Huya, pues, el pecador de hacer alarde y ostentación de sus flaquezas, acordándose que cualque día éstos ha de parecer ante Dios y oír de su boca aquella afrentosa y dura reprehensión: «El rostro se te ha vuelto de ramera y no has querido tener vergüenza. Y si hasta aquí no ha sentido el pueblo tus flaquezas y liviandades, agradécelo al Señor, que te ha hecho esta merced sin merecella tú, y procura de aquí adelante ser tal cual quieres parecer, o, a lo menos, huye de parecer lo que eres; antes lo encubre y oculta, pues puede ser que sea éste principio de tu conversión y buena dicha», conforme al verso de David: «Bienaventurados aquellos cuyos pecados están encubiertos», y aquello de sant Juan: «Dichoso el que vela y guarda sus carnes por no andar desnudo y trae cubiertas sus carnes por que no se le vean sus torpezas». Con razón, por cierto, se llama dichoso y bienaventurado el vergonzoso y de buena fama, pues a la bienaventuranza celestial comúnmente llamamos *gloria*, que es lo mismo que buena fama y claro nombre.

#### Capítulo quinto: De el daño que hace en las doncellas la lección de los libros profanos y de mentiras, y de el provecho que de los buenos y sanctos libros se saca

**E**VITA las palabras profanas y vanas, porque no sirven sino de impiedad, y la tal conversación, así como cáncer, cunde creciendo. Esto dice el Apóstol escribiendo a Timoteo. La lección de estos libros profanos y compuestos de mentiras y sueños que hombres ociosos y mundanos imaginan, es cosa loca y vanísima, pues ni sirven de nada ni son de provecho alguno. No tienen los tales libros erudición ni enseñan a vivir bien a los hombres: piérdese el tiempo, recréase la sensualidad, enséñanse vicios, enciéndese la carne y sírvese al mundo.

Muchos hay que se dan a leer estas liviandades y desatinos, y gustan tanto de esta maldita lección que les parece que da el reloj muy apriesa. El apóstol san Pablo, que estaba lleno de el espíritu de Dios, llama profana y loca a la tal lección, y dice que como cáncer va rastreando; porque como el cáncer come la carne y afea y ensucia aquella parte de el cuerpo adonde está, así estos vanos libros gastan el espíritu y ensucian el alma y la afean y vuelven abominable, de manera que, manchado el entendimiento con mentiras y turbado el juicio con embaimientos, está inhábil y ofuscado para las cosas divinas. El cangrejo (del cual también se puede entender lo que el Apóstol dice) no anda en el mar derecho para adelante, así como los otros animales, sino para atrás y a los lados; así, la doctrina de estos libros no lleva adelante a los que los leen, llevándolos al cielo, adonde deben los cristianos caminar; pero andan para atrás, desmedrando en la virtud y caminando al revés y andando el camino de el Infierno. No lo hacía así aquel sancto Apóstol cuando dijo: «Olvidado de las cosas que dejo atrás, camino adelante al premio del llamamiento soberano».

Si la lectura de los libros de deshonestos amores y cosas vanas es reprehensible en los sacerdotes, que han de vacar al oficio divino, y en los legos, que podrían leer libros provechosos y de gran doctrina, ¿qué diremos de las doncellas que los leen y de los padres que permiten que aprendan ellas y sus hijos en tales libros las primeras letras? ¿Qué tienen

que ver las armas con las doncellas, ni los cuentos de deshonestos amores con las que han de ser honestísimas; ni con los mozos, que desde niños los habían de imponer en buenas costumbres, y no darles a mamar ponzoña de donde se les siga la muerte del ánima? ¿Qué seguridad puede tener entre los cuentos de amores la flaca y desarmada castidad, con los cuales poco a poco y sin sentir se inficiona el corazón tierno de la doncella, o del mancebo, y toma la muerte por sus propias manos?

Hay algunas doncellas que por entretener el tiempo leen en estos libros, y hallan en ellos un dulce veneno que les incita a malos pensamientos y les hace perder el seso que tenían. Y por eso es error muy grande de las madres que paladean a sus hijas desde niñas con este aceite de escorpiones y con este apetito de las diabólicas lecturas de amor. Platón en su república ordenó que no se pudiese publicar ningún libro sin que primero pasase por la censura de hombres letrados, por que no saliese alguna mala doctrina que inficionase las buenas costumbres. Bien entendía las zarazas y el veneno que está escondido debajo de el dulce estilo destes libros infames y perniciosos el poeta Ovidio, cuando entre los *Remedios amor* que escribió da por particular precepto a las honestas matronas que no los lean ni vean de sus ojos, y que huyan de Calímaco<sup>27</sup> y de Safo, que tratan de el amor; mas (lo que peor es) diciendo él esto, da documentos a los enamorados, y por eso dicen que le desterró el emperador Augusto César.

Gran locura es también de algunos casados que compran esta ponzoña y traen a su casa estos libros para que en ellos la beban sus mujeres y hijas, las cuales, si no aprendieren amores, aprenderán mentiras y expenderán mal el tiempo en leer lo que no puede causar provecho ninguno ni dejar de hacer daño. Estarles ha bien el leer libros que tratan materias morales muy provechosas para las buenas costumbres y de donde se puede sacar doctrina para la vida virtuosa y honesta. Estos escritos debían estar con letras de oro, y se deben leer por las virtudes morales y buena filosofía y la rectitud de buenas costumbres que nos enseñan, cuales son los libros que escribieron y las sentencias que enseñaron los príncipes y filósofos que se preciaban de la virtud (dejando aparte algunos errores y expurgándolos de algunas falsedades que, como infieles, mezclaron en ellos).

El Demonio, que con gran soberbia dijo en el cielo que quería ser semejante a Dios, como obstinado en su malicia, siempre porfía en todo lo que puede igualarle con Él y remedarle. Y así, viendo que tiene Dios evangelistas y coronistas de sus hechos y que hay escritores de libros sanctos, él también quiere tener sus coronistas, así como Dios, para que los que componen estos libros profanos le sirvan enseñando a pecar y lo que han de hacer para ir al Infierno, así como los siervos de Dios y coronistas de Jesucristo enseñan a los cristianos con buenos libros lo que han de hacer para salvarse. En todas maneras debe huir la doncella, y todo cristiano, de leer autores lascivos y deshonestos y aquellos mayormente que tratan de amores profanos, ora los tales amores sean por buen fin (como sería por contraer matrimonio), ora no lo sean; porque, así como la lectura de los libros piadosos y devotos mortifica y refrena las costumbres del lector, así, por el contrario, los fabulosos argumentos e invenciones, o historias profanas que tratan de amores, le desasosiegan y engrían y encienden.

27.- Orig.: 'Calimado' (42r).

La cosa que por más ligera se tiene y menos importante (y es la que más obra) son las sucias y carnales palabras; porque, como se pronuncian por la boca, llevan consigo el afecto del corazón del que las dice y penetran el alma de el que las oye; y por eso tocó en ellas más que en otra cosa depravativa de la virtud el apóstol san Pablo diciendo que las malas y deshonestas palabras corrompen las buenas costumbres. Contra los que salvan las palabras malas por decirse en burlas, revuelve Jovio Pontano diciendo que las palabras de burlas salen, en obras, de veras. Y Baptista Mantuano encarece moverse el alma al son de las palabras y que con el sonido dellas entra la simiente de la muerte de el alma por las ventanas de el cuerpo. El recolectísimo Epictecto (en la *Melisa* del Monaco)<sup>28</sup> dice proverbialmente que la palabra lasciva y sensual es encendimiento del deleite. Valerio Máximo cuenta que los lacedemonios desterraron de su ciudad los libros de Arquíloco, poeta, por su deshonesto lenguaje, y Plutarco dice que Hierón, rey de Sicilia, castigó al poeta Epicarmo porque dijo delante de su mujer algunas palabras poco honestas; y de Rómulo, primero rey romano, escribe que puso pena de muerte al que delante de alguna mujer hablase algunas deshonestidades. Y en las leyes imperiales se manda castigar a los tales.

Siempre fueron aborrecidas las palabras sucias y feas de los justos y buenos, y tenidas por gran desacato de su presencia y bondad cuando las oyen, y en especial de las castas y honestas doncellas. En la *Historia Eclesiástica* se cuenta que, llevando al martirio a la honestísima y sancta Potamiena, los sayones que la llevaban, como quisiesen burlar de la sancta y hablasen con gran desvergüenza muchas deshonestidades, uno dellos llamado Basíledes los apartó della y, reprehendiendo la fealdad de sus palabras, los hizo callar; de lo cual se pagó tanto la honestísima sancta y estimó en tanto el verle usar de tal cortesía y mesura, que con muy graciosos ojos se le puso a mirar y le prometió gratificarle con muy cumplido galardón en llegando a la presencia de el Rey soberano. Siendo quemada la sancta con su sancta madre Marcela, sucedió dende a muy pocos días que fue mandado en un pleito que jurase Basíledes, mas él respondió que no podía, por ser ya cristiano. Creían al principio que lo decía por mofar de los cristianos; mas, viéndole constante en aquel parecer, le echaron en la cárcel, y siendo visitado de los fieles les contó cómo había tres días que la gloriosa Potamiena le había aparecido, muy linda y graciosa, y le había puesto de su mano una muy hermosa corona en la cabeza en pago de haberla defendido de no ser denostada de las palabras sucias de aquellos malvados que mucho la habían ofendido, y que le había dicho que había rogado por él al Señor y que muy presto le ternía consigo. Y, habiéndole bautizado, el día siguiente fue degollado por confesar a Cristo por verdadero Dios. A esta gloriosa sancta han de procurar imitar las honestas doncellas aborreciendo, como ella aborreció, las palabras deshonestas y sucias, y pensar hacen notable agravio a su estado virginal (digno de mucha reverencia) en leer y oír las tales palabras.

Cuando una persona moza y mal inclinada se pone a leer una historia de amores, ¿qué otra cosa hace sino dar oídos a un mal consejo, pagarse de una conversación poco honesta y añadir leña al fuego y más ponzoña a la que tiene presa en su corazón para que de esta suerte su enfermedad vaya de mal en peor y nunca acabe de conseguir el fin que pretende? Paulo Egineta, doctísimo, y los demás médicos prácticos ponen por remedio para despertar la deshonestidad de la carne leer cosas lascivas y deshonestas; y, por el contrario, Ae-

cio, médico famoso, aconseja a los enfermos de el estómago que huyan de oír representaciones y de leer libros lascivos, que suelen (dice) despertar la memoria de Venus. De aquí tomo motivo el divino Platón para desterrar de su república los poetas deshonestos, como salteadores de la castidad y engañosos alcahuetes de Venus. Los lacedemonios (como dice Plutarco) mandaban por sus leyes que los cómicos y trágicos que representaban las comedias o tragedias, burlando ni de veras no dijese palabra en ofensa y nota de sus leyes, por que de allí no tomase el pueblo ocasión de menospreciarlas y quebrantallas; y esta fue la causa de desterrar al poeta Arquíloco de su reino, porque supieron que había escrito en sus versos aquella sentencia: «Más vale rendir las armas que la vida». Entendían aquellos sabios y prudentes gobernadores cuánto daño puede causar en los corazones de los vulgares la lección de los libros viciosos y ofensivos de la virtud; y no sólo de los vulgares, sino también de los letrados, como por nuestros pecados han experimentado muchas naciones a mucha costa de la religión cristiana, no sin gran pérdida de muy singulares ingenios, los cuales, por ocasión de haberse incautamente empleado en la<sup>29</sup> lección de autores heréticos se han inficionado y estragado.

Cada uno de los que se dan a la lección de estos libros profanos y mentirosos debería considerar, después que ha gastado gran parte de el día y de la noche, qué tiene dellos y qué es lo que sacó. Porque ni queda más letrado ni virtuoso, ni más sabio ni más espiritual ni devoto. Estos tales libros no enseñan virtudes, no reforman a el hombre interior, no dan aviso para lo por venir ni se saca de su lección provecho alguno: lo que hacen es favorecer a la sensualidad y poner espuelas a los que caminan para el Infierno. Llorando esta perdición y tiempo desventurado, dijo el apóstol san Pablo a su discípulo Timoteo: «Vendrá tiempo cuando no sufrirán los hombres la buena doctrina, pero amontonarán maestros los que tienen començon en los oídos; apartarán su oído de la verdad y convertirse han a las mentiras».

El estómago lleno de cólera no gustará de el buen manjar; juzga lo amargo por dulce el que por enfermedad tiene estragado y corrompido el sentido. Los puercos desprecian las rosas y aman el estiércol; así, las personas sensuales aman las hablillas y libros profanos del mundo y desprecian los libros provechosos para la salud del alma y sanctos. El ejercicio de los libros castos y piadosos son como unos maestros sanctos que enseñan y persuaden al hombre cristiano a ser casto y honesto y unos discretos predicadores que le aficionan al amor de la virtud y le apartan y desvían de la corrupción de los vicios, y, finalmente, son como unos limpios espejos donde el pecador vee a la clara la fealdad del rostro de su conciencia y las mancillas de su corazón; de donde ordinariamente comienza la salud de su alma y el negocio de su conversión.

Tiene asimesmo la lección espiritual otra virtud no menos provechosa y necesaria que la pasada, y es cerrar las puertas a los malos pensamientos y no dar ocasión ni entrada a las sugerencias de el Demonio: porque, ocupado el cristiano en este sancto ejercicio, sembrando en su alma la semilla de los buenos consejos que coge de la lección espiritual, no da lugar a que el enemigo siembre su cizaña. El bienaventurado sant Jerónimo nunca acaba de encarecer el bien y provecho que trae consigo este sancto ejercicio a los profesores de la castidad. A la virgen Demetria le aconseja que ame la sciencia de las Escrituras, que así no vendrá a amar los vicios de la carne; y a una viuda moza llamada Salvina, queriéndola

29.- Suplo 'la' (44r).

retener y conservar en el estado de la continencia y proveyéndola de remedio oportuno contra las tentaciones que el peligroso estado de juventud y viudez trae consigo, entre otros consejos que pone allí, le da éste: «No se aparte (dice) jamás de tus manos el libro de la divina Escritura y la oración frecuente; de tal manera que las saetas de los malos pensamientos con que suele ser tu edad y estado combatido sean con este escudo rebatidos». Y a otra honesta viuda llamada Furia aconseja que después de la lección de las Escrituras lea libros de sabios autores; y no de cualesquiera, sino de solos aquellos cuya religión y fe está recibida y aprobada.

Y san Bernardo exhorta y amonesta a una hermana suya al amor y ejercicio de la lección por estas palabras: «Hermana mía carísima, si quieres siempre estar bien con Dios, reza siempre y lee siempre. De grande importancia nos es comúnmente la lección, pues por ella aprendemos lo que tenemos de hacer y de lo que nos debemos apartar y para dónde tenemos de caminar. Por eso dijo el Profeta: 'Tu palabra, Señor, candela es para mis pies y lumbre para mis caminos'. La lección despierta nuestros sentidos y alumbrá nuestros entendimientos y nos enseña cómo tenemos de orar y cómo tenemos de obrar. La lección nos informa de lo que tenemos de hacer en la vida activa y en la contemplativa; por lo cual dice el psalmista: 'Bienaventurado es el varón que de día y de noche se ejercita en la ley de el Señor'. La lección y la oración son armas con que se vence el Demonio e instrumentos con que se gana la vida eterna. Por la lección y por la oración se destruyen los vicios y se crían y crecen en el alma las virtudes. Siempre debe la sierva del Señor estar leyendo o rezando. El bien que de aquí resulta declara el mismo psalmista cuando dice: 'Entonces, Señor, no padeceré confusión cuando estudiare en todos tus mandamientos'. Por tanto, hermana muy amada, date muy de veras a la lección y persevera de continuo en la meditación de la palabra de Dios y de su santísima ley. El ejercicio de la lección sea muy ordinario y tu estudio sea una meditación cotidiana de la ley de Dios; porque te hago saber que la lección destierra los errores de la vida presente y aparta a el hombre de la vanidad de el mundo».

Hasta aquí es de sant Bernardo.

Y sant Juan Crisóstomo dice: «Si es así que las palabras torpes ensucian y suelen atraer y convidar los demonios, cierto está que, por el contrario, la lección espiritual terná virtud de santificar y atraer la gracia del Espíritu». ¿Qué otra cosa son las palabras de Dios y qué son sus Escrituras, sino unos divinos encantamientos de aquel sabio y divino encantador? Dichoso, pues, el cristiano que se aficiona y da de veras a la lección destes piadosos libros; que no es posible sino que al fin de la jornada ha de sacar limpieza para su alma de sancta conversación.

En la Escritura sagrada como en un espejo se vee la cara de nuestra ánima, donde vemos si está fea o hermosa y qué tanto vamos aprovechando. Cuenta los hechos de los sanctos y provoca los corazones de los otros a<sup>30</sup> su imitación, porque viendo sus obras ilustres sea nuestra pusilanimidad esforzada. La alteza de las sanctas Escrituras son unos montes de pastos abundantes donde nuestra alma es apacentada. Alumbran el entendimiento y apartan la voluntad de el amor de el mundo y muestran por dónde se ha de caminar.

30.- Orig.: 'y' (45v).

Cuando el hombre ora habla con Dios; pero cuando lee oye a Dios, que está hablando con él. La lección de los santos libros enseña nuestra ignorancia, suelta las dudas, enmienda los yerros; instruyen en buenas costumbres, hace conocer los vicios, amonesta las virtudes, despierta el hervor y recoge los pensamientos. Parece llama David a las palabras de el Señor palabras castas y plata cendrada en el fuego porque a los que las oyen o leen purgan de la escoria de el pecado y vuelven limpios y castos.

En este crisol se purificó el rey Josías cuando revocó la sentencia y aplacó la ira de Dios para siempre con la penitencia que hizo, a la cual le movió solamente leer en un libro sagrado que le envió el sacerdote Helcías. Leyendo también estaba en Esaías aquel eunuco, tesoro de la reina de Etiopía, y, con ser bárbaro y gentil, por la buena disposición que en él causó la lección desta divina profecía mereció que el Espíritu Sancto le enviase a san Filipe, que le instruyese en la fe y catequizase<sup>31</sup> y baptizase. De la Virgen nuestra Señora se cuenta que la mayor parte del día empleaba en la lección de la sagrada Escripura, para darnos ejemplo y doctrina que este sancto ejercicio es uno de los que más defienden los acometimientos de los espíritus inmundos y conservan la pureza virginal.

De la virgen sancta Cecilia también leemos que nunca se le caía de las manos un *Testamento Nuevo*, si no era el tiempo que le era forzoso ir a alguna parte o estaba ocupada en alguna sancta obra, y entonces le traía en el seno, al lado de el corazón. Con estas armas se defendía la virgen de el Enemigo y con esta sancta nómina se libraba de sus engaños; no era otro su estudio, no otra su recreación y deleite, sino gozar siempre por lección continua de la conversación de aquel dulcísimo Esposo que en su alma traía, y con este entretenimiento evitó hasta la fin los lazos de la carne y conservó en su cuerpo y alma el incomparable deseo de la virginidad.

El glorioso doctor sant Agustín cuenta de dos caballeros recién desposados que, leyendo la vida del bienaventurado san Antonio, con el ejemplo de aquel sancto varón se les fueron inflamando sus corazones de tal suerte que determinaron de dejar el mundo y meterse en una religión, y así lo hicieron. Y movió después el Espíritu Sancto, por esta mudanza de vida, los corazones de sus esposas a hacer, luego que lo supieron, voto de perpetua virginidad.

Este es el fruto que suelen sacar los que se dan a la lección de la sancta Escripura y de los libros espirituales y devotos. A estos preceptos debe el cristiano aficionarse, y seguir este estudio y saborearse con esta doctrina para con esto purificar su alma y salir de la ignorancia y ciega pasión en que viviere y quedar docto y práctico en la sciencia de la virtud.

## Capítulo sexto: Del amor

**A**MOR dice sant Gregorio que es un linaje de fuego con que se abrasa el corazón. Y a esto parece alude lo que Cristo nuestro Señor dijo: «Yo vine del cielo a echar fuego a la tierra, no resta sino que arda». Y es cosa averiguada que lo que ha pretendido Dios, desde el principio de el mundo, del corazón humano es su amor. Y el Espíritu Sancto, que es el verdadero Dios de amor, vino en fuego en señal de que el fuego es amor. Y el fuego que descendió de el cielo y abrasó el sacrificio de Aarón (donde

31.- Orig.: 'catethizasse' (45v).

advierte Lira que luego mandó Dios guardasen unas brasas de aquel fuego, a quien fueron siempre cebando y conservando hasta la captividad de Babilonia, y de quien dice Esaías que «Tiene Dios su fuego en Sión y su hogar en Jerusalén») era símbolo del amor que quiere arda siempre en el templo de nuestra alma. En el *Levítico* dice Dios: «Cualquiera ofrenda que me ofrecieres de las primicias de tus mieses, aunque sea una espiga verde que no tiene sazón, quiero que me la tuestes al fuego».

Propercio dice que el amor tuvo principio de Dios, y que por eso le pintaron con alas, por que pueda volar y volver a su principio. Filostrato dice que hay muchos amores, porque se enamoran los hombres de mujeres y varias cosas; pero que el celestial y divino hace en el cielo y en la tierra divinas cosas. Sant Agustín dice que el amor es una delectación y movimiento de el corazón, y que es vida de el corazón, y que, como es imposible vivir el hombre sin vida, así es imposible estar sin amar el corazón. Del amor dice Platón ser un deseo de gozar siempre de lo bueno; y como tenga a lo bueno por hermoso y a lo hermoso por bueno, romanzaremos al amor ser deseo de gozar de la hermosura, y así, concluye que el amor es deseo de la inmortalidad.

Bien con cuerda con lo dicho que no es otra cosa amor sino vehemente voluntad para lo bueno. De dos maneras se han los que tratan de amistad: o amándose el uno al otro o amando el uno y no siendo amado del otro; y la primera manera de amistad es cual debe, mas la segunda es muy condenada del filósofo, porque siendo uno amado de otro tiene mayor y mejor parte en el alma del que le ama que el mismo cuya es (y aun no faltaron sabios que dijeron que se la posee toda), y llevándole el alma llévale el cuerpo, y con el cuerpo va la hacienda y honra. Por lo cual dijo el seráfico doctor sant Buenaventura que el amor es un don con el cual se dan todos los dones, de donde se concluye que le es en cargo lo que es y tiene, y que no le puede satisfacer si no es dándole tal amor cual le recibe, conforme a las leyes de perfecta amistad, que son determinadas de los sabios consistir en amar y ser amado.

Afirma Platón que el amor es un furor divino, diciendo el que ama está bañado con aquel divino licor, y así, son más calificadas las obras que hace inclinado por el tal amor, y de más mérito. En peso y en volandas decía san Agustín que le traía el amor, y que el amor era el peso que le llevaba hacia dondequiera que dél tiraba, porque el cuerpo va tras el alma y el alma tras el amor; y, así, el amor lo lleva todo empos de sí. Los sabios llamaron amor al deseo de gozar de la hermosura, la cual dice san Anselmo que es la primera parte de la bienaventuranza. Y aun los filósofos stoicos dijeron que es una flor de la virtud; porque la hermosura del alma (como dijo Plotino) ayuda a la del cuerpo. Toda hermosura se goza o con el entendimiento o con la vista o con el oído; y, así, todo amor llega a la voluntad por el entendimiento o por el oído o por la vista. El deseoso apetito de los otros sentidos, oler, gustar y tocar, y especialmente el tocar, no merece nombre de amor, sino de concupiscencia o de furia sensual y rabioso deseo; y por eso dice Platón que le llamó Sófocles un rústico y furioso señor.

Pues como el amor se abalance tras la hermosura, y la perfecta hermosura no consista sino en cierta graciosidad limpia de toda imperfección, y la tal gracia no sea otra cosa que una debida y modesta templanza, averíguase que el amor solamente desea gozar de lo que es modesto, templado y bien circunstanciado. Y desto se sigue que el deleite de los sentidos del gusto y tacto (que por su furiosa vehemencia trastornan el juicio del hombre,

perturbándole con su bravosa furia, y así, muchos le llamaron especie de locura), que no solamente no le pretende el amor conseguir ni gozar, como a cosa hermosa, sino que, por el contrario, le huye y abomina, como a cosa que por falta de la templanza y moderación debida es contraria de la hermosura.

Por este mismo respecto dice Demóstenes que el amante noble no ha de hacer ni permitir que se haga cosa fea, porque es contra razón, y, por el consiguiente, contra las leyes de el verdadero amor, que siempre se sujeta a la razón y a las leyes de la generosidad. Sant Agustín llama al amor filósofo, y, por el mismo caso, sabio y allegado a razón; y Pitágoras llamó amador de sabiduría al filósofo. Y es cierto que los vicios carnales son enemigos de la sabiduría; luego imposible es que el amor pare en ellos.

Cosa es notoria y averiguada con mil experiencias que el amor desbasta la rudeza de un rústico y le hace elocuente y bien hablado, y algunas veces poeta. Y si alguna cosa puede menoscabar la necedad, para donde no hay ingenio ni arte, es el amor. Filipo Beroaldo dice: «Dame el hombre más rudo y más grosero y enamórese; que yo te le daré de buen ingenio, discreción y urbanidad»: porque el amor cultiva al agreste y domestica al bárbaro y salvaje, destierra la flojedad, la pereza y el sueño, aunque sea letargia. Platón dice que hace poetas a los enamorados, y la razón es porque el metro es obra de la fantasía, que quiere mucho calor. En fin, como graciosamente le pinta Plautino, es padre de la elegancia y del aseo, del donaire y de la bizarría; y quitarle de el mundo es quitar el sol y quitar la hermosura y belleza.

Y no sólo vemos este efecto de el amor en los hombres, pero también en las aves. Los ruiseñores, cuando andan en sus celos se desentrañan más, y en el silencio de la noche solenizan sus amores con más dulce y más sabrosa armonía, y las demás aves músicas tienen en ese tiempo las lenguas más despiertas y adelgazadas; y las que no tienen tan buena suerte que puedan regalar las orejas humanas con su canto, parece que cada una con su linaje de son pregona y manifiesta sus amores. Hasta los animales se muestran más lozanos y orgullosos, y con un hablar mudo hacen mil significaciones de su amor y de sus celos.

Dice sant Agustín que los antiguos pintaban al amor vestido de una ropa tosca de color verde, y en la diadema tenía un título que decía «Cerca y lejos», y en el pecho otro que decía «Muerte y vida», y traía otro en la fimbria y cortapisa de la vestidura que decía «En invierno y verano». Pintábanle también abierto el corazón y con el dedo de la mano derecha que le estaba enseñando. En esto significaban las propiedades del amor; que eso tiene lejos que cerca, porque los que bien se aman la distancia de el lugar no divide ni aparta los corazones, y si el amor es verdadero, no sólo permanece en la vida, sino también en la muerte. En invierno y verano, en el tiempo adverso y próspero está firme y entero. Tener el corazón descubierto y señalándole con el dedo es porque nunca se ha de negar a sus verdaderos amigos.

Cupido vale tanto como *codicia* o *deseo*, y píntranle pequeñito niño porque comienza con pequeños sentimientos y va creciendo; lo cual se prueba con el rasguño que dio a su madre con la saeta dorada que en su aljaba traía, que poco a poco la penetró hasta el corazón, con que vino a amar con gran vehemencia a su querido Adonis. El andar cargado de saetas, que hieren de lejos, significa que el amor también se traba de lejos como de cerca. Y el ser ciego quiere decir que, como los ciegos no aciertan en lo que hacen, así el amor aficiona a personas que son desiguales entre sí, y que una quiere y otra no, y así otros descon-



ciertos emanantes de la voluntad aficionada y desamorada. En un emblema pinta Alciato las fuerzas del amor, en la cual pone a Cupido en un carro triunfal azotando y domando unos muy bravos leones, dando a entender que, pues el amor tiene poder y fuerzas para rendir y sujetar a cosa tan feroz como el león, rey de los animales, ¿qué no le faltarán para rendir y sujetar a el hombre, menos fuerte y más amoroso? Queriendo pintar Alciato cómo todo lo vence el amor, dibujó en otro emblema al dios Cupido que en una mano llevaba un ramillete de flores y en la otra un pez, significando que, así como no hay por donde ande el hombre si no es por la tierra o el agua, así no hay lugar donde el amor no se halle poderoso para alcanzar victoria.

Considerando los antiguos la fuerza del amor y los peligros en que pone a los que verdaderamente aman y los desatinos que hace hacer, pintaban a el amor ciego, muchacho y vendados los ojos, porque no menos ciegos y sin edad perfecta andan los hombres en sus hechos por cumplir lo que de corazón apetecen. Claramente mostraron los antiguos lo mucho que el amor puede, pues cuenta Homero en su *Iliada* que deseando la diosa Juno favorecer a los griegos que estaban sobre Troya, ordenó de atraer a su amor a Júpiter su marido, el cual estaba de la parte de los troyanos. Y para salir con esto determina de le adormir y regalar entre sus amorosos brazos entretanto que pasaba la cruel batalla, para que los griegos, que debajo de su protección había recibido, alcanzasen la deseada victoria; y para esto pidió a Venus, diosa del amor, la preciosa cinta que ella traía a par del corazón, y Venus, sin imaginar para lo que era, se la dio, siendo en ello engañada. A esta pretina iban asidos todos los amores, los dulces deseos, los blandos halagos, los vivos requiebros, las firmes promesas, las buenas esperanzas y todo género de sensualidad, las cuales cosas a el entendimiento más prudente ciegan y apartan de toda honestidad y virtud. Con esta cinta alcanzó Juno lo que pretendía ver,<sup>32</sup> haciendo que a las que antes quería las olvidase y aborreciese, y a ella amase en su corazón. Teniendo Juno en este estado a su marido Júpiter, con un dulce sueño se le quedó adormido sobre su regazo, tan descuidado de la defensa de Troya que en el entretanto los griegos quedaron victoriosos y la ciudad destruida y sepultada en sus mismas cenizas.

Estas cosas de el amor fingió el poeta Homero para que entendamos que por más sagaz y discreto que el hombre sea, y aunque en potencia iguale a Júpiter y en fuerzas a Marte, será vencido de la gran fuerza de el amor si a él se sujetare. No menos en esto da Homero doctrina a las zahareñas y esquivas casadas, que con excesivo descontento pasan su matrimonio, pues por no estimar y preciar a sus maridos como es razón y están obligadas, son dellos desechadas y aborrecidas con medios ilícitos que toman para mostrar el coraje que contra ellas tienen por sus desabridas e indómitas condiciones. Visto que este desamor que sus maridos les tienen redundan en la ofensa de Dios y en el descontento y deshonor suyo, las prudentes y cristianas casadas tomen con discreción y aviso la cinta de Venus, sujetándose a sus maridos y<sup>33</sup> regalarlos y acariciarlos; y entiendan que si Juno con esto fue poderosa para adormir al supremo de los dioses, Júpiter, y a destruirle la ciudad y gente que él tanto amaba y favorecía, que ellas también lo serán para atraerlos a su amor y contento, y para hacerles olvidar y aborrecer lo que en su daño antes bien querían, y asimesmo para enseñorearse de muchas cosas que el dominio dellas a sí solos tenían reservado.

32.- Quizá haya errata por 'dél' (49r), aunque podría entenderse 'ver realizado'.

33.- Orig.: 'el' (49v).

Encareciendo Alciato la fuerza de el amor, dice en un emblema que Júpiter, estando agraviado de los Gigantes hijos de la Tierra, quiso destruir a los hombres con rayos y furias del cielo; y comenzando a echar un fulminoso rayo desde las alturas del cielo Olimpo, se atravesó el amor, y recibiendo en sí el golpe y fuerza de el rayo de el cielo encima de su cabeza, fue tal la resistencia que el amor hizo, que quedó sin haberle perjudicado en sólo un cabello de su hermosa cabeza, antes, en tocando en ella el rayo, se hizo pedazos, y quedó vencido y el amor victorioso.

Entre las artes, unas se deprenden estudiándolas, sin ejercicio ninguno de obrar, y éstas se llaman especulativas; y otras se deprenden mediante las obras ejercitativas, y éstas se llaman prácticas. Y entre éstas anda el arte de el amar, la cual, para bien se saber hacer, no ha menester más que saber bien amar, a lo cual basta la voluntad aficionada. Y sintió tan bien san Bernardo de la facultad de amar, que dijo que, pues ninguna cosa debe ser tratada sino entre quien la entiende, y que pues ninguno entiende el arte de el amar sino los que aman, que no se había de tratar de amor sino entre los que supiesen amar. Ningún maestro enseña tanto en mucho tiempo como el amor enseña en poco; y muchas veces, por saber mucho dél, no lo puede la lengua explicar: tanta es su potencia que fuerza a<sup>34</sup> el corazón y a el alma que no se ocupen sino en él. Pues el alma llena dél luego se halla vacía de sí y llena del amado, y no se acuerda de buscarse en sí, sino en el amado. Ni alguna pérdida tanto se sentirá cuanto carecer desta su perdición; ni cosa tanto dolor dará como hallarse fuera de el que la tiene sin sí, ni hay orden que se iguale con la desorden del verdadero y ardiente amor, como el que es de tal complexión que cuanto más arde más leña pide, como el fuego material; y cuando aquel ardor se le pasa queda el amante convertido en ceniza, bien como brasa mortecna, y dice que ni tiene vida ni ser.

Entre los efectos que obra el amor es uno hacer cauto al amante para que en ninguna manera cometa yerro alguno ni haga cosa fea en presencia de la persona que ama; y así, siempre el amante procura parecer delante la cosa amada muy cortés y virtuoso, franco y liberal, y muy honroso en todas sus cosas; y antes se metería debajo de la tierra que cometiese una falta delante de sus ojos. Y si acaso en justas o torneos le sucede caer en alguna desgracia, se abrasa de pura vergüenza, y todo le pareciera nada, aunque lo hubiera visto todo el mundo, con tal que no lo viera la que dél es amada. De todo lo cual es causa el amor, de quien dicen muchos sabios que el amar y el reinar no quieren competencia.

Artemidoro Daldiano y Halí Abenrodán<sup>35</sup> dicen que el corazón es silla y símbolo de el amor; mas Séneca introduce a Deyanira deseando tener parte en el hígado de Hércules por ser deste miembro la silla del amor, lo cual, aliende de que es común doctrina en muchos linajes de letras, lo dice la sagrada Escritura en el séptimo de los *Proverbios* y en el segundo de los *Trenos*, y lo entienden así sus postiladores; y los poetas significaron esto mesmo diciendo que en el Infierno está siempre un bueitre comiendo el hígado al gigante Ticio, porque intentó deshonesto amor con Latona, madre del su dios Apolo; en lo cual enseñan también que por do uno peca debe ser castigado.

Próculo dice que la naturaleza es una maga y como hechicera, y lo mesmo el amor, por unos atraimientos halagüenos con que medio enhechizan con deseo de el gozo de la her-

34.- Suplo 'a' (50r).

35.- Haly ibn Rodoan.

mosura. Esta es la potencia amorosa que Orfeo y Hesíodo y Séneca dijeron que doma los corazones de los mortales y de los inmortales. Muchas veces sucede que nos agradan unos y otros nos desagradan al punto que los vemos; y no sabemos dar la razón de do proceden los tales efectos; sino que, como dice Plutarco, la naturaleza se aficiona y ama a su semejante y desama a su desemejante.

Debemos considerar que amor es deseo de hermosura, y la hermosura es de tres maneras, conviene a saber: de ánimo, de cuerpo, de voz. La primera se goza con el entendimiento, la segunda con los ojos, la tercera con las orejas; de donde se dice que las tres Gracias representan estas tres partes, y así, mientras el amor es guiado solamente de los ojos y de las orejas y del entendimiento, es verdaderamente honesto, y conviene que los discretos amantes se contenten con gozar estos tres frutos sin pasar adelante. Dos suertes, dicen, hay de amor: el uno es amor concertado y medido, y que ama y quiere bien al amado, pero medidamente. El que es así, sin duda es amor con ojos, que aún lo le han echado la venda; y así, en lo que hace y en lo que da se va mirando a las manos y deteniéndose sin se arrojar a cosas sobradas, porque, aunque es amor verdadero, de tal manera lo es que es señor de sí mismo, y no ciego ni del todo rendido a quien ama. Pero hay otro amor, que llaman ciego o de excesivo amor, sobrado y no detenido: este es el que hace a los hombres ajenos de sí, por donde los que llegan a ser poseídos deste tirano son los que hacen y padecen excesos.

A este punto de amor llegó aquel mozuelo noble de Atenas, descendiente y sucesor de una de las más ricas e ilustres casas de toda ella, el cual se enamoró de una imagen de mármol, labrada de un excelente maestro, en tanta manera que así la decía palabras regaladas, blandas y amorosas como si fuera verdadera mujer. En cuyo necio amor tanto vino a encenderse que no podía estar un punto sin verla. Al fin, la quiso tanto que le vino a dar vistas y joyas y corona de oro, con los cuales aderezos aun se le hizo mayor y más crecido el amor de la imagen, de cuya vista como fuese privado por la justicia de la ciudad, no lo pudiendo él sufrir, vino a morir de puro sentimiento. Al fin, por esto se llama este amor excesivo, porque, excediendo la tasa del ordinario, hace en quien le tiene extraordinarios excesos.

Tal fue en la Escritura sagrada aquel abrasado fuego de amor que encendió el corazón y entrañas del infante Jonatás para con el rey David, cuando, antes de serlo, le oyó referir a su padre Saúl la victoria que contra Golías había conseguido. Fue, pues, cosa notable que de sólo oírle decir sus discretas razones y aquel brioso término con que propuso el gracioso discurso de su victoria, fue tanto lo que se encendió en el amor del mismo David, que, como si en la lengua con que hablaba le llevara el alma arrebatada, así se le pegó a la suya de manera que se halló trocado en David y hecho otro él, como lo quiso significar la sancta Escritura diciendo: «El ánimo de Jonatás se pegó y engrudó a la de David». Fue, pues, tan estrecha la amistad que trabó con él, que, desnudándose de su túnica, le vistió con ella, y, junto con esto, le dio sus vestiduras, y hasta dióle<sup>36</sup> su arco, espada y talabarte; como si en efecto dijera: «Ya que no puedes ser yo, sé como yo: parécete a mí en vestido y armas». Con esto, y las demás cosas que por él hizo, mostró la estrecha amistad que con él tenía y su excesivo amor.

Con obras y palabras se da muestra del verdadero amor, y, conforme a esto, mal puede ser creído el que quita la habla a su prójimo y, con todo esto, dice que sabe Dios que,

36.- Orig.: 'darle' (51v).

aunque no le hable, le ama de corazón. Sin duda no dicen éstos verdad, ni es ni puede ser amor verdadero el que con tanto cuidado huye y se resguarda de sus mismos efectos que hasta la cara tuerce a su prójimo y le quita la habla. ¿Quién jamás vio el amor mudo en caso que debiese hablar? Pintado ciego muchos le han visto, y con venda en los ojos, porque sin ellos, a ciegas, con gran largueza da cuanto tiene; pero mudo y sin lengua ninguno le ha visto. Porque imposible es que quien venda sus ojos para a ciegas ser manirroto se pueda contener de dar al amigo una palabra en público debida, que tan poco le cuesta, para siquiera evitar escándalo. Y aunque el corazón del hombre es tan secreto que nadie puede hacer dél juicio cierto, con todo eso, parece señal cierta y diferencia averiguada entre el verdadero y falso amor que el verdadero tiene manos, pero no boca; el falso tiene boca, pero no manos. El fingido es amor parlero, decidor, pero manco y cojo, perezoso y desmazalado; el verdadero es amor mudo, pero solícito, presto, cuidadoso, diligente, que, aunque alguna vez rebosa por la boca por no caber en el pecho, como la pequeña olla puesta a demasiado fuego, pero, en tal caso, dejan las obras de amor tan atrás a las palabras que no parece que dice, sino que hace.

Por eso, entre otras pinturas, pintaron los antiguos al amor con el dedo en la boca y con una bolsa muy grande sin cerraderos. Parece que se vistió el amor de la condición del bien, a quien tiene por objeto, y como la naturaleza del bien es comunicarse, así la del amor es ser franco y liberal. Plutarco dijo que el primer inventor del zurrón y pordiosería fue el amor; porque cuando el hombre escapa de sus manos queda como el Hijo Pródigo. Adán quedó al hospital por los amores de Eva: por no entristecella (dice san Agustín) perdió y hundió en un punto el imperio más rico y más poderoso que el mundo ha conocido ni conocerá jamás.

Los mártires, confesores y vírgines dejaron haberes inestimables por el embarazo que en ellos sentía el amor. Con el fuego de una calentura ardiente una sábana de holanda se tiene por pesada, y como el amor es más encendido fuego, cualquier cosa le embaraza, y así, la desecha y distribuye. Suelen decir que todos los árboles pierden la flor, si no es el del amor; porque éste de continuo ha de tener flor y fruto de buenas obras.

Hesíodo dijo que el amor era hijo de la tierra y de la confusión; Simónides y Cicerón, que era hijo de Venus y de Marte; pero los que lo pensaron mejor dijeron que era hijo de la diosa de la pobreza, y su madre, no le pudiendo criar, le echó a la piedra (como acá se dice) y prohíjole Venus, pero hijo es de la pobreza. En esto significaron los antiguos que el amor ha de ser tan liberal que quede pobre. Por eso le pintaron desnudo y con alas: desnudo, porque todo lo ha dado; con alas, porque podría volar, según queda desembarazado en el dar y distribuir sus bienes: pone en el amor, su felicidad y contento. Tan de veras era inclinado a esto Abraham, que, destruida Sodoma, pasó su tabernáculo a otro camino más pasajero, donde acudiesen más pobres y peregrinos para hacerles bien.

Dando por más poderoso y fuerte al amor honesto y limpio que al libidinoso y sucio, pinta Alciato al amor honesto que quita el aljaba y saetas al desdichado de Cupido, y le ata las manos atrás, haciendo burla dél, y le amarra un árbol, dejándole allí despojado y vencido: tanto y mucho más que esto se aventaja el amor honesto y virtuoso al sensual.

Queriendo los antiguos poetas significar las osadías y fuerzas de el amor, fingieron haber venido Cupido a brazos con el dios Pan (por quien es representada toda la naturaleza humana), y que fue vencido del amor, que todo lo vence y avasalla; y no es cosa grande

venza a la naturaleza, pues a los dioses del cielo los quema y abrasa, como dice Séneca. Júpiter se está quejando de sus llamas, Marte de su saetas, y Vulcano siente más una centella de amor que sus hornos ni sus fraguas. Él los trae arrastrados y aborridos, transformándose unos en toros, otros en sierpes, lobos, perros, caballos, becerros, rocas, montes y en otras varias figuras, y los fuerza a que, olvidados de su grandeza, se despeñen a bajezas indignas de hombres muy viles. Lactancio Firmiano refiere, de un poeta antiguo, el triunfo del amor, y después de haber contado los amores de todos los dioses, por los cuales vinieron todos a parar a la cárcel y prisiones de amor, finge que iban todos encadenados y presos delante de su carro, en señal de que todos eran sus inferiores y sus captivos y presos.

Eustaquio, autor griego, describiendo el amor de Ismenia y de Eratístenes su enamorado, pintó un carro, y en el un mozo desnudo, de maravillosa hermosura, teniendo un arco en la mano y fuego en la otra, una aljaba a las espaldas, la espada al lado; los pies eran de hombre, pero llenos de alas. Tenía debajo de su trono gran muchedumbre de gentes de diferentes edades y condiciones, y cada uno estaba en su presencia con respecto de siervo y de su esclavo. Estaban allí dos mujeres asidas de las manos que tenían por nombre Japeto y Saturno, ambas crespas y de presencia venerable; pero la una era blanca y resplandecía como el Sol, la otra era al revés en todo. Alrededor del carro había muchas aves diferentes y diversas, y aunque tenían libres las alas para volar, se estaban quedas. Había de todos géneros de peces y de pescados de la mar, y ni más ni menos de todos los animales de la tierra. Entonces Eratístenes dijo a Ismenia: «Tú me preguntas qué es amor. Tú misma lo puedes ver en su figura y en sus armas: él tiene fuego contra las mujeres, espada contra los hombres, arco contra las fieras, alas contra los pájaros, está desnudo contra los peces del mar, obedécenle todas las edades y píntranle niño porque priva de razón». De suerte que en sus triunfos y pinturas está bien representada la grandeza y señorío del amor.

Fedro en Eurípides se queja de que los griegos y las demás naciones hagan sacrificios a Júpiter y a Apolo y a otros dioses, pareciéndole cosa vana el hacerlos sino al Dios que tiene supremo poder. Platón le llamó gran dios, porque admira y asombra con la grandeza de sus hechos. En Plauto dice Agarestión que es más sano consejo tomarse con el león de Hércules y con la Hidra que con amor. Hesíodo finge a Júpiter que escusa a Igión, que se había enamorado de Juno, su mujer, y dice que no es mucho el que vee una celestial y nunca vista belleza quede vencido de amor. Homero introduce a muchos dioses pidiendo la diosa Venus mercedes: él uno le pidió el cesto de sus embustes, otro que le sea propicia en sus amores: todos son argumentos evidentes de que tenían al amor por más soberano dios, y más divino y de señorío universal.

Y aunque es verdad que algunos se querrían mostrar libres de su vasallaje y hacen contra el amor sátiras y pasquines, a éstos les sucede lo que finge Isopo en una fábula: que un león iba una vez tras una cierva, y como ella corriese mucho más (que es cosa ordinaria los animales menos fuertes ser más ligeros) y se escondiese en lo más espeso de un bosque, preguntó el león a un pastor si la había visto. El pastor, señalando con el dedo el lugar donde la cierva estaba escondida, dijo en voz alta: «No la he visto». Así hay muchos que con cejas, ojos y dedos señalan que son vasallos de amor, pero tras eso dicen a voces que no saben lo que es ni le conocen.

Los naturales dicen que el señorío del amor se estiende hasta las plantas y que hay macho y hembra entre ellas, y que no crecen ni medran ni llevan fruto sino estando vecinas,

en que muestran no sé qué sentimiento de amor. Esto se vee en el ciprés, en la yedra y en el álamo, en la palma y en el almendro: que cualquiera de estos árboles, si es macho sin hembra o al revés, crece muy poco y lleva muy poco fruto y menos sabroso.

Filostrato dice que entre la vid y la oliva hay grande amistad. Columela que la hay entre la oliva y la higuera; y que allegue a los animales y aves el señorío del amor tiénelo por cosa llana, aunque sean de diferentes especies: el papagayo es amigo de la tórtola, el tordo de la mierla, y hase visto entre un gallo y una pava grande amor (y Aristóteles le pone entre varios animales). Eliano hace memoria de un delfín enamorado de un niño, y de un delfín un elefante, y un ganso de un músico de vihuela, y una corneja de un mozo. Las historias están llenas de cosas peregrinas que han sucedido con perros amigos de hombres. En fin, su jurisdicción se estiende por el cielo, tierra y mar. Por eso, entre otras pinturas que los antiguos hicieron del amor, fue una ponerle un pez en la mano y un ramo verde en la otra, en que mostraba universal señorío y que no se escapan de su calor los septentrionales, con toda su frialdad, ni las ninfas de la mar y de los ríos, con todas sus aguas, ni los meridionales, aunque vivan tostados de el fuego natural de aquella región tan calurosa, ni aquellos que viven sobre las esferas del fuego: todos pagan parias y se arrodillan al amor.

Demás desto, el amor es el que no respecta leyes, mandamientos ni premáticas: sólo su antojo tiene por ley. Burla de las amistades, niega los parentescos, desprecia los matrimonios, tiene en poco la honra y en menos la fama, ataja los estudios y buenos ejercicios, muda la naturaleza. Dice Platón: «Los animales flacos combaten con los robustos por amor, y los cobardes con los animosos». El ciervo se torna toro y la gallina león cuando el milano acomete a sus polluelos. Nunca los leones, osos y tigres y las demás bestias fieras se muestran feroces y furiosos como al tiempo de sus celos. ¿Qué frenos, qué riendas o qué gatillos detendrán un caballo enamorado? ¿Qué montes o qué selvas atajarán los pasos a un león? Y por eso le llaman feroz, porque no hay furor que llegue al suyo, como Virgilio cuenta de Turno y Séneca de Medea. Justiniano, emperador, dice en el *Código*, que ninguna cosa hay tan impetuosa ni vehemente como el amor.

Alciato pintó un rayo que iba volando por el aire, y el dios Cupido que voló tras él y le tiró una saeta y consumió al rayo y a su fuego, en señal que el fuego del amor es más fuerte que todos los demás fuegos. David, en un psalmo, tratando de la fortaleza de los truenos, dice que no hay cosa con que se haga Dios temer y respectar como con una tempestad, porque es temerosa cosa ver allí hundidos los cedros, allí sacadas de raíz las encinas, allí quemados los robles, allí muertas las ovejas, allí vacas abortadas. Pues todo eso, dice Alciato, vence en fortaleza el amor; porque se pondrá contra mil truenos y rayos y tendrá en poco las tempestades; porque no hay cosa, por dificultosa que sea, que el amor no emprenda por gozar de lo amado. Por eso se llama fuego, que entre todos los elementos es el más activo y fuerte; que contra el agua y el aire se hallan reparos fáciles, pero contra el fuego ni bastan torres ni muros, ni montes ni valles, ni hierros ni bronces: todo lo ataja y destruye. Así, para el amor no hay enmienda ni reparo. Los remedios mayores de una afición son ocupación y ausencia, porque los incentivos que más le atizan son ociosidad y comunicación; pero cuando el amor es grande ni eso ni esotro basta.

Esto dijo bien la Esposa: «Los hijos de mi madre, mis hermanos, celosos del amor que yo a mi Esposo tenía, por desaficionarme dieron en desterrarme: enviéronme a la aldea y pusieronme por guarda de sus viñas y de la mía. Mirad qué locura, poner su hacienda en

manos de persona aficionada. Mirad qué locura, dar cuidados a quien vive robado de un cuidado solo. Mirad qué locura, poner embargo a mi amor, que es encender más llamas de mi pecho. Mi fe déjeles sus viñas y la mía, siquiera se las coman los perros y jabalíes. Esposo mío, decidme dó pasáis la siesta con vuestro ganado; que ni son para mí viñas ni otros cuidados que el vuestro».

Grandes y fuertes contrarios tuvo el amor de la Esposa; mas a todos se atreve y vence: a la medianoche no la acobarda el miedo ni la escuridad, ni las guardas ni la ronda (de quienes el menor mal que podía temer fue el mal que le sucedió, conviene a saber: robarla y maltratarla), ahora sus hermanos, que quieren viva hecha salvaje, tostada de los aires y del sol; mas es por demás poner al amor embargos.

Lo mismo le sucedió a la Magdalena: atravesáronsele mil estorbos y mil enemigos, mas su amor a todo se atreve y vence. El fariseo la llamaba pecadora, el discípulo perdida. Cuando sale al sepulcro se le ponen delante mil fantasmas y visiones: el miedo de la noche, el lugar donde iba (que es la cárcel de la muerte), las guardas, los jueces, la piedra (desigual a las fuerzas mujeriles); pero el amor a todo se atreve y vence. «Mirad, señora, lo que dirán los que os vieren andar a tal hora por aquí, y que sois mujer a quien conviene desmentir por algún tiempo las espías».

El amor ni teme ni debe; por eso le pintan ciego, porque en los ojos está gran parte de miedo y de vergüenza, y parece que en la venda le pusieron este mote: «Ni vergüenza ni miedo». Tres cosas, dice Ovidio, jamás persuaden sino atrevimientos: el vino, la noche y el amor, los cuales no admiten miedo ni vergüenza. El otro discreto capitán traía un tercio de soldados en su ejército con bandas de carmesí, y tenían por apellido *El Tercio de los amantes*. Déstos eran ordinariamente las hazañas y victorias. Tenían de costumbre los lacedemonios sacrificar al amor antes del rompimiento, porque le tenían por dueño de las victorias.

La que alcanzó David de aquel bravo jayán que en el valle de Terebinto ultrajaba al pueblo de Israel, aunque Dios le sacó al campo por soldado suyo armado con las armas de su favor (y así lo dijo al gigante: «Tú vienes a mí confiado en tus armas de acero y en tu alfange y en tu brazo. Yo en Dios, que me enseñará a poner los dedos en la honda y menear el brazo de manera que te deje hecho una buitrea en este valle a los bueitres y grajos»), no falta quien diga le puso espuelas el amor; porque primero anduvo preguntando a los soldados: «¿Qué ha prometido el Rey a quien matare esta bestia y librare a su pueblo de baldón?». Dijéronle que a Micol. Conocíala ya David, y ella había oído sus músicas y canciones cuando, más mozo, fue músico de su padre (que esto, sin duda, como consta del texto, fue antes que la victoria del Gigante). En fin, el pastor conocía la Infanta, y no debió de parecerle mal, aunque los pastores no suelen poner los pensamientos en las hijas de los reyes; pero cuando el pecho es real y el ánimo generoso poco hace y deshace el hábito de pastor. Salió, pues, gallardo al campo, alborotado todo con estos pensamientos, y, puestas en su Dios las esperanzas, dio cabo al mayor hecho que jamás contaron ficciones poéticas y fabulosas.

Otra hazaña hizo su abuelo Jacob cuando iba a Mesopotamia deseoso de casar con la hija de Labán, pariente suyo. Estando ya cerca de la tierra que deseaba, llegó a un pozo de donde solían beber todos los ganados. Vio alrededor algunos pastores con sus rebaños; preguntoles por Labán. «Bueno está; y veis allí viene una hija suya a dar agua a sus ovejas». «Pues vosotros, ¿qué esperáis?». «Que se junten los pastores con su rebaños (respondieron), para desviar la piedra deste pozo». Llegó entonces con su ganado Raquel, tan her-

mosa y tan lozana que apenas la hubo mirado cuando Jacob se dio por su captivo (que en aquel pozo comenzaron sus amores). Dio señal luego de su deseo y afición atreviéndose a una cosa que sin las fuerzas de amor creo no saliera con ella: llégase al pozo y desvía la piedra él solo que cien pastores solían juntarse a quitalla; da agua al ganado de Raquel; que es el amor fuerte y atrevido.

Pusieron en cuestión los pajes de el rey Darío cuál era la cosa más fuerte de todo el mundo, y Zorobabel, como más sabio, fue de parecer que la mujer y la verdad eran más fuertes que el Rey y que el vino. Sin duda la mujer es muy fuerte y poderosa, pues pudo más que Adán, que Sansón, que Salomón; pero hase de entender que esos efectos no son de mujer, sino de amor; que una mujer sin amor ¿qué puede, aunque sea más sabía que las Sibilas, más casta que Lucrecia, más hermosa que Venus? El precio de una ramera (dice el Sabio) apenas es un pan»; pero así como el amor da valor a las cosas que valen poco (y vino a valer más el cornadillo de la Vieja que los doblones de los ricos de Jerusalén), así a las cosas flacas las hace fuertes y a las cobardes atrevidas. Así, una mujer que es sin amor no vale ni puede, y con él revolverá un mundo.

En ninguna cosa se echa de ver tan claramente ser el amor atrevido como en el hombre con Dios; porque, si se mira lo que el hombre es de su cosecha, no hay día para decir sus miserias. Con todo eso, el amor le hace tan atrevido que han sido estraños los atrevimientos que a título de amigos han tenido hombres con Dios. Considérese a Dios en el *Testamento Viejo*: inexorable y severo, puso una ley que quiso fuese inviolablemente guardada: «No me verá hombre la cara». Teníase Moisés por tan amigo que se atrevió a decir: «Si alcanzo gracia en tus ojos, muéstrame, Señor, tu rostro». Parecíale que para un amigo no había de haber ley. También fue atrevimiento el decir «...o bórrame de el libro de la vida (quiso decir del libro de vuestros capitanes y jueces). No quiero ser capitán vuestro si habéis de tratar a mis soldados así».

Pues un Elías, a título de celoso y de amigo, ¡qué pidió de gullurías, que eran todas atrevimientos de amor! Dejo aparte el atreverse a quitar la vida a cuatrocientos profetas (haciéndose él verdugo y carnicero por su propia mano, con que irritó grandemente la ira del Rey y de la Reina y de los suyos, que fue una grande osadía), sino el decir a Dios: «Señor, venga agora fuego del cielo. Señor, haya agora hambre en la tierra. No llovaís hasta que yo quiera». También fue grande el de Josué en<sup>37</sup> volverse a el Sol: «Sol, detente; y Luna, no te muevas». Desde el principio del mundo no ha alterado Dios esa ley del movimiento de el Sol, y quiere Josué que haya novedad en esto: son atrevimientos del amor.

En el *Testamento Nuevo* tenemos otro ejemplo singular: en todo el colegio apostólico no hubo quien se atreviese a preguntar al Señor quién era el que le había de vender, si no fue su querido Joan (en esto fueron preferidos sus cabellos rubios a todas las canas venerables que allí había); y con tener mandado Dios que en el cabildo de los ancianos calle el mancebo, y con ser enfadoso un hombre que pregunta mucho (y más a un apesarado), con todo eso, el amor le dio tanta osadía que preguntó a Cristo, Señor nuestro, quién era el que le había de vender.

De ese mismo amor nació el pedir las sillas. Y no sólo es atrevido el amor del hombre con Dios, sino lo que más espanta es que presuma de fuerte y poderoso, y parece las quiere

37.- Orig.: 'el' (56v).



apostar con Dios a cuál ama más y no darse por vencido. Dice Dios: «Yo dejaré mi cielo por ti». Dice el hombre: «Yo la tierra, que es mi cielo». «Yo a mis hermanos los Ángeles». «Yo a mis hermanos y linaje todo». «Yo a mi Padre, que sali del Padre y vine al mundo». «Yo a mi padre y a mi madre y a todo cuanto poseo». «Yo mi vida y mi honra». «Yo la mía y mi entendimiento y mi memoria y mi voluntad y mis sentidos». «Pues algo haré yo que tú no lo hagas. Veamos: yo me pondré en una cruz por ti». «Yo en una aspa por amor de Vos». Fuerte y poderosa cosa es el amor, pues en un sujeto tan flaco tan aventajadamente sigue a Dios.

Capítulo séptimo: Cómo la doncella debe mucho mirar de quién se fía,  
para no hallarse engañada y sin remedio

**P**OR ser el corazón del hombre tan cerrado y oculto que no hay poderle escudriñar ni alcanzar sus secretos, vienen a fraguarse en él tantas disimulaciones y fingimientos y tantas falsedades y engaños; nunca creídos ni pensados del que del hombre fía en hasta que vienen a caerles sobre los ojos, quedando manchada su honra y lastimada su vida de suerte que mientras durare no carezca de entrañable dolor.

Es tan grande la maldad que acerca de algunos hombres se halla para atraer a algunas doncellas y casadas al cumplimiento de sus malos deseos y a que pierdan su honestidad y limpieza y la pureza virginal, que cuando las veen constantes y firmes en la virtud, trabajan unos con juramentos falsos que les hacen de darles casamientos;<sup>38</sup> otros, de darles joyas y preseas de grande valor y estima; otros, con promesas y palabras de casamiento; mas después de puesto en efecto su mal deseo y perversa voluntad las dejan, como crueles y sin Dios, burladas y deshonoradas; y cada día vemos que son muchos los que andan procurando su deshonra y pocos los que procuran y tratan de su remedio.

Otros, no sin menor culpa y crimen desigual, con nueva manera de pecado, no pudiendo alcanzar lo que desean, con leve ocasión y algunas veces sin ninguna, con falsedad y mentira se andan gloriando de lo que nunca hicieron ni alcanzaron, con notable infamia de las inocentes y sin culpa; y así, vienen a hacer a la bien casada malcasada, y a la doncella virgen que sea tenida en opinión de no doncella, y a procurar a otras su total perdición cuando creían tener seguro su remedio. No queriendo echar de ver estos desventurados cuán gran maldad es la que cometen y cómo están obligados a satisfacer el daño que hicieron y a restituir la fama que han quitado (que es de mayor estimación que las muchas riquezas, y por esto muy difícil de poderla restituir), se atreven a cometer tales maldades.

Dice Plauto, haciendo almoneda de los bienes que malbarata el vicioso y carnal, que entre otras desventuras que se le pegan no tiene el peor lugar el ser perjuro y fementido. La causa está en la mano, porque con el calor de la pasión no reparan los amantes en lo mucho que prometen; y como después, al tiempo del cumplirlo, se les haya enfriado el gustillo primero, no hacen caso de romper con las promesas. Con esto daba en rostro Filis, hija de Licurgo, rey de Tracia, a Demofonte; porque, habiéndole recibido en su casa por huésped y puesto en él más amor que convenía a su gravedad, habiéndole también entregado<sup>39</sup> las mejores joyas de su juventud debajo del juramento que la hizo de casarse con

38.- Orig.: 'casamientos' (57r).

39.- Orig.: 'tan bien estragado' (57v).

ella, él, partiéndose de allí, hizo lo que muchos, que es olvidarse de la mayor obligación, con tanto descuido como si no hubiera prometido cosa; y así, en una carta que la engañada señora le escribió, le trata<sup>40</sup> de ingrato y desconocido, y de hombre sin fe ni palabra.

De aquí es que conociendo los antiguos lo mucho que un amante promete y lo poco que después cumple, tuvieron los juramentos de los tales por cosa ridícula, vana y de poca importancia. Y por esta misma causa, viendo Platón la facilidad con que se incurría en<sup>41</sup> estos perjuros, se persuadió a creer y decir que los dioses pasaban muy fácilmente por ellos, no los llevando por la tela de rigor y juicio que las demás ofensas.

Por los enredos y cautelas que andan urdiendo los aficionados para conseguir lo que pretenden, dice Pausanias que los vecinos de Megalópolis, ciudad de Arcadia, adoraban a Venus por su diosa; pero no debajo del nombre común y usado por los demás, sino que la llamaban diosa de las marañas. Entendiendo cuán a propósito le venía este nombre los poetas antiguos, dieron en contar las invenciones y ensaladas que Júpiter hacía de sí mismo cuando, intentando alguna torpeza, usaba de varias transmutaciones, de las cuales hacen mención Tertuliano y Lactancio Firmiano y otros. Unas veces dice que se transformaba en toro, otras en águila, otras en cisne, otras en rocío, otras en carnero, otras en serpiente, otras en fuego, otras en oro; con otras mudanzas cuales la furia del amor le enseñaba, como a danzante, para que entendamos los disfraces que usa un loco éstos en la consecución de sus fines, que es engañar la pobre doncella o cualquiera otra mujer que pretende.

Todo esto que se cuenta de Júpiter, acomodándolo a nuestros tiempos, significa los billetes, los paseos, las músicas, las tercerías, los mensajes, las risas, las lágrimas, los presentes, los encarecimientos, los dichos, los posibles e imposibles que prometen estos remeros de las galeras do va esta diosa de las marañas y falsedades. No fue sólo Júpiter el gitano de esta corregüela; que lo mismo se ha de entender en los enredos que hizo Mercurio para hurtar la vaca de Juno, pues no bastaron tantos ojos como su pastor Argos tenía para descubrir los engaños que le tramaban para cogerle a la doncella Io, que, en forma de vaca, se le había encargado para que la guardase.

Villalobos, en sus *Diálogos*, dice que en cierta ciudad acaeció haberse transformado el Demonio en un mancebo rico y principal (que en aquella sazón estaba ausente) para sólo inquietar una doncella, a la cual prometió casamiento y la entretuvo con grandes muestras de afición, muy eficaces y continuas. Venido el mancebo a la ciudad, nunca más el Demonio volvió a ella; y no pudiendo llevar la doncella tanto descuido como con ella se tenía, envió a llamar al mancebo, al cual hizo cargo de lo mal que cumplía lo prometido y de el olvido que de ella había tenido, y le trujo a la memoria otras cosas que a su parecer había con él pasado. Mas como el mancebo se le hiciese de nuevas en todo lo que le decía, ella quedó como fuera de sí considerando su ingratitud, y así, con gran rabia se quejaba dél. Este negocio vino en manos de la justicia, y, probando el mancebo cómo todo aquel tiempo que ella decía haberla comunicado y solicitado había<sup>42</sup> estado lejos de allí en negocios de su importancia, fue dado por libre. Con grande admiración quedó toda la ciudad<sup>43</sup>

40.- Orig.: 'harta' (57v).

41.- Orig.: 'se incurrian' (58r).

42.- Orig.: 'auer' (58v).

43.- Orig.: 'ciudad' (58v).

de este caso, entendiendo que si Dios había permitido este engaño y otros semejantes era por ofenderse de que las doncellas deseen remediarse por malas vías y, sin tiento ninguno, se aventuren con facilidad a quedar burladas por dar crédito a los que con falsedad les prometen cuanto dellos pueden desear, no queriendo acabar de entender que para estas cosas a cualesquiera sobra la malicia y artificio.

Porque el labrador más zafio y sayagüés, cuando le pica esta víbora del amor, parece que se levanta sobre sí y, olvidado del natural, dice gracias, enhila razones, ensarta palabras y apunta conceptos tan agudos como si el alma de Tulio o Demóstenes se le hubiera metido en el cuerpo. ¿Quién es maestro de tal arte? La embaidora Venus (que así la llamó Homero, dice Aristóteles). ¿En qué escuelas salió enseñado tan de repente, o quien aguzó el ingenio tosco de tal villano? Claro está que la afición es la doctora, la maestra e inventora de aquellas habilidades; y así, es menester que las doncellas se recaten de necios y avisados, pues en todos hay tanto ardid para procurar su perdición. Y cuando vieren a alguno que tal intenta, y que, por ser muy principal, les está muy bien lo que promete, piensen que es el Demonio que las viene a engañar.

Por el tiempo que los hunos vivían junto a la Persia, entraron con ímpetu feroz por las tierras del romano imperio y sitiaron a la ciudad de Edesa. Los romanos enviaron socorro a la ciudad, y entre los soldados que entraron para defenderla fue un godo, bárbaro en las costumbres y en el entendimiento, cruel y malo, el cual fue aposentado en casa de una viuda de honesto estado y clara en las virtudes, llamada Sofía, que tenía una hija doncella que se decía Eufemia, y todo el cuidado que en su viudez tenía era guardarla y mirar por ella y que no la viesen los hombres mundanos, porque la doncella era hermosísima y gallarda. Acertando el godo a ver a Eufemia, fue tan preso de su amor que nunca de allí adelante ponía en otro su pensamiento, y, no pudiéndose valer, habló a Sofía pidiéndole su hija para se casar con ella, haciéndole grandes halagos y promesas de muchos bienes y riquezas (y algunas veces con lisonjas mezclaba amenazas y fuerzas, por que por amor o temor condescendiese con su voluntad). Mucho se desdeñaba Sofía, mas al cabo fue vencida de sus palabras y creyó a sus juramentos y maldiciones que se echaba, y, deliberada de dársela por mujer, alzó las manos al cielo y dijo: «Padre de los huérfanos y defensor de las viudas, Señor y Dios mío, no desprecies a esta doncella que se ha juntado por matrimonio con un varón no conocido. Yo te pongo por juez de sus promesas y, confiada en ti, entrego esta mi única hija a este soldado peregrino»; y así, se la entregó.

Como hubiese concebido Eufemia del bárbaro y a este tiempo se levantase el cerco de sobre la ciudad, trató el godo de irse a su tierra con su mujer. Y, no se la fiando Sofía por temor de algún mal tratamiento, la llevó al sepulcro de tres sanctos Mártires que eran protectores de aquella ciudad, y, habiéndose puesto todos en oración, el godo se llegó a ellos y dijo: «De vuestras manos, ¡oh sanctos de Dios!, recibo esta mi mujer, y os doy a su madre por fiadora de que no le daré ninguna molestia; mas antes haré todo aquello que ella quisiere y me pidiere su corazón y voluntad». Y no solamente juró esto, mas otras muchas promesas. Satisfaciéndose desto la madre, abrazó amorosísimamente a su hija, y la bendijo y despidió con muchas lágrimas.

Caminando el godo con su mujer Eufemia, ya que llegaba cerca de su tierra, menospreciando las promesas y juramento que había hecho, la desnudo y quitó los vistidos y el oro y joyas que llevaba, y la vistió como esclava, y le dijo: «Hágote saber, Eufemia, que yo

tengo mujer y hijos, por lo cual es necesario que te llames esclava, ganada en la guerra, y sujetarte a mi mujer en todas las cosas y obedecerla como a señora. Y, como a tal, la honrarás y llamarás; porque si dices lo que entre nosotros ha pasado o no estuvieres presta a la voluntad de mi mujer, luego te quitaré la vida». Cuál quedaría oyendo estas palabras Eufemia, y hallándose privada de su buena madre, patria, amigos y parientes, y de su libertad, a sola ella, que lo padeció y sintió, lo remito.

La afligida Eufemia, después de haber dado gracias a Dios, vuelta al godo, le dijo: «Dios te haga bien, pues, pudiéndome matar, te has contentado de hacerme esclava de libre. Confiada en los fiadores que diste, determiné apartarme de mi madre y seguirte a ti». En diciendo esto, levantó los ojos y las manos al cielo y con muchas lágrimas y sollozos dijo: «Dios de mis padres, favorece a esta mísera mujer, tan engañada, y mira lo que te prometió, siendo Tú testigo, con tus sanctos Mártires, y qué es lo que ahora hace, y librame de estos males por la intercesión de tus Sanctos, pues, confiándome dellos después de ti, padezco esta fuerte persecución». Llegando a su casa el godo y viendo su mujer a Eufemia, que era tan hermosa, fue encendida en odio y rencor contra ella, y así, la trataba peor que a esclava, hasta matarle la criatura que parió con veneno y meterla sus deudos en un sepulcro, del cual fue librada milagrosamente por la intercesión de los sanctos Mártires y vuelta a su madre. Y el falso godo, quebrantador de sus juramentos y promesas, vino a ser degollado por justicia en castigo de su maldad.

Sisulfo, sobrino de Alboino, rey de Lombardía, fue duque de los Foros Julianos. Estaba casado con Romilda, igual a él en nobleza, en la cual hubo Sisulfo cuatro hijos y dos hijas. Estando estos duques gozándose con gran contento, sucedió que Cacano, rey de los hunos, le entró su tierra con mucha gente de armas a Sisulfo; y como él le saliese a el encuentro, fue de aquel rey bárbaro vencido y muerto, y muchos de los suyos con él. Como Romilda supo la muerte de su marido, a quien mucho amaba, y el destrozo de la batalla, con la gente que pudo y toda su casa se metió en un castillo del Foro Juliano. Mas el rey Cacano, en habiendo destruido toda aquella provincia, la cercó con todo su ejército; y por ser muy fuerte aquel castillo, el tiempo que en aquel cerco estuvo Cacano, aparejó muchos ingenios de guerra para le combatir.

Y como el rey Cacano anduviese en derredor del castillo mirando por qué parte podrían mejor combatirle, por ser mozo y de muy gentil disposición, iba armado de muy lucidas armas y en un muy buen caballo, haciendo con él muchas gentilezas. La duquesa Romilda, que estaba a una ventana mirando lo que hacía, contenta de su bizzarria y gentilezas, de improviso fue muy encendida de su amor, y, olvidándose de las recientes lágrimas que por su marido Sisulfo había derramado, del grande amor que en su vida la tuvo y del cuidado que de la crianza de sus hijos debía tener, de cómo Cacano le había corrido y destruido la tierra y muerto a sus fieles vasallos, no dándosele ya nada por estas cosas ni cuidando de más que de entregarse a él, constreñida por su desordenado amor, confiada de que así encaminaba bien su buena dicha, ascondidamente dio entrada en el castillo a muchos caballeros del Rey, que mataron todos los varones que en el castillo había, salvo sus cuatro hijos, que, queriéndolos Dios librar, hallaron por donde huir.

Aunque a costa de la destrucción de los suyos, quiso Romilda ser reina; la cual habiéndose vestido de preciosas vestiduras, con voluntad del Rey (que le dio muestras de muy grande amor) fue traída por medio de la sangre de los suyos al real para celebrar las bodas.

Deseando Cacano ejecutar las maldades que en su corazón tenía determinadas, por que no pudiese ser reprehendido de infiel a su palabra se casó con la Duquesa y hizo con ella vida maridable sola una noche. Y no mirando a quién Romilda había sido ni a su propio honor (por haberla ya recibido por mujer y prendado su fe y palabra de la tratar como a tal, y que a la grandeza de los reyes y príncipes no convenía hacer un tan mal hecho), queriéndole dar la pena que su liviandad y deshonesto amor había merecido por no haber mirado por sí y las demás cosas, luego, en pasando aquella noche, el cruel bárbaro la entregó a sus soldados, como si fuera una de las más viles mujeres del mundo. Y otro día, en saliendo el sol, Cacano mandó hincar un palo en medio de la plaza de su real, y en el mandó poner deshonestamente a Romilda sin ningún vestido que cubriese sus carnes. Y estando en aquella congoja, sin ningún duelo fue escarnecida de todos los que la miraban; y con este tormento y el sentimiento que de su gran desventura tuvo (tomada por su voluntad, por no mirar por su honor ni de quién se fiaba) acabó miserablemente su vida en aquel palo.

Apiano y Justino cuentan que, viendo el traidor de Ptolomeo Cerauno que era muerto su cuñado Lisímaco, rey de Macedonia, no obstante que su hermana la reina Arsinoe quedó con dos hijos herederos, se le alzó con el reino su hermano Cerauno; el cual temiendo a sus sobrinos que voceaban por el reino de Macedonia que había sido de su padre Lisímaco, queriéndose asegurar más en el reino, envió a rogar a su hermana Arsinoe tuviese por bien de se casar con él, prometiéndola de tener a sus hijos no por sobrinos, sino por hijos propios, y que a ella ternía por reina, obligándosele de nunca tener otra mujer más de a ella. Recelándose Arsinoe que no lo hacía<sup>44</sup> por ella su hermano, sino por coger la ciudad de Casandria, que ella gozaba, y por poder hacer algún mal a sus hijos (aunque por otra parte, conociendo su malinidad, temió acedarle contra sus hijos), y para salir destas dudas, envió una persona, de quien mucho se fiaba, a que le tomase juramento en el templo de Júpiter que cumpliría todo lo que la prometía, y él lo juró.

Con el seguro de aquel juramento, dice Justino que, a pesar de su hijo Ptolomeo, se casó con él, y él la coronó por reina y la mandó tener por tal y la mostró mucha gracia y amor, con lo cual ella quedó muy satisfecha y le convidó con su ciudad de Casandria (que era lo que el pérfido Rey pretendía). Y ella se fue delante, por aparejalle solemne recibimiento, y mandó a sus dos hijos (Ptolomeo, de diez y seis años, y Filipe, de trece, estremados en disposición y hermosura) salirle a recibir con coronas de reyes. A los cuales el malvado Cerauno tomó entre sus brazos y les dio mil besos, hasta que se vio dentro de la fortaleza; porque luego que se apoderó de la fuerza, los mandó matar, y ellos se acogieron a su madre, que, gritando al cielo contra tan gran traición, los amparaba, y procuraba recibir los golpes por librar los hijos. Mas, al fin, se los hubieron de degollar en el regazo, y a ella hizo llevar desterrada con solos dos criados a Samotracia. Esta desventura le vino a Arsinoe por fiarse del traidor de Cerauno su hermano, pudiéndose escarmentar en la cruel muerte que este malvado dio a traición a su bienhechor el rey Seleuco, que con tanto amor le había recibido su casa.

Yendo Teseo a la isla de Creta a acabar aquella peligrosa y grande aventura de el Minotauro, con la dificultosa salida del labirinto, enamorada de Teseo la hermosa Ariadna, hija del rey Minos, le prometió de darle industria cómo, si él matase el Minotauro, acertase a

44.- Orig.: 'auia' (61r).

salir del labirinto si él la tomase por mujer y la llevase consigo a Grecia, y él lo aceptó. Dada la industria y saliendo Teseo vitorioso, toma secretamente a Ariadna y huyó con ella hasta la isla Día, donde la dejó burlada y con suma tristeza, y se tornó él a Atenas. Así se avino el cruel Teseo con Ariadna, como Jasón con la hermosa y sabia Medea, que por la mucha afición que les tuvieron, después de haberlos ayudado con sus sabios consejos para que fuesen libres de la muerte, y haber dejado sus tierras y perdido su honor, fueron dellos burladas y desamparadas, quebrándoles la fe de sus falsos prometimientos.

Dice Juba que, después de la destrucción de Troya, Diomedes, capitán de los griegos, viniendo por la mar, aportó con tormenta a Libia, donde estaba el rey Lico, que tenía de costumbre de sacrificar a los huéspedes que le venían al dios Marte su padre. Entonces, Caliroe su hija, enamorándose de Diomedes, hizo traición al padre y escapole desatándole las prisiones que tenía. Después desto, Diomedes olvidándose de su bienhechora Caliroe, navegó y fuese de allí, y ella, viendo su ingratitud, tomó tan gran pesar que se ahogó con un lazo.

Grandes son los daños que del inconsiderado y deshonesto amor se siguen. Lo cual confirma Luis Vives con un ejemplo que trae en su *Institución cristiana*, donde dice que fue hallada en Valencia, en un albañar, una mujer desnuda y descabezada, y sin brazos y piernas, y, hecha la diligencia, se halló haberla parado así un enamorado, a quien ella en extremo quería. Y el mismo autor dice que en Gandía un enamorado mechó con muchas cintas con un puñal los brazos de su amiga y después la lanzó en un pozo. Créense de ligero y fácilmente se aventuran a querer y amar las locas y vanas mujeres a algunos que las hacen entender que mueren por ellas (como sea verdad que el amor, aunque lastima y atormenta, nunca mata), y, después que las han engañado, álzanse a su mano y, dejándolas pérdidas, pagan bien el escote de los falsos placeres y les haelea y amarga el afición que les mostraban cuando estaban ayunos y el fastidio que les dio estando hartos y empalagados de tan mal manjar.

Muchos éstos quedan tan fastidiosos y aburridos de sí mismos, tan ahítos y descontentos, como quedó Amnón, hijo de David, después que, estando para morir por amores de su hermana Tamar, cuando hubo alcanzado lo que tanto deseaba, la echó con gran violencia de su aposento: porque esta es la condición de el amor vicioso; que luego enfada y da en cara a los mismos que desprecian por él, y paga a sus servidores en moneda de descontento y enfado, verificándose la sentencia de Séneca: «No hay mayor pena para los pecadores que haber pecado».

En tanto estimaba y preciaba el emperador Nero a su madre Agripina, que, para más la honrar, la hizo entrar algunas veces en el Senado (cosa nunca vista hasta entonces en Roma, el admitir mujer para la determinación de los negocios graves que allí se trataban). Esta y otras muchas honras hacia Nero a su madre antes que con ella cometiese abominable incesto; mas, después que la tuvo por amiga y se vino a hartar della, no entendía sino en buscar maneras encubiertas para darle la muerte, hasta que, viendo que por aquéllas trazas que él daba no aprovechaban, como hijo tan malvado y cruel, la hizo matar a puñaladas.

En grande menosprecio son tenidas las mujeres que deste vil oficio de barraganas han servido, acerca de aquellos que las han tratado; pues no sólo por esta causa se olvida el amor y respecto natural, sino también hace que, teniéndolas por traidoras y mortales enemigas, sean con tanta crueldad tratadas como lo fue la triste emperatriz Agripina de su maldito hijo Nero, y Tamar de su hermano Amnón. ¡Oh, y cómo debrían considerar

estos tristes sucesos las que ni son hermanas ni madres de aquellos a los cuales se entregan y adoran sin tiento ninguno, con deshonesto amor, para no ejecutar tan a rienda suelta su ciega pasión ni sujetarse a tan desdichados fines como las tales suelen tener, por permitir Dios que el que en mal anda en mal acabe.

Muy celebrado fue entre los griegos el valor de la famosa Momia, mujer del rey Mitrídates, pues le tuvo en vida y muerte: en vida, no queriéndose dejar engañar, ni vender por gran suma de oro su honestidad al Rey, y en muerte, no deseando vivir sin el que tanto amaba. Fue, pues el caso (según escribe Plutarco y otros) que, oyendo contar muchas cosas el rey Mitrídates de la hermosura y belleza de Momia siendo doncella, enviola el Rey un presente de quince mil escudos, porque, como la piedra es prueba del oro, así lo es el oro de los corazones. Pero salíole la suerte en vago, porque la vergüenza y encogimiento de la mujer vale más que los haberes del mundo; y, como ésta se preciaba mucho la casta y discreta Momia, y entendía que aquel presente se le enviaba con intención enferma, diole de mano y tornósele a remitir, avisándole juntamente que ahorrarse gastos impertinentes, porque estaba determinada a<sup>45</sup> aborrecer aquello y lo demás que le quedaba, si competía con ello su limpieza y honestidad. Hízolo así está valerosa señora, por lo cual viendo Mitrídates el valor de Momia y que se le había cerrado tan de golpe la puerta del interés (que suele ser ganzá para todas cerraduras), entrole por otro camino más levantado de punto; y para avivar las esperanzas diola palabra de tomarla por mujer si consentía con su demanda; pero ella, como prudente y que le importaba mucho no se arrojar, respondió otro *No* con mucho comedimiento. Sabía muy bien la noble doncella que plumas y palabras se lleva el aire, y que los amantes dan muy baratas estas promesas y, aunque las juren, nunca después las cumplen. Y por esto, como ella amaba tanto su honor y quisiese atar muy bien su dedo, ni se arrojaba a los grandes tesoros ofrecidos ni se fiaba de palabras, aunque eran de rey.

De aquesta entereza resultó que, viendo Mitrídates cuán poco aprovechaba por rodeos y artificios, acordó de entrar por la puerta que ella quería enviándole la corona de reina que demandaba. Donde se vee cuán más honrada y rica hizo a esta doncella el amor de su honestidad, de su estimación y discreción, resistiendo a lo que primero el Rey la presentaba ni quiriendo fiarse de sus prometimientos, que si luego, como fácil y ligera en su determinación, consintiera lo que le pedía. A esta discreta Momia deben imitar las doncellas cuando se vieren seguidas de sus Mitrídates, considerando sus muchas falsedades y engaños, y que lo que no alcanzaren dellos siendo buenas, que mucho menos lo alcanzarán siendo malas.

### Capítulo octavo: De la excelente virtud de la castidad y honestidad

**L**A virtud de la castidad es tan sublimada que su origen y nacimiento no es menos que celestial. Aquesta virtud aprendieron primeramente los Ángeles de aquel Señor que es fuente y comienzo de todas las virtudes, y ansí, de contino se hanpreciado de guardarla y tenerla en grande estimación. Aquesta virtud nos trujo de la escuela celestial el soberano doctor y maestro de los Ángeles, Cristo Redemptor nuestro; el cual, para haber de venir al mundo a redimirle y enseñarle el camino de el cielo, escogió

45.- Suplo 'a' (63r).

por madre a la gloriosa Virgen, acabada y entera. Y ella fue el primer dechado y maestra de la limpieza virginal y la que hizo voto de guardarla para siempre; y así, quedó asentada en la cátedra de la virginidad, para que de las sabias, dichosas y escogidas vírgines fuese imitada y seguida. La alteza de esta virtud de la castidad, aliende de otros muchos bienes que trae consigo, es amable a los hombres y a los ángeles, y hace al hombre muy loable delante de los hombres; porque los buenos y los malos le honran y alaban, y como todo animal ama a su semejante, mucho más familiarmente aman los Ángeles a los hombres castos, como a sus especiales ciudadanos y amigos.

Escribe Marco Marulo que se hallan muchas más personas castas en la *Ley Nueva* que en la *Vieja*; y fue la ocasión que en la *Ley Vieja*, por haber poco que el mundo se había criado y estar vacío de gente, dioles Dios por precepto a los que en él vivían que creciesen y multiplicasen; mas, estando ya el mundo bien poblado, da a entender su divina Majestad que le agrada mucho vivir castos los hombres; y así, dice por sant Lucas que andemos ceñidos, que es enseñarnos castidad; y por sant Mateo afirma que son bienaventurados los que se hicieron eunucos por el reino de Dios, esto es, los que vivieron castos. Y sant Pablo, escribiendo los de Corinto, dice que es bueno no llegar el varón a la mujer y que la mujer permanezca en castidad, como el mismo Apóstol dice de sí que permanecía (aunque añade que si hay peligro se casen, pues es mejor casarse que abrasarse). Si de Moisés dice la divina Escritura que fue casado, Josué, que le sucedió en oficio de capitán del pueblo, no lo fue; y, así, entró en la tierra de Promisión, la cual vido Moisés de lejos sin entrar en ella. También se tiene de Elías y Eliseo que vivieron castos, y de solos ellos se lee en aquella edad que resucitasen muertos, para que la particularidad de este milagro declarase el mérito de la castidad. Jeremías también vivió casto, y comprobó con esto el haber sido sanctificado en las entrañas de su madre.

Mas, entrando en el *Nuevo Testamento*, veremos muchos más ejemplos de castidad. Y fue uno de Jesucristo, Señor nuestro, que nació de virgen y fue Él mismo virgen, y escogió a José, padre putativo suyo, virgen; fue bautizado de sant Juan Baptista, virgen; y tuvo por su privado y regalado a sant Juan Evangelista, que también fue virgen; junto con que el mismo sant Juan y sant Lucas, virgen como él, fueron sus coronistas. Y porque Sanctiago el Menor le parecía mucho en las faciones de su rostro y estatura de su cuerpo, y era el que de ordinario entre los demás primos y parientes suyos gozaba nombre de su hermano, también quiso que fuese virgen. Y si sant Pedro y otros apóstoles fueron casados antes que los admitiese a su escuela y apostolado; después de admitidos se apartaron de las mujeres, con su consentimiento, y vivieron castos, como se verifica de lo que dijo el mismo sant Pedro: «Mirad, Señor, que habemos dejado todas las cosas por Vos, ¿qué premio nos habéis de dar?». Y que dejasen también las mujeres, cuanto al acto de el matrimonio, colígese de la respuesta que le dio el Salvador,<sup>46</sup> diciendo: «De verdad os digo que ninguno dejó casa, padres, hermanos, mujeres, hijos, por el reino de Dios, que no se le dé el premio doblado en esta vida y en la otra». El que se determina a ser casto mucho ofrece a Dios; y<sup>47</sup> si el hombre deja por Él la mujer (que es la mejor cosa de las que Dios crió en la tierra, después de el hombre), y, si es mujer, deja por Dios al hombre (que es la más estimada y preciosa cosa de el mundo); pero mucho más es lo que de Dios recibe.

46.- Orig.: 'Soluador' (64v).

47.- Suplo 'y' (64v).



Refiérese en el *Éxodo* que para haber Dios de hablar a Moisés en el monte Sinaí, oyéndolo el pueblo le dijo que los avisase para el tercero día, y que en este tiempo viviesen castos y que ni los casados llegasen a sus mujeres. De aquí se infiere que la castidad es de más alto grado que el estado<sup>48</sup> de los casados, pues para haber éstos de oír a Dios quiere que por tres días sean castos. Y en el *Levítico* se mandaba a los sacerdotes que, si se casasen (como les era lícito en aquella vieja Ley), que no fuese con viuda ni con mujer que otro hubiese repudiado y dejado, sino con doncella. Y también se colige de aquí que la virginidad excede de grado a el estado de viudas castas. Lo dicho es de Marulo, libro cuarto.

Con justo título se llama la virtud de la castidad jardín o huerto cercado o cerrado: porque así como el que está en el huerto cerrado y cercado no le puede entrar nadie de fuera si no es por encima de la cerca, así el que está de voluntad dentro de este jardín celestial no le pueden entrar deseos sino de Arriba, ni conversaciones sino del Cielo, ni favores sino de Dios ni otras visitas sino las de los Ángeles. Por lo cual, con mucha razón, llaman los Sanctos a la castidad virtud angélica; no porque las demás virtudes no sean riquezas del cielo, sino porque la castidad (como dice san Juan Crisóstomo) levanta cabeza y hace raya entre todas ellas, y es como fundamento dellas y por cierta semejanza se llega en parentesco y vecindad más que otra virtud a la condición de aquellos soberanos espíritus. De donde los latinos llamaron a los continentes *caelibes*, o celestiales o angélicos, porque tal es la vida de los castos.

Esta doctrina es de muchos sanctos doctores, entre los cuales el Papa Sixto tercero deste nombre, en un libro que hizo de la castidad, a este propósito dice así: «Ninguno que con atención viere los ejemplos de la sagrada Escripura puede dudar ni decir sino que la castidad es todo el fundamento de la sanctidad y justicia cristiana. El cual si no tiene firmeza, tampoco la tendrá todo lo que se sobreedificare»; y más abajo dice: «Los Ángeles militan debajo de la regla de la religión y castidad; y en esto no hay que dudar, porque no era cosa decente que a la castidad sirviese sino la misma castidad. Y si alguno dijere que esta prerrogativa no la tuvieron tanto los Ángeles por razón del oficio cuanto por causa de su naturaleza (pues sabemos que las substancias espirituales no pueden tener comercio matrimonial), a esto respondo que también por razón del oficio fue menester que fuesen de naturaleza subjecta a corrupción. No se me acuerda haber oído que los Ángeles contraían matrimonio, de donde se vee claro que la castidad que tienen la tienen de su propia naturaleza». Hasta aquí es de este sancto Pontífice.

A cuya sentencia (para echar el sello de nuestra doctrina y concluir) juntemos la de el castísimo doctor sant Bernardo, que dice: «¿Hay cosa más hermosa que la castidad?». Esta es poderosa para hacer limpio al concebido de no limpia materia, ésta hace al hombre, de enemigo, amigo, y, de hombre, ángel. Diferénciase el hombre casto de el ángel en la felicidad, pero no en la virtud; porque, aunque la castidad del ángel es más feliz, la del hombre es más fuerte. Sola la castidad es la que en esta vida mortal representa aquel felicísimo estado de la gloria inmortal; ella sola es la que entre la solemnidad de los matrimonios imita la costumbre de aquella soberana república, donde ni se da palabra de matrimonio ni se recibe, dándonos en cierta manera una como experiencia de aquella conversación celestial. En el entretanto, la castidad conserva este vaso vedrioso (que con tanto peligro

48.- Suplo 'estado' (65r).

traemos a cuestras) en honra y sanctidad, como un odorífero bálsamo que preserva los cuerpos muertos de corrupción y conforta los miembros y sentidos para que no se relajen en ociosidades ni se corrompan con malos deseos ni se pudrezcan con deleites carnales, como se le lee de algunos que se dejaron podreecer en su estiércol, como jumentos». Esto es de sant Bernardo.

Dice Platón que si la hermosura de la castidad pudiera ser vista de los ojos corporales, que causaría y engendraría en los corazones de los hombres amores maravillosos. Estimando en mucho esta virtud Augusto César, decía que le daba menos pena ver a sus hijas morir que mal vivir. Cuentan Pierio y Celio Rodiginio que las mujeres de Tesalonia acostumbraban traer delante de sus pechos una concha de oro o de plata, porque la tortuga fue dedicada por ellas a la diosa Venus a causa de haber muerto dentro de su templo a una insigne ramera, por ver que se pusiese entre ellas con grande pompa y aparato, siendo, como era, una vil e infame mujer. Su muerte fue a puro conchazo que todas le tiraban, y por haber cometido este homicidio dentro del templo de la diosa, para aplacarla le edificaron un templo en conocimiento y satisfacción de su pecado, y, preciándose mucho de este hecho y de su honestidad, tomaron por blasón el traer la concha en sus pechos de allí adelante.

Dos diosas hubo llamadas Venus. De la una eran abogadas las doncellas y las honestas casadas, y a ésta decían Verticordia, como quien dice: *La que volvía los corazones*; porque creían que tenía poder para apartar los corazones de las mujeres aficionadas al deshonesto amor. Y estimando en mucho esta virtud los romanos, le hicieron un grande y sumptuoso templo en Roma, para que las matronas, con su ayuda, conservasen la virtud de la castidad y fuesen socorridas y amparadas cuando a alguna flaqueza naturaleza las inclinase, y así, fuesen libres de caer en alguna infamia y deshonor por falta de no conservar esta virtud.

Olimpias, mujer de el rey Filipo de Macedonia y madre de el grande Alejandro, descendiente de Aquiles, hija de Neptolomeo, rey de los epirotas, y hermana de Alejandro, rey de los epirotas, esta reina resplandecía en hermosura, en nobleza y bienaventuranza como una estrella de gran luz entre las reinas del mundo. Y con todos estos tan soberanos bienes como tenía, el rey Filipo, con gran enfado y menosprecio, se apartó della por ser amancillada su fama de adulterio. Y por haber sucedido con mucha publicidad, causó este delicto en el rey Filipo grande aborrecimiento, y desta fama sucedió que muchos pensaron no haber sido Alejandro hijo del rey Filipo. La hermosura que en la mujer más resplandece es la castidad; la cual virtud en las personas, llanas y de gran nobleza, es la más estimada de cuantas tienen, y la que de ésta usa es luz y espejo de las otras mujeres. Y cuando esta virtud de la castidad falta en una mujer, ninguna cosa queda en ella que no esté deslucida y desdorada y sea de muy poco valor. Y así, a Olimpias, una excelencia tan grande como ser hija de rey, mujer de rey, madre de rey, hermana de rey y cuñada de rey, le aprovechó poco para sustentarse en su estado, pues por su gran mancha e ignominia fue desechada de el Rey su marido y pasó otras muchas y muy graves afrentas.

Con grande cuidado debe vivir la que esta virtud estima, pues sólo basta la mucha familiaridad de los hombres para ensuciar la fama de las mujeres, por honestas que sean, y para hacerles perder la quietud, honra y contento de que gozaban. Valerio y Plutarco dicen que Quinto Antistio porque se detuvo su mujer en la calle a hablar con una mujercilla al oído, y Sulpicio Galo porque la vio levantar la saya para cubrirse la cabeza, y Publio

Sempronio porque ella sin su licencia fue a ver los juegos públicos, todos estos varones ilustres por solas estas causas dieron el libelo de repudio a sus mujeres, echándolas de sus casas y compañías.

Valerio Máximo añade en otro lugar que los de Marsella no consentían representaciones de cosas deshonestas en su ciudad. Y las leyes imperiales no se olvidaron de castigar este pecado dando autoridad a los maridos de repudiar las mujeres que sin su licencia fuesen a ver tales juegos o representaciones. Jovio Pontano escribe que Lucrecia y Penélope, mujeres muy honestas, nunca quisieron hallarse donde se hacían representaciones. Los griegos prohibieron a las mujeres estar en los juegos Olímpicos, donde los hombres se desnudaban para sus ejercicios, y lo toca el poeta Estacio. De Creusa, hija del Príamo, rey de Troya, y mujer que fue de Eneas (la cual murió, según Virgilio, cuando Troya fue quemada por los griegos), afirma Clemente que fue tan cuidadosa en conservar su honestidad que ni aun en caso tan espantoso y adverso como fue la quema de Troya quiso descubrir su rostro.

Siempre tuvo grande punto y fue muy estimada y alabada la honestidad y castidad de la mujer, porque es ornamento y atavío muy precioso que la hace hermosa y alindada. Y la que carece della no sé cómo osa parecer en el mundo estando desnuda desta cándida y resplandeciente vestidura, sin la cual había de pensar la que no la tiene que está más afrentada que la que sacan a la vergüenza por las calles acostumbradas. Y esta fue la razón que movió a Lucrecia a matarse cuando fue violada de Tarquino: porque se sintió tan afrentada que no le parecía convenirle vivir entre las gentes, y que todos le darían en cara con aquella ignominia. Aunque, si lo mirara bien, no lo había de tener por afrenta, pues fue forzada y contra su voluntad recibió aquel agrario, como dice Valerio Máximo.

Siendo Apio Claudio uno de los diez electos para el gobierno de la república romana, habiéndose encendido en el amor de la casta doncella Virginea, después de haberla solicitado por todas las vías que humanamente pudo para atraerla a su voluntad, teniendo por imposible que por bien ninguna cosa se acabaría, mandó a uno de su guarda que, alegando era su sierva, la pidiese por justicia. Éste viendo a Virginea atravesar por la plaza, asió della y a grandes voces dijo que era su sierva y que había de volver con él. Como toda la gente se turbase deste caso, fueron llevados delante de los diez varones, y aplazaron la sentencia para cierto día. Estando Lucio Virgineo, padre de la doncella, en la hueste, supo en el estado que su hija estaba, y puso tal diligencia que se halló en Roma para el día aplazado de la sentencia. Y estando presentes Virginea y su padre y Lucio Ecilio su esposo, y su abuelo, fue Virginea condenada por sierva y mandada entregar al sargento que la pedía.

Visto por su padre que esto se había de cumplir y el deshonor que a su honestidad había de seguirse, acercándose a su hija sacó un puñal y la hirió por los pechos de tal manera que luego cayó muerta en tierra. El cual con gran tristeza, llorando y suspirando amargamente, dijo estas palabras: «¡Ay, hija mía! Por aquella manera de libertad que yo puedo, te hago libre guardando la libertad de la virginidad y castidad tuya. Y más quiero ser llamado cruel homicida de la inocente virgen que padre perdonador de la sierva ensuciada». Después mirando a Apio Claudio con rostro turbado y lleno de ira, dijo: «¡Maldita sea tu cabeza, que tan injusta sentencia dio y fue causa para que la sangre de mi hija, virgen inocente, se derramase!».

Plutarco alaba las mujeres de la ínsula de Echio, porque no se halló entre ellas ninguna que conociese varón sino por legítimo matrimonio. Y Lucio Floro y Plutarco afirman que

habiendo vencido el cónsul Mario a los cimbrios en Francia, sus mujeres, que llevaba el Cónsul captivas, viéndose viudas, le suplicaron tuviese por bien de mandarlas recoger en compañía de las vírgines Vestales. Y como no se lo quisiese otorgar, considerando el peligro en que estaba el tesoro de su castidad, luego la noche siguiente se ahorcaron todas, teniendo por menor mal acabar con la vida que vivir deshonradas en este mundo. De Publio Mevio cuenta Valerio Máximo que, viniendo a su noticia que un liberto su privado había besado a una hija suya doncella, la mató, diciendo que la hija honesta no tiene de llevar al tálamo el cuerpo corrupto ni el rostro tocado.

Estraño celo de castidad fue el que mostró aquella pobre doncella llamada Valdraca en tiempo de el emperador Otón, el cual como se enamorase della y le ofreciese gran suma de dinero por que viniese en su deseo, nunca jamás consintió, teniendo por menor daño padecer la dura y menguada pobreza que perder la flor de su virginidad. No fue menos loable la honestidad de aquella gran pintora Marcia, hija de Varrón, de la cual se lee que nunca quiso pintar imagen de hombre desnudo por no obligarse a retratar las partes vergonzosas ni que se dijese que mujer se había puesto a hacer tal cosa como aquélla. Dice Valerio Máximo que como Poncio supiese que por tercería de un ayo que tenía, una hija suya la deshonró Fauno Saturnio, mató al criado y después a la propia hija. Los cuales ejemplos, aunque no se deben imitar, encarecen la grande estima en que se tenía antiguamente la limpieza, pues querían las honestas doncellas y matronas antes perder la vida que la honestidad, y también sus padres lo tenían por mejor.

Escriben los antiguos poetas que Ajax, porque no le dieron las armas de Aquiles, fue convertido en furia y que murió loco: aunque venció a muchos con la espada, no se supo vencer a sí con la razón. Y porque no venció sus apetitos, fingieron los poetas que fue convertido en una flor frágil y caduca, que por la mañana nace y a la tarde se seca. Y, por el contrario, la doncella Dafne, que alcanzó victoria de sí y venció en batalla a la sensualidad, y triunfó de su propio apetito y despreció los presentes de el engañoso Febo y amó tanto la castidad, fue convertida en laurel: árbol odorífero y siempre verde, y que resiste a los rayos de fuego y de que se solían antes coronar los vencedores, queriendo en esta fábula significar los poetas ser más ilustre victoria vencerse a sí que a los otros. Y en esto tenían ellos razón, porque Salomón dice que es mejor el varón paciente que el fuerte, y el que doma su ánimo que el que vence ciudades.

El triste Ajax con muerte infame dio remate a su vida, y la hermosa Dafne acabó la suya con grande honra y gloria, queriendo antes perder la vida que la honestidad. Focais de Jonia, hija de buenos y honestos padres y criada hidalga y noblemente, recibida a la cena de el rey Ciro con otras mujeres (las cuales tomando alegremente los juegos y burlas de el Rey, no rehusaron<sup>49</sup> de ser tocadas dél), sola ella, entrando calladamente al lecho, se estuvo allí y no quiso ir ni obedecer a Ciro, que la llamaba. Y trabajando los camareros de llevarla, les dijo: «Llorará cualquiera que me tocare». Por lo cual, como las otras la llamasen rústica y descortés, Ciro, gozándose y riéndose con el que le trujo las mujeres, le dijo: «¿No sabes que trujiste a esta sola hijadalgo e incorrupta?». Y de allí adelante miró más por ella y la amó mucho, llamándola sabia.

49.- Orig.: 'regusando' (68v).

Acerca de los bárbaros era tanto tocar a las mujeres como si las violaran. Por haber probado la ventura tantas veces con los romanos el rey Mitrídates y verse vencido y destrozado de Lúculo, capitán romano, sin esperanza de volver sobre sí huyó al reino<sup>50</sup> de Armenia, que era de su yerno Tigranes; y como no le quisiesen recibir por verle así vencido, parecióle que ya no había de quién fiar y que todo iba perdido; y, no olvidándose de su honor, envió a un eunuco llamado Bóquides<sup>51</sup> a la ciudad de Farnacia a matar a sus hermanas Rosana y Estatira. Bóquides les dijo a lo que venía, y habiendo ellas escogido el morir con ponzoña, Rosana maldijo mil veces a Mitrídates, porque después de cuarenta años que las había tenido cerradas sin les haber dado maridos las enviaba a matar. En contra de lo cual, Estatira le dio muchas gracias, estimando en mucho que en tiempo tan atribulado e infelice se hubiese acordado dellas y de la conservación de su honor antes que de los enemigos pudiesen ser deshonoradas.

Dice Bocacio que Virginea, romana ilustre, porque se casó con un hombre plebeyo, aunque rico, no la consentían otras señoras de su calidad en una capilla o apartado que tenían dentro de el templo de Hércules, siendo así costumbre. Visto esto Virginea, congregó otras plebeyas muy castas y honestas, y edificó un templo y hizo ley que ninguna que no fuese de muy limpia y honesta fama pudiese entrar allí. La entrada deste templo vino en poco tiempo a ser más estimada y pretendida que la de el templo de Hércules que las señoras tenían. Y algunas dellas que pretendieron por muchas vías el ser en él admitidas, nunca lo pudieron alcanzar por sus deméritos.

Enviando uno a una mujer lacónica a que le diese licencia para hablarla, ella le respondió: «Cuando era doncella aprendí a obedecer a mi padre, y lo hice así. Ahora que soy casada, a mi marido; y, por tanto, si me convida para cosas honestas, descúbralas primero a mi marido; que él verá lo que más me conviene». A otra lacónica se le preguntó si por ventura había llegado a su marido, y respondió que no, «Mas él a mí sí». A otra, siendo presa, como la vendiesen, preguntada qué era lo que sabía hacer respondió: «Ser fiel y leal». De Momia, milesia, doncella hermosísima y tan casta cuan hermosa, aunque de bajo linaje, dice Fulgoso que, procurando Mitrídates, rey de Armenia, casar con ella, le ofreció todo lo que era y podía ser; y fue de ningún momento, porque todo lo menospreció; y así, hizo guerra y salió con victoria de sus enemigos Avaricia y Venus, los cuales no sólo acometen pechos de mujeres flacos y los vencen, sino de varones y aun de filósofos, y pasa tan<sup>52</sup> adelante su vigor y fuerza, que a los mismos reyes derriban y destruyen.

¡Oh amor de la virginidad en las doncellas, y margarita tan preciosa que dice san Jerónimo que Dios dio el don de la profecía a las Sibilas en premio de su virginidad, y que, como *sibila* quiere decir *consejo de Dios*, con razón es así llamada sola la virginidad! Hasta san Jerónimo escribe de cómo las siete doncellas hijas de aquel Fidón, a quien mataron los treinta tiranos, se arrojaron todas abrazadas en un pozo por no ser violadas dellos, y de cómo las dos hijas de Cedaso,<sup>53</sup> siendo violadas en las Leustras<sup>54</sup> de Beocia por unos mal-

50.- Orig.: 'Rey' (69r).

51.- O 'Báquides'.

52.- Suplo 'tan' (69v).

53.- Por 'Escedaso' (69v).

54.- O 'Leuctras' (69v).

vados, se mataron la una a la otra, no sufriendo verse deshonradas. Las siete doncellas milicias, por no padecer otro tanto cuando los bárbaros galos todo lo asolaban, se mataron, dejando ejemplo al mundo de en cuánto debe la hembra estimar más la honra que la vida.

Siendo deste sentimiento aquella generosa dueña, mujer de Asdrubal (a la cual había amado entrañablemente por su gran virtud y hermosura), viendo cómo la ciudad de Cartago toda se abrasaba con cruel fuego, tuvo por mejor el echarse en medio de las llamas, abrazada con dos hijos suyos, que dejarse prender de los romanos y ver que el señorío en que sus hijos fueron criados se les trocaba en perpetua servidumbre, enseñando en esto cómo cualquier dueña o doncella debe aborrecer la vida deshonestá y sin honra.

No es razón dejar sepultada con olvido a la estremada Galaza de sant Severino, pues con su sanctísimo celo de limpieza obligó a todo el mundo a servirla de pregoneros; porque, como la ciudad de Capua fuese entrada de mosiur de Ambreny,<sup>55</sup> capitán de Luis, rey de Francia, y un soldado alemán la quisiese forzar, prometiéndole ella descubrir un gran tesoro si le guardase su honor, llevándole a un despeñadero, se arrojó en el río, donde se ahogó y, dejando purificadas sus aguas con el toque de su limpídisimo y virginal cuerpo, ennobleció a la Italia con una nueva Lucrecia y cristiana (habiendo sido la primera pagana; y aun no sé qué sentimiento tuvieron della en Roma, pues dice Plinio que no le pusieron estatua). De sancta Pelagia, virgen sanctísima, natural de Antioquia, cuenta sant Ambrosio que, huyendo con su madre y hermanas, muy honestas, de unos bárbaros que las querían deshonrar, hallándose atajadas de un río, se lanzaron en el y luego fueron ahogadas, celando más su limpieza para Dios que su vida para este mundo; y las engrandece sant Agustín diciendo que la Sancta Iglesia las tuvo en tanto que las canonizó por Sanctas. Elías Silvio dice que cuando los Godos entraron en Roma destruyendo, matando, quemando y forzando honestas mujeres, que muchas doncellas, con celo de su virginidad, se echaron en el Tíber, donde fueron ahogadas, y que después hicieron milagros.

Eusebio dice que en tiempo del emperador Magencio estaba en Roma una ilustre matrona, mujer de un Prefecto: llamábase Sofonia, era cristiana y muy hermosa. Tuvo noticia della el Emperador, y envió gente de su parte al Prefecto, que le enviase su mujer, si no, que le sería llevada por fuerza, con daño suyo notable. Oída la embajada del tirano y visto que sería peor el hecho que la amenaza, quiso dar la mujer: salió ella de su casa algunos pasos, y, considerando a lo que iba, acordó que le sería mejor perder la vida que la honra. Habló a los que la llevaban y pidioles la dejasen volver a su casa a ponerse otro mejor aderezo que el que llevaba, para más agradar a Magencio. Ellos vinieron en ello. Entró Sofonia en un aposento y hizo oración a Dios encomendándole su alma (escusándose de lo que hacía; que era por guardar limpia su castidad), y, dicho esto, se mató con un cuchillo.

Estando entrada la isla y reino de Chipre por la armada que Sultán Selím, Gran Turco envió, teniendo cercada a Famagosta (la más fuerte ciudad de aquella isla), queriendo hacer un gran presente al Gran Turco sus bajáes de los despojos que en la isla habían ganado, y habiendo metido todas las doncellas y muchachos captivos en un grande galeón (donde iba la munición de pólvora), como un cristiano noble de Nicogia, que iba captivo con dos hijas doncellas, viese que un turco le forzaba la una dellas, no pudiendo sufrir tan gran maldad y considerando el mal suceso que todas aquellas doncellas y niños habían de tener

55.- Por 'D'Auigny'.

adonde iban, tomó del fogón un tizón de fuego y arrojole sobre un barril de pólvora, queriendo más morir que ver aquel vituperio delante de sus ojos. Fue tal la violencia del fuego que, sin poderse remediar, se quemaron dos mil y docientas personas que iban en el galeón, y ansimesmo se quemaron otros dos navíos que se hallaron cerca. Los de Famagosta pensando que aquel fuego y daño venía sobre los moros, tuvieron mucho contento, hasta que supieron que eran cristianos y sus naturales, y las más nobles y hermosas doncellas que había en Nicogia; que entonces hacían muy lastimoso llanto, por haberlas visto así perecer. El intento con que estas cosas se hicieron, que fue por guardar castidad, de todos es alabado; pero la obra de matarse estas sanctas mujeres y ser los demás homicidas ninguna loa merece. Y, así, reprehende sant Augustín universalmente este hecho. Bien es verdad que Dios, que es señor de nuestras vidas, pudo dar licencia a algunas destas para que se matasen, como la dio a Sansón y a otros (de lo cual sant Pablo da testimonio, y muchos sanctos declaran), y así, conservasen su castidad; y en tal caso merecieron y tendrán en el cielo laureola de mártires, pues quien padeciese muerte por no cometer algún pecado mortal, como lo es la fornicación, verdadero martirio sería.

Para que mejor se entienda el particular cuidado que Cristo nuestro Señor tiene de favorecer la castidad y defenderla en quien pone en Él su confianza, pondranse desto<sup>56</sup> algunos ejemplos. Sancta Columba, en tierra de los Senones (que son en Francia, cerca de los belgas, o flamencos), siendo llevada al lugar de las malas mujeres, un ferocísimo oso la defendió que no fuese deshonrada; a Marciana defendió una pared en Cesárea, que se levantó y puso entre ella y los que iban a deshonralla; a Irene libró un ángel en Roma, burlando de los que la llevaban a la casa pública; Flavia Domicila, en Terracina, fue librada de los que intentaban su deshonra, perdiendo todos repentinamente el juicio; Serafia, en la ciudad Vendinense, también se libró de deshonra por un temblor de tierra que dejó sin sentido a los que la querían hacer fuerza; Justina con la señal de la cruz fue libre de los encantamientos de un mago que pretendía su afrenta. Lo dicho refiere Marulo.

Dice Surio que Julián, antioqueno, mártir, y Basílica, habiendo celebrado las bodas, salía de la cama un olor suavísimo de rosas, con ser tiempo de invierno; y admirada dello Basílica y no sabiendo la causa, Julián le dijo que era aquel olor la limpieza virginal. De cuya suavidad enamorada la doncella, se determinó de conservar con su esposo virginidad. El propósito y determinación confirmó una visión, apareciéndoseles Jesucristo con su sagrada Madre, agradeciéndoles su deseo y buena obra. Vivieron juntos algún tiempo y después se apartaron; y fueron ellos ocasión de que muchas almas se salvaran, y, al cabo, padecieron martirio por Cristo.

Andragesina virgen, reinando en Francia Lotario, casándola sus padres contra su voluntad con un príncipe llamado Aviberto,<sup>57</sup> pidió a Dios con lágrimas le guardase su cuerpo en toda integridad: oyola y cubriola de lepra, por donde vino a conseguir lo que deseaba. Entró religiosa en un monasterio y, hecha profesión, quedó con entera salud. Y lo mismo sucedió a sancta Brígida, escocesa, que, profesando estado monacal, sus ojos, que se le habían hinchado y los tenía muy feos a petición suya (con que se libró de los muchos que la pedían a su padre por mujer), volvieron a la primer hermosura. Beda y Sigiberto

56.- Orig.: 'destos' (71r).

57.- O 'Auberto'.

escriben de Edeltrude, hija de un rey de Inglaterra, que estuvo casada primero con Candeberto, príncipe ilustrísimo, y, muerto éste, con Cefordo, rey, los cuales casamientos hizo forzada de su padre, y de entrambos se libró virgen (aunque con el segundo estuvo doce años casada) porque supo decir tales cosas al uno y al otro en loor de la castidad que los hizo votasen guardarla y permaneciesen castos. Y este es un ejemplo que no se sabe haber sucedido otro semejante en el mundo.

Dice Baptista Fulgoso que Anastasia, constantinopolitana, siendo perseguida de la emperatriz Teodora, mujer de Justiniano, por saber que su marido la amaba perdida-mente, y tratándola un día mal de palabra, para que se entendiese que no consentía con él en sus deseos se fue a Alejandría y encerrose allí en un monasterio de monjas. Donde, pasando algún tiempo, siendo cierta de la muerte de la Emperatriz y sabiendo que el Emperador, libre della, la buscaba y para hallarla hacía grandes diligencias, temiendo de venir a sus manos y que violaría su honestidad, salió de aquel monasterio y en hábito de hombre, llamándose Anastasio, se fue a un desierto apartado de Egipto, donde vivió con grande aspereza, teniendo por mejor el estar allí conservando su castidad que ser servida en estado de emperatriz perdiéndola.

Teníase por tan cierto entre algunos antiguos que cualquier persona, por animosa que fuese, en faltando de su honestidad fallecía de su valor, que entre los nasamones, pueblos de Libia, se usaba cada año hacer un juego entre las doncellas de la tierra harto pesado: juntábanse muchas doncellas cabe la laguna Tritón y peleaban unas con otras a palos y puñadas; y como en los torneos se ponen joyas para quien gana, en aquéste se señalaba la honra contra quien perdía, porque si alguna desmayaba en la contienda era juzgada de todos por falsa doncella. La causa era por tener muy creído entre ellos que la entereza da fuerzas para mayores peleas que aquélla, y que, pues faltó, no estaba virgen.

Esto parece confirmarse con lo que Justino refiere de Oritia, reina de las amazonas, que, siendo elegida por señora y gobernadora de aquella república después de la muerte de Marpesia, si fue muy señalada en castidad no lo fue menos en las armas; y así, dice el historiador: «Muchas cosas hizo esta valerosa reina en las armas, muchas en el gobierno, muchas en la defensa de su tierra y conquista de las ajenas»; pero no es maravilla tener tanto valor quien había conservado entereza de cuerpo toda la vida.

No solamente la guarda de esta virtud da fuerzas, alarga la vida, acrecienta el ánimo y hace gente de pecho a los que la tienen, sino que también son adornados de otros muchos bienes. En Roma dicen que hubo una mujer llamada Fatua, de tan extraño recogimiento que jamás se dejó ver de hombres, lo cual fue ocasión para ser muy estimada, no sólo en vida, sino también en muerte; pues, juntándose las matronas romanas, comenzaron primero a festejar su admirable ejemplo, y después, a<sup>58</sup> reverenciarla no con menos nombre que de *La buena diosa*. En su templo era tan ilícito entrar algún hombre, por virtuoso y honesto que fuese, que ni la pintura de animales machos se permitía. De esta ocasión tuvieron las contiendas entre<sup>59</sup> Cicerón y Publio Clodio principio; porque, habiendo éste entrado con hábito de mujer en los dichos sacrificios, fue por el dicho Cicerón muy perseguido. En la misma celebración dice Macrobio que se escusaban las romanas de llevar

58.- Orig.: 'en' (72v).

59.- Orig.: 'de entre' (72v).



arrayán, porque siendo la dicha Fatua recuestada de su mesmo padre, no consintiendo con maldad que era tan abominable (no sólo a quien profesaba la pureza que ella, sino a cualquier otra persona, por disoluta que fuese), el padre reforzando las palabras con castigo, la maltrató muy mal con unas varas de arrayán; de donde quedó el dicho árbol en particular aborrecimiento de las matronas devotas a la buena diosa. Plutarco da otra razón por que el arrayán se desterraba del dicho templo, diciendo que este árbol es dedicado a la diosa Venus, totalmente contraria en vida y costumbres a la casta Fatua, por donde no parecía conveniente hubiese en el templo de la pureza y honestidad insignias y armas de la lujuria, que es el arrayán, con cuyas ramas dicen que se coronó la infame Venus cuando en el juicio de las tres diosas le dio Paris la manzana. De donde se ve cuánta fue la castidad desta mujer, pues por ella vino a conseguir nombre de diosa, y fiestas con tanto recato y honestidad que ni aun pintada se permitía cosa contraria a ella.

Habiendo ansimesmo de dedicar en Roma la estatua de cierta diosa, por respuesta que decían tener para ello de los que en semejantes casos consultaban los libros sibilinos, y por cuanto mandaron también se hiciese la dicha ceremonia por la matrona más honesta que en toda la ciudad se conociese, eligieron para esto cien señoras, las más principales y recogidas que se conociesen. De las cuales fue nombrada Sulpicia, hija de Patérculo, y escogida entre todas ellas por la más casta y digna para el ministerio que se ordenaba. No se puede negar aquí sino que, si a los capitanes se<sup>60</sup> deben estatuas por vencer a sus enemigos, mejor se debía a Sulpicia, que se venció a sí, con tanta gloria que (como nota Valerio Máximo) de todas las romanas matronas se eligieron ciento, de ciento se apartaron diez, y destas diez cayó la dichosa suerte a Sulpicia, como a la que en recogimiento y honestidad llevaba la flor a las demás. A esto se añade otra circunstancia muy particular, y es que se dedicaba aquélla estatua (según dice el mesmo autor) para que con más facilidad pudiesen las doncellas y las demás mujeres convertir los pensamientos libidinosos en limpios y castos con el favor y socorro de aquella diosa.

Las otras virtudes, sin la castidad son de ningún precio y valor. De donde dice sant Agustín: «Si tuviéremos, hermanos muy amados, obediencia con Abraham, paciencia con Isaac, diligencia con Jacob, y no guardáremos castidad con José, ¿qué nos aprovecharan todas estas cosas?». ¡Oh castidad, ornamento y compostura de los nobles, exaltación de los humildes y bajos, nobleza de los ignobles, hermosura de los viles, solaz y consuelo de los tristes, aumento de hermosura, honra de nuestra sancta religión cristiana, disminución de los crímenes y excesos, multiplicación de méritos, amiga de Dios, parienta de los Ángeles, vida de los Patriarcas, corona de los Profetas, cingulo de los Apóstoles, ayuda de los Mártires, carro donde los Confesores son llevados, espejo de las vírgines y refugio de las viudas, gozo y solaz de todos los buenos!

¡Oh vergüenza, velo de precio inestimable, ornamento con qué naturaleza subió el valor mujeril, gracia con que su Criador las hizo más graciosas en los ojos de los hombres cuerdos! Bien sintió como nosotros esto Stobeo, por autoridad de Demades, llamando a la vergüenza de las mujeres fuerte alcázar de su hermosura; así la hermosura si se acompaña con la vergüenza; y Homero, todas las veces que trata de las alabanzas de las mujeres nobles, o de las diosas, las alaba de vergonzosas.

60.- Suplo 'se' (73r).

¡Oh honestidad, amparo de todas las virtudes y muestra de rica mercadería, nunca recompensable con el oro ni perlas del Oriente! No andaba muy lejos deste sentimiento Licurgo cuando mandó en sus leyes que ninguna mujer se casase con dote si no fuese el de su honestidad; y, desta manera, muchas doncellas bajas llegan a se casar con los mejores caballeros. A este propósito hace sant Jerónimo un largo sermón de las alabanzas de la honestidad de las mujeres, en la manera siguiente:

«Palabra fue de un doctísimo varón que sobre todo se había de guardar la pudicia y honestidad, porque, caída ésta, no queda virtud en pie. En ésta consiste el principado de las virtudes mujeriles, y ésta hace de valor a la hembra pobre y a la rica engrandece, a la fea hermosea y a la hermosa atavía. Con ésta cualquier hembra echa en obligación a sus antepasados asegurándolos que no ensució su sangre adulterinamente, y con ésta obliga a sus hijos dejándolos ciertos que no tienen de qué se avergonzar de ser hijos de tal madre ni por qué tener sospecha de si es Fulano su padre. Hasta en sí mesma pone obligación la tal hembra, habiendo asegurado su limpieza de cualquier ilícito ayuntamiento. Los varones por los oficios de la honra son ilustrados, por la elocuencia afamados y por los triunfos dan nuevo ser y estima a su casta; y, en fin, aunque sean muchas cosas las que ennoblecen los esclarecidos ingenios de los varones, una sola virtud propiamente da gloria a las mujeres, y ésta es la honestidad. Por ésta se igualó Lucrecia con Bruto, y aun le excedió, pues en la muerte della dependió él a sacudir la servidumbre, y Cornelia con Graco, y Porcia con el otro Bruto». Esto es de sant Jerónimo.

La mitad de la bienaventuranza deste mundo dijo Aristóteles que faltaba a el hombre que tuviese mujer deshonesta. Y Sulpicio pregona que la principal virtud de la mujer es no ser vista. Tan grande recogimiento quiso Hesíodo en las tiernas doncellas; que lo encareció con decir que ni aun el cierzo había de penetrar su morada. Y Lactancio afirma que Fauna, hermana de el rey Fauno, nunca fue vista de hombre ninguno, si no fue de su marido, y que ninguno oyó su nombre fuera de su casa.

### Capítulo nono: De la deshonestidad, y de cuán infame y afrentoso es este vicio

**N**INGÚN vicio hay de los ordinarios que así amancille y estrague la honra y buena reputación del hombre como es el vicio soez de la deshonestidad. Bien es verdad que hay otros más feos, pero ninguno de mayor infamia. Así lo afirma sant Gregorio escribiendo sobre el primero de los *Reyes* y Aristóteles en el primero de sus *Éticas*; y la razón es porque el hombre por esta torpeza pierde su dignidad y valor y se hace semejante a las bestias. De lo cual es manifiesto indicio ver que viniendo a noticia de los hombres haber dado alguno en esta bajeza, luego le murmuran y baldonan y tienen en poco, lo cual no acaece en los pecados de espíritu. Porque, como la honra del hombre, en cuanto es hombre, no provenga sino de la excelencia y ventaja que hace a los animales brutos (con los cuales no comunica en las obras espirituales como en las carnales), de aquí es que se afrenta y avergüenza más de caer en una torpeza carnal (por la cual degenera en bruto) que no en un pecado espiritual, que, al fin, es de hombre, aunque de mal hombre.

Esta es también la causa por que el que se aíra y ensaña no recibe en sí afrenta ni confusión, pero si cae en esta flaqueza o se confiesa por culpado en ella, luego muda el color

y se avergüenza y confunde. Porque la ira, y otra pasión cualquiera fuera ésta, son obras, aunque sensuales, pero hechas por algún orden y mandamiento de la razón (aunque engañada, como lo dijo Aristóteles en un *Problema*) y por instrumentos que la obedecen y reconocen; que, en efecto, ni la boca hablaría ni los pies se moverían ni las manos se descomedirían a tomar venganza si al iracundo no le pareciese que tiene alguna razón. Mas el acto deshonesto no obedece tanto a la razón cuanto a la fantasía, no tanto a la voluntad cuanto a la sensualidad; y así vemos que los instrumentos con que se ejercita viven esentos y sin esta subjeción. De donde, como siente el deshonesto cuando se ve caído en este cieno que manda más el esclavo de su cuerpo que el señor verdadero (que es la razón), y que el ser de el hombre está por el suelo y que la bestia de la carne le tiene abatido debajo de sus pies, confúndese, tan corrido y afrentado de sí mismo que no querría en aquella sazón parecer entre gentes; y así, lo encubre cuanto puede y huye después de contallo, como cosa infame e indigna de el ser del hombre.

Afrenta, pues, y deshonor este pecado al sensual. Y no sólo el pecado, pero él mismo se afrenta y se corre y confunde; y todos aquellos a cuya noticia viene su flaqueza le notan y murmuran y tienen en poco, ordenándolo así aquel alto Juez por que no quede este pecado en este mundo sin castigo, como no lo quedará en el otro; y así, permite que haya émulos y detractores y otros curiosos exploradores de su vida que le anden a las espaldas asechando y mirando y celando, teniendo especial cuenta con los pasos que da, con los meneos que hace, con las palabras que dice y con los trajes de que se arrea y compone, notando con atención las partes donde entra, las personas con quien trata, la vida que hace, si anda más triste o alegre que solía, la fama que tiene y todos los otros indicios y circunstancias de donde pueden tomar ocasión de juzgalle y sentenciale, y aun de publicalle por deshonesto y carnal. No porque hacelle<sup>61</sup> esto sea justo, sino porque es justo y justísimo que, así como tiene el rey en su reino ministros de justicia contra los sediciosos y perturbadores de la paz, así tenga Dios en la tierra contra los enemigos de la honestidad y castidad jueces y alguaciles, pregoneros y verdugos ejecutores de su divina justicia, los cuales notifiquen con sus palabras lo que Dios ordena por su sentencia, es a saber: que el deshonesto no goce de el deleite, aun en esta vida, sin castigo y pena de infamia.

Y aunque de éste y de los demás vicios dejó Cristo nuestro Redemptor aquella sentencia: «No hay ni habrá cosa tan oculta que no se descubra, ni tan escondida que no venga a noticia de todos», más hay esta diferencia: que de muchos otros pecados suele su Majestad librar y dilatar el castigo y publicación para el día de el Juicio Final; mas de éste, como es tan feo y asqueroso, no quiere sino que desde acá comience por la mayor parte la ejecución de su justicia, para corrección de el culpado y ejemplo de los demás; y para esto permite que haya juzgadores y murmuradores de los deshonestos que (como dicho queda) los asechen y celen, con tanto cuidado como si les fuese la vida; que no parece verdaderamente sino que están salarizados, puestos por centinelas y espías de las obras ajenas, pasando en la malicia tan adelante que a las veces por indicios leves y sospechas ligeras juzgan determinadamente el hecho. No apruebo este juicio, ni Dios le aprueba sino en la forma que suele permitir un pecado para castigo de otro; mas aunque permite las detractions, castiga los detractores, pagándose en esta forma (como dicen) de la traición, pero no de el que la hace.

61.- Orig.: 'hazello' (75v).

No hay hediondez que así cunda ni servidumbre rota que así ofenda las narices como el soplo de el inmundo espíritu (que es la lujuria) cunde y ofende las las castas orejas. Cua-les eran las de aquel sancto que decía: «No hay cosa que comúnmente mas se publique y derrame que la ofensa que se hace contra la castidad y contra la flor de la virginidad»; y las de Sócrates, cuando dice que así como no es posible traer la lumbré escondida en el seno, así no lo es ocultar mucho tiempo el pecado de la carne. Y si alguna vez, por secreto juicio de Dios, se solapa y encubre en esta vida, no por eso debe el carnal estar más alegre y consolado, pues, demás de la fealdad y motivo de confusión que tiene la culpa en sí y él siente en sí mismo (como lo debe sentir, si es cristiano), sabe por fe que cuando está pecando más en secreto está Dios formando proceso contra él y haciendo testigos de las mismas paredes que le cubren y de la tierra que le sustenta, y de las criaturas que tiene presentes y de su propia consciencia, los cuales guarda para producir y presentar el día de la Cuenta por testigos y pregoneros de sus maldades, para que se manifiesten y vengan a noticia de toda la Iglesia militante y triunfante, mayormente de aquellos que traía en el mundo engañados con su hipocresía y fingida sanctidad. Esto es lo que amenaza Salomón cuando dice: «Armará el Señor las criaturas contra los insensatos»; y Habacuc: «Las piedras de la pared darán voces y los gusanos que se crían entre las juntas de los edificios responderán»; y Jeremías: «Argüirte ha tu propia malicia, y tu pecado te reprehenderá».

Pues, si es así (como sin duda ninguna lo es) que tarde o temprano tiene el pecador, mayormente el deshonesto, de perder esta preciosa margarita de la buena fama, ¿qué remedio puede haber más oportuno para conservalla y más saludable para adquirilla que dar punto en la mala vida y procurar ser tal cual desea parecer? «Cesen (dice sant Jerónimo) los pecados, y luego el rumorcillo y los demás indicios que en general o en particular causan sospecha contra la fama y honra del prójimo».

Esto tiene de sí la virtud, señaladamente la castidad: que, como una lumbré resplandeciente, derrama rayos de gloria y buena fama en todo el pueblo; y, como mirra escogida, evaporiza y da de sí olor de suavidad. La honra verdadera está en este mundo puesta como en almoneda, y el dinero por que se remata es la virtud. Y entre todas las monedas, la que más se cambia y corre para compralle es comúnmente la castidad; pues ¿cómo pretende o cómo puede el vicioso comprar el buen nombre sin caudal? Lo que algo vale algo ha de costar, y tomarlo de balde es injusticia y robo manifiesto. Si el que compra la cosa por menos de lo que vale está obligado a la restitución del justo precio, ¿qué obligación será la del hipócrita que no sólo no compra con interés, pero roba y tiene usurpado furtivamente al virtuoso este inestimable tesoro? ¿Qué tiene de mandar aquel alto Juez cuando parezca ante su tribunal el día de la Cuenta, sino que la fama y la honra se dé a quien se debe, y él, como ladrón famoso, suba en la torpe bestia de su cuerpo y salga a la vergüenza en presencia de los hombres y de los Ángeles y de toda la Iglesia militante y triunfante, y, finalmente, relajado por el brazo eclesiástico de los Ángeles al seglar de los demonios, sea puesto en el brasero del Infierno para siempre jamás?

¡Oh, y si el engañador y engañado hipócrita entrase de veras en esta consideración, cuán otro se volvería del que agora es, cuán de veras amaría la virtud, cuán limpio viviría en sus pensamientos, cuán circunspecto en sus palabras y cuán casto y honesto en sus obras! ¡Cómo trabajaría por edificar el honor, no sobre cimientos movedizos, sino sobre firmes fundamentos; no sobre aparencias vanas, sino sobre existencias macizas; no sobre

hipocresía, sino sobre verdad; no por ser cauto, sino por ser casto; no por cumplir con el mundo, sino por agradar a Dios! Entonces vería más a la clara cómo no hay otro cimiento para tener en pie la honra, ante los hombres y ante Dios, sino la virtud, ni otro medio para ser tenido por casto sino el serlo.

Amonestando el apóstol sant Pablo a los Filipenses, dice: «Emplead de hoy más vuestro sentido en todo lo que fuere verdadero, en todo lo que fuere honesto, justo y sancto, y en todo lo que merece ser amado y de buena fama». En lo cual parece que quiso enseñar el Apóstol que la buena fama, que puso a la postre, nace de la verdad, honestidad, justicia y sanctidad que había puesto primero. De aquella fuerte y sancta mujer Judit dice la Escritura que era de tan buena fama entre los vecinos de Betulia (de donde era natural), que, con ser rica, viuda, moza y muy hermosa, no había hombre en toda la ciudad que abriese la boca para decir mal della; y la causa (dice) era porque temía a Dios.

Los gentiles por lumbre natural conocieron esto mismo, y lo predicaron. Sócrates, aquel gran filósofo, preguntado cómo podría el nombre alcanzar buena fama, decía que procurando ser tal cual deseaba parecer. Éste también (como refiere Estobeo) solía decir que el incienso se debe a los dioses y las alabanzas a los virtuosos; y Catón decía que el honor es como sombra de la virtud, y la virtud como el Sol, queriendo dar a entender que nadie puede ser honrado si no es virtuoso.

Pues, si esto es así, ¿cómo quiere el carnal adquirir o conservar la honra andando en los pasos que anda? ¿Cómo quiere que resplandezca su fama siendo tan tenebrosas sus obras? ¿Cómo saldrá buen olor de un cuerpo sucio, hediondo y asqueroso? ¿Cómo pueden ir los arroyos claros y limpios estando la fuente turbia y llena de cieno? La fuente de donde mana la fama incorrupta y clara es la castidad, y la raíz de donde nacen las rosas y flores de las alabanzas y buenos dichos de las gentes, la honestidad es. Por tanto, el que quisiere ser de buena fama procure ser casto y virtuoso.

Los antiguos gentiles tuvieron dos diosas llamadas Venus. De la una eran abogadas las doncellas y mujeres casadas que estimaban y amaban la honestidad, y a ésta decían Verticordia, como quien dice *la que volvía los corazones*, porque creían que tenía poder de apartar los corazones de las mujeres aficionadas al deshonesto amor. Estimando en mucho esta virtud de la honestidad los romanos, le hicieron un grande y sumptuoso templo en Roma, para que las matronas con su ayuda conservasen la virtud de la castidad y fuesen socorridas cuando por su flaqueza fuesen apretadas de alguna crecida y natural pasión que las inclinase a deshonestidad. La otra Venus fue más estimada en el mundo y más celebrada, la cual fue tan deshonesta y sucia que fue inventora de los lugares públicos de las malas mujeres, y esto fue en la isla de Chipre. Esto hizo porque su libertad y disolución fuese menos notada y culpada habiendo muchas como ella en aquel oficio, lo cual afirma Luciano en el diálogo *De sacrificiis*.

Por la reverencia que a esta diosa se hacía en muchas tierras se vino a perder la vergüenza de tal suerte que tenían por cosa justa que las doncellas se pusiesen a ganar su dote en lugares públicos, con color de que cierta cantidad de lo que se ganaba se había de dar al templo de Venus y que esto le era cosa muy acepta a esta diosa. Y así, dice Justino que los locrenses (que eran ciertos pueblos en el reino de Nápoles) viéndose muy apretados de la guerra que les hacían los regienses, hicieron voto a Venus que si les daba victoria pondrían sus hijas doncellas, en un día de su fiesta, en el lugar público por honra suya.

Y como se tardasen de cumplir el voto y fuesen vencidos y, mirando su gran pérdida, no supiesen cómo remediarse, Dionisio el tirano les dijo (como dice Solino) que si querían tener prósperos sucesos escogiesen cierto número de doncellas y las enviasen al templo de Venus, y que por espacio de un mes se dieseen a los que las quisiesen. Ellos acordándose que no habían cumplido el voto que hicieron y creyendo que por ello les habían sucedido sus desgracias y deseándolo remediar, aderezaron cien mujeres, entre doncellas y casadas, y las enviaron al templo, donde el tirano Dionisio las desnudó de todas sus joyas y atavíos, y, como crudelísimo, las atormentó por que dijese adónde tenían sus tesoros.

Cuenta Ateneo que los gentiles en las fiestas de Venus solían ofrecer en sacrificio un puerco a la torpe diosa, y así, a las tres fiestas que le celebraban llamaban *Histeria*, que es tanto como si dijese *porcales*. Sacrificio por cierto digno de tal diosa y título debido a semejantes fiestas. De aquí tomo origen aquel proverbio: *Veneri suem immolavit* («Sacrificó a Venus un puerco: tal para cual»). De aquí coligen muchos que no eran tenidas de los gentiles las obras de Venus por honestas, por lo cual Pitágoras a un carnal que le dijo «Más quiero emplear en tiempo en conversar con las rameras que no en disputar con los filósofos», respondió: «Tienes razón; que los puercos más huelgan de revolcarse en el cieno que de bañarse en el agua clara». Y Diógenes, el cínico, dijo a un mancebo que ponía mucha solicitud en procurar una ramera y no podía alcanzar della nada: «¿Qué quieres? ¿Tras qué andas, mezquino? Mira que lo que deseas mayor ventura es no alcanzarlo».

Plutarco y Aulo Gelio cuentan que el hombre que entraba en la mancebía de Roma y no iba cubierto y rebozado el rostro era tenido por desvergonzado e infame. A este propósito se cuenta de aquel gran músico Estratónico que, saliendo una vez de la ciudad de Heraclea (muy notada de este vicio), volvía de rato en rato la cabeza atrás, mirando a una parte y a otra, como hombre temeroso y recatado; y preguntándole un caminante «¿De qué has miedo? ¿Qué es lo que miras?», respondió: «Temo no me vea alguno salir de la mancebía», llamando por este nombre a aquella ciudad de Heraclea que tanto se preciaba de sus deshonestos y torpes vicios, ultrajándola por ellos de vil e infame.

La sagrada Escritura compara al carnal y vicioso al puerco, el cual, demás de ser un animal tan inundo como vemos, nunca alza los ojos arriba, aun cuando le están vareando la bellota: siempre está hozando en la tierra o revolcándose por el cieno; y cuando mete el hocico en el légano podrido, no sólo no siente el mal hedor, pero muestra tener contento, y mayor descanso que si estuviera bañándose en las aguas claras del río. Desta manera el lujurioso, enfrascado en el cieno de sus apetitos y metido en la servidumbre de sus torpezas y envuelto en el estiércol de sus pasiones, no ve su abatimiento y desventura, ni hace cuenta del cielo ni tiene acuerdo de Dios: sola aquella pocilga le contenta y aquel lodo le aplice, y en aquel sucio revolcadero pone su deleite y descanso.

Muchos son los bienes que por este vicio de la deshonestidad se vienen a perder sin esperanza de poderlos recuperar. La hermosura que en la mujer más luce y resplandece es la castidad, la cual virtud en las personas llanas y en las de gran nobleza es la más estimada de cuantas tienen. Y la que ésta usa es luz y espejo de las otras mujeres; y cuando esta virtud de la honestidad falta en una mujer, ninguna cosa queda en ella que no sea deslucida y desdorada y de muy poco valor. Y así, una excelencia tan grande como la de Olimpias y el ser tan hermosa le lució poco, pues fue menospreciada y aborrecida de un tan sabio marido.

Habiendo el emperador Octaviano desterrado a su hija y nieta (que entrambas se llamaban Julias), y después también a Agripa (que había antes adoptado, mas después, por su mal natural y deshonestidad, la desheredó), y<sup>62</sup> cada y cuando que de todas éstas se acordaba, solía, dando voces, decir un verso de Homero: «Pluguiera a Dios que siempre hubiera vivido sin casarme y que muriera sin tener hijas». Y no las llamaba de otra manera que sus tres venas que manaban sangre y podre, y sus tres zaratanes o cánceres, porque con menos dolor sufría la muerte de los suyos que no su deshonra; y, aliende desto, había antes mandado en su testamento que si acaecía algún mal a su hija y nieta, dichas Julias, que no fuesen enterradas en su sepulcro.

Dice Nicéforo que, quedando viuda Irene, hija del emperador Andrónico y reina de Trapisonda, sospechosa de que había ayudado a morir con ponzoña, de puros celos, a su marido Basilio, rey de Trapisonda, por andar amancebado de una mujercilla y recibir por esta causa la Reina muchas injurias de el Rey, hasta venir a echarla de palacio, muerto el Rey su marido, ella estaba tan en gracia de todos los de su reino que la restituyeron al palacio con nombre de reina, para que, así, gobernase. Viéndose así Irene, envió a su padre el Emperador personas de grande calidad por embajadores, para que tratasen con él le enviase con quien se casar, para que juntamente con ella fuese rey de aquel reino. Mas, tardando el Emperador de proveer en esto, en este tiempo anduvo un rumor y fama que la Reina, moza y señora libre, se había revuelto con deshonesto amor con el gran Doméstico de el reino; de lo cual el pueblo se escandalizó y alborotó tanto que, mostrándole grande aborrecimiento por su deshonestidad, así como a mujer liviana e indigna de el bien que poseía, le quitaron el reino.

Desengáñese, pues, el sensual. Abra los ojos de la consideración y eche ver el tesoro que pierde por las bajezas en que da y por la torpe vida en que vive, y cómo anda hecho fábula y oprobrio de los que con recto juicio estiman la honra y la tienen en peso. Mire cómo le notan y detraen, cómo le roen y tienen en poco. Avergüéncese y vuelva sobre sí, y, estimando un bien tan precioso en lo que merece ser estimado, procure con el suave olor de la castidad y vida honesta ahogar la hediondez de su siniestra reputación.

Mucho quisiera yo que, así como esta doctrina está fundada en la sancta Escritura y entendida por los filósofos paganos, así fuera recibida de los fieles cristianos; pero ¡ay dolor, que ha llegado este vicio de la carne a tanta disolución y locura que ya tratar el hombre de vivir deshonestamente no se tiene comúnmente en el mundo por cosa afrentosa ni infame ni por caso de menos valer! Ciega de tal suerte este estiércol los ojos que algunas almas que les hace juzgar la torpeza por gentileza, la servidumbre por libertad, la vileza por calidad y la infamia por honra; de donde dijo el otro Poeta, hablando de los carnales: «Díceles el ciego amor que el deshonor es honor». De aquí vienen los miserables a colorar y adelgazar la culpa de suerte que no se eche de ver su fealdad. Llaman a la fornicación flaqueza, a la deshonestidad atrevimiento, a los requiebros entretenimientos, a las desvergüenzas donaires, a la liviandad cortesanía, a la desenvoltura gracia, al disoluto juglar, al afeminado galán, al carnal enamorado, al deshonesto atrevido, al desvergonzado oficial de placer, y a sus torpezas hechos de hombre.

62.- Sobra 'y' (79r).

Con estos y otros colores y afeites de palabras cubren y disimulan la vileza e infamia de su pecado por darse a él más desenfrenada y sueltamente, no queriendo (como canta el Profeta) entender por persuadirse que hacen bien: invención del Demonio muy pernicioso y ceguedad introducida por sus ministros para captivar las almas y henchir por aquí los senos del Infierno (porque un freno que los hombres tienen para ser traídos y desviados de este despeñadero, que es el temor de perder la honra, ése les quita y suelta la rienda al deleite y a la corrupción) haciéndoles entender que tratar deshonestamente con una mujer no es afrenta ni caso de menos valer, pues lo hacen todos o casi todos, dende el mayor hasta el menor, dende el príncipe hasta el ganapán, y persuadiéndoles con esto (¡oh engaño lamentable!) que el uso común quita la razón de la infamia, con cuya ceguedad hace que libremente y sin miedo ninguno se arroje por el cenagal de sus apetitos, vendiéndoles por hecho de hombres lo que es bajeza y suciedad de animales brutos.

Desengáñese, pues, el sensual si la fiebre de su pasión le ha hecho dar en este desatino. Abra los ojos y considere el vil y afrentoso estado en que vive, y no se guíe por el parecer de otros canales presos y tocados de la misma pasión y engaño, los cuales no pueden juzgar de la honra no sabiendo qué cosa es. Acuda a los castos y pregunte a los honestos y virtuosos; que ellos, como jueces legítimos desta causa, le desengañarán; y de ellos oírán, entre otras cosas, que la honestidad y castidad es un tesoro tan grande y un bien tan incomparable que, una vez perdido, no se puede restaurar con riquezas, ni con fortaleza ni con linaje, ni con sciencia ni con potencia ni con majestad, sino con sólo enmendar la vida y seguir la virtud, que es rastro por donde se viene a encontrar y recobrar esta perla, y el amor y gracia de Dios, para servirle y agradarle.

Capítulo décimo: De cuán loable cosa es en la doncella y en toda mujer ser amiga del trabajo y virtuosos ejercicios, y de cuánto vituperio y oprobrio es la ociosidad

**A** CERCA desta materia son de considerar las palabras que escribe sant Jerónimo a Demetria, doncella:

«Determina (dice) cuántas horas has de emplear en la lección de la sagrada Escritura, qué tiempo estarás arrodillada en la presencia de Dios puesta en oración; y, concluido esto, tendrás siempre lana en tus manos, o estambre que hiles con tus dedos: cogerlo has en ovillo y harás tus telas y tejidos. Y estando hecho el tejido y tela, mira si va bien hecho y si lleva faltas, y reprehéndelo y en otra procura que se emiende. Y si estuvieres ocupada en semejantes obras nunca se te harán largos los días. Guardando esto, vivirás con seguridad de tu castidad y limpieza. Ni quiero que pienses que puedes dejar de trabajar de manos por haberte hecho Dios rica de los bienes de el mundo, sino que entiendas que has de trabajar para no dar lugar a pensamientos ociosos e impertinentes, y que ocupes siempre tu pensamiento con lo que toca a el servicio de Dios».

Y escribiendo el mismo sancto a Eustoquia, sancta doncella, dice: «Esto es común y usado en toda Egipto: que no recibían en convento monje alguno si no profesaba humildad y que trabajara en lo que él supiere o le impusieren; por que la carne se dome y no que el ocio dispare en pensamientos vanos y deseos lujuriosos, y teniendo por cosa cierta



(añade el sancto y sapientísimo viejo) que la ociosidad es madre de toda concupiscencia, inmundicia y pecado».

Plinio y Plutarco dicen que antiguamente las romanas recién casadas llevaban en casa de sus maridos rueca y husos, y que coronaban los umbrales de la casa de su marido de lana, dando a entender que aquel era su oficio; y por significar eso mismo, refiere Festo Pompeyo que se sentaban en el pellejo lanudo. Y porque Caya Cecilia, mujer de Tarquino, fue tan honesta y gran hilaandera, todas las recién casadas invocaban su nombre, deseando parecersele.

Y si alguna, presumiendo de muy generosa, dijere que las mujeres bajas nacieron para hilar y tejer, mas no las tales como ella, se le podrá responder que otras de más alta prosapia y de más granado estado son alabadas y fueron muy estimadas por los oficios bajos que supieron y se preciaron ejercitar. Plinio afirma que por mucho tiempo se mostraba en el templo de Marco Anco la lana y huso y rueca de la reina Tanaquil, y una ropa que ella hiló y tejió (de que anduvo vestido el Rey su marido) en el templo de la Fortuna; y que por memoria della llevaban las recién casadas rueca y huso y lana en casa de sus maridos, significando que habían de ser muy hacendosas y hilanderas, como aquella buena reina lo fue, dejando maravilloso ejemplo a todas las demás.

Queriendo Tarquino el Soberbio sujetar la ciudad de Ardea, la cercó con todo su poder, por ser la ciudad muy fuerte. Y como estuviese cerca de Roma y el cerco se dilatase muchos días, los caballeros mancebos que iban y venían al real se juntaron y hicieron una fiesta muy solemne; y como sobrecomida tratasen de la hermosura y castidad de los jóvenes de Roma y de sus mujeres, y de cuáles eran más aventajadas en sus ejercicios, y cada uno alabase a la suya, moviose entre ellos gran porfía y cuestión. Y para examinar la verdad de este hecho fue acordado que cabalgasen en sus caballos y cada uno en compañía de otros fuesen a requerir su casa entrando a deshora y sin haber hecho apercebimiento alguno, quedando capitulado que fuese tenida por más buena y digna de ser loada aquella que se hallase estar ocupada en más honesta labor y virtuoso ejercicio. Y como lo pusiesen en ejecución, habiendo hallado a Lucrecia, mujer de Colatino, hilando y con las dueñas y doncellas de su casa haciendo otras labores muy honestas (y cotejada con las demás y con los ejercicios en que fueron halladas), la dieron por la más aventajada y digna de honor de todas las que habían visto. Y con mucha razón, porque a las demás hallaron en visitas, cenas y gustosas conversaciones, y a Lucrecia en gran recogimiento y virtuosos ejercicios.

De la virtuosa Penélope dice Homero que siempre se ejercitaba en hilar y tejer (en tanto que derivan su nombre del *lanificio*), y que mientras su marido Ulises estuvo en la guerra tan larga de Troya, que su ocupación fue tan honesta y ejemplar (como de mujer tan leal era razón se esperase) que no levantaba las manos de la labor tejiendo la espera de su amado marido, queriendo dar a entender en esto que ninguna cosa le era de más agrado y contento que la memoria de su Ulises y el tratar de su venida y de el mucho gozo que había de causarle; y ansimismo que, teniendo los presentes delante de sus ojos estas cosas, que no había para qué le tratase nadie de que en otras se entretuviese y en ellas pusiese su contento.

A la diosa Calipso la halló Mercurio tejiendo, y lo mismo Ulises a Circe; y la diosa Minerva es alabada de inventora y gran maestra de hilar y tejer; y lo mismo Andrómaca, mujer de el valeroso Héctor; y Dido, reina de Cartago, y Deyanira, mujer de Hércules. Con tenerse en Persia por mengua hilar las grandes señoras, dice Herodoto que Amestis,

mujer de el grande rey Jerjes, hiló una ropa muy vistosa para su marido. Y Papinio escribe que Argia, hija de el rey Adrasto, hiló la ropeta de armas a su marido Polínicos; y de la misma ocupación alaba Valerio Flaco a Leda, madre de Elena, y a Alcimedea, la madre de Jasón; y Séneca a Fedra, la mujer de Teseo; y Claudiano a Serena, mujer de Estilicón.

Cuenta Quinto Curcio que, después que Alejandro Magno venció al rey Darío, procuraba en extremo dar contento a su madre, mujer y hijas, que tenía en prisión. Y así, una vez que le envió su madre Olimpias, entre otras cosas, muchas madejas de diversas sedas y hilo de oro y de plata, él envió parte a las Reinas, creyendo que el presente les fuera de mucho agrado. Mas sucedió al revés, porque ellas por ello se tuvieron por tan deshonoradas que se quisieran más ver muertas; porque con aquello, según su costumbre, las abatía de su alteza y las hacía mozas de servicio: en tanta estima tenían la ociosidad y por tan vil la virtuosa y generosa labor las regaladas persianas. Lo cual sabido por Alejandro Magno, fue luego a las consolar. Y hallándolas muy llorosas, después de haberles pedido perdón, dijo a la reina vieja Sisigamba, madre de el rey Darío: «Bien sabe vuestra grandeza, señora madre, que desde la primera vez que la vi me le di por hijo, y que el dulcísimo nombre de madre, que debo a mi señora, la reina Olimpias, que me parió, le di a vuestra alteza; y que siempre que me he hallado en vuestra presencia nunca me senté si primero no me lo mandase, por usar desta cortesía los hijos con sus madres entre los nobles persianos; y cuando yo envié aquellas madejas de oro y seda, hícelo por imaginar que las señoras persianas se preciaban de ocuparse en hilar y labrar, como lo hacen las de Europa. Y en confirmación de esto te juro por los dioses inmortales que esta camisa y aljuba que yo visto, que mi madre y mis hermanas las hilaron y tejieron con sus propias manos, creyendo que por tales ocupaciones su mucha grandeza es digna de mayor gloria». Con esta tan comedida disculpa reprehendió Alejandro la ociosidad de estas reinas y reprobó el detestable uso de las señoras persianas.

Tranquilo dice de el emperador Augusto César que hizo que su hija y su nieta dependiesen a hilar; y Plutarco añade con él que ordinariamente vestía camisa de lo que ellas hilaban. Y Tulio cuenta de una dueña romana, muy viciosa, que jamás quería hilar, sino que antes se preciaba de reprehender a las otras dueñas y las persuadía que no lo hiciesen; y tantas veces hizo esto que lo vino a saber la emperatriz Livia, mujer de Octaviano Augusto. Acaeció que un día vino esta dueña a visitar a la Emperatriz, a la cual halló que estaba hilando estopa de lino (y como supo que esta dueña venía, mandó aderezar con presteza muchas ruecas con estopa). Y entrando con sus criadas donde estaba la Emperatriz, espantose mucho de verla hilar estopa. Y la Emperatriz mandó luego que le diesen una rueca para que esta dueña hilase, y asimismo a cada una de sus criadas; y la dueña no la quiso tomar, diciendo que en su vida había hecho tal cosa, ni tampoco sus criadas. La Emperatriz respondió: «Yo creo muy bien que dices verdad, y por tanto tienes tan mala fama acerca de todas las que contigo han conversado: porque mucha razón es que mujer que no hila sea tenida de todas por mala y en tal reputación como tú estás tenida y reputada. Y guárdate de parecer más delante de mí, tú y las que en esto te acompañan; porque yo siempre fui muy amiga de las dueñas que se aplican a este ejercicio, y por jamás pude ver a las ociosas y soberbias que lo aborrecen. Yo hago a mis hijas hilar, labrar y coser y hacer cosas de manos, y lo mesmo hacen mis criadas y mis amigas que a mi casa vienen, para que unas y otras se animen a los virtuosos ejercicios con su buen ejemplo». Dicho esto, la Emperatriz la mandó echar con confusión de su real palacio y que luego se pregonase

por toda Roma que cualquiera mujer que no supiese ni se ocupase en hilar, labrar y hacer cosas de manos femeniles fuese luego desterrada de Roma.

En la vida de sant Meduarte, rey de Dacia, se lee que la Reina su mujer, y sus hijas y damas, hilaban y tejían paños de lana, y después los repartían<sup>63</sup> entre los pobres. Claudio no estima en Proserpina esta ocupación, y también en Tetis, la madre de Aquiles, y Silio Itálico describe la oración de las nobles italianas cuando fueron a ofrecer a su diosa Juno sus hilados. De nuestras españolas dice Nicolao (que escribió las *Varias viviendas de las gentes*) y Alejandro Sardo que en España cada un año llevaban las mujeres sus telas al público conspecto,<sup>64</sup> y la que era hallada que había trabajado más quedaba por más honrada.

Cuenta Plutarco que acostumbraban los antiguos, cuando una mujer se casaba, mandarla que tocase con la mano en el agua y en el fuego. El oro, si está sucio, para labrarlo métenlo en el agua, y para lo apurar métenlo en el fuego; de manera que el agua lo lava y el fuego lo purifica. De aquí vino el mandar a la novia que metiese la mano en el agua y en el fuego, para darle a entender que había de tener limpieza en la vida y pureza en la castidad. Si esto se requería entre los gentiles, ¿con cuánto mayor cuidado se debe guardar entre los cristianos, cuya ley es llena de limpieza, pureza y castidad?

Era también costumbre antigua por el agua y por el fuego entender los trabajos y angustias de la vida; por eso los antiguos ponían a la entrada de la puerta de la casa (por donde la mujer nuevamente casada había de entrar) fuego y agua, los cuales elementos le mandaban que tocase con la mano, para darle a entender que no se casaba para deleites ni descansos, sino que se aparejase para angustias y trabajos, porque entonces alcanzaría fama de noble matrona cuando, desterrada la ociosidad y vanos contentamientos, se diese a honestos ejercicios, y se armase de paciencia para sufrir los trabajos y angustias del yugo de el matrimonio, obedeciendo con amor al marido, rigiendo con cuidado su familia, criando con aviso sus hijos, siendo templada y comedida en su comer y vestir, recatada en las palabras, prudente en las obras, solícita en el buen concierto de su casa, honesta en la vida, pura en la consciencia y, finalmente, amadora de Dios y de sus cosas y guardadora de sus mandamientos. Esto le querían significar a la novia los antiguos por el toque de el agua y fuego.

La mujer, de sus puertas adentro, ha de ser muy hacendosa y granjera; y aunque sea muy rica y honrada, se ha de preciar de no comer el pan de balde: ha de tener cuidado de sus criados, atendiendo a que no se diferencia dellos sino por no dalles Dios lo que a ella, aunque les dio otro bien mayor. Polmoso y Sócrates fueron famosos en el arte de el pintar; y entre otras pinturas hicieron una que en aquellos tiempos fue celebrada: un hombre que majaba esparto de noche y de día y una asnila que se lo comía, adonde fundaron un adagio que dice: *Funiculum torquet*, por el cual quisieron significar que aprovecha poco ser trabajador el marido si la mujer es ociosa y comilona. Aristóteles alaba un dicho de Hesíodo: que el matrimonio constaba de un hombre y una mujer y un buey que siempre araba. Jerio de Bove dice que los antiguos alemanes daban a los casados por primeras joyas dos bueyes uncidos a un yugo, (estimando en mucho el trabajo, como padre de la perpetua fama), en señal de que los casados habían de trabajar igualmente (porque los bueyes desiguales mal pueden hacer labor), y así entendiesen las mujeres que el yugo de los trabajos que los mari-

63.- Orig.: 'repartia' (83r).

64.- Conspicuo, selecto.

dos habían de llevar del un cabo, tenían ellas de llevarle del otro, y no vivir ociosas; porque cuando a la ociosidad se abre la puerta entran los vicios de tropel por la casa.

En la relación de la China se cuenta del primer rey de aquel gran reino de la China, llamado Virrey, que entre las demás cosas que ordenó (que fueron muy señaladas) fue una que ninguna mujer dejase de trabajar al oficio del marido, o, a lo menos, que hilase o labrase (esta ley fue tan general que quiso que su propia mujer la guardase), y que agora, para preservar aquella república de vicios, juzgando que la deshonestidad y libertad de las mujeres es la cosa más perjudicial, para esto, entre otras prevenciones que tienen hechas, es una que todos los que tienen hijas tienen expreso mandato de que las críen, desde que comienzan a tener uso de razón, en perpetuo recogimiento y clausura, teniéndolas siempre ocupadas; porque la ociosidad, madre de los vicios, no tenga lugar ni oportunidad de plantarlos en ellas. Esta ley comprehende a las mujeres casadas, y es guardada de tal manera que hasta las propias hijas y mujeres de los virreyes y gobernadores (que son los Grandes de aquel reino), y aun las de el mismo Rey la guardan hilando oro, seda o lino, o haciendo otras cosas de sus manos, teniendo a la que conocen aficionada a lo contrario por digna de ser vituperada y estimada en poco. Y así, el nacer las niñas en esto y el ejemplo que les dan sus madres (a quien siempre veen estar ocupadas en los tales ejercicios) es causa de que esta costumbre, virtuosa y digna de ser imitada, esté ya convertida en naturaleza; de tal manera que ternían por perpetuo tormento si les mandasen estar ociosas. Esta ordinaria y voluntaria ocupación tiene a las mujeres deste reino recogidas en tanta manera que causa novedad y admiración topar mujer de alguna calidad en la calle ni vella puesta a ventana; que no les es poca ayuda para vivir honestamente.

En tanto estimaba el sabio Salomón a la mujer laboriosa, que dice della: «Buscó lana y lino, y aprovechose de el consejo de sus manos». De la cristianísima reina católica doña Isabel escribe el Patriarca de Jerusalén, fray Francisco Jiménez, en su *Carro de donas*, que hiló con sus propias manos ciertas varas de lienzo y las envió, con otras cosas, al Sancto Sepulcro de Jerusalén; y afirma este autor que vido frailes de sant Francisco moradores de la Casa Sancta de Jerusalén que habían visto allá, sobre el Sepulcro Sancto, los lienzos que había enviado esta cristianísima reina, y que, por haber sido hilados de sus manos para que allí sirviesen, los tenían en gran veneración. Esta católica reina tuvo cuatro hijas, las dos de las cuales fueron reinas de Portugal, y otra, reina de Inglaterra, y la otra, doña Joana, madre de el emperador don Carlos Quinto, de buena memoria; y a todas cuatro las impuso en que supiesen hilar, labrar y coser, y que aprendiesen letras. Entendía bien esta buena reina cuán dañosa es la ociosidad para las doncellas y cuán despertadora de malos pensamientos; y por eso quería que sus hijas trabajasen. Y lo mismo debe procurar cada madre que desea que sus hijas salgan virtuosas, no dejándolas holgar, sino que entiendan en honestos ejercicios; porque, por buena que sea la tierra, si no la meten en labor se torna estéril y silvestre. Y los caballos que desde pequeños no los doman y enfrenan y los ponen en la carrera y los hacen trabajar, vienen después a ser feroces y rebeldes. Sancta Isabel, con ser hija del rey de Hungría y mujer de el conde de Turingia, no se desdeñaba de hilar, tejer y coser con sus manos; y de lo que ganaba a estos virtuosos ejercicios hacía limosnas, verificándose en ella lo que dice en los *Proverbios*: «Sus manos trabajaron, sus dedos torcieron el huso, su mano abrió al pobre y sus palmas al necesitado»; que es decir: «el trabajo de sus manos hizo grandes limosnas».

Cuanto de suyo es la mujer más inclinada al regalo y más fácil al enmollecerse y desartarse con el ocio tanto más le conviene el ejercicio y trabajo. Porque si los hombres, que son varones, con el regalo conciben ánimo y condición de mujeres, ¿qué serán sino lo que hoy son muchas dellas, que la seda les es áspera y la rosa dura, y les quebranta el tenerse en los pies, y de el aire que suena se desmayan, y el decir la palabra entera las cansa (y aun hasta lo que dicen lo abortan), y no las ha de mirar el sol, y todas ellas son un melindre y un asco? Porque quien considera lo que deben ser y lo que ellas mismas se hacen, y quien mira la alteza de su naturaleza y la bajeza en que ellas se ponen por la mala costumbre, no se hizo mucho en llamarlas así. Porque teniendo uso de razón y siendo capaces de cosas de virtud y loor, y teniendo ser que puede hollar sobre el cielo y que está llamado al gozo de los bienes de Dios, le deshacen tanto ellas mismas y se aniñan a sí con delicadez y se envilecen en tanto grado, que una lagartija y una mariposa que vuela tiene más tomo que ellas, y la pluma que va por el aire es de más sustancia.

Así que debe mirar mucho en esto la mujer, estando cierta que, en descuidándose en ello, se volverá en nada. Y como los que están de su naturaleza ocasionados a algunas enfermedades y males se guardan con recato de lo que en aquellos males les daña, así ellas entiendan que viven dispuestas para esta dolencia de melindrería, y que en ella el regalo es rejalgar, y guárdense dél como huyen la muerte, y conténtese con su natural y poquedad y no le añadan bajeza ni la hagan más para poco; y adviertan y entiendan que su natural es femenino y que el ocio él por sí afemina, y no junten a lo uno lo otro ni quieran ser dos veces mujeres.

He dicho el extremo de nada a que vienen las muelles y regaladas mujeres, y no digo la muchedumbre de vicios que de esto mismo en ellas nacen, ni oso meter la mano en este cenegal. Porque no hay agua encharcada y corrompida que críe tantas y tan malas sabandijas como nacen vicios asquerosos y feos en los pechos de estas damas delicadas y ociosas de que imos<sup>65</sup> tratando. Y en una dellas que pinta en los *Proverbios* el Espíritu Sancto se ve algo desto, de la cual dice así: «Parlera y vagabunda y que no sufre estar quieta ni sabe tener los pies en su casa, ya en la puerta, ya en la ventana, ya en la plaza, ya en los cantones de la encrucijada, y tiende por dondequiera sus lazos, vio un mancebo, y llegose a él y prendiole, y díjole con cara relamida blanduras: Hoy hago fiesta y he salido en tu busca porque no puedo vivir sin tu vista, y al fin he hecho en ti presa. Mi cama he colgado con hermosas redes y mi cuadra con tapices de Egipto, de rosas y de flores, de mirra y lináloe está cubierto el suelo todo y la cama. Ven y bebamos la embriaguez de el amor, y gozémonos en dulces abrazos hasta que apunte el aurora».

Y sí todas las ociosas no salen a lo público de las calles como ésta salía, sus escondidos rincones son secretos testigos de sus proezas; y no tan secretos que no se dejen ver y entender. Y la razón y la naturaleza de las cosas lo pide; que cierto es que produce malezas el campo que no se rompe y cultiva, y que con el desvío el hierro se toma de orín y se consume. Y, demás desto, si la mujer casada no trabaja ni se ocupa en lo que pertenece a su casa, ¿qué otros estudios y negocios tiene en que se ocupar? Forzado es que si no trata de sus oficios emplee su tiempo en oficios ajenos y quede en ser ventanera, visitadora, callejera, amiga de fiestas, enemiga de su rincón, de su casa olvidada y de las casas ajenas curiosa, pesquisidora de cuanto pasa y aun de lo que no pasa, inventora, parlera, chismosa, revolvedora de

65.- Vamos.

pleitos, jugadora y dada del todo a la risa y a la conversación y al palacio, con lo demás que por ordinaria consecuencia se sigue, y se calla aquí por ser cosa manifiesta y notoria. Por manera que, en suma y como en una palabra, el trabajo da a la mujer o el ser o el ser buena; porque sin él o no es mujer, sino asco, o tal mujer que sería menos mal que no lo fuese.

A todas las mujeres, sin que haya en esto acepción,<sup>66</sup> les está bien y les pertenece, a cada una en su manera, el ser hacendosas y acrecentadoras de sus haciendas. Y si el regalo y el mal uso de agora ha persuadido que el descuido y el ocio es parte de nobleza y grandeza, y si las que se llaman señoras hacen estado de no hacer nada ni saberlo hacer y de descuidarse de todo, y si creen que la granjería y la labranza es negocio vil y contrario de lo que es señorío, es bien que se desengañen con la verdad. Porque si volvemos los ojos atrás y tendemos la vista por los tiempos pasados, hallaremos que siempre que reinó la virtud, la labranza y el reino anduvieron hermanados y juntos.

Y si no fuera ésta vida de nobles (y no sólo usada y tratada por ellos, sino también debida y conveniente a los mismos), nunca el poeta Homero en su poesía<sup>67</sup> (que fue imagen viva de lo que a cada una persona y estado convino) introdujera a la reina Elena, mujer del rey Menelao, que cuando salió a ver a Telémaco asentada en su cadera, una doncella suya le pone al lado en un rico canastillo de copos de lana ya puestos a punto para hilar, y husadas ya hiladas y la rueca para que hilase. Ni en el palacio del rey Alcino, de cien damas que la reina Arete, su mujer, tenía en su servicio, hiciera, como hace, las cincuenta dellas hilanderas, con la misma Reina, que también se preciaba de emplearse en este ejercicio. Y la tela de Penélope, princesa de Ítaca, y su tejer y destejer no la fingiera el juicio de un tan grande poeta si la tela y el urdir fuera ajeno de las mujeres principales. Ni las historias que quedan referidas alabaran en tantas reinas y señoras estos virtuosos ejercicios si ellos fueran indignos de su grandeza y estado.

Pero ¿qué es menester traer ejemplos tan pasados y antiguos y poner delante los ojos lo que, de muy apartado, casi se pierde de vista? Sin salir de nuestras casas, dentro en España y en la edad de nuestros abuelos, hallamos claros ejemplos de esta virtud. Como lo fueron las hijas de la reina doña Isabel y muchas señoras de aquel tiempo; y si las que se tienen agora por tales y se llaman duquesas y reinas no se persuaden bien por razón, hagan dello experiencia por algún breve tiempo y tomen la rueca y armen los dedos con la aguja y dedal, y cercadas de sus damas y doncellas y en medio dellas, hagan labores ricas con ellas, y engañen algo de la noche con este ejercicio y húrtese al vicioso sueño para entender en él, y ocupen los pensamientos mozos de sus doncellas en estas haciendas y hagan que, animadas con el ejemplo de la señora, contiendan todas entre sí, procurando aventajarse en el ser hacendosas.

Y cuando para el aderezo y provisión de sus casas y personas no les fuere necesaria esta labor (aunque ninguna casa hay tan grande ni tan real adonde semejantes obras no traigan honra y provecho), pero, cuando no para sí, háganlo para remedio y abrigo de los pobres. Así que traten las grandes señoras el lino y labren en las sedas, y den tareas a sus doncellas y pruébense con ellas en estos ejercicios, y pongan en estado y honra aquesta virtud y estén ciertas que serán loadas de el mundo y muy preciadas y estimadas de sus

66.- Trato de favor.

67.- Quizá errata por 'Odisea'.

maridos, los cuales ternán esto por harto mejor que el verlas cuidadosas en atormentar sus cuerpos y rostros para parecer mejor, y que el verlas leer libros de caballerías y deshonestos amores, y traer el soneto y la canción en el seno, y que gustan de el billete y de el donaire de los recaudos, y de el terrero y de el sarao y de otras cien cosas de este jaez, y aunque nunca las hagan.

De la sagrada Virgen María, Señora nuestra (que excedió en castidad a todas las vírgines y en ser madre a todas las madres), dice san Epifanio que nunca estaba ociosa, sino siempre empleada en sanctos ejercicios. Repartía (dice) el tiempo de esta manera: tres horas, las primeras de la mañana, que era la cuarta parte del día (según la cuenta de los hebreos, que dividían el día de sol a sol en doce horas), estas tres horas daba a la oración, y las otras tres siguientes gastaba en hilar y devanar y tejer (y a este oficio ganaba lo que había menester para su sustento), y las seis horas restantes empleaba en contemplación y meditación y en lección de la sagrada Escritura. Pues veamos agora: si la llena de gracia, si la confirmada en sanctidad y virtud, si la que estaba tan libre y segura, no solamente de caer y tropezar en una mala obra, sino de no dar entrada a un mal pensamiento ni ser tentada dél, vivía con este recato y miramiento de no estar jamás ociosa (no porque lo estuviera,<sup>68</sup> su purísima carne la desasosegara ni el Demonio se atreviera a<sup>69</sup> acometella, sino por hacer lo que sabía que daba contento a Dios y por enseñar al mundo que la ocupación sancta y virtuosa es custodia de la castidad), ¿cómo quiere la que es flaca y miserable y por tantas vías combatida y derribada, salir con victoria de el enemigo viviendo, como vive, descuidada y ociosa?

Dirá por ventura que no tanto los ejercicios corporales y espirituales hacían a la Virgen limpia y pura cuanto la gracia superabundante de el Señor, de que era dotada. Yo soy de el mismo parecer, y confieso que la gracia de el Señor principalmente conservaba en su ánima y en su cuerpo, en grado heroico, la virtud de la castidad; pero nadie puede negar sino que los ejercicios sanctos y virtuosos no solamente amparan y mantienen la castidad y conservan la gracia, sino que la fortifican y aumentan. La virtud y la gracia de el Señor todo lo puede y todo lo hace; pero cosa cierta es que nunca concede Dios esta merced soberana al vagabundo y baldío, sino al siervo suyo que halla bien empleado en sanctos y loables ejercicios y hace lo que es en sí, y, por el contrario, la niega al ocioso y holgazán dejándole desarmado y puesto a los peligros y tentaciones de la carne y en manos de el inundo espíritu de torpeza.

Por lo cual aconsejaba sant Jerónimo a un monje llamado Rústico que siempre estuviere entendiendo en algo, por que al tiempo que viniese el Demonio a tentalle le hallase ocupado. Y al mesmo propósito cuenta Casiano de un santo monje de el Yermo que, como un día acaso pasase por la celda de un novicio, halló un demonio parado a la puerta, y deseando saber su intento, vido que no hacía sino entrar dentro y estar un rato y tornarse a salir fuera, repitiendo muchas veces estas entradas y salidas. Finalmente, entró el sancto monje al novicio para saber lo que era, y, preguntandole y repreguntándole, halló por su cuenta que los ratos que había estado ocioso eran los que el malino espíritu hallaba la entrada libre y desembarazada para tentalle, y los que estaba entendiendo en algo eran

68.- Parece sobrar 'lo estuviera' (87v).

69.- Suplo 'a' (87v).

los que el mismo espíritu se salía huyendo y le dejaba libre de la tentación, lo cual todo le contó después al novicio, aconsejándole que dende en adelante no viviese un punto ocioso y sin recato. Este mismo consejo será bien que tome cualquier cristiano para sí, si quiere no solamente no caer en la tentación, pero ni aun ser por maravilla tentado.

Dice Tulio que mujer ociosa es un saco de lujuria. Y tiene mucha razón; porque como su natural las fuerce a ocuparse en algo y ellas no quieran trabajar ni ser de provecho, necesariamente han de entender en mal; y de aquí viene ser comedoras y golosas, bebedoras, lujuriosas y grandes parleras, y vienen a hacerse perdición y lazo de muchos miserables y confusión y deshonor de sus padres e injuria de sus maridos, vergüenza de sus hijos, destrucción de la casa, escándalo de sus parientes y aborrecimiento de sus vecinos. Dice, finalmente, que la mujer ociosa pierde la vergüenza a todos, y lo que oye de Dios nunca le agrada; y así, huye de los sermones y de toda honesta conversación y procura hacer semejantes a ella a todas las que con ella tratan y conversan. En la *Historia oriental* se lee que Locadio, rey de Armenia, muy cristiano y temeroso de Dios, ordenó, para que las mujeres por ninguna vía pudiesen estar ociosas, que ninguna mujer de su reino pudiese hacer voto de peregrinación, por ninguna necesidad, para cualquier ermita o templo que fuese, ni pudiese irse a recrear algún día que fuese de trabajo ni fuese a visitar a sus amigas ni vecinas. Decía este cristianísimo rey que era tan mala cosa en la mujer la ociosidad como otra cualquier infamia, y que mujer de honor que fuese ociosa era bastante para corromper una gran ciudad y todo un reino, y que el marido que consentía a su mujer estar ociosa era digno de ser privado de cualquiera mando, estado y dignidad, y que mostraba ser para poco y sin ninguna virtud ni bondad.

## Fin del primer Tratado de las doncellas



# Comienza en el libro llamado *Vida política de todos los estados de mujeres*

El segundo tratado: Del estado de las religiosas  
consagradas a Dios

Prólogo

**P**OR cuanto algunas seculares, siervas de Dios y muy espirituales, no se satisfaciendo con ejercitar la vida común de las demás cristianas y ordinarias mujeres, andan con gran deseo de saber cómo podrán aventajar el discurso de su vida y ejercitar sus buenas obras con mayor perfección y policía cristiana, y porque para alcanzar esto son raros los ejemplos que se hallan en el siglo de quien lo poder deprender y escusarles el trabajo que muchas tienen en preguntar y pedir se les enseñe cómo mejor procedan en sus obras, palabras y pensamientos, me pareció poner aquí este Tratado de religiosas para que les sirva, en lo que les convinieren, de un claro espejo en el cual echen de ver lo que les falta y, conforme a ello, procuren suplirlo y emendarlo para que delante de Dios (a quien con la verdadera y espiritual hermosura procuran agradar) parezcan muy más graciosas y perfectas.

Asimismo me movió a poner el dicho tratado entre los demás tratados de mujeres por que, si acaso esta *Vida política* llegare a manos de algunas religiosas, hallen en este breve compendio perteneciente a su sancto estado algunas flores de sancta doctrina (que, por ser las más dellas del seráfico doctor sant Buenaventura y las demás de otros sanctos doctores, entiendo les serán aceptas y muy provechosas) y para que consideren los muchos trabajos que en los demás estados hay y los peligros y desventuras de la vida libre, y, así, no pueda el Demonio persuadirlas a que vuelvan la cabeza a mirarlos y arrepentirse del sancto estado que tomaron.

Por estas mismas causas creo que el glorioso sant Jerónimo engirió entre los demás estados de mujeres el maravilloso tratado que hizo de religiosas, para que a las que lo son les aproveche de una resolución y memorial de lo que han aprendido y deben hacer, y a las demás que le leyeren de un norte con el cual fácilmente puedan gobernarse con gran destreza para que las tinieblas y tempestades de este mundo no sean poderosas a las apartar de el camino del cielo, como lo suelen hacer a las que floja y tibiamente siguen este felicísimo viaje.

La doncella que viene a servir a Dios a la sancta religión y a hacer penitencia de sus pecados conviene que siga el consejo de el Sabio, que dice: «Tú, que vienes al servicio de el Señor, apareja tu corazón a la tentación y está en el temor de Dios». Y para que en esto más cumplidamente pueda aprovechar y ponerlo por obra es necesario que con toda diligencia sepa y aprenda y ponga en ejecución lo que aquí le fuere enseñado. No solamente en el año de su noviciado, sino mientras le durare la vida; porque no basta a la religiosa comenzar a bien vivir, sino que también ha de dar al comienzo buen medio y mejor fin, pues el que perseverare hasta la fin ése será salvo.

Cuanto más la religiosa se preciare de guardar estos documentos tanto más huirá los vicios y pecados y aprovechará en buenas costumbres y virtudes; y ninguna, por parecerle que estas cosas son pequeñas y que va poco en guardarlas, las menosprecie; porque ligeramente caerá en lo más peligroso la que las menosprecie. Porque las ceremonias son tan propias y necesarias a la religión como las hojas a la fruta del árbol: que aunque son hojas y de poca importancia al parecer, son muy necesarias y provechosas para defender la fruta de el gran calor del sol, de el granizo y yelo, y para que venga a sazonzarse y conservarse hasta ser cogida. Desto mismo sirven las ceremonias en la religión: porque entretanto que el fruto de las buenas obras está en el árbol de este mundo son mucho menester las hojas, que son las ceremonias, para defender, conservar y sazonar el fruto, hasta que, después de maduro, se goce dél en el cielo

Por mandado de el rey Sedequías fue echado el profeta Jeremías en un lago o pozo sin agua, aunque con mucho lodo; y no faltando un buen tercero que rogase por él, alcanzó del Rey que le sacasen de allí. Idos allá, echáronle una maroma para que subiese por ella, y dice el texto que le echaron unos pedazos de trapos viejos para que la maroma no le desollase las manos cuando por ella subiese. Muy al natural nos pinta esta historia lo que de las ceremonias decimos: porque entretanto que estamos en este mundo no es más que estar en un pozo sin agua, lleno de lodo y cieno; la maroma con que han de subir los escogidos al cielo son los sanctos mandamientos de Dios para todos los cristianos y los consejos para los religiosos. Pues, alcanzada ya la merced para salir deste pozo por los méritos de la preciosísima sangre de Cristo, Señor nuestro, que intercedió por nosotros, queriéndonos aliviar la sagrada religión esta subida para que mejor podamos gatear por la aspereza de sus caminos y obligaciones y no nos lastimemos ni desollemos las manos, nos echó estos trapos viejos de las sanctas ceremonias, con las cuales vamos más fuertemente asidos a la observancia y guarda de los votos que a Dios prometimos, para que desta suerte no caigamos y nos despeñemos en sus quebrantamientos. Por lo cual las debemos preciar y tener en mucho, como a columnas fuertes de la religión que la fortifican y hermocean en lo exterior y conservan mucho lo interior, para menos errar y mejor servir a Dios y edificar al prójimo.

Fin del Prólogo

Capítulo primero: De la que ha de ser elegida en maestra de novicias, y del ejemplo que debe darles; y cómo en sus primeros años las ha de imponer en loables costumbres con todo cuidado, so pena que por las faltas de sus súbitas será muy culpada de todas

**P**LATÓN, en el diálogo intitulado *Alcibiades el primero*, pone la causa por que los reyes de Persia, siendo bárbaros de nación, salían tan buenos y valerosos príncipes; y dice no ser otra sino por la buena doctrina y crianza de sus excelentes maestros. Porque los príncipes de Persia, desde que habían siete años, luego se ejercitaban en el arte de cabalgar a caballo y montería y caza de fieras bravas, gobernados de los maestros que para esto les eran señalados; pero, después que llegaban a la edad de catorce años, luego los tomaban a cargo aquellos que los persas llamaban ayos reales.

Éstos eran cuatro, los mejores y más escogidos que en aquel tiempo en todos sus reinos se hallaban: el uno el más sabio, el otro el más justo, el otro el más virtuoso y el otro el más esforzado. De éstos, el muy sabio le enseñaba las letras, el culto divino y las cosas de la gobernación del reino y del estado. El muy justo no le enseñaba otra cosa sino justicia, y a ser verdadero y usar y decir verdad por toda la vida. El muy virtuoso le enseñaba que no se dejase vencer de ningún deleite ni vicio, para que se acostumbrase a ser libre; y que, pues era verdaderamente rey, primero enseñorease a sí y a sus pasiones para no hacerse siervo dellas. El muy esforzado le enseñaba a ser osado y sin temor, y que sólo temiese de parecer ser vil y cobarde. Y así, cada cual destes ayos, sus horas señaladas cada día, le ejercitaba en estas cosas de tanta utilidad, hasta que venía a reinar el príncipe.

El glorioso santo Tomás dice así: «El hijo del villano, en naciendo le envían a guardar ganados, y ándase por do quiere, de sembrado en sembrado, de fuente en fuente, de collado en collado, de vereda en vereda, y éntrase en la viña ajena y toma de la fruta que le parece; finalmente, no hace cosa que no sea a su gusto y voluntad y según sus apetitos quieren. Pero el hijo del rey y del generoso, en naciendo que nace, le señalan ayos que le enseñen buenas costumbres y quien le diga cómo ha de hablar con los caballeros y cuándo ha de callar y cómo ha de proceder en sus cosas, yéndole siempre a la mano en todo lo que no es justo ni conveniente a su dignidad y estado».

Si para criar un príncipe y adornalle de costumbres virtuosas se buscan tantos y tan insignes maestros, para criar y doctrinar las esposas del Rey soberano, ya que no se elige más de una sola maestra, ¿qué tal debe ésta ser para que entienda que las novicias que se le encargan no son como el villano, a quien dejan andar por donde quiere sin que haya quien le vaya a la mano? Porque ése se cría para labrar las viñas y otras cosas de esta suerte; mas las novicias no se han de criar para eso, sino para entender en una cosa tan excelente y delicada como es la vida espiritual. Para lo cual han menester tanta guarda, tal doctrina y ejemplo, que, para cumplir bien la maestra con sus obligaciones, sin el auxilio de Dios no lo podrá alcanzar, por ser tan dificultoso el guardarlas de lo vedado y el hacerlas que siempre permanezcan cultivando la viña del Señor con las pesadas azadas de las rigurosas penitencias y menosprecio del mundo.

*De la que ha de ser escogida para maestra de novicias*

Mucho cuidado es menester para escoger buenas y virtuosas maestras las cuales sepan enseñar a sus novicias la estrecha regla que tienen de prometer a Dios y las sanctas ceremonias de la religión que tienen de guardar. Aquel filósofo que fue de Roma a Asia y de Asia a la gran India, no iba más de por aprender filosofía; mas la novicia que deja los regalos del mundo por venirse a la religión no viene si<sup>70</sup> por salvarse, y no a deprender filosofía; a cuya causa es muy necesario le den tan suficiente maestra que sepa muy bien encaminarla por el camino del cielo y representarle los grandes trabajos en que se ha de ver para que cuando los encontrare no se le hagan nuevos.

Las que vienen del siglo a la religión no son más que una tabla rasa y que un poco de blanda cera; y si acaso la maestra, que ha de pintar la tabla y ha de imprimir en la cera, no es diestra en saber pintar y no tiene buen sello para imprimir bien, no es mucho borre la pintura y eche a perder la cera. Lo que en esto quiero decir es que no puede ser buena maestra de novicias la que no fue primero buena discípula de otra buena maestra; porque las cosas de perfección y religiosas costumbres no las ha de enseñar el que las oyó o leyó, sino el que en sí mismo las ha ejercitado y experimentado.

Si en el monasterio hay un animal el cual se ha mancado, claro está que la prelada no consentirá que le pongan en manos de algún albéitar que no sea muy diestro en su oficio; y si esto es así, ¿con qué cara ni con qué consciencia se atreverá a fiar a la inocente novicia de una maestra sin experiencia, no osando fiar su animal sino de maestro aprobado? Si nadie quiere fiar su paño ni consiente que metan la tijera en su ropa si no está muy cierto que el sastre sabe muy bien cortarla y hacerla, ¿cómo osa la prelada poner a la novicia, que viene del mundo huyendo de sus vanidades, en manos de la monja más sobresalida y más esenta que hay en el monasterio? El que tiene casa vieja y llovediza no busca maestro que le quiebre las tejas, sino quien se la aderece y quite las goteras; en lo cual se nos da a entender que ha de ser tan aventajada la monja que a las demás ha de doctrinar, que se tenga en poco lo que les enseña con las palabras respecto de la edificación que causaren sus buenas obras.

Cuando el patriarca José llevó al sancto Jacob, su padre, y a sus hermanos a tierra de Egipto, como les preguntase el rey Faraón que qué oficios sabían, y ellos respondiesen que no sabían sino guardar ganados, dijo el Rey a José: «Mira bien si hay entre esos tus hermanos algunos dellos que sean industriosos y experimentados en guardar ganados, y encomiéndales la guarda de los míos». Es aquí mucho de notar que no mandó el rey Faraón al sancto José que fiase sus ganados a cualesquier de sus hermanos, sino solamente de los que sabía que eran pastores expertos. Del cual ejemplo podemos inferir que el oficio de criar novicias en la religión no se ha de encomendar sino a las que de su natural son honestas y de gran cordura y que en la religión son ancianas y de grande aprobación. No quiere Faraón que se encomienden sus ovejas sino a pastores que sean sabios y laboriosos, y ¿atreverse ha la prelada a fiar la crianza de sus hijas a las que en la religión son menos ancianas y de poco asiento?

No vaca tampoco de misterio que el rey Faraón no les encomendó la guarda de sus ganados porque eran hijos de Jacob ni hermanos de José, su gran servidor y amigo, sino

70.- Por 'sino' (92r). Ocurre en otros pasajes.

porque tenían para aquel oficio mucha humildad y suficiencia. En lo cual se puede tomar ejemplo que la buena prelada no debe poner por maestra a la religiosa que es más su amiga, sino a la que viere en su monasterio que es más humilde, recogida y honesta, y que en el seguimiento de la comunidad es siempre la primera y la postrera en salir del coro. El no dar a personas dignas los oficios del monasterio no se niega que es pecado; mas junto con esto afirmo que elegir a la que es indigna en prelada o en maestra, que no sólo es pecado, mas aun sacrilegio; porque las otras oficialas su cargo es guardar llaves y puertas, mas el oficio de la prelada y maestra es de regir y gobernar almas.

Un grande engaño suele haber en las preladas, y es que, mirando mucho si la maestra que escogen para las nuevas religiosas tiene ostentación y modo de enseñar, no entra en cuenta lo principal ni se hace caso si tiene costumbres dignas de maestra. En lo cual hacen mal, como lo haría el que, buscando un buen pintor o estatuario para labrar una pieza que mucho le importa, se contentase con un remendón; y si esto sería barbaria, ¿cuánto más lo será buscar así una maestra para haber de pintar las ánimas de las tiernas doncellas de perfectas virtudes? Lo mesmo sería si, buscando médico para un enfermo, se pagase del primero que topa porque tiene buen aire, es de buena presencia, habla mucho y con términos que ni los entiende ni se entienden, faltándole por otra parte experiencia de lo que sana para la aplicación de las medicinas.

Del profeta Daniel cuenta la sagrada Escritura cómo el rey Nabocodonosor soñó una noche un sueño muy terrible, el cual ninguno supo interpretar ni entender si no fue Daniel, y que en remuneración de tan gran servicio le constituyó el Rey por gobernador de todas las provincias a él sujetas y por maestro de todos los sabios. La gracia que dio el Señor al sancto profeta Daniel fue porque, criándose él en el palacio real, acontecíale muchas veces que al tiempo que los otros pajes comían gallinas y capones, comía el acelgas y lentejas, y cuando los otros bebían vinos preciosos, él se contentaba con agua; de manera que por ser más abstinentes que todos vino a ser elegido por maestro de los maestros.

Deste ejemplo debrían aprender las preladas a no dar el cargo de criar novicias sino a la religiosa que en su monasterio esté tenuta por muy religiosa y fuere muy alabada de particular abstinencia. El glorioso san Basilio decía en su antigua regla estas palabras: «A los discípulos de los discípulos de Cristo Señor nuestro oímos decir que debe ser tan escogido y bueno el monje que ha de criar y doctrinar a los que de nuevo vienen a la religión que, en saliendo de abad, le elijan por maestro, y al que fuere maestro le elijan en abad». Y en la *Vida solitaria* dice estas palabras: «Entonces diremos que está el monasterio bien ordenado cuando eligen en él por abad al monje más cuerdo, y en maestro de novicios y jóvenes al más recogido, y para la puerta al más manso y modesto, y para salir fuera al de más honestidad, y para servir a los enfermos al más piadoso y caritativo». Y en conformidad desto dice el abad Juan Climaco que en las congregaciones de los monjes de Egipto hacían maestro de novicios al más principal, y al segundo después dél hacían abad de los monjes, y al tercero ponían a la puerta del monasterio, y al que era más honesto encomendaban los negocios del siglo. Y el glorioso san Jerónimo escribiendo a un monje llamado Rústico, le dice así: «Si quieres saber quién fue mi maestro y de los demás monjes que estamos en el Yermo, sabe que fue el abad Rogerio: varón por cierto que en la condición era manso, muy sabio en aconsejar, en edad anciano, en el comer sobrio y templado, en el dormir desvelado, en el hablar callado, en la oración devoto, en la disciplina riguroso, en la obe-

diencia prompto y en la caridad continuo». Conforme a los consejos de otros sanctísimos varones, conviene mucho a la maestra de novicias ser muy recogida; porque muy mal parecería reprehender ella a su discípula de disoluta si a ella la viesen andar derramada por monasterio o muy metida y ocupada en negocios y cuidados del siglo.

*Más persuade la maestra con ejemplo que con palabras*

Por el cuidado y solicitud que se encarga a las preladas en mirar a quién hacen maestra, puede entender la que para este oficio fuere electa de cuánta importancia es este cargo. Y así, para corresponder al buen crédito que de su persona se tiene y cumplir con la obligación que el oficio trae y la prelada le pone fiándole la crianza de las novicias que adelante han de venir a enseñar a otras y gobernar el monasterio, debe tomar primeramente por maestro y ayo suyo al glorioso san José, que, por haberlo él sido (como san Bernardo dice) de Cristo nuestro Redemptor en su dichosísima infancia, es de creer tendrá particular cuidado de los que, por tener el mismo oficio, piden su amparo y socorro para salir mejor con tal empresa, tan enderezada al servicio y obra de Dios y salvación de las almas.

Porque el camino del buen ejemplo es cierto y breve, debe la prudente maestra comenzar a entablar este juego por la pieza más cercana, que es la suya, ajustando su propia vida con la regla de la religión; porque desta manera enseñará más callando que hablando, y recibirse ha su doctrina con llaneza viendo que no desdicen las obras de sus palabras; porque de poco provecho le será quererlo con la voluntad si no pone manos en la labor, que es el camino de alcanzar lo que desea.

Un candelero de oro vio el profeta Zacarías encima del cual estaba una antorcha ardiendo. Semejante a éste debe ser quien tuviere oficio de enseñar: que, siendo de metal subido, sostenga en sí la luz con que ha de alumbrar a los demás; que por eso, hablando la divina Majestad con sus discípulos y habiéndoles dado a entender que el propio lugar de la vela es el candelero, añade: «Así resplandezca vuestra luz delante de los hombres, que echen bien de ver vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre, que está en los cielos». Como quien dice: «En medio del mundo estáis, al cual os he dado por maestros. Y en esta cátedra no sólo leed con palabras, sino enseñad con obras vivas; pues de veros obrar lo que decís tomarán ejemplo y se animarán a hacer otro tanto»; porque cuando la doctrina se funda en buen ejemplo el efecto es maravilloso, y donde éste falta, ¿qué son palabras sino palabras, cuya fuerza es aire?, y así, todo se convierte en él.

Con solas trompetas derribó Dios los muros de Jericó; pero éstas tocábanlas los sacerdotes, que son como maestros, con la boca y con las manos; porque la verdadera voz del que enseña con obras estámpase en el corazón. No una, sino muchas veces, da latidos y aldabadas en la memoria del que oye, y, como va bañada en obras, hace mucha obra. Para conquistar la potencia de Madián dijo Dios al capitán Gedeón que llevase toda su gente al río y escogiese solamente los que bebiesen agua con la mano, dándonos a entender que en este ejercicio perpetuo donde se batalla con los vicios y malas inclinaciones (significadas por Madián, que, según Orígenes, se interpreta *corriente*, cuales ellas son en gente moza), los que hacen al caso son maestros de manos, que primero tocan al agua y después la llevan a la boca, primero obran y luego hablan, primero hacen y luego digan.

Llevaban asimismo estos soldados en la mano siniestra una antorcha encendida y en la derecha una trompeta, que viene bien con lo que arriba queda dicho della y de la luz para darnos a entender que la voz acompañada de claridad todo lo vence, el corazón más altivo humilla, al hombre más distraído gana, y el ánimo más rebelde sujeta y recoge. Porque, como dice Séneca, los hombres más creen a lo que ven por los ojos que a lo que les dicen al oído. Dice sant Efrén: «Pues son vanos los preceptos de la virtud a secas en la boca del maestro, sin provecho pasan largos documentos de la honestidad, y poco mellan reglas muy curiosas de la vida en los oídos del mancebo si por otra parte ve hacer cosas totalmente contrarias a la misma vida, virtud y honestidad».

En el santuario mandaba Dios que las tenacicas de despabilar fuesen de oro purísimo, porque quien ha de quitar faltas ajenas hase de hallar sin ellas. Tucídides y Plutarco dicen que el principal ardor que lleva al hombre a deprender es la nobleza y virtudes de el que enseña, guardadas las modificaciones debidas. Y así, dicen los sanctos doctores que más deben sonar las buenas obras del predicador que sus buenas palabras, y que sus pasos deben ser guía por el camino de la salud a sus oyentes, de manera que no se muevan tanto por sus buenas palabras como por su buen ejemplo, bien así como el gallo: que primero sacude sus alas que con sus roncas canciones anuncie la venida del día.

San Gregorio Nacienceno compara la palabras sin obras a sueños, y san Jerónimo escribiendo a Nepociano, dice que antes querría rudeza sancta que elocuencia con pecados. Había Giezi, contra el mandato de su señor el profeta Eliseo, recibido gran cantidad de ropa y moneda que le dio Naamán, siro; pero cuando pensó quedar bienaventurado para toda su vida, barató de allí una muy fea lepra que le cubrió todo el cuerpo perpetuamente, no sólo para sí, sino para todos sus descendientes; porque, como él estaba inficionado de la ponzoña, con la herencia del padre salían los hijos enfermos y leprosos. Lo mesmo acontece en las cosas morales: que el vicio del mayor prende como peste en el menor, no obstante que se le pongan defensivos de buenas razones; y, al contrario, lo bueno se pega al corazón cuando el que lo enseña no destruye la semilla de su buena doctrina con su mal ejemplo.

Pitágoras, el filósofo (dice sancto Tomás), fue tan honesto que con obras y palabras muy encarecidas predicaba los admirables loores de la castidad, en lo cual tenía tan señalada fuerza que, en unos con razones y en otros con música, apagaba los ardores de la sensualidad. Siendo tal el tronco, ¿qué ramas y fruto llevaría? Siendo tal el maestro, ¿qué discípulos criaría? Y siendo tal el padre, ¿cuáles podrían ser los hijos? Una hija escribe san Jerónimo que tuvo el dicho Pitágoras la cual mostró bien ser criada con la doctrina de tal padre y maestro; porque si el padre era casto, por su ejemplo fue la hija virgen; si el tuvo discípulos, ella puso escuela de doncellas; si él reducía los hombres al camino de la virtud, ella con palabras y obras las impuso en el estado virginal hasta la muerte. ¿Qué, pues, hicieran ésta y sus buenas discípulas si vieran los altísimos dechados como en la Iglesia resplandecen, de vírgines honestísimas, pues con sólo el que el padre había dado a la hija bastó para hacer tanta impresión en todas el amor de la castidad? Tanto vale la buena enseñanza del maestro como esto, si primero hace en sí lo que desea ver en sus discípulos.

Cuando Platón llegó a Zaragoza de Sicilia al llamado de Dionisio, que allí reinaba, dice Plutarco que, como el Rey se comenzó a dar a la filosofía con la llegada de tan buen maestro, no se vía otra cosa en palacio sino conversaciones de letras, pinturas de geometría, figuras y plantas de astrolabios. Esto mesmo pasa también en la religión; porque si la

maestra es humilde, amiga de la pobreza, del ayuno y disciplinas, de la oración y caridad, de la honestidad y menosprecio del mundo, no tratan de otra cosa las hijas que tiene sino en aventajarse en estas y otras virtudes; porque cuál la madre tales son las hijas, y cuál la maestra tales son las discípulas.

*En sus tiernos años ha de imponer en virtud la maestra a sus novicias*

Cosa es muy importante que la maestra comience a hacer su labor en sus nuevas religiosas luego a los principios, para que mejor se les imprima, con la ternura de la edad o nuevo estado, cualquier doctrina<sup>71</sup> y enseñanza, ahora sea de las sanctas ceremonias y ejercicios monásticos, como las buenas costumbres, que es el norte donde la maestra más ha de enderezar su proa. Porque cuando el arbolito es pequeño fácilmente se trasplanta de tierra en tierra, arráncase sin trabajo y sin ningún peligro se endereza a la mano que el hortelano quiere; pero si comienza un poco a ceparse y echar raíces, no le mudarán sino con el asegur.

Muy celebrada es aquella otra semejanza: que son los niños como los vasos, los cuales conservan para sí siempre el olor y sabor de aquello con que primeramente los estrenan; de manera que como el agua se coge limpia y pura en sus primeros manantiales, el sol es más sano y agradable en su nacimiento, y los animales feroces cogidos en sus cuevas se domestican y amansan con suma facilidad, así las doncellas en los tiernos años de su edad y religión son guiadas con más blandura y suavidad donde la voluntad de la maestra las llevare.

¿Por qué causa (dice Ludovico Dolce) aquel laurel ha crecido tan derecho y hermoso, sino porque cuando era pequeño fue artificiosamente ayudado y sostenido con alguna estaca? Pues, siendo esto así, tanto con mayor cuidado se deben enseñar las religiosas y procurar que sean las que deben cuanto la religión tiene más necesidad de hijas bien acostumbradas y virtuosas que de árboles derechos, crecidos y hermosos. Muy bueno es el varón que desde su juventud echare sobre sus hombros la carga de los trabajos, dice Jeremías. Éstas da por buenas nuevas el santo Profeta porque quien comienza su jornada temprano con tiempo llega a casa, y quien quiere salir con lo que desea tómelo de principios tiernos; que no es posible comenzar con buena sazón el año para esperarle después muy fértil y abundante.

El miedo con que se cría el pollo desde chiquito dúrale también después que es grande; y esto (según advierte muy bien Séneca) es de manera que, en viendo pasar el milano, se recoge a seguro, no obstante que, por ser de tal edad, ni tenía qué temer ni al ave de rapiña le pasa por pensamiento acometerle. De Pirro, rey de los Epirotas, se escribe que fue criado con leche de tigres, y así, tuvo condición de tigre: que asegura a los animales, y cuando los vee allegados a sí los mata. Tales condiciones cobran los hijos cuales son las enseñanzas y ejemplos que les dan, correspondiendo naturalmente a sus mayores y a la doctrina y ejemplo de sus maestros. Grande es la fuerza y eficacia de la costumbre, la cual viene a convertirse en otra naturaleza, y así, hace mucho al caso para alcanzar buenos fines tomar enderezados principios; porque la habituación de las cosas en que las personas se ensayaron en su juventud o niñez facilita las dificultades que sobrevienen cuando grandes.

71.- Orig.: 'doctrina' (96r).



Dicen los naturales que para ser buena el agua ha de tener tres propiedades o condiciones: no ha de haber en ella color, ni olor ni sabor; porque esto es señal que carece de todo<sup>72</sup> misto y que, llegándose más a su elemento, tiene más de perfección. Tal es la condición de las nuevas novicias cuando viven en aquella su natural simplicidad: que no sienten alteración de pasiones por mezclas de cosas mundanas, viven sin turbación, andan con llaneza y todo es en ellas claridad; mas cuando otra cosa sintiere la maestra, no hay sino acudir a la medicina del castigo.

Vemos acá que los médicos curan unos contrarios con otros: donde hallan que se peca de humor cálido aplican medicinas frías, y donde prevalece el frío ayúdanse de cosas calientes o templadas. Pero de la manera que esta diligencia no tendrá efecto si la mala calidad o disposición del estómago no las admite, así será de poco fruto la mucha diligencia y cuidado de la buena maestra si el ánimo de su discípula está tan estragado que de la buena doctrina se olvida y con la corrección se enoja, con la alabanza se desvanece y se endurece con el castigo y con la blandura persevera en su pertinacia. ¿Quién, pues, remediará estos peligros, o con qué medicamento preservativo se estorbará el daño de tan pestífera enfermedad? «La buena crianza de la tierna edad (dice el Espíritu Sancto) humilla y baja su cerviz y elevación en su juventud, y en su infancia ande la vara del castigo, por que acaso con la edad no se endurezca y venga a no darte crédito, lo cual lastimará tu corazón».

Esta es cosa certísima; que si vemos en los mayores años cometer las religiosas cosas indignas del estado que profesan, no hemos de pensar les vino el mal de ayer acá; que de lejos lo traen. El consagrado a Dios, desde la niñez se ha de imponer, si quiere salir cual conviene en su servicio, como Sansón, para cuya crianza dio el Ángel una recepta a su propia madre; que los hijos de Belial (que es el Demonio), como se los ofrecieron desde chiquitos, pequeños perecieron. Y el mal de este desconcierto viene ordinariamente por el gran descuido que se tiene en sus principios por la falta de los maestros, que no los corrigieron como debían ni los pusieron en la virtud. De este engaño tan manifiesto se reía Plutarco viendo cuántos, en oyendo o sabiendo de otros que cometieron cosas insolentes, salen luego con una flor diciendo: «Pues ¿no solían los tales hacer esto?». Esta (dice el mismo filósofo) es grave ignorancia.

Ser verdadera esta doctrina prueba muy bien aquel famoso ejemplo que Boecio refiere, el cual dice que cierto muchacho, comenzándosele a entrar la malicia antes de tiempo, se hizo poco a poco a vida muy viciosa. Con esta disolución y mala inclinación pasó a la edad juvenil sin que su padre le corrigiese ni castigase por lo que hacía. De aquí nació que vino a ser tal y a hacer tantos insultos que le mandaron ahorcar por ellos. Estando, pues, al pie de la horca, dice Gersón que pidió muy enrarecidamente le dejasen ver a su padre, el cual era un noble caballero romano llamado Lucrecio; y aunque el caso era lastimero, al fin, por darle aquel último contento, se le trujeron. Llegose el desdichado mozo como que le quería abrazar y despedirse dél en aquel último paso; pero no fue así, porque, antes que le dijese palabra, le arrancó las narices con los dientes, diciendo: «Si tú me castigaras cuando era niño y no me dejaras anudar en mi mala inclinación, no viniera yo a morir en tal miseria». De suerte que a este pobre mancebo ni la nobleza de sangre ni la abundancia de bienes, ni el poder de los amigos ni el favor de los parientes pudieron escapar de una muerte tan mi-

72.- Orig.: 'todo do' (97r).

serable y afrentosa: sólo le valieran los primeros años, si los hubiera gastado como debía, y la corrección y castigo de sus padres, si se le hubiera tenido, como él en tal paso confesó.

No se puede decir que el padre que deja de castigar a su hijo cuando lo merece, ni la maestra a su discípula, les tienen amor, sino mortal aborrecimiento, pues lo que con poco disgusto podría remediarse viene después a pagarse con la vida y la honra. Más vale que lloren los hijos y los discípulos que no los padres y maestros; y mejor es que se quejen de los azotes dados con mano paternal que de los que les pueden venir por manos de crueles sayones, como lo son los murmuradores y detraedores de sus vidas. Y así, las maestras, ninguna muestra de vicio y liviandad, cuando la dan sus novicias o jóvenes, se ha de tener por pequeña dejándolas salir con ella, pues en tal tiempo es mucho; que el río grande se hace de arroyos, y a veces en un manantial delgado tienen principio ríos muy hondos y caudalosos. En especial que la diligente maestra, celosa del bien de la religión y de sus hijas, por pequeña que vea la falta, la de reputar por grande, pues grande puede ser.

#### *Las faltas de las novicias se atribuyen a la maestra*

Viendo los inconvenientes que se siguen de los descuidos de la maestra y los daños que de ellos redundan, debe velar y despabilarse los ojos muy de veras para que por su flojedad y remisión no vengan las nuevas religiosas a cobrar malos siniestros con los cuales vengan a turbar y destruir la religión y honra del monasterio, sabiendo que, si hay gloriosa corona para su cuidado, también habrá afrentosa pena para su descuido, pues el vicio del discípulo comúnmente se imputa a la mala crianza del maestro. Criaba el hijo de Dios sus doce Apóstoles para príncipes y gobernadores del Universo; y porque en el principio de su predicación habían de dar muestra del maestro que habían tenido, les dijo una vez: «En esto conocerán todos que sois mis discípulos»; como quien dice: «Mi honra dejo puesta en vuestras manos, porque si los hombres veen en vosotros cosas dignas de mi doctrina, alabarán el maestro que os enseñó; pero si veen lo contrario, dirán que de mí tomastes lo que en vosotros juzgaren por vicioso».

Como hubiese sido Plutarco maestro de Trajano, luego que supo era emperador, le escribió una carta; y una de las buenas razones que en ella iban fue ésta: «Si no te gobiernas bien en el señorío, no dudo sino que tú, señor, te verás en grandes peligros y yo habré de padecer de los maldicientes graves reprehensiones: porque ni Roma puede sufrir ya la flojedad y descuido en los príncipes, y la común plática de todos a los maestros suele atribuir las faltas de los discípulos. Si enderezares tus consejos y hechos a virtud, todo universalmente te sucederá bien. Aquí te envío escrito todo el orden del buen gobierno público, mostrando la fuerza que tiene cuando bien se conserva y ejecuta: si a estos mis preceptos obedeces, a Plutarco tienes por maestro de tu vida, y, si no, a esta carta pongo por testigo que no caminas a tu cruel daño y destrucción de tu imperio siendo Plutarco tu guía».

De algunos vicios es acusado el grande Alejandro, pero en unos echa la culpa Quintiliano a Leónidas su ayo, y en otros la echa Plutarco a Lisímaco, que tuvo el mismo oficio y le desvanecía con nombres y apellidos llenos de locura y ambición, y así, como salió Alejandro tan arrogante, crio soldados y capitanes de su complexión: tan altivos y locos que el mundo no se podía después valer con ellos. Clemente Alejandrino, en su *Pedagogo*,

condena a Sicino, ayo de los hijos de Temístocles, afirmando que los instruyó mal, por ser tan liviano que se preciaba mucho de bailador y danzador.

La que tiene oficio de maestra no se descuide, porque, de la manera que el desconcierto de el reloj es infamia del relojero, de la misma suerte, por la mala crianza de sus súbditas son baldonadas en público y en secreto las maestras. Vio una vez Diógenes, cínico (que en dichos y hechos fue siempre muy misterioso), a un niño comer cierta golosina, y volviéndose a su maestro, sin más ni más le dio un bofetón diciendo: «La culpa de esta travesura tú la tienes, que no el muchacho». Ello desmán fue y atrevimiento, pero aquí nos quiso significar este filósofo la afrenta que se sigue a un maestro cuando por su culpa sale el discípulo con algunos reveses. Por esta causa, Jenofonte se pone muy de propósito a escusar la culpa que muchos achacaban a Sócrates viendo las maldades y desafueros que su discípulo Critias cometía, dando por razón que, aunque algún tiempo había el dicho cursado la escuela de Sócrates y andado debajo de su mano y corrección, pero que después, o cansado de tanta doctrina o vencido de su mal natural, había dejado al buen maestro y arriándose a otros, los cuales eran dignos de atribuírseles aquella culpa, y no al buen Sócrates.

Lo que sacamos de lo propuesto es que si la maestra no hiciere bien lo que debe en la crianza de sus novicias sacará deshonor y confusión de donde había de conseguir honra y gloria; y si cumple como debe en su oficio espere no sólo grande estima entre las gentes, sino mucha corona en los estados de Dios. Y los trabajos que en este oficio hubiere pasado siempre le serán de grande contento viendo los frutos maravillosos que se cogarán de lo que ella plantó con su cuidado, regó con su buen ejemplo y guardó de las injurias temporales con su buena enseñanza. Mirando la deshonor, temerá caer en sus manos, y poniendo los ojos en el provecho, como en puerto seguro, anímese para pasar los trabajos grandes que cada día se le ofrecerán; porque así, con el ayuda de Dios, le verná a conseguir.

Capítulo segundo: Cómo la maestra ha de procurar conocer bien sus novicias para corregirlas según su necesidad; y para esto se ha de valer de su industria y arte; y tenga paciencia si no viere lucir su trabajo como desea, y proceda rectamente sin mostrar temor

**M**UCHO importa que el médico tenga experiencia de las complexiones y enfermedades de sus dolientes para que las medicinas y remedios que les aplicare sean muy convenientes y a propósito a su salud y no pronosticar mal de los accidentes y vueltas de las enfermedades que en ellos vieren. Por tanto, lo primero que ha de procurar la buena maestra que con caridad y sancto celo desea medicinar a sus súbditas, es mirar con atención las señales exteriores que le ayuden a conocer la inclinación y natural de la novicia, desde el día que fuere recibida en el monasterio.

Siendo el león tan indómito y feroz como es, dice Plinio que, con todo eso, cubriéndole mañosamente los ojos con alguna capa es atado o muerto. De la misma suerte digo que es fácil de domar el corazón más fiero y ablandar el pecho más endurecido teniendo primero entera noticia de la condición y natural que reina en cada uno; porque, aunque la cerradura del corazón sea tan secreta que no hay ganzúa que la abra sino sola la llave que tiene Dios, pero también hemos de entender no ser tan escondido este reloj que no tenga

por defuera alguna mano para mostrar el afecto de lo que dentro anda. Por sus cuidados y estudios del mancebo (dice el Espíritu Sancto) se conocerá dél si son justas y honestas sus obras. Con este aviso entienda la maestra que hay muchos indicios parleros de lo que tiene encubierto en el corazón, el cual, por más que quiera retirarse y esconderse en el abismo de sí mesma, como dentro hay tanto fuego, del cutidero con que las pasiones bregan entre sí, nunca falta una chimenea por donde salga humo: indicio verdadero de lo que dentro arde, y, como cadenilla, se van engazando estas muestras y descubriendo quién es cada cual. La inclinación marca las palabras, éstas dan el mismo sello a las obras, las obras ordenan el valor de la vida, y desta suerte, de mano en mano, se va poniendo en plaza lo que estaba primero tras siete llaves.

Tenían grandísimo deseo los filisteos de saber un secreto de Sansón en que a él y a ellos iba el sosiego, contento y vida. Viéronle inclinado al amor de Dalila, y en tan buena hora se aprovecharon de la ocasión que alcanzaron cuanto pretendieron. Por esto debe la maestra tener entendido que las cosas a que la novicia fuere inclinada darán testimonio de sí; de lo cual es indicio que las tomará con gusto y facilidad, ora sean buenas, ora sean malas; y las que naturalmente aborreciere, aunque sean las mejores del mundo, la cansarán; y, si no son tales, a la primera exhortación y aviso se le caerán sin pesadumbre.

No se puede negar que las quiebras de naturaleza torcida se sanan y enderezan con el cuidado y uso de la buena crianza y enseñamiento; porque es tan fuerte el uso continuado de cualquier cosa, que, alterando el orden natural, causa nuevo orden, e yendo, al parecer, contra la naturaleza, vuelve por ella, en cuanto por costumbre y uso nuevo la reduce a la antigua fuerza que tenía. Pensó Malasar (que tenía a cargo a Daniel y a sus compañeros) que si aquellos niños no comían de los manjares regalados que les daba Nabucodonosor a dos días se les echaría de ver en el rostro el ayuno y sería castigado por haberlo consentido. Pero como ellos tenían larga costumbre de su abstinencia, desengañáronle con obras y palabras de tal manera que vio ser mucha verdad el dicho común antiguo: que el uso es otra naturaleza. De donde viene vivir muchos hombres lo más del año en el agua entendiendo en oficios que los obligan a ello, y esto sin recibir daño su salud, sino de estar habituados en tal ejercicio. Vemos también que anda todo el día el segador al resistero del sol no le doliendo la cabeza, antes, en medio de su trabajo se alegra y canta; y la causa es porque la costumbre que tiene de aquellos ardores no le alteran el humor ni le escalientan la sangre. Vaya una persona delicada y costarle ha la vida, como a Manasés, marido de la casta Judit.

Vale, pues, mucho para la buena dirección de la nueva religiosa ver su natural de qué humores peca; pues de la manera que las enfermedades del cuerpo, por ocultas y secretas que sean, tienen sus indicios y muestras que en lo exterior descubren lo que está cubierto, así (dice sant Basilio) tiene el alma sus usos y demostraciones por donde se conocen los vicios que allá dentro predominan; y, conocida la raíz de la dolencia, aplíquele medicinas de buenas costumbres porque, habituándola poco a poco a ellas, hacerle ha dulce lo que primero le parecía amargo y desabrido.

De lo dicho sacamos que es muy fácil de enseñar cualquier virtud siendo conforme al natural de la novicia; porque es como la barca: que sin trabajo se gobierna ayudada de la corriente, pero sí va río arriba es menester cuidado y poca fuerza de brazos para llevarla. Pero hay un gran bien: que, aunque la novicia sea mal inclinada, la buena costumbre en que la maestra la ha de imponer es poderosa para hacerla virtuosa. Esto se prueba con el

ejemplo del filósofo Stilpón, megarense, el cual, siendo de su natural muy inclinado al vino, al ocio y torpezas de la carne, de tal manera fue poco a poco corrigiendo y reprimiendo la naturaleza torcida, que jamás hombre le sintió flaco en ninguna de aquellas enfermedades. Y, porque no todos son como Stilpón, que saben irse a la mano, digo que este es el oficio de la buena maestra: avisar, como el médico, de lo que veen que les puede hacer daño para que no lo apetezcan, y, si se les antoja, considerando el perjuicio que de comerla les ha de venir, la dejen. Porque no hay duda sino que tiene más fuerza un buen consejo para desviar de lo malo e inclinar a lo bueno que una mala propensión para forzar a hacerlo.

Despeñábase el mozo Absalón con la ambición del reinar; tanto que, rompiendo con las leyes y fueros naturales, como caballo desbocado atropellaba cuanto se le ponía delante. Con esta furia tenía ya levantada bandera contra su padre y, tiranizado el reino, le había hecho salir huyendo de su ciudad. Con todo eso, en medio de este fuego, el buen consejo de Cusai y reprimió aquella furiosa corriente de río; que parece fue milagro cómo se pudo tener una rueda moliente forzada con un gran raudal de agua como el de la ambición. Pero esto es lo que damos a un buen consejo, esto a una buena costumbre, esto a un templado hábito que modera y corrige las faltas naturales con tanta fuerza como hemos tratado.

Siendo, pues, tan necesario dar caza la inclinación de la nueva religiosa con toda suavidad y saber dónde la lleva el peso del amor para arrimar en aquella parte los avisos de más fuerza y eficacia, ha de suponer la maestra que si los pechos de los hombres ya hechos y de edad no pueden tener el fuego del amor encubierto, menos cabe en el de la doncella, cuya tierna infancia y blanda condición luego da señal de la rueda que la menea. Porque, como reina entonces la simplicidad y no saben qué es doblez, de nada se temen, de nada se recatan; porque la inocencia de su edad ninguna cosa juzga por contraria. Y si esto hacen algunas, es por modos tan sinceros que con ellos se dan mejor a conocer a quien con advertencia lo considera.

Téngase, pues, lo primero, grande atención a las palabras que las tales dicen en conversación descuidadamente; porque, como salen sin registro de porteros, son mano de reloj que da certísimo indicio del movimiento que allá dentro anda. Mira uno a un hombre y, mientras calla, tiene suspenso su juicio el que le mira, sin saber en qué opinión le ha de tener, si de cuerdo o arrojado, sabio o ignorante; pero, en comenzando a hablar, comienza cada uno a medirle el entendimiento, tasarle la discreción y pesarle la prudencia, no por arrobas ni libras, sino por onzas y adarmes muy livianos.

Por ser lo que decimos tan cierto, llamaba Demócrito a las palabras sombra del corazón, y Crisipo arroyo del interior, por los cuales se descubre la bondad o malicia de su fuente. No sólo se toma noticia de la inclinación de la tierna doncella oyendo lo que dice, sino también, y más fuertemente, mirando lo que obra, pues en los principios de la edad se comienzan a descubrir los afectos del corazón, de la manera que en la primavera se abren en las plantas y sembrados los de la tierra.

Era David de su natural atrevido, guerrero y animoso, de tal manera que, siendo zagalejo y guardando ganado, como no tenía hombres con quien probar sus fuerzas, se asía con los osos y leones. De aquí es que cuando vino al campo del rey Saúl trayendo provisión para sus hermanos, oyendo el bando que se echaba y premio que ofrecían a quien quisiese combatir con el gigante filisteo, él lo aceptó; y no sólo le venció, pero quedose para toda su vida, con el gusto de las armas, hecho soldado, y después elegido por rey. Y de tal suerte

abatió los enemigos del pueblo de Dios, que los hizo tributarios perpetuos de su corona. De donde se ve que las buenas o malas inclinaciones, los siniestros viciosos o virtuosos naturales, jamás se encubren y, por más que los ahoguen, presto dicen dónde están; son (dice Séneca) como las lluvias y torbellinos: que siempre envían delante muchos mensajeros y preannuncios de su venida.

Trujeron cierta vez preso a la audiencia de los atenienses un niño por un caso que, aunque parece liviano, como ellos eran hombres maduros y miraban las cosas con juicios hondos, le tuvieron por criminal y digno de ejemplar castigo. Parece ser que, estando jugando el dicho delincuente con una corneja y habiéndose burlado largo con ella (según escribe Pierio Valeriano), finalmente, para darla carta de horro, la sacó los ojos con un punzón. Lo cual visto por aquellos padres con pausada consideración, le condenaron a muerte y se ejecutó la sentencia; porque hallaban que, aunque el delicto parecía travesura de niño, mas que en lo interior argüía un ánimo sangriento y carnicero, de donde inferían que el que en tan tiernos años se cebaba en atormentar aves, en siendo mayor se encarnizaría en desollar hombres. Este juicio y parecer aprobó el maestro de la elocuencia Quintiliano, haciendo memoria deste caso.

Concluyendo con esto, digo que de los actos repentinos, hechos sin deliberación alguna, conocerá la prudente maestra la inclinación de su novicia, pues son (según Aristóteles) indicio certísimo de lo que hay allá dentro. También hay otras señales exteriores que aclaran y descubren más los efectos de la gente moza, una de las cuales, y muy principal, es la vergüenza, hija legítima de la generosa inclinación. Ésta no sólo en la gente moza saca sus colores al rostro, pero es el más hermoso afeite que puede tener una doncella. A la virtud de la vergüenza (dice Cicerón) toca la modestia de los sentidos, en especial de los ojos; y, según esto, por la soltura o recogimiento que en ellos hubiere conocerá la maestra el ánimo y condición secreta de su novicia si es de tanta honestidad como se requiere.

Así como estas señales aprovechan para que las maestras puedan conocer bien a sus novicias, también se ponen para que las mismas novicias se puedan conocer a sí mismas por ellas y echar de ver lo que les está mal y lo que es muestra de malos indicios del ánimo, y con todo cuidado lo procuren encubrir con la modestia y obras virtuosas, para que la maestra ni pueda echar de ver sus faltas ni tenga que fatigarse en poner el remedio y atajarlas con la corrección y castigo. Y estén ciertas que cuanto más peleen contra su siniestra y mala inclinación por desecharla de sí y conseguir una tranquilidad de ánimo en que repose la virtud y honestidad con gran sosiego y limpieza (para así merecer la visita y gracia del Espíritu Sancto), que granjearán muchísimo con Dios en esta contradicción, y merecerán por ella muchos grados de gloria en las celestiales moradas.

*Que, conocidas las inclinaciones naturales de las novicias, se valga la maestra de su industria y arte*

Conocida esta inclinación por los medios que tenemos dicho y otros que nuestro Señor enseña con la experiencia, si es buena, se debe ayudar para que crezca más, y, si mala y torcida, se arranque de raíz antes que acepe y se endurezca; porque la que una vez crece mal, ninguno o muy dificultoso remedio tiene.

Esto nos significó la Majestad divina en aquel mandamiento justo que puso a los hebreos, diciendo: «Quien tuviere algún buey bravo y, avisado que le encierre, no lo hiciera, sino que por dejarle libre y cerril hiere a alguno, el buey y el amo sean apedreados». Pedradas merece en la cabeza y en el corazón la maestra que, conociendo la insolencia y desmesura de la nueva religiosa que está a su cargo, no la corrige y castiga, pues en tiempo de menor edad todo se puede remediar; que en la mayor, desahuciada está por todos los médicos. El que se pusiere a arrancar una encina de cien años o a detener una muela de molino estando cargada de agua, perderá el tiempo y la reputación.

Supuesto lo dicho, aunque es verdad que dificultosamente se enseña aquello a que la doncella no es inclinada, mas aquí entra el cuidado de la prudente maestra para que con trabajo recompense la falta del natural y con industria supla lo que la inclinación perversa aborrece; que, al fin, al cuidado responde el provecho, del sudor nace la utilidad y del trabajo sale el premio. No fue poca la misericordia de la divina Providencia dejar al hombre con industria y arte para reparar una pérdida de hacienda tan grande como es la naturaleza mal inclinada, con la cual, si uno se viera sin remedio, no le quedaba más que o desesperar por no sufrirse, o quejarse de su primer Autor. Como lo hacía aquel que, viéndola tan llena de miserias, dijo no sabía juzgar si la naturaleza había sido para el hombre más triste madrastra que madre piadosa.

Para restaurar, pues, tantas pérdidas y soldar las quiebras que la oprimen, librósele el mismo Señor en sus pulgares; y, así, entienda que si se quiere dar maña y no le falta aliento, reparará más con su industria y aventajarse ha más con su cuidado y trabajo que el natural le pudo destruir o volver atrás. Así lo hizo aquella mujer de quien dijo Salomón: «Cayó en la cuenta y vio que era buena granjería la de sus manos»: dióse luego a labrar lana y lino, echar telas y negociar apriesa, con lo cual, de mujer flaca, mereció el nombre de fuerte y valerosa, que es cosa bien rara entre todas ellas.

Volviendo, pues, al propósito principal, que es conocer a lo que se inclina la nueva religiosa para que, sabido el humor de que peca, la adobe en lo que la hallare pervertida, entienda la maestra que vale mucho el ingenio y aviso con que la ha de llevar. Y por esta causa fue tan alabada de los filósofos la industria y arte de las cosas: con la industria y destreza del leonero hallamos que se amansa la fuerza del león, y el cazador con sus ardidés vence y doma la braveza del elefante, y ha sido tan poderoso el ingenio, que el emperador Tiberio tenía para su recreación una serpiente, como otros un perrillo, tan mansa y doméstica que comía por su mano; y de un famoso papagayo que hubo en Roma refiere Rodiginio que pudo tanto con él la industria de su maestro, que decía todo el *Credo* en latín, con mejor orden y pronunciación que muchos cristianos. Dión Casio dice que los Partos presentaron un caballo al emperador Trajano, enseñado de tal manera que en viendo al Rey luego se hincaba de rodillas, bajaba humildemente la cabeza, como quien le suplicaba algo, y, sobre todo, hacía ciertas señales como que le adoraba. ¿Quién fue, pues, el autor de estos ensayos, sino la industria y arte, a quien rindió Dios cosas muy dificultosas deste mundo?

Sea, pues, la conclusión deste párrafo que la prudente maestra no desmaye aunque conozca viciosas inclinaciones en sus discípulas, pues con trabajo moderado y suave industria se podrá corregir poco a poco cualquier natural, aunque sea muy torcido.

*Que no sólo lleve la maestra con arte y maña el enseñamiento de sus novicias, sino también con paciencia, aunque no vea lucir su trabajo tanto como desea*

No son las cosas del arte tan absolutamente poderosas que no quieran también, y aun hayan menester en su compañía, algunas ayudas de vecinos. Por lo cual debe entender la discreta y prudente maestra que no luego se acaba este negocio en haciendo ella de su parte un poco de fuerza, pues no todos los campos que se labran (dice Cicerón) responden con el fruto que se espera; y así, muchas veces sembrará y no cogerá, llamará y no será oída, pondrá muchos medios que le saldrán en vano; y si desto se cansa, no vale para el oficio.

Señaló Dios por maestro del pueblo hebreo a Moisés; y aunque algunas veces se enfadaba con las malas condiciones de aquella gente, hasta llamarlos locos, ignorantes, desagradecidos, con todas las demás faltas que les dijo en el *Deuteronomio*, con todo eso, en sufrirle, guiarle, enseñarle y defenderle (no sólo de sus enemigos sino del mismo Dios, que los quería destruir) ninguno le hizo ventaja. Tanto, que dijo dél el Espíritu Sancto que era Moisés el varón de mayor mansedumbre que había en la tierra. Y siendo tal, ¿qué mucho fuese amado de los hombres y de Dios, teniendo consigo la prenda de la paciencia y mansedumbre, con que los hombres se hacen queridos de todo el mundo?

De esta manera, pues, debe ser la maestra: que ha de sufrir y callar si quiere fructificar; y aunque vea que no le lucen sus sudores, tampoco debe desmayar por eso, pues, según avisa el buen Séneca, es el hombre de una condición que se ha de llevar por maña ayudada del sufrimiento. Y no es maravilla, pues el miserable es tal que todas las desventuras del mundo hacen prueba en él; tan sujeto a mudanzas que es una Luna, tan lleno de altos y bajos que es una sierra o montaña, tan ignorante de lo que le conviene (según dice Plinio) que le exceden todos los animales, y asimesmo, muy sujeto a nuevas alteraciones. Y sobre todo lo que hemos dicho, es tan flaco que se cae de su estado sin que lleguen a él. Es, al fin, tan lleno de tornasoles como una flor, sino que se acaba presto. Siendo, pues, el vaso tan de vidrio, menester es traerle con mucho tiento; y siendo este animal de tantas vueltas, necesario es andar con cuidado.

Para la paciencia que en esto se requiere debe considerar la maestra lo que dijo el Salvador del mundo sus discípulos cuando le estorbaban el ir a Jerusalén porque poco antes le habían querido apedrear: «¿Por ventura no tiene doce horas el día?». Hay días tras días, hoy corre un tiempo y mañana otro, por lo cual, si agora le parece que va mal, entienda que en un punto sucede una mudanza, con que ha de esperar le irá mejor. Poco a poco le ha de dar el freno para que, tascando en él algunos días, se le haga fácil y le tome de buena gana. ¿Qué mucho si una doncella libre, cerril y con la sangre hirviendo, dé corcovos cuando la quieren meter en pretina y amoldar a todo lo contrario que su natural pide? Supuesta, pues, esta verdad, ninguna maestra se debe admirar si la vee algo rebelde a la disciplina, ni es razón pierda la esperanza si al punto no se le hace todo como quiere.

De las maderas, unas son blandas y se dejan labrar, otras son duras y ásperas, que resisten a la mano del maestro; pero, al fin, de todas hace el estatuario sus figuras. De las piedras, unas son regaladas y dulces, y otras tercas y regañadas; mas, con toda su braveza, hace dellas el cantero cuanto quiere. Verdad es que en unas pone menos trabajo y en otras gasta más de su industria y arte; de la misma suerte hay unos ingenios dóciles que con toda facilidad se van tras el gobierno de quien los guía, y también hay otros tan toscos



y empedernidos que son menester lágrimas para labrarlos. Con todo eso, las martilladas quebrantan la piedra, los muchos golpes continuados abollan la yunque y el trabajo perpetuo es poderoso para vencer naturales muy rebeldes. Y no ha de tomar a solas esta empresa, estribando en sus brazos, que caerá; ni en los de las gentes, que son de caña y quiebran presto y lastiman con su caída, sino que se arrime al firmísimo socorro del Cielo, estando muy cierta que siendo cosa tan suya no le faltará con su ayuda y amparo. El árbol que el padre de familias había mandado cortar por infructuoso, después le pareció bien esperarle algún tiempo más, lo cual nos enseña la doctrina que vamos diciendo, para cuya consecución no se debe enojar, porque es negocio de pausa, prudencia y mucha paciencia. El engendrar un hijo, dice Platón, es muy fácil; mas el criarle, dificultosísimo. Si no, preguntéseles a los malos días y peores noches que la madre y todos pasan con él. Pero aunque le vean más llorón, pesado y enfadoso, no por eso le dejan. Tenga certísima confianza la maestra que con este medio se remediará y con este sufrimiento la curará, y<sup>73</sup> aunque eche algunos lances en vano, redoble otros, porque jamás se debe desesperar de su buena crianza mientras una es moza.

*La maestra proceda rectamente en su oficio, sin mostrar miedo ni temor,  
sino que con pecho valeroso haga lo que debe*

Dice Platón que quien hubiere de querer examinar la crianza de alguno debe tener tres cosas: la primera, sabiduría; la segunda, opinión de prudente y benévolo, y la tercera, de persona de pecho animoso. Uno de los cosarios que saltean este mar y más daño pueden causar la maestra desbaratándole sus buenos intentos, es el no ir con miedo de ser pesada a su discípula, por cuya ocasión dejará de aplicar muchos remedios y algunos cortará después de aplicados; digo que en esto ha de huir de toda pusilanimidad, sea quien fuere con quien tratarse. Pues si dicen que el caballo es necesario sienta y tema al que va en él, porque si le pierde el miedo se perderá, más necesario es se sienta pecho y ánimo brioso en la maestra para que sus novicias le tengan respecto; que si esto no hay, perderse ha el tiempo y trabajo que con ellas se gastare; cuanto más que para todas estas cosas vale mucho el consejo del Señor dado a sus discípulos, y en ellos a nosotros: busque en este negocio siempre la mayor gloria y servicio de Dios; que el mesmo por cuyo amor lo debe hacer la enseñará a llevar el tiento justo de este navío para que ni por cargarle regaladamente vaya dando vaivenes a una parte ni a otra, ni tampoco le apremie tanto que se abra y afonde. Verdad es que el gran maestro Quintiliano hablando deste punto, asegura mucho a los maestros diciendo: «No hay que temer, porque los mozos de su natural nunca se matan con cuidados; antes cuando parece que alguna cosa les da gran pena en lo exterior, esa mesma no les pasa de los dientes adentro»; y más que, compartido el tiempo y dispuestas las cosas con la debida moderación, dice el *Eclesiastés* que se hace todo bien.

Tampoco debe dársele nada a la maestra que digan della lo que quisieren las valedoras de la novicia que hubiere de corregir o castigar con razón y justicia; y así, no lo debe dejar de hacer por ese temor. Habiendo escupido Dionisio, rey tirano de Sicilia, a Aristipo, filósofo, él lo llevó con grande paciencia, y a los que se maravillaban de cómo llevaba así aque-

73.- Orig.: 'y' (105v).

lla injuria respondió: «Los pescadores, para tomar un pececillo llamado gobión sufren el ser mojados con agua de la mar; y yo, para tomar una ballena, ¿no queréis que sufra ser mojado con un poco de saliva?», dando a entender este filósofo que su trabajo y paciencia daba por bien empleado a trueco de atraer al Rey al estudio de la filosofía, para que con ella amase la virtud, por el provecho que desto al Rey al reino podía venir, lo cual se debe anteponer al honor propio. Pues si este filósofo por aprovechar a un tirano no sentía sus injurias, ¿cuánto menos las debe sentir la maestra por el aprovechamiento de la esposa de Cristo y por el mismo Cristo, Señor nuestro, para cuyo servicio y agrado se endereza toda su diligencia y trabajo? Muy mal hacen, por cierto, las que en la religión defienden, por aficiones o otros respectos humanos, que las nuevas religiosas no sean corregidas y castigadas cuando lo merecen, porque así se crían sobresalidas y sin religión las que a punto crudo como las demás no son tratadas.

Del emperador Teodosio se escribe que puso por maestro de sus dos hijos, Arcadio y Honorio, a un varón no menos santo que docto llamado Arsenio; y para que mejor ejerciese su oficio le dio la misma autoridad y potestad que él como padre tenía, sin exceptar tiempos, lugares ni ocasiones en que no los tuviese a su mandar y sin restringirle el mando para castigarlos de palabras y obras cuando le pareciese convenir. El buen maestro acordándose de lo que nos enseña el Espíritu Santo: «No hagas muy del vano en presencia del Rey», tratábase con tanta modestia en aquel oficio que, entrando una vez acaso el Emperador y viendo a sus hijos sentados con mucha majestad y al Arsenio enseñándoles en pie y con grande respecto, se enojó notablemente, mandándoles a ellos se levantasen y como hijos de un hombre particular estuviesen ante su maestro con la debida sujeción y reconocimiento del bien que les hacía en enseñarlos. Procuraba el César lo que era justo, y queríalos tan bien enseñados como si hubieran de valerse por lo que se les enseñaba; y acordándose de lo que dijo el otro filósofo Carneades: que los hijos de los príncipes y señores no desprenden cosa, porque el maestro no los trata como discípulos, castigándolos, sino como a grandes, adulándolos, no quería que los suyos corriesen el mismo riesgo, como padre prudentísimo deseoso del bien de sus hijos. Oyendo, pues, Arcadio y Honorio lo que su padre les había reprehendido, se emendaron tan bien que después de haber heredado Arcadio el Imperio escribió una carta de gran agradecimiento a su maestro Arsenio, pidiéndole no sólo su bendición para administrar mejor el cargo de aquella Monarquía, sino suplicándole también le perdonase que una vez se había enojado con él a causa de haberle castigado por cierta culpa. No es mucho hagan las religiosas este reconocimiento con el uso de razón que Dios les dio, con la particular obligación que a la humildad y perfección de su estado deben, sabiendo que los mismos animales, sin este privilegio y deuda, tienen agradecimiento a esta obligación, pues, por feroces que sean y por muy furiosos que estén, en viendo a sus maestros pierden el rigor del natural y, vestidos de nueva mansedumbre y docilidad, son ejemplo de lo que deben hacer los hombres.

Finalmente, para alivio de su trabajo, acuérdesse la maestra del gran contento que sentirá después, cuando vea que le han lucido sus sudores viendo salir de entre sus manos muchas hijas honestas, templadas, devotas y valerosas, con los demás dotes que en ellas se requieren. Grande es el gusto (dice Séneca, escribiendo a su amigo Lucilo) del pastor viendo las crías de su ganado; y no es menor el contento del labrador cuando pasa la furia del invierno y ve asomar los frutos de su trabajo. Pues ninguno déstos llega al que tiene

una maestra cuando ve sus discípulas aprovechadas, honradas y que son un dechado de virtud y que con esto luce el cansancio y excesivo trabajo que con ellas se pasó.

### Capítulo tercero: De lo que principalmente ha de enseñar la maestra a sus novicias

**L**O que habemos tratado en los dos capítulos precedentes ha sido dar reglas y avisos a la maestra con las cuales pueda conocer las plantas donde quiere edificar y enseñado el modo con que se ha de haber para que, ora el suelo sea duro como pedernales, ora blando y movedizo como arena, no pierda su caudal y trabajo en obra tan necesaria al bien de la religión. Viniendo agora y comenzando a asentar piedras para levantar sobre sus cimientos tan gran máquina, los primeros dos sillares que se deben plantar en los corazones de las nuevas religiosas son el amor y temor del Señor. Estas, pues, son las dos alas con que vuela nuestro espíritu al cielo, las cuales debe la buena maestra pegar fuertemente a sus hijas para que no solamente teman a su Dios como a señor, sino que también le amen como a padre clementísimo.

Dulce y justo llama David al Señor, lo cual declara Casiodoro para que como dulce le amemos y como justo le temamos. De lo primero es certísimo efecto querer lo que quiere y aborrecer lo que le ofende. Lo segundo, que es el temor, tiene la misma pretensión de su hermano, que es guardarse de ofender a quien tanta obligación hay de servir. En todo lo cual desea mucho san Crisóstomo impongan los niños desde los pechos de sus madres; porque aquí se deprende ello bien y en esta edad tiene sazón la buena doctrina.

La primera piedra deste famoso edificio es el amor de Dios, a quien todos los hombres, en general y en particular, están obligados, y mucho más las religiosas, como mayores deudas de sus beneficios. El temor del Señor es la verdadera sabiduría (dice el sancto Job), y el apartarse de lo malo la inteligencia; y con mucha razón; porque ¿quién más sabio que el bueno? ¿Quién más prudente que el virtuoso? ¿Quién más cuerdo y avisado que el temeroso de Dios? Nadie, por cierto: bendito es en el campo y bendito en la ciudad, dichoso es en su casa y dichoso en la calle, venturoso en lo que piensa y afortunado en lo que emprende, pues el temor que tiene a quien tanto debe le saca honrosamente de cualquier peligro. Mucho ayuda el temor de Dios para tener en poco los bienes deste siglo. Si el mercader, con temor de perder la vida corporal, echa en el mar las riquezas que mucho ama, así, el que temiere a Dios fácilmente menospreciará los bienes de la tierra por no perder la vida del alma. Pues, por ser tan importantes el amor y temor de Dios para todo nuestro bien, es necesario que la prudente maestra exhorte a sus novicias que este amor y temor nunca se les desarraigue de sus entrañas.

Así como, en recibiendo la buena maestra a la novicia a su cargo, ha de ser como la comadre, que, no contentándose de la forma de la cabeza que saca del vientre la criatura, luego ella se la forma lo mejor que puede, este mismo oficio ha de hacer la maestra con su novicia formándole las costumbres que más convenientes fueren para el ejercicio de las virtudes; de manera que, preguntada del provecho que saca su discípula de su cuidado y enseñamiento, pueda responder (con el otro lacedemonio) que hacérsele suaves las cosas honestas.

El glorioso doctor san Buenaventura, en el libro del enseñamiento *De los novicios*, dice que la maestra se debe haber con las novicias como padre en criarlas, como madre en regalarlas, como hermano en esforzarlas, como maestra en enseñarlas, como rector en corregirlas, como adalid en guiarlas y como ayo en ampararlas. Y en el libro de *Doctrina de religiosos* dice y afirma ser obligada la maestra del monasterio a enseñar a sus discípulas que en el coro estén atentas y devotas, en el oratorio contemplativas, en el refitorio honestas, entre las compañeras calladas, en los trabajos, que procure cada una ser la primera, en la celda ocupadas, con las enfermas caritativas y por el monasterio mortificadas.

En la *Vida de los padres* se lee que como el abad Arsenio diese cargo a un monje de un novicio y el monje le preguntase qué mandaba hiciese dél, le respondió el Sancto: «El cuidado que tiene el capitán de su ejército y el piloto de su nao, y el ayo de su pupilo y el adalid de enseñar el camino, ese mesmo has de tener tú de este mozo que viene agora del mundo, mostrándole las ceremonias, consolándole en los trabajos, esforzándole en las tentaciones, corrigiéndole en los excesos y, sobre todo, que mire bien a lo que se obliga y no haga caudal de lo que deja». Todo lo sobredicho está a cargo de la maestra, juntamente con el ser muy cuidadosa en hacer proveer a sus novicias o jóvenes de las cosas necesarias, como es del vestido y calzado y de las medicinas y regalo que en sus enfermedades hubieren menester; porque pedirlo ellas no es conforme a la modestia y honestidad que deben guardar.

El oficio de la maestra ha de ser el que tiene el hortelano, que es: poner posturas, enjerir púas, chapodar y escamondar muy bien los árboles, labrar la tierra de muchas rejas; esto mesmo ha de hacer la buena maestra con sus novicias: trabajar de plantar en sus ánimos púas de muy buen viduño de honesta y virtuosa doctrina, escardar y estirpar los vicios y malas inclinaciones a que el hombre es inclinado desde su primera edad, labrar la tierra nueva de la juventud con el agudo arado del temor y con el pesado azadón del castigo, y enseñarles cómo se deban haber con Dios, con las amigas y enemigas y con las sirvientas (con las cuales nunca se han de mostrar soberbias ni airadas, ni arrogantes ni presumptuosas, sino tratarlas con un término modesto y religioso, porque con esto serán dellas amadas y mejor servidas), cómo han de honrar y obedecer a la prelada, el respecto que han de tener a las ancianas y el cuidado que han de tener de encomendar a Dios a sus padres y de servirlos en lo que pudieren, para que siempre sean dellos amadas y bendecidas, la obediencia que deben a la ley Divina y a la regla de su profesión, cómo no se han de elevar en las prosperidades ni dejarse desmayar ni oprimir en los casos contrarios y adversos, que sean enemigas de la ociosidad y moderadas en los trabajos, dándoles a entender la verdad de aquella sentencia de Platón: «El dormir demasiado y los trabajos excesivos son enemigos de las disciplinas». Y así como los panes y plantas se crían con el agua moderada, así también se aguarzan y ahogan cuando es demasiada y muy continua; y por esto se les deben dar algunos ratos de vacaciones por respiradero de los trabajos ordinarios. Porque el descanso dice Plutarco que es la salsa para poder pasar los trabajos, y los músicos acostumbra a aflojar las cuerdas de los instrumentos para que no se quiebren estando siempre tirantes.

Guárdese la maestra de sembrar por el convento las faltas de sus novicias, porque con caridad y prudencia las debe remediar en secreto cuando las culpas no fueren públicas. A la hora de dormir vístelas, por que no dejen de recogerse a su tiempo sabiendo que se ha de echar de ver si faltan de sus celdas. Lo que les mandare no sea con voces ni ruido, y especialmente en el coro, sino con mucha modestia y serenidad. En las Culpas, pregúnteles

lo que sacaron de la lición del refitorio o del sermón que oyeron, y haga a cada una que dé razón de lo que se acuerda, y así ternán atención a lo que se les lee y harán dello memoria. La ordinaria plática que después de dichas las Culpas se tratare, sea acerca del rezado; porque, así, le vengán a deprender bien y puedan cumplir con el oficio divino como es razón.

Y porque en el ceremonial que se sigue de las novicias se pone largamente lo que deben de hacer y se les ha de enseñar (el cual las maestras debrían hacérsele leer muchas veces al año, para que se aprovechen dél), no digo más aquí de que con especial cuidado procuren de que con su buen ejemplo exhorten y prediquen a sus novicias las virtudes, como queda dicho; y en ninguna manera se descuiden en dársele malo, por que no sean menospreciadas.

El glorioso Bernardo dice que nunca se pudo acabar con Malaquías (que después fue sancto) que entrase en la escuela de cierto maestro, aunque para ello fue persuadido y amenazado, por sólo que le vio una vez hacer una cosa no conveniente a su estado y autoridad. Siendo, pues, el oficio de la maestra tan delicado y sujeto a achaques tan dañosos, no piense que hace poco mal la que teniendo obligación de enseñar a otras falta al ejemplo que debe dar de su persona, antes entienda no merece menor castigo que la ama a quien se fía el niño para criar si al tiempo de darle leche pusiese en el pecho rejalgar, ni se debe más blanda pena que al que, enseñando una criatura a pisar de nuevo el suelo, la pusiese cabe algún pozo sin brocal, donde era cierta su perdición.

#### Capítulo cuarto: De la guarda y honestidad que la religiosa ha de tener en el coro

COMO quiera que la honestidad y devoción debe ser guardada de la religiosa en todo tiempo y en todo lugar, pero con mucha mayor diligencia la debe guardar en el coro, por tanto, cuando fuere al coro, así a Maitines como a las demás Horas, ha de tomar, antes que entre, agua bendita, y decir cuando la tomare: *Asperges me, Domine, hysopo et mundabor, lavabis me, et super nivem de albor. Aqua benedicta sit nobis salus et vita;* y después desto, al entrar de la puerta, santiguarse y decir: *Introibo in domum tuam, adorabo ad templum sanctum tuum in timore tuo.* Cuando estuviere dentro de el coro, diga de rodillas, con mucha devoción y reverencia: *Adoramus te, Christe, et benedicimus tibi, quia per sanctam Crucem tuam redemisti mundum,* y vaya luego al lugar donde ha de estar, y, hincada de rodillas, encomiéndose a Dios y diga el *Paternoster* y *Ave María*, y aquel verso: *Tuam Crucem adoramus, Domine, tuam gloriosam recolimus Pasionem, miserere nobis, qui passus es pro nobis. Gloriosa Passio Domini nostri Iesu Christi, perducatur nos ad gaudia Paradisi, amen.* Esto hecho, levántese y aderece lo que está a su cargo. Y nunca se pase de la una parte del coro a la otra sin que le sea mandado. Siempre que la religiosa, en el coro o fuera dél, pasare delante el Sanctísimo Sacramento ha de hacer una profunda reverencia.

Después que en el coro hubiere hecho las cosas ya dichas, pondrase de rodillas dentro de la silla que ha de estar, y, su cabeza humillada y las manos ante el rostro (el cual esté un poco vuelto hacia el altar), dese a considerar en la Pasión de Cristo hasta que su prelada haga señal para comenzar las Horas. Porque por esta razón acostumbran las religiones a tañer a las Horas dos veces: por que todas las religiosas puedan venir al coro y en aquel espacio que se da desde el primer toque de la campana hasta el segundo puedan disponer

sus corazones; porque tal se hallará a las Horas la religiosa cual hubiere sido el aparejo que entre ellas hubiere hecho. Y por eso se debe aparejar con toda diligencia y recogerse dentro de sí y con grande humildad y devoción levantar su corazón a Dios.

En comenzándose el oficio, la nueva religiosa se ha de conformar con todas las demás en todas las cosas, inclinándose, hincándose de rodillas, volviéndose, sentándose, y en todas las otras ceremonias como ellas lo hicieren, hasta que por continua y buena costumbre lo aprenda. Guarde mucha honestidad en sus ojos y no ande mirando acá y acullá, ni quién entra o sale, o cómo está esto o aquello, sino ponga los ojos en el libro y guarde no se yerre en los versos; y si no dijere por el libro, baje sus ojos en tierra y ocupe el corazón en lo que dice. Y todo el año de su noviciado rece por el *Psalterio*, por que aprenda a buscar los psalmos y a leerlos bien.

De contino ha de ser la religiosa la primera que fuere a las comunidades y la postrera que dellas ha de salir. Comunidad se entiende adonde se juntan las monjas, así como en el coro a las Horas, o en el refitorio a comer, o cuando van a barrer, lavar o trabajar y hacer labor o cosas semejantes, de las cuales comunidades no se ha de salir ni irse sin licencia de la prelada o presidenta que allí estuviere, a la cual ha de pedir licencia cuando tuviere necesidad de irse. Cuandoquiera que entrare en el coro, aunque se haya de salir luego, ha de hincar las rodillas y adorar al Señor con toda devoción y reverencia; y no imite a algunas que dan una cabezada o hincan una rodilla o se ponen echadas de cobdo, como si entrasen en lugar sin reverencia. Y sea cierta que tanto fruto sacará destas cosas quanto con mayor devoción y reverencia las hiciere.

Otrosí, cuando en la misa mayor alzaren el cuerpo de el Señor se ha de hincar en el suelo llano, y las manos juntas ante los pechos y cubiertas con las mangas de el hábito, y así muy devotamente adorar al Señor. Y después de alzado y vuelta a la silla o adonde es costumbre, pondrá sus cobdos sobre la silla y cubrirá su rostro con las mangas de el hábito, y así estará pensando en la Pasión de el Señor hasta que el sacerdote diga *Per omnia secula seculorum*. Ansimesmo, cuando la religiosa estuviere en el coro o en el oratorio guárdese mucho de hacer ruido, así escupiéndolo como rezando, y si le viniere gana de escupir o toser, sea lo más mansamente que pudiere, cubriendo el rostro con las mangas por que no dé enojo a las demás o las perturbe de su devoción; y guárdese de hacer ruido con la silla o con los pies, y de reír ni hablar en el coro, y no esté muy arrimada ni recostada, como persona inconsiderada y sin reverencia, ni esté allí boceando ni durmiendo, sino trabaje por alzar de sí todas estas cosas, y las demás que no ovieren de parecer bien, y por estar allí devota y reverentemente. Y considere cómo está allí en presencia de Dios y de sus santos Ángeles, y alabe a Dios con la boca y con el corazón con toda gravedad, porque escripto está que en el pueblo grave es Dios loado.

#### Capítulo quinto: De la modestia y disciplina que la nueva religiosa ha de tener en el refitorio

**D**EBE saber la religiosa que cuando tañeren a comer o a cenar y ella estuviere haciendo alguna cosa, ha luego de dejarlo y ir al lavatorio y lavarse las manos, y sentarse en el lugar más bajo y humilde de todos, junto con sus iguales, en la ordenación o *de profundis*. Y allí aguardará, sus brazos bien compuestos, sus ojos bajos y el

corazón en Dios, rezando alguna cosa o orando por aquellos cuyas limosnas va a comer. Y cuando la prelada dijere *de profundis* responda su verso con las demás, y, acabado, levántese y sea una de las delanteras (y aguarde a la que fuere a par de sí, por que vayan de dos en dos en buen orden, como en procesión); y cuando pasare delante de su prelada inclinará la cabeza dándole reverencia, y con paso muy compuesto y religioso irá al refitorio. Y, llegando al lugar donde ha de estar, hará reverencia a la imagen que está enfrente, a la cabeza del refitorio, y póngase en orden como las demás religiosas hasta que se haya bendecido la mesa, y, bendecida, siéntese en su lugar y éstese así con toda honestidad hasta que la prelada haga señal para que comiencen a comer. Hecha la señal, alzará las mangas de el hábito, tanto que solamente descubra las manos, y tome la servilleta y ponga la mitad della sobre la mesa y la otra mitad que caiga sobre sus faldas; y tome el cuchillo y corte una rebanada de pan, y sobre aquella cortará poco a poco el pan que hubiere menester, por que lo que quedare quede limpio y entero para los pobres de Jesucristo, a quien se ha de dar; y cortarlo ha sobre otro pan, por que no corte los manteles y también por evitar golpe sobre la mesa, y córtelo hacia bajo, que es más seguro para no cortarse las manos o la ropa de los pechos; y después comience a comer con mucho sosiego y mesura de lo que le fuere puesto, y no coma a bocados el pan ni otra cosa, como los mozuelos suelen hacer y los hombres sin disciplina, sino pártalo bien; que para eso le dan el cuchillo.

El bocado que mordiere no sea tan grande que no pueda revolverle en la boca o que sea menester mascarle a dos lados, porque es cosa muy fea en la religiosa; sino sus bocados sean pequeños y templados y bien mascados, porque la vianda que es bien mascada es muy más sana y provechosa, así al cuerpo como al alma. Y coma limpiamente, sin ensuciar los dedos en el potaje ni en la vianda, pues para evitar esto sirve la cuchar y el cuchillo. Los dedos, la cuchar y el cuchillo no los limpie de continuo a la servilleta, ni mucho menos a los manteles; mas limpiarlos ha primero con un poco de pan y después puede limpiarlos a la servilleta, porque como las servilletas no se ponen más de una vez en la semana, si esto no se guardase estarían muy sucias y asquerosas.

Guárdese la religiosa de ponerse de cobdos sobre la mesa y de estar echada sobre la comida, que es muy feo y deshonesto; sino esté derecha y lleve la mano el bocado a la boca con modestia y honestidad. Ansimesmo, todas las veces que a la religiosa le pusieren algo delante ha de inclinar un poco la cabeza en señal de agradescimiento. No coma con entrambos carrillos juntamente ni con entrambas manos, ni hincha mucho la boca ni coma apresuradamente, ni muestre saborearse mucho en lo que come, sino en todo proceda con mucha templanza y mesura. Otrosí, en la mesa ha de guardar mucho la vista, en manera que no ande mirando acá ni allá a las que van o vienen, ni cure de mirar a quien reprehenden o disciplinan, pues basta que los oídos oigan lo que pasa para escarmentar en cabeza ajena y compadecerse de la aflicción y descuido de su hermana; porque para sólo esto se ha de poner el oído con atención. No cure de mirar qué come ni cómo come la otra, sino ponga los ojos en lo que tiene delante para sí. Con suma diligencia ponga las orejas en la sancta lección que allí se lee, porque así como la vianda es manjar del cuerpo, así la lección es manjar y agradable sustento del alma. Y cuando alguna vez comiere antes o después de la comunidad y no tuviere lección, levante su corazón al Señor y hágale gracias y ruegue por aquellos cuyas limosnas come y por sus defuntos, y guárdese mucho de estar allí haciendo

señas, de reír, hablar y de tener mal compuestos los pies y de hacer otras descomposturas, como hacen algunas mal disciplinadas y poco temerosas de Dios.

Cuando, estando en la mesa, acaesciere faltarle alguna cosa por no haberle dado la que sirve lo que ha traído a las demás o haberse olvidado la refitolera de ponerle alguna cosa ordinaria, no la ha de pedir en ninguna manera, mas débese contentar por aquella vez con lo que le hubieren puesto y hacer abstinencia de lo que le faltare por amor de Dios, porque alguna vez es nuestro Señor servido que esto suceda para que se pruebe y manifieste la paciencia de la religiosa sierva suya y el deseo que tiene de hacer penitencia. Empero puede pedir tres cosas si no las tuviere, conviene a saber: pan, sal y agua, y esto no por palabras, sino por señas, dando un golpecillo pequeño en la jarra con el cuchillo, y luego la que sirve o la refitolera verná a ver lo que falta, y sin aguardar a que llegue se le ha de señalar lo que se pide, mostrando el salero si es sal, y la jarra si es agua, y un poquito de pan si es pan; mas otra cosa no tiene de demandarse, sino al Señor que la dé paciencia.

Y cuando le echaren agua no hincha tanto la jarra que cuando fuere a beber la derrame sobre la mesa, y cuando bebiere no descanse en la bebida ni se esté mucho bebiendo, porque es deshonesto, sino reparta en muchas veces lo que le fuere necesario. Y en habiendo bebido, no se limpie con la mano, que es grosería, sino con la servilleta. La religiosa no sirva a la boca con dos manos, como los niños, que con una mano comen el pan y con otra la vianda, mas sirva la una y la otra esté en paz, salvo cuando fuere menester para ayudar a cortar algo o otra cosa semejante.

Otrosí, en la cantidad del comer guárdese la religiosa de comer mucho y de beber demasiado, sino que en todo sea muy templada, de manera que no coma hasta hartar y cumplir su apetito, mas coma lo que con discreción viere que es necesario para mantener el cuerpo y poder llevar los trabajos de la religión y servir a Dios en ellos; porque por esta causa hemos de alimentar el cuerpo, y no por deleite. Y no solamente ha de dejar de lo demasiado, mas aun de lo que buenamente viere que ha menester debe siempre dejar algún poquito por amor de Dios y levantarse con alguna poca de hambre, porque así se hallará más aparejada para cualquiera buena obra espiritual y corporal. Y no deje mucho, porque no lo podrá continuar y podría venirle por ello daño; mas dejando poco podrálo llevar y sentir alguna pena por la virtud.

Cuando se leyere la tabla de los Sábados debe advertir la religiosa que si la echaren algún oficio ha de inclinar un poco la cabeza, dando a entender que lo oye y con prompta voluntad se ofrece a lo hacer. Cuando está comiendo la comunidad, si la prelada entrare, al tiempo que se siente a la mesa se ha de levantar la nueva religiosa y inclinar un poco la cabeza, como viere que lo hacen las demás. Ni a la mesa ni en otro cabo, nunca se suene las narices con la mano desnuda ni con las mangas del hábito, que es suciedad y irreverencia; y si le viniere tos, cubra el rostro con la manga volviéndose un poco, por que no cause asco a las demás que están presentes. Nunca tome sal del salero con los dedos, porque es poca policía, mas tómelas con el cuchillo; y acabado de comer coja su servilleta. Y si la prelada hablare, esté muy atenta a lo que dice, sin doblar el cuerpo ni echarse de cobdos sobre la mesa.

En lo que toca a las penitencias, si no hubiere ido a Maitines comerá pan y agua en tierra; y cuando sirvan el potaje pedirá misericordia tocando en la jarra con el cuchillo, y venida la que sirve, le diga que le pida misericordia porque no fue a Maitines: si la prelada dispensare, levantarse ha y dirá su culpa y sentarse ha a comer; y si no dispensare,



tornará a pedir misericordia cuando sirvan la vianda por el mismo orden sobredicho, y si tampoco dispensare, tornará a pedir misericordia casi al fin de la comida. Si no le fuere concedida no la pedirá más y llevarlo ha en paciencia por amor de Dios y por satisfacción de sus culpas. Y advierta la nueva religiosa que cuando entrare tarde a Maitines, a Prima o a Nona, ha de comer en tierra en la forma sobredicha (aunque no pan y agua) y pedir misericordia<sup>74</sup> una y dos y tres veces.

Cuando entrare tarde en el refitorio ha decir la culpa y levantarse cuando le fuere hecha señal. Y si se le cayere alguna cosa de la mesa, como es el cuchillo, pan, o servilleta o otra cosa semejante, ha de salir de su asiento y decir allí junto la culpa levantando la mano con que se le cayó, y, en haciéndole señal, vuélvase a asentar; mas si lo que se le cayere se quebrare, como algún plato, escudilla o salsera, ha de salir luego y ponérselo al cuello y decir su culpa delante la prelada y cumplir la penitencia que ella le diere. Cuando a la religiosa le fuere mandado que sirva a la mesa, hágalo con toda diligencia y cuidado y honestidad, sin detenerse en la cocina más de lo necesario, y no ande muy apriesa. Cuando alguna la enviare por alguna cosa a la cocina y no se la dieren, respóndala con muy buena gracia en breves palabras, sin detenerse allí; porque el detenerse a hablar es desacato de la comunidad y todas juzgan mal dello. Cuando pasare por las mesas venga quitando el vedriado y nunca se venga vacía. Guárdese mucho de hacer gestos o risas con las que están a la mesa y de dar voces o hablar en la cocina, sino con mucha modestia pida lo que hubiere menester para las monjas. Lo que alzare de la mesa no lo reparta a las demás, porque será menester para los que sirven al convento o para dar a los pobres; y no haga ruido con el vedriado ni con los pies. La vianda que sobrare cójala aparte en un plato por que quede limpia y bien tratada. Cuando le fuere mandado leer a la mesa, pase primero muy bien la lección para que, así, no diga algunas mentiras y malos acentos; y, en bajando de el púlpito, dirá su culpa. Nunca deseche la religiosa la carne o potaje, o plato o escudilla, ni otra cosa alguna que le fuere administrada, porque es muestra de poca mortificación y virtud. En esto, y en el dejar las salsas o frutas o cositas sabrosas, sin las cuales puede muy bien pasar, conocerá la religiosa si es verdadera abstinente y penitente o no.

La nueva religiosa no ande en la mesa enviando a nadie de lo que tuviere, aunque esto se permite a las ancianas, porque parece mal a las que son mozas; mas, si quisiere repartir algo, sea con las que tiene a par de sí, y, en especial, con la que viere que no come de lo que le dieron o anda indispueta. Procure siempre de comer presto y acabar con las demás, por que por su ocasión no espere la comunidad. Nunca deje de acordarse de los pobres dejándoles algo, porque, aunque sea poco, le es a Dios muy acepta aquella memoria que tuvo de sus pobres y la voluntad que mostró de socorrerlos en cosas mayores si pudiera. Hecha señal, dé gracias a Dios con mucho espíritu.

### Capítulo sexto: Cómo se ha de haber la religiosa en la celda

**E**N todo el tiempo de el Silencio debe la religiosa recogerse a su celda en tocando la campana, y, en entrando, darse cuarenta golpes con su disciplina y, hincada de rodillas, hacer oración devotamente diciendo el *Paternoster* con el *Avemaría*,

74.- Orig.: 'miseridordia' (113v).

*Credo* y *Salve Regina*, y el himno *Veni, Sancte Spiritus*. Y advierta que, a los principios, ni ha de hacer más larga disciplina ni oración sin licencia de la maestra o prelada. Ni tampoco tiene de rezar de aquí adelante las devociones que en el siglo rezaba, ni tomar otras de nuevo, sin que primero lo consulte con su confesor, por que no yerre y por que lo que rezare le sea de más mérito por hacerse con su aprobación y licencia.

Y, hecha la dicha oración, abra la cama y sígnese y santígüese, y haga sobre ella la señal de la cruz diciendo esta antífona: *Ecce crucem Domini, fugite partes adversae, vicit Leo de tribu Iuda, radix David. Aleluya, aleluya*. Y si tuviere alguna agua bendita, échela sobre la cama diciendo: *Aqua benedicta, sit nobis salus et vita*. Y coja el hábito y cordón entre los pies y acuéstese con toda honestidad, con algún psalmo en la boca o con algún sancto pensamiento en el corazón y nombrando devotamente el nombre de *Iesus* cuatro o cinco veces. Todas las demás veces que se acostare, diga el *Paternoster* y el *Avemaría*, y cuando se levantara hará lo mesmo y diga *Iesus Nazarenus, Rex Iudaeorum, titulus triumphalis, misere nobis. Aleluya, aleluya*.

Y mire mucho que en la cama esté siempre con mucha honestidad, así en verano como en invierno, metiendo las manos en las mangas del hábito y poniendo los brazos encima los pechos a manera de cruz. No se acueste el rostro hacia arriba, ni menos hacia abajo, porque es cosa deshonesta y podría roncar y dar pesadumbre a las que están cabe sí durmiendo, y así es causa de soñar fantasías; y por eso se acostará de un lado, tan bien compuesta que si alguna otra religiosa entrare, no tenga de qué se avergonzar. Y procure de dormir luego, y, si no pudiere, dese a rezar algunas devociones por que mejor expendá el tiempo y por que más presto se duerma; pero guárdese de que por las tales oraciones no resista el sueño. Y duerma y descanse hasta Maitines; y, en oyendo tañer, salte luego de la cama antes que la pereza le diga que se esté queda un poco y aguarde a que la llamen, porque en esto hay un gran merecimiento, del cual no gozan los perezosos ni flojos, sino los devotos y diligentes que lo acostumbran así y hallan en ello mucho fruto.

Y la primera palabra sea *Deo gratias*, y la segunda *Iesus*, cuatro o cinco veces; y, lanzando la ropa y la pereza, haga la señal de la cruz, diciendo: *Ecce crucem Domini, fugite partes adversae, vicit Leo de tribu Iuda, radix David. Aleluya, aleluya*. Y, signándose y santiguándose, póngase de rodillas y diga el *Paternoster* y el *Avemaría*, y después diga: *Benedicta sit sancta et individua Trinitas nunc et semper et per infinita seculorum secula*, y más lo que Dios de diere gracia.

Y porque cuando la persona se levanta se halla pesada para la oración, se le da aquí por consejo y doctrina que haga una disciplina de quince o veinte golpes. Esto hecho, y expedidas todas sus necesidades, se podrá ir al coro, diciendo al Señor: *Averte oculos meos ne videant vanitatem, in via tua vivifica me*, y ofrecerse ha a Dios y pensará en su Pasión y en los otros beneficios; porque estas son las primicias que ante el Señor se deben ofrecer y esta es la manera que ha de tener la religiosa en su acostar y levantar.

Otrosí, cuando se levantara a Prima, hecha su oración como queda dicho, limpiará su celda y compondrá su cama y dejará la ventana abierta por que entre el aire y la purifique. Y advierta que nunca le acaezca, de día ni de noche, acostarse desnuda, aunque esté enferma, sino siempre tenga su cuerda y hábito vestido; porque esto es lo que se acostumbra en las religiones.

Cada mes ha de sacar una vez la ropa al aire y sacudirla, por causa de el polvo y polilla, y tenga mucho cuidado en mudar y limpiar sus vestidos de manera que ande muy limpia de continuo. Si la ropa que la prelada le diere le pareciere a la religiosa que no es como ella querría, o por ser pobre o de mala hechura, tenga paciencia, y acuérdesese que vino a buscar pobreza y desprecio del mundo, y que cuanto más pobre fuere interiormente, y exteriormente lo mostrare, tanto más hermosa parecerá en los ojos de Dios y de los Ángeles; que los bien vestidos deste siglo en las casas de los reyes moran.

Esta regla note para siempre la religiosa: que jamás deseche ni muestre descontento con cosa que le sea administrada, así de comer como de vestir, porque quien se lo da por Dios se lo da, sin deberle nada. Y si le parece a la religiosa que trabaja y se le debe, no quiera aquí el galardón de su trabajo; y en ninguna manera se acuerde ni haga caudal de el dote que trujo, sino entienda que fue una limosna que hizo al convento por amor de Dios para su reparo.

Sea muy amiga de la celda y recogimiento, porque en ella hallará a Dios. Y nunca esté ociosa, sino rece o contemple, lllore o entienda en su labor o en alguna otra buena obra para que el Demonio no la halle desocupada, y guárdese en todo caso de no hacer ruido en la celda en ningún tiempo, y en especial en el del Silencio. No dé golpes ni revuelva trastos, porque no sabe si alguna está cerca orando o contemplando; mas cuando algo hubiere de hacer, aguarde tiempo conveniente.

Y no sólo ha de evitar el revolverse mucho en la celda, mas aun los devotos suspiros y sollozos ha de refrenar. En todo tiempo ha de guardar esto, y si en el tiempo de el Silencio, cuando las religiosas duermen, tuviere necesidad de salir de la celda, debe salir sin hacer ruido, aunque sea saliendo descalza por el dormitorio, para no despertarlas. La nueva religiosa, cuando metiere lumbre en la celda, mire muy bien dónde la pone, por que por su mal recaudo no acaezca algún peligro por causa de el fuego. Y guárdese mucho de entrar en la celda de otra religiosa y de consentir que otra, sin licencia de su prelada, entre en la suya, porque es cosa muy prohibida y vedada en la religión, en especial tañido al Silencio.

### Capítulo séptimo: Cómo se ha de haber la religiosa en el trabajo

**E**XHORTANDO el glorioso Jerónimo a las vírgines consagradas a Cristo, al trabajo dice así: «No sufráis, hijas, que la ociosidad o pereza o negligencia os pare tibias y frías en el servicio de Dios. Haced que vuestro cuerpo esté fatigado de tal manera en los oficios divinos o en las oraciones o en los santos trabajos de vuestras manos, que desee más un poco de reposo y reparo que no vicios y deleites. Mas debéis, sobre todo, trabajar que no se halle jamás en vuestras manos obra ninguna de vanidad. Pensad que el que tocare alguna cosa sucia o muerta es tenido por sucio y muerto. El corazón que está ya consagrado a Dios ha de temblar solamente en pensar tales cosas, cuanto más en ejercitarse en ellas. Antes haced que estén siempre cansadas vuestras rodillas de tener el libro de la sagrada Escritura, o para leer o escribir. Podréis, otras veces, ocuparos en labrar vuestros hortezielos o en otra cualquier obra que sea sancta o provechosa. Esto haréis para que, renovado vuestro espíritu con este breve y honesto pasatiempo, torne, como de nuevo, a la contemplación». Hasta aquí es del glorioso doctor san Jerónimo.

Cuandoquiera que a la religiosa le fuere mandado que vaya a la labor o a hacer alguna cosa de trabajo, con alegre voluntad se enfalde y alce las mangas de el hábito y se disponga luego para hacerlo. Advierta que no eche mano de la mejor herramienta, o de la mejor escoba o cosas semejantes, mas dé lugar a las que primero vinieron a que primero escojan, y después tome lo que hallare. Y aun la que primero llegare no debe escoger lo mejor, por que así dé mejor ejemplo y haga más penitencia; porque cuando va a la labor más va por negar su propia voluntad y por hacer penitencia y por la virtud de la sancta obediencia que no por cumplir sus apetitos ni por hacer lo que ella quiere ni mucha labor. Por tanto, cuanto más bota y peor herramienta tuviere, tanto más ganará con Dios, aunque haga menos.

Asimismo debe trabajar fiel y devotamente, haciendo las cosas que le fueren mandadas fielmente, esto es: muy bien hechas, con diligencia, silencio y mortificación. Halas de hacer devotamente, esto es: que piense cómo las hace por Dios, del cual espera gran galardón por pequeña que sea la obra que hace; y guárdese la religiosa de hacer como algunas de poco recaudo, que lo que ganan trabajando pierden parlando.

Nunca muestre desagradarse de lo que le mandan, ni menos rezonglee ni murmure de quien se lo mandó, porque desplace esto mucho a Dios. Cuando trabajare, acostumbre a rezar alguna cosa, así como oficios de defuntos, psalmos penitenciales o otras devociones, por que no fallezcan las alabanzas de Dios en su boca y por que con entrambos hombres, espiritual y corporal, y con Marta en las manos y con María en la lengua y en el corazón, sea Dios alabado y servido. Y en tal manera trabaje la religiosa tan templadamente, que este espíritu de devoción no sea en ella mortificado. Y si buenamente pudiere en el trabajo apartarse un poco de donde las demás trabajan, trabajará más y con más devoción; pero, si no pudiere apartarse, procure con su buen ejemplo atraer a las demás a devoción. Y si le pareciere que trabajando no puede rezar ni obrar<sup>75</sup> todo junto, haga lo que buenamente pudiere; porque, aunque le parezca que no reza con devoción, no quedará sin premio y evitará culpas (así como de hablar, reír etc.), y desta manera le aprovechará más poco trabajo que a otra le aprovechará mucho.

En tal manera se debe ocupar en el trabajo de manos la religiosa, o en otra cualquiera cosa que hiciere, que no dé a nadie materia de turbación o enojo o mal ejemplo; ansí como hacer algunas, parleras, risueñas y poco advertidas, que presumen de tan desenvueltas que todo lo quieren ellas hacer y nunca muestran una señal de devoción; y ansí, estas tales sacan poco merecimiento de su trabajo.

En la labor que hiciere la religiosa nunca contienda con nadie porfiando, *ansí, mas ansí*, se ha de hacer esto o aquello; mas siempre se quede lo que a ella le pareciere mejor (aunque con verdad lo sea) y se haga lo que las otras quieren, aunque no sea tan acertado; porque deste negamiento de voluntad sacará más provecho que de cuanto trabajare en las cosas que hace.

Cuando la mandaren trabajar con otras, no se ha de apartar del trabajo para cosa ninguna sin pedir primero licencia a la maestra o a las más anciana que allí estuviere, dándole cuenta de su necesidad. Asimismo, cuando a sola la religiosa le fuere mandada alguna cosa, como barrer, hacer camas o otra cosa semejante, hágalo bien hecho, como para Dios, y trabaje por orar algún tiempo, para que pueda después de el trabajo hacer algún bien en la celda entretanto que tañen a comer o a cenar.

75.- Orig.: 'orar' (117r).

Los instrumentos con que trabajó, así como: escardillo, herrada, caldera o escoba, o otra cualquiera cosa con que trabajare, no lo deje sucio o de mala manera, una cosa allí y otra acullá, como hacen algunas desmazaladas; mas límpielo y tórnelo a el lugar donde lo tomó o donde conviene que esté.

Nunca se le caiga este documento de gran perfección de la memoria a la religiosa: que cuando oyere tañer, ahora sea a comer o cenar, o al coro o a otra cualquiera cosa, ha de cesar luego en ese punto y dejar cualquiera cosa que esté haciendo, en manera que no dé una sola puntada ni escobada, ni eche un paso más adelante, ni acabe de leer o rezar ni escrebir una letra que tenga comenzada, ni pase un punto más adelante en lo que hiciere, salvo si la prelada o la maestra, o la que tiene autoridad de mandarla, la mandare acabar lo que hace; porque esta tal obediencia es muy agradable a Dios y a ella muy meritoria. Y no piense que es acto de poca perfección dejar por la obediencia la cosa comenzada; porque el dejar lo comenzado hace la obediencia perfecta y acabada.

#### Capítulo octavo: De la manera que la nueva religiosa debe tener en andar por el convento

**M**UCHO se debe guardar la religiosa de andar por el convento descompuesta, parlando, riyendo o haciendo algunas señas que parezcan mal, y de andar vagueando por la casa como corcho sobre el agua, y de estar asentada o echada de pechos sobre los corredores como persona ociosa; porque todo esto es feo y aun peligroso para todas, y más para nueva religiosa, la cual no debe andar en ninguna manera destocada ni enfaldada cuando no trabajare, ni con los brazos colgando como los que caminan, sino, en acabando de hacer lo que le fuere mandado, lave sus manos y suelte sus faldas y, con los brazos delante los pechos, cubiertas sus manos con las mangas de el hábito y con los ojos bajos y el corazón en Dios, andará por casa, y así estará en pie o asentada. Dondequiera que fuere o estuviere, guárdese de menear mucho la cabeza, como liviana o vana, y de andar mirando con los ojos qué hace aquélla o la otra, ni se detenga donde están algunas hablando; que le será tenido a mala crianza.

Cuando viere que algunas parlan o ríen o pierden el tiempo, pase adelante y no juzgue a nadie; porque por ventura hablan con licencia o no es sin causa lo que hacen, o quizá si ella estuviese ocupada en los oficios que ellas tienen se derramaría mucho más que no ellas; y, por tanto, entienda en juzgar y concertar su vida y deje las ajenas. Trabaje de guardar la lengua de hablar, las orejas de oír y los ojos de ver: si quiere ser bienaventurada y aprovechar, oya, vea y calle.

Cuando alguna pasare cabe la nueva religiosa, dele lugar para que pase adelante. Y cuando la prelada o alguna anciana o de más edad pasare cerca, baje la cabeza en señal de reverencia y cortesía. No ande apriesa por el convento, ni tampoco muy de espacio o contoneándose a manera de arrogante seglar, sino con pasos bien compuestos y religiosos.

Si alguna de más edad le encomendare que haga alguna cosa, con alegre semblante lo acepte, y hágala con silencio y humildad, como no sea contra lo que las preladas le tienen ordenado y mandado. Si alguna le preguntare, no responda con palabras, sino con algunas honestas señas y con cara benigna, si esto bastare para declarar lo que le es preguntado.

Cuandoquiera que estuviere en comunidad, agora esté en pie o sentada, agora trabajando o holgando, siempre tenga sus ojos bajos, sus brazos compuestos, su rostro honesto y su espíritu devoto, en manera que de dentro y de fuera parezca ángel de Dios. Nunca llegue a la puerta reglar ni al torno ni reja, sino huyga cuanto pudiere de llegar por allí cerca si no fuere por mandárselo la prelada enviándola a algún recaudo. Cuando saliere a espaciarse a la huerta sea con licencia de la abadesa o de la maestra. Si hubiere de entrar en alguna celda o oficina, llame primero mansamente, y si no fuere oída, llame un poco más recio, en manera que no entre súpitamente, porque no sabe qué hace la oficiala o la que está dentro de su celda y podrá turballas. Cuando alguna hermana la rogare que la ayude o haga algo, hágalo con humildad y con buena voluntad, agora sea mayor o menor que ella; mas nunca la nueva religiosa pida a otra haga lo que ella puede hacer, por que no se haga mandona y regalada; que son cosas muy aborrecibles en la religión, y en especial cuando se toman temprano.

### Capítulo nono: De la guarda del silencio

**D**E tal manera ha de guardar el silencio la nueva religiosa, que no se ha de hablar palabra con ninguna monja sino con la abadesa, vicaria y su maestra, salvo si ellas mandasen que hable con algunas alguna palabra. Y cuando hubiere de hablar, sean pocas palabras; y no debe hablar, ni aun con sus preladadas, si no fuere cuando tuviere necesidad de pedir algo o preguntar alguna cosa que sea necesaria. Y, si posible fuere, no hable, salvo siendo preguntada, y su palabra sea mansa, baja y breve y sin ofensa de nadie.

Cuandoquiera que quisiere hablar con la prelada o maestra, o pedir licencia para hablar o para otra cosa, ha de tener esta forma: haga, en llegando, su humillación y diga *Benedicite*, y si no la mandare que hable, diga otra vez *Benedicite*, y si tampoco la respondiere o mandare que hable, espere un poco y diga otra vez *Benedicite*, hasta que la prelada o la maestra con quien hablare le diga «¿Qué es lo que queréis?». Y entonces diga lo que quiere, y antes no hable ni palabra; y advierta que la persona cuerda siempre aguarda sazón y tiempo para hablar o pedir lo que quiere.

Nunca hable en presencia de la prelada ni de las monjas ancianas si no fuere primero preguntada; y cuando alguna hablare, no la ataje la palabra; mas si ella hablare y otra le atajare la palabra, ha luego de cesar y dar lugar a aquella que habla. Estado hablando con la prelada o con otras monjas ancianas, guárdese mucho de las mirar al rostro. Para evitar palabras tiene de usar la nueva religiosa de algunas señas honestas, de manera que lo que por señas pudiere dar a entender su palabra no sea oída; que bienaventurado es el que en la palabra no ofende y vana es la religión de el que no guarda silencio.

Si bien se advierte, se hallará que todos los males del mundo vienen por falta de silencio; que la muerte y la vida está en manos de la lengua. Este silencio tiene de guardar en todo tiempo y en todo lugar y con toda persona, pero sobre todas las cosas lo ha de guardar, por constitución de el Papa, en los lugares que se siguen, conviene a saber: después de dichas Completas hasta otro día de mañana que tañan a Prima, ansimesmo en la claustra y en el coro, en el refitorio y en la mesa primera y segunda, y en tiempo que las religiosas

duermen en verano entre día, y ansimesmo en las Secretas; y en todo lugar y tiempo lo ha de guardar con mucho cuidado. Lo cual se hace así en todas las religiones.

La religiosa no jure, no porfíe, no mienta, no se alabe, no cuente novelas, no diga mal de nadie, no hable cosas de que las otras se rían ni cosas deshonestas, nunca hable cosas que sean mengua de el ausente o que sienta pena el presente, ni diga mentira de veras ni verdad burlando. Estudie por no decir palabra mal dicha ni ociosa. Cuando fuere llamada a hablar, vaya pensando cómo más cuerda y religiosamente hable, y estudie alguna cosa provechosa que diga de edificación. Si no supiere hablar, calle o hable poco; porque la simple que calla es tenida por sabia.

Trabaje siempre la religiosa por tener esta virtud preciosa del silencio, que es como llave o puerta tras la cual se guardan todas las otras virtudes. Exhortando a las religiosas, dice sant Jerónimo: «Nunca entre vosotras, hijas, disputéis de las vidas ajenas: dejad ese juicio para el examen divino. Conoced vuestros pecados y llorad vuestros delictos, parézcamos que la vida de cualquiera es un ejemplo de sanctidad. Pensad que sois vosotras las peores del mundo. Haya tanta limpieza en vuestros pensamientos que os parezca cosa torpe pensar, y muy grave pecado creer, que hombre del mundo podría pecar a causa vuestra. Si por ventura oyéredes alguno que murmura de otro, huid prestamente y apartaos dél así como de una serpiente. Entonces, a lo menos vencido de la vergüenza, aprenderá a callar y no decir mal de nadie. Costumbre es de algunas mujeres (que por la mayor parte son parleras y no saben tener secreto de lo que oyen, antes muchas veces dicen lo que no saben y lo afirman, y jamás pueden guardar secreto, en especial de cosa que sea semilla y principio de mal) el decir por todas partes palabras engañosas y malas y sembrar discordia, o, si más no pueden, oyen a los otros para incitarlos y encenderlos en mal. En lo que a esto toca, debéis entre las siervas de Dios trabajar en gran manera que no se halle defecto ni culpa, porque la sancta religión imposible es que se halle en las parleras, que jamás pueden callar ni apartarse de las palabras sin provecho. Así pues, muy amadas hijas, domad vuestras lenguas agora que tenéis aparejo para haceros bienaventuradas. Refrenaldas de tal manera que ni causen pleitos ni riñas, ni porfías ni enojos. No suenen jamás escándalos a causa dellas, ni juramentos ni blasfemias ni injurias, ni publiquen cosa en desagrado de otríe. Y si por ventura el Demonio, que siempre siembra discordias, causare alguna diferencia entre las hermanas, provea luego en ello el abadesa de manera que la maldad muera en la simiente: sea tan presto atajado que el sol cuando fuere puesto no halle ira en la casa de Dios; porque de la ira verná el odio, y del odio se seguirá que la casa de paz sea hecha taberna de embriagos. Lo que siempre habláredes, así entre vosotras como con las que vernán a visitaros, sea de los oficios divinos, sacado de la sagrada Escritura; y si alguna mujercilla seglar viniere a visitaros y comenzare a razonar de su marido y de sus hijos, de sus contentos y galas y de otras vanidades del mundo, atajalde luego las palabras interponiendo otras palabras sanctas, y den lugar las hablas ociosas a las palabras de Dios. Y si las tales no quisieren mudar su propósito en sus pláticas ni oír vuestras sanctas historias, en confusión de su yerro cerraldes presto la ventana de la reja por do las habláis y, volviéndoos a vuestras celdas, a lo menos conocerán en esto vuestra modestia y sanctidad. Finalmente, debéis trabajar que no os entre cosa del mundo dentro del alma que pueda engendrar vanos pensamientos con que os fatigue al tiempo que queréis contemplar; por-

que pocas veces acaece que el ánima se ocupe en pensar lo que no le ha entrado por los sentidos, por ser éstas sus ventanas y puertas de su total perdición».

### Capítulo décimo: De la humildad y acatamiento con que la religiosa debe hablar con su prelada

**E**L apóstol sant Pedro, en su *Canónica*, amonesta a todos los inferiores y súbditos que honren y estimen en mucho a su reyes, y san Pablo quiere que los obedezcan y estén sujetos, porque quien los resiste (dice) a lo ordenado por Dios resiste. Salomón en los *Proverbios*, hablando en persona del mismo Dios, dice: «Por mí reinan los reyes»; esto es, que les da Dios el ceptro y la corona y quiere que todos los obedezcan y estimen. Y esto por razón (según sancto Tomás) que les dio Dios sus veces en la tierra para que los que por amor de la virtud no se abstienen de hacer mal sean por ellos compelidos a que hagan bien por la corrección y castigo. Y por eso quiere Dios que, pues los superiores y prelados están en su lugar y tratan lo que a su servicio y bien de todos pertenece, que sean tenidos, estimados y honrados; y a los que así no lo hacen Dios los castiga.

En el libro de los *Números* cuenta la sagrada Escritura que el sacerdote Aarón y María su hermana, mofando y murmurando de Moisés su hermano, dijeron: «¿Ha de pensar aquí Moisés de mandarnos y sujetarnos diciendo que habla en él el Señor y no en nosotros? ¡Vive Dios que no le hemos de obedecer ni cumplir sus mandamientos! Porque, allende que se casó con una mujer negra etiopisa y que él es tartamudo y que no puede hablar palabra, no le debemos subjeción alguna, pues él y nosotros nascimos en una casa y descendimos de una parentela». Por esta murmuración y menosprecio luego Dios cubrió de tal suerte de lepra a María, que en breve espacio consumía sus carnes, hasta que rogó por ella Moisés. Todo el tiempo que los hijos de Israel reverenciaron a Dios y obedecieron y respetaron a Moisés, nunca traspasaron la ley divina ni cayeron en el pecado de la idolatría; mas, a la hora que comenzaron a suspirar por la hortaliza de Egipto y osaron poner la lengua en Moisés su prelado, luego cayeron en grandes pecados y vinieron a manos de sus enemigos. Por estos ejemplos podrá echar de ver la religiosa cuánto le conviene el ser sujeta a su prelada, y el temerla y reverenciarla, como a la que está en lugar de Dios y tiene sus veces.

Cuandoquiera que acaeciére a la religiosa hablar con su prelada, guarde la doctrina que le fue dada arriba, y no la mire a la cara con ojos libres, mas bájelos a tierra, y no esté meneando los pies o manos, como persona sin policía. Aunque la prelada esté asentada, no se asiente la nueva religiosa hasta que le sea mandado, sino estese en pie, teniendo el cuerpo quedo y bien compuesto, con aquel acato que si estuviera delante su señor temporal; y hable con ella con humildad y reverencia, y su plática sea breve, en manera que lo que con una palabra se pudiere cumplir no se hable en dos, y su habla sea baja y humilde. Nunca ataje su palabra o razón, mas oiga con humildad lo que dice y después hable lo que le fuere necesario. Y si alguna hablare estando ella hablando, no pase más adelante hasta que la tal haya fenecido su plática, y después acabará la religiosa lo comenzado, si fuere cosa que le convenga. Después que fueren acabadas aquellas cosas para que fue llamada o ella vino, luego se despedirá tomando la mano a su prelada y besándosela humildemente y, bajando su cabeza con reverencia, se irá con la bendición de Dios.



Capítulo undécimo: Cómo la nueva religiosa debe descubrir su corazón a su maestra o a su confesor, conforme el caso lo requiere, para que dellos sea enseñada

**D**EBE notar la novicia que cuanto más las religiosas se disponen al servicio de Dios son mucho más tentadas de el Demonio, del mundo y de la carne; y muchas veces son engañadas so color y especie de bien, transformándose Satanás en ángel de luz. Y por que en la nueva religiosa las tales tentaciones no hayan lugar es menester que, viniendo a su corazón algunas tentaciones o pensamientos, agora le parezcan buenos o malos, no los calle ni esconda, mas descúbralos luego a su confesor; y si fueren cosas que se sufra descubrirlas a la maestra que la enseña sin que en ello pase mucha vergüenza o tema que de descubrirselo le podrá venir algún daño (por no estar tan obligada a la guarda de el secreto como su padre confesor por razón de el sancto sacramento de la Penitencia y otros buenos respectos), descúbraselas; porque tanto los males pensamientos se enseñorearán en su corazón quanto más tardare en los descubrir; y quanto más fueren señores de su corazón tanto serán peores de desarraigar dél, aunque después los descubra, y este daño le verná si en el principio no resistiere a la tentación y no descubriere su corazón. Y por que los tales pensamientos o tentaciones, después de descubiertos, no se tornen a enseñorear en ella es menester que sojuzgue su voluntad y saber al<sup>76</sup> consejo saludable de su confesor, maestra o prelada, como si del Cielo le viniese aquel consejo.

Esto no solamente conviene y lo debe hacer en el año del noviciado, mas aun después toda su vida, hasta la muerte, si quiere que el bien que comenzó haya buen fin; porque no basta a la religiosa comenzar bien si hasta el fin no persevera en lo comenzado. Y, por tanto, si la religiosa quiere alcanzar victoria de los tres enemigos ya dichos e ir camino derecho al cielo, trabaje siempre con todo esfuerzo por descubrir su corazón y todas las tentaciones y pensamientos a su confesor y allegarse al consejo saludable que por él le fuere dado. Y, aunque a la religiosa le parezca que no<sup>77</sup> tiene malos pensamientos, tenga por costumbre de un día en la semana descubrir su corazón a su confesor y decirle lo bueno y lo malo y quanto en él tuviere (y esto con brevedad y sin serle pesada), y deje lo que él le mandare dejar y haga lo que él le dijere, aunque a ella le parezca ser mejor y más acertado lo contrario, conforme a su parecer.

Capítulo duodécimo: De la humildad y paciencia con que la religiosa debe llevar las reprehensiones que le fueren dadas

**A**NSÍ como las preladas tienen cargo de proveer de las cosas necesarias, como de comer, vestir y calzar a las religiosas de sus conventos, tienen también cargo de darles a merecer y ganar quanto al provecho del ánima. Por tanto, la nueva religiosa entienda que algunas veces ha de ser reprendida y maltratada de palabra, unas veces con razón y otras sin ella; y esto no porque la abadesa o maestra tengan gana de reñirla o de hacerle algún agravio, sino por probar su paciencia y humildad y reco-

76.- Orig.: 'al al' (121v).

77.- Suplo 'no' (122r).

nocer en ella el espíritu con que vino a la religión y si es cosa que a ella cumple; y así, cada y cuando que la reprehendieren y maltrataren ni se defiendan ni se escuse, como lo hacen las de poca virtud y espíritu, que no saben merecer. Mas ella, si quiere atesorar en el cielo y dar el ejemplo que debe a buena religiosa, con ánimo pacífico y modesto diga su culpa humildemente. Y la forma como la ha de decir es ésta:

Sin hablar palabra pondrá sus rodillas en tierra, con los ojos bajos, como persona avergonzada que hace penitencia de sus culpas. Inclinará su cuerpo y, humillada su cabeza, se estará así, queda, oyendo devotamente la reprehensión. Y guárdese, cuando así estuviere, de hablar palabra buena ni mala, ni excusarse, aunque no tenga culpa ninguna en aquello por que es reprehendida; ni tampoco se levante de allí donde está hasta que la que la reprehendió se lo mande, aunque acaeciese estar allí todo el día. Y acuérdesse, mientras allí estuviere, cuán sin culpa estuvo Cristo nuestro Señor hincado de rodillas ante Caifás y cuán herido, escupido y blasfemado fue allí, y como inocentísimo cordero nunca abrió su boca.

Ansimesmo la religiosa ha de ser humilde ante Dios y ante sus hermanas. Ante Dios, piense que no hay otra de menos virtud y mayor pecadora que ella; ante sus hermanas, considere que no hay otra tan para poco y de menos provecho que ella es. Siempre se ponga en el postrero y más bajo lugar, y de continuo procure anticiparse en hacer reverencia y cortesía a las demás. Apetezca los oficios más humildes y bajos del monasterio y gócese cuando se los encomendaren. Cuando viere alguna fregar, barrer o coger la basura, o entender en cosas semejantes, y en especial que va cargada y cansada, tómele de su mano la obra; que con ella llevará los merecimientos.

Cuando otra le dijere algo o le hubiere hecho algún enojo o sinsabor, si la pidiere perdón, luego la ha de perdonar, hincándose de rodillas también como ella, aunque la otra haya sido la culpada y ella la inocente. Y si la nueva religiosa hubiere enojado a alguna, por poquito que sea, no tarde; mas luego a la misma hora vaya y hínquese de rodillas y humildemente le pida perdón del enojo que le hizo.

Cuandoquiera que en la mesa o en el Capítulo hubiere de decir las culpas, vaya muy dispuesta y aparejada para sufrir con mucha paciencia y humildad cualquiera reprehensión o increpación que le fuere dada o cualquiera penitencia y castigo que le fuere impuesto; y no sólo lo debe sufrir con paciencia, mas aun lo debe desear, por amor de imitar a su amantísimo Esposo y Redemptor<sup>78</sup> Jesucristo.

### Capítulo decimotercio: De la sancta obediencia que la nueva religiosa debe guardar

**V**IO entre sueños el sancto Jacob una tan alta escala que, fija los pies en el suelo, tocaba en lo más alto de el cielo, y vio muchedumbre de ángeles que subían por la escala y que la henchían de grande resplandor; y lo que más le espantó fue que el Señor estaba arrimado a la escala para que no se trastornase a una parte ni a otra. La escala que tenía los pies en el suelo y con la cabeza tocaba en el cielo no es otra cosa sino la sancta obediencia, cuyas obras, aunque las obramos como hombres, nos encumbran encima de los Ángeles.

78.- Orig.: 'Redeptom' (123r).

Entre las virtudes, no hay virtud más segura para elegir ni hay consejo más sano para tomar, ni camino más seguro para ir ni escala más derecha para subir a la bienaventuranza, que es el mérito de la obediencia, el privilegio de la cual es que, estando nosotros descuidados, negocia ella con Dios nuestros hechos; y así, ¿en qué no merece el verdadero siervo del Señor, que siempre obedece? Si negamos nuestra voluntad y nos damos a obedecer, estando solos y acompañados, tristes y alegres, hablando y callando, sanos y enfermos y aun prósperos y abatidos, negocia con Dios la obediencia y suple, si hay en nosotros, alguna falta; porque no hay cosa que no sea meritoria a la hora que entreviene en ella la obediencia.

¡Oh, cuán gloriosa es esta virtud de la obediencia!, pues, por muy pequeña que sea la obra que se hace en fe della, vale para un escalón por do subimos a la gloria; de manera que cuantas buenas obras hiciere la religiosa tantos escalones pone en su salvación. ¡Oh, cuán segura vive la que debajo del yugo de la obediencia vive!, pues a cada paso y en cada momento halla a Dios cabe sí junto, y esto para darle la mano cuando sube y para tenerle la escalera cuando descende. San Jerónimo escribiendo a Rústico, monje, dice: «Justa cosa es, hermano Rústico, que tú y yo, y yo y tú, obedezcamos a Cristo en lo que nos encomienda y a todos nuestros prelados en lo que nos mandan; porque es Él tan buen Redemptor y para con nosotros tan piadoso señor, que no menos recibe en cuenta todo lo que nuestro prelado nos manda que si Él mismo nos lo mandase».

Una de las más principales virtudes que la religiosa puede tener es la obediencia. Por lo cual, debe mucho preciarse de ser obediente a sus preladas; y no sólo a ellas, mas aun a las campanas o señas, en tal manera que, oída la palabra de la abadesa, o seña o palmada, o alguna de las campanas que llaman al coro, o a comer o dormir o trabajar, o a Capítulo o a cualquier otro ayuntamiento, en ese punto ha de dejar lo que está haciendo. Y no solamente debe tener prompta obediencia, mas aun debe siempre guardar aquello que sabe ser voluntad de sus preladas, porque a lo que principalmente ha de atender la religiosa ha de ser a hacer la voluntad de su prelada y nunca jamás hacer la suya.

Como del fuego debe guardarse la religiosa de hacer su voluntad, sino ser en todo obediente, acordándose cómo el Redemptor de el mundo perdió la vida por no perder la obediencia. Tan de veras debe ser obediente la religiosa y dejar su parecer, que no se ponga a examinar cómo ni por qué le es mandada la cosa ni quién se la manda: bástele saber que quien se la manda tiene autoridad para se la mandar, o que le manda cosa que conocida-mente no es pecado. Y no sólo ha de ser obediente a los prelados y a la regla que prometió, mas también ha de obedecer los estatutos y constituciones de su Orden en la manera que por sus mayores están escritos y así los ha de guardar. De tal suerte debe ser la religiosa atada y ligada y religada por la sancta obediencia, que ninguna cosa haga sin licencia, mayormente aquellas que no querría que la viesen hacer o aquellas que, según juicio de su corazón, son contra la voluntad de su superior. Así ha de estar crucificada en la cruz de la religión con los tres clavos de obediencia, pobreza y castidad, como su celestial Esposo y Señor estuvo por ella en la cruz. Y, por tanto, cuandoquiera que estuviere en comunidad, como Capítulo, coro o refitorio, o en otro ayuntamiento donde las monjas estuvieren, y se le ofreciere necesidad de salirse o irse, ha de ir a la abadesa o a la que presidiere y, bajando la cabeza con humildad, manifestar su necesidad y pedirle licencia; y si le fuere concedida vaya en buena hora, y si no, vuélvase a su lugar con paciencia, y no haga como algunas

mal enseñadas que, sin llegar a la abadesa, bajan sus cabezas y sin decir nada se van, sin aguardar *sí ni no*.

Cosa es prohibida y mandada que ninguna coma fuera de la comunidad y mesa; y así, no solamente no ha de comer la nueva religiosa fuera de la comunidad, mas ni aun beber un poco de agua sin licencia de su maestra; ni tampoco andar fuera de la celda o casa de labor, ni se ponga al sol, mayormente por donde algunas pasan, salvo acompañada de su maestra. Los días de fiesta y los demás que no tuviere ocupación, recójase a su celda, y no salga della hasta que tañan al coro o a comer o a cenar, salvo si fuere llamada o si se le ofreciere alguna necesidad; porque en la celda hallará a Dios y fuera della muchas ocasiones de pecar.

Cuando en tiempo de invierno se van las monjas a calentar a la chimenea o brasero de la comunidad, nunca la nueva religiosa se llegue a calentar estando allí otras más antiguas que ella, si no fuere llamándola las que allí están dos o tres veces; y si estuviere a la lumbre con otras sus iguales, procure estar con mucha honestidad, sin descubrir los pies aunque sienta frío; y no calentará ropa ninguna, ni tampoco el calzado, porque será descortesía. Y caliéntese brevemente, guardando silencio, y no se esté allí tostado; porque por ventura otras, comedidas, estarán aguardando con necesidad que se desocupe la lumbre para llegar ellas; pero, estando sola, podrá calentarse a su voluntad y enjugar sus paños.

Cuando se limpiare a las toallas de la comunidad guárdese mucho de no estar allí sonándose las narices con ellas en manera que las deje sucias o ensangrentadas; y cuando acabare de fregar las escudillas o de levantar el vedriado no se vaya allí primero a limpiar en manera que las haya de dejar llenas de tizne o de suciedad; porque, habiéndose de limpiar en ellas otras religiosas, no conviene que queden así sangrientas y sucias.

Finalmente, la religiosa ha de ser obediente a Dios, a sus preladados y a su conciencia, y aun a sus hermanas cuando le dijeren que las ayude o haga algo, si lo tal no fuere contra lo que los mayores le tienen mandado. Lo que la virtud de la obediencia pide al verdadero obediente es que se llegue a toda virtud y se aparte de toda ruindad y vicio. Muchas obedecen en lo que es honra, y aceptan los oficios de mando y señorío porque se lo manda la sancta obediencia, las cuales, cuando les mandan cosas humildes o trabajosas, rehúsan la obediencia y siguen su soberbia y propia voluntad.

Saúl, aunque era hombre grande y el más alto del pueblo, obedeció a su padre Cis que le mandaba buscar las asnas que se habían perdido, y en aquel camino fue ungido por rey del profeta Samuel, porque, obedeciendo en oficio humilde, le escogió Dios por príncipe y rey de su pueblo israelítico. Así, merecerá la religiosa hallar gracia delante de Dios y el reino de los cielos si en las cosas bajas y pequeñas prontamente obedeciere a sus superiores.

#### Capítulo decimocuarto: De la perfecta pobreza que la religiosa debe tener

**E**L glorioso Jerónimo, escribiendo a las vírgines consagradas a Cristo, dice: «Sabad, hijas muy amadas, que el loco que edifica sobre arena, a quien la creciente de las aguas y la furia de los vientos derriban el edificio, es el que, estando puesto en la religión y vida apostólica, desea allegar riquezas temporales. Mirad, hijas, en esto con gran diligencia; porque aquí está todo vuestro peligro, aquí está vuestra caída, en este lugar está vuestra eternal muerte. Acordaos que renunciastes todos los bienes que en el

mundo poseíades y que desamparastes al siglo y los deleites y contentos que en él pudiéades gozar. Considerad que venistes a seguir a Jesucristo, tan pobre que no tiene adonde recline su cabeza, y que entrastes en esta sancta vida con voto, juramento y promesa: y prometistes no tener cosa del mundo, terrena ni temporal, ni poseer sino a solo Jesucristo. No sólo prometistes de no poseer bienes mundanos, mas ni aun codiciarlos; ni es mucho que busquéis o deseéis tener lo que ya una vez dejastes, y con tanta razón. Esta fue la causa por que nuestro Redemptor mandó a sus discípulos que no llevasen nada por el camino, ni talega ni cayado ni dineros en la bolsa, para que sepan sus imitadores (que son los religiosos) cómo por el ejemplo dellos no pueden lícitamente poseer nada estando en el monasterio; en tanto que ni aun la ropa (sino la que de necesidad han de traer) no pueden poseer, ni calzado ni otra cosa menor, cualquiera que sea. Y si nuestro Redemptor y sus sagrados Apóstoles tenían por necesidad alguna cosa de lo que les daban, no lo podían tener ni gozar como suyo propio. Desta mesma manera lo debéis hacer vosotras, amadas hijas; que, puesto que tengáis lo necesario para comer y vestir (que son las riquezas de los cristianos), no, empero, haya cosa ninguna en todo ello que sea propia, antes sea todo de común».

Por quanto la pobreza es fundamento de la buena y verdadera religión, a la religiosa que quisiere alcanzar esta preciosa margarita le es necesario que sea muy pobre, esto es: que no desee tener cosa de las deste mundo, ni la tenga, chica ni grande, por suya; porque, si por suyo algo tuviese, aunque fuese una aguja, sería propietaria, y quebrantadora de lo que prometió y de el consejo evangélico. Ni tampoco debe tener alguna cosa de su uso, por pequeña que sea, sin especial licencia de su prelada; porque si de otra manera algo tuviese, estaría en mal estado. Cuando alguna cosa le fuere concedida para que use della, guárdese la religiosa de aficionarse tanto della que si después se la quitaren sienta pena dello; ansimesmo, de nunca esconder nada a su prelada.

No muestre semblante de enojada y triste cuando le fuere quitado lo que tuviere; que no es suyo. Ni aun ella no es suya; porque su prelada puede, della y de lo que tuviere, hacer lo que quisiere. Y no estaría en buen estado si la prelada no osase o no pudiese hacer de la que es su inferior y súbdita, y de lo que a su uso tiene, lo que a ella pluguiese, según Dios, por conocer su poca paciencia y virtud.

Habiéndose ya servido de la cosa que le fue dada, vuélvala luego a quien se la dio, o a su lugar, si es herramienta o alhaja, y no la tenga más en la celda.

Otra vez digo a la religiosa que no tenga cosa sin licencia sin que la haya mucho menester, ni procure cosa hermosa o curiosa, ni tenga cosa doblada pudiendo pasar sin ella. Si hallare alguna cosa, póngala en lugar público por que cuya fuere la tome, o busque quién la perdió; y no tome cosa alguna, aunque se la den, sin decírselo a su prelada.

Guárdese la religiosa de dar ninguna cosa ni trocalle por otra, porque todas estas cosas son acto de propiedad y pecado; y esto (que no se ha de dar ni trocar) no solamente no lo ha de guardar fuera del monasterio, mas ni aun entre las monjas; porque ninguna tiene licencia para dar nada a otra, ni la otra para tomar lo que le diere. Por tanto, guárdese de tomar de otra religiosa cosa alguna, ni trocarla, si no fuere con sabiduría y licencia de la prelada.

Mas, empero, guárdese de tener cosa que no haya menester, aunque la tenga con licencia de la prelada; porque estará con mala consciencia. Y si la tiene con licencia y voluntad de la prelada y con necesidad, y con todo esto está aficionada a ella que ni quiere prestarla a nadie ni darla cuando la prelada se lo manda, y pierde la paciencia cuando se la toman,

también está con mala consciencia; porque de tal manera ha de tener la cosa que tuviere (conviene a saber, con licencia y voluntad de la prelada y con necesidad della) que la deje libremente, como cosa ajena, cuando se la tomaren.

La que quisiere ser verdadera religiosa y perfectamente pobre no tenga nada ni lo desee tener, salvo un solo vestido y calzado, y esto lo más viejo y pobre que pudiere; y cuando algo de lo que hubiere menester le faltare y con celo de la sancta pobreza no se curare de lo procurar, sino que huelga de padecer mengua, allí está la ganancia de el Reino de los cielos.

Y guárdese la religiosa de ser como algunas, que dicen que son pobres y nunca les falta nada, ni saben qué cosa es padecer necesidad, ni la desean ni querrían ver, y no viva engañada como éstas, porque si al profesor de la pobreza nunca le falta nada, ¿adónde ésta su mérito? O ¿qué diferencia hay de la religiosa al que mucho tiene, como aun muchos ricos del siglo, padeciendo algunas veces mengua de las cosas, lo sufren y llevan en paciencia? Cuando a la religiosa, en el comer o en el vestir o calzar, alguna cosa le faltare, dé gracias al Señor porque padece pobreza con el pobre Jesús.

#### Capítulo decimoquinto: De la castidad con que debe conservarse la religiosa

**A** CERCA del voto de la castidad, no solamente ha de ser la religiosa casta en el cuerpo y en la voluntad, mas también lo ha de ser en el corazón. Y para mejor hacer esto ha de poner mucha guarda en su corazón y en todos sus cinco sentidos corporales. El corazón se ha de guardar no dando entrada a los pensamientos carnales, o imágenes de hombres ni otro algún pensamiento desta materia, sino que, en sintiendo que le vienen, luego los resista y alcance de sí, porque son muy deleznable y si entran con la cabeza (que es el principio), en el corazón entrarán con todo el cuerpo hasta la cola del consentimiento. Desvíelos, pues, luego de sí, y no dé ni tome con tales pensamientos ni haga en ellos tardanza; porque de ligero podrían abrir la puerta del consentimiento al pecado mortal. Por lo cual, no solamente es menester que guarde el corazón de el mal pensamiento, pero es muy necesario que ponga gran guarda en los cinco sentidos, porque por ellos entra la muerte al ánima como por cinco puertas. Y esté cierta que nunca alcanzará limpieza en el corazón si no refrena los sentidos exteriores.

Por tanto, guarde sus ojos de mirar las cosas que la pueden dañar, y, sobre todo, los guarde de mirar los rostros, faciones y atavíos de los hombres; porque con tales lazos captiva el Demonio muchas ánimas, porque no es bien que mire lo que no conviene desear. También ha de guardar la lengua que nunca hable palabras deshonestas o carnales, y las orejas que no las oyan, pues las malas palabras corrompen las buenas costumbres y la limpia castidad de el corazón.

Ansimesmo ha de guardar el sentido del tacto, de manera que aun sus mismas carnes no trate con las manos, ni las mire, salvo por enfermedad o manifiesta necesidad, y entonces, honesta y brevemente. Ni tampoco consienta que ninguna otra llegue a su cuerpo sin las causas sobredichas; porque todo este recato es menester para conservarse en la limpia castidad; y con su cuidado y el ayuda de Dios, guardando los sentidos como dicho es y resistiendo los malos pensamientos carnales, alcanzará siempre victoria de sus enemigos, que con tantas invenciones y ardides la procuran derribar de esta preciosa virtud de la castidad.

Cuando vinieren a su memoria algunos pensamientos sucios o las ocasiones que en otro tiempo tuvo para pecar, tome contra lo tal este remedio: Luego en llegando el pensamiento a su corazón, vuelva el rostro de su memoria y ponga los ojos de su alma en el Señor crucificado; y con el mirar de aquella sangre que corre por la cruz abajo y sale de aquellas cinco fuentes del Salvador huirán de su pensamiento todas las abominaciones. Y si fuere fatigada con encendimiento, ponga las rodillas desnudas en tierra y encomiéndose a Dios y a nuestra Señora con algunas *Avemarías* o con el psalmo del *Miserere mei* o con otra devoción cual quisiere. Y si esto no bastare, haga una disciplina de quince o veinte golpes o más, y así, con semejantes ejercicios ha de pelear contra las tales tentaciones.

También aprovechará mucho a la religiosa para conservarse en castidad hacer memoria de las que se descuidan de esta virtud trabando amistades y devociones con diversas personas, considerando la inquietud y desasosiego que éstas traen consigo, y que si hay pleitos en el convento siempre son éstas las que los levantan, y cómo solas ellas se muestran a la abadesa inobedientes y rebeldes, y no hay prelada ni oficiala buena en su boca porque no acuden al gusto de sus disoluciones, y que, como mártires de el Demonio, trabajan días y noches por tener qué presentar y mal emplear, y cómo siempre son éstas las autoras de los vanos y deshonestos trajes y las violadoras de las sanctas costumbres de la religión. Ansimesmo, que solas dos o tres que haya destas en un monasterio de setenta monjas muy virtuosas y siervas de Dios, las tres solas bastan para escandalizar el pueblo donde viven y afrentar y turbar el monasterio, pues el considerar los daños que destas liviandades redundan basta para retirar a la religiosa deseosa de la virtud de cualquier cosa que no fuere muy honesta y sancta y para que animosamente se martirice por amor de Dios, contradiciendo sus malas inclinaciones y dando de mano a los gustos y contentos que de su divina Majestad procuran apartarla para su condenación.

#### Capítulo decimosexto: Que la religiosa no debe hacer abstinencia sin licencia de su prelada o maestra

**P**OR cuanto algunas, so color de sanctidad, con celo de penitencia afligen y atormentan a sí mismas indiscretamente, de manera que las que habían de servir a la Orden, la Orden las viene a servir dándoles viandas delicadas y libertades, por tanto, a la nueva religiosa, cuando le viniere deseo de hacer algunas penitencias extraordinarias, así como ayunar a pan y agua, o más ayunos de los de la Iglesia y Regla, o dejar de comer la carne o pescado, o velar en oración cuando las otras duermen o no dormir en cama, o hacer disciplinas allende de lo que está ordenado, o traer silicios o sogas encima las carnes, o otras asperezas o cosas semejantes, guárdese mucho de no hacer las tales cosas; porque muchas veces vienen por instinto y astucia de el Demonio, o por hacerla perder el seso o las fuerzas, o por que como había de servir a la religión veinte o treinta años, no sirva sino uno, y lo demás que viviere sea servida de la religión.

Y si por estas penitencias no la pudiere el Demonio hacer perder las fuerzas corporales y la salud, por ser mujer recia y bien acomplecionada, pretende con las tales penitencias que pierda el merecimiento de su trabajo, por haberlo hecho de su voluntad, sin consejo o licencia de su prelada o maestra, y aun algunas veces siéndole por ellas vedado. Pues la

religiosa que no quisiere ser engañada y perder el fruto de su trabajo y deservir a Dios en sus penitencias, nunca haga cosa de su cabeza; porque, dado que estas cosas sean sanctas y buenas, primero las debe comunicar con su prelada y confesor; y con su licencia todo será saludable, provechoso y meritorio, y sin la tal licencia nada le aprovechará cuanto hace.

Esta misma regla debe tener en las cosas de sus devociones, porque ninguna devoción ha de rezar, ni psalmos, ni *Avemarías* en honor de nuestra Señora, ni de los Ángeles ni Apóstoles, ni de la Pasión, sin que primero lo consulte con su confesor, y con su licencia lo rezará; porque más agrada a Dios rezando poco con licencia de su confesor o de su prelada que mucho de su voluntad. Pues si la religiosa quisiere asegurarse de yerros que, sin entenderlos, pueden sucederle y aprovechar mucho en todo lo que pusiere por obra, todas las cosas que hiciere hágalas con consejo y con licencia.

### Capítulo decimoséptimo: Cómo se han de decir las culpas en la mesa y Capítulo

**L**A nueva religiosa tres veces en la semana tiene de decir las culpas, conviene a saber: lunes, miércoles y viernes; y todos estos días las ha de decir en el refitorio al principio de la comida, salvo el viernes que las hubiere de decir en el Capítulo. Y todos estos días ha de tener la forma siguiente:

En tañendo a Capítulo, dejadas todas las cosas, trabaje por ir la primera, y póngase rodillas delante el altar y dese a contemplar en la Pasión de nuestro Señor Jesucristo, y aparéjese a recibir cualquiera reprehensión, disciplina o otra penitencia que la prelada le quisiere dar; y no sólo cuando se le dé tiene de llevarlo en paciencia, sino que aun tiene de desearlo por amor de Dios.

Venida la prelada y hecha señal, ha de ir con las demás novicias de dos en dos y hincarse de rodillas ante ella, y dirale sus culpas por el orden que aquí se porná. Y si la prelada la atajare hablando, cese luego de decir sus culpas y oiga con atención lo que le dijere y reciba la corrección y penitencia con humildad, y bésele la mano y levántese y sálgase fuera del Capítulo, hasta que haya hecho profesión y váyase a hacer la penitencia que le fue dada o lo que le fue mandado, o váyase al coro o a la celda a darse a Dios hasta que tañan a comer.

Este modo de decir las culpas debe tener todas las veces que hubiere Capítulo; pero, cuando no le hubiere, hanse de decir también el viernes en el refitorio en esta forma:

En tañendo a comer, deje lo que está haciendo y procure ser la primera que viniere al *De profundis*, donde todas se juntan, y siéntese en su lugar. Y dicho el *De profundis* y entradas las monjas en el refitorio y bendecida la mesa, quitarse ha la nueva religiosa el manto, si le tuviere, y irá con sus compañeras de dos en dos, y hincarse ha de rodillas delante la prelada, a la cual hará una inclinación y, tornando a levantar la cabeza, aguardará a que la que lee haga pausa, y luego bájese bien y diga sus culpas. Y advierta que en el Capítulo se dicen las culpas largamente, como aquí las verá escritas; mas en la mesa no se han de decir más de dos o tres, o hasta cuatro a lo más, y han de ser aquellas de que más la conciencia la acusare, por que la lección no se impida.

Estas culpas se han de decir tres veces en la semana, como queda dicho, y hanse de decir en la forma siguiente:



«Madre, digo mis culpas a nuestro Señor Dios y a vuestra reverencia y a las demás madres y hermanas; y en especial de que soy desobediente y no hago lo que me es mandado con la diligencia que debo, y que en el levantarme soy perezosa, y voy tarde al coro y estoy en él con mucho descuido y negligencia, haciendo mal las inclinaciones y faltando a las demás ceremonias. Ansimismo digo mi culpa, que voy tarde a las comunidades y hago poco en los trabajos; y que cuando tañen a las Horas y a las otras ordenaciones no dejo luego lo que estoy haciendo, ni guardo por la casa la mortificación debida, ni la vista ni la disciplina religiosa como estoy obligada; y de la poca caridad que con las enfermas he tenido no visitándolas ni sirviéndolas como es razón. Digo también mi culpa, que en la mesa no estoy atenta a la lección ni como con la limpieza y honestidad que debería, mirando a unas partes y a otras, y que las cosas que la madre maestra me enseña no soy diligente en las aprender y guardar. Digo mi culpa, que cuando hablo con vuesa Reverencia y con las madres ancianas no hablo con aquella reverencia y acatamiento que sería razón, y algunas veces sin decir *Benedicite*. De estas culpas y de otras muchas en que he caído demando a nuestro Señor perdón y a vuesa reverencia penitencia, y a estas madres y hermanas me perdonen los malos ejemplos que de mí han recibido y rueguen a Dios por mí».

#### Capítulo decimoctavo: De cómo la religiosa debe confesar y comulgar

**L**O ordinario que en las religiones se acostumbra es confesar las monjas de ocho a ocho días, y de derecho común es que ninguna se pueda confesar sino con el confesor que les fuere señalado por su prelado. Y así, ninguna debe confesarse con otro confesor, en especial sin licencia de su prelada; la cual en ninguna manera debe permitir que sea de otra Religión y Ordinario, ni que los de su Ordinario y Religión sean tampoco admitidos, sin licencia de sus superiores.

Cuando la nueva religiosa se hubiere de confesar, antes que vaya a los pies del confesor tome algún poco de tiempo y apártese a un rincón y examine con diligencia su conciencia: en qué ha pecado y qué ha hecho después que confesó; qué tales han sido sus palabras, sus pensamientos, deseos y obras; cómo ha guardado los mandamientos del Señor; en qué ha errado en los pecados mortales; cómo ha guardado los cinco sentidos, la obediencia, pobreza, castidad y clausura que prometió, y la regla y ordenaciones de el Silencio, si enojó o injurió a alguna. De estas cosas y otras semejantes, según su conciencia la acusare, debe con diligente examinación ordenar su confesión; y procure de confesarse lo más a su confusión que pudiere, con tal que, so color de humildad, no diga lo que no hizo ni pensó, ni hermostee con palabras los pecados; no se escuse ni se alabe; no descubra ni nombre a nadie, sino sea muy discreta y sin perjuicio en su confesión.

Habiendo traído a la memoria sus defectos, puestas las manos y hincada de rodillas, su cuerpo inclinado con mucha devoción, comience a confesarse en la forma y manera siguiente:

Persígnese y santígüese y diga *Confiteor Deo*, hasta *verbo et opere*, y luego diga: «Padre, yo pecadora me confieso a Dios y a vuesa reverencia de todas mis culpas, pecados y negligencias en que he caído. Especialmente me acuso que no vengo a este sancto sacramento de la Penitencia con el dolor y arrepentimiento de mis culpas y pecados que debería, ni

traigo tan firme propósito de la enmienda que cualquiera buen cristiano debe traer, ni he puesto tanta diligencia en me acordar de mis pecados como era obligada. Digo mi culpa, que las penitencias que me han sido impuestas no las he cumplido con la devoción y diligencia que debía. Digo mi culpa, que para recibir el santísimo Sacramento no me dispuse y aparejé con tanta pureza y limpieza cuanto era obligada, y, después de recibido, no haber hecho las gracias debidas a tan alto misterio, ni puse tanta guarda en mi ánima como era razón. Digo mi culpa, que el oficio divino cumplo con gran negligencia, y las Estaciones y otras devociones no las rezo con debida devoción. Digo mi culpa de haber sido remisa en la guarda de los diez mandamientos. Especialmente me acuso en el primero, que es amar a Dios; que no le amo ni temo, ni sirvo como a mi verdadero Dios, y le soy ingrata no dándole gracias por los beneficios que cada día me hace y de su sagrada Pasión, por la cual me redimió, y acúsome de muchos bienes que podría hacer por su amor y que no los hago por mi negligencia. Digo mi culpa de el amor de los prójimos, que no tengo a todos el amor y caridad que querría que todos me tuviesen, juzgando muchas veces las cosas que en ellos veo antes a mala parte que a buena, y no me duelo de los necesitados como querría que de mí se doliesen, ni ruego a Dios por ellos. Digo mi culpa de los siete pecados mortales. Especialmente me acuso de la soberbia; que soy soberbia, presumptuosa y vanagloriosa, deseando la honra y loor humano en las cosas que hago o digo, mostrándome defuera otra de la que soy de dentro, y acúsome que por mi soberbia he menospreciado a mis prójimos en mi corazón, teniéndome por mejor o para más que ellos. Digo mi culpa de la ira; que algunas veces me he airado y turbado contra mis prójimos y contra las cosas que son sin uso de razón. Digo mi culpa de la gula; que muchas veces como y bebo más de lo necesario, y no hago abstinencia ni guardo en el comer la modestia y templanza que sería justo, algunas veces deseando más o mejor manjar que me es administrado. Digo mi culpa de haber sido perezosa y negligente en el servicio de Dios, y muchas veces haber dado lugar al sueño y a la carne y haber perdido por mi pereza muchos bienes que pudiera haber hecho. Digo mi culpa de los votos que en mi profesión hice y de las ordenaciones y estatutos de la Orden; que no trabajo por los guardar como debo. Especialmente me acuso de la obediencia; que no obedezco tan simplemente a mis prelados, que están en lugar de Dios, como debería, ni hago las cosas que me mandan con prompta voluntad. Digo mi culpa de la sancta pobreza; que no tengo el deseo della que debería, deseando a tener a mi uso algunas cosas más de las que por mis mayores me son concedidas. Digo mi culpa de la castidad; que muchas veces suben en mi corazón pensamientos y memorias de varones y malas inclinaciones, y no he trabajado por las resistir ni alanzar de mí tan varonilmente como debería, antes muchas veces me he detenido y deleitado en ellos, dándoles entrada y consentimiento por mi malicia. Digo mi culpa de los cinco sentidos. Especialmente me acuso de la vista; que muchas veces miro cosas que no me convienen y doy oídos a cosas vanas y que me traen a mucho desasosiego. Digo mi culpa de el silencio y recogimiento; que he hablado muchas palabras vanas y sin provecho, andando vagueando de unas partes a otras sin necesidad, y que algunas veces miento y doy de mí mal ejemplo a mis hermanas, y que en todo soy muy defectuosa y pecadora, y sierva inútil y sin provecho. De estas culpas, y de otras muchas en que nuestro Señor sabe que le he ofendido, y de todo el bien que he dejado de hacer, le pido misericordia y perdón, y a vuesa reverencia peniten-

cia. *Peccavi in istis et in aliis, de quibus non recordor, mea culpa, mea culpa, mea maxima culpa. Ideo precor beatam Mariam semper virginem, beatum Michaellem arcangelum*», etc.

Esta forma de confesar se ha puesto aquí no para que la religiosa lo diga como aquí va, sino para que por esta manera de confesión se ordene para confesarse; porque, comúnmente, cuando faltan las religiosas a lo que deben suele ser en alguna destas cosas. Y así, dirá más o menos, según las culpas que tuviere; porque esto no se pone aquí sino como un interrogatorio o muestra para encaminar su confesión.

Mucho debe mirar la religiosa de no ser pesada en sus confesiones, por los grandes inconvenientes que dello redundan. En un insigne monasterio, de los más bien gobernados y sanctos que debe de haber en la tierra, acostumbran a señalar una religiosa que tenga cuidado de hacer llamar a las que se han de confesar, y ella no se quita de cerca del confesionario; y cuando vee que alguna se tarda en la confesión, la hace luego salir llegando a la puerta del confesionario y diciendo: «Soror Fulana, mirad que tomáis el tiempo a las demás que se han de confesar». Y dice la verdad: porque el confesor tiene el tiempo limitado cada semana, sin entrar antes ni después de lo que suele a confesar.

Yo deseando saber por qué esto se hacía, me fue dicho: «Padre, aquí pretendemos que ninguna sea escrupulosa; porque si alguna diere en serlo nunca acabará de desenmarañar su consciencia, y si hoy se estuviere un cuarto de hora, otra vez se estará media hora, y otra una, hasta venir a estarse cuatro o cinco horas sin por qué ni para qué. Y con esta prolijidad pervertirá el buen orden que siempre se ha guardado en esta casa y será ocasión de que otras la imiten y que el padre confesor, por amor della, venga de mala gana al confesionario».

Este gobierno ha sido muy aprobado de todos los que le han sabido, y así, los que a estas señoras confiesan salen edificadísimos de su sanctidad y muy satisfechos de la discreción con que en sus confesiones y en todo lo demás proceden. Y es cierto que en<sup>79</sup> todo lo que estas sanctas señoras temen de la prolijidad se vee que pasa cada día en los monasterios que no celan y evitan que las religiosas sean largas en sus confesiones; porque hay algunas que han menester uno y dos días, y si hallasen paciencia en los confesores nunca acabarían. Y de aquí procede no poderlas sufrir ni hallar confesor que quiera ir a aquellos monasterios donde estas escrupulosas están, por no topar con tales azares, que por lo menos los dejan enfadados y molidos, y aun algunas veces enfermos con su prolijidad. Y así, el que una vez va no vuelve otra, si puede escusarlo; porque son más temidas que un toro y más conocidas que la ruda, y hacen perder a las demás por ellas. Siempre ordinariamente esta falta se halla en personas de malos entendimientos, por lo cual no deben permitir las preladas que ninguna religiosa vaya cobrando este siniestro, porque muchas veces es engaño del Demonio para traerlas desconsoladas con veinte impertinencias y causar desórdenes en su monasterio.

Cuando ya estuviere bien confesada y aparejada para la sancta Comunión, ha de guardar para comulgar las cosas siguientes:

Lo primero, la noche antes se ha de abstener de comer y beber demasiado, por reverencia del Señor que ha de recibir y por hallarse más aparejada para la devoción.

Lo segundo, que, pues ha de recibir en la celda de su ánima y consciencia al Señor que la hizo y redimió, se apareje con suma diligencia cerca de dos cosas: la una, que camine

79.- Parece sobrar 'en' (132r).

con los ojos de su pensamiento por los rincones de su consciencia, echando fuera della todo mal deseo, todo mal pensamiento y toda mala intención y pecado y todas las cosas que pueden ofender a los ojos de su divina Majestad; y la otra, que, después de bien limpia la cámara de la consciencia, la componga y adorne de virtudes y de buenos propósitos de enmendarse, proponiendo ser de allí adelante muy obediente, humilde, pobre, abstigente y casta, muy recogida, callada, devota, y de aprovechar en toda virtud.

Lo tercero, mirar si tiene a alguna enojada, y nunca presumir de comulgar sin pedirle perdón. Y serle ha cosa de gran virtud y perfección el hacerlo así, aunque la otra sea la culpada y ella la inocente, porque sanará su ánima y la de su hermana espiritual, y a ella le redundará desto gran gloria.

Lo cuarto que debe hacer es que, después que hubiere dispuesto y aseado la consciencia y hombre interior, alimpe y adorne el cuerpo, que es el hombre exterior, procurando que el hábito y ropa que se pusiere esté muy limpia, porque todo es reverencia y acato de tan alto Señor como va a recibir; y lave sus manos y rostro, y la boca con los dos dedos mojados o un lienzo mojado, y no tome agua para lavarla, por el peligro de pasar algo. Y desta manera esté aparejada de<sup>80</sup> dentro y defuera, entretanto que se hace hora de comulgar.

Si estuviere en el coro, dese a la oración o contemplación de la Pasión de Cristo nuestro Redemptor, y considere lo mucho que por ella hizo y padeció y lo poco que ella ha hecho y padecido por su amor y servicio, y sienta las ofensas que le ha hecho. Esto hecho, por el orden acostumbrado en su monasterio llegará la religiosa con mucho tremor, amor y devoción a la mesa del Señor y recibirle ha en su boca y en su ánima y entrañas; y cuando tuviere el santísimo Sacramento en su boca, trátele reverentemente no llegando a él los dientes, y trabaje por pasarle antes que tome y trague el lavatorio; porque si primero pasase el lavatorio no le recibiría en ayunas, y en esto sea muy diligente.

Esto hecho, volverse ha a su puesto, y, considerando la infinita merced que de tan gran Señor ha recibido, darle ha muchas gracias por el orden y manera que Dios la encaminare. Y cuando saliere del coro no corra ni ande con pasos presurosos ni descompasados, sino como paso grave y devoto. En su rostro parezca mucha modestia y en sus palabras y conversaciones grande honestidad, de suerte que en todo resplandezca el sentimiento que su alma ha hecho con tal Señor.

Y mire la religiosa que nunca tiene de dejar la Comunión sin licencia de la prelada, ni tampoco en ninguna manera se debe consentir que alguna comulgue antes o después de la comunidad, si ya no fuese por grave causa y necesidad manifiesta, registrada a su prelada.

### Capítulo decimonono: De el ejemplo que la religiosa debe dar cuando hablare con seglares

**C**OMO quiera que el buen ejemplo debe siempre guardarse con las religiosas del convento, pero mucho más y con mayor diligencia debe ser guardado<sup>81</sup> entre seglares; porque ellos, como no pueden ver lo de dentro, acatan mucho en las cosas que veen de fuera, y muchas veces de las cosas que no son pecado venial se

80.- Suplo 'de' (133r).

81.- Orig.: 'guardada' (133v).

escandalizan. Por cuanto los seglares son muy cuidadosos en mirar y notar si las religiosas son honestas y bien disciplinadas en su conversación y modo de proceder, conviene mucho a la religiosa que cuando fuere forzoso el salir a hablarlos esté muy sobre el aviso y con especial cuidado estudie cómo mejor les pueda dar buen ejemplo; porque así como el que da buen ejemplo da materia de alabar a Dios y saca muchas ánimas de la carrera del pecado, así el que da mal ejemplo es maldito de Dios, y daña a sí y es ocasión de murmurar y pecar a muchos, y así, ha de pagar por muchos.

Por tanto, su conversación entre ellos sea ejemplar, su andar manso y religioso, su hábito honesto y no curioso, su habla baja y humilde, y sin ofensa de nadie y breve, y tenga muy guardados sus sentidos. Todos los movimientos de su cuerpo sean con mansedumbre, y guárdese de reír entre ellos, y tenga cubiertas sus manos, y sus ojos bajos y muy honestos. En su conversación guárdese mucho de descubrir a ninguno, por muy deudo y familiar que sea, cosas de su Orden, salvo las que son tales que con saberlas quedará edificado. Nunca se quede sola y sin escuchadera, aunque sean mujeres las con quien está, porque los testigos refrenan mucho las palabras; y si estuviere con hombres no esté más de aquello que la necesidad y obediencia la constriñere.

Nunca desee ir a las redes a conversaciones, porque pocas veces volverá cual salió; pero cuando la obediencia se lo mandare vaya segura y con alegría, propuniendo de dar la muestra que debe de la sanctidad de su monasterio y proceder de manera que merezca en todo. Exhortando san Jerónimo a las monjas, decía: «Amadas hijas, quiero que si de necesidad hubiéredes de hablar con algún hombre sea de esta manera: que la rejeta por donde os habláredes esté cubierta con un velo negro, de manera que ni veáis ni seáis vistas, pues no se debe ver lo que no se debe codiciar: no hay para qué poner la sanctidad en necesidad de excusas. Por tanto, yo os mando que ninguna de las hermanas hable con persona de fuera de el monasterio sino en presencia de la madre abadesa o de algunas otras hermanas ancianas, excepto la que hubiere de comunicar con el sacerdote en confesión».

Una de las cosas que mucho quiere Dios de sus siervos es que sus palabras y conversaciones sean sanctas, de manera que aprovechen a quien las dice y edifiquen a los que las oyen y los despierten a más conocer y amar y alabar a Dios. Leemos en la divina Escritura que los cielos se han abierto algunas veces, y siempre ha sido con grande causa y para grande provecho. Una vez se abrieron y llovió maná los hijos de Israel: manjar excelente y muy suave con que se sustentaron en el desierto y se provocaron los buenos a más conocer y amar a Dios. Deste beneficio de Dios dijo el Psalmista: «Abrió las puertas del cielo y llovioles maná para que comiesen». En el bautismo de Cristo se abrieron, y sonó la voz suavísima del eterno Padre y descendió el Espíritu Sancto en forma de paloma. En la muerte de san Esteban también se abrieron los cielos, y apareció Cristo, que estaba a la diestra del Padre, y apareció en pie para dar favor al Sancto. Los varones justos, en la sagrada Escritura se llaman *cielos*, que, como dice David, cuentan la gloria de Dios: *Caeli enarrant gloriam Dei*, y son cielos espirituales, mucho más excelentes que los cielos materiales. La puerta destes cielos es la boca o la lengua, pues quiere Dios (y es muy justo que así se haga) que nunca se abran estos cielos sin causa justa, sino que cuando se abrieren sea para llover maná, que son palabras sanctas que edifiquen y consuelen las almas, y para que descienda el Espíritu Sancto, que son palabras que despiertan al alma a compunción de sus pecados, o amor de Dios o a otra obra de virtud con que se comunique al alma la gracia del Espíritu

Sancto, y que se abran para que parezca Cristo, que son palabras que den conocimiento de Cristo, de su poder, de su gloria, de los grandes favores que en Él tienen los que le sirven.

Que de la tierra salgan vapores y humos negros y que del agua salgan ranas cosa es natural; mas que del cielo salgan vapores y descendan ranas cosa es extraordinaria y plaga y castigo de Dios. Que de los pecadores que tienen los corazones terrenos y están encharcados en las cosas deleznable y perecederas del mundo, que salgan palabras vanas y ociosas y sin fundamento, como lo es el vapor, y palabras que dañan la fama del prójimo y la escurecen y paran negra como el humo, y que salgan ranas de parlería y estruendo de palabras y grita y voces desconcertadas no es de maravillar; mas que de religiosas siervas de Dios, que tienen su corazón en el cielo o que hacen profesión dello, salgan palabras como éstas, esto es de admirar y es grande plaga y castigo que Dios lo permita así por nuestros pecados: que las que han de edificar y aprovechar con sus palabras dañen y desedifiquen. Porque el árbol ha de dar el fruto conforme a su naturaleza, y pues la religiosa es persona espiritual consagrada a Dios y mujer del cielo, ha de hablar cosas de espíritu y cosas de Dios y cosas del cielo, o las que sirvan y se ordenen para esto, como lo han hecho siempre las grandes siervas de Cristo que en su sancto estado entre ellas han sido señaladas.

#### Capítulo vigésimo: Del gobierno del abadesa

**E**N una epístola que el glorioso Jerónimo escribió a la virgen Eustoquio dice así: «Muy amada hija mía Eustoquio, oye ahora muy atentamente cuánto es grande la carga que sobre tus hombros tomas obligándote a dar cuenta y recio examen delante el Señor de las almas de tus súbditas, y de sus cuerpos y de sus palabras y costumbres. Guárdate, en reverencia de Dios lo ruego, no nazca de ti ni aun una pequeña sospecha de mal; porque sería posible que con esta sola perdiejes alguna de las que procuras salvar. Tus mandamientos sean para con las hermanas tan bien ordenados, tan conformes a razón y tan dulces, que aun las de mala y soberbia condición se ablanden y con amor vengan a tu obediencia. Sean tus palabras tan mansas y de tanta suavidad que jamás despierten en las hermanas dureza ni furor, antes, si lo hay, lo mitiguen y maten. Mas, si alguna fuere desobediente, muestra tú ánimo tan constante y varonil que no sea en ti conocida alguna mujeril blandura. Todas las espinas procúralas desarraigar al principio, por que adelante no vengan a crecer en tanta demasía que dejen ahogada la buena simiente. Ten por cierto que no hay cosa en el mundo más peligrosa en el que ha de gobernar que mostrar una vana humildad en corregir los soberbios y rebeldes súbditos. Siempre que hubieres de tratar alguna cosa dificultosa toma el parecer de las hermanas muy atentamente, y no te atengas a la voluntad de una sola. Mira, empero, que si el consejo fuere bueno y sancto que lo tomes, dívalo cualquiera que fuere: acuérdate que Dios escogió las cosas flacas para confundir con ellas las más fuertes y poderosas. En lo que hubieres de proveer no sigas sola tu voluntad sin que la mayor parte de las más prudentes hermanas lo confirmen y aprueben, porque solos los locos y soberbios usan en tales casos de sólo su consejo y parecer. Si la mayor parte de las hermanas fueren de contrario parecer del tuyo, ni las contradigas ni porfies con ellas. En todo lo que hubieres de hacer aparta de ti el furor, mala voluntad, envidia y escarnio de alguna, en tan escogida manera que no se halle

sino paz, caridad, amor y el saber comportaros las unas a las otras; porque desta manera el Espíritu Sancto siempre os inspirará lo mejor en todo lo que hubiéredes de hacer». Hasta aquí es de san Jerónimo.

Grande obligación tienen las preladas a dar buen ejemplo a sus súbditas, pues de ordinario el común imita a sus mayores. Cuando un pequeño arroyo sale de madre poco daño es el que va haciendo; pero si sale de madre un río caudaloso lleva puentes, casas, molinos y hace otros muchos daños. Cuando el súbdito peca poco daño hace a los otros; pero si el prelado sale de sí haciendo lo que no debe, grandes y graves daños hace con su mal ejemplo. De tal manera siguen los súbditos los ejemplos de los prelados, y así los imitan y siguen, que los de Siquem hasta en la fe y religión que tenían imitaron a su príncipe Emor y se circuncidaron porque vieron que su señor se circuncidaba. Adviértase cuán fácilmente siguió el pueblo al señor y prelado, y en cosa de tanta calidad como era mudar la adoración y religión que tenían. En matándose el rey Saúl, luego se mató su criado que llevaba las armas, por que se entienda cuán presto el mal ejemplo del príncipe lleva tras sí los otros.

Cuando cae del monte una pequeña piedra luego para y se detiene cerca de donde cayó; pero si se desprende y cae un gran peñasco de una montaña lleva tras sí otras muchas piedras y árboles y cuanto topa; así, cayendo el súbdito no es mucho el daño que en los otros hace, mas cuando cae el prelado a muchos lleva tras sí. Mire, pues, la que fuere prelada, la obligación que tiene de vivir bien, y considere el daño que hace con su mal ejemplo. Josué y Caleb no sólo espionaron la tierra de Promisión, pero aun trujeron un grande racimo de uvas, en lo cual con obra y ejemplo mostraron ser verdad las buenas nuevas que daban de la fertilidad y abundancia de aquella buena tierra. No basta que el prelado enseñe y reprehenda con palabras a sus súbditos, sino que también es necesario que con vida y ejemplo muestre ser verdad lo que dice.

Realmente, el día que el prelado se instituye por tal y se encarga de ánimas, ese día ha de hacer cuenta que se da por esclavo suyo herrado, y se echa la argolla al pie de su libertad dende luego, obligando sus días y noches al servicio de sus ovejas; y asimesmo a comer pan de cuidado; y ése no a su albedrío, sino cuando le dieren lugar y licencia sus dueños, esto es: el propio ganado que administran. A grande honra tuvo David ser yerno de el rey Saúl y casar con su hija, como él lo encarecía a los cortesanos; pero no se la dieron de balde, sino con cargo de que pelease las batallas del señor. Por cierto, grande honra es el estado de la prelación, pues, al fin, el prelado es como yerno de Dios, a quien Dios da su querida hija por mujer; pero no se la dan de balde, sino con su obligación y para que fielmente pelee las batallas de Dios, que es el cargo con que esta su Micol se le concede y entrega. Por esta razón, y con gran propiedad, se llaman ellos *siervos*, porque realmente lo son y es éste nombre y título que les viene de oficio, por donde el Papa, que es prelado de los prelados, se intitula, con mucha propiedad, esclavo de los esclavos de Dios.

«Yo soy buen pastor, y el buen pastor pone su vida por sus ovejas», decía Cristo, y es como si dijera: «Yo soy pastor, y soy buen pastor y hago obras de buen pastor; y las obras que hago a mis ovejas son que no hay oveja en el mundo tan sarnosa por quien no ponga yo la vida». San Crisóstomo, sobre estas palabras, dice: «No dijo Cristo: ‘Yo soy príncipe, yo soy capitán que peleo, yo soy caballero que valgo, yo soy escudero que sirvo, yo soy oficial que labro’, sino solamente dijo: ‘Yo soy pastor que guardo ganado’, para darnos a entender que de todos los estados de la Iglesia de Dios debe ser este estado el más alto, pues de él y no

de otro echó Cristo la mano. Si Cristo no nos obligara a más de ser pastores, pasara; mas, como nos obligó a conocer las ovejas y a ser conocidos dellas, y apacentarlas y a poner las vidas por ellas, verdaderamente él es oficio más para poner espanto que no para desearlo».

San Bernardo, en una epístola, dice: «¡Oh, a cuánto se obliga el que se ofrece a ser buen pastor!, pues pone en condición su honra, en peligro su vida, en aventura su ánima y a riesgo su hacienda; de manera que el día que acepta uno la prelación pone en condición cuanto en esta vida tiene. Pone el tal en condición su honra, pues sin piedad ninguna han de murmurar dél; pone en peligro su vida, pues la ha de perder por sus súbditos; pone a riesgo su hacienda, pues ha de sustentar a los pobres, y pone en aventura su ánima, pues si es malo se ha de condenar. De manera que si el tal supiese lo que procura, aun rogándose no lo recibiría».

San Gregorio, en el *Pastoral*, dice así: «Entonces el pastor pone por sus ovejas el alma cuando las ama como a su alma, las defiende como a su vida, las trata como a su persona y que nunca las pierde de vista». San Agustín dice: «Por sus ovejas, pone por Cristo el ánima el que en los peligros es el primero, el que en los enojos y discordias es medianero, el que de lisonjas no hace caso, el que tiene cuidado de los pobres, el que de los buenos es un escudo y el que de los malos es un azote». Hugo, *De claustro monachorum*, dice: «Por sus ovejas pone el ánima el prelado que esfuerza los tímidos, sobrelleva los flacos, soporta a los furiosos, disimula con los elatos, ayuda a los laboriosos, trabaja por los enfermos, corrige a los indómitos y es humano con sus súbditos».

Durante la Iglesia militante no se escusa estar el salvado con la harina, y el oro que se tome del orín, y que la rosa esté cercada de las espinas, y que la caña esté encarcelada en el hueso, y que el vino esté dentro del hollejo y que el malo y desbaratado esté junto cabe el bueno y virtuoso. Para remediar estos daños hizo Dios en su Iglesia prelados: para que en el horno del castigo aparten el orín del oro, y para que con las disciplinas aparten las rosas de las espinas, y para que con su pastoral cuchillo saquen la caña del hueso y para que con el cedazo de su buena vida aparten el salvado de la harina. La prelada que en el remedio destes daños no se ocupa, ¿para qué la tal se encargó de la prelación? Al que hace Dios hortelano y él se torna mundano, y al que manda<sup>82</sup> arrancar ortigas y él se ocupa en cosas profanas, y al que manda enjeringar su huerta y él no cura sino de disfrutarla, y al que manda que le guarde mucho su huerta y él no la ve, o, si la ve, disimula con el daño y coge su renta, ¿no llamaremos antes a éste ladrón cosario que no pastor verdadero?

No vaca tampoco de misterio que no mande Dios a Jeremías simplemente que arranque y disipe y asuele lo que es malo, sino que de tal manera lo arranque que no quede rastro ni señal dello, de manera que de aquellas yerbas malas no quede raya para crecer ni queden semillas para sembrar. Deste tan notable aviso pueden tomar ejemplo los prelados para que tan de veras castiguen los grandes delitos y tan de raíz extirpen los enormes excesos, que todos los que los cometieren queden hostigados y los que lo vieren o oyeren queden escarmentados.

El prelado que arrisca su persona no por remediar sus súbditos, sino por vengarse de sus enemigos, y, lo que peor es de todo, que todas las injurias de Dios disimula y ninguna de las suyas perdona, este tal no es pastor, sino prevaricador. Lo contrario desto nos ense-

82.- Orig.: 'mando' (137r).



ña el Hijo de Dios, el cual con sus propias manos azotó a los que en el templo ofendían a su eterno Padre y rogó en la cruz por los que le crucificaban; por el cual hecho, también maravilloso, obligó a los prelados a que vengasen sus injurias y les ató las manos para que no hagan caso de las suyas propias.

Como el oficio del prelado no sea otra cosa sino el fiel que iguala el peso y la regla que hace ir derecho el edificio, mucho sería el tal digno de culpar si sus súbditos conociesen en él alguna desordenada pasión o afectión, porque por ninguna cosa merecería ser depuesto de su prelación que por ser en su convento parcial y banderizo. En el sagrado colegio de Cristo, sus más familiares y amigos eran san Pedro y su primo san Juan; mas como el uno pidiese lo que no convenía y el otro dijese lo que no debía, a san Juan llamó necio, diciéndole: *Nescitis quid petatis*, y a san Pedro llamó demonio, diciéndole: *Vade retro Sathana*. De aquí deben tomar ejemplo los prelados de cómo se han de haber con sus más familiares amigos cuando se atrevieren a ofender a Dios o a quebrantar su regla; porque en tal caso no se ha de guardar con ellos ninguna amistad, sino que se han de tener por dicho que aquel han de tener por mayor amigo que fuere más virtuoso en todo el monasterio.

Cuando la prelada tuviere su corazón corregido y libre de toda afectión y pasión debe muy de veras entender en la corrección de su monasterio, es a saber: si guardan sus súbditas el sancto Evangelio que en el bautismo juraron, si quebrantan la regla que en la profesión prometieron; porque en estas dos cosas ningún delicto deben disimular ni dejar de castigar. Y no porque una sea generosa y otra anciana debe consentir la prelada que sean particulares en el vestido y vida, procurando eximirse de la comunidad; porque la generosa débese contentar con ser honrada y la anciana con ser sobrellevada. Y guárdese de admitir costumbres nuevas que algunas, por ambición o pasión, pretenden introducir, y enseñe a sus súbditas cómo han de tener humildad en los oficios, paciencia en los trabajos, abstinencia en los manjares, resistencia en las tentaciones y constancia en las virtudes, sin las cuales cosas no se podrá la sierva del Señor sustentar con sus hermanas ni apoderar con el Demonio.



## VEINTE Y CUATRO<sup>83</sup> PLÁTICAS ESPIRITUALES

De las cuales se podrán aprovechar las madres abadesas para dar las profesiones y exhortar las virtudes a sus religiosas

De la manera y forma que la novicia ha de demandar su profesión

**M**ADRE abadesa. El año (como vuesa reverencia sabe) de mi aprobación es cumplido, en el cual yo he visto y probado los trabajos y asperezas de esta sancta religión. Bien conozco que mi conversación no ha sido tal como debiera, ni haber guardado enteramente las cosas que me han sido enseñadas; mas espero en la misericordia de Dios y en los méritos de la gloriosa Virgen su Madre, Señora nuestra, y de todos los Sanctos, y por las oraciones de vuesa reverencia y destas madres y hermanas, de me enmendar de aquí adelante y perseverar en ella hasta la muerte. Por lo cual suplico a vuesa reverencia y a todas las demás tengan por bien de me recibir a la sancta profesión y compañía, para que mejor pueda servir a nuestro Señor Jesucristo y salvar mi alma.

### Profesión primera

**C**OSA es muy acertada escoger el más seguro lugar y más ocasionado para vuestra salvación, como lo es el de esta sagrada religión, que no es otra cosa sino un fuerte presidio de el servicio de Dios adonde las almas que quieren estar en continua centinela contra los tres poderosos enemigos se hallarán libres y seguras de ser dellos presas y traídas a su poder. Mas querría, hermana, que entendiédeses que no hay lugar tan alto, tan fuerte y sancto adonde os quisiéredes poner, que por su sola fortaleza os pueda escapar de la cruel batería del Demonio, de sus asechanzas y lazos, ni de la guerra que vuestra propia malicia os hace.

¡Qué buen lugar era aquel que nuestros primeros padres gozaban en el terrenal Paraíso, puestos allí por Dios con tanta abundancia de bienes para que en gracia suya los gozasen! Mas al punto que se descuidaron, con la seguridad del lugar, de hacer en él la centinela que para cumplir el mandamiento de Dios se requería, luego fueron rendidos del Demonio y echados por el Querubín del Paraíso.

83.– Suplo 'Veinte y cuatro', como precisa la *Tabla*.

¿Qué lugar puede imaginarse que más seguridad prometa que el cielo? ¿Qué lugar tan santo, qué fuerte, qué hermoso y qué lleno de divinidad! Mas, con todos estos bienes y ventajas, vemos que su fortaleza no defendió a Lucifer para que de su soberbia no fuese preso y desvanecido, y por ella derribado de aquellas celestiales moradas a los profundos del Infierno.

¿Qué lugar tan firme y felicísimo aquel que Judas poseía en el sagrado colegio de los Apóstoles, gozando en él tanto tiempo de la presencia y ejemplo de el Redemptor, de su celestial doctrina y grandes maravillas y milagros! Mas en este lugar tan fortalecido de virtudes y sanctidad fue entrado de el Demonio y hecho su prisionero para siempre jamás.

Por otra parte, vemos que ha habido muchos que en lugares flacos y muy peligrosos hallaron seguridad, y, con estar cercados de enemigos, siempre permanecieron con gran constancia en el servicio de Dios, como se vido en aquellos tres mancebos Sidrac, Misac y Abdenago, a los cuales aquel poderoso rey Nabucodonosor persuadía con grandes dádivas y tormentos a que le adorasen y dejasen el reconocimiento y reverencia que a su verdadero Dios hacían. Aquel pacientísimo Job, hablando de los muchos estorbos que en la tierra ado vivía hallaba para servir a Dios, quejándose decía: «Hermano fui de los dragones y compañero de los avestruces». Quejase Job de que su compañía y trato fue con dos géneros de gentes: los unos son entendidos por los dragones; que éstos le persuadían con gran claridad y disolución los vicios y deleites, alegando no estar en otra cosa la felicidad y bienaventuranza sino en ellos; y los otros por los avestruces, de grandes alas sin valer para volar; que éstos con hipocresía le aconsejaban dejase el sancto camino de la virtud y caminase por el que ellos andaban, por lo cual sería a Dios más acepto y a las gentes más suave y apacible y a su cuerpo más benigno y misericordioso, y que así alargaría su vida y con ella podría más servir a Dios. En grande admiración pone el ver que Lot fuese hallado ser justo en un lugar tan lleno de abominaciones como la ciudad de Sodoma, y que allí no tuviese fuerzas el Demonio para derribarle, y en un lugar tan ocasionado para vencer al enemigo como la soledad del monte mostrase tan gran flaqueza como mostró violando sus propias hijas.

Bien claro hemos visto por estos ejemplos la poca seguridad que los mejores lugares nos prometen. Y entendiendo esto el Real profeta David, sabiendo que no hay otro lugar que sea seguro sino el estar en sólo Dios, decía: *Esto mihi in Deum protectorem, et in locum munitum ut salvum me facias*. Dos cosas pide aquí David que todo cristiano debe pedir a Dios para alcanzar victoria de nuestros enemigos: la primera, que sea su protector y amparador; la segunda, que sea su fuerte alcázar adonde él tenga acogida para defenderse y librarse del Demonio.

Muy buen camino habéis tomado, hermana, en entrar primero en esta fortaleza de la religión para que después os sea concedida la que David pedía a Dios, que es la celestial Jerusalén, adonde con tanta seguridad se goza de la verdadera gloria y descanso. Mas agora es muy necesario escoger el lugar que más a propósito y favorable os fuere para conseguir lo que pretendéis, a imitación de aquel valeroso precursor de Cristo Señor nuestro constituido por ministro del sancto bautismo; que sabiendo que habían de venir muchas gentes a bautizarse, por que por falta de agua no se impidiese obra tan necesaria y de tan gran perfección, se vino a las riberas del Jordán, adonde con la abundancia de sus aguas bautizó infinita gente. No menos os servirá a vos, hermana, esta sagrada religión para lavar

vuestras culpas y saberlas conocer y desechar que el río Jordán servía a los que a él venían a bautizarse; porque aquí hallaréis tan espirituales y sanctos ejercicios, de tanta humildad y perfección, que echaréis muy bien de ver por ellos y por sus buenos efectos la necesidad que vuestra alma tenía de ser lavada y limpia con este rocío del cielo de la lepra que las profanidades y soltura del siglo le habían pegado.

En este lugar vuestra ocupación no ha de ser otra sino aquella que el rey Ezequías tuvo después que el profeta Elías le pronunció la sentencia de parte de Dios, diciendo: «Dispón tu casa, ordena tu consciencia, porque no te levantarás de la cama en que estás, sino que en ella muy presto has de morir». Oída esta sentencia de Dios, el rey Ezequías con gran dolor se volvió a la pared y comenzó a llorar amargamente sus pecados y a componerse con Dios, sin acordarse de cosa deste mundo ni de su vida ni salud, por lo cual su gran misericordia le concedió otros quince años de vida más de los que había vivido.

Pues yo os certifico, hermana, de parte de Dios, que este vínculo y lazo de la profesión que agora habéis de hacer, que antes que le podáis disolver y desatar se os ha de acabar la vida. El hábito que se os ha de poner entended que ha de ser la cama del rey Ezequías, porque en ella habéis de vivir y morir; y así como a Ezequías le había de servir la cama de algún alivio para en ella pasar las bascas de la muerte los pocos días que le quedaban de vida, así en este sancto hábito y mortaja, el mucho o poco tiempo que Dios la vida os concediere, no habéis de ocuparos en otra cosa sino en pasar las bascas de la muerte, pues todo ha de ser contradecir y pelear contra vuestro apetito y sensualidad y ejercitaros en muy rigurosa penitencia, para que pasando así de vuestra voluntad aquestas bascas, las forzosas que la muerte suele traer consigo se os hagan tan fáciles de sufrir que parta vuestra ánima desta vida sin congoja. Ya, hermana, habéis vuelto la cabeza a la pared, que es a sólo Dios, y las espaldas al mundo y sus contentos: no hay para qué de hoy más volváis a mirarle, porque no os acaezca lo que a la mujer de Lot.

El glorioso doctor sant Jerónimo se hace esta interrogación: ¿Por qué el rey Ezequías se volvió a la pared para haber de llorar y hacer oración? A la cual responde diciendo que, después que el rey Salomón acabó el templo que hizo a Dios, que edificó su palacio arriado al mismo templo, y que juntó Salomón su palacio al templo por tenerle de continuo delante de sus ojos para poder con facilidad consultar con Dios los negocios graves que se le ofreciesen y para que su vista y memoria le apartasen de las ofensas de Dios y le fuesen ocasión para hacer muchas buenas obras; que desto sirven los lugares sanctos: de alentar las buenas intenciones y propósitos a las virtudes y sanctos ejercicios.

Y por entender esto el patriarca Abraham, dice la Escripura que al mediodía no escogía otro lugar sino la puerta de su casa, por caer a la calle y camino por donde vendían los pasajeros y caminantes, para que el verlos venir cansados, fatigados y menesterosos le moviese a compasión y a los acariciar hospedándolos en su casa y regalándolos. Toda esta religión, hermana, es una puerta de Abraham para ver los caminantes y necesitados deste mundo y remediarlos en lo que pudiéremos, no sólo con los bienes corporales de nuestra pobreza, sino también con los bienes espirituales (por los cuales sus ánimas anhelan y se fatigan), para con ellos socorrerlos y librarlos de el poderío de el Demonio: obra muy acepta en los ojos de Dios.

Las casas desta religión por todas partes están mirando al templo de Dios, todas celan su sanctísima ley y servicio, todas con su sancto ejemplo reprehenden no solamente los

vicios, sino también cualquier descompostura de palabras y pensamientos. En un refitorio, aquella limitada ración que se nos da, la sancta lección que allí se lee nos la está zahiriendo, representándonos con cuánto menos se contentaba Cristo nuestro Redemptor, y sus grandes ayunos y los de sus verdaderos siervos, y que lo que se nos da es mucho para la pobreza que profesamos y lo mucho que el ayuno nos importa para cumplir lo que prometimos y alcanzar victoria de nuestros mortales enemigos, y que nos acordemos de los pobres que están esperando al torno lo que ha de sobrar para desayunarse. El claustro y celdas, y las puertas tan cerradas y guardadas no nos predicán otra cosa sino que miremos que estamos encarceladas por Dios y que en ninguna manera, ni aun con el pensamiento, quebrantemos la clausura y carcelería; porque si la quebrantamos muy cerca andamos (con las ocasiones que fuera desta sancta cárcel el mundo representa en nuestra imaginación) de quebrantar también el pleito homenaje que a Dios tenemos hecho de guardar su ley y la regla que prometimos y vos agora habéis de prometer. De suerte que esta y las demás partes deste sancto lugar que habéis escogido os servirán del templo de Salomón, incitándoos a toda virtud y penitencia para que, ejercitándoos en ella con gozo y alegría espiritual, no sólo alcancéis de Dios los quince años de vida que al rey Ezequías se le concedieron, sino la vida eterna y bienaventuranza.

### Profesión segunda

**E**N el capítulo veinte y cuatro del *Éxodo*, cuenta la sagrada Escritura que estando los hijos de Israel en la servidumbre y captividad de Egipto y andando en el trabajo y aflicción que pasaban con la tarea que les era dada de los adobes y ladrillos que hacían, que en esta amargura alzaron sus ojos y corazones a Dios y que le hicieron voto y prometimiento de guardar su ley, y que esta determinación y buena muestra de voluntad para servirle fue a Dios tan agradable y acepta que por ella les concedió su vista. Por esto podréis entender, hermana, que si Dios concedió un tan sumo bien como aquéste a los hijos de Israel por sólo el haberle hecho voto y prometido de guardarle su ley, lo que hará por el cumplimiento del prometimiento, de cuánta estimación le serán los trabajos que cumpliendo lo prometido se hubieren padecido, la lealtad y fidelidad en cumplirle la palabra como a verdadero esposo, digno de toda reverencia y servicio, se le hubiere guardado.

Para salir con esta tan dificultosa empresa que agora, hermana, queréis emprender obligándoos a la guarda de lo que habéis de prometer, es necesario el divino favor para no ser hallada por alevosa y fementida a vuestro celestial Esposo con el quebrantamiento de lo prometido. Y para alcanzarle no hay cosa que tanto aproveche ni más saludable remedio como andar siempre en la presencia de Dios y tenerle delante de los ojos en todo lugar y tiempo. Y no habéis de ser en esto como algunos que son como muchachos de la escuela; que mientras están delante de su maestro están muy compuestos y recogidos, y en saliendo el maestro de allí disparan por doquiera que los lleva el ímpetu y liviandad de sus afectos: porque no debe la religiosa y sierva de Dios imitar a éstos, sino antes trabajar cuanto sea posible por conservar y aventajar el firme propósito que ahora, hermana, traéis de nunca apartaros de su divina Majestad ni dejar de servirle; porque esta continuación es la cosa que más en breve hace subir a las religiosas a la cumbre de la perfección.

Esta presencia de Dios es la que David muestra que tenía cuando tantas veces afirma en sus psalmos que tenía siempre el Señor delante de sus ojos y que pensaba siempre en su sancta ley y que traía de continuo en la boca sus loores y alabanzas; de manera que aunque era rey y ocupado en diversos y graves negocios, así de paz como de guerra, con todo eso, en medio de tantos cuidados estaba quieto y entre tanta muchedumbre de negocios y criados estaba solo con Dios. Y aunque estéis ocupada, hermana, en alguna labor o en otra cualquier cosa, no por eso habéis de dejar de traer a Dios presente en vuestro pensamiento; porque esta habilidad dio el Señor a nuestro corazón; que pueda en un punto convertirse a Él, aunque el cuerpo esté ocupado en obras exteriores. De manera que así como una dama está labrando delante una reina y, sin perder un punto de su labor, está con gran mesura y recogimiento interior y exterior delante de su señora sin que la una ocupación impida a la otra, así puede nuestro corazón estar con debida reverencia y atención ante aquella Majestad que hinche cielos y tierra, sin que por eso pierda punto de lo que hace.

Este ejercicio es tan admirable y de tanta eficacia delante la divina Gracia, que con él se conserva el alma en gran temor y reverencia de Dios y en grande pureza de vida. Porque ¿cómo no temerá a Dios y le terná respecto y reverencia el alma que considera que está delante del mismo Dios? ¿Cómo no procurará de cumplirle lo que le hubiere prometido? ¿Cómo no huirá cualesquier pecados, grandes y pequeños, el alma que está mirando que la mira Dios para agradarse del bien que hace y para castigar el mal que le viere hacer? Con esta ocupación y ejercicio, entended, hermana, que vive el ánima de la sierva de Dios muy consolada y alegre; porque mirando a Dios presente halla en Él remedio para todos sus males y halla en Él todos los bienes que puede desear.

De la divisa y blasón que más tenéis de preciaros en este estado que queréis recibir para ser agradable en los ojos de Dios y causar admiración y edificación en los de las gentes, ha de ser de la tolerancia y sufrimiento de los trabajos y fatigas. Éstas estimó en tanto el apóstol san Pablo que por ellas quiso ser conocido de todos, las cuales llama llagas de Jesús, en su cuerpo ordinarias. Este ha de ser siempre el blasón del soldado de Cristo, el cual ha de estar cierto que así como en entrando el sancto profeta Elías en la casa de la Sareptana entró luego en ella el castigo de Dios en la muerte de aquel tan deseado hijo que tenía, así agora entrando Dios en nuestras almas entra el castigo como grande don de Dios, el cual estando en ellas entre las aflicciones llevadas en paciencia por su servicio y amor, nunca dellas se aparta. El día que el cristiano hace a Dios un gran servicio, el día que la religiosa hace a Dios sacrificio de sí mesma (como el que agora, hermana, queréis hacer captivando vuestra propia voluntad y renunciando los bienes de la tierra), ese día la paga Dios con señalarla por suya quitándole los deleites, la salud, la honra y todo el consuelo temporal, conmutándose en persecuciones, pobreza, enfermedades, deshonoras y oprobrios del mundo. De la suerte que se os han de hacer fáciles y suaves de llevar estos trabajos ha de ser considerando que os han de ser causa de muchos y grandes bienes (que os han de granjear no menos que la bienaventuranza), y que estos castigos que Dios os enviare de su mano proceden de amor, y que a los que más ha amado más reciamente los ha afligido; y esto no para que siempre permanezcan en sus tribulaciones, sino para que de esta cárcel y desventuras del mundo salgan a gozar del reino de los cielos, adonde les serán premiados sus trabajos con infinitos bienes.

Visto el sancto José el buen suceso que redundó de su injusta prisión y cárcel, saliendo de sus mazmorras y hierros a gobernar y mandar el reino de Egipto, claro está que cuando pasase con tanta gloria y honor (como después de salido tuvo) por delante de la cárcel que no ternía a aquel lugar por infelice, ni le pesaría por haber padecido los trabajos que allí pasó tan largo tiempo, sino que antes le ternía por lugar muy dichoso y se holgaría de verle, pues de aquellas fatigas y afrentoso lugar le sacaron para tanto bien. Como miraría un san Lorenzo las parrillas en que fue asado y sancta Caterina la rueda de las navajas y un san Esteban las piedras con que fue apedreado.

No dudo yo, hermana, sino que también la religiosa que estuviere gozando de la gloria mirará desde el cielo la estrecha y desabrigada celda en que moró, el monasterio adonde estuvo tan encerrada y presa y adonde tantos baldones recibió y tantas penitencias hizo, y dirá: «¡Dichoso lugar que me tuviste encerrada y guardada para que de las solturas y vanidades del mundo no fuese vencida! ¡Dichosas reprehensiones que me corregistes! ¡Dichosas disciplinas que me castigastes! ¡Dichosa necesidad y pobreza que me enriquecistes de tantos bienes como agora poseo! ¿De qué reales palacios de la tierra pudiera yo salir del miserable mundo, que los bienes que de su abundancia y grandeza sacara no fueran un pedazo de escoria respecto de los que saqué del menosprecio y estrecha vida de la religión? Adonde mi Dios, por hacerme tan infinitas mercedes como me ha hecho, me puso y plantó de su mano para que le fuese árbol fructífero de sus divinos loores y alabanzas y como simple paloma gimiese en la soledad mis culpas y pecados».

Pues con esta misma consideración y con estos mismos ojos habéis de mirar, hermana mía, agora los trabajos y afrentas; y no sólo con esto los hallaréis fáciles de llevar, sino que también, como otro apóstol san Andrés que a todos los tormentos de su glorioso martirio decía mil dulzuras, os requebraréis con las afrentas y fatigas y las ternéis por cosa suave y gloriosa.

Para haberos de conservar, hermana, en toda virtud y amor de Dios, habéis de referir a su divina Majestad todos los bienes que viéredes que hay en vos, así los naturales como los adquiridos con vuestra industria y trabajo. Entendiendo bien esto David, y cuán importante cosa es ésta para no ser dejado de la mano de Dios, después de haber vencido y muerto aquel fuerte gigante Goliat, refiriendo a Dios aquella victoria, como verdadero autor de tan heroico hecho, y queriéndole dar las gracias por ella, ofreció la espada con que le cortó la cabeza al templo, y allí la dejó colgada para que todos entendiesen no haber sido él el vencedor de aquella tan peligrosa batalla, sino Dios, y por esto convenía quedase en memoria en su sancto templo aquel insigne despojo. Esto mismo hicieron, a ejemplo de David, otros muchos capitanes de Israel después de conseguidas sus victorias. Y cuando reedificaban el templo de Jerusalén, en acabando de hacer un muro, agradeciendo a Dios el haber traído a tan buen punto aquella obra, con grande regocijo y devoción andaban sobre él cantando himnos y alabanzas a Dios.

Esto mismo habéis vos de hacer, hermana: en venciendo una tentación, en desarraigando y venciendo un vicio y en alcanzando una virtud (que es el fuerte muro del ánima), luego con gran diligencia habéis de acudir con el agradecimiento a Dios, luego con los loores y alabanzas, para con esto obligarle a que os haga nuevas mercedes y beneficios, como a humilde sirva suya y menospreciada en vuestros ojos, con que mejor podáis servirle y agradecerle.



## Profesión tercera

**E**N el primero de los *Reyes*, cuenta la sagrada Escritura que ofreciéndose David a la pelea y vencimiento de el fuerte gigante Goliat, que, por no saber el rey Saúl que David hubiese hecho algunas hazañas dignas de ser tenido por ellas por suficiente y capaz para emprender tan peligrosa batalla como era la de aquel invencible filisteo, que desdeñó el ofrecimiento de David no dando crédito a lo que decía, y así, le respondió: *Non vales resistere Philisteo isti, nec pugnare adversus cum, quia puer es*: No eres tan esforzado (dice Saúl a David) que puedas resistir a este filisteo ni pelear contra él, porque eres mozo y sin experiencia de las cosas de la guerra, y este filisteo es un varón belicosísimo y muy disciplinado en el arte de la milicia desde su niñez.

Con mayor razón que Saúl tuvo para desdeñar el ofrecimiento de David podría yo desdeñar el que vos, hermana, hacéis de entrar en la batalla de esta sagrada religión y vencer al enemigo della viviendo con tanta perfección y sanctidad que dignamente merezcáis el nombre de verdadera monja y celar como tal la guarda de los votos que habéis de hacer, tan ásperos y dificultosos de cumplir; porque la batalla que en esto acometéis es con tan esforzado y terrible contrario que, respecto de sus fuerzas, eran muy flacas las de el filisteo, y respecto de la destreza y arte que en la guerra tiene, fue muy poco experto Goliat.

Si decís que David fue después admitido para la batalla, yo quisiera que con la misma justicia que David tuvo para probar que era tan robusto y esforzado que con mucha razón se le podía otorgar aquella conquista, pudiérades vos pedir se os diera aquesta profesión que pretendéis. Porque David, viendo el cargo que se le hacía de que era débil y flaco y sin experiencia para la batalla, dijo luego, queriendo probar lo contrario, que, apacentando el ganado de su padre, cuando algún oso o león se llevaba algún carnero, que iba tras él y le hería y libraba de su boca, y que volviéndose aquellos feroces animales para él, que con su mucho esfuerzo los desquijaraba y mataba, y que así entendía, con el ayuda de Dios, le había de suceder con aquel filisteo, como a la verdad le sucedió.

¿Qué crédito queréis que dé a una doncella tan delicada como vos, que ha tan poco que dejastes de entre manos las blanduras y regalos del siglo que aún os tenéis la miel de sus vanidades y locuras en los labios y estáis tan lejos de poderos preciar de haber desquijarado y muerto los osos y leones de los vicios, que de vuestra virtud se tiene tan poca experiencia que en ninguna manera se puede presumir que en este poco de tiempo que ha que venistes a la religión hayáis aun bien entendido la batalla que emprendéis, cuanto más la manera y arte que para alcanzar la virtud y perfección es necesaria?

Porque, si bien supiédeses lo que es el estado de religiosa y sus requisitos, pondríaos grande admiración y espanto el pensar de haberos de ver en él; porque religiosa no es otra cosa sino una orden y manera de vivir de ángeles estando en cuerpo mortal y sucio. Religiosa es la que trae siempre los ojos del alma puestos en Dios y hace oración en todo tiempo y lugar y negocio. Religiosa es una perpetua continuación y violencia de naturaleza y una vigilantísima e infatigable guarda de los sentidos. Religiosa es un cuerpo casto y una boca limpia y un ánimo esclarecido con los rayos de la divina luz. Es un ánimo afligido y triste, el cual trayendo delante los ojos la memoria de la muerte, siempre se ejercita en la virtud. Advertid bien, hermana, cuán dificultosas cosas son éstas de alcanzar, y cómo sin

ellas ternéis usurpado el nombre y hábito de religiosa y contra toda razón la comida de los pobres y el hospicio que en este sancto monasterio se os hiciere.

No dejo de considerar muchas cosas que en vuestro favor podríades alegar, por las cuales me persuado a condescender con vuestra justa petición, que es de que os admita a la profesión y regla de nuestra sanctísima Madre y patrona nuestra. Y la que más fuerza me hace es el veros atropellar las dificultades en que la gente del siglo más repara. ¿Qué criado tiene cualquiera de los grandes príncipes del mundo, por necesitado y menesteroso que sea, que viendo que su amo desprecia su servicio y no hace caudal de su solicitud y desdeña el grande amor y afición con que le sirve, y que en lugar de premiarle y hacerle merced le afrenta y castiga de continuo, que no desampare su casa y servicio y le pierda la voluntad que antes le tenía y le publique por uno de los más ingratos e injustos príncipes de la tierra?

Pues todo esto he visto yo en vos muy al contrario; porque con haberos ocupado en los oficios de mayor humildad y bajeza que hay en el monesterio y haberlos vos hecho con la diligencia que habéis podido, nunca habéis visto que se os muestre una buena gracia ni un buen rostro por ello, sino todo reprehensiones, castigos, disciplinas y penitencias; y, con todo esto, a cabo de un año que ha que lleváis esta trabajosa vida sin oír una palabra de consuelo, hay en vos tanta firmeza en el primer intento que trujistes (que fue de permanecer en esta sagrada religión) que no sólo no os habéis descontentado de aquesta vida ni de quien así os ha tratado con tanto desabrimiento y rigor, sino que agora de nuevo y con más eficacia tornáis a suplicar tengamos por bien estas religiosas y yo os recibamos en nuestra hermandad y compañía.

Con todo este ánimo y constancia que habéis mostrado, hermana, es menester para salir con bien con vuestro intento que os ofrezcáis muy de veras a Dios en holocausto, quemando del todo vuestra propia voluntad con fuego de amor de Dios; porque la propia voluntad es como el cuervo, que saca los ojos a quien lo cría, y como el ciervo, que llevado por su propio apetito se pone en las manos del cazador que finge la voz de la cierva, y allí es herido de saeta herbolada. Así, el que se rige por su propia voluntad y apetito, cuanto va más apriesa tras lo que desea, tanto más corre para la muerte. Por tanto, os conviene seguir lo que el Señor dijo por san Lucas: *Qui vult venire post me, abneget semet ipsum*: El que quisiere venir en pos de mí niéguese a sí mismo. El que quisiere seguir mis pasos y vida bienaventurada no se gobierne por su propia voluntad, porque ésta le porná en las manos del cruel cazador del Infierno, adonde sin piedad será herido con la saeta herbolada de la ira e indignación de Dios todopoderoso.

Así como estáis obligada a obedecer a Dios, así lo estáis a ofrecer y entregaros a Él y resignaros en sus manos, pues ya sois toda suya por tantos y tan justos títulos, y en especial por este llamamiento que ha hecho en vuestra alma para que muy de veras os dediquéis a Él y le serváis y merezcáis la gloria en esta sagrada religión.

Con mucha eficacia y espíritu habéis de levantar los ojos a Dios y decir: «Aquí me presento, Señor, a vos, para que dispongáis de mí, como de hacienda vuestra, a vuestra voluntad: si queréis que viva, que muera, que esté sana, que enferma, que honrada, que deshonorada, para todo me ofrezco y resigno en vuestras manos; y me desposeo de mí para que no sea más mía, sino vuestra, para que lo que es vuestro por justicia lo sea también por mi voluntad. Reinad Vos en mí y no reine más el mundo ni el Príncipe de las tinieblas, ni mi carne ni mi propia voluntad, sino la vuestra. Vayan fuera de mí todos estos tiranos

usurpadores de vuestra silla, ladrones de vuestra gloria, pervertidores de vuestra justicia, y Vos solo y vuestro ceptro sea reconocido y obedecido en mi corazón y en mi alma, para que, con vuestro favor y socorro venciendo el fuerte Goliat del enemigo del género humano, sea hecha digna y merecedora del soberano premio que en esta profesión, en vuestro nombre, Señor, me ha de ser prometido, que es la vida eterna y bienaventuranza.

#### Profesión cuarta

**A**UNQUE fue felicísima la buena suerte que del mundo os cupo, descontenta de sus bienes y riquezas, como quien tan bien conoce su falsedad y mudanza, habiéndolas desdeñado por entender que no son las cosas del mundo las que hinchen y satisfacen a nuestra ánima, sino sólo Dios, por ser nuestro sumo bien y hartura de nuestros deseos, os determinastes, hermana, a dejar y menospreciar los bienes mundanos y perecederos por mejor adquirir con esta religiosa y trabajo a vida que habéis escogido los bienes eternos de la gloria, por ser los que con verdad duran y satisfacen.

De las perfecciones dadas a la naturaleza humana, ninguna hay que más estimada y propia sea al hombre que el amor y afición a la religión y a las cosas que al servicio y honra de Dios pertenecen. Porque nuestra ánima, según opinión de Platón, luego que de la mano de Dios es criada, por natural y cierto movimiento se vuelve a Él como a su criador (no hallando descanso en las cosas de la tierra), al modo de hija amorosa, de puro deseo de ver al Padre; que, como el fuego que en la tierra es encendido por virtud de los cuerpos superiores procura encaminar su llama en cuanto puede para lo alto, ansí también nuestra alma, que con un instinto natural se siente criada divinamente, se vuelve hacia esta divinidad y, adorándola y deseándola, para encaminarse y embeberse mejor en ella, busca un medio tan excelente como el que vos agora queréis escoger profesando en esta sancta religión, adonde las fuerzas de las cosas y engaños del mundo son quebrantados y el alma halla grande quietud para poderse volver a su Dios y criador y para ocuparse muy de veras en su sancta contemplación y en sus loores y alabanzas.

Dos figuras, una redonda y otra piramidal, no cuadran; porque, metida la redonda en la piramidal, no la hinche, porque defuera quedan vacíos los ángulos. Y como el mundo sea redondo y nuestro corazón piramidal, es imposible que el mundo le cuadre y le hincha y satisfaga. Un triángulo hinche otro triángulo. Nuestra alma, siendo una, tiene tres potencias: entendimiento, memoria y voluntad, a manera de un triángulo; por eso no se puede quietar ni satisfacer en la circunferencia de la esfera mundana, mas en el triángulo de la inmensa e incomprehensible Trinidad, que, siendo un solo Dios en esencia, es trino en personas: Padre y Hijo y Espíritu Sancto.

¿Queréis ver esto? David, un pobre pastor, vino a ser rey muy poderoso; y ni esto pudo hartar su alma, antes decía en un psalmo: *Tunc satiabor quando aperverit gloria tua*: Entonces, Señor, me hartaré cuando apareciere vuestra gloria. Como si dijera: Es verdad, Señor, que fue tiempo que yo, andando guardando ganado, no tenía más que una zamarra y un cayado y un zurrón, y que Vos, después de otros muchos bienes, me hecistes rey de uno de los más ricos y excelentes reinos del mundo. Mas nada desto me harta, porque, como fui criado para Vos, siempre viviré inquieto y sin descanso hasta que repose en Vos y goce de Vos en la bienaventuranza.

Cuando una cera está sellada con un sello, con ninguno otro la pueden volver a sellar que cuadre con el primero. Si nuestra alma es imagen de Dios, si está sellada con el sello divino, ¿cómo lo puede armar el sello mundano? Donde dice san Bernardo que bien se puede el alma racional ocupar con muchas cosas, mas no hinchar; porque, como es capaz de Dios, todo lo que no es Dios, dado que parezca mucho, para haberla de hinchar es poco. Dios, por su infinita misericordia puso en el corazón humano esta hambre y deseo de sí mismo, para que el alma viva y descansa en Él y fuera dél no halle hartura ni reposo, sino que siempre ande como aquel Hijo Pródigo, el cual fuera de la casa de su padre perecía de hambre y suspiraba por haberla dejado, y nunca le fue quitada hasta haber vuelto al padre que desamparó, adonde halló hartura, quietud y gozo.

Grande es la merced que Dios os ha hecho, hermana, y la misericordia que con vos ha usado es excesiva en haberos traído a este seguro puerto desta sagrada religión, adonde, queriéndoos aprovechar de la buena disciplina que en ella se enseña, podréis navegar de continuo con próspero viento para la gloria. Haos sacado Dios y cortado como a la fresca y hermosa rosa de entre las espinas donde se crio, para que ninguna cosa haya en vos que no sea muy agradable y graciosa en sus ojos, sacándoos del mal mundo, adonde hay tan gran dificultad en conservarse las gentes sin pecado en un cuerpo tan malo y en un mundo tan peligroso y entre tantos enemigos como tenemos; porque la persona que en él permanece, allende de estar desnuda de los ejercicios virtuosos y espirituales con que ha de caminar a Dios, la cercan por todas partes dragones y escorpiones, y anda siempre sobre serpientes y basiliscos, en casa y fuera de casa, dentro de sí y fuera de sí; y a la puerta y a la ventana, de noche y de día, tiene armados mil cuentos de lazos, entre los cuales guardar el corazón puro y los ojos castos y el cuerpo limpio en medio de los fuegos de la mocedad y de las malas compañías y ejemplos del mundo (donde no se oye una palabra de Dios sino para hacer burla de quien la dice) es una de las grandes maravillas que Dios obra en el mundo.

Así como las cosas de la tierra no prometen sino peligros y caídas, así este lugar de la religión, donde Dios quiere que le sirváis, no promete sino grandes ocasiones y aparejos para libraros de los enredos y engaños que os pueden apartar de Dios. Porque a la monja guárdanla su prelada, la clausura tan inviolable, la observancia, la obediencia y las oraciones, los ayunos, los divinos oficios, el silencio y sancta lección, los sacramentos y el huir las ocasiones de los pecados, la aspereza de vida y la buena compañía y todos los otros ejercicios y ocupaciones de la vida monástica; y hasta las paredes mismas la guardan. Las cuales cosas todas son como una salmuera que detiene esta carne corruptible y mal inclinada para que no críe los gusanos de los vicios y hieda. Porque, sin duda, el mayor y más arduo negocio del mundo es, después de la corrupción del pecado original, conservarse los hombres en un tan mal mundo como éste mucho tiempo sin pecado mortal. Porque, si aun los que todo esto hacen padecen trabajos y peligros, ¿qué harán los que nada hacen? Y si aquel sancto rey David y otros muchos sanctos (que con tanto recato y disciplina vivían y con tantas maneras de armas andaban armados) todavía, ofrecida una ocasión, dieron tan grandes caídas, ¿qué harán los que ninguna cuenta tienen con esto? Pues destas malas ocasiones os ha librado Dios, y de los grandes peligros del mundo, en haberos traído a esta religión para que sigáis las pisadas y ejemplos de tantas bienaventuradas sanctas como en ella ha habido y hay.

No penséis, hermana, que, hecha la profesión que pretendéis, está sólo a vuestro cargo el cumplir lo que prometistes; porque y aunque es verdad que es lo más esencial y necesario de vuestra profesión, es menester para guardar ese muro otro antemuro, y para levantar ese edificio es menester un andamio con que se levante. Quiero decir que para guardar los votos que habéis de prometer son menester muchas cosas para esforzar y animar vuestro corazón a la guarda de la regla. Porque si la naturaleza humana estuviera de la manera que estaba antes del pecado, facilísima cosa fuera cumplir con esa obligación; mas agora que hay tantas contradicciones, son menester dos cuidados: uno para guardar la regla que habéis de prometer y otro para fortalecer vuestro corazón y vencer las contradicciones que os procuraren impedir la guarda desta misma regla.

Cuando los hijos de Israel, vueltos de la captividad de Babilonia, quisieron reedificar a Jerusalén, no pretendieron ellos más de aquella reedificación; mas, porque los pueblos comarcanos procuraban impedirles el edificio, se les dobló el trabajo, porque una parte de la gente entendía en hacer la obra y otra en pelear y ojear los enemigos de la muralla. Pues, como sean tantos los enemigos que nos impiden este espiritual edificio de las virtudes (los demonios por una parte, con mil astucias, y el mundo por otra, con mil maneras de escándalos y malos ejemplos; la carne por otra, con tantas maneras de apetitos tan encendidos y tan contrarios a la ley de Dios, porque Él quiere castidad y la carne sensualidad, Él humildad y ella vanidad, Él aspereza y ella regalos), si no hay armas para ojear estos enemigos, si no hay medicina para curar estas llagas, ¿cómo guardará el hombre castidad entre tantos peligros, caridad entre tantos escándalos, paz entre tantas contradicciones, simplicidad entre tantas malicias, limpieza en un cuerpo tan sucio y humildad en un mundo tan vano?

Pues para curar esta carne y resistir a los que os impidieren, hermana, este edificio de las virtudes, son menester otras virtudes: unas que lleven la carga y otras que os ayuden a llevarla. Porque la obediencia cumple con hacer lo que se os mandare; mas el ayuno y la oración y el huir las ocasiones, y la disciplina y otros tales ejercicios, ayudan a mortificar la carne, ahuyentándole sus enemigos para que mejor y con más suavidad lleve la carga de los votos que habéis de hacer.

Por el discurso del tiempo que habéis estado, hermana, en la religión, habréis bien entendido los grandes trabajos que en ella se pasan y cómo cada día se van ofreciendo otros de nuevo, y el pecho y ánimo que para llevarlos es menester; mas, si por amor de Cristo, vuestro celestial Esposo, los sufrís con humildad, cierta estoy que no se os harán graves ni pesados de sufrir, sino que antes hallaréis que traen consigo suaves contentamientos; y cuando los trabajos fueren mayores tanto más os harán apartar de las cosas terrenas y levantar el espíritu a Dios. Así como el arca de Noé, que no solamente no se perdió con el ir creciendo las aguas del Diluvio, antes cuanto ellas más crecían tanto más iba el arca subiendo y apartándose de los peligros grandes de la tierra y allegándose para el cielo, así, cuanto más y mayores fueren los trabajos y espirituales ejercicios de la religiosa tanto más se irá vuestro ánimo levantando y acercando a Dios, aquí por gracia y después por gloria.

## Profesión quinta

**E**N la diligencia que los hombres ponen en los negocios que toman entre manos conocemos el excesivo deseo que tienen de ver su fin y remate. Cuando uno se desvela en pensar cómo ha de conseguir su intento y no hay medio, por costoso y crudo que sea, que no le ponga, manifiesta señal es que ama entrañablemente el verlo efectuado.

Por la priesa que se dio Jacob a ir al hato de cabras a traer los cabritos que su madre le mandó, y por la diligencia que su madre Rebeca puso en aderezarlos y guisarlos para dar a su padre Isaac, conocemos el deseo que Jacob tenía de la bendición de su padre, y su madre de vérsela echada. Pero cuando su hermano Esaú vino y halló que Jacob se le había anticipado y cogídole la bendición, importunó a su padre le bendijese, diciendo: *Numquid non reservasti mihi aliam benedictione?*: ¿Por ventura no guardaste para mí otra bendición? Y como su padre le respondiese que no, le importunó con tanto sentimiento y dolor que vino a dar grandes sollozos y a derramar muchas lágrimas, de suerte que por la mucha instancia que hizo vino a sacar a su padre otra bendición<sup>84</sup> de los frutos de la tierra. De donde claramente se entendió el deseo que tuvo de ser bendito de su padre. De manera que de la diligencia o pereza que los hombres ponen en los negocios conocemos el deseo que tienen de salir con ellos.

¿En qué conoceremos que uno quiere venir a Cristo y desea servirle muy de corazón? En los medios que pone para conseguir este efecto. La gran abundancia de lágrimas que san Pedro derramó por el pecado que contra Cristo había cometido en negarle tres veces, muy clara muestra fue de su arrepentimiento y del deseo que tenía de ser perdonado de Cristo Señor nuestro y vuelto en su gracia.

De haber vos, hermana, dejado los bienes que en el mundo teníades y menospreciado los regalos y contentos que con ellos pudiéades gozar, y de haberos sujetado a ser novicia y vivido este año una vida tan ajena de vuestra natural inclinación, por ser tan humilde, subjeta y trabajosa, no se puede presumir sino que es grande la sed y cobdicia que del servicio y amor de Dios traéis, pues para llegar a este punto de vuestra profesión habéis puesto los más terribles y dificultosos medios que en la tierra se pueden poner, que es la renunciación y negamiento de vuestra propia voluntad, desamparando todo el consuelo de el mundo y quedándoos huérfana de todos los favores y bienes humanos por entender que el verdadero camino para alcanzar lo que pretendéis (que es ser sacrificio agradable a Dios) es los trabajos y aflicciones desta vida, como nos lo enseñó Cristo nuestro Redemptor en su vida y muerte, y ansimesmo todos sus escogidos.

Cuando Moisés gozaba de los regalos del palacio de Faraón, rey de Egipto, no trataba Dios con él; mas en huyendo de aquella corte y de sus favores y regalos y metiéndose entre la aspereza del desierto, entre los abrojos y fieras, luego habló Dios con él, y aun estando allí le mandó se quitase los zapatos para haber de acercarse a Él; porque mientras más desnudo y desamparado de las cosas de la tierra, más agradable y acepto le era a Dios. Y por esto decía David: *Pater meo et mater mea delerinquere me. Deus<sup>85</sup> autem assumpsit me*: Mi padre y mi madre (decía), en quien más piedad y misericordia se halla en este mundo, me dejaron y

84.- Orig.: 'bencion' (149v).

85.- Orig.: 'Dus' (150r).

olvidaron, y el Señor me acogió y recibió. Cuando el patriarca Jacob luchaba con el Ángel, le dijo que no se desasiría dél sin que primero le bendijese; mas el Ángel nunca quiso echarle la bendición hasta que le encojó y marchitó su muslo. Entended, hermana, que entretanto que vuestro cuerpo estuviere brioso y metido en las cosas del mundo y contradijere a Dios luchando con su ley y mandamientos, que aunque deis más sollozos que Esaú y derramáis más lágrimas que él derramó por que su padre Isaac le bendijese, no alcanzaréis la bendición que de Dios pretendéis hasta que, como humilde sierva, estéis muy mortificada en las cosas del mundo y muy de veras asida y abrazada con la excelente virtud de la humildad.

Esta virtud, hermana, de la humildad ha de ser todo vuestro consuelo, porque el estado que elegís profesas perfectísima humildad. Con todas las honras y vanas pretensiones del mundo habéis de dar al través en este estado, renunciando el mando y señorío de la tierra; sólo habéis de tratar de aniquilarlos y disminuirlos acerca de vos y de las gentes, para que acerca de Dios seáis muy engrandecida y estimada. Sabida cosa es que los soberbios del mundo tienen sus términos preciados y de mucha estimación estudiados y ya prevenidos para autorizarse y engrandecerse de repente con ellos. Pues así, de la misma manera, también los humildes tienen los suyos a punto, de desprecio y desestima, con que se presentan a Dios y a sí mismos.

De aquí es que el sancto Abraham se llamaba polvo y ceniza al punto que hablaba con Dios, y David decía de sí: «Hecho soy, Señor, como jumento acerca de Vos y en vuestra presencia». ¡Oh almas dichosas las que todo su estudio ponen en deshacerse y aniquilarse en la presencia de Dios y aquellas que, por humildes, así no se hallan con el honor que siempre andan buscando caminos por donde desviarse dél y sacudirle de sí! Tal era el rey Saúl cuando era humilde, antes que fuese rey y que la honra le estragase, pues decía: «¿Por ventura no soy yo hijo de un no sé quién?». Y tal era el humilde David cuando, delante del Arca del Señor haciéndose vil y siendo por eso escarnecido de su mujer, aun decía: «¡Vive el Señor que en su presencia aun me querría hacer más vil y afrentado de lo que aquí me hago!». A estos tales de continuo se les pone delante no lo bueno que en ellos hay para engrandecerse, sino las faltas que tienen, para deshacerse por ellas. Como el infante Ifiboset, el cojo (el cual no miraba que era hijo del infante Jonatás y nieto del rey Saúl, sino que no tenía pies), cuando, haciéndole el rey David la merced de restituírle las tierras y heredades de su padre y de señalarle plato en su mesa, le dijo así, adorándole y hallándose indigno de la merced ofrecida: «¿Quién soy yo, siervo tuyo, para que te dignes poner los ojos en mí, que no soy más que un perro o guzquecillo muerto?». De estos humildes términos habéis de usar, hermana, para con Dios y para con todas estas religiosas siervas tuyas; y cuando os pareciere que el espíritu de soberbia quiere reinar en vos, dad presto una vuelta a vuestra vida, a vuestras faltas y descuidos, y hallaros heis coja de entrambos pies y más indigna de honor que se halló para con David el infante Ifiboset.

Los grandes trabajos de la vida de una religiosa, si no los lleva con humildad, parecerle han un infierno, traerla han inquieta y desasosegada, sujetarla ha el Demonio y desconso-larla ha, como hace a los que tiene rendidos, darle ha la vida tan trabajosa y amarga como la que el Hijo Pródigo traía fuera de la casa de su padre y la que Jonás pasó huyendo de Dios, que no halló sino crueles tormentos y tempestades. Andar ha la religiosa que vacía estuviere de humildad como otro Saúl cuando, estando apartado de la gracia de Dios, con grande vehemencia y coraje perseguía a David; que viendo que contra él no podía ejecutar

su saña y pasión, siguiéndole por cerros y valles y por todos los términos de Israel, compadeciéndose de su ansia y desventura, con grande angustia decía a los suyos: «¿No hay entre vosotros quien de mí se duela?». Así, andará desasosegada e inquieta la religiosa que, olvidada de la humildad, quisiere levantarse y ensoberbecerse siguiendo los ambiciosos términos del siglo, porque como las raposas de Sansón llevará consigo el fuego del Infierno llevando consigo la soberbia que todo lo abura y abrasa; mas si fuere humilde, con igual rostro recibirá las cosas prósperas y adversas. Con todas, hermana, alabaréis a Dios y le daréis infinitas gracias, y con esto os terná la humildad tan desnuda y con tanto esfuerzo para luchar contra vuestro fuerte enemigo, que en ninguna manera permitirá que seáis derribada en la tierra del pecado, porque no os dejará ropa de donde podáis ser dél asida.

Para conservaros, hermana, en esta virtud de la humildad, conviene que en todo huýáis de lo que el fariseo hizo en su oración, que fue referir a Dios los bienes que hacía y olvidarse de los males que en su ofensa había cometido; porque el verdadero humilde no ha de poner los ojos sino en sus pecados, hase de de olvidar de las buenas obras que hiciere y tenerlas en poco y por muy imperfectas. Dice la sagrada Escritura del sancto Moisés que *Solus ipse ignorabat quod cornuta esset facies eius .I. splendida*: que solamente el sancto Moisés no sabía que tenía su rostro hecho un sol resplandeciente. Todos han de saber que amáis la virtud, que sois muy dada a la oración y contemplación, que sois muy caritativa, muy obediente y amadora de la sancta pobreza y de toda honestidad y muy celadora de la guarda de vuestra profesión y regla; y vos no lo habéis de saber, ni imaginar que hay tal resplandor en vuestro rostro: ciegos habéis de traer los ojos del alma y del cuerpo para ver en vos estas y las demás virtudes, sino que cuanto más en vos reinaren más codiciosa y sedienta habéis de estar por alcanzarlas. Porque si os ponéis a pensar en el bien que hiciéredes, la soberbia y vanagloria os pasearán tanto por este pensamiento y os causarán tanto contentamiento en él, que en su gozo y deleite quedará embebido el premio que de la mano de Dios os había de ser dado, y así, trocaréis por vuestra inconsideración y vanidad los bienes eternos por los momentáneos y perecederos. Mas si usáredes bien desta virtud de la humildad, el Señor terná cuidado de engrandeceros, y de cualquiera estado, por bajo que sea, os levantará y hará resplandecer como el Sol.

El que quiere que suba la llama pequeña de fuego, humíllalda y abátela con los fuelles; así también, muchas veces humilla Dios al que quiere subir mucho. Humilló y abatió a un José, hasta ser vendido como esclavo y ser achacado de ser traidor alevoso a su señor y ser preso largo tiempo, todo para venir a hacerle el mayor príncipe de Egipto. Humilló Dios a un Job, hasta cubrirle de lepra y ponerle en un muladar, para después doblarle su hacienda y darle a conocer a todo el mundo por tan grande amigo suyo como se mostró, y por un ejemplo de virtud y paciencia. Humilló a Lázaro, mendigo, hasta tenerle tendido en el suelo, cubierto y lastimado de llagas de grandísima compasión, para que triunfase después de aquel rico avariento, siendo llevado al cielo con gran gloria por los Ángeles. Así, habéis vos de entender, hermana, que si Dios nuestro Señor os humillare en este mundo con trabajos o con sus sanctas inspiraciones o con oficios humildes, que es para que en los cielos seáis servida de los Ángeles, como otro Lázaro, y allí triunféis de muchos sabios y poderosos en la tierra mandaron el mundo, y para que allí gocéis de la verdadera verdadera grandeza y altos estados, haciéndoos heredera del reino de los cielos y poseedora de aquellas celestiales moradas que están guardadas para los humildes y bienaventurados.



## Profesión sexta

**E**STANDO cenando una vez el rey Filipo de Macedonia, propuso sus filósofos esta cuestión : ¿Cuál era la cosa más alta que había en el mundo? A lo cual respondió el uno dellos que el monte Olimpo, que por su gran altura no pueden llegar a él las nubes; otro dijo que el Sol y los planetas; otro, que los cielos, porque comprendían todas las criaturas, y el postrero afirmó que la cosa más alta que había en el mundo era el corazón que desprecia cosas grandes: sentencia por cierto digna de estar escrita con letras de oro, que nos da bien a entender el poco valor de las cosas del mundo y que es más digno de gloria quien tiene corazón para despreciarlas que el que anda muriendo por adquirirlas, y que arguye mayor alteza de ánimo y mayor magnanimidad despreciar las riquezas y dar de mano a las cosas del mundo que poseer todas las que hay en él.

Y de aquí se sigue que es más bienaventurado en la tierra y que hace mayor hazaña la nueva religiosa que renuncia y da al través con la hacienda y con la autoridad y pompa vana del mundo y se viste de un saco roto y entrega su libertad en las manos de su prelada para que en todo se haga su voluntad y no la propia, que los príncipes y monarcas que señorean el mundo y le tienen debajo de su poder. Y desta tal se podrá decir lo que dice Séneca: que es de corazón generoso y grande despreciar cosas grandes y magníficas. Y Tito Livio afirma que no hay más excelente triunfo que no querer triunfar.

*Qui non renunciat omnibus quae possidet non potest meus esse discipulus:* «El que no renunciare todas las cosas que posee no puede ser mi discípulo», dijo Cristo nuestro Redemptor. Todas las vanidades del mundo debéis renunciar, hermana, para más dignamente alcanzar el sublime estado que pretendéis de seguidora de Cristo Señor nuestro y esposa suya. Todo vuestro amor habéis de poner en sólo Dios y apartarle de vos mesma y de todas las cosas humanas, y en ninguna manera debéis creer que vuestro amor está bien empleado por las virtudes y méritos de la cosa que en este mundo amáredes, porque mucha diferencia hay de ser una cosa buena o ser buena para mí. El diamante y rubí preciosísimas piedras son, mas loco sería el que afirmase que era bien y cosa acertada que le fuesen sacados los ojos como esto se hiciese con un cuchillo de diamante o rubí. Hermoso y bueno era el árbol vedado del Paraíso, mas su hermosura y vista destruyó a Eva y la desposeyó del bien que gozaba. Buena y sancta era Susana, mas por poner en ella su amor perecieron miserablemente aquellos viejos. Justo y casto era José, mas por amar y estimar en tanto su propia señora su honestidad, sabiduría y gentileza, vino a ser muy ofendida de sus bienes y gracias. Aquella serpiente de metal que levantó Moisés en el desierto, la cual dio Dios a los hijos de Israel por medicina para que en mirándola sanasen los que estaban mordidos de las serpientes, bien era tenerla como cosa en quien puso Dios tanta virtud y gracia, mas excedió tanto en esto aquella gente desagradecida, poniendo en ella tan de veras su afición, que la misericordia que Dios con ellos había usado y el gran poder que en sanarlos mostró con aquel instrumento vinieron a atribuirlo a la serpiente de metal, y por esto a hacerle reverencia como a Dios, hasta que el sancto rey Ezequías, viendo su ceguera y perdición, les quitó aquella estatua de delante de los ojos y la quebrantó y hizo polvos.

Toda la bondad de las cosas deste mundo es como un despertador de las almas para enamorarlas y favorecerlas a que acudan a reconocer su Criador y le alaben y glorifiquen por haberlas hecho tales; y así, es ciego el que no es alumbrado con tantos resplandores

de cosas criadas, sordo el que con tantos clamores no despierta, mudo el que con tantos efectos no alaba a Dios, y loco el que con tantos indicios no conoce el primer principio y causa de todo esto. De aquí podréis entender, hermana, cuánto os conviene no embeberos en las cosas del mundo, pues no refiriendo a Dios su bondad y hermosura y acudiéndole a dar gracias, como a Autor y Hacedor de todo, aun poniendo vuestra afición en las cosas justas y buenas, sin esta consideración pereceréis, cuanto más en las que son faltas de virtud y sanctidad y en todo profanas e incitadoras a las vanidades y deleites desta vida. Fácil cosa os será el menospreciar las cosas deste mundo si consideráis cómo cuanto en él hay es miserias, angustias y trabajos, y que deshaciéndoos desta mala mercadería de vuestra propia voluntad la trocáis por los grandes tesoros del cielo y por el verdadero descanso que vuestra alma desea.

La paloma que fue echada del Arca de Noé, no hallando lugar donde poder sentar sus pies y tomar algún descanso en la tierra, luego se volvió al Arca. Advertid, hermana, que esto mismo debéis hacer; porque si quisiéredes soltar la paloma de vuestra propia voluntad por la redondez de la tierra para que escoja algún lugar donde tenga quietud y reposo, no hallará donde se siente ni descansa, porque en todo encontrará grandes tempestades y peligros manifiestos en este mundo y siempre será ofendida con varios escándalos e impedimentos, porque todo es vanidad y aflicción de espíritu, hasta tanto que sea forzada a volverse al arca de su verdadero Noé, que es Cristo, con la buena consideración y enmienda, donde está su verdadero y firme reposo y el alegre y seguro puerto de su holganza.

Para haber de ser, hermana, agradable y acepta en los ojos de vuestro celestial Esposo conviene preciaros mucho de cumplir el voto de la limpia castidad que aquí tenéis de prometer, de manera que en vuestras obras y palabras ni pensamientos no seáis hallada ser infiel ni desleal a tan buen Esposo. El reparo más fuerte y seguro contra los combates del inmundo espíritu de torpeza y el defensivo más saludable y necesario es cerrar las puertas a las ocasiones y peligros de donde este daño se suele engendrar, como son pláticas, conversaciones y visitas, presentes, dádivas, promesas, billetes, donaires, ademanes, risas, desenvolturas, señas, vistas, lugares oportunos y otros desta manera, porque la que destes lazos huyere fácilmente vencerá el inmundo espíritu de inmundicia. De este repelente usaron todos los amadores de la castidad, y se conservaron en ella siguiendo este regimiento, que es el mismo que da el Apóstol cuando dice: «Huid la fornicación».

Esto mandó el Apóstol para que evitemos con tiempo las ocasiones que nos pueden hacer caer en este légano del profundo. Pues así como los pajarillos por no venir a manos del cazador tienen por bien de dejar el cebo que veen en la red o detrás del lazo, así los flacos y deleznales que quisieren huir los lazos y trampas del inmundo espíritu deben con sumo recato evitar las ocasiones y dar por bien perdido el gusto y entretenimiento que suelen causar, a fin de escapar de los disgustos y daños que dellas se siguen. Las ocasiones son lazos del Demonio y las conversaciones cabo del pecado y (como dijo discretamente Lucio Apulelo) criadas y sirvientes de Venus y salteadoras de la castidad; porque bien así como el soldado cobarde y traidor en viéndose en libertad suele pasarse al ejército del enemigo, así la carne, en viendo la suya, se hace al bando del Demonio, y es tan para poco que, entrando con la ocasión en la batalla, o sale vencida o por lo menos descalabrada. Por lo cual no hay otro remedio sino hurtalle el cuerpo echando a huir.

Ponderando la Escritura el huir las ocasiones, dice que porque los nazareos (que eran los consagrados a Dios o santificados) no habían de beber vino, ni quería Dios que comiesen pasas ni vinagre, ni aun el granito que tiene la uva; y así, las religiosas encerradas y perfectas no comerán un racimo de uvas, porque tiene sabor de vino; esto es: que si nos manda Dios ser castos, que también nos veda no sólo los hombres, pero el hablar con ellos y el mirallos y el pasar por donde los podemos ver, porque son granitos que saben a vino. También mandaba Dios en el *Éxodo* que los días de fiesta no guisasen de comer los hijos de Israel, y para esto mándales que aquel día tampoco tengan fuego, porque, teniéndole, fácilmente pudieran guisar de comer.

Quiere Dios tanta reverencia, recogimiento y cuidado en la persona que está allegada a Él, que para esto quiere que esté tan de puntillas que le quita todas las ocasiones que le pueden pervertir y apartar el entendimiento y traerle otros pensamientos diversos de pensar en Dios. La religiosa que habla con Dios, que no ha de tratar de otra cosa sino de su servicio y alabanzas, ha de estar toda endiosada; y por esto, hermana, nos quiere justísimamente apartadas del vino y deleites de hombres y de sus ocasiones. Porque andando entre ellas, ya que el alma no sea amancillada con algún pecado, será lastimada la honra; que sólo esto hace muchos daños e impide muchos bienes. Como se vido en el sancto José, al cual no le dio Dios revelaciones hasta que salió de casa de su amo, donde tenía ocasiones y tentaciones de su ama, mujer de Putifar, príncipe de la caballería del rey Faraón, que aunque no pecó no le habló Dios en ellas, y después se las concedió en una triste cárcel, entre ganapanes, adonde padecía mucha necesidad y desventuras. Y de aquí es sacado con tanto honor que le fue encargado el gobierno de Egipto y el ser la segunda persona del reino; y de casa de su amo le sacaron sin honra y para una cárcel, tratándole como a malhechor, de manera que su inocencia, honestidad y fidelidad no fueron poderosas para que de la ocasión no fuese en algo lastimado.

De quien el Demonio más se precia de salir victorioso con la pequeña ocasión es de aquellas personas de quien él ha sido vencido en otras mayores; aquí es adonde él más pone su coraje y fuerza, por ser este caso de satisfacción para traer a más corrimiento al antiguo triunfante. A estos que así son vencidos acaece a la letra lo que a aquel profeta que envió Dios al rey Jeroboam, el cual habiendo tenido en poco las grandes promesas deste rey y menospreciado el regalado convite que le hacía, se vino después a enconar en el pan y agua con que el otro falso profeta (que hacía las veces del Rey) le convidó; y por haber aceptado aquel desventurado convite luego fue muerto y despedazado de un león que le salió al camino. ¡Oh, y cuántas ha habido y hay en las religiones que después de haber desechado altos y excelentes casamientos y renunciado los grandes mayorazgos y rentas y su propia voluntad por amor de Dios, y teniendo ánimo para esto se han venido a acudir a una niñería y dándose a manos atadas a la ocasioncilla que se les ofreció, sin ser de tomo ni de sustancia, haciéndose así materia de risa al propio Demonio que las ha vencido. Pues para no ser, hermana, despedazada del riguroso león de la justicia de Dios os conviene huir de las ocasiones para no caer en el despeñadero del pecado, y sed cierta que si de las malas ocasiones huyéredes (como queda dicho), que seréis amparada y favorecida de Cristo nuestro bien, y que nunca apartará de vos sus ojos de misericordia.

## Profesión séptima

VUESTRA venida, hermana, es a servir a un rey que siempre se preci6 de traer las pesadas armas sobre sus hombros, de llevar consigo fuertes y valerosos capitanes, robustos y animosos soldados y muy diestros en el arte de su milicia, para que en todo le procurasen imitar y seguir, amando la aspereza de la vida militar y los grandes peligros que en ella suelen ofrecerse, teniendo a mucha felicidad el acometer las dificultosas empresas y el acabar la vida en servicio y gracia de su buen rey y Se6or, as6 como él se preci6 de acabarla por el amor que a sus buenos capitanes y soldados tuvo.

Ya veis, hermana, cu6n mal parecer6a si en este lucido y poderoso ej6rcito fuese alguno tan delicado y regalado que en lugar de las duras armas llevase vestiduras de blanca seda y en lugar de la fuerte lanza llevase un delicado b6culo, y que, con este traje, usase de vinos preciosos y regalados manjares. Claro est6 que los que saliesen a ver este ej6rcito, advirti6ndolo al traje y vida deste soldado, que mofar6an y burlar6an d6l, por ver que en nada imitaba a su rey y capitanes, sino que en todo proced6a al rev6s de lo que conven6a, y ans6, le tern6an por hombre sin juicio, pues tan mal se aparejaba para las cosas de la guerra, que de su voluntad vino a ejercitar y seguir.

El rey a quien ven6s a imitar, hermana, es Cristo, Redemptor nuestro, el cual desde su nacimiento siempre trujo sobre s6 las pesadas armas de los trabajos y fatigas desta vida, y, escogi6ndolo y amando estas penalidades y desventuras de este mundo, le siguieron sus fuertes capitanes, los sagrados Ap6stoles y los dem6s Sanctos, andando armados de 6sp6ros silicios, llevando la bandera de su Cruz enarbolada en sus corazones acompa6ada de rigurosos ayunos y disciplinas, de continuas oraciones, de desnudez y pobreza y perfecto menosprecio de las cosas del mundo. Ya veis, hermana, cu6n mal parecer6a si hubiese alg6n soldado en este ej6rcito escogido de la sancta religi6n que fuese al rev6s de su rey y capitanes, andando desarmado de penitencia y vestido de ropa regalada, entregado a los deleites y falsos contentamientos, amigo de su propia voluntad sin querer reconocer ni sujetarse a la de su prelado, lleno de ambiciones y presumpciones y que, caminando as6 tan errado y perdido, pretendiese ser premiado de su rey y m6s aventajado que los buenos soldados y capitanes.

Los que advirtieren el modo de proceder deste indigno soldado  qu6 dir6an? Sin duda que es falta de juicio, porque en nada da muestra de saber lo que dej6, ni menos a lo que vino, pues en todas las cosas procede tan al rev6s de los dem6s, no preci6ndolo, como buen soldado, de imitar a su verdadero rey y se6or y a sus valerosos capitanes, los cuales con el menosprecio del mundo y continuas trabajos, pasando malas noches y peores d6as, fatig6ndolo con rigurosas disciplinas y penitencias, alcanzaron tanta gloria en el cielo y en la tierra tantos loores y alabanzas, con la inmortal memoria.

Por tanto, hermana, pues ven6s a militar debajo el estandarte desta sagrada religi6n y a hacer guerra a los vicios y contentos del mundo, amad la aspereza de la vida y el menosprecio de las cosas de la tierra. Como lo am6 vuestra sancta Patrona y las dem6s sanctas y bienaventuradas que esta religi6n han ilustrado, y abrazaos con la virtud de la humildad y con todas las dem6s virtudes, porque estas son las fuertes armas de la Cruz, de las cuales el ap6stol san Pablo exhortaba y mandaba a los romanos que se vistiesen y armasen, diciendo: *Induamur arma lucis, &c.*

Procurad, hermana, que el buen efecto que la sancta religión acostumbra a hacer en los que a ella vienen (que es convertir los vicios en virtudes), que no le deje de hacer en vos, porque será cosa muy afrentosa. Una taza o vaso de metal labrado de muchas figuras, metido en el crisol se derrite y funde en el fuego, donde todas las imágenes son deshechas y queda en otra nueva figura; así un duro corazón, hecho una taza de imaginería, lleno de figuras del mundo, metido en el fuego de los ejercicios humildes y sanctos, de los trabajos y tribulaciones desta sagrada religión, sabed, hermana, que aquí se está derritiendo y fundiendo para que del todo pierda las figuras de las vanidades mundanas, los vicios y contentos, dejando la imagen antigua y quedando en otra nueva, dejando la imagen del viejo Adán y quedando en la de Cristo, cosa que no debe estimarse en poco este maravilloso efecto de la religión, pues nos hace dejar las imágenes de los vicios y tomar las de las virtudes, aborrecer al mundo y sospirar por Cristo, no buscando otro consuelo sino a Él. Por tanto, hermana, las pláticas y dulces conversaciones del mundo las habéis de convertir en sospiros, y las alegrías y contentos en lágrimas y sollozos; y cuanto este sancto ejercicio os fuere más áspero tanto será a Dios más acepto, cuanto más que el amor de Cristo quita a las lágrimas y aflicción su aspereza y las hace dulces y suaves.

La razón por que Dios mandaba en la ley que le ofreciesen palomas es porque sus cantos y músicas son gemidos, y así, en lugar de cantar lloran, porque nuestros cantos han de ser gemidos y nuestras canciones han de ser entonadas con sollozos y lágrimas y no con vanos requiebros y alegrías y pláticas ociosas y falsos deleites. Esta es la causa por que no ofrecían a Dios calandrias ni ruiseñores, alegres y diferenciados en sus músicas, sino palomas, llanas, devotas y tristes en su canto. Esto es lo que decía el buen rey Ezequías hablando con Dios: *Meditabor ut columba*, y luego abajo, *Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animae meae*, como si dijera: «Meditaré como paloma, pensaré, y delante de vuestros ojos estaré trayendo a la memoria todos mis años gastados en tribulaciones y angustias de mi alma». A este sancto rey deseaba imitar el sancto profeta Jeremías cuando pedía a Dios que convirtiese su cabeza en agua y sus ojos en diluvio de lágrimas. Esto mismo hacían los sanctos en el desierto cuando soltaban los ojos al lloro, juntando con su llanto el día con la noche, y esto mismo habéis vos de hacer, hermana, para haber de ser sacrificio agradable a Dios, como lo era la triste paloma.

De hoy más, hermana, habéis de apartar de vos todos los ejercicios y pensamientos que pueden provocaros a las cosas profanas y daros a las ocupaciones virtuosas y espirituales consideraciones que os despierten y aficionen el amor de las cosas divinas, porque cuanto más supiéredes de las unas tanto menos querréis saber de las otras. En el *Génesis* cuenta la sagrada Escritura que luego que Jacob vio a Dios (cuando le dijo que se llamase Israel) anduvo a brazos luchando con el Ángel del Señor, y que al punto quedó cojo, para que entendamos que si sabemos mucho de Dios por darnos a la sancta oración y contemplación, quedaremos cojos en el conocimiento de la malicia y de los engaños del mundo para ponerlos por obra; y si los entendiéremos será para aborrecerlos y sabernos apartar dellos. Y así, conviene que advirtáis mucho, hermana, cuáles son las cosas que más suelen distraer vuestra consciencia y apartaros de Dios, para que todas las encomendéis al fuego, que las abraza y consume, y al perpetuo olvido. Y cuando las cosas que el mundo promete de contentos y bienes temporales os quisieren hacer guerra y saltearos el camino del servicio de Dios, habéis de estar muy apercebida con aquella respuesta del sancto apóstol Tadeo,

del cual cuenta Eusebio Cesariense, en el primer libro de la *Historia eclesiástica*, que, ofreciéndole el rey Abagaro grandes riquezas, no las queriendo él recibir, dijo: «Si nosotros dejamos de nuestra voluntad lo que era nuestro, ¿cómo recibiremos lo ajeno?». Esto mismo habéis vos de responder a todo lo que contradijere a la guarda de lo que aquí habéis de prometer a Dios: si el mundo os convidare con deleites, riquezas, glorias mundanas y honras, habéis de decir con el sancto apóstol Tadeo: «¿Cómo tengo de recibir y usar de esas cosas, habiéndolas ya dejado y menospreciado de mi voluntad por seguir y servir a mi Redemptor Jesucristo, habiéndolas ya trocado por la humilde y sancta pobreza, por los trabajos y asperezas de la vida monástica, por el menosprecio y abatimiento del mundo?».

De Anaxágoras, filósofo antiguo, cuenta Antonio Sabélico que, vencido del amor de la sabiduría y quietud, dio toda su hacienda por quedar más desembarazado y quieto para el estudio; y siendo preguntado para qué había nacido, respondió que para contemplar el cielo; y preguntado otra vez por qué no miraba y tenía cuenta con su tierra, respondió: «Antes es tanta la cuenta y cuidado que della tengo, que nunca entiendo en otra cosa», y, diciendo esto, señaló el cielo con el dedo, dando a entender que el cielo era su verdadera tierra y la tierra su destierro. ¡Oh, y con cuánta más razón debríades vos, hermana, hacer la consideración deste filósofo, pues con la pasión y muerte de vuestro celestial Esposo se os allanó el paso para aquellas bienaventuradas moradas de la gloria y quedó en vuestra mano el poseerlas y gozarlas! Para lo cual habéis muy de veras de dar de mano al mundo y levantar los ojos a Dios y decir: «Ya, Señor, no es otro mi cuidado y congoja sino en pensar si me quitarán mis desventuras y miserias tamaña bienaventuranza como tenéis, mi Dios, guardada a los que con verdad cumplen lo que yo aquí tengo de prometer, y en si me daréis lágrimas para lavar mis males, para que que de tantos bienes no me priven. Vos, Señor, que dais agua a los brutos animales, no la neguéis a mis ojos, para que, ahogado Faraón en el mar de mis lágrimas y entre la tempestad de mis gemidos y sollozos, me vea libre de Egipto y salga segura del labirinto del mundo con el hilo de la vida por las puertas de la muerte, y vaya a gozar del excesivo contentamiento que en mi verdadera tierra me tenéis señalado. Libradme, Señor, desta cruel Babilonia y hacedme tan diligente y cuidadosa sierva vuestra que, embebida en vuestras memorias y abrasada en vuestro amor, parta para la celestial Jerusalén, donde cante con los gloriosos sanctos las suaves músicas de Sión».

### Profesión octava

**H**ERENCIA fue de nuestro padre Adán el quedar sus hijos sujetos a trabajos, la cual herencia nos vino cuando, después de su pecado, le dijo Dios, en castigo de su culpa: *In sudore vultus tui vesceris pane tuo*: «En el sudor de tu rostro comerás tu propio pan». Y dio Dios este castigo a Adán para que con el trabajo y fatiga recuperase (en lo que pudiese) lo que estando descansado y ocioso comió. Este castigo de quedar sujetos a trabajos y maldición, aunque a todos los hijos de Adán nos sea forzoso, no contentándoos vos, hermana, con lo que a todos es ordinario, habéis escogido este estado de religiosa para mejor emplear vuestras fuerzas, salud y vida en trasordinarios trabajos por el servicio de Dios. No imitando ya en esto a nuestro padre Adán, sino a nuestro verdadero maestro y Redemptor Jesucristo, el cual de su voluntad, desde el mismo punto de su naci-

miento hasta que murió en la cruz, escogió y amó los trabajos, y nos amonestó y mandó lo hiciésemos nosotros así certificándonos que esta era la más verdadera y provechosa medicina para nuestras almas de cuantas en el mundo hay, diciendo: *Qui odit animam suam in hoc mundo, in vitam aeternam custodit eam*, «El que aborreciere su propia carne (dice Cristo), aplicándole trabajos, ayunos, disciplinas, y sujetándola al espíritu, este tal le granjeará la vida eterna, para que juntamente el cuerpo con el ánima con gran gloria la gocen». Y en otra parte: *Qui vult venire post me, abneget semet ipsum et tollat crucem suam et sequatur me*: «El que quisiere venir empos de mí dé de mano a los contentos desta vida (los cuales su sensualidad apetece), y tome su cruz (abrazando los trabajos y fatigas por mi amor) y sígame».

Podríades decir que muchos en esta vida pasaron grandes trabajos y que con ellos no sólo no<sup>86</sup> consiguieron el premio que deseaban, sino que se hallaron muy burlados y corridos, como se vido en el patriarca Jacob, que, después de haber servido a su suegro Labán siete años pasando el recio sol del estío y las crudas heladas del invierno, en lugar de darle a la hermosa Raquel, como estaba capitulado, le dio a la legañosa Lía. Tal es el mundo, que una cosa promete y otra da, a muchos destruyó su inicuo prometimiento, dice el *Eclesiástico*. Levántense todos los hombres y digan si tuvieron en esta vida algún gozo sin dolor, paz sin discordia, quietud sin miedo, salud sin enfermedad, pan sin dolor y alegría sin tristeza. Promete todos los bienes y da todos los males; promete gozo y acude con pesares, y prometiendo estar quedo, muy presto se muda; promete descansos y da trabajos, promete alegría y responde con tristeza, y a los prometimientos de honras acude con vituperios. Con estas tales cosas han sido galardonados los trabajos y fatigas de muchos.

No se podrá negar esto, mas entended, hermana, que estas cosas suceden a los que sus trabajos emplean por las cosas del mundo; porque éstos siempre son gratificados con miserias y desventuras. De lo cual tenemos buen ejemplo en el bienaventurado san Pedro, príncipe de los Apóstoles, cuando en el monte del mundo y con pretensiones humanas echó aquella noche tantas veces la red en el mar sin poder pescar un solo pez; mas al punto que en el nombre de Cristo y por su obediencia y servicio echó la red, luego se llenó de muchos y grandes peces, en tanta abundancia que fue maravilla no anegarse el navío con el mucho peso. Esta es la diferencia que hay de trabajar por respectos humanos a trabajar por el amor y servicio de Dios: porque los unos son pagados con vanas esperanzas y falsos prometimientos, y los otros, sus pequeños servicios son premiados con eterna gloria y bienaventuranza. A la primera vez que san Pedro echó la red tuvo por bien el Señor que sacase tantos peces para que entiendan los que andan agonizando toda su vida por adquirir honras, riquezas, contentos y bienes del mundo sin poder pescar un solo pez de los que pretenden a cabo de mucha solicitud y trabajos que en esta pesquería han puesto, que si de veras a este señor se convirtieren y obedecieren, que en una sola redada que echen en su nombre hallarán todos los bienes que desean en grande abundancia y perfección, a la medida de su deseo, y, ansimismo, cuán perdida cosa ha sido lo que por el mundo ingrato han trabajado.

En esta Iglesia militante no se han de dejar las armas de la mano, porque su oficio es una continua pelea y poner los suyos en muchas aventuras y campo aplazado. Ésta, pues, es, hermana, la usanza de la Iglesia, por cuya razón el apóstol san Pablo nos apercibe a que

86.- Suplo 'no' (159r).

nos armemos en señal de eso. Como cuando al soldado le dicen que se vista el cosolete<sup>87</sup> y se cale el morrión ya es cierta señal de que le aplazan al campo. De la cual manera apercebía el rey Acab al rey Josafat para su batalla, diciéndole que se vistiese sus armas. También prueba esto claramente lo que del Hijo de Dios dijo el profeta Esaías cuando vino a ser hombre, esto es, que le envió su Padre eterno hecho saeta escogida y espada muy afilada. Y pues que, siendo el Redemptor ya triunfador desde el instante de su concepción y morador de aquella alta provincia y el príncipe della, para enviarle su Padre a ésta le envía tan bien puesto en orden de guerra, armado de espada y saetas, argumento es que conoce la tierra y usanza della, que es andar siempre asidos a manos con el enemigo.

Pues, según esto, razón es, hermana mía, que os apercibáis y os anden las manos, pues estáis en tierra de enemigos que pide manos y corazón y donde no debe de haber ningún cobarde. De aquí salieron, de las sagradas religiones, y en ellas se criaron aquellas valientes y valerosas vírgines triunfadoras de sus enemigos que agora pisan los cielos y honran las religiones. Aquí ganaron primero con sus heroicas hazañas el blasón de pueblo fuerte y gente robusta que les da el profeta Esaías. No penséis ganaron aquellos triunfos y gloriosos trofeos que agora poseen con la regalada vida y vanas conversaciones y cometiendo pecados, sino con la espada en la mano, peleando y derribando demonios y, lo que más es, venciendo a sí mismas. Animaos, pues, hermana, a ser como ellas; que poco tiempo fue el que trabajaron y grande es el bien de que gozan: veinte y treinta o cuarenta años fueron, o por ventura mucho menos, los años de su pelea, pero los de gloria que agora gozan no son años contados, sino eternidad como la de Dios.

Mirá, hermana, que Cristo, vuestro Esposo y Señor, fue tan amigo del trabajo que porque halló aquellos jornaleros en la plaza mano sobre mano (con estar aguardando quien los alquilase) los reprehendió ásperamente llamándolos ociosos y holgazanes, con no entenderse en otra cosa en las plazas ordinariamente sino en holgar. Pues considerad cuánta más razón habrá para que con mayor rigor reprehenda y castigue a la religiosa que ha puesto en esta su viña de la religión para que en ella se ocupe en trabajar todos los días y noches de su vida adquiriendo virtudes y méritos de gloria, si, dejando de hacerlo así, se diere a la ociosidad y perdimiento del tiempo que para su salvación le es concedido. Por tanto, conviene, hermana, que siempre estéis muy vigilante para hacer buenas obras, y con ellas tengáis muy resplandeciente la lámpara de vuestra alma para que cuando fuéredes visitada de la cierta muerte merezcáis entrar con el Esposo a las alegres y regocijadas bodas del cielo, y no seáis desechada y excluida, como aquellas perezosas y ociosas vírgines que, por darse el sueño y regalo, les fueron cerradas las puertas.

Asimismo conviene, hermana, que para que vuestros trabajos luzgan delante de Dios y de las gentes, que muy de veras os abracéis con la virtud de la paciencia y mortificación, mostrando en todas las ocasiones que no estáis ya viva al mundo para defender ni sentir la crueldad de sus leyes, sino preciaos de imitar a la gloriosa sancta María Magdalena en su grande mortificación y menosprecio del mundo, la cual después que se hizo discípula de Cristo, nuestro Redemptor y Señor, estuvo tan de veras mortificada al mundo que ni hacía caudal de que el fariseo la llamase pecadora ni de que su hermana Marta la tratase de ociosa ni de que los discípulos de Cristo dijese que era una pródiga y desperdiciada.

87.- O 'coselete'



Ya hermana, os hacéis discípula de Cristo y seguidora de su vida evangélica: conviene que le seáis muy fiel discípula y imitadora no haciendo caudal de las cosas del mundo, de sus vanidades y deleite es, ni menos de sus locos pundonores, llevando con gran paciencia las adversidades e injurias. Y si este bocado se os hiciere amargo y duro de llevar, poned los ojos en el ejemplo que el sancto rey David nos dejó cuando Semeí le denostaba e injuriaba; que, no pudiéndolo sufrir sus criados y estando determinados de castigar su atrevimiento, les dijo con gran paciencia y mortificación: « Deteneos, que hágoos saber que aquella boca es mi purgatorio, donde Dios quiere que purgue mis culpas. Y, entendiendo esto, no quiero dél venganza, sino que antes le amo en mi corazón por lo que me da a merecer», *Factus sum tanquam vas perditum, quoniam audivi vituperationem multorum*: «Estoy tan acostumbrado a oír vituperios e ignominias, que tengo tan humillado y quebrantado mi ánimo para tomar venganza dellas que estoy hecho un vaso partido y quebrado, el cual no sirve sino de echar en él cuantas inmundicias hay». Este vaso de paciencia que David tenía granjeado con sus buenas obras y deseos del servicio de Dios habéis, hermana, de procurar con grande vehemencia y espíritu para llevar las afrentas y agravios que os fueren hechas, porque con estas tales cosas enriqueceréis vuestra alma de virtudes y merecimientos y podréis cumplir las cosas que aquí habéis de prometer a Dios, para que cuando fuéredes a dar cuenta a su divina Majestad sea acepta en sus ojos y nuestra sanctísima Patrona os conozca y reciba con amorosas entrañas por su verdadera hija.

Levantad, hija, el corazón a Dios y decid: «¡Oh suavísimo Jesús! Para que yo te sepa imitar y seguir dame profunda humildad y perfecta obediencia. Dame verdadera mansedumbre y fuerte paciencia. Dame entrañas blandas de misericordia. Pon, Dios mío, freno a mi lengua y a todos mis sentidos. Dame virtud para mortificar mis pasiones. Dame luz de entendimiento, pureza de corazón y conforta mi espíritu. Serena, quieta, pacífica y alegre todo lo interior de mi ánima. Óyeme, Señor, dame lo que pido. No me des lo que es más conforme a mi inclinación y deseo, sino aquello que más conviene a mi salvación y a tu honra y gloria, para que siempre yo te sirva y ame como ti muy fiel sierva y esposa».

### Profesión nona

**A**L que con sancto celo se mueve y con amor de Dios todo le sucede bien, porque va guiado por buena estrella. Los hijos de Israel entraron por el mar, y el mar les sirvió de muro a la diestra y a la siniestra. Los egipcios pensando les sucedería así, se entraron sin consideración por el propio mar; mas como no iban guiados por Dios, no llevando celo de su sancto servicio, sino de matar los hijos de Israel (a los cuales tenía Dios debajo de su protección y amparo) y despojarlos de cuanto bien llevaban, sucedioles muy al revés, siendo todos anegados de las aguas del mar. Si vuestra voluntad y celo de ser religiosa, hermana, no es de servir a Dios como verdadera y humilde sierva suya, entended que no os sucederá bien el entrar en esta sancta religión (como sucede a los que sólo pretenden el servicio y gloria de Dios y el bien de sus almas), porque así como abrirse el mar y la lumbrera de la columna de juego que acompañaba de noche a los hijos de Israel, y todas las demás maravillas que Dios obró en su favor, fue todo para hacerles bien

y merced, así fue para mayor daño y castigo de los de Egipto, que en nada pretendían la honra y servicio de Dios, sino sus intereses y contenidos.

De la mesma manera sucede en la religión, porque así como a los buenos con las buenas ocasiones que les ofrece con su loable disciplina y sanctos ejercicios los aventaja en virtudes y pone en mayor perfección, así con los díscolos y mal disciplinados la rotura de su consciencia halla en la religión mayores ocasiones para ofender a Dios con los quebrantamientos de los votos que hicieron y con la turbación y escándalo que causan sus malos ejemplos en el convento y fuera dél, con que vienen a ser mucho peores de lo que antes eran y a ser tragados del tempestuoso mar del Infierno.

Muy firme ha de ser, hermana, el deseo y determinación que traéis de servir a Dios en esta religión para que con vuestra vida y ejemplo no sea profanada ni maculada y en donde entendiades de granjear el reino de los cielos hayáis merecido ser de Dios gravemente castigada. En el cuarto de los *Reyes* cuenta la sagrada Escritura que Salmanasar, rey de los asirios, habiendo conquistado la provincia de Samaria y llevado los captivos della a su región y reino, trujo de los asirios, sus antiguos vasallos, a las ciudades de Samaria para que las habitasen y le asegurasen aquel nuevo reino. Como los asirios comenzaron a vivir en aquellas ciudades y fuesen gentiles, sacrificaban a sus ídolos, por lo cual envió Dios una gran plaga sobre ellos, que fue unos leones que entraban en las ciudades y los mataban y despedazaban. Deste estrago se le dio noticia al rey de Siria, diciendo: *Gentes quas transtulisti et habitare fecisti in civitatibus Samariae, ignorant legitima Dei terrae, et immisit in eos Dominus leones, et ecce interficiunt eos, eo quod ignorant ritum Dei terrae*: «Las gentes que mandaste viniesen a habitar las ciudades de Samaria, como no saben las leyes y ordenaciones del Dios desta tierra, ha enviado sobre ellos unos leones que los despedazan y matan; y esto porque no saben las costumbres y ceremonias con que se honra y sirve el Dios desta tierra». Sabiendo esto el rey Salmanasar, mandó que llevasen un sacerdote de aquellos que trujeron captivos para que habitase en aquellas ciudades de Samaria y les enseñase la ley de Dios. Y en enseñándosela cesó la plaga y estrago que los leones hacían. Cosa fue maravillosa aquésta; que con ser esta gente idolatra y desde su niñez hubiesen servido y adorado los ídolos, por este inorme pecado de la idolatría no los castigase Dios en sus propias tierras; mas viendo que usaban de las mismas idolatrías en aquella región de Samaria, adonde Dios había sido adorado y servido de los hijos de Israel que estaban captivos en Siria y de sus antepasados, no queriendo sufrir este desacato en aquella tierra santificada, envió de los montes aquellos leones para que en ellos hiciesen cruel matanza.

Muy de veras habéis de considerar, hermana, que si por sólo que estaban los asirios dentro los términos de aquellos que conocían a Dios quiso la divina Majestad que guardasen su ley y mandamientos, y para traerlos a esto los castigó tan gravemente por ver que no dejaban sus idolatrías (aunque nunca habían conocido a Dios), ¿qué será de vos, hermana, que fuistes nacida en el gremio de la Iglesia y traída y plantada en este sancto vergel de la religión, consagrada con la aspereza de vida y rigurosas penitencias de tantas vírgines bienaventuradas que siempre en este sancto lugar se ocuparon en los loores divinos y continuas oraciones, si quiriendo vos volver a las relajaciones y vanidades de la vida pasada pretendiéredes profanar y ensuciar este lugar tan sancto que Dios escogió en la tierra para ser tan de veras servido y alabado en él como lo es?

Estad cierta, hermana, que si Dios nuestro Señor permitía que en el siglo viviédeses como idolatra, amando y adorando vuestros gustos y vanidades, que en esta religión no os lo consentirá, porque en ella tiene grandes siervas tuyas muy celosas de su honra y servicio, ansimesmo varones sanctos, predicadores y confesores, que con su sancta doctrina os enseñarán todos cómo el altísimo Dios ha de ser servido y reverenciado, y si fuere menester os constreñirán con penitencias y disciplinas a servirle. Y si esto no bastare, entended que seréis mucho peor que los asirios gentiles, porque ellos, con venirles de casta el ser idólatras y con ser tantos, se mostraron tan dóciles y fáciles en admitir la virtud y camino del cielo, que la doctrina y predicación de un solo sacerdote fue bastante para convertirlos a Dios y a la guarda de su ley; y así, como a rebelde, os castigará Dios, y si contra los asirios enviaba leones de los montes para que despedazasen sus cuerpos, para vos enviará leones rabiosos de los montes del Infierno que perpetuamente despedacen vuestro cuerpo y alma con penas eternas.

La profesión que pedís, ya habréis entendido, hermana, cómo no es para otra cosa sino para poner en ejecución un verdadero menosprecio de todas las cosas del mundo, y de vuestra propia voluntad, para que así subjeta y menospreciada podáis mejor servir y agradar a Dios. Trago es éste que aunque en sí es de tanta excelencia y merecimiento, es muy aheleado y amargo de llevar y que ha menester favor y socorro para pasarle. Introduce el poeta Homero al fuerte y valeroso Aquiles que entraba en la batalla tañendo y cantando los hechos notables de los claros varones para disponerse y aparejarse con esto para pelear con mayor ánimo y esfuerzo acordándose de las hazañas heroicas de los antepasados y de la gloria y fama que con ellos consiguieron. Vuestra vida, hermana, no ha de ser otra sino la que dice el sancto Job: *Vita hominis, militia super terram*: una continua guerra en este mundo; y pues siempre habéis de andar en batalla, menester es que siempre andéis cantando y trayendo a la memoria los heroicos hechos, no de los varones de los cuales se acordaba Aquiles, que fueron profanos, crueles y viciosos, sino de los espirituales y sanctos varones y humildes siervas de Cristo nuestro Señor que tan grandes hazañas hicieron y tan grandes victorias alcanzaron con las armas de el menosprecio del mundo, con el aborrecimiento de los deleites, con el amor que a la sancta pobreza tuvieron y a la humildad y vida trabajosa, no puniendo su felicidad y contento en otra cosa sino en el amor de su Criador y Señor. Con esto, hermana, se hicieron tan famosos, con esto alcanzaron tanta gloria como en el cielo y tierra poseen. De sus hechos heroicos os debéis acordar infinitas veces para pasar las aguas de las tribulaciones y angustias, las graves tentaciones que afligen y atormentan a los justos; porque con esta memoria gozaréis de su intercesión y de el socorro divino, el cual no se niega a quien le pide y hace lo que es en sí.

Elías, profeta, dio su capa a Eliseo y con ella pasó sin peligro la hondura de las aguas del Jordán. ¿Qué aguas son éstas sino las angustias y trabajos, las peligrosas tentaciones? Y ¿qué capa es ésta que Eliseo dio a a su buen discípulo Eliseo para que pasase confiado y seguro de no ahogarse, sino el divino favor con que Dios socorre a los suyos en sus necesidades, con el cual son librados como lo fue Daniel del lago de los leones? Cumpliendo Dios en esto lo que tiene prometido a sus siervos cuando se hallaren apretados de alguna aflicción, diciendo: *Cum ipso sum in tribulationem*: «En su tribulación y angustia no le será negada mi compañía: con él me hallaré puesto a su parte. Pelee como valeroso, pues es

razón que con tal compañía esté confiado que sus enemigos serán vencidos y dejarán en sus manos la victoria».

Para alcanzar, hermana, los contentamientos y regalos del cielo es menester que os vais despojando de los gustos y contentos de la tierra; porque así como un árbol si le limpian el tronco sube más para arriba y se hace más fructífero, y cuando se le corta de los verdugos de abajo tanto se le acrecienta en los ramos de arriba, así la religiosa, cuanto más va cortando las conversaciones y contentamientos humanos tanto más va acrecentando y subiendo por contemplación a los divinos. Así como Dios no dio el maná y pan del cielo a los hijos de Israel sino después que se les gastó la harina de Egipto, así no da Dios consolaciones espirituales a las religiosas hasta haber dejado las consolaciones corporales. Porque repugna haber en una alma en un mismo tiempo dos consolaciones contrarias una a otra; y cuanto más la sierva de Dios en su soledad y recogimiento deja las de la tierra tanto más alcanza las del cielo, Y, por el contrario, los que andan en los palacios de los príncipes, inquietos y derramados, sirviendo a señores o negociando sus cosas, cuanto más buscan descanso tanto menos le hallan, porque quieren reposar en cosas que no tienen reposo y estancar con sus propias manos los ríos grandes de las cosas del mundo, que van con continua furia a dar consigo en el mar de la muerte, y las mismas cosas que toman para su consuelo ésas los inquietan y entristecen y ésas les engendran mil disgustos, contiendas, odios y disensiones y otros muchos males.

Pues no pasa así, hermana entre los que sirven al Señor, porque aun de las mismas cosas que toman para afligirse y atormentarse sacan consuelo y verdadera alegría, y así, no parece sino que el desconsuelo y tristeza está desterrada perpetuamente de su corazón, porque al siervo de Dios todo se le convierte en bien.

### Profesión décima

**L**A religión consiste en darse a Dios y apartarse del mundo y de sí mismo, donde parece buena la sentencia de los que dicen que este nombre de religión se deriva de *relinquendo*, que quiere decir *dejar* o *apartar*, porque de tal manera han de dejar los religiosos el mundo y apartarse dél y huirle, que ni dél ni de sus cosas quieran alguna. Cuenta la sagrada Escritura que viéndose el buen Jacob muchas veces engañado de Labán y que cuanto más lo servía tanto peor lo trataba, pagándole con ingratitud e injurias obras merecedoras de gran galardón, huyó dél para la Tierra de Promisión llevando consigo todo su hato y hacienda. Luego que Labán lo supo fue empós dél y alcanzole en el monte Galaad, donde le revolvió el hato sin hallar ninguna cosa suya, y allí hicieron un contrato: que ni Jacob quería nada de Labán, ni Labán de Jacob. Pusieron nombre a aquel monte: Galaad, que quiere decir *monte*<sup>88</sup> *de testimonio*.

Dice san Jerónimo que Labán quiere decir *blancura*, y Filón, hebreo, que quiere decir *color*. Como quiera que sea, él no quiere decir cosa sólida y firme, sino la color de la cosa. ¿Quién es este Labán, este engañador, traidor e ingrato, que no tiene de bien sino la color? ¿Quién es éste sino el mundo, lleno de sombras e apariencias? Pues son tan conocidos sus engaños y sólo paga con breves y falsas alegrías, no es razón, hermana, que de hoy más lo

88.- Orig.: 'nombre' (164v).

sirváis ni obedezcáis, sino que toméis todo vuestro ható, todos vuestros pensamientos, y lo liéis todo en el carro de la memoria y huyáis del mundo sin hacer con él cumplimiento alguno, sino iros dél sin despedir. Huid camino de la Tierra de Promisión, que es la gloria, adonde se vive eternamente en perpetuo descanso. Huid, hermana, de Labán, deste engañador y perseguidor de los buenos, y subíos al monte Galaad, monte adonde se acogió el buen Jacob. Y para subir con él, entraos, como pretendéis, en la religión, sin jamás salir della ni con el pensamiento, porque la religión es un monte alto de virtudes, y, con ser tan encumbrado en ellas, no penséis que estáis del todo segura, porque aquí os verná buscar Labán con tentaciones y persecuciones, representándoos los contentos del mundo, sus honras y vanidades; mas cumple acudir luego con la razón y despreciarlo todo, como cosas de Labán, para que cuando os quisiere saltar y dar con vos en tierra, os halle en Galaad y allí no conozca en vuestras cosas alguna suya, porque aquel es bienaventurado en cuya consciencia no hay cosa del mundo, en cuyo corazón no halla Labán alhaja suya.

¿Qué cosa es religión sino un monte Galaad, un monte de testimonio que testifica que ni Labán quiere nada de Jacob ni Jacob de Labán? Quiere decir que ni la religiosa quiere nada del mundo ni el mundo de la religiosa. Grandes trabajos pasó Jacob en casa de Labán, mas en huyendo dél le aparecieron los Ángeles (a quien él llamó ejército del Señor); en huyendo del mundo y en entrando en este seguro monte de la religión con la determinación y obras debidas no se trata menos de con ángeles, que son el ejército escogido que el Señor en ella tiene. ¡Oh glorioso monte donde se hace el contrato y concierto que ni Jacob quiere tener cuenta con el mundo ni el mundo con él, donde la religiosa profesa y atestiguar que deja no solamente el mundo, mas a sí, y que camina a la Tierra de Promisión, para el cielo, para el banquete de los Ángeles, para la soberana Jerusalén.

Sabed, hermana, que no el que amaga a entrar en la virtud y religión, sino quien sale empos de Cristo Señor nuestro, es el que merece entrar en su lista y contarse por suyo. Sabida cosa es que el niño Zarán tomo la delantera a su hermano Fares cuando ambos estaban en las entrañas de su madre Tamar. Aquel fue el que sacó la mano primero, amagando a nacer, y así, le señaló la comadre atándole el dedo con el sirgo de grana, y, al fin, no hizo más de amagar y dar la vuelta, volviéndose a recoger en su cuevecilla. Pero Fares no anduvo amagando ni mostrando la mano para ello primero y volviéndola a retirar, antes éste salió de hecho: desnúdase de aquella camisa o redzuela en que nació envuelto y con un extraño brío se arrojó animosamente a nacer, adelantándose al nacimiento de su hermano Zarán, por donde la partera, atónita de su denuedo, le dijo: «Por ti se ha rompido la redzuela de tu nacimiento», como si en efecto le dijera: «¡Mi niño!, ¿qué brío y coraje es éste? ¿Cómo y así? No eres nacido y ¿haces hazañas?».

Así pues, saliendo de hecho y no sólo amagando, llevó la vez el buen Fares y el mayorazgo a su hermano Zarán y mereció entrar en la lista de Dios. No penséis, hermana, que os basta amagar a nacer en Dios, ni que saquéis la mano a los ojos del mundo ni que el mundo os señale y ponga su seña: no son estas cosas las que os hacen mayorazgo en la casa de Dios, si del todo no rompéis de veras esa tela y redzuela de vuestra propia voluntad en que andáis enredada y nacida en las entrañas del mundo. De ahí, pues, habéis de salir con denuedo y brío y nacer a vuestro Dios y Señor siguiendo sus pasos y sancto ejemplo. Tened, hermana, por cosa cierta que no hallan a Dios los deseos que salen del alma cansados y caídos, y que el descuido y negligencia son muy perezosos para llegar y topár con

Dios: gran cuidado y ansia del alma es menester para poderle alcanzar, pues está dicho por el Profeta: *Altissimum posuisti refugium tuum*: «Altísima pusistes, Señor, vuestra morada. Por donde si el alma no se aligera y sacude de sí las cosas deste mundo que la hacen pesada, para que, así aligerada, tome vuelo y subida, no le podrá alcanzar.

De aquí es que se compara Dios a aquellas cosas que se buscan con gran solicitud y cuidado, por que entendamos, hermana, que si no es haciendo gran diligencia y pasando trabajos, que no le podremos hallar. Así, se llama tesoro, preciosa perla y otras cosas cuya inquisición no se hace menos que con mucha eficacia y calor, con el trabajo de caminar largos caminos, con el riesgo y peligro de navegar los mares; porque todas estas cosas son menester para adquirir el tesoro y perlas a quien Cristo es comparado, y aun sospecho que a este mismo pensamiento va el sancto Job cuando, tratando de la sabiduría de Dios, nos la monta y pone a trasmano, allá en lugares lejísimos y a malas penas sabidos, para que entendamos que así como para conseguir alcanzar las cosas que están en semejantes lugares nos solemos azorar y encender, esforzando nuestro corazón y poniendo todo calor en ello, ansí también lo debemos hacer si queremos topar con la sabiduría del cielo, que es el mismo Dios.

Veis aquí, hermana, la razón por que aunque muchos buscan a Dios muchas veces no le hallan: porque le buscan con gran tibieza y frialdad de su ánima: fátales el ansia y encendido brío de su corazón para buscarle, y por eso no le hallan. No van en su buscan tan aligerados de los estorbos e impedimentos graves y pesados del mundo, y por eso no topan el precioso tesoro de la sabiduría de Dios. Veinte<sup>89</sup> y tres años le duró la vida al bienaventurado san Luis, obispo, hijo de el rey de Sicilia y fraile menor, y trece a la gloriosa virgen sancta Inés, y catorce al bendito san Pancracio, los cuales en este breve espacio que la vida les duró, por correr con acelerados pasos por el camino de la virtud y penitencia en busca deste celestial tesoro, por su diligencia y hallaron, y con él preciosas coronas de gloria en el cielo

De una de las virtudes que más habéis de preciaros, hermana, ha de ser la virtud de la humildad, porque cuanto la soberbia es a Dios aborrecible tanto la humildad es a su Majestad aceptísima y agradable. Esta es la esposa de Jesucristo muy amada, que abrazado con ella nació y vivió y murió trayéndola siempre consigo, como familiar amiga. En el tratado *De los doce grados de la virtud de la humildad* dice san Bernardo que todo el bien que hacemos perece si no se guarda en la humildad, la cual es el algodón en que se pone el almizque de la virtud. De sancto Antonio se lee en la *Vida de los padres* que, siendo arrebatado en espíritu, vio el mundo lleno de lazos, y, quedando admirado desto, como preguntase quién podría escaparse de tanto lazo, oyó una voz que le dijo: «La humildad», por lo cual muestra ser bienaventurados aquellos que son humildes, y a éstos cuadra aquello del Psalmista: «Nuestra ánima, como pájaro, fue libre del lazo de los cazadores. El lazo fue quebrado y nosotros fuimos libres».

Así como en el arco cuanto más la cuerda tira para atrás tanto más va la saeta hacia adelante, ansí en la vida cuanto más el hombre queda atrás por la humildad tanto más va adelante por la virtud, y cuanto más conoce su bajeza tanto más se levanta al conocimiento de Dios. A tanto como esto llega la fuerza de la humildad, y tanto cuanto ella levanta a uno tanto abate y derriba la soberbia al que della es poseído. Así como la lechuga en

89.- Orig.: 'Venynte' (166v).

cuanto está baja y apegada por la tierra es vistosa, sabrosa y saludable, mas después que espiga y sube a lo alto y va buscando el grillo no se puede comer por su amargura y ofende a la vista, así la religiosa en cuanto es humilde es tenida por dulce y de buena y agradable conversación y a todas sus hermanas da contento el verla; mas luego que se levanta en presunción y procura buscar la honra debida a la virtud que ella no tiene, y en todo anda llena de puntillos y es muy solícita en su regalo y en componerse para parecer mejor y más autorizada que las demás, y desdeña y burla de lo que las otras dicen y de sus buenos consejos, pareciéndole que no hay en el monasterio quien sepa y valga si no es ella sola, a esta tal no hay quien pueda verla ni sufrir ni conversar, porque es espigón amargo y sin provecho en la religión, que esquilma la tierra y destruye las demás plantas que cerca de sí tiene, así con la elevación de sus vanos pensamientos y palabras como con el mal ejemplo de su regalada y ambiciosa vida.

Por tanto, hermana, buscad muy de veras la humildad, abrazaos con ella mientras la vida os durare, como hizo Cristo vuestro Esposo, cayendo en la cuenta de vuestra flaqueza y miseria; porque la humildad es leña para perpetuar el fuego del amor divino en el altar de nuestro corazón, con que se sustenta el consuelo y tranquilidad de la vida cristiana y religiosa. Dice san Bernardo que sola la humildad es muralla y torre de todas las virtudes.

El punto de la verdadera humildad entonces se descubre cuando es tocada con la afrenta y menosprecio. Acontece, dice san Ambrosio, que alguno tenga paciencia y contento con la pobreza y no sufra ni reciba contento con la injuria; y algunos pueden sufrir penas de azotes que pierden la paciencia con una palabra afrentosa. Señal de verdadera humildad es (dice Laurencio Justiniano) tomar y aprobar el buen consejo de los otros y no alzarse con el suyo solo y con su parecer y juicio. Dice Laercio en la *Vida de Esopo*, frigio, que, preguntando el mismo filósofo a otro filósofo, que se llamaba Filemón, que si sabía que hacia Júpiter en los cielos, le respondió que estaba ensalzando las cosas humildes y abatiendo y derribando las cosas altas y superbas. Si tanto sublimaron los gentiles esta preciosa virtud de la humildad, hermana, ya ya veis cuánta mayor obligación tienen a esto las religiosas que profesan imitar la humildad de Cristo Señor nuestro y de sus Sanctos.

### Profesión undécima

**C**OSTUMBRE fue en los antiguos el pedir a los que habían de salir a los actos públicos, para admitirlos, si estaban bien ejercitados en aquella obra que querían emprender. Como se vido entre los griegos, los cuales se preciaban tanto del esfuerzo y valentía que, para admitir al que había de entrar en los juegos Olímpicos, le tomaban juramento si se había ocupado los diez meses pasados en en ejercitarse en aquel juego o desafío que quería probar, pretendiendo con estas diligencias y trabajos que ninguno que no fuese muy diestro entrase a celebrar aquellas fiestas que de cuatro a cuatro o de cinco en cinco años celebraban. Todas estas prevenciones hacia los gentiles no pretendiendo dellas otro premio más de la gloria vana de salir por vencedores y ser coronados con corona de laurel o de yedra. El apóstol san Pablo teniendo cuenta con estas diligencias, escribió los de Corinto (persuadiéndoles a que trabajasen de servir a Dios con eficacia) que los que corrían en estos juegos se abstenían que todo lo que les pudiese

hacer estorbo para ganar la corona, aunque corruptible, y que cuanto más había de hacer el cristiano por la corona de gloria, que ha de durar para siempre.

Considerad, hermana, cómo siendo nuestro Dios padre piadosísimo con sus hijos y amándonos tan tiernamente como nos ama, no nos ofrece el dinero de su gloria de balde ni gracioso, como lo pudiera hacer, sino obligándonos a el trabajo y a que sudemos y nos fatiguemos en las labores penosas de su viña; y el hacerlo Dios así, que tanto nos ama, bien se deja entender que en esta muestra de rigor se debe esconder y disimular alguna gran misericordia suya para con nosotros. No es mucho que el cielo cueste dificultades, pues, al fin, es cielo, y no hay cosa que algo valga en la tierra que no las cueste. Pues si los bienes caducos del suelo cuestan tanto que quien los ha de haber ha de luchar con gigantes, ¿cómo hemos de querer los del cielo, siendo ellos tales, de balde y sin lucha? Cuando las espías de Tierra de Promisión mostraron sus hermosos frutos a los hijos de Israel, y viendo que de ellos tanto se contentaban y agradaban, los apercibieron a la lucha de los gigantes, diciéndoles que si de aquellos frutos querían gozar habían de luchar con ellos para sacárselos de las uñas. Pues no es otra cosa las dificultades de la ley de Dios, y particularmente las perfecciones del santo Evangelio que aquí habéis de prometer de guardar, sino unos valerosos gigantes que poseen los bienes del cielo por orden y traza de Dios. Con éstos habéis de luchar, hermana, para sacárselos dentre las manos. Y pues que el oro y la plata material, que vale tan poco, cuesta el vencer gigantes, no es mucho lo cueste el oro y tesoros del cielo, que valen tanto.

Mas no hay para qué encarecer la dificultad con que el oro y plata se alcanza, que son los más ricos metales que la tierra posee, pues no hay cosa en ella, por de poco interese que sea, que no las cueste. De aquí es que el divino Crisóstomo nos está corriendo con los juglares y volteadores y cosas dificultosísimas a que éstos se ponen: «El un muchacho se deja quebrar por el medio cuerpo para voltear por la espada y el otro se pone a correr por encima de un delgado cordel; y todo esto, con ser tan peligroso, hacen ellos por ganar un vil interese». Y en otro lugar dice así: «El soldado duerme no en cama, sino en el duro suelo; el pescador no pesca durmiendo, sino velando y pasando la noche en pie; el labrador vela guardando la heredad de su amo; el pastor duerme en la helada, y, al fin, todo cuesta trabajo. No es mucho, pues, que lo cueste el cielo».

Para más bien del hombre quiere Dios que gane el cielo con trabajo. Porque si Dios diera su cielo gracioso no le supiera tanto al bienaventurado cuanto le sabrá siéndole cielo ganado con su trabajo y sudor. Cierta cosa es que la hacienda ganada a puro sudor es de excesivo gusto y agrado y tiene un no sé qué de otro gusto más que la que se hereda o se alcanza con descanso. Ansí, vemos que un caballero mozo que en casa de su padre le visiten y asean con preciosas vestiduras, que a veces no lo precia ni estima; pero si, yéndose a Italia haciendo lo que debe a quien es, gana por sus puños una bandera o alguna joya sus enemigos, la precia y estima en mucho, por la dificultad y riesgo con que la ganó. De el rey Saúl nota la Escritura que, dándole gracioso el reino de Israel, no lo estimó ni quiso, antes huía dél, y que volviéndosele después a dar, ganado y merecido por la vitoria que hubo de los amonitas, le estimó en tanto que se alegró mucho con él, por haberle ganado por sus manos y valor. Pues por eso puso el Señor el cielo en dificultades y quiso se ganase trabajando y sudando: para que el buen cristiano y la buena religiosa que así le alcanzase gozase de este particular sabor. ¡Oh, y cómo sabrán, hermana, aquellas coronas del cielo a



las bienaventuradas religiosas que las hubieren merecido en esta vida con oraciones, disciplinas, ayunos y otros trabajos! Por cierto, este gozo y particular contento ternán ellas en el cielo que las calificará su gloria viendo que por sus propias manos y afanes le habrán ganado y que al fin se le entregan no como dado de merced sino como hacienda propia suya, ganada con su sudor.

En la viña del Señor no es el obrero a solas, sino Dios con él, el principal movedor de su azada y el que con él hace lo más dificultoso de su labor. Conforme a lo cual, Él mismo dice, hablando del justo que cava en su viña: «Con él estoy en la tribulación». Y no está allí Dios para sólo mirar, como amo a criado que visita su heredad, sino que antes está allí con él echando mano a su azada para hacer con él lo principal de su tarea. Pero quiere el piadoso Señor, con ser el principal obrador desta obra, no ser solo a ella, sino que el hombre le ayude con su poquillo para contarle después en la gloria todo el trabajo por suyo.

Muy cortés y comedido sería aquel capitán que, habiendo hecho sus diligencias sobre poner cerco a alguna ciudad, ya que estuviese a punto de entrarla y dar el asalto, se detuviese y ofreciese la entrada su general o a otro capitán amigo suyo, dándole ya entonces la victoria por suya, libre de los trabajos que hubiese llevado y quedándose él sin título de vencedor. Así lo hizo el capitán Joab con el rey David cuando, después de haber cercado la ciudad de las Aguas con mucho afán y riesgo de su persona, no quiso después entrarla sin enviar primero por el rey David para la toma della, por que la victoria no se atribuyese a él, sino al mismo rey David. Pues este es el comedimiento que Dios hace con el obrero de su viña y con el soldado de su milicia que reside en el presidio desta sagrada religión: que, llevando Él las mayores dificultades en compañía déstos en las empresas de sus mandamientos y cumplimientos de votos, se ayuda del hombre para que se cuente por suya la victoria y el mismo hombre sea el que se intitule el vencedor.

Símbolo desto había sido en alguna manera la toma de Jericó y lo que allí pasó en su cerco, donde mandó Dios que todo su pueblo se pusiese en armas a punto de guerra y que así le paseasen y voceasen los muros que Él por su sola propia virtud derribó. Lo cual mandó Él no porque con este ademán hubiese de hacer efecto en los muros, sino por que, pareciendo que ellos en algo ayudaban a Dios, les cupiese parte de la victoria. Pues Dios es, hermana, el que derriba los muros de las dificultades que Él nos manda acometer y que nosotros, para servirle, acometemos; que el hombre poco más hace que pasear cabe ellos. Dios es el que pone su mano a la azada que nos cave en su viña, y sólo quiere que la meneemos nosotros para darnos la victoria por nuestra y poder decir a la religiosa y al cristiano: «Toma la gloria, que es tuya». De lo cual se seguirá que estos dichos obreros, viéndose allí poseídos de tanto bien, hecho ya suyo por la misma sentencia de Dios, darán el parabién a sus manos diciéndose cada uno, y mirándose a ellas y sacudiendo su brazo: «¡Oh cielo mío, que mío eres y mi sudor me costaste! ¡Oh manos mías! ¡Oh brazos míos, entregaos ya en esa hacienda de Dios y gozad ya, que ya es tiempo los sudores que allá en su viña sudastes!». Considerad, hermana, para no desmayar en las fatigas y angustias, cómo encarecerá Jesucristo, Redemptor nuestro, los trabajos de sus siervos el día de su paga; cómo ponderará sus trabajos y estimará los afanes que acá en el mundo pasaron, como de hijos suyos, refiriéndolos a su Padre eterno.

De capitán Abner dice la sancta Escripura que, habiendo alcanzado David la victoria del fuerte Golías, presentó al pastorcico David al rey Saúl, metiéndole en su presencia con

la cabeza de Golías colgada de su mano y yéndole él mismo apadrinando. Así pues, allí, hermana, meterá Jesucristo a sus vencedores en la presencia de Dios con sus victorias en las manos, llevándolos Él de la suya para que, siendo así honrados, favorecidos y aclamados dél, presenten la Dios las victorias que alcanzaron contra sus enemigos. Allí, pues, saldrán los Ángeles a recibir a estos fuertes vencedores obreros de la viña del Señor y los llevarán abrazados cantando sus glorias y alabanzas como las damas de Israel salieron a recibir a David con sus músicas y alabanzas encarecidas.

Mucho se nota en la Escritura sagrada aquel énfasi y autoridad con que dijeron los obreros al señor de la viña: «Hemos llevado el peso del día y el calor», como quien confiaba de su trabajo y de la buena labor que habían hecho. Por cierto, hermana, que el soldado que ha hecho su deber en la guerra y se ha habido en ella animosamente, este tal, con pecho alentado y semblante entero, osa parecer delante su capitán y, sin pepita ninguna, se atreve a pedir su sueldo merecido, y aun le presenta los trabajos pasados haciendo blasones. Ansí, el buen Caleb cuando pedía su sueldo al capitán Josué le presentaba confiadamente los cuarenta años que había seguido la guerra en el campo de Dios, con las hazañas y ardidés hechos por él en las batallas. Pues desta manera los bienaventurados en el cielo presentarán al Señor los trabajos que aquí llevaron por Él en su viña; y eso con semblante animoso y rostro confiado, como los que han sido buenos soldados y hecho su deber en la cristiana milicia. Allí pornán a los ojos de Dios los enemigos vencidos y triunfados por su mano; allí cada uno blasonará la fuerza de su brazo y el valor de su espada, esto es: las tentaciones valerosamente resistidas y las victorias alcanzadas de mundo, carne y Demonio con las armas de la santa oración, ayunos, disciplinas y las demás penitencias; allí presentarán sus trabajos padecidos, sus cuerpos fatigados, sus pechos rompídos, para que todo les sea gratificado de la liberalísima mano de Dios todopoderoso.

Grande es la obligación que de hoy más tenéis, hermana, de apartar de vos las demasiadas ocupaciones y cuidados superfluos y las aficiones desordenadas de las criaturas, para no aflojar en el cuidado de vuestra alma ni en los ejercicios espirituales. Cuenta la divina Escritura que, viendo Faraón que los hijos de Israel, por cumplir el mandamiento de Dios, querían salir de Egipto, donde los tenía captivos, y ir al desierto a sacrificar a Dios y caminar a la Tierra de Promisión, dijo que él les quitaría aquella gana que tenían de ir a sacrificar a su Dios. Y el medio que para esto tomó fue hacerlos andar derramados por Egipto buscando pajas para hacer la tarea de adobes de barro que les mandaba dar cada día. Dice: «Están desocupados, por eso claman ‘Vamos a sacrificar a nuestro Dios’; pues ocupémoslos tanto que con la demasiada ocupación se les quite tal voluntad». Deste mismo ardid usa nuestro adversario el Demonio, que tiene señorío en el Egipto deste mundo: acrecentar a las siervas de Dios las ocupaciones y cuidados de las cosas temporales, que no son otra cosa si paja para hacer adobes de desventura y perdición, para que con ella se les quite la gana de la oración y recogimiento; de la comunión de ocho a ocho días; del seguimiento del coro y de los demás ejercicios espirituales y humildes con que sacrifican su alma Dios, o, ya que no los dejen de todo, que a lo menos vayan mal hechos y que sean de poco fruto. Abrid, pues, hermana, los ojos de el alma y advertid bien esta tentación y el grande daño que con ella se suele hacer, y armaos contra ella dando de mano a todas las conversaciones y pláticas que son de gusto para la carne pero sin provecho para el espíritu. Examinad bien las ocupaciones del día y de la noche, y las que viéredes que no son preci-

samente necesarias y que os distraen y inquietan el corazón detrás de sí cortaldas de vos, porque como la virtud de la vid podándole los sarmientos demasiados se encoge y fortifica y da más fruto, así la atención y vigor del corazón, que es finito y muy limitado, quitándolo de cosas superfluas y menos necesarias quedará más libre y entero para ocuparse en las cosas espirituales y enriquecerse dellas, con las cuales vuestra alma se presente muy ataviada y graciosa en los ojos de Dios.

### Profesión duodécima

**L**OS infortunios y peligros deste mundo suelen mover e incitar a los hombres de prudencia a dejarle y a buscar un lugar quieto adonde con más facilidad puedan salvar sus ánimas. Las aves, ajenas de razón, cuando el áspero y fuerte viento sopla buscan también el lugar más guardado y recogido adonde la furia de los vientos no las pueda injuriar, y allí se albergan y con sus propias plumas se cubren y abrigan. Asimismo los peces del mar y de los ríos, cuando veen la tempestad buscan el lugar más escondido y sosegado en el cual pueden ser defendidos de la tempestad.

En nuestros míseros tiempos es tanta la calamidad de las tempestades y turbiones en el mundo, que es grande prudencia huir de él y recogerse en el seguro seno de la religión; de donde podéis entender, hermana mía, el grande beneficio que Dios ha obrado en vos moviéndoos el ánimo e incitándoos con las ocasiones que os ha ofrecido para que dejádes la vida que hasta aquí habéis vivido; y como las aves y peces que sienten la cercana venida de los grandes vientos y tormenta buscan luego su quietud y tranquilidad, os habéis entrado en el seguro puerto de la religión antes de ser sumida y anegada de las olas y tempestades del mundo, siguiendo el bueno y sancto consejo del glorioso Bernardo, que da en un sermón diciendo: *Fugite de medio Babylonis et salvate animas vestras. Convolve ad urbes refugii*: Huid de medio de Babilonia y salvad vuestras ánimas. Acudid a las ciudades fuertes adonde halléis refugio, para que allí podáis hacer penitencia de lo pasado y en lo presente alcanzar la gracia y esperar felizmente la gloria venidera. Con mucha razón se pueden esperar todos estos bienes referidos de la sagrada religión, por ser, como es, un paraíso terrenal donde corren ríos de piadosas lágrimas que manan de la fuente del corazón deseoso de ver al altísimo Dios; los árboles altos son los levantados pensamientos; las verdes hojas son las sanctas palabras; las deleitosas flores son las buenas esperanzas; los sustanciosos frutos son las buenas obras y el cumplimiento de los votos de la sancta religión.

Estando las religiosas en la religión están en tierra sancta y quitan de sus pies los zapatos, como Dios mandó a Moisés que lo hiciese. Los zapatos que se hacen de pieles de animales muertos son las cosas mortíferas del mundo, las cuales conviene que se quiten de los afectos, que son los pies del alma, y dejar los apetitos y deseos desordenados para que Dios nos hable desde la zarza que arde y no se quema, que es la religión encendida en caridad, cuyas espinas son ayunos, oraciones, disciplinas y otras penitencias y sanctos ejercicios desta calidad.

Esta divina filosofía que venís, hermana, a deprender en la sancta religión no disputa de virtudes, sino ejércitalas; no busca la gloria humana ni la grandeza ni aplauso del pueblo, sino el menosprecio del mundo y la sujeción de las pasiones corporales y espirituales

con menosprecio de las necesidades naturales. Así como si ya estuviédes desnuda de las pesadumbres del cuerpo, en sólo Dios habéis de emplearos, y en purificar vuestra alma de toda mácula de pecado, sin remordimiento de injurias recibidas, sin afligimiento de las necesidades y enfermedades que con la penitencia y pobreza le sobrevienen, navegando siempre a vela y remo para Dios, tras quien habéis de sospirar con buenas palabras, aunque pocas, y con mejores obras y muy frequentadas.

Y aunque la vida de vuestro noviciado y año de aprobación haya sido tan trabajoso y penoso con los muchos ayunos, disciplinas, reprehensiones y sujeción, y por el poco tiempo que se os ha dado para reposar en la dura y pobre cama que habéis tenido y las demás penitencias, que han sido hartas, de hoy más, hermana, os ha de parecer todo esto muy poco, y que habéis sido hasta agora como aprendiz en la religión. Porque de hoy más hay otras obligaciones mayores que os fuerzan a huir más el descanso y a haceros verdugo de vuestro propio cuerpo para quedar señora dél y sujetarle a la razón, para que, ya no como aprendiz, cayendo y tropezando, sirváis a Dios en la religión, sino como maestra de gran primor os vais aventajando en las virtudes, estudiando nueva manera para mejor agradar al Señor, a quien hoy os sacrificáis, haciéndoos más robusta y esforzada para ejercitar la aspereza de la vida religiosa con gran fervor y espíritu.

Escriben los naturales que las ovejas por natural instinto se aperciben en el tiempo de la fertilidad y abundancia para el tiempo estéril y falto. Y a este propósito dice el glorioso doctor san Ambrosio en su *Exameron*, que cuando las ovejas sienten venir cerca el invierno, que apenas pueden hartarse por gozar bien de la yerba y pasto antes que el riguroso frío del invierno lo yele y seque y queden flacas y sin tener qué comer. Desta suerte son los justos, los cuales siempre andan muy solícitos en granjear méritos de gloria antes que venga el invierno de la arrebatada muerte y los halle desapercibidos. Del bienaventurado san Hilarión cuenta san Jerónimo que como viese que sus muchos años le acercaban más a la muerte, con grande espíritu y fervor, siendo de setenta y cuatro años se abstuvo de comer pan hasta los ochenta, como si en aquel tiempo fuera nuevamente venido en el conocimiento y servicio de Dios. A esta bienaventurada oveja habéis vos hermana, de imitar, tan constante en la virtud y penitencia y sanctos ejercicios que, cuando más adelante estaba en las obras de penitencia, por haberse con grande rigor empleado en ellas de continuo, le pareció que aún no estaba bien dispuesto para dar buena cuenta a Dios, ni hallarse con la limpieza que debía delante de su presencia; y por eso, con nuevo ánimo revolvió sobre su anciano y cansado cuerpo con tan animoso brío como si entonces le hallara más rebelde y contrario a la razón y virtud.

Mucho valen en los ojos de Dios las obras hechas con fervor y ardor de espíritu y que proceden de un pecho todo él bullicioso del divino amor; por eso el Apóstol nos aconseja seamos en lo que hiciéremos fervorosos de espíritu, diciendo a los romanos: «Sed fervientes en el espíritu», como si dijese: «Si queréis contentar a Dios en vuestras obras no seáis remisos en ellas, ni se las deis tibias ni mustias, sino que salgan vivas del alma, alentadas de espíritu y nacidas de vena de amor». Tal era, hermana, aquel fervoroso ardimiento que llevaba David cuando llevaba a su casa la sancta Arca del Testamento, pues le hacía menear pies y manos, bulléndole todo el puro fervor de su alma. Ansí como cuando el fuego da en la alquitara la hace destilar hacia fuera, así, por cierto, la fuerza del divino amor que allí daba en el corazón de David le hacía que distilase exteriores impulsos de su ardiente

amor. Esta vena divina y aliento del cielo es tan poderoso, hermana, que hace que todo entero el que es justo sea fruto de Dios y que no haya parte en su voluntad que no esté brotando merecimientos.

Las cosas tan difíciles y trabajosas que aquí habéis de prometer, hermana, se os harán leves y fáciles de cumplir si con varonil ánimo trujéredes delante de los ojos la memoria de la muerte y sintiéredes bien sus efectos; porque aquel que cada día se acuerda que ha de morir fácilmente desprecia las cosas presentes y camina depriosa para las por venir. Los verdes y graciosos jardines, los altos y sumptuosos edificios, las vanas y falsas delecciones, con todas las riquezas y prosperidades de la vida, son ámbares y azabaches que no levantan y atraen a sí el pesado hierro y duro acero, mas las pajas; quiero decir, que no sacan de su sentido a los hombres fuertes y constantes, sino a los flacos y mudables, y, por el contrario, la memoria de la muerte es piedra imán que levanta el hierro y no las pajas.

Una de las escuelas y academias donde los hombres aprenden a bien vivir y a bien morir, y a conocer a sí y ver lo que son y en lo que ha de parar la hermosura corporal de las cosas deste siglo y su vana prosperidad, es la meditación de la muerte, porque esta es la escuela de la alta sabiduría. Si el pensamiento pretendiere, hermana, haceros perder el mérito de los humildes y sanctos ejercicios en que os ocupáredes representándoos los vanos deleites y contentos de esta vida, el remedio que habéis de tener es tomar aqueste pensamiento y tenerle preso en cadenas, como esclavo fugitivo, y ocuparlo en sanctos ejercicios, de manera que las manos y la imaginación anden conformes en el bien; y cuando este pensamiento bueno se os huyere, para restaurarlo y volverlo a su lugar el mejor remedio es la memoria de la muerte, andando pensando y diciendo entre vos mesma: «Yo camino para la muerte, voy a Juicio, hanme de tomar cuenta y por fuerza la he de dar, ¿qué será de mí cuando fueren abiertos los libros y el cuaderno de mi vida se averiguare con el libro de la divina Justicia?» En esto habéis de meditar muchas veces, ordenándoos cada día como si supiéredes que aquel día había de ser el postrero de vuestra vida y tener el fin delante de los ojos. Y si queréis ser la que debéis ser, acordaos de lo que habéis de ser, porque la memoria de la muerte os hará caer en la cuenta de quién sois, y conociendo vuestra miseria no admitiréis las vanas y lisonjeras esperanzas del mundo, tan peregrinas y ajenas de vuestro estado.

Entre las cosas para que es la saludable medicina la recordación y memoria de la muerte, es una muy principal que deshace las hinchazones, opilaciones y apostemas que causan la ambición y soberbia en el alma; porque así como las olas del mar, por muy furiosas que vengan, luego como dan en las peñas o tocan en la tierra se deshacen, así, hermana, se desbaratan y aniquilan los altivos y presumptuosos pensamientos en tocando en la fuerte roca de la consideración de la muerte. Es tan salutífera y provechosa esta memoria de la muerte, que, así como de la tierra estéril sale el oro fino y tiene ella encerradas dentro de sí minas de excelentísimos metales, así la memoria de la tierra en que nos habemos de convertir tiene minas en que engendra oro de vida perfecta y abundancia de virtudes, y en especial de humildad, con la cual, hermana, se vence la soberbia y se destierra la arrogancia.

## Profesión decimatertia

**A**QUELLA obscurísima sentencia que dijo Demócrito, filósofo: *Duo luminaria gubernant*, expuso y declaró el príncipe de la filosofía, Aristóteles, diciendo que aquellas dos lumbres o luces resplandecientes que Demócrito dijo que gobernaban el mundo son *utilitas et timor*: el aprovechamiento y el temor; porque ninguna cosa hacen los hombres sin algunos destes fines, por tenerlos por roda y seguro puerto para el cual caminan y navegan sin apartar dél sus ojos. Conociendo Cristo nuestro Redemptor esta condición en el hombre, por el excesivo amor que le tuvo siempre le procuró atraer a su afición y servicio con gran suavidad, al amor del agua, enamorando a nuestra natural inclinación con satisfacerla en alguna cosa la cual le fuese gustosa y agradable, para que, con este cebo, con más voluntad y amor le siguiese y sirviese, ofreciéndosele todas las veces que alguna cosa grande le quería obligar.

A los hijos de Israel habiéndoles Dios puesto delante su ley y mandamientos, sabiendo que era gente amiga de regalos, les dice: «Si guardáredes mi ley y mandamientos *bona terrae comedetis*»: Sabed que lo mejor y más regalado de la tierra será vuestro manjar y comida. A los sagrados Apóstoles mandó Cristo que le siguiesen, y el galardón que les ofreció es *Faciam vos fieri piscatores hominum*: En el mismo oficio (dice Cristo) que tenéis de pescar, al cual estáis tan aficionados, os aventajaré y subiré de quilates haciéndoos pescadores de los hombres; y así, ellos siguieron a Cristo con mucho gusto y contento. A la Samaritana que con tanto trabajo venía por el agua de aquel pozo prometió que le daría agua viva con la cual por jamás ternía sed. A los obreros que llevó a su viña, por verlos deseosos de trabajar les prometió en premio de su trabajo el jornal de la gloria.

Nuestra sancta Patrona, como verdadera imitadora de Cristo, Señor nuestro, preciándose de seguir en cuanto pudo sus pasos, hechos y doctrina, usa con vos, hermana, en este día, del mismo artificio que Cristo nuestro Redentor usó con sus sanctos Apóstoles y con los demás que quedan referidos: porque, viendo el deseo que habéis mostrado al trabajo desde que tenéis uso de razón, por no haberos apartado dél un solo punto, y que en las fatigas y congojas desta vida habéis limpiado el sudor de vuestro rostro con mucha paciencia, sin sacar otro fruto ni premio de vuestro trabajo sino el corto y miserable galardón de las vanas esperanzas con que el mundo satisface tan costosos y grandes servicios como le son hechos, doliéndose, pues, de vos, hermana, nuestra sancta Patrona, a quien venís a seguir, queriéndoos aventajar y subir de quilates haciéndoos, de esclava del mundo, libre de su captividad y verdadera sierva de Dios y trabajadora en esta su viña de la religión para que vuestro trabajo, que antes era pagado con vil interese que el mundo promete, sea de hoy más galardonado con grados del gloria. Y os hace un gran prometimiento con toda verdad y seguridad, porque no es menos lo que os promete, si guardáredes lo que aquí agora habéis de prometer, que la vida eterna; no los mejores y más suaves frutos de la tierra, como Dios prometió a los hijos de Israel, sino las celestiales moradas y los frutos suavísimos de la gloria.

Y para esto hermana, os hace aquella exhortación que el santo Moisés hizo a Jobab, madianita; que, queriéndole apartar de la adoración de los ídolos mentirosos y falsos y atraerle a la compañía de los hijos de Israel, y por este camino al conocimiento y servicio del verdadero Dios, viendo que se quería volver entre los madianitas, donde él nació y se

había criado, que eran idolatras, con grande amor le dijo: *Veni vobis cum ut beneficiamus tibi, quia Dominus bona promissit israeli*: Mira, hermano (le dice Moisés) que caminamos para la tierra fértil que Dios tiene de darnos. Vente con nosotros para que te hagamos bien de la grande abundancia de bienes que el Señor tiene prometidos a este su pueblo, como si dijera: «No te admires, hermano, de vernos andar peregrinando por la soledad deste desierto sin tener pueblo ni casas ni tierras conocidas, ni nos tengas por esto por gente miserable, desfavorecida y desechada de Dios. Fíate de mí y vente con nosotros, y gozarás de los grandes bienes y riquezas que Dios con toda certeza tiene de darnos». Esto mismo os exhorta a vos, hermana, nuestra gloriosa Patrona en este día: que dejéis las idolatrías de las riquezas y bienes de el mundo, que aborrecáis sus deleites y vanos contentos, sus falsas honras y rigurosas leyes, y que, dejado el siglo engañoso, sigáis y acompañéis con voluntad y obras aqueste su pueblo escogido de Dios, aquestas religiosas de su sagrada religión, que con el rigor de su vida y santa intención caminan para aquella prometida y dichosa tierra.

Y que no os espante el vernos andar como peregrinas en la soledad de este desierto de la religión, retiradas del mundo y de sus bienes y grandezas, tan desapropiadas de sus cosas que ninguna podrá decir con verdad que es señora de casa ni viña, ni de otra ninguna heredad, ni que tiene cosa de que poder hacer testamento a la hora de su muerte, ni menos es señora de su propia libertad. Pues no os espante ni turbe, hermana, el vernos ansí tan veras desposeídas y desapropiadas destas cosas, ni tampoco nos tengáis, por vernos sin ellas, por desechadas y desfavorecidas de Dios, porque todas son escoria y basura respecto de los grandes bienes que el Señor nos tiene prometidos en aquella fértil y bienaventurada Tierra de Promisión de la verdadera gloria, adonde con toda certeza gozaremos del perpetuo descanso y de la presencia de nuestro celestial Esposo.

Para haber de seguir a Cristo, hermana, habéis de amar la santa pobreza como Él la amó. El cual universalmente en todas las cosas que Él tomó de los hombres se contentó, por su profundísima humildad, con las sobras y desechos, y aun éstos tomaba escasamente, con mano templada y detenida, como el que la mete, medrosa, en bienes ajenos, con ser el universal y supremo Señor del mundo. De aquí es lo que dijo dél San Crisóstomo: «Si Cristo había de tomar manjar, su plato era pan de cebada; si había de caminar no usaba de poderosos caballos, ni aun tenía un pobre jumento en que hacer sus jornadas, antes andaba a pie y, así, se cansaba; si había de descansar, la proa de la nao eran sus cojines, y si se recostaba, el heno del campo le hacía el arrimo. Desde que nació hasta que murió siempre amó la santa pobreza».

El cuarto libro de los *Reyes*, y a los treinta y nueve capítulos de *Jeremías*, cuenta la sagrada Escritura que Nabuzardan, el capitán de los babilonios, después de haber vencido a los israelitas llevó captivos a Babilonia los ricos y dejó los pobres en Jerusalén, que, cierto, no carece de misterio. Babilonia quiere decir confusión, y Jerusalén visión de paz. ¿Quién es este Nabuzardan, príncipe de los babilonios, sino el Demonio, príncipe de los mundanos? Este es el que dejando los pobres de espíritu en la visión pacífica, quieta y humilde, prende los ricos avarientos y los lleva a la confusión del mundo, adonde los tiene presos y aherrajados. Singular merced fue la que Dios hizo a los pobres de Jerusalén, pues permitió que della fuesen desterrados, como lo fueron los ricos; mas mayor merced es, hermana, la que en este día hoy os hace a vos: porque a los pobres de Jerusalén dejolos en la ciudad pacífica donde ellos estaban sirviéndole, por ser pobres y humildes; mas a vos,

hermana, siendo rica, ha os sacado dentre la confusión de los babilonios con sus santas inspiraciones y traídoos a esta pacífica Jerusalén de la sagrada religión para que en ella libremente le sirváis sin ser presa ni tributaria de Nabuzardan, el Demonio, y puesta en la confusión de Babilonia y derribada, para ser llevada de allí a las penas eternas del Infierno. En reconocimiento desta merced que hoy Dios os hace debríades decir con el Real Profeta: «Librome Dios de el lazo de los cazadores, de los lazos y poder de Satanás, de los deleites del mundo, de la codicia de las riquezas, para que no fuese llevada presa a Babilonia con aquellos ricos».

Cuando aquestas cosas que el mundo promete de regalos y bienes terrenales os quisieren saltar el camino del servicio de Dios, habéis de estar apercebida como lo estaba el apóstol Tadeo, del cual dice Eusebio Cesariense que, ofreciéndole el rey Abagaro grandes riquezas, no las quiso recibir, diciendo: «Si nosotros dejamos de nuestra voluntad lo que era nuestro, ¿cómo recibiremos lo ajeno?». Esto mismo habéis vos de responder a todo de lo que contradijere a la guarda de lo que aquí habéis de prometer a Dios. Si el mundo os convidare con deleites y riquezas y honras y glorias mundanas, habéis de responder con el santo apóstol Tadeo: «¿Cómo tengo de recibir y usar de esas cosas, habiéndolas ya dejado de mi voluntad por el servicio de mi Dios, habiéndolas ya trocado por la humilde y santa pobreza, por los trabajos y aspereza de la vida religiosa y santa, por el menosprecio y abatimiento del mundo?».

Los hombres ciegos, movidos de codicia, piensan que quien tiene riquezas y contentos lo tiene todo; mas los prudentes, a quien Dios alumbra con su gracia, dejan las riquezas del mundo, que tienen por nada, por amor de aquel altísimo Dios que lo es todo. Veen (como vos, hermana, ahora habéis visto) las variedades y maldades del mundo, y, cayendo en la cuenta de sus engaños, déjanle antes que él los deje, entrando en la religión para alcanzar en ella la pobreza y limpieza de sus conciencias que desean. Así como la tela entretanto que está en el telar, aunque sea de muy buen lino, no es blanca ni vistosa, sino que es necesario curarse al sol con muchos baños de agua para blanquearse y quedar lustrosa, así la que anda enrollada en el telar del mundo, metida en el lazo de sus engaños, adonde el Demonio teje sus tentaciones, aunque sea de noble generación está fea y tiznada; mas, salida<sup>90</sup> del telar del mundo, desamparando sus vanidades y falsa prosperidad y curándose al Sol de justicia, Cristo Señor nuestro, lavándose con continuas lágrimas de contrición y tomando muchos baños dellas queda con grande blancura en su ánima, porque la lava Dios con su misericordia y gracia; y así, decía David: *Lavabis me, et super nivem de al-babor*: Lavarme has, Señor, y seré más blanco que la nieve. Esta blancura buscan los que dejan el mundo y sus falsos contentos y se vienen a las religiones, como vos, hermana, habéis hecho para labrar vuestra ánima bañando en lágrimas vuestro rostro, abrazando la humildad y pobreza, despreciando las honras vanas de la tierra y las privanzas de los príncipes, y siguiendo a Cristo, al cual habéis de hacer entrega de vuestro corazón, para no amar otra cosa si la que fuere de su servicio.

Y cuando fuéredes muy humilde y despreciadora de las cosas de la tierra y amadora de la sancta pobreza, entended, hermana, que os sucederá con los enemigos del alma lo que a los peces chicos con el pescador: echa el pescador su red y prende todos los peces grandes

90.- Orig.: 'salidas' (176v).



que debajo della coge, y los pequeños sálensele por entre las mallas. Esto mismo acaece en las redes de los enemigos del alma: los hinchados y grandes en su opinión quedan enredados y perdidos en Babilonia, y los pobres, humildes y pequeños en sus ojos y abatidos de los hombres se cuelan por las mallas de sus redes y, así, se salvan y libremente caminan para la Tierra de Promisión de la verdadera gloria y bienaventuranza.

### Profesión decimacuarta

**E**L intento que os ha movido, hermana, a dejar la libertad que en el siglo teníades, con los demás contentos que con ella suelen andar, y trocarlo todo por los continuos trabajos de la religión, los cuales habéis comenzado a experimentar en este año de vuestra aprobación sin que os hayan apartado de nuestro buen intento, ha sido el desear ser enseñada en esta sagrada religión el modo y manera que habéis de tener para subir deste valle de lágrimas y miserias al alto monte de gloria eterna y bienaventuranza. Para conseguir esto es bien que consideréis de qué manera los bienaventurados sanctos subieron la altura deste monte, para que, imitando sus diligencias y trabajos, vos también le subáis como ellos le subieron.

Cuentan las divinas Letras, en el libro del *Génesis*, que, determinando el patriarca<sup>91</sup> Jacob de subir al monte de Bétel, dijo a los suyos que dejasen los dioses ajenos y falsos y se limpiasen y mudasen los vestidos, y luego le dieron los ídolos con sus joyas y los enterraron al pie de un árbol llamado terebinto. San Jerónimo, en el libro *De los nombres hebraicos*, dice que Bétel quiere decir casa de Dios, esto<sup>92</sup> es: la morada eterna en la bienaventuranza. Pues para poder subir allá habemos de dejar nuestros ídolos, que son las cosas en que, contra la divina voluntad, ponemos nuestra felicidad.

De manera que para alcanzar la bienaventuranza verdadera que pretendéis habéis de dejar la falsa y habéis de trabajar por lavaros y limpiaros con las lágrimas de la cordial contrición, con la verdadera confesión y satisfacción, y habéis de despojaros del vestido antiguo, que es el hombre viejo, como dice san Pablo a los colosenses: «Despojándoos del hombre viejo con sus obras y vistiéndoos del nuevo». Y todos vuestros ídolos, todos vuestros falsos contentamiento, todas vuestras vanidades, que tan agradables y gustosas os han sido, habéislas de enterrar al pie del árbol de la vera cruz. Dice Ruperto sobre este lugar que el terebinto es un árbol donde sale la excelente resina, por el cual se entiende la sagrada cruz de donde salió el precioso licor de nuestro remedio. A este árbol del terebinto de la cruz sancta os habéis de abrazar, hermana, recibiendo sobre vuestros hombros las cargas y trabajos de la religión, las molestias y vejaciones de los tres enemigos de vuestra alma, resistiéndolos y ahuyentándolos de vos, llevándolo todo con gran paciencia y espíritu. Al pie de este árbol habéis de enterrar nuestros ídolos, aquéllas cosas que del mundo amábades, despreciándolo todo y echándolo por tierra; y caminando por este camino y postrándoos a los pies de Cristo crucificado, meditando el excesivo amor que os tuvo en los trabajos que por vuestro bien padeció, en la sangre que de sus sacrosancto costado derramó para vuestro remedio y salvación, caminaréis, hermana, y subiréis al

91.- Orig.: 'Petriarcha' (177v).

92.- Orig.: 'esta' (177v).

alto monte de Bétel, que es la casa de Dios y la eterna bienaventuranza, adonde gozaréis del sumo bien que deseáis.

Muchos de los profetas persuadían a los del pueblo israelítico a que huyesen de Babilonia, siendo su principal intento y el propio sentido literal el querer despertar a los pecadores a salir del mundo, entendido por Babilonia, que quiere decir *confusión*; y este es el mundo con sus engaños, lleno de soberbia, ambición, codicia, vanidad y sensualidad, con todas las demás maldades y confusiones. Esta es la Babilonia de que hablan los profetas, y della habla san Juan en el *Apocalipsi*, cuando dijo que oyó una voz del cielo que decía: «Salte de Babilonia, pueblo mío: no seas participante de sus delictos ni recibas sus tormentos». Claro es que no habla san Juan de la Babilonia que muchos centenarios de años había que era destruida, sino del mundo, por ella significado; así que Babilonia es el mundo donde están captivos los pecadores que se rinden a los vicios: personas aficionadas a su perdición que consienten cegar sus ojos sin atender a que están en el último grado de su desventura. Estos son ciudadanos de Babilonia, captivos del Demonio, desterrados de la celestial Jerusalén. Mándanos Dios que huyamos de los enemigos del alma, de los pestíferos apetitos, de las engañosas esperanzas, de los falsos contentamientos, porque en tal caso el despedirse es vencer y el huir es triunfar.

En el libro de Josué está escrito que mandó Dios a los hijos de Israel que destruyesen la ciudad de Hai y que venciesen su rey; y ellos, para haber de vencer, huyeron, y con esta unidad alcanzaron maravillosa victoria. Huían de la ciudad y dice la Escritura que iba Josué con los que huían. Hai, en lengua hebrea quiere decir *ayuntamiento* o, como dicen otros, *confusión*. ¿Qué ciudad es ésta, sino el mundo? Es el ayuntamiento de males y la misma confusión. Este es el con quien habéis de pelear, hermana, y el que habéis de vencer para venir a descansar en la verdadera Tierra de Promisión, que es la gloria para siempre. ¿Queréis vencer al mundo? Huid dél. ¿Queréis vencer vuestros apetitos? Huid dellos. Finalmente, ¿queréis venceros a vos? Huid de vos; y desta manera será con vos el buen Josué, quiero decir, el buen Jesús, cuya figura él era.

Huir del mundo es refrenar los apetitos feos, resistir a los deseos depravados, apartarse de pecados, despojarse de las antiguas alhajas de la antigua Babilonia, vestirse de buenos propósitos, adornaros de ricas joyas de virtudes, armaros de fuertes armas de firmeza y estender las fuerzas a imitación de Cristo Redemptor nuestro. Esta es la huida del mundo, hermana; esta es la salida de Babilonia, la cual debe tenerse por gloriosa huida y por excelente victoria y triunfo. No penséis que huir es flaqueza, que no es sino gran valentía. El patriarca Jacob huyó de Esaú para Jarán, Moisés huyó de Faraón, Elías de Jezabel, David de Saúl y de su hijo Absalón, y de sí mismo y del mundo, y decía en un psalmo: «Mirad que me alongué huyendo y me quedé en la soledad». Por todas estas huidas se entiende la del mundo, del cual habéis de huir y, como ciervo sediento, correr a la fuente del remedio, que es Cristo, verdadero Dios, adonde hallaréis la quietud que en el mundo no hay.

Mas como sirve poco sacar el diente que dolía si queda en la encía la raíz, así sirve de poco, hermana, salir del mundo con el cuerpo si dentro dél dejáis la raíz de el deseo y del corazón. Salid, pues, totalmente del mundo y huid de sus males; y pues buscáis al sol, dejad la sombra; pues buscáis la clara luz, dejad el humo oscuro; pues buscáis el cielo, dejad

la tierra; y finalmente, pues<sup>93</sup> venís a buscar a Dios, huid del mundo y llevad en paciencia la guerra que os hiciere.

La paciencia es un fino arnés en que seguramente se reciben los duros golpes de las adversidades; y si quisiérades, hermana, bien entenderla y conocerla, poned los ojos en Cristo crucificado y vereisla en su punto y perfección. Así como los que aprenden a pintar buscan las obras del más afamado pintor para sacar de allí, y conforme aquel dibujo que tienen delante van moviendo la mano y enderezando el pincel, así vos, hermana, en las angustias y calamidades habéis de poner los ojos en la vida y muerte de nuestro Salvador Jesucristo, y en este vivo retablo veréis la imagen viva y perfecta de la paciencia en el más alto punto y excelente primor que se puede imaginar. Y luego, tras esto, poned los ojos en sus gloriosos Sanctos y veréis los trabajos en que se vieron y la paciencia con que los sufrieron, siendo unos arrojados a los leones, otros heridos y despedazados, otros muertos con diversos tormentos y martirios, los cuales ellos iban a recibir, por amor de Cristo, con más alegre y sereno semblante que si fueran a tomar posesión de grandes reinos e imperios de la tierra. A estos Sanctos habéis de imitar en vuestras injurias, hermana, y en vuestras tribulaciones, porque gran remedio es para nuestras duras y al parecer incorportables calamidades ver la tolerancia con que los justos pasaron las suyas.

Así como los dolientes de fiebres y hastío tienen por desabridas y sin gusto todas las cosas que comen, mas, con todo eso, si las veen comer a otros con muestra de que son muy sabrosas, entonces las tienen por tales y se enojan no contra la salsa, sino contra sí y contra su enfermedad, así nosotros cuando nos sobrevienen cosas contra nuestra voluntad y nos vemos acosados de tribulaciones, pasámoslas con disgustos y quejándonos, teniéndolas por insufribles y muy ásperas, mas cuando las vemos pasar a los otros con ánimo contento y con rostro alegre, entonces nos indignamos contra nosotros, por sentir que estamos desgustados y enfermos en el alma, más que contra las mismas cosas de que pensábamos que procedía el disgusto.

Subidamente dice Lactancio Firmiano que se si quita del mundo la contrariedad no podrá florecer ni triunfar la virtud de la paciencia, en que consiste el punto de la justicia cristiana, padeciendo por amor de Dios como la misericordia de Dios en padecer por amor de nosotros. Dice san Agustín que la paciencia es una virtud por la cual sufrimos con buen ánimo los males que nos suceden para que no nos descompongan de lo que la razón pide para tal necesidad, y así, concluimos que la paciencia es remedio contra la tristeza y congoja. Decían los antiguos filósofos haber nacido armada la diosa Minerva (por la cual entendían la Sabiduría) para significar que el ánimo del sabio nunca está desarmado para sufrir los contrarios sucesos con poca paciencia, cuando no los puede evitar ni vencer con prudente consejo. Armaos, pues, hermana, de paciencia; tomen os los trabajos esperándolos; las mismas tribulaciones os fortifiquen cada día más; sed una salamandria que os sustentéis en el fuego de las aflicciones; poned los ojos en Cristo crucificado, injuriado y perseguido, y todas vuestras angustias os parecerán una pequeña gota de agua a par del gran mar. Por mayores descontentos que el mundo os represente, con que os amenace, sean todos curados con el hervor de la oración y con la dulzura de los trabajos y humildes ejercicios de la vida religiosa y sanccta que habéis de aquí adelante de vivir.

93.- Suplo 'pues' (179r).

## Profesión decimaquinta

**A**UNQUE lo que pedís es de tanta dificultad, confiada en el auxilio y socorro de Dios no me admira que emprendáis negocio tan arduo como es haber de cargar sobre vos tantas obligaciones como tiene la regla que habéis de procesar, porque con el favor de Dios todo es fácil de sufrir, como Cristo nuestro Redemptor lo afirma por aquellas palabras que dijo por san Mateo: *Iugum meum suave est, et onus meum leve*: Mi yugo es suave y mi carga ligera. La razón desto es por llevar al Señor en su compañía el que a su yugo se sujeta. Esto hacía a los sagrados Apóstoles y a todos los Santos que los trabajos y persecuciones les fuesen dulces y suaves. Es tan grande la Providencia y misericordia de Dios que a los que de nuevo comienzan a servirle les allana el camino quitándoles todos los inconvenientes y dificultades que les podían estorbar el caminar a Él, para que con los trabajos excesivos no sean espantados y tuerzan el camino comenzado de la virtud.

Esto mostró Dios muy claro con los hebreos cuando caminaban a la Tierra de Promisión, de los cuales dice la sagrada Escritura que como Faraón dejase ir al pueblo de Israel, que no los llevó Dios por la tierra de los filisteos, la cual era muy vecina y cercana, por que no se espantasen y arrepintiesen viendo que contra ellos se levantaban gentes tan feroces y les movían crueles guerras y por esto se volviesen a Egipto; y así, hizo que fuesen rodeando por el camino del desierto, que estaba cerca del mar Bermejo. Esto mismo hace Dios con los que saca de la captividad del siglo, ocasionado a muchos males, y los trae a la soledad y recogimiento de la religión: que no permite que luego sean oprimidos con graves tentaciones ni que les sucedan grandes infortunios, por que, como nuevos soldados, no falten del camino de la virtud y vuelvan atrás. De donde se colige lo mucho que a Dios debemos, pues con tanta largueza nos concede el primer auxilio y gracia, sin merecerlo.

Hase en esto Cristo nuestro Redemptor con nosotros como el patriarca José con sus hermanos: que no sólo les dio el trigo por que iban, sino que también les volvió el dinero con que lo habían comprado. Esto mismo hace nuestro divino José y Salvador Jesucristo con nosotros: porque no sólo nos da con largueza el pan de la gloria, sino que también nos concede el auxilio y gracia, que son los dineros con los cuales acá se compra el precioso pan de la gloria, como lo dijo David: *Gratiam et gloriam dabit, denarius*<sup>94</sup> idest: Danos el pan de la gloria y los dineros de la gracia con que comprarlo. Siempre depara a los que caminan por el camino de su divino servicio el socorro del Ángel bueno para que les quite la pesada piedra del sepulcro de las dificultades y peligros y los libre, como a Tobías, del atrevido pez de el Demonio (que siempre procura atajarnos los pasos en el camino de la virtud) para que los sanctos propósitos y buenas intenciones tengan lugar de ejecutarse en su divino servicio.

Gran confianza se debe, hermana, a las empresas de Dios y a todo lo que a su sancto servicio conviene, porque no puede faltar para esto el instrumento y cosas necesarias para ponerlo en ejecución; y si esta confianza faltase o de ella se pusiese duda, ofensa se cometería contra la verdad de Dios. Ésta es la que tuvo aquella confiadísima y sancta Judit el día de Holofernes, cuando, saliendo a degollarle, viéndose ir movida y guiada del impulso

94.- Orig. 'Dns' (180v).

de Dios y habiéndose prevenido de aderezos y de su comidilla para no contaminarse del manjar del gentil, sólo no se previno del instrumento con que aquel hecho se había de hacer; y así, se fue sin él, librando ese cuidado en la puntualísima providencia y cuidado del mismo Dios, que a ello la enviaba, mostrándose en esto la gran confianza y la nobilísima fe de esta antigua señora. Veamos, prudentísima Judit: Si pensáis degollar y vais a eso, y tan denodada y cierta del suceso, ¿cómo vais tan descuidada del instrumento para poderlo hacer? ¿Qué's del alfange afilado y prevenido para el caso, tal que haga el golpe franco y cercen, cual vos lo pensáis hacer? Sin duda iba esta bendita señora sin cuidado de eso, toda fiada en Dios y cierta de que, pues Dios era el que la movía e incitaba en aquel hecho, Él mismo había de ser el que le había de tener a punto el instrumento de su hechura. ¡Oh cosa maravillosa y digna de muy atenta consideración que allí, colgado a la cabecera, estuviese el alfange, pegado al mismo degüello, esperando la mano de la misma Judit, que le había de hacer!

Fíá, pues, de Dios, hermana mía, y entrad denodada a todas las dificultades de la religión; que empresa de Dios es ésta y cosas de su sancto servicio; y no dudéis que, pegado a estas dificultades, hallaréis el alfange para degollar al cruel Holofernes del Demonio vuestro enemigo. Y aun debéis saber que es cosa que mucho obliga al Señor el fiar mucho dél en estos casos: toma Él por punto de honor y muy a su cuenta favorecer a quien en esto le honra, conforme a lo cual es lo que Él dice: «Espera y confía mí, y glorificarme has». Aquí es, pues, muchas veces donde Dios se señala en no pensadas hazañas, y aun donde, faltándole el instrumento debido, por no faltar a la confianza le hace prestado de lo que no es para serlo. A Jonatás porque fío dél quiso venciase el solo con su paje todo un ejército de filisteos y que sus ojos fuesen los tiros con que los batiese con sólo mirarlos.

Por la misma razón, deste propio infante hizo amparo a David que le valiese de su padre Saúl, y luego que entró en el real palacio se le dio por escudo, satisfaciendo así a la confianza del mismo David. Verdad es que no suele ser el hijo escudo contra su padre, pero hízole Dios que lo fuese (como estaba él allí más a mano) para poder amparar al amigo. Como cuando a alguno tiran un golpe repentinamente: que como no tiene escudo en que recibirle, lo hace de lo que tiene más a mano.

No es mucho, hermana, que la fuerza de la buena consciencia sea tanta que deje vencidos a todos sus enemigos, pues el justo tiene en su ánima al mismo Dios, de adonde le viene el esfuerzo della y el respecto que todo el mundo y Cielo le hacen. Cuando los hijos de Israel metieron consigo el Arca sancta del Testamento en la batalla, sólo de verse juntos a ella cobraron esfuerzo contra los enemigos, y los filisteos, por el contrario, de sólo verlos arrimados a ella temblaron, diciendo medrosos: «¡Ay de nosotros, que el Arca o su Dios viene con ellos!». Pues si el ánimo de la Arca, que sólo era una sombra de Dios, así ponía esfuerzo al ejército<sup>95</sup> de Israel y cobardía a sus enemigos, ¿qué ánimo y corazón pensáis, hermana, que pondrá el verdadero Dios a aquella humilde y devota religiosa que le tuviere no sólo arrimado a sí exteriormente, sino también entrañado en lo interior de su alma? Y ¿qué cobardía y desmayos pensáis que causara en sus capitales enemigos cuando con ella quisieren tomarse? Por eso Saúl temblaba de David y le temía: porque sentía que estaba Dios con él apadrinándole y que por ser tal su compañía ningún efecto podían

95.- Suplo 'ejército' (181v).

hacer las diligencias que hacía para destruir y matar a David. Entretanto que la compañía de Dios tuviéredes siempre el enemigo hallará en vos gran fortaleza y vos le hallaréis a él flaco, temeroso y desmayado, y así, podéis tener por vuestra la victoria cuando con vos quisiere pelear. Mas libréos Dios de perder su compañía, porque con ella perderéis juntamente toda la fortaleza, como otro Sansón cuando le fue cortado el cabello: todos los peligros se os atreverán, como a persona que está en desgracia de Dios, y como a tal os andarán a buscar los desastres por los caminos. Como a aquel profeta desobediente que fue muerto por aquel león que le salió al camino, porque el pecado es natural cebo de fieras y de otros peligros que se van luego a él.

De aquí es también que los enemigos del rey David, cuando su hijo Absalón le seguía, de sólo imaginarle sin Dios cobraron esfuerzo contra él, diciéndole a voces<sup>96</sup> (como él lo refiere en un psalmo): «Agora es tiempo de acometer a David. Agora valdrá la fuerza y los tiros le herirán, pues no tiene muro de Dios que le valga». Allí fue donde el pobre Rey se halló tan apretado del mañoso enemigo que la pura congoja le forzó a dar en querellas, diciendo a Dios: «Señor, ¿cómo consentís que así se hayan multiplicado los que me atribulan? Mirad, Señor, que muchos se han levantado contra mí diciendo que Vos ya no me hacéis favor ni dais salud a mi ánima». El mismo bando se echó también en el consejo de guerra de el rey Saúl, de maña, contra David, para que reputándole su ejército por hombre pecador, y como tal desamparado de Dios, se le atreviesen confiadamente, como a hombre destituido de el favor divino y por el mismo caso ya sujeto a cierto peligro. Esto es lo que él dice en un psalmo: «Hicieron su acuerdo y consejo en uno los que asechaban mi vida, diciendo: 'Dios ha desamparado a David. Perseguido, pues, y cogelde a manos. Agora es tiempo, pues no hay quien le valga'». Pero ¿qué mucho que Saúl lo hiciese así, pues se dice de aquel gran macabeo que con los pecados de los soldados ajenos esforzaba él a los suyos representándoles los engaños que hacían y sus juramentos prevaricados?

Mucho os habéis de guardar, hermana, de dar entrada al Demonio en ninguna cosa que hiciéredes o imagináredes, para no perderos; porque adondequiera que él entra, entra haciendo desconciertos y descomponiendo las cosas y sacándolas del quicio de su naturaleza. De Saturno se dice que es astro enemigo del Sol, en tanta manera que con su maliciosa influencia pretende deshacer y descriar todo cuanto el Sol con su celestial virtud y presencia cría en el día. Pues, así, este enemigo de Dios pretende, doquiera que él entra o asiste, desbaratar y deshacer con su malicia todo cuando Dios cría en nosotros, así por el medio de su gracia como por el desta naturaleza, sierva y criada suya. Es éste, en efecto, una pura noche de Dios y un perpetuo enemigo suyo, que todo cuanto Él hace se lo mete a barato, trocándole, si él puede, las naturalezas de las cosas y volviéndolas al revés del intento del mismo Dios.

Cuando Dios hizo rey a Saúl, de hombre común que él antes era le mudó en otro varón: subiole la suerte haciéndole varón grave y de real autoridad. Mas sabed, hermana, que, en entrando el Demonio y Espíritu Malo en este rey, al punto le hacía hacer visajes y desmesuras ajenas del estado real e indignas de su autoridad y majestad. Así también, la lengua hízola Dios para hablar cosas lícitas y honestas, y los ojos para mirarlas y los oídos para oírlas. Entrando el Demonio por el consentimiento todo lo desbarata y desconcierta,

96.- Orig.: 'vezes' (182r).

viciando los sentidos para que no puedan usar del fin para que fueron criados; por esto es menester vivir con gran recato. Porque la cigüeña anda en perpetua guerra con las serpientes, las cuales de continuo andan rastreando por la tierra y escondiéndose en los viles agujeros, comparaban los egipcios a esta ave a los ánimos valerosos de los hombres que siempre viven sobre los estribos de la virtud, contradiciendo tan de veras a la rastrera serpiente del pecado, que en viéndola la persiguen y desechan de sí con tanta presteza que ni aun un solo escrúpulo de pecado no quieren admitir en su compañía.

Cuenta Plutarco que Demetrio, rey de Macedonia, tuvo cercada a Rodas, y, pudiéndola pegar fuego, no quiso, por no quemar un templo donde estaba una imagen hecha de mano del insigne Protógenes, y quiso más perder la ciudad con cuanto en ella había que destruir y abrasar aquella divina pintura. Si consideráredes, hermana, que esa vuestra alma no es pintura ni obra de Protógenes, ni del famoso Apeles, sino del sumo Dios y retrato suyo, no permitiréis que sea amancillada ni abrasada con el fuego del infierno del pecado y quebrantamiento de lo que habéis de prometer, sino que fácilmente perderéis cualquiera interese, contento y gusto por no amancillar y abrasar la obra y semejanza del verdadero Dios ni ponerlos en manos de vuestros crueles enemigos.

### Profesión decimasexta

**M**UY dichosa es el alma que se deshace y aparta de los bienes y contentos del mundo para darse toda y del todo su Criador. Ésta, sin duda, es la que ya llega a poseer aquella riquísima pobreza de espíritu que el Señor predicó por primera bienaventuranza y por señora del reino de los cielos; que, en efecto, es un generoso vuelo del alma que se abalanza y sube de vuelo sobre sí misma y se traspone a todas las cosas criadas, yendo volando sobre ellas hasta abrazarse con Dios, y después que le tiene asido a brazos, echa la puerta tras sí al mundo todo, que la vaya siguiendo.

Cuando el sancto Moisés se estaba en el monte con Dios, todo embebido en sus divinos regalos, dice la sancta Escritura que bajó una nube y los cerró a los dos. Éste, pues, es, hermana, el estado de perfección y de esta generosa pobreza que cierra el alma con Dios y la tiene a solas con Él a puerta cerrada. ¡Oh, cuán poquitos hay que lleguen con Dios a tanta privanza y a estado tan dichoso! Personas hay que procuran abrazarse con Dios, pero no llegan a este punto de echar la puerta tras sí. Éstos están con Dios a puerta abierta, porque si por una parte miran a Dios, por otra miran al mundo, a sus hijos, gobiernos, cumplimientos y aficiones; si por una parte gustan de estar abrazados con Dios, por otra se congojan y se ahogan de verse con Él a solas, y así, hacen rostro al mundo y portillo a la nube por donde Él entre a vaellos y a tenerles compañía.

No son éstas las almas privilegiadas del todo libres de turbaciones, cual era el glorioso san Pablo, que con solo el Señor vivía tan contento y tan olvidado del mundo que decía: *Mihi vivere Christus est*: Mi vivir es Cristo, como si dijera: «No tengo otro bien en esta vida, ni le quiero, sino a Cristo mi Salvador y Señor»; y el seráfico padre san Francisco estaba tan de veras con Dios y tan cerradas tenía las puertas al mundo que, confesándole su sentimiento, de lo que más se preciaba era de que Él era su Dios y todas sus cosas. ¡Dichosas las almas que tal vuelo dan y llegan a tan alto punto de perfección, donde ya se

hallan rescatadas de las turbaciones de Marta y ya ni les tocan ni se oyen en ellas los clamores y vocinglería deste Egipto del mundo!, porque allí ya el milagro de Dios hizo raya para que se entienda con cuánta maravilla divide Dios los de su pueblo de los egipcios del mundo. Cuando el Señor quiso ya despedir a su pueblo de Egipto, hizo en él aquella última maravilla, que fue matarles todos los mayorazgos y primogénitos que había en aquel reino. Allí, pues, hizo Él aquel gran milagro y gran privilegio los hijos de Israel; y fue que como los otros anduviesen turbados, vocinglereando con tan grandes clamores (que nunca otros semejantes hubo en Egipto), dio Él tanta quietud y silencio a los hijos de Israel entreverados en ellos, que aun no se oía entre ellos el ladrido de un perro. Pues esto es el gran milagro que hizo Dios en estas almas regaladas que acá tiene en el mundo: en medio del mundo y su vocinglería no les toca el ruido del mundo; en medio de las turbaciones no les toca la turbación. Son casas esentas y privilegiadas por el milagro de Dios, que, con estar pared enmedio entreveradas entre egipcios y su turbación, no entra la voz en ellas.

No hay casa, pues, en este Egipto del mundo en que cada día no amanezca su muerto que la turbe y descomponga. En el uno amanece<sup>97</sup> el pensamiento de venganza que todo el día le trae acosado y a su alma gritando y dando voces, en el otro el deseo deshonesto, en el otro la hambrienta codicia que le trae martirizado, y finalmente, en el que vive aun sin esos afanes, a lo menos amanecen dando voces en su casa los cuidados del día, del sustento y gobierno della. ¡Oh, si supiédes, hermana, con cuánto sosiego y cuán libre de esas turbaciones pasan la vida estas dichosas almas privilegiadas de Dios y cuán poco les toca el ruido del mundo, con estar tan pegadas y entreveradas con él! Como, sin duda, si bien lo consideráis, procuraréis muy de veras de imitarlas y seguir las, pues no venís a otra cosa a esta sagrada religión sino a gozar desta sancta quietud y tranquilidad para reposar en ella, en el dulcísimo sueño de su ordinaria oración y meditación y en los sanctos ejercicios de la vida religiosa.

Mas si queréis en esto ver a ojo la diferencia destes dos estados y la notable ventaja que el uno hace al otro, entenderlo heis bien por esta comparación: Imaginad dos azores que vuelan en un espeso bosque, y que el uno destes azores vuela con pihuelas y el otro libre y desapiolado. Cierta cosa es que el que vuela sin pihuelas volará ligerísimamente y que hará su caza sin ningún impedimento que le detenga, cuanto es de su parte; pero el otro, que vuela con ellas, forzosamente se ha de asir una vez a la rama, otra al gajo y otra a los matorrales, y quedarse enmarañado y asido y sin poder hacer el alcance a la caza, y quedarse con sólo su buen deseo. Pues las mujeres del siglo que vuelan a la vida perfecta siendo casadas o embarazadas con sus haciendas, ya veis que la vuelan con pihuelas, por donde cuando alguna destas se levanta sobre sí misma y toma vuelo para hacer la caza con Dios, como lleva colgando de sí los cuidados y obligaciones de su estado, no es posible que no le corten el vuelo y le vayan estorbando el alcance; pero la buena religiosa, que vuela sin ellas, hace caza del mismo Dios sin que el mundo la estorbe. Y esto es, en efecto, lo que quiso significar el apóstol san Pablo, diciendo a los corintios: «El hombre que está sin mujer, por esta parte puede ser solícito de las cosas de Dios y cuidar de cómo a solas le agrade; pero el que la tiene, de pura fuerza ha de ser solícito de las cosas del mundo y de

97.- Oirg.: 'amenaze' (184r).



cómo podrá contentarla (que no es poco de hacer), y, al fin, ha de vivir dividido en Dios y en su mujer, y la mujer en Dios y en su marido».

Mirad, hermana, que, pues quedáis por azor suelto y desapiolado de los impedimentos de mundo para volar de continuo libre en el servicio de Dios y hacer en él siempre la presa, que no os apatéis un solo punto de su Majestad; y cuando quisiéredes saber qué tan cerca o apartada andáis de Dios, considerad la estimación o menosprecio que tenéis de vos o de vuestras propias cosas, y conforme a esto podréis regular qué tan cercana o qué tan lejos andáis de Dios. Entretanto que los hombres no veen otras cosas mayores, suelen tener en algo las suyas, aunque sean pobrecillas y de poco valor, pero después que veen y entienden las riquezas y aparatos reales, teniendo en poco sus cosas, se humillan y encogen, poniéndose y teniéndose en él punto y estima que es razón. Entretanto que la religiosa anda fuera del trato y conversación de Dios, a sí y a todas sus cosas tiene en mucho y hace gran precio dellas, pero puesta delante de Dios y entendida bien su conversación y grandeza, no sólo a sí y a sus cosas, por altas y soberanas que sean, las menosprecia y tiene en poco, sino a todas las criaturas, aunque sean ángeles, tiene por nada respecto de la majestad y grandeza de Dios. El santo patriarca Abraham estando en presencia de Dios y conversando con Él, fue tanto el conocimiento que de Dios tuvo y de sí mismo que confesó no ser otra cosa sino polvo y ceniza.

Sabida cosa es, hermana, cómo todas las cosas no tienen ser de perfección en sí mismas sino cuando se aplican a Dios; aquí es donde se perfeccionan y llenan todo el vacío de su ser. De suerte que, a esta cuenta, vuestro oído no es perfecto oído cuando no oye a Dios, vuestra mano no es perfecta mano cuando no sirve a Dios, y aun vuestro corazón no es perfecto cuando todo él no sirve a Dios y se emplea todo en Él, y al fin, todo el hombre no es hombre perfecto cuando todo él no sirve a Dios. Porque aunque sea verdad que las cosas todas tienen su ser natural en sí mismas, pero es éste un ser manco de sola naturaleza, con que ni llegan ni alcanzan al ser de su más alta perfección si no se reducen y aplican y dedican al mismo Criador que las crio, que es la forma que las perfecciona.

Sumptuosísimo fue el templo de Salomón, hecho y cuajado de oro y plata y toda preciosidad, pero no estuvo su perfección en la plata ni en el oro, ni en el cedro de que fue edificado ni en las perlas o pedrería que en él se gastaron, sino en que todo esto se dedicase al culto del verdadero Dios. De adonde es que, para perfeccionarle y darle el punto de su valor, dijo Dios a Salomón, después de acabado: «Yo santifiqué para mí esta casa que me has edificado». Aquí, pues, fue donde el oro y plata se aventajaron a sí mismos, vencieron sus antiguos quilates quilatándose de otra muy nueva perfección; aquí las piedras preciosas subieron sus precios y mayores cuantías; aquí el cedro empinado y oloroso se hizo más alto y oloroso que había nacido en su Líbano; aquí, finalmente, todas las demás cosas que se gastaron quedaron más subidas y medradas de lo que antes eran en esta dedicación, y sin la cual todo aquel excesivo gasto se quedara bajo y caído en su solo precio, hecho una obra profana, como las demás que hizo la gentilidad.

Pues, así, habéis de pensar, hermana, que no es nuestra naturaleza ni son los dotes o sentidos naturales más perfectos de cuanto se dedican a Dios y consagran a su servicio, sin la cual dedicación todo cuanto naturaleza nos da queda profano, por más lucido y precioso que ello sea. De aquí entenderéis que la nobleza del noble que no se dedica al servicio de Dios llanamente se queda hecha nobleza profana; y lo mesmo entendido en toda

la persona, esto es, de su ingenio, talento, sentidos, gracias y gentileza, pues todo esto, no siendo aplicado a Dios, es profano y tanto como si no fuese. Por cuya razón el mismo Dios, universal Criador de todos los hombres, no sin misterio se llama el particular de aquellos que le reconocen y sirven invocando su nombre, diciendo por Esaías: «Todo aquel hombre que invocare mi nombre en gloria y honra mía yo le crié», como quien dice: «A éstos reconozco yo por criados y hechos de mi mano; que los demás, aunque tengan ser a cuenta de su naturaleza, a la mía (pues no me sirven ni conocen) son como si no fuesen».

Dice Laurencio Justiniano que así como el resplandor del Sol y el calor andan juntos, así el conocimiento de sí mismo y la humildad nunca se apartan. «Así como el resplandor del Sol (dice) y su calor están juntos y hermanados en uno, que no pueden apartarse, así digo que el conocimiento de sí mismo y la humildad siempre andan acompañados». ¡Oh, cuánto vale en los ojos de Dios esta alta virtud de la humildad y pequeñez de corazón! ¡Oh, cuánto valen con Dios unas almas deshechas en su propia estimación, caídas y echadas a mal de su mismo pensamiento y que viven con tan apurado y cabal conocimiento de sí que a sí mismos no se ven ni hallan, aun cuando se buscan! Esta virtud puede tanto con Dios que le abre los cofres de sus tesoros y le ganzúa el pecho y corazón para darle al humilde lleno y enriquecido de sus secretos misterios. ¡Oh joya preciosa y no conocida del mundo la que tanto vale con Dios!

Decidme, hermana, ¿qué puede tener el mundo, aunque se tenga a sí todo, que valga lo que vale la posesión del humilde? Cébase, pues, el vano de sus vanidades, haga el papo de llas y avasalle los mundos, que, en efecto, de aire se ceba; pero el humilde regocíjese y alabe al Señor que tal suerte le dio, pues tiene por cebo al propio corazón de Dios. Porque no es otra cosa comunicar Dios sus secretos al humilde y decirle sus revelaciones sino convidarle a su propio pecho y cebarle en su corazón. De aquí, por cierto, nace el contento del humilde y aquel no poder consigo ni caber en sí mismo, esto es: de que se halla el pecho de Dios engastado en el suyo. Tal se halló el discípulo incrédulo cuando con su mano tocó en el costado del Señor: que, de puro lleno de Dios, brotó y reventó por la boca diciendo: «¡Señor mío y Dios mío!». De aquí también nacía aquella palabra de tanta satisfacción que jamás se le caía de la boca al glorioso padre san Francisco: «Dios mío y todas las cosas», es a saber: de que andaba cebado deste divino pecho y como atónito de verse entrado en las potencias de Dios. Sed, pues, hermana mía, humilde, y gozaréis de tan altos y perfectos bienes como éstos, con que burlaréis de las cosas del mundo y viviréis muy contenta en sólo Dios.

### Profesión decimaséptima

**E**NCARECE tanto Cristo, Redemptor nuestro, el poner al hombre en su conocimiento y servicio, alumbrado con los rayos de la divina luz de la fe para que merezca ser tenido por uno de los de su rebaño, que nos certifica ser para esto necesario el más grave y poderoso medio de cuantos en la tierra y en el cielo pueden pedirse, diciendo: *Nemo potest venire ad me, nisi Pater meus traxerit eum*: Tened por cierto (dice Cristo) que ninguno puede venir a mí ni ser plantado en la viña de mi Iglesia si no fuere encaminado y traído de mi eterno Padre.

Muchas cosas pueden hacer los padres por los hijos, los amigos por los amigos, unos a otros pueden enriquecerse y hacerse otros muchos beneficios; mas el traer una alma al conocimiento y seguimiento de nuestro Redemptor a sólo el Padre eterno es reservado, de sola su mano ha de recibir está tan gran felicidad y bienaventuranza, para que, considerando el hombre de cuya mano emanó aquesta merced tan grande, sepa conocerla y estimarla y echar de ver lo mucho que le importa. Pues si el traer una alma a la fe y conocimiento de Cristo, Señor nuestro, es merced tan crecida, hermana, ¿qué debéis vos a Dios en este día, que, no contentándose de haberos traído su fe verdadera, os quiere hacer hoy de su cámara trayéndoos a este estado tan sancto de la sagrada religión en compañía de tan grandes siervas como en ella tiene y ha tenido, para que vos, hermana, conociendo este favor que Dios os ha hecho, las procuréis imitar y seguir muy<sup>98</sup> de veras?

Lo que determináis hacer, hermana, en este día es hacer de vos un holocausto muy agradable y acepto a Dios, para mejor servirle en todo y por todo. Entre las cosas que en la ley de Escritura le eran ofrecidas a Dios, la más acepta le era el holocausto: porque en el sacrificio dividíanse los animales, parte para los sacerdotes y parte para Dios; mas el holocausto todo era abrasado y consumido enteramente para Dios, sin que a los sacerdotes ni a otríe se diese alguna parte, queriendo significar en esto que los que totalmente se ofrecen a Dios con el cuerpo y la voluntad, sin dividirse en las cosas del mundo ni acudir a ellas con la intención y deseo, que estos tales ofrecen a Dios no el sacrificio, que se parte entre Dios y entre las gentes, sino un holocausto, muy acepto y estimado de Dios, el cual es abrasado todo y consumido en su amor y servicio.

Cuando Caín y Abel ofrecieron sus dones, dice la Escritura que miró Dios al don del justo Abel. Este mirar Dios es decir que le fue acepto su don, y mostrolo abrasándole y consumiéndole con fuego visible, y por esto fue envidiado de su hermano Caín. Muy poco más valdría el un don que el otro, y el mostrar Dios que el de Abel le era acepto no fue porque fuese más precioso que el de Caín; que desto no hace Dios cuenta, porque todo es suyo, de todo es señor y no tenía necesidad de sus bienes. Como lo dice el Real profeta David: *Deus meus es tu, quoniam bonorum meorum non eges*: Por eso, Señor, os tengo yo por mi Dios (decía David), porque no tenéis necesidad de mis bienes; y el mesmo Dios decía por el Real profeta: *Nunquid manducabo carnes tuarorum, aut sanguinem hircorum potabo?*: Si tuviere hambre (dice Dios), ¿qué necesidad tengo yo de comer de la carne de vuestros toros o de beber de la sangre de vuestros cabritos, que me sacrificáis?, *Meus est enim orbis terrae*: Todo es mío y está sujeto a mi voluntad y servicio.

Pues que destas cosas Dios no hace caso, cosa llana es que el mostrar que el don de Abel le era más acepto que el de Caín, que, ya que no fue por ser más precioso, que fue por ofrecerle con intención más sana y buena que Caín. Ésta es la que puede mucho con Dios: la que, acompañando los dones, los hace aceptos y graciosos en los ojos de Dios, la que a los pequeños dones los hace más estimados y preciosos que los muy costosos y ricos. Como se vido en el cornado de la pobre Vieja, que excedió a la mucha plata y oro que los demás ofrecían.

Esta sana intención alcanzó perdón a David del adulterio que con Bersabé cometió y del homicidio de su marido Urías, con decir: *Peccavi* y lastimarle sola la ofensa de Dios

98.- Orig.: 'muys' (187r).

y el verse en desgracia suya. Lo cual sucedió al revés a Saúl: porque, aunque dijo *Peccavi*, no alcanzó la misericordia de Dios porque no lo dijo sintiendo la ofensa que a Dios había hecho, sino por el temor de verse despojado de la dignidad real y puesto en humilde y bajo estado, y así, su arrepentimiento y penitencia no fue por sólo Dios, sino por humanos respetos, y por esto no le fue concedida misericordia; imitando Saúl en esto a Siquem y a Emor su padre, que se circuncidaron no por Dios, sino para asegurar a Jacob y a sus hijos y familia reconciliándose con ellos, aceptando su ley para después, como alevosos y traidores, poder matarlos y gozar de todos sus bienes, como ellos mismos lo dijeron a los de su pueblo; mas sucedióles al revés, porque, siendo ellos muertos por los hijos de Jacob, ni gozaron de sus bienes ni de los de los otros, ni el grave dolor de la circuncisión les fue de provecho, pues se condenaron.

Esto mismo sucede a los que no se ofrecen a Dios en holocausto, sino en sacrificio repartido entre Dios y los hombres, mezclando las buenas obras con las pretensiones de las cosas vanas de este mundo, mezclando la circuncisión del estado de la vida religiosa, dedicada sólo a Dios y a las cosas de su sancto servicio, con los robos y homicidios de los siquimitas y con sus pretensiones vanas de más valer y poder y ser tenidos y estimados, y con el deleite y sensualidad del príncipe Siquem, que tan cara costó; por lo cual, ni sus ayunos, pobreza y aspereza de vida les son de provecho ni sus penitencias son aceptas al Señor. Por tanto, hermana, pues que venís a imitar a Cristo, depended dél a ser holocausto cumplido y entero, como Él lo fue a su eterno Padre en el árbol de la sancta cruz.

Asimismo podéis imitar en esto a sus bienaventurados Sanctos, y en especial al glorioso padre san Francisco, que, abrasado en el fuego del amor y servicio de Dios enteramente en sus obras e intención, se preciaba tanto desto que, estando en muy prolija oración, otra cosa no decía en confirmación de su entereza sino: *Deus meus et omnia*: Dios mío y todas mis cosas, como si dijera: «Tú eres mi Dios, y fuera de ti ninguna cosa tengo ni quiero». A este sanctísimo varón habéis de imitar, hermana, procurando que vuestras obras sean sanctas y que vuestra intención de ellas no se divida ni aparte por granjear la opinión y estimación de las gentes o acudir a los contentos, como hizo Siquem, sino que la intención sea tan perfecta y sancta que del cornado de la Vejecica, de la pequeñez de vuestras buenas obras, con la eficacia y entereza de vuestra voluntad vengáis a hacer un precioso tesoro delante de los ojos de Dios, para que por Él y su infinita misericordia seáis premiada con los bienes eternos.

La que de veras se resigna en las manos de Dios, creed, hermana, esta tal queda hecha un muy buen material para que Dios obre en ella muchos primores y maravillas con su artificiosa gracia; porque el resignarse en las manos de Dios no es otra cosa sino entregarse del todo a su voluntad habiendo dejado la suya propia, como una cosa muerta, para que, así, obre en ella Dios muy ricas y bellas hechuras del cielo, como las que obró en el bienaventurado san Pablo en rindiéndose y sujetándose a la voluntad de Dios. Por esto aconseja el Sabio diciendo: «Humíllate a Dios (esto es, resignandote en Él) y luego espera sus manos» (esto es, labor y primor dellas); donde aun se debe notar que no dice que *esperes su mano*, sino que *esperes en sus manos ambas*: lo uno para que se entienda que a dos manos hace Dios sus misericordias en los materiales dispuestos, cuando se le ofrecen, y

que con ambas labra en ellas<sup>99</sup> sus divinos primores; porque no es Dios manco de la una mano, sino derecho y maniego de ambas, y eso no para mandar espadas, como Ayor, sino para esmaltarnos de sus misericordias. Y lo otro, también lo dice así para significarnos aquella gana que tiene de hacer en nosotros estas sus bellas hechuras; por donde, en topando el material de nuestra voluntad dispuesto, al punto ase dél a dos manos, ganoso de hacer en él sus deseos; y echándolas ambas, por que hasta haber hecho su hecho no se le vaya, hace su divina labor.

Pero ¿qué aprovecha que Él de su parte procure hacer esto con tanto deseo, si nosotros de la nuestra le resistimos no nos consintiendo labrar sin dar nosotros el voto en nuestras hechuras, y a veces prefiriendo nuestra voluntad a la suya, con lo cual impedimos la diestrísima mano de su sabiduría? El maestro que labra en materiales vivos, clara cosa es que no puede obrar en ellos a su voluntad, porque, creciendo, el mismo material borraré la forma y primera hechura que se da; por donde el jardinero que hace la sierpe o la imagen cortada en el mirto o en el brótano, por más prima y compasada que la saque, a pocos días se le ha de volver a descompasar la hechura, pues siempre está ella creciendo y pululando sus ramas. Por eso, pues, el Señor no labra en nosotros sus divinos primores: porque vive en nosotros la propia voluntad, que cada día nos saca crecidos y desmandados al podó que Él en nosotros hace.

Sólo en el cielo es donde hay materiales del todo dispuestos y a propósito, que se dejan labrar de su mano; y así, hace Dios en ellos tan primas labores que allí se muestra el ser fuente de sabiduría, conforme a aquello que dijo el Sabio: «La fuente de la sabiduría es el Verbo en las alturas». Pero acá en el mundo no muestra este soberano Maestro todo lo que sabe en nosotros, porque no somos materiales tan obedientes como los del cielo. Porque ¿qué aprovecha sea diestrísimo el maestro que labra el vaso de barro y que pretenda mostrar en él sus primores, si cuando le está labrando para hacer eso el propio vaso estuviese vivo tirando por sí y saliéndosele de la mano? Clara cosa es que él no podría entonces labralle a su voluntad ni emplear en él todo su artificio por culpa del propio vaso. ¿Qué aprovecha, pues, que quiera Dios obrar sus primores en nosotros y que en este tan lodoso metal quiera hacer hechuras del cielo, si el mismo lodo le está resistiendo deslizándose dél y porfiando en no ir por donde este soberano Maestro le lleva? «Vos sois el Maestro y nosotros somos el lodo (dijo Esaías), pero ¿qué aprovecha, Señor; que somos lodo vivo que os resistimos?».

No resistáis, pues, a Dios, hermana mía. Sujetaos a su voluntad, dejaos llevar a su mano, aunque sea por camino trabajoso y lleno de tribulaciones, como los sagrados Apóstoles y los Sanctos hicieron, y veréis cómo hace Dios en vos cosas maravillosas. Esto es, en efecto, lo que aconseja el *Eclesiástico* diciendo: «Todo lo que te fuere aplicado lo recibe de la mano de Dios. En el dolor sufre y en la humildad ten paciencia, porque en el fuego se prueba el oro, y los hombres, para ser recibidos de Dios, en el horno de la tribulación». ¿Qué sería de nosotros, miserables, si el Señor no hiciese cuenta de nuestras voluntades, sino que los pidiese siempre buenas obras? Porque éstas tenemos tan pocas en número y son tan sin tomo en mérito, que no sólo no las querría aceptar, mas aun ni mirar, porque si nos acordamos dél en alguna hora del día, toda nuestra vida le estamos ofendiendo.

99.- Orig.: 'ellas' (189r).

Pues decidme, hermana, qué le ofreceréis si no le ofrecéis vuestra propia voluntad. Si le ofrecéis el cuerpo, no es vuestro, sino de los gusanos; ni la honra tampoco es vuestra, si de los mundanos; si la hacienda, ésta es de vuestros deudos; si la vida, ésta la muerte os la quitará hoy o mañana. De manera que no tenéis qué darle, si no son unos pocos servicios envueltos en alguna buena y sancta intención.

No neguéis pues, ésta a Cristo, vuestro Esposo y Señor, el cual con tanta eficacia y voluntad oró en el huerto a su eterno Padre por vos y todos los pecadores, que con la fuerza de su inmensa caridad vino a sudar gotas de sangre en grande abundancia antes que se ofreciese en holocausto tan cumplido en el árbol de la cruz, para dar a entender que la verdadera religiosa que viene a servirle, primero tiene de echar de su corazón la propia voluntad que trae del mundo que se ofrezca en sacrificio y holocausto, porque de otra suerte no será agradable ni acepto en sus divinos ojos.

### Profesión decimaoctava

**D**E ley natural es que lo que se promete se cumpla, y así, en confirmación desto hay una ley en el derecho que dice: *Omne promissum est debitum*: Todo lo que se promete es cosa debida, siendo justo lo que se prometió. De aquí se saca, hermana, que lo que agora habéis de prometer es de tanta fuerza que si dejádes de cumplirlo sería como si hurtádes lo ajeno: ya veis el pecado e infamia que en esto se comete. Pues no es menor en la que incurriréis cuando quebrantáredes lo que hubiéredes prometido, lo cual por ninguna cosa debéis hacer, y aunque os sea muy costosa y cara.

La sagrada Escritura nos confirma esta doctrina con aquella famosa historia del capitán Jepté, la cual cuenta en el libro de los *Jueces*: que yendo a una guerra muy dudosa y de gran peligro contra el rey de los amonitas, prometió a Dios que si le daba victoria de sus enemigos le sacrificaría la primera cosa que de su casa viese cuando volviese a ella. Alcanzada la victoria y volviendo a su casa, salió con grande alegría y regocijo a recibirle una hija que tenía y a darle el parabién de la grande victoria que había alcanzado; mas como el padre la viese, con entrañable sentimiento y excesivo dolor comenzó a rasgar sus vestiduras y, traspasado su corazón de tan crecida congoja como la que Abraham llevaba cuando iba a sacrificar a su amantísimo hijo Isaac, dijo: *Apervi os meum ad Dominum et aliud facere non potero*: Prometido tengo a Dios, hija mía, de hacer de ti sacrificio, por haber sido tú la primera cosa que he visto de mi casa, y en ninguna manera lo puedo dejar de cumplir y aunque me sea tan costoso y caro por merecerlo tú y no tener otra sucesión sino a ti. *Apervi os meum ad Dominum*: Prometilo a Dios, hija mía.

Como por mandado de José, gobernador de Egipto, fuesen miradas las talegas de trigo que los hijos del patriarca Jacob llevaban, para ver en cuál dellas iban los dineros y la taza de plata que José había mandado echar, y todo ello fuese hallado en las talegas de Benjamín, inocente de aquel hecho, y Judas su hermano por este caso le viese condenado a quedar por siervo y esclavo de José, de ninguna cosa tanto se dolía como de ver que faltaba a su padre Jacob lo que le había prometido; y así, tornando a José, dijo: «Señor, no queriendo dar mi padre a este muchacho para que viniese con nosotros, recibéndole yo debajo de mi protección y encargándome dél, *Spopondi dicens, nisi reduxero eum, peccati*

*reus ero in patrem meum omni tempore*: Prendada dejé, señor, mi fe y palabra de que cuando no volviese el mozo Benjamín, tan amado de mi padre, que siempre dél fuese tenido y condenado por malo y fermentado. Por tanto, no permitáis, señor, que falte a mi prometimiento; antes tened por bien que yo quede en su lugar para perpetuamente serviros por esclavo que el mozo deje de volver a los ojos de mi padre, para que así entienda en cuánto estimo cumplirle la palabra.

No sólo por las cosas tan lícitas muestra la sancta Escripura deberse guardar la palabra, sino también por otras que no son tanto, como se vido cuando el mismo Judas pecó con su nuera Tamar pensando que era otra (con la cual después se casó): que habiéndola prometido de dar un cabrito que ella le pidió, se le envió en llegando a su ganado, y como no fuese después hallada por todo aquel campo donde quedó y se le volviese el cabrito, dijo Judas: «No me podrá, por cierto, argüir aquella mujer de mentiroso, pues en cumplimiento de lo que le prometí se le envié luego».

Es de tanta fuerza el prometimiento, que se echa muy bien de ver en lo que pasa en las escripturas y donaciones que se hacen entre vivos, las cuales, por ser hechas de su libre y graciosa voluntad de los que las hacen, son irrevocables. Esto mismo hacéis vos, hermana en este día: de vuestra gracia y voluntad venistes a esta religión; de vuestra voluntad y no siendo constreñida me pedís os dé la profesión que decís tenéis tan deseada por lo que en el año de la aprobación habéis mostrado y hecho; de vuestra voluntad queréis votar y prometer a Dios el servirle en la observancia y guarda de la regla de nuestra sancta Patrona. Ya veis, hermana, a quién lo prometéis, que es a Dios, que tan bien sabe cómo se le guarda la palabra que se le ha dado; y que si Judas tenía por menor mal el quedar por esclavo de José que faltar a su padre Jacob la palabra que le dejaba prometida, que con mayor razón os debéis vos ofrecer a lo mismo, pues lo hacéis por Dios, que es de infinito merecimiento, y quedáis segura que por cumplirle la palabra no quedaréis captiva, como Judas había que quedar, sino que antes quedaréis más libre que nunca, porque la verdadera libertad consiste en el servir y obedecer fielmente a Dios y en lo contrario al triste captiverio: no en poder del sancto José, sino en poder de Satanás.

De la suerte, hermana, que habéis de cumplir a Dios la palabra ha de ser haciendo como el capitán Jepté, que aquella sola hija que tenía, tan amada, se la sacrificó por cumplirle lo que le había prometido. Ansí, habéis vos de sacrificar a Dios vuestras propias pasiones para cumplir vuestro prometimiento. Si vuestro cuerpo apeteciere los deleites y contentos del mundo y rehusare los ayunos y disciplinas y las demás penitencias y asperezas de vida, decid con Jepté: *Apervi os meum ad Dominum*, «¡Oh, que tengo prometido a Dios de abrazar por su amor las fatigas y trabajos desta vida!»; si se inclinare a la ambición y pretensiones de la tierra, responded: *Apervi os meum*, «¡Oh, que tengo prometido de amar la humildad y menosprecio del mundo!»; si queriendo hacer su voluntad contradijere al mandato de vuestra prelada, decid: *Apervi os meum*, «¡Oh, que he prometido la sancta obediencia para nunca regirme por mi parecer!».

Mostrando en estas cosas el pecho y valor del capitán Jepté cumpliréis, hermana, sin mácula ninguna lo que a Dios hubiéredes prometido.

A la diosa de la fe o de la palabra pintaban los antiguos cubierta con un velo tan blanco que con una sola mota quedaba maculada, para significar con esto que la palabra no ha de faltar, aun en cosas de poco momento, a cualquiera que se prometiere, so pena de quedar

manchado y sucio el que la quiebra, cosa que mucho se debe evitar. Del animal llamado armiño escriben los naturales que por su hermosa y blanca piel ponen gran diligencia los cazadores para cogerle; y como esto sea dificultoso por su gran velocidad y ligereza, le enlodan el vivar, y cuando viene huyendo, acosado y cansado, a entrarse por él, viéndole así enlodado, por no ensuciar su blanca piel se agarba y encoge junto al vivar, donde tiene por mejor recibir la muerte que verse feo y sucio probando de entrar en su cuevecica; de manera que este animalico estima en menos la muerte que verse sucio y manchado. Esto mesmo habéis vos de hacer, hermana, para conservar la blancura y hermosura de vuestra alma, teniendo por mejor el padecer mil muertes que verla manchada y sucia con un quebrantamiento de lo prometido; porque de una vez manchada queda fea y abominable en los ojos de Dios.

Para no venir a esto, hermana, habéis de despediros de los breves y falsos contentos del mundo y morir a él enterrándoos en la religión, viviendo en ella sepultada al mundo. Esto es lo que san Pablo decía a los de Corinto: «Seamos como muertos siendo vivos»: *Quasi morientes et ecce vivimus*. Estando para morir un hombre, hace su testamento y nombra albaceas; acercándose a la muerte pierde el calor natural y uso de los sentidos, de manera que ni oye ni ve ni habla hasta que muere, que del todo pierde el movimiento, de suerte que para ser movido ha de ser por otro y no por sí en tanto que le envuelven y amortajan y finalmente le sepultan. Desta mesma manera se ha de haber la que entra en la religión, hermana, porque primero ha de hacer su testamento encomendando su alma a Dios y el cuerpo a los trabajos y fatigas del mundo, mandando a sus prelados la mejor y más preciosa joya que poseía, que es su libertad, de la cual ha de quedar tan desapropiada y libre como si nunca hubiese sido suya ni le perteneciese el uso della. Y luego habéis de perder el calor natural, quiero decir que habéis de perder el amor del mundo: porque ni habéis de ver ni hablar cosa que impida el amor y servicio de Dios, no habéis de tener ojos para mirar cosas que puedan inquietar vuestra alma y dañar vuestro corazón, ni oír cosas que sean en perjuicio de vuestros próximos ni tengan resabio de vanidad, ni hablar palabra que no sea para bendecir y glorificar a Dios y para usar de caridad con vuestras hermanas, consolándolas en sus angustias y tribulaciones y exhortándolas al amor y servicio de Dios.

Hecha esta profesión habéis de quedar del todo muerta al mundo. El muerto si le pisan la boca no se queja, y si le dicen oprobrios no responde ni da muestra ninguna de ser dellos ofendido: a todo calla y todo lo sufre. Así lo habéis de hacer vos, hermana: esta misma paciencia habéis de tener, y ya no os habéis de mover por vuestra voluntad, sino por la de vuestra prelada; este hábito os ha de servir de mortaja y en esta religión y monasterio habéis de quedar escondida y enterrada entre cuatro paredes como en vuestra propia sepultura. Y viviendo desta manera estáis muerta y viva, como san Pablo deseaba que los de Corintio estuviesen y todos los seguidores de Cristo.

Entonces morimos al mundo y al cuerpo cuando nuestra alma, gobernada por el Espíritu Sancto, como que no hubiese cuerpo, atajados los pasos del apetito sensitivo, entra con la guía de la razón en el camino de la alta contemplación y divino amor y como águila real levantada del nido se alza al cielo penetrando los altísimos secretos. Y no va adonde quiere el cuerpo, mas él va donde ella quiere. Esto quiso significar Cristo, nuestro Redemptor y Señor, cuando mandó a aquel paralítico que sanó: *Tolle gravatum tuum et ambula*: Levántate del lecho y tómalo a cuestras y vete a tu casa. Por el paralítico se entiende el alma



enferma y por el lecho el cuerpo, y así, como donde iba el lecho allá iba el paralítico, así donde va la carne allá va el alma del triste pecador que yace paralítico en el cuerpo. Mas, recobrada la salud del alma, levántase en contemplación y va con el pensamiento su casa, que es la gloria, meditando los divinos y altos misterios, y ya no es gobernada por el cuerpo, mas el cuerpo por ella. Así como la vela si la apagan vive sin consumirse, y no la apagando ella misma viviendo se consume, de manera que su vida es su muerte, así vos, hermana, si os apagáredes y muriéredes al mundo viviréis sin consumiros, y si viniéredes a él, viviendo os estaréis consumiendo y muriendo, y la vida del cuerpo será muerte del alma.

Muy justo es, hermana, que siempre traigáis a la memoria el beneficio que en este día recibís de Dios, tan grande y manifiesto para la salvación de vuestra alma, para que viéndooos Dios agradecida siempre os haga muchas mercedes. En la salida de los hijos de Israel de Egipto mató Dios los primogénitos de los egipcios y libró los hijos de su regalado pueblo, y por memoria y recuerdo desta merced que Dios les hizo les mandó que a los cuarenta días del nacimiento de los primogénitos los llevasen al templo y los presentasen a Dios y le diesen por cada uno dellos cierta ofrenda, para que con esto se mostrasen gratos a tan grande beneficio y la memoria dél no se fuese gastando con el olvido. Quiere Dios que no seamos desconocidas y que traigamos esculpidos en la memoria los beneficios que recibimos de su mano y procuremos servirselos.

En acabando de engerir una púa en un árbol la atan y cubren con lodo y trapos hasta que prenda, porque a los principios cualquiera injuria del cielo le hace mal y estorba que no prenda; así, con esta misma diligencia se ha de guardar la persona recién salida y cortada del mundo y engerida en el fructífero árbol de la sagrada religión, para que, así, mejor cumpla con sus obligaciones; porque el mucho riso, la habla demasiada y superflua o otro cualquiera inconveniente impide a la nueva religiosa por lo menos el allegarse a Dios perfectamente. Con esta misma diligencia habéis vos de guardaros, pues sois recién cortada del mundo y engerida en el tronco de la santa religión, porque cualesquiera faltas impiden que no prendáis en ella perfectamente. Y porque os habéis de cortar en este sancto tronco con los votos que habéis de hacer, os cubren de hábito y de viles ornamentos y de el velo negro, como de luto que habéis de traer por vos mesma, pues quedáis ya muerta al mundo. Por tanto, tened cuidado de lo que os cumple y memoria deste día, y no os olvidéis de la muerte y de la vileza del barro de que estáis formada y de que habéis de ser cubierta de polvo y ceniza, para que con estas consideraciones permanezcáis tan firmemente atada y arraigada en la religión con tan profundas raíces que con grande perfección perseveréis en ella hasta el fin de la vida.

### Profesión decimanona

**E**L estado de la religión dice sancto Tomás que de tres maneras puede considerarse: o según que es un ejercicio para caminar tras la perfección de la caridad, o según que en él se quieta el corazón del hombre contra los cuidados de las cosas exteriores de este mundo, o según que es un sacrificio por el cual uno totalmente se ofrece con todas sus cosas a Dios.

Y destas tres cosas se compone el estado de la religión. Quanto a lo primero, que es ser ejercicio que camina tras la perfección de la caridad, se requiere que el que hubiere de vivir religiosamente aparte de sí todo lo que le pudiere ser estorbo de conseguir la tal perfección; y son tres cosas: la una es la codicia de haciendas y bienes temporales, y ésta se corta con los filos acerados de la voluntaria pobreza, con solemne voto prometida. La otra es la concupiscencia de la sensualidad, en lo tocante al pecado sensual, y ésta se corta con el voto de la castidad perpetua. La tercera es la desorden de la voluntad, que quiere gozar de la libertad con soltura, y ésta se reforma por el voto de la obediencia. Veis aquí, hermana, cómo Dios alumbró a su Iglesia para saber quitar los estorbos de la perfección.

Mas quanto a lo segundo, de la inquietud en que ponen al alma los cuidados exteriores de este mundo (de los cuales cuidados dijo san Pablo que quisiera que vivieran todos tan libres como él vivía), hay otras tres cosas que se le atraviesan a la religiosa, tirando della para el siglo: la una es el gobierno de las haciendas, y contra ese impedimento es el voto de la pobreza, que como corta el deseo de riquezas ha de cortar también el cuidado dellas. Contra el cuidado del marido y de los hijos se remedia la religiosa con el voto de la castidad, y porque la vida seglar goza de libertad con que cada uno hace lo que quiere y a veces no debidamente, quítale este estorbo con el voto de la obediencia, por el cual la religiosa protesta de hacer todas las cosas por la voluntad de su prelada. La tercera manera de caminar a Dios es ofreciéndosele la religiosa en un sacrificio llamado holocausto, que quiere decir *todo quemado y consumido del fuego*, porque, sacadas las tripas al animal, le quemaban<sup>100</sup> entero y así le ofrecían a Dios; y así, la religiosa se ofrece totalmente a Dios con tres linajes de bienes que tiene, mediante los tres votos de su religión.

Los bienes son: alma, cuerpo y bienes de fortuna, cuales son las riquezas deste mundo. Y da su alma a Dios por el voto de la obediencia, en lo cual queda privada de su libertad y voluntad, no queriendo más de lo que su prelada le ordenare y mandare. Da el cuerpo la religiosa a Dios mediante el voto de la castidad: porque como el acto de la voluntad es el que en más se estima entre los del alma, así entre los del cuerpo el de la castidad, con que es refrenado el sensual apetito, es tenido en más que otro ninguno, hasta decir dél la Sabiduría de Dios que no hay condigna recompensa ni trueco por la virtud de la continencia y castidad. Los bienes exteriores de las riquezas se ofrecen a Dios mediante el voto de la pobreza, no queriendo la religiosa más riquezas de al mismo Dios. Y la que así se despoja de sí y de sus bienes entregándose a Dios por estos tres votos de religión, hace de sí un linaje de maravilloso sacrificio, que se puede llamar holocausto, y por él la recibe Dios por muy de las de su casa y por esposa, y para esto la pone en tan grande estado como aquéste.

Mas debéis advertir, hermana, cuán llena sea de verdad aquella sentencia y documento que el apóstol san Pablo dijo escribiendo a Timoteo: *Omnes qui pie vivere volunt in Christo Iesu persecutiones patientur*, que: Todos aquellos que quieren vivir en el Señor padecerán persecuciones. Nunca con mayor crueldad persiguió Faraón al pueblo de Dios que cuando le vido ir y caminar para la Tierra Sancta y prometida. Entonces públicamente juntó grande ejército y aparejó sus carros, concertó sus escuadrones, para perseguir y matar a cuantos allí iban, aunque todo el mal llovió sobre el mismo Faraón y su gente. Entretanto que el patriarca Jacob estuvo en la tierra y compañía de Labán su suegro, aunque Labán

100.- Orig.: 'quemean' (194r).

le era engañoso y falso, siempre le entretetuvo con blandas y halagüeñas palabras; mas de que vido Labán que el buen Jacob se iba y le dejaba para nunca más dar lugar a sus mentiras y falsedades, con grande ira y rabia fue tras el varón sancto con intención de le hacer todo mal, si en el camino Dios no se lo impidiera, que guardó a su siervo Jacob.

De la misma manera sucedió al glorioso padre San Francisco cuando tan de veras dejó y menospreció el mundo y todas sus cosas, porque entonces padeció muy grandes persecuciones, no hechas ni cometidas por alguno de sus hermanos, como el justo Abel y José, sino hechas por su propio padre: porque luego que vido al varón de Dios, Francisco, que daba de mano al engañoso mundo y a sus deleites por ofrecerse a Dios en holocausto, olvidándose el padre del amor paternal que a hijo tan bueno debía, le asió y baldonó con palabras malamente, y le metió en una cárcel y allí le aherrojó con gran crueldad, llevándolo todo el varón sancto con mucha paciencia y alabando al Señor, consolándose con aquellas palabras de David: «Mi padre y mi madre me dejaron y desampararon, y el Señor me recibió».

Por el mismo caso que os habéis declarado, hermana, por verdadera sierva de Cristo y recibido su librea tomando el estado que tomáis para mejor servirle, os habéis declarado por enemiga del mundo y de todas sus cosas, para siempre menospreciarlas y aborrecerlas, y así, como a tal tiene el mundo de perseguiros y haceros guerra por todas las vías y maneras posibles, procurándoos quitar el contento, la honra, la esperanza y todo cuanto bien pudiere.

No porque seáis fatigada, hermana, de tentaciones y perseguida del mundo, habéis por ello de desmayar ni dejar de seguir vuestro primer intento, considerando que venistes a sufrir por Dios todas las cosas adversas que en esta vida os pueden suceder; porque el que entra en la batalla corporal no espera deleitarse ni tener holganza en ella, sino un vehemente trabajo, crueles heridas y peligros de muerte a cada hora. Pues nadie piense que en la batalla espiritual no ha de hallar contradicción ni que el premio que por ella pretende, tan crecido, le ha de alcanzar sin trabajos; antes, por ser tan grandes los que se han de ofrecer, previniendo el *Eclesiástico* a los conquistadores, dice: «Hijo, si te allegas al servicio de Dios está en justicia y temor, y apareja tu ánima a la tentación y apremia tu corazón y sufre», y en los *Actos de los Apóstoles* está escrito que por muchas tentaciones nos conviene entrar en el reino de Dios; y por lo que aquí parece, debemos entender que la contradicción y tribulación es carrera para el reino de los cielos y que el que se escusa de andarla no tiene voluntad de ir a gozar de aquel reino bienaventurado.

El evangelista san Lucas dice: «Convenía que padeciese Cristo y que, así, entrase en su gloria», como si dijese que no había carrera que más conveniente fuese; y por esto dice san Pablo a su discípulo Timoteo: *Non coronabitur nisi qui legitime certaverit*. Después que Cristo recibió el bautismo y aquel gran favor y honor de su eterno Padre de abrirle los cielos y decirle *Hic est filius meus dilectus, in quo mihi bene complacevi*,<sup>101</sup> lo que vemos que redundó fue lo que en el Evangelio se sigue: *Tunc ductus est Iesus a spiritu in desertum, ut tentaretur a diabolo*, para dar a entender al cristiano que si Cristo, después de haber recibido aquel favor de su eterno Padre, luego fue entregado a la penitencia, a las tentaciones y trabajos, que no ha de sucederle menos al que se dispusiere a servir a Dios en vida más perfecta de la que tenía, y que cuanto más a Dios se allegare tantas más batallas ha de encontrar y vencer.

101.- Orig.: 'complacui' (195v).

Queriendo Tobías enviar a su hijo a Ragues a cobrar unos dineros que había prestado a un deudo suyo, lo primero que apercibió a su hijo fue que buscarse algún varón fiel que le acompañase y supiese bien el camino, porque le pareció gran trabajo enviar a su hijo solo por el camino que no sabía. Salido el hijo a la plaza, halló al ángel san Rafael en traje de caminante, y, diciéndole que él sabía muy bien el camino y le acompañaría, se alegró mucho Tobías por haber topado tan buena guía. De manera que para caminar es grande alivio saber por dónde tenemos de ir. ¿Queréis, hermana, caminar para el cielo? Buscad buena y fiel compañía. El ángel san Rafael, nuestro redemptor, está en medio de la plaza para no negarse a nadie que quisiere caminar para el cielo; mas habéis de imitar sus obras y consejos; que si dijere que hagáis rostro al pez de las adversidades y que, como Tobías, obedezcáis y seáis animosa y confiada de la victoria, lo hagáis. Y por este camino caminaréis a la celestial Jerusalén con seguridad de que con tal compañía como la de Cristo no se podrá errar, pues Él es camino, verdad y vida.

Habéis, hermana, de huir como del fuego de cometer las pequeñas culpas, porque éstas son el camino para hacer otras mayores hasta venir a cometer muy grandes males. Porque nunca el Demonio persuade un pecado para que, hecho aquél, se quede a solas, sino con aquél dispone al pecador para que pierda el empacho y temor a Dios y haga otros mayores. Es como el oso: que para gozar de la miel de una colmena ahoga primero las abejas metiéndola en el agua. Para hacer a uno hereje el Demonio, usa de lo mismo, quitándole primero el ser honesto en sus palabras y después el recato y castidad, la caridad y las demás virtudes. No quiso el Demonio otra cosa de Dina sino que se apartase de sus hermanos y padres, porque, aunque su intención no fue mala, con sólo verla tomar esta libertad la trujo a perder su honestidad y a ser causa de la destrucción de la ciudad de Siquem. De Judas no quiso más de verle salir de su encerramiento para ponerle delante a Tamar, con quien ofendiese a Dios pensando era alguna mujer mundana. A David trujo a que amase a Bersabé luego que matase a su marido Urías. A Faraón, a que se olvidase de José y de los beneficios que dél recibió, y luego hizo captivos a los hijos de Israel, después les dio tarea y hizo otros muchos males, hasta venir a matarles los hijos.

Y entended, hermana, que así como el mal entra poco a poco, así la caridad y todas las demás virtudes no entran de rondón, sino también poco a poco, y esto es aquello que dice la sancta Escritura: «Manda, remanda, specta, respecta». Como niños, una letra hoy y otra después, hoy un poco de pan y mañana el sayo, *Hoc est illud, fructum offerunt in patientia*: curso y paciencia es menester para fructificar. Para que una planta se haga grande y lleve buen fruto es menester que se arraigue el pimpollo en la tierra, que brote, que se escarde, que haya paciencia hasta que venga a llevar fruto. *Sic iustus ut palma florebit*: ver cuán poco a poco sale la palma, cuán poco a poco cría. Todo va por sus grados, el mal y el bien; y así, hermana, si caminarédes por el mal (lo que Dios no permita), debéis atajarlo luego a los principios; y si por el bien (que a eso venís la religión), tener paciencia y estimar en mucho la merced que Dios os hace en que siempre os vais mejorando, aunque sea poco a poco.

Agora levantad los ojos a Dios y decid: «Píadosísimo Jesús, apiádate desta miserable pecadora. Indigna soy de que la tierra me sustente, cuanto más de ser recibida en tu casa con tan honroso título de sierva y esposa tuya. Recíbeme por tu misericordia y por los méritos de tu sanctísima vida y pasión y por los ruegos de tu benditísima Madre y de to-

dos los Santos. Todas las maldades y culpas y negligencias de mi vida, que son innumerables y gravísimas, las arrojo en el fuego inmenso de tu amor y en el abismo infinito de tus misericordias, y las pongo en tus sacratísimas llagas para que sean consumidas y desechadas dándome penitencia y perdón dellas. Lávame, Señor, con tu sangre, pues una gota basta para salvar el mundo. Sáname de mis llagas, pues eres fuente de salud. Dame, Dios mío, temor de tus juicios y aborrecimiento grande de mis pecados. Dame, dulce Salvador mío, fortaleza para tomar venganza de mí por mis culpas y virtud para mortificar mis pasiones. Dame, Señor, que reciba de buena gana cualesquier penas y tribulaciones y desprecios en satisfacción de mis pecados. Dame que no solamente huya y tema los pecados graves, sino también los pequeños. Dame fuerza para perseverar haciendo penitencia todos los días de mi vida y para que, como fiel sierva, te cumpla lo que aquí te tengo de prometer».

### Profesión vigésima

**E**STA conveniencia y pacto que aquí se ha de hacer, hermana, en vuestra profesión, significa una cierta manera de feudo celebrada entre Dios y vos, por cuya fuerza y virtud Dios queda obligado y vos por el consiguiente: vos le habéis de prometer de guardar la regla de nuestra sancta Patrona bien y fielmente, como buena religiosa y verdadera sierva suya, y Dios da su palabra que en pago desto os dará el precioso jornal de la vida eterna. Echad de ver, hermana, cómo no se contenta el Señor con hacer os sencillas promesas de su gloria, sino que quiere que sea debajo de pacto de concierto y como hecha escriptura y dada firma y palabra, lo cual sin duda hace el Señor porque desea mucho engendrar en nosotros una firmísima confianza de sus promesas y que el hombre le conciba en lo interior de su alma por Dios fidelísimo y apuradísimo cumplidor de su palabra.

Tal concepto, por cierto, tenía dél el que decía, estando en la fuerza de sus trabajos: «Yo sé bien de quién me fio y cuán bien podrá guardar mi depósito». Por esta razón las veces que el Señor antiguamente hizo conciertos con los hombres gustó de autorizarlos con las mismas ceremonias que corrían en aquellos tiempos en los contratos que se hacían. Ansí, se allanó a pasar mano a mano con el patriarca Abraham en figura de fuego por medio de las aves y vacas despedazadas, el cual rito entonces amenazaba muerte y entrañas rompidas a cualquiera que de los contrayentes se saliese afuera de lo una vez capitulado; y así, hacer el Señor aquel paso y ceremonia, pasando la lámpara de fuego por medio de las aves sanas y los otros animales despedazados, fue certificarle de su parte de su infalible verdad y de la firmeza de su divina palabra, la cual jamás puede faltar, pues es palabra de Dios.

Ansí también en los conciertos que hizo con su pueblo sobre la data y recepción de su ley: Moisés, que hacía las veces de entrambos igualmente, roció con su sangre al pueblo y al altar del Señor en su nombre, significando en esto que ambos quedaban obligados a la guarda de sus palabras y ratificando con esta ceremonia el feudo que allí se celebraba, como aun lo notó el apóstol san Pablo en la carta que escribió a los hebreos. El hacer ley el Señor de pagar a los cavadores de su viña y concertarse con ellos todo fue buscar el piadoso Señor invenciones para poder ser deudor del hombre en alguna manera. Verdad es que, hablando en rigor, con propiedad no se puede ni aun decir que Dios sea deudor a su criatura; porque ¿quién (veamos) le dio a Él primero (como dijo el Apóstol) para obligarle

a su retribución?; pero quiere Él por su infinita misericordia hacer ley de justicia para deber lo que promete y hacerse deudor a su misma promesa y palabra. En efecto, hace ley y precio al cielo en este concierto para que las obras del hombre, que de su naturaleza no tienen valor mi momento, valgan por ley lo que por sí solas, faltando ella, no pudieron valer.

Quiere, pues, hermana, nuestro buen Dios que un suspiro, un gemido y un golpe de pechos, y un jarro de agua fría dado por su amor y cualquiera otra azadonada en su viña valga los cielos. Al fin, quiere que cuando el alma del justo se hallare con Él a las últimas cuentas le pueda libremente pedir sus alcances, debidos por deuda. Esto es lo que muy delicadamente significó el profeta Esaías cuando dijo a Dios: «Su justicia es la cinta que le ciñe y su fe y lealtad la pretina que le aprieta», sintiendo en este término que no son las obras del hombre las que por sí solas aprietan a Dios en juicio a que por rigor le dé el cielo, pero que quien le obliga, le aprieta y le ciñe esa deuda es su propia justicia y la fe y palabra<sup>102</sup> que Él dio de darle por ellas y la obligación que Él se tiene a sí mismo de siempre mantenerla y nunca faltar, so pena de no ser Dios.

Pues a sí mismo se debe Dios, hermana, a su verdad y palabra, el daros la gloria por la obediencia que tuviéredes a vuestras preladadas, por la clausura que guardáredes, por los ayunos que ayunáredes y penitencias que hiciéredes en cumplimiento de lo que aquí habéis de prometer, su palabra es quien le ciñe y su lealtad quien le aprieta. Y este es el derecho de vuestra justicia que habéis de tener contra vuestro Dios y el que Él os da contra sí concertándose con vos en la labor desta su viña y sagrada religión. Podríades decir: «¡Oh buen Dios, y cuán seguros recaudos tengo yo contra Vos siendo obrero de vuestra viña, pues os tengo atado y ceñido a la obligación de mi paga! Sin duda más derecho me dais contra Vos para el cielo en darme vuestra palabra del que yo me tuviera en el valor de mis obras, cuando ellas de suyo en rigor le valieran».

Así, presupuesta esta ley y convención hecha por el Señor, ya llama san Pablo confiadamente a su corona «corona de justicia», como quien por justicia la pide; y en otra parte dice así: «El Señor es mi depositario, que fielmente guardará mi depósito», significando por ese término cuán suya era la gloria que había ganado con Dios, pues ya, como propia hacienda que había pasado de manos de Dios a la suya y el haber sido entregado ya en ella, se la había ya vuelto a fiar y a dar en depósito. Grande fue la misericordia que Dios hizo haciendo ley de justicia con los hombres, pues sin ella, hermana, poco valieran todas nuestras obras para ganar el cielo. Y no digo yo las nuestras, que hacemos menudas y caídas, pero ni aun todas aquellas estremadas y valerosas que hicieron los Santos valieran para eso. Entended, hermana, que ni las sangres vertidas ni los pechos abiertos, atenazados a fuego, ni las cabezas degolladas, ni aun todo es junto, pudiera valer en justa balanza una onza de gloria. Pues, al fin, quien todo eso diera a Dios nada le diera, según aquello que dijo el santo Job: «Si justamente vivieres, ¿qué darás a Dios o qué recibirá de tu mano?». En este conocimiento pretendió el Señor poner a sus santos discípulos cuando les dijo por san Lucas: «Cuando hubiéredes hecho todas las cosas que os han sido mandadas, conoced que estando en lo que ellas son por sí solas aún no sois de provecho para merecer el cielo; y así, decid, ‘Siervos somos inútiles’». Es lo mismo que dijo el Apóstol en aquella su tan trillada y sabida sentencia: «No son condignas las pasiones de este tiempo para valer

102.- Orig.: ‘palabra’ (198r).

en rigor la gloria futura que será revelada en nosotros». Esto, pues, es lo que Dios hizo estableciendo ley de concierto en su viña: que dio valor a nuestras obras subiéndolas de punto sobre sí mismas, haciendo que valiesen por ley lo que por sí no valían.

Grandes cosas cuenta la Escritura sagrada de las hazañas que hacía el rey David. De él se dice que mataba osos, desquijaraba leones, desgarraba lobos y que hacía otras valerosas obras con mucho riesgo y ventura de su persona, las cuales todas, con serle tan costosas de peligros, le valieron poco; y después nos dice que por un hombre solo que mató de una pedrada y de lejos, sin venir a las manos con él hasta que ya estaba caído, ganó el título y derecho de la Infanta y de ser yerno del Rey. Pues ¿qué (veamos) dio valor a esta obra más que a las otras, para que tanto valiese? Sin duda no otra cosa si sola la ley que hizo Saúl obligándose de dar su hija por mujer al vencedor de Golías; y así, la obra que hecha sin ley no valiera tanto, hecha con ella y sobre concierto valió lo que digo.

Advertid, pues, hermanas, que de aquí adelante las obras y penitencias que hiciéredes en la religión en cumplimiento de lo que hubiéredes prometido serán de muy gran valor, mucho mayor que antes que os hubiérades obligado a las hacer, por estar puestas en ley. Y pues no menos que el cielo se os promete y se os deberá por ellas, justo es os deis mucha maña y diligencia a poner en obra vuestros prometimientos y votos para que tanto bien os sea concedido. Y tened por cierto que el premio prometido no lo habéis de sacar de las escasas manos del rey Saúl, que tan regatón estuvo con el buen David que tan bien le había servido, ni de las del engañoso Labán, que tanto rehusaba cumplir lo que a su yerno Jacob había prometido y concertado y él con tan excesivos trabajos había merecido, sino de las misericordiosas manos del clementísimo Dios, que con los brazos abiertos recibirá vuestra alma y, como tan magnificentísimo, la adornará de muchos grados de gloria para que siempre viva bienaventuradamente en las moradas celestiales.

Aconséjanos Esaías diciendo: «Aprended a hacer el bien que hiciéredes», y es como si dijese: «Antes que hagáis vuestras obras cristianas aprended con estudio y meditación la hechura que les habéis de dar para que os salgan aprovechadas, y entrad primero en sus ensayos que entréis en ellas». Esto es cierto: que no hay arte ni oficio ninguno el día de hoy, por humilde y bajo que sea, que primero no se aprenda con estudio que se ejercite. Todas las obras que los hombres hacen y se precian de las saber hacer se ensayan muchas veces en ellas y las aprenden con todo cuidado; y no solamente pasa esto así a la letra en los oficios que son de interés y algún provecho para la vida humana, pero aun en los ejercicios desinteresados y que sólo sirven de gala y ornamento al contento del hombre tampoco se hacen fiados de ventura ni menos que muy aprendidos: así se hace el esgrimir de la espada, el jugar de las cañas, el justar y otras muchas cosas; finalmente, solas aquellas cosas se hacen sin estudiarse y aprenderse que se tienen en menos que todas y que va poco o nada en que se acierten o yerren. Pues gran mal sería, por cierto, hermana, que no haya obra ni arte, ni oficio ni ejercicio, por bajo y desaprovechado que sea, que no le aprendan primero y se ensayen para saberle y ponerle en ejecución, si en la vida religiosa y obras virtuosas no se usase desta misma diligencia, haciéndolas sin aprenderlas ni estudiarlas.

De las obras que más os habéis de preciar son las de virtud; y destas interesáis tanto que no es menos el interés que la salvación de vuestra ánima, y así, para saberlas poner en ejecución es menester que las desprendáis y sepáis hacer. Esto podréis hacer, hermana, tomando en vuestra consideración la vida de Cristo Señor nuestro, aquel vivo dechado

de tan primas labores, para aprenderlas y sentarlas en vuestras costumbres, poniéndoos a pensar cómo sufriréis una injuria o un golpe en el rostro a su imitación, cómo os haréis ser desestimada y tenida por la criatura más vil y abatida que hay en la tierra, cómo perdonaréis las injurias que os fueren hechas, cómo daréis de mano a los contentos y pretensiones del mundo y gozaréis con quietud la vida que Dios os diere para emplearla en la altísima virtud de la caridad, en la oración y contemplación, en ayunos y disciplinas:<sup>103</sup> todo con tanto estudio y destreza que en ninguna destas obras divinas seáis hallada manca ni falta cuando saliereis a vista de los oficiales evangélicos. Con este estudio, hermana, haréis que vuestras obras no sean desabridas y sin sazón al gusto de Dios, sino llenas de aquella perfección y dulzura que Él desea.

Quejábase el Señor por Esaías diciendo: «Dulces uvas esperaba yo de mi viña, mas ella me ha hecho pago con darme labruscas», significando por esta comparación cuán desabridas y desazonadas a su gusto le damos nuestras obras, si algunas le damos, por no poner en ellas estudio. Labruscas no son verdaderas uvas, de las que dan vino, sino unas aparentes, desabridas y desazonadas, sin gusto ni sabor de las verdaderas uvas. Pues tales son las obras que damos a Dios: obras silvestres, montesinas y no cultivadas con el riego del estudio de la oración y meditación; que aunque tienen apariencia de obras evangélicas, no tienen el gusto dellas, y que, al fin, probadas de Él,<sup>104</sup> ni son ni le saben a lo que parecen, y esto es por no haberse ensayado la religiosa en la oración para acertarla a hacer. De la cual oración dice el divino Crisóstomo que es la raíz y el *vasis* de la vida aprovechada, un riego del alma que la medra, la engruesa y hace dar a Dios fruto de gran precio. De adonde es también lo que dice el Profeta del hombre que ora y tiene sus ensayos de meditación: que a esté tal todo cuanto hubiere le saldrá próspero y aprovechado.

Pues en este ejercicio de la oración habéis de deprender, hermana, a imitar las obras de Cristo y el hacerlas de manera que le sean de mucho agrado. Si a Jacob le fue dada la bendición de su padre Isaac, la cual no le pertenecía, por llevar las vestiduras de su hermano Esaú, creed, hermana, que por estar vos vestida de las vestiduras no de Esaú, profanas y preciosas, sino las de nuestra gloriosa Patrona, humildes y despreciadas, pobres y viles, y tanto que su color y precio no andan predicando otra cosa sino honestidad, penitencia y desprecio del mundo (cosas mucho más graves en los ojos de Dios que la estimada púrpura y subido brocado), que con esta pobre vestidura de su tan acepta Sierva y Madre nuestra sanctísima habéis de alcanzar del verdadero Isaac, Cristo Redemptor nuestro, su sanctísima bendición y gracia, no para ser mejorada en los bienes de la tierra, sino para gozar en el cielo del eterno mayorazgo de la gloria y bienaventuranza.

### Profesión vigesimaprima

**H**ARTO espacio habéis tenido, hermana, en el tiempo de vuestro noviciado para considerar la profesión que habéis de hacer y los votos que en ella habéis de prometer a Dios, todo lo cual dará mucho ser y valor a este sancto sacrificio que hoy habéis de hacer de vos misma.

103.- Orig.: 'dicipiinas' (200r).

104.- Orig.: 'dellos' (200v).



Cosa es digna de admiración ver que haga la sagrada Escritura tanto caudal de aquel sacrificio que Abraham hizo y que no estime tanto lo que Isaac allí obró dejándose poner sobre la leña y atar de su padre para que, así, le sacrificase. Y el misterio es porque Abraham, desde que Dios mandó que lo hiciese, todos aquellos días pensó en él y rumió sus ansias, y, con todo esto, iba con prompta voluntad por aquel largo camino ofreciéndolo a su divina Majestad; pero Isaac no sabía adónde iba, como parece en lo que preguntó a su padre yendo la cuesta arriba cargado de leña: «¿Adónde está, padre mío, el animal que ha de ser sacrificado?», y así, no sintió ningún trabajo sino al punto que le quería su padre sacrificar; por lo cual no se estimó en tanto como lo de Abraham, porque tuvo mucho espacio para padecer y para sentir en el alma lo que iba a hacer y para ofrecerlo muchas veces al Señor, por cuya obediencia lo hacía.

Ansí, hermana, entiendo yo que, por tener muy pensado y considerado el sacrificio que a Dios habéis de hacer de vos mesma, será a su Majestad muy acepto, como el de Abraham, pues entre tantos trabajos como en vuestro noviciado habéis pasado nunca habéis vuelto paso atrás de vuestro sancto intento; por tanto, procurad con toda la diligencia de llevarle siempre adelante y perseverar en lo comenzado hasta la muerte. Si Cristo, nuestro reparador, en su propia persona y por sus divinos labios hablara agora con nosotros y pronunciara aquella palabra: «Id, malditos, al fuego perdurable» y juntamente dijera éstas: «El que perseverare hasta el fin, éste será salvo», sin duda ninguna nos habían de espantar más éstas que no aquéllas; porque aquéllas, «Id, malditos», etc., las ha de decir a los pecadores, a los adúlteros, a los homicidas, a los soberbios y a otros malos y perversos de esta suerte; pero éstas dícelas a los justos, a los cuales no aprovecha vivir bien si en él no perseveran hasta el fin. Por tanto, ¡oh sierva de Dios!, considerad que no alcanzaréis la vida eterna si no perseveráredes en la virtud hasta el fin. Por lo cual, mayor espanto os han de poner aquellas palabras de la perseverancia que éstas de la condenación de los malos.

Aquella estatua que vio Nabucodonosor tenía la cabeza de oro, los pechos de plata, el vientre de metal, las piernas de hierro y la extremidad de los pies era de lodo, de suerte que cuanto más iba para abajo tanto más iba empeorando: comenzó en oro y acabó en lodo. En esto se significó que muchos comienzan a servir a Dios con mucha perfección y hervor, y poco a poco se van relajando: comienzan en bien y acaban en mal. Por esto conviene, hermana, que por ninguna vía deis entrada a la menor relajación del mundo para perseverar en el bien, con la cual perseverancia se engendran los buenos hábitos y se hacen fáciles las virtudes. Los salmones que se engendran en el agua salada del mar, después que entran en el agua dulce se deleitan tanto en ella que se vienen a quedar allí hasta la muerte. Esto mismo acaece a las sabias y prudentes doncellas: que aunque nacieron y se criaron en las amarguras del mundo, después que gustaron de la dulzura y suavidad de la religión, agradadas más della, se determinaron a perseverar en ella hasta la muerte, obligándose a los votos de obediencia, pobreza, castidad y clausura, porque obran por hábito engendrado en sus almas, obrando al modo de la naturaleza, que nunca cesa en sus operaciones: siempre el fuego quema y alumbra y el Sol siempre produce su resplandor, porque el hábito es como engendrador y las obras son como los hijos de aquel engendrador. De manera que del hábito de la virtud, adquirido de la costumbre, nace el obrar con deleite y con diligencia, y así, del varón justo dice el sabio Salomón en los *Proverbios* que se goza en hacer lo que es justo y bueno.

Los esposos temporales hacen mucho caso de la hermosura corporal de sus esposas, pero el Esposo celestial, Jesucristo, no le hace sino de la hermosura espiritual de su esposa, y ningún caso de la corporal. De la cual dice el Espíritu Sancto en los *Proverbios* que es engañadora, y así, dijo Teofrasto de la hermosura que es un engañador callado y mundo, porque sin hablar está engañando y embaucando los corazones. De la onza se dice que es un animal hermoso y apacible a la vista, con la cual atrae a sí muchos animales, y, después de llegados a ella, los mata a bocados. Mucho más cruel es la hermosura corporal de la criatura racional, que mata las almas de los prójimos y es ocasión de que muera la misma alma que la posee. Atrae a sí, como la onza, los ojos de muchos, a los cuales después deja perdidos y destruidos, por lo cual justamente se llama engañadora y vana; y harto vana, pues con una calentura se deshace, y si a la mañana está fresca y lustrosa a la tarde se marchita y cae por tierra; y así como la hermosura corporal suele ser perjudicada del calor del sol, porque hace que nazcan en la cara unas pecas que afean mucho rostro de las doncellas, así el calor del sol de la prosperidad mundana hace que nazcan en el alma unas afecciones desordenadas que la lastiman y afean mucho.

Las pecas corporales se suelen quitar con mucha dificultad, y las afecciones carnales enclávanse tanto en el corazón humano que se vienen a quitar con mucha mayor<sup>105</sup> dificultad. ¿Quién podrá arrancar un ardiente amor de un corazón apasionado? Más fácilmente se arrancará el alma del cuerpo que se arrancará el hombre carnal de su depravada costumbre. ¡Oh, qué peca tan fija y asentada en las entrañas es una ambición de mandar? ¿Quién la podrá arrancar de donde hizo asiento? Lo mismo se ha de decir de la envidia, del aborrecimiento y de otras semejantes pasiones, que son unas pecas que si una vez se asientan en el corazón tarde o nunca se arrancan dél. De los que dellas carecen afirma David que son dichosos, diciendo: «Bienaventurados los que caminando por un camino tan sucio como es el de este mundo no se manchan y quedan sin mácula»; pero son muy pocos los que se libran deste mal.

Y por que no nazcan en la haz de vuestra alma, hermana, estas pecas y señales tan feas, se os porná hoy un velo en la cara para significar que estáis obligada a huir todas las ocasiones que pueden dañar la hermosura de vuestra alma. También, hermana, os cubrirán hoy con este velo, así como a los retablos nuevamente asentados en la iglesia los suelen cubrir con guardapolvo y a las perfectas imágenes con velo, para que así quedéis señalada por esposa de Jesucristo y, como un retablo nuevamente asentado en la sagrada religión, para que, con el velo, sus ricas pinturas conserven sus lustres y colores y para que las gracias y dones que el Espíritu Sancto dibujare en vuestra alma en esta vuestra profesión no se puedan macular ni manchar. Por esto, hermana, os cubren con velo negro, el cual significa la perfecta humildad que interiormente habéis de tener, porque la humildad asienta muy bien en el alma limpia y casta de la virgen.

Cuando más gana la doncella desposada que tiene suegro y suegra ricos, rencillosos y mal acondicionados, es cuando se pone luto y tocas negras por ellos, porque queda ya libre de sus molestias y enfados y queda rica y llena de hacienda y señorío. El mundo, hermana, es el suegro y la carne la suegra, que son muy pesados y molestos para la pobre de vuestra alma, y hasta que éstos mueran en vuestro corazón no se verá ella libre y señora. Mas

105.- Orig.: 'moyor' (202v).

cuando ellos murieren desta suerte y pusiéredes luto por ellos, entonces quedaréis libre, rica y bienaventurada. Hoy, pues, hermana, os ponéis el luto y os cubren de velo negro por la muerte y obsequias del mundo, con sus pompas y vanidades, y por la muerte de la carne, con sus halagos y deleites: muertos y sepultados estos dos suegros enfadosos, vos quedaréis rica y señora, y con una admirable paz y quietud gozaréis de vuestro divino Esposo.

Refiere Quintiliano que cuando el cruel Nero, por la muerte de su madre, heredó el Imperio, se vistió de luto, y viéndole así un familiar suyo muy decidor, hízose como embajador y, dándole la embajada, le dijo: «Los reinos de Italia y de toda Francia te suplican, ¡oh, Emperador!, que tengas esfuerzo para sufrir tan gran bienaventuranza de herencias como te han venido con ese luto que traes por la muerte de tu madre». Esto mismo se puede decir a vos, hermana, viéndoos cubierta de luto por la muerte del mundo y de la carne: que cobréis ánimo para gozar de los grandes imperios que ganáis con este luto; pero advertid que en el *Levítico* mandaba Dios que el sacrificio se hiciese dentro de la ciudad, en lo interior del templo, y que la ceniza se echase fuera, en lo cual significó que lo exterior ha de ser muestra de lo interior. Viendo las cenizas fuera en el campo, por ellas entendían que ya estaba hecho el sacrificio y que los animales eran ya muertos y quemados. Así, quiso nuestra sancta Fundadora que el hábito exterior defuera fuese de color de ceniza y el velo negro de la religión para que fuese señal que la animalidad y sensualidad que dentro está es ya sacrificada a Dios y consumida y quemada con el fuego del divino amor. Donde se infiere que si el mal religioso o religiosa no ha quemado su sensualidad, antes la tiene viva con bríos y pasiones y afecciones desordenadas, es un engañador del mundo y mucho más de sí mismo, y lo verná a pagar con eternos tormentos. Por tanto, hermana, amad la mortificación y penitencia, la humildad y caridad, con las cuales virtudes venceréis a vuestros enemigos y alcanzaréis de Dios su gracia, etc.

### Profesión vigesimasecunda

**L**A que ha sido escogida para esposa del gran Rey Jesucristo conviene que quite de sí todo lo que contradice a este tan alto estado como ha de profesar, de suerte que ha de ser otra de la que antes era. Hase de imponer en vida nueva, pensamientos nuevos, palabras nuevas, obras nuevas: todo le pertenece nuevo. Suelen los cazadores, a los azores y gavilanes que tienen a su cuenta para cazar aves preciosas, taparles los ojos por que no vean las aves viles y se arrojen a ellas y se ceben en ellas y después no quieren seguir las aves de más precio. Así, conviene que la esposa de tan gran Rey cierre los ojos a todas las cosas del mundo, que son viles y bajas, y le diga con cordial afecto: «Apartad, Señor, mis ojos por que no me abalance a estas niñerías del mundo y quede satisfecha con la baja tierra, pues fui criada para el alto cielo. Quitad, Señor, de mí el amor del siglo, para que mi afición se emplee toda en Vos y corra a Vos con toda ligereza y velocidad».

El amor es el peso del ánima, como dijo san Agustín. Así como el peso tira por la piedra y la lleva al centro, así el amor tira por el alma y la lleva con maravilloso ímpetu a su centro, que es Dios. Considerad un gran peñasco cortado de la cumbre de un alto monte, ¡con qué ligereza y ímpetu va rodando por la ladera del monte abajo! ¡Qué estruendo lleva consigo! ¡Cómo va quebrando árboles, derribando paredes, deshaciendo todos los estor-

bos y embarazos que le pueden impedir aquella bajada y, haciendo mil estragos en todo cuanto halla delante, no para hasta llegar a lo bajo, donde descansa y reposa! Verdaderamente esta es una de las más propias comparaciones que se pueden poner del amor y del alma que fielmente ama: que como un peñasco es traído de su mismo peso, así el alma es traída de su dulce amor y va quebrando y deshaciendo todas las dificultades que le pueden embarazar de llegar a Dios.

Con este amor y peso se sentía David cuando decía: «Los negocios del reino, las vanidades y pompas, los desasosiegos y contiendas, los regalos y contentos y todo lo que traen consigo los grandes estados, muros son que embarazan este camino del alma»; pero el sancto Rey todos esos muros saltaba con el favor y amor de Dios. A una peña cuando cae, ¿quién bastará a detenerla? A un alma sancta ¿qué le será estorbo para ir a Dios? Nada es parte para detenerla ni estorbárselo. ¡Oh, y si dijédeses, hermana, con David: En ti, Señor, con tu ayuda y favor, con tu gracia, con tus promesas, no confiada en mis flacas fuerzas, venceré las tentaciones<sup>106</sup> y saltaré por todos los muros para llegar a ti!»! Poned, hermana, los ojos en las cosas a que más aficionada estáis, si en el juego, en el interese y cobdicia, en la conversación, en el regalo y deleite, en la amistad, y tened por cierto que todos son muros que os embarazan y impiden la corrida para Dios. Saltad, pues, con su divino favor, por cima de todos estos muros dando de mano a sus halagos y engañosas razones. Mas ¿qué sería si cualquiera cosa nos detuviese? Manifiesta señal sería que no hay en nosotros peso de amor. ¡Oh, y cómo el alma cristiana debe correrse y confundirse viendo que las piedras se le aventajen, pues ellas no paran hasta llegar a su centro y ellas se paran sin llegar a su Dios! La cosa que cuando viene cayendo y soplando vuelve atrás, o es pluma o paja o cosa muy liviana. ¡Oh desdichada del alma a la cual un soplo la detiene y cada niñaería la hace volver atrás!, porque ésta tal es paja seca y liviana y aparejada para arder en el Infierno para siempre jamás.

Entre las sagradas ceremonias de que la sanctas religiones usan en las profesiones de las religiosas, una dellas es cortar los cabellos de la virgen que se consagra a Dios. Cortar los cabellos en muchas naciones del mundo fue señal de captiverio, y así, antiguamente eran compelidos los captivos a raer los cabellos como agora se acostumbra entre los infieles, y aun entre los cristianos se usa con los galeotes que reman en las galeras. Por lo cual, profetizando el sancto Jeremías de cómo los de Gaza habían de ser captivos, dijo: *Venit calvitium super Gazam*; también el sancto Ezequiel, profetizando de los moradores de Tiro, dijo: *Et radent super te calvitium*. Pues como a la esposa de Dios en la profesión le son cortados los cabellos, claramente significa que se hace esclava y captiva de el Rey de el cielo y de la tierra Jesucristo, Señor nuestro, que la rescató con su sangre sanctísima. Y, pues se da por captiva suya, persuádese que ya es toda de este divino Señor; por esto debe traer siempre puestos en Él los ojos para ver las señas que le hace de lo que más gusta que haga en su servicio y con promptitud le obedezca, dejando a los muertos allá en el mundo enterrar sus muertos. Y si atentamente queremos considerar este captiverio, hallaremos que con más justo título le podemos llamar libertad que captiverio.

Y esto significa también en el cortar de los cabellos: porque antigua costumbre es, y en especial entre generosos, no cortar los cabellos estando en la cárcel, en señal de la tristeza

106.- Orig.: 'tontaciones' (204r).

en que viven, y cuando salen de la cárcel, entonces, en señal de alegría, cortan los cabellos y la barba, como lo hizo el sancto José cuando le sacaron de la cárcel para presentarlo al rey Faraón. Y pues a la esposa le cortan los cabellos, es para significar que sale de la cárcel del mundo y que entra en una gloriosa libertad, porque esas galas que por allá se usan, ese enrubiar y dorrar de cabellos, prendedores de corazones livianos, ese componer la cabeza como estandarte del Demonio contra<sup>107</sup> Jesucristo nuestro bien, trajes son de almas captivas y aherradas con las cadenas de sus gustos y desenfrenadas pasiones; pero este cortar de cabellos muestra es de que salís, hermana, de aquella miserable cárcel y que os ponen en libertad en la casa de vuestro celestial Esposo, adonde, si de vuestra gracia os le dais por esclava, en ello hallaréis todo contento y dulzura, de manera que por ninguna libertad queráis trocar vuestro captiverio.

La tercera razón que podemos decir acerca de cortar los cabellos es que en algunas naciones se tiene por grande infamia el no tener cabellos; y así, aquellos muchachos de quien refiere la sancta Escripura llamaban calvo al profeta Eliseo por ignominia y oprobrio. Por esta causa Demóstenes se raía los cabellos y la barba con una navaja por que sus amigos se afrentasen de llevarle fuera de casa y, así, no le hiciesen perder el tiempo, el cual él en mucho estimaba para sus estudios. Y pues a vos, hermana, esposa del altísimo Señor, os cortan los cabellos, es para significar de os ama tanto vuestro divino Esposo que quiere enemistaros con el mundo parándoos de tal suerte que haga burla de vos en veros así, para que desta manera no tengáis pensamientos del mundo ni queráis sus amistades, sino que digáis con el Apóstol: «El mundo me aborrece a mí y yo a él».

Muy dichosa seréis, hermana, si os contentáredes mucho del monasterio y entendiéredes bien cuánta tranquilidad hay en él y cuánta disposición para eximiros de los pecados y ofensas de Dios y para servirle. Las monedas de oro si son muy tratadas y manoseadas vienen a quedar faltas de granos y a perder de su valor y a quedar desfloradas y sin lustre, y las que están guardadas en el cofre conservan su perfección y integridad. Así, las religiosas que se dan a las conversaciones y tratos seglares pierden mucho de su valor y quedar faltas de granos de amor y de quilates de virtud, y aun queda en ellas delavada y deslustrada la hermosa figura de la honestidad, lo cual evitan las que viven muy recogidas en su monasterio como en un cofre muy cerrado y guardado, y estas tales viven muy enteras en la virtud. Los árboles que conservan el fruto hasta que, maduro, goza dél el señor, son los que están en el huerto cercados con buena cerca, con tal que no estiendan los ramos sobre las paredes; porque si los estienden destruirlos han los caminantes, como si no estuviesen dentro de huerto. Así, hermana, la religiosa, aunque esté cercada con las paredes del monasterio, si tiene el corazón y los pensamientos en el mundo dadla por perdida

De la virgen sin marido dice san Pablo que piensa las cosas que son del Señor, y que si no lo piensa, que vana y sin fruto es su virginidad. Si un caballero fuese a la Corte a tratar con el Rey negocios de grande importancia y, estando ya en la sala real, le mandase el Rey decir que entrase a su presencia porque quería despachar luego sus negocios, y él respondiese al paje: «Esperad un poco, que estoy mirando cómo voltean unos en el patio», ¿no sería éste digno de reprehensión y se le podría decir: «¡Hombre de poco juicio! ¿Cómo habiendo venido tan largo camino a negociar con el Rey y estándoos su Majestad aguar-

107.- Orig.: 'con contra' (205r).

dando para daros audiencia y despachar vuestros negocios, os ponéis a mirar los volteadores? Digno sois, por cierto, de grande ignominia y vituperio». Ha de advertir la religiosa que ha andado largo camino en dejar el mundo y haber entrado en la religión, y que esta jornada la hizo para negociar con Dios los negocios de su salvación; y advierta también que está ya en la sala real, que es en la casa de Dios, y que quiere que entre en la cámara de la santa oración, contemplación y meditación a tratar íntimamente con su Majestad y que allí la quiere hacer singulares mercedes y beneficios. Si agora, cuando había de entrar a esta divina conversación, se detiene a mirar cómo voltean los del mundo, cómo viven, cómo tratan y trampean, en qué cosas se ocupan, digna será por cierto de áspera reprehensión. No pongáis, pues, hermana, los ojos ni los pensamientos en las cosas del mundo, sino en las que al servicio de Dios pertenecen; y considerad que los que están en el mundo no tienen partidos los términos con él, sino que todos andan revueltos, pero las religiosas tienen partidos los términos con el mundo. No llamo *término* las paredes altas, sino su regla y los votos que a Dios han prometido, que son términos para que no pasen dellos al mundo ni dejen al mundo que entre allá en la religión. Cuando Jacob quiso subir a Bétel a orar, mandó que todos los que venían con él en su compañía le diesen todos los ídolos que traían, y los enterró al pie de un terebinto, al pie de un jazmín. Así, habéis vos, hermana, de sepultar todos vuestros ídolos, que son todas vuestras aficiones y deseos, al pie del terebinto sacratísimo de la cruz, para hacer en esta sancta religión perpetuamente sacrificio puro y limpio a la divina Bondad.

### Profesión vigesimatertia

**E**NTRE todas las sentencias que los Sabios de Grecia dijeron, la más célebre y que mayor peso en sí contiene es esta: «Sigue a Dios»; y como tal la celebraron los antiguos filósofos y con todas sus fuerzas procuraron de gobernarse por ella, porque muchos dellos se ejercitaron en muchas virtudes morales y con ellas pretendían seguir a Dios. Contemplaban en Dios suma bondad, suma sabiduría, suma liberalidad, suma justicia, suma verdad y otras muchas virtudes, y procuraban de ejercitarse en ellas por imitar al altísimo Señor y seguirle, como esta sentencia enseña.

San Ambrosio no acaba de loar al patriarca Abraham porque supo sacar gran provecho de esta sentencia, pues como Dios le dijese que saliese de su tierra, de entre sus parientes y conocidos y de la casa de su padre, y viniese a la tierra que tenía de mostrarle, luego, como prudente y obediente varón, lo dejó todo y siguió a Dios. ¡Oh divina sabiduría, dejar todas las cosas y seguir a Dios! El que esto hace lleva consigo un salvoconducto y seguro de que en cuanto perseverare en esto no puede errar, pues sigue a su protector y a todo su bien; y así, dijo el Señor a este bendito patriarca: «No temas, Abraham, aunque te veas fuera de tu patria, apartado de tus parientes y amigos, porque en mí lo tienes todo». ¡Oh, qué gran prudencia la del hombre cristiano que hace lo que hizo Abraham y, dejando el mundo, los parientes y cuanto tenía, se viene a recoger en un rincón a servir a Dios! Pero conviene al tal vivir con gran recato, porque acontece que así como la religión entró en el mundo para sacarlo dél, así suele el mundo entrar con gran ímpetu en la religión para sacar a muchos della.

Y conviene también que sepan que así como en el templo de Salomón estaba en lo más interior el *sancta sanctorum*, al cual entraban muy pocos y sólo un velo muy sutil señalaba que no pasasen de allí los demás, así dentro de la religión hay otra religión, más interior, a la cual entran pocos, porque los impide el velo muy sutil de sus pasiones y afecciones miserables. Esta *sancta sanctorum* es el recogimiento del espíritu y la ordinaria oración, meditación, contemplación y conversación íntima con Dios, con la cual se alcanzan muchas virtudes y dones espirituales. Por falta de no entrar en esta *sancta sanctorum* se vienen muchos a desenclavar de la cruz de la mortificación en que se crucificaron el día que entraron en la religión, y se vuelven a enclavar en las cosas del mundo. En los *Números* se lee que dijo Dios a los hijos de Israel: «Si no matáredes a los habitantes de Canaán os serán como clavos en los ojos y como lanzas en los costados». Lo mismo podemos decir a los religiosos y a todos los cristianos: que si no mortifican sus pasiones y malas costumbres, ellas serán clavos que les enclavaran y cegarán los ojos y lanzas que les llagarán los corazones. Para llegar a esta *sancta sanctorum* y a este trato íntimo con Dios dejastes el mundo y entrastes, hermana, en la *sancta* religión; y si este fin no os movió, muy engañada venistes a ella.

Admiración pone ver un azor en el campo y en el monte cuando está suelto. ¡Cuán zahareño y esquivo está! ¡Cómo vuela a una parte y a otra! Y en echándole unas pihuelas y un capirote, ¡cómo está quedo y manso, sin moverse de un lugar! Pero cosa más maravillosa es ver una doncella tan amiga de su libertad y señorío, tan contenta de sí y de sus galas y aderezos y de que la fama de su hermosura vuele por todo el mundo, y tan estraña que a nadie quiere sujetarse, y en un momento, movida por el impulso del Espíritu Sancto, verla encerrada en un monasterio con un capirote y unas pihuelas, esto es, con el hábito de la *sancta* religión y atada con los preceptos della, hecha más mansa que una cordera. Porque, así como David se despojó de sus ropas para bailar delante del Arca del Señor, así una doncella se desnuda de todos los bienes temporales que tenía y pudiera tener, para saltar y bailar en el divino acatamiento, desembarazada de todo en la *sancta* religión.

Bien veo que como no faltó una Micol que mofase de David, así no faltan a la sierva de Dios amigas y parientas, y lo que peor es, hermanas espirituales, que le digan que es apocarse el tomar este estado y, siendo rica, hacerse pobre, y, pudiendo vivir en libertad y con regalo, ponerse en subjeción a vivir una vida muy áspera y trabajosa. Pero así como David entonces con mayor ánimo respondió que mucho más humilde y vil se había de hacer delante de<sup>108</sup> Dios para agradecerle y servirle, así me parece que ha de hacer la nueva religiosa, pues con hervor de espíritu vencerá todas estas contradicciones y cumplirá con el divino llamamiento del Señor, para granjear con esto infinitos bienes.

San Jerónimo, en la epístola *Ad Eustochium*, manifiesta cuánto se gozaba aquella sagrada Virgen de verse religiosa con gran encarecimiento. No se vee agora este espíritu en algunas religiosas: ni muestran tener este contento del sagrado estado que tienen ni agradecen a la divina Majestad el haberles hecho tan singular beneficio de ponerlas en estado de tanta seguridad. Antes por la tristeza y amargura de corazón que muestran de verse religiosas atemorizan y espantan a otras vírgines para que no se atrevan a dejar el mundo y entrar en religión.

108.- Orig.: 'de de' (207v).

En el libro de los *Números* se lee haber Dios, Señor nuestro, castigado con gran severidad los exploradores que Moisés envió a considerar la Tierra de Promisión, por las malas nuevas que dieron al pueblo, encareciendo sus dificultades y peligros. Con las cuales malas nuevas se turbaron tanto los israelitas que comenzaron a llorar y decir: «¡Ojalá muriéramos en Egipto! ¡Hagamos un capitán y volvámonos a Egipto!». Pareceme que van encaminadas estas palabras a las religiosas, porque son las exploradoras del pueblo cristiano, librado por Dios de las tinieblas de Egipto, que va caminando por el desierto horrible de este siglo para la patria celestial. Muchas vírgines, tocadas por el divino espíritu, desean dejar este desierto y entrar en la sagrada religión como en Tierra de Promisión; y algunas que, como exploradoras de virtud y sanctidad y de las excelencias de la religión, las habían de animar, las espantan y atemorizan diciendo que la religión aflige y maltrata a las que moran en ella. Finalmente, cuando sus hermanas o sus parientas y amigas dicen que quieren dejar el mundo engañoso y hacerse religiosas, les dicen imprudentemente: «Mirad que hay acá grandes monstruos y grandes gigantes que os tragarán vivas. Hay muchos intolerables trabajos, muchas pesadas obediencias, muchas continuas y prolijas vigilijs, mucha clausura y encerramiento, poca comida y mal guisada, muchas reprehensiones, muchas escuchas para una palabra que hayáis de hablar; por tanto, guardaos de venir acá, que no os hallaréis como pensáis, porque esta tierra triste no mana leche ni miel, como muchos dicen, sino gran amargura y desconsuelo». ¡Qué gran desventura, que habiendo de dar buenas nuevas a sus hermanas, parientas y amigas, persuadiendoles a que con amor y espíritu se abracen con el celestial Esposo Jesucristo, las pervierten y hacen perder el buen propósito que tenían, con gran ofensa de Dios y con mucho perjuicio de sus almas! Por lo cual el pago que dellas suelen llevar es el echarles infinitas maldiciones cuando, por haberles impedido tan sancto camino, se veen casadas con ruines maridos o puestas en muchos trabajos y desventuras.

Dios por su infinita misericordia las alumbra para que salgan de tan grande error y abraza sus corazones con su divino amor para que las cosas que les parecen ásperas y desabridas se les hagan dulcísimas y vean claramente cómo la sagrada religión mana leche y miel. Lo cual, por su flojedad y por no guardar lo que a Dios prometieron, hasta agora no han sentido ni gustado, y así, dicen<sup>109</sup> por su culpa de la feria como les va en ella. ¡Dichosa la religiosa a quien agrada mucho el monasterio y que entiende bien cuánta tranquilidad hay en él y cuánta disposición para eximirse de los pecados y servir a Dios!

### Profesión vigesimacuarta

**H**ABIENDO Dios hecho grandes beneficios y mercedes al patriarca Abraham, como fueron prometerle que le daría la posesión de gran parte de la tierra de Palestina y que lo haría padre de muchas gentes y que en su generación había de haber Uno que fuese un piélago de bendiciones y por el cual el mundo había de ser redemido, dióle también victoria contra muchos reyes y hízole otras singulares mercedes y gracias; pero hablando una vez con él, sólo le trae a la memoria: «Yo soy el Señor que te hice este singular beneficio: que te libré de aquel horno de aquella maldita

109.- Orig.: 'dezen' (208v).



Caldea donde te quemaras y abrasaras con el fuego de infidelidad entre aquella perversa gente». En lo cual parece que pedía Dios a aquel sancto patriarca particular agradecimiento por este particular beneficio, porque todos los demás beneficios le aprovecharan poco si se abrasara con los errores de los caldeos.

Así, debéis considerar, hermana, que aunque Dios os haya hecho otros muchos beneficios, que es uno de los más particulares el<sup>110</sup> haberos sacado del horno de Caldea, que es el mundo, donde los mundanos andan como unos caldereros, todos tiznados y sucios con sus codicias, ambiciones y torpezas sensuales y otras muchas maldades. De todo esto os libró, hermana, el Señor trayéndoos a la sancta religión, donde viváis, en pobreza de espíritu, en castidad perpetua y en singular obediencia, toda consagrada a su divina Majestad, libre de tan gran confusión y vituperio como es seguir al mundo y rica con sólo Dios, la posesión del cual vale más que el mundo con todas sus riquezas, porque estas son particulares bienes y Dios es un bien universal, de manera que el que tiene a Dios todo lo tiene.

Pero no por estar en la religión os habéis de descuidar, hermana, ni teneros por segura, porque aunque Lot salió de Sodoma, como llevó consigo sus hijas, ellas le embriagaron y le hicieron cometer grandes abominaciones. Así, no habéis de confiar con decir: «Metida estoy en la religión, aquí estoy segura, fuera estoy de Sodoma, de esa inmundicia<sup>111</sup> del mundo», porque por más que hayáis salido de Sodoma, con vos lleváis vuestras pasiones, hijas de vuestra carne, que os embriagarán y os pervertirán para que ofendáis a Dios si no vivís con mucho temor. Por eso dice el *Eclesiástico* que en cuanto el hombre sabio vive en este mundo no se tiene por seguro. Días de delictos son estos de la vida presente, porque en todos ellos puede el hombre pecar; y en ellos procura de merecer el que es prudente, porque pasados ellos no hay qué merecer. Aunque la imagen de pino tenga barniz y esté pintada con diversos colores, todavía huele a pino; así, aunque una doncella tenga muchas virtudes y esté muy recogida, todavía huele a mujer y tiene pasiones de mujer, por lo cual ha de andar siempre con gran vigilancia, porque aunque esté lejos del mundo, como sea tan entremetido y mentiroso, allí la puede engañar.

En el libro de la *Sabiduría* se cuenta un gran misterio acerca del maná, y es que se dice dél que de sí tenía poco sabor, y si lo ponían al fuego lo guisaban y sazocaban de la manera que querían, y no se derretía al fuego y derretíase con el menor rayo de sol que le tocaba, siendo más fuerte el calor del fuego que el del sol. Lo que esto significaba declara el mismo Sabio diciendo que para enseñar a los hombres a ser agradecidos y para que fuese castigo del ingrato perezoso; que si un hombre fuese tan desagradecido que recibiendo un manjar como el maná no se levantase primero para recibirlo que el sol saliese, que el mismo sol le castigase su ingratitud y le deshiciese lo que había de comer y perdiese por su pereza la bendición de Dios, que tal provisión le enviaba estando él durmiendo; y el que madrugaba y alababa a Dios que lo cogiese y lo llevase al fuego y allí lo guisase al sabor de como lo desease, y que a esto le supiese y le hiciese buen provecho; pero al desagradecido y perezoso que todo se le deshiciese y no gozase de nada. ¡Cómo se encarece aquí y descubre la pena de los desagradecidos y relajados! Pues ¿qué esperan los que caminan por los caminos éstos, sino que también el bien se les vuelva en mal? Abran, pues, los ojos las esposas de Jesucristo para qué no caigan en esta pena tan grande.

110.– Orig.: 'el el' (209r).

111.– Orig.: 'inmundecia' (209v).

Pedía David a Dios: «Guardad, Señor, mi alma, porque soy sancto». A lo cual se le pudiera decir: «Pues ¿cómo?, ¡oh gran rey! Si sois sancto, ¿para qué pedís con tanta eficacia que guarde Dios vuestra alma?»: porque cuanto más sancto más guerreado y más combato es uno de Satanás. Y así, del alma sancta se dice en los *Cantares* que es como torre de la cual están colgados mil escudos, porque así como son muchos los tiros que le arrojan y las saetas que le tiran, así son menester muchos escudos y muchos amparos y favores divinos para defenderse dellos. Ninguna arma ni defensa os será, hermana, de tanto provecho para defenderos y vencer vuestros mortales enemigos como hacer un nido en vuestro corazón, tan bien dispuesto y fabricado que se albergue en él el pájaro divino, que es vuestro celestial Esposo, porque con su sancta compañía siempre saldréis victoriosa.

El modo como le habéis de hacer podéis aprender de las aves: ya veis cómo las aves ponen en lo interior del nido las cosas más blandas y suaves que pueden hallar, como son plumas, heno, y pajas, y defuera ponen espinas, pungitivos, cambrones y otras cosas ásperas y ofensivas. Esto mesmo habéis vos de hacer puniendo dentro de vuestro corazón la blandura y suavidad de la mansedumbre, la benignidad del amor, la modestia y la paciencia, y por defuera la aspereza del cilicio y de la ropa grosera y menospreciada, la abstinencia y riguroso ayuno, la continua oración y disciplina; y desta manera haréis un nido tan bien aseado y dispuesto en vuestro corazón que repose en él el pájaro celestial de quien pretendéis valeros en vuestras necesidades y trabajos. Alabemos, religiosas, a Dios, que nos puso en un estado que es a modo de un nido, y así, puede cada una decir aquellas palabras del sancto Job: «En mi nidillo moriré y en él prolongaré mis días».

El nido hácelo el ave de cosas despreciadas y desechadas y de lo que nadie hace caso: de unas pajuelas, de un poco de heno, de unas plumillas y de otras cosas semejantes; así la sancta religión está compuesta de lo que el mundo desecha. ¿Qué cosa más desechada del mundo que la pobreza, la subjeción, el recogimiento y el silencio y menosprecio de los bienes y contentos mundanos? Pues de estas cosas y de otras semejantes está compuesta la religión, y por esto convenientemente se llama *nido*, y en este nido, como el sancto Job dice, habemos de morir, por verdadera mortificación de nuestras pasiones, para que vivamos eternamente con Dios en su sancta gloria. El modo de vivir de los seculares no es conforme al nido, porque defuera traen todo lo blando y suave y en lo interior, de dentro, lo áspero; defuera traen las camisas de holanda o de otros lienzos delicados, las ropas de seda y grana, y dentro de sus corazones traen lo áspero y pungitivo, que son los rancores, las envidias, las iras y los cambrones y espinas de las desordenadas codicias, y ansí, no son éstos nidos en que Dios puede reposar como en el de la religión, al cual, hermana, el Señor os ha traído para que le améis y sirváis como verdadera esposa suya

Dice la Esposa en los *Cantares* que buscó en su lecho al que su ánima amaba, que le buscó, mas que no le halló. Y cierto era que no le había de hallar en su cama: la cama donde el hombre ordinariamente se acuesta es: el sensual en la lasciva, la cama del avariento es la ganancia y la del banderizo la venganza. En estas tales camas clara cosa es que no se halla Dios, y así, para hallarle hase de buscar en su propia cama. Preguntarme heis, hermana, cuál es la propia cama de Dios, a lo cual os respondo que es el recogimiento, el silencio, la paciencia, la contemplación de las cosas divinas, el leer libros sanctos, la hambre, la sed, la desnudez y pobreza y las lágrimas. Esta es, hermana, su cama: aquí le buscad y hallarle

heis, porque aquí reposó el esposo del cielo Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, y aquí le hallan los que fielmente le buscan.

También le buscó la Esposa por las calles y por las plazas; y como por aquí no se hallan sino los baldíos, trampistas y charlatanes, que son ordinarios en estos lugares, donde no se trata si mentiras, juramentos, mofas y murmuraciones, no le pudo hallar aquí la Esposa, por ser estos lugares indignos de tal señor; y por esto la prudente doncella, huyendo de todas estas cosas, le viene a buscar la sancta religión, adonde cuanto más va caminando por las virtudes más cerca anda de hallarle. Por tanto, conviene, hermana, perseverar en ellas, porque dice el Señor que el que arando mira para atrás no hace los sulcos y la obra como conviene. Con esto significó el celestial Maestro que el que ejercitándose en buenos ejercicios mira juntamente con afición a las cosas del mundo no agrada a Dios con ellos. Pues ¿qué será del que no sólo mira atrás, mas, dejados los sanctos ejercicios, vuelve a vivir vida profana y mundana?

Porque volvió atrás la mujer de Lot se volvió en estatua de sal, y lo mismo acontecerá a los malos religiosos: que se volverán en sal en el Infierno en este sentido: que así como la sal echada en el fuego hace grande estruendo y ruido y pone admiración a los que están junto a él, así los malos religiosos en el Infierno causarán admiración a los otros dañados, y, admirados, dirán: «¿Cómo? Y ¿éste era aquel que vivía en el monasterio vestido de hábito de penitencia, que ayunaba y cantaba divinos loores de noche y de día? ¿Cómo vino a tan miserable lugar?». Porque que<sup>112</sup> se condene el rey o el duque o el poderoso y rico del mundo no es maravilla, porque gozaban de tantos bienes temporales, de tantos deleites y tenían tantas ocasiones para pecar; pero un pobre religioso, cercado de tanta miseria y pobreza y que vaya al Infierno gran espanto será. Por esto conviene a los religiosos romper con ánimo valeroso por todas las dificultades y no volver por vía alguna atrás de lo comenzado.

### Capítulo vigesimoprimer: De la virtud de la perseverancia

**E**N mil maneras somos los hombres variables y sin constancia, por ser semejantes al mundo, el cual, por ser de figura esférica, fácilmente se revuelve. Cristo nuestro Redentor recibió de los que le crucificaban una caña vacante, significando que el mundo no tenía qué darle sino inestabilidad y vanidad y cosas sin firmeza, y así, tal es nuestra voluntad: mudable, *Voluntas dicitur a volvendo*, porque fácilmente se vuelve. Cuando la religiosa da su voluntad a Cristo nuestro Señor y de ahí a poco se la quita por ponerla en quien le parece, haga cuenta que le ha dado en la caña vana en la mano. Muchos hay que se disponen a hacer bien y a entrar en religión y a hacer votos, mas como comienzan a entrar en la penitencia no duran mucho: luego se arrepienten como<sup>113</sup> los hebreos en el desierto: que, no bien contentos con el dulcísimo maná, deseaban tornar a Egipto a comer puerros, ajos y cebollas, y a sentarse vilmente en mísera servidumbre a par de las ollas y calderas; que tales son los bienes deste mundo: puerros que a lo último hacen llorar al que los come. Por esto es menester la perseverancia en el bien.

112.– Suplo 'que' (211v).

113.– Orig.: 'con' (212r).

El árbol con hojas muestra clara su vida, mas el que las pierde, aunque la tenga, no lo muestra ni se conoce. De aquí es, como notan los que trataron cosas de las repúblicas romana y griegas, que siempre acostumbraron a tomar por símbolo y señales de victoria los árboles que no perdían la hoja en el invierno, como el laurel, la palma, la oliva, la encina, la yedra y otros semejantes, por que por la victoria destas plantas contra las injurias del invierno se entendiese la victoria alcanzada contra los enemigos. Estas plantas que eran símbolos de victoria nunca perdían la hoja; tampoco la religiosa perderá el verdor y frescura de las buenas obras si se arraigare bien en las corrientes aguas de la sancta religión con la virtud y penitencia. Siempre prevalecerá contra los trabajos deste mundo y contra las persecuciones y engaños del Demonio hasta tanto que se acabe la batalla desta vida, después de la cual, como constante y valerosa en el amor y servicio de Dios, entre en la gloria triunfando de sus enemigos con la insignia de laurel y palma de la victoria de la perseverancia en los trabajos desta miserable vida

Dice san Bernardo que el Demonio trabaja en todos tiempos por que el hombre no persevere en el bien que ha comenzado, por saber el Demonio que la perseverancia es la que alcanza al hombre el reino de Dios y finalmente le corona. Y san Agustín dice que la perseverancia es virtud que hace al hombre honrado, virtuoso y estimado, porque el hombre que persevera en esta virtud, ella le hace ligeramente llevar toda dificultad o cualquier cargo o trabajo. Esta virtud de perseverancia hace al hombre dotado de todo bien, y en cualquiera buena obra que él se quiera ejercitar le hace famoso y honorable delante de Dios y de sus Ángeles; y de los hombres: porque el bueno y constante de todos es amado, y, por el contrario, el hombre que no tiene perseverancia es digno de aquel menosprecio que dijo nuestro Salvador: «Este es el hombre que comenzó a edificar y no pudo acabar, y navega y se ahoga dentro del puerto».

«Ninguno (dice Cristo, Redemptor nuestro, por san Lucas) que, habiendo puesto mano al arado, volviese atrás el rostro es digno del reino de los cielos». Pequeño delicto parece éste para tan grande castigo, como también pareció rigor el que se hizo la mujer de Lot, que por sólo volver la cabeza a mirar a los miserables sodomitas dar vuelcos en las llamas fue convertida en estatua de sal. Y aunque mereció bien este castigo por su desobediencia, mas que ponga Dios tan grave pena por cosas que parecen leves y de poca importancia tiene grande misterio, y es que siente mucho su Majestad que en las obras buenas se haga pausa, que quien camina por la virtud se detenga; porque es cierto que el no ir adelante es volver atrás. Cuando Cristo predicó a las compañías de quién era el gran Baptista, no le alabó de estar solo, de andar descalzo, de comer langostas ni de morar entre las bestias, sino que solamente loó y aprobó no el haberse ido al Yermo, sino de nunca haberse tornado al mundo.

Fue tanto lo que Dios estimaba la perseverancia y aborrecía el volverse atrás de la buena y virtuosa determinación, que mandaba por Ezequiel que cuando el pueblo de Israel fuese al templo a las festividades que celebraban en Jerusalén, que el que entrase por la puerta aquilonar saliese por la puerta que estaba al mediodía, y el que entrase por la puerta que estaba al mediodía saliese por la puerta aquilonar, de manera que no volviese a salir por el mismo camino por donde entraba, por que no pareciese que volvía las espaldas y desandaba lo andado. La religiosa y sierva de Dios no ha de ser como el peso del platero que tiene para pesar oro, que con cualquiera grano, por pequeño que sea, se abate a tierra la balanza: las niñerías y adversidades no la han de mudar el propósito que al principio tuvo de servir a

Dios sufriendo trabajos y afrentas. Salomón edificó templo a Dios y ofrecióle solemnísimos sacrificios, y después edificó mezquitas a los ídolos. ¿De qué le aprovecha comenzar con devoción al que acaba con suciedades y torpezas? Cuando Saúl comenzó a reinar a nadie hacía mal, y a él sí todos, y después tornose como un fiero león y demonio, persiguiendo a sus vasallos, matando los sacerdotes inocentes y procurando de hacer lo mismo de David, su bienhechor, y de su hijo Jonatás. Nerón al principio de su reino era un ángel de condición y nunca firmaba las sentencias de muerte sin derramar primero muchas lágrimas, mas después fue un tigre carnicero, no perdonando ni aun a su propia madre.

Los malos comienzan con fervor y acaban con tibieza. Es nuestra devoción tan poca que en llegando la tentación se seca y se cae la flor olorosa de la viña, como la yerba del tejado y como la estatua de Nabucodonosor: que con el aire de una pedrecilla cayó della todo el oro y plata. Mientras la Arca del Señor estuvo en el río Jordán estuvieron sus aguas detenidas, mas, en quitándola de allí, luego corrieron con el mismo ímpetu que solían. Así, hay algunos que al principio de su religión o en algunos tiempos, como en la Semana Sancta, mudan las costumbres atajando el ímpetu de su desordenada vida, mas, pasado aquel tiempo, con pequeñas ocasiones se vuelven al corriente de sus vicios y pecados. Cuando el templo de Salomón se volvió a reedificar, los viejos que antes le habían visto decían con lágrimas: «¡Quién vido este templo y le vee agora!». Lo mismo podríamos decir de la que comenzó con espíritu y de una religión que comenzó con grandes rigores y asperezas y agora, por haberse cansado, andan al paso de los seglares. Grandes ofrecimientos hacía san Pedro a Cristo cuando decía: «Señor, asido de Vos entraré por las puertas de la muerte», y, salidos de allí, vase resfriando en el huerto y después seguiale de lejos, y estando en casa de Anás vino a negarle. Así, es la vida de uno el espíritu con que comienza, como acaesció a los gálatas, que comenzaron con espíritu y acabaron con carne. No hay mejor medio para no cansarnos en el camino de la virtud que poner delante los ojos a Cristo crucificado, que hasta el cabo llevó el amor, hasta decir: *Consumatum est*. Procurémosle, pues, imitar en la perseverancia sirviéndole y amándole con grande fervor y eficacia, porque, como dice san Buenaventura, en la olla que hierve no se asientan las moscas, ni los malos pensamientos en el corazón fervoroso. Así, le debemos servir con calor para que no se diga de nosotros lo que decían los gabaonitas: «Cuando salimos de nuestras tierras el pan sacamos caliente, y agora está hecho bizcocho»; y así es el que comienza con calor y después no hay cosa más fría. Seamos, pues, como Caleb, que al cabo de ochenta años decía que estaba con tan buenos alientos de pelear como cuando era mozo.

En todo instituto y modo de vivir virtuosamente conviene perseverar, porque intentar agora una cosa y luego otra es señal de ánimo liviano. Algunos pasan del estado bajo al más alto, y no los lleva deseo de aprovechar, sino humor de novedad. Muchos mudan casa no cansados del lugar, sino de sí mismos. Algunos, habiendo vivido bien (y es el peor género de inconstancia), dan en vicios y pecados. Si queremos salvarnos, mucho debemos de procurar que, habiéndonos inspirado el Espíritu Sancto algún buen propósito y ejercitádole algún tiempo, siempre insistamos en él y con la misma promptitud y gana que comenzamos le prosigamos, porque con tanto cuidado se debe procurar en el camino del cielo el no volver atrás como el ir adelante.

Es la perseverancia la túnica talar de Aarón, que llegaba de la cabeza a los pies. Es el calcañal que quebranta la cabeza de la serpiente, el Demonio. De Enoc se dice en el *Génesis*

que vivió trecientos y sesenta y cinco años, que anduvo con Dios y que no pareció porque se le llevó. Para que Dios se lleve a uno y que le salve conviene que ande con Dios viviendo siempre en su sancto servicio. De Noé dice también la Escritura que anduvo con Dios, quiere decir que fueron sus pasos en servicio de Dios, y no un año solo, sino antes del Diluvio seiscientos años, y después dél hasta edad de novecientos y cincuenta, en que murió. Abraham vivió ciento y setenta y cinco años. Isaac ciento y ochenta, Jacob ciento y cuarenta y siete, y todos fueron gratos a Dios, de modo que quiso llamarse *Dios de Abraham*, *Dios de Isaac*, *Dios de Jacob*, y se entiende bien que si desde pequeña edad hasta la muerte no perseveraran en el ejercicio de las virtudes nunca llegarán a tanta cumbre de dignidad y privanza con Dios.

A nosotros tanto más era conveniente perseverar en las virtudes cuanto es más breve nuestra vida. Jacob estando en casa de Labán su suegro queriendo casar con una de sus hijas, le sirvió por Raquel siete años; mas, siéndole dada Lía, sirvió otros siete y alcanzó a Raquel. Sirvió después otros seis y quedó muy enriquecido de ganados y de esclavos: la perseverancia de servir veinte años le dio en las manos tan florida ganancia. Moisés fue siempre vigilantísimo en piedad con Dios y en caridad con los prójimos, y Aarón su hermano fue constituido por sacerdote precediendo méritos para que se le diese tal cargo y dignidad; y porque ambos hicieron pausa en la prosecución desta sancta vida en el lugar que llamaron *Aguas de contradicción*, puniendo duda en lo que Dios había dicho porque no salió agua al primer golpe que dieron en la piedra, saliendo al segundo, por esta culpa no entraron en la Tierra de Promisión, sino que a vista della murieron. No sé cómo nosotros, pecando cada día, queremos entrar en la Tierra Prometida. A los que viven y mueren en el servicio y gracia de Dios necesario es dejar de pecar y hacer penitencia por lo ya pecado si queremos entrar en el cielo, que tan deseado tenemos. Sara, hija de Ragüel, afligida y lastimada con la muerte de siete maridos y perseguida de una su criada que se lo daba en rostro, perseverando sus sanctas obras y continuas oraciones fue libre de semejante angustia, quedando casada y muy contenta con Tobías, varón sancto. Por jamás tuvo Dios descuido en remediar y consolar a los que le sirven y con confianza esperan de su mano el ser socorridos.

Fuenos, como en todo lo demás, espejo y dechado de perseverancia el Hijo de Dios, Jesucristo Señor nuestro, como parece en el proceso del Evangelio: predicaba a los pueblos sin cansarse, curaba enfermos de diversas enfermedades, en cuarenta días ni comió ni bebió en un desierto desvelándose en oración y sufriendo ser tentado del Demonio, amó a sus Apóstoles hasta la fin y padeció afrentas y tormentos muriendo una cruz. Nunca en el ejercicio de las virtudes hizo pausa, para enseñar que debemos caminar siempre por ese camino, y así, dijo por san Mateo: «No el que comienza, sino el que perseverare hasta el fin, ése será salvo». Y en particular es bien que consideremos que por tres veces oró Cristo en el huerto: no desistió de la primera vez, sino que añadió segunda y tercera. ¡Cómo desiste el gusanillo del hombre cargado de pecados si luego de la primera instancia no es despachado su voluntad! Si persevera el Hijo de Dios orando, ¿cómo no perseverará el hombre? Si ora el médico, ¿cómo no ora el enfermo? Si persevera clamando el que es fuente de todos los bienes, ¿cómo no perseverará el que es abismo de todos los males? Los sagrados Apóstoles y discípulos de Cristo también perseveraron en seguirle y obedecerle: esperaron la venida del Espíritu Sancto y predicaron el sancto Evangelio por todo el mundo, sin desistir de la predicación hasta que por glorioso martirio acabaron las vidas. De dos ciegos

escribe san Mateo que, oyendo pasar al Hijo de Dios estando cerca del camino, le dieron voces llamándole *Hijo de David*, y que siendo amenazados por que callasen, daban mayores voces. Perseveraron en su demanda y alcanzaron la vista de sus ojos, que pretendían.

La escala que vido Jacob (como parece en el *Génesis*), por la cual bajaban y subían ángeles, dice san Bernardo que denota el camino del cielo, en el cual no hay detenerse, sino subir y bajar. «Necesariamente (dice) has de descender o subir; si te detuvieres, por fuerza has de caer». No debe llamarse bueno el que no procura ser mejor. Al punto que uno comienza a no ser mejor, en el mismo deja de ser en algo bueno, porque así como nuestro cuerpo crece o decrece, así nuestro espíritu en la virtud o decrece o crece. «Irán (dice David) de virtud en virtud, y verase el Dios de dioses en Sión». Y el mismo Cristo dijo: «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán hartos»; y de lo que se han de hartar declara san Juan en el *Apocalipsi*, diciendo en voz de Dios: «Al que venciere daré un maná escondido, que es la vida eterna». Para no volver atrás, sino ir siempre adelante en las virtudes, es buen documento tantear nuestras fuerzas y procurar que la carga sea conforme a ellas y no mayor. Cuando un hombre de los del trabajo ha de llevar un buen tercio, primero que lo ponga sobre sus hombros le mira y remira y le toma a peso una y dos veces, y pareciéndole que es peso que podrá llevar, se le carga, y de una vez cargado, aunque con trabajo y fatiga, pasa con él adelante hasta dejarle adonde se ofreció a le llevar; mas si el peso es mayor de lo que sus fuerzas pueden sufrir no quiere llevarle ni ponerle sobre sus hombros. Un año de noviciado concede el derecho la religiosa para que en él mire y tantee la carga y peso de los trabajos de la religión primero que con la profesión se los eche sobre sus hombros; mas de una vez echados, aunque pase trabajo y fatiga, no ha de dejar la carga ni volver paso atrás hasta llegar al puesto donde prometió dejarla, que es a las puertas de la muerte: hasta allí ha de perseverar en tener paciencia, pidiendo a Dios su ayuda y socorro para que no desfallezca y pierda el galardón que de su mano espera.

Estando la fe de Cristo nuestro Señor tan recibida en Roma que en todo el Senado casi no se hallaba ninguno que fuese gentil, una de las cosas que más en lo de la idolatría estuvo dificultosa y mala de arrancar y más fuerza fue menester para destruirla fueron las vírgines Vestales; porque aquella superstición y ceremonias de aquellas malas monjas, por ser mujeres ricas y muy emparentadas y por las grandes diligencias que hacían para conservar su estado, se mantuvieron mucho tiempo sin que el poder de los emperadores fuese parte a quitar del todo aquella religión gentilica. Deseando el emperador Valentiniano, como cristianísimo, plantar en estas monjas (que con tanta protervia seguían la adoración y servicio de sus ídolos) la fe cristiana, mandó so graves penas que aquella falsa religión fuese deshecha y del todo arrancada de la ciudad. Mas las diligencias que las Vestales hicieron para que aquel mandato no se ejecutase fue tal que con grande sentimiento enviaron los romanos una muy solemne embajada al Emperador sobre esto con Quinto Aurelio Símaco, Prefecto de la ciudad y muy señalado por su elocuencia, y con ella defendió con grande eficacia la conservación de las vírgines Vestales; mas con la divina respuesta que el glorioso san Ambrosio le dio, Quinto Aurelio quedó persuadido y el mandato del Emperador fue ejecutado. Si las vírgines Vestales tan aseveradamente se conservaban en la adoración de sus ídolos y les tenían tan grande amor que, aun siendo desengañadas de los cristianos y viendo que casi toda Roma había recibido la verdadera fe, no les era de ningún provecho para que ellas cesasen de servirlos y reverenciarlos con tan costosas y trabajosas ceremo-

nias y sacrificios con que los reverenciaban, ¿qué debrían hacer las vírgines consagradas a Cristo, verdadero Dios y Señor nuestro, de quien no esperan las graves penas del Infierno, como las Vestales debían esperar de sus ídolos en recompensa de los servicios que les hacían, sino los verdaderos contentos de la gloria que durarán para siempre?

Avergonzarse debrían aquellas que por los ídolos vanos de sus gustos y contentos hacen pausa en el servicio de su soberano Esposo y Señor, y por acudir a sus liviandades vienen a hacer lo que las Vestales por ninguna cosa del mundo hicieran en ofensa de sus ídolos, que es dejarle y negarle por cosas viles y de poco precio y estima. Préciense las siervas de tan gran Señor de imitar en su perseverancia a la bendita Ana, hija de Fanuel, la cual, después de haber vivido siete años con su marido y quedando viuda, llegó hasta los ochenta años de edad guardando castidad, asistiendo todo este tiempo en el templo orando y meditando en Dios de día y de noche (como lo escribió san Lucas) hasta que vido al Hijo de Dios nacido en el mundo, y dio dél testimonio alabando y engrandeciendo a Dios, viéndolo en el templo cuando fue en él presentado. La Cananea, aunque pagana, y la Madalena, que antes fue pecadora, perseveraron, y una alcanzó ver a su hija sana y la otra gozó de la vista del Hijo de Dios resucitado primero que los Apóstoles, apareciéndole junto a el sepulcro donde perseveró. Marco Marulo afirma que Sara, abadesa un monasterio scíptico de vírgines, como pasase junto a él un río de limpidísimas aguas cuya vista era de gran contentamiento, que como oyese tratar dello diversas veces a las demás religiosas, por sesenta años que vivió en el monasterio nunca quiso ponerse a ventana alguna para verle, ni le vido por algún otro lugar. Gran perseverancia fue ésta, por cierto, y digna de memoria, de la cual se colige que, pues desto que sin pecado pudiera gozar se guardó tanto por mortificarse, lo mucho que se guardaría de las malas ocasiones y pecados. Mucho trabajaron los Sanctos en la perseverancia de sus sanctas obras con que tan de veras agradaron a Dios. El cual mandó en el *Levítico* que le ofreciesen la cola del animal, que fue dar a entender cuánto se agrada y sirve con el fin y remate de las buenas obras. Desta admirable virtud dice san Bernardo, sobre los *Cánticos*: «¡Oh, cuán gloriosa eres, oh perseverancia, pues de ti sola se puede decir que elres amparo de las virtudes, vigor de las fuerzas, ñudo de las amistades, lazo de la vanidad, defensión de la sanctidad, hija de la constancia y amiga de la paz, medianera del premio y corona del trabajo!».

#### Capítulo vigesimosecundo: De cómo con la memoria de Dios se refrenan y vencen los vicios y se alcanza alegría y consuelo espiritual

**T**ANTA es la miseria de los hombres que viven mal y se dan a los vicios desenfrenadamente, que siendo claro y manifiesto que Dios está adondequiera y que todo lo ve sin podersele encubrir el menor pensamiento, tienen por secreto el mal de que no pueden ante los hombres ser acusados; y si por dicha reparasen en el juicio que consigo traen, en que la propia consciencia es acusadora y el juez es Dios, que lo sabe todo y no tiene necesidad de probanzas, sin duda se reportarían.

Edificaban los antiguos el templo de Júpiter descubierto de enmedio para significar que todo le era claro y manifiesto y que ninguna cosa se le podía encubrir, para que, entendiendo esto las gentes, se apartasen de hacer mal. Séneca da por consejo para que uno viva bien



que elija en su pensamiento una persona grave: imagine que siempre la tiene delante, para no hacer cosa que en realidad no osara hacer si lo viera. Y esto deprendió de lo que Epicuro escribió a un su amigo diciéndole que hiciese todas las cosas haciendo cuenta que él estaba presente, y de aquí se debió introducir lo que dicen usaban los epicuros, y es que en un anillo traían la figura de su maestro, y después lo usaban otros, como dice Plinio (y aunque este filósofo está infamado, tuvo admirables cosas y entre gente grave fue tenido en mucho). A este propósito dijo otra cosa semejante Cicerón escribiendo a Quinto Herennio. Y si esto puede la consideración en persona fingida, ¿qué no hará la misma Verdad?

Bastará, pues, acordarse la religiosa que hay Dios y le tiene delante, para que si quiere aprovecharse de el bien de esta presencia pueda y tenga ayuda y favor en Él para que la fuerza del Demonio no pueda derribarla, y cuando sea tiempo de recontar su victoria, dando a Dios las gracias, pueda decir con David: «Proveí al Señor en mi presencia siempre, porque está a mi diestra para que yo no sea conmovida».

Este fruto tan excelente y precioso se saca deste sancto ejercicio de traer a Dios presente: que alegra y recrea en grande manera el ánima. Un hombre que está en una grave necesidad o peligro, si levanta los ojos y vee un hombre bueno que le puede remediar, alégrase mirándole; y el que oye la voz de un amigo que mucho ama, oyendo la voz conoce al amigo y juntamente se alegra de considerarlo presente. Así, el alma de la sierva de Dios, que está en este destierro cercada de tantas miserias y peligros, levantando sus ojos a Dios, que es bien infinito, y mirándolo presente y aparejado para darle todo remedio, alégrase y consuélase mucho, y oyendo en su corazón las voces de sanctas inspiraciones con que le habla, recibe grande gozo de considerar allí presente al amado de su corazón.

Del rey Josías, después de muerto, por haber sido un rey muy provechoso al pueblo de Dios y gran favorecedor del culto divino, cuenta la sagrada Escritura que con sola su memoria se alegraban tantos los fieles que dice en el *Eclesiástico*: «La memoria de Josías es muy suave en los corazones», como lo es al sentido una confección excelente hecha de ungüentos y cosas muy odoríferas y en la boca de todos es dulce como la miel, y recrea y alegra los fieles como en un convite una música muy concertada alegra los convidados. Y san Bernardo confiesa de sí mismo que en los principios de su religión, de sólo mirar algún varón espiritual y perfecto siervo de Dios, y de sólo acordarse con la memoria de alguno éstos que había conocido y estaba ausente o era defunto, se alegraba tanto que su alma se le henchía de suavidad y devoción y sus ojos de dulces lágrimas.

Pues si la vista y la memoria de un varón justo alegra y consuela tanto porque, despertada el alma con vello o con acordarse dél, considera las virtudes y dones que tiene recibidos de Dios, ¿qué hará la vista espiritual y la memoria de Dios, con la cual el alma se despierta a considerar la bondad y hermosura infinita de Dios y todas las demás perfecciones tuyas? ¿Qué alegría, qué consuelo, qué suavidad de devoción sacará de aquí el alma de la sierva de Dios que tiene puesto su amor y su confianza en aqueste infinito bien y fuente infinita de toda virtud, consuelo y gracia! ¡Oh, qué verdadero<sup>114</sup> consuelo traer a Dios presente y mirarlo amorosamente con los ojos del alma, implorando su divino socorro! ¡Oh, cómo conforta y alienta el corazón para todo lo bueno!

114.- Orig.: 'verdadero' (218r).

Hombres muy belicosos eran Judas macabeo y sus soldados, y cuando entraban en la batalla, mirando a Dios presente, con esta vista espiritual se alegraban y cobraban tan grande esfuerzo que pocos vencían a muchos. Así lo nota la divina Escritura, diciendo: «Judas y sus soldados con las manos peleaban y con los corazones invocaban a Dios, y considerando la presencia del mismo Dios en grande manera estaban alegres y consolados». Cuando un soldado está en la batalla peleando contra sus enemigos y echa de ver que el emperador o el capitán general, a quien pertenece proveer los oficios del ejército y repartir los despojos de la victoria, le está muy de propósito mirando y gustando de ver el ánimo con que pelea, cierto es que cobra grande esfuerzo para pelear y que aquella vista de su emperador o capitán le da nuevos alientos y le acrecienta el valor. Pues ¿qué hará la vista de Dios a sus siervas, que están en esta milicia espiritual peleando contra los demonios y contra el mundo y contra sus malas y perversas inclinaciones? Sí consideran y ponderan bien esta verdad: «Dios me está mirando, aquí lo tengo presente, sus ojos tiene puestos en mí, animándome está a que pelee, fuerza me está dando para ello, mucho gusta de que venza a mis enemigos, grande premio me ha de dar», ¡oh, qué grande ánimo cobra para resistir a toda tentación! La experiencia de cada día ha confirmado esta verdad: porque vemos que si una sierva de Dios cuando se ofrecen ocasiones o de ira o de concupiscencia, si se olvida de Dios, si se descuida de mirallo y levantar el corazón a Él, ordinariamente luego resbala o en palabras de impaciencia o en desorden de malos pensamientos; y si en semejantes ocasiones tiene<sup>115</sup> su corazón levantado a Dios y lo mira con aspecto humilde y piadoso y lo llama con deseos vivos, se conserva en su paz y pureza de ánima sin recibir daño alguno, sino provecho, y grande.

Cuenta Paladio que, yendo él con otros compañeros a visitar a Diocles, monje perfectísimo y de grande experiencia y alto conocimiento de las cosas de Dios, entre otras cosas que les dijo fue ésta, muy notable: que en apartamientos el alma de la consideración de Dios luego se tornaba o demonio o bestia; porque o era vencida de tentaciones de concupiscencia, tomando demasidamente algún gusto o deleite temporal (y esto era tornarse bestia), o era vencida de tentaciones de soberbia o de ira, y esto era tornarse demonio. Y, preguntándole Paladio que cómo podía el alma estar siempre con Dios sin cesar, les dijo que siempre que el ánima estaba ocupada en alguna consideración buena y piadosa que la llevase a Dios, se decía estar considerando en Dios. Esto dijo este sancto muy experimentado. Y tornarse el hombre demonio o bestia olvidándose de Dios no entendía el sancto que era por culpas mortales, porque en éstas no caen tan fácilmente los siervos de Dios, sino entendía por cualesquier afectos desordenados de culpas veniales, por las cuales el hombre en alguna manera se hace semejante a los demonios o a las bestias, a quien en ellas imita.

Por esto conviene que la sierva de Dios, ya que en otros tiempos y ocupaciones se olvide de mirar a Dios presente, a lo menos en el tiempo de la tentación y cuando se ofrecen ocasiones que suelen despertar la ira o la impaciencia o soberbia, o tristeza del siglo o otra pasión desordenada, no se olvide o descuide en esto, sino que con grande presteza y vigilancia en estos tiempos levante su corazón a Dios, que la está mirando. Porque son tiempos de tentaciones, y con esta arma divina las ha de vencer, como lo afirma san Antonio diciendo: «Único remedio para vencer los demonios es la memoria continua de Dios

115.- Orig.: 'tienen' (218v).

con alegría espiritual, la cual memoria de Dios destruye y deshace los lazos y engaños del demonio como si fuesen humo».

Mucho le conviene a la religiosa traer a Dios presente delante de sí, mirándolo con los ojos del alma y advirtiéndolo como Él mismo la tiene presente y la está mirando, y convirtiéndolo a Él los deseos y las aficiones del corazón. Y que esto lo haga en todo lugar y en todos sus negocios y ocupaciones, para que, ya que en esta vida no pueda ver a Dios claramente y como Él es (orque esto es propio de los bienaventurados), que a lo menos con los ojos de la fe y de la consideración lo mire y desee lo más continuamente que pudiere. Porque Dios a quien mira presente y a quien levanta su corazón y a quien llama con los deseos y afectos encendidos de su ánima, le inspira en su lugar y tiempo lo que debe hacer y le da luz y eficacia para ello, porque nunca falta en socorro oportuno de su divina gracia a los que andan como conviene delante de su presencia.

Esta memoria de Dios, este aspecto divino, concierta y compone un hombre todo, no solamente en lo interior, que sólo Dios vee, sino también en lo exterior, que veen los hombres. Para que un paje esté en lo exterior quieto y con sosiego y honestidad no hay recuerdo ni castigo ni otro artificio humano que tanto valga como advertir él que su mismo señor lo está de alguna parte mirando y que con cuidado tiene puestos los ojos en él. A una sierva de Dios no hay aviso ni recuerdo que tanto la mueva a estar siempre con modestia y honestidad como considerar que la está Dios mirando. Las estrellas, del aspecto del Sol, que tienen presente y a quien miran, sacan luz para resplandecer dentro y fuera de sí y sacan virtud para influir en la tierra. Así, las siervas de Dios y varones justos, que son como estrellas en la Iglesia de Dios, del aspecto de Dios, de mirarlo presente, de convertir su pensamiento y deseo a Él, sacan luz con que en lo interior, que vee Dios, resplandecen con verdaderas y sólidas virtudes, y en lo exterior, que veen los hombres, resplandecen con toda decencia y honestidad y sacan virtud y fuerza para edificar y aprovechar a otros. ¡Oh, con cuánta razón dijo el Sabio!: «Bienaventurado el varón que con su corazón considera la vista de Dios». Dice la divina Escritura que toda la tierra deseaba ver el rostro del sabio rey Salomón, y de muchas partes muy distantes de Jerusalén con trabajo y dificultad venían muchos por verle y oírle, y viéndolo la reina Saba, exclamó diciendo: «Bienaventurados son aquellos varones y siervos tuyos que asisten en tu presencia y están siempre delante de ti y oyen tu sabiduría». ¡Cuánto más justo y más importante es que todos los fieles deseen mucho andar en la presencia de Dios y mirarlo con los ojos del alma y que trabajen mucho por esto! ¡Con cuánta mayor razón de la que esto ha alcanzado se dirá: «Bienaventurada la sierva de Dios que lo tiene siempre presente, que conversa siempre con Él, que recibe en su entendimiento las ilustraciones y rayos de su divina sabiduría y en su voluntad las llamas dulces de su divino amor!».

### Capítulo vigesimotercio: De la mortificación

**C**UÁN agradable sea a Dios el sancto ejercicio de la mortificación cosa es muy clara y manifiesta a todos, y no solamente se entiende esto cuando el hombre se mortifica abstiniéndose por Dios de cosas de mucho valor y que mucho amaba o escogiendo por Dios cosas de mucha pena y dificultad, sino que también cuan-

do el hombre se mortifica por Dios quebrantando su voluntad y natural apetito en cosas pequeñas, agrada mucho a Dios y merece mucho delante dél. Cuenta el doctísimo cardenal Pedro Damían que un abad siervo de Dios, deseando comer de un cierto pescado, lo mandó comprar y aderezar, y estando puesto en la mesa para comerlo, llegó a la puerta un pobre y pidió con grande instancia que le diesen en limosna el manjar que estaba puesto para el Abad. En dándole este recaudo, se determinó de mortificar su apetito, y así, mandó que le diesen el pece con el plato en que estaba. En el punto que el pobre tomó el plato en la mano, delante de todos se levantó con él en el aire y se subió hacia el cielo sin ser más visto. En lo cual manifestó Dios cuánto le agradó aquel acto de mortificación y misericordia, pues envió su ángel en hábito de pobre para que con instancia moviese a aquel varón de Dios a mortificar su apetito en aquello de que gustaba, y que se subiese visiblemente hacia el cielo para significar que aquello en que el hombre se mortifica y que da de limosna es presente muy agradable que se hace a la majestad de Dios, por el cual los hombres de la tierra suben a ser moradores del cielo. Y lo que con este abad hizo Dios hará invisiblemente con todos aquellos que por su amor se quitaren el bocado de que gustan por dallo al pobre de Jesucristo.

El desprecio del cuerpo es una cierta libertad que en nosotros causa muchos bienes. Sólo aquel no cae en las cosas ilícitas que de las lícitas se sabe abstener. Cuando Sara se abstenía de las cosas que lícitamente podía usar con su marido, y cuando ya en ella eran muertos los apetitos mundanos, entonces parió a Isaac, que es el gozo y risa del padre. Nunca la religiosa alcanzará el verdadero gozo del espíritu si no fueren en ella muertos todos los desordenados apetitos y cobdicias de las cosas deste mundo. Después de la verdadera mortificación de la carne parió aquella sancta matrona al hijo del Espíritu, y el patriarca Abraham no recibió la circuncisión hasta haber salido y desamparado la tierra donde nació, donde tenía sus deudos y hacienda. Muerto Herodes, vino Cristo nuestro Redemptor de Egipto a tierra de Israel. Entretanto que la religiosa no fuere mortificada no gozará su alma de su celestial Esposo, y así, para que venga Cristo en ella es necesario que muera el pecado, y para que viva el hombre interior conviene que el exterior se mortifique.

El fin principal con que se ha de pretender la mortificación es por agradar a Dios y merecer más, y crecer más en su gracia y hacerse más digno de su gloria. Cuenta san Juan Climaco que en un famoso monasterio de grandes siervos de Dios había un varón muy perfecto, y el superior reprehendía a este religioso de un caso en el cual no tenía culpa, y dióle una gran penitencia por ella. San Juan Climaco, que estaba allí presente, sabiendo que este sancto varón no tenía culpa, escusolo delante del superior y defendió su inocencia. Entonces díjole el superior (que era un varón prudentísimo): «Bien sé, padre, que no tiene culpa, mas helo querido ejercitar con esta humillación y mortificación para dalle más a merecer. Porque así como es cosa cruel quitar al niño el pan de la boca, así es cosa dañosa al prelado si no procura cada hora a sus súbditos dalles a ganar todas las coronas de gloria que pueden merecer ejercitándolos con injurias y desprecios, que se entiende cuando son capaces dello». Y con esta razón, que es la principal, añadió otra con que declaró que la mortificación pertenece a todos, diciendo que «A los que son perfectos también conviene mortificallos, porque si los dejan de mortificar vienen a recibir daño en su virtud. Como la tierra que, aunque sea buena, si no se labra se hace infructuosa y estéril».

La mortificación pertenece a la vida activa. A Jacob primero le fue dada<sup>116</sup> Lía, que es significada por la activa, y después sirvió muchos años por Raquel, que representa la contemplativa. Aunque Raquel sea primera en la nobleza y perfección, es postrera en el recibimiento y generación: aunque la contemplativa sea mejor que la activa, primero se ha de recibir la activa. Primero tiene la religiosa de mortificar su sensualidad y ejercitarse en obras de humildad y deprender a vencer a sí misma y a ser abstinentes, paciente y sufrida, y luego verná a alcanzar la contemplación. Daniel y sus compañeros fueron muy abstinentes y castos, y así entendieron muchas visiones y fueron capaces de muchas revelaciones divinas. Muchos quieren volar sin alas y aprovechan poco en la vida espiritual por no estar verdaderamente mortificados; por tanto, no espere la religiosa llegar a la perfecta contemplación si no fuere libre su afecto de todas las cosas que son debajo del cielo y de tal manera arrebatada por Dios que sepa despreciar a sí misma por sólo Dios.

El que mucho ama a una persona ama también las cosas que con razón a la tal persona mucho agradan, y mientras las cosas que por el amigo ama son más contrarias a su condición tanto más descubre el amor que le tiene. Si un amigo llama a su amigo a comer a su mesa un manjar muy dulce y sabroso de que él mucho gusta, en que vaya a esto de buena gana y guste también de aquel manjar no descubre en esto que le ama; mas si le pide el vestido que él ha menester y se desabriga por abrigarle a él, si le pide que deje el regalo de su casa y le acompañe en tiempo de invierno por ásperos y peligrosos caminos, y no gustando desto se fuerza a lo hacer de buena gana sólo porque su amigo gusta dello, en esto muy claramente descubre el verdadero y grande amor que le tiene. Abran aquí los ojos las religiosas, cuya felicidad consiste en amar a Cristo nuestro Redemptor. Examinen a este toque la verdad y fineza de su amor. Que deseen asentarse a la mesa de Cristo en el reino de su eterno Padre, que deseen de buena gana los tesoros de su gloria, que gusten dél cuando las alegra y consuela y les da paz, no descubren bien en esto que lo aman con verdadero amor de caridad; mas cuando se privan de buena gana del regalo del vestido y desamparan la cama para darse a la oración, y aborrecen la vista y conversaciones que pueden inquietar sus almas y gustan del ayuno y de la disciplina y de hacer bien al pobre y necesitado, y huelgan de perdonar y de hacer bien al enemigo y de ser en todo muy obedientes a sus preladas y de guardar lo que prometieron, por saber que estas cosas las ama Cristo y gusta y se sirve dellas, entonces descubren y dan buena señal que aman con verdad a Cristo.

Este pecho de verdadero amor de Cristo descubrió el Apóstol cuando dijo: «Todas las cosas, así las que amaba en la ley que me críe como en el mundo, las estimo por dañosas y como a tales las echo de mí por el conocimiento y amor de mi Señor Jesucristo, por el cual todas las cosas las desprecio en mi corazón como si fueran estiércol de la tierra». Entiéndese de todas las cosas que le podían ser algún impedimento para el amor de Cristo. Esto nos pide toda razón y toda ley: porque puesto está en razón que los miembros sigan la cabeza y se conformen con ella y no quieran ir por otro camino ni ser tratados de otra manera; y pues Cristo, benditas religiosas, es nuestra cabeza, y cabeza de tanta dignidad y majestad, a quien se inclina toda rodilla en el cielo y en la tierra, y nosotros somos miembros desta divina cabeza, justo es que nos conformemos con ella; y pues ella está coronada con agudas espinas y afrentada con bofetadas y afeada con salivas y abrevada con hiel, que

116.- Orig.: 'dada a' (221v).

nosotros no busquemos regalos ni gustos ni honras percederas, sino que nos privemos de estas cosas en cuanto nos fuere posible y conveniente para más servirlo y renunciemos de buena gana las comodidades y contentos de nuestros cuerpos abrazando lo más penoso y contrario a nuestras malas inclinaciones.

Esto pide la lealtad y fidelidad: que los vasallos no quieran más honra que su rey ni los soldados más honra que su capitán. Salió el rey David de Jerusalén perseguido de su hijo Absalón, y subiendo por el monte de las Olivas iba a pie y descalzo y descubierta la cabeza y derramando lágrimas de sus ojos, y pondera la Escritura que sus caballeros y vasallos, por imitar a su rey, iban también a pie y destocados y llorando, porque les pareció, con grande razón, que la fidelidad y respecto que debían a su rey los obligaba a que se humillasen como él se humillaba y se afligiesen como él se afligía, y yendo él a pie y destocado no fuesen ellos a caballo y cubiertos, y que yendo él llorando no fuesen ellos riyendo. El bueno de Urías, soldado del capitán Joab, vino de la guerra al llamamiento de David. Dícele el rey David que se vaya a su casa descansar y tomar algún regalo lavándose los pies y acostándose en su lecho y comiendo con su mujer de los manjares de la mesa real. Él no quiso tomar este regalo ni usar desta indulgencia que el Rey le concedía, sino púsose delante de la puerta del palacio del Rey y allí durmió aquella noche (según parece, en el suelo o en algún poyo); y no quiso ir a su casa ni tomar regalo alguno, juzgando, con razón, que esto le pedía la lealtad y comedimiento que debía a su capitán Joab: que no tomase él en su casa los regalos que su capitán no tenía en el campo ni en la guerra. Como él lo declaró, porque, preguntándole David que, pues había venido cansado del camino, por qué no había tomado en su casa algún refrigerio y alivio, respondió: «Mi señor Joab y los criados de mi señor están en el campo y se acuestan sobre la haz de la tierra, y ¿yo había de ir a mi casa a comer y beber, y dormir y regalarme con mi mujer? No haré tal cosa».

Cuenta Fulgoso que yendo Catón el Menor por capitán de un ejército por los arenales de Libia en tiempo de grandes calores, les faltó el agua, y estando Catón y todo el ejército fatigados de grandísima sed, le trajeron en un yelmo una poca de agua que habían hallado, y aunque la tomó en la mano y tenía grande sed, no la quiso beber, sino derramarla delante de todos por no tomar él solo aquel consuelo que no podía dar a los demás. Este ejemplo del capitán movió a todos los soldados a que se animasen a querer sufrir y tolerar la gran sed que tenían, y así, aunque no les quitó la sed, les fue causa que la llevasen con menos pena y la sufriesen con más paciencia. Si por imitar reyes y capitanes de la tierra, de quien tan poco fruto se espera, se mortifican los hombres privándose de sus consuelos y regalos y tomando cosas de pena, y les parece que esto pide la fidelidad y respecto que les deben, ¿cuánto más por imitar a Cristo, rey de los cielos y capitán de la vida, es muy justo que nos mortifiquemos negando a nuestros desordenados apetitos las cosas de que gustan y ejercitando nuestra carne, subjeta a pecado, a sufrir las penas que tiene bien merecidas? ¡Oh, cuán debido es este servicio a la fidelidad y respecto que debemos a este Rey de los reyes: que quebrantemos nuestra propia voluntad y castigemos nuestros cuerpos, y que no nos avergoncemos del vestido pobre ni del oficio bajo ni del linaje obscuro, y que perdamos de buena gana la honra que delante de los hombres nos han quitado antes que cobrarla con venganza del enemigo, por serle<sup>117</sup> semejantes en la vida y conformes en la cruz! Si el

117.- Orig.: 'ser les' (223v).

rey de la tierra se pusiese un vestido de paño pardo, ¿qué señor habría que se avergonzase de parecer con otro semejante? Y si se inclinase a lavar los pies a un pobre, ¿qué caballero habría que se desdenase de hacer lo mismo? ;Oh Rey de la gloria, cuán justo es que no nos avergoncemos de ejercitar la pobreza y las cosas humildes, pues Tú las ejercitaste! ;Oh dichosas y bienaventuradas las religiosas que por imitar a este Señor se mortifican, porque éstas son las que dan testimonio y prueba (la que en esta vida se puede dar) de ser escogidas y predestinadas de Dios Señor nuestro.!

Cuando el niño pide a la madre el pecho, de que tiene necesidad, y lo pide solamente con el deseo significado con señales, muchas veces se lo niega la madre o se lo dilata; mas cuando se lo pide llorando y afligiéndose con pena, no se puede contener la madre que no se lo dé luego. Cuando la religiosa pide a Dios dones divinos y los pide llorando solamente en el deseo y palabra, muchas veces no alcanza lo que pide o se le difiere mucho, como lo experimentamos cada día; que pedimos a Dios virtudes de humildad, de paciencia, de caridad, y le pedimos vitoria de algunas tentaciones, paz del corazón, don de oración, aumento de fe, y no alcanzamos lo que pedimos, o al cabo de mucho tiempo, porque pedimos con sólo el simple deseo; mas cuando con la oración juntamos la mortificación de nuestra carne y de nuestros apetitos y nos afligimos delante de Dios, entonces alcanzamos mucho mejor lo que pedimos, y con más certidumbre y brevedad y más copiosamente. La causa es porque cuando la religiosa pide con sólo el deseo y la palabra, sin juntar la mortificación, dispónese poco, y así, alcanza poco; mas cuando acompaña la oración con la mortificación dispónese más, y con el favor de Dios hace más lo que es de su parte y usa mejor de las fuerzas y ayudas recibidas de Dios para bien obrar, y así, recibe más. Y también una de las cosas que mucho mueve a Dios a que conceda a su sierva los dones que le pide es ver que los desea y estima en mucho, y que, recibidos, los guardará con cuidado, y por eso suele dilatar Dios sus dones para que su sierva, perseverando en pedillos, los desee y estime en más, y, recibidos, los guarde con mayor vigilancia. Pues todo esto se halla en la que pidiendo a Dios sus dones perfectos acompaña la oración con la mortificación: que desea y estima en más lo que pide, y si lo alcanza, como le ha costado dolor, guárdalo con mayor vigilancia<sup>118</sup> y vive con mayor temor de perdello. Júntase con esto que, como Dios ama mucho al justo, viéndole penado y afligido por alcanzar lo que le pide compadécese dél y usa de mayor misericordia con él dándole más liberalmente y en mayor abundancia las dádivas del cielo que le pide y todo aquello que es necesario para su salvación.

Por estas y otras razones muy conformes a la sabiduría, el que orando se mortifica alcanza mejor y con más eficacia lo que pide. Y por ser el conocimiento desta verdad importantísimo para nuestra salvación, nos lo confirma el Espíritu Sancto con ejemplos ilustrísimos de la divina Escritura. La noble Judit, y toda la ciudad de Betulia con ella, queriendo alcanzar de Dios que los amparase y defendiese y diese victoria de sus enemigos, juntamente con la oración ayunaron y se vistieron de cilicios y se cubrieron las cabezas con ceniza y afligieron sus cuerpos, y así alcanzaron lo que pedían. La reina Ester con los varones de Israel que estaban en la ciudad de Susan, para alcanzar orando de Dios que los librase de la muerte injusta a que estaban condenados, lo que hicieron, por orden de la sabia Esther (que, alumbrada de Dios, los exhortó a ello), fue que estuvieron tres días sin

118.- Orig.: 'diligencia' (224r).

comer ni beber y se acostaron en cilicios y, afligiendo sus carnes, clamaron a Dios, y con este medio alcanzaron lo que pedían. El profeta Daniel queriendo alcanzar de Dios libertad para su pueblo y otros particulares dones, no se contentó con hacer oración sobre esto, sino ayunó muy rigurosamente, no bebiendo vino ni comiendo pan delicado ni carne, sino yerbas; y castigando su carne con estas y otras penitencias alcanzó de Dios la libertad que pedía y que por medio de su Ángel lo consolase y le descubriese grandes misterios. Y para que se entendiese que de la penitencia había tomado eficacia la oración que había hecho, le dijo el Ángel: «Desde el primero día que determinaste afligirte delante del Señor tu oración fue oída». Mucho se descubre en este ejemplo la virtud grande de la mortificación y cuán buena compañía hace la devota oración. Ansí lo pondera el bienaventurado Teodoro por estas palabras: «Por el ejemplo de Daniel, que dejó el regalo de unirse con olio, como solía, y no comió pan ni carne, ni bebió vino, sino se sustentó con solas legumbres, se nos enseña cuán provechosa es la aflicción voluntaria, porque con ayuno voluntario se afligió y oró y alcanzó lo que deseó».

Mandando Dios a Saúl que matase a Agag, rey de Amalec, no lo hizo así, sino prendióle y encarcelole. Esto mesmo hacen muchos encarcelando sus pasiones, no las queriendo matar de veras, como era razón, porque no obsta encancelar las propias pasiones para que no salgan fuera, sino que también conviene a la religiosa que las mate para que muera en sí toda la concupiscencia y cobdicia mundana. Hay algunas que son como los árboles en el invierno, que parecen muertos al mundo en todas las cosas exteriores, mas en persiguiéndolas o en enojándolas, responden y hablan como quien tiene vivas las pasiones: como quedaron dentro vivas las raíces tornaron a brotar en viniendo el calorillo del verano de la tentación.

Vive de continuo esta nuestra carne tan inficionada y enferma y tan ingrata y maligna, que no hay regalo que le hagamos que no nos salga a los ojos ni contento que le procuremos que no le convierta luego en ponzoña, y así, hallo por mi cuenta que maltratarla es hacerle bien y regalarla es echarla a perder. Lo cual dio a entender Cristo nuestro Redemptor cuando dijo: «El que ama a su vida, ése la destruye, y el que la aborrece, ése la conserva para siempre». Debemos, pues, hacelle el tratamiento que la madre honesta y celosa suele hacer a la hija engreída y liviana para corregirla y tornar la honesta y corregida: quítale los trajes, bájale el copete, enciérrale la baquiña, no la consiente asomar a la ventana ni aderezar la cabeza ni enrubiar el cabello ni afeitarse el rostro, sino que ande humilde, honesta y llanamente vestida, yéndole siempre a la mano en todo lo que pide su mocedad y soltura. Así acá, para criar en recogimiento y virtud la mal inclinada y disoluta de nuestra carne conviene quitalle el vestido blando y la cama mollida y otro cualquier regalo que apeteciere, y vestilla de jerga y dalle por cama el suelo y privalla de todos sus antojos, por que así venga a hacerse compuesta y reformada. En otra manera: así como la hija liviana y libre se engríe con el regalo, y con la licencia se echa a perder a sí y deshonra a sus padres y deudos, así ni más ni menos la carne libre y suelta a sí mesma se corrompe y a su dueño quita la hacienda y la honra, y a las veces la vida. Pues entienda la religiosa delicada y frágil que anda en compañía de una enemiga de todo su bien y autora de todo su mal, fuente de todas sus miserias y origen y raíz de todas sus caídas y desventuras, y que le conviene vivir con ella sobreaviso y con sumo recelo, y no regalalla ni darle contento, que la inquieta, ni acariciarla, porque la destruye, ni darle lo que pide, porque es echarla a



ella en la sepultura y a sí misma en el profundo del Infierno. Bástale (dice el Señor) al día su malicia y a la carne su mala inclinación

### Capítulo vigesimocuarto: De la obediencia

**E**L Sabio afirma que el varón obediente hablará de victorias, porque obedeciendo vence a así y obliga al superior a quien obedece a que haga lo que el quisiere. Las criaturas estando obendientes a los preceptos y mandatos de Dios nos enseñan a hacer lo mismo. De los ángeles buenos dice David que son ministros fieles y obedientes a Dios, y de los malos afirma san Lucas que obedecieron a Cristo, mandándoles que saliesen de un hombre, y con su licencia se entraron en una manada de puercos, a los cuales precipitaron en el mar; Job dice que si manda al Sol que nazca, obedece; en el tercero de los *Reyes* se escribe que mandó a unos cuervos que diesen de comer al profeta Elías, y lo hicieron. Y David refiere que el fuego, el granizo, la nieve, la escarcha y los vientos hacen en todo su voluntad y mandado, y san Lucas también afirma que mandó a los vientos y a el mar, y que obedecieron. Maravillosa cosa es que no obedezca el hombre a quien obedecen el mar y los vientos y las cosas insensibles.

La mayor señal de verdadera mortificación es la obediencia, y el mayor desprecio del mundo es negar la propia voluntad por Cristo, y así, el que así lo hace ofrece a Dios la mejor cosa que posee. Jesucristo, Salvador nuestro, nos dio ejemplo de obediencia, de quien dice san Lucas que estaba obediente a José y a la sagrada Virgen, y san Pablo, escribiendo los filipenses, dice que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por san Joan, hablando de sí el hijo de Dios, dice: «Mi manjar es hacer la voluntad del que me envió»; y en otra parte: «No quiero (dice) mi voluntad, sino la de mi Padre, que me envió»; y en otra: «Descendí del cielo no para hacer mi voluntad, sino la del que me envió», y hablando con el Padre en el huerto, dijo: «No lo que yo quiero, sino lo que tú quieres se haga». Todo esto dijo para que entendamos que la voluntad divina se ha de preferir a la humana y los efectos de la carne a los del espíritu.

No debe tener la religiosa por cosa grave el sujetarse a su prelada por amor de Dios, pues el Hijo de Dios fue hecho obediente hasta la muerte. Si mira cuánto más era Cristo que aquellos a quien obedecía no terná a mucho trabajo la religiosa el obedecer a los que son menores que ella en edad, en nobleza, en sabiduría y santidad. No es mucho que el hombre obedezca al hombre por amor de Dios, pues Dios, siendo Criador y Señor de todo, obedesce a la criatura por amor dél. Si a la religiosa pareciere áspero obedecer a su prelada, ame a Dios, porque su divino amor todo lo convertirá en dulzura. Si a la puerta que hace ruido cuando abre o cierra se le echa aceite al quicio andará sin ruido. Si la religiosa hace lo que la sancta obediencia le manda de mala gana, quejándose y murmurando, eche el aceite del amor de Dios en su corazón, y con mucha paciencia y silencio y con gran suavidad de espíritu hará lo que le fuere mandado.

Tan grande fue la obediencia de los sanctos Apóstoles que, sin haber visto a Cristo, Redemptor nuestro, hacer milagros ni haberles prometido el reino de los cielos, en el punto que los llamó, dejando todas las cosas le siguieron, y de tal manera se juntaron con su Majestad que ninguna adversidad ni persecución fue parte para hacerlos apartarse dél

mucho tiempo, porque el que una vez gusta de veras cuán suave es el Señor fácilmente menosprecia todas las demás suavidades. Ni fue pequeña señal de obediencia cuando en el desierto, estando sentados cinco mil hombres, mandó darles de comer cinco panes de cebada y dos peces (que era todo lo que todos tenían), y sin guardar cosa para sí le obedecieron; y por ser obedientes recibieron mucho más, pues lo que dieron fueron cinco panes y recibieron doce espuertas de pan. Después enviándolos a predicar y avisándoles que padecerían cárceles, tormentos y la muerte, nada les espantó, ni bastó cosa alguna para que dejasen de obedecer, porque en toda la tierra se oyó su voz y predicación, y cuando los amenazaban con cárceles y tormentos, decía el apóstol san Pedro en nombre de todos: «Conviene que obedezcamos más a Dios que a los hombres». Y en particular el mismo san Pedro se mostró odientísimo cuando por humildad se estrañaba de que Cristo le lavase los pies. Visto que porfiaba y le amenazaba, se rindió luego, diciendo: «Señor, pies y manos y cabeza», dándonos documento que cualquiera cosa que nuestros superiores nos mandaren, sin averiguar causas o motivos, obedezcamos.

Muchos obedecen en las cosas de su gusto y que son fáciles de hacer, y no en las dificultosas, en las cuales hallan a sí mismos sin negar su propia voluntad. El paralítico que el Señor curó no sólo obedeció en lo suave, que era en levantarse con salud mandándose el Señor, pero también en lo dificultoso, que era llevar el lecho a cuestras. Sansón obedeció a Dios mandándole cosa tan áspera como era que muriese derrocando sobre sí el templo de Dagón. San Pablo, como obedeció en lo suave y honroso, que era hacerle Dios su Apóstol y Doctor de las gentes, obedeció también en lo adverso, pues cuando le dijo Agabo de parte de Dios que sería atado de pies y manos en Jerusalén, dijo a los que le lloraban: «Yo aparejado estoy no sólo a ser atado, pero aun a morir por el nombre de Jesucristo». Triste de la religiosa que en solos los bienes obedece y alaba a Dios, como los hijos de Israel cuando cantaron y alabaron a Dios en la prosperidad, pero en la adversidad murmura y desobedece, como hacían aquéllos cuando les faltó el agua y lo que habían de comer.

Abraham, por obedecer a Dios dejó la patria, su casa y parientes, circuncidose a sí y a todos los varones de su casa; puso a Isaac su hijo (a quien amaba tiernamente) el cuchillo a la garganta para degollarle, y hiciéralo si Dios, que se lo había mandado, no lo estorbara. No dijo: «En Isaac, Señor, me habéis prometido grande generación. Pues ¿por qué mandáis que muera?». No dijo; «¿Cómo se compadece que el padre ensangrienta sus manos en la sangre de su hijo?». A todo calló y obedeció, dejándolo todo a la divina Providencia, porque el buen obediente, aunque parezca desatino lo que manda el prelado, no siendo pecado ha de callar y obedecer, captivando su entendimiento y atándole con el de el prelado.

Declarando san Gregorio aquel testimonio del capítulo quince del primero de los Reyes, que dice: «Mejor es obedecer que sacrificar», escribe estas palabras: «Prefiérese la obediencia al sacrificio porque en el sacrificio se ofrece la carne ajena del animal, y en la obediencia la voluntad propia racional». Iba Gedeón a la batalla contra los madianitas, y estando apurado su ejército y con poca gente, mandoles que hiciesen todos lo que le viesen hacer a él, y así lo hicieron. Quebró él su cántaro, y ellos también; sacó su hacha encendida, ellos también, y por serle tan obedientes ganaron la victoria juntamente con él. Cristo, Salvador nuestro, pide lo que Él hizo. Quien quisiere victoria de sus enemigos obedezca a Cristo: mire lo que él hizo y hágalo, que eso le manda que haga. No vaca de misterio el decir primero el Apóstol, hablando de Cristo, que primero se humilló que no

que obedeció, en lo cual se nos da entender que si queremos ser buenos obedientes hemos primero de aprender a humillarnos, porque de hombre soberbio nunca sale buen súbdito.

Escribiendo san Agustín a los monjes del Yermo, dice: «Nadie diga que no puede hacer lo que su prelado le manda, sino que lo deja de hacer por sola soberbia, porque la soberbia y presunción son los que destierran la obediencia de casa, pues el mal súbdito, por estimarse en mucho viene a desobedecer, y por estimar a los otros en poco viene a ensoberbecerse». De el rey Saúl cuenta la Escritura divina que como juntamente le viesan arar y reinar, decían burlando dél: «Pues este tal Saúl es labrador como nosotros y ará y cava como sus vecinos. ¡Vive Dios que no le hemos de obedecer ni pagarle pechos ni alcabalas! Porque no es justo que sirvamos con nuestros dineros a quien no podría salvarnos de nuestros enemigos»; también dice que el sacerdote Aarón y María su hermana, burlando y murmurando de Moisés su hermano, dijeron: «¿Ha de pensar aquí Moisés de mandarnos y sujetarnos diciendo que habla en él el Señor, y no en nosotros? ¡Vive Dios que no le hemos de obedecer ni cumplir sus mandamientos! Porque, allende que se casó con una mujer negra y etiopiana y que él es tartmudo y que no puede hablar palabra, no le debemos subjeción alguna, pues él y nosotros nacimos en una casa y descendemos de una parentela». Destos y otros muchos ejemplos debemos colegir en cómo nadie puede subir a la perfección de la sancta obediencia si primero no destierra de sí la soberbia maldita, porque el corazón soberbio e indómito no sólo no quiere obedecer a su prelado, mas ni aun oírle una palabra de reprehensión. Las señales de verdadero obediente son que oye lo que le dicen, hace lo que le mandan, enmienda lo que le riñen, da lo que le piden, aprende lo que le enseñan, sufre lo que le castigan y guarda lo que le encomiendan.

Del angélico doctor sancto Tomás de Aquino refiere Surio que, residiendo en Bolonia, paseándose un día por el claustro de su monasterio meditando en sus estudios, llegó a él un fraile huésped y le dijo que tenía comisión del Prior para llevar consigo el primero que topase, y que tuviese por bien de irse con él. El santo doctor abajo la cabeza y salió con él. Traíale bien cansado de unas partes a otras, reprehendiendo su poco andar, repitiendo algunas veces: «¡Donoso compañero hemos traído para despachar negocios!». Considerando algunos de la ciudad que procedía de algún yerro el traer así a tal varón, preguntaron al huésped<sup>119</sup> si conocía el compañero que traía. Entendido el caso el fraile huésped, quedó confuso y le pidió perdón. Preguntado después el Sancto cómo había hecho aquello y por qué no volvió por sí, respondió: «Todo el ser del buen religioso se funda sobre la humildad y obediencia: oyendo que mi prelado me mandaba aquello, no me pareció justo hacer otra cosa».

De un monje llamado Joan cuenta Marulo que vivía en el desierto, en un monasterio de la Tebaida, a quien su abad, para prueba de su obediencia, le mandó que regase dos veces al día un palo que el mismo abad puso en la tierra, habiendo de traer el agua dos millas del monasterio. Pasó un año y, visto que no se cansaba, preguntole si había echado el palo raíces. Respondió que no sabía. Sacole el abad de la tierra y echole a mal, diciendo: «Deja ya de regarle, que es trabajo perdido». Otra vez le mandó que volcase una gran peña, aunque entendía que eran menester muchos hombres para hacerlo. El monje fue allá y forcejaba lo que podía para cumplir con la obediencia, hasta que, viéndole el abad muy sudado y cansado, le mandó que lo dejase.

119.- Orig.: 'huespued' (228r).

Presentándole al abad Joan en Scitia unos higos, envió con dos monjes mozos parte dellos a un solitario viejo que estaba en el desierto. Los monjes erraron el camino y, andando perdidos dos días, murieron de hambre sin haber tocado a los higos que tenían en sus manos, con los cuales fueron después hallados; y esto por no ir contra la obediencia. Dice Beda que envió el abad Columbano a Gallo, discípulo suyo, a pescar al río Brusca, y pareciéndole que importaba poco, fue al río en Ligón a hacer la pesca, y por buena diligencia que se dio volvió sin escama de pescado. Revolvía consigo qué sería la causa, y parecióle poder ser el haber dejado de cumplir con la obediencia: fue al río Brusca, donde su abad le había señalado, y prendió gran copia de pescado, y entendió por este suceso que de los mandatos de los superiores, no sólo en parte, sino en el todo, deben cumplirse, así las palabras como el hecho.

Simeón Metafraste cuenta de Teodora Alejandrina que estaba en hábito de monje en un monasterio y crecía cada día más en servicio de Dios. El abad cierto de su sanctidad, quiso que fuesen otros certificados della, y para esto, como estuviese cerca del monasterio una laguna en la cual hacía su habitación un cocodrilo (y salía della con daño notable de los caminantes, por donde el Prefecto de Alejandría había puesto guardas allí cerca para que avisasen deste daño y se excusasen muertes), el abad mandó a Teodora que trujese un cántaro de agua de aquella laguna. Ella obedeciendo, fue por él, y aunque las guardas se pusieron de por medio avisándole del cocodrilo, ella dijo que la obediencia la mandaba ir al agua y que no podía excusarlo. Dejéronla y, llegando cerca, vieron que la bestia asió della y la llevó al agua. Visto por ella que no la hacía daño, hinchó su cántaro de agua, y la misma bestia la volvió a tierra. Estando fuera, púsose la sancta a mirarle y reprehendíole por las muertes que había hecho, y fue cosa admirable que luego quedó allí muerto el cocodrilo, y Teodora volvió su monasterio con grande opinión de sanctidad, adquirida por la sancta obediencia.

Pedro, abad Cluniacense, cuenta un caso, hecho por obediencia, digno de memoria; y fue que en un pueblo llamado Marciniaco, en Francia, pegándose fuego una noche y creciendo la llama con grande ímpetu y furor, llegaba cerca de un monasterio de monjas que guardaban clausura, entre las cuales había algunas de sangre real y todas eran de vida sanctísima. Los de el pueblo tuvieron gran temor de que aquellas benditas monjas habían de peligrar, porque tenían por cierto que ni el espantoso fuego ni el temor de la muerte habían de ser parte para sacarlas de la clausura, y así, acudieron a Hugo, obispo de León, que acaso se halló allí, para que fuese al monasterio y las mandase salir dél por evitar semejante daño. Hízolo así Hugo: entró en el monasterio, congregó las monjas y mandó que luego saliesen del monasterio, pues el quedar en él no servía sino de ser abrasadas, y que desto no se servía Dios. Una dellas, que salió responderle, le dijo: «Poco importa, padre y señor nuestro, que esta congregación que tiene Dios aquí encerrada muera, y importa mucho que no vamos contra la obediencia que al sumo Pontífice romano, que está en su lugar, hemos dado de encerramiento y clausura hasta la muerte. Y si todavía te parece que es bien mandarnos huir del fuego, mándale a él que huya deste lugar, que posible será el obedecerte». Confuso quedó Hugo de ver la constancia de aquella sanctas religiosas, a las cuales tan poco movían los gritos y turbación de todo el pueblo. Saliose a la puerta del monasterio y, vuelto a la llama (que ya estaba bien cerca), dijo, derramando lágrimas de compasión y devoción: «Yo te mando, fuego, en nombre de Jesucristo, que por la virtud de fe viva desta sancta religiosa que agora habló,<sup>120</sup> te apartes de la casa y convento destas siervas del Señor». En diciendo esto el

120.– Orig.: 'hable' (229v).

sancto prelado, al mismo punto el fuego, como si hallara defensa de algún muro de hierro, se volvió atrás, quedando libres las monjas y su monasterio, mostrándose el fuego obediente a aquel mandato y ellas obedientísimas y bien confiadas del favor de su celestial Esposo.

Refiere Fulgoso que los arsaces (que son los partos o asirios) en cosa ninguna les parecía que merecían mayor loa que en ser obedientes a sus príncipes. Queriendo, pues, dar muestra desto a Enrico, conde de Campania, que había ido a verse con su príncipe y señor, mostrole que estaban algunos hombres en lo alto de una torre, de los cuales llamó a uno por su nombre. Y el a quien nombró, sin detenerse un momento, se arrojó de la torre abajo para llegar más presto donde su señor estaba y le llamaba, y de la caída murió allí luego. Quiso llamar a otros, y el conde Enrico le fue a la mano que no lo hiciese (lleno de admiración y espanto), diciendo que jamás diese ocasión para que así muriesen tan fieles y obedientes vasallos, porque era gran lástima. Si unas gentes bárbaras como aquéostas se preciaban de ser tan obedientes que por ser en esto más señalados que otras naciones así menospreciaban la vida por sólo acudir al mandato de su príncipe y agradecerle, ¿qué cuidado debía poner la religiosa en obedecer a su prelada, pues lo prometió a Dios y está en lugar de Dios?

La que fuere buena obediente y quitare la carga de su propia voluntad, que tanto cansa y fatiga, y la pone en las manos de su prelada vivirá en gran descanso y reposo, porque gran contento es no tener cuidado de nada, y así, es bienaventurada la vida de las religiosas que poniendo sus cuidados sobre los hombros de sus preladas no le tienen de las cosas del cuerpo, para poder así más libremente darse a las de el espíritu.

No entienden este lenguaje los mundanos, ni gustan de tan delicado manjar como la sancta obediencia. Los que no saben obedecer por Cristo aman las dignidades y prelacías y huyen de la quietud del espíritu, pensando hallar reposo donde todo es cuidados y negocios. Solos los buenos obedientes alcanzan la libertad del espíritu y solos éstos viven consolados en las religiones. Por cosa cierta debe tener la religiosa que no puede haber consolación sino donde Dios está, y que Dios no está sino en el corazón del obediente; por tanto, si fuere buena obediente, dondequiera que fuere será consolada, porque lleva esta tal a Dios consigo, mas si<sup>121</sup> rigiéndose por su apetito, con deseo de más libertad o gusto mudare orden o convento, allí donde le parecía que estaría como en el Paraíso hallará un infierno de desconsolación y trabajos, porque allí su propia voluntad la hará cruel guerra y será molestanda de sus pasiones de noche y de día, y nunca le faltará quien le diga oprobrios y baldones con que ande afligida y afrentada, echando menos a cada paso el bien que perdió por huir de la subjeción y obediencia, de que tantos bienes le redundaban y tantos males se le siguieron.

### Capítulo vigesimoquinto: De la inobediencia

**C**UANDO todos los ejemplos que en el mundo hay nos faltaran para persuadirnos a aborrecer la inobediencia, sólo este de Adán había de ser muy suficiente para humillar y domar nuestras cervices al yugo y servidumbre de todas las cosas que a la virtud y bondad de Dios nos encaminaren para no caer en el mísero estado en que el triste Adán cayó juntamente con Eva, nuestra primera madre, habiendo

121.- Suplo 'si' (230v).

sido compuestos por la mano de Dios y por Él constituidos por señores de todas las cosas criadas en el mundo, siendo inmortales para no poder morir y familiares de Dios, vecinos del Paraíso. Y por una inobediencia en que cayeron tan gran pena pasaron (y pasarán hoy los que de su linaje descienden y decenderán) que siempre será llorado el justo castigo de su culpa. Pues ¿qué será del hombre que cada día se atreve a traspasar los mandamientos de Dios, siendo ley muy suave y apacible? Porque si nos mandara Dios que fuéramos a la isla de Colcos a ganar el vellocino dorado, en la conquista del cual tan grandes dificultades se representaban, no fuera mucho tenerlo por difícil y no ponerlo en ejecución, mas para guardar la ley y lo que a Dios se hubiere prometido ninguna excusa podremos dar. «Pereceréis si fuéredes desobediente a la voz del Señor, Dios vuestro», dice la divina Escritura. Aquel profeta sancto que hizo lo que Dios le había mandado reprehendiendo a Jeroboam, porque (engañado por un falso profeta) comió en aquella tierra contra el mandamiento de Dios fue muerto por un león, por que se entienda cuánto aborrece Dios la desobediencia, pues con tanta severidad la castiga aun en sus propios amigos. Grande fue la desobediencia de Jonás, pues mandándole Dios ir a Nínive se iba a Tarso. Muchos males causa un desobediente: todo lo turba Jonás y pone en peligro. Toda una religión turba un desobediente y en todo halla contradicción el que no sabe obedecer. No sufrió la tierra a Datán y Abirón, tragándolos vivos (y asimismo a sus casas, mujeres y hijos) porque todos consintieron en la rebeldía. No pudo sufrir el agua a Jonás, ni el aire ni el navío ni la compañía que llevaba, y así, fue arrojado en el mar.

Si la desobediencia echó a nuestros primeros padres del Paraíso terrenal, ¿cómo quiere la religiosa entrar en el paraíso celestial siendo desobediente? Si la religiosa fuera suya bien le estuviera regirse por su parecer, mas, pues ya por amor de Cristo prometió obediencia a su prelada, ¿qué tiene que ver consigo? Si hace consciencia de tener una celda curiosa o un breviario sin licencia, ¿por qué no la terná de atreverse a su prelada y de resistir sus mandatos a cada paso? San Bernardo dice a este propósito: «Malo es ser en la religión el monje propietario, mas muy peor es que sea voluntario, porque tener algo en común suélese permitir en las religiones, mas con la propia voluntad no se debe dispensar, porque no por más andan los monasterios desordenados de dejar a los monjes que hagan sus apetitos».

Por curar nuestra desobediencia fue el Hijo de Dios hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. En la grandeza del remedio se puede conocer la grandeza de la enfermedad: por no perder la obediencia perdió la vida. En la sagrada Escritura es llamada la desobediencia idolatría. Por no obedecer el hombre a Dios vinieron a desobedecer al hombre todas las criaturas. Peleando Josué estuvo el Sol quedo y pararon los cielos, y no hubo antes ni después tan grande día, obedeciendo Dios a la voz del hombre. Maravillosa cosa es que obedezca el hombre al Demonio y a la carne, y a las cosas de la tierra y a todas sus pasiones, y que a sólo Dios no quiera obedecer, que le crio de nada y le sustenta y da vida. No obedece a Dios en cosas fáciles y livianas que son en su provecho, y obedece al mundo en cosas dificultosísimas, para su daño y perdición. Todas las criaturas obedecen a Dios, y sólo el hombre (por amor de quien fueron criadas) es el que desobedece. El Sol y la Luna y todos los cuerpos celestiales cumplen el mandamiento de Dios, según aquello del psalmo: «Púsoles Dios precepto, el cual no traspasaron». Por lo cual Esaías, para denostar la rebeldía y desobediencia del hombre convoca el cielo y la tierra y los trae por testigos para confundir la desobediencia del hombre: «Oíd (dice Esaías) vosotros, cielos y tierra,

porque el Señor dice: 'He criado hijos y los he ensalzados, y ellos me han despreciado. Sed testigos, cielo y tierra, que, obedeciéndome vosotros, sólo el hombre no me obedece'. El agua dio lugar, mandandoselo Dios, para que pasase el pueblo de Israel y estuvo contra su natural como muro; la tierra se abrió cuando se lo mandó Dios y tragó a Datán y Abirón; el fuego obedeció y quemó a Nadab y Abiú, hijos de Aarón, y el cielo paró cuando peleaba Josué, y sólo el hombre desobedece a Dios y desprecia sus mandamientos. No crió Dios a su imagen y semejanza a estas criaturas ni derramó sangre por ellas como por el hombre. Por la desobediencia son contados los hombres con los demonios, porque ninguna cosa de cuantas Dios crió desobedece a Dios sino los malos hombres y los demonios, y así, tendrán compañía con ellos para siempre en el Infierno. Por la desobediencia fue muerto por un león aquel que no quiso obedecer a uno de los hijos de los profetas que le dijo que le hiriese, y la mujer de Lot fue convertida en estatua de sal.

La estatua parece mujer como no sea mujer, así, la religiosa desobediente parece religiosa no siendo sino estatua de religiosa. San Agustín dice: «Póneste en tan gran ventura en el obedecer o desobedecer, que si te vistes de saco y duermes en el suelo, y ayunas todo el día y velas toda la noche, y disciplinas cada hora tu cuerpo y andas siempre descalzo, ninguna cosa te puede todo ello aprovechar si a tus mayores no quieres obedecer, porque más vale la obediencia sola que cuantos trabajos padeces en esta vida». No en vano dice el Apóstol que el Hijo de Dios fue obediente hasta la muerte, porque si Él quisiera alzar la obediencia a su Padre no procurarían los hebreos de quitarle la vida, mas el bendito Señor y Redemptor en más tuvo la obediencia que no la vida, pues se dejó crucificar antes que no desobedecer.

En el primer libro *De Apibus* se cuenta que predicando la Santa Cruzada Jacobo de Vitriaco, cardenal y Legado del Papa, en Flandes contra los herejes albigenses, que, viéndose en el camino con Fulcón de Gandabo, gran teólogo, le rogó que fuese con él y le ayudase en aquel ministerio de predicar. No lo queriendo hacer, se lo mandó en virtud de santa obediencia con el poder que tenía de Legado, y puso por terceros a algunos amigos del Fulcón para que aceptase aquella obediencia, y nada pudo con él que lo hiciese. De lo cual muy sentido el Cardenal, díjole: «Bien pudiera por vuestra inobediencia excomulgaros y privaros de todo beneficio eclesiástico, y no lo hago por no parecer que pongo gravamen tan duro en persona de tanto merecimiento; mas yo ruego a Dios, que sabe y conoce los corazones, que os haga inhábil no sólo para esto que yo os he pedido, sino también para cualquier otra cosa». Fue mucho de considerar que le dio luego una fiebre cuartana con flujo de vientre que le duró veinte y cinco años, hasta que murió, y esto sacó de la inobediencia.

Todo el mal que vino a Agar para ser desterrada de casa de su señor Abraham fue por no ser obediente a su señora Sarra, y así, fuera de la obediencia no halló si gemidos y angustias en el desierto, como tampoco la religiosa no tendrá descanso ni perfecto gozo en la religión en el tiempo que fuere desobediente. Mandaba Dios en la ley de Escritura que el vaso que no estuviese atado fuese tenido por sucio: atada ha de tener la voluntad la religiosa, vaso de Dios, sujetándola y atándola a la voluntad y mandato de su prelada si no quiere ser tenida por vaso inmundo y reprobado del templo del Señor.

De estos tan notables ejemplos se puede colegir cuán grande excelencia es el obedecer y cómo del obedecer viene el merecer, porque, de otra manera, en lugar de aprovechar e ir adelante, se torna tanto atrás el camino cuanto se aparta de la voluntad del prelado.

«Todos los que le contradijeren serán confundidos y todos los que le resistieren serán castigados y los que se le amotinaren serán afrentados, (dice Dios por Esaías) pues hombre soberbio no puede quedar sin castigo». Decir Esaías que el que resistiere al prelado será castigado de Dios y de los hombres confundido, es decir, que todo aquello que el súbdito procurare para su consolación se le tornará en desconsuelo y confusión, porque muchas veces acaece que las consolaciones y recreaciones que se otorgan y conceden a las obedientes súbditas las niegan las preladas a las monjas cerriles y protervas. San Bernardo a este propósito dice: «¿Cómo quieres tú, hermano, que tu abad te deje ir a negociar tus negocios ni a pasear al huerto ni a recrear al hospicio, pues ni haces lo que te manda ni condesciendes con lo que te ruega? Si murmuraras porque consuela a otros más que a ti, mira que los otros le obedecen mejor que tú, y no puede ser cosa más justa que si el prelado halla en el súbdito toda subjeción que el súbdito halle en el prelado alguna recreación. El monje que hace lo que quiere y no lo que debe ha de tener por dicho que será de todos los de el convento notado y de los prelados perseguido, vivirá desconsolado, andará como corrido, no será como los otros reverenciado y será más que todos castigado». En otra epístola dice también san Bernardo: «Cosa es muy cierta que el monje rebelde y inobediente ha de andar afrentado y ha de ser confundido más que todos en el monasterio». Y porque el prelado le habla de mala gana todos huyen de su compañía, y él mismo trae consigo tristeza y en él más que en todos se emplea la disciplina.

Entre los príncipes del mundo ninguna cosa tanto se castiga como el desacato que se hace a su justicia, y así, en la Religión ninguna cosa debe ser tan gravemente castigada como la desobediencia, porque no hay tan gran señal de irse a perder la Religión como es cuando los monjes osan en público desobedecer. San Basilio dice en su regla: «podrán los abades de nuestra orden condescender y dispensar en algunas flaquezas, según la calidad de las personas y según las pocas o muchas fuerzas, excepto en caso del desobedecer, en lo cual no queremos que nadie ose dispensar».

Casiano, en las *Instituciones de los monjes*, dice que era tan grande la obediencia que tenían a sus abades los monjes de la Tebaida que si había necesidad de mandar al monje dos veces una cosa le echaban luego de su compañía. En las *Colaciones de los padres* dijo el abad Sisoy: «No se escuse nadie del cumplimiento de la obediencia diciendo que nadie puede perfectamente cumplirla, porque si lo que se te manda es cosa ligera puedesla cumplir, y si es cosa recia cumples con la probar, mayormente que en tal caso no menos recibe el Señor lo que el buen obediente comienza que lo que comienza y acaba». Si el grande interese nos mueve a ser obedientes débenos espantar el terrible castigo, pues no sólo mandaba Dios matar al hijo desobediente al padre, pero aun quería que muriese aunque el padre perdonase: pecado espantoso, pues no basta perdonar la queja la parte para que se deje de ejecutar la sentencia. Ayunaba el pueblo de Dios y hacia penitencia y no fue oído, y la causa fue (según respondió Dios por Esaías) porque en sus ayunos se hallaba su voluntad. Desta quiere Dios que se desnude la religiosa que quiere que sus ayunos y todas las buenas obras que hace sean a su divina Majestad aceptas.



Capítulo vigesimosexto: De la prompta obediencia que se ha de tener a los prelados, aunque sean malos

**E**L que quiere llegar a la perfección con presteza trabaje por obedecer en todo, porque esta virtud de la obediencia es preferida a los sacrificios y ofrendas, quita los males pasados, guarda de los advenideros, relaja la pena y libranos de la damnación eterna. La pura obediencia más aprovecha que la alta doctrina, más útil es que el poderío y más segura que la dignidad y prelación. El que ésta tiene camina por el camino derecho al cielo. «Aparejado está mi corazón, aparejado está mi corazón, Señor», dice el rey David. Así, debe tener la religiosa aparejado su corazón y estar a punto para obedecer prontamente a Dios.

En aquella maravillosa visión que mostró Dios a Ezequiel, debajo de aquellos sanctos cuatro animales había cuatro ruedas, sobre las cuales ligeramente se movían. Las ruedas fácilmente se mueven, y así, se movían aquellos sanctos con la prompta obediencia que tenían: como la rueda está aparejada para moverse por todas partes, así la prompta obediencia luego se mueve para todo lo que le mandan, por lo cual en los *Proverbios* está escrito: «¿Viste a un hombre veloz en sus obras? Estará delante de los reyes y no entre los viles». Los sanctos Apóstoles luego en llamándolos el Redemptor dejaron sus redes y el oficio que hacían imperfecto, y sin un punto detenerse siguieron al Señor. La perfecta y prompta obediencia deja sus propias cosas sin acabar por hacer perfectamente la voluntad ajena. Por amor desto fue culpado aquel discípulo que, llamandole el Salvador del mundo, puso dilación en cumplir la obediencia, diciendo que quería primero sepultar a su padre. No lo hizo así el patriarca Abraham, pues con recibir de Dios un mandamiento tan áspero como el de la circuncisión no difirió el cumplimiento de lo que Dios lo había mandado, porque dice la Escritura que luego, en el mismo día, puso en ejecución el precepto divino. En oyendo Zaqueo la voz de Cristo que le mandaba bajar del árbol y aparejarle de comer, luego dice san Lucas que con diligencia prontamente hizo lo que el Señor le mandaba.

Pondera el Evangelista la prompta obediencia del glorioso san José, esposo de la Virgen nuestra Señora, pues, en oyendo al Ángel que le mandaba ir a Egipto, se levantó luego sin detenimiento: en sueños le habló el Ángel de noche, estando durmiendo en su cama, y luego de noche, sin esperar a que amaneciese, se levantó y puso por obra lo que Dios le mandaba por su sancto Ángel. Mandó Dios a Moisés que le hiciese dos querubines de oro que estuviesen del un lado y del otro del oráculo y que fuesen dúctiles (*dúctiles* significa cosa que ligeramente se vuelve). Delítase Dios en la figura de los querubines (los cuales, conforme a la voluntad de Dios, hizo también Salomón en el templo) y quiso que se moviesen fácilmente (y ellos mismos de su naturaleza son velocísimos y muy ligeros) por demostrar en esto y darnos a entender lo mucho que se huelga con aquellos que con diligencia y prompta obediencia hacen lo que se les manda.

Cuando la religiosa oye la voz de su prelada que la manda alguna cosa, debe pensar que no es voz de mujer aquella que oye, sino voz de Dios que la manda aquello, pues su Majestad es el que habla con ella. La obediencia de la sierva del Señor, dice san Bernardo, ha de ser prompta y no forzosa, simple y no maliciosa, alegre y no triste, presta y no tardía, animosa y no flaca, mansa y no soberbia, perpetua y no caduca. La que simplemente obedece vence a sí misma dejando su propia voluntad y siguiendo humilmente la voluntad

ajena. De aquí nace grande paz y concordia, adquiérese buena consciencia y acreciéntase la alegría del corazón. Esta tal alcanza confianza delante de Dios y no teme morir, porque Dios es su esperanza, a quien estuvo aparejada de obedecer hasta la muerte.

No solamente han de ser obedecidos los prelados que son buenos y justos, sino aun también los que son malos. «El que a vosotros oye a mí oye, y el que a vosotros desprecia a mí desprecia, y el que a mí desprecia desprecia al que me envió», dice Cristo nuestro Redemptor a los prelados de su Iglesia. En lugar de Dios está el prelado, y lo que él manda Dios lo manda (cuando no manda cosas contra la ley). A Dios se reverencia en él, y aunque la persona sea algunas veces mala, el oficio es sancto. David honraba a Saúl porque era su rey y prelado, aunque sabía ser malo y desechado de Dios. Porque una vez le cortó la ropa hirió Dios el corazón de David, porque castigará Dios a los que cortan de vestir a sus prelados murmurando dellos, aunque sean pecadores, como lo era Saúl. San Basilio decía en su regla: «Guárdense mis monjes de examinar si deban hacer o no lo que les mandan, o si es bueno o malo el prelado que se lo manda, porque mucho más merecemos en la paciencia con que obedecemos que en todos los trabajos que en los monasterios pasamos». Por tanto, el verdadero súbdito debe encomendar a Dios al prelado y obedecerle simplemente, no mirando a que es hombre el que le manda, sino a Dios, a quien representa.

No sólo dijo el Redemptor en estas palabras que los prelados fuesen obedecidos, sino también que fuesen honrados y no despreciados. Juntó el Salvador a sus doce Apóstoles y díjoles en secreto su pasión. Entrega mucha gente que acompañaba a Cristo en aquel camino algunos había más sanctos y justos que Judas, y, con todo esto, honró el Señor a Judas más que a los otros, aunque fuesen mejores, y lo llamó al secreto porque era apóstol. Aunque la persona de Judas era mala, el oficio y dignidad que tenía de apóstol era grande, por el cual era digno de reverencia. Entretanto que sufre la Iglesia y la religión al mal prelado, obligado está el súbdito a obedecerle y reverenciarle, porque el oficio que tiene es de Dios, a quien honra y obedece en el prelado. San Pablo, que maldijo a Ananías sin conocerle, después se escusó diciendo: «No sabía yo que era príncipe de los sacerdotes, porque escrito está: 'No digas mal del príncipe de tu pueblo'».

De los fariseos y doctores que enseñaban bien aunque ellos eran malos, dijo el Redemptor que fuesen oídos y obedecidos, y no limitados en sus malas costumbres. Aunque el súbdito sea mejor que el prelado, más respecto y reverencia se debe al prelado que al súbdito. No se ha de mirar a los vicios y faltas que en el prelado hay, sino a la jurisdicción de autoridad que tiene. No está al cargo del súbdito el tener cuidado del prelado, sino al del prelado el mirar por el súbdito, y así, el que del prelado murmura contra Dios murmura, y si a él desprecia a Dios menosprecia.

No conviene a la sierva del Señor disputar de la vida de la prelada y si hace bien o mal su oficio, porque desta manera haciéndose juez de su vida, ¿qué merecería en guardarle la obediencia. San Agustín, escribiendo a los monjes del Yermo dice: «El que mandaba obedecer a los fariseos de la sinagoga mejor mandará obedecer a los prelados de la Iglesia, y por eso os debéis guardar de poner en vuestros prelados la lengua ni ser inquisidores de su vida, porque si tenemos obligación de obedecerlos no tenemos licencia de juzgarlos». San Bernardo hablando de sí mismo, dice: «Fácilmente cumplo todo lo que me manda mi prelado cuando me acuerdo que no es él otra cosa sino un traslado de Cristo; mas cuando me descuido de poner entre él y mí a Cristo, sino que le contemplo ser él como

yo soy, hombre humano, ni le puedo obedecer ni aun tengo gana de le reverenciar». La obediencia no mira a la sanctidad del que manda, sino a la autoridad y jurisdicción que tiene. Cuando el prelado es más atreguado y manda cosas más ásperas tanto se debe mejor obedecer, por que pasando por la estrecha obediencia sea más purificado el súbdito de las mancillas de su alma. San Jerónimo escribiendo a un monje, dice: «Has de saber, hermano mío Rogerio, que tan promptas has de tener las orejas para creer lo que el prelado te dijere y tan aparejadas has de tener las manos para hacer lo que él te mandare, que no esperes a que te lo hayan de encomendar si tú puedes adivinarlo antes, porque así como la fruta cuanto es más temprana es más preciada y estimada, así la obediencia cuanto es más apresurada es más meritoria». A este propósito se dicen en el libro de la *Vida solitaria* estas palabras: «No sin lástima decimos esto: que el monje a quien su abad no osa mandar, sino rogar, ni osa reprehender, sino avisar, ni osa castigar, sino halagar, ni recoger, sino licenciar, más valiera que el tal se quedara en el mundo que no haber venido al monasterio, porque allá, si no aprovecha a lo menos no daña, mas acá a los otros daña y a sí mesmo condena a las penas perpetuas del Infierno».

#### Capítulo vigesimoséptimo: De la clausura de los religiosos, y del recogimiento de las doncellas y casadas

**A** gran ventura ha de tener el religioso el haberle Dios privado de su libertad trayéndole al encerramiento y clausura de la religión para que en ella, por su amor, gaste y consuma virtuosa y sanctamente los días de su vida en su sancto servicio. Y siempre le ha de parecer que los trabajos y fatigas que en su encerramiento padeciere son de poca fuerza para ser bastantes a desconsolarle y hacerle arrepentir, considerando al apóstol san Pablo, el cual se gloriaba en las tribulaciones, y, teniendo ilustres títulos y apellidos, de ninguno ser gloriaba más que de estar preso por amor de Cristo, y así, cuando se nombraba decía: «Yo Pablo, preso en el Señor»: Pablo, preso de Cristo, como se muestra en muchos lugares de sus epístolas. Nunca hubo rey que más se preciase de tener en su cabeza la preciosa corona de finísimo oro y rica pedrería de lo que san Pablo se preciaba de tener en los pies unos pesados grillos de hierro por el Señor.

Encarcelado estaba en Egipto el buen José; mas, viendo que el estar allí no lo habían merecido sus culpas, no era privado de espiritual contentamiento, por ver que con aquella clausura y prisión probaba Dios su paciencia, y se servía más dél estando aherrojado que si entonces estuviera en su libertad. En el lago de los Leones fue echado el justo Daniel, y allí estaba con sumo contento. Y el pacientísimo Job metido en el muladar, estaba triunfando del mundo. ¡Triste del religioso que estando en su orden no puede verse encerrado en su monasterio, y viniendo a la religión para retirarse del siglo, no puede sufrir el vivir dél apartado, y habiendo de dejar sus cosas, anda en busca dellas procurando maneras para andar fuera del monasterio, y estando con el cuerpo en él, está en el mundo con la voluntad! Mal imitan los que esto hacen al sancto doctor san Jerónimo, que, muy satisfecho de su encerramiento, decía que la población le parecía cárcel y el solitario apartamiento paraíso. Monje quiere decir solitario y apartado de la secular conversación; a esto aludía el mismo sancto cuando, escribiendo a Heliodoro, decía: «Si eres monje, ¿qué haces en la

ciudad?». San Antonio decía que así como la substancia húmeda da a los peces nutrimento, así la vida solitaria da a los religiosos ornamento, y así como los peces saliendo a tierra se corrompen, así la gloria de los monjes se pierde llegando a las ciudades. Antioco, autor griego antiguo, dice que así como las abejas en la colmena juntas y cerradas hacen sus dulces panales, y no andando fuera della desparcidas, así los religiosos dentro de su monasterio, y no por las ciudades y apartados, producen de la religión el dulce fruto.

Por caliente que esté en el invierno una estufa, si le abren las puertas al aire, refriarse ha luego; quiero decir que por ferviente que esté en el amor de Dios el religioso en su principio, si él abriere de las puertas de la voluntad a los vientos del mundo y sus tempestades y negocios, de tal manera se resfriará que ni gustará de la lección ni oración ni de los otros ejercicios del monasterio, sino de los negocios del mundo, que es bien triste gusto y harto peligroso. Las imágenes grandes, cuanto más de cerca se miran tanto menos perfectas parecen: quieren ser vistas de lejos, porque entonces parecen más naturales, tan vivas en el parecer cuanto muertas en el movimiento. De la misma manera, los religiosos no se han de dejar ver ni conversar de cerca, mas lejos del mundo, apartados de la secular conversación, se han de dejar ver y conocer, más por fama de religión que por familiaridad del mundo.

Esto sintieron bien los bienaventurados sanctos que escogieron la vida solitaria y recogida, profundos en la humildad, altos en la contemplación, acordados de Dios, olvidados de el mundo, fríos en el amor de la tierra, abrasados en el amor del cielo, muertos a la carne y vivos al espíritu, los cuales hicieron tan áspera y espantosa penitencia que los miembros, desamparados de la fuerza del cuerpo, se sustentaban con el esfuerzo de el espíritu, y cuando, de flacos, no podían cantar ni echar la voz y oración al alto Dios sonaba aquel músico instrumento, aquella arpa suavísima y sonora de su corazón, que, aunque de los mortales no sea oída, suena altamente delante de Dios. Elías y Eliseo, y los hijos de los Profetas, y san Juan Baptista y otros divinos varones que se fueron a los Yermos, ¿qué hacían sino enseñarnos cuánto nos conviene el apartamiento del siglo? Y si alguna vez éstos iban a las ciudades era a predicar o a negocios de gran importancia al servicio de Dios y a la salvación de las almas; que en tales casos la ida es de gran merecimiento.

Dice san Mateo que Cristo nuestro Redemptor fue al desierto guiado de el Espíritu Sancto, queriendo significar en esto el Espíritu Sancto es el que nos guía para el recogimiento y vida religiosa y solitaria; y, por el contrario, que el Demonio a los recogidos y encerrados guía para las ciudades y negocios del mundo, porque el mismo Evangelista dice que el Demonio guiaba a Cristo para la ciudad por ver si le podía derribar del pináculo del templo, porque su oficio y presunción es derribar los solitarios y recogidos puniéndolos en negocios y distraimientos del mundo para venir de ahí a sepultarlos en sus propios apetitos. Esto quiso mostrar la divina Escritura en el libro de los *Números*, cuando dice que, salidos los hijos de Israel del monte Sinaí, vinieron a dar en los sepulcros de la concupiscencia, porque muchas veces acontece que, salidos los religiosos del recogimiento de la vida quieta y contemplativa (significada por el monte Sinaí), se dan de tal manera a negocios superfluos y peligrosos que poco a poco se vienen a desordenar hasta venir a morir en el mundo y sepultarse en sus propias cobdicias, perdiendo a sí y a Dios sin considerar lo que pierden en perderlo.

La clausura no es menos que un precioso tesoro de las religiones, porque con ella se quitan las ocasiones para pecar, porque estando un religioso encerrado no le puede hacer

guerra la vista, que es la ventana y el portillo por donde entra la muerte, como dice Jeremías. Es la vista un sutil ladrón que roba la pureza y honestidad del corazón humano, como afirma el mismo profeta por estas palabras: «Mi ojo ha robado mi corazón»; en lo cual no nos deja mentir Dina, hija de Jacob, la cual fue robada del príncipe Siquem por haberse salido de la compañía de su padre y hermanos a ver las damas de aquella tierra, lo cual no le acaeciera si estuviera encerrada en su recogimiento. De este peligro está seguro religioso cuando está recogido con sus hermanos; que no se atreverá a acometerle el Demonio. Y hace mucho al caso estar siempre en compañía de buenos y perfectos varones para vivir bien, conforme al testimonio del Psalmista: «Con el sancto serás sancto, y con el perverso serás perverso».

La experiencia de esta verdad se vio en San Pedro, el cual cuando estaba con el Redemptor y con los otros Apóstoles dijo con fe muy viva: «Tú eres Cristo, hijo de Dios vivo», y cuando estaba con los judíos negó y renegó dél jurando que no conocía tal hombre, en lo cual se nos da claramente a entender el peligro a que se pone el religioso que anda distraído fuera de su monasterio. El religioso que va muchas veces al mundo siempre vuelve a su monasterio más envidioso, más cobdicioso, más alterado, más pensativo y menos devoto que cuando salió dél, de manera que por algunos días tiene bien el corazón qué asosegar y qué confesar la consciencia. San Bernardo dice: «Guardaos, hermanos míos, de las asechanzas del Demonio y de que os saque de vuestro monasterio so color de hacer algún bien o de atajar algún mal, porque si una vez os saca de la compañía de los buenos, él os hará poco a poco de la compañía de los malos». Por esto dijo bien Aristóteles que el lugar es conservativo de lo que está en él, y así, se conserva muy bien en sanctidad el religioso que se está recogido en su convento, porque a la oveja que anda desamparada<sup>122</sup> degüella el lobo, y en la paloma que se aparta de las demás se ceba el halcón, y al caminante que anda solo despojan los ladrones, y el río que sale de madre hace todo el daño y el religioso que sale de su monasterio va del todo perdido. A lo que debe salir el religioso es a cosas del servicio de Dios y provecho del prójimo; y salir para esto no contradice ni impide a la perfección, porque así como el Sol, aunque anda de signo en signo y corre todo el Zodíaco en veinte<sup>123</sup> y cuatro horas, no por eso pierde su resplandor, así el religioso que sale a aprovechar y dar resplandor de doctrina y sancto ejemplo no pierde nada de su perfección; mas el religioso callejero es como el árbol plantado en el camino, que es cogido y apedreado de los caminantes.

Gran cuenta ha de tener el buen religioso con su recogimiento, y así, como paloma aficionada a su palomar, con afición y amor de su manida, debe acudir allí, no hallando en otra parte sosiego ni descanso. Con mucha propiedad se puede decir que la religión es como el Arca de Noé, donde se recogen los religiosos del general diluvio de los pecados que en el mundo se cometen por los pecadores; porque así como aquella Arca se hizo para escapar el género humano de las aguas del Diluvio, así la religión es cierta defensa y fortaleza de amparo para librarnos de los peligros del mundo; y así como en metiendo allí los animales, por bravos que fuesen, luego estuvieron mansos y, aunque fuesen muy enemigos unos de otros, allí se hicieron pacíficos, así en la religión, aunque sean de diferentes condiciones y vengan muy silvestres y feroces, los que en el mundo no se podían avenir con ellos

122.- Orig.: 'desmanparada' (238v).

123.- Orig.: 'venynte' (238v).

vienen a estar tan mansos y pacíficos que usan de unas mismas costumbres y afabilidad. Y también, así como allí, so pena de la vida, no había de salir ningún animal fuera del Arca, así en la religión no ha de salir ningún religioso sin el mismo peligro. Y si alguna libertad a los religiosos es concedida por sus prelados, no ha de ser más de para abrir una ventana y desde allí ver y considerar los males y trabajos del mundo y el naufragio que padecen los que en él están para comparecerse dellos y nunca cesar de dar gracias a Dios, que tuvo por bien, de entre tanta multitud como hay en el mundo, escogerlos, como a Noé y a su familia, dejando a los demás al peligro de las aguas.

Algunos varones muy prudentes y espirituales son de parecer que cuando un religioso está triste, tentado o desconsolado en el monasterio, que en compañía de algún ejemplar religioso se le debe dar licencia para salir al siglo a ver sus parientes y amigos o conocidos, para que allí vea y considere lo que por allá pasa y la buena suerte que le cupo en ser religioso y de las desventuras que por ello se libró. Porque, aunque haya pocos años que dejó el siglo, cuando a él vuelva por maravilla hallará las cosas como las dejó, sino que aquí le contarán las diferencias y pleitos que tienen, acullá las enfermedades que han tenido, acá las deudas y necesidades, los trabajos y afrentas que padecen; que por ser tantas sus desventuras no las pudiera creer si no las hubiera visto. Y si esto no basta, dando una vuelta por las ferias y mercados verá cómo en una parte juran y en otra reniegan, en otra riñen, en otra mohatrealan y trampean, y en otras partes viven con tantas fatigas y lacerías que tienen por molesta su vida. Son tantos los tormentos y disgustos que cada día en el siglo se ofrecen, que si el religioso más desconsolado profundamente los considerase, bastaría para volver el más contento y alegre del mundo a su recogimiento y para tener el claustro y su pobre celda por un paraíso y por un perpetuo purgatorio la libertad y anchura del siglo.

Dice la sagrada Escritura: «Tenía el santo Moisés un mancebo que se llamaba Josué por criado, el cual era tan honesto y recogido que jamás salía fuera del sancto Tabernáculo»: el no salir Josué del Tabernáculo figura tiene del religioso que reside de continuo en el monasterio; y en decir que Josué era mancebo es decir que al mancebo más que al viejo le conviene estar retraído y recogido, porque es la edad de la juventud tan peligrosa que cuanto más un mancebo resplandeciere con virtudes le han de poner en menos ocasiones. Decir la sagrada Escritura que desde que Josué era muy muchacho se habituó a ser recogido y a no salir del sancto Tabernáculo es darnos a entender que el religioso desde muy mozo se ha de acostumbrar a la virtud del encerramiento y clausura, porque tanto cuanto más está un árbol cubierto de tierra tanto menos le secan los hielos y le derriban los aires.

El glorioso san Anselmo dice: «Desde la hora que el Señor me llamó al monasterio me determiné de residir en él como en un treintanario cerrado, del cual yo no quiero salir hasta que el Señor quiera llevarme para sí, porque harta guerra tengo en mi celda con la carne y el Demonio sin que me vaya a meter entre los grandes y peligrosos encuentros del mundo». En estas palabras tan maravillosas nos da a entender este sancto que el siervo del Señor debe tomar el rigor de la clausura como quien está en una cárcel perpetua de la cual no espera salir hasta que el cuerpo salga para ser sepultado y el ánima para gozar la gloria. Al apóstol sancto Tomás no quiso Cristo aparecer ni consolar hasta que se tornó al colegio apostólico, donde él había salido; y las cinco vírgines locas de quien hace mención Cristo Señor nuestro, por irse y venirse a la plaza a comprar olio perdieron la vista del deseado Esposo, de lo cual podemos inferir que las inútiles vagueaciones del cuerpo

quitan las grandes consolaciones del espíritu. El que asiste en su convento muchas ocasiones tiene para servir a Dios, pues, dado caso que allí le combata la soberbia y le inquiete la envidia y le retiente la gula y sea molesto de la lascivia, estos vicios solamente le podrán alterar mas no derrocar, lo cual no es así lo que pasa fuera del monasterio, adonde apenas es uno tentado cuando se haya caído en el lodo, y por eso han sido las salidas tan temidas y rehusadas de los justos y sanctos religiosos.

Paladio, obispo, escribe en su historia que, andando en los desiertos de Nitrea, llegó a un monasterio que tenía dentro mil monjes tan recogidos y encerrados que ninguno salía fuera. El mismo abad era el portero, y no dejaba salir a nadie, ni tampoco entrar, si no venía para quedarse allí hasta la muerte sin salir más afuera. A los que allí llegaban los recibía junto a la portería en un aposento, y habiéndoles dado unas oblatas los despedía y enviaba en paz. Solamente salían dos sacerdotes a hacer las cosas del monasterio y traer lo necesario para los monjes. Los más dellos eran sanctos y hacían milagros, y no caían enfermos hasta que morían: érales revelada su muerte y algunos días antes se despedían de los demás y, sin pesadumbre ni dolencia, se quedaban durmiendo en el Señor. Con el recogimiento y clausura se alcanzan tan grandes mercedes y beneficios como éstos, de la mano del Señor, para hacer tan grandes maravillas, y con las salidas y distracciones se causan las libertades y escándalos, en grande ofensa del servicio de Dios y mucho deshonor de las religiones.

Plutarco y Eliano dicen de Demóstenes que para sólo imponerse en la manera que había de tener en el orar al pueblo se estaba encerrado en una cueva dos o tres meses, y que por no ser constreñido a salir de allí se hacía rapar la media cabeza para que la vergüenza de no mostrarse en público le escusase y detuviese en aquel lugar hasta que el cabello le creciese. Si para tratar los negocios temporales como convenía con las gentes le parecía a este gran filósofo era menester estar tan retirado de los hombres y tan recogido y encerrado como estaba, para tratar los negocios espirituales de la honra de Dios y salvación de las almas ¿qué retiro y encerramiento sería bien que se tuviese? Si para ir a hablar con los hombres y dar buena cuenta del negocio ajeno, de que estaba encargado, tales diligencias hacía Demóstenes para no violar su encerramiento y clausura, ¿qué diligencias debería hacer el religioso que ha de ir a hablar con Dios y darle estrecha cuenta de cómo ha cumplido su ley y lo que en su profesión prometió de guardarle, del ejemplo que ha dado, del celo que de la salvación de las almas ha tenido, del fervor con que procuró su honra y gloria por todo el discurso de su vida? Todas ellas son cosas tan graves que para su estudio y consideración le había de parecer poco al que bien lo mirase el encerramiento de todo el término de la vida, y aunque durara mil años.

Decía Dios en los *Trenos* de Jeremias: «Pecado sobre pecado pecó Jerusalén», y diole Dios en penitencia que anduviese desasosegada toda su vida. Entonces comete el religioso pecado sobre pecado cuando, olvidada la profesión que a Dios hizo, se torna otra vez a los bullicios y peligros del mundo, y la pena del tal apóstata es que entre sus hermanos ande afrentado y corrido de todos y que él de sí mismo viva descontento y en desgracia de Dios. Si el atrevido Semei tuviera a su casa por morada y a Jerusalén por cárcel perpetua, como por sentencia le fue mandado, nunca él perdiera la vida ni le confiscaran la hacienda. Aviso debe ser éste notable para que nadie ose salir del monasterio o religión a do Dios le llamó y él por su ventura vino, para no venir a perder la vida para siempre.

En el capítulo décimo de *San Lucas* dijo Cristo a sus discípulos: «Yo no os constriño a que moréis más en un lugar que en otro. Lo que yo os mando es que después que tomáredes asiento de morar en una casa no os salgáis ni mudéis della», porque la frecuente mudanza arguye en el hombre poca prudencia. Mucho es de advertir que cuando Cristo dijo estas altas palabras no las dijo a los del pueblo, en público, sino a solos los de su Colegio, en secreto, para darnos a entender que a más altas cosas son obligados los que tienen este nombre de religiosos que los que son llamados seglares. Los negocios exteriores y ocupaciones seglares dan al entendimiento un baño con que lo embotan y entorpecen para poder contemplar las cosas de Dios. Bienaventurado el que guarda su corazón y su cuerpo de toda vagueación y anda dentro de sí mismo. Cuando más se aparta el religioso del ruido de la gente y bullicio de los hombres, orando, meditando y estudiando, entonces se llega a los coros de los Ángeles y se aparta de<sup>124</sup> la compañía de los demonios y del monstruoso ejército de los vicios. Cuanto un rey está más lejos de sus enemigos menos daño recibe de los que entre ellos viven y moran. La nao en el puerto que tiene echadas y bien asida sus áncoras, aunque allí esté combatida de las tempestades, más segura está que la que anda a vela tendida por la mar subjeta los vaivenes de las bravas ondas y a los peligros de las rocas y cosarios. El que de la talanquera garrochea el toro más libre está de ser dél cogido que el que anda discurriendo por el coso; quiero decir que desde que el religioso por su profesión se hizo esclavo de la religión renunciando su libertad, quedó menos sujeto a los golpes de sus enemigos, demonio, mundo y carne, que si entre ellos anduviera, aunque el mundo y la carne son tan halagüeños y pegajosos que dondequiera nos siguen y nos procuran manchar.

La religión es nao recogida en el puerto, apartada de los vaivenes de las cosas mundanales y de los peligros de los fuertes rocas del siglo, de los cosarios robadores, enemigos del ánima. También es puerto seguro donde se embarcan las ánimas para ir a tierra firme en busca del oro finísimo de la gloria con que perpetuamente queden enriquecidas y dichosas. Por esta fértil tierra decía David: «Mi premio y galardón no le quiero en otra parte sino en la tierra de los que viven». En esta talanquera de la religión está el religioso subido y encastillado para mejor huir los peligros del coso deste mundo; desde ella lidia y agarrochea el fuerte toro que siempre procura su muerte y perdición con las garrochas de la clausura y encerramiento, de la paciencia, pobreza, obediencia y castidad y las demás virtudes en las cuales siempre se ejercita como en una escuela y estudio del cielo, y como a tal debe preciar y estimar.

#### *Las doncellas estén recogidas y encerradas*

Doncellas es un vocablo latino, y quiere decir tanto como *danicella*, que es habitación y casa de Dios. Así lo dice Policarpo y otro doctor; que como la doncella comúnmente está encerrada en su casa, no conviene que traiga el corazón derramado a las cosas malas del mundo. En favor de las doncellas virginales dijeron los filósofos antiguos que la claridad y belleza de la luna llena era hermosura de la castidad de la doncella en la noche desta presente vida; porque así cuanto la Luna está más apartada del Sol tanto más se muestra

124.- Orig.: 'del' (241r).



llena, clara y hermosa; y así acaece en la doncella: que cuanto más está encerrada y apartada por pensamiento, por habla, por conversación del varón, tanto más está graciosa y linda y hermoçada con el suave olor de la buena opinión y fama acerca de todos.

Enseñando el Sabio cómo se habían de crías las hijas, dice: «Si tuvieses hijas procura de guardarlas su cuerpo y nunca les muestres tu rostro alegre», donde es de notar que a las hijas no se contenta con que las enseñan los padres, sino que quiere que aun las guarden y pongan a mucho recaudo, dando a entender en esto cuán peligroso es en la tierna doncella el poco recogimiento y la mucha licencia en conversar con los hombres, y que aquí no basta doctrina sola, sino que es menester doctrina y clausura todo junto. Porque a la mujer aficionada y puesta una vez en pasión de mujer poco le suele valer el sermón de sus padres, y aun el predicar en el púlpito, si no se le cierran las puertas y quitan las ocasiones. Y también quiere el Sabio que su padre no le muestre el rostro alegre ni afable a su hija, sino siempre se le muestre grave y cargado, para que en aquel que ella sólo ha de ver de ordinario encerrada sea cobarde en los otros de fuera y pierda el deseo dellos.

La ferocísima bestia del dragón era dedicado a la diosa Minerva, de los cuales compuso Alciato un emblema donde da la razón de tal pareamiento diciendo que, como Minerva siempre haya sido virgen y las doncellas hayan menester ser muy guardadas y veladas, significaron la tal vigilancia con el dragón, que es animal de acutísima vista y símbolo de la cuidadosísima guarda, por dormir los ojos abiertos y, por la demasiada sequedad de cerebro que tiene, ser de poquísimo sueño. Esto mismo significó el famoso escultor Fidias poniendo al dragón cabe Minerva, y tan conjunto a ella que parecía pisarle con el pie, porque ni un punto se debe descuidar el padre de la guarda de la hija casadera, so pena de hallar robado el precioso jardín de su honor por la liviandad de la hija, poco imitadora de la honestidad y sabiduría de Minerva. Otros escritores aplicaron al dragón la guarda de tesoros; y como el de la virginidad sea el mayor, y tan procurado y combatido de los poderosos y astutos ladrones de la honra de las que le poseen, por eso le aplicaron a Minerva. Y por carecer desta guarda de dragón la doncella Io, Europa y Medea (que mató el suyo) y Elena casada, y así otras tales, para siempre quedaron difamadas.

Moisés tenía la mano dentro del seno sana, y en sacándola y siendo vista se mostraba leprosa. La doncella escondida y encerrada tiene su honra sana y buena, pero en saliendo a ser vista queda leprosa y con mal nombre muchas veces, y así, se debe evitar el dejarse ver de hombres, los cuales por su ocasión hacen graves males y daños de que ellas también participan, como participó Dina quedando sin honra y sin que más en la Escritura se haga mención de cosas suyas particulares, como se hace de sus hermanos.

Para que la doncella esté encerrada dice san Ambrosio que trae chapines que son grillos, y que las cadenas que traen en los cuellos las declaran que son esclavas, y así, han de estar sujetas. En la vida de san Martín escrita por Severo Sulpicio, se dice que estaba en un lugar pequeño una doncella cuya fama volaba por las ciudades principales de Francia de muy encerrada y recogida. Era su ejercicio oración y meditación, residían con ella otras mujeres, también de buena vida, y habían hecho su casa como monasterio. Tuvo della noticia san Martín, y, deseando ver si era verdad lo que se decía (aunque siempre fue muy recatado de pláticas de mujeres y visitas), pasando cerca de aquella villa quiso verla. Todo el lugar, como era costumbre adondequiera que iba, salió a recibirle. Fue a la casa donde estaba aquella sancta doncella, avisáronla de su venida a visitarla; mas ella, que era

vergonzosísima y que ni por san Martín pensaba mudar el propósito que tenía, envió a escusarse con otra de las que estaban con ella, dando algunas razones por que no salía a él. Recibiolas el sancto con muy buena gracia, por muy buenas y bastantes, y, alabándola mucho que excedía lo que había en ella, a lo que había oído decir, pasó a otro pueblo. Y estando allí envióle un regalo aquella sancta doncella. Recibiolo san Martín con alegre rostro, aunque no se sabe que en su vida hubiese recibido otro de mujer (con tanto recato como éste le parecía al varón sancto era menester vivir, y así, no fiándose de su seguridad, en nada se descuidaba). Y recibiendo aquel presente dijo: «No es razón que deseche el sacerdote la bendición y regalo que le envía la sabia doncella, mejor que muchos sacerdotes en vida y sanctas costumbres».

Cuando la vergüenza se echa a la mar (que, según Platón, es hermana del temor) todo se pierde: ni bastan guardas ni aprovechan clausuras ni lo remedian cárceles, pues faltaron el temor y empacho, que son cerradura fuerte de las mujeres. Mostraba una vez cierto hombre una ciudad a Teopompo, y, no reparando en los hermosos edificios, en las calles bien ordenadas, en las plazas muy proveidas, con otras mil cosas que había en ella dignas de alabanza, preguntole solamente si le agradaban las murallas, porque eran altas, fuertes y a su parecer muy bien labradas. A lo cual respondió el filósofo: «Si son para defender hombres, bien altas son, pero si se hicieron para guardar mujeres, bajas me parecen». ¡Oh, a cuántos tiene la experiencia enseñada esta verdad! ¡Cuánto ha que se llora esta perdición y cuán poco se remedia! No hay cabra suelta ni gama tan ligera cual la mujer si da en andar; y como dejan de andar pocas, son pocas las que viven sin manchar o tizar la fama de sus personas. Dice Quintiliano: «Muchas veces duerme el padre, cansado de trabajar para remediar la hija, y la mala hembra vela sin vela. Él está trasnochando por su honra y ella está dando trazas o haciendo embustes para perdella. El padre piensa que es una sancta y que está orando, y ella sabe de sí que es una disoluta y está hablando con los de la calle. Piensa el padre que puede ser honra de sus vecinas y ella las trae escandalizadas con sus libertades. El padre cree que puede ser maestra de honestidad y no se precia ella sino de ser discípula de Celestina. Piensa, al fin, que está muy retraída en casa y anda ella muy disimulada por las calles haciendo cocos a los que topa».

La que más se quiere diferenciar será en más o menos que lo restante: no hay huevo tan parecido a otro como ellas entre sí. Viéndolas pobres de sabiduría, que sus salidas siempre son notadas, procuránlas colorear con lo que pueden; pero poco les aprovecha, que la experiencia tiene descubiertas sus intenciones. Y aquel gran piloto deste mar, el agudo Ovidio, desengaña a todos los que las vieren salir, aunque sea a cosa devota, que no las crean. Salía una vez de casa Jantipe, mujer de Sócrates, a la cual preguntó el marido que dónde iba, y ella respondió que a ver cierta procesión. Como el filósofo era discreto y la conocía, díjola: «Nunca tú vas a ver, sino a que te vean». Esta es pura vanidad de mujeres: muertas por andar y ver sin tener cuenta con su honestidad y recato, todo les parece fácil; por dar una vuelta a la plaza darán siete vuelcos en el Infierno; con ninguna cosa tienen más horror que con su casa, en ella son huéspedas, en la calle son vecinas, y si tienen un poco de buen parecer, ¡Dios nos libre!, que a pesar de todos le han de poner en almoneda,<sup>125</sup> ya por ventanas, ya por tejados, a vista de todo el mundo.

125.- Orig.: 'almneda' (244r).

*Recogimiento de las casadas*

Amonestando el bienaventurado apóstol san Pablo a su discípulo Tito a que enseñe a las mujeres casadas, dice que sean prudentes, honestas, amen a sus maridos y que tengan cuidado de sus casas (el original dice así: «y que sean guardas de su casa»). ¿Por qué les dio Dios a las mujeres las fuerzas flacas y los miembros muelles, sino porque las crió no para ser postas, sino para estar en su rincón asentadas? Su natural propio pervierte la mujer callejera; y como los peces en cuanto están dentro del agua discurren por ella y andan y vuelven ligeros, mas si<sup>126</sup> acaso los sacan de allí quedan sin se poder menear, así la buena mujer cuanto para sus puertas adentro ha de ser presta y ligera tanto para fuera dellas se ha de tener por coja y torpe. Y pues no las dotó Dios ni del ingenio que piden los negocios mayores ni de fuerzas, las que son menester para la guerra y el campo, médanse con lo que son y conténtense con lo que es de su suerte, y entiendan en su casa y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola.

Como son los hombres para lo público, así las mujeres para el encerramiento, y como es de los hombres el hablar y el salir a luz, así dellas el encerrarse y encubrirse. Aun en la iglesia, adonde la necesidad de la religión las lleva y el servicio de Dios, quiere san Pablo que estén allí cubiertas que apenas los hombres las vean, y ¿consentirá que por su antojo vuelen por las plazas y calles haciendo alarde de sí? ¿Qué ha de hacer fuera de su casa la que no tiene partes ningunas de las que piden las cosas que fuera della se tratan? Forzoso es que, como la experiencia lo enseña, pues no tienen saber para los negocios de substancia, traten, saliendo, de poquedades y menudencias; y forzoso es, pues no son para las cosas de seso y de peso, se ocupen en lo que es perdido y liviano; y que, pues no es de su oficio ni natural hacer lo que pide valor, hagan el oficio contrario, y así es: que las que en sus casas cerradas y ocupadas las aprovecharan, andando fuera dellas las destruyen, y las que con andar por sus rincones ganaron las voluntades y edificaron las consciencias de sus maridos, visitando las calles corrompen los corazones ajenos, y enmollecen las almas de los que las veen las que, por ser ellas muelles, se hicieron para la sombra y para el secreto de sus paredes.

Y si es de lo propio de la mala mujer el vagar por las calles, como Salomón dice, bien se sigue que ha de ser propiedad de la buena el salir pocas veces de casa. A este propósito dice el poeta Menandro que es propio de la buena mujer el estar en su casa de continuo, y de las que son viles el andar fuera della. Decía un filósofo que la mujer había de hacer tres salidas: a bautizarse, a casarse y a enterralla. El Salmo ciento y ventisiete es una bendición de un casado, donde dice: «Dios te dé una mujer tan fértil y tan fecunda como una parra», de quien suelen estar pendientes innumerables racimos; pero esta parra no salga a la ventana ni a la puerta; que corre peligro de que la roben, sino sustente su fertilidad en los rincones de casa. En el *Éxodo* mandaba Dios se presentasen los hombres tres veces en el templo cada año; a la mujer no le pone mandamiento, no porque no le haya menester para salir de su casa, sino porque su devoción es tanta que sin que Dios se lo mande irá a presentarse al templo.

126.- Orig.: 'si mas' (244v).

El Esposo convidaba a la Esposa a desenfadarse, y dícela: «Amiga mía, paloma mía en los agujeros de la piedra (era tal su recogimiento que la llama paloma metida en el nido, en los agujeros de la pared), ya se ha pasado el invierno, ya comienzan a brotar las flores de la primavera, ¿todo ha de ser encerramiento? Salgámonos un poco al campo». Responde la Esposa: «Yo no quiero otro campo ni otras flores sino a vos: el saber me queréis bien y el quereros y amaros es el todo de mi contento». Galana respuesta para una mujer honrada, cuyo recogimiento había de ser tan grande que el marido solicitase sus salidas y entretenimientos, y cuando la importunase respondiese «Yo no quiero otra recreación sino a vos».

Los que juegan al ajedrez, en perdiendo la dama luego desmayan: es hacienda la de la mujer que si se pierde todo se pierde, es dama de ajedrez que todo lo anda;<sup>127</sup> que el roque tiene sus veredas, y él árfil y todas las demás piezas, mas la dama lo anda todo, y los peligros que aquella dama corre avisa a las demás damas de su clausura y de su recogimiento y del recato y recelo con que han de dejar su casa. La cierva se llama en latín *dama*, y tiene gran semejanza con la dama, porque como la cierva de una hoja del árbol que se menea se turba y tiembla, por los grandes peligros que a otras suceden, así la dama de cualquiera ligera ocasión ha de turbarse y temblar, por los grandes peligros que a otras suceden, y como hay mil cazadores tras la cierva, así también los hay tras las damas, a quien tan bien les está el recogimiento para librarse de sus lazos y enredos. Y porque estén encerradas no se persuadan ni piensen que no serán conocidas o estimadas, porque ninguna cosa hay que así las haga preciar y estimar como el asistir en su casa a su oficio; como se dice<sup>128</sup> de Teano la pitagórica, que siendo preguntada por otra cómo vendría a ser señalada y nombrada, escriben que dijo que hilando y tejiendo y teniendo cuenta con su rincón. Porque siempre a las que así lo hacen alaba y ensalza todo el pueblo sobremanera, señalándola por honra y espejo de las damas.

Fidias,<sup>129</sup> famoso escultor, habiendo hecho una hermosísima imagen de Venus, la puso y plantó de pies encima de una tortuga, lo cual declara Alciato y otros que significaba que la mujer debe andar y hablar muy poco, como lo hace este animal; en contrario de lo cual las de nuestros tiempos, no solamente dicen que se ha de andar y que es cosa loable el ser callejeras, sino que también ha de ser sobre oro y plata, y que entre estas tales tortugas se han ellas de plantar y no en otras. Pierio Valeriano escribe de las egipcias que andaban descalzas por que se avergonzasen de andar así fuera, y si anduviesen se lastimasen presto y se volviesen a su casa. Pausanias dice que en el territorio de Lacedemonia estaba la estatua de Venus sentada y con un sombrero tan calado en la cabeza que le cubría los ojos, y con grillos a los pies, para que deprendiesen las mujeres en aquella figura que ni habían de tener ojos para mirar ni pies para andar. Estimaron en tanto Tucídides y Gregorio Nacianceno el recogimiento de las mujeres, que dijeron que no solamente sus personas no se habían de ver fuera de sus casas, sino que ni sus nombres se habían de oír; y Plutarco dice que querría que, de virtuosas, tanto se escondiesen que solamente sus alabanzas sonasen. ¡Oh recogimiento de mujeres, valor nunca apreciable, dote bastante de su casamiento, abundante riqueza del que tal mujer alcanza, honra de la casa donde mora, dechado de

127.- Orig.: 'manda' (245r).

128.- Suplo 'se dice' (245v).

129.- Orig.: 'Fidras' (245v).

su vecindad, honorable muestra del pueblo de su vivienda, refulgentísima corona de su linaje y resplandor ilustrante de sus descendientes! Decía un filósofo que la mujer casada no ha de imitar a la Luna, la cual en presencia del Sol nunca parece, o, si parece, casi no se echa de ver; y en ausencia del Sol sale muy hermosa y resplandeciente: la mujer, estando presente su marido, bien le está el asearse y dejarse ver a su tiempo; mas, estando ausente, ninguna cosa le está mejor que el recogimiento y encerramiento. Tratándose de los oráculos que antiguamente respondían y de las Sibilas que fueron tan sabias y profetisas, dijo un avisado que siempre había una Sibila muda en el mundo, y de las que mejores consejos y respuestas habían dado, y que ésta era el almohada del estrado de cada una.

### Capítulo vigesimooctavo: De la honestidad y limpieza con que las monjas deben conservarse en su sancto estado

**B**EROSO Caldeo dice que la mujer de Noé, llamada Titea (y de los latinos Tierva, porque era madre de todos los que viven, y después de muerta fue llamada Vesta, que significa *juego*), juntó mucho número de vírgines que en compañía, guardando virginidad, tuviesen en guarda el fuego eterno de los sacrificios: tan antiguo como esto es el estado de las religiosas. Y como la mujer de Noé fuese la primera que a las vírgines hiciese guardar aquel fuego de los sacrificios, vínose a llamar Vesta, que significa *fuego*, y las vírgenes que le guardaban en compañía se decían vírgines Vestales. Pues el Demonio, como sea una simia de Dios, cobdicioso de alcanzar aquellas honra y veneraciones, instituyó entre los gentiles, y particularmente entre los romanos, que se levantasen edificios y encerrasen en ellos doncellas que también se llamasen vírgines Vestales. Pues si el Demonio así se abrasa en envidia del estado de las religiosas, de gran preciosidad debe ser (porque no tiene el Demonio envidia de pocas cosas), y es de tanta que cuando algún alma bien lo entendiera negara todos los gustos del mundo por alcanzarle.

Tenía algunos celos Lía de su hermana Raquel porque, como fuese más hermosa, el patriarca Jacob íbase más con Raquel que con ella, y como viese Raquel a Rubén, hijo de su hermana Lía, traer del campo unas mandrágoras, oliéronle tan bien que, con un abrasado deseo de que se las diese, se las pidió a su hermana Lía. La cual muy enojada, dijo: «Pues ¿no te basta que cada noche me llevas a mi marido, sino que también ahora me quieres llevar las olorosas mandrágoras?». Raquel, por no privarse de aquel deseo, dale el marido diciendo: «Duerma contigo esta noche: porque me das las mandrágoras no quiero gozar de Jacob». La doncella a quien Dios favorece para que alcance a oler el suave olor de las celestiales mandrágoras, de aquellas olorosas flores y sabrosas frutas con que su Esposo se recrea, tanto gusto y contento recibe en esto que dirá a todas las demás mujeres: «Hartaos de dormir con vuestros maridos, que yo no quiero ni amo otras cosas sino estas divinas mandrágoras. Y si las demás supiesen qué cosa es el estado religioso de la sancta virginidad, estoy cierta que trocarían la libertad por el encerramiento, las galas por el monjil, el copete por el triste velo, los esposos terrenos por el Celestial y divino. El cual ama y mira tanto por sus esposas que como cuando se precia mucho una imagen o una rica joya le echa el que la posee una cubierta y otra, unos cendales y velos para que el polvo ni el aire no le toque, así Cristo, por el grande amor que a sus esposas tiene, para mejor guardarnos,

como a cosa tan preciosa y estimada en sus ojos, en el día de nuestro desposorio nos echa un velo y una red y tantos defensivos con que estemos guardadas del polvo y aire inficionado de las vanidades y deleites del mundo para que con ellos no sea perjudicada y estragada nuestra hermosura».

Las divinas letras dicen que había mujeres recogidas en un atrio a la puerta del templo *quae observabant ostium, vel excubabant, vel militabant*. Donde también se colige que es antigua cosa el recogerse las mujeres en una casa o monasterio para servir y alabar a Dios, y que ésta no ha sido invención nueva ni humana, sino muy antigua y ordenada por Dios; y cuando enviudaban traían sus espejos al templo a los sacerdotes, significando en esto el renunciar y despreciar de allí adelante los afeites y galas mundanas, que es muestra evidente que se dedicaban a Dios; y descuidáronse a tratar con los sacerdotes hijos de Elí, y de ahí vinieron a envolverse con ellos. San Jerónimo dice que aquellas mujeres velaban, que hacían escolta soldadesca a Dios, porque así como los soldados no curan de hacer olla ni de aderezar otros manjares delicados, ni usan de camas blandas para dormir reposada y regaladamente, así las religiosas han de hacer vida muy áspera, ajena de todo regalo humano, procediendo con el orden y concierto que conviene a ejército de Dios. Y para eso se encierran: para trabajar, velar, llorar y sufrir injurias y denuestos.

Mandaba Dios en el *Levítico* que se hiciese igual descargo con los sacrificios de la expiación por el pecado del sacerdote como por todo el pueblo, igualando en la balanza de su juicio aquel uno a los otros muchos. También por el mismo caso mandaba que la hija del sacerdote adúltera no pasase por la ley ordinaria de las otras adúlteras siendo apedreada como ellas, sino que fuese quemada, juzgando por el rigor deste castigo cuánto más grave era el delicto en ella que en las demás, por deber ella estar más resuelta y bien instruida en la ley de su obligación. ¿Quién ahora con mayor obligación debe ser fiel y leal a su buen esposo que las vírgines consagradas a Cristo, nuestro Redemptor y Señor, instruidas y enseñadas con la continua y sancta doctrina de la sagrada religión, que a cada paso les representa su grande obligación y el riguroso castigo que les será hecho si así no lo hacen, no como a las hijas de los sacerdotes, que eran de menos dignidad, sino como a falsas y desleales a su celestial Esposo Jesucristo, señor del cielo y de la tierra, digno de toda reverencia y honor?

Todo pecado de deshonestidad es feo, y muy culpable y parece muy mal; mas cuando acae caer una raza deste pecado en una persona religiosa es sin comparación más feo y detestable y merece mayor castigo. Por esta causa debe ser grande la integridad y limpieza que las personas religiosas son obligadas a guardar, a quien por particular favor sacó Dios de las inmundicias y heces del mundo y las llamó para sí y las encerró consigo, como hizo el Esposo a las vírgines prudentes, cerrando tras sí la puerta para que no pueda entrar obra, consentimiento, ni pensamiento ni rastro de deshonestidad donde ellas estuvieren. Es Dios muy celoso (y éste es su nombre, como dijo Él mismo en el *Éxodo*), y por eso quiere que las que él escogió para esposas vivan muy encerradas, muy honestas y recogidas y con gran limpieza. Bien conocía la Esposa cuán amigo es Dios de limpieza, y por eso dice dél que se apacienta entre los lirios, que significan la castidad. La cual era tan estimada acerca de los gentiles que por eso adoraban por diosa a Vesta y la reverenciaban entre sus dioses. Vesta era la que tenían las vírgines Vestales por patrona y por abogada, y su simulacro estaba puesto en el templo de la Victoria para dar a entender la victoria que alcanzaban las vírgines de sí mismas.

Dice san Bernardo que la virgen viva con temor y recato, y si quiere estar segura tema la seguridad, y si quiere estar libre de demonios tema a los ángeles, como temió la Virgen y se turbó cuando en su encerramiento vido a san Gabriel, porque el Demonio se transfigura en ángel de luz. «¡Oh, que es ángel del cielo este con quien trató! Es un eclesiástico que cada día recibe a Dios y es un santo»; con todo eso, se debe temer y no tratar con él sino con mucha necesidad. Por esto decía el glorioso padre san Francisco: «¿Qué necesidad tiene mi fraile de comunicar ni hablar con una mujer si no fuere para confesarla y predicarla?». Todos los sanctos eran recatadísimos y temerosos de ofender a Dios, y así, temían la seguridad. En el segundo concilio que en Sevilla se celebró, reinando Sisebuto en España, en el canon onceno, queriendo favorecer el estado de las monjas, dice así: «Habemos determinado que los monasterios de la religiosas vírgines sean gobernados por los religiosos, creyendo que proveemos saludablemente a las religiosas cuando las elegimos prelados espirituales con cuya providencia no solamente sean amparadas, mas y aun con su doctrina enseñadas y edificadas. Aunque queremos que los monjes tengan cautela de estar apartados de la morada de las monjas, y ni aun a el abad o prelado sea lícito hablar con ninguna religiosa (si no fuere con la prelada) cosa que no toque a la edificación de la consciencia. Y aun con la prelada no es bien que hable muchas veces a solas, mas esas pocas veces que fueren, sea delante de dos o tres religiosas y con toda brevedad; porque Dios nos guarde que queramos ver muy familiares a los religiosos con la religiosas, sino que sea probatísimo el que hubiere de tener cargo dellas procurándoles su rentilla, por que ellas se den totalmente a Dios, y ellas, en recompensa de lo que ellos les dan de provecho con su diligencia y trabajo, les proveerán de vestuario». Esta es muy buena doctrina, y los que la quebran darán estrecha cuenta a Dios.

Afirma Suídas que Numa Portillo prohibió vestirse las monjas Vestales de colores, sino de blanco, por que con sus atavíos no provocasen a los hombres a cosas que fuesen contra su virginidad y honestidad. San Jerónimo, escribiendo a Tleta,<sup>130</sup> noble romana, dice: «Una señora muy noble, llamada Pretexta, por mandado de su marido Gemecio, que era tío de la sancta virgen Eustoquia, procuraba mucho de vestir y ataviar profanamente a la misma Eustoquia, de peinarle y enrubiarle los cabellos, queriendo por este medio mudar el sancto propósito de la Virgen y el deseo de Paula, su madre; y cierta noche le apareció una persona terrible, y con rostro feroz y airado le dijo: «¿Cómo has tenido atrevimiento con esas manos sacrílegas tocar los cabellos de la virgen? Las cuales por este pecado se te secarán si perseverares en tal maldad, y dentro de cinco meses morirás y te condenarás perdiendo a tus hijos y marido». Todo se cumplió así, y la acelerada muerte que tuvo descubrió la falta de la penitencia, y desta manera tomó Dios venganza de los profanadores de su templo y así defiende las piedras preciosas de las castas doncellas a Él consagradas.

San Gregorio Turonense escribe que una doncella muy sierva de Dios, llamada Vitalina, se metió monja en un monasterio de Artona, y habiendo vivido loablemente, pasó desta vida y fue sepultada con grande honor y pompa. Por este tiempo tuvo della noticia san Martín y la fue a visitar. Y llegando a su sepulcro la saludó y ella, aunque estaba muerta, le pidió que la bendijese. San Martín hizo oración por ella y después le dijo: «Dime, sanctísima virgen, si mereciste ya gozar de la presencia del Señor». Respondió: «Una cau-

130.- O 'Thleta', o 'Leta'.

sa me lo ha impedido, que en el siglo parece muy fácil y ligera, y es que en el día de viernes, en el cual sabemos que padeció el Redemptor del mundo, me lavaba curiosamente la cabeza». Mucho sintió san Martín estas palabras, e, ido de allí, dijo a sus clérigos: «¡Ay de nosotros que andamos en este mundo! Si esta virgen consagrada a Dios halló impedimento porque se lavó la cabeza con curiosidad el día del viernes, ¿qué haremos nosotros, tan persuadidos a pecar del engañoso siglo?». Después, por los méritos de san Martín fue esta virgen a gozar de la presencia de su celestial Esposo.

San Jerónimo exhortando a las vírgines consagradas a Dios, dice: «Si pensáredes, hijas, en el espantoso día del Juicio, tened por cierto que os agradarán más las ropas viles y pobres que las mujercillas locas del siglo aborrecen, y que entonces estimaréis el paño rústico y grosero en más que las holandas y carmesí; entonces los tocados ásperos y sin artificio os serán más agradables y vistosos que de seda, porque estas son las ropas que a las monjas pertenecen, y no el vestido de paños ricos y preciosos, con las hechuras galanas y pompasas; que a las que éstos usan no las tengo yo por monjas, sino por viles y malas mujeres. Pensad, hijas, que los cuerpos muertos no tienen necesidad de preciosos y galanos atavíos: las cosas del siglo, muelles y viciosas, dejaldas para la gente regalada que está en las casas de los príncipes. Y, pues de todo en todo pusistes el mundo debajo de vuestros pies, razón es que andéis vestidas de ropas pobres y desgraciadas al mundo, y tales que, si alguno deshonestamente os mirare, tenga más ocasión de reír y burlar de vosotras que de cobraros amor. Asentaos, hijas, a la mano derecha del Esposo vestidas (de dentro, no defuera) con ropas doradas con el oro subido de caridad y amor. Esté vuestra ropa cercada de diversidades, en tal manera que ninguna de todas las virtudes falte en vuestros atavíos, los cuales anden adornados de casia y mirra para que las demás doncellas salgan del siglo y vayan corriendo tras el olor sancto de vuestras virtudes. Esta tal hermosura es la que cobdicia y ama en vosotras vuestro Esposo y Rey eterno».

Tito Livio dice que a trecientos y treinta y cinco años de la fundación de Roma fue acusada Postumia, monja Vestál en Roma, sobre haber perdido su virginidad, mas que fue falso testimonio. La ocasión que se tuvo para juzgar mal della fue por haber sido demasiadamente conversable con seglares y muy dada a conversaciones gustosas con excesiva desenvoltura respecto de su religioso estado. Fue también muy curiosa en se tocar y vestir y dejarse ver. Por estas razones fue juzgada ser mala de su cuerpo; y como el Colegio Pontifical examinase la verdad de su acusación, el Pontífice máximo la dio por libre de lo del pecado carnal, mas no de la nota de su liviandad, y así, la requirió que se dejase de aquellas galas y curiosidades, repugnantes a la mortificación de la carne y a el menosprecio del mundo que profesaba, pues no se procuran tales excesos sino con excesivo deseo de parecer bien para mal.

Como el Demonio viese que el santo Moisés tardaba tanto en el monte Sinaí (donde estuvo cuarenta días con sus noches), instigó los corazones de los hijos de Israel, y ansí, por su persuasión dijeron a Aarón: «Danos dioses que adoremos para que nos favorezcan y libren en este camino, porque no sabemos qué se haya hecho Moisés, que nos sacó de Egipto». Viendo Aarón la determinación con que le pedían dioses, temió algún gran mal, y para entretenerlos y apartarlos de tan mal propósito pidioles las joyas de oro que sus mujeres y hijas tenían en sus cuellos y orejas (los brazaletes y anillos con que se adornaban y componían, con que se hizo el becerro) creyendo que en ninguna manera darían las



mujeres estas cosas que tan en el corazón tienen y estiman y así se escusaría de la muerte y cesaría la diabólica demanda que le había sido pedida; y si acaso fuese puesta en efecto (como se puso), cuando este yerro tan grande fuese emendado y el Demonio otro semejante les persuadiese, quedasen del pasado tan escarmentados por la falta que sus ricas y preciosas joyas les hiciesen que no les pasase por el pensamiento acometer semejante maldad y idolatría que tan costosa y cara les había salido.

Esto mismo permite Dios muchas veces que suceda a las religiosas que, olvidadas de su celestial Esposo y Señor, ponen sus aficiones en algunas personas que con grande ardid, lisonjas, falsedades y tiranías les roban cuanto tienen para su regalo y necesidad, y cuando veen que ya no tienen qué dar, con livianas ocasiones forman sus querellas para retirarse de su amistad, para que echando de ver las tales religiosas cuán costoso y caro les ha salido el falso ídolo que por su voluntad adoraron con tanto exceso de amor, y el tiempo que perdieron en servirle y las afrentas grandes que pasaron por sustentar su amistad, y el desasosiego y inquietud que en sus conciencias trujeron mientras duró, escarmentadas de tantos daños y tormentos como pasaron dejen de adorar a otro y se vuelvan a su verdadero Esposo y Salvador Jesucristo, que siempre salió fiel y verdadero en sus grandes promesas a sus fieles esposas.

Con gran razón es afeada y abominable la traición que la esposa comete contra su esposo, cualquiera que sea, y mucho más lo debe ser la que se comete contra el Esposo y Príncipe celestial, a quien no se le puede cometer traición que le sea oculta ni que della no pueda tomar toda satisfacción y venganza; y porque en mi suficiencia y espíritu no hay caudal para representar el atrevimiento grande deste pecado y los daños que consigo trae, referiré aquí una reprehensión que el glorioso doctor san Ambrosio dio a una religiosa comprendida en este delito, la cual dice así:

«Oídme agora todos, los que estáis presentes y vivís ausentes, y los que teméis a Dios. Cuando se alegra su Iglesia juntamente os alegráis, y cuando se entristece lloráis, según que está escrito: 'Alegrarse con los que se alegran y llorar con los que lloran.' A vosotros digo y a vosotros llamo, los que tenéis caridad verdadera en el Señor y no sólo no os da contento el pecado, pero le lloráis amargamente. Parad mientes a las palabras de mi boca y juzgad si proceden de justo dolor. Temblad conmigo oyendo la estrañeza de una maldad que agora se ha descubierto: una virgen ilustre consagrada al Señor, sabia, discreta y doctrinada, ha dado consigo en el cieno de la torpeza, ha concebido dolor y parió iniquidad, hase echado a perder a sí y ha amancillado la Iglesia. De esta triste caída cada una de las ánimas cristianas ha recebido en sí una grave herida habiéndose lo que era sancto entregado los perros y las preciosas margaritas arrojado a los puercos, porque los rabiosos carnales contaminaron el nombre de sanctidad y los sucios y encenagados hollaron el inestimable propósito de castidad. De aquí nace la turbación de mi espíritu, de aquí el furioso dolor que me atormenta, porque un mal arrebató y lleva tras sí muchos bienes, y la nubecilla de una pecadora eclipsa casi todo resplandor de la Iglesia. Usaré, pues, de la voz del Profeta, y lamentando, diré: Oídme todas las gentes y contemplad mi dolor: mis vírgines y mis donceles por sus pasos contados fueron al captiverio. Captiverio es éste verdaderamente, donde las ánimas son llevadas por el pecado a la muerte captivas y poseídas de la tiranía del Demonio. A ti, pues, vayan agora enderezadas las flechas de mis razones, que fuiste principio y autora destes males. Perdiste, desventurada, por muchas vías la gloria de

la virginidad, y con ella muchos e incomparables bienes: eras doncella en el paraíso de Dios (es a saber, entre las olorosas flores de su Iglesia); eras esposa de Cristo, eras templo del Señor, eras morada del Espíritu Sancto. ¡Ay, desdichada!, que de cuantas veces digo *eras* tantas es razón que sospires, pues ya no eres lo que fuiste. Andabas en la Iglesia como aquella hermosa paloma de quien está escripto que traía las alas plateadas y las últimas plumas de las espaldas de color de oro amarillas. Resplandecías como la plata, relucías como el oro cuando caminabas sencilla con limpieza de tu consciencia. Eras como estrella rutilante en mano del Señor: no tenías que temer el viento, no el nublado, no el torbellino de cualquiera tempestad. ¿Qué ha sido agora esta tu súbita perversión, esta tan arrebatada calamidad y repentina mudanza? De virgen de Dios te has hecho corrupción de Sata-nás; de morada del Espíritu Sancto, cabaña del Demonio; la que solías salir en público como paloma agora estás sepultada en las tinieblas de la tierra, como el lagarto; la que por el nombre de virgen resplandecías como el oro ahora has quedado más oscura y soez que el lodo de las plazas, en tanto grado que eres hollada aun de los hombres profanos, viles y de ninguna estima; la que resplandecías como clara estrella en la mañana del Señor quedaste tenebrosa y convertida en carbón, como cometa caída del alto cielo. ¡Ay de ti, desventurada, que tantos bienes perdiste por un deleite breve y transitorio! ¿Qué esperanza te ha quedado de los favores que recibías de tu Esposo y Señor habiendo apartado esos miembros de su caridad y amor y hécholos miembros de mala mujer? ¿Qué Espíritu Sancto te visitará habiendo cerrado la puerta a aquel limpio Señor, que huye y se aleja aun de los pensamientos sucios? Considera, cuitada, cuál de los Sanctos o cuál de las Sanctas no temblará de llegarse a ti. Si puedes, abre los ojos, alza la cabeza. ¿Puedes por ventura mirar con alguna confianza a alguno de los Sanctos? El crimen que has cometido ¿no te hace bajar el rostro de la consciencia y rebatille como plomo? ¿No ves las espesas tinieblas y triste obscuridad de que estás cercada? ¿No ves la turbación y desasosiego que causan en tu alma el temor y el temblor? Si sepultada en tan grave confusión no puedes poner los ojos en los hombres vestidos de carne y sujetos por ventura a alguna flaqueza humana, ¿qué harás deshonorada en presencia de los castísimos Apóstoles y demás Sanctos? Pero dirás por ventura: ‘No pude sufrir aquella tentación, como miserable y vestida desta carne flaca.’ A esto responderá la bienaventurada sancta Tecla, con otras sus compañeras sin cuento: ‘Y nosotras ¿no anduvimos también vestidas de la misma carne?. Pero su fragilidad y malicia no fue parte para menoscabar en nosotras el entero propósito de castidad, ni la crueldad de los tiranos le pudo derribar con diversas invenciones de tormentos, porque, a la verdad, no puede el cuerpo ser violado si no está primero violada el alma, de donde aquella alma quedará amancillada con pecado que precede a la carne en el deleite. Pero dirasme: ‘Yo no lo quise, hiciéronme fuerza.’ Responderte ha por ventura aquella casta Susaña: ‘Y yo también ¿no estuve puesta entre dos ancianos, entre dos jueces del pueblo, en medio de los jardines del Paraíso? Pero puesta en estas ocasiones no pude ser vencida porque no quise ser vencida. A ti ¿cómo te pudo hacer fuerza y vencerte un mozo liviano en medio de la ciudad, sino porque voluntariamente quisiste dejarte vencer.’ ¡Ay perdida! ¿No ves ya los caminos de todo punto cerrados a las excusas? ¿No sientes ya cuánto mal haya causado a tu cuerpo y ánima la abominable torpeza? Nunca tu padre presumiera ni pensara de ti tal deshonestidad, el cual te tenía por alivio y honra y gloria singular de su vejez. Nunca tu madre creyera que le habías de ser autora destas lágrimas y

tristeza cuando de los gemidos que había dado en el parto por ti se consolaba con el tesoro de tu virginidad. Nunca tus hermanos y hermanas esperaron de ti tal deshonra, los cuales todos tienen como con un puñal heridas y travesadas sus entrañas. Si Dios fuera servido de llevarte de alguna enfermedad ordinaria, ya que tus padres por una parte con entrañas de amor te lloraran por defunta, por otra se consolaran en grande manera considerando que enviaban delante una virgen sin mancilla, una esposa del Señor, un sacrificio vivo y una favorable intercesora para el perdón de sus pecados. Pero ahora los tristes llorando muerta y no muerta, viva y no viva, conviene a saber: muerta en la gloria de la virginidad y viva en la deshonra desta maldad. Tu padre se muestra ingrato a sus entrañas porque dellas fuiste engendrada; tu madre maldice su vientre, de donde para tan desdichada suerte saliste a luz. No hallan vía ni manera de consuelo para mitigar su dolor sino sola ésta (que les parece alguna): que ni tu padre te compelió ni tu madre te forzó a la profesión deste estado virginal, sino que tú, de tu bella gracia y propia voluntad, le escogiste. ¿No te acuerdas de aquel sancto y glorioso día de la Resurrección del Señor, cuando te ofreciste al altar divino, donde te pusieron el velo? Ibas entonces entre aquel solemne convento de la gloria de Dios, entre aquellas antorchas resplandecientes, entre aquellos castos pretendientes del reino celestial, como reina que se va a casar con el Rey. ¿No tienes memoria de la plática que allí se te hizo, cuando te dijeron: ‘Oye, hija, y mira no te acuerdes ya de tu pueblo ni de la casa de tu padre, y enamorarse ha el Rey de tu hermosura, porque Él es tu Dios y Señor’? Considera, pues, cuánta y cuán noble gente se congregó entonces a las bodas de tu Esposo y Señor. Razón fuera que hubieras guardado la fe que le diste en presencia de tan ilustres testigos y trujeras siempre en tu corazón quién era el Esposo a quien habías prometido tu virginidad. Justo fuera derramar antes la sangre de tu cuerpo, con la vida, que perder el precioso tesoro de la castidad. Dichas, pues, aquel día de tu profesión estas palabras y otras muchas en alabanza de tu castidad, fuiste cubierta con el sagrado velo, donde todo el pueblo, firmando tu dote y casamiento no con tinta sino con devoto espíritu, respondió juntamente *Amén*. ¡Ay triste de mí, que, vencido de lágrimas, desmayo acordándome destas cosas! Duros estímulos lastiman mi corazón considerando estos ejemplos, porque si cualquier mujer del siglo que ante diez testigos celebró sus desposorios, después de haber consumado el matrimonio con un hombre mortal, no sin grave peligro comete adulterio, ¿qué piensas que será de la que por sacrílega tentación quebranta la fe del matrimonio espiritual que celebró con el dulce y divino Jesús entre innumerables testigos de la Iglesia, en presencia de los Ángeles y de los ejércitos del cielo? No sé cierto si para tal se puede hallar bastante género de muerte o castigo digno de tu grave exceso. Dirame alguno: ‘Luego mejor es casarse que abrasarse.’ Este dicho del Apóstol no habla con la que hizo voto de castidad y puso velo, que esta tal ya por su voto se desposó y por el sancto velo está casada y cohabita con el inmortal Esposo, y si en ese estado trata de casarse, por la ley del matrimonio comete adulterio y se hace esclava y subjeta a la muerte. Si esto es así, ¿qué diremos de la que con paliada y sacrílega torpeza pierde la pureza virginal y finge lo que no es? Virgen en el hábito y no virgen en la obra: antes dos veces adúltera, en obra y en la apariencia. No tienes de qué quejarte de nuestra negligencia, porque ni a ti ni a otra fue negada jamás cosa de las que pertenecen al oficio pastoral. Allí se te mostró amor espiritual y no te faltaron sanctas amonestaciones, fuiste llevada al monasterio de las vírgines, donde no solamente debieras de estar segura puesta entre tan-

tas, pero pudieras, si quisieras, dar seguridad a las otras. Declarete el Himno de las Vírgines para que cantases la gloria junto con la observancia de tu buen propósito, pero ¡ay de mí, que sembré junto al camino, sembré entre espinas, sembré entre piedras! Porque o las aves (que son los demonios) arrebataron mis palabras de tu corazón o se ahogaron en tus sucios pensamientos o con el demasiado calor de tu concupiscencia se secaron. ¡Ay dolor, que adonde pensé edificar oro y plata y piedras preciosas parece que labré madera, heno y paja: materiales aptos y dispuestos para el fuego. Diré, pues, con el Profeta: ‘¡Ay de mí, que he quedado como el que anda a espigar por el agosto!’ Verdaderamente, si hicieras este daño a tu persona sola pena causarás, pero en alguna manera tolerable; mas dime ahora, ¿cuántas ánimas tienes heridas de muerte con tu pecado? ¿A cuántas hiciste por ocasión tuya torcer de su buen propósito? ¿Cuántos labios de infieles se han ensuciado burlando y blasfemando del camino de Dios? Los gentiles ponen lengua en nosotros y la sinagoga de los judíos por esta deshonra salta contra la sancta Iglesia de placer. Y si aquel que escandaliza a uno debe ser atado a una piedra y sumido en el profundo del mar, ¿qué juzgarás de ti, por cuyo delicto todas las ánimas están lastimadas y el nombre del Señor blasfemado entre las gentes? Todas las veces que oyes decir ‘Oh virgines’, ¿no te parece mayor la cumbre de tu maldad? Veeste, pues, ¡ay miserable!, herida; veeste prostrada y abatida. Suele la infamia seguirse tras el hecho, mas la tuya antes se publicó que el delicto; porque habrá como tres años que, sonándose de ti un rumorcillo y murmuración, tú volvías por tu inocencia y públicamente en la iglesia pedías justicia a Dios de los infamadores. ¡Oh, cuántas quemazones llevé yo allí por amor de ti, y cuantos trabajos padeció tu padre volviendo por tu honra, haciendo entrambos pesquisa para venir a descubrir el autor de tu deshonra!, porque nos parecía cosa recia e intolerable que de una virgen del Señor se murmurase o presumiese tal cosa; pero tú ni temiste esto ni se te puso delante que podías venir a ser fábula y oprobrio de tus enemigos y a tener agraviados los que procuran tu buena reputación. Grande atrevimiento y temeridad fue la tuya en pensar que como tu propia consciencia no te remordía, por tener la virginidad disimulada, así podías seguramente engañar a Dios; mas aquel que no sabe decir mentira ha descubierto esta sacrilega maldad. Olvidada estás ya de tu buen propósito, olvidada de tus padres, olvidada de la Iglesia y de la gloria de tu dignidad, olvidada del honor de tu virginidad y también del reino prometido y, finalmente, de aquel terrible juicio de Dios. Amaste la corrupción y diste fruto de confusión, pues el fin ¿qué será sino acabamiento muy cruel y muerte sempiterna? De una gran llaga grande y prolija ha de ser la cura, y a un grave delicto de fuerza le ha de corresponder grande satisfacción. Examina contigo misma tus culpas y, retratándolas de tu corazón, haraste dellas juez riguroso; y sobre todo tienes que acabar con todos los cuidados de este siglo y, imaginándote muerta (como realmente lo estás), pensarás cómo podrás resucitar. Allende desto, has de vestir luto y castigar tu corazón y cada uno de tus miembros según que lo han merecido: corta ese cabello, que por vanagloria fue ocasión de tus flaquezas; vierte lágrimas de esos ojos que miraron no con sencillez al varón; deslústre el rostro que andaba antes deshonestamente curado; padezca el cuerpo sin cuidar dél: ande curtido, rociado de ceniza, cubierto de cilicio, como antes vivía tan pagado de su regalo y hermosura; derrítase el corazón como la cera, macerándose con ayunos, considerando por qué liviandad vino a rendirse al enemigo; castíguese también el sentido, pues, siendo señor de los miembros del cuerpo, se sujetó a la tiranía del Demonio. De esta aspe-

reza de vida y deste ejercicio de penitencia, si fuere perseverante, podrás esperar, ya que no la gloria del mundo, a lo menos alivio de la pena. Porque dice Dios: 'Convertíos a mí y yo me convertiré a vosotros. Convertíos de todo corazón con ayunos, con lágrimas y llanto; romped vuestros corazones y no vuestros vestidos, porque soy piadoso y misericordioso.' Desta suerte se convirtió aquel gran rey David y alcanzó gracia del Señor, y la ciudad de Nínive, que estaba en pecado, haciendo lo mismo escapó de la muerte. ¿Quién te podrá conhortar, virgen hija de Sión?, porque grande es como la tormenta del mar tu contrición. Derrama lágrimas como agua de tu corazón en presencia del Señor, levanta las manos al cielo pidiendo el remedio de tu alma y de tus pecados y guarda en tu lamentación esta orden: Primeramente, no se te pase día de rezar el psalmo de *Miserere*, porque fue compuesto por otro semejante delicto, y cuando llegares a aquel verso que dice: 'No desprecia Dios el corazón contrito y humillado,' reitérale con lágrimas y gemidos. Después desto, prostrada ante el divino Juez, dirás esta lamentación con entrañable compunción: 'Señor, no me reprehendas con tu furor ni me castigues con tu ira: tus saetas tengo enclavadas en mi alma y no hay salud en mi cuerpo ante el acatamiento de tu severidad ni paz en mis ojos ante la faz de tu ira, porque mis pecados han crecido sobre mi cabeza y como una pesada carga se han aplomado sobre mí; mis heridas ya sanas se tornaron a encrudecer y apostemar por mi gran necesidad. Combatida soy de miserias hasta la fin y los gemidos de mi corazón me hacen bramar. Mi corazón dentro de mí está turbado, y la fuerza me ha faltado y la lumbre de mis ojos no está ya conmigo. Desamparásteme, Dios mío, y asolásteme. Mostrásteme aspereza y covidásteme a vino de compunción. Hasme echado de tus ojos: ya no esperaré de ver el templo sancto tuyo puesta en este destierro. ¿Qué provecho vendrá a mi sangre si desciendo a la corrupción? ¿Por ventura harás milagros con los muertos o podrán los médicos resucitallos? Palabra tuya es: 'No quiero la muerte del pecador, sino su conversión, para que viva.' A ti, Dios mío, me convierto, porque Tú solo puedes reparar todos los daños y soldar las quiebras y sacar las almas del captiverio del Infierno. Tú, Señor, sueltas los aprisionados, sanas los lisiados, alumbras los ciegos y resucitas los muertos. Descarriada ando como oveja perdida: busca, Señor, esta tu sierva, por que no me trague el lobo carnicero. Muchos dicen a mi ánima no alcanza la salud de su Dios, pero tu consejo Señor, contigo está. ¿Cuántos días le quedan a esta tu sierva para hacer con ella favorable juicio? Desmaya mi alma deseando la salud de tu mano, mis ojos fallecieron llorando y mi gloria se vertió en la tierra. ¿Cuándo pondrás tus ojos en mí y reconciliarás mi ánima? Ya me castigaste, Señor, por mi maldad y dejaste mi alma seca como el araña: acuérdate que soy polvo, mira mi abatimiento y miseria y absuélveme de todos mis pecados. Perdóname y haz de manera que lleve este refrigerio antes que parta, porque dende adelante no seré en la vida, y el Infierno no hay quien te alabe. Poderoso eres, Señor, para romper las ataduras que me tienen presa y ligada: no me desprecies, como no despreciaste la torpe Rahab. Aparta, Señor, tu ira de mí, que yo confieso haber pecado impiamente contra ti. Justifica mi causa y sácame a luz, Dios, de las virtudes. Concédeme el fruto de la penitencia y la perseverancia de la confesión por que no me endurezca el engañador de mi alma. Esta merced, esta gracia te suplico, mi Dios, reciba yo de esa fuente de tu misericordia para que, así, te confiese y alabe para siempre jamás».

Hasta aquí es de san Ambrosio, que por ser doctrina tan sancta y devota y palabras tan penetrativas y eficaces me pareció era bien ponerlas en este capítulo, para que las personas

que las leyeren adviertan si la reprehensión y corrección deste sancto doctor habla con ellas y si la medicina de su consejo viene bien para las heridas de sus consciencias.

¡Oh, y cómo a las que no viven con la honestidad y limpieza que deben a su sancto estado les valiera más no haber venido a la religión, para que las ofensas que a su Criador y Redemptor hacen, en el estado secular no fueran tan graves y tan aborrecibles como lo son en la sagrada religión! Cuando aquél maldito viejo Semeí arrojaba piedras contra David, uno de los caballeros que lo acompañaban se movió a querer tomar dél venganza y quitarle la vida por no dejar sin castigo una descortesía y atrevimiento tan grande hecho contra su rey y señor; mas el sancto Rey dijo entonces: «Veis que voy huyendo de mi propio hijo Absalón, salido de mis entrañas, que procura quitarme el reino y la vida, y ¿teneis a mucho que me persiga y baldone este hombre vil y de baja suerte?». Este mismo argumento puede hacer Cristo nuestro Redemptor cuando se le hicieron algunas injurias y afrentas por alguna mala religiosa que contra toda razón tenga título de sierva y esposa suya (la cual Dios no permita, por su misericordia, que haya): «¿Qué maravilla que haya entre las mujeres seglares quien me haga tantas ofensas, y me baldone con sus disoluciones, atrevimientos y malos tratos, pues entre las que escogí por esposas y truje a mi sancta casa para que en ella viviesen con gran limpieza y perfección y me alabasen y sirviesen con gran lealtad, y que son como hijas de mis entrañas, así hay quien se desmande y atreva contra mí?

Beroso Caldeo y Quinto Favio Píctor escriben y prueban cómo la gran Titea, mujer del sancto Noé, se llamó Vesta y estableció luego, en pasando el Diluvio, la religión de las Vestales en Armenia. Y a cabo de poco pasaron a Italia y allí, en la Toscana, también se fundó esta religión; y así, se engañan los que dicen que en tiempo de Rómulo o de Numa Pompilio, primeros reyes de Roma, se instituyeron, porque su institución fue en el año sexto de Semíramis: mil y docientos y cuarenta y siete años antes de el reino de Rómulo. Ya no se entienda, como queda dicho, la supersticiosa religión que los romanos fundaron con el nombre de Vestales; que esto podría haberse fundado en tiempo de aquellos reyes. Y porque esta de los gentiles es de la que más noticia se tiene, se tratará della.

De lo principal que estas vírgines Vestales servían en el templo era de conservar el fuego que no se muriese, al cual llamaban *fuego sagrado*, y ningún pecado tenían por mayor que el no guardarlo y conservarlo, y la que en esto era más cuidadosa y diligente era tenida por más religiosa y estimada. Tenían por mal agüero que el fuego de el templo se muriese; que pensaban que por ello se había de perder la ciudad y que en sólo aquello consistía el bien de la patria. Y así, cuenta Tito Livio que en el treceno año de la guerra africana se murió el fuego de Venus, y que, aunque hubo otros malos prodigios y señales, que ningún puso tanto temor como ésta. Y a esta causa fue castigada la virgen que aquella noche tenía cargo de guardar el fuego con mucho rigor, como se acostumbraba hacer; y juntamente todas reconocían su culpa delante de la diosa y hacían muchas oraciones y plegarias hasta aplacarla. Cuando habían de acender no era con el fuego ordinario, sino ponían unos cántaros de agua al rayo del sol, y el Demonio hacía que allí calentase de tal manera el sol que levantaba llamas, y de ellas tomaban lumbre con que volvían a encender de nuevo el que decían *sagrado*.

No recibían ninguna virgen en el templo que fuese desemejable o fea, coja, sorda o de cualquier señal mala de naturaleza o por varios casos sucedida. Entraban de seis hasta diez

años en el templo. Tampoco eran admitidas a aquel estado se habían sido siervas o sus padres habían usado artes mecánicas y viles. Votaban castidad por treinta años, y éstos cumplidos, podían casarse; mas desta licencia usaban pocas veces, y dello hay muy pocos ejemplos; y si alguna acaso se casó le sucedían grandes adversidades y tribulaciones por haber injuriado a la diosa Vesta dejando de perseverar en cosa tan justa y sancta como era la virginidad, y así, las demás, movidas por estos ejemplos, aunque fuesen cumplidos los treinta años perseveraban el resto de su vida en servir a la diosa en castidad y limpieza. El que ponía las manos en ellas era tenido por maldito y descomulgado. Del demasiado vestido y curiosamente puesto, y de las palabras desenvueltas tomaban ocasión para proceder contra ellas, averiguando por este indicio la guarda o quebrantamiento de la virginidad. En Séneca se lee que como una virgen Vestal dijese un verso que tenía esta sentencia: «¡Dichosas son las casadas! ¡Que me maten si no es dulce cosa gozar de la compañía del hombre!», quisieron proceder contra ella hasta enterrarla viva; empero, fue defendida porque sin el acto carnal pudo deleitarse con el pensamiento. Eran de tanta autoridad las Vestales que cuando había algún negocio arduo en la república, si era de poner paz y concordia, entrando las Vírgines de por medio a tratar el negocio todas las partes dejaban en sus manos y albedrío el negocio y pasaban por su determinación, y el Senado lo tenía por bien.

Los diez años primeros eran las Vestales novicias, y los otros diez sacerdotisas y los otros diez enseñaban y gobernaban a las otras. Dábaseles poder para testar antes que sus padres muriesen, y cuando salían fuera del convento las llevaban con insignias consulares, que eran las de la suprema protesta romana; y si topaban por la calle alguno que llevasen a justiciar, le daban por libre por reverencia de la monja Vestal. Vesta decían los gentiles haber criado a Júpiter.

Si alguna de las vírgines Vestales se hallaba haber perdido su virginidad era tenido por crimen muy abominable y de grande adversidad para religión y para toda la ciudad de Roma, y así, lo castigaban con una gravísima pena: enterrábanla viva, y no echándole tierra para que luego muriese, sino dejándola tapiada en hueco, con alguna poquilla de vianda y una lanternilla encendida para que muriese miserablemente y muy despacio de hambre, tiniebla, soledad y desesperación. A este tormento la llevaban amortajada y tendida, como si estuviera ya muerta, y no tenía Roma día de tanta tristeza y pesar como este en que así castigaban una virgen Vestal, mostrando todos en el semblante un sentimiento de gravísimo dolor.

Pasada la gran batalla de Canas (adonde fueron muertos tantos romanos que fueron muchos de parecer que huyesen y desamparasen la ciudad de Roma para librarse de la furia de el bravo Aníbal) fueron tantos los llantos, que no había mujer en Roma que no se derritiese llorando la muerte de los suyos y el peligro de la ciudad. En este tiempo tan lastimoso había sucedido aquel prodigio grande que espantó a Roma: que dos monjas Vestales fueron tomadas en mal caso de haber perdido su virginidad. Llamábanse Opimia y Flornia, y la una fue enterrada viva y la otra ella se mató. Dice Tito Livio que Minucia, Opia, Sextilia y Tucia, vírgines Vestales, que fueron castigadas cruelmente, y la Minucia fue acusada por sospecha, por verla tan ricamente vestida y que se preciaba de muy hermosa. Fue acusada por un siervo y, hecha la información, la hallaron culpada y en pena de su pecado fue enterrada viva en la puerta Colina, y el campo o sepulcro suyo fue dicho de allí adelante el *Campo maldito*, por memoria de este hecho. También dice que Minerva

fue enterrada viva por cierta deshonestidad. De una se lee que siendo hallada en adulterio fue perdonada, que fue Favia, hermana de Terencia, la amiga de Tulio, la cual descubrió la conjuración de Catilina, y por la buena obra que hizo a su ciudad perdonaron a la hermana. Pues si estas vírgines Vestales tenían, siendo infieles, tanta honestidad y recogimiento y guardaban tanto encerramiento y clausura, ¿cuánto mayor honestidad y continencia deben tener las religiosas de la Iglesia cristiana, que de su mera y espontánea voluntad se quisieron dedicar a Dios y encerrarse en los monasterios para que no las pueda hallar el mundo, el Demonio ni la carne, y si las hallare, no las conozca hallándolas en otro hábito y en vida y costumbres tan trocadas de quien ser solían? Y si los paganos así castigaban los excesos cometidos contra sus falsas religiones, bien se entiende cuánto mayor castigo merecería la religiosa cristiana que tal cometiese. ¡Oh, y cómo debrían los seglares y eclesiásticos que frecuentan las visitas y conversaciones de las monjas huirlas y apartarlas, para no caer en la indignación del celosísimo Dios, que siente tales afrentas y sabe y puede y quiere castigarlas con terrible venganza! Porque si tal hiciese alguno contra la hija o mujer del rey de la tierra, dársele hían cruelísimas muertes con razón y justicia, luego, cometiendo tales excesos contra las esposas de Jesucristo de mayores pena sería merecedor.

Vedando el glorioso doctor san Jerónimo a las vírgines consagradas al Señor la comunicación y trato con los hombres, dice así: «No huellen jamás las puertas de vuestro monasterio pies de hombre deshonesto. No permitáis jamás que vuestras orejas se ensucien con palabras salidas de corazón desordenado y sospechoso. Cualquier voz de mujer no es sino una saeta ardiendo que el Demonio tira contra el hombre, y lo mismo del hombre contra la mujer. Esta es la causa por que el Psalmista, gimiendo, suplicaba al Señor quisiese librar su alma de los labios malos y de la lengua engañosa. Los labios del hombre distilan ponzoña para la mujer, y si ella no es prudente en saberse guardar, cosa ligera le es al Demonio con los engaños de la lengua del hombre herirla y llagarle el corazón con las saetas de las tentaciones y con el fuego de la lujuria. Estas son las ventanas de la muerte, y si no las tenéis bien cerradas la muerte cruel se entrará por ellas. Sea el hombre de la condición que quisiere, que en ninguna manera debéis verle o, si le viéredes, sea para espantaros dél como de ver un monstruo fiero. Por tanto, muy amadas hijas, quiero que si de necesidad habéis de hablar con algún hombre, que la reja por donde le habláredes esté cubierta con un velo negro, de tal manera que no le veáis ni seáis vistas, pues no se debe ver lo que no debe cobdiciarse. Credme, mis muy amadas hijas, creed al viejo que ya es tan experimentado casi en todas las cosas, que no pueden vuestros sentidos cerrarse si conversáis con hombres, porque si la color es puesta delante de los ojos abiertos, de fuerza la han de ver. Lo mismo diremos de las orejas, y por esto cuando estamos solos y retraídos en la contemplación trabajemos en alzar los pensamientos vanos que nos perturban y apartan de Dios. Por tanto, hijas, yo os ruego que jamás oyáis palabras palabras si no fueren de persona muy sancta y muy honesta. No os sea lícito mirar las caras sino de las personas que están flacas y amarillas de los continuos ayunos y ásperas penitencias que hacen. Parezca tan pocas veces varón entre vosotras y hállese tan de tarde en tarde de algún hombre, que las doncellas de poca edad que están en vuestra compañía casi no sepan si hay hombres en el mundo. Todo lo que habláredes sea tan casto y tan lleno de honestidad que las más mozas enteramente ignoren cómo los hombres sean engendrados y nacidos. ¡Ea pues, mis muy amadas hijas! Esforzaos y cumplid lo que al Señor prometistes, y gozaos porque os



halláis poderosas para ello. Pensad que no os estorban los maridos ni los hijos, ni el cuidado de allegar alhajas ni otra cosa alguna de la carga de los casados. Huid de tal manera las compañías de los hombres, alanzad todas las cosas seculares tan de raíz, que ninguna cosa de las que en el siglo pasaren venga a vuestra noticia. Sólo Jesucristo, Esposo y Señor vuestro, sea el que goce de estar siempre abrazado con vosotras, y, solas vosotras con vuestro Esposo solo, hablaréis con las santas lecciones o con las contemplaciones divinas, y entonces Él también os responderá, y entre Él solo y vosotras pasarán estos divinos coloquios de sumo gozo y alegría».

Innumerables son las santas vírgines que se precieron de seguir los sanctos consejos del glorioso Jerónimo. De Alejandra, hermosísima doncella encerrada, contaba sancta Melania que nunca pudo alcanzar el verla, mas que supo della que por haberse enamorado de su gran hermosura un mancebo quiso sepultarse viva por que no peligrase por su ocasión el alma de el prójimo. Este divino sentimiento y esta caridad bien ordenada debían imitar las religiosas, queriendo más aquella sancta doncella la vida espiritual de el prójimo que la suya corporal.

Querándose casar el emperador Diocleciano, supo de una monja llamada Ripsima, del monasterio de la madre abadesa Gayana, la cual era de estremada hermosura y llena de cuantas gracias se podían pedir en una hembra, y era criada con tales costumbres por su santa prelada cuales deben tener las que hubieren de merecer nombre de esposas de Jesucristo. Con grandes halagos y ruegos la envió Diocleciano a decir quisiese casarse con él, de lo cual y dél ella renegó, prometiendo de nuevo a Jesucristo de no le perder la fe que le había dado. Por ver al Emperador tan aficionado, temiendo alguna fuerza, ella y la madre Gayana, con otras muchas vírgines religiosas, se ausentaron de aquella tierra sin guías ni provisiones, confiadas que Dios las guiara donde más le hubiesen de servir. Diocleciano supo haberse detenido en la ciudad de Ararat, en un lugar desamparado, deseando no ser conocidas, donde se mantenían de lo que hilaban, y escribió al rey Teridates que se las enviase, aunque le dio licencia que si él quisiese casar con Ripsima lo ternía por bien.

Teridates supo de la hermosura de la sancta y al punto fue encendido en su amor y la envió ropas y joyas rogándola se casase con él. Gran turbación causó en la sancta este recaudo y en las demás, mas, puestas en oración, sonó un gran trueno y una voz que prometía divinal conhorto y esfuerzo y gloriosa victoria para el cielo. Llevada al Rey la hermosa Ripsima, de ella no alcanzó ni aun una blanda palabra, sino muchos baldones llamándole de bárbaro, sucio y carnal; y como tuviese lugar para volverse donde dejó sus compañeras, lo hizo, quedando el rey Teridates como toro jarretado con el amor en que se abrasaba y con el menosprecio con que Ripsima le trataba, hasta se revolcar por la tierra con las grandes bascas que sentía y aullando con las ansias amorosas que le sacaban fuera de sí. Puestas en huida las sanctas monjas, fueron alcanzadas de los ministros de el Rey, y, siendo Ripsima persuadida y amenazada para que casase con el Rey y no admitiéndolo ella, atadas sus manos atrás le fue cortada su bendita lengua, llevándolo ella con alegría increíble, y, reatadas sus manos y pies a unos puntales hincados en la tierra, la pusieron fuego y fue hendido su vientre virginal con un muy agudo pedernal y derramados sus intestinos por la tierra; y antes que acabase de espirar le fueron sacados sus preciosísimos ojos, para que así quedase más hermosa en los ojos de su amantísimo Jesús, de quien con grande aceptación fue su alma sanctísima recibida.

De esta manera han de despreciar las verdaderas esposas de Cristo las amistades de los hombres: imitando a la sancta Ripsima, que con tan varonil pecho desdeñó los casamientos de un rey y de un emperador monarca del mundo, teniendo por mejor la cruel muerte que le fue dada que su compañía y bienes de la tierra, y así alcanzó de Dios que el rey Teridates (su cruel amante) y la gente de su reino dejasen la adoración de los ídolos y se convirtiesen a la fee. Dolor de las que por viles intereses niegan a su celestial Esposo por los falsos y desagradecidos hombres, que sólo procuran su perdición y afrenta.

En Écija hubo un monasterio de monjas donde se tiene por cierto que vivió allí y fue abadesa sancta Florentina, hermana de san Isidoro y san Leandro. Las monjas que se hallaron en este sancto monasterio en la perdición de España, cuando los moros tomaron la ciudad, temiendo el peligro de su virginidad se afearon cruelmente los rostros con muchas heridas, y así salieron a recibir a los moros. Ellos cuando las vieron sangrientas y espantables, con gran ferocidad las mataron a todas. Así reverencian los de aquella ciudad todo aquel camino hasta el monasterio (que ahora es de la orden del glorioso padre sancto Domingo) como bañado con la sangre de estas sanctas mártires esposas de Cristo, y aun afirman cómo algunas personas que lo han andado de noche con devoción han visto en él luces celestiales.

Para que salga bien la religiosa con el sancto camino que comenzó y sea del número de las escogidas conviene que haga lo que hizo la hermosa Raquel, que, habiendo hurtado los ídolos que su padre tenía y adoraba y visto que venía indignado con su gente en busca y recuperación de sus ídolos, queriéndolos Raquel esconder, púsolos debajo de sí sentándose sobre ellos (dándoles en esto el lugar y honra que merecían), por lo cual permitió Dios no fuese hallada en aquel hurto ni descubierta la culpa que contra Labán su padre en esto había cometido.

Esto mismo ha de hacer la religiosa tomando los ídolos de su propia voluntad (los cuales hurtó a su padre en su generación) y ponerlos debajo de sus pies, como Raquel, pisando y hollando las vanidades del mundo, a quien su natural deseo adora y reverencia, y cubriendo con el yelo del amor de Dios estos ídolos de sus malas inclinaciones y apetitos sensuales. No poniéndolos en ejecución, permitirá Dios que no sólo como Raquel no sea hallada en el hurto que a su padre hizo de las flaquezas y miserias que dellos le procedieron, sino que se halle en aquella justificación e inocencia de aquellos gloriosos sanctos san Joan Baptista y san Francisco, y otros grandes sanctos a quien por cubrir tan bien (con las faldas de sus virtudes y sanctidad) los ídolos de sus padres, las flaquezas que dellos heredaron, obedecían los animales feroces, las zahareñas aves del cielo y los peces de la mar, casi mostrando en aquella obediencia, tan contraria a su natural, no haber pecado Adán en aquellos bienaventurados ni tocarles su culpa y maldición.

La religiosa que una vez se ofreció al Señor jamás debe arrepentirse dello, sino tener su estado por el más felice de cuantos hay en la tierra y considerar que su Esposo se dio por ella a la muerte del mundo y murió a él primero que ella muriese entrando en la religión. Tenga siempre en su memoria cómo en subiendo el Señor a la cruz nunca descendió della hasta la muerte, aunque mofaban dél los fariseos y aquellos que pasaban por el camino, diciendo: «Desciende de la cruz y sálvate». Nunca ha de descender la esposa de Cristo de la cruz en que subió de su voluntad el día de su profesión, el día que se crucificó, cuanto al mundo, puniéndose en la cruz de la religión: cruz preciosa del Señor, de la cual dice

san Pablo: «En otra cosa yo no me glorio ni en otra no me tengo por honrado sino en la cruz de mi Señor Jesucristo, por cuya causa y amor estoy crucificado al mundo. Pues ya el mundo no me quiere ni me ama, ni yo a él, crucificado está ya a mí y yo a él».

No ha de descender la religiosa de la cruz hasta la muerte, aunque mofen della y la persigan sus propias hermanas, como hicieron de Cristo los suyos, los de su pueblo. Aunque la persigan los que pasan por el camino deste siglo, los de fuera del monasterio, con sus ruines pretensiones y malos consejos, no desmaye ni dé paso atrás, porque si della se aparta se aparta de la vida, pues della se dice que es madero de vida. No podrá dejar de tener recios combates, porque nuestros enemigos son muchos y muy crueles y muy diferentes sus armas, y más fatigan los que comen a una mesa, los de dentro de casa, que los que pasan de largo. Mayor afrenta recibió Cristo estando en la cruz de la blasfemia del compañero que puesto en otra cruz estaba, que no de otro que de afuera le blasfemase, cuando le dijo: «Desciende, Cristo, de la cruz y sálvate», mofando dél, pues estaba también crucificado y penando y en tiempo que tanta necesidad tenía de pedir al Señor perdón y la salvación de su alma, como lo hizo el buen ladrón su compañero. Quiero decir que mayor persecución es la de la hermana espiritual y más lastima, la cual está también crucificada al mundo y puesta en la cruz de la religión de los trabajos, que la que viene de lejos, porque cuanto más lejos da el tiro menos hiere.

Y para aliviar sus fatigas y tenerlas en poco acuérdesese de aquélla sentencia de san Jerónimo que dice: «No debe parecer duro el trabajo con el cual se alcanza la gloria». Verdad es que no se pueden pasar las aguas de las tribulaciones y angustias, las graves tentaciones que atormentan los justos, sin el socorro divino; mas Cristo no le niega a quien le pide y hace lo que en sí es. Elías, profeta, dio su capa a Eliseo y con ella pasó sin peligro la hondura de las aguas del Jordán. ¿Qué aguas son éstas sino las persecuciones y trabajos, las varias y peligrosas tentaciones? Y ¿qué capa es aquesta que Elías dio a su discípulo Eliseo, con que a pie enjuto pasó el hondo río, sino el divino favor y amparo con que el buen Jesús socorre a los suyos en sus aflicciones y necesidades?

### Capítulo vigesimonono: Del grave pecado que cometen los que procuran inquietar las monjas y provocarlas a mal

**C**UÁN de veras persigue Dios a los que inquietan alguna alma que, sacrificada a él, caminando en su sancto servicio, se la solicitan para sacársela de sus benditísimas manos! No piense, pues, el atrevido y desatinado que así lo hace, que porque Dios disimule con él algún tiempo deja por eso de sentirlo en el alma, y crea que en tanto que disimula se está apercibiendo a su muy cierta venganza. Este fue el gravísimo pecado de los hijos de Elí, sumo sacerdote (tan sentido y celebrado de Dios y llamado pecado grande delante el Señor), que con su mal ejemplo y deshonestas pretensiones espantaban la caza de Dios retirándole aquellas almas que venían a reconocerle y rendirse por suyas en los sacrificios. Por cuya razón el Señor los castigó rigurosísimamente permitiendo que ellos y el padre que se lo consentía en un día fuesen muertos. Lo mismo hizo a Amalec porque, cuando llevaba su pueblo a la Tierra de Promisión, sacado de Egipto con tantos afanes, amparado y favorecido de su mano, le salió al camino a estorbar el paso y

detenerle la presa. El cual agravio sintió el Señor tanto, y tanto se le pegó al corazón, que cuatrocientos años le duró el enojo, hasta que al cabo dellos se satisfizo en sus sucesores mandando al rey Saúl que con rigurosa espada se los acabase.

Pues si esto sintió Dios tanto, y tanto lo castiga, ¿cuánto más sentirá la resistencia e impedimento que se hiciere a sus sagradas esposas en el camino del cielo? Y ¿cuánto más castigará aquellos que le impidieren la presa que ya llevaba hecha a poder de tantos afanes como por ellas y todos los que le siguen padeció en la cruz? Reprehendiendo el glorioso doctor san Ambrosio al violador de una desventurada religiosa, dice así: «¿Qué diré de ti, hijo de la serpiente, ministro del Demonio, violador de el templo de Dios, que con una obra cometiste dos atroces delitos: un adulterio y un sacrilegio? Adulterio en traspasar el voto y hacer a la virgen del Señor quebrantar la fe que tenía dada a su divino Esposo, y sacrilegio en haber ensuciado con loco atrevimiento el vaso presentado y consagrado al Señor. Aquel rey de los persas llamado Baltasar, la misma noche que, cenando con sus amigos y mancebas, se atrevió a beber con los vasos del Señor que su padre había traído robados del templo de Jerusalén, fue gravemente herido por mano de un ángel, de que murió mala muerte. ¿Qué piensas, pues, que será de ti, destruido y juntamente destruidor, que, olvidado de tu buen propósito y despreciando el juicio de Dios, tienes impiamente contaminado y sacrílegamente violado el vaso racional consagrado a Cristo y santificado al Espíritu Sancto? Más te valiera del todo no haber nacido que venir a tanta desventura que te haya de poseer por su propio hijo el Infierno. Y aunque la misma consciencia deste crimen te arrebatte y lleve por diversos despeñaderos (porque el pecado suele huir sin que nadie le persiga), aunque las terribles fantasías del pecado te pongan horror y espanto (no sólo estando velando, sino también entre sueños); pero, por que no parezca que niega el pastor la medicina a la enferma ovejuela por más peligrosa y mortal que esté, te doy por consejo que pidas de corazón la cárcel de la penitencia y pongas tus entrañas en cadenas y mortifiques tu alma con ayunos y gemidos, y te aproveches del favor de los Sanctos y escogidos prostrándote a sus pies por que por tu impenitente corazón no atesores ira para el día del justo Juicio de Dios (en el cual tiene de dar a cada uno según sus obras) y no seas del número de aquellos que llora san Pablo porque después de haber pecado no hicieron penitencia de la inmundicia de la fornicación y de la torpeza en que cayeron. Ni tampoco te consueles con la multitud de otros pecadores tus semejantes y digas: 'No soy yo solo el que hice esta flaqueza: muchos compañeros tengo,' sino considera que tener muchos compañeros en un delito no le hace menos grave ni indigno de castigo. En Sodoma y en Gomorra y en todas aquellas cinco ciudades moraba infinita gente, pero no por eso todos los que usaron de sus cuerpos torpemente dejaron de ser con lluvia de fuego abrasados: Lot solo escapó de aquel incendio inevitable porque estaba libre de aquel pecado. Alanza, pues, miserable, ahora, siquiera de tu corazón, los blandos halagos de la serpiente, y mientras en tu cuerpo sucio habita esa alma llena de tinieblas procura con frecuentes lágrimas y suspiros continuos el remedio para el día de la necesidad teniendo siempre delante de los ojos aquella sentencia del Apóstol: 'Conviene que todos parezcamos ante el tribunal de Cristo para que cada uno lleve allí el galardón que merece de las obras que hizo en esta carne mortal, así de las buenas como de las malas'». Hasta aquí es de san Ambrosio

¡Oh, y cuántos hay hoy en el mundo semejantes en la ingratitud y atrevimiento han precipitado Igión, que puniendo su amor en la diosa Juno (como dicen los antiguos poe-

tas) se atrevió a requerirla y a solicitarla sabiendo que era mujer de Júpiter, el supremo de los dioses, a quien él muchos bienes debía, entendiendo que había de saber su maldad y castigarla! Todo esto saben y entienden con más verdad los cristianos que se atreven no a la mujer de Júpiter, dios fingido, sino a las amadas esposas de Jesucristo, recogidas y encerradas para le servir con mayor honestidad y limpieza, desasosegándolas y diciendo y haciendo cosas por las cuales merecen ser hundidos en el profundo del Infierno, como lo fue Igión, a quien tan grandes tormentos le aplican los gentiles por este pecado.

Pareciendo al emperador Nero cosa ligera y de poca importancia el cometer graves sacrilegios contra sus dioses y el deshonorar las honradas matronas, se atrevió también a su religión, y así, forzó a Rubria, virgen monja Vestal, que era la religión más privilegiada que había en Roma y tenía pena de muerte la que perdía su virginidad y el que con ella se revolviere, sino que, como él era supremo ejecutor de la justicia, tomaba suprema licencia de la quebrantar, sin miedo del castigo y aun con lisonja de muchos que se lo alababan. Por este sacrilegio y otras muchas maldades que siempre cometía, queriendo Dios darle a entender que no estaba olvidado de su castigo, sucedió que, estando a la mesa cabe los estanques simbruinos, le dio un rayo en la mesa que arrojó los manjares que en ella estaban por aquel suelo, y como luego apareciese una cometa todos juzgaron serle cercana la malaventurada muerte que murió. También el sucio y carnal emperador Heliogábalo violó las vírgines Vestales, y conforme su fue su vida tuvo el fin. Lucio Cantilio, escribano del colegio de los Pontífices, por haber violado a Floronia, virgen Vestal, fue azotado por el Pontífice máximo hasta que espiró en los azotes.

Mil desdichas sucedieron a los gentiles que con las vírgines Vestales trataron mal amor, y no son menos las que han sucedido a los cristianos que se han atrevido a inquietar y desasosegar con locas pretensiones a las vírgines consagradas a Cristo. Después que el emperador Micael Balbo enviudó, se tornó a casar segunda vez con una monja (cometiendo este sacrilegio como hereje que era), y nunca desde entonces los capitanes que envió en defensa de las tierras del Imperio dejaron de ser muertos o vencidos, y a cabo de poco tiempo le visitó Dios con un cruel dolor de la urina junto con un rabioso frenesí, con que se le arrancó el alma, habiéndosele rebelado al imperio la provincia de Dalmacia. Dice Surio que en un monasterio de la diócesi Veromandense, de Francia, donde sancta Hunegunde vivió y murió sanctamente, estaba una monja con la cual tomando mala amistad Magenero, mozo rico, natural de aquella tierra, y concertando de verse con ella de noche, al tiempo que entraba por donde ella le había señalado púsosele delante sancta Hunegunde y reprehendíole ásperamente su atrevimiento y pecado. Él, lleno de temor, se salió del monasterio y se fue. La monja, sentida por verse burlada, envióle a llamar y él refirió lo que vido; mas, deseando ella cumplir su mal intento, díjole que no era Hunegunde la que se le había aparecido, sino una monja enemiga suya que se fingió ser ella. Creyendo esto el miserable, siguiendo su mal deseo entró por otra parte al monasterio, y estando dentro tornósele a aparecer Hunegunde y con un báculo que traía le hirió en el muslo de suerte que le derribó en tierra y fue necesario que con manos ajenas le llevasen a su casa, donde la pierna se le podreó y, padeciendo terribles y grandes dolores, estuvo un año en la cama. Algunos amigos suyos, sabida la ocasión, llevaron cantidad de dineros al mismo monasterio y ofrecieronlos a sancta Hunegunde por su salud, y así como los dejaron de

la mano vino un viento tan recio que los llevó de allí donde nadie los vido, y el enfermo, pasado el año, acabó su vida miserablemente.

Antonio de Torquemada dice en sus *Coloquios* (y es cosa bien celebrada en España) que cierto caballero muy rico y principal (cuyo nombre y del pueblo donde vivía quedan en silencio por evitar infamia) trataba amores con una monja. Concertaron de verse dentro de la iglesia por medio de unas llaves falsas. Fue al concierto solo, de noche; llegó a la iglesia y vidola abierta y dentro grande cantidad de hachas, y sonaban voces como de personas que hacían el oficio de algún difunto. Admiróse y llegó a ver lo que sería: mirando a todas partes vido la iglesia llena de clérigos y frailes, y en medio unas andas y hachas alrededor encendidas. Había otra mucha gente y a nadie conocía. Llegó a uno de los clérigos y preguntole quién era el difunto. Respondiole que un caballero y dióle su mismo nombre. Riose él y dijo: «Este caballero yo sé que está vivo». Tornó a decir el clérigo: «Engañáisos porque él está muerto y presto le enterraremos». El caballero algo confuso, llegó a otro, a quien hizo la pregunta que al primero y recibió dél la misma respuesta. Quedó muy espantado, y, sin aguardar más, salió de la iglesia para ir a su casa; mas a los primeros pasos se le pusieron a los lados dos mastines negros muy grandes, y por más que los amenazó con la espada nunca quisieron apartarse dél. Entró en su casa como fuera de sí, y los criados que le esperaban, viéndole tal, le preguntaron la causa. Él se lo contó todo, y los mastines (que eran dos demonios y sólo esperaban esto), estando él en su aposento, entraron y, sin que pudiese ser socorrido, hicieron presa en él y le mataron. Su muerte se atribuyó a otro accidente, mas a pocos días anduvo en boca de muchos y se publicó el caso, permitiéndolo Dios así para escarmiento de otros atrevidos.

Estando dentro de un monasterio de monjas Edgardo, rey de Inglaterra, en Vuintonia, viendo a Vuilfreda, doncella recogida, que era muy hermosa, la acometió de mal amor, y ella, por se librar de el Rey y conservar su virginidad, se puso el velo de una monja; mas no le valió (como apura san Antonino). Lo cual sabido por el sancto Dunstano, obispo de Londres, se fue para el Rey (cuya mano no consintió que le tocase, porque le quería asir para sentarle a par de sí) diciéndole no querer amistad de un enemigo de Dios como él, que había violado a la esposa de Jesucristo. El Rey cayó llorando a sus pies y le pidió penitencia: y le privó de ponerse corona de rey por siete años, dejándole obligado a ayunar dos días cada semana y a muchas limosnas y a hacer un convento de monjas. Después fue este rey Edgardo de vida ejemplar, al cual mostró el Sancto tanta acedía con no ser monja la que violó, sino estar recogida entre las vírgines a Dios consagradas y haberse amparado con su velo pensando que por ello la tratara con el respecto que debía a la librea de las esposas de Jesucristo. ¿Cuántos mayores extremos hiciera el Sancto si Vuilfreda fuera monja, y cuánto mayor penitencia le impusiera? Dolor de los que, no considerando esto, ofenden a Dios en semejantes culpas y perseveran en ellas muchos años sin ningún temor de la justicia de Dios.

Andando el apóstol san Mateo por tierra de Etiopía convirtiendo infinita gente, dio el velo de religión a la infanta Ifigenia, hija de el rey Egipo, que, guardando virginidad toda su vida, fue abadesa de docientas monjas que la siguieron. Habiendo pasado desta vida el rey Egipo su padre, heredó el reino su hermano Hirtaco, y procuró casar con la infanta Ifigenia, sin embargo de ser religiosa profesada, y echó al Apóstol por casamentero prometiéndole la mitad de su reino. El Apóstol señaló día en el cual se ofreció de predicar sobre el caso a Ifigenia y a sus monjas, y pidió al rey Hirtaco se hallase en él. Y habiéndose alle-

gado mucha gente para aquel día, comenzó el santo apóstol su sermón, diciendo: «Oídme, hijos de la Iglesia, y conservad mis palabras en vuestros corazones. Y sabed que Dios ordenó el matrimonio y puso sentimiento amoroso en los cuerpos para que los casados se amen naturalmente; y habiendo matrimonio de por medio no es culpable el tal amor, antes, ordenando la generación de los hijos para el servicio de Dios, es de merecimiento para la gloria». Gran alegrón fue el del rey Hirtaco y de los suyos oyendo esto, y, sosegándose todos, prosiguió el Apóstol su sermón encareciendo cuán gran mal comete el que quita la mujer a su marido, y especialmente si el esclavo la quita a su señor. Y aplicando su plática al Rey, le dijo: «Pues ¿cómo, hijo Hirtaco, sabiendo tú que Ifigenia es esposa del Rey de la gloria y consagrada con el sancto velo, tendrás ánimo para atreverte a la quitar el divino matrimonio y tomarla para ti?». Guido, en su libro *De ejemplos*, afirma que como este rey Hirtaco no pudiese acabar con Ifigenia quisiese dejar su monjía y casar con él, que mandó poner fuego al monasterio donde ella estaba, mas que la llama pasó de allí a su propio palacio y casa y lo abrasó todo, y que a poco tiempo, en castigo de su atrevimiento, el Rey fue herido de lepra y, no hallando modo como sanar, no pudiendo sufrir su rabiosos dolores, él mismo se mató con un cuchillo.

Bien enseñó el rey Antioco el respecto que a las vírgines consagradas a Dios se debe por lo que él hizo en Éfeso con las Vestales: después que el rey Antioco entró por fuerza de armas la ciudad de Éfeso, fue al templo de Diana y, como en él viese a la abadesa de aquel monasterio, que era de estremada hermosura, luego al punto se tornó a salir y a gran prisa se partió de Éfeso sin aguardar a cobrar los despojos de aquella gran ciudad ni gozar de su victoria, temiendo que la fuerza de el grande amor que a<sup>131</sup> aquella abadesa había cobrado le constriñiría a cometer algún sacrilegio contra los dioses y contra el honor de aquellas tan preciadas vírgines, y así, iba diciendo por el camino: «Nunca los dioses permitan que yo haga guerra a su honor en pago de la gran victoria que me han concedido». ¡Cuán diferentemente proceden en esto los soldados cristianos que el rey Antioco, muchos de los cuales tienen como por cosa de burla el deshonor y violación de las vírgines y el desacato y fuerza de los monasterios y templos! Y ¡cómo cada uno debería considerar las mercedes que de Dios ha recibido para no se atrever a cometer ofensa en cosas que Él tanto precia y estima y tiene tan reservadas para solos sus loores y alabanzas y sancto servicio, para lo cual tanta honestidad y limpieza se requiere!

Cualquier género de pecado, por leve que sea, el cual da ocasión de que se retraigan las gentes del sacrificio que querían ofrecer le llama el Espíritu Sancto pecado grande en grande manera; y tales son los de aquellos que inquietan y provocan a mal a las esposas de Cristo procurando que le sean traidoras y alevosas y que den de mano a los sacrificios que con limpia conciencia le solían ofrecer. El que quisiere saber con cuánta dificultad perdona Dios este género de pecados lea en las profecías de *Amós* aquella amenaza que hace a los amonitas, y echará de ver si este pecado es digno de ser temido: «Convertirme he a perdonar a los hijos de Amón (dice Dios) en tres géneros de maldades gravísimas que cometieron, pero en el cuarto no me convertiré a usar con ellos de misericordia»: palabras por cierto dignas de ser consideradas y entendidas, y así, será razón veamos que crímenes son estos de quien hace mención el Profeta, y particularmente el cuarto, para el cual dice que no ha de haber perdón.

131.- Suplo 'a' (265v).

Algunos doctores coligen de las divinas Letras que los cuatro principales crímines que los amonitas cometieron son los siguientes: el primero fue que, yendo el pueblo de Dios caminando a la Tierra de Promisión y viéndose en necesidad, acosados de hambre pidieron socorro a los amonitas, y no quisieron ayudarles en esta necesidad; el cual crimen fue tan grande en el acatamiento de Dios que en castigo dél les puso entredicho, mandando que no pudiesen entrar en el templo hasta pasada la décima generación. El segundo crimen fue que, viéndose acosados los de Jabés de<sup>132</sup> Galaad de los amonitas y queriendo confederarse con ellos, no lo quisieron hacer sin que permitiesen que les fuesen sacados los ojos derechos: pacto inicuo y contrario a la caridad, cuya venganza tomó a su cargo Saúl. El tercero fue que, enviándoles David embajadores para darles el pésame del rey muerto, ofreciéndoles su amistad, fueron tan descorteses (persuadiéndose que los embajadores eran espías) que les rayeron las barbas y les cortaron las faldas por lugar vergonzoso y los enviaron así a su rey y señor; la cual ingratitud y desvergüenza sintió tanto David que en castigo de su atrevimiento hizo en ellos uno de los más horrendos castigos que se lee haber hecho ninguno de los tiranos que ha tenido el mundo. El cuarto crimen declara el Profeta con palabras expresas, diciendo que no los perdonará porque a las mujeres preñadas de Galaad las abrieron por medio y les sacaron de las entrañas las criaturas, no dejando llegar los partos a luz por que el pueblo de Dios no se dilatase: crimen por cierto atroz y digno de ser castigado sin misericordia.

Pero desentrañando esta letra y sacando della el espíritu que tienen cubierto (pues, como dice san Pablo, todas las cosas se escribieron para nuestra doctrina), digo que es grave crimen dejar de socorrer a los siervos de Dios que van caminando a la verdadera Tierra de Promisión (que es el cielo) viendo que padecen necesidades, como lo hicieron los amonitas con los hijos de Israel en el primero crimen; y que es también grave culpa no querer perdonar sino con inicuas condiciones a los que se humillan y quieren nuestra amistad, como lo hicieron los amonitas en el crimen segundo con los de Jabés de Galaad; y no es pecado menos grave a los embajadores de Dios (que son los prelados, predicadores y maestros que de su parte nos anuncian la paz) cortarles las faldas, como lo hicieron los amonitas con los embajadores de David en el tercero crimen, descubriendo sus defectos y echando sus faltas en la calle.

Pero, con ser tan enormes y graves estas culpas, dice Dios que las perdonará; mas a los que son causa de que no salga a luz lo que está concebido haciendo abortar las mujeres preñadas, dice Dios que para éstos no hay misericordia ni les concederá perdón. Y si alguno quisiere saber quién son estos que hacen tal género de crueldad, digo, con san Jerónimo y san Gregorio, que son aquellos que con palabras y malos ejemplos o de otra cualquier manera son causa de que no se pongan en ejecución los buenos propósitos que las almas inspiradas de Dios han concebido. Hay almas preñadas que por virtud del Espíritu Sancto concibieron buenos propósitos y andan con dolores de parto deseosas de ponerlos por obra, cuales eran aquellas que decían por Isaías: «De tu temor, Dios mío, concebimos y andamos como pariendo el espíritu de salud»; y éstas son las de las monjas encerradas, que viendo cuán dificultosos son estos partos en el mundo, se acogen a este monte alto de la religión a sacarlos a luz en ella, como lo hacían las galaaditas, que se salían a parir a los montes.

132.- Suplo 'de' (266r).



Pues todas las veces que alguna persona con sus liviandades o malos ejemplos da ocasión a la esposa de Cristo para que vuelva atrás y deje de sacar a luz los buenos propósitos que tenía de cumplir lo que a Dios prometió y dejare de ponerlos por obra, imita el cuarto crimen de los amonitas haciendo abortar aquella alma preñada de una sancta intención a su estado debida y siendo ocasión de que no se dilate y vaya en aumento el pueblo de Dios, porque todas aquellas religiosas tiene Dios menos en su pueblo escogido que se le vuelven de la religión al mundo dejándose de sus obligaciones y espirituales ejercicios y tornándose a las vanidades y locuras del siglo engañoso. Pues, ¡oh cristianos redemidos con la sangre del cordero sin mancilla (Cristo, Señor nuestro), cuyas ansias han de ser procurar por todas las vías posibles que se aumente su divino servicio y que sus esposas consagradas le sean muy fieles! ¿Qué os ha hecho el divino Esposo para que con vuestro atrevimiento andéis estorbando la dilatación del término de su pueblo y la lealtad de sus armadas esposas?

Mirad que es éste un crimen que afirma el mismo Dios que no se convertirá a perdónallo; no porque le falte misericordia para ello, sino porque los que le cometen ofenden gravemente al Espíritu Sancto haciendo abortar los sanctos propósitos que por su virtud se habían concebido, los cuales eran como hijos suyos. Ese mismo divino Espíritu a quien se atribuye la remisión de los pecados suele permitir en castigo deste gran crimen que se endurezcan y no lo echen de ver los que le cometieren, y así, vienen a hacerse como a incapaces de que Dios los perdone, y por esto dice que no los perdonará. Pido, pues, por las entrañas de Cristo a todos que se guarden (pues les va tanto en ello) de cometer una culpa que tanto ofende a la majestad de Dios y tanta turbación y escándalo causa entre sus escogidas siervas y tan mal ejemplo en todas las gentes, y que escarmienten en las desventuras que a otros han sucedido por este pecado.

### Capítulo trigésimo: De algunos bienes de la religión

**D**ICE en el *Génesis* que Abraham hizo un gran convite el día que destetó a su hijo Isaac: «En este día hizo gran fiesta, mostró mucho regocijo y hizo un gran banquete solemnizando el día que a su hijo destetó». Si no hubiera aquí algún misterio y utilidad para la Iglesia de Dios no particularizara la sagrada Escritura este negocio tan por estenso. Porque ¿qué quiere decir una novedad como ésta en casa de un varón tan sabio y sancto, donde no se hacen las cosas acaso, sino muy de acuerdo? Cuando, acá, en casa de algún señor es deseado un mayorazgo, el día de su nacimiento suelen hacer grandes fiestas y alegrías, y algunos la hacen el día en que el infante se baptiza. Isaac fue tan deseado de sus padres que cuando Dios se le dio le tenían comprado a lágrimas y oraciones. Notifican a la madre que presto se verá preñada de un hijo y riése dello. Dicen después al padre que le ha nascido un hijo y no se hizo fiesta alguna (que se sepa) en su casa. Dícese que le circuncidan (que es como agora el baptizar) y tampoco se hace mención de que se hubiesen hecho fiestas ni alegrías. Y después de llegado el tiempo de destetar el hijo se hace gran convite, y aquel día se solemniza y regocija sobremanera.

Muy al natural nos pinta esta figura los estados del religioso: Abraham, que quiere decir *padre de muchas gentes*, es nuestro Dios y a Él figura; y si este patriarca deseaba mucho un hijo, de Dios está escripto que desea y quiere que todos se salven; por Isaac son enten-

didados los religiosos, a los cuales concibe nuestra madre la religión el día que cualquiera de nosotros concibe el buen propósito y deseo de tomar el hábito, y así como muchos preñados peligran y no llegan a luz, así muchos que tuvieron este propósito se les resfrío y no le ejecutaron. Cuando uno recibe el hábito ya entonces nace a Dios y sale del vientre del mundo y de las tinieblas y obscuridades en que hasta allí andaba, y porque muchos de los tales dejan de perseverar tampoco se hace fiesta aquel día. Ansimismo se deja de hacer fiesta el día de la profesión, aunque es como día de bautismo, pues, según muchos Doctores afirman, le es concedida remisión de los pecados al religioso que perfectamente la hace; y la razón de no le hacer fiesta es porque ninguno de presto se hace perfecto. Nadie ligeramente se desquicia y desarraiga del amor mundano, de la afición de los parientes y amigos, porque aún nos tenemos en los labios la leche de la vanidad y liviandad del siglo; en fin, porque aún no estamos destetados verdaderamente de las cosas terrenales y vanas, por esto tampoco se hace fiesta en la profesión. Pues cuando se le hace fiesta a la religiosa es cuando anda muy apartada de las cosas transitorias y muy quitada de aquellos repelos que trujo del siglo y del todo destetada de los regalos viejos de la madre antigua: entonces se le hace fiesta en casa del patriarca Abraham. Así, también entonces nuestro Dios hace fiesta con la religiosa y le da a sentir grandes consolaciones espirituales, de las cuales no gozan los que no están bien destetados; mas las que en la religión vemos libres de estas vanidades y que, como dicen, comen pan con corteza, de otra manera se han en los trabajos y fatigas que les suceden. San Pablo lo nota bien de sí mismo diciendo: «Cuando yo era pequeño hablaba como pequeño, entendía y sabía como pequeño; pero cuando ya me hice varón perfecto no curé de las cosas de la niñez», y de aquí es que, abominando él mucho a los que se dan demasadamente a estas cosas sensuales, decía: «Todo aquel que goza de la leche del mundo, ajeno es de las palabras y sermones de justicia. Este tal no goza ni merece las consolaciones espirituales del alma».

De todo esto se colige que no hace Dios fiesta, ni la religiosa la debe hacer, porque haya concebido un buen propósito, ni tampoco cuando le comienza a poner por obra, porque las más de nuestras obras son como unos principios, porque por maravilla las ponemos en perfección: siempre son como quien quiere comenzar a ser bueno. Mas entonces se ha de hacer la fiesta cuando muy de veras tenemos en costumbre las buenas obras y se nos convierten en naturaleza; y una de las señales en que esto se puede conocer es cuando ni las cosas del mundo nos dan pena ni gloria y cuando a las aflicciones y trabajos de la religión les hacemos buen rostro, sin turbarnos por las cosas que nos acaecieren.

Y no se debe pensar que estas desgracias y sinsabores que en la religión se sienten vienen de mala parte, porque no son sino regalos de Dios con que quiere destetar a sus siervos,<sup>133</sup> con estas amarguras y contrariedades para que en todo se vuelvan varones perfectos. Cuando quieren destetar algún niño ponen acíbar en el pezón de la teta, o otra cosa amarga, para que, sintiéndolo el niño una vez y otra, venga a aborrecer los pechos y la leche. Desta manera se ha Dios con los suyos, que les pone tales sinsabores en las cosas deste mundo con que vengan a aborrecerlas y no pretendan sino los bienes de la otra vida y queden muy destetados de los regalos desta; y así, nota también la sagrada Escritura que la madre de Samuel no le quiso llevar al templo hasta que le hubo destetado, dando-

133.- Orig.: 'sieruas' (268v).

nos a entender en esto que hasta que uno está muy apartado de las cosas deste mundo no es digno de ser presentado delante de Dios. Si la religiosa conociese la estima y valor de su estado nunca acabaría de dar gracias a Dios por haberla señalado, trayéndola su servicio, más que a otras muchas que dejó entre los peligros del mundo.

Cuando algún señor planta algún jardín para su recreación, primero siembra semillas o pone muchas plantas en alguna huerta, para que la que allí bien aprobare se entresaque y trasplante en su jardín. Ansí las religiones son huertas y plantales de Dios, adonde planta a todas las religiosas que hay en el mundo para que el árbol, la planta, la religiosa que bien aprobare en este plantel de la tierra sea entresacada y trasplantada en el florido jardín de la gloria. Muchas veces vemos hallarse un hombre grosero o algún muchacho alguna cosa preciosa, y, por no saber su valor y precio, la vienen a dar casi de balde, lo cual no hicieran si la conocieran; así hay algunas religiosas que por no alcanzar el valor y precio desta excelentísima joya de la religión la desprecian y dejan perder, no aprovechándose de tantos y tan grandes bienes como en ella se podrían granjear, trocándola unas por los deleites y pasatiempos corporales, y otras por vanas pretensiones y otras por un vil y bajo precio, y de esta desestimación procede estar descontentas en su religión y renegar de quien a ella las trujo, y andar sin consuelo y hacer grandes disparates y no medrar en virtudes y perfecciones en muchos años de religión.

Tanto es uno mejor cuanto más se allega a lo bueno y perfecto, y ansí, ha de ser un hombre tenido por más devoto, por más sancto y bueno, cuanto más le viéremos conformar en sus obras, palabras y pensamientos a la perfección de los buenos y sanctos, pues ellos se conformaron más con Dios, que es el sumo bien. Pues desta manera debe juzgarse cuál es el mejor estado en esta vida y que más seguridad prometa, porque aquel estado que tuviere más semejanza y conformidad con el estado de los bienaventurados, por la regla sobredicha debe ser tenido por el más aventajado. Pues, si cotejamos todos los estados de los hombres que hay en este mundo, hallaremos que el estado de la religión bien concertada es el más dichoso y bienaventurado y mejor de cuantos hay en la tierra, porque se allega más y se conforma y tiene más igualdad con los sanctos de la gloria, como se podrá entender por las razones siguientes:

Entre las muchas perfecciones y bienes que los bienaventurados tienen en la gloria, de las que más caudal se hace es de gozar de aquella fruición divina que harta sus entendimientos, de aquel gozar de Dios y regalarse en su acatamiento. Pues ¿qué estado hay en el mundo que más le cuadre esto? ¿Quién tiene más aparejo para gozar de Dios y regalarse y gozar de las consolaciones espirituales que a los suyos concede, que los que están en la soledad y quietud de los monasterios? Los que están en la gloria están todos sujetos a un señor, a un maestro y gobernador, que es Dios. Pues esto mismo se halla en la religión, porque todos obedecen un prelado, y no como allá en el mundo, donde hay muchos señores y muchos mandones, que todos quieren mandar y ser obedecidos; pero en la religión, en el monasterio, uno solo, y éste está en lugar de Dios, al cual todos obedecen y desean contentar, pareciéndoles que el hacer esto es un traslado del cielo para gozar del orden y concierto de los Ángeles.

En la bienaventuranza de los sanctos, entre otras cosas que se tiene, es no poder pecar, no poder hacer algún mal, no poder aborrecer a nadie ni querer ni pensar hacer mal alguno, sino estar de continuo en ejercicio de todo bien. Pues la buena religión en lo que se mues-

tra más semejante a la bienaventuranza es en estar todos sujetos y obedientes al bien, de manera que ni puedan ni quieran hacer mal ni pensar mal de nadie. Y no es poco bien tener quitado el poder para hacer mal y para seguir los apetitos y malos deseos, porque (como dicen) sumo poderío es no poder hacer mal. Tienen más los bienaventurados el no haber alguno en todos ellos que tenga cuidado grande ni pequeño de cosa criada, sino de solo loar a Dios y darle infinitas alabanzas. También en esto los debemos imitar los religiosos y este ha de ser nuestro principal cuidado y oficio, y para esto se nos provee del comer y vestir: para que no nos ocupemos en buscarlo, sino sólo en bendecir y alabar a Dios.

Tres caminos dicen que hay para ir a la gloria, y ninguno puede entrar en ella sino por uno éstos. El primero es harto ancho y pasajero y por él camina la mayor parte de la gente que se salva, y este es el camino de los mandamientos: por aquí va toda la gente común que de los cristianos se salvan. El segundo camino es el de los consejos, y por éste van los religiosos; y el tercero es un atajo breve, que es el del martirio. Los religiosos tomamos de estos tres caminos el de enmedio, y por esto participamos de los unos y de los otros: de los primeros, porque sin guardar los mandamientos de Dios no nos podemos salvar; el de enmedio, porque (según dicen) debemos pretender la perfección, y aun fuera desta perfección está este mandamiento que a todos comprehende, que es amar a los enemigos. Participamos también del otro extremo tercero, que es el del atajo, aunque más prolijo, que es el del martirio, según aquello que san Basilio dice en su regla a sus monjes:

«Hermanos muy amados, acordémonos cómo dejamos el siglo por la tierra soberana y cómo nos sometimos a la servidumbre del claustro por la libertad eterna. Ciertamente, la observancia de la disciplina del claustro es casi una examinación, en la cual la herrumbre de nuestros pecados debe ser alimpiada y la imagen de Dios en nuestras ánimas reformada, por que después que fuéremos probados en el fuego de la tribulación, así como el oro entonces sacados de el horno, seremos igualados a los Ángeles en el palacio del Rey celestial. Porque, ciertamente, los que somos llamados monjes, entre los mártires somos contados si cumplimos lo que prometimos; porque cierto es que los mártires padecieron grandes tormentos, pero poco tiempo duraron; mas nosotros cada día padecemos martirio: porque el encerramiento del claustro, la estrechura de la regla, el menosprecio de las vestiduras, la subjeción de los preladados, el continuo silencio, cumplir el mandamiento de otros, los espesos ayunos, los muchos azotes, las continuas vigiliass, el seguimiento de las horas cotidianas; allende desto, la confusión de la confesión, el amargura de la penitencia, la pública reprehensión delante los frailes, el castigo del cuerpo, las tentaciones del ánima, la frecuentación de las oraciones y la vigilancia de las lecciones son grandes tormentos de la carne. Y, por tanto, cuanto excede el precio del oro al de la plata tanto excede el galardón de nuestra remuneración a la de los otros. Porque verdad es que muchos justos sirvieron a Dios según su propia voluntad y obraron como les placía, mas nosotros somos sometidos al yugo de la obediencia y atados con los preceptos y cuerdas de la regla, y no nos seguimos según nuestro albedrío, mas obedecemos a otro. Así, como animal seguimos al que siembra, porque ciertamente nosotros somos animales de Cristo, a los cuales Dios aparejó pastos de su dulcedumbre. Y por eso conozcamos que somos obreros de la viña del Señor y como tales sufrimos pacientemente la carga del día y del estío por que, acabado el trabajo, reposemos con Cristo nuestro remunerador». Hasta aquí es de san Basilio.

No se puede negar el ser trabajoso el castísimo estado de la religión, mas si el mismo Hijo de Dios, Señor de el Reino de los cielos, dice que fue necesario que padeciese para que así entrase en su gloria, no en la ajena, sino en su misma casa, el pensar entrar nosotros allá sin padecer por locura sería tenido. Cuanto más que ¿quién hay en esta vida que no padezca trabajos? Mas cotejando los que en la religión se padecen con los que un solo seglar sufre en el siglo, se entenderá ser mayores sus trabajos. Increíble cosa es lo que uno padece por conservar o aumentar su hacienda o su honra o crédito, en contentar y sufrir a su mujer y satisfacer a sus parientes y amigos. ¡Qué velar y trasnochar, qué pasar de puertos, ríos y mares, a cuántos riesgos y peligros se pone, y todo por esto, temporal y transitorio! Mas el religioso, que los sufre por el reino de los cielos y que sabe que los bienes y contentos del mundo tienen de acabarse y que la empresa tras que corre ha de durar para siempre, ¿por qué no padecerá con contento sus trabajos y fatigas? Justo es, por cierto, que se sufra y se esfuerce y que no muestre flaqueza alguna de su parte, sino que, con ánimo varonil, así haga rostro a los trabajos y dificultades como a las recreaciones y gustos.

En el tercero de los *Reyes* se escribe que cuando se edificaba el templo de Salomón, que, como hubiese mucha madera y piedras que labrar, no se oyó golpe chico ni grande en todo el templo, sino que lo labraban fuera, y cuando las piedras estaban muy cuadradas y polidas las traían a asentar en el templo, y así, no se oía golpe ni ruido ni cosa que hiciese estruendo en todo él. Todos los religiosos (si por bien es) piedras son para el templo de la gloria: allá no se ha de dar golpe ni oír ruido, todo ha de ir polido de acá, porque, como dice san Juan, ninguna cosa contaminada ni que ofrenda puede entrar allá; que todo ha de ir de acá muy polido y bien labrado. Pues luego conviene que acá anden los martillos y golpes y que acá se sufran las penalidades y fatigas que fueren menester para que así merezcan ser asentados en tan excelente edificio como es el de la gloria.

Queriendo la sagrada Escritura engrandecer las mercedes que Dios había hecho a los hijos de Israel, dice dellos que los llevó por un camino maravilloso; y con razón se podría decir esto mismo por el camino de la religión: que un hombre que Dios crio libre y para que todas las criaturas le sirviesen se haga esclavo de su propia voluntad, gran maravilla es, por camino maravilloso va; que a quien tan natural es el descanso el deleite, el pasatiempo, lo deje todo y se ofrezca al trabajo, harta maravilla es; que deje lo dulce y tome lo amargo, que no haga caudal de honras, riquezas ni estados y lo trueque por la bajeza y menosprecio, camino admirable y maravilloso es éste.

Pero dejemos todo lo de la vida y vengamos a lo que pasa al tiempo de la muerte. Parece que ningunos trabajos, fatigas, ni aun martirio que hubiese padecido la religiosa en la religión, lo debería tener en nada por merecer y alcanzar lo que en aquel tiempo se alcanza. ¡Oh, váleme Dios! ¡Qué cosa es ver aquella quietud de consciencia, aquel olvido de cuidados, aquel sosiego de ánima, aquel desembarazo con que deja esta vida, aquel sancto acompañamiento de tantas religiosas que cercan la cama no de marido y hijos, ni de parientes, que lloran y rompen las entrañas del enfermo, sino de bienaventuradas religiosas, unas rezando, otras haciendo las recomendaciones del ánima y otras esforzándola a bien morir y otras prometiéndole que le serán muy fieles amigas en ser muy continuas en suplicar a Dios perdone su ánima y la lleve al verdadero descanso! Que, por cierto, aunque no se esperase otro bien en esta vida sino los grandes bienes de aquella hora y el mucho favor que allí se tiene para bien morir, esto solo había de hacer ligeros los trabajos que la religión se pasan.

¡Tristes de las religiosas que dejaron el mundo, y su valer y haber, con verdadero intento de buscar a Dios, y que, habiéndole hallado, no le echan de ver ni se les parezca! Porque cierto es gran lástima; y esto no procede sino del fastidio y acedía que tienen con la vida y orden de la religión, porque las obras de virtud con que se habían de animar para más merecer les dan en rostro y les revuelven el estómago de la voluntad, que es gran falta. ¿Qué más hicieron los hijos de Israel en el desierto, que, habiéndoles Dios librado de la captividad de Egipto y traídos con tantos milagros hasta allí, y que manteniéndolos con manjar celestial, luego se amohinan y hartan y dicen que están para vomitallo?

Esto hacen las que en la religión sienten pesadumbre y enojo con el orden y concierto en que viven y muestran acedía y fastidio de los bienes con que Dios las sustenta; pues mayor culpa será la de la religiosa a la cual habiéndola Dios librado del Demonio y de la servidumbre del mundo y habiéndola traído a la quietud del desierto de la religión para darle después la verdadera Tierra de Promisión, y que la sustenta entretanto con bienes espirituales y con tanto sabores del cielo, y que esta tal no le conozca, gran mal es. Mayormente que (como dice el Apóstol) aún no hemos derramado nuestra sangre por resistir a los pecados ni hemos padecido grandes aflicciones por amor de nuestro Dios, sino que por una pequeña tempestad de tribulación que se nos ofrece queremos echar la sogá tras el caldero y dar con todo en tierra; y así, les puede decir Dios aquello de *Levítico*: «Pues yo os aparte y escogí entre los otros pueblos, no contaminéis vuestras ánimas, mas guardad mis leyes y preceptos por que no os vomite la tierra que os tengo de dar y vosotros habéis de poseer». ¡Oh sancta religión, que eres portal y entrada para la gloria, más vale un día de ti y de los sabores y gustos que Dios da a uno que comienza a servirle en ti que cuantos regalos hay en el mundo! ¡Dichoso aquel a quien Dios da este conocimiento para que sepa estimar el excelente estado en que Dios le puso! El estado del matrimonio hace hombres y el de la religión hace ángeles.

No quiero yo agora comparar el estado del religioso con ningún estado secular, porque aun es más aventajado que el de los reyes y príncipes del mundo, pues su estado es procurar vasallos que los obedezcan y el del religioso es hacerse obediente a todos. El de los reyes es vencer enemigos del cuerpo y el del religioso es vencer enemigos del alma. El de los reyes es aumentar riquezas y el de religioso aumentar virtudes. El estado de los reyes es<sup>134</sup> granjear reinos temporales y el del religioso es conquistar el reino del cielo. Ellos andan en guerras perpetuas y los religiosos viven en perpetua paz y quietud. Ellos viven en necesidad y los religiosos perfectos viven sin ella: todo lo que quieren tienen, porque no quieren nada. Y, finalmente, los religiosos desprecian y tienen debajo de los pies todo lo que ellos desean y por lo que ellos afanan y mueren. En conclusión, no hay ninguno de los reyes que cuando llega a la hora de la muerte no querría más haber sido un pobre fraile de san Francisco que haber sido rey. Así lo dijo el rey don Fernando, de buena memoria, a la hora de su muerte. «¡Oh, quién hubiera sido un pobre fraile lego y no tuviera que dar agora cuenta a Dios de tantos reinos!».

## Fin del segundo Tratado, de las monjas

134.- Suplo 'es' (272v).

# Comienza en el libro llamado *Vida política de todos los estados de mujeres*

## El tercero tratado: De las casadas

### Capítulo primero: Qué cosa sea el sacramento del matrimonio, y con lo que es más engrandecido y honrado

**M**ATRIMONIO es uno de los sanctos sacramentos de la fe cristiana, el cual es ayuntamiento del varón y de la mujer con consentimiento de ambos a dos. Y es de notar que este sacramento fue establecido por Dios en los corazones de los hombres en el Paraíso Terrenal, al principio de su Creación y antes que el hombre pecase, por que hiciese generación, según parece por las palabras que nuestro Señor dijo: «Creced y multiplicad», y aquellas palabras que Adán dijo por espíritu de Dios: «Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos». E así, dicen los Doctores que fue establecido en el Paraíso Terrenal y después fue reformado en la ley de naturaleza para refrenar el vicio y pecado de la carne y por que fuese ayuntamiento y liga de amor entre las personas, como le hay por el ayuntamiento del varón y de la mujer. Y por este mismo fin e intención es este santo sacramento usado y estimado y establecido en todas las otras leyes y edades de Escritura y de Gracia, hasta hoy.

Y no solamente fue este sancto sacramento honrado de los fieles varones amigos de Dios, mas aun fue estimado en mucho de los gentiles y moros y gentes bárbaras que no tuvieron el conocimiento de Dios tan perfecto como en los cristianos está; y, por tanto son obligados los cristianos a mucho más le honrar y estimar. No solamente el matrimonio es dicho gran sacramento por representar la unión de la Iglesia con Dios (lo cual sobra para lo estimar por el mayor en significación y representación), pero hay otras muchas razones, las cuales todas juntas hacen mucho para le engrandecer.

La primera es la autoridad, honra y reverencia de aquel que le instituyó, porque fue nuestro Soberano y verdadero Dios, cuanto a la excelencia<sup>135</sup> de su poder. Porque así como las órdenes de religión son tenidas en más por el fundador que las ordenó, así es de

135.- Orig.: 'excellancia' (273v).

estimar este sacramento por tener el mejor fundador que pudo ser, que es el mismo Dios; y así como en cualquiera de las órdenes, después que se hace profesión, se llama apóstata el que la deja, así es cosa muy aborrecida de Dios el dejar la mujer después de consumado el matrimonio. La segunda razón es por el lugar donde fue instituido, que fue en el Paraíso Terrenal. La tercera, por la manera como se instituyó; porque, después que Adán despertó y vio junto a sí la mujer, mirando al cielo dijo en espíritu de profecía: «Esta es carne de mi carne y hueso de mis huesos». La cuarta, porque es la más antigua orden de todas las órdenes y estados del mundo, y por todo establecimiento aprobada. La quinta, que fue instituido en el tiempo de la inocencia, cuando ni el hombre ni la mujer habían pecado, antes eran sus ánimas sin alguna mancilla ni mácula. La sexta, porque la tuvo Dios en tanto aquesta orden, que a sola ésta salvó en el Universal Diluvio, porque sólo Noé y sus hijos y mujeres fueron salvos para conservar la procreación. La séptima, porque la aprobó Dios tanto que tuviese por bien que su Hijo viniese a hacer de Virgen ligada a este santo sacramento que instituyó; porque ella fue verdadera esposa del santo José. La octava, porque Jesucristo, nuestro Señor, y su bendita Madre lo quisieron tanto honrar que se hallaron juntos a las bodas en Caná de Galilea, y en ellas, por más se señalar, ejecutó el primer milagro haciendo del agua vino. La nona es porque la bajeza de la carne y aquel ayuntamiento de mujer y varón se hace precioso y muy lícito, y aun meritorio, por el fruto inestimable que en él se coge, que es hijos engendrados para honra y loor de Dios. La décima es por aquellas benditas bendiciones que en la iglesia dan a los casados delante el altar, por las cuales, si acaba bien, en perfecta fe y caridad, y obediencia de la Iglesia y cumpliendo las obras de misericordia, oirá el día del Juicio aquellas palabras de admiración: «Venid, hijos de mi Padre, y recibiréis el reino que os está aparejado desde el principio del mundo por vuestra bendición». Y a los que lo contrario hubieren hecho les será dicho: «Id, malditos de mi Padre, al fuego eterno».

¿Quién basta a encarecer la grandeza deste sancto sacramento del matrimonio, pues, en conclusión, es tan alto en su efecto que dél salen por generación tantos siervos de Dios, tantas vírgines, tantas casadas y tantas viudas, tantos mártires y confesores y tantos sabios y doctores, los cuales sustentan en virtud del Espíritu Sancto la Iglesia Católica sobre sí? Así, san Jerónimo blasfema con gran vehemencia de las malas cristianas que, pensando asegurar su maldad, procuran con brebajos e invenciones del Demonio malparir después que han concebido; y muchas veces permite Dios que les suceda al revés; porque quiriendo las desventuradas echar la criatura de su vientre y privarla de tanto bien como es la gloria (de la cual se hacen dignos por el agua de el sancto Baptismo), echan su propia ánima de su cuerpo y, así, mueren con mucha miseria y dolor. Y lo que sobre todo esto engrandece este santo matrimonio es ser sacramento, y recebido en la Iglesia por tal, y así, es de creer por firme fe que da gracia cuando se recibe en aquella disposición que conviene. Y, finalmente, el matrimonio es figurado por la oliva fértil y muy abundosa que vido Jeremías y el campo que bendijo nuestro Señor Dios.

Fue tan tenido y estimado entre los gentiles el estado del matrimonio, que dice Cornelio Tácito que con la pena que los antiguos alemanes castigaban a la mujer deshonestá era con inhabilitarla para poderse casar jamás, como a indigna de tan santo estado; que era una muy pesada burla para ella, porque, según todas son muertas por tomar el dicho estado, no podían tener sobre sí verdugo más cruel para atormentar sus corazones que verse



desahuciadas de tal deseo. «Todas (dice el Cómico poeta) son cortadas a una medida, hechas por un molde y sacadas por una turquesa: las mismas cosas aman unas que otras y las mismas aborrecen, las mismas desechan y por las mismas sospiran, sin discrepar unas de otras». Y este fue el común sentido de los filósofos.

Siendo esto así en todas sus operaciones y deseos, pero en ninguna (creo yo) generalmente muestran más su plenaria devoción que en el casarse. Para cuyo efecto ni miran muchas veces por su honra ni por su fama ni por su provecho. Ni aun temen su daño, pues, conociendo algunas la mala compañía que llevan, no lo dejan, o, pudiendo sospechar algún mal, con todo pasan. Allá vemos en la sagrada Escritura que, con ser Rebeca hija de buenos y buena por su persona, no habiendo visto en toda su vida el mayordomo de Abraham ni teniendo más testimonio si era verdad lo que trataba o no, con todo eso, siendo preguntada si quería ir con aquel hombre (que, según su relación, la llevaba para mujer de Isaac), en oyendo cosa de casamiento dijo «sí»; que para esto nunca son mudas, aunque lo quieran parecer: nunca en el «sí» se detiene el corazón, aunque la lengua tarde en decirlo; con el «sí» dan de sí luego al punto en lo secreto y con él saldrían a la puerta si la vergüenza y empacho no las detuviese.

De muchos hombres leemos que ni se quisieron casar ni consentían a otros que lo hiciesen, como fue Tales, milesio, sobre lo cual escribe Plutarco un cuento gracioso que le sucedió con Sólon. Del mismo parecer fueron los filósofos Antístenes, Diógenes y Bión, para cuya confirmación este postrero hacía el silogismo siguiente: «Cuando te casas, o tomas mujer hermosa o fea. Si con fea casares no te faltará pesar, y si fuere hermosa no serás tú sólo el dueño. Pues para tanto mal mejor es la vida libre y sin sospecha».

Sin éstos, otros muchos hombres rehusaron pasar esta carrera; pero de las mujeres pocas vemos que no lo admitan y ninguna que a otra lo quiera quitar del casco, aunque esté muy experimentada. Harto lo estaba aquella de quien hace mención san Jerónimo, que se había casado veinte y dos veces, y, con todo eso, no quiso morir viuda. Por lo cual digo que la pena de los alemanes era muy a la medida del delincuente, pues sin tener tal culpa sintió la hija de Jepté tanto el morir sin casarse, y para las que la incurren ningún tormento se podía dar mayor que dejarlas toda su vida sin esperanza de tal deseo, como a las que tan mal aparejo han hecho de honestidad y limpieza para dignamente recibir tan sancto y alto estado como el del matrimonio.

## Capítulo segundo: Cómo cada uno debe casar con su igual para vivir con contento

**O**RDINARIA cosa es casar el mundo a los hombres con grande desproporción, como quien anda a tienta y a ciegas; pero Dios no casa desta manera ni hace mezclas desiguales, sino con mucha igualdad; porque en esto está la ventura de los buenos casados: en cuadrar en sus condiciones, haciéndose ambos a una, para que así como en el matrimonio se hacen una carne, así también en su cohabitación sean una sola ánima y voluntad. De adonde es lo que aconseja el Sabio, diciendo: «Si to pares con mujer que cuadre a tu ánima, procura casarte con ella y no la deseches, porque esa es la que te cumple». Así, todos los casamientos que salen guiados por mano de Dios

salen iguales y medidos a un nivel de condiciones y merecimientos. Así salió Abraham casado con Sarra, Joaquín con santa Ana, Zacarías con la anciana Elisabet, de los cuales se dijo que ambos eran justos delante del Señor y sin querella. Y aun es nuestro Dios tan cuidadoso y apurador en esto (como en cosa que tanto va), que primero que Él junte los novios que Él casa y los saque a sus bodas, suele examinar sus condiciones para que, viniendo ambos a una, hagan buenos casados.

De aquí es que para casar a Adán (como lo notó el Texto sagrado), primero puso los ojos en todos los animales de la tierra para buscarle entre ellos esposa que darle, la cual se le pareciese e igualase con él en condición y naturaleza; y, visto que no había su semejante en todas ellas, suspendió el matrimonio y detuvo el novio, por no darle compañía su desigual, hasta criarle nueva esposa y mujer que en todo le pareciese y fuese su igual. Parecióle al Señor, pues, que para mujer y esposa de Adán la osa era brava, la raposa falsa, la leona soberbia, la culebra astuta, la oveja necia, la víbora ponzoñosa, la elefanta torpe, la onza ligera, la bestia bestia; que, al fin, entre todas aquellas animalias no había alguna que le viniese. Por donde antes quiso volver otra vez a poner mano en la Creación y crialle otra nueva criatura su igual con quien pudiese casalle que dejarle mal casado con su desigual.

Muy acertada cosa es el procurar cada uno de los que el estado del matrimonio desean, casar con su igual y semejante: el hidalgo con el hidalgo, el labrador con el labrador, el oficial con el oficial; porque así habrá entre ellos verdadero amor; que, como dice el *Eclesiástico*: «Todo animal ama a su semejante y con él se junta». El león con el león, la oveja con la oveja y las águilas con las águilas suelen juntarse porque la semejanza (como dice Aristóteles) es causa de amor. Cuando esta similitud y igualdad falta en el matrimonio no suelen faltar denuestos e injurias, porque el uno llama al otro villano, y el otro al otro judío, donde se levantan rencillas, odios y rancores y malquerencias de la una y otra parte. Casi en figura desto mandaba Dios en el *Levítico* que no sembrasen el campo y tierra de diversas simientes y granos, porque el uno al otro se suele ahogar y ser el trabajo perdido y no coger fruto alguno.

De aquí es lo que el *Eclesiástico* dice: «Carga muy pesada lleva sobre sí aquel que se comunica y junta con otro más alto y más poderoso que él». ¿Qué parte podrá ser buena de el rico con el pobre? Como si dijese ninguna. ¿Qué comunicación del caldero de hierro con la olla de barro? Porque cierto es que, si se juntan, que se quebrará la olla; porque siendo el caldero de hierro y fuerte, y la olla de tierra y frágil, de necesidad ha de padecer y quebrar por no juntarse con otro su semejante. Los que por presunción y soberbia se allegan a otros más nobles, poderosos y ricos que ellos, se puede afirmar que éstos<sup>136</sup> se siguen muchos males. Dije señaladamente *por soberbia y presunción*, porque algunas veces será lícito a algún superior, por las virtudes y humildad del inferior, juntarse con él, y al inferior, en tal caso, con otro más noble y rico que él. Muy a la clara se cumplió esto en el rey Asuero, el cual, por la humildad y virtudes de Ester, la tomó por mujer expeliendo a la reina Vasti por su soberbia, y así, fue conjunta Ester con otro más noble y poderoso que ella por solas sus virtudes. ¡Oh, pluguiese a Dios que todos los casamientos fuesen desta manera: que el uno y el otro se casasen por solas las virtudes que en una y en otra parte hubiese!

136.- Se sobreentiende 'ayuntamientos'

Cuando el pueblo de Israel salió de Egipto y los egipcios fueron empos dellos con voluntad de no dejar hombre a vida, viéndolos que caminaban por medio del mar, entraron ellos también y fueron cubiertos de las aguas y ahogados. Por la infinidad de gente que entonces fue ahogada, fue tanta la falta que en Egipto hubo de varones, que, como las doncellas que eran señoras no hallasen sus iguales con quien se poder casar, se permitió que las doncellas nobles y generosas de Egipto se pudiesen casar con egipcios, aunque no fuesen nobles, con tal condición que ellas fuesen señoras de sus haciendas y los maridos no pudiesen en cosa alguna entremeterse cerca de la administración y mando. La cual ley y estatuto hasta hoy día se guarda en Egipto, según que lo refieren las historias, y Pedro Mejía muy curiosamente.

Don Antonio de Guevara, obispo de Mondoñedo, en una carta que escribió a un caballero valenciano dice: «La mujer elija tal hombre y el hombre elija tal mujer que sean ambos iguales en sangre y en estado; es a saber: el caballero con caballero, mercader con mercader, escudero con escudero y labrador con labrador; porque si en esto hay desconformidad, el que es menos vivirá descontento y el que es más estará desesperado. La mujer del mercader que casa a su hija con caballero y el rico labrador que consuegra con algún hidalgo, digo y afirmo que ellos metieron en su casa un pregonero de su infamia, una polilla para su hacienda, un atormentador de su fama y un abreviador de su vida. En mal punto casó a su hija o hijo el que tal yerno o nuera metió en su casa que ha vergüenza de tener al suegro por padre y de llamar a la suegra señora. En los tales casamientos no pueden con verdad decir que metieron en su casa yernos, sino infiernos; no nueras, sino culebras; no quien les sirviese, sino quien los ofendiese; no hijos, sino basiliscos; no quien los honrase, sino quien los infamase. Finalmente, digo que el que no casa con su igual a su hija le fuera menos mal enterrarla que casarla; porque si muriera lloraranla un día, y estando mal casada la lloran cada día. El mercader rico, el escudero pobre, el labrador cuerdo y el oficial plebeyo no han menester en sus casas nueras que se sepan afeitar, sino nueras que sepan muy bien hilar y hacer sus haciendas; porque el día que las tales presumieren de estrado y almohada, aquel día se pierde su casa y se va a hondo su hacienda. Torno a decir que se guarden los<sup>137</sup> tales de meter en sus casas a yerno que se alabe de muy hidalgo, que presume de correr un caballo, que no sepa sino pasearse por el pueblo y que haga punto de muy cortesano y que sepa mucho de naipes y tablero; porque en tal caso ha lo de ayunar el tal suegro para que lo gaste en locuras el yerno loco. Sea, pues, la conclusión deste consejo que cada cual case a sus hijos con su igual, y, donde no, antes del año cumplido le lloverá sobre la cabeza al que buscó casamiento de presumpción y locura. Y así, de Pítaco, que fue uno de los siete sabios de Grecia, escriben aquella sentencia que dice: ‘Si quieres casar, toma tu par’, y acá se suele decir: ‘Cada oveja con su pareja’».

Cuentan los poetas antiguos cómo Venus, hija de Júpiter y la más hermosa de las diosas, casó con Vulcano, cojo y herrero, y que, como el marido no fuese proporcionado a tal mujer, ella se revolvió con el dios Marte, que era el más valiente y bizarro de los dioses. Y, estando una vez juntos, el Sol, que todo lo vee, avisó a Vulcano del mal caso de los adúlteros, y él, traspasado de dolor, fue a su fragua y en poco rato labró unas cadenas tan sutiles como las telas de las arañas y tan recias que ni el mayor de los dioses las pudiera quebrar-

137.- Orig.: ‘las’ (277r).

tar, y con ellas cogió a Venus y a Marte, de suerte que no se pudieron menear; y él dio entonces un clamor (que fue oído de todos los dioses) quejándose de que por verle cojo y mal tallado su mujer, y verse hija de Júpiter, le había hecho tan grande afrenta y traición. En esto nos quisieron significar los poetas que la mujer hermosa y hija de padre poderoso es otra Venus en casa del hombre de poca costilla, cual fue Vulcano, cojo, herrero y lleno de cisco, pues cualquiera excelencia en la mujer sobre las de el marido es causa de malas costumbres, y de aquí nace dar el pago que a Vulcano las tales a los que son como él.

Plutarco, en el tratado de cómo se han de criar los hijos, aconseja que no case nadie su hijo con mujer más rica y de más estado que él, diciendo que el que toma mujer de más calidad que no él cobra señores y no parientes. Ninguno sea tan bronco de juicio que niegue la estima de la buena sangre y parentela. Dios prohibió a los hebreos casarse con las mujeres cananeas, hijas de los idolatras, y castigó al rey de Judea, Jorám, por haber trabado casamiento con Atalía, hija de padres idolatras y traidores a Dios, cuales fueron Acab y Jezabel. El mismo Dios (por Ezequiel) dio a Jerusalén por baldón que su raíz y generación era de la tierra de Canaán, y su padre amorreo y su madre hetea, porque estas generaciones eran de las condenadas de Dios para ser destruidas por sus infames pecados, y por se les parecer Jerusalén en ser muy pecadora la baldonó Dios con tales palabras.

Focílides y Teognis, megarenses, encareciendo cómo los hombres buscan buenos carneros y caballos para casta, reprehenden el no curarse de que la mujer que les ha de parir sus hijos sea buena o hija de buenos, como sea rica; y ni la mujer se cura de la bondad de la casta del marido, con tanto que sea rico, pareciéndoles que las riquezas llevan consigo el linaje. Su maldición hecho Medea a todo mujer que se casase con marido cuyas condiciones no tuviese<sup>138</sup> conocidas, diciendo que a oscuras y sin tamborino se viesse la tal llevar al tálamo. Alega Estobeo a Eurípides, que decía que cualquiera debe casar con persona de buena familia y generosa, y que si esto falta no se debe casar, por más montes de oro que la mujer lleve en dote; porque, por más que uno se hinche y ensoberbezca con sus riquezas, no por eso de ruin casta se hará de buena. Sobre todo, lo que en más debe estimarse en la mujer es la virtud de buenas costumbres, porque esto (según muchos) se aventaja a las riquezas y nobleza que desto carecen.

Muchos sabios dicen que la mujer se debe buscar de gente de buenas costumbres, porque no solamente cogen los hijos las condiciones de los padres en lo natural, sino, y aun, de lo que es de virtud o de vicio; y por esto Abraham no consintió que su hijo Isaac se casase con mujer de la casta de los cananeos, por ser muy pecadores y fuera de virtud, y, así, más le quiso casar con mujer de su casta, porque, aunque eran gentiles e idolatras, eran de muy buena cepa y de gente virtuosa y dispuesta para perder lo malo y recibir bien la buena doctrina de Abraham, como la recibió Rebeca, siendo una sancta matrona.

Por ser tan altiva y presumptuosa la mujer, siempre querría ganar tierra y aventajarse a su marido. A los cuales, si no son de tan buena casta como ellas, no los tienen en lo que pisan, y les dan con las faltas de su linaje en los ojos. Bien conocía esta mala condición de mujeres Marco Tulio, el cual dice en sus *Paradojas*: «¿Por ventura puédese llamar libre el varón sobre quien tanto imperio tiene su mujer? Ella establece leyes contra él y se las hace cumplir aunque le pese; ella manda y veda y él no osa dejar de obedecer; tiene gran pre-

138.- Orig.: 'tuisse' (278r).

sumpción de linaje y dale en cara con la nobleza y generosidad de sus pasados. Este marido ¿es libre? Llámole yo siervo de su mujer, aunque descienda de generosa familia». Bien lastimado le tenía su mujer a este filósofo, que tan bien sentía los puntos de su soberbia y altivez. Lo cual es causa de rencillas y discordias entre los casados, y suele cavar tanto en ellos esta presunción, que, viéndose el de menos nobleza tan menospreciado y abatido, viene a tener su casamiento por infelice y su suerte por muy desdichada.

En la última batalla que el rey Mitrídates dio a los romanos, como en ella quedase destruido todo su poder y él sin esperanza de remedio, púsose en huida y envió a Bóquides, eunuco, a la ciudad de Farnasia, a matar sus hermanas y mujeres. Las mujeres legítimas, con coronas de reinas, eran dos, y de la una, llamada Monima, natural de Mileto, se escribe que, enamorado Mitrídates de su admirable hermosura, la quiso por amiga y la envió quince mil ducados para galas, mas que ella, como mujer de más presunción de lo que él pensaba, le envió a decir que si primero no la enviaba corona de reina, como a legítima mujer, que no curase della, y que él, por estar della tan aficionado, cumplió su demanda y la recibió y tuvo siempre en este estado. No fue bastante el verse reina Monima para que tan grande alteza de estado la tuviese contenta, porque, viendo al rey Mitrídates andar de continuo ocupado en continuas guerras, tuvo más su vida por de afligida captiva que por de reina poderosa, y así, siempre lloraba la libertad que había perdido y la flor de su edad y hermosura mal empleada, pues se le había pasado más en servicio de esclava que en gozar la estimación y regalos de reina. Y, como después entendiese el recaudo de el Rey, que, por que no fuesen deshonradas las mandaba matar, quitándose con rabia la corona de su cabeza (que entonces era una cinta blanca), se colgó con ella, y, como se le quebrase con el peso del cuerpo, tomola en la mano y, mirándola con desdén, dijo: «Oh descomulgado atavío, que ni aun para tan triste servicio como éste fuiste de provecho!». Y, echándose en tierra, se entregó a Baquides, que la degolló.

Héctor Boecio dice que, enviudando el rey David de Escocia, se tornó a casar con Margarita, hija de un caballero llamado Joan Logo, porque era la más hermosa doncella que en todo el reino se hallaba, y cuando la vio pasar de veinte y cuatro años y que no paría, con esta ocasión, para dar color a su enfado, la repudió. Y siguiendo ella esta causa delante de el Papa con muchas costas y sentimiento, murió mal lograda, teniendo a gran desdichada el haber sido reina y el no haber escogido marido conforme su estado, con quien viviera contenta.

Cuenta Rufo en sus *Apogtemas* que casó un caballero de clara estirpe con una moza villana y pobre, estimando por hacienda y calidad el oro de sus cabellos, sus pocos años y mucha hermosura; y, tratándose del mucho descontento que suelen amenazar los casamientos desiguales, dijo un amigo del novio: «No es posible que deje de vivir contento y ufano quien lleva tan gallarda mujer». A lo cual le fue respondido: «Esa gallarda se danzará la noche de la boda, y toda la vida se zapateará el villano».

Aquella sentencia de Pítaco, que cada uno case con su igual, declara Erasmo haberla dicho por la igualdad de las edades. Grande es el desconcierto de algunos que siendo mozos y de florida edad se casan con viejas, y viejos de cansados días se casan con mozas. Muy a la clara parece esto ser en escarnio y vilipendio del sacramento del matrimonio y contra su primera institución. Esto parece en el *Génesis*, donde, cuando Dios nuestro Señor instituyó este sacramento, dijo: «No es cosa buena estar el hombre solo: hagámosle una ayuda semejante a él». Casar moza con viejo o vieja con mozo, hay gran desemejanza,

por donde entre los tales no puede haber verdadero amor, el cual se requiere de necesidad que haya entre los casados; porque faltando esto falta todo bien y hállase todo mal.

Por la mayor parte, el viejo que está casado con mujer moza todo se abrasa en celos y anda sospechoso de que su mujer le tenga verdadero amor; y la mujer moza, cuando del marido viejo es bien aconsejada, nunca entiende que aquellas razones sean necesarias para su desorden y poco saber, sino siempre lo atribuye a que, como su marido es viejo, es melancólico y mal acondicionado; y no tiene a otra mujer por desdichada en el mundo si no es a ella, y piensa que las demás, por estar casadas con mozos, no pasan rato que no sea de placer y contento, sucediendo infinitas veces al revés. Muchas veces, por la hermosura, suelen los ancianos y viejos casarse con doncellas mozas y hermosas, de donde, después, son ciertos los celos y recelos, sospechas y rencillas, y viene la mujer a despreciar al marido y a no tenerle en nada, y algunas veces suele suceder a los tales desastradas muertes. De aquí es lo que el *Eclesiástico* dice: «Por la hermosura de la mujer muchos perecieron».

En la historia de los lombardos se lee de Rosimunda que era de estremada hermosura, la cual estando en Revena con su marido, como viese un ciudadano romano que era semejante a ella en tiempo, en edad y hermosura y buen parecer, agradada mucho dél y deseándole tener por marido, dio a su marido ponzoña en la bebida. El cual, como la bebiese y sintiese, dejando buena parte de aquel veneno, compelió a Rosimunda su mujer a que lo bebiese, con que juntamente entrambos acabaron la vida. Después de la muerte de Julia, hija de Julio César y mujer muy amada de el gran Pompeyo, como se casase con Cornelia, viuda, hija de Scipión, que era moza y hermosa y de buena gracia, muy elocuente y ejercitada en filosofía y en otras ciencias, y, sobre todo, de gran honestidad y loables costumbres (y con tener ella estas partes y estar Pompeyo muy contento y ella más), fue muy murmurado en Roma este casamiento, verificándose aquel común adagio: «Las partes están contentas y los alcaldes querellosos». Y la razón desta murmuración fue porque, siendo él viejo, se casaba con mujer tan moza y hermosa. La cual disparidad no parece ser cosa conveniente para los que se casan, porque la mujer moza que se casa con hombre viejo, por más que la regale, vive descontenta y aun rostrituerta, y él cobra verdugo que le acabe presto la vida y munidor que le abra muy apriesa la sepultura.

El hombre deja de engendrar ordinariamente de setenta años, y la mujer de parir de cincuenta; por esta razón ha de ser el marido, cuando se casa, de diez años más que la mujer, poco más o menos, para que en la potencia anden iguales. Para casarse la mujer, es buena la edad de diez y seis años, y el hombre de veinte y cinco. Débese escoger la mujer, así, moza y doncella, porque en la tierna edad se imprimen mejor las costumbres y se hace más subjeta y obediente al marido, como el sello en la blanda cera. Las viudas, ahechas a otras condiciones, son malas de deshacer, de lo cual es buen ejemplo aquel de Timoteo, famoso músico de flautas, que llevaba doblado interese al que venía algo enseñado que al discípulo que no sabía nada, porque decía tener doblado trabajo con ellos, como era enseñarles y hacerles olvidar lo que sabían. También la memoria y amor que al marido primero tuvieron desminuye al que se tiene al presente.

Decía Licurgo que, para que los hijos nacidos de padres crecidos y de perfecta edad sean recios y duraderos, si se casan temprano dañan sus cuerpos y los hijos nacen débiles y los padres carecen de autoridad acerca dellos, siendo de discreción. Los que los tienen siendo viejos no gozan de sus hijos ni los pueden instruir ni criar, y así, en su niñez los

dejan desamparados y huérfanos, por donde vienen a criarse con mucho trabajo y lacería. Escribe Alciato en sus *Emblemas* que los padres que con el nudo inseparable del matrimonio ligan a sus hijas siendo sanas, enteras y hermosas, con hombres enfermos, contagiosos, podridos y de mal olor, renuevan la crueldad de Mecencio, capitán de Etruria, que con inmensa inhumanidad<sup>139</sup> queriendo dar mala muerte a los vivos, los juntaba y ataba con los muertos hasta que miserablemente acababan la vida siendo inficionados con el insufrible hedor de los podridos cuerpos.

### Capítulo tercero: De el casamiento con mujer hermosa, y de cuán presto desaparece la hermosura

**E**N ninguna manera conviene al que se casa buscar mujer que sea muy aventajada en hermosura, porque, aunque lo hermoso es bueno, están muy ocasionadas a no ser buenas las que naturaleza adornó de excesiva belleza, y a este propósito decía el poeta Simónides que era cosa muy agradable el ver la hembra hermosa, mas que para el marido era un costoso daño y desventura, porque lo que muchos desean de muchos ha de ser guardado, y así, corre mayor peligro, por aficionarse todos al buen parecer. Y es inconveniente gravísimo que en la vida de los casados, que se ordenó para que ambas las partes descansasen cada una dellas y se descuidase en parte con la compañía, que de necesidad obligue a vivir con continuo recelo y cuidado, y que, buscando el hombre mujer para con ella descuidar de su casa, la escoja tal que le atormente con recelo de todas las horas que en ella no estuviere.

Demos que la mujer sea tan honesta como lo fue Mariana, mujer de el rey Herodes; si es hermosa, nunca su marido acaba de desarraigar de su corazón los celos y sospechas, siquiera por sólo lo que podría ser. Los temores de Abraham por la hermosura de Sarra bastan para prueba desta verdad; que dos veces que pasó a Egipto temió ser muerto por amor della, por ser el extremo hermosa, y la hizo decir ser su hermana y no su mujer, por que los egipcios, teniendo en menos el homicidio que el adulterio, le mataran por gozar della. Y san Ambrosio, movido por tal hecho, dice que no se debe buscar mucho hermosura, porque pone en peligro de muerte al que la goza.

Así aconteció a Sinato, marido de la hermosa y honestísima Camma, que, por ser la gozar, Sinoriges le mató y trató de casar con ella; mas ella, por ser vengar, concedió el casamiento y, antes de celebrarle, fingió ciertas ceremonias en que le dio a beber el brebaje<sup>140</sup> amoroso, y ella bebió su parte, conque luego murieron entrambos. Esta historia refiere el gran filósofo Plutarco.

Y Héctor Boecio cuenta que, quedando viudo Edgardo, rey de Inglaterra, y oyendo decir de la gran hermosura de Alfreda, hija de el duque de Cornualla, enamorado de su fama, envió a un su amigo, llamado Etelboldo a la ver, para que, siendo cual se decía, casarse con ella. Mas Etelboldo, al punto que la vido, quedó preso de su amor y, olvidado de la confianza que el Rey le había hecho y de la fidelidad que debía guardarle, caminando más tras su gusto que tras la razón, volvió al Rey y le certificó no ser tanta, ni con mucho, su

139.- Orig.: 'immanidad' (280v).

140.- Orig.: 'beurage' (281v).

hermosura como le habían dicho; y, creyéndolo el Rey así, se descuido della. Etelboldo, cuando le vio resfriado de aquel amor, le pidió licencia para casar con ella, y, alcanzada, pedida la doncella a su padre, se la dio por mujer. Con la libertad de casada salía Alfreda de su casa más que solía, y así, corrió mucho más que antes la fama de su hermosura, que puso al Rey codicia de la ver, lo cual turbó a Etelboldo en gran manera. Y como el haberla de ver el Rey no pudiese escusarse, él rogó a Alfreda su mujer muy encarecidamente no se aderezase ni compusiese mucho para ser de el Rey vista, lo cual ella, como moza liviana y poco honesta, hizo al revés, aderezándose muy de propósito. Luego que el Rey vido su grande hermosura quedó della muy aficionado, y, habiéndose careado entrambos, aunque ya había parido un hijo del triste Etelboldo, el Rey la quiso por mujer; y para esto hizo matar a su indiscreto competidor que así se había cegado de su belleza y luego se casó con ella. Por semejantes efectos escriben Laercio que Teócrito llamó a la hermosura detrimento de marfil, pues, si bien parece, buen peligro trae consigo.

En ninguna manera el que se casa debe tener por principal intento el cumplir la torpeza de sus feos deseos y deleites, mas con intención de procrear hijos para servicio de Dios. Los que con tal intención se casan, el tal matrimonio no puede mucho permanecer ni durar en concordia y amistad verdadera: todo amor que nace de corrupción fácilmente se convierte en odio, rancor y malquerencia, porque muy de presto se suele perder y pierde la hermosura y gracia de la mujer. Boecio (*De consolación*) dice: «La hermosura es como el viento, que muy presto se pasa». Que el amor que por respecto de el deleite se causa pasa muy presto y se convierte en doblado aborrecimiento. Suele asimismo causar muchos desabrimientos, descontentos y rencillas, y, lo que peor es, acabar en mal; porque, como dicen los canonistas, con mucha dificultad tienen buen fin y salida aquellas cosas que llevaron mal principio. Mas por ventura dirá alguno: «El patriarca Jacob se casó con Raquel por su hermosura, y no pecó; luego bien me podré yo casar sin pecado por sola la hermosura de aquella con quien me casare». A esto responde santo Tomás diciendo: «La hermosura del rostro de Raquel no fue causa principal del matrimonio de Jacob con ella, mas secundaria y acesoria; porque la principal fue sus virtudes y prudencia, con las cuales se hacía ser amada y bien querida de Jacob»; porque la hermosura en la mujer cuerda le es para gran ornamento, mas en la que de cordura carece, para gran caída y pecado.

No sola la hermosura es peligrosa porque atrae a sí y enciende en su cobdicia los corazones de los que la miran, sino también porque despierta a las que la tienen a que gusten de ser cobdiciadas. Porque si todas generalmente gustan de parecer bien y de ser vistas, cierto es que las que lo parecen no querrían vivir escondidas (demás de que a todos nos es natural el amar nuestras cosas y, por la misma razón, el desear que nos seanpreciadas y estimadas, y es señal que es una cosa preciada cuando muchos lo desean y aman), y así, las que se tienen por bellas, para creer que lo son quieren que se lo testifiquen las aficiones de muchos. Así que quien busca mujer muy hermosa camina como por tierra de salteadores y con oro que no se consiente encubrir en la bolsa, sino que se hace él mismo afuera y se les pone a los ladrones delante de los ojos, y que cuando no cause otro mayor daño y cuidado, en esto sólo hace que el marido, si tiene juicio y valor, se tenga por muy afrentado. Porque en la mujer semejante la ocasión que hay para no ser buena por ser cobdiciada de muchos, esa misma hace en muchos grande sospecha de que no lo es, y aquesta sospecha basta para que ande en lenguas, menoscabada y perdida, su honra.



San Jerónimo dice que la hermosura no se ha de buscar en las que hubieren de ser mujeres legítimas, sino dejarla para las vendibles y deshonestas. También debrían los hombres huir de la hermosura de las mujeres por no verse privados en algún tiempo de lo que con su memoria les puede causar mucha pasión y tristeza. Ninguna cosa hace menos al caso para que al casado dure el contento que la hermosura de su mujer, y ninguna cosa hace más al caso para muchos malos ratos. Jacob porfió a casarse con una hermosa, y después le vino ella a trocar o vender por unas manzanas, que llama la Escritura mandrágoras: fue castigo de su porfía, justamente merecido. Lía, la legañosa, da las mandrágoras por Jacob; Raquel, la hermosa, da a Jacob por las mandrágoras, porque las feas son las que más quieren a sus maridos y las que más se desvelan por su regalo y por guardarles fidelidad; mas la hermosa, demás de ser servida y regalada y de pensar que nadie la merece, trocará a su marido por una clavellina. Pues ¿qué si el marido da en celos y sospechas? Jamás llegan los gustos a la mitad del tormento.

Dirá alguno: «¿Qué se ha de hacer de las hermosas? ¿No se han de casar?». Para esto se les dan dos consejos:

Que se metan monjas, como hizo la bienaventurada sancta Brígida, que floreció en el reino de Escocia, de la cual dice Laurencio Surio que fue bastarda, hija de un caballero llamado Duptaco y de una su esclava, y que como por su grande hermosura fuese pedida de muchos en casamiento, ella, huyendo el matrimonio y los achaques que consigo trae con la hermosura, y por mejor poder servir a Dios, alcanzó de su divina Majestad con sus continuas oraciones el tornarse fea por que la dejasen así entrar en religión. Mas fue Dios servido que, en profesando y quedando segura de no se poder casar, le fue restituida de su mano su hermosura. ¡Oh, y cuántas hay mal casadas porque las llamaba Dios para la religión y no la quisieron! Y no sería mucho que los padres hiciesen con Dios lo que suelen hacer con su cocinero; que si ha guisado bien un manjar le envían parte: «Que coma este bocado, que es la mejor cosa que ha hecho»; mas no lo hacen así, sino como el que da por Dios que busca la más baja moneda que trae en la bolsa. Y si dijeren los padres: «La hermosura lleva menos dote», a eso responde san Basilio: «¡Triste mujer, que por ser más hermosa ha de ser más desdichada!».

El segundo consejo es que, como se aconseja al hombre que no se case con mujer muy hermosa, así a la muy hermosa, que no se case con hombre muy avisado, sino con un hombre de buenas entrañas, partido, llano, pacífico, bien acondicionado; porque si ella trae consigo las ocasiones de la sospecha y él las vivezas de la malicia muy poca paz habrá en casa.

Porque la mujer sea muy hermosa no por eso es de más dicha y felicidad, ni por eso se casa más presto ni es más mirada ni deseada de los hombres de entendimiento, que miran más que la cara en las que han de hacer madres de sus hijos y compañeras de su vida. Los niños simples, viendo en los libros letras hermosas, doradas o iluminadas, allí paran y se detienen y pasmados las contemplan, sin leer la buena doctrina que está escrita en el libro. Esto mismo acontece a los hombres que son como niños de poca razón y entendimiento; porque, como tales, en topando la hermosura en la mujer luego se agradan y satisfacen, sin procurar e inquirir si sus costumbres son tales cuales conviene que sean para vivir quieto y con honra. Precepto es, y regla de filosofía (y advertida por los hombres

discretos y prudentes), que aunque para el estado del matrimonio no se haya de escoger la más fea, que tampoco se ha de buscar la más hermosa.

Homero estima y encarece los cuerpos crecidos en las mujeres, y así, alaba de muy crecida a su diosa Diana, y a la infanta Nausica, hija del rey Ancinoo, pinta (por boca de Ulises) muy crecida de cuerpo, hasta la comparar con Diana. Y Virgilio y Ovidio dicen de Diana por mucha excelencia que llevaba dende el cuello para arriba a todas las demás diosas. También Homero alabó de grande a Penélope, y Ovidio introduce al grande ciclope Polifemo que en la música que dio a su ninfa Galatea por excelencia la llama más alta que un álamo blanco y más vistosa de lejos que un alto plátano. Y este pleito las mismas mujeres le sentencian, pues conforme a su disposición se ponen los chapines hasta igualarse las chicas con las grandes, y si no tuviesen por mejor el ser crecidas es de creer que no usarían de estos medios para suplir lo que naturaleza no les dio. A la mujer pequeña aconseja Ovidio que se esté asentada y que, si caminare, vaya en bestia crecida. Ateneo, en confirmación de la grandeza mujeril, declarando la causa por que los eforos de Lacedemonia penaron a su rey Arquidamo, dice que fue por haberse casado con mujer muy pequeña, alegando que tal mujer no pariría hombres de hecho, sino lagartijas; y nota Ateneo haberse casado con ella por ser muy rica. Mas lo de la grandeza de la mujer para que nazcan hijos grandes y bien dispuestos, aliende que en todos los linajes de animales lo experimentamos, es doctrina común de Aristóteles y de otros muchos filósofos.

Dice Plutarco que Olimpias, madre del gran Alejandro, condenó por necio a Monimón porque casó con Frina, mujer hermosa, salvo (dijo) si no quiere consagrarse a un martirio de por vida. Y Arístenes, filósofo, dio por consejo a un mozo que se le pedía (como refiere Laercio) no se casase con mujer hermosa, porque había de ser de muchos. Rara es (dice el Poeta), la concordancia de la hermosura y de la castidad. Los que traen a su casa mujer hermosa traen un ídolo sumptuoso y costoso que hayan de vestir y adornar cada día, como una estatua, muy a costa de su hacienda y patrimonio, o, a lo menos, de su paz y aun de su vida. Traen los tales (como dice Plutarco) a su casa un dulce veneno, unos grillos o cepo de oro, y truecan la libertad que pudieran tener con otra menos hermosa en una honrosa servidumbre y captiverio. En ninguna manera ha de alabar a otra sino a ella, ni en ningún tiempo ha de quitar los ojos de su cara. ni halagalla ni acaricialla menos de lo acostumbrado: cualquiera cosa que en ella se menospreciare será para el marido sentencia de muerte, porque cualquiera bien que no sea suyo es mal y pestilencia. Hala de honrar, servir y adorar de rodillas, porque es un ídolo litigioso y soberbio de quien, como hombre sin seso, se ha de maravillar y estar siempre colgado y sujeto a su pesado yugo. Suelen las tales, por la mayor parte, cuando no tienen muy bueno y sólido juicio, sino son bobas o necias (que es su enfermedad ordinaria) ser vanísimas, aniñadas, melindrosas, frías, enfadosas, y tan desagradables que parece divina providencia que no tengan juicio para ver y conocer que aquello pone por tierra su hermosura. Nunca a mujer hermosa le faltó una costumbre o condición que deshiciese y desliyese su hermosura y belleza. Las de mediana hermosura suelen carecer de estos vicios: suelen ser humildes, graciosas y agradables, suelen amar y tener en mucho sus maridos, y, al fin, suplen lo que les falta de fuera con amor verdadero, con discreción, cuidado, prudencia, entendimiento, buena condición, o, a lo menos, con algunas cosas más apacibles y aun provechosas que la demasiada hermosura de las otras. Si este bien de la beldad tuviera algún tomo fuera bien que los hombres se pusieran por él a

estos peligros; mas ¿quién no sabe lo que vale y lo que dura esta flor, cuán presto se acaba, con cuán ligeras ocasiones se marchita, a qué peligros está subjeta y los censos que paga?

Toda la carne es heno, dice el Profeta, y toda la gloria della, que es su hermosura toda, y su resplandor, como flor de heno. Pues ¡bueno es que por el gusto de los ojos, ligero y de una hora, quiera el hombre cuerdo hacer amargo el estado en que ha de perseverar cuanto le durare la vida, y que para que su vecino mire con contento a su mujer muera él herido de mortal descontento y que negocie con sus propios pesares los ajenos placeres! Y si esto no basta, sea su pena la culpa que ella misma le labrará, de manera que, aunque le pese, algún día y muchos días conozca su provecho y condene su error. Y digo, aunque tarde, lo que dice Salomón de las tales mujeres: «Engaño es el buen donaire y burlería la hermosura. La mujer que teme a Dios, esa es digna de ser loada». Porque se ha de entender que ésta es la fuente de todo lo que es verdadera virtud y la raíz de donde nace todo lo que es bueno y lo que sólo puede hacer y hace que cada uno cumpla entera y perfectamente lo que debe el temor y respecto de Dios y el tener cuenta con su ley; y lo que en esto no se funda nunca llega a colmo y, por bueno que parece, se yela en flor. Y entendemos por temor de Dios (según el estilo de la Escritura sagrada) no sólo el afecto del temor, sino el emplearse uno con voluntad y con obras en el cumplimiento de sus mandamientos y lo que, en una palabra, llamamos servicio de Dios; de manera que el temor y servicio de Dios ha de ser en ella lo principal y lo primero, no solamente porque le es mandado, sino también porque le es necesario. Porque las que por aquí no caminan siempre se pierden, y, además de ser malas cristianas, en ley de casadas nunca son buenas, como se vee cada día.

El no tener respecto a las buenas costumbres de la mujer y a la bondad y nobleza de su descendencia, sino a sólo la hermosura, es propio de mancebos livianos, que sólo se pagan de aquella ligera flor, y, como en ella fundan su amor, tanto es de presumir que les dura (juntamente con la paz) cuanto tardan en enfadarse de aquella agradable conversación y vista; y así, podemos decir que aquel amor es falso y no matrimonial, porque el sancto matrimonio no permite liviandades ni amor que se pueda violar, antes debe ser entero y sin fin. Esto confirma Aristóteles diciendo que el amor de los mozos es liviano y apresurado y que pasa sin tiempo y sin sentir, porque, como ellos sean livianos y mudables y cobdicien todo lo que veen, luego están presos de un amor, y, ofreciéndoseles otro, le admiten, y así, se aficionan y mudan fácilmente. Y también de ordinario acostumbran emplear su amor en las cosas vanas y viciosas antes que en las virtuosas y loables, porque todas las cosas desean y aman más sus semejantes, así como el doliente, que, como tiene estragado el gusto, ama más una sardina que un perdigón.

Y es mucho de notar que por tener en el casamiento respecto a la hermosura de la mujer suceden a la continua muchos males y trabajos. Como aconteció a Siquem, hijo del rey Emor, el cual enamorado de Dina, hija de Jacob, por su grande hermosura, luego se determinó de tomarla por mujer, y después que la hubo violado recibió cruel muerte él y sus padres y fue destruida su ciudad. En fin, siempre vemos que en los casamientos hechos por hermosura suceden los celos y desasosiegos y trabajos y enojos. El que se casó por hermosura cosa es muy cierta que de cada día que más la goza le parece menor, y, en fin, es traído a tal estado que, causándole hastío, viene a aborrecerla y a menospreciarla; porque las edades del hombre desvarían en sus tiempos cuanto al deseo y deleite de las mujeres, porque no tienen el mismo punto y amor en la vejez que en la juventud, y en es-

pecial conociendo que en cada edad baja de su punto la hermosura de la mujer, que necesariamente así ha de bajar el amor, y, por tanto, este fundamento de la hermosura es vano y sin constancia, y así, para siempre en aire y continuo dolor.

En el *Génesis* se lee que, como los hijos de Sem se ocupasen con las mujeres hermosas y bellas, cumpliendo con ellas sus carnalidades y lujurias, por esta causa envió Dios el Diluvio sobre la tierra, que anegó todo el mundo. Por esta ocasión el patriarca Abraham no quiso casar a su hijo Isaac con mujeres de aquella tierra de Canaán, donde vivía, porque eran muy hermosas y livianas, y llamó a su mayordomo, de quien él mucho se fiaba, y, tomándole juramento que no tomaría mujer para su hijo Isaac de las hijas de Canaán, le mandó que le fuese a buscar mujer a la tierra donde él nació y vivían sus deudos, que eran más virtuosas y bien acostumbradas, con quien pudiese casar su hijo para que con la bondad de su mujer todos los días de su vida tuviese contento y alegría.

Ninguna cosa hay más veloz y fugitiva que el tiempo, y ninguna cosa que más junta ande con él que la flor y hermosura de la carne. Si el ímpetu furioso del tiempo puede ser detenido, también se podrá detener la juventud y belleza del rostro que no se pase y marchite como una flaca florecita. Con el tiempo y en el verano de la vida del hombre viene la hermosura; con el mismo tiempo, cuando no la arrebataren las enfermedades y malos tratamientos o poco regalo de la persona, ella misma se desaparece y deshace. Esto había bien experimentado aquel más hermoso que valeroso emperador Domiciano, cuando, escribiendo a un su amigo, decía: «Ten por cosa cierta, amigo, que así como no hay cosa más agradable a los ojos que la gracia y hermosura del cuerpo, así no hay cosa que así huya y desaparezca». El gozo de poco tiempo para en tristeza, dice la sagrada Escritura, y así, no debe de ser tenida en mucho la hermosura.

Jasón sacó a Medea de casa de su padre por hermosa, mas dentro de poco tiempo la echó de la suya por haber perdido su hermosura, y ella, en venganza, le mató los hijos que dél había parido. Séneca dice estas palabras en sus *Tragedias*: «Dudoso bien es la hermosura en los mortales, pequeño don de poco tiempo, que con pie ligero se pierde de vista y el resplandor radiante de las mejillas en un momento desaparece, y ningún día pasa que no lleve su repelón de la hermosura. Cosa es fugaz la belleza, y así, ningún sabio fiará de bien tan frágil; por tanto, gócenla por lo poco que durare». Y en la tragedia llamada *Hércules Eteo*, dice que como el verano viste con su templado húmido y caliente la tierra de plantas y rosas y a los árboles de sus verdes hojas, mas que, en asomando el tiempo de otro temple, todo se muda y perecen con brevedad, así la hermosura baña la cara humana en la flor de su juventud, sino que, luego que la edad se prolonga, cada día se va menguando aquel lustroso parecer. Y en la tragedia llamada *Octavia inculca*, que la virtud, fee y vergüenza (bienes que duran a la larga y son de provecho) deben ser buscados de los maridos en las mujeres, y no la hermosura, que cada día es menos. Por ser tan frágil y de poca dura la hermosura, la llamaba Sócrates tiranía de tiempo breve. Es un vaso de Venecia muy hermoso que el que le tiene pasa mayor congoja en mirar que no se quiebre que recibe de gusto en beber con él.

La hermosura, disposición y donaire, aunque no podemos negar que es grande incentivo del amor; con todo esto, dice el Espíritu Sancto que es engañosa la gracia y vana la hermosura. Y llámala engañosa y vana porque cada tercero día desdice y falta, el parto la quiebra, los achaques la mudan, las dolencias la acaban, y, caso que no haya azar que

la desdore, basta el tiempo, que la consume cada hora. Y cuando una mujer conserva su lozanía y su verdura, de diez y ocho a treinta y dos años, que es el periodo de la hermosura humana, cuando una parezca de un ser todo este tiempo (que mil no llegan allá), entonces es fuerza se mude, porque nunca está más días la rosa en el rosal ni la flor en el árbol. La misma Elena de Grecia, que fue princesa de las hermosas, cuentan muchos historiadores que, estando ya lacia y marchita, se miraba al espejo algunas veces y hacía espantos de ver su mudanza, y decía: «¿Es posible que por esta cara se asolaron ciudades, se destruyeron reinos y se mataron tantos millares de hombres?». De suerte que estos bienes duran poco, y la amistad que en ellos se fundare dura menos, porque nadie espera a que se caiga la casa para salirse della. Fuera de que estos bienes son como el azucena: que, en manoseándola dos veces, huele mal, y así, pueden durar poquísimos sus amistades y gustos, porque son píldoras doradas de acíbar o de ruibarbo, que, aunque al principio parecen de oro, luego amargan. ¡Qué presto dio Amnón arcadas con su hermana Tamar, por quien andaba enfermo y se moría! Es confitura de almendras amargas que ahelean o de piedras azucaradas o aceitunas de barro contrahechas, que, en echándoles el diente, le quiebran, y se arroja y echa a mal la confitura. Es una flor sin substancia que por la mañana está fresca y a la tarde se marchita y cae, y una bella pintura sobre madera comida de carcoma, un brocado de tumba que cubre los huesos de los finados, un leño podrido que reluce de noche, un árbol podrido que no da fruto. Ninguna cosa conviene más a los que se hallan en el verdor de su juventud que el conocer es prestado todo lo que tienen, y que no sólo se acaba con la muerte, sino con la vida, pues con el tiempo llega la edad que todos desean y tan mal con ella se hallan. El apóstol Santiago dijo: «Cayó la flor y la hermosura de su rostro como florecilla, que luego pasa su verdura y frescor»: así dice la Escritura que es toda la juventud y hermosura de el hombre.

Locura es dejar lo verdadero por lo mentiroso; no se ha de mirar a lo falso y engañoso que defuera parece, sino pasar con la consideración adelante y, cuando se viere alguna persona hermosa, contemplar cuánta abominación está escondida debajo de aquel retablo pintado y cuán fea y horrible ha de estar después de muerta. El que muchas veces se ejercitare en esta consideración quedará tan bien acostumbrado que sin trabajo apartará su afición de semejantes vanidades y conservará su corazón en mucha limpieza y adornará su alma de la verdadera hermosura, que es la que siempre en un ser permanece y la que de continuo es graciosa en los ojos de Dios.

#### Capítulo cuarto: De los que se casan por cobdicia de el dinero, o por seguir sus antojos y voluntad sin aguardar otro consejo ni parecer

**L**A sabiduría de Dios crio los metales para medicina y para defensa, para ornato y para instrumentos de las operaciones de los hombres. De todas estas cuatro cosas se pueden fácilmente dar ejemplos,<sup>141</sup> mas el principal fin de los metales es la última dellas: porque la vida humana no sólo ha menester sustentarse, como la de los animales, sino también ha de obrar conforme a la capacidad y razón que le dio el Criador, y así como es su ingenio tan estendido a diversas artes y facultades, así también proveyó el

141.- Orig.: 'exemplo' (287v).

mismo Autor que tuviese materia de diversos artificios para reparo y seguridad y ornato y abundancia de sus operaciones.

Siendo, pues, tanta la diversidad de metales que encerró el Criador en los armarios y sótanos de la tierra, de todos ellos tiene utilidad la vida humana: de unos se sirve para cura de enfermedades, de otros para armas y defensa contra sus enemigos, de otros para aderezo y gala de sus personas y habitaciones, de otros para vasijas y herramientas y varios instrumentos que inventa cada día el arte humano; pero, sobre todos estos usos, que son sencillos y naturales, halló la comunicación de los hombres el uso del dinero, el cual (como dijo el Filósofo) es medida de todas las cosas, y, siendo una cosa sola en naturaleza, es todas en virtud; porque el dinero es comida, casa, cabalgadura y cuanto los hombres han menester; y así, obedece todo al dinero, como dice el Sabio.

Para esta invención de hacer que una cosa fuese todas las cosas, guiados de natural instinto, eligieron los hombres la cosa más durable y más tratable, que es el metal, y, entre los metales, quisieron que aquellos tuviesen principado en esta invención de ser dinero que por su naturaleza eran más durables e incorruptibles, que son la plata y el oro, los cuales no sólo entre los hebreos y asirios y griegos y romanos y otras naciones de Europa y Asia tuvieron estima, sino también entre las más remotas y bárbaras naciones del universo, como son los indios, así orientales como occidentales, donde el oro y plata fue tenida en precio y estima y, como tal, usada en los templos y palacios y ornato de Reyes y nobles. Porque, aunque se han hallado algunos bárbaros que no conocían la plata ni el oro, como cuentan de los de la Florida (que tomaban las talegas o sacos en que iba al dinero de los españoles y vaciaban el mismo dinero y le dejaban echado por ahí, en la playa, como a cosa sin provecho), y Plinio refiere de los babilonios que aborrecían el oro y por eso lo sepultaban donde nadie pudiese servirse del; pero destos floridos y aquellos babilonios ha habido y hay hoy día muy pocos, y de los que estiman y buscan y guardan el oro y la plata hay muchos.

Una de las cosas que más fuerza tienen en el mundo es el dinero, porque es tanto lo que puede la moneda (cuyo inventor fue Jonos, como dice Lucano), que no hay cosa del mundo que con él no se alcance ni que se pueda alcanzar sin él. Disputando un sabio de cuán poderoso es el dinero, dijo que era engendrador de linajes y que, así, hacía que un tronco de peruétano produjese peras bergamotas y de un cerezo silvestre un guindo garrofal, y es tanta la agonía con que los mundanos andan tras el dinero, que tiene muchos compañeros el día de hoy aquel codicioso que introduce Juvenal, que decía: «Lo primero que se ha de buscar es el dinero, y después dél la virtud», cuyo erróneo parecer creo que siguen algunos mancebos livianos, que, si les traen alguna doncella en casamiento, no reparan en otra calidad sino en el dinero, y no se informan de las virtudes que tiene, sino qué tanto es el dote que se le podrá dar, como si lo demás fuese cosa inútil y perdida.

El que quiere casarse, en ninguna manera debe mirar tanto al mucho dote y hacienda como a la persona con quien se casa, procurando que esta sea adornada de virtudes, bondad y buena fama; porque esto es de mayor agrado y utilidad que los muchos dineros y haberes. La razón que a esto tiene de moverle es porque ningún verdadero amor ni amistad se puede fundar con cosas transitorias, caducas y percederas; y como las cosas deste mundo sean desta condición (porque todas son transitorias), cesando y faltando ellas cesa y falta el amor que por su causa era tenido y habido. Y a este propósito dice el Filósofo que

cuando los amigos son por algún interés y bien suyo provechoso y deleitable a ellos, que cesando la tal utilidad y provecho cesa la tal amistad y amor que por su causa era tenido.

De las mujeres que por esta causa son casadas se podrá decir con razón que más se hizo el casamiento con sus dineros y dote que con ellas. De aquí es que, faltando el dinero, el cual de ligero suelen perder los maridos (unos con desordenados gastos, otros con juegos, otros con profanidades y vanidades), vienen a quedarse con la mujer en casa a la cual nunca tuvieron el perfecto amor que debían tener, y de aquí sucede ser muy mal casados. A este propósito cuenta san Jerónimo una cosa digna de memoria de Marcia, hija del sabio Catón, diciendo: «Siendo Marcia de juvenil edad, moza, fresca, hermosa y muy rica, como, muerto su marido, permaneciese en su honesta viudez sin se querer casar, preguntándole muchos que, siendo tan rica y no menos hermosa y moza, por qué no se casaba, pues de tantos era querida y demandada por mujer, respondió diciendo que la causa por que no se quería casar, aunque tantos la querían y demandaban, era porque nunca había hallado hombre alguno que quisiese más a su sola persona que a las riquezas y bienes temporales que ella tenía y poseía».

Mucho debe notarse esto, porque de aquí acontece muchas veces que los hombres toman mujeres convenientes a su estado y muy contrarias a su condición, y de aquí redundante que, habiendo de estar siempre en paz, están en continua guerra. Esto que cotidianamente hallamos acaecer en los varones, no menos se suele hallar en sus mujeres, las cuales acaece tomar hombres simples y de poco saber, más por cobdicia de sus riquezas que de sus personas, pareciéndoles que con ellas han de andar muy acompañadas y servidas de escuderos, dueñas y doncellas y criados, y arreadas de muchos y costosos trajes y atavíos; y lo que peor<sup>142</sup> es: que las mueve a tomar semejantes maridos el tener por cierto que por ser ellos simples e ignorantes han ellas de regir y gobernar la casa y hacienda y proceder en todo a su voluntad sin que haya quien pueda irles a la mano.

Este mal que se halla en las mujeres que son libres para poder elegir maridos no menos suele hallarse en los padres para casar a sus hijas doncellas, casándolas muchas veces atendiendo a sola la hacienda y posesiones que los tales tienen, sin reparar en que son indiscretos y simples, de donde suelen suceder muchos inconvenientes, así corporales como espirituales, no fáciles de remediar. Para obviar tantos males y algún remedio, pórne aquí un hecho notable de un filósofo. De Temístocles, filósofo, se lee que, como tuviese una hija para casar y se la pidiesen muchos por mujer, entre ellos, con mucha mayor instancia, se la demandaban dos mancebos: el uno rico y de poco saber, y el otro pobre y sabio. Considerando Temístocles a cuál dellos convenía dar su hija, determinó darla al mancebo sabio y pobre. Como muchos de sus parientes y amigos le reprehendiesen y preguntasen qué causa le moviese a darla al pobre y no al rico, respondió diciendo: «Más quiero dar mi hija al hombre que tenga necesidad de dineros, que no a dineros que tengan necesidad de hombre. Porque el varón prudente y sagaz fácilmente granjea riquezas, mas el de poco saber ni las sabe gozar ni conservar, sino perder». Como sabio y prudente padre proveyó a su hija de marido este filósofo, lo cual no se debería pasar sin consideración.

De no mirarlo algunos padres así redundan muchos daños a sus hijas, unos públicos y otros secretos, con grande afrenta suya. Sentía tan mal Catón de la ambición de el gran

142.- Orig.: 'peor que' (289v).

Pompeyo que no le quiso dar una hija que le pedía por mujer, y así, casó Pompeyo con Cornelia, nuera de Marco Craso. Mucho deben notar los que presumen de cristianos el celo de la virtud deste Catón, que no quiso casar a su hija con el hombre de mas honra y potencia de la señoría romana (cuando ella fue la mayor del mundo), porque le pareció que procuraba las honras y oficios ambiciosamente y como hombre poco celoso de virtud y consciencia; y agora ninguno tiene cuenta sino con que el yerno sea muy rico, aunque sea un público usurero y aunque en los oficios que hubiere tenido haya cometido mil insultos, si infamemente no ha sido castigado por ellos. Muy al revés desto hizo el sancto Joaquín, hombre muy rico y principal, el cual casó a la sanctísima virgen María, nuestra Señora y su hija, con José, pobre carpintero, para enseñarnos que las hijas no se han de dar sino a varones justos y buenos; y por eso la dio a José, varón de los más sanctos que hay en la gloria de Dios, como convenía que lo fuese para ser esposo de la Reina del cielo y Madre de Dios.

El Patriarca de Jerusalén, fray Francisco Jiménez, dice que en el Ducado de Brabante había un caballero muy rico que tenía un hijo, bastardo, de malas costumbres, que, por muerte del padre, sucedió en todos sus bienes, que eran muchos. Por causa de esta herencia fue casado con una doncella de gran nobleza y de muy valerosos padres, y ella de gran merecimiento. Sucedió que, sin ocasión ninguna, se le antojó de irse de aquella tierra y ausentarse de su mujer, y para esto divulgó por la ciudad y comarca que la dejaba por no haberla hallado virgen. De esto se dieron por muy ofendidos los padres y deudos della, porque sabían que aquella infamia era con toda falsedad y mentira, y el término con que lo había tratado muy desaforado y cruel. Como la madre de la doncella fuese dueña muy devota, fuese a un sancto abad de la orden de señor San Benito y con lágrimas le contó el trabajo de su hija y de todos sus deudos. El abad la respondió:

«Creed, señora, que Dios os envía esta tribulación y afrenta porque no os movió Dios a hacer este casamiento, sino la avaricia, por pagaros mucho de aquel mozo por verle tan honrado y rico, y, sin reparar en sus muchos vicios y viles respectos, le entregastes a vuestra hija, no considerando que en poder de un tan mal hombre ni vuestra hija podía tener honra ni contento, ni a sus padres y deudos les podían faltar semejantes ocasiones para perderse, si el temor de Dios no los enfrenare. Yo no siento otro remedio sino suplicar al Señor le dé su gracia para que se corrija de su culpa y viva con su mujer en paz y amor, como lo requiere el sancto matrimonio; y si por esta vía no se remediare, no me parece que curéis de pleitos ni pendencias, porque será muy peor. Y entended que, pues vosotros tenéis la culpa, que no es mucho que sufráis la pena con paciencia, hasta que Dios, por su infinita misericordia y por vuestros ruegos y oraciones y las de sus siervos tenga por bien de reducir a este perdido mozo a su sancto servicio y le subjete a la razón, para que él enmiende tantos yerros como ha cometido. Todas estas desventuras pudiérades escusar si escogiéredes por yerno a un mancebo noble, de buenas costumbres y virtuoso, aunque no fuera tan rico; y así vuestra hija tuviera buena dicha y sirviera con quietud a Dios en el santo matrimonio. Los religiosos deste sancto monasterio y yo rogaremos a nuestro Señor, noble dueña, lo ordene todo como más se sirva y te consuele». Y, con esto, el sancto abad la despidió.

Dice Séneca que queda muy obligado el varón a la mujer que consigo le trujo riquezas (según la ordinaria opinión). Porque todos afirman que vino acompañada de la bienaventuranza del mundo por la riqueza que trujo; porque los mundanos todas las cosas de la tierra tienen en poco en comparación del oro y de la plata, porque con ello se alcanza to-



do lo que uno puede desear para su contento. Esto les hace desestimar el linaje y grandes parentescos, porque les parece a los tales que el linaje es riqueza antigua y que ya pasó, y que el oro de presente es el linaje y nobleza que los hace ser más estimados, y que, naciendo de sí, les es más cierta y firme. Con esta dañada opinión reina en ellos tanto la avaricia que por el interesse vienen a posponer no sólo la nobleza del linaje, sino también la virtud y bondad de la mujer, que es lo que más importa, no echando de ver los cobdiciosos que, como viles esclavos, quedan comprados de sus mujeres con sus muchos dineros, y de aquí vienen a torcer la ley del matrimonio no usando dél según la intención para que Dios le constituyó y le estableció, y así, vienen a dañar sus famas y consciencias y a condenar sus ánimas. Por lo cual, todo buen cristiano que se casa, lo principal que debe buscar en su mujer es que sea persona con quien mejor y con más quietud puedan servir y agradar a Dios, porque desto se saca el mayor honor y provecho que puede desearse.

Preguntando a Liurgo por qué causa había establecido por ley que las doncellas no se casasen con dote, respondió porque ningunas se quedasen por casar por la pobreza, ni tampoco fuesen deseadas ni pedidas por las riquezas, y para que cada mancebo, mirando libremente a las buenas costumbres de las doncellas, escogiese por mujer a la más señalada en virtud. El rico no debía reparar en el gran dote, sino en el valor, virtud y nobleza. De esto fue alabado Alejandro Magno, que, con ser monarca del mundo, se casó con Bersene, mujer pobre y sin hacienda, pero muy virtuosa y de sangre real. Algunos, con la cobdicia del dinero, no atienden a las buenas o malas costumbres, y así, viven después descontentos, descubriéndose las faltas. Vil es el hombre que casa con linaje amancillado por el interesse. Menesteo dijo que debía más a su madre que a su padre, porque ella le buscó el mejor padre que pudo, y su padre no curó de eso. El poeta Menandro decía que el pobre que casa con rica, que él cobra marido y no ella. El glorioso san Jerónimo dice: «Mantener, vestir, calzar y ataviar a la mujer pobre es cosa muy difícil; sufrir a la rica es intolerable tormento, porque, por las riquezas que consigo trajo, suele (la que no es virtuosa) decir muchos oprobrios y denuestos a su marido, y que el día que con él la casaron la hubieran de enterrar». Las tales mujeres son a sus maridos muy penosas y cargosas, y así, se desdeñan de hacer cosa alguna en sus casas, mayormente si es cosa baja y humilde. Asimismo, debajo de este título de ser ricas y haber traído gran dote y casamiento, quieren enseñorearse de sus maridos y que mande la rueca (como, según razón y justicia, no deba mandar sino la espada). Los que se casan por cobdicia del dinero y no por respecto de Dios y de su servicio, éstos quedan puestos en las manos del Demonio, y así, les da una vida infernal. Cuando uno quiere dar dos mil ducados a censo, lo primero que pide es un fiador seguro, y sin eso no se atreve ni determina. Y atrévese el hombre a dar su cuerpo y su alma a censo perpetuo, con fianzas tan flacas como son dineros, que se acaban a dos días y dejan burlado al que en ellos confía, y entonces les podrá decir Dios que acudan a sus fiadores y que se valgan dellos, pues en ellos confiaron. Por esto deben mirar mucho los que se casan que no principalmente se casen por las riquezas y dote que esperan haber con sus mujeres. No condeno, ni es mi intención condenar, que como fin menos principal y secundario se quieran las riquezas y dote honestamente, por ser necesarias para tolerar y sobrellevar la carga del matrimonio, para mejor poder criar, doctrinar y enseñar sus hijos y para poder vivir más honestamente y servir a Dios con mayor gozo, placer y alegría; porque, como dice el Filósofo, las riquezas son órgano e instrumento de felicidad.

Hesíodo y el poeta Horacio dicen que, indignados los dioses contra los hombres viéndolos tan obligados y aficionados a Prometeo por los beneficios que del recibían, y que, atento a esto, ellos habían de ser olvidados y cesar sus ofrendas, les enviaron muchos linajes de enfermedades con que los matar. Y Higino dice, con Plutarco, que Júpiter pensó un engaño muy calificado para castigar a Prometeo sin que Prometeo lo entendiese, y fue<sup>143</sup> que mandó al dios Vulcano, su herrero e ingeniero mayor, que formase una mujer la más linda y perfecta que supiese y pudiese. Y como Vulcano la hiciese y se la llevase desnuda, el mismo Júpiter mandó a los dioses que por que fuese más perfecta y más digna de estima cada uno la dotase de algún don. Palas le dio sabiduría, Venus hermosura, Apolo música, Mercurio elocuencia de bien hablada, y asimesmo todos los demás dioses la adornaron de lo que pudieron; y por haber alcanzado dones de todos, la llamaron *Dotada de todos*. Y Júpiter le dio un vaso riquísimo de oro, diciéndola que allí llevaba su dote y que se fuese a casar con Prometeo, hombre que muy bien la merecía. Prometeo miró su hermosura, compostura y labia, y concluyó que era cosa contrahecha y medio monstruo, y echola para la malaventura, que aun no la quiso acabar de oír (haciendo en esto conforme a lo que su nombre significa), y avisó a su hermano menor, llamado Epimeteo, de que si aquélla se viniese a ver con él, la echase de sí, como a engañadora, y no creyese ni oyese sus roncerías.

Como Pandora no fuese hecha para vivir viuda, acudió a Epimeteo en ausencia de Prometeo su hermano, y dájole sus razones, alegándole que, siendo ella cual él vía y llevando tan rico dote como en aquel precioso vaso hallaría, no usaría demesura en desdeñarla. Epimeteo, que picó luego en el cebo del deleite admirado de su hermosura y vencido de su dulce labia, no curó de tomar parecer con alguno ni de aguardar el consejo de su prudentísimo hermano, ni aun de considerar a solas en qué trapazas se metía, y al punto se casó con ella.

Para mejor gozar del pan de la boda, desatapó luego el vaso, codicioso de ver el rico dote de su hermosa mujer, y al punto salieron dél los trabajos, fatigas y cargas matrimoniales, que se le colgaron del cuello y se le sembraron sobre los hombros (y engarrafando dél como alanos de toro agarrocheado), que le brumaron y hicieron gemir y sospirar al cielo renegando de Júpiter que se la envió y de Vulcano que la fabricó y aun de los demás dioses que la dotaron. Lo que más le pudo consolar fue que, como tenía el vaso descubierto en la mano, miró en él y vio pegada en el hondón la esperanza de mejora en sus negocios; mas por más que hizo para que saliese, siempre se estuvo allí pegada, sin significar para cuándo saldría.

Si falta el bien y abunda el mal, entonces se enciende más la esperanza; y porque Pandora no dio bien alguno a Epimeteo, sino muchos trabajos y fatigas, por eso no quita él los ojos de la esperanza y, pegada al hondón del vaso, quedó sin la poder despegar de allí. El hombre sabio y prudente (cual se significa en el nombre de Prometeo, que quiere decir: el que toma consejo primero que se ponga en hacer algo) no se ve en las angustias de vivir colgado de la esperanza si sucederá bien o mal; porque, como dijo Aristóteles, no ha lugar en él lo que se hace acaso o a fortuna, porque el hombre prudente previene con su saber las contingencias de sus negocios y prepara de manera que no se pueda decir que sus buenos sucesos le vienen acaso, sino que él los maneó como si viera lo por venir.

143.- Suplo 'fue' (292r).

Como Prometeo antes de probar el casamiento de Pandora conoció el peligro que dél se le seguiría, se libró dél; al contrario hizo Epimeteo, que quiere decir: el que después de metido en el negocio y en el peligro se aconseja, diciendo que si tal o tal hiciera fuera esto o aquello, y que será bien estotro para lo otro y que desta manera espera de mejorar sus cosas y, procediendo de ceguera en ceguera, nunca goza de bien presente, sino de la esperanza sumida en el hondón de lo casi imposible; y por eso siempre vive fatigado y sin descanso. Y bien merecen los Epimeteos padecer tantos males, pues ya que no son del primer grado de hombres (como los gradúa Hesíodo), que por sí saben lo que les cumple, tampoco quieren ser del segundo grado, que es el de los que se allegan al consejo de los sabios para hacer sus cosas conforme al parecer de los que bien les aconsejan; y por eso quedan en el grado tercero: de los que por sí se quieren regir no sabiendo cómo se deban haber en lo que mucho les va. Cual es el negocio de los casamientos; que no comprará uno la olla ni el jarro sin le tocar y probar si se sale, y, en ofreciéndosele la mujer que nunca vio ni oyó, dice de «sí», y, con la promesa falsa de la retórica de la mujer y con la carga verdadera de las malas costumbres que en ella halla queda captivo para toda su vida y reniega de sí y aun de la muerte porque no le saca de tan gran fatiga. Nótese mucho que se dice haberse hecho la más acabada mujer del mundo por mano de los dioses para castigar con ella a Prometeo (a quien quisieran ver comido de grajos, aunque él no lo merecía), por que se vea cómo sentían de la compañía de las mujeres aquellos sabios que tales doctrinas compusieron.

Cuando alguno, por ser engañado de la afición, ha errado su casamiento, suceden grandes inconvenientes de no llevarlo las partes con paciencia y cristiandad, pues es cosa que ya no tiene remedio. Teniendo emperador Otón el segundo una hija recogida en un monasterio de monjas, Udalrico, duque de Bohemia, la sacó del monasterio y la llevó a su tierra y se casó con ella. El Emperador se dio con razón por afrentado de que con tanta ignominia le fuese su hija robada (y por ventura holgó ella dello), y, haciendo mucha gente, se metió por Bohemia destruyéndolo todo, y, queriéndoselo el yerno impedir fue vencido del Emperador en gran batalla y huyó a lo más remoto de sus tierras. Viéndose así perdido, acordó de enviar a la Infanta su mujer que rogase a su padre tuviese por bien de los perdonar. Ella, con muchas lágrimas y grande humildad, se presentó delante de su padre y hizo su diligencia; y como la enmienda de tal culpa no sea otra sino dar por bueno lo hecho, el Emperador le perdonó y le recibió en su gracia y aprobó su casamiento, so pena de quedar él afrentado y su hija deshonorada y dada por mala mujer.

A muchos inconsiderados ha acaecido en España no querer perdonar a sus hijas o hijos así casados sin licencia, hasta los hacer desterrar del reino, conforme a las leyes dél, y, después que los veen perdidos y consumidos de hambre, y las haciendas destruidas y aun en algunas afrentas que se hubieran bien escusado, así tocantes a sus personas como a sus linajes, les conceden perdón y los llevan a sus casas cuando no tienen qué comer. ¡Cuánto mejor le hubiera sido a este emperador llevar con paciencia el casamiento de su hija desde principio para escusar tantos gastos y daños como hizo contra los inocentes vasallos y no destruir las tierras y estado de su yerno, con que él y su mujer y hijos habían de vivir contentos y descansados! Pecado es este en las hijas notablemente malsonante, y no tiene remedio, si no es darle por bueno; y con esto solamente se atapan las bocas de todo el mundo, y sus nietos, cuando nacen, no se hallan infamados de las propias bocas de sus abuelos, de los cuales con mucha razón no han de oír sino muchos regalos, dulzuras y favores.

Capítulo quinto: De cómo la cosa que más al hombre conviene para casarse es el buscar la mujer sabia y de buenas y virtuosas costumbres

**D**E Cicerón encarece el gran doctor de la Iglesia san Jerónimo, contra Joveniano, que era tan estudioso y tan dado a las letras que, después de haber repudiado a Terencia y a la segunda mujer, le ofreció Hircio una hermana suya, noble y muy hermosa, y no la quiso por mujer, y dio por respuesta que no podía darse a la mujer y a la filosofía juntamente. En lo cual se conformó con el parecer de Teofrastró, discípulo de Aristóteles, que trató esta misma cuestión (en un libro que compuso *De nuptiis*), si al hombre sabio convenía casarse. A la cual responde él mismo por esta proposición negativa:

«El filósofo ni el hombre sabio no se debe casar, porque la mujer es impedimento para la filosofía y no se puede cumplir con lo uno y con lo otro juntamente. Y ya que uno tuviese grande inclinación a casarse, había de ser con mujer hermosa, virtuosa y de buena casta, y siendo el mozo sano, sabio y rico». Y porque estas condiciones no se pueden hallar juntas, sustentaba él que no convenía al hombre sabio casarse. Y añadió otra razón: porque cuando un hombre compra un caballo dánsele a prueba, y si es bien acondicionado y le contenta, le toma, y si no lo es, le deja; mas como la mujer no se haya de dar a prueba, por no topar alguna que sea tan mala y defetosa que no se pueda hacer vida con ella, por tanto no se debe casar el filósofo. Y también porque si la mujer viene pobre es cosa dificultosa mantenerla, y si viene rica es gran tormento sufrirla, y si es hermosa es imposible defenderla de tantos como la desean, y si es fea no se puede amar ni querer bien lo que todos aborrecen». Esto dice san Jerónimo que sentía este filósofo acerca de casarse el hombre sabio. Y casi lo mismo respondió Sócrates (como refiere Valerio Máximo) a un mancebo que le preguntó si le parecía que se casase. No estuvo lejos deste parecer Cicerón, pues, habiéndose descartado de dos mujeres que no eran a su gusto, no quiso aceptar la tercera, y, conociendo las dificultades que hay en ellas, más quiso vivir sólo que mal acompañado, tomando ejemplo en las aves: que si han escapado de un lazo se escarmientan para no tornar a caer en otro.

El recato con que estos filósofos hablaron y procedieron en los casamientos y la común experiencia dan bien a entender las dificultades y trabajos que en ellos se hallan y el cuidado y diligencia que cada uno de los que pretenden casarse deben poner en buscar aquello que más sano y seguro le sea, así para la quietud y descanso que pretende en esta vida como para gozar de la gloria en la otra, que es lo de mayor importancia. Porque, muchas veces, tomando el hombre mujer noble o rica y no virtuosa toma compañía que derechamente le acarrea el Infierno y es ocasión de su muy cierta condenación. Del rey Acab ponderó la Escritura sagrada que no le bastó seguir la huella del mal rey Jeroboam, sino que, sobre todo eso, tomó por mujer a la rica y entonada Jezabel, hija de el rey de los sidonios, significando en esto cómo el mayor mal que él hizo y donde quedó más damnificado en los bienes de su alma fue en tomar esta mujer; y con mucha razón, pues, como se dice en el mismo libro, ella le despertó e incitó a los males que hizo, por que tantos castigos y desventuras le vinieron.

Querría yo saber alabar y poner en corónica los loores y altos merecimientos de las mujeres honestas, recogidas, virtuosas y ejemplares y que quieren y regalan mucho a sus maridos, de que en estas partes al infinito número. El que acierta a casar con una destas es

muy favorecido de Dios, como lo dijo el *Eclesiástico*: «Bienaventurado es el marido de una buena mujer», y en otro capítulo dice: «Bienaventurado el que hace vida con mujer de sentido». En las plazas y lugares públicos, y adondequiera que se hiciere junta de hombres principales, el hombre cuya mujer fuere buena será por ella conocido y señalado y preciado entre todos. Esto dice Salomón, no sólo para mostrar cuánto vale la virtud de la buena, pues a sí da honra y a su marido nobleza, sino para enseñarse en esta virtud de la buena casada, que es el sumo della, y la raya hasta donde ha de llegar, que es cuando viene a ser corona y luz y bendición y alteza de su marido. Pues es así, que todos conocen y acatan y reverencian y tienen por dichoso y bienaventurado al que le ha cabido esta buena suerte, lo uno por haberle cabido (porque no hay joya ni posesión tan preciada ni envidiada como la buena mujer), y lo otro por haber merecido que le cupiese; porque así como este bien es bien precioso y raro y don propiamente dado de Dios, así no le alcanzan de Dios sino los que temiéndole y sirviéndole se le merecen en señalada virtud. Así lo testifica el mismo Dios en el *Eclesiástico*: «Suerte buena es la mujer buena», y es parte de buen premio de los que sirven a Dios, y será dada al hombre por sus buenas obras.

De manera que el que tiene buena mujer es estimado por dichoso en tenerla y por virtuoso en haberla merecido tener. De donde se entiende que el carecer deste bien en muchos es por su culpa dellos; porque, a la verdad, el hombre vicioso y distraído y de aviesa y revesada condición, que juega su hacienda y es un blasfemo y un león en su casa y sigue a rienda suelta la deshonestidad, no espere ni quiera tener buena mujer, porque ni la merece ni Dios la quiere a ella tan mal que la quiera juntar a compañía tan mala, y porque él mismo, con su mal ejemplo y vida desvariada, la estraga y corrompe.

Son tan pocos los que merecen hallar este gran tesoro de una mujer cabalmente buena y bien acondicionada, que del que ha sido tan venturoso podríamos decir: «¿Quién es éste?». Y alabarle hemos, porque hay algunas mujeres casadas que tienen tantas razas que podrían algunos maridos decir lo que dijo Marco Aurelio a su mujer Faustina, con quien se casó a su vejez: «Sesenta y ocho años estuve sin mujer y no se me hicieron sesenta y ocho días, y en seis años de casamiento me parece que he pasado seiscientos años de vida». Mas otras casadas hay también respectadas, y que quieren tanto sus maridos que podrían por ellos sus vidas al tablero, como lo hicieron aquellas valerosas minias, mujeres de los Argonautas compañeros de Jasón, que, como estuviesen condenados a muerte, entraron a visitarlos a la cárcel y les dieron sus vestidos mujeriles, con que se salieron, y se quedaron ellas en la prisión para que las matasen.

El hombre que se quisiere casar bien, primero y principalmente debe mirar dos cosas. La primera, a la prudencia y discreción de aquella con quien se quiere casar. De aquí es lo que dice Salomón: «La mujer sabia y discreta edifica su casa, mas la insipiente y menos sabia, con sus manos la edificada destruye». La segunda cosa que debe mirar es a la bondad de su persona, buenas y loables costumbres. De aquí es lo que dice el *Eclesiástico*: «Bienaventurado el varón de la mujer buena». De notar es que no dijo «Bienaventurado el varón de la mujer rica» o «hermosa», sino «buena»; porque muchas veces de las buenas costumbres y sanctas de las buenas mujeres son hechas y formadas las costumbres loables de los maridos. Esto dijo David: que con el sancto sería el hombre sancto, y con el perverso y malo, malo y perverso. El miembro sano es corrompido del podrido y corrupto si no fuere apartado y cortado.

Mucho debe temer el varón de casar con mujer mala para no verse hecho semejante a ella. Dícese de una moza de mala fama que pidió matrimonio a un honrado mancebo, y, teniéndole preso, le hizo echar un par de grillos, el cual viéndose apretado, le preguntó su parecer, y él le dijo: «Más valen grillos de hierro que esposas con hierros». Bien dio a entender este mancebo cuánto debe el hombre huir de los ruines principios y fundamentos de la que hubiere de escoger por mujer para no vivir lastimado. Mas si casa con mujer buena y temerosa de Dios grande será el bien que de su buena compañía se le pegará. En la vida de san Elceario se lee que, como muchos años estuviese casado con sancta Delfina y hubiese guardado perfecta virginidad, viendo san Elceario que se acercaba su muerte, compelido de espíritu sancto, con muchas lágrimas, hablando de su mujer sancta Delfina, dijo: «Hecho es salvo el hombre malo por la mujer buena; la cual, así como la recibí virgen en esta vida mortal, así la dejo virgen y sin mancilla».

Para tomar este estado es menester llamar a Cristo, porque, como dice el Sabio, el suegro podrá dar casa y riquezas, mas la mujer cuerda y prudente sólo Dios la puede dar. Casa en que morar y dote con que comer bien lo podrán dar los hombres, porque lo dejó Dios en sus manos; pero mujer propriamente discreta reservo para sí. Y débese notar aquella palabra «propriamente discreta», porque de discreciones improprias lleno está el mundo. No hay ya quien se atreva a decir a una hermosa que es necia, porque el lenguaje ordinario es que es hermosa y discreta; y si hubiera espejos en que se ver el aviso o la necedad bien pudiera conocerse, como después se viene a entender con la experiencia. Dice que Dios ha de dar la mujer propriamente discreta, porque, aunque sea su discreción más celebrada que la de Salomón y su sabiduría más nombrada que la de las Sibilas, para sustentar un matrimonio sancto y cristiano será una necia si Dios no le da el aviso.

Por lo que aquí se ha dicho no se entiende que la mujer sea resabida ni que ella se tenga por cuerda y acertada, porque esta tal bastará con sus vanos pensamientos a podrir el oro incorruptible, cuanto más a su marido, si fuere bien entendido. La mujer ha de ser tan asentada y cuerda que pueda el marido comunicarle sus trabajos, y si esto no tiene, de poco trabajo le descargará la que no es capaz de serle comunicados ni la que no es de quien se puede esperar un consejo ni una razón de consuelo ni de esfuerzo. Y aunque el marido sea bastante, debe dar parte a la mujer de lo que ordena sobre su hacienda, porque su buen parecer será corroborado con el de la mujer y, si fuere malo, corregirle ha por el bueno della, y si el de la mujer no fuere bueno quedarase con el suyo, y si el de ambos fuere errado no se quejará el uno del otro; y mucho más para en lo tocante al casamiento de los hijos y para en lo del gobierno de la familia, que toca mucho a la mujer. San Pablo, escribiendo a Timoteo, le avisa de una lección a las casadas en que las resume toda su teología, su aviso y su discreción, conviene a saber: que amen a sus maridos y a sus hijos, que sean sufridas, castas, cuidadosas, benignas, piadosas, obedientes, calladas, recogidas. Esta es la discreción propia de la casada; que saber acentos y sonetos de coro ¿qué le importa al cuidado del marido?

La mujer que se debe principalmente de buscar para ayuda de servir a Dios no pierde por no ser hermosa, si es virtuosa. El *Eclesiástico* encarga mucho al hombre casado la compañía de la mujer cuerda, y dice que no se aparte della si juntamente con ser cuerda es virtuosa y se juntó con ella en el temor del Señor, porque la gracia de su vergüenza es de más estima que el oro; y luego añade que habrá hecho mucho el que diere marido a su

hija, y más si la casare con hombre cuerdo. En otra parte llamó bienaventurado al hombre que morase con la mujer de buen entendimiento y que no oviese dicho palabra no debida, que no hubiese servido a quien no mereciese su servicio, y después añade que la gracia de la mujer diligente deleita a su marido y que su disciplina es don de Dios, y que la mujer sabia y callada no será trocada de el hombre que tuviere alma sabia.

Ordinariamente, las más hermosas son menos avisadas y discretas. Así lo dice<sup>144</sup> san Juan Crisóstomo sobre el *Psalmo* cincuenta; porque ni más ni menos que hay unos árboles muy altos y de muy gran copa, como son los pinos, alcornoques, encinas, castaños, que no llevan fruto (o si le llevan no es conveniente para el hombre, sino, cuando mucho, para los puercos), y como hay otras plantas humildes, como la cepa, tan importantes para la vida, y como la abeja es más provechosa y la hormiga más sabia, y el pavón con su rueda, con sus espejos y plumas, es ave necia y desaprovechada, así la mujer más hermosa es ordinariamente de menos discreción y utilidad.

Pues, si a su necedad se añade el presumir de hermosa, ¡qué loca, qué soberbia, qué perdida vive! Lo que escucha, lo que cree, lo que manda, lo que pide, lo que desea, lo que se le antoja por momentos, lo bueno, lo malo, lo posible, lo imposible, en son de dama y de hermosa todo se le hace lícito, de suerte que es ruin alhaja hermosura sin seso y sin cristiandad. El sabio Salomón en sus *Proverbios* dice que el don de la hermosura en una mujer liviana es un anillo de oro en un hocico de un puerco; porque como el puerco, sin respecto del oro ni de el diamante que tiene engastado, hociará en el lodo y hediondez y porná el anillo de el lodo, así la mujer hermosa, si es liviana, porná de el lodo el oro de su hermosura revolcándose en torpezas y deshonestidades

Sin duda que un buen juicio y entendimiento en una mujer vale más que toda la hermosura de las Ninfas. Luciano, samotacense, dice graciosamente que hay muchas mujeres semejantes a los templos de Egipto: que, siendo por defuera muy hermosos y adornados de columnas, de mármoles, jaspes y otras piedras sumptuosas y de mucho precio, de suerte que parecían admirables a los hombres, entrando dentro, en el lugar de la divinidad que pensaban hallar hallaban un gato, una mona, una cigüeña o un cabrón, que eran los animales que en aquella provincia se adoraban. «Así (dice), principalmente en los palacios de los príncipes hallareis muchas no sólo dotadas de corporal hermosura, pero adornadas de oro, piedras, margaritas, diversas sedas, paños preciosos, matizadas de colores ajenos y postizos; pero si con curiosidad quisiéredes mirar lo que hay debajo de aquella natural y artificial hermosura y debajo de aquella piel preciosa pintada, o hallaréis un horrible y espantable monstruo lleno de liviandad, desvergüenza, soberbia, arrogancia, suciedad, deshonestidad y otros vicios desta suerte (que las tales desde su infancia y tiernos años, en la blandura del ocio, delicadeza y regalo en que se han criado, y de las malas costumbres y peores doctrinas de libros infames y deshonestos, llenos de adulterios, fornicaciones, fuerzas de doncellas, de cantares, de dichos torpísimos y feos, que entre ellas se llaman gracias y agudezas, han cogido), o por lo menos hallaréis<sup>145</sup> un entendimiento de un gato, cigüeña, cabrón o mona. Porque no es ordinario que con la cara hermosa ande bueno, ni aun mediano entendimiento, y antes, por la mayor parte suele ser al revés, queriendo Dios en esta

144.- Orig.: 'dizce' (297v).

145.- Orig.: 'hallares' (298r).

parte mostrarse justo con los demás dando a unas la hermosura natural de el alma, con que sagaz y agradablemente vivan, y a otras la del cuerpo sola, con la cual parezcan más imágenes pintadas que mujeres de razón».

Si por ventura alguno preguntare cómo conocerá la falta o bondad de la doncella con la cual se quiere casar, o la del mancebo con el cual quiera casar su hija (mayormente que ha poco que vino a aquella tierra y no tiene noticia de las personas), a esta pregunta y cuestión responde san Juan Crisóstomo diciendo: «Si de aquel o de aquella con quien te quieres casar el padre es malo y la madre buena, o el padre bueno y la madre mala, los hijos algunas veces siguen al padre y otras a la madre; y si el uno y el otro son malos, padre y madre, pocas veces y muy raro no nacen sino hijos malos. De donde, si buscas mujer para casarte, no busques riquezas, sino buenas y sanctas y loables costumbres; porque las buenas y loables costumbres adquieren y procuran las riquezas, mas las riquezas nunca hicieron buenas costumbres. No busques tampoco hermosura, porque es vana. De donde, si quieres buscar mujer, mira cuáles son sus padres: si son buenos, con mucha osadía asienta allí tu corazón, y si son malos, huye la tal familia y compañía. Mas, si están debajo de duda sus bondades o malicias, serás como hombre que se pone en la mar, no sabiendo si perecerá o se salvará. Mas, porque las hijas conversan poco con los padres y mucho con las madres, de aquí es que de las buenas costumbres de las madres podrás conjeturar la bondad de las hijas y sus buenas y loables costumbres de aquella que quieres tomar por mujer; porque, como el profeta Ezequiel dice: 'Cual es la madre, tal es la hija.' Así, cuando quisieres tomar hijo ajeno para tu hija, por las costumbres de el padre podrás conocer y conjeturar las de el hijo.» Lo desuso es de san Crisóstomo.

No dejo de decir que algunas veces suelen salir de malos padres buenos hijos, y, por el contrario, de buenos padre salir malos hijos, pues la sagrada Escripura lo manifiesta y lo hallará bien el que lo quisiere investigar. Mas lo que yo digo, conformándome con san Crisóstomo, es que se ha de entender comúnmente y por la mayor parte. A los que toman mujeres de padres malos les suelen suceder muchos inconvenientes; unas veces destrucción de toda la generación, según aquello que dice Salomón: «La generación de el mal ayuntamiento y cama será destruida». Parece esto muy a la clara en la generación de Caín, la cual toda fue destruida; y no sólo ella, mas todas las otras generaciones (salvo ocho personas), lo cual sucedió por haberse juntado con Caín y su generación. Toda la generación de el rey Acab fue destruida por la malicia de padre y madre. De aquí es lo que dice san Jerónimo: «Tres reyes de Judea, Ococías, Joás y Amasías, fueron quitados de la genealogía de Cristo nuestro Redemptor por la malicia de el rey Acab y de su mujer, la muy perversa Jezabel». Los que de malos padres decienden muchas veces incurren en las maldiciones de sus padres antepasados. Parece esto en el segundo de los Reyes: que la generación de Joab comúnmente eran leprosa por la maldición dada a ese mesmo Joab por sus homicidios y males. Lo que peor es: que los tales son punidos y castigados de Dios nuestro Señor porque, habiendo nacido de malos padres, siguieron sus pisadas y malas obras, y por esto conviene guardarse de tal gente el que se quiere casar bien.



## Capítulo sexto: De felices y desastrados casamientos

COMO importe tanto la dicha y ventura en los casamientos para vivir los casados en contento y honor el resto de su vida, los antiguos gentiles, para entrar en ellos de buen pie, miraban y acataban en muchas supersticiones primero que celebrasen las bodas. De los romanos, afirman Ovidio y Plutarco que tenían por mal agüero el casarse en el mes de mayo, y así, traían por refrán: «En el mes de mayo el casamiento es malo»; y por esta causa por maravilla se casaban en este mes, teniendo por mejor el mes de abril, por ser dedicado a la diosa Venus, o el de junio, dedicado a Juno, por lo cual o se anticipaban o aguardaban, por no casar en mayo por la devoción y vanidad de sus dioses. También dejaban de hacerlos porque en el mes de mayo hacían en los templos ciertas ceremonias muy tristes y de mal agüero, y la sacerdotisa de Juno usaba de una manera de luto, ajeno de toda alegría e indicio de bien.

Han sido tan estrañas las venturas de algunos en sus casamientos, que, bien considerada la manera y modo por donde fueron sublimados de su buena fortuna a tan grande alteza de dignidad pone a las gentes en grande admiración. De Sammenito, rey de Egipto, cuenta Eliano que se casó con la hermosísima Rodopis, aunque era mujer de mala fama, por una extraña aventura; porque, como ella se estuviese lavando del río Nilo, le arrebató un águila una servilla y la llevó a Sammenito, que estaba en la ciudad de Menfis en audiencia, y, dejándola caer sobre sus faldas, se le quedó en sus manos. Y era la servilla tan bien proporcionada y tan curiosa, que por sola ella juzgó luego el Rey de mujer hermosísima; y, haciendo pesquisa con gran diligencia por todo su reino sobre cuya fuese, deseando en extremo esta averiguación, halló que era de Rodopis, a la cual en viéndola, quedó tan aficionado y satisfecho de su hermosura que se casó luego con ella, teniéndola por don enviado de la mano de los dioses.

Fray Alonso de Venero cuenta en su *Inquiridión*, y alega a Jacobo de Vorágine, que aportó acaso una noche, año de 1025, el emperador Conrado a un cortijo, donde el conde Lópulo, que dél andaba huido, estaba escondido con su mujer. A la cual como le tomase el parto y pariese un hijo, oyó el Emperador tres veces una voz que decía: «Este niño que nació ha de ser tu yerno». Él, espantado desto, mandó llevar el niño a matar al campo y que le trajesen el corazón; mas, doliéndose dél los caballeros que le llevaban, tuvieron lástima de matarle y, dejándole arrimado a un árbol, trajeron al Emperador un corazón de una liebre, diciendo que era del niño. Proveyó Dios después que acertó a pasar un caballero por junto al árbol donde estaba llorando el desamparado niño, y le llevó a su casa y le hizo criar y, bautizándole, le llamó Enrique, y, siendo ya bonito mozo, le asentó con el Emperador por paje. Mas, teniendo alguna sospecha de que aquel era el niño que él había mandado matar, porque él iba camino le envió a la Emperatriz con una carta (semejante a la que David dio a Urías) en que decía: «Si me queréis bien señora, en llegando Enrique le haréis matar». Mas, viniendo por cierta aventura aquesta carta a manos de un sacerdote, y abriéndola<sup>146</sup> y leyéndola, doliéndose del condenado mancebo, que le pareció de grandes prendas, donde decía «mandareisle matar», puso muy sutilmente «mandareisle casar con nuestra hija»; y, como la Emperatriz oyese el mandato de su marido, luego le casó

146.- Orig.: 'briendola' (300r).

con su hija. Todo lo cual sabido por el Emperador, que era cristianísimo, acordándose de la voz que había oído cuando este mozo nació e informado de los que le habían de matar cómo no lo habían hecho, entendió que era ordenación de Dios, contra quien (como dice Salomón) no hay sabiduría ni prudencia ni consejo: aprobó el casamiento y, no teniendo hijo varón, le dejó por heredero del Imperio.

En Atenas, donde floreció el saber humano, hubo un filósofo llamado Leoncio, el cual tuvo dos hijos y una hija. Y remirose tanto en enseñar a la hija, que no había hombre en Grecia que en la lengua griega y latina y en la inteligencia de las artes liberales y filosofía la hiciese ventaja; mas al tiempo de su muerte dejó toda su hacienda a los dos hijos, y a la hija mandó solos cien ducados, certificando que otra mejor herencia le tenía su buena dicha aparejada. Viéndose la doncella, que se llamaba Atenais, desheredada y padeciendo pobreza, se vino a Constantinopla y fue luego a contar sus trabajos a la señora Pulqueria, hermana del emperador Teodosio el Menor, la cual, viéndola tan sabia y tan dotada de hermosura y tan cumplida de todas las gracias que en una mujer pueden haber, túvose por satisfecha que aquélla le enviaba Dios para mujer de su hermano, y, porque no era cristiana, la hizo luego bautizar por manos de el Patriarca Ático, y en lugar de Atenais le puso Eudocia, y luego la casó con el Emperador y tuvieron por hija a Eudoxia, que casó después con Valentiniano, emperador de Roma, y así se cumplió lo que su padre dijo antes que muriese.

Estando casado Romano, hijo del emperador Constantino y sucesor en el Imperio, con hija de el rey de Francia, y por su muerte quedase viudo, con voluntad de el Emperador su padre se tornó a casar con una doncella llamada Anastasia, hija de padres tan pobres y bajos que eran bodegoneros. Y afirma Zonarás que esta doncella era milagro de naturaleza con su hermosura y que era dotada de otras muchas cosas admirables, y que la mudaron el nombre de Anastasia en Teofania. Raymundo, conde de Proenza, fue tan dichoso que, con no ser rey, cuatro hijas que tuvo todas se vieron reinas, porque la mayor, llamada Margarita, casó con San Luis, rey de Francia; y Leonor con el rey Enrique de Inglaterra; y Sancha con Ricardo, hermano de Enrique, electo para emperador; y Beatriz con Carlos, hermano de el rey San Luis (dejando al conde de Tolosa, con quien primero se habló), y ésta vino a ser reina de Sicilia y de Jerusalén.

Cuenta Aimoino de los hunos, gente de la Scitia, que vinieron desde Esclavonia conquistando y talando hasta Italia, Francia y la mayor parte de Europa. Éstos, pues, habiendo desbaratado y vencido en una batalla a Guisulfo, capitán de los longobardos, comenzaron a saquear el campo y robar la tierra, como vencedores. Tenía el dicho Guisulfo dos hijas, no menos hermosas que honestas, las cuales, viendo su desdicha y el gran peligro que estaba en su limpieza, dieron en un aviso muy extraño (que, al fin, el casto amor también es ingenioso como el malo, y aun mucho más; porque el otro ordinariamente tiene los deijos malos, como la tragedia, que siempre acaba en mal y tristeza, mas éste tiene sus fines prósperos y llenos de felicidad), de manera que, enseñadas de este amor, antes que los bárbaros llegasen adonde estaban, se desfiguraron los rostros y pusieron sobre sus pechos carnes de aves muertas, con cuyo hedor y suciedad pusieron tanto asco a los soldados que en un punto pasó la palabra por el campo y comenzaron a decir unos con otros que las mujeres longobardas eran muy feas y hediondas. Con este extraño afeite encubrieron estas honestísimas doncellas la hermosura de su cuerpo por no perder la del alma, con la

cual quedaron libres de recibir agravio, pero no sin premio su excelente virtud, porque, como el caso se divulgase por muchas partes, y juntamente su valor y loables costumbres, a la una pidió el rey de Alemania por mujer y la otra casó con el príncipe de Bayoarios;<sup>147</sup> porque la honestidad y castidad es muy buen dote de honra y riqueza para quien teme al Señor. Mucho valen las minas de la castidad y limpieza, con cuyas arenas se dotan las hijas, honran las madres, sustentan los hijos, y lo que por otros muchos medios no se alcanza, entrando ella a terciar en todo se consigue. Por esta causa el gran Crisóstomo avisa al que se ha de casar que busque mujer honesta y no repare en que sea pobre; porque Dios le dará lo demás, y así, siguiendo algunos este sancto consejo, vienen a hacer a las doncellas virtuosas con mucha ventura y a quedar ellos muy contentos con su compañía y amparados de Dios, que siempre los favorece

No debe culpar a las estrellas el que con su cuidado y diligencia procuró y buscó su desventura. Dícese que habiendo salido la Pobreza y la Fortuna a un desafío campal, después de haber derribado y vencido la Pobreza a la Fortuna, teniéndola hollada y rendida el suelo, compadeciéndose della, como tan misericordiosa, la prometió que la dejaría en su libertad con tal que hiciese lo que ella le ordenase. La Fortuna, por verse libre, le juró de hacerlo así. Confiada la Pobreza de su palabra, le dijo: «Todo el mundo sabe cuán varia e inconstante has sido hasta ahora y cómo con gran facilidad juegas a dos manos con cuantos quieres y en ti esperan, acudiéndoles tan presto con la ventura como con la desventura; y, porque no es justo que esto deje de ser remediado, pues Dios a mi poder te ha traído, yo te mando que de ahora adelante sólo esté a tu voluntad la mitad, que es la ventura, con la cual podrás acudir al que te pareciere, como hasta aquí lo has hecho; y la desventura será públicamente atada a una coluna con fuertes cadenas, de tal manera que no pueda entrar en casa de ninguno ni partirse de aquel lugar, salvo si aquel que la viniere a buscar la desatare y rompiere las cadenas con que está amarrada», queriéndonos dar a entender por esta fábula que la desventura no viene por voluntad de la Fortuna solamente, sino por buscarla y haberla merecido el que la posee, por seguir sus antojos y no fundarse en la firme razón y prudencia.

Haraldo, rey de Inglaterra, embarcándose para Flandes, dio con él una tormenta en Normandía, en Francia, cuyo duque Guillelmo le tenía por enemigo, no sólo por la pretensión del reino, sino también por la muerte que su padre Godovino había dado a Alfredo, que era sobrino de el mismo duque Gillelmo. El astuto rey Haraldo mostró mucho gozo de haber aportado allí, y mandó aparejar caballos para ir a verse con el Duque y le envió a decir cómo iba, de lo cual el Duque maravillado, le mandó hacer grandes recibimientos y le recibió muy generosamente. El día siguiente le preguntó el Duque la razón de su ida a Normandía, y el falso Rey le dijo que por sólo poner con él amistad y contraer con él parentesco casándose con su hija, a quien, por la buena relación que della tenía, amaba en extremo, y que, por ser negocio tan importante a la honra de entrambos, le había querido tratar por sí mismo. Contentísimo el duque Guillelmo con tal casamiento para su hija, los desposó con muy gran solemnidad, y pocos días después se partió el rey Haraldo con su mujer, dándole muchas muestras de excesivo amor y acompañada de muchos nobles normandos; y, en hallándose en su reino, donde pudo mostrar el doblez y crueldad de su corazón, mandó

147.- O 'bayoaros.'

pregonar que, so pena de la vida, ningún normando quedase en Inglaterra dentro de tres días. Y afirma Héctor Boecio, por autoridad de los historiadores ingleses y escocios, que el malvado Rey entregó a su nobilísima esposa a sus mozos de espuelas y acemileros, que la deshonraron, y que después la cortó las narices y orejas y la envió a Normandía en una pobre barca de pescadores a su triste padre. A el cual queriendo Dios dar venganza de hecho tan abominable, viendo apretado al Rey con guerras, él fue a Inglaterra con todo su poder, y en una batalla mató al rey Haraldo y se quedó con su reino.

Como muriese el tirano de Corinto, Alexandre, que tenía el fortísimo alcázar de la ciudad de Corinto (que se llamó el Acro Corinto), quedose en ella Nicea su mujer. Antígono Gonatas, rey de Macedonia, que bebía las llamas, cuanto más los vientos, por aquella fortaleza, envió a tratar casamiento con la señora viuda, y ella, aunque su edad era más para madrina que para madre, lo aceptó con ambición de ser llamada reina. Las bodas se celebraron en la ciudad de Corinto, no haciendo muestra el Rey de que se acordaba de la fortaleza (que vía más guardada y velada que antes) hasta que, yendo un día por la plaza con los amebeos cánticos y autos nupciales, envió delante a la nueva reina su mujer y el tomó otra calle que guiaba a la fortaleza y tocó con el báculo que llevaba y mandó abrir. Y como las guardas entendiesen que no lo debían hacer, quedaron como pasmados viéndole allí tan sin pensarlo; mas, convencidos de su determinación y disimulación, le recibieron dentro. Viéndose dentro el Rey y que su deseo era ya cumplido, hizo y dijo tales cosas que parecía salir de seso, y desde entonces nunca más curó de la nueva reina, y ansí, la dejó despreciada y triste y desposeída de cosa tan estimada y pretendida<sup>148</sup> de todos los reyes comarcanos.

No siguió Nicea el consejo de Tomira, reina de los Scitas, a la cual, después de viuda, pidió por mujer el gran Ciro, rey de Persia; mas entendiendo ella que Ciro no se movía por su amor, sino porque, abrasado de ambición, deseaba verse señor de aquellas grandes provincias de Scitia, por esto no aceptó su demanda, no obstante que Tomira entendió que, como tan poderoso monarca e insigne capitán, la había de hacer cruel guerra, como después le hizo. En la cual Ciro fue della vencido y muerto con todos los suyos, que llegaron a docientos mil hombres.

De Cambises, rey de Persia, hijo de el gran Ciro, cuenta Herodoto que tenía dos hermanas y que por estar muy enamorado de la una preguntó a los sátrapas y príncipes persianos si había ley que permitiese casarse hermanos con hermanas. Y ellos, que le entendieron, dijeron que no; mas que hallaban una ley: que la voluntad de el Rey era la suprema ley. Y con esto se casó luego con ella. Y afirma Justino que Cambises<sup>149</sup> tenía un hermano menor que él y que, por ver que se le adelantaba en fuerzas y gentileza, le hizo matar de pura envidia secretamente. A pocos días después, estando cenando con sus hermanas, alabó mucho un cogollo de lechuga muy cerrada y de muy compuestas hojas, a lo cual acudió su muy querida hermana y mujer (con el ansia que de la muerte de su hermano Merdis tenía) diciendo que así solía estar la casa de Ciro su padre: llena de una manada de hermanos, hasta que él mató a Merdis. Olvidado Cambises de el grande amor que la había tenido y de la honra y buen tratamiento que la debía hacer, salto de la mesa y de tal suerte la trató que la hizo allí malparir y espirar.

148.- Orig.: 'pretandida' (303r).

149.- Orig.: 'Cambites' (303r).

Andando la guerra entre los romanos y cartaginenses, queriendo reducir a su amistad al rey Siface los cartaginenses, por serles comarcano y muy poderoso, le dieron por mujer a la muy avisada y hermosísima Sofonisba, hija de Asdrúbal Giscón, nobilísimo cartaginés (que él y el rey Masinisa, su competidor, mucho habían pretendido). Con este casamiento el rey Siface se apartó de la amistad de los romanos y ganó el reino de Numidia al rey Masinisa,<sup>150</sup> y como en la guerra de Scipión el Africano,<sup>151</sup> capitán romano, el rey Siface favoreciese a los cartaginenses y por consejo y ruegos de Sofonisba su mujer aventurase muchas veces todo su poder contra los romanos, quedó dellos vencido, preso y desposeído de sus reinos de Cirta y de Numidia, y hizo merced Scipión destos dos reinos al rey Masinisa. Y, no teniendo en menos Masinisa a la reina Sofonisba, recién casada, caminó a gran priesa para Cirta, cabeza de el reino, y, llegando al palacio real, la desdichada Sofonisba se le echó a los pies suplicándole por todo lo divino y humano que no la dejase en poder de los romanos, o que, antes, con sus manos la matase. Masinisa fue tan preso del amor de la Reina que le prometió hacer por ella cuanto le fuese posible, y así, se casó luego con ella. Apiano dice que como Scipión afease a Siface el haber dejado a los romanos por los cartaginenses, que le respondió que las negras bodas de Sofonisba le habían hecho perder el seso, certificando que eran tales sus mañas que bastaban para trastornar a cuantos hombres hubiese en el mundo, y que de una cosa recibía gran contento, que era de verla casada con Masinisa, el mayor enemigo que en el mundo tenía; porque estaba cierto que ella le traería a estado de perdición. Temiendo esto, hizo Scipión traer presa a Sofonisba y reprehendió ásperamente a Masinisa por se haber casado con ella sin su licencia, y le prometió que en ninguna manera se la dejaría. Medio muerto quedó el valeroso africano con oír esta palabra, y, derretido en llantos (que por su lástima y movió a lágrimas a cuantos le oyeron), alcanzó de Scipión poderla enviar un vaso de ponzoña, mandándole decir de su parte que lo que él más había deseado era poderla guardar la fe marital que la había dado; mas que no lo podía hacer, y que lo segundo que le había prometido, de no la entregar viva a los romanos, cumplía con ella enviándole aquel vaso de ponzoña con que se podría poner en salvo, y que la suplicaba que mirase cuya hija era y que había sido mujer de dos reyes, para que tomase aquella muerte con el ánimo de que a sí mesma era deudora. Ella tomó el vaso diciendo que, pues el marido no podía dar mejor don en aquel punto, que le recibía por don de mucha estima, y que de una sola cosa se hallaba muy penada, que era el haberse casado tan sin sazón que hubiese de morir en el tálamo. Y, en diciendo estas palabras, bebió la ponzoña, con que cayó luego muerta.,

Dice Maquiavelo que había en Florencia, entre las otras familias nobles, unos que se llamaban Buón del Montes, y otros que se decían Hubertos, y, allegados a estos, había otros que se llamaban Amideos y otros Donatos. Había una viuda rica que tenía una hija muy hermosa y estaba determinada de casarla con un caballero mancebo que se decía micer Buón del Montes, cabeza de aquel linaje. Este deseo que tenía esta viuda, o por negligencia o por vergüenza o por parecerle que no se perdía tiempo, no lo había dicho aún a nadie. A este micer Buón del Montes trataron de casarle con una doncella de el linaje de los Amideos, de lo cual a esta viuda pesó tanto que, pasando micer Buón del Montes por su casa,

150.- Orig.: 'Misinissa' (303v).

151.- Orig.: 'Afrinano' (303v).

bajó a la puerta llevando consigo a su hija, y cuando llegó donde ellas estaban le dijo: «Yo me alegro mucho que hayáis tomado mujer, aunque, a la verdad, yo os tenía guardada esta mi hija», y, abriendo bien la puerta, se la mostró. Buón del Montes, viendo a la doncella que era de tan gran hermosura, y considerando que el linaje de la madre y el dote no era menor que el que con la otra le darían, le vino tanto deseo de casarse con ella que, sin hacer caudal de la fe y palabra que a los otros había dado, ni de el mal que podía sucederle, le dijo: «Pues vos, señora, me la habéis guardado, yo sería muy ingrato si no la recibiese», y luego a la misma hora se celebraron las bodas sin ventura. Sabido esto de los Amideos y Hubertos, parientes de la otra doncella, determinaron de vengar esta injuria. Aunque no faltaron entre ellos quien les representase los grandes daños que de aquella discordia redundar podían, no se hizo caudal deste consejo, y así, algunos dellos aguardaron a micer Buón del Montes, y, viéndole venir muy lozano en un caballo blanco (pareciéndole que era cosa ligera olvidarse de una injuria como renunciar el parentesco de unos y tomar el de otros), le acometieron y mataron. Este homicidio dividió toda la ciudad, porque la una parte siguió a los de Buón del Montes y la otra los Hubertos, y por ser estos linajes muy poderosos en la ciudad, pelearon muchos años sin poder echar los unos a los otros de la tierra (y aunque no tuvieron paz, alguna vez tenían treguas). Estuvo Florencia en este trabajo hasta el tiempo de Fadrique segundo, el cual, por favorecerse dellos para hacerse rey de Nápoles contra la voluntad de la Iglesia, se junto con los Hubertos, y éstos, con su favor, echaron a los Buón del Montes fuera; y desde entonces Florencia y las demás ciudades de Italia quedaron divisas en aquellos dos bandos de güelfos y gebelinos, que de tantas crueldades y muertes fueron causa. Y estas tristes bodas fueron el principio de los bandos de Florencia.

La cuarta vez que se casó Enrique octavo, rey de Inglaterra, con Catarina Cauharte, dama de la Reina su antecesora (que fue la más hermosa de todas las mujeres que el Rey tuvo), había tratado casamiento con ella un caballero de la corte llamado Culpeper, y ella deseó mucho tenerle por marido; y como este amor durase en ellos aún siendo reina y se escribiesen, quiso una vez hablarle, y dio parte a una de sus damas y ella lo descubrió al Rey. El cual, muy sentido, los mandó prender, y, confesando Culpeper que había escrito a la Reina y deseado hablarla (sin que otra cosa hubiese pasado entre los dos) y no negándolo la Reina, por sentencia del Parlamento fueron los dos degollados, teniendo a gran desventura haber sido reina, pues por ello le fue impedido el casarse con el que bien quería, con el cual ella viviera contenta y con más ventura y seguridad.

Y porque sería nunca acabar contar la muchedumbre de los desastrados casamientos que en las historias se hallan y cada día vemos, se quedará aquí esta materia.

### Capítulo séptimo: De algunos documentos y reglas que las casadas deben guardar para cumplir como es razón con su estado

**A**UNQUE el estado de el matrimonio es como camino real, más abierto y menos trabajoso que otros, no por eso carece de sus dificultades y malos pasos, y es camino adonde se estropeiza también, y se peligra y yerra, y que tiene necesidad de guía como los demás. Porque el servir al marido y el gobernar la familia y la crianza de los hijos y la cuenta que, juntamente con esto, se debe al temor de Dios y a la

guarda y limpieza de la conciencia (todo lo cual pertenece al estado y oficio de la mujer casada) obras son que cada una de por sí pide mucho cuidado y que todas ellas juntas no se pueden cumplir sin favor particular de el Cielo. En lo cual se engañan muchas mujeres, porque piensan que el casarse no es más que, dejando la casa del padre y pasándose a la del marido, es para salir de servidumbre y venir a libertad y regalo; y piensan que con parir un hijo de cuando en cuando y con arrojarle luego de sí en los brazos de un ama, son tan cabales mujeres que ninguna les hace ventaja, como a la verdad la condición de su estado y las obligaciones de su oficio sean muy diferentes. Y, dado caso que algunas casadas sean dotadas de buen juicio y inclinadas a toda virtud, para no ser como alguna destas que digo no dejará de serle provechoso algún aviso, para que con él se encienda alguna vez que sin engaño ni error alumbra y enderece sus pasos deste camino y por todas las vueltas y rodeos dél.

Escogidísima es la historia de Sarra, hija de Ragüel, vecino de una ciudad de los medos, a quien un demonio llamado Asmodeo había muerto siete maridos uno tras otro, ahogándolos la misma noche de las bodas. Salió de su casa Tobías el mozo, pariente suyo, con intento de casar con ella, pero llevaba por amparo y defensor a san Rafael, el cual le dijo: «Ten memoria de las palabras que aquí te dijere. Ponlas en tu corazón para no olvidarte un punto dellas. Los que toman estado de casados de suerte que, olvidados de Dios, ponen todos sus cuidados y pensamientos en el deleite, como bestias de ese campo, saben que quedan sujetos al señorío y jurisdicción de Satanás, y por eso han muerto estos hombres desdichados que se han casado con Sarra; mas tú, como temeroso de Dios y hijo de padres sanctos, después que su padre de la diere por mujer has de poner entredicho tres días continuos en los deleites y pasatiempos corporales, y, convidando a tu esposa a este devoto ejercicio, ambos os habéis de dar por este tiempo a la oración; y desa manera escaparéis del peligro y de las manos del Demonio, conseguiréis vuestro deseo y ternéis hijos de bendición». La noche de la boda esperaron todos la muerte de Tobías y creyeron había de ser dél lo que había sido de los demás, que habían amanecido ahogados; tanto, que su suegro Ragüel madrugó con sus criados a hacerle la sepultura. Pero Tobías puso por obra los consejos del Ángel y, concertándose los dos desposados, hicieron aquella noche devotísimas oraciones, y así fueron libres del Demonio y vivieron bienaventuradamente.

La primera cosa que los casados han de hacer es pedir a Dios de rodillas les dé su gracia para que el uno al otro se amen<sup>152</sup> de contino, por ser la cosa más esencial y más importante del casamiento. Y esto concede Dios para alivio de los trabajos de los que se casan si llaman a Jesucristo a sus bodas; que eso es<sup>153</sup> el primer principio. Porque, aunque parece que tiene que ver poco Cristo con bodas, las bodas sin Cristo no son bodas, sino guerras, trabajos y muertes. No hay estado que no sepa a la cuchara con que se come. Hasta el de la religión, que es más perfecto, si se toma por respectos de mundo siempre tiene no sé qué sabor de mundo, y si el estado de los casados, que es menos perfecto, se toma por hacienda, por hermosura o deleite, siempre sabrá a eso; será como la amistad fundada en interese: que, acabada la hacienda, es fuerza se acabe la amistad. San Rafael dijo a Tobías el mozo: «Los que toman estado de casados y no por respecto de Dios y de su servicio, y le llaman en su favor y en su ayuda no acordándose de más que de el deleite que esperan,

152.- Orig.: 'ame' (306r).

153.- Orig.: 'os' (306r).

éstos (dice) quedan puestos en la mano de el Demonio, y así, les da una vida infernal». Lo mismo hemos de decir de los que se casan por dineros o por hermosura. Cuando uno quiere dar dos mil ducados a censo, lo primero que pide es un fiador o apoteco seguro, y sin eso no se atreve ni determina. Y atrévese el hombre a dar su cuerpo y su alma a censo perpetuo con fianzas tan flacas y tan poco seguras como deleites, hermosura y dineros, que se acaban mañana y dejan burlado al que en ellos confía, y entonces les podrá decir Dios que acudan a sus fiadores, como dijo a los hijos de Israel: «Levántense sus dioses y válganlos». Eso mismo puede decir a los que se casan por amores o meros deleites o hermosuras: «Acudí a vuestros fiadores, a los que os dieron las manos». De suerte que si los casados quieren tener consuelo en los trabajos han de tomar a Dios por casamentero y por fiador; y cuando el marido viniere mohíno acuda la mujer a Dios: «Señor, vos me casastes: amansad a este hombre. Si tiene celos de necio, Señor, a vuestra cuenta está el quitárselos, pues los tiene sin causa y sin razón; y si le fuere aborrecible, Señor, mirad por su voluntad: dalde el amor que en otro tiempo me mostraba y me tenía».

Cuando no hubiere otra cosa que inclinara a la casada a hacer el deber si no es la paz y sosiego y el gran bien que en esta vida sacan e interesan las buenas de serlo, esto solo bastaba. Porque sabida cosa es que cuando la mujer asiste en su oficio el marido la ama y la familia anda en concierto y los hijos aprenden virtud, y la paz reina y la hacienda crece. Y como la luna en las noches serenas, se goza rodeada y como acompañada de clarísimas lumbres, las cuales todas parece que avivan sus luces en ella y que la remiran y reverencian, así la buena en su casa reina y resplandece y convierte a sí juntamente los ojos y los corazones de todos, el descanso y la seguridad la acompañan dondequiera que endereza<sup>154</sup> sus pasos, y a cualquiera parte que mira encuentra con el alegría y con el gozo. Porque, si pone en el marido los ojos, descansa en su amor, si los vuelve a sus hijos alégrase con su virtud, halla en los criados bueno y fiel servicio y en la hacienda provecho y acrecentamiento, y todo le es gustoso y alegre. Como al contrario a la que es mala casera: todo se le convierte en amargura, como se puede ver por infinitos ejemplos. Vuelva cada uno los ojos por sus vecinos y naturales y revuelva en su memoria lo que de otras casas ha oído. ¿De cuántas mujeres sabe que, por no tener cuenta con su estado y tenerla con sus antojos, están con sus maridos en perpetua lid y desgracia? ¿Cuántas ha visto lastimadas y afeadas con los desconciertos de sus hijos y hijas, con quien no quisieron tener cuenta? ¿Cuántas laceran en extrema pobreza porque no atendieron a la guarda de sus haciendas, o, por mejor decir, porque fueron la perdición y la polilla de ellas?

Ello es así; que no hay cosa más rica ni más feliz que la buena mujer, ni peor ni más desastrada que la casada que no lo es. Y lo uno y otro nos enseña al Espíritu Sancto. De la buena dice así: «El marido de la mujer buena es dichoso y vivirá doblados días, y la mujer de valor pone en su marido descanso y cerrará los años de su vida con paz. La mujer buena es suerte buena, y, como premio de los que temen a Dios, la dará Dios al hombre por sus buenas obras. El bien de la mujer diligente deleitará a su marido y hinchará de grosura sus huesos. Don grande de Dios es el trato bueno suyo, bien sobre bien y hermosura sobre hermosura<sup>155</sup> es una mujer que es sancta y honesta. Como el sol que nace parece en las

154.- Orig.: 'endereca' (307r).

155.- Orig.: 'hermosara' (307v).



alturas del cielo, así el rostro de la buena adorna y hermosea su casa». Y de la mala dice por contraría manera: «La celosa es dolor de corazón y llanto continuo, y el tratar con la mala es tratar con los escorpiones. Casa que se llueve es la mujer rencillosa, y lo que turba la vida es casarse con una aborrecible»; y por esta forma otras muchas razones.

Y acontece en esto una cosa maravillosa: que siendo las mujeres de su cosecha gente de gran pundonor y apetitosas de ser apreciadas y honradas (como lo son todas de ánimo flaco), y gustando de señalarse y vencerse entre sí unas a otras (aun en cosas menudas y de niñería), no se precian, antes se descuidan y olvidan, de lo que es su propia virtud y loa. Gusta una mujer de parecer más hermosa que otra, y aun si su vecina tiene mejor basquiña o si por ventura saca mejor invención de tocado, no lo pone a paciencia, y si en el ser mejor mujer de su casa le hace ventaja no se acuita ni se duele, antes le hace caso de honra y tiene punto sobre cualquier menudencia y sólo aquesto no estima. Como sea así que el ser vencida en aquello no le daña y el no vencer en esto la destruye, y, con ser así que aquello no es su culpa y aquesto destruye todo el bien suyo y de su casa, y con ser así que el loor que por aquello se alcanza es ligero y vano loor, y loor que antes que nazca parece (y tal que, si hablamos con verdad, no merece ser llamado loor); y, por el contrario, la alabanza que por esto se consigue es alabanza maciza y que tiene verdaderas raíces y que florece por las bocas de los buenos juicios y que no se acaba con la edad ni se gasta con el tiempo, antes con los años crece y la vejez la renueva y el tiempo la esfuerza y la eternidad se espeja en ella y la envía más viva siempre y más fresca por mil vueltas de siglos; porque a la buena mujer su familia la reverencia y sus hijos la aman y su marido la adora y los vecinos la bendicen y los presentes y los venideros la alaban y ensalzan. Y, a la verdad, si hay debajo de la luna cosa que merezca ser estimada y apreciada, es la mujer buena, y en comparación della el sol mismo no luce y son oscuras las estrellas, y no sé yo joya de valor ni de loor que así levante y hermosee con claridad y resplandor a los hombres como es aquel tesoro de inmortales bienes de honestidad, de dulzura, de fe, de verdad, de amor, de piedad y regalo, de gozo y de paz, que encierra y contiene en sí una buena mujer cuando se la da por compañera su buena dicha.

Por que sepa la casada lo que es obligada a hacer, se pornán aquí algunas reglas y documentos que el patriarca don fray Francisco Jiménez sacó de la sagrada Escritura y las puso en su *Carro de donas*; que todas son muy esenciales, como de tan doctísimo y sancto varón:

«Desde el día que la mujer cristiana se vela debe ordenar su persona para una nueva vida, en la cual siempre ha de tratar cómo todas sus obras, pensamientos y dichos sean en Dios y por Dios; y haciendo esto así, todo le saldrá bien y le sucederá en contento y prosperidad y paz para el Cielo. Primeramente, debe la casada temer a Dios y guardarle sus mandamientos. Lo segundo, que ame y tema a su marido. Lo tercero, que antes pierda la vida que ofenda a Dios ni a su marido en quebrantar este sancto matrimonio, y que mire mucho la fee que prometió a Dios y a su marido. Lo cuarto, que obedezca en todas las cosas lícitas y honestas a su marido, porque la buena mujer, obedeciendo a su marido, le manda y hace de él lo que quiere. Lo quinto, que ame y críe a sus hijos y los imponga en que amen y teman a Dios, y, sobre todo, mire mucho por las hijas. Lo sexto, que mire y doctrine y enseñe a sus criados y familia y los ponga en amor y temor de Dios. Lo séptimo, que cure mucho por su marido y hijos y criados en sus enfermedades. Lo octavo, que sea humilde y devota, y ruegue a Dios que la dé su gracia para ello. Lo nono, que en la iglesia

esté muy honesta y devota, como san Pablo lo aconseja y manda. Lo décimo, que gobierne su casa con mucha industria y que no sea ociosa, mas que siempre haga alguna obra de sus manos en que esté ocupada, como san Jerónimo lo aconseja y manda. Lo undécimo, que traiga limpio a su marido y hijos, y muy sin pesadumbre la mesa y la cama. Lo duodécimo, que esté con reposo en su casa y no ande por las casas de las vecinas ni por las calles. Lo decimotertio, que en ninguna manera se llegue a ruin compañía, y huya de la mala mujer como del Demonio y por ninguna cosa la meta en su casa. Lo decimocuarto, que sea muy templada en comer y en beber, y en su lengua con su marido e hijos y criados y con todo su pueblo. Lo decimoquinto, que con todos tenga caridad y humildad, haciendo la limosna que pudiere, con licencia de su marido. Lo sextodécimo, que trabaje de persuadir a su marido que sea devoto, limosnero y caritativo. Y con esto se dé algunas horas del día a la oración, porque sin duda la enseñará Dios lo que debe hacer y le dará gracia para que le sirva y sepa agradar a su marido. Y esté cierta la buena mujer que teniendo esta virtud de guardar fidelidad en esta ley sanctísima del matrimonio, que Dios le dará las demás virtudes por compañeras; y careciendo de esta virtud de la fidelidad, ni será de Dios favorecida ni alcanzará de su mano las demás virtudes. Y esto baste para el buen fundamento en principio del matrimonio». Hasta aquí es de el Patriarca de Jerusalén.

Cierto es que la naturaleza ordenó que se casasen los hombres no sólo para fin que se perpetuase en los hijos el linaje y nombre dellos, sino también para que ellos mismos en sí y en sus personas se conservasen, lo cual no les era posible ni al hombre solo por sí ni a la mujer sin el hombre. Porque para vivir<sup>156</sup> no basta ganar hacienda si lo que se gana no se guarda; que si lo que se adquiere se pierde es como si no se adquiriese. Y el hombre, que tiene fuerzas para desvolver la tierra y para romper el campo, para discurrir por el mundo, y contratar con los hombres negociando su hacienda, no puede asistir a su casa a la guarda della, ni lo lleva su condición; y al revés la mujer, que por ser de natural flaco y frío es inclinada al sosiego y a la escasez, es buena para guardar, por la misma causa no es buena para el sudor y trabajo del adquirir. Y así, la naturaleza, en todo proveida, los ayuntó para que, prestando cada uno dellos al otro su condición, se conservasen juntos los que no se pudieran conservar apartados, para que cuando el marido estuviere en el campo la mujer asista a la casa, y conserve y endure el uno lo que el otro cogiere. Por donde dice bien un poeta que los fundamentos de la casa son la mujer y el buey: el buey para que are y la mujer para que guarde; por manera que su misma naturaleza hace que sea de la mujer este oficio y la obliga a esta virtud para hacer, así, a su marido confiado y seguro, porque teniéndola a ella para tener su casa abastada y rica no tiene necesidad de correr la mar ni de ir a la guerra, ni de dar su dinero a logro ni enredarse en tratos viles ni injustos, sino que con labrar él sus heredades cogiendo su fruto y con tenerla a ella por guarda y por beneficiadora de lo cogido tiene riqueza bastante y suficiente. Algunas mujeres hay que, como si sus casas fuesen de sus vecinas, así se descuidan dellas, y toda su vida es el oratorio y el devocionario y el calentar el suelo de la iglesia mañana y tarde, lo cual todo, aunque de suyo es bueno y sancto, mas hase de procurar que entretanto no se pierda la moza y cobre malos siniestros la hija, se hunda la hacienda y se vuelva demonio el marido, porque

156.- Orig.: 'vruiir' (309r).

si esto sucede debe moderarse y tomar dello y dejar dello, templando sus deseos, aunque sean buenos, con lo que a Dios más agrada.

El ser guardadosas consiste en dos cosas. La una, en que no sea costosa, y la otra en que<sup>157</sup> sea hacendosa. No ha de ser costosa ni gastadora la casada, porque no tiene para que lo sea. Porque los gastos que hacemos son para proveer o a la necesidad o al deleite, para remediar las faltas naturales, con que nacemos, de hambre y desnudez, o para bastecer a los antojos y favores que nosotros nos hacemos por nuestro vicio. Pues a las mujeres en lo uno la naturaleza les puso muy grande tasa, y en lo otro las obligó a que ellas mismas se la pusiesen. Que, si miramos lo natural, las faltas y necesidades de las mujeres son mucho menores que las de los hombres; porque, lo que toca al comer, es poco lo que les basta, por razón de tener menos calor natural, y así, es en ellas cosa muy fea y aborrecible el ser golosas.

Y ni más ni menos cuanto toca al vestir: la naturaleza las hizo, por una parte, ociosas para que rompiesen poco, y por otra, aseadas para que lo poco les luciese mucho. Y las que piensan que a fuerza de posturas y vestidos han de hacerse hermosas viven engañadas, porque la que lo es revuelta lo es; la que no, de ninguna manera lo es ni lo parece, y cuando más se atavía es más fea. Pues no ponga su honra la casada en gastar más que su vecina, sino tenga su casa más bien abastada que ella y más bien reparada, y haga con su aliño aseo: que el vestido antiguo esté como nuevo y que con la limpieza cualquiera cosa que se pusiere le parezca bien, y el traje usado y común cobre de su aseo della no usado ni común parecer. Porque el gastar en la mujer es ajeno de su oficio, y contrario y demasiado para su necesidad, y para los antojos vicioso y muy torpe, y negocio infinito que asuela las casas y empobrece a los moradores y los enlaza en mil trampas y los abate y envilece. De Dominico Silvio, duque de Venecia, escribe Pedro Damiano que tuvo una mujer, natural de Constantinopla, tan regalada y melindrosa que ni se había de lavar con el agua de que usaban las otras gentes, sino cogida del rocío, ni había de tocar al manjar con los dedos, sino con horquillas de oro, y había de andar su casa siempre bañada en preciosos olores, y su vestir había de ser con tantos perfiles que dio mucho que decir a todos. Y queriendo Dios castigar la superfluidad de sus blanduras y costosos regalos, le envió un linaje de muerte que a todos fue ejemplo de aborrecer sus cosas, porque se cubrió de una pestilencial lepra, de la cual manaba una materia y podre tan hedionda que ninguna agua ni otras diligencias de limpieza bastaban a remediarlo de suerte que las gentes que la servían lo pudiesen tolerar.

Tratando Salomón de la buena casada, dice que buscó lino y lana y obró con el saber de sus manos. No dice que el marido le compró lino para que ella labrase, sino que ella lo buscó, para mostrar que la primera parte de ser hacendosa es que sea aprovechada, y que de los salvados de su casa y de las cosas que sobran y que parecen perdidas, y de aquello que no hace cuenta el marido, haga precio ella para proveerse de lino y de lana y de las demás cosas que son como éstas. Las cuales son como las armas y el campo adonde descubre su virtud la buena mujer. Junta con sus criadas, adereza y labra su lino y echa de ver que, estándose sentada con sus mujeres volteando el huso en la mano y contando consejas (como la nave, que sin parecer que se muda va navegando, y pasando un día y sucediendo otro, y viniendo las noches y amaneciendo las mañanas, y corriendo como sin menearse), se teje la tela y se labra el paño y se acaban las ricas labores. Y, cuando menos pensamos, llenas

157.- Orig.: 'que no' (309v).

las velas de prosperidad, entra esta nuestra nave en el puerto y comienza a desplegar sus riquezas: y sale de allí el abrigo para los criados y el vestido para los hijos, y las galas suyas y los arreos para su marido, y las camas ricamente labradas y los atavíos para las paredes y salas, y los labrados hermosos y el abastecimiento de todas las alhajas de casa, que es un tesoro sin suelo.

Muy de mañana madruga la buena casada, y, dando a cada uno su mantenimiento y comida, les reparte las obras y haciendas en que han de emplear su trabajo aquel día. Y no encomienda este cuidado a alguna de sus sirvientes y se queda ella regalando con el sueño de la mañana descuidadamente en su cama, sino que se levanta la primera y gana por la mano al lucero y amanece ella antes que el sol, y por su propia mano provee a su gente y familia así en lo que han de hacer como en la comida. Mucho se engañan las que piensan que mientras ellas (cuya es la casa y a quien propiamente tocar el bien y el mal della) duermen y se descuidan cuidará y velará la criada, que no le toca y que, al fin, lo mira todo como ajeno; porque si el amo duerme, ¿por qué despertará el criado? Y si la señora, que ha de ser ejemplo y la maestra de su familia y de quien ha de aprender cada una de sus criadas lo que conviene a su oficio, se olvida de todo, por la misma razón los demás serán olvidadizos y dados al sueño. Bien dijo Aristóteles que el que no tiene buen dechado no puede ser buen remedador. No podrá el siervo mirar por la casa si ve que el dueño se descuida della. De manera que ha de madrugar la casada para que madrugue su familia, porque ha de entender que su casa es un cuerpo y que ella es el alma dél, y que, como los miembros no se mueven si no son movidos del alma, así sus criadas, si no las menea ella y las levanta y mueve a sus obras, no se sabrán menear. Y cuando las criadas madrugasen por sí, durmiendo su ama y no la teniendo por testigo y por guarda suya, es peor que madruguen, porque entonces la casa por aquel espacio de tiempo es como pueblo sin rey y sin ley y como comunidad sin cabeza, y no se levantan a servir, sino a robar y destruir, y es el propio tiempo para cuando ellas guardan sus hechos. Por donde, como en el castillo que está en frontera o en el lugar que se teme de los enemigos nunca falta la vela, así en la casa bien guardada, en tanto que están despiertos los enemigos, que son los criados, siempre ha de velar el señor. Él es el que ha de ir a la cama el postrero y el primero que se ha de levantar; y la señora y la casada que aquesto no hiciere haga el ánimo ancho a su gran desventura, persuadida y cierta que le han de entrar los enemigos el fuerte y que un día sentirá el daño y otro verá el robo y de continuo el enojo y el mal recaudo y servicio, y que al mal de la hacienda acompañará también el mal de la honra. Y, como dice Cristo en el Evangelio, que mientras el padre de la familia duerme siembra el enemigo la cizaña, así ella con su descuido y sueño meterá la libertad y deshonestidad por su casa, que abrirá las puertas, y falseará las llaves y penetrará hasta los postreros secretos, corrompiendo a las criadas y no parando hasta poner su infición en las hijas, conque la señora que no supo entonces ni quiso por la mañana despedir de los ojos el sueño ni dejar de dormir un poco, lastimada y herida en el corazón, pasará en amargos suspiros muchas noches velando.

Muchos provechos se sacan de madrugar; porque, lo uno, hácese lo que conviene con tiempo y con gusto; lo otro, para cuando alguna vez acontece que o la enfermedad o la ocupación tiene ausente a la señora, están ya los criados por el uso como maestros en todo aquello que deben hacer, y la voz y la orden de su ama (a la cual tienen ya hechos los oídos), aunque no la oigan entonces, les suena en ellos todavía y la tienen como presente

sin vella. Y, demás desto, del cuidado del ama aprenden las criadas a ser cuidadosas, y no osan tener en poco aquello en que veen que se emplea la diligencia y el mandamiento de su señora; y, como conocen que su vista y provisión della se estiende por todo, paréceles (y con razón) que en todo cuanto hacen la tienen presente, y así, se animan no sólo a ser fieles en sus oficios, sino también aventajarse y señalarse en ellos y en el bien y virtud.

Una de las virtudes de la buena casada es el tener grande recato acerca de las personas que admite a su conversación y a quién da entrada en su casa. Porque algunas, debajo de nombre de pobreza y cubriéndose con piedad, a las veces entran en las casas algunas personas arrugadas y canas que roban la vida y entiznan la honra y dañan el alma de los que viven en ellas, y los corrompen sin sentir y los empozoñan pareciendo que los lamen y halagan. San Pablo casi señaló con el dedo a este linaje de gentes cuando dice: «Tienen por oficio andar de casa en casa ociosas; y no solamente ociosas, mas también parleras y curiosas y habladoras de lo que no conviene». Y es ello así, que las tales de ordinario no entran sino a ojar todo lo bueno que vieren, y cuando menos mal hacen traen novelas y chismeras de fuera y llévanlas fuera de lo que veen o les parece que veen en la casa donde entran, con que inquietan a quien las oye y les turban los corazones, de donde muchas veces nacen desabrimientos entre vecinos y amigos y materias de enojos y diferencias, y a veces hay discordias mortales.

En las repúblicas bien ordenadas, los que antiguamente las ordenaron con leyes ninguna cosa vedaron más que la comunicación con los estraños y diferentes de costumbres. Así, Dios, por Moisés, a su pueblo escogido en mil lugares le avisa desto mismo con grandísimo encarecimiento; porque lo que no se vee no se desea; que, como dice el versillo griego: «De el mirar nace el amar»; y, por el contrario, lo que se vee y se trata, cuanto peor es tanto más ligeramente, por nuestra miseria, se nos apega. Y lo que es en toda una república, eso también en una sola casa por la misma razón acontece; que si los que entran en ella son de costumbres diferentes de las que en ella se usan, unos con el ejemplo y otros con la palabra alteran los ánimos bien ordenados y poco a poco los desquician del bien. Y llega la vejezuela al oído y dice a su hija y a la doncella que por qué huyen la ventana o por qué aman tanto la almohadilla; que la otra Fulana y Fulana no lo hacen así; y enséñales el mal aderezo y cuéntales la desenvoltura del otro, y las marañas que oyó o inventó póneselas delante y vuélveles el juicio, y comienza a teñir con esto el pecho sencillo y simple y hace que figuren en el pensamiento lo que con sólo ser pensado corrompe; y, dañado el pensamiento, luego se tiente el deseo, el cual en encendiéndose el mal, al punto se resfrían en el bien, y así, luego se comienzan a desagradar de lo bueno y de lo concertado, y por sus pasos contados vienen a dejarlo del todo a la postre. Por donde, acerca de Eurípides, dice bien el que dice: «Nunca, nunca jamás (que no me contento con decirlo una sola vez) el cuerdo y casado consentirá que entren cualesquier mujeres a conversar con la suya, porque siempre hacen mil daños». Unas, por su interés, tratan de corromper en ella la fe del matrimonio; otras, porque han faltado ellas, gustan de tener compañeras de sus faltas; otras porque saben poco y de puro necias. Pues contra estas mujeres y las semejantes a éstas conviénele al marido guarnecer muy bien con aldabas y con cerrojos las puertas de su casa; que jamás estas entradas peregrinas ponen en ella alguna cosa sana o buena, sino siempre hacen diversos daños.

Aunque la buena casada ha de ser para mucho y adornada de fortaleza, no por eso tiene licencia para ser desabrida en la condición y en su manera y trato desgraciada. Quiero decir que ni la diligencia ni la vela ni la asistencia a las cosas de su casa la de hacer áspera y terrible; ni menos la buena gracia y la apacible habla y semblante ha de ser muelle ni desatado, sino que, templando con lo uno lo otro, conserve el medio en ambas a dos cosas y haga de entrambas una agradable y excelente mezcla. Y no ha de conservar por un día o por un breve espacio aqueste tenor, sino por toda la vida y hasta el día postrero della. Lo cual es propio de todas las cosas que o son virtud o tienen raíces en la virtud: ser perseverantes y casi perpetuas; y en esto se diferencian de las no tales; que éstas, como nacen de antojo, duran por antojo, pero aquéllas, como se fundan en firme razón, permanecen por largos tiempos. Y los que han visto alguna mujer de las que se allegan a esta que aquí se dice podrán haber experimentado lo uno lo otro: lo uno, que a todo tiempo y toda sazón se halla en ella dulce y agradable acogida; lo otro, que esta gracia y dulzura suya no es gracia que desata el corazón del que la vee ni le enmollece, antes le pone concierto y le es como una ley de virtud, y así le deleita y aficiona que juntamente le limpia y purifica, y, borrando del las tristezas, lava las torpezas también, y es gracia que aun la engendra en los miradores.

Dos cosas hacen y componen este bien de que vamos hablando: razón discreta y habla dulce. Lo primero procede de sabiduría y lo segundo de piedad y blandura. Pues, entre todas las virtudes sobredichas, o, para decir verdad, sobre todas ellas, la buena mujer se ha de esmerar en ésta, que es ser sabia en su razón y apacible y dulce en su hablar. Y podemos decir que con esto lucirá y tendrá como vida todo lo demás de virtud que se pone en esta mujer, y que sin ello quedará todo lo otro como muerto y perdido; porque una mujer necia y parlera (como lo son de continuo las necias, por más bienes otros que tengan) es intolerable negocio; y ni más ni menos la que es buena y de dura y áspera conversación ni se puede ver ni sufrir. Y así, podemos decir que todo lo sobredicho hace como el cuerpo de la casada que dibujamos, mas esta de agora es como el alma, y es la perfección y el remate y la flor de todo este bien.

Y cuanto toca al primero, que es cordura y discreción (o sabiduría, como aquí se dice), la que de suyo no la tuviere o no se la hubiere dado el don de Dios, con dificultad la persuadiremos a que le falta y a que la busque, porque lo más propio de la necedad es no conocerse y tenerse por sabia. Y, ya que lo persuadamos, será mayor dificultad ponerla en el buen saber; porque es cosa que se aprende mal cuando no se aprende en la leche. Y el mejor consejo que les podemos dar a las tales es rogarles que callen, y que, ya que son poco sabias, se esfuercen a ser muy calladas. Porque verdaderamente el saber callar es sabiduría propia, aunque para aprendida es muy dificultosa a aquellas que de su cosecha no la tienen.

Lo segundo, que toca a la aspereza y desgracia de la condición (que por la mayor parte nace más de voluntad viciosa que de naturaleza errada), es enfermedad más curable. Y deben advertir mucho ello las buenas mujeres, porque, si bien se mira, no sé yo si hay cosa más monstruosa y que más disuene de lo que es, que ser una mujer áspera y brava. La aspereza hízose para linaje de los leones o de los tigres, y aun los varones, por su compostura natural y por el peso de los negocios de que de ordinario se ocupan, tienen licencia para ser algo ásperezos, y el sobrecejo y el ceño y la esquivez en ellos está bien a las veces; mas la mujer, si es leona, ¿qué le queda de mujer? Mire su hechura toda y verá que nació para piedad; y como a las onzas las uñas agudas y los dientes largos y la boca fiera y los ojos

sangrientos las convida a fiereza, así a ella la figura apacible de toda su disposición la obliga a que no sea el ánimo menos mesurado que el cuerpo parece blando y modesto.

Y no piensen que las crió Dios y las dio al hombre sólo para que le guarden la casa, sino también para que le consuelen y alegren, para que en ella el marido cansado y enojado halle descanso y los hijos amor y la familia piedad, y todos generalmente acogimiento agradable. Bien las llama el hebreo a las mujeres «la gracia de casa»; y llámalas así en su lengua con una palabra que en castellano ni con decir *gracia* y con otras palabras de buena significación, apenas comprendemos todo lo que en aquélla se dice; porque dice aseo y dice hermosura y dice donaire, y dice luz y deleite y concierto y contento el vocablo con que el hebreo las llama. Por donde entendemos que de la buena mujer es tener las calidades todas, y entendemos también que la que no va por aquí no debe ser llamada ni la gracia ni la luz ni el placer de su casa, sino el trasto della y el estropiezo, o, por darle su nombre verdadero, el trasgo y la estantigua que a todos los turba y asombra. Y sucede así, que como a las casas que son por esta causa asombradas, después de haberlas conjurado, al fin los que las viven las dejan, así la habitación donde reinan en figura de mujer estas fieras, el marido teme entrar en ella y la familia desea salir della, y todos la aborrecen y lo más presto que pueden la santiguan y huyen.

Dice el autor a quien en lo más deste capítulo sigo (que es el doctísimo padre fray Luis de León): «Conocí yo una mujer que cuando comía reñía, y cuando venía la noche reñía también, y el sol cuando nacía la hallaba riñendo; y esto hacía el día sancto y el día no sancto, y la semana y el mes, y por todo el año no era otro su oficio sino reñir. Siempre se oía el grito y la voz áspera, y la palabra afrentosa y el deshonor sin freno; ya sonaba el azote, ya volaba el chapín, y así, era su casa una imagen de el Infierno en esto, con ser en lo demás un Paraíso, porque las personas della eran no para mover a braveza, sino para dar contento y descanso a quien lo mirara bien. Por donde, cargando yo el juicio algunas veces en ello, me resolví en que de todo aquel vocear y reñir no se podía dar causa alguna que colorada fuese, si no era querer digerir con aquel ejercicio las cenas, en las cuales de ordinario esta señora excedía». Y es así: que en estas bravas, si se apuran bien las causas de esta su desenfrenada y continua cólera, todas ellas son razones de disparate. La una porque le parece que cuando riñe es señora, la otra porque la desgració el marido y halo de pagar la hija o la esclava, la otra porque su espejo no le mintió ni la mostró hoy tan linda como ayer, de cuanto vee levanta alboroto. A la una embravece el vino, a la otra su no cumplido deseo y a la otra su inquietud y malaventura.

El ser hermosa o fea una mujer es calidad con que se nace y no cosa que se adquiere por voluntad ni de que se puede poner ley ni mandamiento a las buenas mujeres. Mas, aunque ninguna, si no lo es, se puede transformar en hermosa aunque lo procure (como se vee en que muchas lo procuran y en que ninguna dellas sale con ello), pero lo que toca al aseo y limpieza negocio es que la mayor parte dél está puesta en su cuidado y voluntad. Y negocio de calidad; que, aunque no es de las virtudes que ornan el ánimo, es fruto dellas e indicio grande de la limpieza y buen concierto que hay en el alma el cuerpo limpio y bien aseado; porque, ansí como la luz encerrada en la lanterna la esclarece y traspasa y se descubre por ella, así el alma clara y con virtud resplandeciente, por razón de la mucha hermandad que tiene con su cuerpo y por estar íntimamente unida con él, le esclarece a él y le figura y compone cuanto es posible de su misma composición y figura.

Así que, si no es virtud del ánimo la limpieza y aseo del cuerpo, es señal de ánimo concertado y limpio y aseado; a lo menos es negocio y cuidado necesario en la mujer para que entre ella y el marido se conserve y crezca el amor (si ya no es él por ventura tal que se deleite y ensucie en el cieno). Porque ¿cuál vida será la de el que ha de traer a su lado siempre, en la mesa donde se asienta para tomar gusto y en la cama que se ordena para descanso y reposo, un desaliño y un tal aseo que ni se puede mirar sin torcer los ojos ni tocar sin atapar las narices? O ¿cómo será posible que se allegue el corazón a aquello que naturalmente aborrece y de que rehuye el sentido? Serale sin duda un perpetuo y duro freno al marido el desaseo de su mujer, que todas las veces que inclinare o quisiere inclinar a ella su ánimo le irá deteniendo y le apartará y torcerá a otra parte. Y no será esto solamente cuando la viere, sino todas las veces que entrare en su casa, aunque no la vea; porque la casa forzosamente y la limpieza della olerá a la mujer a cuyo cargo está su aliño y limpieza, y cuanto ella fuere aseada o desaseada tanto así la casa como la mesa y el lecho tendrán de sucio o de limpio. Así que el ser una mujer aseada y limpia (que el serlo está a su voluntad) cosa es que mucho le conviene para componerla y hermosearla y hacerla graciosa en los ojos de todos, y mucho más en los de su marido.

La casada debe traer siempre muy cortas y muy cogidas las riendas de la vergüenza, aun en los contentos lícitos, aun gozados con su propio esposo; porque los hombres, que son muchas veces sospechosos, no tomen mala espina. En los *Cantares* pedía el Esposo a su Esposa con grande encarecimiento le mostrase su cara después de tantos deseos y de tan grande afición, manifestada con tantas ternuras y tan amorosas palabras como aquel libro manifiesta. Dice el Esposo: «Véaos yo, señora, la cara», que era prenda cierta de grande vergüenza y honestidad de la Esposa de cuán corta andaba aun en las cosas muy lícitas. Cuando vino Rebeca a casarse, al tiempo que hubo de ver a su esposo se cubrió con el velo, aunque había venido todo el camino descubierta; así que ha de ser tanta la honestidad y vergüenza de la mujer que el marido desee verle la cara; y así, es regla general: no irritar la mujer al marido en sus gustos o deseos es honestidad; negarse al marido con regalos y encogimientos amorosos es vergüenza; negarse con porfía y determinación es infidelidad. Licurgo mandaba en sus leyes que los desposados se ocupasen con sus iguales casi todo el día y reposasen con ellos toda la noche entera, y que con la esposa entrasen a hurtadas y vergonzosamente, por que fuesen de cuerpos recios moderándose en el acto, y les quedase siempre un amor reciente y firme, y por que los hijos que pariesen fuesen esforzados y para mucho.

Quejándose su mujer de Cómodo Elio Vero de que se desenfadaba y holgaba más con otras mujeres que con ella, le respondió: «No te pese, señora, de que yo ejercite mis deleites y liviandades con otras, porque la mujer casada es nombre de dignidad y no de deleite». Argeo, a unos que loaban no a su mujeres propias sino a las de otros hombres, dijo: «Por los dioses que de las buenas y honestas mujeres no se ha de hablar nada locamente; pero del todo es menester ignorar y no saber qué tales sean, buenas o malas, sino a sus maridos mismos, con los cuales hacen vida».

A Hierón, rey de Sicilia, le dijo un amigo suyo que cómo no procuraba alguna cosa con que el hedor de la boca se le quitase, y él, estando ignorante desto, riñó con su mujer porque jamás no le había avisado dello. Ella respondió: «Señor, no os he dado dello aviso por pensar que esto era común a todos los hombres», mostrando por estas palabras no haber-



se acercado tanto a algún hombre que pudiese conocer si le olía o no la boca. Preciáronse mucho los romanos de ser muy honestos y ejemplares para con todos, y en especial para con sus hijos, y a los que lo contrario hicieron no faltó castigo riguroso. Tenía Roma un oficio de justicia que llamaban Censor, a cuyo cargo era castigar severamente cualquiera cosa que veía inmoderada y dañosa para las costumbres. Tuvo este cargo Marco Catón, y, probándosele a un senador llamado Manlio que había besado a su mujer estando presente y viéndolo una doncella hija suya, le privó de entrar en el Senado, que era cosa muy afrentosa. Y cuando le dio esa pena (que fue con palabras de mucha severidad y reaprehensión) le dijo: «De mí te sé decir que nunca me vio persona abrazar a mi mujer sino en tiempo de truenos; que es temerosa y, en oyéndolos, átese de mí». Este ejemplo sería bien que advirtiesen algunos padres muy amigos de su honor que tienen hijas doncellas y desposan a una, a la cual visita el desposado con tanta continuación que no hay echarle de casa, tratando con su esposa delante de sus hermanas como si nadie los viese, poniéndolas en ocasión de ser malas.

Así guardaba Catón la honestidad en su casa que no le oyeran delante de su hijo lo que no se pudiera decir en presencia de las monjas Vestales. No hay para qué licenciar a los hijos a cosas de soltura, antes deben ser retraídos con aspereza de disciplina, por que aquel despumar del brío de la puericia no pare en desafortada licencia de pecar. Muchos autores gentiles trataron de cómo a los padres no era lícito ni se les permitía entrar en los baños delante de sus hijos, la cual costumbre dice Cicerón y Valerio haberse guardado en Roma, y aun añade Blondo que ni unos romanos con otros indiferentemente. En tiempo del emperador Constantino el Magno, en el Concilio que se tuvo en España, en Iliberi, cerca de Granada, se ordenó en el postrero canon una cosa harto notable y de singular ejemplo de recato y honestidad y encogimiento para las mujeres casadas, pues se les veda que ni ellas escriban carta ninguna a ningún seglar en sólo nombre suyo, sino de su marido juntamente; ni tampoco la puedan recibir sin que también venga el sobrescrito con el nombre de su marido. La honestidad nunca podrá ser dignamente alabada de los hombres, y así, la encumbra Cicerón afirmando ser tal su beldad que, a poder ser vista de los ojos de los hombres, engendraría maravillosos amores en sus corazones. ¿Qué virtud podrá ser de precio sin la honestidad, baño abonador hasta de los infames?

Cuando los antiguos romanos llevaban la novia a casa del marido, en llegando al umbral de la puerta se detenía y no quería entrar hasta que por fuerza, tirando della algunas matronas, la metían, dando a entender que donde iba a perder su limpieza pareciese que iba forzada. Y, ansimismo, cuando la daban y entregaban a su marido que la llevase, la sentaban en las faldas de su madre para que de allí la tomase y llevase su marido por fuerza, deteniéndose ella y asiéndose a su madre. Esto hacían en memoria que antiguamente las doncellas sabinas habían sido tomadas y forzadas por los romanos, la cual fuerza había sucedido en bien y aumento del pueblo romano y bien dellas. Cuenta Homero que era tan grande la opinión que por su grande honestidad y virtud tenía la noble y casta Penélope, que, viendo los caballeros que pretendían casarse con ella que en ninguna manera podían alcanzarlo, venían después a contentarse con que les diese algunas de sus doncellas para casarse con ellas, pareciéndoles que de el grande ejemplo de su vida se les habrían pegado loables costumbres y mucha virtud, con que su compañía les sería siempre de continuo muy agradable y acepta: este bien granjean las que sirven a buenas y virtuosas señoras.

Aunque en todo aquello en que resplandece algún bien es mirado ypreciado, ningún bien se viene tanto a los ojos humanos ni causa en los pechos de los hombres tan grande satisfacción como una mujer perfecta, ni hay otra cosa en que ni con tanta alegría ni con tan encarecidas palabras abran los hombres las bocas, o cuando tratan consigo a solas o cuando conversan con otros, o dentro de sus casas o en las plazas, en público; porque unos loan lo casero, otros encarecen la discreción, otros suben al cielo la modestia, la pureza, la piedad, la suavidad dulce y honesta; dicen del rostro limpio, del vestido aseado, de las labores y de las velas; cuentan las criadas remediadas el mejoro de la hacienda, el trato con las vecinas amigable y pacífico; no olvidan sus limosnas; repiten cómo amó y cómo ganó a su marido, encarecen la crianza de los hijos y el buen tratamiento de sus criados; sus hechos, sus dichos, su semblantes, todo lo alaban. Dicen que fue sancta para con Dios y bienaventurada para con su marido; bendicen por ella a su casa y ensalzan a su parentela, y aun a los que la merecieron ver y hablar llaman dichosos; y, como a la sancta Judit, la nombran gloria de su linaje y corona de todo su pueblo, y por mucho que digan hallan siempre más que decir. Los vecinos dicen esto a los ajenos y los padres dan con ella doctrina a sus hijos; y de los hijos pasa a los nietos y estiéndese la fama por todas partes creciendo y pasa con clara y eterna voz su memoria de unas generaciones en otras. Y no le hacen injuria los años ni con el tiempo envejece, antes con los días florece más, porque tiene su raíz junto a las aguas y, así, no es posible que descaezca, ni menos puede ser que con la edad caiga el edificio que está fundado en el cielo, ni en manera alguna se compadece que muera su loor de la que todo cuanto vivió no fue sino una perpetua y viva alabanza de la bondad y grandeza de Dios, a quien solo se debe eternamente el ensalzamiento y la gloria. Amén.

#### Capítulo octavo: De cómo conviene a la casada el ser callada para tener paz con su marido

**M**UY sano consejo es para las mujeres el rogarles que sean calladas, pues son poco sabias; que, como dice el Sabio, «Si calla el necio, a las veces será tenido por sabio y cuerdo»; y podrá ser, y será así, que callando y oyendo y pensando primero consigo lo que hubieren de hablar, acierten a hablar lo que merezca sea oído. Así que de este mal esta es la medicina más cierta, aunque ni es bastante medicina ni fácil de ponerla en ejecución.

Mas, comoquiera que sea, es justo que se precien de callar todas, así aquellas a quien les conviene encubrir su poco saber como las que pueden sin vergüenza descubrir lo que saben. Porque en todas es no sólo condición agradable, sino virtud debida, el silencio y el hablar poco; y el abrir su boca en sabiduría (como dice el Sabio) es no la abrir sino cuando la necesidad lo pide, que es lo mismo que abrirla templadamente y pocas veces, porque son pocas las que lo pide la necesidad; porque, así como la naturaleza hizo a las mujeres para que, encerradas, guardasen la casa, así las obligó a que cerrasen la boca; y como las desobligó de los negocios y contrataciones de fuera, así las libertó de lo que se consigue a la contratación, que son las muchas pláticas y palabras; porque el hablar nace del entender, y las palabras no son sino imágenes o señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo, por donde, así como a la mujer buena y honesta la naturaleza no la hizo para el estudio de las

ciencias ni para los negocios de dificultades, sino para un oficio simple y doméstico, así les limita el entender y, por el consiguiente, les tasó las palabras y las razones; y así como es esto lo que su natural de la mujer y su oficio le pide, así, por la misma causa, es una de las cosas que más bien les está y que mejor les parece. Y así, solía decir Demócrito que el adrezo de la mujer y su hermosura era el hablar escaso y limitado; porque, como en el rostro la hermosura dél consiste en que se respondan entre sí las faciones, así la hermosura de la vida no es otra cosa sino el obrar cada uno conforme a lo que su naturaleza y oficio pide.

El estado de la mujer, en comparación del marido, es estado humilde y es como dote natural de las mujeres la mesura y vergüenza, y ninguna cosa hay que se compadezca menos o que desdiga más de lo humilde y vergonzoso que lo hablador y lo parlero. Cuenta Plutarco que Fidias, escultor noble, hizo a los elienses una imagen de Venus que afirmaba los pies sobre una tortuga, que es animal mudo y que nunca desampara su concha, dando a entender que las mujeres han de guardar siempre la casa y el silencio; porque verdaderamente el saber callar es su sabiduría propia. Aristóteles afirma ser muy honroso en la mujer el ser callada, y Eurípides dice que la modestia y silencio es una cosa hermosísima en ella. Virgilio introduce a la reina Dido hablando<sup>158</sup> con muy pocas palabras y el rostro inclinado, y esto mismo aconseja Pontano a su mujer. Virgilio y Estacio representan a Juno, presidenta de la honestas mujeres, muy encerrada y acompañada del silencio. Plutarco escribe que Numa Pompilio, segundo rey de los romanos, mandó que las mujeres guardasen silencio, y que en ausencia de los maridos no moviesen pláticas, ni aun de las cosas que fuesen necesarias. En las aves enseñó naturaleza cuán bien diga el silencio en las hembras; que de los ruiseñores, codornices y gallinas solamente cantan los machos, y si la hembra del ruiseñor canta en algún tiempo, no es cuando está echada y pareada con el macho. Juvenal emplea diez versos en pintar el ruido que sola una mujer hace parlando, y llega a decir que, caso que con estruendos se oviese dar favor a la luna para no se eclipsar, una mujer bastaría más que muchos instrumentos de metal. Y por eso trae Bebelio aquel proverbio alemán que «Tres mujeres hacen feria», por el murmurio que entre sí tienen. Los animales y aves de poca potencia son de mayores y más sonoras voces, y los animales robustos apenas algunas veces son oídos, como los leones, osos y onzas; y entre los perros se ve que los que no son para pelear son más ladrones, mas los lebreles de buena casta no saben echar la voz, aunque los pisen. Mujeres, niños y viejos, que no son para las manos, adviértase cuán agudas voces les da naturaleza y cuánto se dan a la parlería. Por lo cual fingieron los poetas que el viejo Titón se había convertido en cigarra chirriadora, y Homero los nota de tales diversas veces.

Señaladamente se debe notar cómo las honestas doncellas no saben sacar la habla del cuerpo, y las deshonestas mujeres son todas pico y lengua, por que se vea cuán gran don es el del callar en la mujer, que tanto se acompaña con la virginidad y honestidad. Suetonio dice que Augusto César se dio a muchas mujeres casadas por sacarles los secretos de sus maridos sus enemigos; y no hay para qué contar las muchas que, en dándose a sí, dan también cuanto tienen en sus corazones, como lo pinta Plauto en persona de una dellas. Avisando Salomón por Espíritu Sancto a los mancebos que se guarden de las malas y deshonestas mujeres, se las pinta de sus costumbres, y, entre otras, les dice que son muy gorjeadoras.

158.- Orig.: 'hablar' (318r).

Por la mucha flaqueza de la mujer le es como natural el pecado de la lengua, porque, aunque todos los pecados son de flacos, el de la lengua es de flaquísimos. Los astrólogos dicen que todas las influencias flacas que no consiguen su efecto cabal se quedan en la lengua, y así, vemos uno muy acuchilladizo en la lengua, otro muy liberal en la lengua: son inclinaciones asomadas, causadas de flacas influencias; y como las más estrellas convienen en influir flaqueza en la mujer, nace favorecida y aventajada en la lengua. En el *Levítico* mandaba Dios le ofreciese el deslenguado una cordera, que es el más flaco y de menos defensa de todos los animales: una mosca le hace huir y no tiene con qué defenderse della. Plinio dice que la cigarra muda es un milagro del mundo, porque es un linaje de animalejo parlero, pero que las hay en un campo que llaman Régimo. Así, una mujer muda es un milagro, porque todas son parleras, pero que hay muchas muy cuerdas y muy discretas. El *Eclesiástico* dice que la mujer cuerda y callada es don de Dios: en un mismo cuento pone la cordura y el silencio, porque el seso de la mujer está en callar. Esta lición dio la Virgen a las mujeres cuando, en la embajada más grave que vio ni verá el mundo, la primera prenda que dio por respuesta fue pensar y callar.

Un filósofo dijo a un mancebo que hablase para que le conociesen, porque las palabras y la risa y el andar son las prendas que dan testimonio del hombre, pero a la mujer no se le ha de decir sino: «Calla y os conoceremos. Tus labios son cinta colorada de prudencia que ciñen los cabellos de las palabras para que no anden al aire desconcertados». Todas las veces que san Pablo habla de mujeres trata de silencio: en la iglesia callen, en casa callen. La cruz de la mujer es su lengua; mas si calla todo se remedia. El *Testamento Viejo*, cuantas veces alaba la virtud de una mujer alaba su silencio. A Sarra, la mujer de Tobías el mozo, baldonó una criada suya con una injuria pesadísima para una mujer tan sancta, pues la llamó mujer que había quitado la vida a siete maridos suyos (y no era ella la que los había muerto, sino el Demonio, porque eran malos y no la merecían); y, ponderando la sagrada Escritura su sanctidad, dice que no respondía palabra a la criada deslenguada y atrevida, sino que subió a un azotea de su casa y habló con Dios a solas pidiéndole su favor y alegando su inocencia y aflicción; y, estando orando, entró su remedio, que era el sancto marido que Dios le traía. Susaña acusada de adulterio, no habló palabra en todo discurso de su pleito, ni en acusación ni en sentencia, ni en su casa ni en el tribunal; por eso despertó Dios la lengua de David que hablase por ella. La Magdalena después de su conversión, todos la persiguen y siempre calla; el discípulo la llama pérdida, el fariseo pecadora, su hermana ociosa y descuidada; el Señor vuelve por ella contra todos. Lo mismo sucedió a la adúltera. Estos bienes granjean las que callan.

«El que tiene mujer bien hablada tiene con quien disputar y quien le ayude a defender sus causas y le diga donaires». Sentencia es del Poeta satírico. La mujer que contigo hubiere de dormir no la quieras muy elegante, ni que sepa en breves palabras hacer agudos argumentos ni que sepa todas las historias; porque, si la tuvieses así, si buscabas mujer, habrás hallado maestra. Al hombre que le cayó en suerte mujer tan resabida como esto no puede hablar cosa que no sea de mucho primor sin que su mujer le acuse y burle dél, y en vano deseará verse en el estado que el mismo poeta dice; que el marido ha de tener licencia para que, aunque diga alguna cosa grosera, no sea siempre corregido de su mujer.

Entre todos los trabajos del mundo, no hay otro más importuno ni enfadoso que la mujer libre y que no sabe callar. Decía el rey don Alonso de Aragón que de tal suerte se

podía cumplir el matrimonio pacíficamente si el marido se tornase sordo y la mujer ciega, queriendo mostrar que, por ser celosas las mujeres, se levantan muchas riñas y penden-  
cias entre ellas y los maridos, y que al marido le es muy enojosa la parlería y desenfren-  
tamiento de la mujer, de lo cual se escusara siendo sordo. San Pablo dice que la mujer se  
cubra la cabeza en la iglesia, pero el hombre no; que es hecho a la semejanza de Dios. Y  
el cubrirse y el rostro y la cabeza antiguamente era ceremonia de esclavos, y eso es lo que  
significa el velo que usan las monjas; y así, dice Dios: «Hagamos al hombre a nuestra se-  
mejanza para que señoree y mande»; mas la mujer no tiene que mandar.

Si su marido riñere, que no responda, porque naturalmente se ha de seguir discordia,  
como el fuego de las piedras que se hieren. Fuese una malcasada a quejar a una vecina suya  
de la mala condición de su marido, y la vecina sabiendo que su lengua era la causa de los  
ruidos de su casa, díjola: «Yo tengo un poco de agua que, si cuando vuestro marido riñe  
tomáis un poco en la boca y la tenéis hasta que vuestro marido acabe de reñir, en pocos  
días le haréis pacífico y bien acondicionado». Pidióle del agua con grande ansia la malca-  
sada, y dióselo la vecina de su pozo, y en pocos días, poniendo el consejo por obra, volvió  
a su marido un cordero. Acudió a dar las gracias a la vecina, la cual la desengaño avisán-  
dola que el agua no tenía virtud alguna sino el callar y no responder a su marido cuando  
estaba airado. Los antiguos daban a los recién casados un caballo muy furioso ensillado y  
enfrenado, en señal de que sus discordias se habían de remediar con el freno del silencio.  
Así lo hacía sancta Mónica, que, maltratada pesadamente su marido, que era un turco en  
condición, jamás desplegó su boca ni dio a<sup>159</sup> alguna vecina parte de su mal tratamiento.

### Capítulo nono: Que enseña cómo la mujer debe gobernar bien su casa y familia

**E**NTRE las cosas que Ragüel mandó a su hija Sarra cuando la entregó a su yerno  
Tobías, fue que trabajase de regir y gobernar bien su casa y familia. Quanto a  
este precepto, dice Platón, en los libros *De República*, que, quanto a la goberna-  
ción de la casa y familia, es necesaria la mujer, la cual debe mirar que todas las personas  
que están en su familia trabajen siempre y ninguna esté ociosa, antes todos estén ocupa-  
dos en alguna obra. Ni se descuide en consentir que alguno de sus criados cometa algún  
crimen ni vileza, ni le dé licencia para que hable muchas palabras ni le oyan chocarrerías  
ni donaires ni mentiras; pero todos sean sobrellevados con amor servil, proveyéndoles de  
lo necesario. De tal manera los doctrine que teman y amen a su señor, de suerte que en  
nada le menosprecien y en todo le sirvan y obedezcan con mucho agrado. Sean oídos si  
se quejaren y sean cumplidas sus demandas, siendo honestas y justas. Sus salarios les sean  
pagados muy debidamente, dándoles todo aquello que por su trabajo y servicio se les pro-  
metió, y sean socorridos con piedad en sus necesidades y enfermedades, ayudándoles en  
lo que buenamente se pudiere o pagándoles las medicinas o no contándoles las fallas que  
en el tiempo de su enfermedad han hecho; que todo ello no se debe tener por pequeña  
limosna ni poco acepta de Dios y de la gente.

La casada ha de repartir la familia de tal suerte en su casa que todos estén en sus estan-  
cias, de manera que de ningún modo se comuniquen las mujeres con los hombres; y en la

159.- Orig.: 'ni vio alguna' (320r).

guarda de las mujeres tengan la señora mucho cuidado de poner buen recaudo en ellas: no se le contaminen y corrompan por malas conversaciones. Visite sus puertas y cerraduras muchas veces, y si alguna ventana fuere ocasionada para mal, sin poner en ello descuido, lo remedie luego. No consienta que ningún hombre, de casa ni de fuera, ande en liviandades de requiebros ni mensajes con sus mujeres; mas al punto, en sintiéndolo, despida a la persona que fuere. Trabaje en que en su casa haya mucha paz y que en sus criados no haya enojos ni ruidos, ni siembren discordias entre ellos ni entre ella y su marido; y si alguna discordia hubiere, luego la apague y componga de manera que queden todos en paz y sosiego. En todos tiempos se muestre a sus criados con rostro alegre, y si el criado hubiere incurrido en algún notable crimen, échele fuera de su servicio por que no dañe a otros.

Dice fray Liberto en su *Doctrinario* que el marido y la mujer no deben de consentir en su casa y compañía viva alguno en pecado, así como blasfemos, jugadores, iracundos, ladrones o amancebados, porque la tal compañía es bastante para contaminar toda la casa donde está. Y así como tenemos por ejemplo que por un pecador perece todo el navío y se va a lo hondo de el mar, así debemos temer que por un público pecador no perezca toda la familia; porque si el tal no es ocasión que se le hunda toda la casa y perezca la gente della, baste que dañe a todos con sus malas costumbres y vicios. De manera que conviene mucho que cualquiera que tuviere criados en su casa los instruya y doctrine bien en lo que toca al servicio de Dios, así en hacerlos confesar y comulgar a sus tiempos como en hacer que vivan honesta y virtuosamente; porque todo cristiano que tuviere familia es obligado a lo hacer, so pena de ofender mucho a Dios, el cual le demandará estrecha cuenta desta buena instrucción el día de el Juicio.

También debe tener cuidado la buena casada de las doncellas que en su servicio y compañía estuvieren, procurando que sean instruidas en buenas y loables costumbres y en cómo han de contentar y servir a sus maridos, cuando fuere Dios servido que los tengan. Y, en siendo de edad, procúrenselos con diligencia para que con tiempo sean remediadas, favoreciendo con sus bienes a sus dotes, con que se casen. A este propósito dice san Pablo que el que no hace misericordia es peor que infiel, y aquellos que la hacen serán de Dios socorridos. Y, a mi parecer, una de las más notables obras de misericordia es casar las huérfanas, porque están en peligro de perder sus honras y sus ánimas por faltarles la hacienda con que se mantener y poderse casar, y la libertad en la mujer moza y hermosa es total ocasión para perderse. Siempre debe la buena casada pensar en hacer tales obras como éstas, y negociarlas con su marido, porque estas son obras heroicas y de gran perfección, las cuales paga Dios con premio incomparable.

Debe tener cuidado la buena casada y mirar con discreción como gasta el marido la hacienda, y así, debe ella tomar a cargo el gasto de casa en lo que toca a la provisión de los hijos y familia, reglando lo que se debe proveer de manera que venga a sobrar lo necesario, y que esto no sea en tanta demasía que venga a desperdiciarse. Y si su marido fuere hombre de banquetes y de traer a su casa amigos a comer y a beber, hale de corregir con modestia, y principalmente cuando los tales amigotes son hombres comedores y jugadores, holgazanes, malos y viciosos, debe trabajar de apartalle de aquellos gastos y excesos y de tan mala y perjudicial compañía, porque estas cosas destruyen en poco tiempo muy grandes haciendas, juntamente con que nunca faltan años estériles y trabajosos en los cuales se gastan los bienes y no se cogen. Así, es cosa muy justa que la casada ponga diligencia

en conservar los frutos y bienes que en su casa tuviere, de suerte que en semejantes necesidades pueda socorrer las ajenas de los amigos y deudos en sus enfermedades y trabajos.

Y porque el tiempo pone olvido a los difuntos, y con mayor brevedad la mujer defunta es olvidada que el varón, conviene a la buena casada granjear más tiempo en la memoria de Dios. Y, pues con las buenas obras se granjea que eternalmente no lo ponga Dios en olvido, considerando que por ser casada no puede hacer muchas penitencias de ayunos y disciplinas para merecer, camine de continuo por las obras de misericordia, teniendo por cierto que éstas le darán la gloria más cumplidamente que las disciplinas y ayunos, cuanto más que todo se puede hacer y serán sus obras más aceptas. Por lo cual debe ser muy solícita en servir a Dios concertando su casa; que en ella no haya gente distraída ni viciosa ni de malas costumbres, y con su sancto ejemplo y buena doctrina tenga a todos tan ejercitados en la virtud y modestia que en todo el pueblo sea bendecida y alabada de todos.

Mucho aciertan los maridos que hallan suficiencia y capacidad en la mujer en darles mucha mano en el gobierno de su casa, porque por la mayor parte son siempre más templadas y moderadas en el gasto; y con este señorío, cualquier cuidado, por trabajoso que sea, le llevan con gran suavidad. Y en premio deste favor que de los maridos reciben procuran de descargarlos de cuantos cuidados les es posible. Mas, puesta una vez la mujer en estas cosas, no debe el marido privarla desta confianza sin causas muy graves, porque lo siente a par de muerte, y con la mejor manera que pueden procuran vengarse. Fray Jerónimo de Lemos, en su *Torre de David*, cuenta que en cierto pueblo de estos reinos estaba un labrador rico casado con una moza labradora de buen entendimiento y que se había criado con una señora principal, y con lo que en su casa había deprendido y con su buen natural mostraba saber y entender mucho más que su marido. Y él, conociendo esto, dáble todo el mando y señorío de la casa, porque ella procedía tan bien y con tanta cordura que descuidaba sobremanera a su marido en las cosas de su casa y gobierno de su gente. Visto esto por algunos parientes y amigos, se lo daban por baldón, acriminándoselo tanto que le causaban mucho desasosiego. Unos le decían: «En casa de el mezquino más manda la mujer que el marido», y otros: ¡Ay del huso cuando la barba anda de yuso!», y otros le preguntaban que por qué dejaba de mandar, siquiera su semana. Con estas y otras cosas semejantes se vino a mohinar de tal manera que quitó el mando y gobierno de su casa a su mujer y comenzó a despreciarla y maltratarla; mas, como ella hubiese sido hasta allí señora, no lo podía llevar con paciencia, y así, respondía al marido con tal brío, que él, viéndose alcanzado de razones, muchas veces acudía a las manos. Estando ella en este triste estado, inventó un tal remedio que, ya que no aprovechase para volver a su señorío, a lo menos bastase para se vengar de los palos y mojicones que había recibido. Para ello llevó cinco mujeres de buena edad y disposición, muy amigas suyas, y contoles la mala vida que su marido le daba y el remedio que tenía pensado; y fue que, ellas muy bien ataviadas con sus velos delante de el rostro y sendos palos, las metió en la bodega y las avisó que cuando ella diese voces saliese cada una de por sí, una tras otra, y le sacudiesen al marido muy buenos palos, y que luego, cada una por su parte, se volviesen a sus casas, sin ser (como dicen) oídas ni vistas. Esto concertado y ellas puestas a punto, una tarde, a boca de noche, comenzó el marido a reñir y la mujer a responder, y él, muy enojado, dio tras ella como solía. La mujer comenzó luego a dar voces diciendo: ¡Santa Catalina, ayúdame! ¡Santa Inés y sancta Águeda!». Y como las iba nombrando ellas iban saliendo y

cargándole de palos hasta derribarle en el suelo, y cada una huyó a su casa. El marido, muy lastimado, fuese como pudo a la cama, donde estuvo algunos días sin ponerse levantar, con harta fatiga. Y viniéndole a ver algunos de sus amigos, contoles lo que le había acaecido, jurando que si como su mujer llamó a cuatro o cinco vírgines sanctas, llamará a las Once Mil, que él quedara allí del todo muerto. También les dijo que ellos le habían aconsejado muy mal, porque su mujer era una sancta, y muy suficiente para gobernar otra casa mucho mayor que la suya, y que antes él se había hallado muy en paz y servicio de Dios y muy ajeno de los cuidados y revueltas que tenía después que gobernaba; y que, así, estaba determinado de volverla a su dominio y mando. Vuelta la mujer al regimiento de su casa, procedió con tanta sagacidad y valor que acerca de todos los de el pueblo cobró grande opinión de mujer muy prudente y virtuosa. De aquí se debe sacar cómo no todos deben admitir los consejos que sin pedirlos le son dados acerca de quererles reformar el orden y concierto de su casa, porque en unas está bien que se haga una cosa y en otras otra, y quien mejor lo puede entender es el que lo vee y trata y tiene muy mirado y tanteado, y sabe la utilidad y daño que dello redundará mucho mejor que el que desde afuera lo mira.

Capítulo décimo: Cómo la mujer debe obedecer y estimar a su marido, y servirle y consolarle en sus enfermedades y trabajos

**V**ERDAD es muy averiguada que el sexo masculino es más principal y más noble que el sexo femenino, y cosa cierta es que en todas las especies de animales los machos son de más noble condición y de complexión más cálida y de mayor fortaleza que las hembras; y aun en los signos de las esferas celestiales y en los planetas los que son masculinos dicen los astrólogos que son de mayor virtud y fortaleza y hacen mayores operaciones en sus efectos que los femeninos. Y buen testimonio es de la excelencia del sexo masculino al femenino que mandó Dios en el *Éxodo* que de los animales que le habían de ofrecer escogiesen los machos para los sacrificios y no las hembras, de donde se infiere que es de mayor excelencia y dignidad y más honroso en sí el sexo masculino que el femenino y el varón que la hembra.

Y demás desto, el hombre es cabeza y principio de donde la mujer procedió, como consta del segundo capítulo del *Génesis*; y, pues procedió del varón la mujer, no se puede negar sino que es de mayor perfección que ella, porque más noble es la causa que el efecto, y Adán fue causa, no efectiva, sino material, de donde procedió Eva. Y en los otros hombres dice sancto Tomás que el varón sea como causa y principio activo y la mujer como administradora de la materia. Eva salió de la costilla de Adán y la Iglesia del costado de Cristo, y no quiso que saliese de los pies ni de la cabeza en señal que la mujer no ha de ser en casa pies ni cabeza: no ha de ser cabeza ni ha de gobernar la casa, porque eso sería no ser el marido hombre y porque casa gobernada por mujer no es mucho tenga otra puerta al corral, ni que si mujer manda la casa a pocos días eche della al marido, como Eva a pocas horas echó del Paraíso a Adán; porque son sus antojos tantos que es milagro perseverar mucho en un gusto y un deseo. Pero no por eso ha de ser la moza en casa; que no salió de los pies, sino de la costilla, en señal de la igualdad entre los casados ha de haber.

Atendiendo un idólatra a la peligrosa hermandad y dañina paz que suele hacer la entonada y viciosa mujer a su obediente marido, aconsejó a su padre de uno que quería ser



cristiano (deseando el idólatra que no lo fuese) que se casase, diciéndole: «Casa a tu hijo, porque aprendiendo a ser marido se olvidará de ser cristiano». Afirma san Ambrosio que hay muchos hombres que se condenan por el desordenado amor y obediencia que tienen a sus mujeres; y así, temiéndose desto Abraham, hizo tan apuradas diligencias para buscar mujer a su hijo Isaac, procurando con todas sus fuerzas no fuese de las cananeas idólatras, que eran grandes mandonas. Donde está bien lo que aconseja el *Eclesiástico* diciendo: «No des a tu mujer el poderío de tu ánima, por que no se entre en tu virtud y, así, vengas a ser confundido». Por cierto, no es mucho que el hombre que anda al andar de una mujer y se gobierna por ella muchas veces venga en pública confusión, pues, por el mismo caso que a<sup>160</sup> ella se sujeta, navega sin gobernalle, a la merced de los vientos; pero lo que es mucho es que el seso y cordura de un hombre cuerdo y discreto, y a veces letrado, todo así junto y de golpe se ponga en manos della (y más si es liviana), dándole sobre sí entero dominio para que le mande y desmande y traiga al retortero de sus antojos, y aun le huelle y pise toda su autoridad si ella desto gustare. Lo cual ser así declara otra letra que dice en ese lugar: «No des tu ánima a la mujer, por que no te acocee toda tu posteridad». Donde aun se debe notar la mucha altivez y soberbia della, pues nada le satisface ni da contento de veras hasta que viene a ganar el mando y señorío a su marido o amigo y hacerse cabeza de su propia cabeza. Como aquella mujer llamada Apemen<sup>161</sup> lo fue de el rey Darío, cuya amiga era, pues dice della el profeta Esdras que le quitaba la corona de la cabeza y la ponía sobre la suya, haciendo dél este y otros escarnios y juegos aun más añados e indignos de su real persona. Ansí pues, hay muchos el día de hoy que dan a sus mujeres corona y ceptro sobre sí mismos, no saliendo un punto de sus antojos, aunque sean malos. Con grande admiración refiere san Crisóstomo de aquel gran teólogo y filósofo llamado Paulo, samosatense, el cual, por dar contento a una mujer, se hizo hereje contra lo que sentía, sólo porque ella lo quiso.

Dios mandó a Eva viviese sujeta a su marido, y el apóstol san Pablo llama al varón cabeza de la mujer y a las mujeres manda que le sean sujetas. Aristóteles, aprovechándose de lo que dice Homero, refiere cómo los cíclopes cada uno daba leyes de vivir a su mujer y hijos, y una de las señaladas sentencias de Pítaco, mitileno, fue que cada uno se enseñorease de su mujer. Según una ley que dejó Rómulo proceden Tito Livio y Valerio para decir que el marido con los parientes de su mujer conociese de sus adulterios o culpas dignas de muerte y la sentenciase. Nótese que el glorioso viejo y mártir san Ignatio requiere a las mujeres que no llamen a sus maridos con los nombres propios de Joan o de Pedro, según lo cual la excelente matrona Sarra llamaba *señor* a su marido Abraham, y Bersabé llamaba *señor* a su marido el rey David. Ovidio introduce a Lucrecia llamando *señor* a su marido Colatino, y Plutarco notó lo mismo en Magistona para con su marido Timoleonte, según lo cual dice Eurípides que la mujer necia menosprecia a su marido y que la que es avisada le estima y honra.

No es justo que la mujer, por ser noble, piense que está fuera de las obligaciones en que se sometió a su marido por el sacramento del matrimonio, antes su nobleza se señala más cuando mejor sirve, ama y contenta a su marido; y ¿quién habrá en el mundo que loe a la mujer que, so color de noble, se desdeña de servir y contentar a su marido y aunque él no lo fuese? No lo hará a lo menos san Jerónimo, el cual hablando al propósito sobre la epístola de san Pablo a Tito, que enseña cómo tienen de ser sujetas las mujeres a sus maridos,

160.– Suplo 'a' (324r).

161.– Orig.: 'Apemne' (324r).

dice que esto no habla menos con la noble que con la que no lo es. Aquella castísima reina Arete de quien escribe Homero, con ser obra tan servil, por sus mismas manos hizo la cama a su marido Alcino, y lo mismo hizo al rey Néstor su mujer; y de Andrómaca, mujer de aquel valeroso Héctor, se lee que por contentar y servir a su marido (siendo quien era aquella gran señora) no se despreciaba de pensarle los caballos en la caballeriza, antes lo hacía con gran cuidado por le agradar.

Por mostrarse tan esquiva Mariana (de linaje real de los macabeos) a su marido Herodes, rey de Judea, dice Josefo que anduvo un año Herodes batallando consigo sobre si la mataría o no. Cuyo amor le tenía fuera de sí; mas la soberbia con que ella le menospreciaba y las palabras injuriosas que le decía le lastimaban en el corazón (fiándose en su gran linaje y mucha hermosura, a la cual dijo el otro Poeta que acompañan la soberbia y arrogancia) y le tenían bravísimamente airado contra ella. Estando, una fiesta, Herodes con Mariana, nunca pudo sacar della muestras de su mujer, antes ella mostrándose zahareña y desabrida con él, le daba en rostro con las muertes de su abuelo Hircano y de su hermano Aristóbolo, diciéndole sobre ellas injurias muy afrentosas; y tanta mohína y pena recibió de verse así tratar, que comenzó a hacer tales bascas y brevezas que vinieron a ser entendidas de los de fuera de palacio. Y entendiendo los que con Mariana no estaban bien que para perseguirla era aquella buena ocasión, poniendo contra ella algunas acusaciones, y no curando de averiguarlas bien Herodes, por estar con ella tan emperrado por la estrañeza de su condición para con él, la condenó a muerte. Cuando Alejandra, madre de Mariana, la vio sacar a degollar (aunque de sus altiveces tenía mucha culpa), mudada de lo que siempre hizo, comenzó a cargar a la triste hija de mil reprehensiones y baldones, diciendo y afirmando ser ingrata al mejor marido que mujer tenía, y que la dejaba de amar y la adoraba.

Dice Coniates que aunque la emperatriz alemana de nación, mujer primera de el emperador Manuel Comneno, fue muy dada a la virtud, llana y grave en su honestidad (y por estas calidades y méritos de su persona el Emperador la tratase con todo el respecto y pompa imperial que debía), por ser muy descuidada en los afeites y composturas mujeriegas y en ser halagüena y amorosa, no lo fue grata al emperador Manuel, y así, como si él fuera mozo suelto y libre, se andaba con diversas mujercillas, y señaladamente dio en una cosa muy fea, que fue tener por amiga una sobrina suya llamada Teodora, con quien el Emperador, por ser tan soberbia y altiva, gastaba muchas haciendas ajenas mal tomadas para sustentar su increíble gasto; y con tanta desvergüenza llevaba la deshonestá Teodora el estar amancebada con su tío que no sentía el ser de todos conocida por su pública manceba. De estas ofensas que a Dios y a la Emperatriz hacía el Emperador se le cargaba mucha parte a la Emperatriz, por el descuido que de su persona tenía y por no mostrarse muy afable y graciosa para mejor granjear y agradar a su marido. Los descuidos y menosprecios de las casadas para con sus maridos semejantes efectos que éstos suelen causar, en tan gran perjuicio de su hacienda, contento y vida y consciencia.

El día que se casare la mujer ha de tener por cosa cierta que las costumbres de su marido le son puestas de Dios por ley, conforme a la cual ha de vivir, y que si ella se conformare con ellas (siendo cuales deben) vivirá contenta; mas que si quiere guiar por otro camino terná vida trabajosa; y aun señaladamente si al marido suceden desgracias o enfermedades, entonces se le debe dar más prompta y obediente y servicial, y no hacer caso de lo que con el descontento y melancolía de la enfermedad le dijere o hiciere contra razón, sino

que lo debe atribuir a la furia de la enfermedad, y así, le terná muy mas gracioso y agrado después que convalesciere.

Y aun quiero decir que la mujer se debe dar más obediente a su marido que si fuera esclava comprada con dinero, pues se vee comprada con la continua compañía de la vida y con la generación de sus hijos, y sobre tales cosas no se pueden poner delante otras de más peso; cuanto más que debe mucho estimar (ya que la necesidad lo pide) que del mal de su marido sacó ella el bien de se haber aprovechado en virtud y paciencia, porque si el llevarse cuerdamente en el tiempo de las prosperidades es de mucha estima, de mayor estimación es en el de las adversidades, mostrándose su magnanimidad donde había grande ocasión de desfallecer. Considere mucho la honra y fama que ganaron Alcestis y Penélope por ser amadoras de sus maridos; que por haberse ofrecido a la muerte Alcestis por su marido Admeto, rey de Tesalia (en lo cual faltaron los padres, hermanos y parientes que él tenía) y por haber Penélope guardado su honra y honestidad castísima por veinte años en que su marido Ulises nunca se vio en su tierra, todos los escritores y hombres sabios las celebran y levantan su honra y fama hasta el cielo, como señaladamente Homero y Esquilo lo hacen más que los otros.

A los palomares nuevos y bien aderezados fácilmente, como dice Ovidio, acuden las palomas y huyen de los viejos y caedizos; y así, son muchos los que se dan por compañeros en tiempo de prosperidades que, en asomando el invierno de las adversidades, vuelven las espaldas a sus amigos. En contra de lo cual deben hacer las mujeres virtuosas, bien como lo hizo Livia, mujer de Tiberio Claudio, nobilísima y estremada entre todas las matronas romanas, de la cual dice Veleyo que, como su marido fuese enemigo de Augusto César y por librarse dél se fuese huyendo a Nápoles, ella, como tan varonil y amadora de su marido, fue en su seguimiento con sólo un criado, por ir más disimulada, hasta llegar a Nápoles, llevando en sus brazos a su hijo Tiberio (que después vino a ser emperador), siendo de dos años de edad. Y de Nápoles huyó con su marido a Sicilia. Andando el tiempo, vino Augusto César a ser muy amigo de marido y mujer, y pareciéndole muy bien Livia y teniéndola en tanto por lo que por su marido había hecho en el tiempo de su persecución, se la vino al pedir al marido, aunque estaba preñada; y dándosela el marido, parió en poder de Augusto el hijo que llevaba en el vientre, y se llamó Druso. Y ella se avino tan bien con el Emperador su marido, que hizo adoptase a este Tiberio por emperador.

También acaece haber maridos tan mal mirados que no quieren hacer vida con sus mujeres sino cuando están sanas y lozanas, alegando aquel adagio común que dice: «Hermano quiere a hermana y el marido a mujer sana», y así, en estando enfermas, luego buscan ocasiones para ausentarse dellas, haciéndose en esto semejantes a la sombra: que no nos acompaña sino en presencia del sol, mas si el sol se pone o se cubre de nubes no hay más sombra. Desta mesma manera se desaparece la sombra del amor de algunos maridos con sus mujeres, cuando no es verdadero, si las nubes de las enfermedades andan de por medio, que luego las desamparan, teniendo obligación de tener sus trabajos por propios, como acaece cuando hay verdadera amistad. Porque las cosas de los amigos y los males y los bienes han de ser comunes, como dijo Aristóteles, la cual doctrina siguió bien Domingo Catalusio, príncipe de Lesbos, de quien dice Fulgoso que, enfermado su mujer de una lepra asquerosa y estando su cuerpo hecho una llaga, despidiendo de sí podre y un hedor pestilencial, nunca quiso apartar mesa ni cama, porque la caridad conyugal le quitó

el temor de ser inficionado de ella y le hizo que no sintiese el mal olor, sino que la tenía por propia carne suya, como es propio de los casados.

Si ausentarse los maridos de las mujeres cuando están enfermas es caso que arguye falta de amor, ¿cuánto más eficaz argumento de desamor será el de algunas casadas que dejan a los maridos con calentura y más para el otro mundo que para éste, y se van a callejear y a holgar, por desenfadarse, adonde se les antoja, por no estar a los baños y sudores de sus enfermos maridos ni andar envueltas en sus medicinas y emplastos? Lo cual es testimonio bastante de que el amor que antes le mostraban era fingido, pues en el toque de la adversidad han descubierto que no era oro, sino fruslera.<sup>162</sup> No son estas mujeres semejantes a una señora de quien hace mención Luis Vives en su *Institución cristiana*, a la cual, siendo muchacha y muy hermosa, la casaron con un hombre viejo y enfermo llamado Bernardo Valdaura, burgalés. La cual, como la primera noche que se juntaron viese que estaba liado con fajas y encerados y cargado de reumas y de otras enfermedades, conoció que Dios la quería bien en haberle dado marido tan enfermo con quien purgase sus pecados. Y descubriose luego el mal francés, de que vino a tener muchas llagas y a comerse de bubas. Y, con todo esto, la mandaron los médicos que no llegase a él; mas tenía tanto amor que no le dejaba un punto ni se desnudaba de día ni de noche. Y como le reventase la ponzoña por muchas partes, ella se la limpiaba y andaba puniendo y quitando vendas y emplastos sin que le hiciesen asco, y, siendo tan intenso el mal olor que le salía de las narices (que estaban comidas por dentro y tan llenas de llagas que ninguno le osaba echar unos polvos soplando un cañutillo para que entrasen en las narices), ella no lo rehusaba, y, como todos la retrajesen desto, respondía que aquellos olores eran más suaves que de algalia y almizcle. Y, al fin, como él muriese, ella mostraba tanto amor a su marido defuncto y estaba tan ansiada por su muerte que como, por quedar tan moza y hermosa y con tan grande opinión por lo que había padecido con su marido, le trajesen muchos casamientos, a todos daba de mano, diciendo que no era posible hallar para ella otro tal marido como su Bernardo Valdaura.

No sé que podrían responder a esto las mujeres desamoradas que cometen el servicio, la cura y regalo de sus maridos enfermos a sus dueñas y doncellas, y ellas se van a espaciar y no quieren dignarse de aplicarles unturas y los otros remedios, sino que son más crueles que los animales brutos, muchos de los cuales, como son los perros, los toros, los osos y leones, se lamen las llagas y heridas los machos a las hembras y las hembras a los machos; y así, son inhumanas y perversísimas las que esto hacen. Y está claro que si ellas estuviesen enfermas como lo están los maridos, que curarían y aun lamerían sus hinchazones y apostemas. Esto mismo deberían de hacer en la cura de la carne podrida del marido que hacen en la suya propia, pues toda es una misma carne y no dos, como dijo el Redemptor del mundo. ¿Adónde está aquella obligación de la compañía inseparable del matrimonio si el uno al otro le desampara cuando más le ha menester?

En las *Corónicas de España* dice don Rodrigo, arzobispo de Toledo, que la mujer de uno de los reyes de Inglaterra, como su marido fuese herido en un brazo en una batalla y estuviese muy corrompida la herida y llena de materia, y dijese los médicos que era necesario chuparle alguna persona la materia, como no hubiese quien lo quisiese hacer, se la chupó muchas veces la Reina, hasta que sanó. El marido debe tener en mucho a su mujer, y en todo lo que dijere con su autoridad (de que debe ser señor y mandar en casa) agrádelala y llévela por

162.- Orig.: 'fruxleda' (327r).

bien, pues por mal ni aun las bestias quieren ser llevadas todas veces. Y la mujer debe tener a su marido por espejo, esto es: que así como el que se mira en el espejo todo lo que él hace hace el espejo (si ríe, ríe; si llora, llora), así también la buena casada debe conformarse con su marido, entristeciéndose con él si le vee triste y alegrándose con él si le vee alegre.

Acerca de la caridad con que la casada debe acudir al alivio y consuelo de su marido, dice san Ambrosio que la casada quiere decir *nube*, porque la nube carga de agua, y así, la casada ha de cargar de agua limpia, clara, dulce y blanda, que quiere decir que quite y ablande las penas y enojos de su marido y de los de su casa; y así está escrito en el libro de *Tobías*; que cuando por mandado de Dios el ángel san Rafael casó al devoto mancebo Tobías y a la doncella Sarra, que aquella noche que entraron en la cámara mandó el Ángel poner un brasero con brasas vivas y que los sanctos novios se pusiesen en oración, y echó allí las mollejas de un pece, que significaba las obras del amor que se han de tener los casados el uno al otro, y las mollejas que el Ángel quemó en las brasas significan los enojos que los casados han de desatar con el fuego de amor verdadero que se tienen. Y de aquí era ceremonia entre los gentiles que el día que se casaban llevaban delante de los novios un brasero con llamas y una jarra de agua, y, en entrando la novia en casa, tomaba la jarra de agua y la echaba encima de las brasas para dar a entender que la mujer casada ha de echar agua y matar los enojos con su templanza y discreción, los cuales muchas veces trae el marido a casa viniendo enojado y turbado de muchos negocios que le inquietan y turban, y la mujer lo ha de pacificar y templar con buena gracia y aviso. Expuniendo algunos lo que quiere decir *uxor*, declaran que quiere decir *enjundia*, porque era costumbre de algunos gentiles que el día que entraba la casada en casa de su marido, recién velada, quitaba el guante la novia de su mano y tomaba enjundias de aves y untaba los umbrales de las puertas con sus propias manos para dar a entender que había de ser blanda, piadosa y misericordiosa en su conversación y trato, según lo que dice David: «Con las mansedumbres castigaremos las costumbres desconcertadas». Y así, la mujer casada con sus buenas costumbres ha de concertar su casa. Y san Juan Crisóstomo dice que la casada de ser maestra del marido con su discreto sufrimiento.

Cosa es muy fea y abominable que la mujer por ninguna ocasión desestime y menosprecie a su marido, porque esta es muy ruin señal en la mujer, y hay muchas que, por ser ellas inclinadas a locuras y vanidades, viendo que los maridos no tratan desto, sino de lo que cumple al servicio de Dios y al bien de su casa, y que las reprehenden sus desórdenes y las exhortan a la virtud y temor de Dios, en lugar de se lo agradecer mofan y burlan del negro marido diciendo que se hace sanctorrón entre manos y que deje el predicar para los frailes, y que para este estado era él bueno, mejor que para casado, y otras razones semejantes de grande atrevimiento dándole en cara que más bien le estuviera aumentar su hacienda, como hacen Fulano y Zutano (hombres logreros y de malas consciencias) que meterse en predicar, y de aquí viene a querer mal y aborrecer a su marido. Esta tal mujer es digna de gran reprehensión y, si no se enmienda, será de Dios gravemente castigada.

Pedro Damiano, en la epístola que envió a la Duquesa de Austria, dice: «Señora, la mujer que es muy viciosa y hecha a su voluntad, antes que cumpla los días que Dios le había dado muere, porque tiene tantos vicios y tantos males que hiede a Dios y a los hombres». Y afirma que él conoció a una mujer de grande estado y riqueza que era profana y viciosa, y su marido muy espiritual y devoto, del cual ella siempre mofaba y escarnecía diciendo:

«Y ¿cuándo hemos de acabar con las hipocresías deste monje?». Sucedió un día que, estando burlando mucho de su marido, cortaba una cosa de comer, y, sin pensar, se metió el cuchillo por los pechos, de lo cual murió. Y al tiempo de su muerte, con gran dolor, decía: «Esto ha permitido Dios por mis grandes pecados. Porque yo, como profana y mala cristiana, siempre he tenido en poco y despreciado a mi marido y a sus buenos consejos y burlado de sus virtudes y buenas obras; y por esto me ha enviado Dios, en castigo, esta mi desastrada muerte. Ruégoos señores, os compadezcáis de mí y supliquéis a Dios tenga de mí misericordia». Y así, murió miserablemente.

Cosa es abominable acerca de Dios que la mujer, siendo bien casada y bien tratada de su marido, porque sea devoto y espiritual y cele en su casa lo que es virtud y cumpla a la honra suya y servicio de Dios, haga ella burla dél y le desprecie y tenga en poco, como cualquiera mujer buena sea obligada a honrar y reverenciar a Dios y a su marido, así como a su cabeza y señor.

#### Capítulo undécimo: De lo mucho que la mujer puede con su marido para persuadirle lo bueno o malo

**V**ALERIO, en la epístola que escribió a Ruffo, dice: «Osada y atrevida es la mujer para todo lo que ama y aborrece. Esto les nace del amor y desamor estremadamente, y como el amor es fuerte y atrevido, dales fuerza y osadía, y deste principio proceden todos sus males. Y por no cansarte con razones, puedes leer a Aureolo y a la *Medea* de Jasón, y apenas hallarás cosa imposible a la mujer»; y así, dice: «Pido a Dios todopoderoso que te libre del engaño de la mujer todopoderosa».

Plutarco refiere que decía Catón: «Todos los hombres mandan a sus mujeres: nosotros a todos los hombres, nuestras mujeres a todos nosotros», queriendo significar que la mujer lo mandaba todo, como lo probó Zorobabel en *Esdras*; y si alguno me preguntare qué tan grande es el poder de una mujer para el mal, respondo, sujetándome a mejor parecer, que de tres enemigos grandes que tiene el hombre, conviene a saber: el mundo, el Demonio y la carne (cuya factora es la mujer), ninguno es tan poderoso, como se prueba por lo siguiente. Muchas veces que el Demonio ha intentado cosas y no ha podido salir con ellas llama en su ayuda a la mujer y las acaba, y muchas veces que el mundo toma a su cargo alguna cosa y no puede salir con ella llega en su ayuda la mujer y la acaba; de donde se entiende ser más poderosa la mujer que entrambos a dos.

La primera parte deste argumento se ve manifiestamente en los trabajos de Job, donde el Demonio puso sus fuerzas y manos y sacó todos sus instrumentos bélicos para derribar aquel fuerte homenaje; pero no le derribó una sola almena. Fuese después a valer de la mujer, y fue tan fiero el golpe de aquel tiro que hizo más mella que todo el Infierno. Lo mismo pasó en la muerte de Cristo, Señor nuestro: después de haberse revestido en el pecho de los fariseos y atizádolos<sup>163</sup> a muerte tan cruel, parece que estaba arrepentido y quisiera que amainaran; pero no pudo acaballo con ellos, que estaban encarnizados, y fuese a la mujer de Pilatos como a pedirle ayuda, y persuadiola requiriese a su marido no diese la muerte al justo. De suerte que ya queda probado que puede más que el Demonio.

163.- Orig.: 'atizandolos' (330r).

Pues del mundo, bien claro se muestra en Salomón, a quien el mundo conquistó con toda su gloria y felicidad y retiróse corrido con grande baldón y afrenta, y dijo Salomón que todos sus tiros eran tan vanos que eran aire y vanidad; mas acudieron luego un escuadrón de mujeres y a la primera rociada dieron en el suelo con aquel fuerte, que era el más rico que el mundo ha reconocido hasta ahora. Muy poderosa es una mujer para el mal; y no es maravilla haga cosas tales, pues la primera que hubo en el mundo se atrevió a tratar con una sierpe y a entrar con ella en demandas y respuestas como si la vida toda hubieran vivido juntos, sin atajarse ni turbarse, y después se atreve a su marido Adán, un hombre tan sabio, con tantas gracias y privilegios, y al cabo alcanzó dél lo que quiso.

Visto que el poder de la mujer sea tan grande como se ha dicho, pertenece al oficio de la buena mujer hacer buen marido, y tal que no sólo con palabras debidas y agradecidas le dé loor, pero mucho más con sus buenas obras. Dice el Apóstol que muchas veces la mujer cristiana y fiel, al marido que es infiel le gana y hace su semejante. Y así, no han de pensar que pedirles esta virtud es pedirles lo que no pueden hacer, porque si alguno puede con el marido es la mujer sola; y si la caridad cristiana obliga al bien del extraño, ¿cómo puede pensar la mujer que no está obligada a mejorar su marido?

Cierto es que son dos cosas las que entre todas tienen más fuerza para persuadir con eficacia: el amistad y la razón. Pues veamos cuál destas dos cosas falta en la mujer que es tal cual decimos aquí, o veamos si hay algún otro que ni con muchas partes se iguale con ella en esto. El amor y amistad que hay tan entre dos, mujer y marido, es el más estrecho, como es notorio, porque le da principio la naturaleza y le acrecienta la gracia y le enciende la costumbre y le enlaza estrañísimamente otras muchas obligaciones. Pues la razón y la palabra de la mujer discreta es más eficaz que otra ninguna en los oídos del hombre, porque su aviso es aviso dulce, y como las medicinas cordiales, así su voz se lanza luego y se apega más con el corazón. Muchos hombres habría en Israel tan prudentes y de tan discreta razón como la mujer de Tecua, y para persuadir a David y para inducirle a que tornase a su hijo Absalón a su gracia, Joab, su capitán general, discretamente se aprovechó del aviso de sola esta mujer, y sola ésta quiso que con su buena razón y dulce palabra ablandase y torciese a piedad el corazón del Rey, justamente indignado. Y sucedióle su intento porque, como digo, mejórase y esfuérase mucho cualquiera buena razón en la boca dulce de la sabia y buena mujer; que ¿quién no gusta de agradar a quien ama? O ¿quién no se fía de quien es amado? O ¿quién no da crédito al amor y a la razón cuando se juntan? La razón no se engaña y el amor no quiere engañar; y así, conforme a esto, tiene la buena mujer tomados todos los puertos: porque ni pensará que le<sup>164</sup> engaña la que tan discreta es, ni<sup>165</sup> sospechará que le quiere engañar la que como su mujer le ama. Y si los beneficios en la voluntad de quien los recibe crían deseo de agradecimiento y la aseguran para que sin recelo se fíe de aquel de quien los ha recibido, y ambas a dos cosas hacen poderosísimo el consejo que da el beneficiador al beneficiado, ¿qué beneficio hay que iguale al que recibe el marido de la mujer que vive como aquí se dice? De un hombre extraño, si oímos que es virtuoso y sabio nos fiamos de su parecer, y ¿dudará el marido de obedecer a la virtud y discreción que cada día ve y experimenta? Y ¿por qué decimos *cada día*? Tienen aun más las mujeres para alcanzar de sus maridos lo que quisieren esta oportunidad y aparejo: que pueden tratar

164.- Orig.: 'se' (330v).

165.- Orig.: 'no' (331r).

con ellos cada día y cada hora, y a las horas de mejor coyuntura y sazón. Y muchas veces lo que la razón no puede la importunidad lo vence, y señaladamente la de la mujer; que, como dicen los experimentados, es sobre todas.

Verdaderamente es caso no se si diga vergonzoso o donoso decir que las buenas mujeres no son poderosas para concertar y componer en lo que es bueno a sus maridos, siendo bastantes las malas para inducirlos y atraerlos a cosas desatinadas y injustas por las cuales vienen a ser destruidos. La mujer por sí puede mucho, y la virtud y razón también, y a sus solas alcanza mucho y juntas entrambas cosas se ayudan entre sí y se fortifican de tal manera que lo ponen todo debajo de los pies. Y ellas saben que es esto verdad y que esta verdad se puede probar con ejemplos de muchas que con su buen aviso y discreción han enmendado mil malos siniestros en sus maridos y ganádoles el alma y reformádoles la condición, en unos brava, en otros distraída y en otros por diferentes maneras viciosa. De suerte que las que se quejan ahora dellos y de sus desórdenes deberían quejarse primero de sí y de su negligencia, por la cual hay muchas que no los tienen cual deben.

Con siniestra y falsa relación hizo Amán que el rey Asuero, contra toda razón y justicia, sentenciase a muerte al pueblo hebreo por sólo el aborrecimiento que Amán tenía a Mardoqueo por no humillársele cuando por delante dél pasaba. Por la mucha privanza que Amán tenía con el Rey confió poder salir con esta empresa y que nadie en el reino podría hacer que la sentencia dada contra los hebreos fuese revocada. Mas levántase la reina Ester a contradecir esta causa y muéstrase con el Rey tan poderosa que, informándole de su justicia, tornó al Rey un león contra su tan privado Amán.

Entendiendo por el convite que la Reina le había hecho quería pedirle alguna merced, mostrando el contento que dello tenía, le dijo, saliéndole al camino de su intención, que le pidiese lo que quisiese; que cuando fuese la mitad de su reino luego le sería concedido. Y como ella, en presencia de Amán, con lágrimas y lastimosas palabras le dijese que ella y los de su pueblo eran condenados a muerte y que si había hallado gracia en sus ojos y acatamiento le suplicaba les concediese la vida, y que la crueldad de su capital enemigo redundaba en el Rey en daño de su persona real y del reino, como el Rey preguntase quién era aquél y qué poder era el suyo para que se atreviese a hacer aquellas cosas y respondiese que el perverso Amán, el Rey, cuando lo oyó, levantose muy airado de la mesa y convite y entrose en un vergel. Levantose también Amán (que había quedado pasmado de lo que pasaba) para rogar a la reina Ester por su vida, porque conoció por la ira y saña del Rey cuán gran mal le estaba aparejado.

Como el Rey volviese del vergel y viese a Amán recostado sobre el estrado donde la Reina estaba, dijo: «¿Aun también en mi presencia y propia casa quiere oprimir y matar a la Reina?». Luego le fueron cubiertos los ojos y la cara a Amán (que era como sentencia de muerte) y le llevaron a ahorcar en la horca que para Mardoqueo él había mandado hacer. Este es el poder que Ester mostró contra el soberbio y confiado Amán y lo mucho que con el rey Asuero pudo, pues con tanto rigor procuró luego satisfacerla y desagruar a ella y a su gente.

Cuando el bravo Ataulfo, rey de los godos, entró y saqueó a Roma y se llevó a Gala Placidia, hermana del emperador Honorio y hija del gran Teodosio, como la viese tan hermosa y acabada mujer se casó con ella. Ataulfo dándose por enemigo capital del nombre romano y orgulloso de su natural (y mucho más con las prósperas victorias de sus gentes), determi-



naba de destruir totalmente a Roma y edificar él otra en su lugar con el nombre gótico, para quedar él, como otro Rómulo, por fundador del nuevo imperio en la nueva ciudad. Mas Dios, que es tan bueno que aun de lo malo saca bien, permitió que Placidia viniese a poder de sus enemigos para que por ella fuese impedida la destrucción del imperio romano; y así, supo mudar la fiereza del bárbaro marido con sus discretas razones, dándole a entender haber sido tales las hazañas de los romanos que jamás serían puestas en olvido mientras el mundo durase, y que mas honra y fama adquiriría con restaurar lo perdido y estragado de Roma que con mandarla destruir. Pareciéndole bien al Godo el sabio consejo de su mujer, hizo luego paces con el emperador Honorio y le dejó libre a Italia, de toda la cual pudiera hacer lo que había hecho de Roma. Y como después hiciese lo mismo de la Francia y se viniese a España, fue muerto Ataulfo por los suyos, que con mucho sentimiento se quejaban dél diciendo que por el amor de una mujercilla había dejado tan grandes tierras a quien no debiera, habiéndolas ellos ganado a costa de tantos trabajos y vidas.

Por los grandes movimientos que hubo en España se proveyó en Roma que Gneo Pompeyo tuviese el cargo de toda España junta por tiempo de cinco años, y para esto se le dio grandísima suma de dineros y mucha gente y todo lo demás que para una guerra muy poderosa era necesario. No vino esta vez acá Pompeyo, sino envió tres legados suyos, porque los amores de Julia, su mujer y hija de Julio César, con quien entonces se había casado, se lo estorbaron, con ser cosa de tanta importancia. Queríala tanto y estábale tan rendido que por sólo que ella se entristecía y angustiaba con sólo pensar de ver partir de sí a su querido Pompeyo, él no se atrevía despedirse della, y así, se estaba quedo con ella en Italia y andaba festejándola por todos los lugares frescos y deleitosos donde ella gustaba de recrearse. Y un capitán de tanto valor y grandeza andaba así sujeto y enajenado y como olvidado de sí mismo, acudiendo solamente a los antojos de su mujer, porque ellas muchas veces pueden tanto enseñorearse de sus maridos que no basta grandeza ni valor para escapar de su poderío.

Dice Joan Magno que por quedar Birgero rey de Gotia y Suecia niño, le dieron por tutor y gobernador de los reinos a Turgilo, el cual se mostró singular hombre de virtud y cuidado y acertamiento, porque en todo su tiempo gozaron de paz y de abundancia de los frutos de la tierra y se sujetó por armas la tierra de los carelos, enemigos mortales de los cristianos. Aunque era hombre en días el gobernador Turgilo, se casó con la hija de un conde de Sajonia, y después de casado con ésta dio tal vuelta en su vida que en todo procedía al revés, porque luego comenzó a chupar dineros so color de que eran para el Rey (con que le hizo malquisto en todo su reino), y tomábalo para sí, porque la nueva mujer le metió en tanta costa y fausto que si no era robando el reino no la podía sustentar ni contentar, y así, con su compañía perdió el buen nombre y fama que había ganado en los tiempos pasados, por acudir a sus antojos y no descontentarla. Por consejo deste tirano Turgilo se puso el rey Birgero a ser tirano contra Dios haciendo pecheras las iglesias, que de Dios son dadas por hidalgas y nobilísimas sobre toda nobleza deste mundo. Por esto y por los grandes robos que en el reino se hacían hicieron cruel guerra al Rey los Duques sus hermanos; mas, como después se conformasen con el Rey, Turgilo,<sup>166</sup> gobernador del reino, fue preso con parecer de todos y en la ciudad de Estocolma públicamente degollado, dejando su cuerpo sin eclesiástica sepultura, como a descomulgado perseguidor de las iglesias: A es-

166.- Orig.: 'Turgildo' (333r).

te desdichado fin trujeron a Turgilo los excesivos gastos de su mujer y el no apartarse un punto de su voluntad.

Y aunque sobre esta materia hay muchas cosas dignas de memoria, ninguna otra pondrá mayor admiración a los lectores que la que refiere Eliano, historiador griego y de mucha autoridad entre los que tratan antigüedades. Dice, pues, que, oyendo decir el rey de los asirios la estraña hermosura de Semíramis (esta fue la segunda de su nombre y de no menos valor de la primera, y parece ser aquella de quien apunta Plinio que vino de esclava ser señora), codicioso, pues, de cebar los ojos en tal belleza, envió por ella (que no debiera) y, venida, de lance en lance se fue deslizado aqueste rey de suerte que dejándola de amar la adoraba.

En la tierra de Sodoma, después que se abrasó, refiere Solino se hallan unos manzanos que los podemos llamar engañabobos, porque tienen una fruta que cuando parece estar madura y de mejor sazón no se puede comer a causa que estando por defuera las manzanas coloradas y de graciosa vista, están por dentro llenas de cierto hollín que, apretado livianamente, se convierte en humo. Tal fue la matrera Semíramis, pues, aprovechándose de la ocasión, cuando más encendidos andaban sus amores le pidió por merced le dejase hacer el oficio de rey solos cinco días en todos los estados de Asia que poseía. Poco le pareció la demanda al pobre amante para quien tanto la deseaba regalar, porque no sabía cuánto encarga Salomón aqueste punto y cuánto le convenía andar alerta. Vía el gusano y no el anzuelo, consideraba el cebo mas no descubría el lazo, y así, él mesmo por su mano la puso la corona, asentoa en su trono, hízola reverencia y mandó que, so pena de la vida, todos ejecutasen cuanto a Semíramis pareciese.

Estando en esta honra y majestad, ella le encantó de tal manera y le ganó la voluntad con tantos halagos que ya los pensamientos de el Rey no se estendían a más que darle contento. La serpiente hace con nosotros lo que con Eva: que al principio entra por blandas palabras, pero después que tiene hecha su suerte, por fuerza nos quiere llevar con malas sugestiones y tentaciones. Así es lo desta serpentina mujer: porque con las caricias que le hizo perdió el pobre Rey su libertad y, siendo el señor de los asirios, se volvió cautivo de Semíramis, y aun tuvo por merced que le recibiese por su esclavo, de donde vino el llevar tan adelante sus intentos que, viéndole así tan rendido a su voluntad, mandó luego (dice Rodiginio) a los arqueros que asistían de guarda en su real audiencia prendiesen y cortasen la cabeza al Rey, no menos nrecio que enamorado.

No sé yo cómo llevó el Rey al principio aquel mandato, pero sé que al cabo, sin más conocimiento de causa ni lealtad debida como a su señor, los soldados, cumplieron lo que Semíramis había mandado. Si entre los egipcios (según Diódoro) había de ley que las mujeres mandasen y gobernasen más que los maridos era porque lo sacaban de concierto en el dote que llevaban, cuanto más que dirá luego el Filósofo ser contra toda policia y contra todo buen orden natural; mas el poder de la mujer para con su marido es tan grande que este orden hace que se pervierta y mude, no en cualesquiera causas, sino en una tan grave como aquésta. Cosa es que pone grande admiración ver que Semíramis con su trato afeminado embaucase de tal manera a un emperador tan valeroso que así la entregase su corazón y alma, su contento, su vida y libertad, y esto con tanto rendimiento que, mandado degollar, ni se revocó la sentencia ni suplicó della ni sus vasallos le defendieron, y sobre todo se quedó con la monarquía en tan pacífica posesión como si la hubiera heredado de sus mayores o conquistado con grandes fuerzas. ¿Qué no alcanzara quien esto alcanzó?

Aunque para el bien algunas mujeres aleguen flaqueza, para el mal son de tanta osadía y eficacia y confían tanto en su poder que les parece no haber cosa imposible. Cuenta Paulo Emilio que, casado segunda vez el emperador Luis con la hermosa y moza Judit, tanto ponía en ella su afición que parecía estar enhechizado después que tomó su compañía, porque Judit todo lo traía por donde quería, de lo cual procedieron infamias, crueldades y destierros de muchos, allende de ser infamada la Emperatriz de que tenía malos tratos con el conde Bernardo de Barcelona, camarero del Emperador. Laurencio Surio dice contenerse en las leyendas de la iglesia de Traiecto que Judit era muy parienta del Emperador y que como por esto no pudiese ser su mujer, se lo reprehendió muchas veces san Friderico, obispo traiectense, y que el Emperador estaba tan captivo con ella que por no verse apartado de su compañía tuvo por bien que, como otra Herodías, hiciese matar al sancto Obispo en su propia iglesia, donde fue hecho mártir glorioso.

Dice Pausanias que Lisímaco, rey de Macedonia, casó a su hijo Agatocles, mancebo de gran valor, con Lisandra, hija de el rey de Egipto Ptolomeo Filadelfo, y que él se casó, ya viejo, con una muchacha hermana de Lisandra, la cual le parió algunos hijos y se llamó Arsinoe. Ésta recatándose de que si Lisímaco muriese (como ya viejo) los hijos que dél tenía quedarían en poder de su cuñado Agatocles y no muy seguros de la vida, revolió al padre con el hijo de tal suerte que el viejo vino muy de veras a desear la muerte del hijo virtuoso, y concluye Justino que, por mandado del viejo, ella le mató con ponzoña. Encarrece Pausanias que, cuando supo la muerte de su hijo (que tanto amaba), que no cabía de placer, y que se embraveció contra los principales de su reino, que mostraron dolor de la muerte de Agatocles, y que por esta causa mató a muchos dellos. También toca Pausanias en que se murmuró que Arsinoe, sintiéndose enamorada de Agatocles, su antenado y cuñado, le acometió y que, viéndose dejada por mala, le aborreció y puso en mal con su padre y le tramó la muerte. También dice Ateneo que, viendo Lisímaco el sentimiento que Arsinoe hacía por haber sabido que Telesforo, hombre principal de su reino, había dicho que Arsinoe era buena para hacer vomitar, que, por aplacar y contentar a su mujer Arsinoe, hizo enjaular a Telesforo y le trajo enjaulado hasta que murió. Todas estas crueldades vino a hacer Lisímaco persuadido de los consejos de su Arsinoe y del mucho amor que la tenía, aun siendo ella tal en todo como queda dicho.

En el motín y rebelión de las Comunidades fue cabeza de los toledanos que se rebelaron Joan de Padilla, bien nacido, natural de la ciudad de Toledo y caballero de grandes prendas. Fue de nobilísima condición, porque si en la ciudad había diferencias entre sus naturales y vecinos él lo allanaba todo. Era padre de pobres, de huérfanos, viudas y afligidos. Estas y otras virtudes, así del ánimo como naturales y del cuerpo, las manchó malamente rebelándose contra su rey y señor natural, y fue más culpa en él que en otro: así porque su linaje y él fueron favorecidos de los reyes como por ser muy sabio y entendido estaba obligado a evitar esto, que era malo y aborrecido de Dios y de todo lo que es nobleza y lealtad. De sus intentos se dice que tuvo grande culpa doña María Pacheco su mujer, la cual era de inquieto y belicoso ánimo. Había estudiado y sabía letras, preciándose de ellas y de tener tan buena librería como la tuvo hombre estudioso en su tiempo. Ésta, pues, teniendo altos pensamientos (y aun se dijo que se los ayudaba a levantar una esclava que tenía consigo, hechicera, afirmándola que su marido sería rey de Castilla y ella reina), le pareció que no era de perder el lance, y que si se ha de ir contra las leyes y derecho (se-

gún el parecer de Julio César) que ha de ser por reinar. Para esta pretensión solicitaba al marido con gran vehemencia, el cual, persuadido de sus razones y ruegos, emprendió la empresa, que no debiera. Y así, solo color que volvía por agraviados y que sólo lo había con los ministros que el rey don Carlos (que después fue emperador y a la sazón residía en Flandes) enviaba y procedían mal. Despechando las gentes con esto, sustentaba comunidad y rebelión en Toledo, por donde se vino a perder por dejarse persuadir de los consejos de su mujer, sin aprovecharle contra ellos su buen entendimiento y sabiduría. Por estos ejemplos podrá cada uno entender el recato con que debe seguir los malos consejos de su mujer, y la buena mujer el poder grande que tiene para persuadirle el bien a su marido y apartarle del mal, y que, confiando en el favor y auxilio de Dios, sus buenos y sanctos deseos se verán cumplidos.

### Capítulo duodécimo: Del amor que los casados se han de tener

CON mucha razón dijo Aristóteles en las *Éticas* que el amor que hay entre marido y mujer es muy estrecho, porque concurren en él tres respectos que obligan a tenerse mucho amor. El uno dice que es el de utilidad, el otro de delectación y el tercero de virtud. Y por eso quieren sentir algunos doctores que tienen más obligación los casados de amarse el uno al otro a que sus mismos padres, fundándose en aquella autoridad del *Génesis*: «Por ésta dejará el hombre a su padre y a su madre»; mas la determinación deste caso pone santo Tomás diciendo que aunque a los padres se debe mayor reverencia que a la mujer o al marido, pero que con más intensión de amor y con mayor regalo se ha de amar el marido o la mujer que los padres. Y la razón es porque, aunque es verdad que debemos mucho a nuestros padres, como dice Cicerón en sus *Paradojas* y Gelio en el segundo de sus *Noches áticas*, porque son principio de donde procede nuestro ser, pero mayor obligación tenemos de amarnos a nosotros mismos que a ellos; y como el marido y la mujer sean una misma cosa, como significó el Redemptor del mundo por estas palabras: «Ya no son dos, sino una misma carne», más estrecha obligación hay para amarse el marido y la mujer, cuanto a la intensión del amor, que para amar a los padres, pues el hombre y su padre son dos cosas, y el hombre y su mujer son una misma, por virtud de la unión que causa el amor matrimonial.

Y no por eso deja de ser muy obligatorio y muy debido, y se debe tener con mayor respecto y reverencia, el amor a los padres que al marido y a la mujer; y de aquí nace la resolución de Silvestro: que en caso de necesidad extrema, no pudiendo socorrer a todos, antes habemos de socorrer a los padres que a los hijos y a la mujer, porque nosotros somos deudores de nuestros padres y no de nuestros hijos. Eva amó a Adán como a sus huesos y carne; Cristo a la Iglesia como a su sangre y vida; así, el hombre ha de amar su mujer como a sus huesos y carne, como a su sangre y su vida. Eso dice san Pablo: «Quien ama a su mujer a sí mismo se ama». Y si alguno dijere que la mujer ahora no sale de la costilla del hombre para que sea una carne, digo que eso hace el sacramento del matrimonio, a quien da fuerza la sangre y agua que manó del costado de Jesucristo en la cruz, de suerte que, siendo los casados una carne, ha de haber comunidad de bienes y de males; el regalo de la mujer ha de ser del marido y el del marido ha de ser de la mujer, y el alegría, el contento, el consuelo los

trabajos. ¿Quién consolara a Eva en pérdida tamaña, cuando experimentó que había sido ocasión de tantos males, si no la consolara Adán? Consuéla para que no desespere, y dala por nombre *Eva*, que quiere decir *madre de muchas gentes*, como si le dijera: «Si fueres madre de muchos pecadores también lo serás de un Hijo que será remedio de todos ellos».

Isaac viendo muerta a Sarra, pasó a Rebeca su mujer al aposento de su madre y consolose con ella, porque si al marido se le mueren los padres el consuelo desta pérdida es la mujer; y no es mucho le consuele en su muerte, pues el marido dejó por ella<sup>167</sup> a sus padres en la vida. El mismo juicio ha de haber en todos los demás bienes temporales, gastos, vestidos y comidas. Por eso mandaba la ley que cuando el marido estuviese preso por deudas, si no pudiese pagar, vendiese a la mujer: suponía que la mujer había entrado a la parte del gasto y del gozo y de la perdición, y así, era razón entrase a la parte del escote.

La misma comunidad ha de haber entre los bienes espirituales, según lo que dice san Pablo: «El alma que se desposa con Dios ha de tener un espíritu y una voluntad»; así, entre los casados han de tener espíritu común, voluntad común, devoción, oración, confesión, limosna, y lo que el marido no alcanzare por sí alcanzaralo por ella, y no lo que la mujer no alcanzare por sí alcanzaralo por el marido. Isaac pidió hijos por Rebeca y alcanzó lo que ella no había alcanzado. Comunidad de corazones y de secretos: no ha de haber cosa partida ni escondida ni secreta, y teniendo la mujer seso y capacidad para fiarle el marido su corazón no busque mejor amigo.

De la mujer buena dice el Sabio que fía su marido della el corazón. Isaac vecino a la muerte, engañábase deseando dar la primera bendición a Esaú (porque de derecho divino era el mayorazgo de Jacob), y si revelara a Rebeca su mujer el secreto de sus pensamientos ella le aconsejara lo que le convenía. Demás deso, no ha de haber testigo en medio del marido y la mujer, porque son las dos piedras de molino de quien dice el refrán que al cabo se han de juntar y a quien cogieren en medio le harán una tortilla. Cuando hay secretos para otro y se recela la mujer del marido o el marido de la mujer, con mal anda el matrimonio. Cuando vino el Ángel y se circuncidó el hijo de Séfora, calló y pasó su lástima hasta que el Ángel se fue ido, pero luego entró con el marido diciéndole: «Esposo sangriento eres para mí, porque aunque sea ángel, si fuere posible del cielo, no ha de saber lo que pasa entre casados». Hasta los pecados han de ser comunes, digo, tenerse por comunes, y la mujer ha de pedir perdón de los pecados de el marido, como hizo Abigaíl a David de las necedades que Nabal había dicho a sus soldados: «Señor, perdonalde; que lo que sobre él viniere y sobre sus hijos viene sobre mí y sobre los míos».

Entre las demás cosas que el Filósofo amonesta a los maridos para con sus mujeres es el verdadero y entero amor que les deben y el darlas a entender muy de veras que todas las demás mujeres del mundo no les igualan en su estima y afición, y con esto vive la mujer honesta, sosegada y contenta. Introduce Ovidio a Deucalión y a su prima y mujer Pirra, que, escapados del diluvio de Tesalia, quedaron solos para restauración de el linaje humano (según pensaban) y que, mostrando el contento que de verla libre tenía, le dijo: «Oh hermana y mujer! ¡Oh hembra sola escapada de la universal tribulación, a quien así la sangre te me hizo conjunta como el matrimonio te me ayuntó por mujer y agora también los peligros te me han concedido por compañera! Y ¿qué ansias fueran las tuyas si con los demás mortales yo peligrara en este diluvio? Y ¿quién bastara, mi bien, a te consolar de

167.- Orig.: 'alla' (336v).

mi muerte tampoco como a mí de la tuya? Créeme, ¡oh hermana y mi muy amada mujer!, que no te vieran tan presto mis ojos ser arrebatada de las aguas cuanto yo me lanzara en medio dellas, gozando siquiera de tal descanso cual fuera morir en tu compañía». Bien se pinta aquí el cuidado que los casados han de tener de dar muestra de su amor con término honesto y virtuoso, que es lo principal que al amor conserva, y así, conviene a los casados que se estimen en tanto que se teman y reverencien, y cuanto más tuviere cada uno de nobleza y benignidad tanto más tendrá desta virtud.

Bien pagó Ulises a su mujer Penélope el amor y fee que le guardó, pues, rogado de la diosa Calipso que se le diese por amigo y prometiéndole por ello inmortalidad, no consintió ni quiso admitir sus grandes promesas por sólo no ofender a su Penélope, diciendo que no quería más gloria en este mundo ni más vida que a su Penélope. Y de la misma manera cumplió con la diosa Circe, que por que con ella se quedase le prometía infinitos deleites y contentos. Deben los casados vivir ajenos de toda soberbia entre sí, porque (como dice Ovidio) mal se compadecen la majestad y el amor, y cada uno amará sus hijos con muestras de que por ser hijos del otro los quiere tanto, y trabajará por hacer más hacienda y por descargar al otro de cuidado y de quitarle de enojos; y, en fin, que reverenciando sobre todo a Dios y sirviéndole, llegan a consumada vejez en paz amorosa.

Los antiguos gentiles, aunque erraron en el conocimiento de Dios, amaron la virtud y la estimaron, y el estado de la limpieza, tanto que a Fauna, mujer de Fauno, rey de los aborígenas, en muriendo que murió, la adoraron por diosa poniéndole por blasón *Bona Dea*, porque fue tan recogida y honesta que en toda su vida alzó los ojos para mirar a hombre, ni lo vio, sino a sólo su marido, y por esto ordenaron que en su templo ni aun pintada pudiese haber ninguna figura de sexo viril, hombre ni animal, como lo refiere Vives. La yerba de el sol siempre está vuelta y convertida a este planeta, caminando tras él dondequiera que va, y a las mañanas antes que el sol salga ya ella le está aguardando vuelta al Oriente. Estale tan sujeta como quien conoce que dél tiene la vida y crecimiento. Desta manera la mujer casada ha de estar convertida a su marido mirándole a la cara y teniendo por gran felicidad estar en su presencia y tenerle agradado y contento: de esto han de preciarse las casadas, y aunque sean reinas. Cuenta Jenofonte que teniendo Ciro, rey de Persia, presos al rey de Armenia y a Tigranes, su hijo y heredero, y a sus hijos y mujeres, que, como entendiese Ciro que Tigranes era recién casado y que amaba en extremo a su mujer, le dijo en un convite: «¿Qué darías, Tigranes, por ver a tu mujer en tu poder con la libertad que deseas?». A lo cual respondió Tigranes: «Yo, Ciro, a trueco de que mi mujer, a quien tan de veras amo, no venga a ser sierva ni apartada de mis ojos, comprarla he con mi vida y con cuanto más pudiere». Habiéndose ido Ciro del convite y dejándolos a todos con libertad, como unos loasen su sabiduría, otros su esfuerzo, otros su mansedumbre y magnificencia, otros su hermosura y gentileza, Tigranes preguntó a su mujer que qué le había parecido del Rey. Al cual respondió: «Amigo mío, quien nunca apartó de ti los ojos ¿cómo podía mirar al rey Ciro? Y ¿cómo fuera posible apartarlos del que con tanto amor dijo que con precio de su vida mercaría que yo no fuese sierva ni apartada de sus ojos?». Respuesta fue por cierto digna de mujer honestísima y tan prudente y bien casada como ella; que a la buena casada ningún otro hombre le ha de parecer bien sino su marido: todo lo que él no fuere ha de tener por feo, desgraciado y de ningún provecho, con lo cual obligan a sus maridos a tenerles mayor amor.

De necesidad se requiere el verdadero amor entre los casados, porque faltándoles éste les falta todo bien y le sobra todo mal, por seguirseles de el desamor y aborrecimiento grandes inconvenientes y desventuras. Persuadiendo este amor el glorioso apóstol san Pablo a los casados, dice: «Amad, varones, a vuestras mujeres como Cristo a la Iglesia, que fue tanto que tuvo por bien de morir por ella». Y dice más el Apóstol: «Los varones así deben amar a sus mujeres como a sus propios cuerpos, porque el que ama a su mujer a sí mismo ama. Nunca ninguno en algún tiempo aborreció su propia carne y cuerpo, mas antes la recrea dándole de comer vestir y calzar». Y añade más: «Cada uno ame a su propia mujer así como a sí mismo, y tema la mujer a su marido de temor casto y reverencial».

El rey de Escocia Alejandro tercero deste nombre, con parecer de los sanctos obispos determinó de trasladar las sanctas reliquias de su bisabuela sancta Margarita, de Doumfermelin<sup>168</sup> para la iglesia que le tenía edificada, y como las metiesen en una arca de plata y las llevasen por el sepulcro del rey Malcolmo, su santo marido, ansí se pegó el arca con el sepulcro que no bastó fuerza ninguna para la menear, y todos los que iban en la procesión solemnísimas quedaron sin poder ir adelante ni tornar atrás, hasta que un viejo, inspirado por Dios, levantó la voz diciendo que la sanctísima reina, que viviendo había reverenciado y vivido siempre sin se apartar de su marido, quería también que sus reliquias no se apartasen dél, y dejar en esto ejemplo a las casadas para que amasen y estimasen a sus maridos y tuviesen por muy dichosa su compañía. Y tomando luego las reliquias de ambos, las llevaron y colocaron sin ningún impedimento donde hasta el día de hoy son muy honrados y visitados como sanctos de Dios; que también santificará los príncipes y reyes que bien le sirven como a los religiosos que dejan el mundo, porque los tales reyes no reinan por soberbia ni pompa mundana, ni tampoco por regalarse ni despechar sus vasallos, sino para mejorar sus reinos manteniendo justicia, sustentando a pobres y dando en todo ejemplo de virtud para que Dios sea servido y glorificado.

Dice Paulo Osorio que Danao, hijo de Bello décimo rey de los argios, tuvo cincuenta hijas, a las cuales llamó Belidas. Egipto su hermano, por el consiguiente tuvo otros tantos hijos. Como se casasen los cincuenta hijos con las cincuenta hermanas, con un grande engaño y traición procurado por Danao, en la primera noche de la boda las cincuenta hermanas sus hijas mataron a los cincuenta hermanos maridos suyos, salvo una que se llamaba Hipermeestra, la cual, como fiel y leal, amando en el corazón a su marido, le guardó y libró de tan gran mal y traición. Si las demás no hicieron como su hermana Hipermeestra fue por faltar en ellas el verdadero amor que a sus maridos debían tener. Ansí hallamos haberlo hecho Micol, hija de el rey Saúl, la cual sabiendo que su padre quería matar a David su marido, a quien ella mucho amaba, contra la voluntad de su padre le libró de la muerte descolgándole de una ventana. Y como su padre enviase gente para que le prendiesen y matasen, dijo que estaba malo en la cama, donde tenía una estatua para que pareciese ser ansí lo que decía, y con ella los dejó burlados y dio a su marido lugar para ponerse en cobro.

Aunque el amor que a la propia tierra se tiene es muy grande, algunos de los filósofos antiguos quisieron decir que el amor conyugal de marido y mujer es mayor, pues muchos la desampararon por seguir sus mujeres o maridos; como hizo Penélope, de quien dice Homero que, dejando la casa y regalo de sus padres y pospuniendo el amor de su patria, se fue con Ulises su marido. Esta razón se podría confirmar con que Lía y Raquel dejaron

168.- Dunfermline.

a su padre Labán y a Mesopotamia, su patria, y se fueron de buena gana a tierras estrañas con su marido Jacob. Dice Plutarco que por seguir Cleombroto la justa demanda de el rey Agis de Lacedemonia, enojado contra él el rey Leónidas, su suegro, le condenó a muerte; mas su hija Quilonis y mujer de Cleombroto alcanzó que se contentase de le condenar a destierro. Y rogándole mucho el padre que no fuese con su marido, pues él la amaba tanto que a él perdonaba por amor della, y que no quisiese dejar el regalo y estimación que en Lacedemonia tenía, ella, no curando de más que de tomar a un hijo de dos que tenía (y dar el otro a su marido) por la mano y humillándose al altar de Neptuno (donde él se había retraído y estaban todos) se salió con su marido desterrada. Y dice Plutarco que más contento había de tener Cleombroto en el destierro con tan excelente mujer que había de haber tenido en el reino de Lacedemonia quedando por rey en lugar de su suegro, el cual siendo desterrado, se llevó consigo a Quilonis su hija.

Concertados estaban de casarse el valiente Aquiles con la hermosa Policena, y habiendo ido Aquiles a las vistas al templo de Apolo, fue allí mal muerto de Paris, y Celio Rodiginio afirma que antes de ser entrada Troya de los griegos se salió Policena para el sepulcro de Aquiles en el promotorio Sigeo, arrebatada de la furia de el excesivo amor que le tenía, y que viendo que no le quedaba en el mundo casamiento tan honrado como el que se le había tratado con Aquiles, se mató sobre su sepultura. Y de aquí se tomó el decir muchos que Pirro, hijo de Aquiles, la había allí degollado.

Tenía Bruto por mujer a Porcia, hija de Catón Uticense, de la cual cuenta Valerio y otros, dos cosas de hija de tal padre y de mujer de tal marido: que como la noche antes del día que Bruto mató a César quedase sin su marido y supiese el hecho tan difícil y peligroso que iba a hacer, que pidió una navaja con achaque de se cortar las uñas, y que se hirió tan mal que sus criadas, viendo la mucha sangre que le salía, comenzaron a dar tales voces que tornó Bruto y, viéndola así, la reprehendió el tomar tales herramientas en sus manos; mas ella le habló aparte y le dijo que había querido probar hasta ver si sería mujer para se matar, en protestación del amor que le tenía, si le sucediese mal lo que llevaba entre manos. La otra cosa fue que cuando Porcia supo que después de haber vencido su marido Bruto a Augusto César (habiéndolo hecho en esto como valentísimo capitán) se le había juntado gran poder contra el cual él no tenía fuerzas para pelear, y que por no ser preso de Augusto César y de Marco Antonio, sus enemigos, él se había muerto con sus propias manos; y como, sabida esta triste nueva de Bruto, se le conociese a Porcia querer se matar, no se le concedía ni aun un pequeño cuchillo para la mesa. Mas, diciendo ella que a hija de tal padre no había de faltar alguna manera para se matar, tomó de las ascuas de un brasero y, tragándolas muy apriesa, se abrasó y murió en cumplimiento de la palabra que a su Bruto había dado y en confirmación del verdadero amor que le tenía, el cual su muerte en ella no había resfriado un solo punto.

Aunque éstas procedieron como gentiles en darse la muerte y no deben ser imitadas, es tan fuerte el betún y la liga de los buenos casados que así como un ñudo ciego no se puede desatar, sino cortar (como dicen del nudo de Gordico que el invictísimo emperador Carlos Quinto, señor nuestro, traía en sus armas con una letra en sus reposteros que decía: «Tanto monta cortar como desatar»), así el amor que está firmemente arraigado en los casados con la liga del amor bien se puede cortar con la muerte, mas durante la vida no se puede disolver.



Y así lo leemos de Paulina, mujer de Séneca, que, siendo él condenado por el cruelísimo Nerón, su discípulo a que le abriesen las venas y le dejaran morir desangrándose, se abrió ella también las venas para morir la misma muerte de su marido, aunque se lo estorbó este cruel tirano por darle mayor martirio viviendo sola que teniendo compañía en la muerte con su sapientísimo marido. Siendo desbaratado y vencido de el gran Pompeyo el rey Mitrídates, desde la menor Armenia dice Apiano que huyó el Rey hasta Sinorega, y como se apresurase mucho en su huida, fue desamparado de todos los que el más amaba y de sus criados, mas viendo Hipsicratea, su amantísima mujer, que era así dejado, no pudiendo sufrir verse sin él un punto, menospreciando su hermosura, cortó sus cabellos y desechó de sí sus vestiduras reales, y, puniéndose en hábito de hombre al uso persiano, cabalgó en un caballo y, pasando animosamente por muchos peligros sin enflaquecerla la memoria de haberla así dejado Mitrídates desamparada, le vino a alcanzar, y fue en su compañía sin jamás desamparar al Rey ni fallecer en su servicio ni de curar su caballo mejor que lo pudiera hacer un mozo de espuelas. Y aun Valerio Máximo dice que era su mujer legítima y que se acostumbro a las armas, y que la compañía de aquella mujer conhortaba al Rey para poder pasar tan inmensos trabajos y pérdidas como se le ofrecieron viéndose tan amado della y que con tanta discreción le animaba y consolaba.

Grande fue la fuerza de la muerte tenía su marido la reina Artemisia, mujer de el rey Mausoleo, la cual no consintió que sus huesos fuesen sepultados en un sepulcro muerto (aunque el que ella le labró, por su sumptuosidad, fue tenido por una de las siete maravillas de el mundo), sino que le dio su propio cuerpo por sepultura, haciendo polvos todos sus huesos y bebiéndolos con cierto licor. De los que mucho amaron a sus mujeres fue uno el rey Darío, del cual dice Quinto Curcio que habiendo sido vencido por Alejandro y despojado de gran parte de sus reinos, lo sufrió todo con grande ánimo y esfuerzo; mas cuando supo que la reina su mujer era muerta (que estaba presa en poder de Alejandro), luego comenzó muy tiernamente a llorar y hacer llantos increíbles por ella. Estando en el reino de Nápoles un labrador en el campo, apartándose dél un poco su mujer, fue presa de los moros y metida en una fusta; y, buscándola el labrador, como no pareciese, entendió estaba captiva, y, viendo la fusta donde la llevaban, al punto se echó en el mar a nado y daba voces le aguardasen; y, cogido en la fusta, admiró a todos el amor grande que tuvo a su mujer. Y dando cuenta dello al rey de Túnez, cuyos vasallos eran, por tan alta virtud como en el villano vido, mandó que él y su mujer fuesen libres y vueltos a su tierra.

Nicéforo y Sozomeno cuentan que como Geroncio, capitán del tirano Máximo, que en España se había hecho emperador, habiendo ido a Francia contra otro tirano y enviando contra los dos un poderoso ejército el emperador Honorio, se volvió huyendo a España. Y viendo los españoles que Geroncio volvía así huyendo, le tuvieron por vil y apocado y determinaron de matarle: cercáronle de noche la posada donde él y su mujer Nuniquia estaban (a quien él amaba mucho, siendo amado igualmente della) y, comenzándole a batar la casa los españoles, Geroncio se subió al tejado con un soldado alano mucho su amigo y la demás gente que tenía. Desde allí se defendieron matando muchos de los enemigos; mas, como faltasen las piedras y armas arrojadas, muchos de los suyos se le fueron. También Geroncio pudiera muy bien salvarse, mas el grande amor de su mujer no le consentía apartarse de donde ella estaba.

Llegada la mañana, los españoles pusieron fuego a la casa por muchas partes, sin que ya Geroncio pudiese escapar. Con la rabia de verse así encerrado y con el crecido amor de su mujer (que le abrasaba más de lo que el fuego de la casa pudiera encenderle), tomó una determinación llena de crueldad y fiereza: cortó de un golpe la cabeza de aquel su amigo alano, que le pedía lo hiciese así, y luego mató a Nuniquia su mujer, que con extraño ánimo se le metía por la espada y con muchas lágrimas y gemidos le conjuraba por su amor le concediese este don postrero de que fuese muerta por su mano y no la dejase para verse viva y deshonrada en poder de sus enemigos. Queriendo después Geroncio gozar en su muerte de la compañía de su amada mujer, se hirió tres veces con la espada, y no pudiéndose acabar de matar así, sacó el puñal y, metiéndole por el corazón, cayó luego muerto al lado de su mujer.

Estando el gran Pompeyo en Roma mirando los gladiadores le fue salpicada la ropa de la sangre de un hombre herido, y, llevándola los criados a su casa, vídola su mujer Julia, hija de Julio César, y, creyendo que Pompeyo su marido quedaba muerto o mal herido, fue tan grande el dolor que recibió que al punto movió y cayó muerta en tierra, y luego se comenzaron las tierras civiles que tan caras costaron la todo el Imperio. Dice Valerio Máximo que Tiberio Graco halló en su casa dos culebras, macho y hembra, y díjole un agorero o adivino que le convendría matar la una dellas y que sería presagio de su muerte o de la de su mujer: mató el macho y dejó la hembra, estimando en más la vida de su mujer que la suya propia. El mismo autor escribe de Plaucio, numida, que, oyendo decir que su mujer era muerta, sin que sus criados pudiesen estorbarlo se mató con un puñal. Semejante hecho cuenta de Lucio Silano, que con otro puñal se dio la muerte porque le quitó el emperador Nerón a su mujer Octavia y se casó con ella. Las muertes que éstos se dieron ni son de alabar ni de imitar, pues cometieron graves pecados: sólo el motivo que tuvieron, procediendo de grande amor conyugal, se estima y tiene en mucho.

En el Paraíso Terrenal instituyó Dios el matrimonio para perpetuidad del género humano y socorro de los apetitos. El amor de marido y mujer es concordia y liga de los corazones y cuerpos, y voluntad sellada con la fuerza del sacramento. Los casados deben tener entre sí mucha concordia y paz, porque en la tal casa mora Dios, según aquello que dice David: que el lugar y aposento de Dios es donde hay paz. De donde dice el *Eclesiástico* que tres cosas le son a Él muy agradables, que son aprobadas por buenas delante de Dios y de los hombres, que son: el amor entre los prójimos, la concordia entre los hermanos y el varón y la mujer que están en paz, amor y caridad, consintiendo el uno a lo que el otro quiere que según Dios es. De donde se sigue que los maridos se deben haber pacíficamente con sus mujeres, soportallas y sufrillas como ellos quieren ser soportados y sufridos. Desta virtud alaban Séneca y san Jerónimo a Sócrates, del cual dicen que como tuviese dos mujeres muy rencillosas y soberbias, las sufría y soportaba con mucha paciencia; y siendo Sócrates persuadido de sus parientes que echase de su casa a sus mujeres, pues eran tan mal acondicionadas que bastaban a pudrirle los hígados, respondió diciendo: «Aprendo en casa cuál debo de ser en la plaza». Esto que a los maridos se encomienda no menos los deben guardar las mujeres con sus maridos, teniendo mucha paciencia, soportando, sufriendo, disimulando sus enojos y sañas, porque desto es Dios muy servido: que los casados estén en concordia y paz para que así conserven el amor que deben tenerse.

Cuando esta paz falta entre los casados no hay peor vida en el mundo. Donde san Jerónimo dice: «No hay, con verdad, vida peor que vivir con el cuerpo juntamente en una misma casa y mesa y cama, y no con el ánimo». Verdaderamente malaventurados son los casados donde no hay una, mas diversas voluntades; porque cuando son discordes y malcasados vida es que se puede más llamar muerte que no vida y traslado del Infierno. Parece esto ser así porque en el Infierno no hay amor ni caridad, mas los unos a los otros se aborrecen mortalmente; y aun oso decir que es peor que el Infierno, porque en el Infierno no son maltratados ni perseguidos los buenos, mas los mal casados muchas veces persigue el marido malo a la mujer buena, y, por el contrario, la mujer no buena al marido sancto y bueno; por donde, si bien se mira, se hallará, como dijimos, ser el mismo Infierno, y peor. Luego, pues que así es, trabajen los casados por estar en paz y amor; y si por ventura faltaren los hijos (como muchas veces suelen faltar) por algún impedimento que haya en alguna de las partes, den gracias a Dios por ello. Albucio Romano vivió veinte y cinco años casado con Caya Enia, y Publio Rubio Celer, con Terenciana, cuarenta y tres, y nunca entre ellos hubo diferencia, sino toda paz y conformidad, procediendo de tenerse verdadero amor.

Quien atentamente considerare este estado le verá sembrado todo de lazos y fiudos de amor: lazo en los cuerpos, pues son una carne; lazo en las almas, pues son una voluntad; lazo en los hijos; lazo en la hacienda; lazo en los contentos y regalos, pues son comunes; lazo en la vida y en la muerte, porque no se han de desavenir en vida ni en muerte. Tuvo Dios particular cuidado de hacer a los casados en todas las cosas muy iguales, porque, como la igualdad es condición del amor, no quiso quedase entre ellos ocasión de desamor. San Basilio pone una cuestión bien conveniente a este propósito, y muy sabrosa:

Tratando Dios de plantar esta afición en los ánimos de los casados y deseando echase grandes raíces, ¿por qué quiso que el hombre se aficionase más a la mujer que la mujer al hombre? ¿Por qué no hizo iguales estos amores? Responde que Dios había criado a la mujer subjeta al hombre en lo que es gobierno, doctrina y consejo, de suerte que ni aun las pestañas de los ojos de la mujer no se han de mover sin licencia del hombre. Y por que el hombre no se levantara a mayores y diese en soberbia y altivez y en desprecio de la mujer, queriendo igual los estados, hácele Dios sujeto a la mujer en el amor, que es, sin duda, servidumbre más fiera y más tierna. Y así, el hombre casado es señor y esclavo de su mujer: señor que la mande, que la gobierne, que la enseñe, que la sustente; esclavo que la ame, que la adore, que la sirva, que la honre, que se pierda por ella. Y como puso cabellos largos en la mujer, que son como las riendas que el hombre ha de traer en la mano para guiarla, así le dio al hombre un corazón tierno, blando, amoroso, en que la mujer haga presa.

Y así, el hombre viene a ser cabeza de la mujer, como dice san Pablo, y la mujer el corazón del hombre. Por ella (dijo Adán) «dejará el hombre el padre y la madre». Pondera san Basilio por qué no dijo Eva otro tanto de Adán, y responde que el marido ha de ser el enamorado y el rendido, y trae la comparación de la piedra imán, que se lleva tras sí el hierro, aunque es más duro y pesado, así el hombre, aunque le puso Dios debajo de los pies de la mujer. Y porque comúnmente el hombre es el frío, el acedo, el desabrido, el mal acondicionado, crio a la mujer tan hermosa para que mirando, hablando, riendo y llorando le traiga a sí como piedra imán, de suerte que el amor entre los casados es tan natural y tan debido por cien mil obligaciones, que cuando, olvidándose desta deuda tan debida del

amor, dieren en aborrecimiento, demás de trasegar el orden de la gracia y de la naturaleza, pueden temer mil desgracias y desastres en la vida y triste fin en la muerte.

No solamente es debido y natural el amor entre casados, sino tan forzoso y necesario que sin él será su vida una muerte y un infierno. Son los trabajos anejos al matrimonio tantos, tan grandes y tan pesados, que si trata un hombre de llevarlos y sufrirlos sin el alivio y ayuda que Dios puso de por medio (que es su espíritu y su amor) no hallará en el mundo cruz tan grave. La cruz de un fraile puede llevarse con mediana discreción, porque cuando uno dé en sufrir y en esperar a un prelado pesado por no hacer mudanza del cielo ni de la tierra, donde tiene salud y entretenimiento cristiano, a los tres años se acaba (y aun hartas veces antes). La cruz de un clérigo con su obispo remédiala con pasarse a otro obispado; en fin, la de un ciudadano con un corregidor, la de un criado con su señor, todas son cruces fáciles y ligeras, porque, demás de tener el plazo corto, tienen el remedio fácil; mas la del matrimonio hanla de sufrir los casados mal de su grado hasta que llegue la muerte de uno de los dos.

Antiguamente daban los hombres dineros por casar con las mujeres, y hoy lo hacen los sarracenos. Y Jacob sirvió por Raquel catorce años a Labán. Y parece daban aquel precio porque las dejarían por ligeras ocasiones; pero ahora, aunque sea una sierpe en condición, ha de estar a la cabecera del marido ayudándole a morir. Pues en la crianza de los hijos, ¡qué de enfados! ¡Qué de peligros de alma! Y más si hay hambre y piden pan muy apriesa; que cada grito es una lanzada para el padre, porque está obligado el que echa la capa al hombro a acudir a la provisión necesaria de su casa. Y no padece menos trabajo la mujer si el marido sale avieso, mal acondicionado, jugador y perdido. Por eso dice san Pablo: «Si la virgen se casare no pecará, pero yo le mando muchas malas venturas, y, entre otras, tribulación y guerra ordinaria de su carne». De donde se sigue cuán errados andan los herejes en decir que el continente tiene más trabajo con su carne, porque el casado, irritándola y provocándola de ordinario, viene a quedar mal vezada y a cobrar unos siniestros infernales, como la mula traidora, y así, casarse el clérigo para reparo de la incontinencia sería beber salado, que causa más sed.

Pues si tantas tribulaciones y trabajos hay en el matrimonio, grande amor es menester. Por eso mandaba Dios que los recién casados el primer año no tuviesen oficios públicos ni fuesen regidores ni alcaldes: «Dejaldos estar a la sombra para que echen raíces en el amor y vivan bien casados». Demás deso, es razón se regalen agora, porque después suelen ser los torbellinos de los trabajos tantos que que no les darán lugar, porque el contento dura poco. Y como el empleo de los casados los primeros años es holgarse y más holgarse, así el de los segundos suele ser cansarse y más cansarse, y quien dijo «Si quieres un buen año, cástate», pudiera decir: «Si quieres dos buenos, no te cases». De *casado* a *cansado* una letra sola va, y supuesto que la llave de ser el matrimonio feliz y venturoso es el amor cristiano, que hace dulce lo amargo, lo pesado ligero, lo dificultoso fácil, es bien que se adviertan las cosas que en este capítulo y en los demás que en este libro se ponen tocantes a esta materia, y se ejecuten así.

### Capítulo decimotertio: En el cual se declara en qué cosas debe mostrar la mujer el amor que tiene a su marido

**E**L famoso doctor Pedro Comestor, en una epístola que escribió a Petronila, duquesa de Brabante, que vivía apartada de su marido por causa de cuestiones y discordias, allí le declara en suma el amor que debe tener la mujer casada su marido, diciendo así: «La buena casada debe amar a su marido de todo corazón y de toda buena voluntad; y si acaso por culpa dél o porque el Demonio, enemigo del humanal linaje, siembra alguna discordia entre los dos de tal manera que ella siente que él no la ama como a su mujer, debe la tal casada ponerse en continua oración y suplicar a Dios con grande afecto que dé a su marido gracia y le ponga en su corazón que la ame; y si acaso hay en ella algún rancor por aquella misma cizaña de Satanás, ruegue por el consiguiente a Dios que la esfuerce para le amar en su servicio, como Él lo mandó».

Dice este doctor que debe enseñar la mujer el amor que tiene a su marido en las obras siguientes: la primera, en que siempre ruegue la mujer a Dios por su marido que le haga buen hombre y le dé su temor y le encamine en la guarda de sus sanctos mandamientos y le traiga a buen fin y le enderece en buenas obras y en amor y caridad con los próximos. Debe la mujer tener siempre aviso en hablarle con mucho honor y reverencia, con palabras muy corteses, y reconocerle obediencia y subjeción, dándole en todo lo que se ofreciere la preeminencia y señorío, y estar muy sobre el aviso en no le dar enojo ni turbación, aunque tenga él la culpa; y esto porque Dios nuestro Señor lo ordenó así. Y si ella tuviere la culpa de algún enojo que hubiere entre ambos, procure disculparse con humildad cuando ella viere que hay tiempo y que él está desenojado y pacífico. De continuo debe la mujer mostrarse a su marido apacible y amigable, sin rigor ni soberbia, mas con toda humildad parezca corresponder en ella aquella perfección de buenas obras y costumbres que debe tener en su corazón. Ansimismo debe mostrar grande honestidad en su cuerpo, que ande honestamente vestida y aderezada, y, sobre todo, muy limpia en su arreo. Debe huir la negligencia en el recogimiento de su casa, que no sea perezosa ni descuidada en lo que toca en el aderezo y servicio de su marido, sino que todo se apareje a tiempo y sazón; y este mismo cuidado ponga en todo lo que entendiere le será de contento. Dice Procopio que yendo el capitán Belisario contra los vándalos que estaban en África, como llegase cerca de Sicilia, se halló la armada muy necesitada de agua por habérseles corrompido la que llevaban, y viendo en esta necesidad a Belisario Antonina su mujer, hizo sacar agua muy dulce y clara con que todos se refrescaron y socorrieron en aquella necesidad, porque como mujer muy próbida y de admirable entendimiento, secretamente había hecho poner barriles de agua en los hondones de los navíos, metidos entre el arena. Y este cuidado de la señora Antonina fue muy celebrado y alabado de todos, y de sumo contento y estimación a Belisario su marido.

Tenga muy gran recaudo en la hacienda y cosas que están a su cargo de las puertas adentro de su casa. Decía Alejandro que la mujer que no era guardosa y cuidadosa de la gobernación de su casa y hacienda, que era la tal enemiga de su marido y de sus hijos, y aun de su misma casa y familia, y que más la roba y destruye entonces que ladrones cosas. Y es de notar que la fidelidad que prometió al marido en el matrimonio no solamente se entiende en aquella parte de honestidad que debe guardar a su marido en no admitir en

su amor otro, mas aun se entiende que es obligada y le promete de le guardar, regir y poner a un buen recaudo la hacienda; y así, debe la buena casada que ama a su marido tener mucho cuidado de la limpieza de su casa, hijos y familia y servicio de su marido en sus vestidos y comida. Poner en mucho recaudo l ajuar y alhajas de por casa, que esté limpio y cogido cuando dello no se sirven, y la ropa blanca que esté cogida y guardada, y la ropa de camas en sus rimas, y ésta y toda la demás de paño sacarla a menudo y ponerla al oreo y limpiarla para que no se apolille; y todo lo demás que esté con mucha orden y concierto para que fácilmente se halle la cosa cuando fuere menester, sin trabucar y desenvolver cuanto hay en casa, como algunas desmazaladas hacen por no tener concierto. También debe poner recaudo en las viñas y huertas, haciendo coger el fruto con sazón y ponerlo en buena guarda; y si tuviere ganados, sepa aprovecharse del esquilmo y menudo que le es anejo de lana y queso y todas las otras menudencias, en manera que no deje perder cosa alguna. Toda su vida trabaje en vivir en su casa con templanza y moderación, y los gastos cotidianos sean muy mirados y que no sean excesivos, sino muy templados, porque en estas desórdenes, por ser tan ordinarias, se pierden a la continua las casas y haciendas. Asimismo cure de los huéspedes amigos de su marido, que sean bien proveídos y regalados según conviniere, y que cuando vengan a su casa los reciba con muy alegre rostro y buena voluntad, porque con esto se cumple mucho con los hombres honrados y virtuosos, que se satisfacen más de la buena gracia que se les muestra que de la abundancia y preciosidad de los manjares que se les dan a comer. En todo debe proceder con mucha cortesía y modestia, y en especial en su comer y beber, así en la cantidad como en la cualidad, y por ninguna cosa no dé ocasión a ser notada que quiere o trabaja beber más de un vino que de otro, porque el estudio y cuidado de beber vinos preciosos es muy feo en la mujer y es gran sospecha de su castidad, y lo mismo se dice de la mucha curiosidad de los manjares y cuidado en buscarlos para cumplir con su apetito.

También debe ser muy cuidadosa en encubrir las faltas de su marido teniéndole secreto en todo aquello que le puede causar infamia el saberse, y especialmente si acaso tiene algún vicio notable, como si se embeoda o si es blasfemo o jugador. Debe la mujer guardar secreto a su marido y corregirle con mucha blandura y paciencia, sin mostrar soberbia ni dar voces que lo puedan publicar. Y por la fidelidad que debe a su marido por virtud del sancto matrimonio debe con todo secreto remediar aquellos yerros (y otros mayores, si acaso tuviere): lo primero, con misas y oraciones suplicando a Dios que le encamine, y ansimesmo puniéndole delante con mucha suavidad la ofensa grande que contra Dios comete y la afrenta en que con las gentes cae, trabajando en todas las buenas ocasiones con sanctas amonestaciones enmiende su vida. Y después, secretamente, le debe de echar personas de quien se pueda fiar el negocio y que le amen y deseen muy de veras su bien, como a sus padres o hermanos o buenos amigos, o a su confesor y a personas semejantes, que en secreto le reprehendan y retraigan sus vicios; y, sobre todo (como queda dicho), debe recurrir a Dios, que es pura bondad y misericordia, que fácilmente oirá sus oraciones y porná el remedio que a<sup>169</sup> su salvación más conviene. Porque le será a su Majestad de mucho agrado que ella, como tan buena mujer, sienta mucho los males y faltas de su marido y con gran piedad se duela de sus desventuras sin acordarse de los malos tratamientos que le ha hecho ni de la aspereza y rigor con que contra ella ha procedido como cruel, sufriendolo

169.- Suplo 'a' (346v).

todo con mucha paciencia, como mujer prudente y sabia que sobre todo procura la honra y servicio de Dios y el bien y aprovechamiento de su marido. Por estas causas ha de confiar que la socorrerá Dios en sus necesidades y cumplirá sus buenos deseos y curará a su marido, como médico celestial, y por sus continuas oraciones y buenas obras le dará gracia para que acabe en bien y reciba su gloria.

#### Capítulo decimocuarto: De cómo el hombre debe tratar bien y con cortesía a su mujer, y de algunos que de esto se precieron

**M**UY obligado está el marido a tratar muy honrada y amorosamente a su mujer, porque aunque es verdad que la naturaleza y estado pone obligación en la casada de mirar por su casa y de alegrar y descuidar a su marido continuamente (de lo cual ninguna mala condición dél la desobliga), pero no por eso han de pensar ellos que tienen licencia para serles leones y para hacerlas esclavas, antes, como en todo lo demás es la cabeza el hombre, así todo este trato amoroso y honroso ha de tener principio del marido, porque ha de entender que es compañera suya, o, por mejor decir, parte de su cuerpo, y parte flaca y tierna y a quien por el mismo caso debe particular cuidado y regalo.

Y esto el apóstol san Pablo lo manda así, diciendo: «Vosotros los maridos amad a vuestras mujeres, y, como a vaso más flaco, poned más parte de vuestro cuidado en honrarlas y tratarlas bien»; porque así como a un vaso rico y bien labrado, si es de vidrio le rodeamos de vasera, y como en el cuerpo vemos que a los miembros más tiernos y más ocasionados para recibir daño la naturaleza los dotó de mayores defensas, así en la casa la mujer, como a parte más flaca, se le debe mejor tratamiento, demás de que el hombre, que es la cordura y el valor, y el seso y el maestro y todo el buen ejemplo de su casa y familia, ha de haberse con su mujer como quiere que ella se haya con él, y enseñarle con su ejemplo lo que quiere que ella haga con él mismo, haciendo que de su buena manera dél y de su suavidad y amor aprenda ella a desvelarse en agradarle. Que si el que tiene más seso y corazón más esforzado y sabe condescender en unas cosas y llevar con paciencia algunas otras, en todo, con razón y sin ella, quiere ser impaciente y furioso, ¿qué maravilla es que la flaqueza y el poco saber y el menudo ánimo de la mujer dé en ser desgraciado y penoso?

Y aun hay en esto otro inconveniente mayor: que como son pusilánimes las mujeres de su cosecha, y poco inclinadas a las cosas que son de valor si no las alientan a ellas, cuando son maltratadas y tenidas en poco de sus maridos pierden más el ánimo y descaéñseles la alas del corazón y no pueden poner ni las manos ni el pensamiento en cosa que buena sea, de donde vienen a cobrar siniestros vilísimos. Y de la manera que el sabio agricultor a las plantas que miran y se inclinan al suelo (y que si las dejasen se tenderían rastrando por él) no las deja caer, sino con horquillas y estacas que les arrima las endereza y levanta para que crezcan al cielo, ni más ni menos el marido cuerdo no ha de oprimir ni envilecer con malas obras y palabras el corazón de la mujer, que es caedizo y apocado de suyo, sino, al revés, con amor y con honra la ha de levantar y animar para que siempre conciba pensamientos honrosos. Y, pues la mujer se dio al hombre para alivio de sus trabajos y para reposo y dulzura y regalo, la misma razón y naturaleza pide que sea tratada dél dulce y

regalada mente, porque ¿a dó se consiente que desprecie ninguno a su alivio ni que enoje a su descanso ni que traiga guerra perpetua y sangrienta con lo que tiene nombre y oficio de paz? O ¿en qué razón se permite que esté ella obligaba a pagarle servicio y contento y que él se desobligue de merecérselo?

A la mujer háñsele de sufrir algunas importunidades, porque por su natural flaqueza muchas veces son sus antojos y peticiones no muy concertadas, y si no fuese por ver que las detienen y hacen estar a raya, descubrirían más su natural y toda su vida sería antojos. Era tanta la tristeza que Raquel sacaba de verse sin hijos, teniendo tantos su hermana Lía, que daba voces a Jacob su marido, diciendo: «Dame hijos. Si no, morireme», como si su marido fuera Dios. Andando el grande Alejandro en sus guerras, dejó por gobernador de sus estados a Antípater, el cual, entre otras cosas de que le daba cuenta, le escribió tantas importunidades y antojos de su madre de cosas tan demasiadas y tan injustas, que alteraron a Alejandro, y dijo: «Pensiones graves me pide por nueve meses que me trujo en sus entrañas». Eva pidió a Adán mordiese de la manzana, Dalida a Sansón le mostrase dónde tenía la fuerza, Herodías la cabeza del Baptista: todas eran peticiones injustísimas. La madre de san Juan y Sanctiago llegó a pedir sillas al tiempo que estaba Cristo, Señor nuestro, tratando de su muerte y cruz; que es tanta su flaqueza que no tienen valor siquiera para detenerse un rato en sus gustos y deseos.

Y por ser los de muchas muy parecidos a éstos, se deben mirar y examinar muy de espacio, respondiéndoles siempre con cortesía, por su flaqueza, pero concediéndoles poco de lo que piden. A las blasfemias y a las herejías de la mujer de Job respondió el varón sancto: «No sabes lo que te dices», que para lo que ella merecía anduvo en extremo cortes y bien criado. Es lo que dice san Pedro: «Honraldas por su flaqueza; que un vaso de plata o cobre puede rodar por el suelo sin miedo de que se quiebre, pero un vidrio es menester tratalle con tiento». Así, el hombre no se enoja, aunque sea tratado con desdén y con acedia; pero la mujer es vidrio, y piensa luego que es despreciada y tenida en poco. Y Cristo, Señor nuestro, tuvo respecto a la madre de Sanctiago y de san Juan no respondiéndola a ella, sino a ellos: «No sabéis lo que os pedís», que fue aquella cortesía que el Señor la hizo, dándonos en esto lección hagamos siempre honra a la mujer.

Y de cuantos usos tienen las cortes de los reyes profanos y perdidos, este de ser corteseros los hombres con las mujeres parece se funda en el Evangelio; y así, el rey que no se quita la gorra sino a Dios, se la quita a una mujer. De Carlos Martelo dice Alberto Grantzio que el nombre de Martelo se le dio a Carlos por haber salido disimulado a un torneo con tres martillos negros por armas, y que como hubiese vencido a cuantos con él se toparon, deseando todos saber quién era y no lo pudiendo alcanzar, que, enviándole a rogar las damas que se descubriese, usando con ellas de mucha cortesía, luego las obedeció, y fue muy estimado y llamado Martelo por los martillos.

Dicen Panormitano y Eneas Silvio que, habiendo entrado por fuerza de armas la ciudad de Marsella (ciudad en Francia) don Alonso, rey de Aragón y de Sicilia, fue avisado que las matronas y doncellas se habían recogido con sus joyas y riquezas en el templo de San Agustín de aquella ciudad, y enviándole ellas una embajada suplicándole que las dejase libres y que le darían todo el oro y joyas que tenían, oído este recaudo el nobilísimo rey, mostró tenerles gran compasión, y les dio libertad y dejó ir con todo el oro y joyas que tenían, sin dar lugar a que a alguna le fuese hecho agravio en la honra ni en aderezo de su



persona. Y cuando este mismo rey ganó a Nápoles por fuerza de armas, también mostró con las mujeres gran magnificencia, y por el consiguiente con los capitanes y soldados que más contrarios le habían sido en aquella guerra.

Polidoro Vergilio y Julio Robilio dicen que Eduardo, tercero de este nombre, rey de Inglaterra, como danzase con madama Silva (llamada por otros *madama Madre*) en un sarao<sup>170</sup> y se le cayese una liga de tela de plata, que el Rey la alzó y la trajo en su pierna cuatro meses. Y queriendo el rey Eduardo honrar más aquesta dama, fundó la cofradía de la Jarretera (que por otro nombre llaman de los caballeros *Garterios*) so la protección de san Jorge; y habían de ser veinte y seis caballeros, y su maestre el rey de Inglaterra, con hábito verde oscuro y liga de plata debajo de la rodilla izquierda, y veinte damas que trajesen la divisa en el brazo izquierdo (y por llamarse *garter* en Inglaterra la que en España se llama *liga*, de ahí se llamaron *Garterios*). Y porque algunos mofaban en secreto de que el Rey hiciesen tanto caudal de una cosa como ésta, añadió esta letra en la divisa, en lengua francesa: «Mal haya quien mal piensa», y este es el origen de esta cofradía. De un rey de Francia se escribe que, haciéndole reverencia en la calle una publicada ramera, que con mucha cortesía la tornó a saludar quitándose la gorra, y diciéndole después a quién había hecho aquel honor tan sin merecerlo, respondió: «Más holgué de errar en saludar una mujer impúdica que faltar jamás de hacer cortesía a alguna honesta»; que verdaderamente fue ésta sentencia real.

Después de haber robado por engaño los romanos a las Sabinas para tomarlas por mujeres, les hizo Rómulo grandes mercedes y les concedió muchos privilegios. Uno fue que los hombres cuando las topasen les hiciesen mucha cortesía, y que las dejasen ir adelante y que en ninguna manera les dijese palabra deshonesto ni alzasen los ojos a mirarlas. Las monjas Vestales fueron tenidas de los romanos en grande veneración: dábales poder para testar antes que sus padres muriesen, y cuando salían fuera del convento las llevaban con insignias consulares (que eran las de la suprema potestad romana), y si topasen por la calle a alguno que llevasen a justiciar, le daban por libre por reverencia de la monja Vestal. De las demás doncellas dice san Jerónimo y Blondo que las tenían tanto respecto que por decreto público les daban el paso libre cuando las encontraban por la calle, aunque fuese Cónsul o supremo Regente. Cuando Moisés huyó de Egipto a la tierra de Madián, estando sentado y cansado cabe el pozo de aquella tierra, llegaron siete doncellas, hijas del sacerdote de aquella ciudad, llamado Jetro, y, habiendo sacado agua del pozo, comenzaban a dar de beber a su ganado, y como se lo estorbaban los pastores que allí llegaron con sus ganados, arremetió Moisés con ellos y, aunque les pesó, dio agua las ovejas de la siete hermanas, y con su cortesía y buena obra las envió muy contentas. Jacob en Jarán y Moisés en Madián se precieron de tan corteses y comedidos que, con hallarse solos y necesitados en tierra ajena, se arriscaron por no consentir villanía contra las mujeres.

Dice el *Eclesiástico*: «Si tienes hijas, sabe que acudirán a ti con muchas demandas y te pedirán mil licencias y libertades, pero mira por ellas y recógelas y enciérralas. Y conviene no les muestres el rostro alegre, sino severo y grave, porque soltarán<sup>171</sup> a cada paso la presa de sus antojos y deseos». Y porque traer siempre el capote tendido es cosa que las entristece y las enoja (y quienquiera puede temer su enojo), para desenojallas cásalas con un hombre cuerdo, porque no hay cosa que más las desenoje ni cosa que más ellas deseen:

170.- Orig.: 'serao' (348v).

171.- Orig.: 'soltara' (349v).

sólo el oír tratar desto las alegre, y conocen en eso que sus padres las aman y las quieren, y por no estragar la voluntad de sus padres ni desmerecer lo que tienen por premio de sus trabajos tratan de virtud y recogimiento, que son cosas de que se descuidan muchas veces cuando se veen maltratar y no esperan el verse casadas.

Cleóbulo (referido por Diógenes Laercio) dice que es cosa dañosa decir palabras de loa y amorosas a mujeres estando a solas, porque se entonan oyéndolas; y lo mesmo reprehenderlas en público y oyéndolo otros, porque lo sienten en el alma. El marido no ha de ser desabrido en sus palabras y trato, o quitando a su mujer la habla o mostrándola ceño o echando capote al rostro o viniendo alegre siempre de fuera de casa o diciéndola palabras; que a veces siente más una mujer una mala palabra que si la dieran de coces. La honra del marido es la de su mujer, y así, quien a su mujer deshonra a sí se deshonra. El *Eclesiástico* dice que no sea feroz como león, sino manso como cordero, más amado que temido; ha de tener la condición del perro: que a los de fuera de casa ladra y a ratos muerde, pero con los de dentro es amoroso y bien acondicionado. Maravillándose Alcibiades, ateniense, de cómo Sócrates, filósofo, podía sufrir la mala condición de Jantipe su mujer, que era desabrida y gruñidora, le respondió Sócrates: «Y tú ¿por ventura no sufres el ruido de las gallinas que cloquean en tu casa?». Dijo Alcibiades: «Súfrolas porque me ponen huevos y me crían pollos». A lo cual Sócrates respondió: «Y a mí me pare hijos mi Jantipe, y procura mi regalo en todo lo que puede». Y también dijo este filósofo que con la mala condición de su mujer se enseñaba él en su casa a tener el sufrimiento que en público le era necesario para ser más conveniente a las costumbres de los otros.

De la misma manera que es rico un hombre que tiene un precioso rubí o un rico diamante, aunque no tenga otra cosa, y el poseer estas piedras no es poseer una piedra, sino poseer en ella un tesoro abreviado, así una buena mujer no es una mujer, sino un montón de riquezas, y quien la posee es rico con ella sola y sola ella puede hacerle bienaventurado y dichoso. Y del modo que la piedra preciosa se trae en los dedos y se pone delante los ojos y se asienta sobre la cabeza para hermosura y honra della, y el dueño tiene allí juntamente arreo en la alegría y socorro en la necesidad, ni más ni menos a la buena mujer el marido la ha de querer más que a sus ojos y la ha de traer sobre su cabeza, y el mejor lugar del corazón dél ha de ser suyo, o, por mejor decir, todo su corazón y su alma. Y ha de entender que en tenella tiene un tesoro general para todas las diferencias de tiempos, y que es varilla de virtud (como dicen) que en toda coyuntura responderá con su gusto y le hinchará su deseo, y que en la alegría tiene en<sup>172</sup> ella compañía dulce con quien acrecentar su gozo comunicándolo, y en la tristeza amoroso consuelo y en las dudas consejo fiel y en los trabajos regalo, y en las faltas socorro y medicina en las enfermedades, acrecentamiento para su hacienda, maestra de sus hijos, provisora de sus excesos y, finalmente, en las veras y burlas, en lo próspero y adverso, en la edad florida y en la vejez cansada, y de la vida por todo el proceso, dulce amor y paz y descanso.

Delante de el rey don Pedro de Aragón fue movida cuestión sobre si era lícito y convenía que siempre el marido llamase de *tú* a su mujer y nunca la llamase *vos*; y fue allí concluido que el atuar a personas muestra muchas veces, y aun a la continua, grande amor, así como acontece a un señor cuando quiere mucho a un criado o hijos: los llama siempre *tú* porque los ama de corazón. Y así, puede el hombre tratar a su mujer, guardando algunas

172.- Suplo 'en' (350r).

diferencias de atuar; porque hay uno imperativo y de altos estados y otro amigable y dulce en su tono. Con este segundo se debe tratar la mujer, como a igual y compañera, y el primero dejarle para los esclavos.

### Capítulo quince: De cómo las nueras han de honrar y reverenciar a sus suegras como a sus propias madres

**L**A manera con que se ha de gobernar la buena mujer en la vida, siendo casada, con sus suegros, marido y familia está escripta en la sagrada Escripura en el libro de *Tobías*, donde aquel buen Ragüel, sancto y temeroso de Dios, aconseja a su hija, la hermosa Sarra, cómo se deba haber con sus suegros y marido al punto que se la entregó a su yerno Tobías el mozo. Cuando se la dio para que la llevase a su tierra, con entrañas del verdadero padre besándola muchas veces, le dijo así: «Hija mía, encárgote que sobre todas las cosas honres mucho a tus suegros, ames sobre todo a tu marido y corrijas bien tu familia, y gobiernes con cuidado tu casa y guardes tu persona de toda reprehensión».

Mirando mucho estas palabras Pedro Damiano, en una epístola que escribió a Enrique, duque de Austria, dice así: «Gran doctrina da Ragüel a las mujeres en común cuando, en las últimas palabras de la despedida de su hija, la enseña cómo se debe haber con sus suegros y marido; porque es muy gran razón que, pues luego que son casados marido y mujer son hechos un mismo corazón y ánima, luego deben ser acatados los padres de la mujer por el marido y los de el marido por la mujer; y a esto constriñe la ley natural, y así, el casado que de ésta se aparta no va conforme a verdadero amor en aquella compañía matrimonial».

Y no es pequeño bien para los casados éste; que con juntarse el uno con el otro gana dos padres más cada cual de los dos. Por lo cual debe cada padre demandar a sus hijos cuando los casa que honren mucho a sus suegros, pues les deben ser padres en amor. Y dice este doctor que la misma bendición que da Dios a los hijos por honrar a sus padres da por honrar a sus suegros aquí el yerno o la nuera, y cuenta que en Bolonia rogaba devotamente una dueña Dios por la vida de una su hija, y que le apareció la madre de Dios y le dijo: «Porque tu hija ha tenido tanta paciencia con las importunidades de sus suegros y ha sufrido muchas pasiones y malos tratamientos y, con todo esto, los ha agradado y honrado sin jamás los ofender, antes ahora a la vejez los sirve y regala como amada hija, por esta causa sé cierta que tu hija será guarecida de esta su aflicción, y terná hijos de bendición y verlos ha bien heredados antes que muera. Y el primero que pariere será obispo de esta ciudad». Y todo sucedió así, por lo cual concluye este doctor diciendo que las nueras deben tratar con mucha reverencia a<sup>173</sup> los suegros y que Dios las<sup>174</sup> galardonara con particulares bienes y favores en este mundo y en el otro. También cuenta de un mancebo que tenía sus suegros dolientes y ciegos en su casa, y como sucediese quemarse toda aquella villa donde él hacía su vivienda, que solamente quedó la casa de aquel mancebo que el fuego no la tocó, y luego todos los de el pueblo reconocieron ser la causa la piedad grande que con sus suegros usaba, y le loaron mucho y dieron gracias a Dios, que tan cuidadoso es en premiar la virtud.

173.- Suplo 'a' (351r).

174.- Orig.: 'los' (351r).

Dice el Petrarca que es más grave cosa la entrada de la nuera en casa que la salida de la hija, porque la guerra de dentro de casa siempre es más peligrosa que la de fuera. Cuando la nuera no se señala por enemiga de la suegra, a lo menos la suegra no será de allí adelante sola en el señorío y mando de sus cosas. Mucho importa para el descanso de la suegra que la nuera sea humilde y virtuosa, como lo fue Rut, moabita, que, con habérsele muerto el marido y quedar su suegra Noemí pobre y desconsolada con la muerte de su marido y dos hijos que tenía, dejó sus parientes y la tierra donde nació y fue criada por venirse con ella al reino de Judea, pidiendo con muchas lágrimas a Noemí no permitiese que ella se apartase de su compañía mientras viviese; y por esta fe y caridad que con su suegra usó permitió Dios que Booz, deudo de su marido defunto y hombre poderoso, la escogiese por mujer y que de su sucesión Cristo, nuestro Señor y Salvador del mundo, naciese. Cuando la nuera no es buena y virtuosa de poco sirve a la suegra que sea rica, hermosa y generosa, porque todo esto sin la compañía de la virtud antes la hace más soberbia e importuna, conque en breve tiempo le consume la salud y vida; porque no hay animal más codicioso de honra que la mujer, y si en esto le va a la mano la suegra fácil es de entender lo que la nuera piensa y lo que ruega a Dios. Y no tiene más amor a el suegro, aunque le tenga más temor.

Muchas mataron a sus maridos y a sus suegros, unas con continuos enojos, otras con ponzoña y otras con hierro. De tantos hijos como Egipto tenía, sólo uno le dejaron sus crueles nueras, porque todos los demás mataron en una noche ellas propias con sus manos, como si no fueran sus maridos, sino enemigos crueles. Ya se ha visto hija que, con el arrebatado deseo de enseñorear, no teniendo paciencia para esperar a su tiempo la próspera fortuna, por verse ella y su marido en la posesión del reino con más presteza acordaron de quitarle la vida, y aun después de muerto mandó que pasase su carro sobre el frío cuerpo de su padre. Y si este galardón reciben los padres de las hijas casadas, ¿qué tal le pueden esperar los suegros de las nueras?

Decía el abad Panuncio escribiendo a Felice, ciudadana de Alejandría, que la discordia que suele haber entre la suegra y la nuera, que siempre procede de soberbia, porque cada una quiere ser señora de la otra, y que, pues la suegra es más anciana, que se precie de más cuerda y de saber disimular con la mocedad de la nuera y con su locura y presunción, y no cure della en cuanto más pudiere. Y cuando la hubiere de corregir sea con mucha dulzura y sin pesadumbre, y de sus desacatos avise a su hijo encargándole que encomiende mucho a su mujer que la respete y tenga reverencia y no la trate mal; y si no se enmendare (porque comúnmente aman más los hombres a sus mujeres que a sus padres, o si, por no la enojar, el marido no la quisiere corregir), acuda a Dios la suegra con sus oraciones, confiando que por su infinita misericordia tendrá por bien de humillarla y darle el conocimiento debido de su yerro para que, así, le enmiende. Y que la nuera buena debe considerar que no es mucho que se le haga dura cosa a la suegra dejar el mando y señorío acostumbrado y aquella predominación que por reverencia de la edad se le debe dar. Y si acaso viere que la suegra se desmanda, que la debe sufrir y honrar por ser más antigua, y principalmente porque la vejez trae consigo pasiones y enojos e importunidades. Así que la buena nuera, por servir a Dios y por complacer a su marido, y por la reverencia que debe tener a la ancianidad, se precie mucho de obedecer a la suegra y de honrarla, y disimule lo mejor que pudiere con sus melancolías y mala condición, si acaso así la tuviere, porque en esto dará muy buen testimonio a todos de su cordura y cristiandad y agrada

mucho a Dios. Y esté cierta que, en galardón, le enviará su Majestad muchos socorros de su mano que resplandezcan en su casa, hacienda y hijos y buena opinión de su persona, y en la quietud y seguridad de su consciencia.

Capítulo decimosexto: De lo que debe hacer la mujer cristiana cuando está preñada, y de la paciencia con que ha de llevar la muerte de sus pequeños hijos, si Dios se los llevare

**C**UANDO la cristiana y devota dueña estuviere preñada debe ocuparse muy a la continua en muy devotas oraciones y tomar por abogada ante Dios a la Virgen María, nuestra Señora, y a algún sancto y sancta a quien más devoción tuviere. Y cuando se sintiere cercana al parto conviene que se confiese y reciba al Señor y haga su testamento ordenando bien los negocios de su ánima, porque es sentencia de Cristo, Señor nuestro, que la mujer cuando pare es venida a la hora de su muerte. Rufo en sus *Apogtemas* cuenta que, habiendo muerto de parto una señora y contándolo cierto caballero, dijo que murió sin confesión y sin hacer testamento, por haber sido su muerte repentina, y que le fue respondido: «Cómo pudo ser repentina, pues estuvo enferma nueve meses?».

Entre las mujeres católicas que mucho se precieron de aguardar con devoción este paso tan peligroso y de encomendar muy de veras a Dios los buenos sucesos dél, fueron Ana, madre del sancto profeta Samuel (en el *Testamento Viejo*), y sancta Ana, madre de la Madre de Dios, como se lee en las escripturas auténticas. También se lee de la madre de san Bernardo y de la madre de san Ilefonso que, estando preñadas y rogando con grande instancia a Dios que las alumbrase y que lo que pariesen fuese para su sancto servicio, sintieron gran gracia del Señor y grandes revelaciones, según sucedió en ser tales los hijos. La bienaventurada madre de santo Domingo estando preñada, rogaba a Dios con muchas lágrimas y humildad que le diese lo que pariese que fuese para su servicio, y vio en sueños que tenía en su vientre un hijo, el cual tenía en su boca una hacha ardiendo. Y a la verdad fue así, porque su vida, predicación y la sagrada religión que fundó de Predicadores no es sino una hacha resplandeciente que alumbrá todo el mundo.

Y el bienaventurado san Antonino, arzobispo de Florencia, pone en sus *Partes historiales* que, estando preñada la madre de sancta Clara de la misma sancta, estaba hincada de rodillas delante de un crucifijo en la ciudad de Asís, en la iglesia de San Gregorio, haciendo oración con mucha humildad y lágrimas, y que la habló el crucifijo y dijo: «No temas, mujer, porque tú parirás una hija la cual dará claridad a todo el mundo». Y así parió a la bienaventurada santa Clara, y a esta causa le puso en el santo bautismo por nombre Clara, por la visión maravillosa que había visto. Y esto mismo afirma san Buenaventura. Bien manifiesta es la claridad que ha dado al mundo esta gloriosa sancta, y a toda su orden, porque la han seguido reinas, princesas y grandes señoras, y de todos estados; que con la fidelidad que guardaron a su buen Esposo y Salvador Jesucristo, Señor nuestro, y con la aspereza de su penitente vida se hicieron merecedoras de las moradas celestiales. Así lo deben hacer las buenas cristianas: prevenir a sus partos con oraciones y limosnas para que Dios las alumbré y les dé hijos o hijas que sean señaladas en su amor y servicio. Y si fuere mujer que lo puede hacer, haga que esté con ella su marido y algunas personas devotas que

recen los maitines de la Natividad de nuestro Redemptor Jesucristo y la oración de San León, papa, que es maravilloso socorro para este tiempo. Y, si no puede, llame a Dios y a la bienaventurada Virgen María, nuestra Señora, que luego será favorecida.

En Platina, historiador excelente que habla de las vidas de los Pontífices, se lee en la vida del papa Sixto que fue fraile de la orden de señor San Francisco y tío del papa Julio y natural de la ciudad de Saona; hijo de padres tan pobres que, yendo su madre preñada del mismo papa Sixto por un haz de leña a un monte que está cerca de la ciudad, le tomaron los dolores del parto en llegando al monte, y parió allí un hijo, el cual fue el papa Sixto. Como la pobre mujer se viese sola y desamparada, encomendose a Dios con mucha devoción, y a la bienaventurada Virgen María y al seráfico padre san Francisco (a quien ella tenía mucha devoción), y tomó su hijo y vino para su casa, y en la pila le pusieron nombre Francisco. Estaba delante de su casa un caballero rico, el cual como vio que la pobre mujer criaba aquel hijo con tanta pobreza, le ayudó para el estudio, y con su socorro vino a ser muy buen letrado. Y después que fue sumo Pontífice hizo grandes honras a un hijo deste caballero que le dio para el estudio, al cual llamaron el conde Jerónimo, y el Papa le hizo grandes mercedes. Hase dicho esto por que cualquiera mujer entienda que, si estando preñada llamare a Dios con buen corazón, será luego socorrida, y en especial en el parto, adonde hay tan grande necesidad y peligro. Y porque todos los que nacen en este mundo (y en particular los cristianos, que es pueblo escogido de Dios para su sancto servicio y gozar del cielo), es necesario que, en naciendo la criatura, dé luego la madre gracias a Dios, así porque la alumbró como porque le ha dado el hijo o hija, y ofrezca a Dios con devoto corazón lo que nació, diciendo que sea para su sancto servicio y que le conserve en la guarda de su ley y sanctos mandamientos todos los días de su vida para que más dignamente le alabe y glorifique.

La preñada es como un árbol adornado de graciosas y delicadas flores, que si no es guardado se yela con facilidad. Este mismo peligro corre la preñada con cualquiera accidente; por tanto, para que no muera,<sup>175</sup> conviene guardarla de muchas cosas, como son: de no darle malas nuevas ni decirle cosas de que reciba enojos, porque desto son más las que malparen que no de cumplir sus antojos. Hase de guardar del humo de mal olor, de bailar, de saltar y correr, porque desto hasta las fieras salvajes se recelan estando preñadas, y por esto de ordinario se están quedas en sus cuevas. No ha de traer apretada la cintura ni ajobar cosa de peso. El moderado ejercicio le es muy provechoso. Tanta reverencia tenían los antiguos cartaginenses a las preñadas que si un malhechor se ponía a su lado le dejaba de prender la justicia, como si se hubiera entrado en un templo.

Cuando a la casada se le muere el hijo que de sus entrañas salió, debe llevarlo con gran paciencia y procurar que la pena natural que dello se recibe se sienta ligeramente, considerando que no fue hombre humano el que se le quitó delante de sus ojos, sino el poderoso Dios, que siempre hace con nosotros lo que mejor nos está y más nos cumple; y viendo que se le llevó Dios en tiempo que se va derecho al cielo por no haber sido lastimado de la malicia y engaños deste mundo, le debe de dar muchas gracias por ello; porque si viviera largos tiempos pudiera ser perderse o tener algún mal fin con que dejara en gran dolor a sus padres. Y pues que el que le crio le llevó a su reino (y supo muy bien lo que hizo), lo

175.- Orig.: 'mueua' (354r).

más acertado es darle infinitas gracias. Acaece que los padres ponen tan eficazmente su amor en los hijos que se vienen a olvidar que Dios, lo cual Él siente mucho, y para remediar aquella pasión en los padres les lleva los hijos; porque el verdadero amor, sobre todas las cosas debe ser de Dios. Cuando Dios lleva los hijos antes que le ofendan ni hayan cometido pecado contra Él, ellos ruegan allá por sus padres, mayormente si los criaron bien.

De Lotario, gobernador de Alejandría, se escribe que, llegando a una enfermedad de que murió, aparejada su consciencia como buen cristiano, fue su ánima puesta en Purgatorio. Y luego vinieron a él las ánimas de doce hijos que se le habían muerto pequeños; y vinieron con gran claridad y gloria y dijéronle que eran las ánimas de sus hijos, que estaban con Dios en el cielo; y conhortáronle mucho y esforzáronle en agradecimiento de que les fue buen padre en criarlos temerosos y amigos de Dios, guardadores de sus sanctos mandamientos y haberlos corregido y castigado sus malas inclinaciones. Y especialmente le agradecieron el haber llevado sus tempranas muertes con paciencia, alabando a Dios cuando los sacó de su compañía, y le dijeron: «En pago destes bienes que nos heciste, te hacemos saber que, por la misericordia de Dios, fuiste perdonado de tus pecados y traído aquí al Purgatorio. Y sabe que fuiste juzgado por Jesucristo, Hijo de Dios y Redemptor nuestro, a que estuvieses en este Purgatorio docientos años, porque tuviste oficio de gobernador de Alejandría, en el cual oficio le ofendiste en algunas cosas. Y nosotros doce, tus hijos, habemos suplicado a su divina Majestad por ti, y te ha perdonado los cien años de Purgatorio, y esperamos en su divina Majestad que nos otorgará más. Y nos ha mandado que aparezcamos a algunos parientes nuestros que están en el mundo para que que te ayuden y hagan bien con sus limosnas y oraciones, para que más presto salgas de aquí». Así sucedió, porque los hijos aparecieron a ciertos amigos y parientes que habían hecho grandes diligencias en hacer bien por su alma, y les certificaron que dentro de cinco días después que se les aparecieron fue Dios servido de librar su ánima de Purgatorio para que fuese al verdadero descanso. Por las cuales cosas se muestra claro de cuánto agrado es a Dios que los padres críen y doctrinen bien sus hijos y tengan paciencia cuando Dios se los llevare, como hizo el sancto Job y lo hacen todos los verdaderos siervos de Dios, a los cuales se debe imitar.

Nadie, pues, debe estar triste por los que bien murieron, porque no son muertos, sino dormidos, y descansan agora de los trabajos desta vida miserable. Si el estado de la vida advenidera es mejor que el presente, más envidia debemos tener que lástima a los que nos precedieron. «Mejor es el día de la muerte que el del nacimiento», dice el Sabio. La razón desto es porque la muerte nos saca de miserias y el nascimiento nos trae a ellas. La muerte da fin a nuestros trabajos y es remedio de todos nuestros males; ella es puerta de la gloria a los que mueren bien y principio de la bienaventuranza, por lo cual consta ser más noble la muerte que el nacimiento del cuerpo. Los que cuando mueren salen libres de la cárcel deste cuerpo a reinar con Cristo pueden decir a los que lloran aquello que el Redemptor dijo a las mujeres de Jerusalén: «No lloréis por mí, pero llorad sobre vosotras». No han de llorar los captivos a los que viven en libertad; mas debemos llorar sobre nosotros que sobre los que murieron bien, pues ellos tienen su salvación segura y nosotros andamos en mucho peligro. La muerte de los malos debe ser llorada, pues es malísima (como dice el Palmista), y no la muerte de los buenos, que es preciosa delante de Dios. Salieron de la cárcel el copero y el panadero del rey Faraón, y el uno fue ahorcado y el otro vuelto a su honra y oficio: buenos y malos, todos morimos y salimos de la cárcel del cuerpo, pero los

malos son justiciados y colgados en la horca del Infierno y los buenos puestos en honra y dignidad en el palacio de el Rey del cielo. La muerte déstos no ha de ser llorada, sino la de los pecadores. Con grande sentimiento lloró David la muerte de su hijo Absalón, porque era malo y condenado al Infierno, y cuando supo la muerte del niño inocente, el que antes había estado muy triste alegróse y lavóse y consoló a Bersabé su madre, y a los que desto se maravillaron respondió: «Por el niño enfermo lloraba y ayunaba por que le diese Dios vida, pero agora que es muerto, ¿por qué me fatigo? ¿Podré, por mucho que haga, darle la vida? Yo iré a él y él no volverá a mí». Así, la madre que llora mucho a su hijo muerto, por más que llore no le podrá resucitar, y será en vano su trabajo y sin provecho. Perdida cosa es lo que se hace por algún fin cuando no se alcanza lo que se pretende. ¿Para qué llora la madre y hace extremos porque se murió su hijo? Llore mucho si con lágrimas pudiese resucitarle, y si esto no puede hacer, ¿de qué sirven los extremos que hace para restituírle la vida que desea? Inútiles y ociosos son todos los trabajos que en esto toma; sin provecho es el unguento cuando, poniéndole sobre la llaga, no la cura ni hace algún efecto. Los hijos que nacen de la esclava son esclavos del señor de su madre dellos, y los puede vender y dar a quien quisiere, como hacienda suya; pues ¿no tiene Dios tanto señorío sobre nosotros como el señor sobre sus esclavos? ¿No somos criaturas suyas y hechuras de sus manos? El Apóstol dice: «Si vivimos o morimos, del Señor somos». Pues si el señor no hace injuria en tomar el hijo a su esclava y venderlo en tierras estrañas, ¿por qué se queja la madre de su Majestad porque le quitó el hijo que tenía? Suyos somos y Él nos puede llevar cuando quisiere, y falto es de razón el que se queja de que haga Dios lo que quiere de su propia hacienda y disponga della su voluntad.

Bueno es llorar los muertos; y así, lloró el patriarca Abraham a Sarra, Isaac a su madre, Jacob a José cuando creyó que era muerto, Marta y María a su hermano Lázaro, y unos sanctos sepultaron el cuerpo de san Esteban y hicieron grande llanto por él; por lo cual el *Eclesiástico* dice: «Llorad sobre el muerto»; pero, para que se entienda que esto se ha de hacer con templanza y sin extremos, añadió luego: «Llora poco por el muerto, porque está descansando». Los que creemos la inmortalidad del alma y que descansan los que mueren en Cristo debemos templar nuestras lágrimas y consolarnos con que se hizo la voluntad de Dios.

#### Capítulo decimoséptimo: De las madrastras, y de cómo se deben haber con ellas sus alnados y ellas con ellos

**C**OSA es muy ordenaría ser aborrecidas las alnadas de las madrastras, y de aquí nació el común proverbio: «A la madrastra el nombre le basta». Madrastra quiere decir *madre astrosa* porque es desastrada para los hijos de la defunta su antecesora que por su desdicha entran en su poder, a los cuales casi comúnmente aborrecen y tratan mal. Debrían considerar que, pues ellas y sus maridos se reputan por una misma persona, que los hijos del uno son del otro; y así, la virtuosa y piadosa mujer terná misericordia de la tierna edad de los hijos de su marido y los tratará como si fuesen propios, pues en alguna manera lo son, por ser hijos de su marido, cuya carne es una misma con la suya, y no son dos, como afirma Cristo nuestro Señor por san Mateo. No sé quién



es la mujer de tan terrible y duro corazón que corresponda con odio y desamor al nombre de *madre* con que la llaman los alnados y pobrecillos huérfanos que engendró el mismo con quien ella está casada. Y más cruel es que los animales fierros la que llamándola los tiernos niños con el amoroso y regalado nombre de madre y señora, se muestra en las obras ser su rabiosa enemiga.

La que así lo hiciere, para enmendar su yerro y la ofensa que en ello hace a Dios, considere que podría ser que, en pena de su crueldad, permita Dios que sus hijos en su niñez queden también en poder ajeno y sean tratados con el rigor y aspereza que ella trataba a su alnados, de manera que giman y lloren y no hallen quien nos acalle ni consuele por los pecados de su impía madre. Ansimismo debe considerar que lo que hace por sus propios hijos es cosa debida al amor natural que les tiene, como su verdadera madre, y que lo que hace por sus alnados lo hace puramente por Dios, preciándose de servirle en la perfectísima virtud de la caridad, tan acepta a sus ojos y tan rebién remunerada de su sanctísima mano. Y que con lo que por sus hijos hiciere no ganará el nombre y buena opinión que con lo que hiciere por sus alnados, porque con esto dará maravilloso ejemplo a todo el pueblo y será tenida por temerosa de Dios y por de generoso pecho, y todos la echarán mil bendiciones viendo que los acaricia y procura su honor y descanso con las entrañas y amor que a sus verdaderos hijos, y que con esto se hace indigna del nombre de madrastra.

Dice Luis Vives que los padrastros no aborrecen tanto a los alnados como las madrastras, y que tienen una intrínseca enemistad las mujeres a los hijos ajenos y que los padrastros los favorecen y regalan y hacen más por ellos que las madrastras. Porque muchos padrastros hubo que les dejaron a sus alnados sus reinos y estados, con tanto amor como si fueran sus propios hijos. El emperador Augusto César dejó el Imperio a Tiberio, y Claudio a Nerón, no siendo sus hijos y teniendo el uno nietos y el otro hijos naturales que les pudieran suceder en el imperio romano. Esto hicieron estos príncipes con los hijos ajenos, entendiendo que entre padrastros y alnados no debe haber menos amor que entre padres y hijos.

Muy bien debrían tratar las madrastras a sus alnados, así por mostrar amar a sus maridos estimando y preciando cosas que tanto aman como sus hijos (que no hay vez que las oigan reñir con ellos o maltratarlos que no saquen dolorosos suspiros de sus entrañas) como porque si sus hijos hubieren de verse en manos de madrastras sea Dios servido que sean bien tratados. Y no dudo sino que el que da la medida de las buenas obras llena y colmada, tendrá por bien que si tuvieren madrastras sean tan piadosas con sus hijos como ellas lo fueron con los ajenos. De Marco Tulio Cicerón dice Plutarco que estando casado segunda vez con una señora muy moza y muy hermosa y rica, que sin alguna otra causa la repudió y desechó de sí, más de porque como madrastra mostró mucho contento de la muerte de su hija Tulia y de la primera mujer que tuvo, llamada Terencia. Con tan rigurosa determinación como ésta mostró Cicerón el gran sentimiento que del agravio de su hija tenía y la poca satisfacción del amor de su mujer, pues le faltaba en una cosa tan clara e importante a su contento. De aquí debrían tomar ejemplo las madrastras que pretenden agradar a sus maridos y vivir con ellos en paz y amor, porque «Quien bien quiere a Beltrán bien quiere a su can»; mas hay algunas tan estrañas e injustas que acaece reñir y castigar al pobrecico alnado sin él merecerlo, por sólo afligir y martirizar al padre oyendo sus quejas. Preguntando a cierta madrastra que por qué traía corridos y afligidos a sus alnados, respondió, como impía: «No hay de qué maravillase de eso; que el parentesco lo lleva». Y

de un mal alnado se escribe que, como tirase a un blanco y de resurtida diese el virote a su madrastra en la cabeza y la descalabrarse, dijo: «No fue perdido el tiro».

El hijo que tuviere madrastra dé gracias a Dios que por el mismo caso tiene también padre, y que una cosa tan triste se le templó con una cosa tan alegre y dulce. Aunque la madrastra sea injusta (como las más suelen serlo) debe el hijo esforzarse cuanto pudiere de ser con ella muy justo, por mostrarse juntamente buen alnado y buen hijo; y si ella fuere soberbia, entienda que con ninguna cosa mejor se vence este vicio que con la humildad. Si la madrastra fuere cruel, préciase el alnado de ser con ella muy piadoso y pacífico, porque la piedad debe a su padre y la paciencia a ella, en cuanto mujer, y más reverencia que a otra, por ser mujer de su padre. Y en ninguna manera consienta que pueda más la crueldad de su madrastra que su piedad, a la cual ninguna cosa hay dura ni difícil, porque ésta sube a los hombres hasta Dios y baja a Dios hasta los hombres.

Cuando la madrastra estuviere más injuriosa no mire entonces a ella el alnado, sino a lo que a su padre debe, y ansimismo que las injurias que las mujeres hacen se castigan mejor con tenerlas en poco que con vengarlas, y que no es de varón el no poder sufrir a una mujercilla, cuanto más que mandamiento es de Dios el amar los enemigos y hacer bien a aquellos que nos persiguen y calumnian, y cosa con que se alcanza el premio eterno de la gloria. Si la madrastra amare al padre, con esto ha de darse el alnado por satisfecho, porque no conviene al hijo aborrecer la persona que a su padre ama. Y si acaso sucediere que ama a otro más que su marido, guárdese el alnado de ser él aquel, porque muchas veces es menor mal el odio de la madrastra que el demasiado amor.

Esto se verificó bien en Hipólito y su madrastra Fedra, porque, estando su padre ausente, como ella le requiriese muchas veces de mal amor, el honesto mancebo, como tan fiel a su padre, no pudiendo librarse de sus importunaciones y temiendo (como mozo prudente) alguna caída en tanto perjuicio de su deshonor y afrenta de su padre, por quitar las ocasiones a tantos males como podían suceder huyó a los montes, adonde se entretenía en la caza y montería. Sintiendo Fedra en el alma el verse despreciada de Hipólito y el haberse descubierto a él en caso tan vergonzoso y malo, con rabia y dolor que desto tenía, en viniendo su marido se quejó con muchas lágrimas de su hijo Hipólito, afirmando haber querido forzarla y que, por no atreverse después a parecer delante de su presencia, se había ido a los montes. Encendido el padre en furor, luego envió a prenderle; y, temiendo Hipólito el poder y crueldad de su madrastra, se puso en huida, y, espantándose los caballos del carro que llevaba, dieron a correr a toda furia, por donde vinieron a despeñar y hacer pedazos al triste mancebo. Cuando Fedra supo el mal suceso de su alnado y amado Hipólito, considerando que ella había sido la causa de toda su desventura, tornándosele a refrescar con mayor furia la excesiva fuerza de su amor, con gran despecho se encerró en un aposento y desde allí descubrió la verdad de todo a su marido, significándole cuán fiel y leal le había sido su buen hijo Hipólito. Y, acabada su plática, se hirió y cayó muerta. No se preció de tan fiel para con su padre Jacob su hijo primogénito Rubén como Hipólito con el suyo, pues por haber cometido abominable incesto con su madrastra fue de su padre Jacob ásperamente reprehendido y maldecido a la hora de su muerte. Por haber tratado Absalón públicamente con las mujeres de su padre el rey David, por tan gran desacato y traición como ésta, cometida contra su padre, permitió Dios que muriese alanceado. Semejantes castigos que estos de Rubén y Absalón debrían esperar de la justicia de Dios

todos aquellos que atrevidamente se determinan a cometer traición contra sus padres solicitando sus madrastras o aceptando sus injustas peticiones y deshonestos ruegos.

Para conclusión deste capítulo quiero poner el ejemplo de un mancebo digno de mucho honor y gloria, pues dio lo que tenía, que fue su libertad, su honra, su hacienda y vida, por no ofender a su padre como traidor y alevoso, ni ir contra su honestidad y castidad, virtud a Dios tan acepta. Para lo cual es de saber que Fausta, mujer del gran Constantino, olvidada de lo que a su respecto y honestidad debía, comenzó a poner los ojos en su antenado, llamado Crispo. Al principio con el empacho se refrenaba; pero siendo esta pasión como la polilla, fuele entrando poco a poco hasta tenerla tan roído el corazón que quisiera pegar el mismo gusano en el del honesto mancebo. Con esto, vencida del afición, andando el tiempo tomó el freno con la boca de la soltura, y rompiendo por cuantos peligros el negocio apuntaba, le comenzó a picar y solicitar con sus desastrados amores: aquí eran los ruegos, aquí las promesas, aquí las palabras melosas, aquí también las amenazas e injurias, ordenando toda esta batería para derrocar el fuerte torreón de la castidad que en Crispo resplandecía.

Para esto hizo todas sus diligencias; pero el fiel mancebo en los primeros asaltos disimuló no dando muestra que la entendía, mas después que vio cuán de rota iban sus malos intentos, respondiolo con tanta resolución que, viéndose la Emperatriz desahuciada y que en muchos días nunca le pudo sacar ni una palabra tierna y amorosa, acogiose a las armas de las mujeres semejantes, que son traiciones, quejas, mentiras y juramentos. No cansa y deshace tanto a un hombre anciano el subir una cuesta agria y toda de arena como descompone la lengua de una mala mujer al varón que vive con sosiego; y tal estaba el buen Crispo si la mala bestia de Fausta no le saliera a picar con su lengua ponzoñosa. Cuando Fausta vio cerradas las puertas a su deseo, mudando el amor en rabia, la deshonestá señora dio con el negocio su marido Constantino: puesta ante él muy disimulada y quejosa, preséntale lágrimas fingidas, compone señales falsas, cuéntale injurias mentirosas, con tanta retórica y arte que el buen Emperador creyó mucho mal de el casto y fidelísimo hijo y mucho bien de la mujer torpe y desenvuelta (porque lo que muchas honradas y buenas no pueden acabar en largos años concluye una de aquestas malas en un momento). Como se vido en la mujer de Putifar, que, viéndose menospreciada del buen José, se quejó a su marido, y, sin aguardar a más información, luego él dio crédito a sus palabras, atribuyendo a su mujer la honestidad y fidelidad y a José la incontinencia y traición. De la mesma suerte, creyendo el emperador Constantino a la deshonestá mujer, mandó sin otra averiguación del caso prender al hijo Crispo y llevarle a un lugar de Istria llamado Pola, donde, sin ser oído ni preguntado, se hizo injusticia contra toda justicia del inocente. Justiciado Crispo tan alevosamente, pensó la nueva Jezabel que con la muerte del honrado Nabot estaba acabada su contienda y que la tierra cubría sus traiciones; mas no permitió Dios tal por que ni escapase sin castigo la perversa Emperatriz ni la verdad quedase para siempre sepultada. Pasados, pues, algunos años, con haber sido la maraña tan secreta, se descubrió, porque quien malas mañas ha, tarde o nunca las perderá; en cuya confirmación la torpe Emperatriz dio tales muestras de su desenvoltura (escribe Zonarás) que por mandado del mismo Emperador la degollaron (o, como otros dicen, la ahogaron en un baño), para que, pues la vida no se podía volver a Crispo, se restituyese la honra a la lealtad y castidad, heredera del mancebo generoso. Desta manera castigó Dios la deshonestidad desta mujer, la

traición urdida contra el alnado, para que a las que tales maldades intentaren les sirva de escarmiento y dejen de seguir tan malos y peligrosos pasos.

¡Dichosa vida la de Crispo!; y más venturosa la muerte, pues fue mártir de la castidad. Nunca tanto le aprovechara aquella deshonestá señora amándole como le hizo bien aborre-ciéndole. Armole lazo para que cayese y, viendo que se le escapaba, echó tras él los alguaciles de la ira y de la venganza, pero, aunque murió en las manos de los sacrílegos, vivió y vivirá para siempre en las de Dios. Presto le arrancaron de la vida, como flor de la mañana, pero si con mucha crueldad fue perseguido de su madrastra, con muy mayor misericordia fue coronado; los largos años le pudieran servir de acumular culpas, pero mire Dios con ojos de clemencia y trasplantele de la tierra al cielo en galardón de su fidelidad y constancia.

### Capítulo decimooctavo: De cuán acertado es aconsejarse el hombre con la mujer sabia y huir del consejo de la mala y deshonestá mujer

**M**UCHAS mujeres se han hallado muy suficientes, no sólo para el buen consejo de sus maridos, sino también para el buen gobierno de sus repúblicas. Cambra, hija de Belino, rey de Bretaña, casó con Antenor, el tercero rey de los francos, treientos y setenta y siete años antes del nacimiento de Cristo, Señor nuestro. Ésta salió mujer de tan alto valor y prudencia que su parecer era el más acertado en el regimiento del reino, y fue cosa de notar que la estimaron todos en tanto que ordenaron de llamarse Sicambros, del nombre de Cambra, propio della. Y añade Tritemio que enseñó a las mujeres de su reino lo de el lanificio, y que dio leyes de bien vivir y otras grandes doctrinas, y que por eso se tomó como en proverbio para encarecer la prudencia de alguna decir que era otra Cambra.

Dice Alberico que aquel ilustre jurisconsulto Acurcio tuvo una hija que leyó cátedra de leyes en Bolonia, y Ángelo Policiano alaba mucho a la excelente Alejandra Escala, a la cual escribió muchas epigramas en griego y ella respondió con otras en la misma lengua. Por la mucha prudencia y saber de la señora Pulqueria, hermana y gobernadora del emperador Teodosio el Menor, se formaron muchas leyes que andan en el cuerpo del derecho civil en nombre del Emperador su hermano. Ataulfo, el primero rey godo que reinó en España, quería destruir totalmente a Roma después de la haber robado, mas por el consejo y parecer de su mujer Plácida, hermana del emperador Honorio, no solamente no la destruyó, sino que, por el contrario, ayudó a su reformación. Y de nuestro emperador Teodosio sabemos haber sido muy ayudado de su sancta mujer para mejor gobernar el Imperio y quedar con nombre de tan buen cristiano. Teodolinda, reina lombarda (tan estimada de señor san Gregorio que la dirigió sus *Diálogos*), a dos maridos bárbaros que tuvo los hizo buenos reyes y que aprovecharan mucho en buena cristiandad. De Regneto, rey de Dinamarca, cuenta Saxo Danico haberse tanto afligido por haberle muerto a su hijo sus enemigos, que se dejaba ir a la muerte, mas que su mujer le consoló tanto con sus buenas y prudente razones que dejó el llorar y tomó las armas, y con ellas alcanzó gran venganza de sus enemigos. Diódoro Siculo afirma que si no fuera por consejo de Semíramis nunca el rey Nino su marido tomara una fuerza que tenía de muchos días cercada, y que por estimar en tanto su consejo apenas Nino hacía cosa sin el parecer de Semíramis su mujer. Ovidio encarece

la prudencia de la mujer de Numa Pompilio, segundo rey de Roma, llamándola «su mujer y su consejo». Eliano, en su *Varia historia*, suma las excelencias femeniles en la excelente Aspasia Focense, hija de Hermotimo, hombre pobre, la cual fue llevada tiránicamente para mancera de Ciro el Menor; mas por sus excelencias virtuosísimas y prudencia incomparable y honestidad inestimable la recibió Ciro por su mujer legítima, y se cree que nunca conoció otra después que con ella casó. Y el mejor consejo que en sus grandes peligros jamás se le daba era el de su Aspasia, y así, nunca le sucedió mal empresa que por su parecer emprendiese y prosiguiese. El marido que con las que son tales como las que se han referido no se quisiese aconsejar muy menguado sería de sabiduría y cordura.

Séneca y Dión, niceo, dicen cuánto aprovechó a Augusto César para despedir de sí una superba conversación y revestirse de muestras amables y de clemencia por consejo de su mujer Livia, por cuyo parecer expidió muy acertadamente muchos y graves negocios. De Ptolomeo, rey de Egipto, dice Eliano que, estando jugando a los dados le traían diversos procesos de delincuentes para que los condena sea muerte, y se los iban allí leyendo sin que el Rey dejase por eso de jugar. Mas, hallándose presente Berenice su mujer, con buen donaire le quitó de las manos al escribano los procesos y dijo, volviéndose al Rey: «Señor, no se han de oír causas de personas que se han de sentenciar a muerte estando jugando. Negocios son éstos que piden todo un hombre, y muy libre de otras ocupaciones». Mucho holgó el Rey de oír esto y que cosa tan justa le fuese pedida de la Reina, y así, de allí adelante siempre estuvo con grande atención y sin ocuparse en otra cosa cuando se ofrecían negocios capitales y de muerte, aprobando con esto el buen consejo de la Reina. Justino mandó escribir en el cuerpo del Derecho Imperial que se había mucho aprovechado del consejo de su mujer en el gobierno de el Imperio. De Sesostre, rey de Egipto, dice Herodoto que fuera quemado vivo, con su mujer y hijos, si por consejo della no matara los dos, sobre los cuales se salvaron los restantes. Pompeya Plotina supo aconsejar a su marido el emperador Trajano de manera que él se dejó de despojar el Imperio, y así le mudó que decía él después que el fisco real es como el bazo en el animal: cuanto él más engorda más enflaquece el animal.

No se puede negar que las mujeres sean flacas de consejo comúnmente, y por eso son excluidas de todo oficio de gobernación; mas algunas mujeres son tales que pueden y merecen regir grandes imperios y son dignas de ser rogadas quieran dar sus consejos y pareceres hasta en las cosas más importantes. La ínclita reina doña Isabel, queriendo desamparar el Rey Católico su marido la conquista de Granada por acudir a lo que tenía en la frontera de Francia de la corona de Aragón, ella le persuadió que él con sus aragoneses proveyesse por aquellas partes y que ella con sus castellanos llevaría adelante lo de la conquista de Granada. Y haciéndolo así esta reina de gloriosa memoria, fue el todo de la consumada conquista de el reino de Granada. Y no fue menos en valor y buen consejo la reina de Castilla doña María, mujer del rey don Hernando el cuarto (que llamaron *Emplazado*) y madre del rey don Alonso el oncenno, que ganó las Algeciras, de la cual cuenta su historia cosas maravillosas acerca de su prudencia y sufrimiento, con que rompió con grandes dificultades saliendo bien dellas.

Muchas otras muy insignes hembras en cordura y discreción y en toda virtud andan celebradas en todo linaje de excelencias por los modernos y antiguos escritores, y en algunas tierras de loables gobernaciones eran admitidas mujeres al público consistorio, lo cual dicen Aristóteles y Plutarco haberse usado en Lacedemonia, y en Atenas dice Marco

Varrón que se usó esto mismo; Y Cornelio Tácito que entre los alemanes y Polieno que entre los franceses; y concluyo en favor de las buenas y cuerdas mujeres con que muchas veces mandó Platón que se diese parte de los oficios del gobierno a las mujeres que fuesen halladas beneméritas para ello.

Ansí como es cosa muy justa y necesaria el aconsejarse el hombre con la mujer sabia y virtuosa, ansí es cosa muy conveniente y saludable el huir de ser aconsejado de la mujer mala y deshonestá; porque el que de esto no se guardare y recatare muy presto verá el fuego en que le mete, y ansimesmo el que hace ruego de mujer encorajada tiene muy cercana su perdición. Ley de Sólon dice Demóstenes haber sido que se diese por ninguno lo que alguno hiciese por ruego de mujer, especialmente si fuese deshonestá. Los romanos hicieron ley que los gobernadores de las provincias no llevasen a sus mujeres consigo, por que no los hiciesen peores de lo que ellos eran.

Dice Joan Magno que por la soberbia de la reina Sofía, mujer de Valdemaro, rey de Gotia y Soecia, y la mala querencia que tomó contra sus cuñados, hermanos de su marido, y los malos tratamientos que les hizo, los movió a partir su patrimonio, que era grandísimo. Y quedando Magno, uno de los tres hermanos, con el ducado de Sudermania, vivió en él con tan real resplandor que todos ponían los ojos en él; porque como él viese al Rey su hermano que se acompañaba de gente ruin y se aconsejaba con necios ignorantes, entendió su peligro, y por eso metió en su casa los hombres más señalados en virtud y saber que pudo hallar en aquellas partidas; y ansí, su casa parecía una corte de un gran príncipe. Luego que el Rey consideró la prudencia y grandeza con que su hermano procedía, comenzó a reinar la envidia su corazón, hasta mostrar en público pesarle del bien que Dios le hacía, y, añadiendo mal a mal, le tomó infernal odio por ello, sirviéndole de fuelles para mas le encender contra todos sus hermanos la Reina, que tanto los aborrecía que a cada uno de tenía puesto un mal nombre, y de su boca nunca sus criados oían otro, con que daba lugar a otros dichos y murmuraciones. El duque Magno que vio al Rey tan sujeto a los malos resabios y ruines consejos de su mujer, temiendo algún gran mal, se ausentó y hizo un buen ejército, con que venció al Rey su hermano y le puso en huida y le prendió. Y, apiándose dél, le dejó en el reino de Gotia y tomó para sí el reino de Suecia. Revelándose otra vez el rey Valdemaro y no esperando dél enmienda, le echó preso el rey Magno en la fortaleza de Nicopia, echándole prisiones y dándole servicio competente, y tomó para sí el reino de Gotia. En esto paró el rey de los Godos por dejarse corromper de la malicia y malos consejos de su rabiosa mujer para contra sus hermanos.

Sobre todas las cosas debe mostrar la mujer lo mucho que puede con su marido en ser tan sancta en sus obras y palabras que baste a convertir a su marido, de infiel, y que lo que no hace un predicador en el púlpito lo haga ella. ¡Ay de aquellas que son ocasión que el marido devoto deje de serlo, y de las que procuran y solicitan que sea más loco, más vano y más gastador! ¡Ay de las que le atizan a ofensas de Dios, como la mujer de Job y como Eva! El casamiento es principalmente para que los casados se ayuden a todo lo que es virtud y servicio de Dios y para que sean compañeros en el cielo como lo son en la tierra; y es tan poderosa la persuasión de la mujer para el bien o para el mal, que se puede tener por causa única del daño o de el provecho del marido. Ansimesmo, el marido debe dar buenos y sanctos consejos a la mujer, pues es la cabeza que tiene los sentidos y el gobierno del cuerpo, y así, conviene mirar por el buen olor de su vida y de su fama, porque no puede dar a su mujer

reglas de bien vivir si él hace mala vida. Y si la mujer, como menos sufrida, cobra ruin opinión de las prendas del marido, verná fácilmente a aborrecelle y menospreciar sus buenos consejos. Y cuando entre los casados hubiere faltas, es menos mal sean de la mujer, porque el hombre las sabe mejor disimular y remediar: a Sarra le quitaron una letra de su nombre, a Abraham se la añadieron, porque hasta en el nombre ha de tener ventajas el varón.

¡Oh, cuántos casados hay que, viviendo bien avenidos, se estorban a hacer esta su jornada dichosa, ayudándose a los pecados y muchas veces acabando el uno el pecado del otro! Jezabel, hija de Metabaal, rey de los sidonicos, fue casada con Acab, rey de Israel. Por ser esta reina criada en idolatrías y adoración de los ídolos, incitó y provocó a su marido el rey Acab a que también él los adorase. El cual, por amor della, adoro y sirvió a Baal, ídolo de los sidonicos (cosa que ninguno de los reyes sus antecesores había hecho). Edificó un templo a Baal y puso en él un altar dedicado a él; plantó un bosque cerca del templo, donde, gentilizándolo, sacrificasen a Baaal (por cuyo pecado no llovió por espacio de tres años y seis meses). Incitado Acab de su mujer Jezabel, hizo matar los sacerdotes del Señor y otros varones religiosos dedicados al culto divino porque, queriendo la inicua Jezabel que el culto y honra de los ídolos se acrecentase y el del Señor se menoscabase y disminuyese, mató a los profetas que estaban en servicio de Dios; por quitar la viña que había sido de sus padres al inocente Nabot, hizo Jezabel que con testigos falsos fuese acusado de blasfemo contra Dios y contra el Rey, por lo cual fue apedreado y muerto sin culpa, y le fueron confiscados sus bienes para la Cámara Real, teniéndolo todo por bien el rey Acab, por ser incitado de su mujer.

Por estas y otras gravísimas culpas que el uno al otro se ayudaban a hacer contra Dios fueron castigados de su mano muriendo mala muerte: Acab en una batalla y siendo degollados setenta hijos suyos y cuarenta varones principales amigos suyos, y la malvada reina Jezabel, que siempre aconsejó tan mal a su marido, fue arrojada por una ventana y dejada en la calle hasta que sus carnes fueron comidas de perros. A este rey, por estar casado con Jezabel le vinieron estas y otras desventuras; porque no sólo no le reportaba de sus tiranías y pecados, sino que antes le incitaba y persuadía a que cometiese aquellos y otros mayores, por donde se siguió tan grande castigo a él y a toda su casa. ¡Oh, cuán dichoso y bienaventurado fuera este rey si nunca se casara ni conociera a Jezabel por mujer! ¡Oh, cuán mejor le fuera estar solo que mal acompañado! ¡Oh, cuán bienaventurado fuera si nunca hubiera sabido qué cosa era matrimonio para haber habido tan perversa y mala mujer que con sus malos consejos así le previrtió y acarrió tantos daños!

¡Oh, cuántas mujeres hay semejantes a éstas el día de hoy, las cuales en lugar de ayudar a sus maridos para que se salven les dan un empellón y otro de envite para que se condenen, ya pidiéndoles injustas demandas de trajes y galas sobradas, con otros importunos antojos de sus vengancillas, ya pidiéndoles que agravien y pelen a los que con ellos tratan por que no falte para el chapín y las otras demasías, que todas salen a veces de la sangre de los pobrecillos! Pues las que desta manera se avienen con sus maridos oyan atentamente y teman las amenazas que les dice Dios por su Profeta: «Vacas gruesas y hermosas, oíd esto las que os apacentáis en el monte de Samaria y calumniáis a los menesterosos y quebrantáis a los pobres cargándolos de demasiados tributos y adahalas; las que decís a vuestros maridos: 'Traedme y enchidme la casa, que sea a tuerto, que sea a derecho. Haya bien que comer y no falte el vino precioso que bebamos en nuestra botillería.' Pues sabed las que

así lo hacéis que estáis sujetas a la divina venganza, porque Dios ha jurado a su sanctidad que muy presto vernán días en que tomará bastante y cumplida satisfacción de vosotras».

Capítulo decimonono: De cómo se debe haber el casado con su mujer cuando siente que anda en alguna liviandad de afición

**L**A pasión y afición de amor la contaban los griegos con las demás enfermedades, y buscaron remedios y medicinas para curalla (y Ovidio hizo un tratado *De remedio amoris*). Y, no satisfaciéndose los gentiles con solos los remedios humanos, de las dos diosas que fueron llamadas Venus, de la una dellas fueron abogadas las doncellas y las honestas casadas, y a está decían *Verticordia*, como quien dice: *la que volvía los corazones*, porque creían tenía poder de apartar los corazones de las mujeres aficionados al deshonesto amor. Y estimando en mucho esta virtud los romanos, le hicieron un grande y sumptuoso templo en Roma para que las matronas, con su ayuda y favor, conservasen la virtud de la castidad y honestidad y fuesen socorridas cuando a alguna flaqueza naturaleza las inclinase, y, así, fuesen libres de caer en alguna infamia.

Presupuesta esta natural inclinación, que aun a las muy honestas a veces hace guerra, no para que estas tales sean derribadas de su honestísimo estado, sino para que desta batalla, con el favor de Dios, salgan victoriosas y llenas de merecimientos de gloria y sean ejemplo de honestidad, no tienen los hombres por qué admirarse cuando en alguna mujer vieren pegada alguna centella de afición que, ya que no la tenga rendida la voluntad, a lo menos la traiga algo perseguida y acosada. Lo cual en siendo conocido del cristiano y discreto marido, debe encomendarla muy de veras a Dios, que es el que con su omnipotencia y misericordia infinita en un punto saca al pecador de el cieno y hediondez de los pecados y le restituye a una vida perfecta, en la cual goce de su amor y gracia con gran seguridad.

Muchos hombres hay que andan desabridos y desgustados por haber sentido de sus mujeres que están tocadas de alguna mala afición, y impertinentemente se quejan con mucho dolor a los que no saben cómo lo remediar, debiendo acudir a algún varón sabio que por sciencia o experiencia entienda de este mal, para que con el remedio que ordenare cure tan grave dolor como en los hombres causa. Ovidio, que fue hombre que presumió de dar excelentes consejos para el remedio deste daño, dice que no es posible dar regimiento ni arte general en este caso, sino remitir a lo que Dios le inspirare que haga y a lo que más viere que es necesario que se tenga conforme a la mujer que Dios le dio, guardando tiempo y lugar y la circunstancia del caso.

Un doctor varón, llamado Salustrio, dio por consejo a un su amigo que en semejante necesidad le pidió su parecer, lo siguiente: que tuviese por cosa cierta que si la tal mujer que anda en estas liviandades hallase lugar para poner en efecto su voluntad, que pasaría muy adelante su ceguera y yerro, por lo cual dice que luego que sintiere su liviandad debe quitarle con gran diligencia cualesquiera ocasiones que la puedan alentar a mal. Cualquiera persona, mozo o moza, amiga, vecina o parienta, de donde se puede sospechar que le viene algún daño, se ha de apartar muy lejos de su trato y conversación y ponerle a su lado y compañía alguna persona que esté de su parte, madre o hermana del mismo marido, la cual con gran cuidado la vele y mire de manera que no tenga lugar de hablar ni ver a alguna persona



que la pueda inficionar. Y advierta con cordura que todo esto se haga sin causar escándalo ni dar que decir a nadie, por que dello no redunde alguna infamia, y de suerte que la mujer no entienda las sospechas de su marido ni que sabe cosa alguna de sus liviandades.

Procure también el marido con sabio consejo que ni su mujer tenga mucha pobreza ni le sobre nada, y ni la deje sola ni encerrada, porque destas cosas suelen resultar los males con el excesivo deseo de la libertad. Mire con gran cuidado que su mujer se ocupe en algún género de ejercicio mujeril, el cual, aunque no la fatigue, a lo menos le aparte la ociosidad, porque este vicio es en las mujeres mozas una caudalosa pestilencia. No la consienta ocuparse en cosas lujuriosas y de malos respetos, como en afeites, unturas, aguas, lejías y delicadezas, ni en demasiada curiosidad de los guantes abobados, ni perfumes ni olores, porque toda ésta es munición de Satanás, la cual él tiene para incitar a los hombres a lujuria y para combatir el fuerte alcázar del ánima casta y honesta.

No permita el casado a su mujer que se acostumbre a buscar buenos vinos ni delicados manjares, sino que cuando sintiere que con estudio lo inquire y procura, la reprehenda con discreción y con mucha industria se lo aparte. No la consienta vestir de muchos y alegres colores que causen nota, mas acostúmbrela a todo recogimiento; y si le viere venir por la calle desde lejos, se quite luego de la ventana, mostrando en ello respetar a su marido (y no se ponga muchas veces en ella); que sea siempre muy templadas en su lengua y muy avisada, y que esté siempre sujeta a su obediencia y voluntad con deseo de guardar la honra de su marido y la propia suya. No le dé lugar a que sea rezonglona, ni que le replique cuando algo le mandare o enseñare o aconsejare, considerando que no debe otro corregir a la mujer sino sólo el marido. Todas estas cosas debe hacer el hombre al principio de su matrimonio, porque después con dificultad se sujetan a estas costumbres si a ellas no les nace de su virtud el usarlas.

Si acaso fuere la mujer tan ruda o pertinaz que, enseñándola el marido con amor y con buenas y suaves palabras, no solamente no se quiere corregir ni dejarse domar, ni muestra inclinarse a bien, a la tal, cuando con ella se hubieren hecho todos los comedimientos y diligencias que deben hacerse, es razón que entonces sea tenida por loca y falta de juicio, y débese llevar por mal y por castigo, hasta hacerla ser buena o que pierda la vida antes que consentir que viva mal. Así lo dice Salomón; que luego la tal mujer que no quiere por bien obedecer a su marido ni ser virtuosa debe ser avisada con algún rigor de palabras, con amenazas y desabridas razones, y si con esto no se corrigiere, apretarla más con mayores castigos, y si se enmendare y mejorare su vida hala de favorecer con rostro alegre y dulces palabras y de mucho amor, porque así será atraída a la virtud. Y cuando la castigare, advierta bien quién está delante, por que por su presencia no quede más injuriada de lo que es razón y, hallándose afligida y desesperada, no suceda algún mayor mal.

Siempre ha de ver la mujer al marido que procede en todas sus cosas como hombre muy honrado y de buena presunción, y si acaso cayere en alguna liviandad, guárdese no venga a las orejas de su mujer, porque le importa mucho el ser della tenido por varón de estima y gravedad, y verle acompañado de los buenos y virtuosos y que menosprecia de tal manera a los malos que aun ver no los querría. Trabaje el marido por tener en su casa personas virtuosas y temerosas de Dios, porque esto hace mucho al caso para que la mujer le tenga respecto y le ame y se avergüence de hablar ni obrar cosa vil. En todo procure el marido mostrarse a su mujer hombre virtuoso y de muy buenos respetos: en sus hechos, verdadero; en sus pláticas y conversaciones, grave. Cuando hablare con su mujer sean sus pláticas templadas y de mucha

cordura, mezcladas con grande amor y afición (y aunque sean para corregirla y enmendarla), porque el que hubiere de llevar con rigor a su mujer necesidad tiene de gran consejo y artificio, y tal que ningún ingenio humano bastará, si no es acompañado del auxilio del Cielo; mas, haciendo el hombre con mucha cordura y sana intención lo que fuere en sí para que su mujer sea aprovechada en toda bondad y nuestro Señor sea mejor servido, nunca Dios deja de concederle su favor y suplir aquello que en él falta para poderlo conseguir.

Capítulo vigésimo: De cómo nadie debe alabar lo que mucho ama, y en especial a su mujer, ni menos descubrir su tesoro

**O**VIDIO, en su primer libro *De arte amadi*, requiere a todo el mundo no solamente a que un amigo no fie a otro amigo a su mujer, mas ni que se la alabe de hermosa, porque, en tal caso, con las blandas palabras de la hermosura le entra la ponzoña de la infidelidad y del traidor amor, y después que ha referido dos o tres pares de verdaderos amigos que florecieron por tales en los siglos muy primeros, concluye que ya no hay que fiar. No queda más corto el poeta Propercio, que blasfema de un amigo que por le haber mostrado y alabado a su amiga, casi se la tenía ya cogida, y concluye no haber que fiar de amigo ni del huésped que se mete en casa, pues Menelao, por haber metido en su casa a Paris, quedó sin mujer y sin hacienda.

De Diego Alguacil, morisco, cuenta la *Astriada* que, siendo muy privado de Abenhumeya, rey de los moriscos rebelados de Granada, le contaba la grande hermosura de Zara, su amiga, y las muchas gracias que tenía, en especial en tañer, cantar y danzar, así a la española como a la morisca. Esta relación puso a<sup>176</sup> Abenhumeya en muy grande cuidado, y así, le rogó y mandó la hiciese traer delante de sí, diciendo que holgaría mucho de ver tan estre-madas gracias como tenía. Venida Zara, satisfizo tanto al reyezuelo en cuanto se la habían alabado que tuvo por poco lo que Diego Alguacil le había dicho della; mas, por haberle parecido tan bien, quedó della tan de veras aficionado que, sin mirar los daños que dello le podían redundar, se le alzó con ella. Esto causó tan grande indignación y despecho en Diego Alguacil que, tramando grandes falsedades y traiciones contra el Rey, le vino a hacer morir ahorcado a manos de los que antes le seguían y servían.

Cuenta Justino que Candaulo, antiguo rey de los lidoros, habiendo tenido por amigo cordial a Gigis, como le hubiese fiado todos los secretos de su corazón y hubiese hallado en él siempre buena correspondencia, por aumentar más el contento que con las virtudes y grande hermosura de su mujer tenía, determinó (confiado en la mucha lealtad que en él había hallado) de mostrarle claramente la hermosura de su mujer, la cual era hermosísima y de gran belleza en su rostro (y no siendo menos en todas las partes de su cuerpo). Teniendo el rey a Gigis detrás de una cortina de la cama, la descubrió toda de manera que la pudiese muy bien ver y considerar. Esto hizo Candaulo por entender que a aquel su amigo no sería posible significarle con palabras la gloria de que gozaba con mucha más elocuencia de la que tenía. Y, hecho esto, le representó las grandes virtudes de la Reina su mujer, alabando a los dioses por haberle dado tal mujer y de tan gran nobleza y las muchas riquezas que con ella hubo. Mas pensando el triste Rey que todo esto fuera para

176.- Suplo 'a' (366v).

aumento de su gloria, halló trocada su suerte en suma infelicidad: porque desde que Gigis, su desleal amigo, comenzó a ver la perfección que en ella naturaleza había criado, se fue abrasando tan de veras en su amor que desde entonces no trató en su consideración de lo mucho que al servicio de el Rey debía por tan gran merced y favor como le había hecho, sino en que sus ardientes deseos no podían ser ejecutados sin que primero costase al Rey la vida. Y así, como infiel y traidor, desechando de sí todo buen consejo, ciego de su afición, con su propia espada le dio la muerte. Antes de la muerte del Rey tenía las cosas del reino tan bien dispuestas y después supo rodear su negocio con tanta industria, que vino a casarse con la Reina y a quedar por señor del reino.

Cuenta Tito Livio y Valerio que teniendo Tarquino, rey de Roma, cercada la ciudad de Ardea, estando en aquel cerco tres hijos suyos y Colatino, marido de la famosa Lucrecia, sucedió que un día, estando comiendo los tres hijos del Rey y Colatino, tratando entre sí de varias cosas, vinieron a dar en costumbres de mujeres, y cada uno alababa a la suya de más graciosa, avisada, de buenas costumbres y hermosura, y que mejor gobernaba su casa de todas las mujeres romanas. Sobre lo cual, como cada uno estuviese invencible en su opinión y sobre ello hubiese voces, Colatino, que había hablado poco, les rogó que se pacificasen y le oyesen. Alcanzado esto dellos, dijo: «El altercar nosotros sobre una cosa como ésta es demasiado y por demás, teniendo tan en las manos la experiencia. No estamos lejos de Roma, pues podemos, partiendo de aquí luego, llegar a prima noche a la ciudad. Vamos de improviso allá, visitemos la casa y mujer de cada uno y, no estando nuestras mujeres apercebidas de nuestra ida, veremos lo que cada una hace y en lo que entiende, y así podremos juzgar quién hace ventaja a las demás».

A todos pareció bien esto: hacenlo así, dan consigo en Roma a la primera vigilia de la noche, adonde los tres principales hallaron a sus mujeres con otras damas en fiestas, bailes y danzas. Fueron a Colacia, que era una alquería junto a Roma, donde Lucrecia vivía a la sazón, y halláronla en un aposento de su casa, entre sus doncellas, trabajando en oficios mujeriles. Oyeron que hablaba con ellas como lamentándose del trabajo que su señor Colatino tenía en el campo. Viendo, pues, ella al marido y aquellos caballeros, con grande honestidad, gracia y donaire se levantó a ellos y los recibió suplicándoles se asentasen y recibiesen algún regalo. Era Lucrecia muy hermosa y por estar algo revuelta a todos los pareció muy bien. Allí los tres hermanos se dieron por vencidos de Colatino y juzgaron a Lucrecia por la más hermosa, honesta y virtuosa de todas las matronas romanas. Colatino les hizo fiesta y les dio de cenar, aderezando Lucrecia la cena con gentil de gracia y donaire.

Sentáronse todos a las tablas, y Lucrecia al lado de Colatino, razonando con él y con los príncipes con todo aviso y gracia; que todos quedaron della contentísimos, especialmente Sexto Tarquino, uno de los tres hermanos, que della quedó excesivamente enamorado, y deseaba que la cena durase mucho, no por el gusto que tenía de los manjares preciosos que le eran puestos, sino por cebar más su vista en la gran hermosura de Lucrecia, de quien no podía apartar sus ojos. Allí se determinó a hacer todo lo que pudiese por gozarla sin que cosa alguna se le pusiese de por medio para estorbárselo. Vueltos a Ardea, al cabo de algunos días Sexto Tarquino vino a Roma y, por ser pariente cercano de Colatino, se fue a casa de Lucrecia, diciendo le convenía estar allí aquella noche encubierto; en la cual amenazando a la casta Lucrecia que la mataría juntamente con un esclavo y publicaría haberlo hecho por hallarlos juntos en un lecho, vino Tarquino a cometer el adulterio que

fue causa de que Lucrecia se diese la muerte y Sexto Tarquino perdiese la vida y los reyes perpetuamente fuesen desterrados de Roma, y de otras muchas desventuras que sucedieron por esta ocasión. De aquí adviertan los casados el recato que deben tener en no hacer plaza ni anatomía de las gracias que conocen en sus mujeres, por que no vengan por esta causa ser cobdiciadas de otros y pretendidas, pues de este peligro aun la gran honestidad de Lucrecia no fue poderosa a se librar.

Asimismo las mujeres se deben guardar de alabar cosas de que puedan redundarles algunos grandes daños, como a algunas les han sucedido. De la reina Hermilinda, mujer de Cuniperto, rey de los lombardos, se escribe que viendo en un baño desnuda a Teodora, hermosa doncella de sangre romana, pareciéndole ser muy perfecta y acabada, se la alabó mucho al Rey; y, aficionado el Rey de la doncella por la relación que della la Reina le hizo, la vino a gozar y después la metió monja, habiéndose puesto en ocasión la Reina de mayor mal que pudiera por esto sucederle. En Nicéforo y la *Historia tripartita* se lee que Justina, noble doncella y muy hermosa, vino a ser tan amada de la emperatriz Severa, mujer del emperador Valentiniano, que la hacía tan gran favor que juntamente con ella se bañaba, y parecióle tan perfecta y acabada en toda su persona que, no pudiendo sufrir la satisfacción que della tenía, se la vino a alabar tanto al Emperador su marido (sin advertir el daño que a sí misma hacía), que él vino a encenderse tanto en su amor que, no mirando la injuria que a Dios hacía ni el decir de las gentes, hizo ley que cualquiera pudiese tener dos mujeres juntas, y luego se casó con Justina, en la cual tuvo a Valentiniano, que le sucedió en el Imperio, y a tres hijas, con harto dolor de la emperatriz Severa, que sólo de sí misma se quejaba.

Paulo Diácono cuenta de la reina Gundeburga, mujer de Arionaldo, rey de los lombardos, que, siendo mujer hermosísima, muy cuerda y de grande honestidad, como un continuo del palacio llamado Adalulfo, de los principales lombardos, fuese muy buen dispuesto, la Reina, con tanta llaneza como nobleza, le alabó la buena disposición que Dios le había dado (cosa que estuviera muy bien escusada). El desvergonzado atrevido se le llegó a la oreja diciendo que todo estaba a su servicio, de lo cual se afrentó en gran manera la Reina, y, por que entendiese que había juzgado mal de la intención con que había dicho bien dél, con mucha indignación le escupió en la cara. El traidor Adalulfo hizo cuenta que la Reina diría al Rey lo que pasaba, y fuese primero para él y díjole con muy encarecido secreto que la Reina traía pláticas con Taso, regente de la Toscana, para le matar a él y casar con Taso. Dándose el indiscreto Rey por agraviado de la Reina con sola esta leve y falsa información, prendió a su honesta y excelente mujer y la encerró en un castillo. Clotario, rey de Francia, envió su embajada al rey Arionaldo, afeándole la prisión de la Reina su mujer sin tener probanza contra ella y siendo ella de la sangre real de Francia. Y como el rey Arionaldo dijese que bastante probanza tenía para la prender, díjole uno de los embajadores que diese facultad para que alguno de los parientes de la Reina reptase al acusador y que allí se mostraría la verdad, y el Rey holgó dello. Ariberto, primo de la Reina, habló por ella y dio a uno llamado Pitón que peleó con Adalulfo<sup>177</sup> y le mató, y la Reina fue restituida en su honra como de antes. Nótese los daños que redundaron de alabar la Reina a aquel mancebo: el atreverse él a requerir de mal amor a la Reina (con ser reina y señora), el acusarla con falsedad, su afrentosa prisión, el estar desavenida y en desgracia con el Rey

177.- Orig.: 'Adaulpho' (369r).

su marido, la muerte del liviano y falso mancebo y el peligro grande en que la Reina se vido. De aquí podrá cada una entender a quién se pone a alabar, para no ser ocasión de malas sospechas y muchas desventuras.

Persuadiendo el rey Darío con grande arrogancia a el grande Alejandro dejase de ir a conquistarle sus reinos porque era poco su poder y, así, no podría dejar de sucederle mal, entre otras razones que en su carta iban puso esta: «Mis guerreros son tantos que pueden compararse a las arenas de la mar, y de oro y plata tengo tanta copia que con ello podría cubrir toda la tierra». A lo cual en otra carta le respondió Alejandro «Encareces, Darío, mucho tus grandes riquezas, y no sabes en esto lo que te haces; porque mientras mayores las publicas más ánimo me das para desposeerte dellas» (como lo hizo). Dice Justino que los godos que quedaron en su tierra cuando Breno salió contra Delfos, afrentados de quedar ociosos, se juntaron quince mil peones y tres mil caballos, y enviaron a Antígono Gonatas, rey de Macedonia, que les diese dineros o que tomase la guerra. Antígono, como poco astuto, hizo grande banquete a los embajadores y después les mostró sus grandes riquezas y las armas y elefantes de guerra que tenía (diciendo a los suyos que para poner temor a aquellos bárbaros), lo cual sabido dellos, con mayor cobdicia y ánimo vivieron contra él y le hicieron cruel guerra y robaron cuanto pudieron. Habiendo alabado el Oispo Peloponesiaco al turco Payaceto la bondad de la tierra de Focea y de Tesalia, encareciéndole mucho cuán aparejadas eran para cazas y monterías de diversas maneras, luego se le hinchó la boca de agua por tenerlas por suyas, y fingiendo hacer jornada para otra parte, enderezó después su camino para allá, y las conquistó y dejó por suyas, por haber sido inducido de la relación del indiscreto o mal intencionado Obispo, que a enemigo tan poderoso y tan sediento de los ajenos señoríos le iba a alabar tanto aquellas tierras para su destrucción y desventura.

Escribe Sabélico que un hombre natural de Creta llamado Estamato, estando en Venecia se halló presente cuando se mostró el tesoro de la ciudad a borsio, señor de Este, por le hacer gran fiesta. Y este Estamato, hombre desconocido, entró como si fuera de la familia de Borsio al sacrario de la iglesia de San Marcos, donde se mostraba, y, en viendo tan gran riqueza, luego se le aficionó y propuso de hacer por la gozar. Y, quitando un tablón de mármol, comenzó a penetrar la pared y, dejando el acabarlo para otras noches, tornaba a asentar el tablón de mármol<sup>178</sup> dejándolo muy limpio como antes estaba, hasta que vino a penetrar dentro, y en muchas noches sacó cuanto tesoro allí había (que espanta lo que Sabélico nombra, afirmando que valía dos millones, como quien lo vido por sus ojos) y metiolo en un pobre aposento que tenía en Venecia. No se sabiendo dar a manos con piezas tan ricas como allí había, descubrió su buena ventura a un Zacarías Grío, su amigo, y cuando el otro lo vio, de turbado se hubiera de caer de su estado (y le quiso matar el ladrón, si él no volviera con disimuladas palabras a decir que fue tanto su placer que no se lo sufrió el corazón), y pidiole una piedra riquísima en prendas de seguridad que no le defraudaría de su parte, ya que se le había descubierto. Y diciendo que iba a un negocio, se fue a los Senadores y les mostró la piedra y dijo lo que pasaba, con que quedaron admirados y cobraron su tesoro y mandaron ahorcar al famoso ladrón, que por mostrar los grandes bienes que tenía robados se vino a perder, habiendo tenido ánimo para acometer y salir con tan extraño hecho, y faltadole para guardar el secreto que tanto le convenía.

178.- Orig.: 'marbol' (369v).

### Capítulo vigésimoprimo: De la lealtad que entre los casados debe guardarse

**L**OS buenos casados deben ir unidos y hermanados al yugo de su estado, guardándose el uno al otro el amor y lealtad que pide el sancto matrimonio, pues van unidos a él sus dominios y voluntades trocadas, y ya no siendo suyos, sino cada cual poseído del otro. La lealtad que la mujer debe a su marido significola la Escritura diciendo así de la adúltera: «Dejó a su primer marido y olvidose del pacto de su Dios», dando a entender por este término que, después de Dios, el propio marido ha de ser a la mujer el su Dios de la tierra, que en sólo él ha de acabar su adoración; mas la lealtad que debe el marido a la mujer significola delgadamente el sancto Moisés cuando dijo que «Edificó el Señor de la costilla mujer para Adán», llamando *edificio* a la misma mujer y significando por este término que en la mujer que Dios daba al hombre le edificaba casa de amor en que morase de asiento, por que no se anduviese derramando ni distraído por casas ajenas. Debe ser la mujer tan querida de su marido que ha de ser la oveja regalada y amada suya en quien se acabe su amor, de suerte que se pueda decir dél lo que se dijo de Urías, el buen casado, respecto de Bersabé: «Ninguna otra cosa tenía sino sola una oveja que entre sus brazos dormía y reposaba»; porque ésta ha de ser la que el marido solo ha de tener por tan cosa suya como si en comparación de la mujer no poseyese otra cosa.

Según afirman los doctores teólogos, los bienes del matrimonio son tres: fidelidad, generación y sacramento. Del primero, que es fidelidad, dijo que ha de ser recíproca, guardando igualmente fidelidad el marido a la mujer y la mujer al marido, y ésta ha de ser en cuatro cosas: la primera, en el amor interior, que se amen igualmente el uno al otro de corazón; la segunda, en la comunicación de los bienes que poseen, que sean gastados en servicio de ambos y que no derrame el uno por una parte y el otro destruya por la otra; la tercera, que se honren el uno al otro, que no haya entre ellos descompostura de palabras, mayormente donde hay quien los oiga; la cuarta, muy más necesaria, es que se guarden fidelidad en la limpieza de sus cuerpos, que su cama carezca de segundo huésped o huésped, y así, que el uno al otro guarden fidelidad.

Los maridos no menos obligación tienen a la guarda desta fidelidad que sus mujeres, antes están más obligados. Lo uno porque son, o a lo menos han de ser, más prudentes y sabios; lo otro, porque son cabeza de la mujer, y así, deben de ser guía y dechado dellas por donde se hayan de regir y sacar muestras de virtud. Contra los que en esto agravian a sus mujeres y, viéndolas quejarse, trabajan con amenazas y heridas de hacerlas callar alegando que ellos son varones fuertes y ellas mujeres flacas, y que ellos son señores y ellas siervas, dice san Agustín: «Si te precías de varón fuerte, muestra serlo en vencer la torpeza de el deleite». Y a los que dicen<sup>179</sup>: «Yo soy señor y la mujer sierva» responde el mismo Sancto: «En todas las cosas, ¡oh mujeres!, sed con vuestros maridos como siervas; mas cuando vieren a aquello que dice el Apóstol: 'La mujer no tiene poderío sobre su cuerpo, sino el varón',<sup>180</sup> dad voces y clamad, como por cosa vuestra que así, tan mala e injustamente, os es quitada». Y a los que dicen «Nosotros somos cabezas y vosotros miembros» responde san Agustín: «Si eres cabeza, lleva a los miembros y mira adónde vas, y no quieras ir adonde

179.- Orig.: 'lo que dize' (371r).

180.- Orig.: 'El varon ... la muger' (371r).

no querías que fuese tu criada». Que no menos sean<sup>181</sup> obligados a la guarda desta fidelidad los maridos que las mujeres parece por las leyes divinas y humanas. Por la ley divina parece: como fuesen hallados los dos adúlteros, un hombre y una mujer, mandó Dios (según se halla en el *Levítico*) que con una misma pena fuesen castigados y que juntamente muriesen apedreados, para manifestar el ser iguales en la culpa. Por las leyes humanas parece, y lo ponen los sacros Cánones, de donde dice Inocencio, papa: «La religión cristiana igualmente condena el adulterio así en el varón como en la mujer», y san Ambrosio dice: «No conviene al varón lo que no conviene a la mujer». Mas por ventura dirá alguna mujer: «Mi marido no me guarda a mí fidelidad, tampoco yo quiero guardársela a él». A esto responde san Agustín: «¡Oh muy limpias y castas mujeres, no queráis imitar y remedar a vuestros maridos o porque vivan con vosotras en el cielo o porque ellos solos perezcan! La mujer casta y limpia no guarda al marido adúltero y malo su castidad, limpieza y fidelidad, sino a sólo Dios verdadero».

Apolónides protesta que no es razón que alguno emprenda las alabanzas de las virtuosas y leales mujeres que no sea varón sabio. La razón de lo cual encierra la sentencia del otro Alexandre, que llama a la mujer generosa una botillería llena de virtudes. Menandre dice que no hay hechizos amatorios que tanto deban mover al hombre cuerdo a se conservar en suma alegría con la compañía de su mujer como las virtudes que en ella resplandecen. Y ¿qué casa para siempre medró entre los hombres en riquezas (dice Sófocles), si no anduviese de por medio mujer virtuosa? Excelente razón es aquella de Eurípides para aliviar las pesadumbres del vínculo matrimonial: que la afinidad de la buena mujer la obliga a guardarse de mal vivir. Por el cual fin, dice Diódoro siculo que los antiguos reyes de Egipto se servían de hembras principales y de crecida edad, por que delante dellos no se atreviesen a hacer o decir cosa no debida.

Entre muchas naciones se acostumbó, cuando morían los maridos, pleitear las mujeres que cada uno tenía sobre el probar cada una el haber sido más amada dél, para que la enterrasen con él, y las demás quedaban corridas y afrentadas. ¿Qué mayor muestra de fidelidad y amor podía pedírseles? Dice Baptista Fulgoso que se rebeló contra Jacobo, hijo de Usón Casán, rey de Persia, Pandoreo, capitán suyo. Tenía este capitán una mujer de edad de diez y seis años, hermosísima y que le amaba por todo extremo. Rogó al marido que se reconciliase con el Rey y no viniese con él a batalla, aunque no pudo alcanzallo. Vista su pertinacia, le pidió que, primero que diese la batalla, la matase, porque le daba el corazón que moriría en ella, y sin él no quería vida. También esto le fue negado. La batalla se dio y en ella fue muerto Pandoreo, y la mujer captiva y entregada al Rey. Quiso el Rey casar con ella y ella resistió cuanto fue posible, y como se le quisiese hacer fuerza, pidió tiempo para determinarse, y en él escribió: «No verán los hombres que, muerto Pandoreo, su mujer viva»; y, escrito esto, se mató con un cuchillo. En este hecho mostró gran fidelidad y amor al marido, aunque cometió grave pecado en matarse.

Encarnizado el emperador Magencio en sus grandes vicios y deshonoras de las nobles y buenas matronas romanas, envió los ministros que para tal maldad tenía a que le trujesen a la honestísima Sofronia, casada con el Adelantado de Roma, porque era famosa por hermosura y gracia, y el marido, rendido con el miedo de la muerte, con gran dolor de su

181.- Orig.: 'se han' (371r).

corazón la dijo que no había más de pasar por lo que Magencio mandaba. De lo cual ella afrentada, viendo al marido perder su honor por quedar con la vida, dijo a los sayones que la diesen lugar para se aderezar y componer como era razón para haber de ir delante del Emperador, y, entrando en su cámara, se hincó de rodillas ofreciéndose a sí y a su honestidad castísima al Hijo de la Virgen, y luego se hirió con un puñal, diciendo a sus sirvientas que hiciesen saber al tirano que tales hembras eran las cristianas de que él se había de contentar. Al punto cayó muerta en el cuerpo, subiendo su alma triunfante al cielo, dejando en la tierra tal ejemplo y dechado a las casadas, que siempre su fama vivirá (aunque el tal medio de matarse no se debe tomar).

Siendo señor de Parma Gisberto Corregiense, los parientes de su mujer levantaron conjuración contra él, y fue de manera que le convino irse huyendo de la ciudad. Rolando Rocio, hermano de la mujer, quiso llevarla a su casa y quitarla de entre los soldados y hombres de guerra, donde estaba, mostrando grande esfuerzo en favor del marido. La cual oyendo lo que el hermano le decía, mirándole airadamente y llamándole traidor, le dijo: «No quiera Dios que yo entre en casa donde me profane y manche, habiéndose ordenado en ella tan grande traición contra pariente y su bienhechor, ni coma pan que los perros hambrientos, por no participar de la mácula de traición, evitarían. Antes pienso irme con mi marido, a quien engañaste dándole a mí por mujer, y pondreme delante dél para que tome en mí de ti venganza». Dicho esto, los pies descalzos y los cabellos sueltos, se fue a Castro Novo, donde el marido estaba, y, derribada delante dél, le pidió llorando que con su muerte vengase la injuria que su hermano Rolando le había hecho. Refiérela Evorense.

Señalado fue el amor y fidelidad de Pantea con su marido Abradata, el cual en una batalla que tuvo Ciro (cuyo soldado era) contra los babilonios fue muerto. Llévaronle el cuerpo a su mujer Pantea y ella le adornó y lloró conforme a la costumbre de la tierra, y al tiempo de poner el cuerpo en la sepultura ella se derribó sobre él y, abrazada dél, se quedó muerta. Dice Fulgoso que Triaria, mujer de Lucio Vitelo, seguía armada en la guerra su marido, y cuando se daba alguna batalla (como fue en Terracina, que el Vitelo acometió de noche) ella se vido entre lanzas y espadas, hiriendo y matando, sin que diese ventaja a otro valiente soldado. Y todo lo hacía por serle tan fiel a su Vitelo que en ningún peligro consentía que le faltase su favor y compañía. Determinada Elisa Dido, castísima reina de Cartago, de conservar su honrada viudez con gran lealtad a su marido Siqueo, viéndose apretada del rey Hiarbas, que le pedía que casase con él (donde no, que había de destruir su ciudad y cuantos en ella hubiese), tuvo por mejor el darse la muerte por su propia mano que ver maculada su honestidad.

La muerte de la mujer del Levita, que mataron los de la ciudad de Gaba, como malos, aquella noche que allí se hospedaron usando mal della (por lo cual fue casi todo el tribu de Benjamín destruido y acabado por los demás tribus) fue permitida de Dios porque se había ido de su marido siendo desamorada, como dice Josefo (aunque Filón añade que le había cometido adulterio y ídose a su tierra a casa de su padre, y después de cuatro meses, hechas paces, volvía a su casa y sucedió su desventurada y astrosa muerte). De que pueden sacar documento las mujeres casadas de ser obedientes y leales a sus maridos, porque, no siéndolo, cuando ellos disimularen Dios no disimulará, sino que las castigará.

Entre las cosas que los hombres más estiman es el guardarles lealtad con las mujeres que bien quieren o les tocan. Teniendo Alejandro presas a la mujer y hijas de Darío, her-



mosísimas, mucho tiempo había, como un eunuco destas Reinas se huyese, fue luego a Darío, el cual amenazando al eunuco con mil muertes si no le decía si había amistad entre Alejandro y la Reina, le certificó con verdad haber sido la Reina y sus hijas tratadas y servidas con tan grande respecto y honestidad que jamás las había visitado Alejandro. Tanto se agradó con esta relación el triste Rey que, enternecido de nuevo para con Alejandro y descubriendo su rostro (que tenía cubierto de luto) levantó los ojos y la manos al cielo, diciendo: «Oh dioses de mi tierra, debajo cuya tutela se conserva el señorío de los persas! Yo os suplico que me conservéis en el estado que me pusistes; mas que si yo le tengo de perder, le goce Alejandro, que, con me ser enemigo, usa de tanta justicia y lealtad con las cosas que en más estimo, que es mi mujer y hijas». Y al punto de su muerte no se olvidó Darío desta buena obra, porque, estando para espirar, atravesado de muchas lanzadas que dos deudos suyos le habían dado (a quien él había hecho mucha honra y bien), como traidores, dijo a un soldado macedonio que se halló allí dijese Alejandro que él moría muy su deudor por los muchos beneficios que dél había recibido sin le haber hecho alguno, y señaladamente por el buen tratamiento que había hecho a su madre, mujer y hijas, y que, en pago, suplicaba a Dios le diese el imperio del mundo, como al que mejor le merecía.

Queriendo enseñar lo mucho que debe hacer en muerte y en vida el buen marido por la mujer que le ha sido honesta y leal, cuentan los antiguos poetas que, estando Eurídice, mujer del insigne músico Orfeo, con otras ninfas solazándose por unas fresquísimas praderías llenas de yerbas y de flores olorosas, a las corrientes del gran río Ebro de la Tracia, llegó el pastor Aristeo y, como preso de su hermosura la procurase forzar, ella, celando su honestidad y la fidelidad que a su buen Orfeo debía, dio a huir dél por aquellos prados. Y acertando a pisar sobre una ponzoñosa víbora que estaba escondida la yerba, fue picada della en un pie y dende a poco murió y bajó su ánima al Infierno, a los Campos Elísios, adonde decían iban los buenos. Viéndose Orfeo viudo y sin la cosa que más amaba y preciaba en el mundo, y pareciéndole poco tragar mil muertes por cobrar el contento de su vida y dándole fuerzas y esfuerzo el amor y la causa por que su Eurídice había sido muerta (que fue por serle leal), teniendo por de tanto poder su música como la valentía de Hércules, que había bajado los Infiernos por sacar a Teseo y a Cancerbero, templó su laúd lo mejor que supo. Después de haberla llorado y cantado, haciendo llorar a todos los que su triste llanto oían de lástima de sus congojas con tantas angustias publicadas, lanzándose por la boca del Tenaro, promontorio de Lacedemonia, no paró hasta dar consigo en los profundos infernales. Mas, ya que comenzó a entrar por la región y morada de los reyes Plutón y Proserpina, su mujer, formó sus versos al propósito de su causa, conforme a los príncipes cuyo favor pretendía, deslindando (como dice Higinio) las genealogías de los dioses. Y en su presencia, con la humildad y reverencia que el verdadero amor le enseñaba y el estado de los príncipes rogados le obligaba, comenzó a cantar y a decir «Oh sacras deidades del abismo, donde todos los que en el mundo nacemos venimos a dar con la muerte! Suplícóos atendáis a la causa de mi venida, que no ha sido por os deservir, ni aun por curiosidad de ver lo que a los vivos mandan las ordenaciones fatales ser oculto, mas la fuerza del amor me trae a vuestra presencia por solamente pedir os en merced la vida de mi Eurídice. Y confieso que si pudiera morir por ella, contra la disposición de las leyes de vuestro imperio, que con mi muerte redimiera su vida. Bien creo que como allá en el mundo todas las cosas se sujetan a las fuerzas del amor, hasta los celestiales dioses,

que no será menos en éste, y especialmente siendo la pública fama que el amor os ayuntó; y así, como a los que tan bien sabéis cómo el ardiente amor puede obrar, os suplico que, compadeciéndoos de mí, me restituyáis a mi Eurídice, que, por ser fiel, picada de una ponzoñosa víbora, bajó pocos días ha a vuestro reino mal lograda. No la pido para siempre, sino en cuanto goce los días de su vida, que a la postre ella y yo y todos los del mundo venemos a vuestra jurisdicción, porque con el ceptro de vuestro imperio juro que si los Hados me la niegan o en vuestros corazones no hallo misericordia, de no tornar al mundo, sino quedarme aquí para siempre por que gocéis de la muerte de ambos, pues no me sufre el amor vivir estando mi Eurídice so las leyes de la muerte». En cuanto el apasionado Orfeo abogaba su causa tan piadosa en favor del amor, al son de las cuerdas de su instrumento, todas las almas que lo oían le acompañaban con sus llantos. Pondera Ovidio que la diosa Proserpina no tuvo corazón tan duro que pudiese sufrir ver a Orfeo estar más abogando por tan justificado pleito, ni el dios Plutón dejó de le otorgar su demanda. Entonces, mandando llamar a Eurídice, se la concedieron, con tal que la llevase en pos de sí hasta salir del Infierno, sin tornar la cabeza atrás por la mirar, so pena de la perder para siempre; y, no pudiendo sufrir Orfeo el dejar de mirarla, la perdió, haciéndole olvidar el excesivo amor que la tenía lo que con Plutón dejaba capitulado.

Bien encarecido queda de los sabios poetas el sentimiento y diligencias que los buenos y agradecidos maridos deben hacer por sus fieles y leales mujeres que, así como Eurídice, huelgan de perder la vida antes que faltar a su honestidad. Desdichados de aquellos que, olvidados de la fiel y buena compañía de las mujeres que gozaron con bendición de Dios y en haz de la Sancta Madre Iglesia, después de sus días no les hacen bien ninguno para sacarlas de las terribles penas que en el Purgatorio padecen, ni procuran seguir el buen ejemplo de su honestidad y fidelidad que les dejaron para que alabasen y sirviesen a Dios y edificasen a las gentes con el menosprecio de las liviandades y deleites del mundo.

#### Capítulo vigesimosecundo: De cuán aborrecible cosa es el pecado del adulterio, y cuán gravemente ha sido siempre castigado entre todas las naciones

**D**OS cosas es obligada, entre otras, a tener la mujer que se casa: castidad en su persona y amor muy firme a su marido. La castidad ha de traer de casa de su padre, y el amor antes que entre por las puertas de su marido, en diciendo el sí, y por falta destas dos condiciones o de cualquiera dellas viene a cometer la deshonesto mujer el infame crimen de el adulterio y a no poderse compadecer con su marido. Había de considerar la prudente mujer (como dice Catulo) que la honestidad de la mujer, cuando es doncella, tiene tres dueños: parte es suya y parte del padre y parte de la madre, y así, perdiendo su honestidad hace agravio todos tres; mas, cuando casan los padres a la doncella, renuncian su parte en el marido, y la misma esposa le entrega la parte que ella tenía de sí misma a su esposo, con su persona, y así, queda totalmente del marido, sin que ella ni otro alguno tenga derecho a su persona, porque ya no es suya, sino del marido a quien se entregó.

Esto entendía muy bien aquella honesta mujer licaona, la cual siendo requerida y con grave importunidad solicitada de un mancebo, le respondió: «Si tú me pidieses cosa mía

yo te la daría de grado; mas mi persona, que tú pretendes, antes que me casase era mía y de mis padres, y cuando me casaron la renunciaron, cada uno su parte, en mi marido, el cual tiene derecho adquirido a mí, y no yo, pues siendo toda suya no soy nada mía». Esta respuesta se confirma con la autoridad del Apóstol: «La mujer no tiene facultad sobre su cuerpo, sino el marido». De todo lo dicho se sigue cuán gran delicto comete cualquiera de los casados que comete crimen de adulterio, porque se roba a sí mismo y se hurta y enajena de poder de cuyo es y de quien tiene señorío sobre él, y se entrega en poder ajeno, donde está violentado, como el fuego y los otros elementos cuando están fuera de su esfera y de su propio sitio y lugar. Y este es un delicto que lástima tanto y atormenta el corazón de los dos casados cuando el uno da la posesión de su persona a algún extraño, que el profeta Job lo dio bien a entender cuando se echó esta maldición: «Mi mujer sea enamorada de otro y muchos gocen della si yo jamás hice cosa en perjuicio de mi amigo».

Y no se puede encarecer más este sentimiento que con el que tuvo san José cuando entendió que la santísima Virgen (con quien había contraído verdadero matrimonio) estaba preñada, sabiendo que no podía ser dél aquella preñez. Y como no sabía el secreto divino, hasta que le fue revelado de cómo el negocio era por obra del Espíritu Sancto, estuvo tan confuso y turbado que la quiso dejar y apartarla de sí. Pues, si tanto cavó en el pecho del sancto José esta sospecha, siendo el tan sancto y conociendo la gran sanctidad de su mujer, ¿cuánto más afligirá y abrasará la celosía en los ánimos de los casados que son pecadores y que sus mujeres no están sanctificadas? Ni aun son conocidas por tan castas y tan fieles a sus maridos el día de hoy algunas dellas que se matasen y se pusiesen el puñal a los pechos, como hizo Lucrecia, si alguna fuerza les acaeciese. Y no fue ella sola la que presumiendo de la honra y honestidad se privó de la vida por haber perdido su honestidad y no tenido a buen cobro lo que es hacienda propia del marido; porque también leemos que, siendo tomada por Lisandro, rey de Lacedemonia, la ciudad de Atenas, como los gobernadores que en ella dejó quisiesen usar mal de algunas mujeres de los atenienses, la mujer de Nicerato, por no ser forzada, se mató.

Gravísimamente peca cualquiera de los adúlteros, porque su pecado es contra el mismo Dios derechamente, pretendiendo desañudarle aquel ñudo ciego que Él ató en el sancto matrimonio, y mandó expresamente nadie se atreviese a desatárselo, diciendo por san Mateo: «Lo que Dios ayuntó el hombre no lo aparte, ni parta en mitades lo que Dios hizo uno». Por eso, pues en esta razón peca el adúltero derechamente contra Dios, que le mandó no le tocarse en este ñudo y unión de los casados, fue tanto lo que Dios celó este ñudo que, para aseguralle mejor, puso el remedio no sólo en la obra, sino también en la vista, mandando por ley evangélica que no solamente se deba tener por adúltero el que de hecho lo fuere, sino también el que, sin serlo por obra, ya mirare con ojos lascivos para lo ser; por que tomando por esta vía tan de atrás el paso el adúltero lo dejase atajado en su primera raíz, y así, más imposibilitado en su hechura, haciendo lo que el prudente médico: que para curar del todo la enfermedad no se contenta con tocar a ella en sí misma, sino también acude, y primero, a la raíz de que nace. Y aun esta es una de las razones por que Dios llama y estima por suyo propio el pecado del adulterio que se comete contra el prójimo, como parece por lo que dijo al rey David, haciéndole cargo del suyo: «Porque me tuviste en poco y me menospreciaste a mí, jamás faltará cuchillo que atormente tu casa», donde, como parece, llamó agravio suyo el hecho a Urías. Y no debe poco advertir el adúl-

tero que por el mismo caso que él lo sea trae su casa y sucesos sujetos al cuchillo de Dios, que siempre ha de estar hiriendo en ella, causando desastres y haciéndola toda sangre.

Más feo es el delito del adulterio la mujer que en el hombre, porque la adúltera hace injuria a todos los tres bienes del sacramento del matrimonio que recibió, y el pecado del varón adúltero no hace perjuicio más que a los dos. Los tres bienes del matrimonio son: fe, sacramento y fruto. A la fe, que es fidelidad del uno al otro, obligados están igualmente, y también son iguales en el sacramento, porque entrambos lo recibieron; mas en lo tocante al fruto, que son los hijos, hace notable perjuicio la mujer adúltera al matrimonio, y no el varón adúltero; porque la tal mujer, adulterando, hace inciertos los hijos al marido, y el varón, pensando que son suyos los hijos adulterinos de la mujer, los instituye por herederos en perjuicio de los que son suyos. Por eso, y por el escándalo, y porque también el varón es la cabeza de la mujer (como dice el Apóstol), hace mayor injuria la mujer al marido que el marido a la mujer, que es inferior y subjeta al marido.

El rey Tenedio trujo un asegur en sus monedas acompañado de dos rostros en un cuello, denotando la reverencia a las leyes y la ejecución de la justicia, en que todos habían de ser iguales; y así lo mostró, pues, habiendo puesto pena de cortar la cabeza al que en adulterio agraviase a otro, y cayendo en esta pena un hijo suyo, ejecutó en él la pena de la ley. Las más naciones del mundo castigaban el adulterio con pena de muerte y como a pecado que no se le puede dar pena condigna. Dicen algunos que le dejó Licurgo entre sus leyes sin castigo, y así, refiere Luciano que, habiendo hecho ley Saletto, príncipe de los gotonienes, de quemar vivo al adúltero, y habiendo él sido tomado con la mujer de su hermano, él mismo se echó en la hoguera y allí fue quemado. Habiéndose casado Arquelao con Glafira su cuñada, mujer de su hermano Alejandro, del cual tenía hijos, y bien como hecho escandaloso es afeado de Josefo y de Egesipo, y le agravan con escribir que se sonó que el alma de Alejandro apareció entre sueños a Glafira y que le dijo que no había que fiar en mujer, mas que presto la sacaría de aquella infamia, y así, ella, a cabo de pocos días que pasó este prodigio, murió.

Los hebreos mandaban fuesen apedreados los adúlteros; de los romanos y bárbaros, los unos mandaron fuesen castigados los adúlteros y al que fuese hallado en fragante delito, sin excusa ni defensa, y los otros dejaron que se ejecutase en ellos pena de muerte, despedazándolos con hachas de hierro, para que así se escarmentasen los torpes y carnales atrevidos; los moros, con ser tan sensuales,<sup>182</sup> entendieron ser muy digno de pena el adulterio, y así, se lee que el moro Ceta Bucel, rey de Valencia, mandó matar a dos hijos suyos por haberseles probado haber cometido crimen de adulterio; y, hallándose allí don Blasco de Alagón, caballero aragonés, que andaba fuera de su reino (de quien hacía mucho caso el Rey de Valencia), deseando librar a los mozos, dijo al Rey moro que los cristianos eran la gente más política que en el mundo había, y que tenían dos géneros de muertes con que castigaban los delincuentes, y que la una era corporal y la otra civil, y que con cualquiera destas que diese a sus hijos cumplía con la ley, y así, podía darles la civil, que era cárcel perpetua. El Rey lo hizo así y se les dio en Morella. De manera que ninguna nación ha dejado de conocer la torpeza deste vicio y cuán justo sea el castigo dél; y así, hay ejemplos muy notables de hombres que carecieron de ley, que, regidos por la natural y de razón, tuvieron en gran veneración la pureza y limpieza de la vida.

182.- Orig.: 'sesnuales' (377r).

En la *Historia* que hizo del Perú Agustín de Zárate, refiere que los indios, aunque bárbaros, tenían por tan grave delicto el adulterio que quemaban a los adúlteros y mataban a sus padres hijos y hermanos, y hasta las ovejas del adúltero, y despoblaban la tierra en donde se había cometido el adulterio y la sembraban de sal y cortaban los árboles y derribaban las casas de su contorno. Ateneo dice de Orestes, hijo del rey de Micenas Agamenón y de Clitemnestra, hermana de Elena (por quien fue Troya destruida) que mató a su madre por haber ella muerto a su padre el rey Agamenón, habiéndole primero cometido adulterio con Egisto su pariente (a quien también mató Orestes), y, siendo acusado delante de los Areopagitas, atendiendo los jueces a la causa que tuvo para tal exceso, le dieron por libre. Y por eso aquel agudo Geradas, lacedemonio, defendiendo que no podían cometerse adulterios en Lacedemonia, dijo a uno que le molestaba mucho sobre saber qué pena darían al que fuese convencido de adúltero, que le mandarían dar un toro tan grande que dende lo alto del monte Traigetro<sup>183</sup> alcanzase a beber del río Euratas<sup>184</sup> (que corre por lo llano de Lacedemonia), dando por tan imposibles allí los adulterios (como refiere Plutarco) cuanto lo es haber toro tan grande.

De Julio César escribe Suetonio Tranquilo que, habiendo cometido adulterio un privado suyo a quien él mucho amaba (y aun por eso nadie le debió acusar), pero, llegando a noticia de César, no le dio menos pena que la de quitarle la vida. Y lo mismo hizo Octavio llano augusto a su gran privado Próculo. Y Julio Capitolino<sup>185</sup> escribe del emperador Marcrino que hizo ley que a los adúlteros los atrasen juntos y así fuesen quemados vivos. Y del emperador Aureliano se cuenta que, habiéndole referido que un soldado suyo llamado Bobisco había cometido adulterio con la mujer de su huésped, mandó atalle de los pies a las ramas contrarias de dos árboles (que para eso inclinaron con violencia), para que desta manera su cuerpo fuese partido por medio. Justino refiere que los partos castigaban este delicto con mayor rigor que ninguno otro; los egipcios con diversos castigos castigaban no sólo el adulterio, pero la simple fornicación, y a las mujeres quitaban las narices para afearlas y a los hombres con varas de hierro les daban mil azotes, y al que violaba alguna doncella le cortaban las partes vergonzosas, como lo refiere Diódoro siculo. Salateo, príncipe de los crotonienses, hizo ley que los adúlteros fuesen quemados vivos, y como una mujer de su hermano cometiese este delicto, rogándole todo el pueblo que comutase la pena en destierro, en ninguna manera lo quiso hacer, antes ella de grado se echó en la hoguera, como lo refiere Luciano en su *Apología*.

Desde que David cometió el adulterio con Bersabé, nieta de Aquitofel, estuvo Aquitofel mal con David, y así, aconsejó a Absalón que durmiese públicamente con las diez concubinas que David su padre había dejado por guarda de su real palacio, y asimesmo le aconsejó otras cosas de la guerra, con que pretendía destruir a David, aunque Absalón no siguió en ellas su consejo, permitiéndolo así Dios, Señor nuestro. Desta historia se infiere el gravísimo pecado que comete quien peca con mujer casada, pues pecó David con una en secreto y permitió Dios que pecase en público Absalón su hijo con diez mujeres del mesmo David, y que el adulterio que cometió David tan secreto viniese a ser tan público que durara su memoria para siempre, y que su propio hijo le afrentase y procurase quitarle la vida y el reino. Si

183.- O 'Taygete' o 'Taigeto' (377v).

184.- O 'Eurotas (377v)'

185.- O 'Capitolino' (377v).

tanta pena causó a un tan grande siervo de Dios un pecado que estaba ya perdonado, ¿qué debe esperar quien no le ha servido ni sabe si están perdonadas sus culpas?

Cuenta Ovidio que, enamorado Júpiter de la gran hermosura de la doncella Io, hija de Inaco, rey de Argos, la metió en un monte, donde la forzó, habiendo cubierto aquel lugar de una muy espesa niebla para que no fuese visto de los dioses del cielo (y señaladamente de su mujer Juno, celosísima dél por semejantes acontecimientos), lo cual no pudo serle encubierto a Juno, que fue causa de que Io fuese della castigada convirtiéndola en vaca y trayéndola muy afligida y corrida por estrañas tierras. En esto nos quiso significar el Poeta que la niebla con que Júpiter encubrió a Io para que Juno no la viese con él son los solapamientos, invenciones y falsedades de que los adúlteros se aprovechan para encubrir sus peligrosos e infames pecados, los cuales, por mucha cautela que se tenga en cometerlos, no se le pueden encubrir a la celosa Juno, que es a la voladora Fama, que, con el pregon que de las culpas hace, de personas de razón tenidas y estimadas las torna en bestias afligidas y corridas de las gentes, no sólo en sus propias tierras, sino también en las muy remotas y estrañas, condenando su maldad y trayéndola en oprobrio en todas partes.

También cuentan los poetas que, estando Venus, mujer de Vulcano, cometiendo adulterio con el dios Marte, fueron vistos del Sol, que todo lo vee, el cual avisó a Vulcano de la maldad que pasaba, y que, sentido y afrentado Vulcano, labró unas redes de hierro muy sutiles y fuertes con que los prendió juntos y se quejó dellos a Júpiter. En el aviso que dio el Sol a Vulcano del maleficio de su mujer se verifica que las paredes oyen y veen, y que los enamorados piensan que tienen los otros los ojos quebrados porque ellos andan ciegos; mas el cojo y apocado Vulcano súpose vengar dejándolos de suerte que no pudiesen menearse, como acontece matar por sus propias manos el apocado afrentado a los hermosos y fuertes adúlteros, sin que pueda remediarlos su gran potencia y mucho linaje ni otras cosas en que tenían puesta su confianza. Los valerosos troyanos más contento tenían con haber robado a su marido a la hermosa Elena que temor de la venganza que los griegos habían de procurar; mas no por eso dejó de ser su ciudad abrasada y ellos destruidos y muertos por los afrentados griegos. Del fortísimo capitán Aristómenes, dice Pausanias que nació en Mesenia, ciudad cercana a Lacedemonia y señoría de por sí; su madre se llamó Nicotelea, sin conocersele padre: afirmaban sus ciudadanos que fue engendrado de uno de sus dioses, el cual había venido a Nicotelea en forma de dragón (y es de creer que ella lo habría contado así, porque este era el ordinario refugio de las adúlteras de gran majestad entre los gentiles: el encubrir sus flaquezas y miserias con sus falsos dioses, y era tan grande la necesidad del pueblo que se lo creían). La mujer del emperador Otón, cuarto deste nombre, aficionándose a cierto caballero y descubriéndole su voluntad, porque no correspondió con ella le acusó falsamente delante del Emperador, el cual le mandó cortar la cabeza; mas siendo éste casado y estando cierta su mujer de que moría sin culpa en aquel crimen, fue al Emperador y, en prueba de la inocencia de su marido, tomó en sus manos un hierro ardiendo, sin quemarse. Espantado el Emperador de tal cosa, examinó mas el caso, y, constándole de que la culpa por que el otro había sido muerto era de la Emperatriz (que ya pensaba que nunca sería descubierta), la mandó quemar viva, y a la viuda dio cuatro villas y a un hijo suyo hizo conde, de quien descenden los condes del campo de Bononia.<sup>186</sup>

186.– Boulogne-sur-Mer.

Los elefantes son tan honestos y vergonzosos que no se junta el macho con la hembra en público, sino en parte muy abscondida, ni llega a ella hasta que son de dos años, y esto solos cinco días cada año, y al sexto día se lavan. Y entre ellos en ninguna manera hay adulterios, sino que se guardan gran fidelidad unos a otros. Entre ellos nunca pelean por causa de las hembras, aborrecen mucho al cabrón porque es animal tan lujurioso y torpe que dice Eliano que al séptimo día después que nació intenta satisfacer su natural lujuria, y dicen que la causa por que pintan al Demonio con pies y cuernos de cabrón es para significar la natural malicia y torpeza suya. También dicen los naturales que las cabras son tan lujuriosas que no se contentan con sólo un macho, como las ovejas y las vacas, antes admiten a cuantos las quieren, y así, ellas solas conocen a sus hijos; y por esta causa llaman al marido de la adúltera *cabrón*, porque, aunque tenga hijos, sola su mujer sabe si son suyos, y con certeza se podrá saber quién es su madre sin poder haberla de quién es el padre. También significan por la cabra a las malas mujeres ramera, porque tiene la cabra tan pestilencial anhélito que abura y abrasa las plantas que paca, y siempre procura los tallos más tiernos. Así las ramera abrasan e infaman a las personas en quien ponen sus malditas lenguas: son amigas de tratar con mozuelos tiernos y de poca experiencia, por que no entiendan sus fingimientos, maldades y embustes, conque con su pestilencial malicia los destruyen y consumen, quitándoles la hacienda, la salud y la honra, y haciéndoles ofender a Dios. Destos gravísimos daños nos advierten los elefantes que nos apartemos con el ejemplo que nos dan de honestidad y lealtad y con el natural odio que tienen a tan lujuriosos e infieles animales como cabrones y cabras; y si los brutos animales muestran aborrecer el vicio de la infidelidad, no es mucho que los hombres de razón le abominen en la cosa que tan de veras aman, como es sus mujeres.

Estando ya casado Tiberio César (que después fue emperador) con Agripina, hija de Marco Agripa, con la cual vivía muy contento y gozoso, teniendo della un hijo y estando después preñada, la dejó por importunación del emperador Augusto César y casó con su hija del Emperador, Julia, aunque estaba della muy descontento por se haber visto mirar della con ojos lascivos y deshonestos en tiempo que estaba casada con otro. Y como le sucediese con ella así como él lo sospechaba por sus deshonestidades, Tiberio apartó cama de con ella para siempre. Viendo que sus cosas iban de mal en peor y que eran públicas, no pudiéndolo tolerar el emperador Augusto su padre, hizo matar a los galanes que con ella andaban y desterró a Julia a la isla Pandataria (que agora se llama Barmarola);<sup>187</sup> y porque Augusto había repudiado a su mujer Escribonia, madre de Julia, por sus malas costumbres, mandó que la madre acompañase a la hija en el destierro, y después fue Julia traspuesta a Regio, donde estuvo reclusa todos los días de su vida hasta que murió. Cornelio Tácito afirma que cuando heredó el Imperio Tiberio, que con la hambre y malaventura que hizo pasar a Julia la acertó la vida. Como la mujer y hijas del emperador Augusto César hubiesen salido tan deshonestas y después Livia, su sobrina, hermana de Germánico y mujer de Druso, hijo del Emperador Tiberio, matase con ponzoña a su marido por casarse con Seyano, con quien muchos días había andaba envuelta, y Agripina, hija de Germánico y madre de Nero, con quien estuvo infamada, y ansimesmo con Palante, liberto, vino a decir un autor muy grave que fue muy desdichada la sangre del emperador Augusto César

187.- Por 'Palmarola' (380r).

con mujeres adúlteras, y que fue castigo de los muchos adulterios que él había cometido con muchas mujeres de buenos, y aunque ellas eran cual el nombre de adúlteras.

Del emperador Valentiniano, hijo de Constancio y de Gala Placidia, dice Procopio que le crió su madre tan regalado y vicioso que salió una sima de maldades y de pecados lujuriosos, por los cuales él fue menospreciado y afrentado el Imperio. Llegaron a tanto las maldades de este emperador que, como Máximo, senador romano, tuviese una mujer muy hermosa y honesta, enamorado della el emperador Valentiniano, convidó a Máximo a jugar a los dados; y, habiéndole ganado algún dinero sobre un precioso anillo que traía, le envió con un artero alcahuete a la mujer de Máximo, diciendo que por señas de aquel anillo la mandaba su marido ir a Palacio. Y ella, que conoció el anillo, fue, y el Emperador, como malvado, la forzó, lo cual ella con mucha confusión y lágrimas contó a su marido. Doliéndose Máximo de tal injuria, puso tal cuidado en se vengar que hizo matar al Emperador y él se alzó con el Imperio (y aunque le duró poco y le costó la vida).

Colomano, rey de Hungría, muerta su primera mujer, se casó segunda vez con la hija del rey de los rutenos, y, tomándola en adulterio, luego la envió en casa de su padre; y, quedándole della un hijo, llamado Borico, dice Bonfinio que por haber sido engendrado de adulterio fue dado por bastardo y excluido de la herencia y sucesión del reino. Muy desdichado fue en nueras Filipo el Hermoso, rey de Francia, gran perseguidor de el Papa Bonifacio octavo y el que con más eficacia pretendió la destrucción de los Templarios, y así, Dios permitió grandes afrentas en sus hijos y a él le castigó con desdichada muerte. Su hijo mayor, Luis Hutino, rey de Navarra, que estaba casado con Margarita, hija de Roberto, duque de Borgoña, hallándola en adulterio la puso en una cárcel, adonde se murió (o la ahogó él). Carlos, otro hijo deste rey Hermoso, casó con Blanca, hija menor de Otón, conde de Borgoña, y ésta fue también acusada de adulterio, y no la mataron porque Matilda su madre testificó que no era su mujer legítima, por la haber él sacado de pila. Aunque se creyó ser fingido todo, al fin le dio libelo de repudio. Filipe, otro hermano de los dos dichos, casó con la<sup>188</sup> hermana mayor de Blanca, la sobredicha, y también fue acusada de adulterio; mas, como la amase en extremo el marido, la perdonó. Hallose que Margarita y Blanca cometieron sus adulterios en un monasterio de monjas llamado de la Mala Zarza, y los adúlteros se llamaban Filipe y Valter, que fueron muertos con cruelísimos tormentos. Estos desastres y afrentas pasaron estos príncipes por haber ayudado a su padre contra el Papa y los Templarios.

Al desdichado rey don Rodrigo, por haber forzado a la Cava, mujer del conde Julián, envió Dios su ira contra él y contra España por mano de los alárabes, la cual hallaron desarmada por el rey Vitisa, profundo de abominaciones, porque, de miedo de que se le alborotasen los españoles y se rebelasen contra él por sus tiranías y grandes adulterios y robos y menosprecio de los eclesiásticos, desarmó su reino y mandó deshacer todas las armas estando rodeado de enemigos. Mucho afea san Isidoro en Teudiselo, rey de España, su desenfrenada lujuria, con que, cobdiciando muchas mujeres principales, fue forzado a ser cruel buscando malas maneras para matar sus maridos. No pudiendo los godos sufrir en su Rey tan torpes y fieras demasías, que bastan para alborotar aun los ingenios mansos y sosegados, conjurándose todos, le mataron cruelmente en Sevilla estando comiendo.

188.- Suplo 'la' (381r).



En la vida de san Gangulfo, mártir, escrita por san Antonino se dice que, siendo casado este sancto varón, su mujer, dando mala cuenta de sí y rompiendo la fe del matrimonio, cometió adulterio con un mal hombre del clero. Al principio era el negocio oculto, después vino a ser público y, andando de oreja en oreja, llegó a las de Gangulfo: sintiolo cuanto encarecer se puede, porque le dolía la ofensa de Dios y de su honra. Revolvió diversas trazas para el remedio, y no pocas veces pensaba de matar a los dos, por que su linaje no quedase amancillado (y pudiéralo hacer fácilmente por sí mismo, por ser hombre valentísimo y de gran pecho y valor); mas venció el temor de Dios a que no lo hiciese, pues semejantes muertes hechas con venganza propia eran con pecado, donde, acordándose de aquella sentencia del *Deuteronomio* en que dice Dios: «Deja a mí la venganza, que yo la tomaré», se resumió dejarlo a Dios.

Sucedió que un día, estando sus criados ocupados en diversos negocios, él se halló solo con su mujer cerca de una fuente que por milagro había traído de lejos de allí a su propia casa. Asentáronse y él habló así: «Mujer, muchas son las cosas que oigo decir indignas de tu linaje y nacimiento. Yo no sé cierto la verdad dellas». Ella respondió con mucha desenvoltura, afirmándolo con juramento, que era todo mentira y que nunca le había hecho traición. Gangulfo replicó: «La divina Providencia, a quien ninguna cosa se le esconde, declarará la verdad. Aquí está una fuente cuya agua ni es demasadamente fría ni caliente: mete el brazo desnudo en ella y saca una piedra de las que están en el suelo, y como estés sin culpa ningún daño recibirás; mas si has cometido adulterio Dios lo declarará».

Ella, que en algunas cosas juzgaba a su marido por mentecapto y sin juicio, pareciéndole que esta era una dellas, desanudando el brazo púsole dentro de la fuente y asió con la mano una piedra; mas repentinamente se le encogieron los niervos, y la mano y brazo y cuanto llegó al agua quedó como abrasado, levantados los cueros y descubierta la carne sangrienta, con terrible dolor que padecía, no le quedando sino esperar la muerte. Gangulfo la habló con más sentimiento interior que mostró en lo exterior, y dijo: «Yo deseara, si me guardaras la fe del matrimonio y dieras la cuenta de ti que pedía tu linaje y mío, junto con lo que a Dios debes, y a mí, que soy tu marido, que pasáramos en amor nuestras vidas, así en prosperidad como en adversidad,<sup>189</sup> así en la mocedad como en la vejez, y que juntos las acabáramos. Mas, pues has cometido semejante maldad, aunque eres merecedora de la muerte, no quiero dártela por mis manos, lo cual ahora me fuera fácil, mas yo lo reservo al juicio divino. Y si te enmendares y hicieres penitencia, alcanzarás dél perdón, y si perseverares en el pecado, juntamente con tu adúltero serás condenada a fuego eterno. Yo sólo me contentaré con apartarte de mi compañía, y darte he tu dote y de mi hacienda con que puedas vivir».

Llamó luego a sus criados y, subiendo en un coche, se fue lejos de allí, a un pago llamado Anabense, donde se ejercitaba en obras sanctas. La miserable mujer, recibiendo su dote y una posesión en que viviese, viéndose ya libre, se dio a rienda<sup>190</sup> suelta tras los vicios y deshonestidades con su sacrílego adúltero, aunque con temor de Gangulfo de que por celar su honra no les diese la muerte. Por lo cual, queriendo el adúltero asegurar su vida y quitar del mundo a quien podía ser estorbo a su adulterio (imitando a Herodes, que dio la muerte al sancto Baptista porque le iba a la mano a sus deshonestidades), como supiese bien las

189.- Orig.: 'adueruersidad' (382r).

190.- Orig.: 'riende' (382r).

entradas y salidas de la casa donde Gangulfo estaba, fuese allá y, aguardando tiempo en que estuviere solo y hallando esta comodidad, entró en su aposento y, viendo a Gangulfo que dormía, le hirió de muerte y huyó. Algunos días vivió Gangulfo, y, recibiendo los santos Sacramentos, murió sanctamente. Fue llevado su cuerpo a Verennas y enterrado con gran sumptuosidad; y hizo Dios por él muchos milagros. Labrósele iglesia, y fue en ella muy reverenciado por orden de los preladados.

No dejó Dios sin castigo a los adúlteros, porque, llevando la nueva de cómo dejaba muerto al marido, ella holgó mucho de oírlo, y los dos estaban muy contentos por verse libres del sobresalto que les daba su vida; mas, yendo luego el miserable a proveer su persona, se le salieron las entrañas e intestinos del cuerpo y murió, de improviso, impenitente. La malvada adúltera fue herida de cierta enfermedad afrentosa, estando siempre haciéndole gran ruido sus tripas, y padeció este tormento todo el tiempo que le duró la vida, con tanta pena y vergüenza que no osaba parecer delante de las gentes, hasta que desventuradamente acabó su jornada.

Dice Pierio que los sabios de Egipto conocieron en el toro una admirable templanza, y para significar a un hombre sujeto a las pasiones y apetitos de los deleites humanos (aunque con la razón y prudencia lo sabe mitigar y refrenar de modo que no excedan los límites y términos de modestia y honestidad), pintaban a un toro grueso y valiente, feroz y bravo. La causa deste jerogífico dicen los filósofos que es porque este animal no llega a la vaca hasta que él y ella han cumplido un año, y cuando esto no se guarda es tenido por cosa monstruosa; y con ser este animal tan lujurioso que se enciende e inflama en este acto con tanta furia que no puede esperar la vaca su vehemencia, y así, va andando la vaca cuando está en la obra de la generación, porque recibiría mucho daño si aguardase, pues, con ser tan impetuoso y acelerado en este acto el toro, es tan casto y modesto que solas dos veces en un día llega a la vaca, y en sintiendo que está preñada se aparta della y parece que hace divorcio, dejando la vaca y compañía por algunos días. Bien se echa de ver lo mucho que este animal feroz excede al hombre en templanza y modestia, pues, siendo tan inflamado en lujuria, tan celoso y que con tanta ferocidad y braveza deficiente que otre toro sea participante en su gusto y deleite, con todo esto es tan molesto que, habiendo engendrado, se abstiene y refrena su apetito no cometiendo torpezas, adulterios y abominaciones que con grande infamia y deshonor del género humano cometen cada día los hombres atrevidamente, no guardando los límites de lealtad, honestidad ni de naturaleza, no temiendo a Dios ni al riguroso castigo que en la otra vida les está guardado ni al que en ésta les podría suceder.

Dionisio, rey tirano de Sicilia, sabiendo que su hijo, al cual había de dejar el reino, había cometido adulterio con la mujer de un hombre noble, le dijo con enojo si por ventura en algún tiempo había hallado cosa semejante que aquélla en su padre. A esto respondió el mancebo que Dionisio no había tenido el padre rey. A lo cual acudió Dionisio que tampoco él había de tener hijo rey si no dejase de cometer tales cosas, con las cuales se daba tan mal ejemplo a las gentes y se hacía uno tan aborrecido de todos. Siéndole traída una noche a Alejandro Magno una mujer, y como viniese tarde le preguntase que cómo se había tardado tanto, y ella respondiese que por esperar a que su marido se acostase, llamó a sus criados y los riñó ásperamente, y dijo que volviesen aquella mujer a su casa y que muy poco había faltado para ser adúltero por culpa dellos, lo cual sintiera en el corazón: excelente ejemplo de castidad y fidelidad es éste en un mancebo y rey tan poderoso como Alejandro.

De los alemanes antiguos hace gran mención el historiador Aimoino refiriendo el cuidado grande que se tenía entre ellos de todo lo que tocaba a la honestidad, así de los hombres como de las mujeres, y de los grandes fueros y leyes que se guardaban acerca dellos; pero más encarece la bondad de aquesta gente Cornelio Tácito, de los cuales dice que con la pena que castigaban a la adúltera era desnudarla en presencia de sus parientes y azotarla públicamente por el barrio. Cuán grande castigo sea para una mujer verse desnuda delante de otros la razón y natural confusión lo enseña, pues Eva, con no haber en todo el mundo quien la pudiese avergonzar sino su marido, cuando se le abrieron los ojos y se vio cuál estaba, le cayó tal empacho que buscó unas hojas de higuera para cubrirse. Por ser tan grave esta pena, amenazó Dios que había de castigar con ella a la ciudad de Nínive, comparándola a una mujer con quien se usase de este rigor, diciendo: «Yo mostraré a las gentes tu desnudez y a los reinos tu afrenta e ignominia».

Dos cosas contiene este castigo, y ambas de gran dolor y afrenta para una mujer, dice un doctor: la primera, ponerla ante los ojos de todos en forma que la misma naturaleza aborrece; la segunda, dar no sólo que reír con tal aspecto, sino también que aborrecer y despreciar, pues estando un cuerpo desnudo se descubren las faltas y fealdades que estaban primero muy encubiertas aun a sus mismos maridos, según dijo el profeta Ezequiel: «Yo juntaré todos tus amadores y a aquellos a los cuales tú amabas y aborrecías, y delante de sus ojos mostraré desnuda tu fealdad». «Yo te pondré tal que te vean los que andaban locos (dice san Jerónimo) por lo que estaba secreto, y de la vista no les nazca nuevo amor, sino odio y aborrecimiento de tu persona». Es, al fin, cosa tan vergonzosa para una mujer ponerla de aquesta manera, que aun allá dicen los gentiles que, estándose bañando la diosa Diana en una fuente, como acaso llegase allí Acteón, cansado de la caza, para refrescarse, corrióse ella tanto de que la hubiese visto así que le convirtió en ciervo, lo cual fue causa que, no siendo conocido de sus mismos perros, hubiese despedazado entre sus dientes. De la misma suerte y por la misma ocasión escribe Ángel Policiano y otros que Pallas, siendo vista por Tiresias en otra fuente, le cegó los ojos para que nunca más viese ni hombres ni mujeres. En semejante afrenta tuvo origen la muerte de Alejandro Fereo, la cual, aunque Plutarco da a entender haber sido tramada por su mujer, llamada Tebe, por celos, y aun por el miedo que había concebido de su tiranía, pero Ravisio Textor escribe que el odio que tomó con su marido tuvo principio porque indiscretamente el mismo Alejandro había permitido que un su amigo viese a la dicha Tebe como Dios la crio, alabándose de la hermosura que su mujer tenía. Otras penas dice Cornelio Tácito que también les daban los alemanes a las adúlteras, como eran el raparles la cabeza y hacerlas inhábiles de ponerse jamás casar, que era harto pesada burla para ellas.

Contando Eliano cuánto aborrezcan también las criaturas irracionales el adulterio, dice que en Tesalia hubo una mujer llamada Alcinoe, la cual, estando su marido ausente, se aficionó a cierto esclavo bien indigno de su persona. Con esto, como él era carbón, ella estopa y el Demonio llegó con fuego, encendióse la lumbre de tal manera que la ruin mujer por el negro amor ofendió la honra de su marido. Tenía la dicha Alcinoe una cigüeña que se criaba y andaba entre los de casa, la cual viendo la maldad del esclavo, arremetió con él y, sacándole con el pico los ojos, vengó la grande afrenta que se le hacía a su señor. ¿Qué más hiciera aquesta ave si tuviera uso de razón y, discurrendo con su entendimiento, conjugara consigo y dijera: «Yo como el pan de mi amo, y, a ley de buena criada estoy

obligada a volver por la honra de su casa»? Bien podemos llamar a esta cigüeña defensora de la castidad y castigadora de la traición, humilde y agradecida para quien la tenía en su casa, celosa y llena de rigor contra quien en ella no vivía con la fidelidad que era razón. Dondequiera topa el salteador con vara de la Hermandad que le echa preso, no teniendo rincón seguro ni en la ciudad ni en el campo, ni entre las breñas ni en las chozas y cuevas de la tierra, como decía el sancto David, porque en todas partes le ponen lazos para cogerle. Así, el traidor adúltero quiere Dios que en ningún lugar halle libre acogimiento, sino que tiemble de los oficiales que andan tras él y piense que el agua, la tierra, el aire, los animales, las aves y cosas insensibles son espías para que, en viéndole, todos apelliden contra él y con tales persecuciones ande, como otro Caín, huido y aborrecido de todo el mundo.

### Capítulo vigesimotertio: De cómo le está bien al marido disimular algunas faltas de su mujer y mirar por su honra como por la propia suya

**P**LUTARCO escribe que cuando los gentiles sacrificaban a su diosa Juno, abogada de sus matrimonios, sacaban la hiel del animal que la ofrecían y la enterraban cabe el altar de los sacrificios, para significar que no ha de haber ira, amargura ni rencor entre los casados. Acerca del tratamiento que debe hacerse a la mujer, dice el glorioso Crisóstomo que, pues ninguno maltrata la tierra en que siembra, sino antes la cultiva y beneficia más cuanto más maleza cría, así lleve por bien a su mujer, en que pretende haber hijos o los tiene. Los emperadores Teodosio y Valentiniano hicieron ley que la mujer que probase haber sido azotada de su marido le pudiese repudiar, y de esta ley colige la glosa del decreto que el marido puede corregir a su mujer con algún castigo de manos, mas no con azotes, por ser muy injuriosa e infamatoria manera de corregir, y muy ajena de nobleza, como lo pondera la misma ley. Dice Plutarco haber pregonado Catón Censorino ser sacrilegio herir a la mujer o a los hijos, como si pusiese manos violentas en los templos sagrados, y que tenía por más dificultoso saber ser buen marido que buen senador.

Los maridos no deben creer ni mirar de ligero a los dichos que de sus mujeres se dijeren, porque muchas son muy virtuosas y amadoras de toda limpieza y honestidad; también porque con una pequeña ocasión entre vecinas y comadres (donde no hay virtud y el seso que conviene), unas veces por envidia, otras por venganza, otras por su ruin inclinación, dan en ser imaginativas y maldicientes, y se suelen decir muchas palabras injuriosas infamando sus personas con muchos falsos testimonios, por donde, conociendo esto ser así, no deben creer de ligero. ¿Quién pensara que en unas personas tan ancianas y en tanta estimas tenidas, y tales que eran viejos sacerdotes y jueces, reinara tanta lujuria que, ya que no la pudieron poner en ejecución, abundara tanto en ellos la malicia como abundó en aquellos malditos viejos que levantaran un tan gran falso testimonio como levantaron contra la honestísima y sancta Susaña, que fueran tan ajenos de piedad y tan rebeldes que así condenaran aquella inocente y hermosísima mujer, estando puestos por el pueblo para librar a los inocentes y sin culpa? ¡Oh, cuán engañado y confuso se hallara el pueblo, y más su marido de esta sancta mujer, si antes de averiguar la verdad en su acusación se hubiera ejecutado la sentencia de muerte que contra ella estaba dada y después se supiera la verdad cuando le fuera quitada la vida! ¡Con cuántos suspiros, con cuántas

lágrimas llorara su marido Joaquín tan gran desventura como fuera el haber perdido una de las mejores mujeres del mundo con muerte tan infame, sin haberla merecido!

Fuera deso, es locura pensar que puede el hombre dar alcance a las trazas y embustes de una mujer que quiere, porque, si quiere, hará mil trampantojos. Cristo, Señor nuestro, dijo a la Samaritana: «Cinco maridos tuviste, y éste con quien ahora tratas no lo es». Respondióle ella: «Señor, pareceme que sois profeta». Pues si para echar de ver seis hombres en casa de una mujer es menester ser uno profeta, para divisar el pecho secreto de una mujer ¿qué ojos serán menester? Y cuando Cristo, nuestro Redemptor y Señor, consentía a la Magdalena lavase sus pies con las lágrimas de sus ojos y los limpiase con sus cabellos, dijo entre sí el fariseo: «Si éste fuera profeta viera que ésta era pública pecadora». Pues si para ver pecados públicos y escandalosos, y que tanto ruido hacían en una ciudad tan populosa como Jerusalén, es menester tener ojos de profeta, para ver los pensamientos disimulados de una mujer ¿qué ojos serán menester? Lo mejor es hacer confianza de la mujer y disimular con ella, como hizo Jacob con<sup>191</sup> la travesura de Dina, porque con su hija o su mujer, o la ha de acabar el hombre o ha de hacer del necio con ella, que es el mayor de los avisos. Y es lo que dice Salomón: que una necedad fingida a su tiempo hace ventaja a la sabiduría y a la gloria.

Mucho aseguraría su contento quien guardase el consejo de Hesíodo casando con doncella de poca edad, a la cual puede criar con sus costumbres, y que sea su vecina para que conozca cómo ha vivido, por que no meta en casa por ignorancia cosa por la cual hagan escarnio dél por la vecindad (siendo así que ninguna cosa puede ser mejor para el marido que la buena mujer ni peor que la mala y amiga de regalo; que esta tal, sin lumbre abrasa a su marido y sin años le hace viejo). Mas muchas veces acaece ser el marido guía y ejemplo de las faltas y deshonestidad de su mujer, y salir de allí el principio del mal donde debiera salir el remedio dél; que aunque, en la verdad, la vergüenza sea propia de la mujer, la prudencia y constancia deben ser propias del marido, y toda locura y liviandad de ánimo tanto es más fea en el varón cuanto más le es debida la gravedad y buen concierto de su vida.

Del sapientísimo filósofo Sócrates escribe Laercio que, viendo que sus mujeres reñían entre sí, no sólo no procuraba ponerlas en paz, sino que antes se las estaba mirando, riendo y burlando dellas; y como ellas sintiesen el verse despreciar de Sócrates su marido, con grande indignación y enojo se volvían ambas contra él y le decían palabras injuriosas y le tiraban cosas inmundas, todo lo cual sufría el Filósofo considerando la causa que había dado para que se enojasen contra él. Esto mismo debrían considerar los que con su mal ejemplo dan ocasión a los de su casa para que dejen de vivir con la fidelidad y honestidad que debrían, para que, echando de ver su pecado, lleven el de los suyos con la paciencia y tolerancia que el suyo propio, y con la suavidad que procuran el remedio y enmienda de sus culpas busquen también las de los suyos.

Fulgencio y Prudencio, varones sabios y de gran doctrina, en unos tratados que hicieron *De la verdadera honestidad*, aconsejando al varón lo que debe hacer cuando sabe cierto que su mujer le comete adulterio, dicen así: «Mira, casado, con grande aviso si por tu mal gobierno tu mujer te comete tal caso, o por otra alguna culpa tuya o si tú has perdido o traspasado la fe a este sancto matrimonio; no puedes tú quejarte del todo de tu mujer,

191.- Suplo 'con' (386r).

pues Dios mandó hubiese en ti para con ella la misma fidelidad que tú quieres que ella tenga para contigo. Porque no es justa cosa que para ella hubiese alguna ley, y la ligase a ella y a ti no, pues os hizo Dios el mismo corazón, y así, dijo Dios que por aquella misma medida que midieres a otros serás tú medido. Pues si tú, que eres hombre, puesto en mayor privilegio, con las mayores y más principales partes del matrimonio, ofendiste a Dios y a tu mujer quebrantando la fidelidad, no te maravilles si, indignada de tu desorden, tomó ocasión para te ofender: quájate de ti mismo, y no ofendas y sé seguro que no serás ofendido. Y si este caso vino por esta culpa, calla y corrige tu vida y quita las ocasiones».

Dice Crisóstomo a este propósito: «¿Quieres que tu mujer sea casta? Sé tú casto. ¿Quiéresla honesta? Sé tú honesto. ¿Quiéresla que sea de ti sólo? Sele tú fiel». ¿Cómo puede hacer mujer casta el varón que nunca tuvo recogimiento ni honestidad? Pues debes también mirar si tu mujer te hace yerro por pobreza y necesidad, por quitarle lo necesario, y que esto podrías tú mejor disimular cuando el mal es secreto y remediarlo entre ti y ella. Remedia con gran cordura, por el mejor camino e industria que pudieres, tu falta, y no la des ocasión a que ella te ofenda; y si no te corrigieres, qten por cierto que la justicia de Dios será sobre ti. Y si acaso tu mujer te hace el tal yerro sin culpa tuya y sin darle tú ocasión, si el mal estuviere secreto y ella fuere capaz de corrección, débesla corregir y trabajar de quitarle las ocasiones por donde pueda ofenderte. Avisa dello a sus padres y deudos de prudencia, para que la hablen y corrijan y emienden».

Los varones que saben las faltas de sus mujeres no deben afrentarlas, antes las deben honrar y favorecer (como dice san Pedro) como a vasos quebradizos: No las afrentéis ni desamparéis; que no tienen otro Dios (después de Dios) que les haga sombra, amparo, provea y se encargue dellas, sino vosotros. Mirad que a un vaso de oro y de plata dejáis rodar por ahí y no se os da nada, ni se quiebra; pero un vaso de vidrio, que se quiebra fácilmente, guardaislo en la vasera. Y así, a un hombre, si le dicen una palabra la sufre, pero la mujer luego se entristece y llora, y dice que la menosprecian y tienen en poco y anda siempre afligida y lastimada, y así, se viene a quebrar dando en algunos siniestros por esta causa. Por tanto, dice el Apóstol, proveelda, amalda como a hermana y como Cristo amó a su Iglesia, que tomó sus trabajos y afrentas por propias y pagó sus deudas. El pacientísimo Job, pudiendo afrentar a su mujer, que lo quería apartar de la amistad de Dios, y decirle que era una blasfema y hereja, sólo la reprehende por circunloquios y le dice que no sabe lo que se dice. Grande aviso y prudencia es menester para reprehender a la mujer: sólo se le debe decir lo que Job dijo.

No es razón que en vuestras pláticas, ni menos en vuestras obras, imitéis a las mujeres locas e infieles. Luis, rey de Francia, cuando fue con poderoso ejército a ganar la Tierra Sancta (en tiempo que también fue el emperador Conrado), como hubiese estado algunos días en la ciudad de Antioquía, un día con gran apresuramiento partió para Jerusalén con toda su gente por haber entendido un siniestro rumor de la reina Leonor, su mujer, que con el demasiado vicio de Antioquía se decía no vivir con tanto recogimiento y honestidad como debía, y en especial yendo en romería. Por celar el prudente Rey la honra suya y la de la Reina su mujer, y ansimismo la de dos hijas que con ella tenía, no quiso ponerse a examinar y castigar aquella causa, y así, lo mejor que pudo, disimuló hasta ser vuelto en Francia, adonde luego ajuntó cuatro arzobispos y les propuso que, conforme a las leyes de la Sancta Madre Iglesia, no podía tener por mujer a la reina Leonor, por ser parientes

dentro de los grados prohibidos; y, presentando testigos, fue sentenciado por los prelados que tenía justicia, y así, se retiró della y la dejó honrosamente y sin que redundase algún daño en el honor de sus hijas. Cuanto más que del pecado ajeno puede nacer daño o dolor, mas no infamia, así como de la virtud ajena puede venir a uno gozo, mas no gloria, así su virtud o vicio le ha de hacer famoso o infame.

Cuenta Plutarco que, estando el emperador Julio César casado con Pompeya, que fue muy recuestada de Publio Clodio (y no muy fuera de su voluntad della); mas estaba muy guardada de Aurelia su suegra, que era mujer muy honesta y de grandes prendas y miraba con mucho cuidado por su honestidad, y por esto no la podía hablar Clodio su enamorado, hasta que se llegó el día de la fiesta que se celebraba por las mujeres romanas (sin que se pudiese hallar hombre en ellas) a la diosa que llamaban *Bona Dea*, y en la noche antes deste día de la festividad estaban las mujeres solas en el templo haciendo sus sacrificios y devociones. Y, no queriendo perder la ocasión que se le ofrecía, el loco enamorado se disfrazó y en hábito mujeril se entró en el templo a vueltas de las mujeres y, por tercería de una criada de Pompeya (de las que suelen ser causa de la perdición de sus amas), entró donde estaba esta señora haciendo sus devociones. Esto fue descubierto y, conociendo que aquél era hombre y no mujer, se alborotó toda la fiesta y se alteraron y turbaron todas las mujeres trayendo lumbre para conocerle, y él, lo mejor que pudo, se escapó de entre ellas. Dando noticia de este grave delicto al Senado, le fue puesta una grave acusación, alegando que había agraviado a toda la ciudad de Roma e injuriado a los dioses y violado su templo; y, con haber cometido delicto tan escandaloso y de tan grande afrenta, nunca Julio César le quiso poner acusación alguna, ni a Pompeya su mujer dio otra pena más de sólo repudiarla. Y como le fuese dicho que, pues no la ponía acusación, por qué causa la repudiaba, respondió: porque pertenecía a la mujer de César estar libre de la falsa acusación que otros la habían puesto, guardando en esta respuesta la fama de su mujer en cuanto le era posible.

De un rey se escribe que, sabiendo la traición que su mujer le hacía y que los Grandes de su reino acometían muchas veces a se lo descubrir, él hizo cuenta que en sabiéndose que él lo sabía quedaba obligado a la matar, y que tras esto se había de saber por todo el mundo y quedar de su afrenta perpetua memoria y él cargado de enemigos; y así, por guardar su honra y la de su mujer (y aun por ventura ofreciendo a Dios aquella pena), mandó hacer cierto regocijo para un día señalado, en que él salió en un caballo muy preciado y, puniéndole las piernas, vino a parar adonde estaban sus caballeros haciendo gentilezas con una lanza. Y hablando alto, que todos lo oyesen, dijo: «Juro a Nuestro Señor que matase a lanzadas a cualquiera que de mi mujer y deste caballo me dijese mal», y con aquello atapó las bocas a todos, y mucho mejor con el orden que dio para que la Reina enmendase su vida y volviese por su honor.

Tratándose en el Senado de la conjuración de Catilina y del remedio que en caso tan arduo se debía poner, le trujeron una carta a Julio César, y como Catón Uticense lo entendiese y imaginase que era enviada de los conjurados, comenzó a vocear que no había de leerse allí carta en secreto, sino que había de leerse en público; mas, por que esto no se hiciese, con mucho sosiego dio César la carta a Catón, la cual le había enviado Servilia, hermana de Catón, a César: y era de amores, tratados en ella muy a las claras, con poca modestia y honestidad. Y como Catón la hubiese leído, y entendido muy bien los tratos

de su hermana, sin turbación ni mostrar particular sentimiento se la volvió en su propia mano a César, diciendo: «¡Tómala, beudo!», y, sin hablar otra cosa, tornó a su plática comenzada. Esta Servilia fue madre de Marco Bruto, a quien César en su muerte, viendo que era de los que con más coraje le herían, le dijo en griego: «¿Y también tú, hijo?».

Trasíbulo amaba mucho la hija de Pisistrato, y como un día la topase, la besó delante de todos. Enojándose desto su mujer, incitaba a su marido contra Trasíbulo, mas él le dijo: «Si nosotros aborrecemos a los que nos aman, ¿qué haremos a los que nos quieren mal?»; y así, le dio por mujer su hija al dicho Trasíbulo, de la cual estaba muy aficionado. Como hubiese alguna fama de que su madre de Pisistrato quería bien a un mancebo, y el mancebo por miedo dél no se atreviese muchas veces a la visitar, Pisistrato le convidó a cenar y le ofreció su amistad y favor, diciendo hacer aquello por entender recibía en ellos servicio su madre, a quien siempre él deseó agradar. Leyendo un día Alejandro una prolija carta de Antípater (a quien él había dejado por virrey de Macedonia), y como<sup>192</sup> en ella viniesen algunas acusaciones acerca de la libertad con que Olimpias su madre vivía, dijo Alejandro que le parecía que Antípater ignoraba que una lágrima de su madre bastaba para borrar muchas cartas como aquélla.

Como la mujer de Marco Antonino, llamada Faustina, tuviese tan mala fama y por esto el Emperador fuese amonestado de sus amigos que hiciese divorcio y apartamiento della si no la quería matar, les respondió: «Si dejo la mujer, justo es que también vuelva el dote que con ella recibí, que no fue menos que el Imperio». La constancia que este Emperador tuvo en conservar y honrar a su mujer en su vida no dejó de mostrarla en su muerte, porque, como Faustina se le muriese en Asia, cabe el monte Tauro, después de haber hecho mucho sentimiento por su muerte la hizo canonizar por sancta, no obstante que había cometido tantos adulterios públicos con Tertulo, Utilio y Orfito y Moderato, a los cuales el Emperador dio grandes y muy honrosos oficios, procurando con esto encubrir las faltas y deshonestidades de su mujer, acordándose que por ella había recibido el Imperio, y que por la confianza que dél hizo su padre, el emperador Adriano, que como él propio mataría por su hija e Imperio, le recibió por yerno y le hizo heredero de cuanto bien tenía, y ansimismo, por mirar por la honra de Cómodo, su hijo y sucesor en el Imperio.

Dice Paulo Emilio y otros que, andando achacada la Emperatriz Judit, mujer del emperador Luis y rey de Francia, de mal trato con el conde Bernardo de Barcelona, Pipino, hijo del Emperador y de la primera mujer que tuvo, echando fama que quería quitar al conde Bernardo la ocasión de hacer más enojos a los Grandes del reino, se puso con gente en campo, y, viendo lo que pasaba Bernardo, huyó a España, y la reina Judit se acogió a un monasterio de monjas. Pacificadas después muchas cosas, el Emperador, no se dando por agraviado de la Emperatriz, conociendo los ruines intentos de su hijo Pipino (que era alzarse con el reino), la volvió a recibir en su gracia y amor, y el conde Bernardo tornó de España y juró que era falso testimonio el que de su honra y de la Emperatriz traían en plática, y desafío a cualquiera que contradijese; mas ninguno se quiso señalar en probar la infamia de la Emperatriz con peligro cierto de su vida, aunque venciese en el desafío, por ser restituida Judit en su imperio y señorío.

Enfadado el emperador Augusto César de las deshonestidades de la emperatriz Escribonia su mujer y de su hija Julia, con la indignación que contra ellas tuvo, desterró a ma-

192.- Suplo 'como' (389r).



dre y a hija a la isla Pandataría; mas, como después se quietase y pacíficase, considerando que aquel destierro había de ser para perpetua infamia de su mujer y hija, sin ninguna moderación decía a voces muchas veces: «Si mis fieles amigos Agripa o Mecenas fueran vivos, nunca tal cosa como ésta yo hubiera hecho, porque siempre miraron por mi honor y me aconsejaron lo que más me convenía, como buenos y fieles amigos».

Tratando desta materia, dice el Petrarca: «No es pequeña consolación ver en otros semejantes miserias e iguales fatigas; no porque con el mal de otro ninguno si no es muy malo se deba deleitar, mas porque o es muy gran regalo o demasiada soberbia que un hombre de más bajo estado sufra con gran saña lo que sabe que tantas veces sufrieron tantos y tan grandes señores del mundo». Por tanto, cada uno debe sufrir su ventura, y con más razón aquella que está claro ser común a los menores y a los mayores y más estimados entre todos los mortales; porque no solamente se verán caídas en este vicio las que son casadas con los hombres, mas aun las esposas de Cristo (cosa vergonzosa que la reverencia de tan grande Esposo no refrene las infelices y desenfrenadas ánimas); mas ¿a quién perdonará la desbocada<sup>193</sup> y rabiosa lujuria, pues ni al Cielo perdona ni teme la Celestial venganza? O ¿de qué se podrá abstener quien aun de los cuerpos ofrecidos a Dios no se abstiene?

Y nadie crea que en sola esta edad se hayan visto estos tan feos monstruos de lujuria (aunque, mirándolo con rectitud, jamás fueron tan abominables ni más dignos de pena), porque también en aquel siglo pasado, cuando el vicio era tenido por tan nueva y espantosa cosa como agora tenemos la virtud, fueron vistas y castigadas estas lealtades. Aquellas vírgines consagradas a la diosa Vesta, a cuya purísima castidad la grandeza de los Tribunos y Censores de Roma no se desdeñaban de hacer acatamiento, y aquellas que con sola la majestad de su virginidad, si algunos condenados a muerte acaso encontraban quedaban libres de pena, quebrantando la fuerza de las leyes y criminales sentencias, y, finalmente, aquellas en quien no sólo el hecho feo, mas aun una pequeña deshonestidad en el hábito o palabras no carecía de rigurosa pena y grande infamia, aun destas tan guardadas y estimadas se hallarán muchas en las historias que fueron condenadas y enterradas vivas porque, olvidada la honra y pospuesta la vergüenza y el espanto de tan gran pecado, fueron halladas en grandes yerros.

La infidelidad de la mujer a algunos ha sido causa de mudar su vida en mejor, porque, sueltos de las prisiones matrimoniales y sacudida de sí carga tan pesada, comenzaron a correr tras cosas más altas y subidas. Porque ¿quién veda al hombre que de la fealdad que su mujer cometió él haga el primer escalón para subir a vida más libre? Muchas veces el peso o la compañía hizo perezosos los pies que de suyo eran ligeros. En la *Historia Tripartita* se dice que Paulo, llamado el Simple, hallando a su mujer en adulterio, por no vengarse desta injuria ni parecer que favorecía al pecado se fue al desierto y se hizo monje y discípulo de san Antonio, donde fue tal su vida que las manos que tuvo quedas sin vengarse, levantándolas a Dios, alcanzaban de su Majestad todo cuanto le pedía, y Dios por este su siervo hizo muchos y grandes milagros.

Dando remedio el Petrarca al que de su mujer está agraviado, dice: «O calla o huye o lo venga». Lo segundo hizo aquel sancto varón sobredicho, porque, cierto, lo primero es de corazón muy muelle, y lo tercero de muy crudo y cruel; así que el segundo parece consejo

193.- Orig.: 'dsebocada' (390r).

más humano y honesto, mayormente para aquellos que son de mediano estado, porque a los soberbios y poderosos en vano se les pone ley, a causa de que las leyes de la poderosa soberbia no son otras sino voluntad, deleite, ira e ímpetu furioso, por pensar es bien que toda llaga sea curada con hierro, no siendo así, porque muchas hay que no tienen necesidad del hierro duro, sino de cosas blandas y suaves, en lo cual está su remedio.

Capítulo vigesimocuarto: De cuán gran nobleza y cristiandad usa el hombre que deja de matar a su mujer hallándola en adulterio, y de lo que en tal caso debe mirar

**D**ICE Séneca que el más noble linaje de venganza de injurias es perdonar cuando uno puede mejor satisfacerse, y que esta liberalidad no cabe en cualesquier juicios, sino en solos aquellos que de muy alta nobleza se derivan, porque mayor género de liberalidad se ofrece mientras es mayor el don, y así, será mayor la gloria cuanto mayor fuere la merced. Pues ¿qué bien hay en el mundo que se compare con el vivir, ni qué mayor liberalidad puede hacer un hombre que, puesto en la ejecución de poder quitar la vida a otro, concedérsela? Parece cierto que en esta grandeza imita algo el hombre a Dios, porque si Dios le dio la vida pudiendo no se la dar, este hombre no se la quita pudiéndosela quitar por ley del reino. Bástele al hombre para satisfacción que su desleal mujer, si su yerro fue público, vivda por él en perpetua infamia entre los hombres y que sea tenida por infiel al matrimonio, a su marido y a Dios, y que ande tan abatida que los que en ella pusieren sus ojos con sólo el mirarla la hagan injuria. Todo lo cual sucede al revés en el marido, porque puniendo el ejecución la ley y mandamiento del verdadero Dios y Señor nuestro queda por ejemplo de todos los buenos, el cual mostró querer que lo hiciesen así los hombres cuando trayendo una mujer para apedrear por la haber hallado en adulterio, la libró de la ejecución de aquella pena y la envió libre y en paz.

Yo querría que me dijese el cristiano, cuando mata a su mujer, qué es lo que le lastima y ofende. Dirá que los dichos de las gentes y el ser tenido por hombre infame por haberle cometido adulterio su mujer y haberla perdonado pudiéndola matar. Uno de los grandes errores que hay en el mundo es que quiera el hombre, con acuerdo y de su voluntad, hacer un tan gran mal como quitar la vida a una mujer que en otro tiempo tanto quiso y amó por sólo cumplir con los hombres malos y mundanos y satisfacer al vulgo, que todo lo que piensa es vanidad y error y no hay cosa más lejos de lo justo y de la verdad que lo que por opinión tiene. ¡Cuánto mejor es que mire el casado a Dios y a su misericordia y bondad, y perdonar antes por Él cualquiera injuria que le fuere hecha, que no vengarse y matar por cumplir y satisfacer a la vulgar opinión! De los tales dice Cristo nuestro Señor por san Mateo: «Al que hace mi voluntad, delante de mi Padre le confesaré, y al que quiere antes cumplir con el mundo que conmigo yo le negaré».

Pues mire el cristiano que Dios quiere que use de misericordia y huyga de la tiranía y crueldad, y así, debe dejar a los malos hombres que falsamente le aconsejan que sea homicida y matador, porque, como ministros del Demonio, no tratan sino de engañarle y buscar su perpetua destrucción. Siga a su Dios, que Él le vengará y satisfará castigando gravemente a los que le han ofendido, de manera que la venganza sea doblada que el yerro

que contra él se cometió. Y advierta el que matare a su mujer por vengar la injuria que le hizo, que por el mismo caso queda tan pecador a Dios como ella lo fue; y si quisiere que Dios le perdone, acordándose el tal hombre cómo por haberle ofendido su mujer la mató, con vergüenza podrá alzar a Dios sus ojos para pedille perdón, pues con tan cruel hecho provocó a Dios a ira y se hizo indigno de su misericordia pospuniendo la voluntad y amor de su Majestad por complacer a quien en sus afrentas no puede socorrerle ni jamás se acordará dél para bien ninguno.

En las *Historias francesas* se lee que había en Borgoña un caballero muy señalado en riqueza y valor, el cual informado de que su mujer le cometía adulterio le dio la muerte, y, andando después en un torneo, fue herido de un fuerte golpe, del cual quedó muy mal lisiado y casi sin fuerzas, y así, era vencido en cualesquier ejercicios de armas que acometía. Descontento y desesperado este caballero de verse así cada día vencido y tan débil y para poco, tan al revés de lo que antes solía, por aliviar el dolor deste sentimiento se echó en su cama y, quedando dormido, le pareció que estaba en juicio ante Dios. Y apareciendo allí el ángel que guardaba a su mujer cuando era viva, le acusó ante el Juez, diciendo: «Señor, este es el hombre que mató a su mujer por haberle algunos informado con falsedad que le era adúltera, y él, por vengar y satisfacer su corazón, no quiso perdonarla, ni aun oír sus descargos rogándosele con lágrimas y gemidos, y quiere agora, Señor, que Tú hayas misericordia dél». A esto respondió el Juez: «Di, mal hombre, ¿por qué no perdonaste una vez a tu mujer, pues yo te he perdonado infinitas veces? ¿Quisiste tomar venganza por satisfacer a los mundanos y no quisiste perdonar por amor de mí, que te perdoné de la pena eterna? Pues yo quiero que tu misma mujer, con el cuchillo que tú la mataste, te quite ella a ti la vida». Y dice la historia que pareció luego allí la mujer y, tomando el mismo cuchillo con que había sido muerta, le dio con él tan gran golpe que le partió la cabeza por medio en dos partes, y que dijo el Juez: «Pues que murió en pecado, sea lanzada su ánima en el Infierno». A lo cual respondió la mujer: «Bien lo merece, Señor, porque cuando él quería degollarme yo estaba en pecado mortal y me puso a riesgo de ser condenada, porque yo le rogué con lágrimas me dejase confesar y él nunca quiso, y vos, Señor, me ayudastes con vuestra gracia, y con ella me arrepentí de mis pecados y os pedí misericordia; y por los méritos de la purísima sangre que derramastes para el remedio de los pecadores tuistes por bien de me perdonar». Y el ángel dijo al Juez: «Señor, esto se acostumbra agora en Francia: que cualquiera hombre que halla a su mujer en adulterio, con licencia de su Rey le da la muerte».

Todo este suceso vido el sancto Obispo de la ciudad en sueños, al cual el verdadero Juez, Cristo nuestro Señor, dijo: «Ve y di al rey de Francia que por qué da tan cruel sentencia, que los hombres maten a sus mujeres hallándolas en adulterio. Que mire que hace gran mal en poner en peligro de condenación las ánimas de estas pecadoras mujeres, las cuales sería mejor que viviesen haciendo penitencia por sus pecados, que no, matándolas, las enviasen al Infierno. Que mire que no procede como buen rey, sino como cruel tirano y lobo destructor de mis ovejas. Y que le hago saber que no reinará más y que presto verá morir sus hijos, y él morirá tras ellos y de su línea no le heredará varón». Todo sucedió así, y, desaparecida la visión, despertó el Obispo y envió en casa del caballero, y halláronle muerto en su cama, partida la cabeza y el cuchillo sangriento, de lo cual el Obispo y todo el pueblo fueron admirados, y en un sermón les manifestó todo lo que en aquella visión había visto. Acabado de predicar, se fue para el Rey y con lágrimas le contó la visión y

muerte del caballero y le refirió el recaudo que Cristo le había mandado le diese. Aconsejole el Obispo que hiciese muchas limosnas y áspera penitencia llorando amargamente sus pecados, mas el Rey túvolo todo por cosa de burla. Y luego sucedió que súbitamente se le murieron todos los hijos y después él, y, quedando el reino sin heredero de su linaje, sucedió en gente estraña. Y desde entonces, por este caso tan maravilloso, no matan en Francia las mujeres adúlteras, sino apártanlas los maridos de sí con gran deshonra e infamia, temiendo el juicio de Dios.

El Patriarca don fray Francisco Jiménez dice que aconteció en Sevilla que un caballero de la ciudad sabiendo que su mujer le cometía adulterio, temiendo que si la mataba por su autoridad se le seguiría gran daño por parte de los deudos della, que eran muy ricos y poderosos, y así, determinó de quejarse al Rey, del cual sacó licencia para la matar o para la tener presa en su casa con tanta aspereza y mengua de mantenimientos que se le acabase presto la vida: lo que mejor desto le pareciese. El caballero escogió lo postrero: puso a su mujer en una cámara muy estrecha y obscura aprisionada, y con gran miseria y dolor la tuvo allí hasta que murió. Sucedió que a cabo de algunos años fue preso este caballero en tierra de moros y llevado a vender a Granada, y quiso su ventura que le compró un moro que había sido preso en Sevilla y padeció muchos trabajos en la prisión, y así, por se vengar dél, no le quiso dar a rescate (aunque por él daban gran suma de dineros), diciendo que le había menester para un cierto negocio. Llevole a su casa, donde le hizo una espantosa y horrible prisión, y cargado de hierros, le puso allí dándole una miserable cantidad de pan y agua y el suelo por cama, y haciale dar cada día muchos azotes. Con grande afficción pasaba el caballero aquella triste vida, y llevábalo en paciencia por sus pecados, habiendo dellos gran pesar y contrición, y con lágrimas suplicaba la Virgen María, nuestra Señora, le socorriese. Y ya que le faltaba poco para morir, le apareció un ángel y le dijo que la Virgen sancta María le enviaba para decirle el gran pecado que había hecho en la crueldad que usó contra su mujer; que aquel pecado le había traído en aquella pena y que ante la majestad de Dios se había determinado que hombre cruel no fuese oído en sus oraciones y necesidades, antes fuese juzgado conforme a su crueldad. Por tanto, le decía de parte de la sanctísima Virgen que Ella no le quería oír; mas que, por haberla llamado, que Ella le mostraría a su mujer, y que si su mujer quisiese rogar a la Virgen María por él, que Ella aceptaría el ruego, mas de otra suerte no. El pobre caballero, teniendo gran contrición de sus pecados, fue arrebatado súbitamente en espíritu, y vio a su mujer en gran gloria entre los Ángeles (porque había sido mujer muy piadosa y de gran devoción y loables costumbres, haciendo buen servicio su marido y muchas limosnas a los pobres, y acaso cayó, como flaca, en aquel pecado de adulterio y por ello permitió Dios que su marido la castigase así); y como el marido viesse a su mujer en tan gran gloria y en tan alto estado, había vergüenza de la mirar, pensando en el gran mal que le cometió. Entonces la mujer se llegó a él y le dijo: «¡Oh malvado y cruel, entrañas sin misericordia y por ello muy digno de perpetua muerte! No obstante que yo te quebranté la fidelidad que te debía en el sancto matrimonio, bien sabes, ingrato, que en extremo te había amado y servido y que siempre puse muy buen recaudo en las cosas de tu casa. Pues ¿cómo en un punto pudiste olvidarte deste buen servicio y de la buenas obras que por ti hice y de la crecida afición con que de continuo miré por el regalo y contento de tu persona, y sin acordarte de nada desto, tan sin duelo, me heciste morir con tan grande angustia y dolor, sin tener otro alivio y socorro

sino a Dios y a su benditísima Madre? Digno eres de que yo pidiese a Dios, Señor nuestro, tu condenación perpetua por la ingratitude y crueldad que conmigo usaste; mas, porque sé que con grande angustia has llamado a la Reina del cielo y Señora nuestra en tus necesidades y trabajos, y que nuestro Redemptor Jesucristo mandó que rogásemos por nuestros perseguidores y enemigos, yo suplicaré a la Virgen María nuestra Señora ruegue por ti a su Hijo precioso». Y así lo hizo la devota dueña, y le pareció a aquel hombre que su mujer se hincaba de rodillas ante la Madre de Dios y que nuestra Señora le respondía: «Dura cosa es que yo haga misericordia con hombre que usó contigo de tan gran crueldad. Yo he rogado a mi Hijo por él, y con gran dificultad quiso concederlo. Está cierta que él será libre de su prisión y puesto en Sevilla». Y a él le dijo: «Dios quiere que públicamente hagas penitencia por la ciudad confesando haber ofendido la honra de tu mujer; y así, procura con gran diligencia restituirla en su buena fama confesando haberla muerto por tu malicia. Y que des tu hacienda a los pobres y la gastes en obras de piedad, y tú te entres en alguna religión donde humildemente acabes de hacer penitencia de tus pecados. Y que públicamente digas que de aquellos hombres que matan por adulterio a sus mujeres por su propia autoridad o por vengarse dellas, que Dios tomará en esta vida rigurosa venganza dellos, y después en la otra los penará». Este caballero fue libre de la prisión milagrosamente y puesto en Sevilla, y, cumpliendo lo que le fue mandado, acabó bienaventuradamente en la orden del glorioso padre san Francisco. Por estos ejemplos se muestra cómo Dios castiga a aquellos que, como crueles y sin piedad, tratan mal a sus mujeres o las matan en sabiendo que les son adúlteras, porque quiere nuestro inmenso Dios que dejemos la venganza y el castigo de nuestras injurias a su Majestad, que Él lo castigará como más convenga.

La *Historia oriental* cuenta que Persio, rey de Armenia, acusando un caballero a su mujer de adúltera, le dio licencia para que la matase y el caballero la degolló. Sabiendo este caso el santo abad Nofrén, varón muy sabio y de gran sanctidad, se vino para el Rey y le dijo: «Cosa es indigna que tú te llames rey, pues injustamente riges y gobiernas procediendo más como cruel tirano que como clemente y piadoso rey. ¿Por qué nuevamente has dado por sentencia que la mujer adúltera sea quemada? Dime: ¿con qué autoridad has impuesto mayor pena al pecado de la que merece, pues la ley natural y divina mandan que la pena no exceda a la culpa? Mandaste, rey, que esta mujer por adúltera fuese quemada. Advierte bien si la pena sobrepaja a la culpa, y verás cómo es sin comparación. Mira que la ley del profeta Moisés se llamaba ley de rigor, y por guardar el rigor mandaba que las adúlteras fuesen apedreadas. Pues si la ley de gracia es de misericordia y piedad, ¿por qué has hecho ley de tanto rigor que las mandas quemar? Tomarás ejemplo en cómo Cristo, nuestro Redentor, libró aquella mujer acusada de adulterio, que la traían a apedrear y ninguno la tocó. También heciste a su marido ejecutor de la pena, no siéndolo de las penas públicas, permitiendo que así tomase de su mujer cruel venganza. Por lo cual te hago saber de parte de Cristo, Redemptor nuestro, que por tus injusticias, y principalmente por haber quemado esta mujer, que has de morir quemado». No teniendo en nada el Rey esta amonestación, ni hizo penitencia ni curó de emendar su vida, y sucedió que, bañándose un día en unos baños de agua ardiente, echó uno un tizoncillo ardiendo dentro sin quererlo hacer, y luego se levantaron vivas llamas del agua ardiente que abarcaron al Rey sin poderle remediar. El emperador Justiniano ordenó una ley que dice que cualquier hombre que matare a su mujer por esta causa muera por ello.

Para no matar el hombre a su mujer adúltera debe considerar que cuando la mata queda infame entre los hombres y enemigo de Dios, porque por haberla muerto no se escusa de decir que ella fuese su mujer y él su marido, y en aquella publicación hácese grande afrenta y vergüenza y grande injuria a sus hijos, porque serán de todos menospreciados por aquella pública ejecución. Debe considerar el mal que se le puede seguir de la enemistad de los parientes de su mujer, los cuales podría ser que desde luego procuren matarle. Debe también considerar el gran daño que se le sigue en su casa y hacienda, porque todo se le perderá y destruirá, y el haber de verse desterrado de su sosiego con grande deshonor y afrenta de su persona. Por lo cual considere cómo grandes señores, príncipes y reyes encubren y disimulan tales cosas como éstas, teniendo respecto a su honra, que se podría perder si lo presumiesen castigar, y que grandes señores perdonan a grandes traidores que les cometen este género de traición, y los hablan y comunican bien por disimular, y con este buen tratamiento se suelen corregir y arrepentir muy de veras de aquella traición; y si la mujer es cuerda, viendo como su marido usa con ella de liberalidad perdonándole su yerro, se corrige y aparta de ofenderle más, y de allí adelante le es muy obediente y le sirve con mayor amor y voluntad que hasta entonces y le quiere como a sí mesma, acordándose de la gran cristiandad y nobleza que con ella ha usado y que después de Dios no es menos lo que le debe que la vida, y de allí adelante, cuanta más confianza della se hace (conociendo no haberlo merecido y cómo la libró Dios de un peligro tan grande) tanto más fiel y leal se muestra.

De David leemos que Saúl su suegro le dio a Micol por mujer y después se la quitó y la dio a Paltiel, y por eso cuando David la tornó a recibir no le mostró mala voluntad, antes holgó con ella y la tuvo en su casa, así como antes, por su natural y legítima mujer. Considere asimesmo el hombre cómo es pecador y que cada día ofende a Dios infinitas veces y que le tiene merecidas mil muertes y no le mata, sino que antes le aguarda para que haga penitencia de sus pecados y merezca su gloria, y cómo no hay en él más mejoría que si nunca hubiera de ser juzgado, y que si él usa de crueldad con su mujer, que no es mucho que Dios le niegue su misericordia. Piense también que si su mujer fue una vez infiel al matrimonio, cuántas veces él lo habrá sido al matrimonio y a ella y a Dios, y nunca su mujer se lo ha demandado ni acusado. Perdona, pues, el hombre, por que de nuestro Señor Jesucristo sea perdonado, y si así no lo hiciere tenga por cierto que el juicio de Dios está aparejado para su condenación.

#### Capítulo vigésimoquinto: De cómo el homicida es gravemente atormentado de inquietud y temor todos los días de su vida

**E**S el no matar tan conforme a la ley natural y a la naturaleza humana que, aunque no hubiera ley divina que lo prohibiera ni pena temporal y eterna con que se castigara, no lo habían de cometer los hombres, porque no hay cosa más contraria a la naturaleza que el deshacerla, y eso hace el que quita al hombre la vida, en que también pone en condición la suya, porque o la justicia se la quitará o su enemigo, conforme a la doctrina del sancto Evangelio, que dice: «Todo hombre que matare con cuchillo, con cuchillo morirá». De manera que el que a otro mata a sí mesmo no perdona, y en ello hace de su parte cuanto puede para destruir su propia naturaleza, en lo cual son peores los

hombres que los animales brutos, pues ellos no se matan unos a otros por pasiones de ira, sino por su mantenimiento, que esto les es forzoso, pero no pasan de ahí como los hombres, que, llenos de furor y rabia voluntaria, pasan a matar al que es de su propia naturaleza; que aun para su mantenimiento no lo hacen los animales, pues no matan a los de su especie, como los hombres, siendo los que más la habían de conservar por el uso de la razón que les dio Dios para entender la obligación grande que para havello tienen. Y así, no aprovechando esto, fue convenientísimo hacer leyes penales, las cuales establecieron los príncipes cristianos conformándose y siguiendo las divinas, y aun los gentiles y bárbaros, como consta de sus leyes e historias, las hicieron, castigando y prohibiendo este delicto.

Es tan ciego el hombre vengativo desta pasión de la venganza, que, creyendo que no hallará contento ni descanso su corazón hasta verse vengado de aquellos que sabe es aborrecido o injuriado, que tiene a gran cobardía el no vengar su injuria, sin echar de ver que no hay mayor cobardía que sujetarse el hombre a una pasión que de parte de la sensualidad le da guerra, pudiéndole hacer rostro con el escudo de la razón. Este tal viéndose vengado, pensando quietarse y descansar con el cumplimiento de la venganza, queda más inquieto y desasosegado que antes, porque además de el peligro en que vive (según aquello que dice el refrán: «Quien su corazón quiso vengar, por mal cabo quiso andar»), a doquiera que huya lleva consigo el tormento de su consciencia, que le remuerde más y más sin contradicción que todos sus enemigos, y más que todos ellos, por cuidadosos que sean en perseguirle, le aflige y acosa, y así, viene a conocer que adonde pensó hallar el descanso que deseaba topó el desabrimiento y perpetua guerra para su corazón, con que vive en continuo tormento.

De tal manera mostró Dios aborrecer este delicto de homicidio en la ley de Escritura, que hasta los animales irracionales no quiso que fuesen libres de castigo, como se escribe en el *Éxodo* por estas palabras: «El que hiere al hombre con voluntad de matalle, muera», de manera que, aunque no fuese consumada la obra, se mandaba castigar la deliberación della. Y asimismo dice: «Si el buey con su cuerno hiere a algún hombre o mujer y muriere dello, será el buey apedreado y muerto, y no será lícito a nadie comer de sus carnes», dando en esto entender la gravedad deste delicto, pues aun siendo cometido por un animal de cuyas carnes podían comer todos (por ser de los animales limpios, no prohibidos en la ley), por el homicidio quedó inmundo y privados los hombres de comer dél, porque es tan inhumano y tan contrario a la naturaleza este delicto, que al Señor della le pareció que no era conveniente que el hombre se mantuviese de la carne del que hubiese deshecho la suya, porque había de tener justo horror el hombre pío y racional de comer de las carnes del homicida de su hermano.

Quiso Dios apartar tanto a los hombres del daño de sus consortes y que no tuviesen licencia de dañarse unos a otros, que en el *Éxodo* mandó que el señor que a su esclavo quebrase un ojo o diente perdiese el siervo y quedase libre, porque nadie tiene libertad para dañar al prójimo, aunque sea esclavo y en caso grave. Porque, como dice el Apóstol, Dios es señor universal de todos, y así, a nadie le es lícito quitarle ni lisiarle ninguno de los suyos. Todo esto es para que se entienda que si al animal sin pecado se le da toda la pena que puede tener un homicida y al señor temporal no es permitido agraviar con exceso a su siervo, se entienda la pena que se dará en este mundo y en el otro al que lo hiciere con su prójimo. Lo cual entendió bien el patriarca Jacob, pues no embargante que eran sus hijos Simeón y

Leví, y que, volviendo por el agravio hecho a su hermana Dina, fueron los que se juntaron y principalmente trataron de la muerte de Emor y Siquem, con todo eso, les da su maldición por haber sido homicidas, aunque con nombre y título de bendición les anunció lo que merecían padecer por el delito del homicidio, por el cual los privó de su bendición, pues habiéndola dado a todos los demás hijos suyos, aunque mezclada con la anunciación en algunos de sus males futuros de pena correspondientes a los de la culpa que en ellos había precedido, a estos solos dejó sin mezcla de alivio y sin cosa que les pudiese consolar, por el aborrecimiento que a su culpa tuvo, aunque los amaba tiernamente como a hijos.

Propiedad es del ciervo, cuando se siente herido, huir sin jamás parar, como si pudiera huyendo apartarse del daño que consigo lleva; y desta suerte el malo cuando se siente herido de la culpa que trae consigo anda inquieto y como huyendo sin saber adónde. Huye el malo (dice Salomón) sin que alguno le persiga, y así como el bueno tiene consigo perpetua paz y sosiego, porque la consciencia segura es un continuo regalo, un perpetuo convite, así el malo, con la inquietud y poco sosiego que consigo trae, tiene perpetua pena. Plutarco a la facinorosa consciencia llama llaga del alma, que siempre escuece y da dolor; la Escritura y los sanctos la llaman gusano que perpetuamente está royendo. La venganza de la carne del impío será fuego y gusano, dice el *Eclesiástico*, y llama *carne del impío* la flaqueza y el pecado, y de todos los malos, dice Esaías, el gusano dellos no morirá. Este remordimiento de consciencia es tan propio de lo que se hace mal que con razón pudo decir Juvenal dél que el primer castigo de lo mal hecho era el descontento de sí mismo y que jamás se tenía por absuelto el que se hallaba culpado, por más que el voto del pretor sobornado le diese por libre. Dijo admirablemente Pitágoras en sus *Preceptos*: «Ante todas cosas ten reverencia a ti mismo»; y esto con el dicho (caído del cielo, como dicen) «Conócete a ti mismo» ponen al hombre delante de sus ojos la dignidad que tiene, para que, conforme a ella, se precie de no hacer cosa indebida a su origen y nobleza. Deste respecto que cada uno se debe a sí nace el natural descontento con que cada uno parece que se esconde de sí mismo. «No tienes que temer a nadie (dice Séneca)<sup>194</sup> que sepa tu maldad tanto como a ti, porque de los demás te podrás apartar y de ti no puedes». Y san Isidoro enseñó lo mismo, diciendo desta manera: «De todo puede huir el hombre si no es de su corazón, porque no puede apartarse de sí: dondequiera que estuviere, la consciencia de su culpa no le deja».

Y verdaderamente es así: que al pecado le es muy propio y natural seguirse el temor, tanto que, como se vee por experiencia y lo dijo el poeta Menandro, «El más osado, si sabe algo de sí, se hace tímido». En el *Deuteronomio*, entre las demás maldiciones del que no guardare los mandamientos de Dios, se dice que le dará el Señor un corazón medroso. También en el libro de *Job* se dice del malo: «El sonido del terror está siempre en sus orejas, y aunque haya paz, él siempre sospecha las asechanzas». Dice el Sabio que puso Dios tanto temor en los egipcios cuando los vistió de tinieblas, que el silbo del aire y el son de las aves y el ruido de las aguas o de alguna piedra que se despeñaba, el correr y saltar de los animales, el bramar de las bestias bastaba para que cayesen amortecidos de temor y espanto. Y de que el malo tema no hay de qué espantarnos, pues por el pecado se pierde a Dios; que quien le tiene y le teme no tiene de qué temer; mas, en apartándose dél, justo es que tema, pues tiene contra sí a todo el mundo.

194.- Orig.: 'Seneza' (397v).



De todo lo dicho tenemos claro ejemplo en lo que cuenta la sagrada Historia del temer y esconderse nuestro primero padre cuando le buscaba y le llamaba Dios, y si queremos atender al desabrimiento y disgusto en que se halla el que ha caído en pecado, es ésta la primera voz que Dios da al hombre, diciéndole: «Adán, ¿dónde estás?», para que el hombre mire y considere el estado y la miseria en que ha venido. Y lo que también cuenta la divina Escritura de Caín es mucho de maravillar, viendo el poco ánimo que después de haber muerto a su hermano le quedó, pues, estando tan solo en el mundo, decía a Dios que quien le topase le mataría (y por lo menos temía a los que estaban por nacer), y con haberle asegurado Dios con palabras y señal que le puso, jamás se pudo asegurar de su misma generación, y así, vivió escondido y desventurado toda su vida.

Herodes, idumeo de nación, por el extraño valor y ventura que tuvo vino a ser rey de Judea y a casarse con Mariana, de linaje real de los macabeos, de la cual y de su hermano Aristóbolo encarece Josefo tanto su hermosura, hasta decir que no parecía quedar poder en naturaleza para producir criaturas más bellas, y que sus retratos eran llevados a príncipes y señores para que viesen la increíble hermosura que en ellos resplandecía. Mandando Marco Antonio parecer delante dél en la ciudad de Laodicea a Herodes para que respondiese a algunas acusaciones que dél tenía, temiendo Herodes no le resultase desto la muerte, por tener por contraria a Cleopatra, encomendando a su tío y cuñado, llamado Josefo, la gobernación del reino, encargándole mucho que si él muriese en aquella jornada matase luego a Mariana su mujer, no queriendo que, siendo él muerto, quedase para ninguno (tanto era de celoso porque como su suegra Alejandra, madre de Mariana, hubiese enviado a Marco Antonio los retratos de Mariana y Aristóbolo, creía Herodes que Marco Antonio le quería matar enamorado de Mariana por la hermosura de aquel retrato y lo que della habría oído), Herodes supo negociar de manera que Marco Antonio le quedó muy amigo, andando de por medio grandes dádivas. Josefo, que quedó por gobernador de Judea, visitaba muchas veces a Mariana y a su madre, como pariente de Herodes, y en sus conversaciones les decía cosas con que perdiesen la sospecha que de la crueldad de Herodes y de su desamor tenían; y queriendo encarecer lo mucho que Herodes amaba a Mariana, le dijo cómo le había mandado que si él moría que la matase, por que tan gran belleza no fuese de otro gozada. A Mariana y a su madre no les pareció que el mandato fuese muestra de amor, sino de gran crueldad, pues, muerto él, no quería que ella viviese.

Vuelto Herodes a Judea, su hermana Salomé y mujer de Josefo le dijo la mucha familiaridad que Josefo había tenido con Mariana, por andar ella abrasada en celos y porque Mariana la hinchía de bárbara de mala casta. A punto estuvo Herodes de lo creer, y apretó a Mariana sobre ello, de la cual quedó satisfecho, porque ella sin duda era tan honesta como altiva, y él la demandó perdón de la mala sospecha que había concebido y la juró que nunca hombre amó tanto a su mujer como él a ella. A esto dijo ella (con poca prudencia) que no tenía tales prendas dél, pues la había mandado matar si él muriese, y que el amor no mata, sino vivifica; con la cual razón quedó tan lastimado el tirano que la sacudió de sí, y la matara luego, si no fuera por el grande amor que la tenía. Arrancábase los cabellos y las barbas, y aullando decía que si ella no tuviera malos tratos con Josefo que nunca él la descubriera cosa que tan gran secreto requería, y sin le ver ni oír le hizo matar, y así, quedó todo turbado y su casa a pique de perderse. Vencido Marco Antonio de Augusto, quiso componer Herodes con Augusto César, y para ir a Rodas, donde estaba, dejó el gobierno

del reino a su hermano Perotas, y a Mariana y a su madre metió en el castillo alejandrío, encomendando su guarda a Sohemo y a Josefo, mandándoles también que si él no tornase de aquel viaje que ellos la matasen y procurasen poner en la posesión del reino a sus hijos.

Vuelto con buen despacho, halló a Mariana tan esquiva y zahareña que todo se le iba en decirle pesadumbres, de que andaba Herodes tan lastimado que todos se lo entendían, y así, su hermana Salomé, grande enemiga de Mariana, mandó entrar al paje de copa, que le dijo cómo Mariana le traía muy acosado sobre que le diese ponzoña en el vino. No pudo más la braveza de Herodes comportar los toques de Mariana, y así, mandó atormentar a un su eunuco, muy su íntimo, para sacar dél aquella verdad, y él nunca dijo más de que Mariana se daba por agraviada de Herodes por cosas que Sohemo le había dicho, y con esto creyó que Sohemo tenía ruines amistades con ella, pues tal cosa le había descubierto, y le hizo matar. Vencido de sus rabias y celos y ayudado de su madre y hermana, con consejo de algunos que le hablaban según su gusto y no conforme a razón, fue Mariana condenada a muerte. Dicen Josefo y Egesipo que salió a ser degollada con tan real continente y majestad y con tan enseñoreado semblante y sosegada manera, que ni mostró que oía lo que su madre le decía ni que hacía caso de lo que contra ella se quería hacer, sino que su meneo y palabras y el donaire y gravedad que llevaba representaban todo el valor de la familia de los asamoneos, y así, fue degollada para mayor castigo de Herodes que aviso della.

Como antes lo había temido le sucedió a Herodes, porque, muerta Mariana, considerando la gran crueldad que contra aquella que tan entrañablemente amaba había cometido, la delectación y contento que en ver su gran hermosura recibía, los gozosos ratos que con ella había pasado, la grandeza de su descendencia, hacía tan gran llanto que los días y las noches otra cosa no hacía sino derramar lágrimas y decir con entrañables suspiros: «¡Ay de mí, Mariana! Y ¿adónde estás?». Llamábala y érale dulce su nombre, mas viéndose no merecer respuesta lloraba su mal consejo. Enviábala a llamar a su cámara y, como el mensajero volviese sin ella y con las lágrimas en los ojos, subía de punto su dolor y pena. Muchas cosas hizo sobre esto de hombre sin juicio, y como por desechar su pasión se diese a convites y a conversaciones regocijadas de amigos, en cada cosa que se trataba luego le traía la memoria a aquel propósito lo que su Mariana valía y hacía, con que quedaba de aquellas conversaciones de gusto con mayor tristeza y dolor. Y, en fin, vino a dejar la gobernación del reino, y para dar algún vado a su corazón, so color de caza y montería se iba a los montes y, apartándose de los suyos a los lugares más tristes y solitarios, decía a voces: «¿Dónde estás, mi Mariana, que en tus reales palacios ni en los desiertos no puedo descubrirte? Si antes te me mostrabas esquiva no era con el rigor que agora, pues, viendo que la vida se me consume tan apriesa por tu amor, ningún duelo tienes de mí. Mas bien veo, Mariana, que no eres tú la que esta crueldad conmigo usa, sino yo mesmo, pues, siendo tú el bien de mi vida, no usando yo de razón, sino como bestia furiosa, te aparté no sólo de mí, sino de la vida que gozabas, por dar crédito a los que con envidia de tu mucho valor, virtud y grandeza procuraban tu muerte, no considerando que juntamente procuraban la mía, que con más tormento y amargura se acaba que la tuya se acabó».

Andando por los montes Herodes sin esperanza de remedio y como fuera de sí, vino a enfermar malamente de grandes inflamaciones de cabeza causadas de sus vehementes imaginaciones, hasta que vino a dar clara muestra de se le haber alterado el juicio, y así, los médicos, desesperados de su salud, no trataban sino de le complacer en lo que él qui-

siese, y él se andaba de tierra en tierra buscando alegría; mas sin Mariana no la hallaba. Vino después a matar sus propios hijos, sin bastante información, por dar crédito a sus malas sospechas y dañados terceros, y, viéndose podrido y lleno de gusanos, rabiando acabó su miserable vida.

¡Oh, cuán bien dijo Eurípides y otros a él semejantes que el que tiñe sus manos en la sangre de los suyos y no teme de regar la tierra con sangre de su linaje, que divinalmente le envía Dios venganza de mil infortunios por su familia! Como Aristóbolo, rey de Judea, por una gran falsedad y engaño hubiese hecho matar a Antígono, su bueno y fiel hermano, que iba a visitarle, abriendo Dios los ojos de la razón al rey Aristóbolo para que conociese su pecado y se doliese dél, y él, no tanto por amor de Dios como de la honra y de la sangre de un tan buen hermano, y porque naturalmente lo malo da a pesar, comenzó tanto a sentir su pecado que la enfermedad que tenía se le acrecentó y vino a reventar mucha sangre. Y como un día un paje sacase una almofia della para derramarla, pasando por el aposento donde fue muerto Antígono y tropezando allí, se le vertió toda sobre las manchas de la sangre de Antígono, que aún parecían en el suelo. Y visto por muchos que allí se hallaron y no pudiéndose contener de llorar a voces, admirados de cómo Dios ordenó que la sangre del matador se mezclase con la del muerto, vino el Rey a oír la gritería y a saber el porqué, y luego se cubrió de lágrimas, y gimiendo que parecía bramar, conociendo que Dios descargaba su azote sobre sus grandes pecados, y<sup>195</sup> dijo: «No era justo esperar que a la gran claridad de Dios se podían esconder mis maldades, por encubiertas que fuesen. La justicia de Dios, vengadora de la muerte de mi hermano, me persigue. ¡Cuerpo malaventurado! ¿Hasta cuándo sostienes esta alma culpada contra el hermano y contra la madre? ¿Para qué es ofrecerles mi sangre poco a poco, pues toda junta se les debe tan debida?». Y, en diciendo esto y otras impaciencias, se le arrancó el alma, no habiendo gozado el reino más de un año.

Dice Olao Magno que Popilio, rey de Polonia, y la reina su mujer, se hicieron a una y mataron a sus padres por heredarlos. Sucedió, poco después de haberlos muerto, que, estando en un convite, salieron del sepulcro del padre muchos ratones que los acometieron y hicieron entrar, huyendo, en una barca; y ni por esto pudieron librarse dellos, porque, echándose a nado, entraron en la barca y la royeron de modo que se iba a hundir. Salieron de allí y subieron a una torre espantados y llenos de temor de aquellos animalejos, y fue tanta la multitud de ratones que los siguió que mataron a bocados a la Reina y a dos hijos suyos, y al cabo al parricida Popilio.

De un buen hombre, carbonero, cuenta san Antonio que cada noche en el monte vía una espantable y temerosa visión cuya memoria le traía atemorizado de manera que el Conde señor de su pueblo le preguntó de qué andaba tan pensativo, y díjole cómo cada noche veía una estraña visión en el monte. El Conde se determinó de ir a verla, y para esto se confesó y comulgó. Y, llegando una tarde al monte, se puso en un lugar que el carbonero le señaló, y, siendo bien de noche, comenzó a sonar una ronca bocina y abriose la tierra y apareciouse un gran fuego, y dél salió una mujer desnuda, y tras ella uno de a caballo con una espada desnuda hiriéndola. Y como anduviesen al derredor de aquel fuego, cuando llegaron hacia donde estaba el Conde, hecha la señal de la cruz, dijo: «De parte de Dios me decid quién sois». Entonces pararon, y dijo el de a caballo: «Yo soy Fulano, tu soldado,

195.- Sobra 'y' (400v).

y ésta fue mujer de Fulano, otro soldado tuyo, al cual ésta le mató por amor de mí y por justo juicio de Dios fuimos condenado; y ésta es entregada a mi espada y yo a este caballo, que es el Demonio, que nunca cesa de me atormentar terriblemente». Y, diciendo esto, comenzó a herir a la mujer y ella a dar grandes gritos, y toda la visión se hundió en la tierra, quedando el Conde muy espantado.

Muchos fueron los bienes de que el emperador Nero gozó por haber casado con Octavia, hija del emperador Claudio, pues por ella desheredando a su hijo Británico (amado de todos) prohió a Nero y le dejó por su sucesor en el Imperio romano. Mas, olvidado de todo y de lo mucho que por su persona Octavia merecía, la vino a aborrecer de tal manera que ni la trataba ni podía ver, dejándola por amar a mujercillas infames, y por complacer a una dellas repudió a la honesta Octavia infamándola con gran falsedad, y la desterró, y luego envió el malvado quien la matase. Por la muerte de su Octavia y otras infinitas maldades que Nero había cometido, todas las noches se le pasaban en sueños tristes, amenazadores de la desventura que después le vino. Y poco antes de su muerte soñó muchas veces que su mujer Octavia le llevaba rastrando con cadenas a unas terribles obscuridades llenas de malas visiones y miserias, con que andaba espantado y lleno de temor. Fue cosa maravillosa que en el mismo mes y día que Nero hizo matar a Octavia, él por su propia mano se vino a degollar.

Mucho es de notar cómo cualquiera sangre humana que se derrame, aunque sea en razón de venganza merecida y no sangre inocente, aun así, derramada se queda viva, dando latidos al corazón de quien la derrama, citándole a golpes para el juicio de Dios y haciendo en su recuerdo horror y espanto, así a la consciencia del tal como a la naturaleza. Lo cual debe ser porque como cada gota della está mezclada en el alma racional, viva imagen de Dios, parece que aquí ambas juntas, consciencia y naturaleza, reconocen su culpa y se conducen de haber desacatado la imagen del mismo Dios tocando en la sangre o vida humana unida con ella. Esto fue lo que en efecto quiso significar a David la prudentísima Abigail cuando, para detener su furiosa espada del degüello que iba a hacer en su marido y en toda su casa, le dijo así: «No derrames, señor, sangre el día de hoy, so pena que te obligas a un perpetuo escrúpulo que nunca acabarás de tragarle y siempre le estarás engullendo a sollozos». Pues si la sangre humana que no es inocente y se derrama con causa aun causa este horror y siempre se está engullendo a sollozos, ¿qué horror causará la que siendo inocente se derramare sin ella? ¡Oh, cuánto se debía evitar esto! Por cierto, esa es la que, una vez derramada, siempre trae el alma captiva en perpetuas angustias con la memoria pesadísima de su propio delito.

De aquí es lo que el divino Crisóstomo ponderó del perverso Caín; que como no pudiendo sufrir a su buen hermano, el inocente Abel, ni verle de sus ojos, y para eso le quitase la vida, por el mismo caso le trajo después de muerto siempre en su pensamiento, sin poderse valer ni defender dél; de manera que al que no podía ver vivo de sus ojos (por lo cual le mató) matándole se obligó a traerle presente. Y le trajo siempre así, muerto, cargado sobre sí mismo, padeciendo sumas fatigas con la presencia del muerto, que nunca pudo desviar de su imaginación; y aun es de creer que éste era uno de los impulsos que le traían siempre huyendo sin darle reposo, porque huía del muerto que traía a sus cuestras,

y como siempre le<sup>196</sup> trajo, siempre huía. Y así, dice Crisóstomo que el santo Abel, muerto, le fatigaba, y que trayéndole abrazado entre sus manos le pedía y acusaba su muerte.

Y aun acaso también este fue aquel sangriento cuchillo de que dijo Dios a David: «Jamás faltará el cuchillo de tu casa», esto es, que te esté pidiendo la muerte del inocente Urías que hiciste matar. Porque, aunque en esta razón le condenó el Señor a un manantial de muertes que en casos aun no pensados ni temidos había de hallar en su casa a deshora hechas por momentos de la justicia de Dios (ya que su casa siempre había de andar bañada en sangre pidiéndole la inocente sangre de Urías que él derramó), también quiso significar por este cuchillo aquel ordinario remordimiento de consciencia que había de traer de lo hecho y la presencia de Urías, de quien siempre había de andar cargado y que había de fatigarle en medio de sus solaces y contentos dándole la punzada o puñalada que se los hiciese soltar de las manos y volver a valerse del muerto que le mataba. ¡Oh, cuántas veces estando durmiendo este buen rey con su hermosa y querida Bersabé (que por gozarla con mayor reposo hizo matar a su marido Urías) le recordó el muerto de Urías y le hizo dejar la cama, resuelto en lágrimas por la crueldad que contra él cometió! ¡Oh, cuántas veces estando haciendo estado y majestad o entreteniéndose en sus reales solaces llegaba a deshora el muerto de Urías a darle pellico y, asido a brazos con él, le daba tal golpe en el corazón que le pasaba el alma y mal lograba el contento que estaba tomando! Éste, pues, fue el cuchillo amenazado por Dios que jamás salió de la casa de su consciencia, aunque el de la sangre acaso por algún tiempo le perdonase.

Nota, cristiano lector, a cuán duro cuchillo sujeta su ánima cualquiera que mata a otro, pues por el mismo caso él mismo se condena a la daga del muerto, que hiere más que la del vivo. No piense, pues, el cruel homicida que acaba la guerra con el vivo que mata; que antes allí es donde, el vivo acabado, sale el muerto a tomarse con él y a hacerle más cruda guerra y más trabada: guerra sin treguas por toda la vida y que aun a veces la acaba vengándose el muerto del vivo, permitiéndolo Dios y matando así el muerto a quien el vivo no pudo.

#### Capítulo vigesimosexto: De cómo algunos hombres han muerto o repudiado a sus fieles y leales mujeres por amor de sus mancebas, y de otros que con falsedad las acusaron de adúlteras

**D**EJOME mi virtud y la lumbre de mis ojos no está conmigo», dice el Psalmista. Ciego está y no ve el pecador la desventura que pasa sirviendo a sus pasiones y apetitos. Con dificultad podría el cazador tener preso al halcón en el alcándara sin teparle primero los ojos; así, no puede el Demonio tener preso ni sujeto al hombre carnal a tan miserable servidumbre sin privarle primero de la vista, porque no estaría atado al amor de una falsa y vil mujer (y cumplir sus antojos y ruines deseos, aunque sean contra Dios y contra toda razón y justicia, como lo son) si conociese el gran yerro que comete y los disparates en que anda y cómo es de todos tenido por loco y desatinado. Como el Rey celestial quiere siervos sabios, así el Demonio quiere servidores ciegos, con cuya ceguedad se huelga. El cuervo a lo primero que acude en el cuerpo muerto es a los

196.- Orig.: 'la' (402r).

ojos; esto mismo hace el Demonio, porque lo primero que hace es cegar al hombre por que pueda después a su voluntad despeñarle en la hoya del pecado.

El hombre con vista puede ver de lejos los inconvenientes y guardarse dellos, pero si es ciego no los puede huir ni evitar, y así lleva a la boca el manjar ponzoñoso como el saludable, no huye del tropiezo, y tan presto se llega al enemigo como al amigo, por no tener luz para hacer diferencia entre lo bueno y lo malo. Arrójase el miserable pecador, por no tener luz ni conocimiento, a las obras malas y deleites desta vida perecedera, siendo la ceguedad causa que, yendo caminando para el Infierno, no conozca el errado camino que lleva. ¿Cómo no se llamará ciego el que conoce tan mal el precio de las cosas que trueca verdades por mentiras y, pudiendo gozar de la apacible sombra, se mete entre las llamas del vivo fuego? Como los pecadores andan de noche y entre las tinieblas de sus ignorancias, no es maravilla que tropiezen y se quiebren los ojos, porque los ojos de sus apetitos, embebidos en el interese y amor de su sensualidad, no viendo la ignominia del grave pecado en que viven, son ciegos para seguir su luz.

Dice el apóstol san Pablo: «Los maridos amad a vuestras mujeres como Cristo amó a su Iglesia». ¡Oh, cuán al revés desto lo hace aquel miserable hombre, el cual, cebado de la amiga, a ella adora y trae hecha señora, y a la pobrecilla mujer hollada siempre y abatida, y tan subjeta que apenas le osa ella mirar a la cara, y que no la habla él palabra que no sea tan desabrida y soberbia que la haga temblar y turbar en oírla! Y lo que peor y más de llover es: que todo cuanto su casa le sirve, aseá y regala, todo le amarga y se le hace de hiel, y sólo le sabe y le es gustoso lo que por mano de su vil amiga recibe (y aunque sea el pan de salvados del Hijo Pródigo). ¡Oh, cuán cierto se vee aquí por experiencia lo que a este propósito dijo el sabio Salomón!: «Al hombre fornicario todo pan es dulce», porque a este tal, con aquel cebillo de su desventura, la cebolla le sabe a perdiz y el puerco a capón, y el que en su propia casa está siempre mohíno y con ceño allí se hace risueño y juglar y le da en gusto una casilla ahumada e infame, adornada de pobreza, suciedad y hediondez.

Las leyes romanas, aunque permitían dejar unas mujeres y tomar otras, no permitían tener muchas, ni dos juntamente, y así, dice Plutarco que el primero que tuvo dos mujeres juntas fue Marco Antonio, que, muerta Fulvia, casó con Octavia, hermana del emperador Augusto César, y también con Cleopatra, aunque él, por librarse de esa nota, decía que la tenía por amiga; y era tanto lo que la amaba y el olvido que de Octavia tenía (con no ser de menos aviso y hermosura que su Cleopatra, y mucho más honesta y virtuosa), que daba los títulos de los reinos a los hijos que en Cleopatra tenía.

Abul Hascén, rey de Granada (en tiempo del cual se comenzó la guerra por los Reyes Católicos contra aquella ciudad), estando muy enamorado de una renegada y teniendo hijos della, por complacerla y favorecer sus cosas, hizo degollar delante de sus ojos en una sala todos los hijos que tenía de su legítima mujer Aixa y prima suya, salvo el mayor, que la Reina había escapado haciéndole una soga de las tocas y almaizales de sus mujeres y descolgándole con ella de una de las torres de la Alhambra. Y por gozar más a placer de la renegada su amiga, llamada Zaraya, y hacerle mas honra, repudió a Aixa y después hizo grandes diligencias por haber a las manos al hijo mayor que le había escapado, por que quedasen por herederos los de la renegada. También hizo matar los valerosos Abencerrajes so color de que uno dellos había habido una hermana suya doncella dentro de su

palacio; mas no lo hizo sino porque sabía que favorecían al hijo de la Aixa y no a los de Zaraya su querida manceba.

El conde de Norfoch, hermano de la última mujer del rey Enrique octavo de Inglaterra, era muy gentil hombre y estaba casado con una señora muy digna de ser estimada y amada de su marido; mas como viniese a la corte de Enrique una dama, hija de mior Coban, y fuese la más hermosa de todo el reino, el Conde picó en el cebo del deleite y se dio a la servir y a gastar cuanto tenía en locuras con ella. Como el Conde fuese tan hereje como traidor, determinó de dejar a su buena mujer por casar con la hermosa Cobana, y así, la acusó de adulterio y pagó a dos criados suyos por que testificasen haberla visto holgar con el caballero del mismo Conde (el cual no había un mes que se había partido del Conde para tierra de Gales, y en llegando murió, y con esta muerte pareció al Conde llevar su maldad adelante). La triste Condesa defendía su verdad y justicia negando el delicto, mas los testigos la condenaban, y no había un año que se había hecho ley que muriese la mujer de señor de salva que se le probase ser adúltera. Ella fue sentenciada a degollar, y, sabido de la reina Catalina, hermana del Conde, llamó al Conde y le dijo que no matase a su mujer, pues se creía que no le había errado, y le dijo que ella haría dar tormento a los testigos y se sabría cómo eran falsos. Y cuando los fueron a prender no parecieron, por haber huido, y con esto se creyó ser trama del Conde. El cual perdonó a la Condesa la vida con que se descasasen, y así, se dieron por quitos el uno al otro, y ella vivió siempre como muy honrada señora y él alcanzó el casamiento (o, por mejor decir, amancebamiento) de la dama Cobana, habiendo cometido tal traición y maldad por amar tanto su hermosura.

El emperador Enrique el tercero, en vida de su padre, se casó con Guyulda, doncella de admirable hermosura, hija del rey de Inglaterra Canuto, y vivieron algunos años juntos en paz hasta que el Emperador la acusó de adulterio. Y como se hubiese de averiguar la verdad por batalla de uno por uno y el Emperador presentase de su parte un hombre valentísimo y de estatura casi gigantea, y ninguno de la tierra, de miedo de aquél, y mucho más del Emperador, osase tomar la voz de la inocente señora, ella presentó de su parte un mozuelo, pequeño en cuerpo y edad, que, como otro David, peleó con aquel ferocísimo jayán, y con el favor de Dios le venció y restituyó la honra su señora. La cual, como mujer de sentimiento, cual debía, no quiso más vivir con el Emperador, ni bastó el mundo a la hacer quedar con él, sino que, dándole ella libelo de repudio, se metió en religión, donde acabó la vida sanctamente en servicio de nuestro Señor Jesucristo.

El emperador Enrique el segundo casó con la sancta doncella Cunegunda, y ambos perseveraron vírgines; mas el Demonio puso en sospecha al buen Emperador que la Emperatriz le había cometido adulterio; y pidiéndola que anduviese descalza sobre hierro albo para se haber de purgar de aquella acusación (lo cual es contra el derecho canónico), como ella para haber de hacer tan peligrosa prueba se encomendase mucho a Dios, sonó una voz del cielo que la esforzaba diciendo: «No temas, porque la Virgen de las vírgines te librá, como a virgen». Y como anduviese descalza sobre el hierro albo sin recibir daño ninguno, probó con este milagro su inocencia.

El rey don Sancho de Navarra, casado con doña Elvira, hija mayor del conde don Sancho de Castilla, partiéndose para la guerra que hacía contra los moros de la Andalucía, como estimase mucho un caballo, encargó a la Reina que a ninguno le dejase tratar. De dos hijos que tenía, el don García pidió el caballo a su madre, y ella se lo prometió; mas,

avisada de su mayordomo de lo que el Rey le había encargado sobre no dar el caballo a nadie, revocó la promesa, por lo cual él se acedó tanto que por se vengar della (y porque con la pasión lo debió de creer o sospechar) determinó de la acusar, en tornando su padre, de que cometía adulterio con el mayordomo. Y de hecho la acusó y atrajo a su hermano don Hernando a que testificase por cosa cierta el adulterio. El Rey la prendió, y porque los hijos se ofrecieron a entrar en campo con quien lo contrario dijese, mandó el Rey que si ella no tuviese quien la defendiese por armas, fuese quemada, porque le parecía bien, conforme a razón, que, a no ser culpada, no la acusaran sus propios hijos, y por otra parte, conocía su gran virtud, de la cual no podía creer tanto mal. Ninguno salía por la Reina, lo uno porque los Infantes eran herederos de los reinos, y lo otro porque no creían acusar falsamente a su madre. Mas don Ramiro, hijo bastardo del Rey, asegurado por la Reina de que la acusación era falsa, se ofreció a pelear contra sus hermanos, como contra alevosos infamadores, y con esto, ellos, acusados de sus consciencias, se desdijeron y la Reina quedó con su honor. Y ella pagó al buen Ramiro con darle el reino de Aragón, que el Rey le había dado en arras, y a don Hernando dio a Castilla, porque atraído de su hermano mayor había pecado; mas a don García, el autor de la maldad, no dio cosa alguna, y así, quedó con sola Navarra, que era el reino de su padre. Después el don García anduvo en guerras con su hermano don Hernando y quedó muerto en la batalla que se dieron cabe Atapuercas, y desta suerte pagó la falsa acusación que contra su buena madre hizo.

Como el descomulgado emperador Enrique cuarto desease en extremo tener ocasión para repudiar a la Emperatriz su mujer, se disimuló lo mejor que pudo (como lo escribe el *Cronicón Magdeburguense*) y procuró echarse con ella sin que fuese conocido. Mas, mostrando el sentimiento que debía de tal atrevimiento la honesta Emperatriz, ella y sus criadas le cargaron de tantos golpes que dellos cayó muy malo, y le duró la enfermedad más de mes y medio, con lo cual quedó bien escarmentado para no ponerse otra vez a hacer semejantes pruebas.

Algunas historias españolas, y señaladamente las catalanas, dicen que habiendo sido acusada la emperatriz Matilda, hija del rey de Inglaterra y mujer del emperador Enrique quinto, de adulterio, y habiéndose de purgar por batalla, que don Ramón, conde de Barcelona, fue con su criado Rocabuma a pelear por ella contra otros dos que la acusaban, y que como Rocabuma desapareciese la noche antes de la batalla, el Conde peleó con ellos, uno por uno con los dos contrarios, y los venció y quedó libre la Emperatriz. Viniéndose el Conde a su tierra sin darse a conocer al Emperador, la Emperatriz, que sabía quién era, vino por él a Barcelona y le llevó al Emperador, que le agradeció mucho la honra que le había dado y le dio el condado de Proenza en pago.

Como experimentada Ana Bolena, mujer de Enrique octavo, rey de Inglaterra, de la mucha fuerza que el amor tiene para cegar a los hombres que se sujetan a sus pasiones y apetitos (pues por ella Enrique había repudiado a la bendita reina Catalina, hija de los Reyes Católicos), dijo, estando en el cadahalso para ser degollada por adúltera: «No penséis, buen pueblo, que me pesa de mi muerte, ni tampoco que yo haya hecho cosa por donde la haya merecido; mas ha sido mi gran soberbia y el gran pecado que cometí en ser parte para que el Rey dejase a mi señora la reina Catalina por amor de mí. Yo ruego a Dios que me perdone. Y por que todos los sepan, dijo que la causa por que muero es Joana Samar: que por estar della el Rey aficionado y quererla por mujer ha buscado modos como yo



muera». Luego fue degollada y el Rey se casó con la Joana Samar, que era muy hermosa. Aunque esto no fue la causa de su muerte de Ana Bolena, sino sus adulterios, no dejó de traslucírsele lo que el Rey había de hacer, como la que tan bien le sabía las mañas.

Al emperador Nero, por haberse casado con Octavia, hija del emperador Claudio, le dejó por su sucesor el Imperio de Roma; mas, olvidado de todo y del gran merecimiento de la excelentísima Octavia, le puso el Demonio tanto gusto en lo prohibido y desgusto en lo lícito y más aventajado, que, despreciando a la desdichada Octavia su mujer, la vino a aborrecer de tal manera que ni la trataba ni podía ver de sus ojos, dejándola por amar a una mujercilla llamada Acta, que había sido esclava, haciendo en esto como hombre infame, agradándose más de su igual. Después se amancebó con Popea, readúltera y deshonestísima, mujer de Otón, y por la complacer repudió a la honesta emperatriz Octavia infamándola de adúltera con gran falsedad, y la desterró a la isla Pandataria, quedando toda Roma con gran tristeza por verla así tratar sin merecerlo. Y poco después envió el malvado Nero quien la matase y trujese su cabeza a Roma y la presentase a la disoluta Popea, con cuya vista la endemoniada hembra nunca acababa de gozarse. Mas, permitiendo Dios que estos malvados no fuesen deste mundo sin castigo, estando enojado Nero con Popea, la mató de un puntapié que le dio, y él se mató con sus propias manos.

Vuiterico, rey de España, habiendo casado a la infanta Hermenberga su hija con el rey Teodorico de Borgoña, aunque este rey recibió su mujer con gran contento y alegría, a pocos días la volvió a enviar a casa de su padre sin haberse juntado con ella. Paulo Emilio, en su *Historia francesa*, dice que el volver a enviar a la Reina Teodorico fue por la maldad de las mancebas que este rey tenía y amaba en extremo, por tenerle éstas enhechizado y sin poderío de juntarse con su legítima mujer Hermenberga; que este pago suele ser el que ordinariamente sacan los amancebados de las viles mujeres que tanto aman y tantos disparates les hacen hacer, con que acaban de quedar tontos y sin juicio, permitiéndolo Dios en pena de su pecado.

Los gatos con el olor de los ungüentos y olores se turban y desatinan y enloquecen, pues si acaeciese que las mujeres se ensañasen y saliesen de seso con los tales olores, grave cosa sería que los maridos nunca dejasen de traerlos consigo, sino que por un breve deleite de tan poca importancia y tan dañoso las dejasen estar tristes y apasionadas. Pues como esto no les acaezca a ellas por el olor que los maridos usan, sino porque andan amancebados con mujeres perdidas y sin Dios, injusta cosa es que por causa de un tan breve y costoso deleite al cuerpo y al alma las hagan vivir en tan gran turbación y tristeza como viven, sin hallar reposo ni quietud, por no querer los maridos conservarse con sus mujeres en aquella limpieza y castidad que el sancto matrimonio les obliga.

Yendo un hombre en seguimiento de un su esclavo que se le había huido, como se le hubiese acogido a una atahona y le hallase allí, le dijo: «¿Dónde pudieras tú estar mejor que aquí?». Esto mesmo ha de pensar la casada que por celos deja el lecho de su marido y se aparta de su casa, que dice su combleza: «¿Dónde te pudiera yo ver que más contento me diera que fuera de tu casa y apartada de tu marido?». Y, por tanto, en ninguna manera se debe apartar, ni andar triste y angustiada, ni riñendo, porque ha de tener por cierto que no tiene su combleza rato de placer sino el que ella tiene de pesar, ni día de salud sino el que ella está enferma, y que la muerte súbita es poco mal respecto del que ella le desea. Ningunas nuevas le lleva el marido por que mejores albricias ella dé que es por decir y

afirmar que la deja aporreada y medio muerta, que le ha vendido o empeñado sus joyas y vestidos hasta no haberla dejado cosa con que pueda salir una fiesta aseada y lucida. Y así, ha de aprovecharse la mujer cuerda de otros medios suaves, encomendando mucho a Dios lo remedie de su mano y los traiga en verdadero conocimiento para que enmienden su vida y se salven sus almas. Y ansimismo, poniendo a algunos buenos terceros que con mucha prudencia y celo cristiano, con los medios que más convinieren, los aparten de ofender a Dios y de escandalizar la gente con su mal ejemplo.

Lastimosa cosa es ver los desconciertos que pasan en la casa de un amancebado, porque no sólo trae turbada y afligida a su mujer, sino también a los hijos y criados, y así, todos gimen y lloran y todos pasan mil necesidades y trabajos causados por la mala hembra de una manceba. Muy costoso le era al Rey de Babilonia de sustentar el ídolo de Bel, no porque el ídolo comiese ni bebiese tan gran cantidad de vino y de harina floreada, ni las cuarenta ovejas que cada día le ponían para su ordinario sustento ni cosa ninguna de todo ello, sino porque los sacerdotes de aquel templo y sus mujeres y hijos, solapadamente se lo quitaban y comían y bebían (como el profeta Daniel lo manifestó), y por eso le era al pobre Rey tan costoso el sustentarle. Esto mismo le acaece al infelice hombre que tiene manceba, a la cual le era fácil el sustentarla, pues no puede comer más de por una sola; mas son tantos sus antojos que para haber de cumplir con ellos es menester tanto que se halla ser un ídolo costosísimo e incomportable; porque no ha visto a otra la joya preciosa, el vestido rico, el calzado curioso, cuando ella, con mil halagos e invenciones, pide luego que le compren lo mismo, que le compongan y asean la casa y que se la reparen, que le vistan y paguen las criadas y otras muchas deudas que con mil artificios finge tener, con que al pobre del amigo (que le está sujeto como esclavo) le lleva la renta de su hacienda y le hace vender sus esquilmos antes de tiempo a menos precio: todo para sustentar este ídolo, al cual hacen más costosos sus antojos que los sacerdotes y sus hijos y mujeres al ídolo Bel de Babilonia.

De aquí procede andar la casa necesitada, la mujer quejosa, y no alcanzar para unos chapines, el no poder casar las hijas y tenerlas al rincón (y algunas veces el perderse por esto), el andar los hijos rotos y desmandados, los criados mal pagados y peor tratados, el recrecerse deudas, el quedarse muchas veces sin comer (o, ya que se come, ha de ser mal y tarde), el aguardar todos los de la casa hasta las doce o a la una de la noche que venga su señor; el no contentarse con cosa de su casa, los zumbales y riñas ordinarias, las idas y rencores con todos: todo por acudir a aquel ídolo costoso de su manceba, la cual abrasa su hacienda, destruye su honra y condena su alma, no echando de ver este hombre perdido y ciego que anda tan cercado de peligros como aquellos que dice el apóstol san Pablo escribiendo a los corintios: «Peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros en la ciudad y peligros en la soledad, y peligros en el mar y peligros en los falsos hermanos»; y pues el hombre anda tan cercado de tantos géneros de peligros en esta vida miserable, siempre debe andar temeroso, mirando que vive en este valle de lágrimas.

En pecado Adán, luego le preguntó Dios y le dijo que dónde estaba por que conociese el lugar donde su pecado le había traído y el peligro en que vivía. Nunca el pecador se debe tener por seguro en esta vida ni confiar en la falsa seguridad del mundo presente, porque en él no hay cosa segura ni siempre próspera. Los Apóstoles, seguros navegaban en compañía de Cristo cuando súbitamente se levantó grande tempestad en el mar y se vieron en

mucho peligro. Si llevando a Cristo, Señor nuestro, en su compañía padecieron tan gran peligro, ¿qué hará el que anda en compañía y amistad de una manceba, agravando a su mujer y haciendo tantos males en desgracia de Dios? Este tal, ¿qué suceso espera?

Dice el profeta Malaquías que después que los hijos de Israel volvieron de Babilonia, agradándose mucho de la hermosura y gracias de algunas mujeres gentiles e idolatras, las recibían en sus casas y compañía, y despreciando las mujeres hebreas que primero tenían, no dándoles libelo de repudio, se servían dellas como de esclavas, teniendo a las mujeres gentiles con el mando y señorío de su casa. Y como las pobres hebreas sintiesen gran dolor de verse despreciadas y desposeídas de su señorío, íbanse al templo, y era tanto lo que allí lloraban que dejaban regado de lágrimas el altar. Y, compadeciéndose Dios de ellas, dijo: «No puedo ya sufrir las lágrimas de las que aquí vienen a llorar con tanta amargura. ¿Cómo vosotros, los sacerdotes, podéis sufrirlo? Y ¿como queréis que yo acepte los sacrificios que me ofrecéis, viniendo mezclados con estas lágrimas y tristes gemidos, siendo vosotros los que esto sufrís, haciendo en esto agravio a Dios, al cual trujistes por testigo de vuestro vínculo y concierto, y al espíritu con que os obligastes a asistir y permanecer con vuestra mujer?». Con este sentimiento lleva Dios los agravios que los maridos hacen a sus mujeres por sus mancebas, por el cual podrá sacarse el grave castigo que a los amancebados les está aparejado en la otra vida si del mal estado en que están no se apartan y hacen penitencia de sus grandes pecados para que tenga Dios misericordia dellos.

### Capítulo vigesimoséptimo: De la rabiosa pasión de los celos

**S**EGÚN Cicerón, celo es una pasión que recibe el hombre de que otro goce de lo que él ama, y, conforme a esta declaración, de todas las cosas amadas se tienen celos, mas, recibida propiamente la palabra, no se aplica sino en la materia de amor carnal; y así lo pide su etimología, que se deriva de *celo*, que en griego vale tanto como *competencia*, y *typos*, que es hermosura; y por eso la celosía o celotipia se toma propiamente por la tristeza que uno recibe que otros se le dé por competidor sobre haber de gozar de la hermosura que él ama.

Para mayor declaración de la definición dicha, dice el seráfico teólogo san Buenaventura que hay celo bueno y celo malo, y que el malo no consiente consorte alguno en gozar de la hermosura que él ama, y tales son los hombres celosos que llamamos; mas el celo bueno no solamente evita lo malo, sino también a los malos que no gocen de lo bueno que no merecen, según lo que dijo el Redemptor del mundo: que se encendía con celo de la casa de su Padre contra los malos que la profanaban, deseando conservar al templo en su honor y a los profanadores convertirlos a mejor sentimiento.

Los celos es un miedo y sospecha de gran pérdida, es un vehemente temor de perder lo que se ama que luego se sigue al grande amor. Suele causar enfermedades, locura y muertes en los hombres y mujeres. Común cosa es decir que el hombre celoso anda asombrado, y así, le asienta bien el apodo de Pierio Valeriano: que el camello sea jeroglífico del hombre celoso, porque aquel animal sobre todos los de el mundo se embravece contra todos los demás y contra los hombres cuando anda en celos, y se enfrasca por las breñas y grandes asperezas, no teniendo más cuenta que con andar a los alcances de su hembra; y lo mismo

dicen que acontece a los hombres tocados de la celosía, por la cual con pequeñas ocasiones vienen a cometer grandes disparates y crueldades.

Del emperador Teodosio escribe Ateneo que, siéndole presentada una oveja mostruosa en grandeza y hermosura, que por ser tal la presentó a la emperatriz Eudocia su mujer, la cual, como liberalísima, la envió a su maestro Paulino, con quien ella comunicaba sus estudios y la filosofía que sabía. Paulino, ignorando haber sido la oveja del Emperador, se la envió presentada. El Emperador tenía alguna sospecha de la grande amistad de la Emperatriz y de Paulino, y viendo venir su oveja de la mano de Paulino (a quien la Emperatriz la había dado) creció en él su mal juicio. Preguntando muy de veras a la Emperatriz por la oveja y conjurándola por su propia vida que no le negase la verdad, ella, que no entendía la trama que traía (o por ventura se atajó para no entender que lo que más le cumplía era decir la verdad), juró que la oveja estaba en su casa paciendo a sus vicios, con la cual mentira quedó el Emperador más confirmado en sus celos, y así, sin mas probanza, envió a Paulino desterrado a Capadocia y luego le hizo matar, no dándole lugar a piedad ninguna la rabiosa pasión de sus celos. La Emperatriz quedó tan lastimada de la negra oveja (y más viéndose menos amada que solía) que demandó licencia al Emperador para cumplir un voto que tenía hecho de ir a Jerusalén, y él se la dio y ella fue, y estuvo allá hasta que el Emperador fue muerto, donde hizo grandes limosnas a los templos y pobres, y, en sabiendo de su muerte, se volvió a Constantinopla.

Séneca, llegando a encarecer las rabias de la mujer celosa, dice en la tragedia *Medea* que no hay ímpetu de vientos furiosos ni llama tan abrasante ni herida de armas arrojadas que así lastime como la mujer celosa, que arde y aborrece. Y si aquello fue en persona de Medea, esto comenzó a desfogar Deyanira contra su marido Hércules, que se le andaba de unas en otras; que no hay bestia fiera más fiera que la mujer celosa, ni se deben tanto temer los golpes del mar Siculo, donde Scila y Caribdis se tragan los navíos, como lo que ella podrá y sabrá hacer llevada del furor de los celos. «No quedaré sin venganza (dice como hablando con Hércules) por más que hayas bastado a sustentar el cielo y por más que de todo el mundo y de sus peligros estés seguro; porque con haber sido la hidra Lernea la más fiera, cruel y ponzoñosa bestia que mataste, aun hay otra más de temer en el mundo, que es la mujer celosa».

Eurípides, ateniense, dice que la mujer es tímida para pelear, para ver una espada desnuda y ansimesmo para cualquiera cosa peligrosa, mas cuando es instigada de la rabia celosa ninguna cosa cruel se le iguala de cuantas hay en el mundo, porque de nada teme y a cualquiera peligro se abalanza. Medea y Progne, Altea, Ariadna y Eristila, todas éstas, siendo certificadas del adulterio de sus maridos, por vengarse dellos y satisfacer en algo la rabia de sus corazones celosos, mataron los propios hijos que de aquellos maridos habían parido. La mujer de Cianipo tesalo, queriendo ver qué hacía su marido, que iba a caza, instigada de celos fue en su seguimiento, y, estando escondida en una mata, dieron los perros en ella repentinamente y como a fiera la despedazaron. Ninfa, enamorada de Hércules, murió de celos. Pocris, mujer de Céfalo, herida de amor y celos, yendo su marido a caza le siguió, y para ver lo que hacía se escondió entre una espesura, y pasando el marido cerca, vio menearse unas ramas y creyendo fuese alguna fiera le tiró y la mató; y, yendo a cobrar la presa, halló muerta a su querida mujer por su propia mano.

Cuenta Cornelio Tácito que la emperatriz Agripina, por sólo haber oído al emperador Claudio su marido alabar de hermosa a Calpurnia, mujer ilustre, sin se acordar de poner

en ella mal amor, faltó poco para hacelle dar la muerte: tanto obró en ella esta pasión de los celos, aun con no ser muy honesta. Teodoberto octavo, rey de los lombardos, casó con Deuteria, bitiricense, y como ella llevase una hija casadera de otro marido y Teodoberto fuese mancebo, ella tomó celos dél y de la hija, no por cosa que pasase, sino que le pareció a la mala hembra ser cosa hacadera la que ella con sus celos imaginaba; y por asegurar sus temores mató a su hija, que en nada la había ofendido, por lo cual fue desechada de Teodoberto, admirado del caso. La famosa griega Elena, después de la muerte de Menalao su marido, huyó de Megapente y de Nicostrato, hijos de Orestes, el sobrino de Menalao, y, acudiendo a Rodas a socorrerse de Tlepolemo, amigo antiguo, Polixona, su mujer, teniendo celos della, la hizo colgar de un árbol, y en esto paró su gran hermosura (refiérela Pausanias).

Ateneo dice, por autoridad de Timeo, que las mujeres de Tesalia mataron a la galana Thais de celos que della tuvieron; y Apiano y san Jerónimo convienen en que Laodice, mujer de el rey de Siria Antioco, mató con rabia de los celos a Veronice, amada de Antioco, y a un hijo pequeño que dél había parido, y después (no contenta de lo hecho) mató al mismo marido con ponzoña. Cicerón y Valerio Máximo dicen que aquel famoso tirano Alejandro Fereo, fue muerto por su mujer, abrasada en celos. Justino escribe que Demetrio, hijo del rey Antígono, fue muerto de su celosa mujer Veronice porque andaba él, como malvado, con su suegra Arsinoes, madre de Veronice. Apiano cuenta que el otro Demetrio Nicator, rey de Siria, fue muerto por su mujer Cleopatra celosa de Rodoguna, hermana del rey de los partos. Clitemnestra, mujer del rey Agamenón, como supo el haberse amancebado con Criseida su captiva estando en la guerra de Troya, ella se amancebó con Egisto, sobrino de Agamenón (como dicen Ovidio y Eurípides), y ambos le mataron cuando volvió de la guerra a su casa. Eusebio cuenta las guerras que Espinge revolió contra Cadmo su marido con los celos de verse dejada por Armonia, y las mujeres de la isla de Lemnos mataron a todos los hombres por verlos tornar amancebados de la guerra, como dice Apolonio Rodio y otros en número. Dirce, mujer de Lico, rey de Tebas, creyendo que él andaba con Artiopa, hija de Nicteo, la ató al pescuezo de un toro, y al toro puso fuego entre los cuernos, que con gran braveza le hizo correr por la montaña dejándola hecha pedazos por donde iba. Propercio y otros dicen haberse hecho este castigo por otras causas.

De Fergurio, tercero deste nombre, rey de Escocia, cuenta Boecio que fue tan vicioso y malo que, teniendo su casa llena de mancebas, forzaba a la Reina su mujer a que, vestida como moza de soldada, las regalase y sirviese, por grande escarnio de su persona y estado. Muchas veces le avisó la Reina que se corrigiese y emendase para que por tan abominables hechos no le sucediese alguna gran desventura que no bastase a la llorar; mas, como el Rey fuese de mal en peor, la Reina, con algunos que le ayudaron, ahogó una noche al Rey su marido. Como fuesen muchos presos y atormentados para que dijese quién le mató y no se pudiese descubrir ni hallar rastro ninguno, ni de la Reina nada se sospechase, ella, viendo lo que pasaba, se fue al Senado y confesó ser la que le mató, movida de celosa rabia y de apetito de se vengar por verse así dejada y ultrajada del Rey por aquellas tan malas e infames mujeres y privada de la honra de su real estado, y picándose por el corazón con un cuchillo que llevaba cayó luego muerta.

Queriendo pintar el poeta Ovidio lo que de los demasiados celos se granjea, dice que Orcamo, rey de los aquemenios, que son en Persia, tuvo una hija, hermosa por maravilla, llamada Leucotoa, de la cual enamorado el Sol, se dejó de visitar a Clicia, otra dama, su

más antigua amiga. La cual irritada de la braveza de sus celos en verse así dejada por otra, descubrió al rey Orcamo los tratos de su hija, y él, en pago y satisfacción de su deshonra, perdiéndola el amor de padre, la enterró viva. Y como el Sol, saliendo otro día, estendiese sus ojos por la ver y la hallase muerta y no la pudiese resucitar, tornola en árbol que lleva el incienso, diciendo que a lo menos su olor subiría al cielo y le daría en sus narices. Enojado de Clicia, no la quiso ver más, y ella, traspasada de dolor y no pudiendo resistir al amor que la consumía, nunca quitaba los ojos del cielo mirando al Sol, en tanto que estando nueve días sin comer ni beber, sentada en la tierra y siempre con la vista enclavada en el Sol, derramando lágrimas y suspiros, se le acabó la vida humana por la consunción del húmido radical en virtud de la fortaleza del calor natural; y se le pegaron sus miembros a la tierra y prendió en ella con nuevas raíces y se convirtió en la flor que acá decimos tornasol.

Esto mismo que en esta fábula se dice haber sucedido a Clicia suele suceder a muchas: que, movidas de sus celos, procuran el deshonor o muerte de la que veen que es querida del que ellas aman, creyendo que deshonrada, desterrada o muerta aquella su competidora les quedará libre y seguro el campo; mas, visto que todo les sucede al revés, no sólo siendo olvidadas, sino también aborrecidas del que aman por haberse atrevido a perjudicar por su causa aquella que dél era querida, vienen como Clicia a ser traspasadas de dolor y a se consumir hasta perder la vida. En convertir el Sol a Clicia después de muerta en aquella graciosa flor que de continuo le anda mirando quiere significar el Poeta que ni por descomponerse las personas nobles con quien han tenido sus aficiones dejan de mirar por sus casas y honor, y así, el nobilísimo Sol, viendo se le morir Clicia fatigada de su amor, no la olvidó del todo, pues se acordó de convertirla en aquella vistosa flor; y que por el mismo caso que Clicia se pudo tener por bien vengada, según aquella regla del duelo: que cualquier desdén que cometan los bajos contra los altos les da gran venganza y honor, y harta bajeza es la de los hombres, comparada con la divinidad poética del Sol.

No todas son desta condición brava y vengativa, sino que también hay algunas que aunque les pesa de verse dejadas por otras, lo disimulan o no lo dan en rostro, y aun otras que no teniendo hijos de sus maridos huelgan de criar los que en otras mujeres ellos han habido; y algunas lo solicitaron para que en otras mujeres los tuviesen. Cuenta Valerio Máximo que sintiendo Tertia Emilia, madre de la Cornelia de los Gracos, que su marido Scipión Africano el Mayor andaba con una su criada de gentil parecer, lo disimuló, y, muerto el marido, la caso muy honestamente, dotándola muy bien. Y Plutarco pone entre las más claras mujeres a Estratónica, mujer del rey Deyorataro, la cual, viéndose estéril, rogó, importunó y casi forzó a su marido que le diese hijos de otra mujer, y él tomó una su criada, llamada Electra, que le parió hijos. La sancta Escripura bien abona esta condición de algunas mujeres que, a trueco de no se llamar estériles, rogaron a sus maridos con otras mujeres, como Sarra a Abraham con Agar su esclava, y Raquel a Jacob con su criada Bala. De Teano, mujer de Antenor, escribe Homero que, con tener hijos de su marido, crió y amó a Meges, bastardo de su marido, igualmente como a los suyos. Y Livia, mujer de Augusto, le disimulaba sus adulterios.

La emperatriz Zoa casando con Constantino Monomaco, le hizo emperador, y fue de condición tan fácil y suave para su marido que consentía tuviese trabacuentas con Esclarena, mitilena, la cual le había seguido en sus destierros y gastado cuanto tenía con él, y él, después de emperador, trató con la Emperatriz de la traer a Constantinopla para la hacer el

bien que debía por lo que della había recibido. La Emperatriz, que con los trabajos pasados había deprendido a dar lugar a cosas, pasó por ello sin celos que la diesen pena. Y al principio le puso casa común, aunque bien proveída, el Emperador a Esclarena, y secretamente la visitaba; mas después la dio aparato, gasto, guarda y riquezas sin cuento, y se trataba con ella como con su mujer. Y tanto hizo con la Emperatriz que la vino a recibir en palacio con toda la autoridad que la Emperatriz tenía, y en breves días la dio título de emperatriz; y llegó a tanto que cuando había de ir al aposento del Emperador la Emperatriz, sabía primero si estaba con él Esclarena, y no recibía pena de<sup>197</sup> ver a la otra más querida, aunque no debiera de pesarle cuando la vio muerta de una enfermedad que no la dio lugar a gozar mucho de su falso imperio ni a escandalizar más las gentes con sus disolutos pecados.

De la reina doña Isabel, mujer del rey don Fernando el Católico, se escribe que fue muy celosa, mas que ejecutaba esta pasión con tanta discreción y cristiandad que cuando vía que el Rey ponía los ojos en alguna de sus damas o criadas, al punto la hacía buscar un buen marido y, dándole con ella muy gran dote, la despedía de su real palacio muy contenta. De la sancta reina de Portugal doña Isabel, hija del don Pedro, rey de Aragón, y de la reina doña Constanza, hija de Manfredo, rey de las dos Cicilias, se escribe que, siendo esta bendita reina de edad de veinte años y de singular hermosura y gracia, se dio el rey don Danís, su marido, a los torpes vicios de la carne, y que esta sancta señora pasaba por ello con tanta discreción y cristiandad que ponía en admiración a todos los que sabían el caso. Empleábase con todas sus mujeres en continuos ejercicios espirituales, procurando en todas sus cosas agrandar y servir a Dios. Dolíase muy de corazón de las ofensas que en aquel caso le eran hechas, y con mucha devoción le pedía conocimiento y enmienda de sus pecados y de los del Rey su marido, y que nuestro Señor lo convirtiese a su servicio y gracia. Mandaba traer ante sí los hijos bastardos de el Rey y dábalos a criar mandándolos proveer de lo necesario y repartiendo muchos dones con las amas y ayos que los criaban, resplandeciendo en todo su mucha prudencia, sufrimiento y cristiandad. Con tan valeroso término procedió esta señora reina, que bastó para retirar al Rey de sus vicios y hacelle que con grande conocimiento del pecado en que andaba sumido, hiciese penitencia y guardase<sup>198</sup> de allí adelante con fidelidad la limpieza del casto matrimonio.

La pasión de los celos es penosa y peligrosa para el cuerpo y para el alma, en tanto que la encarece la Escritura llamándola furor que no sabe perdonar, sin admitir ruegos ni dones a trueco de hacer venganza, y que consume al hombre y le hace viejo antes de tiempo y le abrevia la vida. Gran locura es hacerse uno fiscal contra sí mismo y obligarse a juzgar mal o sospechar mal de lo que le cumple que todos juzguen bien, y él mejor que todos; y así, es muy acertado no llegar al cabo cosas que desde el principio revuelven el estómago y hacen vomitar las entrañas. Ovidio, tan diestro pintor de las condiciones mujeriles, dice que trabaja en vano el que se pone en guarda de alguna mujer, y que lo más acertado es dejar a cada una en su libre voluntad, porque la casta por fuerza ya no es casta, sino la que con libertad lo es, y cuando el alma consiente con lo malo de poco sirve que el cuerpo esté enjaulado, y la prohibición despierta al apetito y la libertad hace menospreciar lo que prohibido fuera muy apacible. Lo mejor es hacer buena confianza dellas, y con esto ellas

197.- Suplo 'de' (412v).

198.- Orig.: 'guardarse' (413r).

cobran amor a sus maridos y afición con la honestidad; y esto mismo aconsejan muchos, y entre ellos Propercio y Marcial.

Entre otras cosas de gran prudencia ordenadas por los romanos para su mejor gobernación, fue que cuando los maridos venían de fuera de la ciudad enviaban delante quien denunciase su llegada en casa, por que no pareciese que con llegar de repente querían probar la confianza que debían hacer dellas, lo cual escribe Plutarco en un *Problema* romano, y tocó en ello Plauto en su *Amphiction*. No niego ser cosa justa que los maridos provean y manden a sus mujeres no admitan en su casa y conversación mujercillas que lleven cuentos ni parlerías de lo que en el pueblo pasa; y esto no es condenar de mala a la mujer, sino quitarle las ocasiones de poder caer o perder buena opinión, y como ninguno tenga privilegio de no poder caer, cada uno se ha de recatar de lo que puede ser. Hermione, mujer de Orestes hija de Menestro y Elena, se acuitaba mucho (en la tragedia de Eurípides) por haber dado audiencia a ruines mujercillas que la entraron en su casa con parlerías, y lloraba el peligro de corromperse las buenas intenciones y loables costumbres con las conversaciones malas; y por esto en muchos reinos y provincias se recatan de que hombre ajeno visite a la mujer de su amigo, y dicen prudentemente «Recátome de lo que puede ser». Y esta es doctrina legal y canónica y confirmada por muchos lugares de sancta Escripura.

Dice san Gregorio que debe huir mucho el hombre casado que por poca ocasión sea celoso de su mujer, y por esto debe mirar que si alguna vez se regocijare su mujer, siendo moza, y excediere algo en tomar placer, no por eso debe concebir della celos, porque el tal regocijo esle a la mujer moza natural, por requerirlo su edad; mas bien es que la aconseje que en sus regocijos sea muy honesta y grave, conforme a la calidad de su persona. Y esto con mucho amor y no con aspereza, porque la juventud es muy necesario que tenga algún honesto pasatiempo para su ejercicio, porque de otra manera reventara, y éste ha de ser con sus amigas o vecinas. Cuando el hombre viere su corazón airado contra su mujer por livianas causas, luego se reprehenda a sí mismo entre sí, conformándose con la razón, y entienda que si se da por injuriado de aquello poco que ha visto y delante de otrie se muestra turbado, será de todos escarnecido y burlarán y mofarán de su mujer. Por tanto, el hombre sabio y cuerdo debe en los lugares públicos disimular y no dar a entender que ha sentido cosa que le altere, y después, en secreto, la podrá corregir y exhortar con mucha suavidad, requiriéndola que si bien le quiere no le dé otra vez ocasión para se lo decir. Y si el marido le manda que no comunique con alguna mujer deshonesta o de ruines tratos, debe la mujer obedescerle, so pena que se dará crédito a la sospecha. Y siempre que la reprehendiere vedándole alguna conversación, le diga: «No permita Dios, mujer, que yo piense de vos cosa que no sea muy honesta, sino toda virtud y bien, como en vos lo hay muy cumplido; mas sabed que el corazón no me permite el dejaros de avisar, por el excesivo amor que os tengo. Y sabe Dios con cuánto empacho me determiné a os lo decir por que no recibísedes pena; mas no es justo que como yo advertí este descuido en vos, otrie lo eche de ver y por esto tome ocasión para poner en vos esta falta, ya que en otra ninguna cosa la pueden poner». Hablando con esta cortesía y amor a la mujer, si ella es cuerda y de noble condición, se puede confiar que con gran cuidado y diligencia porná en ejecución lo que su marido la ruega y manda.

Con gran cuidado se debe guardar la buena casada de no dar ocasión a que su marido tenga celos della, porque en esto servirá mucho a Dios y en lo contrario violará el amor que debe al sancto matrimonio y porná en gran peligro su honra y la de su marido y hijos.



Y advierta que no puede dar mayor pena a su marido ni más cruel que dándole celos, y la mujer que tal hace merece casi pena de muerte, porque le pone a peligro de morir por la terrible congoja y tormento que le da la mala sospecha: túrbale la razón y ciégale el juicio en tanta manera que casi no se puede decir que vive, porque el mayor sentimiento que el hombre en esta vida recibe es pensar que su mujer quiere y ama a otro tanto o más que a él, y es tan grande el sentimiento que, aunque sea tan sin sentido como una bestia, no hay injuria ni afrenta que más le lastime ni de que él más desee venganza. Por tanto, debe la buena casada guardarse con gran cuidado de dar al marido tan gran tormento, porque va mucho contra el amor del matrimonio y da ocasión a que las gente sospechen contra su bondad. Tenga siempre tanto amor a su marido que le parezca que no hay otro hombre que en cualquiera género de ejercicio se iguale con él. Este precepto es del bienaventurado san Gregorio, en una homilía sobre san Mateo, que dice que si la mujer casada viere alguno muy hermoso y bien dispuesto, diga «Muy gentil hombre es aquél, y hermoso; pero mucho más hermoso y gentil hombre es mi marido», y esto ha de decir siempre, aunque su marido sea tan feo que nadie le quiera ver. Y si viere a algún hombre correr y saltar, danzar o hacer otro cualquier ejercicio en gran perfección, debe decir que aquél lo hace bien, pero su marido lo hace mucho mejor sin comparación alguna, porque esto es muestra de que procede del grande amor que a su marido tiene, y así, nada le parece mejor que lo que su marido hace y parece, y con esto vivirá en paz y en gracia de Dios y en amor de su marido, y haciendo lo contrario toda la vida se le pasará en trabajos, en malos días y peores noches, y en malas cenas y peores comidas.

La buena casada, luego en casándose, debe trabajar por conocer las condiciones del marido, y, sabidas, procurar que ninguna cosa le haga desplacer, porque los hombres son de diversas condiciones y lo que agrada a uno desagrada al otro, y por esto es necesario conocer al que han de servir y complacer hasta que se muera el uno o el otro. Y así se ve que los caballeros quieren por la mayor parte las mujeres alegres, liberales, comunicables y afables con todos, y no muestran tristeza de ver que sean cumplidas y gastadoras con los huéspedes, ni de que usen de algunas magnificencias dignas de su estado y grandeza, antes algunos lo tienen a mucha gracia y valor de sus mujeres. Pero los ciudadanos tienen todo lo contrario, porque quieren que sus mujeres sean desabridas para con todo hombre, y que se recojan luego donde no parezcan, y que ni se pongan a las ventanas ni anden en los corros y bailes; y de aquí es que si los tales veen a sus mujeres en pláticas y conversaciones, que luego ellos sospechan mal dellas, aunque en sus casas sean muy diligentes y serviciales; y así, éstos no querrían que por las calles fuesen acompañadas de hombres, sino que vayan con mucha honestidad y lleven los ojos puestos en tierra y sus rostros muy serenos.

Pues cuando la mujer cuerda y sabia hubiere conocido la voluntad y condición de su marido, trabaje por sobrellevarle siempre a su placer y no sobresalga de su voluntad en cosa alguna, pues haciéndolo así será honrada y amada de su marido, y, si no, siempre andará en discordias. Y por el semejante, el hombre debe guardar su honor no siendo con su mujer riguroso por pocas cosas, ni se le muestre desabrido ni descortés, porque se pone a peligro de perder su honra sin ocasión y fatiga su corazón con celos y se hace menospreciar de su mujer y de los que le oyeren, porque burlan de su condición como de hombre miserable y mezquino, y hace grande injuria a sus hijos en los infamar con aquella sospecha, y escandaliza y turba los vecinos viendo dar mala vida a su mujer. Y también se sigue

otro mal: que huyen los buenos y discretos hombres de dar sus hijas para casar con sus hijos, presumiendo que habrán heredado los siniestros del padre y darán mala vida a sus hijas. Pues por tantos daños e inconvenientes debe el hombre cuerdo de huir el ser celoso de pequeñas ocasiones que diere su mujer.

Dios, por su infinita bondad y misericordia, estimando en mucho más al hombre de lo que el hombre merece, es muy celoso de su amor, y así, adonde el hombre pone eficazmente sus ojos allí le suele herir, como cuando el marido vee a su mujer que fija y enclava en otro los ojos, que con todo estudio y diligencia trabaja de apartarle y alejarle de su presencia. Del siervo del Centurión dice el evangelista san Lucas que le era muy acepto y agradable a sus ojos, y hiriósele Dios de una grande enfermedad, de manera que, desconfiando los médicos de su vida, hubo de acudir al verdadero médico, Cristo nuestro Señor, que le dio salud. Muy agradable era Abel en los ojos de su padre Adán, y apartole Dios de sus ojos, y finalmente, el mismo Adán le vido muerto delante de sí. Puso Abraham sus ojos en su querido Isaac, y mándale Dios que le haga dél sacrificio. Ferrentísimamente amaba Jacob a la hermosa Raquel, y permite Dios que, después de siete años que por ella sirvió, le engañase Labán, su suegro, dándole a Lía; y ya que con otros siete años de servicio más la alcanzó por mujer, no le daba Dios hijos della, y cuando se los concedió, estando Jacob muy contento en el parto del segundo, le quitó Dios la vida a su amada Raquel. Así que pone Dios acíbar en las criaturas para que dellas apartemos la demasiada afición y acudamos con ella al Criador y Señor nuestro, para que en Él la tengamos segura y bien empleada.

Adviértase que si tantos celos tiene Dios del demasiado amor que en los propios y buenos hijos y en las propias mujeres se pone, que por ello les envíe tantos castigos y trabajos, ¿qué celos terná de los que con gran vehemencia dan en amar a sus mancebas ...<sup>199</sup> las venganzas, las codicias y deleites? Y ¿qué tales castigos les terná guardados, pues por cosas tan injustas y viles desprecian su divino amor y así le vuelven las espaldas?

#### Capítulo vigesimooctavo: Que enseña cómo los maridos deben corregir y sobre llevar con industria a sus mujeres cuando las quieren enmendar de sus yerros

**V**ALERIO Máximo reprehende mucho a los hombres casados que tratan con descortesía a sus mujeres, y todos los cristianos afirman que peca mucho el casado que corrige fea y descortésmente a su mujer, y especialmente por pequeñas causas, porque la mujer es corazón y hechura de su marido, y no esclava ni sierva para que el hombre la haya de corregir por mal. Así, debe el hombre guardarse de no decir a su mujer palabras descorteses ni feas ni deshonestas, y si el crimen fuese grande no la ha de corregir delante de sus criados, y mucho menos delante de sus parientes y estraños; pero débela apartar en secreto y exhortarla con palabras de mucha cordura y mansedumbre, porque es grande el afrenta e injuria que el hombre hace a su mujer cuando con aspereza y públicamente la reprehende y riñe, mostrándose él entonces tal marido que de todos es juzgado por vano y de poco seso, viéndole reñir a voces a su mujer sin percatarse de ser oído de la gente de su casa ni de la estraña.

199.- Parece faltar algo en este pasaje (41Gr).

Dice Séneca que nunca el marido ha de injuriar a su mujer tocándole en el linaje, si es de baja o mala parte, porque luego que por su mujer la eligió la hizo igual a él; ni tampoco la ha de ultrajar de bastarda, aunque lo sea, porque el día que con ella se casó la legitimó para su igualdad; tampoco la debe herir en el rostro ni traerla en los ojos de los hombres señalada, porque esto es de hombres viles y rufianes, acostumbrados a tratar así a sus mancebas para que su tratamiento sea conforme a quien ellos y ellas son; ni tampoco la debe injuriar refiriéndole algunas faltas que antes que con ella se casase cometió, porque el matrimonio las limpia y hace libres de cualquiera pecado en que antes incurrieron, aunque haya sido grave e inorme; tampoco la debe castigar afrentándola con el defecto en que en algún tiempo cayó, habiendo sido dél corregida y estando ya enmendada.

De cualquiera buena manera e industria debe usar el hombre antes que llegue a castigar a su mujer para retirarla de aquello que no fuere bueno y honesto, y particularmente con blandas y amorosas palabras y vivas razones, y cuando por muchas amonestaciones no se quisiesen corregir, sufrirse ha que con alguna templanza las castiguen. El Patriarca de Jerusalén cuenta que un ginovés tenía una mujer muy desmandada y de maldita condición, y viendo que no la podía castigar ni sujetarla, llamó a un amigo suyo y díjole que pensaba fingir una enfermedad para atormentar a su mujer y ver si por este camino podía mejorarle su condición, y que estuviese advertido para acudir a lo necesario. En llegando a su casa, con muchas quejas dijo a su mujer que venía muy malo y traer gran dolor, y que no podía imaginar de qué fuese, sino de los muchos enojos que ella le daba. Echose en la cama y, no conociéndole su enfermedad, él se quejaba a voces diciendo tener grandes ansias en el corazón y un dolor tan insufrible en la cabeza que, cuando presto no muriese, entendía le sacaría de juicio. Preguntando los médicos a aquel su amigo si sabía la causa de aquella pasión, respondió que todo su mal procedía de los muchos enojos que cada día su mujer le daba, porque era muy brava y pestilencial. Dende a pocos días se fingió el ginovés que era del todo loco, y, creyéndolo los médicos, ordenaron que le echasen fuera de casa la mujer, porque sin este remedio no podría vivir; y así, ella se fue a casa de sus padres. Ordenándole después los médicos cosas conhortativas, el genovés mostró ir mejorado en salud y juicio, y cuando estuvo bueno le aconsejaron los médicos que por muchos días no volviese la mujer a su casa, porque volvería a recaer y se moriría. Viéndole bueno los parientes de la mujer, le rogaron que volviese a recibirla, y él se descartó con lo que los médicos le habían mandado certificándoles que no sería llegada cuando le tornase a dar mil enojos, y que, por el tanto, más quería su vida y salud que su compañía. Volviendo a cabo de algunos días a suplicarle la quisiese recibir, asegurándole que mudaría la condición, él se lo concedió con este aditamento: que había de poner una campana en lo más alto de la casa y que, en comenzando su mujer a reñir, él la vía de tocar y ellos y los más cercanos vecinos habían de venir a socorrerle haciéndola callar y llevándosela de allí, para que así no volviese a enfermar otra vez. Todo esto concedieron los parientes de la mujer y los vecinos, prometiendo no faltarle en tocando la campana, y luego le fue traída la mujer a casa y el marido le dijo delante de todos lo capitulado. Viendo lo que pasaba la mujer, anduvo unos pocos de días callada y humilde, mas luego, por no reventar, comenzó a usar de sus bravezas y a hundir la casa a voces; y tocando el marido la campana, juntó toda la vecindad dando todos voces y gritos contra ella llamándola de rabiosa y cruel, pues así quería matar a su marido con sus pasiones y enojos. A pocas veces que la vecindad se jun-

tó, ella quedó tan turbada y afligida, y más viéndose ya infamada (porque no tenía ya otro nombre sino *la dueña de la campana*), que no osaba salir de su casa por la gran vergüenza que tenía; y quedando con esto muy mortificada y compuesta con su marido, le suplico que quitase de allí la campana, prometiendo que jamás sería menester. Esperando algunos días el marido y viendo que su aprovechamiento iba de veras, quitó la campana, y así, vivió de allí adelante en paz y fue muy honrada y pacífica mujer. Para una mujer de bien y de buen natural bien bastan estas trazas e invenciones para corregir su desabrida condición, por incomportable que sea; mas la<sup>200</sup> que es mala y de vil natural necesario es el castigo a su tiempo y oportunidad, y no a la continua, por que no la traiga a desesperación.

Muchas veces es el marido causa principal del descuido y faltas de su mujer, y de allí sale el principio de su mal, donde debiera salir el remedio y aparejo para el bien. Que aunque, en la verdad, la diligencia y cuidado de lo dentro de casa sea propio de la mujer, la prudencia y buenos avisos deben de ser propios del marido. Así que cualquiera falta tanto es mayor en el marido cuanto más le es debido todo el gobierno de la casa. La braveza de la mujer mal acondicionada, sus excesos en el vestir, su libertad y poco tiento en el gastar, sus descuidos en la guarda de la casa y hacienda y otras flaquezas muchas que acaesciere hallarse en las mujeres, la discreción y prudencia de los maridos las pueden ligeramente sufrir, disimular y enmendar, y ellos han de bastar para enseñarlas cómo han de vivir y cómo han de contentarlos. Si uno compra una mula para sí, si es nueva luego la enfrena y compone para que en todo le sea de más agrado y contento, pues ¿con cuánto mayor cuidado debe el hombre imponer y enseñar a su mujer en buenas y virtuosas costumbres para hacerla a su condición, pues, aunque le desagrade, no será posible venderla ni trocirla, como a la mula, sino que de necesidad la de sufrir hasta la muerte?

Lo primero que el hombre tiene de reformar para que aproveche su enseñamiento ha de ser a sí mismo y a sus propias pasiones, la dureza y aspereza de su condición, haciéndose<sup>201</sup> afable, manso y amigable con todos, y mucho más con su mujer, a la cual ha de atraer con mucho amor, porque si éste hay entre los casados todas las otras faltas se remedian ligeramente; y, pues vemos que las fieras y otros animales, y las aves zahareñas sin razón ni juicio, que con blandura, sagacidad y prudencia las hacen los hombres domésticas y mansas, ¿cuánto más se ablandará y sojuzgará el corazón humano? Mucho es loado de todos un maestro que saca buenos discípulos y es vituperado el que los saca ruines, y ansimismo es alabado el pastor que trae gordo y sano su ganado y es culpado el que le trae flaco, enfermo y lleno de roña; así puede ser culpado el mal marido que no vela y se desvela en enseñar a su mujer cómo ha de gobernar las cosas de su casa y su propia persona, de manera que en lo primero proceda con mucha prudencia y discreción y en lo segundo sea un dechado de virtud.

El enseñarla y reprehenderla, como queda dicho, no ha de ser delante de nadie, para lo cual se ha de guardar de tres cosas el marido: la primera, que jamás ponga las manos en ella, porque gran mal ha de haber en casa cuando venga el negocio a este riesgo, a causa de no acostumbrar esto sino es gente baja, cevil y soez y de poca discreción, que queriendo enmendar un yerro abren puerta para otros peores, haciendo como el mal calderero, que

200.- Orig.: 'de' (418r).

201.- Orig.: 'haziandose' (418v).

por soldar un agujero hace tres a su caldera; porque la mujer por este camino muy apenas se enmienda, antes causa en ella perpetua enemistad, porque aquello nunca lo olvida. Y como el perdonar las injurias sea acto de fortaleza y ésta falte a muchas mujeres por su flaqueza y pusilanimidad, así, por maravilla perdonan.

La segunda es que se guarde de no afrentarla delante de nadie, porque hay otro daño, y no pequeño, y es que si las injurias y afrentas que se le dicen las oyen las de casa, dales ocasión el marido a que la tengan en poco, y a que no hagan caudal de lo que ella mandare y a que en su ausencia se le atrevan. Y si esto no se ha de hacer delante de los de casa, mucho menos delante de los estraños y de fuera, porque, allende del daño dicho, que es el menosprecio de la mujer, ella lo toma por tan grande injuria y afrenta que se corre más de una mala palabra dicha delante de los estraños que de mil coces que se le den en secreto. Como se dice de una mujer honrada que, habiéndola maltratado su marido, ella se recogió en su aposento a llorar, y viéndola allí el marido, dijo: «¿Qué hacéis ahí llorando como niña?». A lo cual ella respondió con mucha modestia: «Pues ¿queréis que dé voces o que salga allá fuera a que lo oyan los vecinos y se escandalicen de ver mi mal tratamiento?». Pudo tanto en el marido el conocer en su mujer tal virtud que de allí adelante nunca más tocó en ella ni le dijo delante de nadie una mala palabra, sino que todos los avisos y reprehensiones que le daba era allá en su secreto retrainimiento, y ansí, vivieron contentos y en servicio de Dios. De manera que es menester apartarse el marido desta culpa, porque cierto es grande y muy perjudicial.

La tercera cosa de que debe apartarse el marido es de no andar por el pueblo ni por la vecindad quejándose de su mujer y contando sus faltas y manifestando sus flaquezas y mala condición, porque estas injurias y afrentas caen sobre sí cuando él las dice, porque a él se le echa la culpa, pues a cabo de cuatro o cinco años que la tiene en su casa, en su cama y mesa, después de tanto tiempo no haya sido hombre para enseñarla y doctrinarla y hacerla a su condición. No hay mujer tan acabada que no tenga al principio algún defecto, mas para esto es la discreción y prudencia del marido: para que el siniestro que en ella sintiere se le quite poco a poco, y no quejarse della a los estraños, ni aun a los parientes, si ya no fuese muy extraordinario el caso. Porque si el marido no deshace aquel daño o remedia aquella falta, mal la remediarán los que viven fuera de casa, y, por tanto, ¿de qué sirve decirlo a otros y quejarse, pues no tienen ellos de venir a reprehenderla ni castigarla? Lo que conviene es que, en comenzando a sentir la falta, ponga el marido luego el remedio, y así atajará los daños que a su hacienda y bienes pueden venir.

### Capítulo vigesimonono: De los bienes que a algunos maridos han sucedido por las diligencias y méritos de sus buenas y virtuosas mujeres, aunque fueron algunos injustos y malos

**C**UENTA Pedro Comestor, en la epístola que escribió la Duquesa de Brabante, que un hombre principal su conocido y amigo, habiendo vivido muy en paz con su mujer fue después instigado del Demonio a que pidiese a su mujer consintiese cierta torpeza carnal y hablase muchas palabras sucias y feas; y como la mujer fuese muy honesta y virtuosa, aunque él perseveró en esta injusta petición mucho tiempo, siempre le

respondió que en ninguna manera consentiría en tales suciedades, sino que antes recibiría mil muertes, porque eran contra Dios y contra el sancto matrimonio. Despechado este caballero de ver a su mujer tan constante en su parecer, se ausentó de su casa con mucho enojo y se fue al Duque de Brabante a tratar algunos negocios que le cumplían. Al cabo de algún tiempo que allí asistió a los dichos negocios, teniendo el Duque una muy ruin información contra él, le mandó prender y estuvo determinado a hacerle matar secretamente. Siendo el caballero avisado desto por un confesor que el Duque le envió para que aparejase su ánima, porque sin duda moriría aquella noche, él volvió sobre sí y con muchas lágrimas y grande arrepentimiento de sus culpas rogó a Dios y a la Virgen María que tuviesen por bien de le perdonar y librar, protestando la enmienda de su vida y hacer penitencia de sus pecados.

Como con aquella turbación se quedase dormido, vio en visión a la Reina de los Ángeles que le decía: «Y ¿como, siendo tú tan sucio y vil, y habiendo así tanto tiempo maltratado a tu mujer, que es gran sierva mía, has podido rogarme que te favorezca? Bien sabes, desventurado, que la mala vida que has dado a tu mujer, que no ha sido por haberlo ella merecido, pues siempre te ha servido virtuosamente, sino por no haber querido consentir en tus torpezas, y por esta causa te ha traído Dios a esta cárcel y al punto en que estás. Aunque tú tenías bien merecida aquesta muerte, por amor de tu mujer, que muchas veces me ha rogado por ti y me ha servido con mucha honestidad y limpieza, yo te libraré esta vez de morir, con condición que ella siempre ruegue a Dios que te perdone. Y cree que si ella hubiera consentido en tus maldades, que nunca yo aceptara sus ruegos ni tú fueras socorrido en esta aflicción; mas la constancia que ha tenido en contradecir tus abominables peticiones y en sufrir tus malas palabras y castigos a trueco de no obedecerlas, ha alcanzado de Dios tenga de ti piedad, por lo cual le debes de dar muchas gracias y estimar en mucho a tu buena mujer por el bien que por ella te ha venido. Y de aquí adelante corrige tu vida y guárdate mucho de no volver a ofender a la majestad de Dios en aquel pecado; y ámale y témele, y ten por cierto que, si no te enmiendas, que caerás en otro caso peor, del cual no escaparás, porque Dios es muy ofendido de que el hombre casado cometa tan fea culpa, siendo puesto en un tan alto sacramento como es el del matrimonio, y que, no contento de perderse a sí, quiera ser acompañado de su mujer en su perdición, debiéndola retraer de todo mal y procurar todo bien como a sí mismo. Y mira que todos los casados que enseñan a sus mujeres y las ponen en feas y abominables obras, como son las nefandas, indignan gravemente a Dios, y que en esta vida se vengará dellos con toda aspereza y rigor, permitiendo que en esta vida caigan en casos de gran dolor, ignominia y afrenta, y después, en la otra, en las penas eternas». Dichas estas cosas la sanctísima Virgen, Señora nuestra, le certificó que por su sancta intercesión ternía Dios por bien que le librase, y luego aquel caballero se halló a las puertas de su casa, que estaba veinte jornadas de allí. Pues considere cada uno cuánto vale y aprovecha para con Dios y para con la gente la compañía de la buena y honesta mujer que con sancto celo guarda y conserva las leyes honestas de el sancto matrimonio, así como lo permite y manda nuestra cristiana religión.

El Patriarca de Jerusalén, fray Francisco Jiménez, dice que Semila, reina de Holandia, tuvo por marido uno de los más viles y viciosos hombres que en el mundo había, el cual siempre la traía afrentada y abatida con palabras y obras infames. Y como por la honestidad y sanctidad en la Reina vía le pareciese no ser conforme a sus gustos y disoluciones, andaba siempre cargado de mancebas, y a éstas amaba y estimaba sobremanera y a la señora reina

Semila despreciaba y trataba como a esclava. Con todo esto, la buena Reina, llena de virtud, alababa a Dios por todo, y entendiendo que sus hijos (que eran buenos y virtuosos) tenían voluntad de vengar el agravio que aquellas malas hembras hacían a su madre y darles la muerte, les rogaba con grande encarecimiento que no lo hiciesen así y que tuviesen paciencia, pues ella la tenía, hasta que Dios tuviese por bien de remediarlo, y de continuo volvía por el Rey su marido y le disculpaba en cuanto podía para pacificar a sus hijos y deudos.

Sucedió que, estando un día la Reina en muy fervorosa oración, dijo a Dios: «¿Por qué, Señor, me heciste mujer de un tal mal hombre? Porque si yo tuviera por marido algún buen cristiano y siervo tuyo, muchos servicios hubiera yo hecho a tu Majestad y muchos bienes a los pobres; mas con este hombre que estoy casada no puedo hacer bien alguno, como tú, Señor, bien sabes». Y dice este sancto Patriarca que le fue respondido<sup>202</sup> por mandado de Dios: «Mira, devota dueña, que si hubieraas sido mujer de un hombre bueno y virtuoso no te hubiera sido ocasión para tantos bienes como aquéste. Porque éste, con los malos tratamientos y descortesías que te ha hecho, te ha ejercitado en la virtud de la paciencia y humildad y en otras muchas virtudes. Si este tu marido por su gran malicia no te hubiera dado tanto en que merecer, ayudándote Dios con su gracia, no hubieras sido levantada en tanta virtud y sanctidad, así como agora lo eres, ni hubieras tenido tantas consolaciones espirituales como has tenido; porque en tus tribulaciones Dios se compadecía de ti y te visitaba con su Sancto Espíritu, y si perseveras como hasta aquí en tus buenos propósitos y obras te concederá su gloria para siempre. Y asimismo, si tu marido hubiera habido por mujer a una tal cual él la deseaba, que todas sus maldades aprobara y tuviera por buenas, sin remedio ninguno fueran entrambos condenados; mas agora, por la sagrada Pasión de nuestro Señor Jesucristo y por los méritos de tu paciencia y continuas oraciones, traerá a tu marido a su temor y amor y le dará lugar a que haga penitencia antes que muera, para que, así, tenga buen fin. Y esto para que sea en ti cumplida aquella palabra de san Pablo, el cual dijo que 'Será salvo el hombre infiel y grande pecador por la bondad de su mujer fiel y sancta'. Y dice este autor que a la fin de sus días le fue dicho a esta sancta reina Semila lo siguiente: «Siempre verás que cuando el hombre malvado tuviere por mujer alguna sierva de Dios, cómo antes de su muerte le da Dios lugar al tal hombre para que se arrepienta y haga penitencia. Y esto hace Dios por los méritos de la sancta mujer que de su mano le dio en compañía».

Cuando esto oyó aquella bendita reina, dio muchas gracias a Dios, y de allí adelante con muchas lágrimas y oraciones rogaba a Dios por su marido. Y a pocos días se vino a ella muy contrito y arrepentido y con grande humildad a pedirle perdón de los manifiestos agravios que le había hecho como hombre sin tino y apartado de Dios, y después hizo muy buena vida y fue muy caritativo con los pobres y acabó en bien. Por estos ejemplos podrán entender los hombres lo mucho que ganan en tener buenas y virtuosas mujeres y el cuidado que los padres deben poner en buscárselas así, pues es la cosa más importante que pueden tener en su compañía para sus honras y la salvación de sus almas.

Dice Joan Magno y otros autores que aunque Huningo, rey de Gotia, cuando murió dejó un hijo, llamado Renero, por heredero, la Reina su mujer y madrastra del hijo, quedó tan apoderada del reino y tan enemiga de su entenado que no trabajaba sino en buscar manera

202.- Orig.: 'respondidd' (421r).

como le matar (y por ventura saliera con su intención si el Príncipe no fuera favorecido de los amigos de su padre). La ambiciosa reina Torilda, por quitar el orgullo y brío de reinar a Renero, envió a él y a su hermano Toraldo a las montañas con los pastores. Y vivían con ellos en su rusticidad; mas teniéndolos Dios para mayores cosas, sabiendo su vivienda Suan Huita, hija de Hadingo, rey de Dania, tomó la compañía que le pareció convenir y pasó en el reino de Suecia, y disimuladamente se informó de la montaña donde andaba los reales pastores y fue allí. Cuando ellos vieron tan honorable compañía temieron alguna maldad de su cruel madrastra, mas, llegándose mas la Infanta, le habló, y por más que se le quiso encubrir, avergonzado de se ver en tal oficio y hábito, le hizo confesar quién era, y ella hizo lo mismo, y le dijo que, compadeciéndose dél, venía para le sacar de aquella rusticidad de vida, tan contraria a su grandeza y merecimiento, y a se casar con él, si a él le placía (y él fuera muy necio en dejar tan nobilísima mujer y que tan de veras celaba su honor y bien.

La Infanta sacó de las ricas ropas y joyas que llevaba y muchos dineros, y le dio un real estoque, amonestándole con buenas razones (cuales se las aplica Saxo Danico) el darse a valer y no dejarse hollar de la Fortuna ni de sus adversidades, lo cual se hace no huyendo los trabajos afrentosos, donde hay razón de los sufrir, sino guardando el pecho imperturbable y ensanchando el corazón para salir dellos con tan buen semblante y gracia como si fueran oficios honrosos. A lo cual llega un hombre con ser medianamente cuerdo que se sepa aprovechar de la cordura, el cual provecho se recibe echando cuenta que en tales riesgos se apura y acendra la virtud y se prueba el valor de la persona y se califica el honor; y mejorándose un hombre en la virtud y en la honra, necio es en no hacer muy buena cara, y señaladamente si vee que, por bien o por mal, lo ha de tragar.

También dio acompañamiento la Infanta al Rey su esposo, y le dijo que fuese a los Grandes del reino amigos de su padre y los requiriese que le pusiesen en el estado que debían como leales vasallos, y no consintiesen que la tiranía de su madrastra pasase tan adelante tan a costa de su honor. Los señores se regocijaron en el alma de le ver en tan buen traje y tan bien acompañado y de saber que le hubiese Dios enviado tal mujer y de tanta sabiduría que en tan pocos días con sus buenos consejos le hiciese mostrar el valor y ánimo que a su estado debía; y así, le asentaron en el trono real y dieron sentencia contra Torila, su mala madrastra, y a él juraron por rey. Y luego se casó con la Infanta, que fue excelentísima mujer para el bien de aquel reino y de el Rey su marido, y gobernaron todos sus días con mucha benignidad y paz y grande aceptación de todo su reino.

No solamente a los maridos por ocasión de sus buenas mujeres han sucedido cosas de grande utilidad e importancia, mas aun también a muchos que se han aficionado de buenas y honestas mujeres, las cuales, ya que no hayan salido a consentir en sus injustas pretensiones, con su cordura y discreción los han encaminado a cosas de mucho aprovechamiento y ventajas de sus personas. De un labrador de los más ricos de un pueblo de Castilla cuenta cierto autor, muy digno de fee, que, como tuviese a sus hijos muy bien tratados y puestos en la policía que allí se podía pedir, al uno dellos, llamado Pero Mingo, había criado desde su niñez en la vida pastoriega, y estaba tan rústico y maltratado que más parecía criado de sus hermanos que su igual. A éste sucedió que, viniendo al pueblo, se aficionó de una viuda moza, muy hermosa, mujer que había sido de un mercader, y con la mejor ocasión que podía procuraba verla todas las veces que venía al pueblo. Y como



ella fuese discreta y echase de ver de cuán poca sustancia eran sus preguntas y cómo se quedaba embozado mirándola buenos ratos, conoció bien su enfermedad.

Compadeciéndose dél la viuda, le preguntó un día si la quería bien, y él quedó tan colorado y turbado con esta pregunta que apenas (por el grande encogimiento y empacho que tuvo) la pudo responder palabra, cuanto más significar el sentimiento de su corazón. Mas, al fin, le dijo, como pudo, que sí. La viuda, comenzando a hacer en él la buena labor que pretendía, le dijo: «Bien habréis advertido, Pero Mingo, cómo siempre yo me he preciado de mujer muy limpia y aseada, y es de creer que esto mismo me parecerá bien en otríe. Y, siendo así, ¿cómo queréis que yo me pague de un mancebo como vos, que, siendo hijo de un hombre tan rico y pudiendo andar tan lucido como vuestros hermanos andan, andéis con esas greñas y con vestido tan grosero y sucio, que mas estáis para ser aborrecido que amado?».

Sin aguardar más, Mingo se apartó della hartó corrido, viendo la razón que tenía, y se fue para su padre, al cual dio tantas quejas de que le trujerse así, tan maltratado y guardando el ganado toda su vida, hecho un salvaje, como si fuera esclavo y no su hijo, que el padre, pareciéndole bien su buena presunción y sentimiento, gustó de que dejase de ser pastor y de que le vistiesen y tratasen como a los otros sus hermanos. Después que se vido Mingo bien vestido y aderezado, afeitado y muy limpio, se fue a visitar a la viuda, la cual le alabó mucho todo lo que había hecho y le encargó que también se diese a los ejercicios y gracias que acostumbraban los curiosos y principales mancebos para dar buenas muestras de sus personas, como eran correr, saltar y tirar la barra, esgremir y jugar a la pelota, y que dependiese a bailar, para que en los corros que se hallase pudiese salir sin afrenta; y que por la diligencia que en esto pusiese echaría ella de ver cuánto la quería.

Con el buen natural de Mingo y su mucho cuidado, en poco tiempo se aventajó a los mancebos del pueblo en todas aquellas gracias y gentilezas, y hizo de suerte que la viuda fuese informada de su aprovechamiento. Y, vuelto a ella, le dijo que no quedaba bien satisfecha con sólo esto, porque también convenía supiese leer y escrebir, porque si ella quería escrebirle algún secreto no era razón que él diese a nadie a leer sus papeles. Habiendo ya dependido Mingo y asistiendo en su porfía, la viuda le desengañó diciendo que el amor que la tenía siempre entendió gratificársele, aunque no en su injusta demanda, por serle a él de menos importancia y no convenir a la honra y honestidad della, y que, por tanto, que se tuviese por bien satisfecho con haberle hecho dejar la brutal vida que antes tenía (con que siempre fuera desestimado y tenido por vil) y deprender aquellas gracias que tanto lustre y ser daban a su persona, y que en ninguna manera le pasase por el pensamiento procurar della otra cosa, porque lo ternía a grande ingratitud y descortesía.

Cosa es notoria y averiguada con mil experiencias que el amor desbasta la rudeza de un rústico y le hace elocuente y bien hablado. Filipino Beroaldo dice: «Dame el hombre más rudo y más grosero y enamórese, que yo le daré de buen ingenio, discreción y urbanidad». Porque el amor cultiva al agreste y domestica al bárbaro salvaje, destierra la flojedad, la pereza y el sueño. En fin (como le pinta Plautino) es padre de la elegancia y del aseo, del donaire y de la bizarría. Y, aliende desto, hace otro efecto maravilloso el amor: que al que es iracundo y soberbio le humilla y hace manso y sufrido. De aquí procede que cuando a un hombre poderoso conviene apartarle de algún mal vicio y nadie se atreve a le avisar y exhortar, luego acuden a la mujer que más ama y le encargan que por la mejor manera que ella supiere le diga cuán mal parece a todos lo que hace y cuánta satisfacción ternán de

su persona si se corrige y aparta dello. Y él lo lleva con mucha paciencia, recibiendo esta amonestación y desengaño de su dama con grande amor y mansedumbre, y así, con mucha certeza le da su palabra de enmendarlo y desagraviar al que tiene quejoso, de manera que a ella le conste del buen efecto que su ruego hizo y cuánto desea agradarla. Y cuando ella le encarece la merced que en ello recibió y cuán verdadera muestra fue aquella de que su amor es muy firme, queda él muy contento y gozoso de haber hecho por ella cosa tan grave y tan contraria a su condición, lo cual por otro ninguno no hiciera.

Ansí mesmo sucede cuando tratan a una doncella que se case con Fulano y ella responde «Y ¡como! Y ¿con un jugador o con un borracho como ése me tenía yo de casar?», y sabiendo el mancebo que aquella doncella que él tanto deseaba por mujer le desechó por tal o tal vicio que en él hay, con gran despecho y rabia dice: «¡Pluguiera a Dios que con el primer vino que bebí reventara, o que las manos se me quebraran el día que comencé a jugar!». Y con el dolor que de aquella pesada respuesta le queda huye del vino y del juego y de ser soberbio y mal sufrido, y se aparta de la manceba por ver si enmendando las faltas en que ha incurrido puede volver en gracia de aquella doncella que por ellas le dejó, o a lo menos procura que por aquel defecto vil de que fue infamado no sea desechado de otra. Estos y otros muchos bienes suelen redundar a los hombres de las prudentes mujeres con quien pretenden casarse o están casados, por lo cual deben tenerlas y estimarlas, y dar muchas gracias a Dios en que se las encaminó para su bien y remedio.

Fin del tercer Tratado,  
de las casadas

# Comienza en el libro llamado *Vida política de todos los estados de mujeres*

## El cuarto tratado: De el estado de las viudas

### Capítulo primero: De las cosas de que más la viuda debe preciarse para la conservación de su virtud y buena fama

**D**ICE el glorioso doctor san Jerónimo que el estado de las viudas es muy agradable a Dios y que con él recibe mucho servicio, porque es una orden de religión depurada para sólo servir a Dios, el cual fin es tan alto que no puede bien encarcerarse, como lo entienden bien las devotas viudas que en su soledad y recogimiento se han dado a la sancta oración y contemplación, adonde manifiestamente han conocido cuánta diferencia hay entre el servir a Dios y al mundo, y entre la verdadera vida y la eterna muerte.

¡Cuánto difiere el servir la mujer en este mundo al hombre o a Dios! Porque, si en el estado del matrimonio se sirve a<sup>203</sup> Dios, sírvese con mucha ocupación, por emplearse la mujer (como dice el apóstol san Pablo) en su propio varón; pero en el estado de viuda sólo sirve a Dios, con toda la libertad, sin marido ni hombre que le<sup>204</sup> pueda impedir. Sirviendo al hombre en este mundo, siempre tiene la mujer tantos trabajos y miserias que no es bastante a contarlas sino la que por experiencia las pasó. Por lo cual dice san Gregorio que se maravilla de mujer que pasó por los trabajos y cargas del matrimonio y se torna otra vez a casar, porque cree él que es imposible hallarle mejor que el que dejó, ni dejar de pasar de nuevo los trabajos y miserias que en el primero casamiento pasó.

Este don bienaventurado de la viudez no ha sido estado conocido de todas las dueñas; pero aquellas que conocieron su grandeza le tuvieron por gran don y de perfecto ser, y así, dieron a Dios muchas gracias cuando le recibieron, y sirvieron a su Majestad mucho en él y de su mano sanctísima fueron muy bien galardonadas. Esto dice David: que la mujer viuda, si permanece en el estado perfecto de la viudez, que Dios le dará su bendición y espiritual gracia y la enseñará su amor y su especial familiaridad.

Y, por estimar Dios en tanto el estado de las viudas, cuando le llaman en sus necesidades y trabajos luego las oye y las recibe debajo de su guarda y amparo, como está escrito en el Éxodo: »Guárdate no injurias a la viuda ni al huérfano; porque, si lo haces, ellos da-

203.– Suplo 'a' (425r).

204.– Podría ser un caso de leísmo, o quizá haya de entenderse 'el servir a Dios' (425r).

rán voces a Dios contra ti». Y dice Dios: «Yo oiré el clamor y voces de la viuda en sus necesidades, y la socorreré contra el que la tratare mal». Y es cierto que cuando las lágrimas de la viuda corren por su rostro y cuando por ser fatigada injustamente se queja, que aquellas lágrimas y quejas van a buscar a Dios para que la vengue; y así, Cristo nuestro Redemptor las socorre y favorece en sus aflicciones, como a estado más solo y desamparado y que más confía y espera en su divino favor.

Y, sobre todo esto, tiene Dios prometido de dar a la viuda el galardón doblado allá en el cielo. Lo cual quiso nuestro Redemptor significar en el Evangelio cuando dijo que la buena tierra daría fruto de treinta, y la otra de<sup>205</sup> sesenta y la otra de ciento. Todos los santos doctores dicen que la tierra de treinta, que da fruto loable a Dios, es el estado del santo matrimonio, y el estado que da fruto de sesenta es el de los viudos, y el estado que da ciento es el de la virginidad.

Lo primero que la viuda cristiana debe hacer es, después que su marido fuere defunto: levante su ánima y espíritu a Dios, y devota y humildemente se encomiende a Él ofreciéndosele por verdadera sierva, y ruéguele que la reciba debajo de su amparo; y ella le ha de recibir por verdadero<sup>206</sup> Dios, Criador y Redemptor suyo, por padre y marido, y amparador y defensor suyo y de sus hijos y todas sus cosas. Y también se encomendará a la Virgen sancta María y a algún sancto y sancta, para que la ayuden en su estado vidual, en que nuestro Señor Dios la ha puesto.

En la epístola que el glorioso doctor san Jerónimo escribió a Furia, noble romana, dice así: «Ruégasme por tu carta y humildemente me pides, muy amada hija, que te escriba la manera de tu vida y cómo te debes regir para guardar la corona de viudez con nombre sancto de perfecta castidad. Alégrase mi corazón, gózanse mis entrañas y mi afición da señales de muy crecida alegría viendo que tú ahora deseas ser, después de muerto tu marido, lo que tu madre Ticiania, mujer de sancta memoria, mucho tiempo fue aún viviendo el suyo. Por cierto, bien podemos creer que fueron oídos sus ruegos y oraciones, y que alcanzó del Señor para una sola hija, que eres tú, lo que ella viviendo poseyó: de una grande excelencia goza tu linaje, y es que, contando desde Camilo, ninguna o muy pocas son las mujeres que en todo él dos veces se han casado; y es tan propio esto de vosotras que no es tanto el loor que mereces por cumplirlo cuanto merecerías ser maldecida y caer en vergüenza si, siendo cristiana, no guardases la virtud que tus antepasadas, con ser gentiles, tan cumplidamente y por tantos años guardaron. Mas, para conservar tu deseo, aparta de ti unas amas noveleiras que siempre vienen con embajadas así como animales ponzoñosos que desean henchir su vientre con el cuero de tu persona. Éstas nunca te aconsejarán lo que a ti cumple, sino lo que a ellas; y, si bien miras, oírlas has continuamente decir: 'Y ¡cómo! ¿Piensas, señora, pasar en soledad y tristeza tu florida juventud y dejar de gozar de los dulces hijos y del fruto del amor?'. Esto te aconsejarán; mas tú acuérdate que adonde mora la sancta castidad allí está la abundancia y bien. En el *Viejo Testamento* leemos que los pontífices y sacerdotes eran una sola vez casados, y que las hijas de los sacerdotes, si eran viudas, habían de comer de lo que para los sacerdotes estaba señalado, y cuando morían, así las enterraban como a sus mismos padres y madres; mas, si otra vez se habían casado, las privaban de todos estos beneficios y las tenían como a extranjeras. Dando Dios a entender en esto cuán agradable

205.- Suplo 'de' (426r).

206.- Orig.: 'veadadero' (426r).

le era aqueste estado y cuán venerado y honrado debe ser de todos.<sup>207</sup> Escribe Virgilio, poeta, que, estando Dido, reina de Cartago, viuda, consultó con su hermana Ana si se casaría con Eneas; la cual, entre otras cosas, le respondió las palabras siguientes: 'Y ¡cómo, hermana! Y ¡a solas y con tanta tristeza pensabas pasar tu vida? ¿Por ventura crees que la ceniza y polvo de tu marido sepultado, o su ánima, se pone en ese cuidado, si tú te casas o no?'. Mas, después que la reina, por estas palabras determinadamente, se casó y se vido burlada, volvió a decirle a su hermana: '¡Oh hermana mía! ¡Que siendo tú vencida de mis lágrimas y casi forzada con mi loco deseo me has puesto en tanto mal como estoy! Tú has sido la que me has echado en las manos de mi enemigo. ¿No pudiera yo vivir sin cometer este pecado de tornarme a casar, como viven algunas bestias fieras, y no verme agora en tan grandes cuidados? Yo mesma conozco que no he guardado la fee que debía a mi marido Siqueo. Veas aquí, Geruncia, lo que estas dos hermanas pasaron; de manera que si tú me representares los placeres de las bodas yo te porné delante la gran hoguera en que Dido se quemó y el cuchillo con que se dio la muerte y el fuego con que se ardió. No es tanto el bien que por casarnos esperamos que nos venga cuanto es el mal que nos puede acaecer, y es razón que lo temamos. Acostumbran las viudas que quedan mozas (en especial algunas, después que, acompañadas de Satanás, se han bien enlodado en las cosas del mundo) decir que se quieren casar en Jesucristo. Y para justificar su demanda alegan: 'Cada día se me pierde mi patrimonio, y la heredad que me dejaron mis antepasados poco a poco se disipa. Los mozos se me atreven, las mozas no me estiman ni quieren hacer lo que les mando. Pues, si algo he menester, ¿quién saldrá a negociarlo por mí y a buscarlo? Si me demandan algún tributo o derecho de mis campos, ¿quién responderá por mí? ¿Quién me ayudará a criar mis hijos y los esclavos que en mi casa tengo?'. ¡Oh, gran maldad que aleguen por causa justa para casarse lo que más debería impedir su casamiento! Porque, casando la viuda, no toma ayo ni amo que críe sus hijos, sino un cruel enemigo dellos; no le da padre, sino tirano padraastro; y aun ella, inflamada de los carnales deseos, viene a olvidarse de sus propios hijos, y la que tres días ha que<sup>208</sup> estaba llorando al otro marido verla heis ahora ataviándose y pintándose toda entre aquellos peccadorcillos de sus hijos que, con su inocencia, no sienten el mal que se les apareja. ¡Oh atrevida! Y ¡a qué propósito me alegas que se te pierde tu hacienda y que se te atreven los mozos y mozas de tu casa? Confiesa tus torpes deseos y deja lo demás. Bien sabes que no se casa mujer ninguna para no dormir junta con su marido; y si me dices que no te mueven estos deseos, ¿por qué razón quienes abandonar tu castidad sin empacho, como publicana, por cobdicia de aumentar la hacienda? ¿Por qué determinas perder un bien perdurable tan alto y precioso como el de la castidad por cobdicia de ganar una cosa tan vil, miserable y perecedera como los dineros? Si tienes ya hijos, ¿para qué te tornas a casar?, y si no los tienes, ¿por qué, habiendo experimentado tu esterilidad, quieres otra vez marido y determinas perder la castidad que tienes cierta por la incierta esperanza que de los hijos tienes? Y si tuviste buen marido no debías olvidarlo, y si fue malo justo es que temas de encontrar con otro como él, para que no vuelvas a pasar la mala vida que con el otro pasaste. Mira que si ahora, cuando te casas, te señalan carta de dote, podría ser que antes de mucho, cuando no pensares, te será

207.- Lo que sigue es de una epístola a Geruncia, viuda romana.

208.- Orig.: 'qua' (427r).

forzado ordenar tu testamento y que éste se haga más al contento de tu codicioso marido (que sólo procurará su interesse) que como conviene al descargo de tu ánima y a la satisfacción de tus obligaciones. Si por ventura te nacen hijos del segundo marido, luego comenzarán las guerras y continuas discordias dentro de tu casa, porque no serás señora de amar a tus hijos ni osarás mirar con iguales ojos a los que igualmente pariste. Si a los primeros hijos quisieres dar de comer, será menester hacerlo a escondidas; porque el marido que tuvieres vivo forzosamente terná luego envidia del muerto si te vee amar a sus hijos, creyendo que también amas al padre. Pues ¿qué me dirás si el marido que tomares trae hijos de otra mujer? Porque, aunque con ellos seas humana y piadosa como un ángel, en todos los barrios y lugares públicos no se hablará sino de cómo les eres una cruelísima madrastra. Y si enfermase tu entenado, de sólo dolerle la cabeza luego redundará en infamia tuya: si no le das de comer llamarte han cruel, y si le das dirán que eres hechicera y que con tus ponzoñosa yerbas le quitas la vida. Ahora, pues, yo te ruego me quieras mostrar qué bien puede haber tan grande en las segundas bodas que pese tanto como estos males que yo aquí te he referido y representado». Hasta aquí es de san Jerónimo.

Mucho debe mirar la viuda cristiana en las penas, cargas y trabajos del sancto matrimonio, y principalmente en este tiempo tan trabajoso; que, aunque el matrimonio sea sancto y ordenado por Dios, con grande dificultad se hallan agora dos voluntades de un hombre y mujer que se quieran concertar y concordar en uno; porque los hombres, en el tiempo de agora, muchos dellos son tiranos, avarientos, soberbios, carnales, desabridos y mal acondicionados; y las mujeres lo quieren tener todo conforme a su voluntad y contento, y no quieren ser sujetas a sus maridos, sino ser libres y hacer las cosas como les parece, y en los trajes y atavíos que usan son tan incomportables y costosas que no hay quien lo pueda sufrir ni llevar, por su gran soberbia y disolución. Y si acaso el marido es bueno y vive en su compañía con mucho contento y descanso, considere la viuda cuán presto se desconcierta este bien por la muerte del uno, o de entrambos, y el dolor y lástima que le queda todos los días de su vida por haberle perdido.

Mas los casados de agora no son así como los que hemos dicho, porque toda su vida es muerte, pasiones, rencores, enojos y discordias en los pareceres y voluntades, y otras mil desventuras que ellos por experiencia mejor podrían explicar. Y si la mujer que pierde su marido se torna a casar y el marido primero fue algo mejor, luego da guerra al segundo diciéndole de continuo injurias, comparándole a cada paso a<sup>209</sup> aquel que pudre, y siempre anda suspirando y gimiendo y apasionada, pensando y contando el bien que perdió. Y viene a decirle en sus barbas que él nunca morirá ni habrá rayo que le mate, por ser tan desabrido, mezquino y desventurado, y que por sus pecados le llevó Dios el primero para que con tal fatiga hiciese penitencia, y la puso en poder de un hombre tan brutal y desmazalado que no sabe sino gruñir, comer y dormir. Y esto mismo dice el viudo cuando se casa con segunda mujer: que le quitó y llevó Dios una mujer que merecía servir a un príncipe y le dio una perezosa, dormilona, descuidada, perdida y desperdiciadora.

Debe, pues, con mucho aviso mirar, así el viudo como la viuda, que en las segundas bodas es necesario tener mucho tiento y encomendarlo a Dios. Especialmente las mujeres, que, estando libres, mejor se pueden concertar en el servicio del Señor. Pero así los hom-

209.- Suplo 'a' (428v).

bres como las mujeres, cuando Dios les lleva la compañía que han tenido, miren sus edades y sus complejiones y cualidades, y, pidiendo consejo a Dios y a sus deudos, no errarán si tornan a casarse; porque ya hemos visto muchos vivir con contento y en servicio de Dios en las segundas bodas hasta su muerte.

Las mujeres honradas antiguas y aquellas honestísimas romanas tenían por cosa de menos valer casarse segunda vez. Dice Luis Vives en su *Instrucción cristiana* que Porcia, hija menor de Catón, siendo muy alabada delante della una matrona (que se había casado segunda vez) de muy honesta y recogida, respondió Porcia: «La mujer honesta no celebra segundas bodas», dando en esto entender que no merecía ser alabada la que había conocido más que a un marido. Y aquella gran mujer Cornelia, quedando viuda de aquel valeroso varón Graco, como fuese muy requerida e importunada del rey Ptolomeo para que se casase con él, nunca se pudo acabar con ella; y daba por respuesta que en más estimaba el título de mujer de Graco que el de reina de Egipto. Y Cornelio Tácito dice que entre las mujeres alemanas nunca se casaban las viudas, sino las doncellas. Y Pausanias afirma que Gorgofona, hija de Perseo, escandalizó a toda la Grecia porque, habiéndosele muerto su esposo, se desposó con otro, como tuviesen por costumbre santísima que la mujer viuda no se casase segunda vez. Gran sentimiento tenía de su marido Valeria Mesalina, mujer de Sulpicio, la cual habiendo enviudado muy moza y hermosa, importunada de sus deudos que se tornase a casar, respondió: «Nunca los dioses inmortales permitan que yo haga tal traición a Sulpicio, el cual, aunque es muerto, siempre está vivo en mi memoria». De Ania, romana, escribe Fulgoso que, estando viuda y teniendo muy fresco en la memoria el amor del marido, persuadiéndola que se casase segunda vez, pues era tan moza, hermosa y bien dispuesta, respondió que en ninguna manera lo haría; porque si hallase otro tan buen marido como el primero estaría siempre en gran congoja si le había de perder, y, por el contrario, si fuese malo no menos sería de muerte su aflicción en haber de padecer tan gran mal, el cual sin necesidad alguna ella le había escogido.

Macrina, hermana de san Basilio y de Gregorio Niseno, estando concertada de casar con cierto mancebo de muy buenas partes, y muriendo antes de el desposorio, ella perseveró en no quererse casar con otro; y diciéndole sus padres que lo hiciese, respondía que tenía por malo no honrar el matrimonio que primero le habían señalado, sin pretender otro, y que así<sup>210</sup> como naturaleza ordenó un solo nacimiento y una sola muerte, así era bien que hubiese un solo matrimonio; y que aquel con quien la habían desposado, aunque era para otros muerto, para ella estaba vivo, con la esperanza cierta que tenía que había de resucitar, y que le juzgaba solo estar ausente, y así, era maldad grande no guardarle fee al esposo que había ido a alguna otra tierra, aunque distante y por largo tiempo. Con estas y otras razones sacadas de la nobleza de su ánimo fidelísimo, la sabia doncella se defendía de sus padres, y perseveró en honestidad hasta la muerte. Y, para mejor guardarla y servir al celestial Esposo, se metió monja, en el cual estado acabó sanctamente su vida. ¡Qué diferentemente proceden otras que Macrina!, porque apenas se han enjugado las mejillas de las recientes lágrimas derramadas por el marido muerto, cuando las verán atezadas y acicaladas para contentar al nuevo marido.

210.- Orig.: 'aqui' (429v).

No se tenía entre los gentiles por cosa indigna de hombres graves casarse muchas veces, como se tenía y condenaba tornarse a casar la viuda. Porque en los varones les parecía bastante razón para tener quien los sirva y regale, y mire por su hacienda y gobierne la casa. La cual necesidad no concurre tanto en las viudas; y por eso lo atribuyen algunos murmuradores a incontinencia. De la cual, si hay peligro en alguna, puede tomar el consejo del Apóstol, casándose. Porque (como dice) más vale casarse que abrasarse. Mas la viuda, si quisiere vivir recogida, mejor acertará en tener por esposo a Jesucristo y hacer vida con Él a sus solas que tornar a conocer voluntades y condiciones nuevas a quien agradar. No obstante que son muy lícitas y sanctas las segundas bodas, y que el viudo y la viuda se pueden casar, por la muerte de los anteriores, con cuantos quisiere.

Lo cual es conforme a la doctrina del Apóstol, que dice: «Yo digo a las que no son casadas y a las viudas que permanezcan en continencia, como yo; mas, si no han de contenerse, cásense»; y en otra epístola dice: «Yo quiero que se casen las que son viudas mozas, por que no den ocasión al Demonio». Y lo que más autoridad da al estado honesto de las viudas es la determinación del sacro Concilio Tridentino, en la vigésima cuarta sesión, donde no solamente antepone el estado virginal al del matrimonio, sino también el de la viudez, con esta gravedad de palabras: «Si alguno dijere que el estado conyugal se ha de anteponer al estado virginal o al de la viudez, sea anatema».

Pierio pone la paloma por símbolo de la castidad vidual, conforme a los jeroglíficos de los egipcios (y la significaban pintando una paloma negra, y la negregura por luto y firmeza), porque la paloma en cuanto le vive su compañero no toma amor con otro; mas, muerto aquél, si la señalan compañero luego obedece y se casa con él (que no es mala doctrina para que las mujeres no se casen sin licencia de sus padres o de sus parientes mayores).

La más cierta opinión es que Dido, reina de Cartago, siento persuadida del rey Yarbas quisiese ser su mujer, le respondió que en ninguna manera mudaría el verdadero amor del marido muerto por el de otro ninguno, y que, por verse apretada deste poderoso rey (como afirma san Agustín), tuvo por mejor morir y arder en el fuego que no casarse otra vez con este rey. Si, con ser Dido pagana y sin Dios, tanta fee guardó a su primero marido que en su defensa tales palabras dijo y tan heroicos hechos hizo, ¿qué debe decir la viuda cristiana, y qué debe hacer por amor de Jesucristo, su celestial Esposo y Señor, con el cual espera reinar?

El ejemplo y vida de la muy venerable matrona Judit enseña cuán recogidas y retraídas, cuán humildes interior y exteriormente, cuán castas y limpias en el alma y cuerpo hayan de ser las viudas, con otras muchas virtudes que han de tener, después de la muerte de sus maridos y compañeros, en la guarda de su continencia vidual, como esta honrada Judit. Cuando esta excelente hembra hizo aquel tan hazañoso hecho de cortar la cabeza al bravo Holofernes, tres años y medio había que estaba viuda por muerte de su marido Manasés, y estaba en la flor de su edad y era hermosa por maravilla, y riquísima si la había en el reino de Judea. Y, en viéndose viuda, se encerró con sus doncellas en un cuarto alto de su casa, donde vivía emparedada, ayunando siempre todos los días, salvo los festivos, y trajo siempre cilicio sobre sus delicadas carnes. Y la fama de su alto ejemplo tenía llenas las orejas de todo el reino, sin que ninguno hablase della cosa malsonante.

Tales hazañas hacen y tales honras merecen las que son tales viudas. De una viuda romana se lee que estuvo treinta y seis años encerrada, que nunca habló a hombre ninguno.



Mucho se deben guardar las viudas de discursos inútiles y que carecen de necesidad, y estar secretas, recogidas y encerradas en sus casas, para haberse de librar de los muchos peligros que en los discursos se ofrecen. Cuando la viuda Tamar estuvo encerrada en casa de su padre, guardó su viudez y castidad y nunca pecó; mas a la hora que salió al camino, luego cometió ofensa. De aquí es lo que dice san Jerónimo: «Cree muy poco a la castidad sin las cosas que della dependen, que son tres: la abstinencia de los manjares, la humildad y aspereza de las vestiduras y el recogimiento en la propia casa, sin andar vagueando».

Dos casas solas ha de tener la viuda, las cuales ha de frecuentar: la una, la propia casa donde mora; la otra, la iglesia. En estas dos ha de estar siempre: que cuando falte de la una la hallen en la otra; de tal manera que, siendo buscada en la una y no hallada en ella, se tenga por averiguado que está en la otra y no en otra parte. En la casa donde mora ha de estar por amor de los hijos y nietos, si los tuviere, por el gobierno de la familia y necesidades cotidianas; en la iglesia ha de estar por la honra de Dios y por la necesidad que consigo trae la muerte. También la viuda ha de ser piadosa, acerca de su marido defunto, por derramamiento de lágrimas y continuas oraciones; porque debe orar y rogar a Dios por él, y no faltarle en el tiempo que él mayor necesidad tiene de su socorro.

Antiguamente los romanos querían que las mujeres siempre estuviesen debajo del gobierno de algún hombre cuando les faltase el marido, el cual les fuese como padre, suegro o hermano. Y algunos tenían por mejor que viviesen con su suegro antes que con sus parientes, por tener por más seguro que viva la viuda con los parientes de su marido que con los suyos propios; porque, como el amor sea menor con los extraños que con los suyos, vivirá más recatada para dar mejor cuenta y ejemplo de sí, porque con la confianza y regalo de sus parientes se toma más licencia para más libertad y descuido en su vida. Y así, por ser cosa digna de más loor a la viuda el vivir entre los parientes de su marido que con los suyos mismos confiadas en su bondad, las matronas romanas se preciaron de hacerlo así.

De Rut cuenta la sagrada Escritura que escogió antes de vivir con Noemí, su suegra, que no volver a su misma casa y tierra. Lo cual debe mirar la viuda con mucha discreción y cordura, y pedir a Dios le dé conocimiento para hacer en esto aquello que más le cumple para servirle y dar la cuenta que debe a su honor y seguridad de su consciencia. Mas si en casa de los padres de su marido y sus suegros hubiere algunos mancebos livianos con los cuales puede peligrar su honra, aunque los tales sean cuñados o sobrinos de su marido o cualesquiera otros parientes de que se pueda presumir infamia, será más seguro que se vaya a vivir con sus propios padres y parientes antes que poner su honra en condición con los parientes de su marido.

La viuda ha de ser templada en su comer y beber, donde san Agustín dice: «Tres géneros hay de viudas. Un género que es perfectísimo, ordenado para el premio celestial, que de noche y de día, en ayunos y oraciones, sirve a Dios. Otro género que se ocupa en la crianza de sus hijos y en el gobierno de su hacienda, casa y familia: éste no es tal como el antedicho, mas no está envuelto en vicios y pecados. Otro género hay que se ocupa en gozar de los manjares y deleites con gran sabor y dulzura, y éste es guardado para la muerte perdurable y eterna». Y dice más san Agustín: «Muy más ligera y fácilmente se conserva el fuego y agua en un mismo vaso que la continencia y limpieza entre los deleites de comer y beber». Y el Apóstol dice: «La viuda que vive en deleites, viviendo es muerta». Porque cada día va a la muerte de la culpa es llamada muerta.

No era delicada aquella honrada viuda Noemí, cuya nuera Rut cogía espigas, siguiendo a los segadores, con que pudiese sustentar a su suegra Noemí; por lo cual mereció ser consolada del Señor y haber después por marido a Booz, hombre muy hacendado y rico, y que de aquella Rut descendiese el tribu Real y, por consiguiente, Cristo nuestro Señor. No era delicada aquella viuda Sareptana que no tenía sino un poquito de harina y aceite para su sustentamiento, la cual mereció recibir al profeta Elías y ser confortada del Señor con muchos milagros. Por ventura fue la causa porque no había en Israel otras viudas tan devotas ni templadas como ella lo era, y por eso no fue Elías enviado a ellas, aunque había otras muchas, como dice Cristo nuestro Señor en el Evangelio. No era delicada aquella buena viuda que recibió a Cristo, la cual se había ocupado en ayunos y oraciones ochenta y cuatro años sirviendo a Dios.

La viuda que no es templada en comer y beber, de necesidad ha de ser parlera y dada a deleites y vicios. Furia, mujer noble, pidiendo consejo al bienaventurado san Jerónimo para vivir como se debía al estado de la viudez, el primero consejo que le da en una carta es la templanza y ayuno, diciendo: «Huye de comer carne; no porque sea cosa mala en sí, sino porque la carne más pertenece a las que quieren servir a la carne, cuyo calor suele determinarse en torpezas carnales. Estas son las que, atadas de sus maridos, no entienden sino sólo en engendrar y haber hijos. Éstas, que son acostumbradas a traer sus vientres cargados con las criaturas, es bien que carguen también los estómagos de viandas. Tú, empero, que ya enterraste todos tus placeres en la sepultura de tu marido juntamente con él; tú, que lavaste para siempre todo el afeite y compostura de tu rostro encima de su sepulcro con la abundancia de lágrimas que derramaste; tú, que dejaste las ropas blancas y los dorados chapines vistiéndote toda de negro y calzándote de la misma color; no tienes ya necesidad de cosa del mundo, sino sólo de perseverar en el ayuno. Tus perlas y atavíos han de ser andar pobre, amarilla y muy soezmente vestida. Mira que tú eres moza y no es menester que duermas en plumas ni camas blandas; y guárdate de los baños por que el calor de tu mocedad no se encienda con el suyo; que son invención de lujuriosos y gente afeminada».

Si en este tiempo fuera señor san Jerónimo, ¡y qué de cosas hallara que enmendar en las viudas! Porque muchas dellas están tan llenas de infierno que ya me parece que arden allá. Veense en ellas tantas diferencias y primores de trajes que no parece sino que las han vestido a lo glorioso; que sin haber precedido la penitencia y sanctidad que se requiere para merecerlo, es harto trabajo que se anticipen tan temprano; mas, conforme a lo que pueden esperar de su desordenada vida, podrán decir que lo hacen por sí en la<sup>211</sup> otra no se vieren.

¿Qué podemos decir de las viudas que con toda la libertad del mundo se van a los juegos y fiestas, a los toros, juegos de cañas, justas, torneos y comedias, con el mismo desenfado que cualquiera mujer soltera, y, puestas a las ventanas muy al descubierto, cobdician ser miradas, y, para más señalarse, descubren devisas y joyeles con que provocar a las mirar, entretiniéndose públicamente en conversaciones de dichos y motes y cosas deshonestas con gente liviana? Pues en sus casas no reina otra cosa si la ociosidad, porque tienen por vileza el tomar una rueca; que ensucia su vestido y endurece sus dedos y maltrata sus labios; y así, en lo que entienden es en adobos, aderezos y composturas de sus personas; porque a otras labores ni trabajos no se inclinan. Y si saben que alguna otra viuda es bien ocupada

211.- Suplo 'la' (432v).

en las cosas de su casa y que en todo ama la honestidad y llaneza, estas ociosas la hartan en sus pláticas de cocinera y de mujer vil y de bajos pensamientos.

Siempre procuran que sus conversaciones sean muy regocijadas, y, para conseguirlo, admiten a ellas a hombres viciosos y lisonjeros, ajenos de toda virtud, y entre ellos tratan de los regalos de Fulana y de los trajes de Zutana, y de cómo la otra se deja servir y las cosas que la han dado, y como la otra casada es tan para mucho que se sale con cuanto quiere, aunque pese a su marido, y que así habían de hacer todas para venir a ser señoras de sus casas y de su libertad. Allí se cuentan las flaquezas y miserias en que otras han caído, y el que más desto dice queda más ufano. Y sabe Dios cuántos falsos testimonios levantan a trueco de infamar a otras y hacerlas compañeras en sus disoluciones para que se entienda que no son ellas solas, sino también otras más recatadas y de mejor opinión. Todo lo malo que de otras se cuenta, se ríe y soleniza con gran regocijo, y lo bueno todo se reprueba y todo se tacha, hasta venir a decir que si Fulana es buena y virtuosa que lo hace de tonta y mentecata, y por esto no cura de la curiosidad y contento.

En los juegos y chocarrerías se precian de ser mayores maestras que lo fueron en la filosofía Sócrates y Platón, y ansimesmo en dar trazas para una maldad. En estas tales casas tienen mucha cabida las mujeres chismosas y de ruines consejos, y las criadas enredaderas y cautelosas son muy aceptas y reciben mercedes. Aquí se suelen perder las inocentes doncellas y se malean las buenas casadas, por ser un lago de hediondez adonde todo se inficiona y corrompe. Estas son las oraciones, ayunos y disciplinas que padecen por el ánimo de su triste marido, y con estas mismas ayudarán a todos los demás que con ellas se casaren, cuando fueren muertos. ¡Vea cada uno el alivio que su ánimo recibirá en Purgatorio con tales obras!

Pues, considerando bien esto, por hombre loco y sin seso debe ser tenido aquel que en el tiempo de su matrimonio conoció en su mujer poca virtud y cristiandad y la tuvo por liviana y viciosa, y al tiempo de su muerte la deja por heredera de la mayor parte de sus bienes y los quita a sus parientes, muy mejores que no ella, y a los pobres de Jesucristo Redemptor nuestro, por dejarla a una mujer infernal que la tiene de gastar con quien se le antojare en vicios y torpezas y serle en todo desagradecida e infiel. Por lo cual debe mirar cualquier cristiano la mujer que tiene, para dejarle la hacienda que de sus antepasados heredó y dejarle cargo de su ánimo; que luego se conoce lo que será en su viudez por lo que hiciere siendo casada.

La viuda ha de ser prudente y que, así como excede a las otras en edad, así las exceda en seso y prudencia; y, si fuere moza, la sabiduría y prudencia supla la falta de la edad. Lo primero en que ha de ser prudente ha de ser en enseñar a sus hijos y hijas, si los tuviere. Así lo manda el apóstol san Pablo a las viudas, diciendo: «Si alguna viuda tuviere hijos o nietos, aprenda primero a regir su casa», esto es: que enseñe y doctrine a sus hijos y nietos. Y san Jerónimo dice: «No es de pequeño mérito acerca de Dios criar bien los hijos y hacer a Cristo coheredero de sus hijos». Vemos por experiencia que las aves a sus hijos y pollitos pequeñuelos los dan de comer y provocan a volar; así, la nueva viuda ha de dar a sus hijos el pasto de la buena doctrina y con sanctos y excelentes ejemplos provocarlos a la alteza de la vida espiritual y celestial. Mucho hace esto contra las viudas de poco valor y capacidad, que, por amar a sus hijos más de lo que deben y regalarlos con gran demasía, los echan a perder, procediendo en esto sin orden y concierto, dejándolos de enseñar, corregir y casti-

gar. Por lo cual son estos tales llamados del vulgo (y con razón) lechones de viudas. Y por éstos también se dice aquel adagio: «Hijos criados sin padre, caros son de balde». Porque, por no ser la madre cuidadosa y de pecho varonil para reñirlos ni castigarlos, no se halla en ellos virtud ni crianza, cortesía ni miramiento: son indisciplinados, llenos de libertad, cargados de vicios, envueltos en mil géneros de pecados.

Esto sucede así por no los querer corregir ni castigar su madre. La varonil y buena viuda ha de tener las veces de padre y madre. Ha de tener la vara y disciplina de padre y los pechos de madre: los pechos de mansedumbre y buena doctrina y la vara de riguroso castigo y disciplina. Las buenas frutas y de buenos árboles, si no son puestas en buen lugar, enjuto y seco y que sean visitadas muchas veces, muy presto se corrompen y podrecen. Así, han de ser visitados los hijos y castigados con la disciplina por que no entre en ellos la podredumbre de los vicios y pecados. Ansimismo la viuda ha de tener en lugar de hijos a los pobres necesitados, para apiadarse dellos cuando los viere y socorrer su necesidad en lo que buenamente pudiere, para que Dios se apiade della y de sus hijos y para que, así, su Majestad los socorra y ampare.

La viuda Sareptana fue de tanta caridad que prefirió la vida del Profeta a la suya y a la de su hijo, que morían de hambre, y le dio a él lo que para sí tenía, estimando en más la limosna que la vida; y con el puño de harina y el poco de aceite de su aceitera hizo una sementera figurativa de la cumplida mies y vendimia que se había de coger por tiempos en Judea mediante la muerte de el Redemptor: verdadero grano de trigo y mantenimiento de las almas y fuente manantial del aceite de las divinas misericordias. Noemí, viuda de marido y de hijos (mas con la compañía de su honestísima castidad), conservó a su nuera Rut en su casa con amor de verdadera madre, y así, mereció que por ella le naciese como en casa el Redemptor, descendiente de Obed, hijo de Rut y de Booz. La nobilísima Paula, viuda, fue tan larga en dar limosnas que la acusaban y culpaban de pródiga. Ella afirmaba que todo aquello era poco, pues lo hacía por Dios, y que su deseo no era otro sino de morir pobre y tan necesitada que no se hallase en su poder una sábana de que le hacer mortaja. Decía más: «Si yo tuviere necesidad, hallaré muchos que me saquen della y me favorezcan; mas el pobre que me pide a mí limosna, si no le favorezco ni halla otro que lo haga, pedirme ha cuenta Dios de su vida, si muriere». Como lo dijo lo hizo: que llegó a última pobreza, y cuanto más pobre fue en la tierra más rica se halló en el cielo. Dícelo san Jerónimo en el epitafio de la misma sancta Paula.

La viuda, en la administración de los bienes temporales ha de ser muy prudente, mirando el gasto y las rentas, cotejando y comparando lo uno con lo otro; porque si los gastos igualan con las rentas, por ventura podrá sobrevenir algún caso fortuito por donde venga a perder muy presto su hacienda y estado. Por tanto, le conviene ser templada en el gastar, evitando toda superfluidad y exceso, no faltando de hacer las limosnas ordinarias conforme a su posibilidad; porque esto no sólo no disminuye la hacienda, sino que antes por ello es más aumentada con la gracia y favor divino.

Debe usar siempre de consejo y no creer con facilidad a cualquiera, mas tenga una persona sabia, fiel y de mucha honestidad y virtud por cuyo consejo ordene y disponga y haga todas sus cosas. La reina Cenobia mucha estima mereció por atreverse contra el Imperio Romano y romper en batallas con él y no se espantar de las grandes amenazas del emperador Aureliano, aunque ella carecía del marido que la pudiera favorecer y esforzar.

Siendo viuda Tamira, reina de los Scitas, por sujetarse a buenos consejos fue tan venturosa que no sólo defendió su reino del poder y fuerzas del gran Ciro, rey de Persia (siendo uno de los más felices y sabios capitanes del mundo), sino que también le mató y venció, con doscientos mil hombres de pelea que el rey Ciro traía, pasándolos todos a cuchillo. No perdiendo el ánimo esta reina por ver que había sido vencido y muerto su hijo Espargapiso con todo el ejército que llevaba, con grandes esperanzas y buenos consejos ella se rehizo de gente y le dio a Ciro segunda batalla, con la cual vengó la muerte de su hijo y alcanzó tanta gloria.

Este hecho se estima en mucho, por ser las mujeres solas como parras de viñas o de nueza, que si no les dan algún árbol o otro arrimo como por marido, no tienen fuerzas para por sí solas hacer cosas de estima, sino que todos las huellan y las roban, y por eso son tan encomendadas en la Escritura sancta y sus necesidades tan encargadas a los jueces y príncipes. Y aun, si más miramos en el estado de las tales, sus menguas y aprietos las ponen en obligación de se encomendar a Dios más de propósito que cuando eran casadas y a tomar de continuo este arrimo en lugar del humano que les faltó. Y haciéndolo así, Dios les encamina quien las favorezca; y con el buen consejo muchas y muy dificultosas cosas se alcanzan, y faltando aquéste todo se pierde y se deshace.

Hase de guardar la viuda del trato y conversación de los hipócritas que fingen sanctidad y mortificación para mejor y con más suavidad dejarlas despojadas de sus bienes so especie de bien, procediendo en esto así como las raposas, que se fingen muertas para cazar las simples aves que sin recelo las vienen a comer. De aquí es lo que dice san Crisóstomo hablando con las viudas: «Muy mucho deben guardarse las viudas de los hipócritas que fingen simulada sanctidad y muy presto son engañadas dellos».

En una epístola que san Jerónimo escribe a Geruncia, viuda romana, dice: «Decirme has, por ventura. 'Las grandes riquezas, la dispensación de la familia, regir y tener en orden lo de casa y fuera de casa, esto necesidad tiene de varón que lo haga.' A esto brevemente respondo que no vemos perdidas las casas de las viudas que viven en castidad, ni dejan de ser bien servidas sin que tengan gran tráfago de criados y servidores. Tu tía y tu abuela, de mayor honra y autoridad y más ancianas son que tú, y vemos que son honradas y muy nombradas por toda la provincia, y mira con atención cuán limitado es el servicio y tráfago de su casa. Si es mucha la necesidad que tienes de criados para negociar tus cosas y que respondan en tus pleitos y vayan donde te cumple, recibe algunos de los más ancianos criados de casa de tu padre, en cuyas manos te criaste, conocidos por muy honestos y virtuosos, que sean tales que te tengan por señora y te amen como a hija y te honren como a sancta. Guárdate de compañía de mujeres mozas, ni te juntes en compañía de aquellas por cuya causa el apóstol san Pablo es forzado a<sup>212</sup> otorgar los segundos matrimonios; porque andando en compañía destas podría ser que en medio de la bonanza de la mar se te levantase fortuna gravísima. Huye mucho de las personas en quien puede haber sospecha de mala conversación; no te confíes con aquella comín escusa: 'Bástame la seguridad de mi consciencia, no me curo de lo que las gentes hablabren.' Mira que el apóstol san Pablo proveía en el bien no sólo delante de Dios, mas también delante los hombres, trabajando que por su mal ejemplo no fuese blasfemado el nombre de Dios entre las gentes. Poder tenía (como él mesmo dice) de traer consigo mujeres remotas que lo<sup>213</sup> sirviesen; mas no quería ser juzgado por la consciencia de los infieles».

212.– Suplo 'a' (435v).

213.– Orig.: 'los' (436r).

Y escribiendo a Salvina dice el mesmo doctor: «Dime ¿qué hace la viuda puesta entre la muchedumbre de familia y entre las manadas de los criados? Los cuales, si los tuviere, no quiero que los tenga en poco, como a criados, sino que en verlos haya empacho y vergüenza como si le fuesen maridos. Y la viuda que no puede pasar sin ellos, tenga un hombre anciano, honestísimo, cuya honra y autoridad redunde en honra de la señora. Yo he sabido que muchas viudas que se hanpreciado de tener cerradas de continuo las puertas de sus casas, que no se han librado de la infamia por causa de sus criados. Suele dar ocasión a esta sospecha el verlos muy ataviados, gordos y muy lucidos, o ser mancebos aparejados para vicios, o por alguna manera de fantasía y altivez que acostumbra causar el secreto favor y privanza o cuando de manifiesto se vee que a los mismos criados sus compañeros los tratan con el desdén y señorío que si fuesen sus mozos. No se oya en tu casa voz ponzoñosa de cantor, ni admitas truhanes, comedias ni juegos públicos. Tu compañía sea de vírgenes sanctas y de muy honestas y aprobadas viudas. Ten contigo personas de tu condición que con bondad te consuelen y alegren; y sé cierta que por las costumbres de las criadas son juzgadas las señoras.<sup>214</sup> Y si fuere necesario hablar con algún hombre, sea de suerte que no falten testigos; y sea tanta la confianza que tuvieres de ti en la honestidad de tus pláticas y negocios, que si alguno repentinamente entrare y te viere, no te alteres ni demudes; porque el rostro es el espejo del ánima, y los ojos, callando, descubren y declaran los secretos del corazón». Hasta aquí es del glorioso san Jerónimo.

La viuda ha de ser humilde interiormente en el ánima, estimándose y teniéndose en menos que a todas, y exteriormente con gesto, hábito y vestido, en la manera de andar, en el servicio y aparato de su casa; de manera que en todas las cosas de las viudas resplandezca humildad; y cuanto el estado es más alto tanto ha de ser más humilde, porque la humildad ensalza, encumbra y levanta. El traje, ornamento y compostura que en la casada es tolerable y digno de ser alabado porque tiene marido al cual ha de agradar, es dañoso y vituperable en la viuda, la cual en sólo el servicio de Dios ha de ocuparse y poner toda solicitud. La viuda ha de dejar la manera del traje y vestir que solía traer en el tiempo que su marido vivía, por que no sea hecha red del Demonio con que cace muchos por pecado mortal. De aquí es lo que el *Eclesiástico*, avisando a cada uno de nosotros, dice: «Aparta tu rostro y vista de la mujer afeitada y compuesta; y no mires la hermosura ajena, porque por la hermosura ajena muchos perecieron y de esta concupiscencia casi se enciende el fuego».

El hábito de la viuda ha de ser largo, no pomposo ni notado de nueva invención. Hase de vestir la viuda de vestiduras ásperas, según su estado, y no delicadas; porque así como las blandas vestiduras incitan a lujuria, así, por el contrario, las ásperas refrenan la carne y la guardan de toda corrupción de lujuria. Para que la viuda con justo título haya de ser llamada verdadera viuda ha de ser casta, honesta y limpia. Lo cual ha de ser en tres cosas: en la vista, en la boca y en la conversación. Lo primero en la vista: que no sea libertada en su mirar; mas debe andar con los ojos bajos y puestos en tierra, porque en el ojo y la oreja suelen ser conocidos los pescados si son frescos o corrompidos y podridos. Donde dice san Agustín: «El ojo impúdico, no casto ni limpio, mensajero es del corazón no limpio».

Y cosa es maravillosa que por la vista de los ojos trabajan las aves de evitar los lazos por dondequiera que andan, por que no sean presas ni tomadas en ellos, y que nosotros de nuestros propios ojos hacemos lazos para ser tomados y cazados en ellos. Por los ojos fue

214.- Orig.: 'senoras' (436r).

tomado Holofernes y muerto. Así lo dice la Escritura sagrada: «Las sandalias de Judit y su hermosura arrebataron sus ojos y hicieron captiva su ánima».

De aquí es lo que dice el *Eclesiástico*: «La fornicación de la mujer, el levantamiento de sus ojos». Y san Jerónimo, amonestando a Geruncia, dice: «El mirar de la viuda ha de ser con tanta honestidad en sus ojos y rostro y con un movimiento corporal tan modesto y sancto, que no dé ocasión para que vayan en su seguimiento manadas de mancebos festejándola y requebrándola. Y sea tan recatada y honesta que no se pueda decir por su disoluto mirar aquel versecillo común, cuya sentencia es: 'Riose, y con sus ojos requebrados nos dio secretas señas de su voluntad.' Por quitar estos inconvenientes, acostumbran las viudas que se precian de muy honestas y ejemplares traer su rostro tan cubierto y tapado con el manto, que sólo puedan ver el camino por donde han de ir».

La viuda ha de ser casta en su boca, no dada a disoluta risa; porque la risa manifiesta el desenfreamiento de la mujer. Cosa es de maravillar cómo la viuda pueda reír y tomar placer, teniendo, como tiene, tanta materia de llorar, pues le faltó su agradable compañía y desde entonces, despidiéndose de los placeres deste mundo, se vistió de angustia y tristeza y hizo descolgar los paños de alegría de sus aposentos y los cubrió de luto, para que viéndose así cercada por todas partes de amargura y tristeza, no pueda su rostro dar muestras de que en su corazón reina otra cosa.

De Marcia, hija de Catón, escribe san Jerónimo estas palabras: «Como Marcia, noble romana, estuviese viuda y nunca hiciese sino llorar muy amargamente la muerte de su marido, de tal manera que nunca cesaban sus ojos de derramar lágrimas, y como algunas señoras le preguntasen '¿Cuándo, señora, se han de acabar vuestras lágrimas? ¿Cuándo ha de cesar vuestra tristeza y lloro?' Respondió (no sin lágrimas) diciendo: 'Entonces fenecerá mi llorar y se acabará mi tristeza cuando feneciére y se acabare mi vida.' ¡Oh bienaventurada viuda, que así tenía en la memoria la muerte de su muy querido marido; que siendo, como lo era, muerto, le tenía presente y vivo en su memoria!».

También en su conversación ha de ser la viuda muy casta y limpia y de muy buena elección en sus compañías; y así, con gran cuidado debe evitar las compañías de donde puede nacer alguna mala sospecha, ahora sean de hombres o de mujeres de poca opinión. A este propósito dice san Jerónimo: «Cosa muy tierna y muy delicada es la fama de la castidad y limpieza en las mujeres; porque es como una flor muy hermosa que a un poco de viento se para marchita y se seca», mayormente donde la edad consiente al juicio y falta la autoridad del marido, cuya sombra es amparo y guarda de la mujer. Las aves que huyen de la tierra están seguras de los lazos y sus alas permanecen compuestas y limpias; mas cuando en la tierra se detienen son cazadas y muchas veces muertas. Las viudas que están apartadas de la conversación de los hombres disolutos y dados a vicios, mayormente de lujuria, con mucha dificultad son asidas de los lazos de los malos pensamientos y inicuas obras; mas cuando se mezclan y juntan con los perversos y malos hombres, sus ánimas (con las cuales, así como con las alas, habían de volar muy alto por el camino de la perfección) son amancilladas y pierden su buena compostura con la infamia que cobran.

En el cuerpo y en el ánima ha de ser casta la viuda. Si estando casada vivió castamente, ¿cuánto más en el estado de viuda, pues es más honorable? Dice Valerio Máximo que a las viudas que no se querían tornar a casar las coronaban los romanos de una corona de castidad, porque tenían opinión de las tales viudas que poseían el ánimo incorrupto y ajeno

de toda mácula y pecado. De estas viudas dice el profeta Esaiás: «Viniéronte a ti estas dos cosas juntamente: esterilidad y viudez», a ejemplo de la palma hembra: que, cortada la palma masculina, luego a cabo de tres días se hace estéril y infructuosa, para dar ejemplo a la viuda que ha de guardar perpetua continencia, pues le faltó su marido, con cuya compañía le era lícito el deleite de la generación.

Y para que mejor pueda hacer esto y ser casta y limpia, ha de huir las ocasiones y cosas ilícitas que incitan y provocan a lujuria. Buscar deleites y pasatiempos la viuda no es otra cosa sino en sí misma criar el fuego de la lujuria y administrar leña, aceite y pez al encendido fuego con que más arda, y favorecer al propio enemigo dentro en casa.

Para ser, pues, verdaderamente casta, ha de despedir de sí los malos pensamientos en cuanto en ella fueren,<sup>215</sup> y luego, a la hora que vinieren, les corte la cabeza, por que dejada entrar la cabeza del mal pensamiento no entre todo el cuerpo, esto es, la perversa y mala obra por consentimiento; como la anguila: que si entra la cabeza por algún lugar, luego toda se delezna y entra, sin que la puedan resistir. De donde, para quitar esto, dice el glorioso san Jerónimo: «Siempre en tus manos manos esté la lección divina, y tan continuas las oraciones que todas las saetas de los malos pensamientos con que la juventud y adolescencia suele ser herida y llegada, con el estudio de las divinas Escrituras y devotas oraciones sean expelidas y rechazadas».

Muchas viudas hay que viven tan de asiento y con tanto descuido en sus vicios y deleites que parece que tienen seguro de que no hay muerte ni castigo para ellas. Ojalá supiesen y entendiesen (dijo el Espíritu Sancto por Moisés) y proveyesen sus postrimerías. Recia cosa es que esté uno tan ciego y tanto en la embriaguez de sus vicios, que en su voluntad los haga eternos y le parezca así, sin acordarse de que se ha de acabar y no sabe cuándo ni cómo ni de qué manera. Pues a mucha dicha podrá contar el que de alguna desventura se retiró a tiempo y se halló con honra y sin menoscabo, viendo que otros, por no hacer lo mismo, se veen deshonorados y afligidos, sin otros que los vieron acabar miserablemente siendo honrados, tenidos por sus personas y por lo que profesaban, y después los veen en público hechos miserable espectáculo de todos. Y si esto se vee a los ojos para castigo de sola la memoria que con la infamia se deslustra, ¿qué será el castigo eterno que para siempre ha de durar?

En el libro *De apibus* se escribe que María, condesa en Campania, hija de Ludovico Pío, rey de Francia, hermana de cuatro reyes de Inglaterra y madre de un rey ultramarino, estando viuda, era increíble el regalo con que trataba su cuerpo, así de preciosos vestidos y aderezos como de regaladas y costosas comidas, junto con la pompa y autoridad de acompañamiento y adorno de casa, mostrando en todo suma grandeza y majestad. Sintiéndose mala esta señora, envió a llamar al Abad Persamo, varón sancto, elocuente y grave; y cuando llegó a su aposento no le dejaban entrar, porque era ya muerta la pobre Condesa y sus criados andaban robando la casa a más y mejor. Unos echaron mano de las joyas de oro y preciosas piedras que tenía; otros, de los vasos de oro y plata, otros se habían apoderado del dinero, otros quedaban contentos con sus vestidos y otros habían descolgado los tapices y se los llevaban. Y los que más tarde llegaron, visto que sólo quedaba la cama donde la Condesa había muerto, dando en tierra con el cuerpo desnudo, la pusieron en cobro. A este tiempo, un hombre grave que venía con el Abad, viendo que no le dejaban entrar, hizo fuerza y derribó un postigo, por donde entraron y vieron lo que pasaba, teniendo dello gran dolor.

215.- Orig.: 'fuere' (438r).



Quisieron entonces algunos criados cubrir el cuerpo de la Condesa (que sobre el suelo estaba desnudo) con un tapete, y el Abad no lo consintió, sino que comenzó a exclamar y a decir en alta voz: «Venid, gentes a ver la gran pompa y majestad de la nobilísima condesa María, la hija, madre y hermana de tan altos reyes, y veréis en cuánta deshonra y bajeza está puesto su cuerpo tan delicado y regalado. Mirad el pago que da el mundo a los que más encumbrados y levantados tiene, y la burla que hace de los que dél se aseguran y se olvidan de su fin».

Es tan provechosa y salutífera la memoria de la muerte, que, así como de la tierra estéril sale el oro fino y tiene ella encerradas dentro de sí minas de excelentísimos metales, así la memoria de la tierra en que nos habemos de convertir tiene minas en que engendra oro de vida perfecta y abundancia de virtudes, y en especial de humildad, con la cual se vence la soberbia y se destierra la arrogancia y se granjea la castidad y menosprecio<sup>216</sup> de los bienes del mundo, con que las buenas y honestas viudas aseguran mejor su partido que esta triste condesa le aseguró, a las cuales se debe imitar y seguir, y en especial a la bienaventurada y soberana viuda, Madre de gracia y Reina y Señora de los Ángeles, a quien en este sancto estado se debe tener por maestra y consejera. Porque dice un devoto doctor que la bienaventurada Virgen santa María es cabeza y verdadero ejemplo de las viudas; porque después que su benditísimo Hijo, y Padre y marido, Señor nuestro, subió a los cielos, luego se encerró sola en una celda acompañada de soledad, ayunos y oraciones, y, puesta en un pobre estrado, tenía delante de sí una cruz y una corona de espinas y unos clavos, y allí entraban los Apóstoles a visitarla y comunicar con ella cosas grandes del servicio de Dios, y especialmente el glorioso san Juan Evangelista.

Así, dice este doctor, hablando con las viudas: «Aprended y imitad a esta santa Viuda, la cual es verdadero dechado de recogimiento: no vagarosa por las calles y plazas, mas en la quietud de su soledad siempre encerrada, está orando y en contemplación y en lágrimas y ayunos. Aprended las viudas desta Señora, de la cual, con todo aquel recogimiento, se decía estar muy acompañada de su Hijo y de los sanctos padres, que nunca acababan de agradecerle el bien que por medio della había recibido el linaje humano». También estaban allí a la continua coros de Ángeles enviados por Dios para que la consolasen y tuviesen compañía y la hablasen de los bienes y alegría del cielo. Esta era compañía de loor, y muy diferente de la que agora algunas viudas tienen; y esta tal compañía deben tener las buenas y honestas viudas, las cuales, puestas en oración y contemplación, siempre hablarán con Dios y con sus sanctos, y dellos recibirán consuelo y serán enseñadas cómo deben vivir para alcanzar aquí la gracia de Dios y después la gloria que para siempre ha de durar».

### Capítulo segundo: De la honestidad que debe usar la viuda en su vestido, y de cómo se debe haber fuera de su casa

**A**LGUNAS veces ternán necesidad las viudas de salir de su casa a cosas convenientes a sus hijos, persona o hacienda, y entonces debe mirar con grande aviso cómo ha de salir para que a todos parezca bien. Estarle ha bien el salir cubierta honesta y moderadamente y mirar que lo que su nombre significa es tristeza:

216.- Orig.: 'menesprecio' (439r).

sola y desamparada; y por esto es mucha razón que se diferencie agora, que por su estado profesa tristeza y soledad, de cuando era casada, que tenía alegre compañía. Y pues a las casadas se les aconseja que se templen en los trajes y atavíos, ¿cuánto mejor le estará a la viuda el ser templada en su vestir, pues debe ser dechado y ejemplo de bondad y honra de donde las demás aprendan qué cosa es virtud y honestidad?

Y así, quiere el bienaventurado san Jerónimo que cuando la viuda va por la calle vaya tan cuidadosa y tan compuesta que a todos los que la vieren dé ocasión de poder decir: «¡Oh, qué bondad es la de Fulana, qué honestidad, qué reposo y madurez, qué seso y qué cordura! Nunca pensamos que esta mujer fuera tan acabada en bondad. A todos pone admiración el ver el maravilloso ejemplo que con su vida ha dado después que su marido murió. Verdaderamente se puede esperar de su virtud que Dios ha de hacer mercedes a este pueblo por las buenas obras y oraciones desta mujer».

Y, pues cumple que la bondad de la buena viuda se publique por las calles y plazas (como dice el glorioso san Jerónimo), síguese que la buena viuda debe dejar los atavíos y arreos sumptuosos de su persona y los afeites y aderezos de su rostro; porque estas cosas antes dan muestras de liviandad y de andar errada la viuda que de ser la que debe. Y advierta la buena viuda que, pues la mujer casada, si está su marido ausente en algunos negocios, por ninguna vía debe desordenarse en el comer, beber ni vestir, antes aquellos días debe tener todo recogimiento y honestidad en su persona y traje, procurando dar buen ejemplo a sus criadas, parientas y vecinas, ¿cuánto más será razón y está más obligada la mujer, siendo viuda, a mucho más, pues es ido su marido un camino tan largo que jamás volverá dél, y debe guardar esta regla y preceptos y procurar mayor honra y buena fama para sí? Y así, dice san Jerónimo que es imposible cosa que la viuda sea casta si no tiene y guarda aquello que a la castidad pertenece, conviene a saber: ayunos, silicios, asperezas y oraciones, y otras muchas obras buenas que la esfuerzan y ayudan a la sobrellevar.

Porque el Esposo que la viuda tiene es amigo de toda honestidad, le conviene dar de mano a todos los atavíos que en vida de su marido usaba; y pues ha trocado el esposo mortal por el inmortal y el corporal por el espiritual, debe ya de tratar de adornar y componer su ánima con el precioso atavío de las virtudes, para que, así compuesta y aseada, sea agradable a su soberano Esposo, que se casó con su espíritu, y desampare su cuerpo, porque Dios no se enamoró ni casó con él.

Algunas viudas que tienen voluntad de casarse segunda vez acostumbran a andar muy ataviadas de continuo, pareciéndoles que haciéndolo así se casarán más presto y mejor. ¡Oh, y cuánto se engañan en esto, por no advertir que los hombres prudentes y de buenos respetos más se aficionan de mujeres honestas, recogidas y vergonzosas que de mujeres costosas y curiosas en sus atavíos, por presumir que aquellos trajes y demasías, indignas de su estado, no proceden de sano juicio, sino de mucha liviandad y locura! Y cuando el que es bueno y virtuoso ve a la viuda que se precia de recogida, honesta y temerosa de Dios y que muestra el sentimiento que debe a su triste estado, entonces le parece que sería muy dichoso si Dios se la diese por mujer, y que con su honestidad tenía él muy segura su honra, y que si él muriese primero iría muy confiado de que tan buena mujer no le pondría en olvido, sino que muchos años rogaría a Dios por él y que en todo haría lo que debe, como tan buena cristiana, pues tan buena cuenta ha dado de sí después que su primero marido murió y tan buena orden ha puesto en su hacienda y en la crianza de sus hijos, casa y familia.

Visto que procede así, no habrá hombre en su pueblo que no la codicie por mujer ni deje de juzgarla por una de las más aventajadas de aquella tierra. ¡Cuánta más gloria alcanzará con esto la buena viuda que con los afeites y costosos trajes! Con cosas livianas fácilmente son atraídos los hombres livianos y de poco seso, de los cuales ningún bien puede esperarse; mas para atraer los hombres prudentes y cuerdos, por el camino seguro de las virtudes tiene de caminar la mujer que acertar deseare.

Pues procure la viuda andar muy honesta en sus vestidos y tocados si quiere ser tenida en buena opinión, y antes sea su aderezo pobre que precioso. Huyga mucho de parecer galana; que de muchas viudas se tiene noticia que, no contentándose de las cosas ordinarias para su atavío, envían por los tocados a diversas provincias, por ser más preciados y de mayor primor; y esto mesmo hacen en los paños que usan para su vestir, porque gustan de que sean muy lucidos y subidos y que otra no se le aventaje en traerlos mejores ni más al justo ni más nuevos, pareciéndoles que como el monjil y basquiña sean negros han cumplido con todo el mundo y que no hay más que pedirles, porque lo costoso y hechura ha de ser a gusto. Y no paran algunas en sólo esto, sino que también usan de ricos faldellines, y con tanta braveza que el manteo que cuando casada tenía guardado para las Pascuas y fiestas solemnes, siendo viudas le han de traer cada día, alegando que para tanta tristeza exterior han menester alguna interior alegría. Y conforme al faldellín procuran que sea el calzado, y así,<sup>217</sup> poco a poco, no queda joyel ni cosa rica que no se la echen encima, diciendo: «El monjil lo cubre todo. ¿De qué ha de servir el tenerlo encerrado?». Y cuando algunas hay empachosas en esto (aunque lo desean), a la primera indisposición nunca falta una tía o una criada taimada que las persuade a que usen dello como por medicina, porque todo su mal es pasiones de corazón y que con aquellos arreos y algunas salidas a desenfadarse se alegrarán y desecharán su mal. Y, puesto una vez, no hay después salud ni Cuaresma que baste a quitárselo.

Y, no contentas con lo que debajo del monjil y de las tocas traen, usan de ricos anillos y de guantes muy olorosos, de antojo guarnecido de oro y preciosas piedras, y de otras cien mil bujerías con que escandalizan las gentes y deshonoran sus linajes. De estas tales dicen los doctores sanctos que arden en el fuego del Infierno estando aquí, y que el tal no es hábito de viuda, sino un sepulcro de vicios adornado por defuera. Porque el día que la buena dueña viene al estado de viuda debe aborrecer cualquiera curioso y precioso ornamento, porque le es total condenación. Ordenando san Jerónimo el hábito a la viuda y esposa de Jesucristo, dice que los vestidos deben de ser negros, honestos, no cortos, y antes groseros que polidos y blandos, y más pobres que de precio y notabilidad. Porque la viuda que anda pintada con afeites y colores gran sospecha da de su bondad, y no deja de infamarse dando en aquello a entender que desea marido, lo cual le debe ser muy vergonzoso.

La viuda cristiana que desea gloria ante Dios y buena fama acerca de la gente huyga de parecer en las bodas, fiestas y regocijos donde hay danzas y bailes y banquetes, por los jardines y casas de placer, ni tampoco vaya a los baños; porque en los tales lugares se engendra la deshonestidad y lujuria y mora Satanás. Dice san Jerónimo, hablando con las viudas que acostumbran ir a estos lugares a título de desenfado y recreación: «¿Qué harás tú, siendo moza y hermosa, sana, delicada y tierna, inclinada a estos deleites y cobdiciosa

217.- Orig.: 'su' (441v).

de buen comer y beber? ¿Qué harás en las estufas y baños, en los banquetes y regocijos, con las mujeres y mancebos, cuando ellos te rogaren y te requirieren que hagas lo que ellos hacen a su cobdicia y voluntad? Que, puesto caso que nunca lo hagas, sobra para tu infamia el haber sido dellos requerida en los tales lugares, lo cual es un muy ruin testimonio de bondad. Naturalmente los mancebos desean alcanzar las cosas vedadas, teniendo por cosa averiguada y cierta que aquello que es más difícil de alcanzar será más dulce de gozar al apetito. La vestidura vil y negra que traes es cosa de persona callada y honesta; empero, si andas galana y bien vestida y con el cuerpo muy derecho y llevas las ropas rastrando por el suelo por parecer mayor de lo que eres, si presumes agradar a los ojos de los que te miran, si mostrando aquello que a ti te parece que más agrada a los ojos de los mancebos deshonestos, pues todas éstas son obras más de disolución que de honestidad, ¿parécete que te podrá alguno loar de honesta y religiosa viuda? Antes te dirán lo que hablar no se sufre por la reverencia de tu estado».

Ansí que deben mirar las honestas viudas que cuando salen fuera de sus casas sea por gran necesidad y no por cualesquiera negocios, y que, cuando fueren, vayan en hábito muy honesto por que no peligre su buena fama. Dice san Ambrosio que la viuda ha de traer el hábito triste, el semblante grave y dolorioso, los ojos cubiertos y bajos, y que con esta buena compostura refrenará las cobdicias desenfrenadas de los livianos y se asegurará de las malas lenguas. Guarde la viuda mucho la calidad de su estado y, según su merecimiento, acompañe su persona cuando fuere fuera de su casa, y sean las salidas pocas y muy necesarias. Estando en la iglesia, huya del asiento de mucha conversación y busque el lugar más solo y menos ocasionado a poder ver y ser mirada; y allí, con mucho recogimiento se dé a la devota oración, y ruegue a Dios la perdone sus culpas pasadas y le dé gracia que no caiga en las que puede incurrir. Y diga, con lágrimas, a Dios: «Señor, por tu infinita piedad, ten por bien de no mirar a las maldades de mi juventud ni acordarte de mis ignorancias, flaquezas y poquedades». Y cuando hubiere hecho por sí las semejantes oraciones, ruegue luego a Dios por la ánima de su marido, suplicándole humildemente que por los méritos de su santísima Pasión haya della piedad y la saque de las penas de Purgatorio, si allí está.

Guárdese mucho la viuda de hablar en la iglesia con ninguna mujer ni varón, aunque sea con eclesiástico; y, si acaso tuviere necesidad de aconsejarse dél en lo que toca a su religión, sea pocas veces y muy secreto, a manera de quererse confesar. Y si el consejo fuere para lo que toca a su hacienda, envíe a llamar a su casa algún pariente suyo, anciano y muerto ya al mundo, que no sea hombre codicioso ni lisonjero; porque estas dos cosas son muy feas en los viejos y estorban mucho el buen consejo, por pensar haber alguna ganancia, la cual le cegará en lo que aconsejare. Sea varón bien enseñado en doctrina cristiana; tal que, así por su buen natural como por experiencia y buena consciencia, sea prudente y sabio, de manera que ni apremie más de lo que es necesario al consejo ni afloje de lo que fuere razón y verdad. Con este tal se aconseje y a éste demande parecer en sus dudas y en todas sus cosas; y huya de cualesquier otros hombres como de Satanás.

El bienaventurado san Jerónimo aconseja desta manera a Eustoquio, viuda romana: «Si ignoras o en algo dudas de la sagrada Escritura, o quieres saber algo para tu consciencia, pregúntalo a quien su vida lo aprueba y su edad lo escusa y su fama le alaba, por que este tal te podrá bien aconsejar y decir lo que te cumple como a esposa de Cristo, Señor

nuestro. Y si no tuvieres persona tal que pueda declararte lo que dudas, más te vale no saber algo, estando segura tu honra, que con peligro aprendas y seas sabia».

Acerca desto se han visto en España muchas desgracias; y el Patriarca de Jerusalén, fray Francisco Jiménez, dice que sucedió en Portillo lo siguiente: un hidalgo tenía una hija doncella, a la cual estimaba y amaba mucho; y así, por parecerle que la ennoblecía más, la quiso enseñar a leer y escribir y otras sciencias que en su edad le pareció que podía aprender. Y para esto la encargó a un mancebo eclesiástico, prometiéndole buen galardón por su trabajo; y así, el mancebo comenzó luego a frecuentar la casa de la doncella, dándole cada día dos o tres liciones de sus liviandades; porque, en lugar de enseñarle las letras que su padre le encargó, él la enseñaba lascivias y lujurias y requiebros de mucha disolución, hasta venir a la deshonorar. Sucedió un día que, viniendo el padre de fuera de casa, los topó juntos, y, metiendo mano a su espada, mató al maestro dándole muchas y muy crueles heridas. Entretanto, huyó la hija y se metió en un pajar donde estuvo algunos días lanzada<sup>218</sup> sin comer, hasta que con la hambre salió y se fue a un monasterio, adonde con mucha miseria acabó la vida. Y no menos el padre lo pasó así, porque, siendo perseguido de la justicia por la muerte del mancebo, su hacienda se le fue gastando y perdiendo, hasta venir a morir cargado de trabajos y necesidades.

Tengan, pues, las viudas mucho aviso de sí y de sus hijas, de no comunicar ni entender mucho con hombres; porque se pasa en ello grandes fortunas y peligros. Y asimismo debe tener en gran guarda su buena opinión y honra, porque esta es la cosa que della debe ser más amada y estimada y tenida sobre sus ojos; y así, debe la buena viuda vivir tan sobre aviso de sí que no solamente no ha de hacer cosa mala, mas ni ha de dar ocasión a nadie para que della la pueda sospechar.

### Capítulo tercero: De cómo la viuda tiene de criar sus hijos

**C**UÁL y en qué manera debe ser la mujer viuda declarolo Salomón, el cual dice que debe ser devota y entendida y ocupada en mucha oración. Y así, dice san Jerónimo en una epístola, que, pues la viuda es libre y desocupada del cuidado y trabajo de servir y contentar varón, es mucha razón que tenga cuidado y solicitud de su esposo Jesucristo, y que a Él sirva continuamente y ame, suplicándole que la perdone en lo pasado y la quiera enseñar en lo por venir para que acierte a servirle y cumplir con sus obligaciones.

Dice san Jerónimo que mucho más encendidas y con mayor hervor deben ser las oraciones de las viudas que las de las casadas, porque ya está sin aquel amor carnal y temor y cuidado que hasta aquí tenía a su marido, que la ocupaba y distraía; que, por tanto, la viuda se debe emplear en el servicio de Aquel que con todas sus fuerzas trabajó por la atraer toda a sí, dándole entera libertad para le servir.

El glorioso san Agustín, hablando de las viudas, dice que ya debe, con aquella libertad que ganó, la viuda amar de nuevo el templo de Dios, y que allí se debe emplear en la oración, mejorando y perficionando su vida con buenas costumbres y obras de buena y nueva mujer; y que en su casa haga un lugar secreto donde llore sus pecados y alabe a Dios y le pida la gué y favorezca. Y san Crisóstomo dice que la viuda sin devoción es nao sin

218.- Padeciendo.

governalle, la cual no se puede escapar que no se pierda en la primera tempestad, si no es librada por milagro divino.

De esta manera, como la mujer sea flaca y sin alguna firmeza y sin arrimo alguno, y principalmente siendo viuda, si a Dios no se llega fácilmente caerá y será perdida. Y así, dice san Jerónimo que por esta causa el apóstol san Pablo aconseja (y muy bien) a sola la viuda que se va a su perdición, que se case antes que se quemé en el fuego del vicio, porque a la tal más seguro le será casarse cien veces que entregarse al Demonio.

Aunque todos los sanctos doctores que dan doctrina a las viudas les mandan en sus escripturas que con gran cuidado se den a la continua oración y que muy a menudo visiten la iglesia, no fue por esto su intención que se descarguen del cuidado de criar sus hijos y de regir y gobernar su casa. Porque el bienaventurado san Pablo (que siempre tuvo especial cuidado de las viudas) dice: «Si alguna viuda tiene hijos o nietos, haga que aprendan a servir a Dios y a vivir en mucha humildad y subjeción y que aprendan a pagar lo mucho que deben a sus padres». También debe tener particular cuidado de sus nietos, enseñándoles buena crianza y que sean bien doctrinados en el amor y temor de nuestro Señor Dios y en la reverencia y obediencia que deben a sus padres y acatamiento a sus parientes y deudos y con todas personas en general; especialmente honren mucho a sus mayores ancianos.

Y porque por la mayor parte salen malcriados los hijos de viudas, debe buscar la buena y devota viuda con mucha diligencia algún hombre grave y cuerdo, anciano en edad, y a éste encomendarle sus hijos dándoselos como a maestro. Y procure que este tal sea hombre de honesta vida y de letras competentes, de fama loable y de honesta y agradable conversación: a éste le dé el cargo de sus hijos. Y la madre no los vea sino tarde y con gran deseo. Y mándele, sobre todo, que tenga reverencia a su maestro, porque en esto va mucho, y en ninguna manera le muestre regalo, porque se le perderá.

El ánimo tierno siempre ama el ocio y aborrece la aspereza y subjeción, y se va con quien le hace más blanduras y le sobrelleva a su sabor y gusto. Y, por tanto, si la madre le halaga y regala, aborrecerá el trabajo y al maestro como vea que la madre se apiada dél y le favorece; y así,alzada la obediencia a su maestro y perdiéndole el temor y dándose a la ociosidad, no puede dejar de cobrar malas costumbres. Por tanto, le está bien a la madre viuda descuidarse en la crianza de su hijo con el maestro, encomendándole que le castigue y le enseñe a tener temor. Y si el hijo viniere a su madre con quejas de su maestro (o de la casa donde estuviere, si le hubiere dado para su casa del que le ha de enseñar), disimule con el hijo cuanto más pudiere dándole alguna salida razonable por satisfacción; y si no le pudiere sosegar y acallar, prométale de hablar a su maestro y que ella lo remediará. Y así, con estas esperanzas le entretenga lo mejor que pudiere; porque es cierto que no hay día mejor ni más conveniente para su hijo que aquel en que padece trabajo y miseria en su mocedad, ni más malo ni sin ventura que cuando vive con regalo a la vejez.

Alguna vez la madre hablará aparte con el maestro, y, comunicando con él las quejas que dél su hijo le ha dado, por la razón y descargo que el maestro le diere conocerá en quién está la culpa. Y, si acaso la tuviere el maestro, ruéguele que lo enmiende y mire por aquel horfanico con entrañas de caridad, pues Dios lo recibirá en gran servicio suyo. Y tenga la madre grande aviso en dejar al maestro criar a sus hijos sin irle a la mano por pocas cosas, por ser mucho lo que les vale el castigo a los niños por mano ajena; porque, como a las madres, como tan compasivas, las ciega el amor maternal, ninguna cosa hallan

que reprehender en sus hijos, sino que unos yerros echan a la niñez y otros escusan con la ignorancia, y en otros no caen por el amor grande que les tienen; de manera que, así, se les suelen pasar todas sus travesuras sin castigar, hasta que, llegada la edad en que han de mostrar lo que son, muy al descubierto muestran mil siniestros y maldades, por las cuales la madre conoce que su piedad para con el hijo fue crueldad, pues impidió el castigo que a su hijo había de hacer bueno y virtuoso.

Pero si la madre sintiere en sí suficiencia y valor y amor de Dios para criar sus hijos, no se le quita la libertad para los doctrinar y criar, como se ha visto de muchas honradas dueñas que han sido ayas y han criado grandes príncipes y señores. Y ponga mucha diligencia la buena viuda en pesquisar y saber lo que dicen en el pueblo de sus hijos, y en la vecindad, y en qué posesión son tenidos y lo que ellos dicen y hacen por allá fuera en las plazas y calles, y con quién se acompañan y a quién visitan. Y ponga algún criado por espía, que sea fiel y virtuoso, para que vele sobre ellos y sepa lo que hacen y con quién huelgan conversar y tratar con más gusto y voluntad, y qué ejercicio es el suyo y a qué cosas son más inclinados.

Y cuando de todo esto estuviere bien informada la madre, no dilate el remedio de un día para otro, sino mire con diligencia la mejor manera como se podrá remediar, advirtiéndole bien si tienen edad para entender lo que hacen y si saben o conocen cuál es lo malo y lo bueno, y si cuando los castiga aquello en que una vez faltaron, si la obedecen y temen, o si tornan otra vez a hacer lo que ella les ha castigado y mandado que no hagan. Y, sobre todo, mire si le tienen temor, vergüenza y obediencia; porque si en esto hay falta es bien que sean muy recogidos y doctrinados en ello; y si esto hay en ellos, créelos la madre enhorabuena con mucho cuidado, porque todo el bien o mal que en el mundo se hace, por la mayor parte es porque los padres no curan como deben de la crianza de los hijos; porque de criarlos bien o mal, cuando pequeños, procede todo el bien o mal de la república.

Dice el apóstol san Pablo que si la viuda no mira por los de su casa y familia, que ha renegado la fe, y que es peor que infiel. Por lo cual debe con toda diligencia desvelarse para que ande bien gobernada y pedir a Dios le dé gracia y sabiduría para que pueda bien regir su casa y familia. Y procure que todos sus criados vivan virtuosamente y hagan lo que deben a buenos cristianos. Y los que diere para sus hijos sean personas temerosas de Dios, para que con su ejemplo y buena doctrina sean enseñados.

La casa de la devota viuda debe ser muy recogida y bien ordenada. De la santa y devota señora doña Teresa de Quiñones, duquesa de Medina de Ruyseco y mujer de el Almirante don Fadrique, cuenta el Patriarca de Jerusalén, fray Francisco Jiménez, entre las cosas maravillosas de su vida (que fueron muchas y de notable ejemplo), que, siendo viuda, traía siempre consigo una bolsa llena de pimienta molida, y a cualquier criado o criada que decía alguna palabra descompuesta, como mentar al diablo, hacer juramento, maldecir, injuriar al prójimo, con decirle alguna palabra que le diese pena, aunque fuese leve, o decir algún chiste o cantarcillo que picase en alguna deshonestidad, aunque solapadamente, o hablase con cólera desentonadamente y otras cosas semejantes, luego la mandaba hincar de rodillas delante de sí y le echaba buena cantidad de aquella pimienta en la boca, con que quedaba bien escarmentada para otra vez. Y con este castigo y su sancto ejemplo y buena doctrina, tenía su casa tan concertada y tan religiosa que no parecía sino un monasterio adonde resplandecía la humildad y modestia religiosa y el sancto celo de servir

y alabar a nuestro Señor Dios. Y, desta manera, se podía decir della lo que dijo el profeta David: «Con los sanctos serás sancto y con los malos serás prevertido»; así, con esta señora, como ella era sancta, todos sus criados amaban la modestia, virtud y sanctidad.

Entre los documentos que la devota y cristiana viuda debe dar a su hijo para que haga lo que debe a buen cristiano en el discurso de su vida, son los siguientes.

Lo primero, que, en levantándose la cama, se signe y santigüe y levante su corazón y pensamiento a Dios suplicándole le guarde aquel día de pecado y le conserve en su sancto servicio. Que vaya a la iglesia y oiga misa a muy devotamente, y esté delante el sanctísimo Sacramento con aquella reverencia y acato que estuviera delante de su rey y señor temporal, y con mucha mayor, si pudiere. Y allí diga el *Paternoster* y otras oraciones que Dios le inspire, y diga en su corazón: «Señor Dios que me criaste y redemiste, haz que dignamente yo te pueda loar de aquella suerte que a tu Majestad más agradable sea». Que siempre que saliere de su casa ponga su corazón en Dios y diga: «Señor mío, esta ida que hago sea para gloria tuya y bien de mi ánima y para el bien de mis prójimos. Por tu gran misericordia que tengas por bien de favorecer mi entendimiento y memoria». Y que si en las cosas que entendiere le tocara alguna obra de caridad, no deje de hacerla a su prójimo, porque le será de gran mérito acerca de Dios el responder a aquella sancta inspiración que le envía.

Que cuando estuviere en compañía de muchos, ruegue a Dios le libre de cometer algún pecado, y entre ellos sea muy limitado y mesurado en su hablar. Que nunca esté ocioso y que no deje de ejercitarse algún tiempo en buenas obras, porque por ellas y por la bondad de Dios y los méritos de su Pasión sanctísima le serán abiertas las puertas del cielo. Que piense de continuo en el camino de las virtudes y en sus pecados y en las penas del Infierno, en las cuales ha de parar si no se guardare de hacer malas obras. Que no hable mucho, porque muchos son los que han sido subidos en gran perfección por haber sabido gobernar bien su lengua.

Que cuando se sentare a comer sea muy templado en el comer y beber, y no cure de viandas preciosas ni de manjares delicados ni costosos para el sustento de su cuerpo, ni sea demasiado en el hablar allí, sino en todo muy moderado y honesto. Que si algo le dieran sus parientes y amigos, entienda y tenga por cierto que le vino de la mano de Dios; y ansí, le dé muchas gracias por ello y por todos los demás bienes que de su mano cada día recibe, y nunca ponga en olvido a sus bienhechores. Que después de comer se guarde de reír y chacotear, porque sin duda la calor de la comida hace al hombre encender en palabras, y de ahí que venga a disoluciones; y cuanto mayor templanza tuviere en la comida y bebida más salud y mejor disposición terná.

También debe enseñarle que no sea ingrato ni desconocido a los defuntos que le dejaron su hacienda o le hicieron algún bien. Que no reinen en él juicios temerarios, falsos y sospechosos contra sus prójimos. Que se guarde de decir palabras ociosas, y especialmente de aquellas que pueden provocarle a ira, envidia, vanagloria o a cualquiera otro vicio notable y perjudicial. Que cuando estuviere con otros use con ellos de cortesía y benignidad, y dentro de sí mismo, con verdadera y profunda humildad, diga que no es digno de estar con tan buena compañía; y préciase más de oír que de hablar, y que cuando hablare considere a Dios presente, para que todo lo que dijere sea muy conveniente y casto.



Que si estuviere con compañía que tratare vanidades y murmurare de sus prójimos, huya de allí así como de pestilencia, y diga: «Estos que estas cosas hablan, no creo debe ser con mala intención, pero, por conocer mi flaqueza, conviéndeme apartar antes de recibir algún daño». Y que, cuando se apartare, no les dé a entender por qué se aparta, por que no sea causa de odio o de mayor murmuración, sino, con mucha disimulación y honestidad, finja alguna buena causa para apartarse y dejarlos. Que cuando hablare y no fuere oído, calle, juzgando que en él está la falta; y tenga a los otros en más que a sí y de ninguno piense mal ni flaqueza sino de sí mismo, porque sin duda agradecerá mucho a Dios en esto; que es padre y amparador de los humildes.

Que nunca confíe de sí, sino que antes esté siempre muy sospechoso de sí mismo; y, para mejor persuadirse aquesto, considere el mucho bien que ha visto, leído y oído, y cómo nunca mejora su vida y siempre va de mal en peor, sin jamás haber vencido un vicio ni alcanzado una virtud.

Hale de enseñar a que de continuo esté en vela pensando qué ha de ser dél y qué dispondrá la suma Bondad de su ánima, si conforme a sus malas obras le juzga y a la ingratitud que con Dios ha usado, pues, con haberle hecho tantos beneficios y mercedes, ha sido tan desconocido, tan tibio y negligente en le servir y enmendar su vida. Que a ninguno menosprecie, ni aun dentro de sí mismo; porque no sabe si Dios está mejor con el que menosprecia que con él, ni a cuál de los dos dará mejor fin.

Que nunca se alegre del mal ajeno, mas antes, si oyere decir mal de alguno, le pese mucho dello y ruegue a Dios por él; y piense qué tal ha sido y qué tal es y qué tal podrá ser. Que tenga siempre piedad de su prójimo, y en sus aflicciones y trabajos los visite y consuele y los socorra de su propia hacienda, según que buenamente pudiere, y los aconseje con buenas razones y dulces palabras; y no pase día que no haga o piense alguna obra virtuosa, y que lo que se le pidiere prestado, que lo dé a quien se lo demandare con mucha liberalidad y presteza.

Que se confiese algunas veces, porque la confesión quita los pecados y granjea mucho las virtudes, y con la confesión se augmenta la gracia y nos es dado conocimiento de los pecados escondidos. Que cuando anduviere algún camino rece algunas oraciones y alabe muchas veces a nuestro Señor, y que, levantando a Dios los ojos de su alma, le pida y ruegue haya misericordia dél y de todos los pecadores, por los méritos de la preciosísima sangre que su unigénto Hijo derramó para el remedio de las gentes.

#### Capítulo cuarto: Que la buena viuda se aparte del amor carnal y mundano, y cómo el poner su afición en las cosas deste mundo la impide el amar y servir a Dios perfectamente

**P**ORQUE la vida de la viuda es dechado y espejo en que todos los de su pueblo hablan y miran, como aconteció en aquellas grandes tribulaciones que padecían los de la ciudad de Betulia, recurriendo a aquella sancta viuda Judit, la cual, con él ayuda de Dios Señor nuestro, por su oración y sabiduría los libró de aquella angustia en que estaban; por tanto, la viuda debe ser espejo de su pueblo y quitar las ocasiones de que puedan murmurar della ni sospechar cosa contra su honestidad. Porque puede tener por

muy cierto la viuda que es más mirada en este estado que cuando era casada, y que todos son muy diligentes en juzgar su vida y conversación.

Hay algunas viudas que dicen: «Yo bien podré tener algún buen hombre por devoto en mi conversación y amistad, como tuvo María Magdalena a Cristo Redemptor nuestro, y sancta Paula a san Jerónimo, y sancta Tecla a san Pablo, y sancta Clara a san Francisco, y santa Drusina a san Juan Evangelista; y estas amistades no son reprehendidas, y desta manera, cualquiera cristiana las puede tener». A esto se responde que si la viuda fuese tan buena como lo fueron aquellas gloriosas sanctas y hubiese agora tales varones como ellos fueron, bien lo podría hacer, porque ninguna ocasión daría para sospechar en su honestidad con tales y tan buenas conversaciones. Mas el día de hoy hay pocos hombres buenos de quien pueda fiarse y pocas mujeres semejantes en sanctidad a sancta María Magdalena y a sancta Tecla y a las demás sanctas, las cuales fueron tan perfectas en gracia y sanctidad que sin peligro podían comunicar no sólo con el hombre bueno, sino también con el malo, con sancto celo de apartarle de su maldad y reducirle a su virtud y servicio de Dios con sus sanctas amonestaciones y con el maravilloso ejemplo de su vida, como estas sanctas lo hicieron en grande aprovechamiento de los pecadores y honra y gloria de Dios.

Mas la viuda que es un vaso de pecados y llena de corrupción, y que, si tiene algo de bueno, es tan poco que, en viéndola con la tal amistad y compañía, es luego mordida de las malas lenguas y tenida por infame (las cuales, aun sin ocasión, dicen doblado de lo que en ella hay), ¿qué puede granjear en hablar al que es malo, pues, aunque sea con celo de bien, causará mal ejemplo y escándalo en las gentes? Estas bienaventuradas sanctas, como su voluntad era buscar cómo mejor amar y servir a Dios, trabajaban con todas sus fuerzas hallar conversación de varones llenos de espíritu y bondad en su vida y doctrina, para que con su comunicación y compañía ellas viniesen a adquirir el ser vasos de toda virtud y perfección.

Si la persona que amase la viuda cristiana fuese semejante a el apóstol san Pablo, o a san Jerónimo, para que con su comunicación fuese mejor enseñada en el camino de el cielo y menosprecio de las cosas de la tierra, muy bien le estaría tal amistad; mas agora no vemos si que las visitas y conversaciones son por la mayor parte en las casas de las viudas ricas y mozas, y que los visitantes son gente regalada y ociosa, más prompta y aparejada para estragar sus consciencias y persuadirles los vicios y pecados y poner por tierra su honra y fama que para alentar a las tristes en la virtud y servicio de Dios, como se puede colegir de sus ordinarias pláticas e intentos, de los cuales fácilmente puede entender la viuda que aquella familiaridad y amor que se le muestra no es tan sancto ni verdadero como aquel que el glorioso Jerónimo tuvo a santa Paula, ni el que ella siente en su corazón como el que la bendita Magdalena tuvo a Cristo Señor nuestro.

Por tanto, la devota viuda, ni otra mujer de cualquier otro estado, no debe amar a hombre si no fuese su marido, ni presumir que su amor será tal y tan seguro como fue el de aquellas sanctas; porque procedería la tal presunción de gran locura y soberbia. Confundase y avergüécese la devota viuda de tener y conservar amistad con hombre que trate de liviandades; y huya dél y eche de ver las palabras que la habló cuánto difieren de las que san Pablo hablara si estuviera allí. Y considere qué provecho o daño le ha venido a su ánima después que trata con aquel hombre, y piense que para aquella ocasión o familiaridad es mucho el tiempo que ha perdido, gastándole en cosas impertinentes y dañosas, y que le pudiera haber aprovechado en el bien de su ánima. Y, comparado y mirado bien

todo esto, conocerá la diferencia que hay del hombre que comunica a aquellos sanctos, y cuánto perjuicio le causará el conservar su comunicación y amistad.

Y advierta que uno de los mas notables avisos que se pueden tomar de la conversación de aquellos bienaventurados sanctos es que, con ser tan penitentes y de tan gran perfección en sanctidad, eran muy pocas las veces que comunicaban y visitaban a aquellas sanctas sus devotas; y así, teniéndolo por cosa más ejemplar y segura, acostumbraban enseñarlas el camino de su salvación y la vida sancta y perfecta con sus cartas, llenas de sabiduría del cielo. Y estas cartas, por ser tales, han sido después acá de grandísimo provecho a muchas y sanctas dueñas, vírgines, casadas y viudas; porque, siguiendo sus sanctos consejos, abrazaron la aspereza de la vida penitente y el menosprecio de los regalos y contentos desta vida, con que con acelerados pasos han caminado por el camino de la virtud y perfección.

Escribiendo san Jerónimo a una viuda devota, dice a este propósito: «Esposa de nuestro Señor Dios, no presumas de engañar a tu esposo Jesucristo por amor de otro hombre mundano, porque nuestro Salvador claramente vee y rectamente juzga la traición que tú le haces y la poca honra en que vives. Pues no ofendas a tu Dios, por que no permita que el Demonio te castigue en el Infierno si tú no haces buenas obras agora que<sup>219</sup> tienes tiempo para amar a Dios y hacer penitencia de tus pecados; porque si de este mundo partes sin su gracia no tienes remedio de salud, porque allá no te darán sino dolor, pena, hedor, amargura y miseria para siempre; y este es tu merecido, pues que el perfecto amor que debías tener con tu celestial esposo Jesucristo le has trocado por el vil y mundano».

Pues la buena viuda ponga su verdadero amor en sólo Dios, para que en su Majestad esté bien empleado, y huya de otro mundano amor que tantos daños causa; y protestando de nunca jamás dejarle de amar y de no trocarle por todos los contentos e intereses de la tierra, esté cierta que de su divina mano será galardonada con tan soberanos bienes que no tenga más que desear en esta vida.

No solamente aborrece Dios a la viuda que con eficacia pone su afición en algún hombre; mas también si pone su amor en cualquiera otra compañía que la aparte de Dios. Por lo cual dice san Bernardo que así es esta nuestra carne tan miserable, que mientras más vee que el hombre la ama y trabaja por la complacer tanto más procura ella dar peor galardón, trayendo a su miserable amante a mil trabajos y fatigas. Si la carne sagrada, preciosa y glorificada del Hijo de Dios, daba algún embarazo a los sanctos Apóstoles, que, por estar tan absortos en ella, no se podían bien aparejar para recibir el Espíritu Sancto en sus corazones, ¿cuánto más debe la carne debil y de miserable metal en aquesta vida apartar el corazón que mucho ama a alguna persona en este mundo por olvidar a Dios?

Decía san Agustín en sus meditaciones: «Señor, ¿cómo puede ser que alguno te ame si mezcla contigo algún amor mundano?». Es tan delicada la consolación del Espíritu Sancto que no se da a gustar a paladar que sepa a carne. Al que tiene acostumbrado el gusto a comer manjares gruesos no le sabe bien el manjar blanco ni el alcorza; así, a los hebreos, que estaban acostumbrados a las ollas groseras y a los ajos y cebollas de Egipto, no les era gustoso ni sabroso el dulcísimo y suavísimo maná celestial. Esto mismo acaece a los que tienen regalo de carne: que no saben qué cosa es regalos de espíritu. Hasta que a los hebreos se les acabó la harina que sacaron de Egipto, nunca Dios les envió el maná celestial.

219.- Suplo 'que' (449v).

Cuando Jacob luchó con el Ángel fue necesario que, primero que del Ángel fuese bendecido, quedase cojo y marchita su carne: no será bendecida de Dios la viuda entretanto que estuviere briosa y mal mortificada y contradijere a Dios luchando con su ley y mandamientos. Coja y manca de sus contentos ha de estar si quiere que el Ángel la bendiga.

Tan enemigo es Dios de la carne, que aun los contentos lícitos estorban a el espíritu y consuelo celestial; y así, el que se sentare a la mesa no hay para qué esperar ración de Dios y de su carne. Es Dios tan celoso, que se llama fuego de celos; y así, mandó a Abraham que echase de su casa a Agar y a su hijo Ismael (que era tanto lo que le quería que le causó mayor sentimiento y dolor su ausencia, que lo sintió más, que cuando Dios le mandó que saliese de su tierra, donde fue nacido y criado). Y por desaficionar a Jacob de su hijo amado José, se le quitó de delante tantos años, y con título de que se le había muerto y despedazado una fiera para que no le quedasen esperanzas de verle más.

Nadie debe de amar tan descompasadamente que haga ídolo de las criaturas, sino sólo se emplee en Dios, que es el verdadero contento y adonde nunca se hallan quiebras ni sobresaltos que lastimen de veras. Pues, así, es cierto que la viuda cristiana que ama mucho otra cosa que no sea Dios no puede decir con verdad que ama a Dios como debe; porque las cosas divinas y mundanas no pueden caber en un pecho. Y así, debe la buena viuda no poner su amor en alguna otra cosa del mundo que no sea Dios; porque Dios es muy celoso, y por poco que vea que por amar otra cosa del mundo le deja, será dejada de Dios, que es uno de los mayores castigos que el pecador recibe de su mano.

El Patriarca de Jerusalén, fray Francisco Jiménez, refiere de un sancto que, escribiendo a una hermana suya, viuda, le hizo en su carta esta amonestación: «Carísima hermana en Jesucristo Redentor nuestro, aquí nos vinieron a visitar algunos deudos nuestros, y también tu marido, que en gloria sea, y me contaron algunas cosas de ti que, según por ellas se puede juzgar, hallo que vives muy apartada de Dios nuestro Señor y en gran peligro deste mundo. Dicho me han que el amor que a sólo Dios debes lo has repartido en amistades profanas, como es en diversas mujeres de tus sirvientas, vecinas y ciudadanas, y asimismo, que amas y precias muchísimo a tus hijos y hijas, a tus heredades y a las demás cosas temporales que tienes, y que con este amor procuras mucho el aumento de tu hacienda. Yo creo que esto no es otra cosa sino lazos del Demonio, por los cuales, por diversas maneras, te podrá hacer caer cada día en muchos pecados, pues el amor principal que habías de tener con sólo Dios le has venido a poner en estas cosas perecederas y mundanas. Dime: ¿de qué te pueden aprovechar el amor y cobdicia que has puesto en tu hacienda y en las amistades que has escogido y de que tanto contento tienes, para que mejor puedas servir y agradar a Dios y enriquecer tu ánima de virtudes y buenas obras? Si tu amistad fuera con alguna mujer de grande aprobación de vida y sanctidad, acertada cosa fuera el tenerla y conservarla de continuo, porque ésta, con el ejemplo de su vida y con sus sanctos consejos, reformara mucho tus costumbres y te diera a entender el contento y suavidad que se halla en el amor de Dios, con que quedaras a Él muy de veras aficionada. Mas las amistades que tienes, ni aseguran en nada tu consciencia ni dejan de dar ocasión a las gentes para juzgar dellas algunas cosas malas que por ventura no te pasarán a ti por el pensamiento, aunque esto no escusará el padecer detrimento tu honra y fama. Mira, hermana mía, que es señal de gran livianidad y vanidad en la mujer viuda tener amistades y familiaridades con mujeres que no son muy sanctas; porque (como dice la sagrada Escritura) tal es cada uno

cuales las compañías que trae. Yo te certifico que ninguno puede poner enteramente su corazón en Dios teniéndole aficionado en alguna criatura. Pues ¿qué responderás tú, que has entregado tu corazón a estas vanas amistades y por defender y aumentar tus posesiones y rentas cargas cada día de enojos y graves cuidados, envidias y cuestiones, pleitos y discordias, de lo cual se sigue el apartar a Dios de tu corazón y pensamiento, y aun el ofenderle? ¡Oh mujer mezquina! Mira bien el gran daño que te has hecho y la cuenta y satisfacción que has de dar a Dios, pues Él con su preciosa sangre había comprado tu ánima, y tú por tan viles cosas se la has quitado. Mira que por tan gran sinrazón como has cometido será el juicio de Dios sobre ti y nunca te faltarán trabajos y desabrimientos en esta vida. Da de mano a estas amistades que a a ningún bien te favorecen, y pon tu corazón en tu fiel esposo Jesucristo, Redentor nuestro, que, por su infinita magnificencia y bondad, te está aguardando, los brazos abiertos, para recibirte y concederte su misericordia y adornarte de su gracia así como si siempre le hubieras sido fidelísima esposa».

Luego que la viuda recibió esta carta y consideró la razón que el hermano tenía, poniendo en ejecución sus buenos consejos, comenzó a distribuir su hacienda entre sus hijos y hacer largas limosnas. Y desembarazándose de las amistades y conversaciones que hasta allí había tenido (aunque siempre habían sido con mujeres) se recogió en un aposento, adonde con gran soledad y penitencia perseveró hasta la muerte en servicio de Dios, dejando maravilloso ejemplo de su vida en toda la ciudad.

## Fin del cuarto Tratado, de las viudas



# Comienza en el libro llamado *Vida política de todos los estados de mujeres*

## El quinto y último tratado: De diversos capítulos de mujeres en general

### Capítulo primero: Cómo no es buena la demasiada curiosidad, en especial en las mujeres

**C**URIOSIDAD y desorden de la vida es cuando una persona desea ver cosas señaladas y admirables, como de edificios, ciudades, vasos de oro o de plata, animales, vergeles, y desea ver estas cosas no con intención de alabar a Dios por ellas ni por tomar algún alivio para poder llevar los trabajos de la vida humana, sino por sólo el deleitar y recrear la vista (codiciosa de ver estas y otras cosas semejantes), sin otro buen fin. Y también cuando desea ver cosas curiosas que aunque<sup>220</sup> no tengan deleite consigo, sino pena, como es ir a ver un hombre que riñe con otro, o alguno que está muerto en la calle o ver un monstruo, y pretende solamente satisfacer con aquella vista al deseo de saber qué cosa es o al deseo de ver cosas nuevas.

Aunque en la vista de estas cosas no haya peligro de otro pecado, sino sólo de no tener otro fin bueno más que tomar aquel gusto y satisfacer aquel apetito de curiosidad, es desorden que conviene evitarse. Por esta razón san Agustín reprehende los artífices que en los edificios, y en los vestidos y calzados, y en los vasos hacen cosas artificiosas que no son necesarias ni provechosas para el uso de la vida humana ni tienen alguna piadosa significación que levante el entendimiento a alguna buena consideración, sino solamente sirven para curiosidad y deleite de la vista. Y dice que trabajaba consigo para vencer este apetito: «Resisto (dice) a los engaños de los ojos para que los pies de mi ánima no se enlacen en alguna una culpa mirando las cosas que no conviene, o no por el fin que debo; y para esto levanto a ti los ojos de mi ánima y te pido que me libres de aquestos lazos». El glorioso san Basilio dice estas palabras: «Guárdate no seas curioso, sino que así el mirar con los ojos como el oír y el hablar lo midas por el provecho que dello se sigue».

La curiosidad en querer saber vidas ajenas se ha mucho de evitar no queriendo saber más que las obras y hechos buenos y virtudes de los prójimos que nos pueden edificar con

220.- Parece sobrar 'aunque' (452r).

el buen ejemplo; y de las malas, solamente aquellas que nos pertenece remediar por lo que pide el oficio o la caridad. Querer saber lo demás es muy dañoso, como lo nota san Gregorio diciendo: «Grave es el vicio de la curiosidad; que ocupando nuestro corazón en querer saber las cosas de nuestros prójimos que no nos pertenecen, le ciega de tal manera que no se conozca a sí mismo, y que, sabiendo las cosas ajenas, no sepa lo que a él le conviene».

La curiosidad en querer saber las cosas ocultas y cosas contingentes que están por venir y los sucesos buenos y malos (que los ignorantes llaman buena o mala fortuna), ésta se ha de huir con gran cuidado, no queriendo saber por alguna vía más de aquello que está revelado en la sagrada Escritura y nos conviene para guardar la ley de Dios. Porque en esta curiosidad no solamente hay desorden, sino también hay peligro de ser el hombre engañado del Demonio, que se entremete en tales curiosidades, como lo avisa la Iglesia en un decreto que dice así: «Cuando los hombres quieren saber curiosamente lo que en ninguna manera les conviene investigar, la curiosidad humana viene a ser engañada por astucia de los demonios». Entre los documentos muy graves que dio san Doroteo a los amadores de la virtud, fue éste uno: «Cuando entrases en el aposento de algún amigo tuyo, guárdate que de ninguna suerte seas curioso en inquirir y mirar y escudriñar las cosas que en él hay»; que se entiende cuando él por su voluntad y no a ruego de el amigo las quiere escudriñar. Si este glorioso sancto vedaba la curiosidad en escudriñar las cosas del aposento del amigo y el mirarlas con mucho cuidado, ¿qué dijera de aquellos que son tan curiosos que no entienden en otra cosa sino en escudriñar la vida de unos y de otros, su hacienda, sus rentas, su linaje, su comida, sus trajes y de dónde los sacan, sus entradas y salidas, dando con sus temerarios juicios una en el clavo y ciento en la herradura?

Nunca acaban de conocer los demasidamente curiosos los daños que de la curiosidad redundan y las desventuras que a muchos por ella les han sucedido. Io, hija de Inaco, rey de Argos, por ser curiosa de ver lo que los fenices llevaban en sus navíos se perdió; porque entrando en ellos se dieron a la vela y la llevaron robada (como dice Herodoto); y Europa, la hija del rey Agenor, por lo mismo fue llevada de Júpiter Cretense. Dina, hija de Jacob, por ser curiosa y amiga de ver trajes e invenciones, se salió sola por la ciudad de Siquem, de donde sucedió el ser forzada y después destruido el pueblo por sus hermanos y criados. Y Eva, por el mismo vicio de curiosa y de parlera, se detuvo en pláticas con el Demonio, que la engañó y ella echó a perder al mundo.

Muy costosa y cara suele salir a algunos la curiosidad. Siendo vencidos Marco Antonio y su Cleopatra, reina de Egipto, de Augusto César, pareciéndole a Cleopatra que en aquel trance tan adverso sería bien conocer qué tanto era el amor que su Marco Antonio la tenía y adónde llegaba su fee para con ella, hizo que sus más privados y más dignos de crédito le dijese cómo ella con sus propias manos, de pena de verle vencido y en tal estado, se había muerto, no siendo así. En oyendo esta nueva Marco Antonio, sin reparar en las vueltas y falsedades que en ella había conocido, por estar tan embebido en su amor, dijo: «Si mi Cleopatra es muerta, ¿para qué quiero yo vivir?». Y al punto se hirió de muerte. Esta nueva le fue traída en respuesta a Cleopatra en satisfacción de su curiosidad, con que quedó cierta que su amor era excesivo. Y queriéndose mostrar agradecida a su necia lealtad, le fue a ver y, tomándole entre sus brazos, se despidió dél muy tiernamente y luego espiró.



¡Oh, y cuántas Cleopatras tan curiosas como ésta hay hoy en día, que, queriendo averiguar cada una la grandeza del amor de su Marco Antonio, le pone en cosas tan arduas y dificultosas que no aventure en ellas menos que la vida, la honra o el alma, afirmando que en las tales cosas podrá conocer bien su amor, porque en las fáciles y ordinarias poco se puede mostrar; y que si el sapientísimo Salomón idolatraba por agradar a sus mujeres, que no es mucho que él haga lo que se le pide, pues es mucho menos! Y cuando al triste ve ve muerto o caído de la dignidad y honra que tenía por su causa, parécele que queda bien pagado su necio amor y pérdida con cuatro lagrimitas y con preciarse de continuo que tuvo quien tan bien la quisiese que todas aquellas desventuras tuvo en poco por sus amores y servicio, sin ponerse a considerar el cargo que le queda de aquellos daños que aquél hizo en agravios de otros y en perjuicio de sí mismo y en grande ofensa de la majestad de Dios.

Apenas se hallará mujer que carezca de ser curiosa, según todas son apasionadas de ver novedades y saber secretos ajenos; y llama Plutarco a este vicio un linaje que perlesía y descubrimiento de lo que debiera estar oculto, porque es previa disposición para las hechicerías. Por saber secretos ajenos se ponen en evidentes ocasiones de perderse y dan también en parleras; y así, las nota san Pablo de ambas faltas, y Numa Pompilio las procuró refrenar en Roma (como dice Plutarco) dellas.

Cuenta Justino que entre los antiguos sabios de Egipto (que eran todos nigrománticos y se preciaban de muy grandes astrólogos) hubo uno muy señalado y que excedía a todos los demás en esta arte diabólica de nigromancia, llamado Nectanabo. El cual, por temor de sus enemigos que venían contra él, siendo rey de Egipto, y hallando por su ciencia que había de ser vencido y preso si los esperaba, acordó de disimularse. Y poniéndose en vestidura de sabio se pasó a Macedonia, donde, divulgándose que era muy sabio y grande astrólogo y que decía cosas por venir, luego le comenzó a estimar y a seguir el pueblo y su fama llegó a oídos de Olimpias, mujer del rey Filipo, el cual a la sazón estaba en cierta guerra.

Como las mujeres son tan curiosas de saber, y a ratos lo que no les conviene (como en estas partes lo son muchas de que les caten los gitanos la buena ventura), le hizo venir a su presencia y gustaba grandemente de oír tratar de la ciencia judiciaria y de juicios astronómicos y de cosas por venir, de todo lo cual él se vendía por muy sabio. Y tanto cuanto ella estaba enamorada de sus letras dél, él lo estaba de su hermosura della, que era increíble y estremada. Y mandándole que por sus letras la hiciese cierta de algunas cosas que ella mucho deseaba saber, él con gran diligencia comenzó luego a hacer sus cercos y conjuros, y levantando muchos falsos testimonios a las estrellas y a sus propiedades le hacía entender lo que a ella más le aplacía.

Y estando ella muy embebecida en oírle tratar con tanta desenvoltura de los signos y planetas y de las influencias de las cosas superiores, le hizo un embeleco muy extraño haciéndola creer que la favorecían mucho las cosas que había visto de su nacimiento, y que supiese por cosa muy cierta que había alcanzado por su ciencia que el dios Amón estaba muy pagado de su hermosura y muy perdido por sus amores, y que cierta noche había de venir a su cama y que deste ayuntamiento había de nacer un hijo tan poderoso que tomase venganza del rey Filipo su marido, si tuviese celos della. Y que este dios Amón había de venir a ella en figura de dragón con cabeza y cuernos de carnero (cuya venida y ayunta-

miento había hecho este astrólogo por sus encantamientos, para que se le diese más crédito, que lo soñase la noche antes la misma Reina), y para entablar mejor su juego le dijo que por que no se espantase de ver aquel dragón en que el dios Amón había de venir, que él se quedaría aquella noche a un cabo de su aposento por que la soledad no le causase temor.

Y como poco basta para que se crea de ligero y se deje engañar quien es demasiadamente curioso y amigo de novedades, ayudando a esto la grande opinión que tenía de sus letras deste encantador, luego la reina Olimpias dio crédito a todo y entendió había de ser así, confirmando el negocio el haberlo ella soñado (como dijimos) la noche antes. Pues, como aquella noche se acostase Olimpias en su cama teniendo por cierta la venida del dios Amón, el nigromántico, que se había quedado en su aposento para quitarle el miedo, tomando a la medianoche la forma de dragón por sus encantamientos y fingiendo ser el dios Amón, se fue a la cama de la Reina y la dejó preñada.

Esta traición y adulterio cometió Olimpias (por ser curiosa) contra el rey Filipo su marido; el cual como viniese de la guerra y la hallase preñada, con grande aborrecimiento que la tuvo, la repudió y tomó por mujer a Cleopatra su sobrina. Indignándose desto Olimpias hizo a Pausanias (con quien también fue adúltera) que matase al rey Filipo; y así, por su curiosidad ninguna cosa granjeó sino ser engañada con falsedades, quedar sin honra y quedar despreciada de un tan buen marido, tan sabio y tan gran monarca, y cometer tan gran traición haciéndole matar y quedar en el estado triste de la viudez con perpetua infamia por sus malos hechos.

A las mujeres que por ser muy curiosas hacen algunas diligencias demasiadas, que ni parecen bien a nadie ni son lícitas a su estado, suele acaecer lo que a Plinio, autor de la *Natural historia* en el monte Vesubio<sup>221</sup> (que es en la Campania, junto a Nola); que por ser curioso en querer averiguar de cerca lo que era un volcán, pereció allí sin ser visto más, pudiendo dende lejos entenderlo o pasar por lo que dél se decía, como por otras cosas había pasado, que, sin averiguarlas mucho (como es fama) pretendió que se creyesen. Así sucede a algunas mujeres: que por querer llevar al cabo cosas y ser trasordinarias de las demás, ya que no pierden en esto las vidas (como Plinio la perdió), pierden sus honras y famas sin poderlas recuperar.

Puede tanto el vicio de la curiosidad en la mujer que, si bien se advierte, se hallará ser una de las armas con que el Demonio más guerra les hace. Pocas veces entra el Demonio persuadiendo a la mujer recogida y virtuosa trate amores con tal o tal persona, porque sabe que su honra y vergüenza no le han de dar entrada ninguna para ello; y así, lo que le persuade es que sepa en qué opinión está acerca de tal persona y en lo que la estima, y que le pida favorezca a Fulano, porque por la diligencia que en aquello pusiere entenderá en cuánto es tenida. Otras veces la persuade con que Fulano es muy discreto y de muy buena conversación, y que como otras mujeres honradas le dan audiencia sin que dello haya nota alguna, que ella podrá hacer lo mesmo, y aunque no sea sino por no estar hecha una bestia. Otras, con que vaya a alguna almoneda porque en ella hay muchas cosas curiosas y ricas, y viéndola poner los ojos en alguna joya y que la anda alabando y manoseando, mostrando que se le va tras ella el corazón, nunca falta un demonio que le dice que la lleve, que él la pagará. Otras, que vaya a tales jardines o casas de placer adonde hay mucho que ver y se ha de

221.- Orig.: 'Vesuió' (455r).

hacer una comedia, y allí andan las colaciones y conversaciones y malos ejemplos tan listos que por lo menos vuelve otra de la que fue en sus pensamientos e imaginaciones. Y, cogidas estas prendas, el Demonio (de que poco se recataban), por muchas vías, con mil engaños más claros y atrevidos les procura su perdición. Y de muchas curiosas la viene a alcanzar.

Y pues es tan peligroso aqueste vicio, de todas maneras se debe huir amando la llaneza ordinaria, por ser cosa que más conserva la virtud y honor en todos los estados de las gentes. Después que Darío fue vencido de Alejandro Magno, entró en su palacio y, viendo en el aposento donde el rey Darío dormía el lecho, las mesas y todas las otras cosas tan preciosas y adornadas de tan excesiva curiosidad, pareciéndole que no era de rey el darse a tales delicadezas, dijo con enfado: «Y esto ¿por ventura era reinar?». Hasta en estas cosas se da la curiosidad por oprobrio y baldón al que della usa, y por esto se puede entender con cuánta mayor razón se dará por más reprobada cuando en mayores peligros por ella la honra se pusiere.

### Capítulo segundo: De la disimulación y fingimiento, y de la facilidad y presteza que en esto tienen las mujeres

**E**L fingimiento es hablar con palabras fingidas y disimuladas, en las cuales el que las habla entiende una cosa y el que las oye otra, queriendo con este artificio huir la mentira los que usan del fingimiento, y por la mayor parte caen en ella. Cuando las palabras que se dicen tienen dos significaciones o sentidos, y en algún caso grave, en el cual así lo pide la justicia o la caridad, el que habla las dice en un sentido y el que las oye las entiende en otro, no hay qué condenar ni qué reprehender en esto. Como si de un hombre que salió de su casa por la mañana y ha vuelto a ella preguntase uno que le quiere matar: «Fulano ¿está en casa?», y se le respondiese: «Ya salió de casa», entendiendo el que lo responde de la salida que hizo por la mañana. En este caso y otros semejantes no hay culpa; lo uno, porque no se dice mentira, sino verdad, pues la palabra tiene aquel sentido en que la decía, y lo otro, porque el que pregunta pretende hacer injusticia y agravio, y así, merece justamente que se le encubra la verdad.

Y aunque el mentir nunca es lícito, mas el encubrir la verdad en semejantes casos de necesidad (como dice san Agustín) es cosa lícita y honesta. Lo cual se entiende (como declaran los teólogos) cuando una palabra en el uso de los hombres tiene dos sentidos: entonces el que habla la puede decir en el uno aunque el que pregunta la entiende en el otro, cuando concurre alguna causa justa y grave para ello, como lo es cuando el que pregunta pretende hacer algún agravio; mas en las pláticas ordinarias y comunes, cuando uno con razón pregunta alguna cosa de la cual no se sigue injuria a nadie, usar destas que llaman equivocaciones (que son palabras que tienen diversos sentidos, diciéndolas en un sentido y queriendo que se entiendan en otro) no es cosa lícita ni conveniente, porque es muy contraria a la pureza y sencillez que pide la vida cristiana y es vicio de hombres doblados y fingidos; y así, debe ser muy aborrecido y huido.

De la suerte que la mentira impide la fidelidad y concordia entre los hombres, así la impiden las palabras dobladas, porque si ordinariamente fuese lícito este lenguaje no osarían los hombres darse crédito ni fiarse unos de otros; y así, nos enseña la experiencia

que cuando de algunos se sabe que tienen esta falta, aunque en otras cosas sean hombres virtuosos, no se osan fiar dellos los que los conocen, y así, tratan con ellos con recelo y temor de no ser engañados.

Deste vicio dijo Lanspergio: «No hay verdad ni se dice verdad cuando la cosa que uno habla y de que otro desea ser informado contiene en sí falsedad, aunque oculta y secretamente pueda tener algún sentido verdadero del cual no trata el que oye»; y, según la común doctrina de los teólogos, es sentencia verdadera; que cuando las palabras que se dicen (ni conforme a derecho ni conforme al uso de los hombres, que es el que pone la significación a las palabras) no tienen el sentido en que el hombre las dice, por esto dice la divina Escritura de los tales: «El que habla sofisticamente (que es con doblez y fingimiento) es en aquello aborrecible a Dios, a los Ángeles y a los hombres».

No contradice a lo dicho el hallarse ejemplos en la Escritura de personas que hicieron hechos en que hubo mentiras y por lo que hicieron recibieron de Dios premio, como sucedió a las parteras de Egipto, que les mandó Faraón que matasen a los hijos que naciesen de las mujeres hebreas. Ellas temieron a Dios y no lo hicieron. Visto por el Rey, las mandó llamar y preguntoles por qué no le habían obedecido. Respondieronle que las hebreas se adelantaban a parir antes que ellas llegasen a hallarse a sus partos. Esto fue excusa de aquellas mujeres y no que dijese verdad, y dice la Escritura que hizo Dios bien a las parteras dándoles casas y haciendas en Egipto. Aquí hubo dos cosas: el temer las parteras a Dios, y por este temor no mataron los niños hebreos, y el excusarse con el Rey fingiendo aquella mentira. La mentira no agradó a Dios ni las premio por ella, sino porque le temieron y dejaron de obedecer al Rey por no ofender a su Majestad con semejantes homicidios, y esto les premió.

De Rahab, meretriz, dice la Escritura que recibió en su casa a los exploradores de Josué y con muy buena industria los libró de la muerte encubriéndolos, siendo buscados del rey de Jericó. La ficción y mentira de obra que hizo no se alaba: el librar aquéllos, que eran católicos y enviados por capitán a quien Dios mandaba hiciese aquella guerra, fue buena obra, y por ella recibió premio quedando con vida y hacienda en la destrucción de Jericó.

También se advierta que es lícito usar de alguna cautela para salir una persona avisada con alguna cosa que pretende y de suyo es lícita, poniendo medios que no todos los entienden. Como Salomón para averiguar cuál era la madre verdadera del niño vivo: pidiéndole dos, cada una por su parte, él mandó que fuese partido y se diese su medio a cada una; y con este orden, entendido por el Rey de una manera y por las dos mujeres de otra, la que era propia madre suya se declaró diciendo que no se partiese, sino que se diese entero a la otra, la cual descubrió que no era su madre alabando lo que el Rey entendía y ella pretendía. Y así, Salomón salió con su intento, pretendido con aquella cautela: que el niño se diese a su verdadera madre.

En casos semejantes cosa lícita es usar de alguna ficción y cautela, aunque siempre que hay mentiras es culpa, y por lo mismo debe evitarse y amarse la llaneza y verdad, que es amiga de Dios. De la reina doña María, nieta de un emperador de Constantinopla, mujer del rey don Pedro de Aragón, séptimo, y madre del rey don Jaime, se escribe que, como entendiese que el Rey la tenía muy poco amor y por esta causa se daba a otras mujeres, concertó con su camarero que le dijese que le tenía para la noche una dama muy hermosa, y tan honesta que sacó por condición que ni la había de ver ni hablar, porque ternía gran-

de empacho dello. En lugar de aquella dama metió a la Reina, y, a la mañana, díjola el Rey que se fuese antes que entrase el día, cumpliendo lo puesto. Ella le respondió: «Señor, no soy quien pensáis, sino la Reina vuestra mujer. Y no toméis enojo de lo que he hecho, sino mandad que vengan aquí dos caballeros que nos vean que hemos dormido juntos, por si tuviéremos fruto de bendición». Y hízose así. Los nueve meses pasó la Reina en oraciones y sirviendo muy de veras a Dios, y al cabo dellos parió al rey don Jaime de Aragón y hizo que, en naciendo, le llevasen a presentar a la Virgen María nuestra Señora. Y cuando entraba con él en su iglesia comenzaba el *Te Deum laudamus* de maitines, que se tuvo por muy buen prodigio. Dudando del nombre que se le pornía, hizo encender doce cirios iguales la Reina con los nombres de los doce Apóstoles, con acuerdo de que el nombre del que más durase se pusiese al niño, y fue Sanctiago; y así, le pusieron Jaime (que en Aragón se dice así). Éste fue un gran rey: milagrosamente escapó de grandes peligros, ganó a los moros a Mallorca y a Valencia y mucha parte del reino de Murcia, tuvo muchos hijos y vivió santamente. En la última enfermedad renunció sus reinos y profesó guardar la Orden de Cístel. Murió en Valencia, año de 1276.

Para cualquiera género de ficción es muy más presta y aparejada la mujer que el hombre, y para obrar y hablar de repente es también más aguda, a causa de tener más sequedad de cerebro y ser más ambiciosa y soberbia, y así, para salir con lo que le apetece, en un instante propone razones, adornándolas con tanta suavidad y piadoso afecto que infinitas veces es esto de tanta eficacia que a los más entendidos cierra los entendimientos para no hacer con la presteza que suelen sus ordinarios discursos y conocer la falsedad de su fundamento.

Por conocer esta propiedad en las mujeres, muchos las han tomado por instrumento para salir con lo que han deseado. En confirmación desto, dicen las divinas Letras que, estando desterrado Absalón por haber muerto a su hermano Amnón, Joab, capitán de David, que era amigo de Absalón, pretendía que fuese perdonado de su padre David. Y para alcanzarlo fuese a una mujer, natural de Tecua, tenida por muy avisada y discreta, y dícele: «Tengo necesidad que vayas al Rey y hagas este personaje: vestirte has de luto y cubrirte has de saco, y descabellada entrarás a la presencia del Rey». Y hácelo así y dícele: «Alto y muy poderoso señor: yo tenía dos hijos, y riñeron en el campo y el uno mató al otro; y agora viene la justicia por el vivo y quedaré huérfana de entrambos»; y así engañó al Rey con esta parábola y alcanzó el perdón que pretendía para Absalón. Y de aquí se colige que no hay que creer todas veces a las lágrimas y estremada tristeza que algunas muestran tener en sus corazones.

Viendo el capitán Sísara que su innumerable ejército era desbaratado y vencido de los israelitas, se puso en huida y se fue a la tienda de Jahel, mujer de Haber, cineo, la cual luego le salió al encuentro con muy gracioso semblante y le dijo: «Entrad, señor mío, en mi casa. Y no queráis temer, porque muy segura y pacíficamente seréis servido, y así, podéis desechar todo temor». Con este seguro entró luego Sísara en el tabernáculo de Jahel y fue della cubierto con un manto y con unas pieles de carnero. El cual hablando con Jahel, le dijo: «Ruégote tengas por bien de me dar un jarro de agua, porque perezco de sed». Jahel, con mucha presteza, en lugar de agua le dio leche, para que con ella fuese agravado del sueño. Y cubriole muy bien y dejole reposar, después de haberle pedido Sísara que estuviere delante la puerta del tabernáculo y que, si alguno viniese a preguntar si estaba allí

alguno, le respondiese que no había allí persona. Estando el capitán Sísara durmiendo a sueño suelto, Jahel, que no dormía, tomó un grande clavo y un buen martillo y, entrando muy secreta y calladamente a la cámara donde Sísara dormía con muy profundo sueño, le puso el clavo sobre las sienas y, dando sobre él muy fuertemente con el martillo, le pasó la cabeza hasta dejarle cosido con la tierra; y así, el que en aquella cruel batalla no había sido muerto de sus enemigos vino a ser muerto de una mujer que tan halagüeña se le había mostrado para asegurarle de tanto mal.

Cosa maravillosa fue de la ficción y ardid de que usó la madre del sancto Moisés; que con poner a su hijo en una cuna y echarle así en el agua del río Nilo al tiempo que estaba en aquella ribera la hija del rey Faraón, hizo que ella le librase de la sentencia de muerte, y que le proahijase y que, creyendo que aquel niño venía ya desamparado de su madre, se le volviese a ella misma para que le criase y le pagase la cría. No fue menor el ensayo de que usó Micol para engañar a los criados de su padre el rey Saúl, que por su mandado venían a matar a David su marido, diciéndoles (después de haberle echado por una ventana y puéstole en salvo) que estaba enfermo en la cama; y para que mejor lo creyesen, les puso una estatua en el lecho en su lugar, con que los entretuvo y dejó burlados. Cuando Labán iba tras Jacob y sus hijas en busca de los ídolos que llevaban hurtados, con cuánta medida y disimulación se estuvo sentada sobre ellos la hermosa Raquel, escusando el no levantarse con muy corteses y suaves palabras y alegando ser constreñida de la necesidad, con que dejó a su padre Labán satisfecho y sin sus ídolos.

De la hipocresía de la mujer (que quiere decir falsa apariencia), hasta en sus afeites se prueban tales, y en todos sus tratos no buscan sino cómo disimular lo que son y fingir lo que no son, sin que jamás se deba fiar nadie de sus palabras ni de sus apariencias. Por esto fue muy bien recibida la sentencia de Mimo Publio, siro; que cuando la mujer es mala en descubierto, entonces es buena, porque se podrán guardar della. Y aun Plauto la llama entonces muy buena. Y Eurípides introduce a uno rifado con una mujer y diciéndola que a todas las mujeres aborrecía y a ella mucho más; porque cuando algún mal hacía lo disimulaba con una habla blanda y amorosa. Y Sócrates dice (en la *Melisa* del Monaco) que se debe guardar más el hombre del mal que le ha de venir de la mujer que dice que le ama que de la que se le da por enemiga. Y en una ley Imperial son llamadas fingidas las lisonjas mujeriles.

Vencida Cleopatra y Marco Antonio, fue Augusto César a ver a Cleopatra. Y, demandándole cuenta de sus muebles, Seleuco, uno de sus procuradores de la Reina, dijo a Augusto que ella había tomado una buena parte. Desto se enojó tanto Cleopatra que arremetió a Seleuco y, tomándole por los cabellos, le dio muchas puñadas en la cara. Y como, riéndose, César trabajase de estorbarlo, le dijo: «¿Piensas tú, César, que no me es muy enojoso que como tú me hayas hecho merced de querer visitarme, que los criados acusen en tu presencia a su ama por haber tomado algunos atavíos de mujeres; y no para mí, sino para presentarlos en don a Octavia y Livia?» (hermana y mujer de Augusto). Por esta ficción hizo creer a Augusto que ella trataba de conservar su vida, estando, como estaba, determinada de darse la muerte antes que verse meter por Roma en triunfo.

Por el corazón colgado al cuello figuraban los antiguos las palabras del hombre bueno; porque lo que tiene en el corazón eso manifiesta por la boca, y así, no engaña a nadie, como lo hacen los malos, que encubren su corazón y dan a entender en las palabras lo que

en él no tienen ni les pasa por el pensamiento. Dice Dión que de tal manera encubría Tiberio César todos sus deseos que siempre mostraba querer lo que no quería y la voluntad contradecía a la palabra: daba muestra de aborrecer lo que sumamente amaba y lo que aborrecía fingía quererlo; airábase estrañamente en lo interior y parecía tener mucha paz en lo exterior; compadecía de los que castigaba y a los que perdonaba tenía mortal aborrecimiento; abrazaba a algunos, mostrándoseles benévolo, y aborrecía los de muerte, y a los que de veras amaba tratábalos como a estraños y no conocidos. Fundaba toda esta pestilencia con decir que nadie había de entender el ánimo e intento de su rey, que en otras ocasiones le pudiera ser de más provecho.

Muchos engaños y dobleces se hallarán en los hombres del mundo y viciosos, y así, es lo más seguro huir de su compañía y trabajar por no imitarlos. Verse han bosques frescos y verdes alamedas que en el verano recrean y deleitan la vista y convidan a reposar en su sombra, pero acaece estar dentro llenas de serpientes y de osos y lobos y otros fieros animales: ninguno habrá que, teniendo seso, se eche a dormir a la sombra de tales arboledas ni se fíe de su frescura y hermosura. Tal, pues, es este mundo que amamos y tan bien nos parece; que, aunque en lo exterior se muestra fresco y deleitoso, dentro está lleno de animales fieros y ponzoñosos que el que dellos no se recatare y y huyere, le quitarán la vida y todo bien con la cruel ponzoña de sus solapamientos y engaños.

### Capítulo tercero: De cuán peligrosa es la vista y conversación de las mujeres

**A**VÍSANOS la Escripura sagrada que la vista de la mujer compuesta escandaliza y mata los corazones de muchos; que su plática blanda es como fuego que enciende los corazones en amor deshonesto y que es como cuchillo de dos filos que hiere y mata el alma con muerte de culpa y de pena eterna. Por lo cual dijo san Agustín que es cosa más tolerable oír silbar a un basilisco que no oír cantar a una mujer; porque el basilisco con su vista mata al cuerpo, y la mujer con sus cantos suaves y lascivos, haciendo consentir en malos deseos, mata el alma.

Pues, si con esto se juntan los contoneos, gestos, melindres y donaires que con particular cuidado y mucho estudio hacen para mejor y con más gracia representar su contento o dolor (que todos espiran y echan de sí liviandad y deshonestidad), ¿qué efectos se han de seguir en los corazones flacos que las están mirando y oyendo, sino lo que sucedió a Holofernes por poner los ojos en el andar y en las sandalias de la hermosa Judit?, que (como dice la divina Escripura) quedó preso y captivo del amor deshonesto que le fue causa de muerte temporal y eterna.

Dice el apóstol san Pablo que no permite que la mujer, por sabía que sea, enseñe en lugar público donde hombres la puedan ver y oír; y da san Anselmo la causa, diciendo: «porque hablando la mujer, provoca a los que la oyen y veen a amor deshonesto». Pues si el ver y oír las mujeres honestamente compuestas decir en público cosas sanctas con intención y celo de aprovechar las almas provoca malos deseos y por eso no las permite el Apóstol, ¿qué será vellas y oíllas galanamente vestidas y ataviadas, con dañada intención significando con obras y palabras cosas vanas y lascivas al que quieren derribar y atraer a su deshonesto amor? Ciertamente es que han de provocar a mucho mal y que el Demonio toma

por instrumento a estas tales para matar las almas, como lo testifican los muchos ejemplos que desto se veen cada día.

Así como ellas hacen tantas y tan grandes diligencias para cautivar un hombre, las debe un hombre de hacer para huir de sus redes y quedar libre. La vista es la ventana y el portillo por donde entra la muerte, como dice Jeremías. Es la vista un sutil ladrón que roba la pureza y honestidad del corazón humano, como afirma el mismo profeta por estas palabras: «Mi ojo ha robado mi corazón». En lo cual no nos dejará mentir Dina, hija de Jacob, la cual fue robada del príncipe Siquem porque, saliendo a ver la tierra, fue preso de su gran hermosura.

Así como es cosa cierta que las mujeres menstruosas inficionan y manchan el espejo en que se miran (y aun, según Plinio escribe y muchos tienen dello experiencia, que en este tiempo, por su mal humor, corrompen los vinos, secan los árboles, marchitan las flores, esterilizan los campos, queman los sembrados, hacen caer la fruta, embotan los filos de las espadas, engrasan el resplandor del marfil, matan los enjambres de las abejas, enmohecen el hierro y el mismo aire con que respiramos inficionan), así mucho más inficiona y mancha una mujer libidinosa, ataviada y afeitada, el ánimo del que la mira. Porque de los ojos y de el rostro parece que le salen unas ciertas especies, que son como humos libidinosos, que inficionan la vista y traspasan y lastiman el corazón.

Tienen algunas mujeres los ojos como lince, cuya vista es tan sutil que penetra los cuerpos sólidos y vence los rayos del sol y las tinieblas de la noche; y aun es más dañosa que la del basilisco (cuya vista es tan encendida que, mirando de hito en hito los animales, los mata), porque, así como destruye la vista mirar una cosa muy resplandeciente y corrompe el órgano (como dice Aristóteles y lo vemos por experiencia en los que miran los rayos del sol), así recibe notable daño el que se para a mirar una mujer hermosa y muy ataviada. Y por eso es muy saludable el consejo del *Eclesiástico*: «Aparta tu rostro de la mujer compuesta». Y conociendo el daño que resulta desto un filósofo, cuando Paris trajo a Elena robada de Grecia a Troya, siendo tan hermosa que todo el mundo se andaba tras ella mirándola, admirados de su estraña hermosura, sólo este filósofo andaba huyendo por no verla. Y preguntado por qué huía, respondió: «Porque es tan extraordinaria su hermosura que mejor nos está que la huyamos que no que la miremos».

Sola la vista de la mujer ha causado gravísimos daños, cuanto más el trato y conversación. El *Génesis* dice que viendo los hijos de Dios cuán hermosas eran las hijas de los hombres, se casaron con ellas, de lo cual se vino a encender el mundo con el fuego de tantas torpezas que le pareció a Dios convenir apagalle haciendo la tierra un mar. De ver Sansón a Dalida vino a casar con ella contra la voluntad de sus padres y de su pueblo y contra la ley que Dios tenía establecida, de donde sucedieron mil desastres. Y no fueron pocos los que sucedieron de pasearse el rey David por los terrados ocioso y mirar a Bersabé, ni los que sucedieron por mirar Amnón a su misma hermana, y aquellos dos ruines viejos que eran jueces de Israel, cuando pusieron los ojos en la hermosura de la inocente Susana. Tertuliano cuenta que Demócrito se sacó los ojos por no ver jamás mujeres. Alejandro Magno recateó el visitar a la mujer e hijas de el rey Darío, sabiendo que eran hermosísimas, por no quedar vencido estando tan victorioso. Job dice que hizo pacto con sus ojos que no les pasase por pensamiento el mirar a la mujer, y luego comenzó a echar maldiciones: «¡Tal y tal me venga si en este caso jamás siguieron mis ojos los deseos del corazón!



Suele muchas veces decir el corazón: 'Mirad qué buen rostro, mirad qué hermosa mujer'; pero luego acudía yo a mis ojos y al pacto que tenemos hecho entre los dos». En los *Proverbios* dice Salomón que desviemos nuestros pasos de la casa de la mujer y que no nos alleguemos a sus puertas, que son puertas de la muerte y del Infierno. ¿Qué será su trato y conversación? ¿Qué será estarse el hombre embobado mirando<sup>222</sup> a la puerta de la casa de Dios? ¿Qué será enclavar los ojos en ella en la presencia de Dios y en sus barbas?

San Pedro dice que los ojos éstos son un adulterio dilatado y un continuo delicto, y que hacen con los ojos guerra a las ánimas flacas enclavandolos en ellas, como dice la Escritura de su ama de José, que libidinosamente su señora arrojaba y enderezaba sus ojos en José, y con esta liviandad vienen a abrir la puerta del alma a los deseos, de manera que la hacen un mesón y se viene a verificar dellas lo que dice Jeremías en sus *Trenos* (y queda alegado): «Han sido mis ojos ladrones y salteadores que me han robado el corazón en todas las mujeres de la ciudad»: galanas palabras para los hombres perdidos, que no veen mujer que no desean.

En las *Vidas de los Padres* se lee que importunaba un monje mozo a otro viejo que, pues que ya lo era tanto, se volviese al mundo, y respondió: «De muy buena gana iré yo adoquiera que no haya mujeres». Dijo el mozo: «Padre, adoquiera hay mujeres, si no es en el Yermo». «Pues ahí quiero yo vivir lo que me queda de vida». A otro viejo sancto de aquéllos pidió encarecidamente una señora honesta y principal se acordase della en sus oraciones, y respondió: «Lo que yo le suplicaré es que os borre de mi memoria, como si nunca jamás os hubiera visto». Quedó desta respuesta desabrida y aceda, y quejándose dél al obispo de aquella diócesi, le respondió que tuviese atención que fatigaban mucho los demonios a los siervos de Dios con memorias y imaginaciones de mujeres, y que por ese respecto respondería así aquel santo viejo.

San Cipriano, en el libro *De singularitate clericorum*, dice que los carbones encendidos dan centellas y el hierro herrumbe, el madero carcoma, el paño polilla, los áspides ponzoña, la mujer pestilencia, como lo dice el Sabio en sus *Proverbios*, y en el *Eclesiástico* dice que tocar una mujer es tocar un escorpión. San Nilo, en la segunda oración que hace contra los vicios, dice que el mirar de una mujer es saeta enerbolada arrojada de un brazo poderoso, y que por huir este daño el siervo de Dios, ha de huir los espectáculos y fiestas públicas ado se juntan mujeres; y en el mismo lugar dice que es más sano consejo para el mozo llegarse al fuego que a una mujer; porque quemado del fuego desviaré la mano, pero abrasado de una mujer no sabe lo que hará, porque, como las flores y las plantas crecen cabe las aguas, así los deseos lascivos con la vecindad de la mujer.

San Agustín dice que el que no evitare la familiar conversación de las mujeres verná a dar de ojos muy presto; y más abajo dice que tiene en ellas tan grande enemigo nuestra castidad, que no solamente conviene resistirle, sino huirle a rienda suelta. San Bernardo lo encarece mucho más: «Por mayor milagro tengo estar en compañía de una mujer y no caer, que resucitar un muerto»; que, aunque sea encarecimiento, es muy grande. De fray Rogerio, compañero del glorioso padre san Francisco, se lee que, teniendo don altísimo de castidad, así se recataba y recelaba de todas las ocasiones y peligros de perderla como si fuera uno de los más flacos hombres de el mundo; y preguntándole su confesor por qué

222.- Mirándola, se entiende.

se estremaba tanto en esto teniendo un alma tan pura, respondió que esa limpieza le daba Dios por su recato y recelo, y que si él se descuidase de sí, Dios se descuidaría dél.

Y aunque sea mucho de los fuertes hacerse flacos, mucho más es de los sabios y discretos hacerse tontos y sin juicio, como son los que se dejan llevar de la afición y desorden causada de la comunicación y trato de aquellas que pervirtieron al más Sabio de los reyes del mundo haciéndole caer en el error abominable de la idolatría. Y Aristóteles, que entre las gentes se alzó con el nombre de filósofo, después de haber enseñado treinta años lo que otros habían de saber, supo tan poco que levantó a su amiga estatua, como a diosa, y la adoraba; y, acusado desto, fue por los de Atenas desterrado de aquella ciudad. Ateneo cuenta en el libro que llama *Convite de los sofistas* que estando él y otros filósofos en un convite de aquéllos, entró una mujer tañedora y vio que había lugar para sentarse junto a un filósofo que no la dijo se apartase (aunque la volvió el rostro y se mostró descontento della y muy desabrido); mas la vecindad pudo tanto que, como después anduviese en pregonas quién daba más por ella (según la costumbre), todavía le pareció ponella en precio, y llegó el negocio a darse de puñadas con otros sobre si la había de llevar o no.

Como del fuego se debe huir lo que fuere ocasión a desorden, y particularmente conviene este aviso a los que tienen poca experiencia de las cosas del mundo, a quien es más fácil engañarse con las apariencias de la afabilidad y entretenimiento apacible y con lo que al parecer ha de dar contento, y se les da (no conociendo lo que debajo desto les está esperando) de trabajo, miseria y desventura que jamás imaginaron. Del poeta Eurípides refiere Estobeo estas palabras: «que la fuerza de las marinas ondas es terrible, y furiosa la de los arrebatados ríos y no tolerables los ardores del fuego, y que la pobreza es cruel compañía; mas que todos estos males, y los que quedan por nombrar, son mejores de sufrir que la compañía de las mujeres; y que si algún dios formó las mujeres, puede tener por cierto que él fabricó una malísima cosa y un enemigo capital de los hombres». Consideren las más perfectas mujeres en qué las tienen los hombres sabios, pues Prometeo echó de su presencia, aun no queriendo escucharla sus sabias y discretas razones, a Pandora: tan rica, honesta, virgen y hermosísima y llena de mil gracias. Y si las que más valen así son estimadas de los que mejor las conocen, las demás no se altivezcan.

Cuando Jenofonte volvió a Grecia con los griegos que habían entrado en Asia con Ciro el Menor, viéndolos afligidos y sin esperanza de remedio por verse atajados de los montes y grandes ríos y cercados de infinitos bárbaros, entre los remedios que les dio para animarlos, fue decirles que, cuando de otra manera no pudiesen valerse, darían muestra de quererse quedar a morar en aquella tierra, como habían hecho los Misios, «que no son mejores hombres de guerra que nosotros, que contra la voluntad del rey Artajerjes tienen en su tierra muchas y muy grandes y ricas ciudades»; y así como el Rey daría de muy buena gana a los Misios guías y rehenes para los enviar seguramente, y les haría el camino y aun les daría carros para se partir, «lo mismo hará con nosotros si nos vee aparejar para habitar y morar alguna destas sus tierras. Mas temo (dice Jenofonte) que si algún tiempo nos acostumbramos a estar ociosos y a vivir en abundancia de todas las cosas y a conversar con las mujeres de los medos y persas, que son muy dispuestas y hermosas a maravilla, y ansimismo con las doncellas, que, bien así como los lotófagos, nos olvidemos de volver a nuestras tierras y casas». De suerte que por parecerles que el mayor daño que les podía

venir sería el trato y compañía de las mujeres, tuvieron por menor mal el pasar adelante con su camino y ponerse a la ventura de perderse todos que el quedar con ellas.

Muchos escritores dicen que Hércules, en penitencia de ciertas muertes mal hechas, fue mandado por el oráculo de Apolo ser vendido por esclavo y darse el precio a los hijos de los muertos, y que le compró por esclavo Onfala, reina de Lidia. Estando allí en su servicio, entraron algunos a correr y robar las tierras de Lidia, y Hércules se lo estorbó y vengó su atrevimiento, y con esto vino a ser conocido por quien era. Y para concluir con su penitencia se amancebó con Onfala, que le parió a Lamón, y a Laomedón. Y encarecen muchos, con Séneca en sus *Tragedias*, que, vestido y afeitado como mujer delicada y sentado entre las doncellas de Onfala, usaba de la rueca y huso con aquellas robustas manos con que había domado cuantos tiranos crueles y bestias bravas había en la tierra. Aquí exclama san Fulgencio y pide atención al mundo para que considere el peligro que corren los hombres, por buenos que sean, con la familiaridad de las mujeres: «¡Que no habiendo podido domar y vencer a la virtud casi invencible de Hércules cuantas ocasiones de pecar le había ofrecido Juno (figura del Demonio), haya bastado una mujercilla a le derrocar a tan gran vileza como es tratar los hilados mujeriles un hombre tan varonil, por gozar de un deleite tan vil que no se dice más de los más infames reyes del mundo, Marsias y Sardanápalo!». Estas medras sacan los hombres de la compañía de las mujeres, con que se hallan tan otros de lo que antes eran.

Mejor es la maldad del varón que la mujer que hace bien, dice el *Eclesiástico*, lo cual se ha de entender (según Nicolao de Lira) que es menos mala la conversación del varón para la mujer que la de la mujer para el varón; porque la mujer, por su flaqueza, cae más fácilmente y hace caer al varón y le lleva tras sí con grande violencia. Entre los frailes que el seráfico padre san Francisco envió a Portugal, fue uno muy devoto y amigo de la soledad y de estar siempre ocupado en la oración, y huía sobre toda manera de toda conversación y habla de mujeres. Una dama de la infanta doña Sancha, porque le vía tan espiritual le tenía muy gran devoción y deseaba mucho hablar con él, mas él se guardaba de verla y mucho más de hablarla, y así como la sentía huía luego de donde ella estaba. Como un día no pudiese huir della, y se viese con sus ruegos muy importunado para que la hablase, le dijo: «Manda primero, señora, que se traiga aquí fuego y unas pajas, y luego te hablaré». Haciéndolo traer la dama muy apriesa, díjole el religioso que juntase el fuego con aquellas pajas; y como se hiciese y fuesen luego quemadas, díjole: «Ahora, señora, te diré por qué no quiero hablarte. ¿Vees tú cuánto ganan estas pajas junto al fuego?. Pues tanto gana el siervo de Dios en hablar sin necesidad con la mujer». Ella, confusa y corrida de la respuesta, se fue y cesó de inquietar a aquel sancto religioso con su curiosidad y devoción. Al punto que este sancto fraile partió desta vida, descendió tanta claridad del cielo sobre su cuerpo defunto que a todos puso en grandísima admiración y alegría y en mayor conocimiento de la limpieza y sanctidad con que había vivido.

El abad Pafuncio vido a un solitario llamado Timoteo que había vivido treinta años en el desierto sin persona humana, hambriento y desnudo, haciendo penitencia de un pecado carnal que había cometido ocasionado de confiar de sí mucho y no temer la conversación de una mujer religiosa. De aquí vino san Agustín a vivir tan recatado que aun con su propia hermana no quería morar, diciendo que las que a su hermana servían no eran sus hermanas.

Reinando en España el rey Leuwigildo de los godos, vino de África en España Nuncto, monje y abad de gran sanctidad, el cual yendo visitar el sepulcro de sancta Eulalia, en Mérida, se quedó allí por su devoción. Traía siempre este sancto monje tan grande recato de no ver mujer ni que ninguna le viese, que para esto se estaba siempre encerrado la iglesia o monasterio donde se hallaba, y, caminando, llevaba delante de sí un monje, y otro detrás, que le advirtiesen si venía alguna mujer, para esconderse. Eusebia, una señora principal en Mérida, movida con devoción, deseaba ver este sancto abad, y alcanzó de un diácono que tenía cargo la iglesia de Sancta Eulalia que la dejase estar dentro della una noche; y allí le vio, aunque de lejos, cuando vino a los maitines. Nuncto, cuando después lo supo, se entristeció mucho y, prostrado en tierra, se lamentaba y gemía gravemente. Por evitar semejantes ocasiones, que para su sancto propósito eran graves, se apartó al Yermo, donde, con algunos monjes que le eligieron por su abad, hacía vida muy estrecha en un pequeño monasterio.

En la diócesi Camaracense sucedió que un clérigo, casto y recogido desde su niñez, después de largo estudio de Teología alcanzó una canonjía en cierta iglesia catedral. Esta prebenda trocó después por el curato de una iglesia parroquial, con celo del provecho de las almas, y allí residió siete años predicando y confesando, de que resultaba mucho bien en todos sus feligreses. Sucedió que una mujer de sesenta años, que había conservado virginidad hasta este tiempo empleándose en obras virtuosas, teniendo a cargo el lavarle y asearle su túnica y cilicio al cura, un día entró sola a su aposento, de que redundó perder entrambos el don precioso de la virginidad. Deste acaecimiento quedó la mujer tan triste y llena de dolor que, llorando amargamente, perdió presto la vida. Lo que del miserable cura sucedió no se sabe, aunque hubo indicios que tuvo mal fin. Porque cuanto la caída es de lugar más alto es de mayor peligro, y así, fue la caída de los Ángeles irreparable.

De aquí vino a decir san Agustín: «Sea la plática con mujeres breve, áspera y rigurosa». Y no menos deben evitarse porque sean de buena fama y virtuosas. «Créanme (dice este sancto doctor): con experiencia hablo; que he visto caer por esta ocasión cedros del Líbano, de cuya vista y sanctidad tenía la confianza que de un Jerónimo o de un Ambrosio». Lo dicho se refiere en el *De apibus*.

Llegose (dice la Escritura) Abimalec al pie de una torre, y una mujer que en lo alto estaba le tiró una piedra con que le hizo saltar los sesos de la cabeza. En esta figura se nos da a entender que en llegándose el hombre flaco a la mujer recibe el golpe de la tentación, del cual suele perder el seso y aun la vida. Acerca desto aconseja el señor san Gregorio lo siguiente: «Los que quisieren dedicar su cuerpo a la virtud de la castidad en ninguna manera se atrevan ni presuman de vivir en compañía de mujeres. Y ninguno, mientras el calor natural morare en su cuerpo, fie de sí pensando que tiene del todo muerto el fuego de la carne; que también el ascua cubierta con la pavesa parece a las veces estar muerta y, en meneándola con la mano, quema al que la tocó».

Pues si los castos y siervos de Dios más fuertes tienen de vivir con este recato y temor, ¿con cuánto mayor es justo que viva un pecador, enfermo, regalado y tentado? Huya el miserable las ocasiones, evite los peligros, ataje los medios por donde se enciende este fuego: cierre los ojos a la mujer ajena, no entre en su casa ni pase por su puerta, no rúe por su calle ni responda a sus demandas ni admita sus recaudos, no haga cuenta de sus querellas ni oiga sus mensajes, no escuche sus palabras ni cure de sus falsas razones. Huyga de su

conversación, apártese de su vista si no quiere caer en pecado; porque (como dijo san Jerónimo), «No está lejos de caer en la obra el que se deleita en las palabras».

A la Esposa dos veces la llama de hermosa el celestial Esposo para significarnos que los que pretenden agradar a la Majestad divina no han de tener menos cuenta de lo exterior que de lo interior. Y en este caso claro está que ver hablar y conversar un hombre con mujeres sin más necesidad ni causa justa para ello de buscar un poco de pasatiempo, que engendra vehemente sospecha y presunción de afición desordenada. En confirmación de aquesto vemos que en el Derecho Canónico se tiene por suficiente prueba para condenar a una mujer por adúltera y darle la pena que merece por sólo verla con un hombre en lugar apartado, sin terceros y en tiempo oportuno para mal, aunque no se vea el delito, dando por indicios violentos de la culpa lo que hemos dicho. Y, pues esto es así, mire que cada uno está obligado a quitar cualquier sospecha fundada en flaqueza humana y liviandad de corazón, si no quiere ser tenido por deshonesto, aunque no tenga intención de serlo.

Llegándose una vez cierta mujer de buen arte en casa de Ptolomeo Trifón (dice Eliano) y enviándole un recaudo pidiendo licencia y lugar para hablarle sobre unos negocios, antes de darle entrada preguntó el Rey quién era, qué arte traía y qué le podía querer. A lo cual respondieron los criados que ellos no lo sabían, ni la conocían ni la habían visto más de agora, y que era una mujer de buen aire, bien dispuesta y muy hermosa. En oyendo estas nuevas, al punto se resolvió el rey Ptolomeo en no ponerse en pláticas con tan hermosa mujer, enseñándonos en esto aqueste gentil que nunca la mujer y el hombre (cuanto es por parte de la naturaleza flaca) estuvieron seguros, y, por tanto, no se quería poner en peligro, pues aunque no pase a uno por pensamiento hablarla con mala intención, baste ser varón y hembra; que, aunque sean más mortificados, en viéndolos juntos, luego el Demonio, que no duerme, levanta la caza, luego atiza el fuego, luego inquieta los sosegados y luego remueve humores (dice san Crisóstomo) muy malos de volver a sentar.

Esto notó curiosamente el glorioso san Basilio, y lo dejó escrito para aviso de muchos que incautamente proceden y, fundados en sus conversaciones, más simples que sinceras, tratan y comunican mujeres con poco recato, no considerando que, si su pensamiento es llano, el de Satanás es muy torcido; si ellos andan a buenas, él anda a malas, y si ellos no tienen imaginación de caer, él la trae muy aguda por derrocarlos. De manera que el verlas daña los corazones, el oírlas los encanta, el hablarlas los inflama, el tocarlas los agujijonea, y, finalmente, todas ellas son una maraña de red con que el Demonio pesca por la mar y caza por la tierra. Lo mejor es (dice san Jerónimo) acortar el hilo con tiempo a tales conversaciones y pláticas, pues si una vez les dan entrada son después muy difíciles de arrancar. Cualquier nave en medio de el mar (decía el abad Nilo) desea el puerto, cuanto más la que corre tormenta. Huya, pues, toda sospechosa conversación de mujeres quien no se quisiere inficionar con su anhélito.

#### Capítulo cuarto: Del vano ejercicio de los bailes y danzas

**P**ORQUE danzabas y bailabas, y te holgabas con toda tu voluntad sobre la tierra de Israel, por amor de eso yo estenderé mi mano sobre ti y te entregaré a los gentiles para que te destruyan y te maten, dice Dios. En el castigo con que Dios

amenaza en estas palabras (por boca de su profeta Ezequiel) a las doncellas de su pueblo da a entender cuánto Dios aborrezca los saraos y danzas del mundo.

Con ser Moisés el más manso hombre que entonces había en la tierra, cuando vio el becerro, danzas y corros del pueblo de Israel, y la solemnes fiestas que le hacían y juegos que inventaron (en lo cual los que más en esto se señalaron, según muchos afirman, fueron los del tributo de Dan, y de aquí tuvo origen llamar a semejantes movimientos de regocijo *danza*, y a los que los hacen *danzantes*), tanto se indignó que arrojó las tablas de la Ley, que tenía en sus manos, y mató veinte y tres mil personas del pueblo. No hiciera esto el celador de la honra de Dios, siendo tan pacífico y sufrido, si no entendiera lo mucho que aquéllos ofendían a Dios en aquellas danzas.

No sé cómo se tiene ahora por tan honrosa gentileza la del bailar y danzar, pues a los dados a tales ejercicios (vanos o sin provecho, e indignos de hombres prudentes) tenían los antiguos por infames, y dice Macrobio haberlo llorado con palabras de profundo sentimiento Scipión Africano Emiliano, viendo que los hijos y hijas de buenos deprendían tan deshonesto ejercicio. Por ser tales los condenó Platón, al cual rogándole mucho un rey de Sicilia, gentil, a quien él vino a visitar, que bailase con otros, en ninguna manera lo quiso hacer, diciendo que aquello era cosa de mujeres.

Por la deshonestidad de los movimientos de los bailes y danzas dijo el poeta Horacio (no sin reprehensión) que eran las doncellas enseñadas a los movimientos jónicos (por haber sido aquéllos sus inventores, y no de más fama de honestos que sus vecinos). Séneca dice que los deshonestos y afeminados se dan a tales pasatiempos; y de el buen rey don Alonso de Aragón dice Antonio Panormitano que escarnecía mucho de Sócrates por haberse mostrado tan amigo de bailes. Y de el emperador Domiciano sabemos sólo esto bueno de que le alabar: que (como dice Suetonio) privó a uno del nombre y honra de senador porque se preciaba de bailador; y Dión escribe que el emperador Tiberio desterró de Roma a los bailadores. Y debe bastar, para entre cuerdos, cuánto se use el baile entre mozuelos y gente liviana para creer ser infame ejercicio. Y por esto, y porque de ahí saca el Demonio otras maquilas más a gusto, mandan los Cánones de la Iglesia que los clérigos no se hallen donde hubiere bailes, y Salomón aconseja a todos que no se alleguen adonde hubiere bailadoras.

Muchas veces es ocasionado para muchas imperfecciones y pecados este ejercicio de danzar y bailar, así en los bailadores como en los que los miran, por el gran peligro en que se ponen los hombres y mujeres que andan revueltos en estos bailes. Y aquellos meneos y saltos, represas y mudanzas, con reverencias y contenencias, el cantar y la música de los instrumentos, son despertadores de pensamientos malos y corredores y terceros de muchas deshonestidades. Y por esto debrían de huir deste diabólico ejercicio los que conocen por experiencia que nuestra naturaleza es inclinada a mal desde su juventud, y tener muy asentada en la memoria la sentencia del *Eclesiástico* que dice: «El que ama el peligro perecerá en él».

Y, caso que no haya peligro de deshonestidad en los danzantes, se habían de abstenen de este ejercicio las personas cuerdas, porque es ejercicio que arguye locura y falta de buen seso; porque si un hombre que nunca hubiese visto bailar y danzar viese a un hombre y a una mujer andar saltando a la redonda, dando castañetas y zapatetas, ¿qué podría juzgar, sino que son locos de atar? Y aun entre los que lo hemos visto muchas

veces, si viésemos algunos danzar o bailar sin oír el que tañe, tendríamoslo por una cosa fría y desvariada. Pues adviértase cómo en este ejercicio con una locura se encubre otra, porque los desordenados movimientos de los bailes son cubiertos con el son de la vihuela o instrumento que se tañe.

Dice Luis Vives que como viniesen a estas partes unos extranjeros de tierras muy remotas que nunca habían visto danzar y bailar ni sabían qué cosa era, como viesan a unos hombres danzar con unas mujeres echaron a huir y se salieron sanctiguando; y preguntando el porqué, respondieron que por apartarse de locos, no les hiciesen mal. El rey don Alonso de Aragón, como acaso viese a una mujer que bailaba más desvergonzadamente de lo que fuera razón, dijo: «Esperad, que luego la Sibila dará la respuesta», dando a entender que el baile y danza es género de locura, y la Sibila adivinadora no daba el oráculo ni respuesta sin tornarse furiosa como loca. Erasmo, tratando desta materia, dice estas palabras: «A mí también me han parecido muchas veces los que danzan alborotadamente que son tomados de algún furor y locura, mayormente las mujeres. Y así, juzgo que los padres que enseñan a sus hijos a danzar y bailar los enseñan a ser locos».

Y anda el mundo tan desvariado que hay maestros y escuelas públicas en nuestros tiempos donde se enseña esta locura, y al mancebo y a la doncella que no aprende ni se ejercita en esta ciencia de locos le tienen por bisoño y grosero; pero más vale que los locos te condenen, siendo cuerdo, que no te alaben los locos de ser loco y liviano. Y ¿qué cordura puede haber en la mujer que en estos diabólicos ejercicios sale de la composición y mesura que debe a su honestidad, descubriendo con estos saltos los pechos y los pies y aquellas cosas que la naturaleza o el arte ordenó que anduviesen cubiertas? ¿Qué diré del halconear con los ojos, del revolver las cervices y andar coleando los cabellos, y dar vueltas a la redonda y hacer visajes (como acaece en la zarabanda, polvillo, chacona y otras danzas), sino que todos estos son verdaderos testimonios de locura y que no están en su seso los danzantes? Y en estos locos movimientos y mudanzas se echa bien de ver el poco seso que les sobra y el mucho que les falta a los que se están bailando los días y las noches y no querrían que se les acabasen; y si les dicen que vayan a misa otro día, responden que están molidos y hechos pedazos.

De la tórtola escriben los naturales que al son de las flautas da vueltas, salta y hace mudanzas, con que suelen engañarla los cazadores y cogerla en los lazos; y por esto los egipcios significaban en la figura della al danzador. Y sin duda debe ser éste el origen de llamar tortolica a la que es inquieta y de poco reposo y anda volviendo y revolviendo la cabeza y saltando sin qué ni para qué; en la guarda de la cual se suele poner más vigilancia, por la poca opinión que de ella se tiene, temiendo no haga algún mal hecho por ser tortolica y de poco seso.

De todas las cosas semejantes a estas de los bailes, cuando uno del todo no se pudiere apartar, ha de usar dellas pocas veces, y éstas con grande cuidado y modestia. Y así, cuando hubiere de bailar o recrearse en otro juego, hase de tomar como un descanso y alivio para el ánimo fatigado o para ejercicio del cuerpo, y no como deleite que ofende al ánimo. De buena voluntad me excusara de no poner ejemplo, porque la imitación de los altos varones no es a todos segura, porque no todo animal que vuela puede seguir al águila; mas habrase de hacer.

Muchos de los que quieren imitar o seguir a otros, unos hacen lo contrario, otros otra cosa, y otros aquello mismo, mas por otra manera y camino, y muy pocos hacen perfecta-

mente lo que siguen. De Catón el Menor se dice que solía aliviar el ánimo cansado de las cosas de la república con beber alguna vez, y lo mismo hacía Sólon entre los griegos. Alguno, queriendo seguir a éstos, tomará por oficio el beber de manera que, como a aquéllos les era remedio lo poco y raras veces que bebían, a éste lo mucho y muy continuo le sirva de embriaguez. En el ejemplo que aquí se traerá de un valeroso príncipe, podría suceder lo mismo, que es lo que yo temo; mas el que quisiere que su imitación le sea de provecho o no le siga o no mude nada de lo que él hacía.

Séneca, en aquel libro donde busca la tranquilidad y reposo del ánimo, por estas mismas palabras dice que «Scipión revolvía aquel su belicoso y triunfante cuerpo a son y compás, no requebrándose mujerilmente, como agora se acostumbra (que aun en el andar se excede a las mujeres en flaqueza), sino como aquellos varones antiguos que en los tiempos de fiestas y juegos acostumbraban danzar y bailar de tal manera que no les era mengua ninguna el ser vistos de sus enemigos». En las cuales palabras ya se ve lo que Séneca entonces sentía aun de las cosas de su tiempo. ¡Dichoso él, pues no vio lo que acerca desto agora pasa!

Aunque el mesmo Séneca apruebe el bailar, el que quisiere usar de más sano consejo absténgase dello y busque otras maneras de pasatiempos más honestos con los cuales pueda templar y aliviar su ánimo triste o cansado; pero en todo es bien que advierta lo que allí dijo Séneca últimamente: que todo lo que el hombre hiciere lo haga así como si sus enemigos lo estuviesen mirando; porque mucho mejor es vivir de tal suerte que de su abstinencia y gravedad se maravillen sus enemigos, que no sus amigos queden necesitados a excusar su deshonestidad y disolución. Más clara es aquella fama a la cual ninguno puede oponer verdadero vicio ni se atreve a ponerle falso, que aquella a quien se opone, aunque después se limpie; porque la perfecta virtud espanta y ahuyenta las acusaciones, y la mediana las<sup>223</sup> despierta y levanta. Mejor sería excusar las danzas y bailes, aunque se hayan de hacer con la moderación y honestidad que Scipión lo hacía; pero si alguno no pudiere acabarlo con su corazón, siga el modo de este excelentísimo varón, pues fue tan remirado en sus hechos que hasta en una cosa como esta de los bailes, en que tantos descuidos y yerros suelen cometerse, no quiso que faltase el ejemplo de su gravedad y modestia.

El danzar dicen que aprovecha para estar y caminar de buen aire, y hacer reverencias sin desgracias y cumplir en una fiesta sin dar que reír. Este ejercicio se tenía por tan gran delicto entre los romanos, que Salustio, reprehendiendo la disolución de Sempronia (entre los otros vicios de que la acusa), dice que sabía más primores de danzas y música que convenía a mujer honesta. Y al rey de los Gálatas, Deyotaro, le acusaron delante del emperador Julio César, por delicto, muy grave que le habían visto danzar, y Cicerón le defendió cuanto pudo, probando ser falsa esta acusación. Y el mismo abogando por Murena (noble romano), que había sido acusado por Catón de que había danzado, lo negó, y probó lo contrario con grandes argumentos. Y pues éstos ejercicios eran feos acerca de los gentiles, ¿cuánto menos los habíamos de frecuentar los que somos cristianos, pues no podemos negar que el bailar y danzar de la manera que se usa es muy peligroso?

En estas danzas combate el Demonio a los hombres con las mayores armas que tiene. Las más fuertes armas de que usa son las mujeres, con las cuales ha vencido a muchos muy

223.- Orig.: 'la' (469v).



fuertes y esforzados, como eran Adán, Sansón, David y Salomón y otros muchos. Cuando las mujeres vienen a los bailes, primero se atavían y componen con mucho estudio y curiosidad, y en este barbecho siembra el Demonio mucha cizaña de malos y deshonestos pensamientos de donde se coge semilla de perdición de las almas, y crece y se levanta tanto, que ahoga y destruye a la honestidad; y es una yesca que prende y hace saltar centellas de los corazones (que no son de pedernal, sino de carne flaca) y es un despertador de torpes y malos deseos. Y así, es condenado por el sancto Job, cuando dice de los que se aplican a estos vanos y peligrosos ejercicios: «Pasan sus días en placeres, tañendo instrumentos, regocíjense al sonido del órgano y en un punto descienden al Infierno».

En grande regocijo y fiesta estaban los filisteos, comiendo y bebiendo esperando a que bailase Sansón, cuando cayó sobre ellos el templo donde estaban, y desde el lugar de la fiesta descendieron en un punto al Infierno casi tres mil dellos. Grandes daños vinieron a Enrique octavo, rey de Inglaterra, por las danzas y bailes, pues las reinas Ana Bolena y Catalina Eguart, sus mujeres, en ellas se hicieron adúlteras al Rey: la Ana concertando allí lo que le parecía con los que bien quería y dejándolos cerrados en el alacena de las conservas, al salir, hasta la medianoche; y la Catalina dando y tomando en las danzas cartas de mal amor, por lo cual fueron entrambas degolladas y el Rey puesto en aflicción y afrenta. La adúltera Herodías enseñó a su hija a danzar y bailar con gran primor antes que otros ejercicios virtuosos, y, danzando la moza en la fiesta del nacimiento del rey Herodes con grande admiración y contento de los que la miraban, el fruto que redundó de aquel baile fue el cortar la cabeza al sanctísimo Baptista.

En el *Promptuario de ejemplos* se lee que una noble matrona tenía gran cuidado de la crianza de sus hijas, en especial les persuadía a que diversas horas y momentos del día dijese la salutación angélica del *Avemaría*. Tuvo esta señora, entre las demás, una hija a la cual también enseñó la misma oración y devoción; mas ella, por ser hermosa y viciosa, todo su cuidado era en componerse profanamente y en bailes y danzas, favoreciéndola su propio padre, a quien este su modo de proceder era muy gustoso. Y no sólo la moza vana era dañosa para sí, antes por ocasión suya muchas almas se enredaban en diversos pecados viendo y deseándola mal. Entró un día en un jardín y, arrimada a un árbol, estaba aderezando su rostro. Oyó que la llamaban de lo alto del árbol y que le decían que subiese en él. Preguntó: «Y ¿quién eres tú, que me llamas?». «Soy (dice) el Demonio, cuyos deseos tú siempre has favorecido siendo arma y red del Infierno con la curiosidad de tus bailes y danzas y muchas galas y aderezos; y así, ha llegado el tiempo en que pagarás la pena merecida por tus pecados y por los que otros, por tu ocasión, han cometido». Con esto, mostró el Demonio querer hacer presa en ella; mas, acordándose de la oración que su madre la enseñó, dijo en voz alta: «¡Ave María! ¡Valedme, madre de Dios!». El Demonio, mostrando terrible enojo, dijo: «¡Maldita sea quien esta oración te enseñó! La cual si no dijeras, por justo juicio de Dios fueras ahora de mí llevada a las moradas infernales, donde están otras a quien tú has imitado en tus vanos ejercicios». De oír y ver esto quedó tan otra la pobre doncella, que ni vestidos superfluos ni danzas o bailes fueron más de su gusto; y así, trocó la vida y vivió y murió muy bien.

Esto avisa la razón natural, y mucho mejor nos lo amonesta la fe; porque ella nos pide que en toda la compostura del hombre exterior, mostremos tanta modestia, tanta honestidad, tanto desprecio de toda vanidad y liviandad, que todos los que nos vieren glorifi-

quen al Padre celestial, conociendo y confesando que hombres de costumbres tan graves y puras y tan celestiales son la semilla y generación bendita de su unigénito Hijo y los imitadores de su santísima vida, y que tienen su corazón no fijado en las vanidades de la tierra, sino en el cielo. Maravillosa cosa es que morando en este valle de lágrimas y desierto del Paraíso para el cual fue el hombre criado, y viviendo tan cercado de enemigos, cante y dance y ría, no sabiendo si morirá mañana: todos estamos sentenciados a morir y esta vida no es otra cosa sino camino de muerte. Las vacas suelen ir saltando y jugando a la carnicería; y que las bestias que carecen de razón hagan esto no es de maravillar, porque no saben que las llevan a la muerte; pero mucho es de admirar que el cristiano, criatura de tanta razón, vaya bailando y jugando a la carnicería del Infierno, siendo llevado de sus días por la posta con grande ligereza a la sepultura. Vivamos, pues, de manera en este desierto que no perdamos las verdaderas fiestas y bailes de la gloria, que para siempre duran.

#### Capítulo quinto: De los costosos trajes y atavíos de mujeres

**M**ÁS ordinariamente suele estar este vicio del regalo y preciosidad de los ricos vestidos en las mujeres que en los hombres, porque de que dan en atavíos y galas pasa el negocio de pasión y llega a tentación; porque hoy un vestido y mañana otro y cada día el suyo, y lo que hoy hacen mañana lo deshacen; y hay más: que se tornan maestras e inventores muchas de nuevas invenciones y trajes y tienen por honra sacar invenciones nunca vistas.

Y aunque sea verdad que todos los maestros desean tener discípulos que los imiten, es al contrario en mujeres; que viendo en otras sus nuevos trajes los aborrecen y estudian y se desvelan por hacer otros. Y crece el humor de suerte que no le agrada tanto lo galano y hermoso como lo preciado y costoso, y ha de venir la tela de Flandes y el ámbar de cabo del mundo que bañe el guante y la cuera; y aun el calzado ha de ser oloroso y vistoso, porque en él tiene de relucir el oro también como en el tocado; el manteo ha de ser más bordado que la basquiña: todo nuevo, todo hecho de ayer para vestirlo hoy y arrojarlo mañana.

El gasto de los hombres suele ser en cosas de provecho, en posesiones y preases; mas el de las mujeres todo en aire, porque no vale ni luce, en guantes y en volantes en pebetes y cazoletas, en azabaches, vidrios y musarañas, y algunas veces no gasta tanto en libros un letrado como alguna dama en enrubiar sus cabellos. Y no sólo hay daño en vestirse y componerse con tanta costa, sino que, estando vestidas y compuestas, quieren ser vistas, y, siendo vistas, si las hablan, quieren responder. No digo esto de todas; que muchas hay que dan ejemplo aun a los hombres de barba y son freno, con su modestia y silencio, a los que se les atreven con palabras descompuestas, sino de algunas que les parece ser caso de menos valer y que serán condenadas por necias si no responden por los términos que las hablan y, si malos, peores.

Muchos sabios y leyes imperiales y costumbres bien recibidas en algunas repúblicas conceden atavíos curiosos a las mujeres y algo costosos, con tal que no excedan su estado y hacienda, y aun en la sancta Escritura tenemos de algunas sanctas mujeres haberse aderezado con especial cuidado, por lo cual de ninguno han sido reprehendidas, como Rebeca, Rut, Ester y Judit; Salomón adorna de lino blanquísimo y de finísima grana a la

mujer fuerte, y en los *Cantares* promete a la Esposa gargantillas de oro labradas de gusanillo de plata, y el profeta Esaías pinta las amenazas de Dios contra las hijas de Sión: que las privaría del calzado curioso, de las cadenas de sus cuellos, sartales y otras joyas; Daniel trata de los regalados aderezos de la castísima Susana, y san Juan vio en el *Apocalipsi* bajar a la Iglesia del cielo arreada y ataviada como la mujer se suele aderezar y componer para se casar con su marido.

Si damos con la plática en teología pagana, concluiremos con Homero deberse la curiosidad de los atavíos a las mujeres, probándolo con ejemplos de sus diosas; porque en el *Himno de Apolo* introduce a las diosas Diana y Rea, y a Temis y a Anfitrite, que ofrecieron un riquísimo collar labrado de hilos de oro a la diosa Iris por que llamase a la diosa Lucina que partease a la diosa Latona (que estuvo nueve días del parto de Apolo); y si no fuera cosa decente traer joyas las mujeres honradas no acometieran a Iris con el collar. En el *Himno de Mercurio* llama a su madre, la diosa Maya, la diosa del hermoso calzado, y en la *Iliada* introduce a la diosa Juno adornándose con gran curiosidad para enamorar a su marido Júpiter, de donde saca Plutarco doctrina en defensa de curarse las mujeres del cabello y usar de lavatorios y ungiarse con olio; esto se entiende como sea con fin lícito y honesto. Clemente Alejandrino trata mucho de las composturas y atavíos, y, condenando toda demasía, concede a las mujeres algún rato de licencia de más galas y vestidos que a los hombres (en cuanto no excedan de un medio de buena razón) y alaba el gobierno de los lacedemonios, que a solas las mujeres públicas consentían vestir con galanía y traer dijes, diciendo que a la mujer honrada su virtud la adorna y hermosea.

Yendo el gran Alejandro a conquistar la isla de los bragmanos, entre otras razones que el rey de los bragmanos le escribió, fue ésta: «No sabemos qué te mueve a hacernos guerra, porque nosotros no tenemos riquezas de que nos puedas despojar. Entre nosotros todos los bienes son comunes, no tenemos otras riquezas sino la comida necesaria; vestidos no tenemos sino los que bastan para cubrirnos; nuestras mujeres no tienen galas ni aderezos, porque todo esto tienen por carga: la hermosura que les dio naturaleza no la procuran aumentar con afeites ni aderezos». En esta carta tan sentenciosa se precieron los bragmanos de no ser curiosos en vestidos ni en comer ni beber, donde parece que condenaban el exceso de los vestidos y comidas demasiadas. Y en lo tocante a los vestidos tenían razón de ser moderados, y aun nosotros debíamos tomar el consejo del divino Paulo, que dice: «Teniendo qué comer y con qué nos cubrir, con esto nos debemos contentar».

Mas ¿qué diremos de algunas mujeres las cuales son tan aficionadas a los excesivos trajes que no miden lo que han de vestir con la vara de la razón y de su posibilidad, sino con el tanteo de su locura y presunción, haciéndose semejantes a aquellas soberbias romanas (de quien hace mención Luis Vives), las cuales no pudiendo sufrir la moderación de la ley Opia, que las ponía tasa en los vestidos y guarniciones dellos, fueron dando voces al Senado para que se derogase? Y así se hizo, dándoles licencia para poder traer cuanto se les antojase, contradiciéndolo Catón, cónsul romano, cuanto pudo, a cuya autoridad venció la vanidad de dos cónsules que con mucha pasión lo favorecieron.

Ausonio en un epigrama reprehende a Delia deste vicio, en el cual la dice que todos la tenían por mala por se componer demasiado, siendo virtuosa, y que a su hermana, mujer muy deshonestá, todos la tenían por buena por ver que se trataba en su vestir honestamente. Ovidio y otros muchos tratan de cuán infamada estuvo Claudia, la monja Vestal,

por se preciar mucho de andar compuesta, y que, no pudiendo todos los romanos traer al puesto necesario la nao en que llegó la estatua de la madre Idea a Roma, ella, haciéndole su oración o encanto, para prueba de su virginidad la echó su cinta y la llevó sola hasta aquel puesto: tanto sabe y puede el Demonio para engañar a necios. Dice Galeno que cuando Cleopatra, reina de Egipto, se mató, fue hallado en su recámara un libro, compuesto por ella, de los atavíos, vestidos y composturas y trajes galanos, y por esta tan excesiva curiosidad se entenderá cuán viciosa y lujuriosa haya sido, aliende de lo que en las historias parece, que es harto, y cómo semejante cuidado en estas cosas por maravilla deja de sentarse en personas tales.

Scévola escribe de una mujer que, por haber sido en su vida amicísima de galas, cuando se vido para morir mandó en su testamento enterrasen con ella las perlas y esmeraldas que tenía: tanto amó sus joyas esta mujer como esto, que aun en muerte se le hizo de<sup>224</sup> mal dejarlas. A ésta son semejantes las que viéndose sin dientes, arrugadas y viejas, se traen los dijes y aderezos que traían en su niñez y juventud, sepultando con su ancianidad las liviandades y locuras que tanto amaron en su mocedad.

Son estos trajes y aderezos motivos y ocasión a las mujeres de salir a vistas y hacerse trotadoras y callejeras; porque, estando ricamente vestidas y ataviadas, desean ser vistas de todo el mundo, lo que no harían si cesase esta diabólica costumbre, introducida por arte del Demonio, de las galas y curiosos vestidos. Dice Ludovico Vives que los egipcios tuvieron un tiempo por costumbre de hacer que sus mujeres anduviesen descalzas y revueltas, por que, así, tuviesen vergüenza de salir por las calles. Y Diódoro siculo dice puso Zaleuco un medio de grande invención para atajar este vicio, mandando (por ley que dello hizo) que ninguna mujer noble se acompañase más de con una criada, salvo cuando estuviese borracha; ni saliese de noche fuera de su casa si no fuese yéndose a dormir con sus amigos; ni se compusiese con dijes de oro ni con ropas costosas si no fuese para atraer algunos a que la quisiesen por su manceba; y que los hombres no trajesen sortijas de oro ni ropas muy vistosas y ricas sino cuando se quisiesen amancebar. Y como estos vicios les eran prohibidos y de grande ignominia, por no caer en infamia se contentaron con los trajes moderados y honestos.

Mas ¿qué menester es probar la honestidad de los vestidos y atavíos con testimonios de gentiles, pues los condenan los dos príncipes de la Iglesia, san Pedro y san Pablo? El uno dice: «Las mujeres no traigan cabelleras por defuera ni aderecen sus cabellos con tranzados de oro»; y el otro dice: «Las mujeres se vistan de hábito honesto, con mesura y templanza, y no con cabellos encrespados, cargados de oro y de perlas, ni con preciosas vestiduras». Considerando el glorioso apóstol san Pablo los excesos que las mujeres hacen para venir a la iglesia, las requiere y amonesta que el tiempo que allí estuvieren cubran sus cabezas; porque así como es caso feo que el varon esté ante Dios cubierto, así es caso feo que la mujer esté descubierta. Y dice que han de tener cuidado de cubrirse por los Ángeles (entendidos por los ministros de Dios), por que aquel espejo en que se mira Dios no se empañe y por que aquellas luces no se nublen y aquella sal no pierda su sabor. Pues si los sacerdotes consagrados a Dios, que comen a Dios y beben a Dios y le tienen en sus manos,

224.- Orig.: 'de de' (473r).

pueden quedar presos de los lazos y rizos que lleva en la cabeza una mujer, ¿qué será de los ministros de Satanás que van al templo llenos de vanidad y malas intenciones?

Por eso dice san Pablo: «Cúbrase la mujer en la iglesia; y si alguna porfiare en descubrirse, trasquílenla a cruces, como a loca». En el cuidado grande que pusieron san Pedro y san Pablo en avisar a la mujer que cubriese sus cabellos y cabeza mostraron el daño que hace con ella al mundo, que es cabeza de víbora y de serpiente, toda llena de ponzoña. Que, aunque es verdad que toda una mujer compuesta y ataviada de los pies a la cabeza es un engaño, un lazo y una red en que se enlazan los flacos como simplesavecillas (unos en los pies, como Holofernes en las sandalias de Judit; otros en las manos, de quien dice el *Eclesiástico* que son redes y prisiones; otros en el traje lascivo y deshonesto, como la mujer de quien dice Salomón venía en hábito de ramera para engañar a las almas, y Tamar se vistió del mismo traje para engañar a su suegro; otros en las palabras blandas, tiernas y amorosas, de quien dice el Sabio parecen panal de miel); pero la red barredera en que todos dan de ojos es un rostro hermoso y una cabeza galana sembrada de muchos lazos; porque todos lo son muy peligrosos del alma.

Eso significó el Esposo diciendo a la Esposa: «Uno de tus ojos, esposa mía, y un cabello de tu cabeza me ha herido y lastimado el alma y el corazón». Es la bandera con que el Demonio hace más gente, el cebo con que más ceba, la cosa con que más captiva y enamora; y, fuera del peligro, que es notorio y manifiesto, hay otra indecencia intolerable y otro inconveniente grave, y es que a la iglesia o vamos a asistir a las exequias de Cristo muerto, que eso es ir a misa ( como lo dijo el mismo Señor: *Mortem Domini annuntiabit*), o a confesar nuestras culpas y a pedir dellas misericordia y perdón; y, ora vamos para eso, ora para esotro, es locura llevar trajes ricos, costosos y profanos; porque en las exequias de nuestros padres más a propósito vienen los lutos, y en una persona penitente y llorosa y arrepentida no dicen bien trajes de bodas y fiestas: es representar un rufián con hábito de ermitaño.

Cuando los hijos de Israel adoraron el becerro, consultando Moisés a Dios sobre el caso, deseoso usase con ellos de clemencia y de piedad, la primera cosa que mandó fue que dejasen las galas; porque pecadores con tan ciertas señales de placer y de alegría no alcanzan de Dios perdón. La liberalidad y franqueza o, por mejor decir, la prodigalidad con que buscan las mujeres sus antojos y consiguen sus deseos, siendo de su cosecha cortas y mezquinas y naturalmente avaras para conseguir el fin de lo que aman o desaman, no hay alejandos que las lleguen. Grande fue la prodigalidad de que usaron para hacer el becerro, pues se quitaron las ajorcas y cercillos, donde se debe ponderar que, aunque la mujer es avara generalmente, pero de ninguna cosa tanto como de sus joyas, sus galas y sus preseas; porque no hay cosa que tanto luzga en sus ojos después de Dios; mas para los ídolos de sus antojos todo se ha de quemar y destruir. Para un día de toros o de cañas, dejará una mujer a su marido en el hospital y llevará sobre sí más bujerías que una tienda de buhonero, y para ir a misa dirá que no tiene manto.

Por Ezequiel se queja Dios de su pueblo (en metáfora de esposa suya, aunque alevosa y traidora) de que los vestidos y galas que él le había dado había estragado y destruido en deshonestidades y torpezas; y pondera el Profeta que no se había visto hecho como aquél ni se verá; porque otras piden jornal y galardón de los placeres que hacen a sus amadores, «pero tú (dice Dios) das dineros encima a quien te quiere; y más que dineros, porque maltratas y despercicias las cosas que más a más y más estimas».

Si el apóstol san Pedro (dice el divino Cipriano) tanto amonesta a las mujeres casadas que tengan modestia en sus trajes y gran limitación en sus atavíos como parece en su primera *Canónica*, con poderse muchas veces escusar con sus maridos por ser dellos queridas y amadas, ¿cuánta mayor razón será que aquesta honestidad y modestia la tengan y guarden las doncellas y las vírgines a Dios dedicadas, pues no tienen en la tierra marido a quien agradar sino a su esposo celestial, Cristo Señor nuestro? La continencia y limpieza (dice Cipriano) no consiste solamente en los interiores afectos, sino también en los exteriores movimientos y en la religiosa honestidad. Y si esto es así, cosa fea es gloriarse la doncella de los rubios cabellos y de el rostro afeitado; porque, aliende de ser a los que la miran peligroso, a ella misma le es dañoso, pues su principal pelea y su ordinaria lucha es la carne. La ropa de muchas colores y los demasiados dijes y galas no es hábito de doncellas virtuosas, sino de mujeres atrevidas y de poco honor; por tanto (dice Cipriano), huyan las vírgines castas y honestas los atavíos y aderezos de ramerías.

Abomina Dios por Esaías (dice Inocencio) la demasiada desenvoltura de las doncellas y su poco recogimiento y modestia, diciendo que las hijas de Sión andaban muy enhiestas y los cuellos muy levantados y estendidos, con otros disolutos movimientos. De andar las vírgines vagarosas, distraídas, muy afeitadas y compuestas, sin honestidad y cordura (dice Cipriano), vienen a ser viudas antes que casadas, siendo adúlteras no a sus maridos, pues no los tienen, sino a Cristo su esposo, del cual habían de recibir muy alto e incomparable premio. Algunas doncellas, con celo e intención de casarse antes, por hacerse más amadas y deseadas de los hombres no ocupan su vida en otra cosa sino en componerse, ni gastan su hacienda si en joyas y atavíos. Y si advirtiesen que no hay con cosa que más se aojen y ahuyenten los maridos cuerdos y discretos que con ésta, más se preciarían del honesto y moderado vestido y de ser muy caseras y hacendosas que de lo demás; pues, aliende de ser tan costoso (y por esto no atreverse los hombres cuerdos a sustentarlo), se conoce en sus ánimos poca virtud y muestra de muy grande liviandad y locura. Como Dionisio, tirano de Sicilia, enviase presentados a las hijas de Arquidamo muy ricos y preciosos vestidos, no los quiso recibir, diciendo: «Tengo temor que con estos vestidos me parecerán a mí feas las doncellas». El atavío de las vírgines ha de ser sencillo y honesto. El precioso muestra el ánimo destemplado y poco modesto y es provocativo a mal, y la doncella en nada lo ha de ser sino a toda honestidad y virtud.

Las demasiadas composturas tenía Sófocles por ignominia, sintiendo con Crates que el ornamento es el que orna y que lo que adorna es la honestidad, gravedad y vergüenza con que la mujer vive muy rica en sí y graciosa en los ojos de los cuerdos. De Aspasia, mujer afamada en hermosura, dice Eliano que, con haber sido mujer de Ciro y de Artajerjes, reyes de Persia y grandes monarcas, nunca se curó de vestidos curiosos ni de afeites. El filósofo Máximo cuenta de la mujer del buen Foción que, preguntada por qué fue a la conversación de otras nobles señoras sin preciosos atavíos, respondió que sus atavíos y galas eran las virtudes y merecimientos de su marido Foción. Y Valerio cuenta que, mostrando una matrona capuana a Cornelia, romana, madre de los Gracos, muchos y muy preciosos atavíos de su persona, la entretuvo en palabras hasta que sus hijos vinieron de la escuela; y, venidos, dijo: «Estos son mis vestidos y ornamentos».

Aunque también es verdad que todo lo tiene el que nada desea; y con mayor propiedad, porque el dominio de los bienes del mundo falta y se trueca, y el menospreciarlo todo con

el alma y deseo no teme golpes de fortuna contraria. Y de aquí viene que es engaño hacer felicidad de las riquezas y poner en número de las mayores desdichas la falta dellas, como la abundancia de bienes del mundo tenga tantos contrarios y enemigos y la pobreza voluntaria tantos y tan importantes provechos, lo cual mejor se declara con obras que con palabras.

Julia, hija de Augusto César, saludando un día al Emperador su padre, conoció y vio que no le era agradable el verla con tan curioso y disoluto atavío, aunque no dio mucha muestra dello. Por lo cual, el día siguiente, habiendo Julia mudado vestido, vino a abrazar a su padre. Entonces Augusto, que el día de antes había encubierto su enojo y saña, no pudo encubrir el gozo, mas dijo: «¡Oh, y cómo este atavío es más conveniente a la hija de Augusto». Ella respondió: «Cierto, yo hoy me aderecé y atavié para los ojos de mi padre, y ayer para los ojos de mi marido». Dice Lampridio que fue tan honorable el ejemplo y buen celo con que el emperador Alejandro Severo gobernó, que, habiéndole presentado un embajador extranjero dos piedras preciosas de notable grandeza y precio para la Emperatriz su mujer, las mandó sacar a vender; mas, como no se hallase quien diese su valor, él las mandó poner por cercillos en las orejas de la estatua de su diosa Venus, diciendo que no quería que de su mujer saliese la muestra de ningún mal ejemplo. No eran amigas de trajes y atavíos aquellas romanas a quien el rey Pirro envió con Cineas grandes y ricas joyas y vestidos muy preciosos, de los cuales ninguna cosa quisieron recibir. Entendían estas señoras la verdad de aquel proverbio griego: «El atavío de la mujer no es mucho oro sino mucha bondad».

Tienen otro inconveniente muy grande estos aderezos desordenados de las mujeres: que despiertan en ellas mismas malos movimientos y en los hombres livianos muchas y muy graves tentaciones, de las cuales algunas veces se siguen grandes llamaradas de fuego que avivan los fuegos destes excesos. De donde se siguen muchos pecados mortales y actuales que cometen por esta ocasión algunos que las ven tan aderezadas y compuestas. Todo lo cual es a su cargo, por ser causa de aquel daño. Estaba mandado en el *Éxodo* que el que tuviese abierta alguna cisterna, si cayese en ella algún buey o algún asno, que pagase el precio que valía. Pues ¿qué pena terná la mujer que abre la cisterna de su disolución con el instrumento de sus deshonestos atavíos para que caiga de ojos y se haga bien las cejas el hombre pecador y liviano, que en la divina Escritura es comparado a las bestias?

De la reina Ester se dice en su libro que, siendo llevada a vistas del rey Asuero para ser su mujer, ningún cuidado tuvo de vestirse y aderezarse, como otras doncellas hacían que eran llevadas a su presencia para este efecto. El cuidado desto dio a un eunuco que tenía a<sup>225</sup> cargo el llevar al Rey estas doncellas, vistiéndose el vestido que aquél le dio. Y después, siendo reina, cuando se vestía aderezos reales y dignos de mujer de tan gran monarca, decía, hablando con Dios: «Tú, Señor, sabes que aborrezco los vestidos y galas de estos gentiles incircuncisos, y que si uso dellos es por la necesidad y obligación que tengo de agradar al que me diste por marido». María Egipcíaca, en el tiempo que se ejerció en torpezas y vicios deshonestos, procuró andar con ricos y preciosos aderezos para agradar a los hombres; mas habiéndose convertido y sirviendo a Cristo, tuvo en tan poco el vestido que, rompiéndose el que llevó al desierto, vivía desnuda en la soledad; y porque no tenía tejado con que cubrirse y le daba el sol de verano y el frío y viento del invierno, tenía su cuerpo denegrido, como etíope; y, con esto, resplandecería con milagros. Véase la diferen-

cia de las galas de primero y de la desnudez postrera: aquéllas fueron fomento de suciedad y ésta causó mérito de admirable sanctidad.

En el *Promptuario de ejemplos* se escribe que un cura de cierta iglesia, muy sancto, vido entrar en ella una mujer vanísimamente vestida y con gran falda en la cual iban algunos demonios en figura de etíopes haciendo muchos juegos y visajes. El cura pidió a Dios que tuviese por bien que otros viesen lo que él veía, y, viéndolo, fue medio para que aquella mujer dejase los vestidos vanos y otras escarmentasen en ella, pues es cierto lo que diversos sanctos afirman: que donde está el vestido vano y superfluo allí se halla el Demonio.

La grande vanidad que encierra en sí la demasiada curiosidad de los vestidos, que tan conocida está entre los mundanos y tan menospreciada y aborrecida y condenada de los sanctos, es dellos ultrajada de esta suerte: san Bernardo dice en un sermón, tratando desta materia: «¿De qué te ensoberbeces, tierra y ceniza? ¿Para qué tienes vanagloria de vestiduras preciosas, pues de aquí a poco tu vestido será gusanos y sabandijas de la tierra?». Y con este parecer se conforma el bienaventurado san Gregorio en sus *Morales*, diciendo: «Indigna cosa es cortar de vestir de púrpura al saco de gusanos, y ¿qué mayor indignidad puede ser que adornar por defuera los osarios destes cuerpos y estas latrinas llenas de inmundicias y superfluidades?». Dice Vincencio, hablando de la vileza de la condición humana: «¿Qué cosa es el hombre muy compuesto y adornado, sino un sepulcro blanqueado y dorado por defuera y lleno de hedor y de inmundicias por de dentro?». El *Eclesiástico* dice: «La vestidura del cuerpo y el andar del hombre denuncian dél». Preguntó Ocozías a sus mensajeros qué vestidos tenía el que les salió al camino, y por la respuesta que le dieron de la aspereza del vestido del profeta Elías, conoció que era Elías. Así, el que anda vana y pomposamente vestido (como dice Amós) será tenido por vano: no será tenido por el sancto profeta Elías, sino por liviano y de poco juicio.

El tercero sermón que predicó Esaías fue contra las galas de las mujeres; y, como era cortesano, parece que andaba a mirar los cofres de todas las damas de Jerusalén, pues no dejó bujería que no dijese en el púlpito amenazándolas con la pena que había de responder a cada una. En las cuales, consideradas con atención, echo de ver que el mundo siempre fue uno, porque sin duda son las mismas que usan las mujeres de España en estos tiempos, y parece que con los ojos del alma estuvo mirando sus atavíos y sus trajes y los meneos y el donaire del andar, los pasos tan compuestos y concertados, el guiñar del ojo. Hizo una descripción del «mundo» (que llama la *Esriptura*) mujeril, de sus collares, cadenas, gargantillas, manillas, mitras, copetes llenos de flores artificiosas y agentería o tembladeras (que sin aire tiemblan más que las hojas del árbol), pasamanos y breches de oro, pomas de ámbar, bujetas de algalia (que el hebreo llama «casas de vida», porque la repara a los desmayados), cercillos de perlas, anillos de piedras y camafeos, faldellines, mantellinas, basquiñas, espejos (unos grandes para casa, otros pequeños para la manga), alfileres, guzmanes, prendedores, camisas delgadísimas con puños y cabezones deshilados, cintas de seda, mantos de soplillo o gasa. Y, aunque dijo mucho, más es lo que se dejó; que un mundo no se puede reducir a suma, y así, vino a tomar la parte por el todo por la figura *sinédoque*.

Y llama la *Esriptura* «mundo» la muchedumbre de las galas de las mujeres convenientísimamente; porque en una mujer ataviada se vee un mundo: mirando los chapines se verá a Valencia; en el oro de la faldilla y basquiñas a Milán; en la seda a Florencia; en el agnus y las demás reliquias a Roma; en las bujerías y brinquiños de vidrio se verá a Vene-



cia; en las perlas y corales a las Indias Occidentales; en los suaves olores a las Orientales; en los lienzos a Flandes y a Inglaterra; de suerte que es un mapa del mundo donde se veen resumidas las mayores partes dél. Y pone luego el Profeta la pena, para que della se arguya la culpa, y dice las desnudará Dios, como a la corneja de las fábulas, y mandará a los sastres y oficiales del Infierno las vista al uso de allá.

David, tratando de los hijos ajenos, como acá llamamos a los moros o a los turcos, dice que sus hijos andan compuestos como altares y sus hijas como Mayas. Dos por san Mateo los compara Cristo Señor nuestro a la sepulturas: por defuera muy ricas, por de dentro heidiondas, que es lo que había dicho Habacuc: «¿Veisle cubierto de oro y de plata? Pues no tiene aliento ni espíritu de vida». Sofonías lloró los que andan vestidos de trajes peregrinos, que es cosa de que suele hacer mucha gala la más dama. San Pablo, en la epístola que escribió a Timoteo, les amonesta abominen los rizos de los cabellos y anden siempre en traje honesto; que el que no lo es, o es señal de soberbio corazón (como dijo Ester, cuando quiso entrar al rey Asuero a pedir la libertad de su pueblo) o se endereza a engañar gentes.

Las historias antiguas que cuentan los hechos romanos afirman<sup>226</sup> que era ley antiguamente en Roma que la mujer que inventase algún género de traje, en vestido o calzado o arreo de joya de su persona, que no fuese conforme a lo que comúnmente se usaba, que luego fuese desterrada ella y su marido de la república, y los censores de la ciudad mandaban pintar sobre la puerta de la casa que dejaban la manera de aquel nuevo traje que inventó el desterrado della. Y en aquel pueblo donde pasaba su destierro era tenida aquella mujer por tan infame que ninguna otra la quería acompañar, mas antes la llamaban todas quebrantadora de la ley.

En una carta que Remigio envió a la reina de Bretaña, dice: «Muy aborrecida cosa es ante Dios que los franceses y bretones y la mayor parte de la Europa, siendo cristianos, usen cada día de tan costosa mudanza de trajes<sup>227</sup> y vestidos, viendo que, después que fue Mahoma, que<sup>228</sup> los infieles turcos nunca hasta ahora mudaron hábito, estando en su libertad. Mucha mayor obligación tienen los cristianos a esto, pues se precian de un Capitán y de seguir todos a un solo príncipe y Señor, y guardar una ley y ser de un corazón y una voluntad; y en lugar de usar un solo hábito imitando al verdadero Maestro que los enseñó, se verá que no sólo en cada nación se usa de diferentes traje, sino también casi en cada pueblo».

Esaiás, indignado de ver los trajes de las mujeres de Jerusalén, pone con lágrimas toda su disolución (como queda dicho) y después llora la pena que por tan desordenados gastos les da Dios; y también llora los azotes y plagas que da<sup>229</sup> a sus padres, parientes y maridos, que en lugar de se lo vedar se lo consienten. Y así, dice que, al fin, todo este arreo y vano placer les vuelve Dios en eterno pesar, y a sus parientes y maridos los trae Dios en grandes afrentas y aflicciones y en grandes miserias y necesidades porque han querido mas satisfacer los apetitos livianos de sus mujeres que gobernarlas conforme a buena razón.

Y un sapientísimo doctor, hablando sobre aquellas palabras de Esaiás, dice: «Cuando tú vieres que sin orden se usan aquellos trajes y joyas y aquella disolución en el pueblo

226.- Orig.: 'affiarman' (478r).

227.- Orig.: 'trges' (478v).

228.- Orig.: 'y' (478v).

229.- Suplo 'da' (478v).

entre las mujeres, ten por pronóstico cierto que se perderá muy presto la ciudad y todos vernán a mucha desventura por no lo querer corregir». Esto se ha visto por experiencia de muchas ciudades famosas: que por los deshonestos y costosos trajes de que usan las mujeres son atribuladas y amenguadas de hambres, guerras y pestilencias y otros azotes, lo cual permite Dios porque ve que, en lugar de remediarlo, los hombres dejan vivir a sus antojos a las mujeres; y, por el contrario, vemos muchas veces que sufre algunas cosas malas en los pueblos por las oraciones de las buenas y honestas mujeres que hay en él. Pero cuando los hombres son malos y las mujeres peores, ya Dios no lo puede disimular, y así, envía sobre ellos riguroso castigo. Aquí se debe tomar ejemplo en las miserables caídas de aquellas famosas ciudades de Nínive, Babilonia, Atenas y Jerusalén, las cuales recibieron muchas afrentas y ruinas por las demasías de las mujeres. Por tanto, se debería remediar, así en la ciudad grande como la pequeña; porque luego se imitan en estos males los unos pueblos a los otros. Deben de hacer como hizo aquel buen rey de Nínive: que cuando vio que Jonás, profeta, predicaba que dentro de cuarenta días sería la ciudad destruida, mandó luego a todos cuantos en ella estaban hacer muy estrecha penitencia y corregir sus vicios. Así, deben los gobernadores de los pueblos reformar las mujeres en los trajes, y los maridos corregirlas, no dándoles lugar a ninguna demasía ni disolución.

¡Oh váleme Dios, cuántas mujeres hay que pretenden adornar y cubrir sus cuerpos de preciosas vestiduras, que no componen sus almas en el servicio de Dios! ¡Qué de médicos hay para ver la falta que tienen los aderezos y composturas, y cuán pocos con celo sancto se mueven a decir cuánto escándalo causa su vida y cuán pobre y desaliñada está su alma de virtudes y buenas obras! Cuando las andas están cubiertas y adornadas de seda y oro por defuera, manifiesta señal es de que tienen dentro algún cuerpo muerto; así, ni más ni menos, cuando el cuerpo anda compuesto con trajes preciosos y vestidos muelles y blandos, indicio es del alma defunta.

El tabernáculo del Señor de ricos brocados y perlas preciosas estaba compuesto por la parte de dentro, pero mandó Dios a Moisés que le cubriese por defuera de sayal y de pieles de animales para defendelle de las tempestades e inclemencias de los tiempos. En lo cual quiso representar cómo quiere su Majestad que estén arreados y compuestos los vivos tabernáculos del Espíritu Sancto, conviene a saber: entapizados interiormente del oro fino y resplandeciente de la caridad y de las perlas preciosas de las demás virtudes, y exteriormente cubierto de grosero sayal o de un áspero silicio con que se defiendan de las tentaciones. Este es el fieltro, este es el gabán más a propósito para los caminantes que entre las varias tempestades e infortunios desta vida caminamos para aquella celestial Jerusalén. No nos desdeñemos deste hábito humilde y grosero en esta peregrinación; que cuando Dios tenga por bien que (acabada la jornada de la vida presente) entremos por las puertas de aquella nuestra ciudad, muy de otra estofa andaremos vestidos: aquí como de camino y allá como de rúa y de ciudad.

Cuando el Arca del *Viejo Testamento* andaba peregrinando por el desierto, cubierta iba (como dicho es) de un sayal bajo y grosero; pero después de asentada y colocada entre los querubines del templo, desnuda estaba de aquel sayal y cubierta de oro resplandeciente. El pobre Mardoqueo, cuando andaba fuera del alcázar del rey Asuero de jerga estaba cubierto; mas para haber de entrar en el palacio del Rey vestido fue de brocado. El Hijo Pródigo, de quien hace mención el Evangelio, estando desterrado de la casa de su padre

hambriento vivía, pobre y andrajoso; pero, en entrando por sus puertas, luego le vistió el padre del mejor vestido que tenía y le hizo un sumptuoso convite. Todo esto nos significa y da a entender que el siervo del Señor (que es arca del *Nuevo Testamento* y templo del Espíritu Sancto) mientras durare la jornada y peregrinación de la vida presente no es mucho trabajo andar (como Mardoqueo fuera del alcázar del Rey de gloria, y como otro Hijo Pródigo fuera de la casa de su Padre celestial) vestido y cubierto de un silicio y áspero sayal, si al cabo de la jornada espera con certidumbre de fe (como en efecto lo espera) renunciar el hábito corruptible y penoso del cuerpo, y con él todas las miserias y necesidades desta vida, y entrar en la casa de Dios y vivir eternamente arreado y compuesto de una vestidura de limpieza y de una estola de gloria. Este ornamento y atavío ofrece nuestro Redemptor al justo por el silicio y mortificación de su cuerpo, cuando dice: «Haced para vosotros unos sacos, no como los de acá, que se envejecen, sino un tesoro en el cielo que nunca tiene de faltar, donde ni llega el ladrón a saltealle ni la polilla a roerle y consumirle». Este, pues, es el vestido con que la mujer cristiana ha de cubrir y mortificar su carne; con este freno ha de en frenar esta cruenta bestia por que no se le desmande y la despeñe; con estas trabas la ha de ligar por que no la acocee y con estas espuelas herir por que salga de harona y no dé con ella en el cieno de la torpeza ni se muestre floja y rebelde en los ejercicios de la virtud. Y desta manera vendrá a sojuzgar y corregir, para gran bien suyo, esta fiera enemiga, en otra manera incorregible e indomable.

### Capítulo sexto: De la crueldad de las mujeres

**D**ICE Cornelio Tácito que si las mujeres tienen potencia son muy crueles, y Menandro las iguala en crueldad con los leones y Papinío con las serpientes y Eurípides con las víboras, y Luciano afirma ser las mujeres astutísimas para el mal. Cuando la mujer da en ser cruel, eslo tan de veras y tan temosa en su pasión, que no para ni sosiega un punto hasta darle alcance.

Dice Zonarás que por ser mancebo de poca edad el emperador Constantino, su madre, la emperatriz Irene, gobernaba juntamente con él el Imperio, mandándolo ella todo con increíble ambición. Tratándose de casar al Emperador con la hija de Carlomagno (uno de los mayores príncipes del mundo), la madre lo estorbó por que el hijo, con el favor del suegro, no se levantase con el Imperio. Como fuese ya de veinte años el Emperador y su mujer María y sus familiares le aguijoneasen a que tomase a su cargo el Imperio y tratasen de cómo se haría, su madre lo supo y hizo encarcelar, desterrar y azotar a muchos que se halló haber andado en aquellas tramas, y al Emperador su hijo dijo mil denuestos y le privó de salir de casa, y tomó juramento militar a la gente de guerra que en cuanto ella viviese no recibirían a su hijo por emperador, y lo juraron todos si no fueron los ejércitos de Armenia.

Apellidando algunos ejércitos después por el Emperador, la Emperatriz le sacó donde fuese visto, y él, sintiendo mucho su encerramiento, echó a su madre de palacio, aunque después por sus ensayos della la volvió. Encarece Zonarás que por hacer Irene caer en odio y aborrecimiento al Emperador su hijo, le aconsejó que repudiasse a su mujer María y la hiciese entrar en religión infamándola que le había querido dar tóxico, y que se casase con Teodota, su amiga (todo lo cual él hizo así por estar muy aficionado de Teodota, y

no porque en la emperatriz María hubiese falta ninguna). Deseando la malvada Irene ver derrocado a su hijo, sucedió que, saliendo entrambos por el Imperio, él supo haberle nacido un hijo y, dejando a su madre, tornó a ver a su mujer.

La resabida vieja, que quedó con la gente de guerra, la supo tan bien granjear que todos se hicieron con ella contra el hijo; y por que no se le recreciese algún peligro sabiéndose antes de ponerlo en obra, fueron de presto sobre él y le sacaron los ojos y aun le quisieron matar; mas echáronle en la cárcel, donde murió. Y fue cosa maravillosa que por diez y siete días anduvo el sol tenebroso y como eclipsado, juzgando desto las gentes que Dios privaba de su luz a la tierra en que la crudelísima madre cegó al hijo; que es cosa que persuade lo que se cuenta de los poetas: que el sol se escureció cuando Atroe mató los hijos de su hermano Tiestes y se los dio a comer.

Bien pensó la ambiciosa Irene que con su crueldad había asegurado su Imperio y que el castigo de Dios no vernía sobre ella; mas muy al revés le sucedió todo, porque luego fue alzado emperador Nicéforo, el cual, tratándola como ella merecía, la despojó de todos sus tesoros y la envió desterrada a la isla de Lesbos, donde murió consumida de amargura y tristeza considerando en sus grandes maldades y crueldades y en su gran miseria, infamia y desventura.

Los cátaros indos establecieron una ley: que las mujeres fuesen enterradas con los maridos, lo cual ordenaron porque algunas mujeres habían muerto a sus maridos con ponzoña, y de allí adelante, por causa de aquella ley, ninguna quería matar a su marido; antes, en cuanto podía cada una dellas, le procuraba la vida y salud por ser ciertas que no habían de durar más sus vidas que las de sus maridos, sino que juntamente habían de acabar con ellos.

De Tulia, romana, cuenta Valerio Máximo que, yendo en un carro, como se detuviese el que le guiaba, que ella le preguntó la causa, y respondiéndole que porque su padre Servio Tulio estaba muerto en medio el camino y no podía pasar adelante si no fuese pasando sobre él y ensangrentando en su sangre las ruedas del carro, y que para evitar esto era necesario descender del carro y desviarle a una parte, oído esto, dijo la crudelísima Tulia: «Pasa adelante, sea por donde fuere, y no te detengas en eso». Y toda la priesa desta mala hembra era por verse presto en los brazos de Tarquino, que era el que le había muerto.

Los historiadores franceses ponen la muerte de la reina Bruniquilda bien conforme a sus malos hechos. Entre ellos, eran los más enormes el haber hecho matar a muchos principales por sólo satisfacer al odio que les tenía y a su venganza, sin perdonar la cruel hembra a sus propios padres ni hijos ni marido. Entre éstos, fue muerto y martirizado san Desiderio, arzobispo de Viena (la de Francia) porque reprehendía las maldades desta reina y de Teodorico su nieto. El rey Clotario, hijo del rey Quilperico, criado que fue de Bruniquilda,<sup>230</sup> ofendido con sus maldades la hizo prender y, juzgandola en pública corte, después de haberla mandado azotar, la trujeron feamente a la vergüenza sobre un camello y, al fin, la arrastraron asida las colas de los feroces caballos que muy presto la despedazaron. Autores son desto Adón, el arzobispo de Viena en sus *Anales*, y Roberto Gaguino. Así acabó, con digna pena de sus maldades, la reina Bruniquilda, hija malvada para sus padres, mujer traidora para su marido, madre cruel y fiera para sus hijos y nietos, reina aborrecible para sus súbditos y pestilencial y abominable para todos los estraños y afrenta

230.- Orig.: 'Bunichilda' (481v).

e ignominia para todas las mujeres, en las cuales comúnmente tanto suele resplandecer la piedad y misericordia.

Cuenta Justino y Apiano que la maldita sierpe de Cleopatra, después de haber muerto malamente a su marido Demetrio, rey de Siria, y a su hijo Seleuco, que puso de su mano por rey al otro hijo, llamado Antioco Gupo; y no pudiendo llevar la honra y gloria que en una batalla había ganado venciendo como valeroso a su enemigo, y temiéndose que de allí adelante no le ternía tan sujeto ni ella sería tan tenida ni temida como ella deseaba, por asegurar sus temores templó un vaso de ponzoña con que le matar en llegando; y como entrase muy alegre y caluroso del camino, la piadosa madre le mandó sacar unas conservas con que se refrescase y el vaso de ponzoña; mas él, teniendo aviso de lo que pasaba, so especie de buena crianza porfió que bebiese ella primero, y como no quisiese, él descubrió su traición y, puniéndole delante el testigo de vista, la dijo que pues ella negaba tener veneno que con beberlo se purgaría de tal infamia. Y, al fin, se lo hizo beber y cayó muerta, con lo cual pagó las muertes que contra razón había dado, como cruel, a su hijo y marido.

Cual éste fue el caso de don Sancho, conde de Castilla, que por quererle matar con tóxico su madre, se le hizo beber y ella murió, y él, en penitencia deste pecado, hizo el monasterio de Oña.

### Capítulo séptimo: De los daños que por mujeres han venido al mundo

**C**OSA es muy llana y de todos bien sabida que, por complacer Adán a nuestra madre Eva cuando le pidió que comiese la fruta del árbol vedado, fue echado Adán del Paraíso y todo el humanal linaje condenado a muerte. Pues si con Dictis, cretense, y con Máximo, tiro, y Ovidio se quisieren desplegar antiguallas, hallarse ha que las más famosas guerras del mundo fueron revueltas por mujeres: por Teano la tebana y por Magisto la focense. Dicen Pausanias y Ateneo y otros que sus ciudades anduvieron en guerras de a diez años, y que por la primera destruyeron los tebanos a los focenses y por la segunda los focenses a los cirreos, que se las habían robado.

Por ventura entre los argivos y los fenices no hubo grandes revueltas porque los fenices, que con su buhonería fueron a Argos y se llevaron a la vuelta a Io, hija de Inaco, primero rey de los argivos, en tiempo que Isaac andaba en los setenta años de su vida (y a tres mil y docientos y cincuenta años del mundo criado, según Eusebio, poco más o menos). Como para venganza de tal afrenta, pasaron los griegos de Candía en Fenicia y se llevaron a Europa, hija del rey Agenor, seiscientos y cincuenta años después del otro, y así, fueron las enemistades más encendidas.

En la parte del norte, diez o doce años después de lo dicho, los Argonautas con Jasón robaron a Medea y cobraron a los colcos por enemigos. Ochenta años después desto pasó de Asia a Grecia Paris y se llevó hurtada a Elena, mujer del rey Menelao, y por ella se juntaron cuarenta y siete príncipes, la flor de toda la Grecia, y, yendo sobre Troya, la abrasaron y sepultaron sus cenizas, con total derramamiento de la ínclita sangre de Dardano. En Italia, apenas estaba seca la cal de los muros de Roma cuando por el rapto de las Sabinas se hubiera de perder el nombre de Roma con todos los suyos. Después, por amor de Lu-

crecía fueron echados los reyes de Roma; que hasta hoy nunca sonó más el nombre<sup>231</sup> *real*. También en Roma fue anulado el Decenvirato y criado el Tribunato de la plebe por haber querido el decenviro Apio Claudio forzar la doncella Virginea, a la cual su propio padre mató a puñaladas por la librar de tal afrenta.

En España fue agotada la gloriosa sangre de los godos por la amistad del rey don Rodrigo con la Cava, hija del conde Julián; y desde entonces quedó España en poder de los moros, con los cuales se continuaron ochocientos años de guerra cruel y porfiada dentro de España, que fue la mayor contienda que se halla desde que el mundo se crió en cuantas historias sabemos de una nación contra otra y la que con más enojos se trató y donde más valentía y hazañas pasaron, comenzándose de nuestra parte después de tan gran adversidad y con tan poca gente y aparejos contra la mayor pujanza y poderío que en aquellos tiempos habría sobre la tierra, que fue la multitud de estos alárabes, hasta que por los Católicos Reyes don Fernando y doña Isabel fueron acabados de vencer y echados de España.

Abrasado se había en fuego y ponzoña Hércules eteo cuando, preguntando quién le pudo matar y con muerte tan horrenda, habiendo él bastado a quitar del mundo cuantos tiranos en él había, respondió con un quejoso suspiro que moría por engaño de una mujer, y que para matar a Hércules, aun con ser medio inmortal, bien bastaban las tramas de una mujer airada. Con estas tales artes, Sansón, juez de el pueblo de Dios, fue trasquilado, ciego y preso en el regazo de su amiga Dalida y entregado sus enemigos y escarnecido de todos. Agamenón por Clitnestra fue muerto y desheredado, perdido y deshonorado. ¿Qué se puede sentir de la tan alabada sabiduría de Salomón por la Escritura, pues por darse a mujeres quedó como entontecido y vino a tanto mal como adorar a los ídolos, y en ellos a los demonios, con grande injuria de su Criador? Enrique octavo, rey de Inglaterra, se mostró tan favorecedor y amigo de la religión cristiana, que el Papa León le dio título de defensor de la fe por el libro católico que escribió de los Sacramentos contra Lutero, y después, por casar con la deshonestísima Ana Bolena, de quien estaba muy enamorado, vino a cargarse de herejías y a cometer grandes sacrilegios y maldades, inficionando su reino con sus errores y herejías y yendo cada día de mal en peor; y después, dándole ella el pago que merecía por haberse apartado contra toda razón y justicia de la bendita reina Catalina, fue hallada la Ana Bolena haber adulterado con muchos, por lo cual el Rey la hizo degollar.

De los ejemplos referidos de desastres acaecidos por mujeres podemos sacar evidente argumento para aprobación de la honra que al valor femenino se debe: que no todo lo malo que por su ocasión sucede se les debe imputar; antes prueba Isócrates, hablando de el de Elena, que es prueba de su valor. Si no, adviértase bien cómo por haber los mesenios violado las cincuenta doncellas lacedemónicas que iban en romería al templo de Diana, se mataron ellas, no pudiendo sufrir verse así afrentadas (lo cual cuentan Pausanias y Heráclides, con san Jerónimo), y los lacedemonios revolvieron por ellas guerras que duraron muchos años y costaron muchos millares de vidas. Por haber muerto el tirano Aristóclides a la casta doncella Estinfálida por negarle su amor, toda Arcadia puso en armas sus ciudades y se vio en mucho peligro la provincia del Peloponeso; y hasta lo que dije de Teano la tebana y de Magisto es en honra de las mujeres, porque ellas no tuvieron culpa en los males que por ellas sucedieron, pues ellas, estando quietas y ajenas de mal, fueron

231.- Orig.: 'nombra' (483r).

robadas y agraviadas de los hombres, lo cual fue causa de tantos males. De manera que ellos los comenzaron y acabaron por sólo atender a su gusto, como bestias furiosas.

### Capítulo octavo: De las malas y perjudiciales tercerías

**M**UCHO abomina Dios al mal consejero como a quien tiene oficio de Satanás, tanto, que al Demonio que puso en la boca de la serpiente aquellas falsas palabras con que engañó a nuestra madre Eva le puso luego en el Infierno, y a la serpiente (con ser bestia) sólo porque sirvió de instrumento de este engaño la castigó con que siempre ande abatida y arrastrada, pecho por tierra.

Y si ser instrumento para mal, aunque no haya sido causa para ello, ni lo sepa ni entienda (como la serpiente no lo entendió), es castigado tan rigurosamente, ¿qué castigo será el que se hiciere contra aquel que con su propia malicia y dañada intención compone las falsas y halagüeñas palabras para engañar a su prójimo y derribarle del honroso y quieto estado en que vivía a un estado infame y vil, no sólo en los ojos de Dios, sino en los de todas las gentes? Si Cristo, Redemptor y Señor nuestro, reprehendió ásperamente al apóstol san Pedro porque, movido de piedad y del grande amor que le tenía, le aconsejaba que no muriese, ¿qué hará al mal cristiano que, olvidado de la justicia de Dios, con sus malas tercerías persuade a la honesta mujer se haga enemiga de Dios y le vuelva las espaldas y haga rostro a un mal hombre, lleno de falsos prometimientos y engaños, que sólo procura su perdición e infamia y, como vano y sin temor de Dios, poderse preciar que es amado de Fulana, mujer principal, y que ha hecho por él lo posible, pareciéndole que aumenta su honor y crédito con publicar la deshonra de la triste que dél se fio.

Gran lástima es ver que no haya ciudad ni pueblo grande, ni aun aldea pequeña de muy contados vecinos, que no esté llena de estos infernales ministros que, sin ser buscados, se declaran y ofrecen a hacer todo mal. Y hay algunas personas de tan poco juicio que dicen no ser bajeza el usar de tal oficio no haciéndolo por interese, como si por esta ocasión fuese menor el pecado que contra Dios cometen y el daño que han hecho a la persona que han persuadido y allanado, o por esta causa no fuesen dignas del infame nombre de alcahuetas, adquirido sin ser constreñidas de la necesidad, sino de puro vicio. Y con esta falsa salva de que no es vileza, sino hacer amistad, por que el negocio no venga a manos de alguna vil mujer que lo descubra, se atreven algunas honradas matronas a entender en esto, no considerando que en ello descubren cuáles fueron las costumbres de su juventud y los aparejos que hacen para dar cuenta a Dios, pues están cerca de la partida, y cómo en hacer lo que hacen se muestran ingratas a los beneficios y mercedes que Dios les ha hecho de honra, salud y hacienda y de los demás bienes de que gozan, y cómo podría ser que por el tal pecado escandaloso Dios las desposeyese dello, como a incapaces de tanto bien y honor. ¡Oh almas desalmadas las que así viven de ayudar al Demonio inquietando las consciencias ajenas, que gozaban de la tranquilidad y sosiego que a la limpia castidad acompaña!

Los que más abundan en este vicio son los príncipes y gente poderosa del mundo, a los cuales nunca faltan pajes de pecados ni correos ofrecidos a punto que les vayan por ellas, como los tuvo David para solicitar a Bersabé. Ni tampoco les falta quien les facilite las cosas muy arduas y dificultosas, como lo hizo Jonadab, amigo de Amnón, aconsejándole que

para alcanzar a la hermosísima Tamar, su hermana, por la cual él moría de amores, se hiciese malo y pidiese a su padre David, cuando le visitase, que mandase que viniese allí Tamar y le hiciese cierta bebida porque le sería de grande regalo y alivio a su enfermedad; y, haciéndolo así Amnón, venida la doncella por este orden, la forzó, costándole esta maldad no menos que la vida. Asimismo, por el consejo y traza del astuto Aquitofel trató Absalón con las mujeres de su padre David y cometió con ellas tan abominable incesto. Los soldados del capitán Holofernes, en viendo en el campo a la hermosa Judit, luego la dedicaron a su capitán y con grande contento la pusieron delante de su presencia convidándole con ella. Los cortesanos de el rey Faraón, en Egipto, hicieron lo mismo cuando, al punto que vieron a la hermosísima Sara, le encarecieron su estremada belleza y de improviso se la llevaron a su palacio para que della usase. Donde, para librar de afrenta a estas dos sanctas mujeres, hizo Dios sus maravillosas hazañas.

Cuenta Paulo Emilio que Aleteo, gran señor borgoñón, temiendo ser castigado de Clotario, rey de Francia, por haberle muerto a Herpón, su gobernador, porque celaba la virtud, persuadió a Leodemundo, obispo sedunense,<sup>232</sup> que dijese a la reina Bertruda, mujer de el rey Clotario, que él sabía por muy cierto que el Rey había de fallecer aquel año, y que ella acertaría en enviar sus tesoros a la ciudad de Seduno, cabeza de su obispado, donde él se los guardaría, y que Aleteo, de la sangre de los reyes de Borgoña, la prometía que dejaría la mujer que tenía y se casaría con ella y que ambos serían reyes de Francia. La noble Reina se halló muy afrentada de que un eclesiástico usase de tal alcahuetería y se le hubiese atrevido a tal; y así, al punto se fue para el Rey y le contó la fábula, y el Rey mandó venir a Aleteo a la villa de Masolaco, donde, delante de los Grandes de su reino, le convenció de aquella traición y le hizo matar. Y queriendo hacer lo mismo del Obispo, por ruegos de muchos buenos, y señaladamente del abad Austrasio, le hubo de perdonar, mandándole que no saliese jamás de su diócesi.

Josefo y Egesipo dicen que un noble romano llamado Saturnino tenía por mujer a una de las principales romanas, en linaje, renta y hermosura y mucho más en honestidad; y como un mancebo romano y noble llamado Decio Mundo anduviese enamorado della y ella le desechase (con docientas mil dracmas que la daba), él vino a enfermar y a se querer dejar morir de hambre. Esta su determinación fue entendida por una esclava de su padre llamada Ida, y muy maestra en tales tramas, que le animó a no se dejar morir y le prometió que conseguiría sus deseos si la daba cincuenta mil dracmas para negociarlo, y él se las dio. Ida supo cómo Paulina (que así se llamaba la mujer de Saturnino) era muy devota de la religión del templo de la diosa Isis, y fuese para algunos de los sacerdotes de aquel templo y les descubrió, debajo de secreto, el amor de Decio Mundo para con Paulina y les mostró las veinte y cinco mil dracmas que les daría por que diesen orden cómo Decio efectuase su deseo.

El más antiguo de los sacerdotes se fue a Paulina y le reveló cómo el Dios Anubis, hijo de la su diosa Isis, enamorado della, la quería tener en su templo alguna noche; por tanto, que luego se aparejase. Ella, que con la honestidad de su pensamiento y con la religión que fingía el taimado sacerdote, no juzgaba mal, y que en virtud de los errores de su creencia tenía que sus dioses habían sido primero hombres, holgó de ello y lo dijo a sus vecinas y a su marido, el cual se tuvo por muy dichoso por ello. Y llevada al templo y dejada sola en su lecho, Decio, que estaba dentro, se fue a ella y dijo ser Anubis y, así, la escarneció.

232.- Orig.: 'Sedurensis' (485r).



A la mañana se tornó Paulina para su casa, y al tercero día se encontró en una calle Decio con ella y la dijo cómo había ahorrado las docientas mil dracmas y con falso nombre de Anubis la había tenido en su poder, con lo cual ella quedó como muerta y se fue a su marido contándole la traición y demandándole venganza. Saturnino, lastimado de tal afrenta y doliéndose de la amargura y confusión de su mujer, que le llegaba a la muerte, se quejó al emperador Tiberio pidiéndole justicia. El Emperador mandó prender a los sacerdotes y a la esclava Ida, y, habiendo confesado su delito, los hizo ahorcar por alcahuetes y mandó echar en el río Tíber la estatua de Isis y derrocarle el templo donde tal pecado se había cometido; y a Decio, aunque merecía mucha mayor pena, pues fue adúltero y sacrílego y desvergonzado afrentador de la honesta matrona, dándosele en rostro, no le dio más pena que desterrarle, diciendo que pecó forzado de amor. La *Historia eclesiástica* y san Antonino de Florencia escriben semejantes delitos que fueron cometidos en el templo de Saturno, en la ciudad de Alejandría, y semejantes castigos con afrenta de muchos.

De la vil lavandera Filipa de Catania dice Joan Bocacio que a necesidad, por ser moza bien agestada y de buen donaire, fue recibida por ama de un hijo de Ruberto, duque de Calabria, y de la duquesa Violante, y, quedándose después de la crianza del Infante en su servicio, casó y enviudó, quedando con gran riqueza y muy levantada. Y como Filipa fuese muy gran maestra de hacer afeites y letuarios y en esto sirviese a la Reina, mujer de Ruberto (que ya era rey de Nápoles), y por estas causas fuese muy acepta en Palacio, no mirando a su ruin principio ni a ser falta de virtudes, sino a su edad y al ser muy resabida, fue hecha maestra y aya de la infanta doña Joana, hija de Carolo y nieta del rey Ruberto, que después fue heredera del reino. La cual, como se casase con Andrea, hijo del rey de Hungría, y quedasen por herederos del reino, vivió muy desvanecida con su marido el rey Andrea; que para esto bastara el tener por aya y consejera a la bendita Filipa, cuando la reina Joana no fuera de tan malos siniestros.

Queriendo Filipa apoderarse más de la Reina, por su medianería la Reina se vino a revolver con Ruberto, hijo de esta Filipa, y con esto andaban madre y hijo tan levantados y señores<sup>233</sup> del reino, que todos decían ser ellos los reyes. Fueron tan malos los consejos de Filipa, que hizo que la deshonesta Reina mandase ahorcar de un corredor al rey Andrea su marido, tomándole en un aposento durmiendo, y a la Reina trujo a morir la misma muerte que ella había dado a su marido. Y la malvada Filipa, después de muchos tormentos y afrentas, fue herida con escorpiones de fuego y, muerta así, la descuartizaron y quemaron, haciendo lo mismo con su hijo Ruberto y una su hija llamada Sancha, que ya era condesa.

Cuenta Herodoto que como Micerino, rey de Egipto, anduviese muy enamorado de una hija suya doncella y ella se le defendiese como debía, entendiendo veinte doncellas que la servían la voluntad del Rey, con la mucha solicitud que pusieron alcanzó el mal Rey lo que della pretendía; mas, sabido de la Reina su mujer la gran culpa que las doncellas habían tenido, las hizo cortar a todas las manos. Y muerta la hija, se le labró un sumptuoso sepulcro, poniendo en el contorno dél, muy al vivo, los retratos de las veinte doncellas con sus manos cortadas, para que su castigo quedase por ejemplo para siempre. Y por la mayor parte se sacan deste mal oficio aquestas medras.

233.- Orig.: 'senores' (486v).

Dice Bonsinio que el rey Andrés, antes que partiese de su reino de Hungría para la conquista de la Tierra Sancta de Jerusalén, dio su autoridad a uno de los principales de todo él para que se le gobernase y tuviese cargo de la Reina, su mujer, y hijos en tanto que él tornaba. El gobernador se llamaba Bambano y era hombre digno de ser puesto en tal ministerio. Y porque la reina Gertruda se hallaba sola por la ausencia del Rey, él mandaba a su mujer que estuviese muchas veces con ella y la regocijase y sirviese. Aconteció que un hermano de la Reina bajó de Alemania por la acompañar en aquella ausencia del Rey, y como conversase con la mujer de Bambano (muy hermosa y honesta) en la cámara de la Reina, se vino a enamorar della muy apasionadamente, y comunicándolo con la Reina su hermana, ella, como mujer poco advertida, dio orden cómo su hermano alcanzase y deshonrase aquella honrada y honesta señora. La cual, derretida en lágrimas, lo dijo a su marido, y él, disimulando su ferocidad, se fue a la cámara de la Reina y la mató a puñaladas. Y diciendo publicamente lo que había hecho y el porqué, tomó la posta para ir al rey Andrés (que sabía estar aún en Constantinopla), y díjole lo que dejaba hecho y la causa dello. Y mostrándole el puñal con la sangre de la Reina, le pidió que si no le parecía haber hecho lo que debía sobre tal deshonor, le matase con él; mas que si juzgaba que hiciera bien, le diese por libre, porque de cualquier manera constase a todos que era rey amigo de justicia, con cuya confianza se había venido a poner en sus manos. El Rey se mostró ministro digno de tal oficio, pues cuanto la muerte afrentosa de la Reina su mujer le pudo alterar le sosegó la razón con que se movió el matador a hacer tal cosa, cuya información juzgaba ser verdadera, habiéndosele venido a su presencia pudiéndole alborotar el reino o a lo menos ponerse en salvo. Y confirmándole en el oficio de gobernador, le mandó tornar a regir el reino, diciendo que cuando volviese de la Tierra Sancta le juzgaría. Y todos los coronistas convienen como en cosa cierta que los descendientes de Bambano fueron muertos por los hijos de la Reina, que vengaron su muerte. Mucho debrían escarmentar en este riguroso castigo de la reina Gertruda los que semejantes oficios hacen.

Habiéndose aficionado la reina Ana Bolena, mujer de Enrique octavo, rey de Inglaterra, de un hombre bajo llamado Marcos, hijo de un carpintero, por ser bien dispuesto y estremado músico y danzante, deseando se ver con él, comunicó este sentimiento a una vieja llamaba Margarita que servía en su cámara. Estando ausente el Rey, pareció a Margarita era buena ocasión para poder dar contento a su señora la Reina en lo que tan caro le costó: viendo que las demás estaban una noche danzando y Marcos les tañía con otros músicos, allegándose a él, le dijo bajito que se fuese con ella. Y haciéndolo así, le metió en una alacena donde ella tenía a mano algunas conservas para cuando la Reina las pedía, y, tornando a la sala, hizo del ojo a la Reina, y ella, fingiendo sentirse mal dispuesta, mandó cesar las danzas y se fue a su cámara, y la vieja le dijo cómo tenía a Marcos en el alacena y que después de acostada la podría mandar llevar alguna conserva y que entonces ella traería consigo a Marcos. Cuando pareció que todos dormían, la vieja llevó a Marcos y le dejó con la Reina, y por el mismo orden se comunicaron otras noches.

O porque la Reina con las grandes mercedes que a Marcos hacía fue de muchos envidiado y murmurado, o porque (como dice Surio) había la Reina reprehendido ásperamente a una su criada que tenía ruines amistades con uno, y<sup>234</sup> aquella, en venganza, des-

234.- Suplo 'y' (488r).

cubrió sus adulterios, vino el Rey a saber y averiguar que la Reina no sólo andaba con Marcos, sino también con tres caballeros y un duque, hermano de la misma Reina, a todos los cuales hacía el mejor tercio que podía la traidora Margarita. Y siendo todos presos, primero que la Reina y sus galanes fuesen degollados fue quemada la mala y pestilencial vieja, después de haber confesado los adulterios y maldades de su señora. Esta malvada Margarita fue traidora contra Dios y contra su alma, y contra el Rey y contra el reino y contra la misma Reina, pues, metida sobre confianza en la cámara real, fue la tramadora de la mayor traición que se pudo hacer en el real palacio.

Los príncipes, que con los regalos son combatidos a diversos deseos, mucho deben de procurar ser buenos, o si no pueden hacer que la sensualidad no los incline a mal, debrían esforzarse a la vencer; y si a solas no se atreven, tengan criados y criadas de aprobadas viviendas que los retraigan con su virtud de hacer mal (que aun Diódoro siculo dice haberlo así guardado los antiquísimos reyes de Egipto por ley de aquel reino) y que con sus consejos alumbren su razón para que no cometan sinrazones.

¡Oh, y cómo si la mujer honrada considerase que así como el Ángel de Dios tomó por instrumento para dar un buen consejo al profeta Balán a una jumenta (animal simple y sin malicia, útil y provechoso con su continua subjeción y trabajo), que así Satanás tomó por instrumento para engañar a Eva a la ociosa y desaprovechada serpiente (animal indómito, lleno de malicia, ponzoña y engaños), y que asimesmo elige Satanás para hacer que pierdan con sus malas medianerías su honestidad y honor a las más ruines y ociosas mujeres, sin provecho en cosa de virtud, enemigas del trabajo y llenas de falsedades y enredos, y cómo las temerían y se guardarían dellas!

En el fuero que el rey don Alonso, el de las Navas, dio a Baeza, hizo esta ley contra las que usan destas malas tercerías, que dice así: «Las medianeras o alcahuetas sean quemadas; y, si negaren, sálvense por la prueba del fierro caliente». Ley justísima y que debería usarse muchas veces, porque estas son las que hacen perder casamiento a las tristes doncellas que las creen; las que ponen en perpetua discordia a las bien casadas con sus maridos y a peligros de muerte, y algunas veces se la causan; las que hacen que sean deshonor de sus linajes y oprobrios del pueblo y que todos mofen de su hermosura y atavíos y de sus riquezas y nobleza, por verlo todo tan asqueroso y mal empleado con su deshonestidad. Estas son las que para reducir las a sus ruines consejos, primero las venden al caballero y otro día al hidalgo, y luego al oficial y a cuantos se les antoja, sin atreverse la triste mujer que una vez ha sido engañada a contradecir sus injustos ruegos y peticiones, aunque les sea muy amargo el verse así rendidas a tan infame subjeción, por temor de que la vil medianera no la descubra. Lo cual ella hace con tanta facilidad, que ninguna persona de ruin consciencia desea saber della cuántas y cuáles son las traviesas y ruines mujeres de su arancel que ella con seis reales que le metan en la mano no se lo diga más cumplidamente que lo sabe.

Pues adviertan las doncellas que desean casarse bien, y las casadas que estiman su honor y buena fama y que quieren que sus hijos queden con apellido de hijos de buenos padres (con sólo lo cual y su virtud muchos se aventajan en ventura a otros más poderosos), si conviene seguir los consejos de estas malas hembras y sujetarse así a su voluntad y a tantas desventuras como aquí se han representado, y a muchas más que suelen suceder, y echarán de ver como es menor mal la muerte que verse en tan mal estado y captiverio del Demonio.

### Capítulo nono: Del vicio de los afeites

**B**IEN y prudentemente aconseja acerca de un poeta antiguo un padre a su hija, y dice: «No tengas, hija, afición con los oros, ni rodees tu cuello con perlas o con jacintos con que las de poco saber se desvanecen. Ninguna necesidad tienes de este vano ornamento. Ni tampoco te mires al espejo para componerte la cara, ni con diversas maneras de lazos enlaces tus cabellos, ni te alcoholes con negro los ojos ni te coloreaes las mejillas; que la naturaleza no fue escasa con las mujeres ni les dio cuerpo menos hermoso de lo que se les debe o conviene». Cierta cosa es que la hermosura no consiste tanto en el escogido color cuanto en que las faciones sean bien figuradas cada una de por sí y todas entre sí mismas proporcionadas.

Y ya que el afeite haga engaño en la color, está claro que no puede poner emienda en las figuras, pues ni ensancha la frente angosta ni los ojos pequeños los engrandece ni corrige la boca desbaratada. Y si dicen que vale mucho el buen color, yo pregunto: ¿a quién vale? Porque las buenas figuras, aunque sean morenas son hermosas, y no sé si más hermosas que siendo blancas; las de malas figuras, aunque se transformen en nieve, al fin quedan feas; y si dicen que menos feas es engaño, porque antes del barniz si eran feas estaban limpias, mas después dél quedan feas y sucias, que es la más aborrecible fealdad de todas. Pero valga mucho el buen color si de veras es buen color; mas éste ni es buen color ni casi lo es, sino un engaño de color que todos lo conocen y una postura que por momentos se cae y un asco que a todos ofende, y una burla que promete uno y da otro y que afea y ensucia. Y así, es locura poner nombre de bien a lo que es mal y trabajarse en su daño y buscar con su tormento ser aborrecidas.

¿Qué es el fin del aderezo y de la cura del rostro, sino el parecer bien y agradar a los miradores? Pues ¿quién es tan falto que destos adobíos se agrade? O ¿quién hay que no los condene? O ¿quién es tan ajeno de razón que juzgue por hermosura del rostro lo que claramente vee que no es del rostro, sino sobrepuesto, añadido y ajeno? Dice Dios por Jeremías: «Aunque te rodees de púrpura y te enjeyes con oro y te pintes los ojos con alcohol, vana es tu hermosura». Mas ¿qué desconcierto tan grande que el caballo y el pájaro y los demás animales todos, de la yerba y del prado salgan alindados, cada uno con su propio aderezo: el caballo con crines, el pájaro con diversas pinturas y todos con su natural color, y que la mujer, como de peor condición de las bestias, se tenga a sí misma en tanto grado por fea que haya menester hermosura postiza, comprada y sobrepuesta! Preciadoras de lo hermoso del rostro y no cuidadosas de lo feo del corazón; porque, sin duda, como el hierro en la cara del esclavo muestra que es fugitivo, así, las floridas pinturas del rostro son señal y pregón de deshonestidad.

Pues ¿qué diremos del mal del engañar y fingir a que se hacen, y cómo en cierta manera se ensayan y acostumbran en esto? Aunque esta razón no es tanto para que las mujeres se persuadan que es malo afeitarse cuanto para que los maridos conozcan cuán obligados están a no consentir que se afeiten. Porque han de entender que allí comienzan a mostrárseles otras de lo que son y a encubrilles la verdad, y allí comienzan a tentarles la condición y a hacerlos al engaño, y como los hallaren pacientes en esto, así subirán a engaños mayores.

Bien dice Aristóteles, en este mismo propósito, que como en la vida y costumbres la mujer con el marido ha de andar sencilla y sin engaño, así en el rostro y los aderezos dél ha

de ser pura y sin afeite. Porque la buena en ninguna cosa ha de engañar a aquel con quien vive si quiere conservar el amor, cuyo fundamento es la claridad y la verdad y el no encubrirse los que se aman en nada. Que así como no es posible mezclarse dos aguas olorosas mientras están en sus redomas cada una, así, en tanto que la mujer cierra el ánimo con la encubierta del fingimiento y con la postura y afeites esconde el rostro, entre su marido y ella no se puede mezclar amor verdadero. Porque, si damos caso que el marido la ame así, claro es que no la ama a ella en este caso, sino a la máscara pintada que se parece; y es como si amase en la farsa al que representa una doncella hermosa. Y, por otra parte, ella, viéndose amada desta manera, por el mismo caso no le ama a él, antes le comienza a tener en poco, y en el corazón se ríe dél y le desprecia y conoce cuán fácil es engañarle, y, al fin, le engaña y le carga; y esto es muy digno de considerar, y más lo que se sigue tras esto, que es el daño de la consciencia.

Hablando sobre estos afeites el glorioso doctor san Ambrosio, dice: «De aquí nace aquello que es vía e incentivo de vicios; que las mujeres, temiendo desagradar a los hombres, se pintan las caras con ajenos colores, y en el adulterio que hacen de su cara se ensayan para el adulterio que desean hacer de su persona. Di, mujer, ¿qué mejor juez de tu fealdad podemos hallar que a ti misma, pues temes ser vista cual eres? Si eres hermosa, ¿por qué con el afeite te encubres? Si fea y disforme, ¿por qué te nos mientes hermosa, pues ni te engañas a ti ni del engaño ajeno sacas fruto? Porque el otro en ti, afeitada, no ama a ti, sino a otra, y tú no quieres como otra ser amada. Enséñasle en ti a ser adúltero, y si pone en otra su amor recibes pena y enojo. ¡Mala maestra eres contra ti misma! Más tolerable, en parte, es ser adúltera que andar afeitada, porque allí se corrompe la castidad y aquí la misma naturaleza». Estas son palabras de san Ambrosio.

No consideran las miserables que con añadir lo postizo destruyen lo hermoso, natural y propio, y no ven que matizándose cada día y estirándose el cuero y emplastándose con mezclas diversas secan el cuero y consumen la carne, y con el exceso de los corrosivos marchitan la flor propia. Y así, vienen a tornarse amarillas y hacerse dispuestas y fáciles a que la enfermedad se la lleve, por tener con los afeites la carne que sobrepintan gastada, y vienen a deshorrar al Fabricador de los hombres, como quien no repartió la hermosura como debía, y son con razón inútiles para cuidar por su casa, porque son como cosas pintadas asentadas para no más de ser vistas y no hechas para ser caseras cuidadosas. Por lo cual aquella bien considerada mujer, acerca del Poeta cómico, dice: «¿Qué hecho podemos hacer las mujeres que de precio sea, o de valor, pues repintándonos y enflorándonos cada día borramos de nosotras mismas la imagen de las mujeres valerosas, y no servimos sino de trastos de casa, y de estropiezos para los maridos y de oprobrio y afrenta de nuestros hijos?».

Muy a la clara condena este mal el apóstol san Pedro, diciendo: «Las mujeres estén sujetas a sus maridos; las cuales ni traigan por defuera descubiertos los cabellos, ni se cerquen de oro ni se adornen con aderezo de vestiduras preciosas, sino su aderezo sea en el hombre interior, que está en el corazón escondido: la entereza y el espíritu quieto y modesto, el cual es de precio en los ojos de Dios»; que desta manera en otro tiempo se aderezaban aquellas sanctas mujeres.

Entre otras leyes que dio Licurgo a los de Lacedemonia, fue una prohibir los afeites, y, para que esto inviolablemente se guardase, mandó desterrar a los oficiales y mercaderes

que trataban dellos. Refiriendo los bragmanos a Alejandro Magno, en una carta que le escribieron, las costumbres de su tierra, dijeron: «Nuestras mujeres no se atavían, ni tampoco se afeitan; porque ¿quién ha de corregir lo que hizo naturaleza?». Dice Jenofonte que entre las cosas que Iscómaco amonestó a su mujer sobre que no usase de los afeites, fue ésta: que el afeitarse para sí misma era impertinente, y para él, a quien había ella de procurar parecer bien, era ofensivo; porque si las bestias se tienen amor y engendran sus hijos sin que haya de por medio más de la inclinación natural, no será menos entre los hombres, que son muy más inclinados a la generación.

En los ojos de los hombres prudentes más hermosas son las mujeres y más amables que se contentan con la hermosura que les dio naturaleza, que con la<sup>235</sup> que les puede dar el arte sofisticando sus rostros con mudas de aguas, albayaldes y jaboncillos, centeno cocido y con unturillas y adobos. Los cuales, cuando se mezclan con el sudor que ellos mismos causan, engendran mal olor, y dañan la dentadura y estragan y envejecen el rostro, y parecen retablos mal pintados y que les corre el jalde y los colores de las pinturas. Lo cual es cosa tan odiosa que da este consejo el *Eclesiástico*: «Aparta tu rostro de la mujer afeitada».

Cuenta Galeno una graciosa burla que la hermosa Friné hizo en un juego que con muchas mujeres jugaba delante de muchos hombres, en el cual era reina cada una su vez y mandaba hacer lo que le daba gusto. Ella, cuando llegó a mandar como reina, mandó traer agua con que se lavó las manos y luego la cara, y se la limpió con un paño y quedó más hermosa que antes; y como por su mandado hiciesen las otras otro tanto (harto contra su voluntad), quedaron las más dellas tan descoloridas y desemejadas que no parecían ser las que comenzaron el juego.

Las ciudadanas nobles de Berbería lo mejor que pueden conservan la blancura natural de su rostro, sin usar de otro afeite más de pintarse algunas florecitas o lunares en el carrillo y en la frente o en la barba (adonde mejor parecen o los naturales tienen por más felice significación). Y esto hacen con humo de agallas y de azafrán que se para muy negro, y con esto tiñen también las cejas. Este afeite es muy loado de los poetas y la gente noble lo tiene por muy galano, mas no dura más de tres días. Y mientras están afeitadas no se descubren sino a solos los maridos o hijos o a las personas de dentro de casa, pareciéndoles que con esta manera de recato y vergüenza acrecientan su hermosura e incitan más a sus maridos a que las amen, viendo que para solos ellos se aderezan y componen su rostro. Esto es como lo que acá en España usan las mujeres; de suerte, cuando están ausentes sus maridos, que entonces se tocan y visten con grande honestidad, y hacen gran punto de honra de que todas las vean despreciar la curiosidad en aquel tiempo, dando a entender en esto que, así como su corazón está lleno de tristeza, así su cuerpo está cubierto de llaneza y honestidad, y que si otras veces se ponen galanas es por sólo parecer bien y agradar a sus maridos, y no porque sus ánimos se inclinen a aquellas liviandades.

Si las mujeres que se afeitan entendiesen que con usar de aquellas invenciones y fingimientos manifiestan sus faltas, no sé si usarían de las tales cosas, porque por la mayor parte cada una está contenta de sí y se tiene en más que a la otra, y si en algo le reconoce ventaja en cien cosas dice que ella se la tiene. La mujer blanca y roja de sí misma no ha menester matices; la que se los pone, con el mismo ponérselos confiesa llanamente que no

235.- Orig.: 'las' (491v).

los tiene, y mientras se pule y adereza con exteriores arreos más necesidad protesta y más claramente entiende dentro de sí misma lo poco que de hermosura le cupo.

Hablando san Agustín de los afeites, dice: «La mujer vana menosprecia a Dios que la hizo, y, como si no la hubiese bien hecho y formado, trabaja en enmendalle con sus vanas invenciones, como si dijese: Tú, Señor, me heciste negra, yo me haré blanca; criásteme e hicísteme pequeña, pues yo me haré grande; hicísteme amarilla, yo me haré colorada; dísteme negros cabellos, pues yo los haré rubios como el sol». Contra los tales dice Esaiás: ¡Ay de aquellos que contradicen a su Hacedor y Criador». Como Cristo haya dicho que ninguno puede hacer un cabello blanco negro, ni añadir a su estatura un codo, ellas con sus diabólicos artificios lo quieren contradecir.

No carece de sospecha de ánimo femenino y bajo, y aun de algunos vicios injuriosos a la dignidad y autoridad del sexo varonil, el hombre que se precia de hermoso o con algunos afeites o otras invenciones procura serlo. De esta presunción debrían huir si entendiesen lo poco que con la hermosura se granjea; porque ya se tiene por averiguado lo que el adagio latino dice: que «cuanto uno es de mayor y más excelente cuerpo, tanto es más falta de ingenio y de los demás dones naturales del alma». Y, sin eso, la misma experiencia y trato de los hombres lo dice, en lo cual vemos que a unos se lo libró Dios en el alma y a otros en el cuerpo.

Filipo, rey de Macedonia, eligió por uno de los jueces a un amigo de Antípatro; mas, sabiendo que por parecer más mozo se teñía la barba y los cabellos, le privó del oficio diciendo que el que no era fiel en los cabellos que no parecía haberlo de ser en tratar cosas y negocios públicos. No bastó la autoridad de Antípatro para que dejase de quitar a su amigo del oficio por la sospecha que con su livianidad causó. Las personas que usan de los afeites se dice son hermanas en armas de la maldita Jezabel, que por alcanzar la gracia del rey Jehú, con especial cuidado se afeitó y aderezo, y él la hizo despeñar en honra de su precioso adorno y hermosura. Léase a David y a Esaiás y a Ezequiel; que allí se verá cómo siente Dios destas unturas.

San Cipriano y Teodoreto dicen que cuales se nacen las cosas, tales son de Dios; mas que las que se desemejan por arte son del Demonio, y que Dios no conocerá por obra suya al rostro que crío blanco y se le muestran colorado, ni al que crío negro y se le presentan blanco. Muchas más cosas dicen afeando esta liviandad mujeril de que tanto nuestras españolas se precian, por andar todas de un color, como de un tamaño con ayuda del corcho. Tertuliano dice que las que se afeitan enmiendan por arte del Demonio lo que Dios formó por su saber divino. Ninguna cosa hay más veloz y fugitiva que el tiempo, y ninguna cosa que más junta ande con él que la flor y hermosura de la carne. Si puedes tener el ímpetu furioso del tiempo también podrás tener tu juventud y la belleza de tu rostro que no se pase y marchite como una flaca florecita. Con el tiempo y en el verano de la vida del hombre viene la hermosura; con el mesmo tiempo, cuando no la arrebataren las enfermedades y malos tratamientos o poco regalo de la persona, ella mesma se desaparece y deshace. Y si la verdadera y natural hermosura tan poco vale y tan presto se pierde que en buena razón no hay que hacer caudal della, ¿cuánto menos caudal debe hacerse de la falsa y adúltera hermosura de los afeites que tantos daños suele causar al cuerpo y al ánima?

De Engamia, hija del rey Otolamia, se lee que como fuese atormentada en el Infierno en su rostro y pechos, todo el tiempo gastaba en maldecir a su madre porque la había

enseñado los afeites. Y, muerta la madre y siendo también llevada al Infierno con la hija, allí se maldecían con gran coraje ambas a dos, la una a la otra; y las maldiciones que se echaban eran llenas de crueldad y abominación. A un sancto abad mostró un ángel esta visión y a una mujer mundana ramera, y díjoles: «¡Oh, y si supiédes cuántas penas sufren en todo tiempo aquestas dos mujeres, madre y hija, y cuántas mujeres padecen en el Infierno grandes tormentos por los afeites!». Por cierto no hay mujer de las que acá viven en el mundo que no escogiese ser mil veces despedazada de perros crueles y ser de todos los hombres del mundo aborrecida por su fealdad que hermosearse con aquellos colores y afeites y padecer con los dañados lo que aquellos padecen. Porque acá procuran borrarse y quitar la cara y rostro que Dios nuestro Señor les dio, les quitan allá para siempre el descanso y alegría y las hacen penar perpetuamente. Esto refiere el Patriarca fray Francisco Jiménez en su *Carro de donas*, libro primero.

### Capítulo décimo: Del suave olor

**A** VICENA dice que el olor es un humoso espíritu que, entrando en el olfato, causa sensación, y que tiene por sujeto al aire o al agua en que real y verdaderamente está, y no solamente según el ser intencional. El olor no es otra cosa que una cualidad, perceptible por el olfato mediante algún soplo seco, despedida de las substancias odoríferas por virtud del calor que labra en lo húmido templado; porque, a ser muy húmido o a ser del todo seco, no despidiría olor de sí, y aun el sensorio del olor, si estuviese muy húmido, no se sentiría el olor, por ser necesario que el temple del sensorio corresponda al de la cosa sensible.

Por ser el olor causado por el calor, dice Teofrasto que calienta cada olor en su manera, aunque salga de cosas frías, como el de las rosas y violetas, y aun lo dulce es menos oloroso, por su humedad, que lo que tiene un poco de acrimonia y agudeza, que es algo más seco, y se prueba en el vino.

El sentido del olfato está en el hombre más imperfecto que en muchos animales brutos, por percibir más remisamente las especies odoríferas que los animales y porque, como haya muchas cosas que, gustadas, sean mortales, tuvo necesidad todo animal (que por su industria procura su mantenimiento) de algún sentido que le hiciese la salva y asegurase al gusto o le apartase de las gustar, como a malas. Y por eso hizo naturaleza al olor tan proporcionado con el sabor y al olfato con el gusto, porque, por su semejanza, lo que pareciere al uno parezca al otro, sino que el olfato prueba de lejos y sin peligro lo que el gusto de cerca y con peligro, y en viendo el gusto al olfato, su semejante, ofendido de la cosa, se guarda de la probar.

Muchos olores hay gustosos al olfato en todo tiempo, cuales son los que por regalo se traen. Y los materiales de que éstos se despiden no son de comer, antes comúnmente son muy amargos, por estar muy recocidos y secos (lo cual es necesario para ser odoríferos), y estos tales olores de regalo no tocan a más del hombre. Aristóteles les toca en la razón del provecho que tales olores hacen, que es calentar y secar al cerebro humidísimo y frío, como los que constan de calor y de alguna humedad aérea; porque como los vapores que suben del estómago al cerebro se condensan y enfríen, engéndranse reumas y otros ataques enfermizos.



El traer olores por regalo tiénese por hecho de personas poco honestas, y por tal razón hay Cánones que prohíben a los eclesiásticos el traer olores, por ser muestra de grande liviandad y de ruin vivienda. Los olores al principio fueron usados no para mal ni para vicios, sino para conservar los cuerpos de los defuntos y para los templos, en honra de Dios. Porque los antiguos usaban mucho ungir los defuntos, como se hizo con Jacob y José, que los ungieron con varios ungüentos y especias. A Dios también se le ofrecía, como lo hicieron los tres Reyes Magos a Cristo, y en la Escripura muchas veces se manda se use en el templo de pastillas y finísimos olores.

Dice Herodoto que Cambises, hijo del gran Ciro, envió con un su embajador, entre otros presentes, un bote de ungüentos muy suaves y preciosos al rey de los scitas, del cual uso se burlaron aquellas gentes mucho, como de cosa superflua al mundo. Los lacedemonios tuvieron por cosa abominable el uso de los ungüentos olorosos, y por eso se vedaron, como dice Alejandro ab Alejandro. Vespasiano, Emperador, como una vez viniese a negociar con él un caballero romano y le oliese mucho, le mandó echar de allí y quitar las provisiones que le había dado para cierto gobierno. Ansí, leemos de la Reina Católica doña Isabel, nuestra señora, que como viniese a su presencia un capitán, cuando se hacía la guerra de Granada, desde Sancta Fee, muy galán y oloroso, y tratase de las cosas que eran menester para la guerra, dijo ella, motejándole de sus olores: «A las mujeres no cometo yo las cosas de las armas, mas con los que huelen a ajos y traen a cuestras los arneses comunico yo estos negocios».

Heliogábalo, emperador romano, fue tan dado a olores e ungüentos que andaba todo pringado dellos, y especialmente las manos, porque decía que con aquello crecía la soltura de la carne. Demetrio Poliorcetes también fue desatinado en esto, porque, aunque era valeroso en las armas, cuanto alcanzaba del despojo de las ciudades que tomaba lo bastaba en ungüentos, los cuales echaba por el suelo, y procuraba que todo el año hubiese flores, porque no quería andar sino sobre ellas. Componíase los cabellos peinándose los y rizándose los, y ansí, Eliano cuenta muchas cosas sucias deste príncipe.

En Roma, dice Plinio que como cosa perniciosa mandaron los censores Lucio Licinio Craso y Lucio Julio César que fuesen echados de Roma los oficiales que los hacían, y les fue mandado que no vendiesen ungüentos (y, como parece por Plinio, sin duda que no los usaba la gente romana, sino los extranjeros, y para ellos los hacían y vendían). En Francia, los de Marsella fueron en otro tiempo tan viciosos en esto, que se vestían como mujeres y se aderezaran sus cabellos y los ungían y cargaban de mil olores, por lo cual nació un refrán que decía: «Veniste hecho muelle y delicado de Marsella», como lo notan Suidas y Erasmo en sus *Quilíadas*.

También leemos en Valerio Flaco de un miracés tan vil y afeminado, tan vicioso y dado a regalos, que no entendía sino en untarse con ungüentos y olores los cabellos, los cuales tenía tan grandes y compuestos que los doraba. Sardanápalo llegó a lo último desta torpeza, porque en todo se preció de muy afeminada mujer. Alejandro Magno, habiendo vencido a Darío, rey de los persas, entre las cosas que halló ricas en sus despojos fue una caja riquísima en la cual se guardaban los ungüentos con que se ungía el Rey, y de ella usó mejor el dicho Alejandro, porque, sacando los olores e ungüentos, dio con ellos en tierra, menospreciándolos y abominando de los que dellos usaban, y puso dentro la *Ilíada* de Homero, con la cual y con sus armas se acompañaba de continuo.

Bien probado dejó Aristóteles que todos los olores del mundo no dan substancia ni mantenimiento, porque son accidentes y la substancia no se sustenta sino con substancia, cuya razón es por que Aristóteles y Avicena dicen que de cuales cosas somos compuestos, de tales nos mantenemos, y Galeno dice que cuanto el manjar fuere más semejante al cuerpo tanto le es mejor. Y como los olores no sean sino una exhalación seca y caliente, no sirven más que de provocar los sentidos. Cosa cierta es que el olor templado conforta el espíritu triste, mas para todas las cosas vale mucho aquel dicho del Poeta cómico: «De ninguna cosa mucho».

Las mujeres que usan de olores y perfumes van contra aquella sentencia de Plauto que dice: «La mujer huele bien cuando no huele a cosa ninguna». Y no creo es falso aquel adagio antiguo que dice: «La mujer y el agua para ser buenas no han de oler». Los ajenos olores y todo artificio para bien oler son argumento que el olor natural y propio no es bueno, y, así, son señales de los defectos abscondidos. Y por esto, y porque es cuidado no digno de varón, mas ni aun de honesta mujer, solía ser aborrecible a los esforzados y constantes varones.

Aunque siempre son deshonestos los buenos olores, algunas veces también son dañosos y de gran peligro. Escríbese de Plaucio, varón de la orden de los senadores, en aquel encantamiento que los Triunviros hicieron, que por miedo de la muerte se escondió en las cuevas de Salerno y fue seguido y hallado por el rastro de sus olores. Y ellos fueron causa de su final destrucción y también escusa para la crueldad de los que le condenaron, porque ¿quién no dijera que justamente debía morir aquel que en tiempo que la república estaba en tanto peligro andaba bañado en unguentos olorosos?

Dicho es de Salomón que el corazón se alegra con unguentos y diversidad de olores, aunque a mi parecer en los unguentos no hay tanta delectación como asco; mas, dado que la haya, tengo por bueno que cuando los olores estuvieren ausentes se resistan con menosprecio y olvido, y, cuando presentes, con uso templado. Y no se ponga en ellos estudio alguno, porque ni aun por señas a nadie conviene mostrar que es siervo de cosas tan bajas y viles, así como a las otras cosas que hacen al ánimo varonil para poco y afeminado.

El señor san Agustín dice: «Ningún caso hago del deleite de los olores: cuando son ausentes no los busco, y cuando presentes no los desecho. Estoy siempre aparejado para carecer dellos». Cuando los olores suaves se usan en los divinos oficios y en la veneración de los sanctos por lo que significan (que es la oración y devoción de los sanctos, que a Dios es olor muy suave, y la vida sancta y el ejemplo bueno por lo cual los justos se dicen «olor bueno de Cristo»), no conviene mortificar el olfato, si no levantar el alma a considerar lo que aquel buen olor significa y sacar deseos de hacer tal oración que pueda ser olor muy suave delante de Dios, y hacer tal vida y dar tan buen ejemplo que pueda el hombre ser olor muy suave de Cristo delante de los hombres.

También, cuando los olores se usan para la salud corporal en los casos que son necesarios para ella, no se veda el uso moderado dellos, sino que sea con recta intención para el socorro de aquella necesidad. Mas, fuera desto, los olores suaves que se usan en las vestiduras, en las manos y en los aposentos y manjares, que no sirven para más que para regalo y deleite de los sentidos, éstos no conviene procurarlos en ninguna manera, porque unos despiertan la gula y otros encienden la lujuria; y así, por su desorden, no se busca en ellos más que el gusto y deleite, el cual no puede ser fin virtuoso de las obras humanas. Y júntase con esto otro daño: que el procurar olores suaves y traellas consigo y dar fragancia

de sí es señal de sensuales corazones, porque la experiencia ha enseñado que los hombres lascivos han sido muy amigos de los tales olores.

### Capítulo undécimo: Si se deben descubrir los secretos a las mujeres

**E**STOBEO dice, por autoridad de Antífanes, que tanto monta descubrir el secreto a una mujer como mandarle pregonar públicamente en la plaza. Homero, fuente perenal de las buenas doctrinas, introduce a Júpiter requiriendo su mujer Juno que no se metiese en escudriñar su secretos y que se contentase con que los que como a su mujer le debiese comunicar no se los encubría. Y también pone un aviso del alma del rey Agamenón, que dio por consejo a Ulises en el Infierno que no descubriese en todos sus secretos a su mujer, y así él, cuando vino de la guerra de Troya y llegó viejo y pobre a su casa, primero se dio a conocer a sus pastores y a su hijo y a su ama Euriclea, que le había criado, que a su mujer Penélope, por más que la tuviese por honesta y sesuda.

Esta es flaqueza de la naturaleza mujeril, y a muchos ha costado caro el descubrirles sus secretos, como se muestra en Sanson con Dalida: que, por la descubrir tener sus fuerzas en el cabello hadado, ella lo dijo luego a los filisteos; y, habiéndole ella tresquilado con su propia mano, los filisteos le prendieron y le costó la vida. Fluvio, romano, dijo a su mujer un gran secreto que el emperador Octaviano le había dicho, y, descubriéndolo ella, vino a sabello el Emperador, y de allí adelante trató mal a Fluvio, el cual se vino a apasionar tanto desto, que, desesperado, determinó matarse. Y diciéndoselo a su mujer, ella le respondió: «Razón tienes de lo hacer, pues a cabo de tantos años que me tienes en tu compañía no has acabado de conocer mi liviandad, o, si la conocías, te fiaste della; pero, aunque la culpa fue tuya, yo quiero primero llevar la pena». Y así, ella se mató y después el marido.

Anfiarao anda pregonado por muchos escriptores por de poco juicio en haber descubierto a su mujer Erífle el temor que tenía de ir a la guerra de Tebas, donde le estaba hadada la muerte, y en decirle adónde se iba a esconder por que no le hallasen Adraastro y los demás capitanes que iban en aquella jornada. Lo cual ella les descubrió por dos joyas que le dieron, estimándolas en más que la vida de su marido, que en aquella guerra fue muerto (como él lo temía) por haberse descubierto a su mujer.

Mucho encarga el profeta Miqueas que guardemos los cerraderos de nuestras bocas y no demos parte de nuestros secretos a los que duermen en nuestro seno, que son las propias mujeres. Este lenguaje pide su grano de sal; y es que sea la mujer muy probada en prudencia y en secreto primero que de las cosas públicas se le hubiere de dar parte. Y que, de otras cosas de menos cuantía, se le dé de lo que con experiencia no se le deba negar; mas de las cosas de la hacienda, las más veces, en lo que no hay peligro, y en lo del regimiento de la familia siempre, o para que su parecer se haga o para que ella no se ponga en estorbarlo o para que si lo que se hiciere se errare no esté de continuo gruñendo y culpando al marido. Y todo esto con la mayor dulzura y menos pesadumbre que fuere posible, porque no se dé por agraviada o menospreciada del marido.

La conjuración de Lucio Catilina, hecha con mucho secreto, tomando fuertes juramentos a los que persuadía el no ser descubierto en lo que trataba (que era hacerse señor de Roma), fue descubierta por Fulvia, mujer de Quinto Curcio. El cual por amarla y fiarse

mucho della se lo había dicho, y ella, no pudiendo sufrir en su pecho este secreto lo contó a muchos ciudadanos de Roma, y entre ellos a Cicerón, y él denunció luego de Lucio Catilina al Senado, haciéndolo en esto Cicerón varonilmente, como tan sabio y celoso del bien de su república. De Catón Censorino se lee que decía que de tres cosas se arrepintía él siempre: de haber descubierto algún secreto, especialmente a mujer, y de andar por la mar pudiendo ir por tierra, y de haber pasado algún día en ociosidad y sin hacer algún acto de virtud.

Desterrado Alcibiades de Atenas, se fue a Lacedemonia y hizo en aquel reino cosas muy grandes, vencido muchas batallas, sujetado muchas tierras, por lo cual era muy envidiado de los lacedemonios, no pudiendo sufrir que un extranjero ganase entre ellos tanta fama y gloria, y ansí, andaban de mala, procurando escurecer su nombre y acabarle la vida. Como Alcibiades fuese muy hermoso y bien dispuesto y tuviese grande elocuencia, la reina Timea, mujer de Agis, rey de Lacedemonia, secretamente trataba amores con él, y sabiendo en lo que los Grandes de su reino andaban y que también el Rey le quería matar por los grandes celos que dél y della tenía, dio aviso a Alcibiades para que se guardase, por el grande amor que le tenía (que adonde éste hay nada se encubre), sin reparar en los daños que a su reino desto podían suceder (como sucedieron, porque, vuelto a Atenas Alcibiades, queriéndose vengar de la ingratitud de los lacedemonios, les hizo cruel guerra y les venció una gran batalla por mar y otra por tierra y les corrió el reino y dejó muy quebrantados). La representación destes daños no fue poderosa para que la Reina dejase de descubrir lo que contra su Alcibiades se ordenaba, por estimar en más verle libre de aquellos peligros que la seguridad y bien de su reino que con su muerte o prisión se alcanzaba.

No sólo las mujeres son inclinadas a descubrir secretos (aunque les haya de ser muy costoso,) sino también ponen especialísimo cuidado en saber secretos y hacer grande instancia para que se los descubran cuando barruntan que los hay. Del niño Papirio Pretextato cuenta Aulo Gelio que, viendo su madre que un día se tardaron mucho los senadores de salir del Senado, le preguntó la causa del detenimiento. El niño Papirio, por no la descubrir lo que los senadores romanos habían ordenado (porque usaban los romanos llevar a sus hijos al Senado) armó de presto una muy graciosa mentira, y fue decir que se había discutido si sería mejor casar una mujer con muchos maridos o un marido con muchas mujeres, y que, no lo habiendo concluido, lo remitieron para el siguiente senado. Abrasada en celos, visitó a las otras matronas que pudo y las avisó de lo que pasaba y las movió a dar parte de aquel trato a las más que pudiesen, y que acudiesen al Senado a tiempo para abogar por su causa.

Pocas quedaron en sus casas que no fueron al Senado, y, llegadas, requirieron a los senadores que hiciesen ley que una mujer pudiese casar con muchos hombres, pues era más razón que no que un hombre casase con muchas mujeres, con lo cual quedaron los senadores escandalizados viendo la atrevida demanda de las más principales romanas. Y, no sabiendo la ocasión que las moviera, juzgábanlo a mal prodigio; mas, haciendo sus diligencias, sacaron en limpio que la madre de Papirio lo había maneado y que su hijo la había movido a ello. Los senadores preguntaron al niño que cómo había sido causa de aquel mal, y él les dijo con pecho varonil que su madre le amenazara con grave castigo si no la descubriese lo que se había determinado en el Senado, y que él, por no ser castigado sin culpa y por no ser traidor al Senado, había compuesto aquella mentira. Con la cual viveza

holgó tanto el Senado, que, haciendo luego ley de que ningún niño entrase en el Senado, dispensaron con Papirio en que entrase, pues tenía juicio de varón.

Aunque este vicio sea tan ordinario en las mujeres de descubrir secretos, ha habido algunas que se han mostrado tan constantes y varoniles en le guardar, que fueron dignas de muy gran gloria y fama. Cuenta Cornelio Tácito que, dando alcance el emperador Nero a la conjuración que contra él en Roma se hacía para darle la muerte, y hubiese hecho sobre ello prender y matar a la mayor nobleza de Roma, que fue también presa una mujer llamada Epicarmis que solicitó a algunos para esta conjuración. Y siendo atormentada cruelmente por que dijese lo que sabía, nunca en todo aquel día se le pudo sacar ni una sola palabra. Y queriéndola tornar a atormentar el día siguiente, se ahorcó con la faja de su pecho del espaldar de una silla. Por librarse así de los tormentos que le querían dar y no descubrir a los que della se habían fiado tuvo por mejor aquella desventurada muerte, con la cual condenó a los caballeros y senadores de pusilánimes que por no sufrir la muerte honrosa descubrieron a sus amigos y parientes y fueron causa de su perdición.

Como hubiesen muerto Armodio y Aristogitón a Hiparco, tirano de Atenas, (aunque a Armodio costó la vida) y Aristogirón quedó herido de muerte, Hipias, que quedó en lugar del tirano Hiparco, no pudiendo saber de Aristogiyón los que en aquella conjuración habían sido por crueles tormentos que le dio, acordó de atormentar a una su amiga de Aristogitón llamada Leona, teniendo por cierto que sabía muy bien cuáles eran los conjurados y que ella los descubriría. Viéndose Leona muy apretada de los recios tormentos, dicen los escriptores que, por no confesar lo que sabía, se cortó la lengua con los dientes por que, ni aun vencida con los tormentos, pudiese declarar cosa alguna de lo que el tirano deseaba saber. Y así, murió digna de memoria, lo cual testificaron los atenienses puniendo en un lugar honroso de Atenas su estatua, que fue una leona de bronce y sin lengua, para significar la gran fidelidad que tuvo en guardar secreto. Y dice Plinio que pasó esto en el año que fueron los reyes expelidos de Roma.

#### Capítulo duodécimo: De cuán peligroso y malo es echar maldiciones, en lo cual las mujeres suelen ser defectuosas

**D**ICE san Gregorio que la sagrada Escripura hace memoria de dos maneras de maldiciones: una que aprueba y otra que reprueba y condena. De una manera se pronuncia la maldición con juicio de justicia, y de otra por odio y venganza. La maldición con juicio de justicia fue pronunciada a nuestro primero padre cuando pecó, y le fue dicho: «Maldita la tierra en tu obra», y a Abraham cuando le fue dicho: «Yo maldiciré a los que te maldijeren». Otra vez<sup>236</sup> es echada la maldición no con juicio de justicia, mas con deseo de venganza. Amonestándonos el apóstol san Pablo que no echemos tal manera de maldición, dice: «Benedicid y no queráis maldecir. Los maldicientes no poseerán el reino de los cielos».

Al hombre es prohibido y vedado el maldecir. Y si en algunos sanctos varones fue cosa justa el maldecir, como en san Pedro, cuando dijo a Simón, mago: «Tu pecunia sea contigo en perdición», y en el profeta Elías, cuando dijo a aquellos dos capitanes de cincuenta

236.- Orig.: 'ves' (499r).

hombres que venían a prenderle sin tratarle con la cortesía y respecto que debían a siervo de Dios, que bajase luego del cielo y los abrasase (lo cual fue luego ejecutado), fue porque la sentencia de maldición que pronunciaron no fue con celo de venganza, sino con celo de justicia, la cual en esto administraron como ministros de Dios.

De cuánta fuerza y eficacia sea la maldición del padre y de la madre y cuánto hayan de temer los hijos de dar ocasión a sus padres, desobedeciéndolos, para echar tales maldiciones, en muchas partes nos lo da a entender la Escritura. En el *Génesis* se lee que como estuviese echado Noé en su tabernáculo no tan honestamente como debía estar y lo viese Can, padre de Canaán, hijo suyo, en lugar de cubrirle, burlando y escarneciendo dél salió a decirlo a sus hermanos, los cuales, cubriendo su rostros, mirando por la honra de su anciano padre, le cubrieron.

Como el padre conociese esto por revelación del Espíritu Sancto, después que despertó echó la maldición a Can y la bendición a Sen y a Jafet. De tal manera se estendió y cundió esta maldición en Can y en toda su posteridad y descendencia, que la mayor ignominia que en el pueblo de Dios a uno se le podía decir era ser cananeo, descendiente de Can. Así Dios, queriendo por el profeta Ezequiel declarar la suma ignominia y deshonor de su pueblo en haber idolatrado, dijo: «Tu raíz y cepa, tu generación y abolorio, es de tierra de Canaán». Y no paró en sólo este castigo la maldición de Can, sino que también vino a perderse toda su generación, y asimismo todas sus heredades; porque por mandamiento de Dios fueron destruidos y muertos y las heredades tomadas y poseidas de los israelitas.

Injuriado el patriarca Jacob de su hijo Rubén, estando a la hora de su muerte, por aquel atrevido y nefando hecho de haber usado de su madrastra, en lugar de darle la bendición, como a su hijo mayor, le echó la maldición, diciendo: «Tú, Rubén, primogénito mío y fortaleza mía, por ser el hijo primero que engendré habías de ser aventajado y preferido a tus hermanos en todos los dones y mandas de mi testamento: a ti convenía la dignidad sacerdotal y real, el imperio y mando, y tu posteridad y decendencia la había de heredar. Pero estas dignidades tus hermanos menores las poseerán para castigo tuyo por el desacato que contra mí hiciste. No crezcas, antes seas derramado como agua en la tierra, que nunca más parece».

Estas maldiciones fueron justísimas, y como las dijeron con amargura y ansia de sus corazones, les alcanzaron a estos dos hijos y a sus descendientes; porque, como dice el Espíritu Sancto, oye Dios la maldición del que con amargura y ansia de su corazón la echa, y acude a ella. Pues, si a cualquiera oye Dios y atiende con particular cuidado, ¿cuánto más a las de los padres? ¿Por qué pensáis que vienen a tantos hijos tantas y tan terribles calamidades; unos ahogados en las aguas del mar dan fin a sus días, otros con el acerado cuchillo de los enemigos; otros, finalmente, en manos crueles de la repentina muerte, sin sacramentos? Estos desastres y fines y acaecimientos les vienen por las maldiciones de sus padres. Así como la bendición del padre (dice el *Eclesiástico*) ampara, fortalece y asegura la casa del hijo, así la maldición la arruina y echa por tierra. Por lo cual es muy justo miren los padres no degüellen a sus hijos con cuchillo tan inhumano y cruel como es la maldición, y que también los hijos se recelen de no dar a sus padres ocasión para echársela (pues tan dañosa es) sujetándose a su voluntad y siéndoles en todo obedientes.

Por tan dañosa y grave tenían los antiguos la maldición que la tenían por pena muy suficiente de grandes pecados y delitos; y, por esto, muchos procuraban cuanto podían el

no ser maldecidos por las culpas que cometido habían. De el cruel emperador Andrónico Comneno, escribe Coniates que como hubiese hecho matar a la emperatriz Jena, madre del emperador Alesio, niño de poca edad (a quien también mató y quitó el Imperio, como tirano), hizo transformar las estatuas de la Emperatriz en imágenes de vieja muy arrugada, por quitar la ocasión de ser cargado de maldiciones de todos los que viendo aquellas estatuas de tan grande hermosura (como lo era la desdichada Emperatriz) le echarían muy de corazón, indignados contra persona tan inhumana que, no compadeciéndose de tan excesiva beldad, tuvo ánimo para darle la muerte sin merecerla.

Pasando grande hambre la ciudad de Roma, como el emperador Nero hubiese enviado un navío a Egipto y los romanos le viesan venir, creyendo venía cargado de trigo (porque de allí solían proveerse en semejantes necesidades), tomaron todos grande alegría; mas como después supiesen que el navío venía cargado de polvo para echar donde luchaban, por que los luchadores que cayesen no diesen en duro, afirman los historiadores que con las muchas maldiciones que a Nero fueron echadas quedaron los romanos satisfechos de su maldito Emperador y de su mal gobierno. Estimando en mucho los romanos la virtud y bondad del emperador Tito, en siendo muerto entró el Senado en cónclavi y le dio infinitas alabanzas y le hizo más honras que cuando era vivo; mas, en muriendo el emperador Domiciano, el Senado romano entrando con grande alegría en su cónclavi, allí le cargaron de injurias y maldiciones y casaron y anularon cuanto había mandado, y mandaron raer sus pinturas e imágenes y, en fin raer su memoria de sobre la haz de la tierra por sus grandes culpas y pecados. Mucho debrían advertir esto los que tienen cargos y dignidades, para que después de muertos o dejados los oficios no sean castigados con injurias, oprobrios y maldiciones, las cuales el emperador Andrónico, con ser una bestia feroz e infernal en toda maldad, temió y procuró escusar, aunque no salió con ello.

Comprende tanto la maldición que los padres espirituales y temporales echan sobre sus hijos y ofensores, que da mal fin dellos. Cuenta san Antonio y otros graves autores que por el año de mil y diez, y octavo del emperador Enrique segundo, aconteció en un pueblo llamado Colbeque, del ducado de Sajonia, estar un sacerdote diciendo la misa del Gallo, en la vigilia de Navidad en la iglesia de San Magno, a la cual hora entraron bailando diez y ocho hombres con quince mujeres por el cementerio de la iglesia con grandes gritas y estruendos; y como ni por ruegos del sacerdote quisiesen dejar su holgura ni apartarse de allí, sintiendo en el alma sacerdote el desacato que a nuestro Señor se hacía, rogó a Dios y a san Magno qué no dejasen de bailar en todo un año. La maldición los alcanzó y anduvieron bailando todo aquel año, sin comer ni dormir, ni cansarse ni rozárseles el calzado ni romperseles el vestido, ni caer pluvias ni rocíos sobre ellos. Acabado el año, los llevó a la iglesia Heriberto, arzobispo de Colonia, y los absolvió de la maldición del sacerdote y quedaron libres de más bailar por fuerza, y poco después murieron casi todos. En lo cual debrían escarmentar los que se ponen a bailar en las iglesias y los que parlan oyendo misa.

Escribe Coniates que yendo contra los sicilianos el emperador Manuel, que le habían ganado a Corfú por mandado de su rey Rogiero queriendo el Rey recobrar aquella isla, puso cerco sobre la ciudad, y en un combate Estéfano, primo del Emperador y capitán general de su ejército, fue herido de una piedra por los lomos, de que murió presto, según se lo pronosticó Cosmas Ático, patriarca cuando, cuando con falsas calumnias fue depuesto del obispado; y a la Emperatriz maldijo que nunca pariese sino hembras, y así le sucedió.

San Severo, presbítero, caminando un día, como fuese con descuido, topó con la cabeza en una rama de un miéspolo y, quedando mohíno. del golpe dijo: «¡Aquel Dios por cuyo mandado saliste de la tierra te mande secar!»; y luego el árbol, con sus ramas y tronco y raíz, se secó. Como a tres días volviere por allí y viese el árbol seco, arrepentido de haberle maldecido, dijo: «¡Ay de mí, que con amargura de mi corazón maldije este árbol y así se ha secado!». El Sancto se prostró en tierra a la raíz del miéspol y con sus lágrimas y corazón alcanzó de Dios tornase el árbol a reverdecer como antes estaba.

En la provincia de Nursia vivían en vida solitaria dos varones sanctos llamados Eutiquio y Florencio. Florencio era hombre sencillo y sólo para sí, Eutiquio era activo y provechoso para muchos, donde, por la muerte del abad de cierto monasterio cercano a su celda, fue llevado de los monjes para que los rigiese y gobernase, el cual oficio ejercitaba prudente y sanctamente. Quedó solo Florencio, y un día pidió en oración a nuestro Señor que le enviase allí alguna compañía para su consuelo. Y, en dejando la oración, saliendo de la celda vido un oso, inclinada la cabeza, sin mostrar ferocidad alguna, dando a entender al siervo de Dios que su venida era para acompañarle y servirle. Entendiéndolo así el mismo Florencio y porque tenía sus ovejas, que era su caudal y parte del sustento, mandó al oso que las llevase a pacer y las trujese cada día, señalándole siempre la hora en que había que volver, sin que la bestia excediese punto. Érale en todo muy obediente el oso, lo cual se divulgó por diversas partes y causó envidia en algunos monjes del monasterio de Eutiquio, pesándoles de que aquel hombre simple hiciese milagros, y no su maestro. Por lo cual, conjurándose cuatro dellos, dieron orden cómo matarle el oso, y así lo cumplieron. Donde, como tardase de volver a Florencio, no podía pensar cuál fuese la causa. Esperó hasta segundo día y, saliéndole a buscar, hallóle muerto, y no se le encubrieron los autores deste hecho. Sintiéndolo tiernamente, fue a verse con Eutiquio, que le procuró consolar; mas, llevándolo Florencio con indignación, dijo: «Yo espero en el omnipotente Dios que muchos ojos verán venganza en los que con malicia mataron mi oso». A esta voz se siguió el castigo del Cielo, porque los cuatro monjes que le mataron fueron heridos de elefancia y, empodreciéndoseles los miembros, vinieron a morir. De este hecho quedó espantado y confuso Florencio, que no quisiera ser causa con su maldición de tanto mal, y toda su vida lloró porque había Dios oído su petición, y se llamaba a sí mismo cruel y homicida. San Gregorio, que escribe este hecho, no escusa de culpa a Florencio en esta maldición, aunque su dolor y lágrimas por haberla echado le limpiaron della.

Torquemada en sus *Flores curiosas* dice que en la ciudad de Astorga un hombre honrado y letrado tenía dos hijos; y el uno, que podría haber hasta doce años, hizo una travesura, de la cual en tanta manera se enojó su madre que comenzó a ofrecerle y encomendarle a los demonios muchas veces, que se le llevasen de delante. Esto era a las diez de la noche, que hacía muy oscura, y como la madre no cesase de seguir sus maldiciones, el muchacho, con miedo, se salió a un corral que en la casa había y allí desapareció; de manera que, aunque le buscaron con todo cuidado, no pudieron hallarle. Estando muy maravillados (porque las puertas estaban cerradas y no había por donde haber salido) y habiéndose así pasado más de dos horas, estando los padres muy penados, oyeron estruendo en una cámara que estaba encima dellos y al muchacho que con muy gran dolor parecía que estaba gimiendo. Y subiendo allá y abriendo la puerta (que también estaba con llave), halláronle tan maltratado que era la mayor lástima del mundo verle; porque, demás de tener todos



los vestidos rasgados y hechos pedazos, tenía la cara y las manos y casi todo el cuerpo magulado y rascañado como de espinas, y estaba tan desfigurado y desmayado que en toda aquella noche nunca acabó de volver en sí. Los padres le curaron lo mejor que pudieron, y otro día, que pareció haber cobrado su juicio el muchacho, le preguntaron qué era lo que aquella noche le había acaecido. Y respondió que estando en el corral había visto cabe sí unos hombres muy grandes y muy feos y espantables, los cuales, sin hablar palabra, le tomaron y llevaron por el aire con tan gran velocidad que no hay ave en el mundo que tanto volase, y que, descendiendo a unos montes muy llenos de espinos, le habían traído rastro por medio dellos a una parte y a otra, de manera que le habían puesto de la suerte que estaba, y que, al fin, le acabaran de matar, sino que él tuvo tino de encomendarse a la Madre de Dios, Señora nuestra, que le valiese, y que a la hora aquellas visiones le habían vuelto por el aire y le habían metido por una ventana pequeña que estaba en la cámara, y que, dejándole allí, se volvieron. Deste trabajo el mochacho quedó sordo y abobado, de suerte que nunca fue el que antes era, y pesábale después de que le preguntasen o trajesen a la memoria lo que por él había pasado. En lo cual se puede bien entender cuánto yerran los padres en encomendar al Diablo al hijo que salió de sus entrañas y tanto bien deben de desearle y procurarle.

El padre fray Luis de Granada cuenta que como en la ciudad de Valencia fuese un mancebo sentenciado a ahorcar por un falso testimonio que le habían levantado, y para ahorcarle se hubiese hecho una horca en otro lugar distinto de donde solía estar, adonde, como fuese llevado, admirándose el mancebo, dando voces dijo: «Justamente muero. No por el falso crimen de que soy acusado, porque en esto estoy sin culpa, sino porque en este mismo lugar, como hijo malvado, azoté a mi madre y, viéndose ella afligida, con grande ansia y dolor me maldijo pidiendo a Dios que aqueste lugar me viese ahorcado que de mi propia mano la había visto azotada; y así, este es el pecado que Dios quiere que agora pague».

Dice Teodoreto que Jacobo llamado Nisibita, por razón de haber nacido en la ciudad de Persia llamada Nísibe, siguiendo vida de ermitaño, en cierto camino que hizo pasó cerca de una fuente y arroyo donde muchas mujeres mozas lavaban paños estando desnudas partes de sus cuerpos. Y aunque la autoridad del siervo de Dios les obligaba a que se avergonzasen dél y se cubriesen, no sólo no lo hicieron, sino que con los ojos y rostro le guiñaban y hacían dél burla. Sintió el siervo de Dios este atrevimiento y, con celo de que sus siervos no fuesen menospreciados, para castigarlas maldíjolas a ellas y a la fuente. La fuente fue luego seca; las mujeres, aunque mozas, se tornaron viejas al parecer (que para ellas fue riguroso castigo), quedando su rostros arrugados y sus cabellos blancos como la nieve. Viéndose desta suerte, corrieron a la ciudad y dieron cuenta de lo sucedido. Salió gente della y vieron al siervo de Dios. Rogáronle que mitigase su enojo y cesase el castigo, porque sentían mucho el haber perdido aquella fuente: hizo oración Jacobo y tornó a aparecer el agua. Pidiéronle que desvenjeciese las mozas, y quiso hacerlo: mandolas venir allí, y ellas, de vergüenza, no osaron, o no quisieron, y así se quedaron toda la vida.

Tenía al pie de cierto monte un sancto ermitaño su celda, y en ella una ventana; y vido de noche que allí cerca se juntaban a tener sus conferencias cierta caterva de demonios y que, refiriendo caídas de personas graves, daban grandes risadas. Llegó de nuevo un demonio, y venía cargado (a lo que pareció al ermitaño) de pan y harina, queso y manteca. Preguntó de adónde y por qué ocasión lo traía. Respondió que era suyo de derecho,

porque un labrador, pidiéndole limosna dos clérigos, pobres peregrinos, juró que en su casa no tenía cosa de comer que darles, y como ellos porfiasen que les diesen un poco de pan, que perecían de hambre, él añadió que daba al Diablo cuanto en ella había que fuese de comer; y que, oyéndolo él y visto que mentía y se perjuraba, junto con que se lo había ofrecido todo, él lo recogió y venía a la congregación con ello. Fuéronse de allí los demonios y dejaron en aquel lugar aquellas cosas de comer. Siendo de día, salió el ermitaño y, viéndolo, derribolo en un barranco y echó tierra sobre ello para que nadie lo gustase. Esto se refiere en el *Promptuario de ejemplos*.

Mucho mejor es a los padres usar de castigo y disciplina para con sus hijos que no usar de maldiciones con ellos. Para que los que de las maldiciones usan escarmienten en cabeza ajena adviertan los sucesos que en los sobredichos ejemplos se han visto y en lo que en este último se dirá, que no es menos espantoso y grave.

Dice el glorioso doctor de la iglesia san Agustín que como en la ciudad de Capadocia tuviese una viuda siete hijos y tres hijas, habiendo enojo dellos, con gran ira y saña los maldijo y encomendó a los demonios. Fue cosa maravillosa que luego a la hora decendió la ira de Dios sobre ellos; de tal manera que, tremiendo y temblando con todos sus miembros, discurrieron de su ciudad de Capadocia por todo el mundo temblando y tremiendo siempre con todos sus miembros. El uno dellos y una doncella su hermana fueron hechos santos en la ciudad de Hipona en presencia de san Agustín. ¡Oh, cuanto mejor fuera a esta madre viuda haber duramente castigado a sus hijos que no con rabiosa ira haberlos maldecido<sup>237</sup> y encomendado al Demonio!, por donde ellos padecieron tan cruel pena y tormento y ella fue siempre privada de la agradable vista de sus amados hijos, quedando con tan gran congoja como lo es para una madre el no ver ni saber de sus hijos dónde están ni lo que dellos se ha hecho; que siendo, como fue, por su culpa, sería aun mucho mayor su dolor.

### Capítulo decimotertio: De cuán vengativa es la mujer

**E**L apetito de venganza es en la mujer más fiero y más cruel que en ninguno de los animales. El deseo de venganza nace de flaqueza; y por ser la mujer tan flaca que es la misma flaqueza, es tan vengativa que es la misma venganza. Los pecados cometidos en disfavor de mujeres son muy mas notados y recibidos dellas que los que en su favor se cometen, lo cual se conoce en el cuidado que ponen en vengarse. Y como la principal de sus armas sea la lengua, luego divulgan fácilmente sus conceptos, y por las demás vías procuran como pueden la venganza.

Esto confirma Platón diciendo que por haberse dado mala maña Orfeo en sacar del Infierno a su mujer Eurídice, vino a ser despedazado a manos de mujeres (según lo representa Ovidio). Y el elocuentísimo Baptista Mantuano con delgada consideración dice que como habían salido muchos hombres del Infierno (según las letras gentílicas) y nunca mujer alguna (ni aun Eurídice, con ser tan ayudada de su Orfeo, que tanta parte podía ser para alcanzarlo), estaban las mujeres con gran deseo de que Eurídice saliese, por salir ellas de tal oprobrio; mas, sabiendo que por culpa de Orfeo (por volverla a mirar cuando la sacaba) se había quedado en las infernales moradas donde antes estaba, enojadas aquellas mujeres

237.- Orig.: 'malzido' (504r).

contra Orfeo por el mal recaudo que en esta empresa puso, le despedazaron para vengar sus corazones; porque sin esto de ningún momento de descanso ni quietud gozaran.

Elías era un hombre que su boca era la llave del cielo: cuando quería le abría y le cerraba. Fuera de eso, era hombre de tanto pecho que le dijo al Rey en sus barbas: «Tú eres el que turbas a Israel, que no yo». Degolló cuatrocientos profetas de Baal por su propia mano, y, con todo eso, temió tanto la ira de Jezabel que huyó della y se fue por los desiertos, y arrojándose debajo de un árbol de puro triste, se durmió y fue menester que un ángel bajase a consolarle y hacerle que comiese.

Es argumento que no hay tirano tan crudo ni vengativo como es una mujer enojada. A un sancto se le sujeta el cielo y la tierra, y los reyes y las bestias feroces y bravas, y le traerán de comer las aves y los ángeles; y una mujer, por vengarse, le quitará mil vidas. Herodías quiso mas la cabeza del Baptista, por vengarse, que medio reino que a su hija prometió Herodes; que no se contentó con tenelle en el cepo o con que el Rey le desterrase del reino, ni se tuvo por bien vengada hasta quitalle la vida. Y lo que más encarece su ira y saña es que, entre otros servicios preciosos, pusieron en la mesa la cabeza de san Joan el día que Herodes solenizaba el día de su nacimiento haciendo banquete a todos los principales de su reino. Y el glotón epicuro que tenía a su vientre por Dios quedó turbado<sup>238</sup> de ver aquella cabeza amarilla, con la mortificación doblada del ayuno y de la muerte; el regalado cubierto de martas y olores quedó cubierto de un sudor frío mirando el cabello enmarañado, la barba sangrienta; el adulador que había dicho mil lisonjas al Rey de su grandeza y a la Infanta de su bailar quedó mudo viendo la lengua que siempre habló sin mentira ni adulación muerta por decir verdades. Sobre todos estaba el triste del Rey marchito, helado y temeroso si le había de aparecer aquella noche y citalle para la otra vida. Sólo aquella vengativa mujer, que otras veces huía de un ratoncillo que salía del rincón y daba gritos de ver la salamanquesa trepar por una pared, estaba ufana y muy contenta, y miraba la cabeza de un muerto y se regalaba con ella, no por hacer reliquia de tan precioso tesoro, sino por ver vengado su corazón.

El *Eclesiástico* dice que no hay cabeza más maligna que la de la serpiente, ni ira sobre la ira de la mujer. La cabeza de la serpiente, por una parte, es una ponzoña que despide veneno por ojos y boca, por otra, tan dura, que tendrá el cuerpo hecho pedazos y ella se quedará entera. Así es la ira de la mujer: que la quitarán mil vidas y no amainará en su ira y en su cólera y en el excesivo deseo de venganza, como se verá en los siguientes ejemplos.

Algunos graves autores escriben de Arvitago, rey de Inglaterra (llamado de Cornelio Tácito y de Polidoro, Prasutago), que, cuando murió, dejó al emperador de Roma por heredero en confianza, juntamente con dos hijas que dejaba y a su mujer en el reino, creyendo que a la sombra del nombre imperial sus cosas quedaban seguras. Lo cual le salió al revés, porque por los gobernadores y soldados romanos el reino era destruido y su casa robada; y su mujer la reina Boada, viuda, por querer defender el ser deshonradas sus hijas doncellas, con grande ignominia fue cargada de azotes, y los de la sangre real tratados como esclavos y los ricos de la tierra despojados de sus bienes. La triste reina Boada que se vía deshonrada y desposeída de su reino, recatándose de mayores daños escribió a su sobrino Corbredo, rey de Escocia, dándole cuenta de sus deshonrados azotes por haber

238.- Orig.: 'tan turbdo' (504v).

querido defender a las honestas Infantas, hijas suyas, que no fuesen violadas por los romanos, y encargándole que hiciese lo que en tal caso se requería. Embravecido el Rey con tal nueva, se conjuró con el rey de los pictos, Caranato, de destruir la gente romana. Y haciendo gentes de presto, entraron por las tierras inglesas amigas de los romanos y no dejaban con la vida hasta mujeres y niños, cuanto más a los romanos que podían haber. No sólo los hombres destes reinos se juntaron a esta guerra, sino también mujeres, que como unos tigres crueles peleaban vengando sus deshonras tan injuriosas.

Escotos, pictos y moravos se vinieron a juntar con la reina Boada, que, después de haberles llorado sus injurias, teniendo su gente a punto, se les ofreció ir ella armada con cinco mil mujeres que se habían conjurando de morir o vengarse de los romanos que las habían deshonrado, y que, por tanto, se diesen priesa y redoblasen la fortaleza de sus corazones y las fuerzas de sus vigorosos brazos si no querían ser excedidos de la flaqueza mujeril, que llegaba a no saber temer la muerte a trueco de vengar sus corazones y satisfacerse de los daños y deshonras hechos por los romanos. Todos se maravillaron de sus palabras, y más del denuedo con que las decía.<sup>239</sup> Topándose con el capitán romano, que ya venía con grande ejército, fue tal la braveza de todos cual la tierra con el nuevo rojo color certificaba. Desbaratando los isleños la caballería romana, apretaron con la infantería bravísimamente, animándolos aquella fuerte amazona de la reina Boada, que los capitaneaba; y no pudiendo sufrir más la terrible carga que se des daba, echaron a huir, con que crecieron más sus muertes. Cornelio Tácito afirma haber muerto en esta batalla sesenta mil del ejército romano y treinta mil de los ingleses.

Paulino Suetonio, que estaba en Francia, acudió luego con sus dos legiones, y con diez mil de ayuda, y con las demás gente que se le junto de los que estaban en la isla determinó de dar batalla a la Reina, que, no estando desapercibida, puso sus escuadrones en orden de acometer y les dio vuelta, llevando delante de sí a sus dos hijas armadas, haciendo oficio de general y esforzando su gente y protestando al cielo y a la tierra que no eran sus dioses tan descuidados de la dar venganza de los pérfidos romanos que no tuviese por cierto ser aquella hora en que sus azotes serían bien vengados y las deshonras de las Infantas sus hijas. Unos contra otros arremetieron, y duró poco la riña, porque fueron arrancados del campo los bárbaros y sus muchas mujeres por los de Paulino, como gente sin disciplina militar, en los cuales hicieron cruel estrago los romanos, aunque con pérdida de la mayor parte de su gente. La desdichada reina Boada, por no se ver presa en poder de sus enemigos, se mató ella misma con sus propias manos, y sus dos hijas fueron presas y llevadas, armadas, al general Paulino Suetonio. La mayor de las cuales casó por mandado del Emperador con Mario, que la había forzado y era noble romano (aunque no lo mostró deshonrando a una tan alta doncella). Diéronle, juntamente con la mujer, a Mario título de rey de Inglaterra por que a la sombra desta reina se quietasen y sosegasen los ingleses.

Andando en guerras los romanos contra los escotos, se preparó contra ellos Vodicia, la infanta menor, que fue presa y se había escapado. Ésta, por vengar la deshonra de su madre y suya, recogió la gente que pudo y de noche pasó en tierra de Brigancia y dio con tanto ímpetu sobre los romanos y con tan grandes clamores, que los turbó en sus fuertes, espantados de quién sería quien por tal parte los acometía; y ni se podían guardar de la flechería

239.- Orig.: 'dezian' (505v), si no es que ha de entenderse 'la reina y sus cinco mil mujeres'

que sobre ellos llovía ni arremeter contra quien así los mataba, no sabiendo con cuántos lo habían de haber ni la tierra para huir. Vodicia no se contentó de matar dende aparte los acorralados, y así, haciendo desbaratar los defensivos del alojamiento de los romanos, entró con ellos a las cuchilladas. Y salía tan bien con su empresa que por ventura se librara de aquella vez Inglaterra<sup>240</sup> de los romanos si Petilio no hiciera encender muchos hachones, con cuya luz se vieron unos a otros. No dejando por eso la estremada infanta de animar a sus compañeros a la matanza, hasta la mañana porfió en su acometimiento, y viendo que ya los romanos cargaban con gran multitud sobre ella, se fue retrayendo, sin consentir Petilio salir tras ella, recatándose de alguna emboscada. Vodicia, más animada con la victoria, al punto marchó contra Epiaco, y la combatió y entró y quemó, con cuantos romanos en ella estaban, que eran muchos. Sabiendo Petilio lo que pasaba, envió contra ella una legión, que la tomó a manos y la mató toda su gente y a ella llevó presa ante Petilio.

No se turbó la excelente señora por verse en poder de su enemigo; antes, como la reprehendiese gravemente de tan grande atrevimiento, replicó con el ánimo de su madre que, como enemiga, procuraba la muerte de sus enemigos, cuyas prosperidades la daban gran pena, y que había deseado mucho vengar sus injurias y la de su madre y hermana, y que nunca le faltaría voluntad para llevarlo adelante, ya que las fuerzas de flaca mujer y la falta de potencia, como desheredada, no la dejasen conseguir lo que tanto deseaba. Y, pareciéndoles ser muy culpada por lo hecho, la dieron de estocadas, mostrándose brutos, ajenos de la generosidad con que la excelente Vodicia se había querido satisfacer de sus menguas, las armas en las manos, con sobra de justicia.

Cuenta Plutarco que había en Galacia dos príncipes deudos, muy poderosos, que se llamaban Sinato y Sinorix. El Sinato tenía una mujer muy hermosa llamada Camma, y mucho más hermosa en virtudes; porque no solamente era casta y muy amiga de su marido, mas también era prudente y muy valerosa y humana con sus súbditos y vasallos. Era también tenida en mucho por ser consagrada a la diosa Diana, a quien los gálatas tenían en gran veneración. Sinorix se enamoró mucho della, y viendo que ni podía persuadirla por bien ni vencerla por fuerza entretanto que su marido viviese, pensó un hecho diabólico, y fue matar por engaño a Sinato. No mucho tiempo después envió a pedir a Camma por mujer, que estaba recogida en el templo de Diana. Ella sintiendo mucho la muerte de su marido, estaba siempre revolviendo en su ánimo y aguardando ocasión para vengarse de la maldad de Sinorix, que nunca dejaba de importunarla diciendo que él era mejor que Sinato y que no le había muerto por avaricia ni por odio ni envidia, sino sólo por casar con ella. Viéndose Camma tan importunada, ni lo negó ni rehusó al principio, antes parecía que poco a poco se dejaba ablandar, mayormente porque la importunaban los amigos de Sinorix diciéndole que era hombre poderoso, y que si por bien no lo hacía lo habría hacer por fuerza. En fin, le envió a llamar al templo diciendo que quería tomar por testigo de su casamiento a la diosa Diana. Adonde, después que vino, por manera de sacrificio hizo traer una copa de vino en que había veneno, y bebiendo ella y después él, dijo con la mayor voz que pudo: «Tú me sé testigo, diosa, que esperando este día de venganza he querido vivir hasta agora. Y a ti, Sinorix, el más malvado de los hombres, en lugar de bodas haz que te aparejen la sepultura». Y así, luego murieron entrambos.

240.- Orig.: 'Inglaterra' (506v).

Cuenta Sigiberto que Grutano, príncipe de los aurelianenses y hijo de Clotario,<sup>241</sup> rey de Francia, estando casado con Austrigilda, ella enfermó; y viéndose morir por mal curada de dos médicos, pidió con grande eficacia a su marido le hiciese una merced y que se la confirmase con juramento. Y como le fuese concedido, luego hizo descabezar delante de sí a los dos médicos, diciéndoles que por qué mentían afirmando que curaban a los que mataban, teniendo con esto por muy gustoso el morir vengada. Estando el emperador Otón el tercero en Roma, la mujer del cónsul Crescencio había tenido sus amistades con el Emperador con esperanzas de casar con él, y viendo después que se iba sin ella, le envió cierto brebaje con que le sacó deste mundo antes que el pobre Emperador sacase los pies de Italia. Y los soldados alemanes llevaron a Francia su cuerpo, y con esto quedó vengada y contenta la mala hembra.

Dice Valerio Máximo que en una batalla que tuvo Manlio, cónsul romano, en el Olimpio contra los gallogrecos, quedando la victoria de su parte, fue hallada entre otros captivos la mujer de Oriagonte, régulo, la cual dada a que la guardase un centurión, siendo muy hermosa, fue por él forzada. Envio el marido su rescate, y, estándole<sup>242</sup> recibiendo el centurión, muy embebido en contar el dinero, habló en su lengua la dama a los criados de su marido que traían el dinero y mandoles que le matasen, y se hizo así. Ella tomó la cabeza y fue a su marido, que estaba cerca de allí esperándola, y, en llegando, dio con la cabeza del centurión a sus pies y juntamente contó su fuerza y la venganza. Este hecho y otros semejantes a él son propios de mujeres paganas, que sólo tuvieron intento a vengarse, en lo cual no son de alabar, pues fue pecado, aunque merece serlo la raíz que a hacer esto les movió, que fue ser de veras castas y honestas; y la honestidad y castidad en cualquier sujeto parecen bien y merecen loa.

Encarece mucho Demóstenes la religión con que los difuntos fueron siempre reverenciados diciendo que ninguno pudo guardar su rencor con los muertos, por malos que le hubiesen sido; mas algunas mujeres no fueron dignas de que dellas se presumiese el acabarse de vengar con la muerte del que en vida tuvieron por enemigo. Muy celebrada fue la crueldad que Fulvia, mujer de Marco Antonio, cometió contra la cabeza de Cicerón, cortada porque reprehendía las maldades de Marco Antonio, a la cual, teniéndola en su regazo, decía mil denuestos y la escupía y la acerbó la lengua con un alfiler, sin reverenciar la brava hembra que fue la más elocuente que dende que Dios crió el mundo jamás otra habló latín. El glorioso doctor de la Iglesia san Jerónimo dice que viéndose Herodías con la cabeza del bienaventurado san Joan Baptista, que procedió con tanta rabia e indignación contra ella, que le punzaba la lengua y le hacía otros mil desacatos ignominiosos en venganza de haberla querido apartar del estado tan escandaloso en que con Herodes vivía y ponerla en el servicio y gracia de Dios. Después de haber mandado la reina Jezabel apedrear al justo Nabot por quitarle una viña que él tenía en mucho, cuando supo su muerte inocentísima no sólo no se contentó ni compareció dél, sino antes fue con mucha presteza y grande regocijo a dar las nuevas a su marido el rey Acab, diciendo que perdiese la melancolía y se levantase y poseyese con grande contento la viña que era de Nabot.

241.- Orig.: 'Clotorio' (507v).

242.- Oig.: 'estadole' (507v).

Después que la reina Olimpias, madre de Alejandro, fue repudiada de Filipo, rey de Macedonia, su marido, se casó Filipo con una su parienta, hija de Alejandro, rey de los epirotas, llamada Cleopatra. Cuando Olimpias lo supo, gravemente se dolió dello, y pensando en cómo se vengaría, se determinó de ser antes viuda que Cleopatra mujer de su marido. Y, poniéndolo por obra, persuadió a Pausanias, hijo de Orestes, que matase al rey Filipo su marido (lo cual él deseaba por haber hecho Filipo rey de la ciudad de Egiza a Alejandro de epirota, y no a él), y así, le mató estando en las bodas con Cleopatra, y a su suegro, Alejandro de epirota, y a Cleopatra hizo lo mismo. Y estando Cleopatra a la muerte, la puso Olimpias sobre sus faldas y hizo que en ellas derramase la sangre que de las heridas le salía, mostrándola a cuantos la querían ver, y, diciéndole muchas malas palabras, mandó colgarla como a ladrón, y ella tenía muy gran gozo de ver las desventuras y tormentos de su sobrina, como tan impía y cruel.

Oyendo decir que Iole había dado la ponzoña a su hijo, el grande Alejandro, de que murió, trabajó mucho Olimpias por haberle vivo, y no pudo; pero, muerto, le hizo partir en mil partes y repartirlas por diversas regiones. Paraseses, madre de Ciro, prendió a dos de los conjurados que le habían muerto, y al uno le hizo sacar los ojos vivo, y después derretir tanto plomo sobre las cuencas sangrientas que poco a poco murió quemado; al otro le mandó desnudar y untar con miel todo el cuerpo y atarle a un madero en medio de unos grandes muladares, adonde acudían muchas moscas, para que a picadas, poco a poco, le acabasen la vida. Son venganzas de pechos mujeriles que jamás se oyeron de bárbaros ni tiranos, por crueles que fuesen.

#### Capítulo decimocuarto: De la continencia de algunos varones, y de la cortesía y modestia que con mujeres se precieron guardar

**E**SCRIBE Jenofonte que Agesilao, rey de Lacedemonia, era tan continente de los deleites de la carne que cuando tantas virtudes como tuvo no tuviera, por esta sola de la continencia debía ser tenido en mucho. No sólo dice Jenofonte haberse refrenado Agesilao de las cosas que mucho no apetecía ni deseaba, sino también de aquellas que más en el alma quería; y así, amando entrañablemente a Megabates (en tanto grado cuanto la naturaleza humana requiere amar sobremanera lo muy hermoso y agraciado), siendo costumbre entre los persas dar beso de paz a los que quieren honrar, llegando la hermosa Megabates a dársele a Agesilao, él lo defendió cuanto pudo. Como desto quedase Megabates muy corrida y se diese por ello por muy afrentada, de allí adelante se mostró con Agesilao muy esquiva y zahareña. Preguntando a Agesilao un su amigo que si, persuadida Megabates a que le diese beso de paz lo quisiese hacer, si lo aceptaría, respondió Agesilao, después de haber estado un poco pensativo: «Por los dioses te prometo de pelear otra vez, si se ofrece ocasión, en esta misma batalla; aunque es cierto que tengo en más que, con quererme dar paz Megabates, me meta en esa lid que no que se me torne oro todo lo que yo veo».

Bien creo que esto parecerá increíble y sospechoso a algunos, porque muchos veo que quieren más vencer a los enemigos que vencer semejantes deleites. Mas estas cosas, porque las saben y las hacen pocos son increíbles a muchos; pero bien sabemos todos que en

ninguna manera se encubren los hechos de los varones ilustres y señalados. Y ninguno habrá que diga con verdad haber visto esto jamás a Agesilao, ni dado lugar a que por conjeturas dél pueda sospecharse. Porque en sus peregrinaciones nunca se apartaba a ninguna casa particular o secreta, sino que siempre residía en el templo, donde es imposible cometer lo semejante, o posaba en las casas públicas teniendo siempre su aposento abierto, haciendo testigos de su castidad y continencia los ojos de todos aquellos que le veían. Por lo cual, si yo digo mentira en esto teniendo por contraria a toda Grecia, no loo a Agesilao en nada y a mí mismo me vitupero.

De Platón dice Celio Rodiginio que, sintiéndose recio y robusto y de buen sujeto, temiendo ser vencido de la carne holgó de perder su salud y vida por conservar su limpieza, tomando por medio el vivir y poner su academia y escuela en tierra de peores aires y salud que había en toda aquella provincia, para que la inclemencia del aire le quebrase la salud y, así, se reprimiese el apetito desordenado con la enfermedad, que con la salud y vigor corporal suele andar muy junto. Pero este gran filósofo entendía bien el remedio y que para que el espíritu tuviese fortaleza era menester la perdiese la carne, conforme a la doctrina del apóstol san Pablo, que dijo: «Cuando estoy flaco y enfermo me hallo más robusto y valiente»; y en otro lugar: «Yo me gloriaré de mis enfermedades y las tendré a muy buena dicha».

De Catón Censorino dice Valerio Máximo, entre otras alabanzas de sus virtudes, que, gobernando las provincias de Epiro, Acaya, Chipre y las islas Cícladas con lo marítimo de Asia, no supo qué cosa fuese gozar de un real de tantos tesoros, ni de una mujer de tantos millares de hermosas como en aquellas tierras había; porque de un mismo vientre sacó la naturaleza la continencia y a Catón.

Catón Uticense, por su honestidad y continencia fue digno de tanto crédito y confianza que, hallándose en Éfeso el gran Pompeyo, como Catón se hubiese de partir para Roma, yéndose a despedir de Pompeyo, confiado de su buena opinión y virtud, le encomendó mucho a su mujer y hijos, suplicándole muy encarecidamente que los visitase y tuviese mucho cuidado dellos, fiándolos del y no de otro ninguno de tantos romanos como cada día partían para Roma. Y lo mismo hizo el rey Deyotaro, que le encomendó y dio cargo de sus hijos y de una hija que tenía muy hermosa, teniendo el Rey a mucha dicha se quisiese encargar dellos, por merecerlo la buena opinión que con su mucha continencia y honestidad había granjeado. Por ser el famoso capitán Belisario hombre criado toda su vida en guerra, y con poder usar de la licencia de vencedor tantas veces como lo fue, y con captivar tantos millares de mujeres, y en ellas tantas señoras y princesas, afirma Procopio que siempre se preció de tan casto y honesto que por jamás quiso hablar a ninguna dellas, cuanto más tratar deshonestidad alguna; y se cree que nunca conoció más de a la excelente Antonina, su mujer; y fue tal su gentileza y disposición que con ella robaba las voluntades de todos, y cuando salía de su casa en Constantinopla se atropellaban las gentes por verle.

Dice Zonarás que fue muy alabado de honesto y casto el emperador Isacio Comneno, a el cual acaeció una cosa que muchos dicen haber también sucedido al Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba; y fue que, aconsejándole los médicos que para cierto achaque de enfermedad le cumplía tener aceso con alguna mujer, respondió que fuera de su mujer legítima no conocería otra en el mundo. Y si muchos emperadores y reyes hubieran tenido tal sentimiento vivieran más en este mundo, como buenos, y no penaran tanto en el otro, como malos.



Dice Jenofonte que, persuadiendo a Ciro, rey de los persas, Araspas, su amigo, que viese una captiva, mujer de Abradata, rey de Susia, que había sido hallada en el campo de los asirios, dijo: «No dejes de ver, Ciro, aquella mujer que me mandaste guardar; a la cual, cuando entré en la tienda donde fue hallada, la vi sentada en tierra y todas sus criadas al derredor della, y tenía la vestidura semejante a las de sus servientas y el rostro cubierto e inclinado a la tierra. Y, haciéndola poner en pie, se levantaron juntamente todas sus mujeres, y a todas ellas excedía en altura de cuerpo, en parecer y fuerzas, gentileza y hermosura, aunque estaba con hábito humilde. Entonces, el más anciano de nosotros le dijo: 'Ten buen ánimo, señora, que, aunque tienes buen marido, ninguno hay en el mundo que a Ciro iguale, y así, con él estarás mejor empleada.' Pues como ella oyese esto, luego rasgó sus vestiduras y comenzó a llorar con gran dolor y amargura, y con descuido descubrió la mayor parte de su rostro, el cuello y las manos, con las lástimas que hacía. Y entiende, Ciro, que, según a mí me pareció y a los demás que la vieron, que no hay nacida mujer entre los hombres tan acabada en hermosura como ella, y que en ninguna manera conviene que la dejes de ver».

A esto dijo Ciro: «Antes no me conviene; porque si ella es tal como tú dices, si agora, por decirme tú que es tan hermosa, fuere de ti persuadido que la vaya a ver, no estando acompañado del ocio, como no lo estoy, temo que más presto seré della persuadido que la vuelva a ver otras veces. Y por ventura desto se me seguirá que, no curando de lo que más me cumple, me esté de espacio gozando de su vista». A esto replicó Araspas que «los buenos y virtuosos, aunque tengan codicia del oro y plata y de mujeres hermosas, fácilmente se abstienen de todo esto para no lo tocar contra razón y justicia; y yo (dice), aunque vi esta mujer, no he dejado de asistir contigo ni de hacer todo lo que a mi oficio toca». «Ciertamente (respondió Ciro) que tú debiste de partirte della muy presto, antes que el amor tuviese tiempo para naturalmente poder prender en ti, como vemos que el fuego no enciende luego de presto al que toca y la leña no levanta luego la llama. Mas yo, de mi voluntad, ni toco al fuego ni miro a las hermosas, ni tampoco te aconsejo yo a ti, Araspas, que en mirarlas ejercites la vista; porque el fuego quema a los que le tocan y las mujeres hermosas encienden a los que de lejos las miran para que se abrasen en su amor».

A Cipión, el que venció a Aníbal, habiendo entrado por fuerza a Cartagena de España le fue presentada una captiva, doncella hermosísima, y, preguntándola de sí, dijo era muy noble y que estaba concertada para desposarse con un buen caballero; y viniendo sus padres a rescatarla, dio el rescate y la doncella a su esposo, encareciéndole la fidelísima guarda que della había hecho. Del grande Alejandro dice Plutarco que excedió en continencia a Agamenón (que fue muy señalado en esta virtud). Teniendo presa a la mujer del rey Darío, que era la más hermosa que tenía la Asia, de poca edad y muy acabada en todo, y no siendo más viejo Alejandro ni teniendo a quien dar cuenta en este mundo, siendo avisado de su hermosura nunca la quiso ver, y afirmaba no haber ofendido a Darío, en aquel caso, ni aun con el pensamiento. Muerta esta reina, muy raras veces visitaba a sus hijas, y éstas con tanta honestidad que cuando las saludaba y hablaba tenía inclinados los ojos a la tierra, temiendo que por mirar su gran hermosura no quedase aficionado a alguna dellas. Y solía decir a sus familiares que las doncellas de Persia eran dolores de ojos. Como le escribiese Filoxeno, su prefecto, que en Jonia había una doncella, la más hermosa que había nacido de las mujeres, y que si quería que se la enviase, le respondió con esta aspereza

de palabras: «¡Oh hombre malvado! ¿Qué has visto tú en Alejandro para que le quieras lisonjear con semejantes deleites?».

De Jenócrates, discípulo de Platón, refiere Valerio Máximo que era de tanta continencia y castidad que, como unos atenienses quisiesen ver si era tan grande como la fama que dél había, le hartaron de vino y le echaron en su cama una mujer enamorada llamada Friné, cuya hermosura moviera a un hombre de bronce, siendo infiel. El cual, como recordando del vino se hallase en sus brazos y ella le hiciese las caricias posibles con palabras y obras para que perdiese su honestidad, no pudo alcanzar dél que aun la mirase a la cara ni responder a sus amorosos requerimientos. Y como ella hubiese hecho apuesta de vencelle con ciertos mozos y ellos después burlasen della y le pidiesen el precio señalado, ella respondió: «No lo debo, porque yo no aposté de vencer una estatua de piedra, sino un hombre de carne». También cuenta del mismo filósofo que, ehándole otra vez a Laida, no menos hermosa que la pasada, para que le tentase, fue tanta su continencia y castidad que, sintiendo en sí que con los tocamientos de la ramera se comenzaba a encender, se cortó las partes deshonestas y las echó en el fuego. Los cuales ejemplos de continencia condenan la disolución de algunos cristianos disolutos y deshonestos que tan a rienda suelta siguen los movimientos sensuales que no esperan a que se les ofrezcan semejantes ocasiones, antes ellos las buscan y se van, como bestias, tras sus apetitos con poco temor de Dios y de sus conciencias, y andan tendiendo redes y lazos a las flacas mujeres para hacerles perder el tesoro incomparable de su honestidad.

Entre otras leyes que el rey don Alonso el oncenno puso los caballeros de la cofradía de la Banda, fue una que habían de ser muy mesurados con las mujeres y muy defensores de sus honras y personas y muy socorredores de sus menguas y necesidades. Escribe Fulgoso que Francisco Esforcia, duque de Milán y príncipe ilustrísimo, siendo, primero que viniese a este estado, capitán de los florentines, que ganando un pueblo llamado Casanova, ciertos soldados llevaban captiva una doncella hermosísima, la cual daba voces que la llevasen al capitán general. Lleváronse la, y, estando en su presencia, preguntole qué pretendía dél. Ella dijo que se entregaría a su voluntad con que la librase de aquellos soldados. Viéndola que era tan hermosa, de poca edad y que de su gana se le ofrecía, parecióle a Esforcia bajeza, en ley de mundo (aunque en la de Dios fuera grandeza), el no gozarla; y así, dio orden cómo tenerla consigo aquella noche. La afligida doncella se vido en el aposento y cama del Esforcia, y que venía ya él a apoderarse de los despojos de su honra y honestidad. Miró quién podría valerla, y, levantando los ojos, púsolos en una imagen de la Madre de Dios que estaba colgada en una pared (y el Duque era muy devoto desta Señora, y siempre la honró y tuvo en mucho). Vista la imagen por la triste doncella, arrasáronsele los ojos de agua; encomendó a ella su limpieza y, tomando ánimo, arrodillose delante del Esforcia y díjole: «Por aquella Señora, que parió a Dios, te pido, caballero, que no me deshonres. Infórmate de quién yo he sido y verás que siempre me precié de muy honesta. Haz servicio a la Virgen y da ocasión que en todo el mundo se publique esta hazaña; junto con que evitarás una ofensa de Dios muy grande, pues soy doncella y desposada. Y suplicote que, guardando mi honestidad, me restituyas a mi esposo, que está captivo en poder de tu gente». Destas razones quedó Esforcia atajado y confuso, y sin ser parte la vista de aquella hermosa doncella, estar desnuda en su propio lecho, el tenerla ganada en buena guerra y habersele ella ofrecido, vencido de la virtud de continencia, se fue del aposento y la dejó

libre aquella noche. Venida la mañana, buscado y hallado su esposo, se la restituyó jurándole que se la volvía de la manera que a su poder había venido, sin tocarla.

El mismo Fulgoso dice que Luquino Vivaldo, genovés, mozo y muy rico, amaba grandemente a una mujer casada de la misma ciudad de Génova, la cual, por ser muy honesta, resistió a sus importunos ruegos, aunque él no se cansaba. Sucedió que el marido desta mujer en una batalla naval fue preso y llevado a Sardinia: quedó ella pobre y sin amparo, faltándole la comida para sí y para algunos hijos pequeños que tenía. Forzada de necesidad, acordándose del amor que Luquino le había mostrado, envió a llamarle, y él fue muy gozoso, pareciéndole que ya tenía hecho su negocio. La mujer viéndole, se le arrodilló a sus pies y, derramando lágrimas, le dijo que su intento había sido siempre de guardarse a su marido, mas que la necesidad y el ver perecer de hambre a sus pequeños hijos la forzaban a entregarse a su piedad y misericordia. Oyendo Luquino estas razones, teniéndola lástima y compasión, trocó el amor en virtud de continencia, y, sin tocar a su mano, se volvió a su casa. Dio cuenta a su propia mujer de aquel caso, y, por orden que ella dio, para más guardar la fama de la otra se le envió dinero y lo necesario a la vida, sin que más viniese en él otro pensamiento que de tenerla por hermana.

Dice Apolodoro que Belerofonte mató a su hermano Alcímenes sin lo querer hacer, y, de triste y afrentado, se fue desterrado para el rey Preto de Tirinta, y Preto le recibió muy bien y le reconcilió de la muerte de su hermano. La Reina, mujer de Preto, llamada Antía, requirió de mal amor al valeroso y agradecido Belerofonte, lo cual él, como bueno y leal caballero, rechazó, haciendo como otro José en Egipto (por lo cual les vino mucho daño, y del daño mucha honra, especialmente a José). La reina Antía se quejó a Preto su marido que Belerofonte la requería y solicitaba, y Preto, hecho un león contra él, como contra ingrato y traidor, determinó de le matar, mas no por su mano, por el amor que le había tenido por su mucho valor; y así, le envió con cartas (cuales las de Urías) para Iobates, padre de la bendita Antía, diciéndole lo que pasaba, por tanto, que le matase. Iobates era rey de Licia y festejó por nueve días realmente a Belerofonte sin pedir qué recaudo le llevase, y al décimo le pidió las cartas de su yerno Preto. Las cuales leídas, determinó de le enviar contra una bestia ferocísima de quien estaba cierto le daría la muerte, mas, alcanzando della victoria, se tornó lleno de gloria y honra, que todo el reino le daba al rey Iobates. El Rey, que deseaba su muerte, le mandó ir contra los solimos, con los cuales Belerofonte se vido en gran peligro, mas, al fin, los venció. Después le hizo ir contra las amazonas que habían quedado de la matanza de Perseo, y las destruyó la tierra; y a la vuelta le echó una capitania de soldados que le matasen, y él los mató a todos. Iobates conociendo el valor y virtud de Belerofonte, se le aficionó y amó en extremo, y le mostró las cartas de Preto con las cuales se había movido contra él, y le casó con su hija Filonoa, dándole gran parte de su reino. Con lo cual se muestra cómo dondequiera halla la virtud galardón, y que si no le halla siempre es por la maldad de los envidiosos della; que no faltan en este tiempo en muchas partes. La deshonesto reina Antía sabiendo de la prosperidad de Belerofonte y que era su cuñado, se ahorcó no pudiendo sufrir su vergüenza, creyendo que se habría entendido su desvergüenza.

La tercera vez que el rey Alarico con sus godos entraron a Roma y la saquearon aconteció que, hallando un soldado una hermosa doncella en una casa y queriéndola deshonar, ella se le defendió cuanto pudo, y él, por la amedrentar, echó mano a la espada y dióle un golpe ligero en el cuello, con que quedó ensangrentada, de lo cual ella holgaba mucho, te-

niendo por mejor la muerte que la pérdida de su estimada honestidad y honor. Y el manco tornó a la querer forzar; mas viendo su castísima constancia, con ánimo generoso fue rendido a su valor y, como digna de todo servicio, compadeciéndose della, la llevó al templo de los Apóstoles, donde Alarico hizo salvo todo lo que allí entrase, por su reverencia, y la entregó a los que tenían cargo de mirar de parte de la ciudad por lo que allí se depositaba. Y, no pareciéndole al buen soldado que en esto satisfacía al valor de la honesta doncella, sacó seis ducados y diolos a las guardas por que mirasen por su honor y la restituyesen a su esposo.

Sofronio, Patriarca de Jerusalén, cuenta de un mercader de Tiro, llamado Mosco, que, yéndose a bañar una noche topó una mujer, y, llegándose a ella, la habló y luego se fue tras dél; y con el gozo que recibió de haberla de tener en su poder, dejando de ir al baño se volvió a su casa, y, sentándose a cenar, rogó a la mujer que comiese, mas ella nunca quiso comer. Habiendo cenado, como se fuesen a la cama, con alta voz y llena de lágrimas, dijo: «¡Ay de mí, mísera!». Espantado el mercader, le preguntó la causa de su llanto. Ella entonces, dando más alta voz y con muchos sollozos, dijo: «Mi marido es mercader, y ha padecido fortuna en la mar y perdió sus bienes y los ajenos, y por eso está cruelmente aprisionado y muerto de hambre, y no tengo con qué le sustentar, y por esta gran pobreza he determinado vender mi cuerpo para sustentarle». Preguntó el mercader que cuánto era lo que debía. Ella respondió que cinco libras de oro. Mosco movido de compasión, se las dio y no tocó a ella, y la dijo: «Por voluntad de Dios no he tocado a ti. Saca de la cárcel con este dinero a tu marido y ruega a Dios por mí».

Después de algún tiempo fue Mosco falsamente acusado, preso y secuestrados sus bienes. Y, siéndole dicho que el Emperador le quería hacer matar, viendo esto y la miseria que pasaba, sin esperanza de remedio lloraba amargamente. Y un día, en medio de sus llantos quedando dormido, vido una mujer como aquella a quien él había guardado su honor y limpieza, que le decía: «¿Quieres que hable por ti al Emperador y hacerte ha soltar? No temas, que yo te libraré mañana». Otro día, por mandado del Emperador fue llevado a Palacio y dado por libre, y vuelta su honra y bienes y dado un cargo cuyo honroso. La noche siguiente se le apareció aquella mujer otra vez, y le dijo: «Yo soy aquella con quien usaste de misericordia y por reverencia y amor de Dios no tocaste mi cuerpo. Mira cómo yo también te he librado de tan gran peligro. Advierte cuánta es la clemencia de Dios: porque por su causa fuiste continente y misericordioso se te ha aparecido con tanta benignidad».

De san Hilarión escribe san Jerónimo en su *Vida* que padeciendo una grave tentación tomó ira consigo mismo de suerte que hería su cuerpo con las manos cerradas, como si pudiera a puñadas apartar de sí semejante tormento. «Yo (dice), asnillo, te haré que no des coces. Quitarte he la cebada y cargarte he con carga, que procures más la comida que la lascivia». Con esto se estaba tres o cuatro días sin comer teniendo larga oración y a tiempos cavaba la tierra, y era doblado el trabajo, por el ayuno. Y enseñonos este santo tres remedios contra las tentaciones sensuales: ayuno, oración y trabajo de manos.

Niceta, mártir de Nicomedia, después de haber padecido por Maximiano, tirano, grandes tormentos, le mandó poner en una cama muy regalada atado de pies y manos, y ofreció premio a una ramera por que le solicitase y hiciese perder la castidad. Lo cual como ella pusiese por obra así con palabras como con tocamientos deshonestos, el sancto mártir, viéndose sin remedio, se cortó la lengua con los dientes y se la tiró al rostro, ensangrentándose, por donde ella se salió vencida y confusa, dejando al mártir sin lengua

y con victoria. San Jerónimo cuenta en la *Vida de san Pablo*, primer ermitaño, otro caso semejante a éste, que sucedió en Egipto en la persecución de Decio y Valeriano a un mancebo, el cual estando en un jardín de rosas y flores atado de pies y manos y solicitado de una mala mujer, le tiró la lengua cortada con los dientes y la hizo ir de allí. Nicéforo Calixto escribe de otro monje, llamado Ascetes, que le sucedió lo mismo. Casiano cuenta que estando en presencia de un sancto abad llamado Joan cierto endemoniado y no bastando a le hacer ir de allí, llegó un hombre de estado seglar a hablar al abad y, en llegando, huyó el demonio, saliendo de aquel hombre que atormentaba. El abad se admiró desto y curiosamente preguntó al seglar por su estado y vida, y entendió dél que había estado casado doce años y guardado él y su mujer castidad. Exclamó y dijo: «No sin causa el demonio a quien yo no pude lanzar de donde estaba huyo la presencia de hombre cuya constancia en la castidad yo no me atreviera a imitar, porque temiera si había de resultar en mi daño lo que resultó en su loor y gloria». Amós, abad egipcio, compelido de sus padres a casarse, vivió diez y ocho años casado, guardando él y su esposa integridad en el cuerpo y en el alma. Después deste tiempo pareciolos conveniente y más seguro apartarse, y, quedando ella en casa, él se fue al desierto de Nitrea, donde, habiendo vivido mucho tiempo en soledad, juntándosele religiosos, formó convento y fue su abad, acabando sanctamente su vida.

El emperador Enrique y la emperatriz Cunegunde, su mujer, vivieron veinte y tres años casados, en los regalos y deleites del Imperio guardando castidad. El caso era oculto; vino a morir el Emperador y dijo a la hora de su muerte, glorificando a Dios, que había recibido a la Emperatriz, cuando casó con ella, virgen, y que virgen la dejaba en su muerte. Semejante caso fue el de Arnulfo y de Stamberga, del<sup>243</sup> claro linaje de Clodoveo, rey de Francia, que después de haber vivido juntos en castidad algunos años, de consentimiento de los dos se apartaron, haciendo ella vida de religiosa en su casa y él siendo electo obispo de Turón, con particular mandato de Dios para que no careciese de dignidad apostólica el que vivió vida de apóstol. También Eduardo, rey de Inglaterra, y Egica, su mujer, vivieron en continencia y castidad. Maravillosos son los ejemplos de continencia, y parece que con dificultad pueden creerse; que con personas humanas, criadas en regalo de vestido y comida y juntos en matrimonio ninguna destas se conozca por mujer ni alguno dellos por marido.

#### Capítulo decimoquinto: De algunos que de pocos años de edad tuvieron hijos, y otros de muchos años, y de los meses que puede tardar en nacer una criatura

**E**L glorioso doctor san Agustín dice que naturalmente ninguno puede engendrar de diez años. Los médicos y filósofos dicen que necesariamente se requiere edad de trece años y un día. Y comúnmente los mozos son aptos para engendrar cuando les nace el bozo, y las mujeres cuando les comienza a bajar su ordinaria costumbre; mas como el Señor no está sujeto a las leyes de naturaleza, permite que falten y se quebranten cuando su divina Majestad es servido; y así, para dar a entender la vida incontinente de Salomón, se declara que tuvo hijo siendo de once años (que de esta edad dice san Jerónimo que engendró a Roboán). Y Genebrardo afirma que Fares engendró a Esrón siendo de nueve años. Acáz engendró a Ezequías de once o doce años. Por cosa

243.- Orig.: 'de' (515r).

muy cierta afirma san Jerónimo que una mujer crio a un niño exposito y, siendo ya de diez años, le echaba en su cama; y permitió Dios que fuese pública la torpeza y maldad de la deshonesta mujer que contra razón natural pervirtió la simplicidad del muchacho; de manera que, juntándose con él y enseñándole torpes actos, antes de dos meses, para gran vergüenza y confusión suya, pareció estar preñada.

Con estos ejemplos y historias se hace creíble lo que afirma Juan de Columna en un libro que llama *Madre de las historias*: que, año del señor de mil y trescientos y cuarenta y uno, en Francia parió una muchacha de edad de nueve años. Estos casos permite Dios que sucedan para manifestar la incontinencia y lascivia de algunos que, por ser muy desenfrenados desde su tierna edad, se ensucian y como puercos se revuelcan en el cieno de la lujuria. Porque es cosa maravillosa engendrar en tan tierna edad, pues la edad idónea para la generación (como queda dicho) comienza desde la adolescencia, que es poco antes de catorce años.

Julio Solino, en su *Polihistor*, dice que la mujer puede haber hijos hasta los cincuenta años de su edad y el hombre hasta los ochenta. Y Lucio Floro afirma que Masinisa, rey de Numidia, tuvo un hijo siendo de edad de ochenta y seis años. Y Catón tuvo otro hijo habiendo cumplido ochenta. Esto mismo afirma Plinio y Dionisio Halicarnaseo y otros. Platón mandó que no se diese el parir a la mujer más de hasta los cuarenta años. Y Avicena dice que a los cuarenta hace punto la mujer en el concebir. En otra parte afirma que hasta los cincuenta, y el hombre hasta los sesenta. Los cincuenta años de la mujer dan por bien tasados los derechos, y para los sesenta del hombre hay la ley Papia Popea (hecha según Suetonio, por el emperador Tiberio), que prohíbe casarse el hombre de sesenta años, como dándole por insuficiente para engendrar. Philipo Bergomense y Paulo Emilio dicen que doña Constanza, monja, hija de Guillelmo, rey de Sicilia, fue dispensada por el Papa Celestino tercero en<sup>244</sup> casarse con el emperador Enrique el sexto, y que de cincuenta y cinco años parió al emperador Federico el segundo. Tiraquelo hace mención de una mujer de Alemania que estuvo cuarenta años desde el primer parto hasta el postrero. Una mujer hubo en la ciudad de Huete que de un solo matrimonio parió treinta y nueve veces, y en el postrero parto parió dos. Y yo conocí los cuatro dellos, que los dos eran frailes de mi Orden y otro fraile bernardo y el otro seglar, y su majestad del rey nuestro señor Filipo segundo, dio a los padres éstos ayuda de costa con que los sustentar.

Una ley de los *Digestis* prohíbe que alguno de sesenta y seis años adopte a otro, porque hasta entonces puede haber hijos naturales. Lorenzo Ananía, en la *Fábrica universal del mundo* dice que Pario es<sup>245</sup> una isla del arcipiélago muy nombrada de los antiguos por el fino y excelente mármol que en ella se halla y muy loada de los modernos por la templanza del aire, tan saludable y fecunda; que muchas veces paren en ella las mujeres de más de sesenta años. De san Maclovio, natural de Inglaterra, dice Vincencio, en su *Especulo historial*, que le concibió su madre siendo de edad de sesenta y seis años. La historia de san Marclovio tiene grande autoridad por el crédito que se le debe a quien la escribió; y así, con ella se autoriza mucho lo que gravísimos autores han escrito desta materia. Todo esto he referido por que cuando halláremos en los autores cosas raras y admirables sosegaremos nuestro entendimiento con el crédito que se debe dar a lo que dicen y afirman de veras.

244.- Suplo 'en' (516r).

245.- Orig.: 'en' (516v).

Avicena dice que comienza a sentir la leche la mujer en sus pechos en comenzándose a mover la criatura, que es a los setenta días de su concepción, poco más o menos. Al niño se le infunde el ánima a los cuarenta días y a la niña a los ochenta. A los nueve meses nacen hábiles las criaturas para se lograr, porque naturalmente están maduras, como los frutos que de maduros se caen de los árboles. Aulo Gelio, Plauto y Menandre conceden nacer algunos al décimo mes, y Celio y Marco Varrón dicen que también en el octavo; y Marco Varrón concede poder nacer en el oncenno, y que como a cosa natural lo sentenció el emperador Adriano en la acusación de una mujer honrada que parió al oncenno de la ausencia de su marido, y Plinio dice que Lucio Papirio, pretor, anduvo trece meses en el vientre de su madre. De la romana Vestilia, mujer que fue de Cayo Herdicio y de Pomponio y de Orfito, dice Plinio que parió cuatro hijos: al uno, llamado Sempronio, sietemesino, y a Sulio Rufo al oncenno mes, y a Corbulón al séptimo, y a Cesonia, mujer que fue del emperador Cayo, al octavo. Aristóteles bien concede nacer hasta el mes oncenno; y aun Ludovio Celio dice haberse llamado Graco así por haber nacido en el mes doceno.

Plinio dice que para lograrse los sietemesinos han de ser concebidos un día antes o después del plenilunio, o en el día de la conjunción. Hipócrates y Galeno escribieron libros del parto sietemesino, y dicen que algunas mujeres tardan ciento y noventa días, y otras docientos, y que pocas quedan atrás o van adelante de estos términos, y que ninguna pare con sazón antes de ciento y ochenta y dos días y quince horas, ni después de docientos y cuatro; y así, el término más corto que se puede dar al sietemesino (del cual se entiende todo esto) es de medio año, y de una sola mujer dice Galeno haber sabido que parió a los ciento y ochenta y cuatro días cumplidos.

Maseo Cristiano, y Genebrardo y Fulgoso y otros escriben que el año de mil y docientos y setenta y ocho, Matilda, condesa de Holandia, hija de Florencio, conde de Holandia y de Matilda, hija de Enrique, duque de Bravancia, parió de un solo parto trecientos y sesenta y cinco hijos vivos, y se los bautizó juntos en una bacía de agua Otón, obispo trajectense. Esta fue grande maravilla de Dios más que obra de naturaleza, porque con este parto enseñó Dios a esta condesa que había pecado en juzgar que una mujer pobre había cometido adulterio porque parió dos hijos juntos; y viéndose así condenada la pobrecilla mujer, dijo a la Condesa con grande ansia y angustia de su corazón que pluguiese a Dios que de un parto la diese tantos hijos como días tiene el año, y así le sucedió.

Dice Aristóteles, Avicena e Hipócrates, que todos los niños son concebidos en los vientres de sus madres hechos un ovillo, las caras hacia las espaldas de las madres y puestas las palmas sobre las rodillas y metida la nariz entre las rodillas y puesto cada ojo sobre una rodilla y palma. Recopilando Plinio las penas y fatigas que sienten las preñadas, dice: «Diez días después que concibieron sienten dolores de cabeza, vaguedos, mala gana de comer, fastidio y vómitos: todo esto es indicio que ha concebido. La que concibió varón tiene mejor color y más fácil parto. Siéntelo en el vientre en siendo de cuarenta días. Al contrario, la hembra causa intolerables dolores, hínchasele las piernas, no puede andar, comienza la criatura a moverse en teniendo noventa días. El macho y la hembra causan a la madre gravísimos trabajos, principalmente cuando les nacen cabellos y en la llena de la Luna; que este tiempo aun a los niños ya nacidos hace daño. Si estando en el parto respiran, paren con mayor trabajo y dificultad. Bostezar en el mismo parto causa muerte. En el siguiente capítulo dice Plinio: «Por una parte me causa lástima y por otra vergüenza pensar cuán

flaco y frágil es el principio y origen del hombre, que es el más soberbio de todos los animales, pues muchas veces ha causado aborso el olor de una vela cuando la matan». Por estas y otras molestias que padecen las mujeres preñadas se entienden los trabajos que dio Dios a Eva en sus partos por el gusto que recibió en la comida de la fruta vedada.

Pondera mucho el famoso Avicena en los partos el desencajamiento de las renes de la madre, que dice ser necesario el divino favor para las conservar desencajadas y para las tornar a encajar, por ser aquella operación de las fuertes que puede la naturaleza poner en efecto. Una curiosidad afirma Avicena y Bibiquil, y es que si se quiere saber los hijos o hijas que una mujer ha de parir, se mire la vena umbilical del primero hijo que pariere, y que cuantos grumos o nudos en ella parecieren, tantos hijos parirá después; y si no tuviera alguno de aquellos ñudos no parirá más, y que si el nudo distare mucho del otro habrá mucho tiempo de un parto a otro, y si poca distancia, pasará poco tiempo, y que los ñudos negros o bermejos significan los varones y los ñudos blancos las hijas. Antonio Guaynerio afirma haber experimentado esto y hallar ser verdad.

#### Capítulo decimosexto: De cómo algunas mujeres se han convertido en hombres

**A**UNQUE se dice que en los tiempos antiguos ha habido algunas mujeres que después se convirtieron en hombres y que la naturaleza haga una novedad como ésta y haber muchos que lo tienen por fábula, como la que se cuenta de Tiresias, aquel adivino que hubo en la ciudad de Tebas, no hay por qué maravillarse nadie dello, porque lo que de Tiresias se dice por cosa fingida y mentirosa posible fue que fuese muy cierta en el mundo, conforme a otras que se cuentan y tienen sin ninguna duda por verdaderas.

Plinio, en el capítulo cuarto del séptimo libro, dice estas palabras: «No es cosa fabulosa tornarse las mujeres hombres; que hallamos en los libros de los *Anales* que, siendo cónsules Publio Licinio Craso y Gayo Casio Longino, un muchacho, hijo de Casino, de mujer haberse convertido en varón, el cual, por mandado de los agoreros fue llevado y echado en una isla desierta. Y Licinio Muciano afirma que vio en Argos un hombre, llamado Aresconte, que, habiendo sido primero mujer, se llamaba Arescusa, y que, habiéndosele mudado el sexo femeníl en varón, le nació la barba y se casó con una mujer, y que de la misma manera vio otro muchacho en la ciudad de Esmirna». Y más adelante torna a decir: «Y yo mesmo vi en África a Lucio Casicio, ciudadano de Triditania, el día mesmo que se casaba, siendo mujer, tornarse en hombre.

Y no es sólo Plinio autor desta maravillosa novedad, porque también Pontano, autor no poco grave, dice que una mujer de la ciudad de Gaeta, habiendo estado casada con un pescador catorce años, se volvió en varón, y que otra mujer, llamada Emilia, que estaba casada con uno que se llamaba Antonio Spensa, ciudadano ebulano, después de estar con su marido doce años, volviéndose hombre, se casó con otra mujer y tuvo hijos della. Otra cosa cuenta el mesmo autor más maravillosa que ninguna de las pasadas, y es que hubo otra mujer que después de haber estado casada y parido un hijo, se convirtió en hombre y se casó con otra mujer y tuvo hijos della. Y porque estas son cosas antiguas y no se pueda



decir que alargamos los testigos, referiré lo que cuenta el doctor Amato, lusitano, médico muy estimado en Portugal.

El cual, en una obra de medicina que hizo, dice que en un lugar que se llama Esgueira, distante de la ciudad de Coimbra nueve lenguas, vivía un caballero que tenía una hija llamada María Pacheco, y que esta doncella viniendo a la edad en que le había de bajar su costumbre, en lugar della le nació (o salió de dentro, si estaba escondido) el sexo viril, y, así, de hembra se convirtió en varón; y le vistieron luego en hábito de hombre, mudándole el nombre y llamándole Manuel Pacheco, el cual pasó a la India Oriental y, volviendo della muy rico y con fama de un caballero muy estimado por su persona, se casó con una mujer principal. Si tuvo hijos o no, dice este doctor que no lo supo; pero que vio que nunca le había nacido barba, sino que tenía rostro mujeril.

Y los que no quisieren dar crédito a las cosas que acerca desta materia quedan dichas ni a los autores dellas, vean lo que dice Hipócrates, que por todos es llamado evangelista de los médicos, cuyas palabras, en el sexto *De morbis populaibus*, son éstas: «En la ciudad de Abderis, Petusa, mujer de Piteo, en el primero tiempo de su edad, aparejada era para parir, y como su marido se fuese de allí desterrado, estuvo muchos meses que no le bajó su costumbre, lo cual fue causa de que le vinieron muy grandes dolores en los miembros. Y como estas cosas acaeciesen, luego se le hizo el cuerpo de varón, todo velloso, y le nació la barba y la voz se le hizo áspera. Y esto mesmo acaeció también, en Taso, a Ana Misia, mujer de Gorgipo».

Y de otra mujer cuenta Antonio de Torquemada en sus *Flores curiosas* que en un pueblo destes reinos estaba casada con un labrador no muy rico, y como esta mujer no tuviese hijos, el marido y ella andaban a malas, y así, la daba tan áspera vida, ahora por celos o por otra causa, que la mujer determinó de irse y dejalle. Y así, una noche, hurtando los vestidos de un mozo que en casa estaba, vestida con ellos se fue y anduvo por algunas partes fingiendo ser hombre, y con este título sirvió y ganaba para sustentarse. Y estando así, o que la naturaleza obrase en ella con tan pujante virtud que bastaba para ello, o que la imaginación intensa de verse en el hábito de hombre tuviese tanto poder que viniese a hacer aquel efecto, ella se convirtió en varón y se casó con otra mujer, lo cual no osaba descubrir ni decir, como mujer de poco entendimiento. Y hasta que un hombre que de antes la conocía hallándose en el lugar donde estaba y viendo la semejanza que tenía con la que él había conocido, le preguntó si por ventura era su hermano. Y esta mujer hecha varón, fiándose dél, le dijo el secreto de todo lo que había sucedido, rogándole con grande instancia que en ninguna manera le descubriese. Lo que la naturaleza pudo hacer en un tiempo también lo podrá hacer en otro, y si es verdad lo que se halla escrito por tantos y tan graves autores, no nos causará admiración ni incredulidad cuando oyéremos decir casos semejantes a personas fidedignas.

### Capítulo decimoséptimo: Del sensual amor, y de sus malos y eficaces efectos

**P**LOTINO afirma que el amor de la hermosura del ánimo, aunque sea feo el cuerpo, es cual debe y el durable, y cuando se ama la hermosura corporal, el tal amor es sombra del amor del alma; porque así como el alma es incorruptible y el cuerpo corruptible, así es aventajado el amor de la hermosura del alma a la del cuerpo.

Dos estatuas dice Pausanias que puso Armonia, la de Cadmo, a la diosa Venus en la ciudad de Tebas: la una, de amor limpio y celestial y libre de toda carnal afición, y la otra, de amor sensual que para en el cuerpo hermoso que se vee, que son las dos maneras de amor de que hablamos. Al sensual amor le hizo Niso, el virgiliano, hijo de la complexión corporal de cada uno, y, conforme a esto, es más fuerte en unos que en otros este Cupido, del cual se pinta Safo toda emponzoñada, y Marulo le da por postillones que le preceden la borrachez, el sueño, el ocio, la demasía de regalos, y por compañeros a las rencillas, odios, guerras y deshonoras; y por esto Apolonio Rodio le llama origen de todos los males y por el cual se cometan las injurias y se desampare la justicia. Aunque, si queremos templar este rigor, no diremos que el sentimiento amoroso es causa de tantos males, sino, con el poeta Arquías, que es ocasión de que por le regir mal los hombres cometan muchos desconciertos; porque el sentimiento natural Dios le infunde en la naturaleza, y, consiguientemente, es bueno; mas si inclina a mal, el hombre tiene la culpa, que no le refrena, como por el pecado le desenfrenó Adán para todos.

Salomón dice que las mujeres son los regalos y los pasatiempos de los hijos de los hombres, y Zorobabel lo probó de espacio delante del rey Darío y de todos los príncipes y sabios de su reino en aquel problema que movieron él y los otros dos pajes. «Dejando aparte (dice) el engendrarnos a todos y el salir de sus entrañas a esta luz y claridad, el criarnos a sus pechos, el emplearse de ordinario en nuestra gala y aseo, en nuestra limpieza y regalo, no sé qué lazo encubierto o qué propiedad secreta puso la naturaleza en el pecho del hombre que le es natural el amar la mujer y el pagarse, así, de su vista. Tenga (dice) un hombre gran suma de oro y de plata, goce todos los regalos de la tierra y de la mar; en viendo una mujer de hermosura y de gala lo pondrá en olvido todo y se le irá tras ella el alma y el corazón y se quedará la boca abierta mirándola. Por la mujer deja el hombre el padre y la madre que le engendraron y criaron con trabajo y con sudor de sus rostros, y deja la tierra y la región a quien tiene amor natural y con ella sola descansa y se entretiene en tierras estrañas, sin acordarse de padres de parientes ni de la patria en que nació. Por la mujer sale el hombre muchas veces a escalar casas de noche y a saltar por los caminos; éntrese por las espesuras y por las cuevas donde hay peligros de fieras y de animales ponzoñosos; hácese cosario por la mar y quita las vidas a los hombres, y cuando le sucede alguna presa importante se la trae a su mujer. Por la mujer se han perdido muchas vidas, acabado haciendas, trastornado juicios. En fin, sabios de Persia, las mujeres son la cosa que en esta vida más adoráis y queréis. Y, si no, dígalo el Rey, que este día se estaba burlando con Apemen, amiga suya: ella le quitaba la corona de la cabeza con la mano derecha y se la ponía sobre los lazos de sus cabellos, y con la siniestra le estaba dando bofetoncillos y palmadas, y mostraba desto gran gusto el Rey. Después hizo de la enojada y comenzó a embotijarse y hacer pucheritos de regalo y de melindre, y viérades súbitamente el semblante del Rey tan triste y que con mil caricias amorosas la aplacaba y la decía: 'No haya más'».

Y dice el texto que se miraban los unos sabios a los otros haciendo aplauso a la discreción del paje, y que el Rey le abrazó y hizo grandes mercedes. De suerte que está vinculado en las mujeres lo mejor de los placeres humanos; y como todos los bienes de acá bajo son bienes de vena pobre, y no solamente pobre, mezquina y desventurada, sino tan falsa y tan engañosa, cuanto es mayor la apariencia del bien tanto mayor es el engaño y la traición encubierta, la cual conviene descubrir.

Porque es grande el poder y la destreza que la mujer tiene en cazar al hombre, dice Salomón que su corazón es lazo y es red barreada que coge todos los peces, y sus manos son prisiones, cepos, grillos y cadenas. Lazo es artificio o ingenio de los que cazan; red, de los que pescan; prisiones, de los que prenden y encarcelan; y porque en el lazo caen pocos dice red en que caen muchos, y porque la red es poco fuerte y la mujer es más poderosa para tener el hombre captivo, maniatado y preso después de haberle cazado, dice que sus manos son prisiones, porque no hay calabozo ni esposas ni grillos ni cadenas que lleguen a las manos de una mujer.

Verase un hombre quemada su honra y su hacienda, acabada su fama y su contento, y verá que no está preso con grillos ni cadenas, ni maniatado con maromas fuertes, ni le detienen mares ni muros ni torres, sino unas manos de una mujer, más blandas que una seda, y al cabo no terná valor para desasirse della. Verá que le desama y aborrece, que le da mil enojos y pesares, que tras cada rincón le murmura y le hace mil traiciones, y verá que le va su bien todo en no verla de sus ojos y en escaparse de sus manos, y al cabo no tendrá valor para desasirse della. Darale voces Dios por sus predicadores, aldabadas a las puertas de su alma por sus Ángeles, enviarale avisos por su Iglesia, razones de escarmiento y de temor con la muerte de su vecino y de su hermano, azotes con enfermedades y trabajos, porque no le deja la capa en las manos, como José y al cabo no tendrá valor para desasirse della. Por eso añade el Sabio: «El que agradare a Dios huirá deste basilisco y desta fiera, el que le ofendiere caerá en sus manos».

Parece que la tiene Dios por verdugo para castigar pecados, y así lo confiesa un flaco cuando se halla en esta cárcel, rodeado de mil daños, sin valor para desasirse dellos. Dice: «Mis pecados son estos; y ¿quién me librará desta fiera tirana?». Herodías probó bien esta fuerza y tiranía; que Herodes grande opinión tenía del Baptista y de su virtud y sanctidad; y así, cuando Cristo, Señor nuestro, comenzó a manifestarse con obras del cielo y de Dios, creyó era el Baptista resucitado, y gran voluntad le mostraba, los ojos se le iban tras él y de buena gana le oía y encarecía sus sermones, y le diera silla en su estrado; pero tenía-lo preso Herodías en la cárcel de su amor con lazos, con redes y prisiones; que, como captivo preso, vino a hacer la voluntad de quien así le tenía; y púsole Dios en prisión tan esquiva y cruel por grandes pecados que en esta vida había hecho.

No probó menos Dalida la fuerza desta prisión, pues el que la tenía para romper maromas, arrancar las puertas de una ciudad, matar con una quijada tantos millares de hombres, derribar un edificio tan fuerte, no la tuvo para salir desta cárcel. Y lo que más espanta es que se viese Sansón tan burlado, tan mentido, tan vendido, tan desamado, y que no procurase quebrantar esta prisión, aunque fuese con muerte del carcelero. En la parábola del rey que convidó a las bodas de su hijo, escusáronse los ambiciosos, diciendo: «He comprado una villa y voila a ver». Escusáronse los cudiciosos: «He comprado un par de bueyes y voilos a probar». Mas el sensual no se escusó, sino llanamente dijo: «No puedo». Quiso decir: «No tengo libertad, no soy mío; fuera sí pudiera: soy de un señor tirano que no me dará licencia aunque la pida, tiéneme echado argolla al cuello y grillos a los pies. No puedo». El *Eclesiástico* dice: «Mejor es el varón malo que la mujer buena». Quiere decir: menos herido y menos lastimado saldría el hombre de las manos de su enemigo que de las manos de su amiga. Menos daño hizo Saúl a David trayéndole desterrado, huyendo de breña en breña, que Bersabé abrigándole en la cama blanda y regalada.

Job, tratando del Demonio, entre otras propiedades que refiere suyas, dice que su aliento enciende los carbones fríos y helados. Acuéstase el hombre encomendándose a Dios y a los sanctos sus devotos, propone vivir y morir en su servicio, y apenas ha despertado cuando viene un mal pensamiento y una tentación tan importuna. ¿Quién causa eso? Satanás, que enciende los carbones fríos y helados. Híncase de rodillas para orar y súbitamente se divierte y se halla revuelto en mil humaredas de lascivos pensamientos: es que el aliento del Demonio enciende los pechos mortificados y muertos. Estraño animal, cuyo soplo es unos fueles. Esta misma propiedad tiene la mujer: es el demonio de la tierra, que enciende los corazones más fríos. Así lo dice el Sabio: «Las palabras de la mujer son como fuego que quema y abrasa». Pues el que las recibe en su pecho y las guarda en su memoria ¿qué espera, sino que le enciendan? «¿Por ventura (dicen los *Proverbios*) podrá el hombre esconder el fuego en el seno de suerte que no se le quemén los vestidos?». Pues ese milagro le sucederá al que entrare a tener conversación familiar con una mujer y no saliere chamuscado; y pues el hombre pecador no puede hacer milagros con el fuego que quema el cuerpo, no los espere hacer del fuego que abrasa el alma. Cristo, Señor nuestro, dijo a la Madalena: «No me toques, que aún no he subido a mi Padre». Son bonísimas palabras para dichas de un hombre a una mujer, aunque sea una Madalena: «No me toques, que no soy cuerpo glorioso». San León, Papa, primero deste nombre, se quiso cortar la mano, como a miembro podrido, porque, besándosela una mujer, sintió un poco de torpe ardor.

La fuerza del tirano amor se puede colegir por las cosas referidas que en el mundo ha hecho y hace cada día. Queriendo los poetas representarnos el poder deste tirano, fingén al famoso Hércules haber vencido y domado todos los monstruos del mundo, y que después destas grandes victorias vino por el torpe amor de una mujer a dejar su fuerte maza y a sentarse entre sus criadas a hilar con una rueca en la cinta, porque ella se lo mandaba, amenazándole si no lo hiciese. Lo cual sabiamente fingieron los poetas para significar por aquí la tiranía y potencia deste apetito. La Escripura divina nos propone un Salomón por una parte lleno de tan gran sanctidad y sabiduría, y por otra adorando los ídolos y edificándoles templos por sólo complacer a sus mujeres (que no menos declara la tiranía desta pasión que los ejemplos cotidianos que nos pasan cada día por las manos).

Cosas son todas éstas de que Séneca, con ser filósofo gentil, se afrentaba y avergonzaba; y así, decía: «Mayor soy, y para mayores cosas nacido que para ser esclavo de mi carne». Amnón, primogénito de David, después que puso sus ojos en su hermana Tamar, de tal manera se cegó con estas tinieblas que vino a perder el comer y el beber, el sueño y la salud, y a caer enfermo con la fuerza de esta pasión. Y para curar su dolencia no sólo no le fue bastante el cumplimiento de su deseo, sino que antes le dejó más enfermo<sup>246</sup> y perdido que antes estaba. Porque muy mayor dice la Escripura que fue el odio con que aborreció después a la hermana que el amor que antes la había tenido. De manera que no quedó con el vicio libre de pasión, sino trocola por otra mayor. Pues ¿hay tirano en el mundo que así vuelva y revuelva sus prisioneros y así les haga tejer y destejer, andar y desandar los mismos caminos?

Tales, pues, son los que están tiranizados de aqueste vicio, los cuales apenas son señores de sí mismos, pues ni comen ni beben, ni piensan ni hablan ni sueñan sino en él, sin que ni el temor de Dios, ni el ánima ni la consciencia, ni Paraíso ni Infierno, ni muerte ni Juicio, ni aun a veces la misma vida y honra (que ellos tanto aman) sea parte para apartarlos de

246.- Orig.: 'enferma' (522v).

este camino. Pues ¿qué puede decirse de los celos y temores, de las sospechas y sobresaltos y peligros de que andan rodeados noche y día? ¿Hay, pues, tirano en el mundo que así se apodere del cuerpo de su esclavo como este vicio del corazón? Porque nunca esclavo está tan atado al servicio de su señor que no le queden muchos ratos por suyos; mas tal es este vicio, y otros semejantes, que después que se apoderan del corazón, de tal manera lo prenden y se lo beben todo, que apenas le queda al hombre valor ni habilidad, ni tiempo ni entendimiento para otra cosa.

Y para significar esto el ingenioso Poeta, finge de aquella famosa reina Dido que en el punto que se cegó con el afición de Eneas, luego desistió de todos los públicos ejercicios y reparos de la ciudad, de manera que ni los muros comenzados iban adelante, ni la juventud ejercitaba las armas, ni los oficiales públicos entendían en fortalecer los puertos ni los otros pertrechos necesarios para defensa de la patria. Porque este tirano de tal manera dice que prendió todos los sentidos de esta mujer, que para todo quedó inhábil sino sólo para aquel cuidado, el cual cuanto más se apoderó del corazón tanto menos le dejó de valor para todo lo demás. ¡Oh vicio pestilencial, destruidor de las repúblicas, cuchillo de los buenos ejercicios, muerte de las virtudes, niebla de los buenos ingenios, enajenamiento del hombre, embriaguez de los sabios, locura de los viejos, furor y juego de los mozos y común pestilencia de todo el género humano! Y no sólo en este vicio, mas en todos los otros hay esta misma tiranía.

San Jerónimo dice que la carne mujeril tiene un no sé qué de veneno que suele embellear a los hombres, y a los más sabios suele hacer caer de ojos y dar más baja y vil caída. Y Valerio, en la epístola que escribió a Rufo, dice que Júpiter (que llamaron los gentiles Dios de los cielos) iba bramando como becerro tras una ninfa, y que aquel cuya bondad le había levantado sobre los cielos una mujer le había hecho semejante a los brutos animales. Y también dice: «La mujer es osada, atrevida y artificiosa para hacer daño, y con ellas y la mala inclinación de nuestra carne, a muchos ha prostrado el Demonio que sin ellas no tuviera fuerzas para derribar».

En el reino de Portugal un caballero llamado Hermigio tenía una hija, llamada Irene, en extremo hermosa, de grande ingenio y altos respectos de virtud. El abad Selio, hermano de Eugenia su madre, procuro que esta su sobrina emplease desde muy temprano bien este su gran ser y natural que Dios le había dado, y así, encargó el doctrinarla a Remigio, monje principal de su monasterio, el cual la enseñó lo que en letras debía saber y la enderezó a toda sanctidad. A cabo de dos años, con la ocasión del trato familiar que el monje Remigio tenía con Irene por haber sido su maestro, entró el Demonio en él y comenzó a amarla de mal amor y sin freno ni empacho a descubrirle su deshonesto deseo. La sancta doncella, vista su furiosa maldad, le respondió con mucha aspereza, correspondiendo con la ferocidad que su torpe atrevimiento merecía. Desesperado con esto Remigio, convirtió todo su amor en mayor aborrecimiento y deseo de venganza. Ésta procuro por una manera nunca oída: hallando lugar, dio a la virgen Irene una bebida confecionada con ciertas yerbas que la hincharon el vientre de suerte que verdaderamente parecía estar preñada.

Esto se divulgó después con grande infamia de la inocente virgen y llegando a oídos de Britaldo, caballero nobilísimo y gran riqueza, que entrañablemente la había amado (a quien la sancta virgen no había querido recibir por marido por mejor servir a Dios con honestidad y limpieza de su cuerpo y alma). Britaldo, con la certidumbre que daba la vista

de su preñado, se movió con terribles celos, y con memoria de la amenaza que le había hecho cuando fue della despedido si a otro en algún tiempo tuviese en más que a él, sin más consideración pidió a un soldado le matase a Irene, que tan injustamente (a su parecer) le había agraviado. Este soldado halló oportunidad para hacerlo una mañana que, acabados los maitines, la sancta doncella se salió a la ribera del río por aliviarse en su enfermedad y principalmente por pedir a nuestro Señor en aquella soledad la librase de tan malvada infamia, pues Él conocía su inocencia. Así, la halló aquel hombre cruel puesta de rodillas haciendo su oración, y allí la mató atravesándole con la espada la garganta, y, desnudándola hasta dejalla en camisa, la echó en el río por que se encubriese su malvado hecho.

Como sus tías echasen menos a Irene, tuvieron por cierto que, no pudiendo ya sufrir el verse disfamada, como desesperada, se había ido con alguno a perderse del todo. Mas Dios, que socorre siempre a los suyos en los mayores peligros (aun con más misericordia que nadie puede esperar), no permitió que su sierva padeciese esta nueva infamia, antes muy enteramente manifestó su grande sanctidad. Reveló al abad Selio todo lo que pasaba y dónde hallaría el cuerpo de su sancta mártir; y así, acompañado de una gran procesión de gente, con gran fe la fueron a buscar. Donde estaba el sancto cuerpo hallaron que el río Tajo milagrosamente se había retirado en aquel su hondo piélago y dejado el cuerpo de la virgen gloriosa descubierto, en seco, que estaba ya puesto en un hermoso sepulcro labrado por obra del Cielo.

El abad y todos los demás le quisieron sacar de allí, y con ninguna fuerza pudieron moverlo; y entendiendo cómo era voluntad de Dios que de allí no se quitase, tomaron por reliquias de sus cabellos y parte de la camisa que tenía vestida. Y, en saliéndose la gente del río, luego Tajo (que antes había estado detenido y encogido para la manifestación de la sanctísima virgen Irene) comenzó a estenderse y cubrir con gran profundidad de agua su sancto sepulcro. Las sanctas reliquias resplandecieron con muchos milagros y maravillas que Dios obró por su sierva. A tan gran ceguedad como la que aquí se ha contado trujo el deshonesto amor al monje Remigio, tenido en grande opinión de virtuoso y bueno, pues por su sancto abad se le encargó el enseñar a la nobilísima virgen Irene.

Aristóteles y Séneca afirman que no hay otra cosa tan enemiga de la prudencia y buenos ingenios como los vicios carnales, y que cuanto uno más se engolfa en ellos más de boto entendimiento se torna, y por esto escribió el mesmo Aristóteles al grande Alejandro que los huyese, porque tornan a los hombres en bestias. Por esto dicen algunos que el nombre de Venus, abogada de torpes amores, se compone desta palabra *ve*, que quiere decir *¡ay!*, y de *nus*, vocablo griego que quiere decir *entendimiento*; que todo junto quiere decir: *¡Ay de ti, entendimiento!*; como si dijese que los lujuriosos pierden el entendimiento.

En figura desto afirmaron muchos poetas y filósofos antiguos que Minerva, diosa de la sabiduría, y las Musas, inventoras de las sciencias, eran vírgines, y, por el contrario, pintaban a Cupido ciego, niño y sin entendimiento. Y no solamente estas inmundicias son corruptivas del entendimiento, mas también dice Aecio (y hay dello harta experiencia) que de la memoria, a la cual pone Plinio entre los principales bienes del hombre. La sangre, cuya parte más pura y digesta es la materia destes vicios, es la que, conforme a la doctrina de Hipócrates, causa en el hombre la mayor parte de la prudencia, o toda; y como por estos vicios se haga demasiada evacuación della, así también de lo subtil del entendimiento; y así, queda el tal vicioso tan privado de buen entendimiento.

De tanta fuerza son los apetitos naturales, que muchas veces derriban y hacen caer de ojos a varones muy esforzados, y los hacen dar en grandes errores cuando andan como caballos desbocados, sin el freno de la razón, aficionándose a su misma perdición. Cuyo amor (siendo de cosas deshonestas) no merece nombre de amor, como prueba san Agustín en su *Ciudad de Dios*. Cicerón llama al amor deshonesto, rústico y furioso señor, cuya violencia no se puede negar sino que es muy grande, y tanto, que dice Séneca que transforma a los hombres en bestias, y Luciano llama al amor violento y tirano.

Muy común refrán es, y muy antiguo, «Afición ciega razón»; y otro también es muy cierto y verdadero: «Quien feo ama, hermoso le parece». Acaece andar un hombre loco y perdido por una mujer fea y desgraciada, y le parece la más linda dama del mundo, y quíerela tanto que se muere por sus amores. Y también acaece tener éste (si es casado) una mujer muy hermosa y no la puede ver de sus ojos. Este desorden nace de la afición, que es una sepultura donde la razón está muerta y enterrada. Tiene tanta fuerza esta diabólica rabia del amor, que prende tan bien en el corazón humano la ponzoña deste veneno de la afición, que no bastan letras ni humano saber para defenderse dél. A Lucio Catilina (según Valerio Máximo) forzó a matar a su propio hijo por casarse con Oristela su nuera. A la sabia Medea hizo despedazar a su hermano y desollar a sus hijos: no hay maldad atroz que esta bestia fiera no la acometa.

Siendo tenida por cosa tan mala la deshonesto mujer, pone admiración que haya tantos y tan grandes varones que anden desvanecidos y sin juicio por ellas. La causa desto es el andar de por medio la afición, la cual, desde<sup>247</sup> que de veras se arraiga en el humano entendimiento, hace juzgar las cosas muy mayores y más perfectas de lo que son. Los hombres enamorados miran con antojos de afición a sus amigas, y por eso les parecen mejor y más hermosas de lo que ellas son, lo cual juzgarían al revés si se quitasen los antojos; porque, engañado el juicio y corrompido entendimiento, no jugamos la hermosura y bondad de la mujer según la verdad y realidad de lo que hay en ella, sino según que la afición y amor que se le tiene nos la representa.

La razón que dan los filósofos por que nos parece el sol cuando nace y cuando se pone mayor que al mediodía (siendo él siempre de un tamaño) no es otra cosa sino porque engañan nuestra vista los vapores que hay por la mañana y por la tarde, al nacer y al poner del sol; que como andan atravesando entre el sol y nuestra vista por el aire y como baten en estos vapores los rayos visuales como en los antojos transparentes, estendiéndose por el medio, hacen en aquella sazón parecer al sol mayor que al mediodía, porque tanto mayor parece la cosa cuanto más se estienden los rayos visuales. Y así, hacen el mismo efecto las aficiones que los vapores que suben de la tierra; los cuales, cuando se atraviesan y ponen delante de los ojos del alma, hacen que nos parezca el objeto que miramos (que es la mujer hermosa) mucho más hermosa y digna de ser amada que realmente lo es; porque, engañado el juicio y corrompido el entendimiento, no jugamos la hermosura y bondad de la mujer según la verdad y realidad de lo que hay en ellas, sino según la afición y amor que la tenemos nos la representa. Porque la estimativa, engañada por la afición, tiene tanta fuerza que hace parecer hermosas las que son feas; y entonces se verifica aquel común adagio: «Ojos hay que de lagaña se enamoran». Mas como los enamorados andan

247.- Orig.: 'de' (525v).

elevados y transportados y están abrasados en la fragua y deseo de lo que debrían huir y gastan el tiempo en suspiros y lamentaciones, en lágrimas y quejas, en sospechas y celos, viven aborrecidos de sí mismos cuando hay algún desvío, y no pueden alcanzar la perdición propia que desean. Deste amor sensual trae Teodoreto a Platón para decir que el principio del amor es la vista, y que con la esperanza se aumenta y crece, y con la memoria recibe nutrimento y con el uso se conserva.

Para significar el amor sensual y sus propiedades pintaban los antiguos a la diosa Venus nadando las profundas aguas del mar, queriendo dar a entender en esto que así como el que nada alejado de la tierra anda lleno de temores de si terná fuerzas para volver a la tierra de donde salió, o si le dará algún calambre o le sucederá alguna de otras muchas desgracias que a los nadadores suelen suceder y quedar por ellas ahogados, así los que aman con deshonesto amor andan llenos de temores y sobresaltos de si alguno advirtió como se miraban, si los vio hablar, si se perderán los billetes, si de los que los llevaban o saben el secreto serán descubiertos (por el gran peligro que en esto suele haber, por lo cual pintaban al amor desnudo para significar que dondequiera que está no puede encubrirse, y por esto dicen que amores y dineros no pueden disimularse), si los vieron entrar, si sus amigas (como tan antojadizas y falsas) están de otros aficionadas o no les tratan verdad en sus prometimientos, si la voluntad que les muestran se funda más en interese que en amor, si serán espiados y hallados con sus amigas y muertos de sus deudos o competidores, si estando en tan mal estado les verná de la mano y justicia de Dios alguna apoplejía o otra repentina enfermedad que no les dé lugar de confesarse ni arrepentirse y queden por esto sus ánimas condenadas para siempre por la obstinación de su pecado y mal ejemplo. Destos y otros muchos temores andan cercados los vanos seguidores del deshonesto amor, conociendo por ellos que aunque su nombre es dulce sus hechos son amargos como la hiel, y que los que con razón pueden llamarse bienaventurados son los que al amor no conocieron ni el tal amor dellos se acordó, ni se metieron a nadar en este hondo piélago de tantos sobresaltos.

Sentencia es de Diógenes que el deshonesto amor es ocupación de ociosos. Y esta es la razón que le movió a Canaco, famoso artífice (como dice Pausanias) a hacer la estatua de la diosa Venus asentada con mucho reposo, para dar a entender que la sosegada ociosidad está en quien hace asiento el deshonesto amor. Y por eso dijo Menandro (como refiere Estobeo en sus *Sermones*) que el amor es ocioso. Grandes son los daños que son anejos a la ociosidad, porque ella es la puerta de los malos deseos y la entrada para todos los vicios; porque ésta engendra vanos y desconcertados deseos y edifica fábricas de maldad y pestilencia para el ánima del triste amador. Por esto se aplica por remedio deste amor la ausencia, el cuidado de cosas graves, la mucha ocupación; la persecución, hecha con sancto celo, es también único remedio, como se verá por este ejemplo.

Estaba en un monasterio con monje de nación griega, mancebo y de buenas partes, y fue tan tentado de amores que en ninguna manera, con todos sus ejercicios espirituales y de manos, no podía apagar los continuos incendios de la carne. Sabiéndolo el abad, probó a curarle con un arte maravilloso; y fue que mandó a un monje grave y áspero que injuriasse con palabras de mucha deshonra al mancebo y después que él se viniese a quejar como si hubiera sido ofendido del monje. El anciano lo hizo así y llevó a otros monjes por testigos. El abad reprehendió entonces al monje mozo y le penitenció como a culpado. Esto pasaba cada día, y viéndose el monje tan maltratado y con tantos falsos testimonios como



se le levantaban, andaba llorando y sollozando cada momento,<sup>248</sup> y, lleno de amargura, se estaba en su celda y se echaba a los pies de un crucifijo y le pedía que volviese por él. Ningún mal recaudo se hacía en la casa que luego a él no se le atribuyese y probase con cuantos testigos querían, y, así, nunca le faltaban reprehensiones y penitencias. De esta manera pasó un año, el cual acabado, otro monje le preguntó cómo le iba de amores y si insistía en sus antiguos pensamientos. A esto respondió el monje griego: ¡Valgame Dios! Tráenme tan acosado que aun vivir no puedo. ¿Cómo ha de haber lugar para pensar en amores? Desta manera fue curado por su buen padre espiritual y él salió vencedor.

La pasión y afición de amor los griegos las cuentan con las demás enfermedades y buscaron remedios y las demás medicinas para ella. Y Ovidio hizo un tratado *De remedio amoris* y aconseja que a los que así están es bien ocuparlos en graves y honrosos negocios, para divertirlos. Faustina, hija del emperador Antonio y mujer de Marco Aurelio, emperador, estando muy enamorada de un gladiator, de tal manera que se entristecía tanto que perdía su salud y vida y vino a punto de morir, entendida la causa por Marco Aurelio, juntó médicos, hechiceros y herbolarios, y fueron de acuerdo que matasen al gladiator y que a Faustina se le diese a beber parte de su sangre y, acabada de beber, durmiese con ella el Emperador su marido, y que así olvidaría al gladiator. La fuerza de la diabólica medicina fue estraña, porque totalmente se le hizo olvidar, y del ayuntamiento que con ella entonces tuvo el Emperador quedó preñada de Antonino Conmodo, que salió tan sanguinolento y cruel que no pareció sino hijo del gladiator cuya sangre su madre había bebido.

Para conocer de quién está uno enamorado se le suele tomar el pulso y irle nombrado algunas de quien se puede sospechar, y, en topando la que es, le anda el pulso tan recio y aprieta que con su vigor descubre ser aquélla la que ama el enfermo. Cuando algunos andan malos y no pueden dormir ni comer, y traen los ojos hundidos y el pulso les anda aprieta, y hablando con ellos no responden a propósito algunas veces, y cuando están solos suspiran y se congojan, también es señal que aman con vehemencia a alguna persona. Erasistrato, médico del rey Antioco, hijo del rey Seleuco, estando enamorado de su madrastra la reina Estratónica y determinado de se dejar morir antes que descubrir su dolor (por ser la causa la mujer de su padre), el sabio médico, por el movimiento del pulso cuando la Reina entraba en su aposento a verle, conoció ser ella la causa de su mal. Y, significado al Rey su padre por galana manera (que es larga de contar), hizo también el padre la experiencia del pulso del hijo enfermo, y, conocido ser verdad, tuvo por bien (aunque contra la voluntad de su hijo, que antes quería morir que hacerlo) dejar él la Reina y dársela a su hijo por mujer (y, a la verdad, su edad y hermosura era más para el hijo que para el padre). Esta es la mejor de las medicinas humanas con que este mal se cura, y deste parecer son los médicos más famosos.

Como con el amor sensual se trueca Dios por la vil criatura, y el corazón aficionado, vueltas las espaldas a Dios, levanta su ídolo y cabeza con él, la desventurada del alma, satisfecha de su miserable deleite, se da por contenta, y ella misma, por su propia y ciega voluntad, se despide de Dios emancipándose de todo bien. De aquí es que después que prende de veras su afición, muy tarde o nunca se aparta, sino que casi es menester milagro de Dios para desasirse de la adoración de su amado ídolo. Este falso amor con que así se ama la criatura es semejante al que los idólatras tenían a sus ídolos, el cual era tan encen-

248.- Orig.: 'memento' (527r).

dido y arraigado en sus almas que nunca se acababa, aun con haber algunos milagros maravillosos para su desengaño, como parece cuando el Arca del Señor, estando cautiva en aquel templo, derribó el ídolo de Dagón, dios de los filisteos, y le descepo de pies y manos y quitó la cabeza, dejándole hecho un puro tronco. Fue la ceguera de los filisteos tanta, que, aun viéndole así a los pies del Arca del Señor, no sólo no se desengañaron de su falso dios, sino que respectaban los lugares donde las manos, pies y cabeza de su dios habían sido arrojados. Es amor muy pegado el del ídolo, y tanto, que aun a veces el milagro no le desarraiga; y no es menos que éste el amor sensual que vamos diciendo.

¡Oh, cuántas veces habemos visto de dos personas aficionadas caídas en esta miseria descepar Dios a la una y tomarla de pies y manos, ora sea con sucios humores nacidos de su propio pecado, ahora por algún caso raro y milagroso por orden del Cielo acontecido, que, con tenerle o el castigo ya dicho o el milagro de Dios hecho un cepo y un puro tronco arrojado en su cama, o por lo menos encarcelado en muletas, persevera el sensual amor de los dos! Y puede tanto el ídolo que, aun así, hecho un tronco, vence al milagro y nunca se acaba su adoración hasta que la desdichada del alma viene a morir en los brazos de la amiga o estando ella a su cabecera teniéndole la candela en la mano, alumbrando así al Demonio y dándole nuevos ojos para que la vea mejor salir y no se le escape sin que la lleve.

¡Oh, y si se pudiese ver este inhumano amor con los ojos corporales y esta pestífera afición, como echarían a huir todos dél como de una fiera terrible y espantosa! ¿Quién se andaría tras él y seguiría su bandera? Pues la paga que hace y la moneda que da a sus soldados es penas, cuidados, congojas, lágrimas y suspiros, descontentamiento, no comer ni dormir. ¡Oh tristes de los seguidores del deshonesto amor! Todos los otros hombres suelen descansar para restaurar las fuerzas debilitadas con el trabajo del día cuando viene la noche, y aun las aves reposan en sus nidos y las fieras en sus cuevas y escondrijos de la tierra, y aun los captivos y aherrojados reposan de noche y durmiendo no sienten sus trabajos; y solos los enamorados no pueden pegar los ojos ni cesan de dar vuelcos por la cama, y gastan la mayor parte de la noche en cruzar calles poniéndose a diversos peligros del cuerpo y del alma: todo por niñerías y desventuras.

¡Oh váleme Dios, y qué devaneo y qué locura es ésta tan estraña! Si con tanto hervor sirviese uno a Dios y por su amor se pusiese a tantos trabajos y peligros como se pone uno destes locos por una ingrata mujer, ¡qué de favores y mercedes alcanzaría de Dios! No hay para qué alargarme más en detestación del deshonesto amor, pues por sola esta cifra podrá conocer el varón discreto y la mujer avisada qué tan malo es el amor deshonesto para guardarse dél, a imitación de un antiguo pintor llamado Protógenes, que conoció a otro gran pintor llamado Apeles, sin haberle visto, por sola una línea que le vido hacer.

#### Capítulo decimoctavo: Del vicio de la lujuria, y de los daños y desventuras que suceden a los que a ella se dan

**L**UJURIA es un apetito desordenado de deleites deshonestos. Engendra este vicio ceguera en el entendimiento y quita el uso de la razón, hace a los hombres bestias. Síguese della inconsideración inconstancia, precipitación, amor propio,

aborrecimiento de Dios, deseo demasiado desta vida, horror de la muerte y del futuro Juicio, desesperación de la felicidad eterna, infamia, destrucción y desconcierto de toda la vida.

Lujuria (dijo Cicerón) es un demasiado uso de contentos y deleites corporales, derramándose el hombre y ocupándose todo en las cosas de la carne. Desta dijo el mesmo en otra parte: «Lujuria en los hombres, de cualquiera edad que sean, les está mal; más en los viejos es torpe y sucísima cosa, pues della, como de fuente manantial, proceden otros mil vicios». Este bravo y general enemigo de la lujuria (dice san Bernardo), que a toda edad corrompe y a todo sentido confunde, todo orden desconcierta, todo grado previerte, acomete a los mozos, ocupa a los viejos, a hombres y mujeres vence. No huye de simples ni de prudentes, acomete a la seda y también al sayal, pero más a las plumas y blanduras que al lecho duro y de tablas. A ninguno da descanso ni reposo si no quita la ocasión de la lujuria con abstinencia, oración y ocupación.

Es la lujuria un bebedizo que deja al hombre hechizado, aborto y fuera de sí; por tanto, conviene cerrarle la puerta a este vicio. Primero entra riéndose la mujer, mostrando halagüeño amor, y vase enterneciendo y calentando el corazón con la subgestión del Demonio y de ahí nace el afición; y de la afición la delectación, y de la delectación el consentimiento, y del consentimiento la palabra y la obra, y de la obra la costumbre, y de la costumbre la desesperación (por verse casi imposibilitado para salir della), y de la desesperación nace el defender el pecado y escusarse y venir a decir que es lícito; y de ahí viene el gloriarse en el pecado y preciarse de ser poderosos en él, y finalmente, de ahí se sigue el desastrado fin y condenación eterna.

Cuenta Platón en su *Convivio*, que queriendo Sócrates tratar deste vicio sensual de la lujuria a sus discípulos, mostrándoles de cuán mala gana y con cuánto empacho trataba de aquella materia (aunque era forzado de la necesidad), que se cubría la cabeza y el rostro hasta haberla acabado, dando a entender en esto la modestia con que las personas graves han de tratar semejantes materias. Dice Fulgencio Placiadés que Vulcano significa fuego furioso, por el calor de la voluntad, y que el decirse que fabrica los rayos de Júpiter es dar a entender que mueve el furor del hombre, y el haberse querido juntar con Minerva significa que también los sabios padecen a veces sus perturbaciones furiosas, sino que por se haber defendido Minerva con sus armas se da a entender que la sabiduría no se deja vencer de la furia de la sensualidad.

La lujuria es un fuego infernal cuya materia es gula, cuya llama es torpeza, cuya ceniza es inmundicia, cuyas centellas son perversas palabras, cuyo humo es infamia y cuyo fin es tormento. Es destrucción del cuerpo, abreviación de la vida, corrupción de la virtud y quebrantamiento de la ley. Muy perdidos son los que con ofensa de Dios aman tal vicio, el cual trae captiva grande multitud de gente; y así, es menester vencer y desbaratar este cruel enemigo conque el mundo nos hace tan continua guerra.

Esta es la pasión de mayor jurisdicción y término, la que más vasallos empadrona. Desta se puede decirlo que dijo del Sol el Profeta: «No hay quien se esconda de su calor». Santiago hizo a todos cofrades desta cofradía, sin sacar a nadie: «Cada uno (dice) es tentado de su concupiscencia». Todos, grandes y pequeños, somos tentados desta víbora: no todos avarientos, no todos jugadores, no todos ladrones, pero carnales todos. Las avenidas grandes igualmente bañan las casas de los ricos y las de los pobres, así, tras la tempestad de la culpa salió esta pasión de muerte. Esto quiso significar la madre de Aquiles cuando,

queriendo curtille y endurecelle contra todas las armas de los enemigos, le bañó en las aguas de la laguna Stigia; pero no le bañó la planta, ni el tobillo, adonde (dice Orfeo) tiene su principal asiento la sensualidad. Así, hay hombres que son unos Aquiles, encantados contra todas las saetas y dardos de los demás enemigos, pero contra este vicio no tienen reparo sino del Cielo. Como nace naturalmente el orín del hierro, la carcoma del madero, el gusano del queso y de la manzana, así nace de la carne esta pasión, y muchas veces sin culpa, como lo nota san Pablo a los romanos. Es nuestra carne una laguna cenagosa que echa de sí vapores espesos que, demás de anublar el aire y escurecelle, encalabrían y aturden a quien se les avecina; son el sumidero de las cocinas, el albañar de las casas adonde va a parar la basura de los ojos, los oídos y de los demás sentidos.

San Jerónimo, sobre Amós, profeta, dice que aunque hay otros muchos linajes de diamantes que no son de tanta dureza, pero que en los finísimos ninguna cosa hace mella sino la sangre del cabrón, animal lujuriosísimo. Ansí, hay muchos hombres en el mundo sanctos, fuertes y constantes, a quien ningún linaje de tentación molesta ni fatiga si no es el deleite de la carne. Aquella ramera que vio el evangelista san Joan en su *Apocalipsi*, vestida de brocados y sedas, con un vaso de oro en sus manos con que embriagaba todos los moradores de la tierra y los trastornaba el seso, es estampa del deleite sensual; y dice que estaba asentada sobre muchas aguas, que en la sagrada Escritura significan muchas gentes, en señal de que el deleite a todos los avasalla y los sujeta. Todas las plagas que envió Dios sobre Egipto se remediaron con las oraciones de Moisés, pero no los mosquitos: éstos son los pensamientos que engendran la cuba y el vino de nuestra carne.

Manifiesta queda ya la ocasión por que muchos sanctos dijeron grandes encarecimientos de este enemigo. San Remigio dice que, dejando los pequeños aparte (a quien no ha amanecido el uso de la razón), por este enemigo son muy pocos los que salvan. Y Casiano dice que a los demás enemigos tenemoslos fuera, pero a éste tenemosle dentro de nosotros mismos: es enemigo de la puerta a adentro, que sabe dónde está el cuchillo y el veneno; y el glorioso doctor san Agustín, que entre todos los encuentros sangrientos que tenemos con nuestros enemigos, el más duro y peligroso es el de la castidad, porque es continua la guerra y la victoria rara.

Sobre todo me asombra que viniese san Pablo a hallarse tan acosado deste enemigo que por él solo se llamase desdichado. Pues si Pablo, que tiene tan recios hombros, que desafía a las criaturas todas, a la muerte y a la vida y a lo pasado y a lo por venir, al trabajo y a la hambre, a la persecución y al tormento; si Pablo, después de haber hilado el pensamiento de su vida, no halla cosa que le acuse, aunque ligera, que dice le tiene Dios aparejada la corona, que arrebatado al tercero cielo oyó cosas que no es lícito tratallas en la tierra, se llama desdichado, ¿quién se llamará dichoso?

De esta guerra sangrienta se quejaba Jeremías a su madre: «¡Ay de mí, madre mía! ¿Por qué me engendrastes varón de barajas y de discordias?». Y no es guerra de que nadie podrá escaparse por viejo, aunque le parezca está muy al cabo de su vida o que con largas experiencias de virtud o bonísima complexión tiene echadas sueltas a su carne; porque cuando más seguro y descuidado está, resucita y le echa a fondo. De suerte que es fuerza, mientras vivimos, pelear: la guerra es indispensable, no lleva remedio de treguas ni de partidos; lo que importa es pedir ayuda del Cielo. Jonatás, aquel capitán valeroso, hermano de Judas Macabeo, se vio una vez en trance forzoso de romper con sus enemigos, y dijo a los suyos

unas palabras discretas que vienen a este propósito: « Soldados (dice) valerosos y esforzados: los enemigos tenemos delante de los ojos y las aguas del Jordán nos cercan por todas las demás partes: aunque queramos huir no podemos. Siendo, pues, el pelear inexcusable, lo que importa es pedir que nos favorezca el Cielo y morir con ánimo y desnudo».

La misma razón podía decir a todos los fieles: la guerra es indispensable porque nos tienen nuestros enemigos cercados por todas partes, y aunque queramos mostrar cobardía y huir, no podemos. Lo que importa es pedir a Dios nos ayude y apadrine. Cuando Moisés iba por capitán del pueblo de Israel y le guiaba a la tierra de Promisión pidió a Edón le diese paso por los términos de sus tierras, y dábale grandes seguridades de que no le tocaría a panes ni olivas, ni viñas ni frutales, y que cualquier daño que a más no poder se hiciese, al momento lo pagaría, y que pasaría por camino real sin atravesar por atajos; pero respondióle con grande resolución que sí pasaba había de ser por las puntas de las espadas. Eso nos responden nuestros enemigos todos: que nuestra vida ha de ser con guerra, ora vamos con los más por el camino real, ora por los atajos con los menos. Siendo, pues, tan forzoso el pelear continuamente, los enemigos, tan poderosos y fuertes, tan mañosos, tan astutos y falsos que no hay palabras que lo digan cabalmente (porque las que aquí hemos dicho no dicen la menor parte), bien se sigue cuán dudosa es la victoria y cuán manifiesto es el peligro de morir a sus manos si vivimos con descuido.

A este vicio de la lujuria significaban los antiguos por el cabrón, que de su natural es inclinadísimo a las hembras, y lo comienza a las siete semanas después de nacido (y aun Eliano afirma que a los siete días). Este infernal vicio comienza casi con la naturaleza, antes que el hombre sepa pecar, y no cesa hasta la sepultura. En lo cual se denota la dificultad de su victoria, como dijo Casiano. Sobre aquel endemoniado que no pudieron los discípulos sanar hasta que Cristo vino y le sano y salió el Demonio como despedazándole, advirtió el glorioso Bernardo diciendo: «Aquí se nos enseña claramente que hasta la muerte no se puede enteramente vencer esta pasión»; y así, no respecta a persona, por grande ni pequeña que sea, ni por ser libre o sierva, hombre o mujer, ni reverencia lugar ni tiempo; y así, concluye san Isidoro: «Ninguno evitó sin lesión las mordeduras desta ponzoñosa serpiente».

Este desordenado apetito le compara san Pedro a los animales inmundos que siempre andan hozando en el lodo, porque traen sus pensamientos a cosas asquerosas y sucias; y así, son los tales inhábiles para la complexión y vida espiritual, porque su estudio es inmundo y distraído. Y gozándose en estas cosas, dice: «Venid y coronémonos con rosas, y no haya prado que no lo pasee nuestra lujuria». Y Job dice que la lujuria es un fuego que destruye desarraiga toda virtuosa ocupación, y especialmente resiste a la vocación de Dios y a la enmienda de las costumbres mientras está uno aficionado a este pecado, como dijo Dios por Oseas: «No se convertirán al Señor, porque el espíritu de fornicación está en medio dellos»; pero especialmente la ceguedad del espíritu es propia deste vicio, por andar él ocupado en tan viles y sucios pensamientos. Y así, hirió Dios con ceguedad a los de Sodoma, que andaban atentando paredes por topar en las puertas de Lot y nunca pudieron dar con ellas; y de los viejos de Susaña dice también la sagrada Escritura que bajaron sus ojos y no vieron la luz del cielo ni se acordaron de los justos juicios de Dios. Los otros vicios ensucian una sola parte del hombre, que es el alma; pero este abominable pecado a todo el hombre contamina. Tanto aborreció Cristo nuestro Redentor este pe-

cado maldito que en el colegio apostólico casi todos los otros pecados permitió sino éste. Permitió al incrédulo santo Tomás y la ambición de los que quisieron ser preferidos a los otros, y la ira de los que querían vengarse de los samaritanos y la envidia que tuvieron del que hacía milagros, y permitió la avaricia y hurtos de Judas y las negaciones de san Pedro. Permitió estos vicios y no el vicio de la carne. El que se apacienta (como dice la Esposa en los *Cánticos*) entre las blancas azucenas y pureza virginal no pudo sufrir que entre los suyos fuese alguno tocado desde vicio, antes amó más a san Joan que a los otros, por ser virgen. ¡Oh, cuán locos y ciegos son los que por un breve y torpe deleite sensual pierden los gozos eternos del cielo! Breve es todo deleite de la carne, engañosa y vana toda alegría del mundo y toda hermosura corporal. Todo apetito mundano tiene aneja la pena consigo y merece confusión y desprecio.

Siendo el vicio de la deshonestidad tan señalado entre los demás y en que el Demonio muestra más su fortaleza (conforme a lo que dice el sancto Job), justo era que tuviese particular castigo, como de muchas maneras le tiene aun en esta vida. Y dejando aparte el eterno fuego, en que parece que desde luego arden (y arderán de veras los que en llamas de amor se publican estar ardiendo, y junto con dar cuenta de sus vanidades las enseñan a otros), cuanto en el mundo puede haber de pena y tormento, tanto sufren los deshonestos y viciosos; porque si la vida es la que todos procuran y desean, ellos la acortan de manera que desde el miserable deleite han partido muchos al eterno castigo, como de Cornelio Gallo y Tito Heterio, sin otros muchos, se cuenta; y en los que no se ejecuta tan presto, por lo menos se entiende que se acorta la vida necesariamente gastándose lo que es substancial de la sangre. Y si esto no echan de ver los que siguen la desventura de su flaqueza, porque no consideran el daño que en sí reciben en esto, podrían considerarle echando de ver lo que gastan en lo que también se llama substancia, que es la hacienda; porque con ella se sustentan los hombres, y, en sujetándose a esta desorden, el que más avariento fuere se hace no sólo liberal, sino pródigo, porque de parte suya tiene en poco cuanto hay, y respecto de lo que desea todo se le hace poco; conque el más rico en breve tiempo se vee pobre y miserable.

Y si en esto parará el mal, aun parece que tenía suelo; mas los que han perdido su hacienda y se veen pobres y desventurados por tan malos tratos, suelen perder la salud (con que se reparan muchas pérdidas), y es de suerte que no sólo padecen muchas enfermedades secretas, mas, cumpliéndose lo que Dios había dicho por Nahum de los tales, para escarmiento de otros, se veen desechos y descoyuntados, y aun en vida se veen comidos de podre y de gusanos sin esperar a la muerte, porque viviendo mueren. Y los que a buena suerte tuvieron escaparse los vemos tan maltratados que nunca en batalla sangrienta hicieron tanto estrago los enemigos como el que ellos sufrieron y padecen por haber seguido tan malas compañías.

Y aunque todo lo dicho es de mucha consideración y que debería retirar a cualquiera deste vicio, no suele ser lo que menos temen todos la honra, pues huyendo de perderla aventuran la vida y la hacienda sin que se repare ni tenga duda. Y como el principal daño que se recibe es en el alma y se enflaquecen las fuerzas y virtudes del cuerpo, verdaderamente se acorta el conocimiento y se turba el buen juicio, y no acaba de entender un vicioso que sus excesos se saben y se publican con deshonor suyo dondequiera que le veen o se acuerdan dél; que si esto pudiese imaginar ninguno se atrevería a perder el miedo y la vergüenza, porque sería lo que Plutarco cuenta de los persas, entre los cuales dice que era

riguroso castigo y de grande afrenta hacer que uno trajese sobre los hombros una ramera desnuda para que le viesen todos. Y no es menos que esto lo que se vee en esta gente desventurada cuando, perseguidos y afrentados, andan de una parte a otra cargados de sus embarazos, sin estar seguros en parte alguna, padeciendo trabajos y desventuras de que es justo que ninguno se duela.

Los antiguos pintaban a la diosa Venus toda desnuda para dar a entender que los que son dados a este vicio siempre andan aparejados para lo cometer, y también para demostrar que los que se dan a este pecado, por secretamente que lo hagan, tarde o temprano vienen a ser descubiertos. Los instrumentos con que el Demonio hace la guerra en este vicio los declaró bien Elinando por un dístico que, en romance, dice que «El ocio, la pereza y sueño, la mujer, el vino, la prosperidad, el juego, coplas, la hermosura y juventud, estas son las armas con que a tantas y tan diferentes personas el Demonio derriba y hace dar de ojos en este pecado de la lujuria y sensualidad».

Por este maldito vicio destruyó Dios el mundo con las aguas del Diluvio, trajo fuego y rayos del cielo sobre las cinco ciudades, Onán<sup>249</sup> fue muerto arrebatadamente, la ciudad de Siquem asolada y consumido casi todo el tribu de Benjamín; causó mala muerte a Amnón, mató los maridos de Sarra, cegó a Sansón y destruyó a los viejos acusadores de Susaña; por amor dél mató Dios en un día veinte y tres mil varones de su pueblo israelítico: los mayores castigos que leemos haber hecho Dios han sido por este pecado. Como cuando cae el rayo, que es un fuego apretado en la nube, espanta el trueno a los de la tierra, donde hiere y mata, así los castigos que Dios hizo en estos que mató este fuego sensual deben poner miedo y gran temor a los que oyen el castigo y viven en la carne flaca que aquéllos vivieron.

A grandes y fuertes varones ha hecho este vicio afeminados y para poco; porque él fue el que mancó la fuerza de Sansón, el que deshizo la sabiduría de Salomón y el que ensució la sanctidad de David, y, como dice san Jerónimo: «No somos nosotros ahora más fuertes que Sansón ni más sabios que Salomón ni más perfectos en sanctidad y religión que David; por tanto, procuremos evitar las ocasiones para no caer en este vicio, sabiendo claramente que, si en él nos deslizáremos, que seremos sumidos en el profundo del Infierno». Instruyendo Aristóteles a su discípulo el grande Alejandro, monarca del mundo, en los preceptos de bien vivir, le dijo: «Abre los ojos, Alejandro, y no te ejercites en el vicio de la carne, que es propio de animales brutos; porque te hago saber que el tal vicio es el que destruye el cuerpo y el que abrevia los días de la vida, el que destierra las virtudes y quebranta las leyes y derechos civiles, y, finalmente, el hombre que vive entre deleites corporales de fuerza ha de salir mal inclinado y condenado con depravadas costumbres».

En cuantas guerras y batallas emprendió Marco Antonio (que fueron muchas) de todas salió vencedor y triunfante; mas después que pasó en Egipto y se enamoró de la hermosa Cleopatra, luego (como dice san Jerónimo) fue vencido, no tanto de la virtud y valor de Augusto César como de sus mismos vicios y lujurias, pues dice este glorioso sancto que quiso más el sucio enamorado ser vencido y morir entre los brazos y regazo de su amiga Cleopatra que no por sólo dejarla y apartarse della vencer y ser señor y monarca de todo el mundo, como lo fue su enemigo Octaviano Augusto. Los leones ferocísimos sujetó y domó el bravo Marco Antonio, y cuatro dellos tiraban su carro triunfal cuando entró triun-

249.- Orig.: 'Ona' (533v).

fando por Roma; mas el desventurado, no pudiendo vencer a sí mismo, dejó precipitar la gloria que por su virtud y valor alcanzaba por entregarse al amor de aquella deshonestá reina. No lo hizo así el emperador Augusto, porque, entrando a visitar a Cleopatra después de muerto Marco Antonio, tuvo tanto valor y recato en sus ojos y persona que con le provocar con estrañas maneras de halagos e invenciones y dulzura de palabras aquella industriosa reina en estas blanduras, pretendiéndole atraer a sí, dice Policrato que cuanto más desenvuelta y tratable estuvo Cleopatra delante del emperador Octaviano tanto más severo y con mayor honestidad estuvo él, de suerte que ella se quedó en estraña manera corrida y él victorioso y triunfante su virtud.

Entre los vicios que más un príncipe ha de huir ha de ser el de la lujuria, pues es tan poderoso que deshace y vuelca el juicio a los grandes monarcas y les hace perder sus señoríos y la vida y honor. Siendo recibido Andrónico por emperador de Constantinopla, viéndose en tan grande majestad, pareciéndole que con ella le era lícito el hacer injurias y afrentas a todos sus vasallos. Teniendo en su guarda todos los malhechores homicidas y ladrones, sacrílegos y parricidas, gente condenada, con esta tal compañía comenzó con halagos, dones y amenazas a atraer las voluntades de las castas matronas a sus torpes lujurias, quebrantando la clausura de las monjas, violando las doncellas, usando de adulterios e incestos, mancillando la castidad de las viudas y ensuciando los lechos de los casados; y lo peor y más feo que hacía era que aquellas que había traído para sí, cumplida su torpe voluntad, las daba a sus criados y así ensuciaba la castidad de las religiosas, casadas y doncellas. Llevaba consigo muchas ramerás y se iba con ellas a las florestas y lugares de recreación, y allí, rodeado de aquellas malas mujeres, se espaciaba y recreaba con grande contento. Y con ser tan severo que el que llegase a puesto donde pudiese verle había de ser muy íntimo, siempre tenía las puertas abiertas a todo aquel o aquella que le buscase a título de deshonestidades. Para suplir la flaqueza que su vejez le causaba y cumplir con su desordenada inclinación, comía cosas y usaba de unciones con que poder más pecar. Envuelto en estos maleficios, dio en hacer grandes robos y tiranías y estrañas crueldades, haciendo matar infinita gente. Queriendo Dios volver por los suyos y castigar tan grandes maldades como había cometido desde su juventud (en la cual estuvo amancebado con sus propias sobrinas y con otras señoras de gran calidad) contra el honor de tantas mujeres virtuosas y sanctas, habiendo mandado que pareciese ante él Isigacio, por sospechas que dél tenía por ser de nobles y virtuosas costumbres y de la sangre imperial, entendiendo Isigacio su gran crueldad, mató al mensajero que le envió y, como valeroso caballero, se fue a poner en medio de la ciudad y a grandes voces demandó ayuda a los ciudadanos refiriéndoles las maldades que contra todos había hecho y las que se podían esperar. Y, movidos los ciudadanos de sus razones y animoso y sancto celo, todos se vinieron a presentar ante él con sus armas, y luego alzaron por emperador a Isigacio y ocuparon aquella parte donde estaban los tesoros reales y cercaron a Andrónico, que ya estaba amedrentado; y, vencidos sus valedores, fue preso y entregado a Isigacio, el cual, porque contra todos los ciudadanos había hecho injurias, acordó de le dar tal pena que a todos satisficiese. Mandole vestir de vestiduras reales y traerlo a la plaza, y en ella fue despojado y depuesto de su dignidad, sacáronle un ojo y, subido en un asna, el rostro hacia la cola, le pusieron en la cabeza una ristra de ajos y, en lugar de ceptro, las manos atadas a la cola del asna. Así fue traído por toda la tierra, dando a todos libertad para que le dijese e hiciesen todos



los oprobrios y males que quisiesen, salvo que le guardasen la vida. Después fue ahorcado fuera de la ciudad en una alta horca, y por el camino le escupían y echaban lodo y tiraban piedras y le hacían otras grandes injurias. La indignación que las mujeres contra él tenían fue tan grande que, después de muerto, le quitaron de la horca y le hicieron menudas piezas. Este fin tuvo Andrónico por su desenfrenada lujuria y por haberse hecho tiránicamente emperador matando al legítimo heredero, Alesio, siendo niño. Si por la crueldad y lujuria vemos a los emperadores ser traídos tan torpemente a la horca, más duros y sin conocimiento seríamos que las bestias fieras si con este ejemplo no huyéremos de seguir tales vicios, considerando el poderío de la divina Majestad en la destrucción del soberbio Andrónico, que se vido emperador de Constantinopla.

David, primogénito de Roberto Stuart, rey de Escocia, salió tan malo que, con ser hijo del Rey, no perdonaba ninguna doncella, dueña ni religiosa que bien le pareciese, o rogando o dando o amenazando o forzando; y con ir al Rey su padre cada día las quejas y ponerle ayos de áspera conversación,<sup>250</sup> no bastaron a le domar: tanta desvergüenza era la suya. Como esto vio el padre, rogó a su hermano Roberto, conde de Fifa y gobernador, que se encargase dél; y el otro, que diera cuanto tenía por le ver muerto, le prendió y llevó al castillo de San Andrés, y de allí le trabucó al otro castillo, Fauclan, donde le mató de hambre. Porque, no le dando de comer cosa ninguna, una moza de casa, compadeciéndose del pobre príncipe, le echó alguna harina por un agujero con que retardó un poco la muerte, sino que, cayéndola en la cuenta, la mató el cruel Roberto. Otra mujer, que criaba una criatura, viendo el trabajo del triste mozo, con achaque de le consolar, se llegaba a le hablar por un agujero alto y por una caña ordeñaba la leche de sus pechos, que, recibéndola por la boca el desventurado mozo, sustentaba su vida como se puede pensar, y también ésta fue muerta por su buena obra. Y el mal aventurado, forzado de la hambre, se comió los dedos de las manos, y así murió como lo merecieron sus pecados, en el cual deben tomar ejemplo de escarmiento los poderosos que no temen de pecar.

Escribe Joan Magno que el príncipe Joan, hijo de Suerquero, rey de Gotia y de Suecia, habiendo sido criado de su padre con demasiado regalo y malas costumbres, tomó la gente que le pareció y fue a Holanda; y, entrando en la tierra de improviso, tomó la mujer de Carlos, gobernador de la tierra, y con ella una hermana del mismo Carlos, viuda, y llevolas a Suecia y las tuvo por amigas, durmiendo cada noche con la suya sin temor de Dios ni de las gentes, sino que, harto de oírse baldonar por tal maldad (y él que ya debía estar dellas enfadado), las envió a su tierra cargadas de deshonoras e ignominias insufribles. Suenón, rey de Dania, en cuyo señorío cometió aquella maldad, determinó de vengar tan grande alevosía con daño de todo el señorío de los godos, sin querer admitir del rey Suerquero ninguna satisfacción. Suerquero hizo a su hijo Joan (por quien aquella guerra se levantaba) capitán general contra los danos, y él, en presencia de muchos, aceptó el cargo y avisó al pueblo que se aparejasen para la guerra y que añadiesen a los tributos ordinarios para la costa de aquella jornada; de lo cual se alborotó tanto aquella multitud que allí estaba, que le dijeron que había de tener vergüenza de que por ser él lujurioso, desvergonzado y robador de mujeres nobilísimas se levantase aquella guerra, y asimismo de pedir dineros ajenos para la sustentar. Por tanto, que no era de hombre de bien ni merecedor del reino

250.- Orig.: 'couersacion' (535v).

ser sagaz robador de mujeres, sino peleador animoso para defender sus tierras; y, no parando en palabras, echaron mano contra él y le hicieron piezas.

Sibardo, rey de Gotia y Suecia, habiendo vencido y muerto en batalla al rey de Noruegia y apoderándose de su reino, se dio a deshonorar todas las principales mujeres del reino. Sin saber qué se hacer los nobles ni los plebeyos que tal padecían, algunos, no pudiendo sufrir tal ignominia, se acogieron a Renero, rey de Dania, y le pidieron su favor; y el Rey, aunque mozo, compadeciéndose de la gente llorosa, hizo gente y fue contra el rey Sibardo, y le salieron a recibir todas las mujeres que habían sido injuriadas o lo temían ser, y, armadas, animosamente entraron con él en la batalla que dio al rey Sibardo. Y con tanta braveza pelearon las mujeres, que todos confesaron que por su mucha valentía se había ganado la victoria. Traían en la batalla su cabello tendido, por ser conocidas, y las espadas teñidas en la sangre de sus enemigos, sin haber miedo de la furia del hierro, hasta que por sus propias manos mataron al rey Sibardo, su deshonorador, y le hicieron piezas, permitiéndolo Dios para su venganza y escarmiento de los que tan mal viven.

Cuenta Paulo Emilio que Joan, rey de Bohemia, hijo del emperador Enrique, saliéndose de Italia, se ofreció que el delfín de los Alobrogas traía guerra con los saboyanos, y el rey bohemio determinó de irle a favorecer por ser su amigo. Carlos, hijo del rey bohemio, vio una visión de que a un mancebo de admirable disposición le capaban con gran crueldad delante dél, y preguntando él quién fuese aquel afligido mancebo, le respondieron que aquél era el Delfín, mancebo lujurioso y cometedor de adulterios. Carlos dijo su padre la visión y el Rey no hizo caso dello; mas, a dos días que caminaron, le llegó nueva de cómo era muerto el Delfín; y porque halló haber sido en la hora que su hijo vio la visión,<sup>251</sup> creyó ser aquél juicio de Dios, y que por aquel castigo quería que las gentes entendiesen cuán aborrecibles le habían sido sus torpes pecados.

Mucho deben de considerar los príncipes los grandes daños que con los pecados de lujuria cometen, y cómo si tomaren los tesoros y heredades de sus vasallos, las pueden restituir, y si mandaren derribar las casas las pueden reedificar, y si desterraren a alguno contra razón y justicia pueden revocar la sentencia; mas el honor y virginidad jamás enteramente pueden restituirse, ni la mancilla que la honra quita nunca es deshecha ni olvidada. Entendiendo esto bien los romanos, muchas veces sufrieron a los tiranos y sus tiranías tan graves como les impusieron a costa de sus haciendas y vidas; mas nunca pudieron sufrir el agravio y fuerza que a la noble Lucrecia se le hizo de su muy guardada y limpia castidad, antes, muy encendido el pueblo, se levantó contra su rey Tarquino y le desterró y privó del Imperio y reino. Por otro semejante pecado fue condenado Claudio por los diez varones que gobernaban la república y puesto en una cárcel. Por Elena fue destruida Troya, y otros infinitos males han acontecido en el mundo y acontecen por este pecado.

Algunos pecadores suelen decir que no es maravilla que ellos lo sean, pues también lo fueron David, Sansón y Salomón; mas estos que lo dicen debrían advertir que si David pecó, lloró amargamente su pecado y nunca cesaron sus ojos de llorar hasta ser perdonado de Dios; y que si pecó Sansón, hizo muy larga y prolija penitencia estando cautivo de sus enemigos, quebrados sus ojos, trabajado y escarnecido dellos; y que Salomón fue privado, en pago de su culpa, del espíritu divino, y, conocido su pecado, se apartó de aquella mujer con

251.- Orig.: 'viosion' (536v).

quien pecó y nunca más volvió a ella. Mas ¡tristes de los hombres que, después de conocido su pecado y confesado muchas veces, se están tan encarnizados en él que con sola la muerte y condenación de sus almas se espera acabarán de apartarse de ofender a Dios! ¡Oh, cuán miserable encuentro y doloroso será para los mal aventurados cuando en el Infierno se encontraren con aquellos que fueron causa de su perdición y condenación, por haber hecho por su persuasión y porfía la maldad que contra Dios cometieron! ¡Qué amarga les será su vista y la vuelta que diere su memoria a los pecados por ellos cometidos! ¡Qué angustias les causarán, ordenándolo así la divina Justicia para que con aquellos inevitables encuentros paguen el breve y momentáneo deleite sensual que en el mundo recibieron!

Del infante Amnón cuenta la divina Escritura que, después de haber violado a su hermana Tamar, que no la podía ver cabe sí, por haber sido ella el instrumento de su pecado, y que fue tal el aborrecimiento que le cayó, que por mano de su paje la arrojó de sí dándole con la puerta en los ojos. Pues ¡qué aborrecimiento será el que en el Infierno terná el malaventurado al que hubiere sido instrumento de sus pecados y perdición? ¡Qué sentirá cuando se vea asido a brazos con él, sin poderle arrojar de sí ni darle ya con la puerta en los ojos? ¡Qué sentirá Herodes de ver cabe sí a la adúltera y porfiada Herodías, por quien allí está ardiendo en vivas llamas y llamando infelice al día en que nació? ¡Qué sentirá el rey Acab de la presencia de su maldita Jezabel, que fue la que por diversas maneras le ayudó a ir a aquel lugar de perpetuo tormento y desesperación? ¡Oh, y cuánto conviene a los que en estas miserias y pecados han pasado su vida seguir aquel sancto consejo que el glorioso doctor san Ambrosio escribió a una mujer penitente que antes había sido muy pecadora, diciendo: «Córtense los cabellos de que tanto te gloriabas y que tan grande ocasión de pecar te dieron; lloren los ojos que curiosa y deshonestamente miraron; póngase con continuos ayunos amarillo y marchito el rostro que tan regalado y fresco estuvo en el pecado; deja el vestido galano y precioso y toma el vestido honesto y triste. Curabas tu cuerpo con excesivo cuidado y diligencia y agrabádabaste de tu gracia y hermosura: trátalo ahora áspera y desabridamente cubriéndolo con ceniza y con duro cilicio, y no dejes miembro dél sin digno castigo, y así satisfacerás a la divina Justicia!».

#### Capítulo decimonono: De los daños notables que el vicio de la carne hace en la salud y vida corporal de los que le cometen

**L**OS hombres perdidos y desalmados que se han rendido a los sentidos y dado a la obediencia a la tiranía del cuerpo y dejádose vender por esclavos del Demonio no tienen por gran desastre o estremada miseria perder la salud del alma y los inestimables bienes del espíritu, mayormente cuando se ofrece ocasión en que hacer placer a este tirano a quien tan lisiadamente sirven y adoran, porque a fin de gozar de aquel falso deleite que les ofrece tienen por bien el andar como bestias furiosas, enajenados los sentidos, perdido el juicio y captiva la libertad. Y como todos sus pensamientos y deseos sean dar contento a la carne, por quien viven amartelados, entonces solamente les parece que están en su centro cuando más empleados se veen en las cosas de su servicio. De donde, pues, tan aficionadamente la aman y procuran todo contento y gusto, de creer es que, por el contrario, recibirán pena de cualquier daño o detrimento que de sus obras se

le recreciere a la misma carne, y que, conociendo el mal y daño que le hacen (si no están del todo enhechizados y fuera de juicio), siquiera por este respecto le procurarán evitar.

Por tanto, será bien dalles aquí a entender el montón de enfermedades y trabajos que de los excesos de torpeza viene a granjear el cuerpo y el dañoso interés que suele sacar desta triste feria, para que, ya que no por bien de sus almas, a lo menos por lo que va a sus cuerpos, teman y huyan de cometer un acto tan pernicioso y pestilencial. El profeta Nahum, hablando de los carnales de Nínive, «Caerán (dice) sobre sus cuerpos por la muchedumbre de las fornicaciones de la hermosa ramera». Esto dice (según declara el glorioso doctor san Jerónimo) porque los cuerpos de los semejantes, por las torpezas de Venus, se vienen tanto a enflaquecer y a estragar como sus almas, porque de la enfermedad de las almas, por justicia de Dios, resulta la corrupción de los cuerpos, como se verá por lo siguiente.

Primeramente daña este vicio la facultad animal, porque empece grandemente al sentido y movimiento que manan de esta virtud, y, por consiguiente, al uso de la razón; porque vacía y desustancia el cerebro en tal extremo que, según dice Galeno, ha acaecido haciendo anatomía de la cabeza de un lujurioso hallar el cerebro casi vacío y sin virtud, donde colige que la mayor parte de la materia de que se engendra el hombre sale del cerebro, cuya sentencia aprobaron casi todos los médicos que después escribieron, árabes, latinos y griegos, y aun alguno hubo de los antiguos que dijeron que la simiente en el hombre no es otra cosa principalmente sino una parte del cerebro. Entre los cuales fue Hipócrates o, como quiere Galeno, Polibio,<sup>252</sup> en el libro que compuso *De genitura* y en el *Del aire y del agua*, donde lo prueba por una experiencia: «Vemos (dice que si a uno le sangran de las venas que están detrás de las orejas, o no tendrá polución o, si la tuviere, no será de provecho para tener hijos». Lo cual es manifiesto indicio que aunque aquel humor se derive de todas las partes del cuerpo, como quiere Hipócrates, a lo menos lo principal dél y más substancial mana del cerebro. Así lo tiene Galeno y casi todos los médicos. De aquí es que los eunucos o castrados no pueden ser calvos (como enseña el mesmo Hipócrates), ni tampoco los niños (como afirman Aristóteles y Plinio); porque, como el cabello se engendra de la superfluidad del humor del cerebro, y en los niños haya tanta abundancia de aquel humor en la cabeza y no le gasten y mengüen en este acto, tampoco, como los eunucos, no pueden, ansí los unos como los otros, dejar de criar cabello.

Por esta razón celebraban los romanos la Venus que llamaban calva, porque pela a los que se dan a ella; y por la mesma razón Alejandro Tralliano, insigne práctico, aconseja al que no quisiere hacerse calvo que evite el ejercicio de Venus. No porque por sola esta causa se venga el hombre a hacer calvo (pues, según él mismo afirma, hay otras muchas, como por faltar el alimento de donde se cría el cabello o por la mucha subtileza y raridad de los poros o por purgación de malos excrementos, etc.), sino para significar que una de las causas por donde el hombre se suele pelar es el ejercicio de la lujuria, por el cual (como agora decíamos) se viene finalmente a vaciar y desustanciar el cerebro y a faltalle el material de donde se cría el cabello.

Y por la mesma razón dijo Aristóteles, y después Columela, que los bueyes crían mayores cuernos de los toros, conviene a saber: por que lo que no gastan ni desminuyen del humor del cerebro en los actos que no ejercitan de la generación lo expelen por los cuer-

252.- Orig.: 'Polijbo' (539r).

nos que crían. Pues, si es así (como la medicina y experiencia muestra) que cuanto el carnal más se da a este vicio tanto más vacía y debilita el cerebro, síguese que damnifica a la virtud animal que allí tiene su asiento; y no solamente el que actualmente se da a este vicio, sino también el enamorado pretendiente trae enflaquecida y debilitada esta virtud, y a veces en tal extremo que viene a enloquecer; y esto,<sup>253</sup> ya que no por evacuar la sustancia del cerebro por el acto carnal, a lo menos por desealle y consumille con la intensa y fuerte imaginación: por que entienda el carnal en cuánto peligro anda su vida, pues sólo el pensamiento deste pecado basta a destruir y agotar esta virtud.

Daña asimismo este vicio a los sentidos interiores y exteriores; porque estando la cabeza (que es la fuente de donde se deriva la virtud sensitiva a todo el cuerpo) desustanciada y vacía, clara cosa es que les ha de caber parte de este daño a todos los sentidos. Así lo afirman Rufo Efesio y Paulo Aecio, médicos excelentes, diciendo que los que ejercitan este acto no veen bien ni oyen bien, ni tienen los otros sentidos cabalmente sanos. Y san Joan Crisóstomo (que supo mucho de medicina) en una homilía donde trata que nadie recibe daño sino de sí mismo, dice que los que viven en este vicio tienen los sentidos tardos, agravados, entorpecidos y como sepultados.

Los actos venéreos causan mucho daño a la vista (el más noble de los sentidos), y así, los ojos son los que primero que otro sentido se debilitan y enflaquecen. Castigo por cierto justo y muy merecido; que, pues ellos fueron los primeros salteadores y robadores de la castidad, sean por el mismo caso los primeros pacientes y ajusticiados, y sientan en sí el daño que hicieron al cuerpo y comiencen primero a pagar su lascivia y liviandad. Y por eso aconsejaba Arquígenes (como refiere Galeno) al que quisiere sanar del corrimiento y mal de ojos y no perder las pestañas que evite el ejercicio de Venus. Lo mismo cuenta san Ambrosio que aconsejaron ciertos médicos a un caballero, llamado Teotimo, que tenía mal de ojos, el cual, como una vez le apretase demasiado la tentación de la carne y se ofreciese ocasión de ponerla por obra, pospuesto el consejo de los médicos y tragando el daño que a la vista corporal le podía venir (el cual había ya perdido la del alma), se arrojó en el lodo de la torpeza, diciendo: «¡Adiós ojos míos!». Y esta es una de las razones por que los poetas pintan ciego al amor, es a saber: por el notable daño que suele causar en la vista.

También daña este torpe vicio a la facultad que llamamos vital, que tiene su asiento y origen en el corazón; y como los carnales (mayormente los enamorados pretendientes) gasten y consuman con la fuerte imaginación que traen la sangre más delgada y pura del corazón, de necesidad, a vueltas della, se tienen de consumir parte de los espíritus vitales y quedar por lo menos el corazón melancólico, triste y amortiguado. Y los que cumplen su voluntad estragan notablemente esta virtud, de lo cual es indicio el ver cuán perceptiblemente se les va acortando la vida. Experiencia tenemos desto en los animales brutos (ejemplos al vivo del canal), de los cuales vemos que aquellos viven menos tiempo que más se dan a la obra de la generación. Cuya razón escribe Alberto Magno: «Por el acto venéreo (dice) las partes húmidas y cálidas más sutiles se vaporizan y consumen, y quedan en el cuerpo las que son más pegajosas y frías, que humedecen y no aumentan. Por cuyo respecto viene el animal a morir más presto».

253.- Orig.: 'esta' (539v).

Esta es la causa (según dice el Filósofo) por que el mulo vive más tiempo que el garañón<sup>254</sup> o que el rocín que le engendraron: porque el mulo no ejercita los actos carnales y el garañón y el caballo sí. Plinio escribe de los gorriones que por ser lujuriosísimos viven poco: los machos no más de un año, ni las hembras no más de dos. Y Marco Tulio dice que la suelta y lujuriosa senectud hace que el cuerpo, debilitado y sin sustancia, envejezca antes de tiempo; y por esto aconseja Hesíodo al que no quisiere envejecer presto que no se case. Y esta es por ventura una de las causas por que la divina Escritura al rey Salomón, mucho antes de llegar a los cincuenta y un años que vivió, le llama anciano: porque por haberse dado demasiadamente al vicio de la carne estaba en la edad juvenil desecado, arrugado y viejo. San Joan Crisóstomo dice: «Los que se envician en lujurias traen sus cuerpos más muelles y derretidos que la cera, hechos un retablo de duelos, y, en remate y colmo de sus trabajos, les suele sobrevenir al cabo la gota, la perlesía y la acelerada vejez, por donde quedan necesitados a no entender ni gastar lo que les resta de la vida sino con médicos y medicinas».

No solamente daña este acto a la salud, pero algunas veces se ha visto por experiencia quitar repentinamente la vida. En él murieron (según cuenta Plinio) Cornelio Balbo y Quinto Heterio, caballeros romanos, y lo mismo afirma Quintiliano de Píndaro, el poeta (aunque Valerio Máximo siente otra cosa). En la mesma demanda murieron Speusipo, filósofo, discípulo de Platón, como cuenta Tertuliano, y lo mesmo dice Joanes, Pontífice romano, segundo deste nombre, de un caballero llamado Menelao, y lo mesmo Pontano, el poeta, de otro caballero barcelonés llamado Beltrán de Ferrer; de donde los alemanes (como dice un autor moderno) traen por refrán que cuatro cosas son las que hacen morir al hombre antes de tiempo ee ir (como dicen) en agraz: la triste familia, el aire corrupto, la replección demasiada y la mujer hermosa.

Y no hay para qué referir historias pasadas, pues cada día tenemos entre las manos ejemplos de hombres que vemos morir, consumidos y desainados, no de otro achaque sino deste pernicioso ejercicio. De aquí se entenderá la razón por que los gentiles (como refiere Plutarco) reconocían a Venus por diosa no sólo de la vida, sino también de la muerte (que por otro nombre llamaban *libitina*), en cuyo templo se vendían lutos y proveían de mortajas, andas y especies aromáticas y de todo el demás aparato que era menester para las exequias<sup>255</sup> y pompas funerales de los defuntos. Reverenciábanla por autora así de la muerte como de la vida, porque por el mesmo caso que el hombre comunica a los hijos la vida engendrándolos, se la va quitando a sí mesmo. Y por esta razón los mesmos gentiles edificaron a esta diosa aquel templo que llamaron de Venus la Homicida, como también tenían otro de Venus la Engendradora.

El que se da a esta torpeza está puesto peligro de caer en perlesía. Así lo afirma Cornelio Celso; y la razón es porque como por aquel ejercicio se le van disminuyendo al carnal las fuerzas y los espíritus animales, de fuerza le ha de ir faltando la virtud motiva y, de allí, quedalle los miembros resueltos y paralíticos. Está también en peligro de dar en apoplejía, que es una apoplejía universal de todo cuerpo, por lo cual el mesmo Cornelio y Celio Au-

254.- Orig.: 'guarañon' (540v).

255.- Orig.: 'exsequias' (541r).

reliano aconsejan a los achacosos tocados de este mal que se abstengan de el ejercicio de Venus si no fuere rarísimas veces, y éstas se ha de entender con sus mujeres propias.

Item, es causa de la alopecia, que es lo mesmo que regularmente llamamos pelona, la cual resulta de malignos humores (como son melancolías, flemas saladas, purgación de malos excrementos), falta de materia o de alimento y, sobre todo, de bubas; porque claro está que, estando como está el lujurioso, el cerebro seco y vacío de la sustancia y alimento necesario (como queda dicho), que mal se podrá expeler y purgar el superfluo (de que cría el cabello) pues no le tiene. Esta enfermedad nos muestra cada día y a cada paso la experiencia en los tocados del mal francés, a los cuales vemos pelada o repelada la cabeza, caída la barba, sin cejas, sin pestañas: abominables y sin fación.

También se engendra gota coral, según todos los médicos, y la gota que llaman artética, que es un verdugo rabioso de los miembros humanos, mayormente de las coyunturas, en las cuales (dice Cornelio Celso) con la frecuencia deste acto se aviva y crece más el dolor. Dice también que se ha visto por experiencia escapar algunos gotosos de este dolorido mal por sólo vivir un año regalada y castamente. Y Galeno afirma (de parecer de Hipócrates) que los castrados y los niños, por no estar aptos, si inhábiles, para el acto venéreo, no viven sujetos a esta enfermedad. Suelen asimesmo los fornicarios hacerse hidrópicos, a cuya causa Cornelio Celso, en el libro alegado, aconseja al que hubiere sanado de la hidropesía que se abstenga en todo caso del uso venéreo. También se suelen hacer leprosos, no sólo de esta lepra nueva e infernal que llaman bubas, sino de la antigua que conocieron los hebreos y gentiles; y por esto Aecio, en el cuarto, enseña que no hay cosa más nociva al leproso que el acto venéreo, por cuya abstinencia dijo Arquígenes que ningún eunuco se hace leproso.

También (según Avicena) daña este acto a los sarnosos, por lo cual les aconseja que, para sanar, se abstengan de Venus, porque en la agitación del cuerpo se altera el calor, y la materia o humor de donde se engendra la sarna se mueve hacia las partes exteriores, donde fácilmente se podrece y, de allí, se cría y cunde por el cuerpo. Hácense también por este vicio tísicos y asmáticos,<sup>256</sup> como dice Hipócrates y Luciano en el diálogo *Saturnalis*. Suélese otrosí engendrar un mal gravísimo que en breve despacha, que los médicos llaman pasión cólica, y la satiriasis y priapismo: pasiones torpes y deshonestas. Y la otra, también inmunda, que llaman gonorrea, los tocados de la cual mandaba Dios en el *Levítico* que fuesen echados del templo por inmundos. Esta es una polución o flujo violento y forzoso del humor seminal sin podelle atajar. De este corrupto trato se suele engendrar la peste, que es un mal que abrasa y destruye al mundo. Así lo afirman Avicena y Cornelio Celso en el libro que cada uno escribió *De la pestilencia*, y basta saber que de allí se pegue el mal francés para entera verificación de esta verdad.

Daña también notablemente al estómago. Así lo afirma Galeno y Avicena en muchas partes, especialmente en el tercero, donde textifica que, entre los daños que recibe el estómago, el mayor es el que le viene por parte de la incontinencia (como entre los provechos es el mayor el que siente por razón de la continencia). Pues si este miembro está dañado, ¿qué parte de todo el cuerpo puede tener contento ni estar bien tratada ni alimentada? El estómago es la cocina donde se comienza a cocer y sazonar el manjar para distribuirse, después de hecho sangre en el hígado, por todo el cuerpo, e, asimesmo, la mesa donde to-

256.- Orig.: 'phtysicos y athmaticos' (542r).

dos los miembros y partes del cuerpo (como huéspedes) se sientan a comer. Pues ¿cuáles se pararán los convidados estando crudo y mal sazonado el manjar? ¿Cuáles (digo) los miembros, estando el mantenimiento indigesto por estar enfermo el estómago? Bastaba, por cierto, entender este daño para tener por averiguado el detrimento universal que deste vicio resulta a todo el cuerpo.

Daña también notablemente a los lomos y a los riñones, los cuales, por lo mucho que en aquel acto trabajan, suelen a las veces calentarse e inflamarse y corromperse. Este daño es tan notorio que no hay ninguno de los que se dan a la torpeza que no le experimente en su cuerpo. Hipócrates, en el libro *De las enfermedades*, afirma que una de cuatro vías por donde los riñones se suelen dañar es el uso de Venus. Y Aristóteles, en sus *Problemas*: «Los miembros (dice) que más se sienten y lastiman con el acto venéreo son los riñones».

Vea, pues, aquí el hombre miserable el montón de males que allega, el mar de trabajos en que se engolfa y la jornada triste y peligrosa que hace y la carrera de perdición que lleva por interés de un vano y momentáneo deleite, por una escudilla de lantejas, por un contentillo sensual. Créame, y no dude sino que, vagueando y andando perdido por este arriscado y peligroso desierto, que cuando no se catare ha de caer (como otro samaritano) en poder de algunos destes salteadores. Los cuales, no contentos con dejarle desnudo y despojado de todo su caudal, le han de dar mil heridas mortales y dejarle por muerto.

Creo quedaría el pecador convencido y que de veras conocería su error y se enmendaría si considerase lo que ha granjeado después que se revuelca en la hediondez deste cieno: el menoscabo que halla en su persona y qué flaqueza en su cuerpo, qué tristeza en su alma, qué melancolía y descaecimiento. ¡Cuán otro está su ser de aquel ser y vigor que antes tenía!: víase robusto, agora flaco; antes bien dispuesto, agora achacoso; antes de buen parecer y agora deslustrado; antes gordo y lucio, agora macilento y deslucido; antes suelto y ligero y agora flaco y entecado; finalmente, antes de buena complexión, agora apostemado, hediondo, podrido y atestado de corrupción. Y si dice que ama a su cuerpo, ¿por qué no le desvía lo que tanto daño le hace? Y si no le ama, mire bien qué males le ha hecho para que merezca ser así tan maltratado y denostado. Si la fortuna trujese a uno a tanta pobreza que le fuese forzoso pasar toda la vida con sólo el vestido que trae puesto, sin esperanza de otro, sino que con aquél había de vivir y morir, estremada locura sería el ponerle en peligro de estragalle y rompelle y venir luego por aquel destrozo a una tan menguada afrenta como es andar andrajoso y desnudo. Pues ¿qué es esto respecto del trabajoso y miserable estado en que viene el carnal a poner su persona por el peligroso y vil juego que trata? ¿Qué otra cosa hace por esta corrupción de Venus, sino envejecer y consumir su cuerpo (que es vestidura del alma) sin podelle renovar, y desecalle y aniquilalle sin podelle tornar en su ser, y rompelle y destruille sin esperanza de ningún reparo, hasta que, de podrido y hediondo, viene a dar con él en la sepultura y con la triste del alma en el Infierno?

Con justa razón el sancto Job llamó al vicio de la carne fuego voraz que lo asuela todo y arranca de cuajo las raíces; porque así como el fuego atala y consume cuanto le echan del árbol (el tronco, las ramas, las hojas, las raíces, los retoños, el fruto), así esta llama infernal destruye y echa a perder a todo el hombre, sin perdonar parte ni cosa alguna de su persona ni de sus bienes: ni deja potencia ni sentido ni miembro, ni fama ni hacienda, ni fuerza ni virtud. ni contento ni vida; que todo lo asuela y abrasa hasta penetrar al alma y destruille cuantas riquezas y virtudes tiene, así infusas como adquiridas, dejándola en los



puros huesos y (como dice Esaías) en la forma que suele dejar el vinadero la choza, vendimiado el fruto, y el melonero la cabaña, cogidos los melones, y los soldados la ciudad, dada a sacomano.

Este es el estado en que ponen los deleites de la carne al alma racional, a la hermana de los Ángeles, a la imagen de Dios. Pues para salir de una miseria tan grande y recobrar la nobleza que por sus torpezas el pecador ha perdido, vuelva sobre sí y considere quién es y el linaje de donde decae y la autoridad y señorío de su persona, y dé de mano al mundo, que es mentiroso, y no crea al Demonio, que es engañoso, y dome y castigue su carne, que es esenta y atrevida, y, dando punto en sus vicios, vuélvase a Dios y arrójese en sus brazos y recibirá de su liberal y piadosa mano la estola de limpieza. Ame, finalmente, la doctrina cristiana y al Autor de la verdadera sabiduría, y siga sus pasos y ejercítase en sus preceptos; y por estos medios tenga por cierto que conseguirá la gracia que había perdido y el resplandor de su generoso estado.

#### Capítulo vigésimo: De algunos remedios muy saludables y provechosos contra el vicio carnal

**N**O debe el enfermo, por grave y envejecida que sea en esta parte la llaga, desmayar, ni perder jamás los estribos ni la esperanza de la salud; porque, aunque en los cuerpos humanos vemos algunas enfermedades incurables (por ser, como son, los médicos de poco poder y las medicinas de poca virtud y la naturaleza flaca y de limitadas fuerzas, donde lo que una vez se corrompe es irreparable por naturaleza); pero ninguna enfermedad hay en esta vida sin remedio, porque el médico que la cura es Dios, cuyas obras son perfectas, cuyas medicinas son eficaces, cuyo poder es infinito, cuyo querer es muy favorable y cuya gracia lo puede todo.

Esfuércese, pues, el afligido pecador, confíe el más combatido y prostrado, y espere firmemente en el Señor, que es resurrección de muertos, medicina de enfermos, salud verdadera y vida perdurable. Acuérdesse que estuvo una mujer doce años enferma y un pobre hombre treinta y ocho en una cama, y en un momento los sanó; y otros muchos desahuciados y llorados, y los curó, y otro de cuatro días defunto, sepultado y hediondo, y le resucitó. Poderoso es Dios, poderoso es para hacer de carne el corazón de piedra y de las mismas piedras resucitar hijos de Abraham, pues los hizo de nonada, que es más. ¿Qué herido hay, por más herido que esté y de más encrudecidas y mortales llagas, que acogiendo a este piadoso y clementísimo samaritano no alcance salud? ¿Qué caído, por más caído y prostrado, que no le levante y ponga sobre su jumento? ¿Qué enfermo, por más peligroso y desahuciado? Y, finalmente, ¿qué defunto hay que aplicándole el vino y olio de sus sacramentos y las demás medicinas de que tiene tan proveída la botica de su Iglesia, que no cobre perfecta salud y vida?

¿Qué más desahuciado y sin remedio de la vida que el profeta Jonás, desobediente a Dios, sumido en el mar, tragado de una ballena? ¿Quién esperaba salir de aquellas entrañas bestiales a puerto seguro? Pues considérese lo que el atribulado profeta dijo en el buche de aquel pez, esperando siempre en la misericordia deste buen Dios y conociendo el remedio que de su poderosa diestra le podía venir: «Di voces (dice) en medio de mi tribu-

lación al Señor, y oyome. Clamé del vientre infernal y oíste, Señor, mi voz. En el profundo me lanzaste, en el corazón del mar cercome un río de todas partes, todos sus piélagos y sus olas pasaron sobre mí, y yo decía: 'Abatido estoy en presencia de tus ojos, pero esperanza tengo de tornar a ver tu sancto templo. Las aguas me cercaron hasta mi ánima y el abismo me puso un baluarte y el piélagos ha cubierto mi cabeza. Descendido he hasta las estremidades de los montes y los cerrojos de la tierra me tienen encarcelado para siempre; pero Tú, Señor, Dios mío, librarás mi vida de corrupción.' Cuando mi ánima estaba más puesta en aprieto me acordaba del Señor por que mi oración viniese a Él a su sancto templo. Los que sirven a las vanidades del mundo sin causa dejan su misericordia, pero yo con voz de alabanza le haré sacrificio y pagaré todos los votos que prometí por mi salud». Y mandó (dice luego) el Señor a la bestia y vomitó a Jonás en la ribera del mar sano y sin lesión. Así el pecador, por más engolfado que esté en el mar de las tentaciones y por más sumido y anegado que viva en el profundo piélagos de los vicios, y por más sepultado y metido que se vea en las entrañas del dragón Leviatán, no desmaye: cobre ánimo y esfuerzo en el Señor; vuelvase a Él y pídale favor con corazón contrito y humillado; confíe en su misericordia; acuérdesse que su piedad y clemencia no quiere su perdición, sino que se convierta y viva; llaméle con dolor y suspiros entrañables, y sea cierto que usando de su acostumbrada misericordia y de su poder infinito mandará a la bestia de la carne que le deje arribar al puerto seguro de la penitencia.

Los antiguos poetas fingían una serpiente, llamada Hidra, de siete cabezas, y que, cortada una, por aquélla nacían otras siete, y que ésta mató Hércules y la acabó de destruir, por lo cual alcanzó eternal memoria. San Basilio dice que las cabezas deste animal son figura de las tentaciones y apetitos del hombre; el fuego con que se apagan y consumen del todo es la virtud y el amor de Dios, sin el cual las cabezas cortadas vuelven luego a crecer a causa de quedar debajo las raíces; y así, donde pensamos que destruimos un apetito caemos en otros muchos, y por eso es necesario quemarlo y abrasarlo del todo con valerosa virtud.

Cinco cosas se pueden considerar en el pecado de la carne con que se aborrezca y evite. Una es la ofensa y afrenta que a Dios se hace. Afrenta recibe el padre cuando su hija pierde la honra, y lo mismo el esposo cuando su esposa le hace traición. Pues, siendo Dios esposo y padre de los hombres, cuando cometen vicio deshonesto semejante agravio recibe de ellos. También hace por esto lo que dice san Pablo, que somos templo de Dios y que el Espíritu Sancto habita en nosotros, pues el que comete fornicación echa de sí al Espíritu Sancto por dar lugar a la mala mujer. Encarecen los sanctos que sintió mucho el Salvador en su pasión cuando Pilato dio a escoger al pueblo para que fuese libre Él o Barrabás, y que escogiesen a Barrabás juzgándole por más digno de vida que Cristo y pareciéndoles que podrían hacer mejor con él vida (aunque ladrón y homicida) que con el Redemptor. Pues, así, Dios siente mucho y se siente por afrentado de que el deshonesto le deje por cosa tan vil y desechada como es la deshonestidad, y tenga por mejor el deleite que deste vicio resulta que los bienes que Él le tiene prometidos.

Lo segundo que se puede considerar en este vicio para que se aborrezca es que desagradamente a los Ángeles, porque son muy amigos de toda limpieza, tanto que a los vírgines tienen por hermanos, siendo el estado de virgen en el suelo lo que es el estado de ángel en el cielo. En las *Vidas de los padres* se lee de un ángel que, apareciéndose en figura humana a un sancto ermitaño, a la vista de un hombre lujurioso se cubrió las narices,

mostrando que salía dél malísimo olor. Por donde viene a decir san Bernardo que por el respecto del Ángel de nuestra Guarda (que nos trae siempre a la mira) debemos ser castos, no haciendo en su presencia lo que no haríamos en la de un hombre particular. Puédese añadir a lo dicho que en el acto del vicio deshonesto todo el hombre es señoreado y parece que está como absorto de la carne y que el espíritu no es suyo; en lo cual, por el parentesco que tiene ese mismo espíritu con el ángel, debe sentirse y agraviarse.

Lo tercero que se debe considerar es que este vicio es muy agradable a los demonios. Job dice que Beemot que duerme en lugares húmidos, es decir: que el Demonio toma recreación entre los deshonestos; y esto por razón que tiene a los dados a este vicio por peores que él es, pues pecado semejante en él no se halla. Y también porque con otros vicios lleva hombres al Infierno uno a uno, y con éste los lleva apareados, y, a las veces, camarada de terceros, encubridores y ministros. Donde, por lo mismo que tanto agrada a los demonios, debe desagradar a los hombres.

Lo cuarto que se ha de considerar en este vicio es que daña al prójimo, porque quien está dél tocado a nadie guarda fe, como David no la guardó su fiel vasallo Urías, que le estaba sirviendo en la guerra, ni su hijo Amnón a su hermana Tamar. Y particularmente se ofende mucho el prójimo en las mujeres dadas a este vicio, por hacer inciertos los partos y darse los mayorazgos y herencias a quien no pertenecen; de donde vino a que las leyes ponen pena de muerte a las adúlteras, sin usar de tanto rigor con los adúlteros.

Lo último por que este vicio debe ser aborrecido es porque daña mucho al que le comete, pues le quita la honra y el estado, como sucedió a Rubén, hijo de Jacob, que, siendo el mayorazgo y debiéndosele por esta razón la honra de la primogenitura y mayor parte de herencia que a los otros hermanos y el sacerdocio que anduvo en los primogénitos descendientes de Set hasta Aarón, todo lo perdió (como dice Ruperto, abad), y lo dio a entender su padre Jacob a la hora de su muerte, diciéndole: «No crezcas, porque maculaste el lecho de tu padre». ¡Oh, y cuántos hay el día de hoy de grandes prendas y capacidad que por estar infamados deste vicio veen dar los cargos y dignidades a otros que con mucho no les son iguales, y ellos andan por tierra, llamándose desdichados y sin ventura, pues nadie se mueve a remediar su lacería ni a procurar su honor!

También se pierde la hacienda por este vicio, como dice Salomón: «El deshonesto y carnal vendrá a ser pobre». Esto se verificó en el Hijo Pródigo, de quien cuenta san Lucas que ramerías le destruyeron su hacienda, por donde vino a guardar puercos y a desear hartarse de lo que ellos se hartaban; y aunque esto fue parábola, cada día se verán historias verdaderas de lo semejante. Piérdese asimesmo la salud y la vida, como la perdió Amnón hijo de David. Los poetas fingen de Hércules que se vistió una camisa emponzoñada que le envió Deyanira su amiga, la cual se le pegó a las carnes y se las llevó tras sí a pedazos, y por esto dicen que él se echó en el fuego, donde se abrasó. Y la verdad deste cuento fue que por andar disoluto por el mundo, juntándose con diversas mujeres, no faltó entre ellas (como es ordinario) quien le pegase un mal con que murió rabiando. Notable caso es el que cuenta Victorio, obispo uticense, y Procopio, referido por Evagrio, que Hunerico, rey de los vándalos, cortó las lenguas en África a muchos católicos porque no seguían la secta de Arrrio; de los cuales algunos se fueron a Constantinopla, y señala Procopio que él los vido hablar tan bien como si tuviera lenguas. Afirman todos estos autores que algunos de

ellos por hablar deshonestamente con mujeres perdieron la habla, no concurriendo Dios más con ellos en el milagro que hacía de que hablasen sin lengua.

Las ocasiones deste vicio son ociosidad, comer y beber demasiado, malas compañías, oír palabras deshonestas, ver el hombre mujeres compuestas y aderezadas, verlas danzar y bailar, oírlas cantar y decir donaires y amores; y lo mismo la mujer, ver y oír cosas semejantes a hombres.

Los remedios contra este vicio son tres. Es fuego, y de el fuego de tres maneras podemos librarnos: o vertiendo en él agua o quitando de él leña o apartando de él el cuerpo. Así, el que se sintiere deste vicio herido, si quiere verse libre vierta agua; esto es, derrame lágrimas pidiendo a Dios misericordia, poniendo a Dios por intercesores a los sanctos, tome el cilicio y la disciplina y lastime sus carnes por estas y otras maneras. Dice el *Eclesiástico* que la malicia de una hora hace olvidar la lujuria de muchos días. Esto es el dar al cuerpo una mala hora: con castigarle rigurosamente vendrá a olvidarse de la mala costumbre de pecar. San Martíniano, monje solitario, siendo tentado de la carne, encendió lumbre y se revolcó por ella desnudo. San Benito hizo lo mismo entre espinas, y el glorioso padre san Francisco entre nieve. Esto es echar agua en el fuego: el que viere su carne que se enciende, derrame sobre ella asperezas; y si se descuidare y abrasare, atribuya a sí la culpa, como merece ser culpado el que abrasándose su hacienda se está a la mira sin cuidado de apagar la llama.

Otro remedio es quitar leña al fuego para que se apague; así, también quite parte de la comida el que quisiere ser casto. El caballo, quitándole la cebada no da corcovos; lo mismo será del cuerpo que se lozanea y anda engreído: quitándole de la comida perderá los bríos y amansarse ha. Cuando un capitán de algún ejército quiere tomar alguna ciudad o fuerza, lo primero que hace es quitarle la comida y bebida, y con esto los sitiados, vencidos de la hambre y sed, se le rinden y entregan. Desta manera, si las pasiones carnales fueren oprimidas con el ayuno y hambre, luego se desminuyen, y no son fuertes de allí adelante contra el alma.

El tercero remedio para que el fuego no nos dañe es huirle el cuerpo; así, también para ser libres del fuego de la lujuria es buen remedio poner tierra en medio. San Pablo así lo aconseja escribiendo a los de Corinto: «Huid (dice) la fornicación», sobre la cual palabra dice san Ambrosio: «Aunque en otros vicios se puede esperar a ver el rostro al enemigo y contrario, en el de la carne el proprio remedio es huir para vencer». Y esto dio a entender el honestísimo José cuando, acometido de su deshonesto ama, huyó dejándole la capa en sus manos. El que se pone a luchar con uno que está todo enlodado y sucio, aunque lo venza y derribe, por eso no dejará de quedar sucio. Así, el que con este vicio quisiere pelear a brazos, aunque venza, no quedará del todo limpio. Por eso dijo el *Eclesiástico*: «El que tocare la pez será della ensuciado». Por tanto, conviene huyendo vencerle, y no llegarse a él.

A estos tres remedios, que son los principales, se pueden añadir otros, como es evitar la mujer de oír pláticas de hombres, y el hombre de mujeres. El *Eclesiástico* dice que es más seguro vivir entre leones y dragones que entre ruines mujeres. San Jerónimo aconseja que nunca, o raras veces, en el aposento del que pretende ser casto pise el pie de mujer. En otra parte da razón desto diciendo que el deshonesto deleite doma almas de hierro. Dense dos pedernales uno con otro y saltará lumbre; así, de la conversación de hombre y mujer, aunque los dos sean como de piedra, alguna vez saltarán centellas que los abrasen. Y ya que

esto no suceda, débese evitar semejante conversación, porque si no abrasa tizna. Si una vela se pega a un muro, ya que no le abraza, tíznale y aféale.

Otro remedio es que, así como el herido de fuego sacro o infernal se hace llevar a la iglesia de San Antonio Abad, de quien espera que le alcanzará salud de Dios, así el llagado de fuego de concupiscencia (que es infernal) debe visitar iglesias, invocar sanctos particulares e importunarlos hasta que, ayudándole ellos y ayudándose él y favorecido de Dios, sea libre. Otro remedio es ocuparse continuamente en negocios graves y de honra que le traigan divertido y suspenso hasta que haga hábito y olvide lo que tanto le daña. El señor san Jerónimo dice que es buen medio para ser castos ocuparse del estudio de la sagrada Escritura. Paladio, obispo, cuenta en su *Historia* que Inocencio, varón ilustre y uno de los magistrados en el palacio del emperador Constantino, con licencia de su mujer dejó el mundo y se entró monje, y vino después a ser abad y sacerdote del monte Olivete por su gran sanctidad. Como hubiese dejado un hijo, llamado Pablo, y supise que estaba enamorado con una hija de un sacerdote, recibiendo dello grande enojo, se volvió a Dios y dijo: «Dale, Señor, un espíritu malo que le atormente por que no halle más su carne tiempo desocupado para pecar». Esto le suplicó porque tenía por mejor que pelease con el Demonio su hijo que con la destemplanza, como solía con la ociosidad. Y así sucedió, porque mucho tiempo vivió después Pablo<sup>257</sup> en el monte Olivete, cargado de hierro por penitencia, y lo castigaba el espíritu maligno.

Es otro remedio dar largas limosnas, y así, sobre aquel lugar de san Pablo escribiendo a Timoteo, «La piedad es útil para todo», dice san Ambrosio. Si alguno, tentado y vencido de pecados carnales, fuere piadoso y limosnero, a este tal castigarle ha Dios en esta vida por donde venga, aunque de los cabellos, a hacer penitencia de sus pecados, y así se salvará. Hay también otro remedio contra este vicio, y es la consideración de la muerte. San Gregorio dice: «Ninguna cosa vale tanto para domar los deseos de la carne como es considerar de la manera que estará esa misma carne muerta». Por tener fija su consideración en la muerte, muchos mártires no sólo eran castos, sino que de buena gana hacían lo que hizo Lot cuando ofreció sus hijas a los impíos sodomitas; esto es (como dice san Bruno), la carne y la hacienda: todo lo ofrecían y entregaban a los tiranos a trueco que la alma fuese libre en el día del Señor.

Casiodoro, sobre san Mateo, pone seis remedios contra este vicio. El primero es la oración; el segundo, la templanza en el comer y beber; el tercero, la diligencia y trabajos contra la ociosidad; el cuarto, la aspereza de los vestidos; el quinto, la huida de las ocasiones y apartamiento de los sentidos y del pensamiento; el sexto, la humildad, porque suele Dios despreciar la castidad del cuerpo cuando el ánima está sucia con la soberbia, de la cual dijo el glorioso doctor san Agustín: «Oso decir que, si eres soberbio y casto, que conviene que caigas y pierdas la castidad para que sanes de la soberbia». Los hombres del oro de las virtudes hacen joyas de méritos, pero Dios del plomo de los vicios saca el finísimo oro de las virtudes: de una cosa tan mala como el pecado saca una cosa tan noble como la humildad. Por amor de esto se detiene Dios algunas veces en socorrer y levantar a sus escogidos, porque quiere curarlos bien de su soberbia y fundarlos bien en humildad, dejándolos caer en flaquezas y poquedades, para que, conociéndose el hombre por vil y para poco, deje

257.- Orig.: 'Paulo' (548r).

de confiar en sí y confíe en sólo Dios, y con este conocimiento de su flaqueza quede más firme y seguro en la virtud.

De mucho provecho le fue el apóstol san Pedro la caída, pues por ella aprendió a no presumir de sus propias fuerzas y a no menospreciar a nadie; por lo cual, después de la Resurrección del Señor, preguntado por Él si le amaba más que los otros, respondió con modestia sin despreciar a nadie: «Tú, Señor, sabes que te amo». Así, conviene al que no quisiere caer en el pecado de la sensualidad no escarnecer de aquellos que viere caídos en él, sino pensar que si algún bien tiene le vino de la misericordiosa mano de Dios, y que al punto que della fuese dejado sería más vil y carnal que los más perdidos e infames en este pecado; mas no por eso deje de compadecerse dellos y suplicar a Dios los saque de tan miserable estado y los reduzga a su sancto servicio y de darle gracias por haberle librado de verse como aquéllos, ciegos, sin honra y sin Dios, esperando por momentos la condenación eterna en castigo de sus tan graves culpas y pecados como han cometido y cometen.

Afirma Casiano que no puede el cristiano edificar en su alma la virtud heroica de la castidad si primero no pone en ella el fundamento fuerte de la humildad. Y san Ambrosio dice: «El gran tesoro que es la virtud de la castidad temo no me saltée el ladrón del espíritu de soberbia». Este maligno espíritu, como salteador astuto y mañoso, al cristiano algo esforzado que del primer acometimiento no puede despojar por lujuria de este celestial tesoro, acude por vanagloria, trayendole a la memoria las faltas ajenas y las virtudes propias, como queda dicho. Declarando el señor san Gregorio estas palabras que dijo Dios al profeta Oseas: «La arrogancia de Israel le saldrá a la cara, y Israel y Efraín caerán en su pecado», dice: «A la culpa oculta suele seguirse una herida manifiesta, para que por los males exteriores sean castigados los interiores y por la llaga de fuera caiga públicamente el corazón que está apostemado de dentro. Por eso dijo Dios por Oseas contra los israelitas: «El espíritu de fornicación reina en medio dellos y no conocieron al Señor». Y para dar a entender que la causa de su corrupción nacía de la culpa de su elación, añadió luego: «La arrogancia de Israel le saldrá a la cara», como si más claramente dijera: «La culpa que por altivez de espíritu estaba en secreto escondida saldrá en público por la torpeza de la carne».

Y así, si humilláremos piadosamente ante Dios el espíritu nunca la carne se levantará ilícitamente sobre él; porque cuando el espíritu reconoce vasallaje a su Dios dominio tiene sobre la carne, pero si menosprecia por soberbia a su Autor, no es mucho que la súbdita de la carne se descomida y amotone y mueva guerra contra él. De aquí es que aquel primer desobediente, luego que pecó por soberbia, cubrió las partes deshonestas de su cuerpo; porque fue justo que por el mismo caso que hizo a Dios una afrenta de espíritu hallase luego otra a par de sí de carne; y, pues no quiso estar sujeto a su Hacedor, perdiese el señorío y jurisdicción que tenía sobre su cuerpo, para que, redundando en sí mismo la afrenta de su desobediencia, conociese (vencido por la sensualidad) lo que había perdido por su soberbia. Ninguno, pues, que se vee prostrado en el cieno del deleite después de haberse dado a los deseos de la soberbia entienda que fue entonces vencido cuando se vee manifiestamente derribado; porque si la ponzoña de la lujuria (como ya hemos visto) nace de la raíz de la soberbia, entonces diremos que se dejó vencer de la carne cuando secretamente se apostemó el espíritu. Entonces, pues, cayó el alma (cuanto al principio de la culpa) en la desvergüenza sensual cuando, levantada en el aire a manera de ave, voló más alto de lo que debía. De aquí acontece perderse en un momento una continencia de largo

tiempo adquirida, y la virginidad conservada hasta la vejez padecer naufragio y peligrar junto al puerto. Porque no hace caso el recto Juez de la entereza del cuerpo cuando ve despreciada la humildad de el espíritu. De donde los varones sanctos, amigos de limpieza, por no dar con apetito bestial en el atolladero de la lujuria procuran con gran solicitud que los pensamientos de su espíritu no vuelven por las nubes de la soberbia, y para esto corrigen y templan, por humildad, lo que altivamente conocen, por no venir a deslizar y dar a ciegas en unas miserias tan soeces.

Cicerón, en el cuarto de sus *Cuestiones Tusculanas*, refiere, de opinión de ciertos filósofos, que para olvidar el hombre la mujer de quien anda preso y aficionado es oportuno remedio envolverse con otra, porque no hay (dice) mejor despidiente de un amor que otro amor, como no hay quien mejor alance un clavo que otro clavo. De este parecer es Propercio, cuando dice que goza de nuevos gozos el que ama cuando en otra dama pone su amor. Y Ovidio dice que el nuevo amor desbarata el viejo, por estar en el amante dividido, así como el río caudaloso por dividirse en muchos arrolluelos viene a perder su famoso nombre, y cesa la grande llama cuanto le es quitada la leña que la sustenta y aviva. Y después de haber traído a este propósito otros ejemplos, concluye diciendo que con el amador nuevo cualquier amor se alanza y desecha. Deste parecer es Valseo de Taranta, médico, y casi todos los demás médicos prácticos.

Josefo cuenta que usó deste remedio Artajerjes, rey de los persas (que la sagrada Escritura llama Asuero), por consejo de sus amigos, y, según dice, le fue provechoso. Y también por acá se suele decir que el amor es como las moras: que con unas se quitan otras, porque la mancha que de las negras queda en las manos se quita con las moras coloradas mejor que con otra cosa. Esta obra que aconsejan al que está amancebado o vive ciego y preso de el amor de una mujer, es a saber, que busque otra soltera con quien no viva de asiento en aquella servidumbre, en alguna manera se puede aconsejar; porque el amancebamiento con una es mayor pecado (aunque de una mesma especie) que el vagaroso ayuntamiento con muchas. Lo uno por ser, como es, notable impedimento del matrimonio, por quanto hace a los amancebados (no sé por qué injusto derecho y ley diabólica, sin otra obligación ninguna) vivir toda la vida ligados y obligados el uno al otro, mayormente cuando el amor en ellos ha prendido y echado raíces de hijos, lo cual no pasa con el que se ayunta indiferentemente con cualquiera soltera y luego la deja. Y lo otro porque el amancebado vive más ocasionado y conserva más el mal propósito de reiterar el pecado que no el que conoce la soltera sin pacto alguno ni esperanza de tornalla a conocer.

Por lo cual, siendo como es más grave el amancebamiento que el vagaroso ayuntamiento (así como es más grave pasión la cuartana o terciana que la calentura que llaman efímera o diaria, que dura, a lo más largo, por un día), lícitamente puede el cristiano aconsejar al loco amador y enhechizado con una, viendo que en otra manera no se le puede enfrenar y poner seso, que conozca otra y otras solteras, por que así deje la obstinación y dureza en que está (como puede aconsejar el pecador cualquier pecado menor que entendiere ser único remedio para evitar el mayor).

Pero aunque esto es así, que puede el médico o otro cualquiera dar este consejo al que ve enamorado o abarraganado con una, advierta el tal apasionado que en ninguna manera le puede tomar para sí, so pena de pecado mortal. Porque entrambas son culpas mortales y está en su mano si quiere evitar la una y la otra, pero no en la del que se lo aconseja.

seja. Por lo cual, usar de la una para evitar la otra sería ofender a Dios para no ofendelle y pecar para no pecar y hacer mal para que de allí resulte bien, lo cual condena el apóstol san Pablo; cuanto más que, si bien se consideran los daños y miserias que se suelen también seguir de los ayuntamientos indiferentes (como muestra la experiencia), hallaremos que tampoco en ninguna manera se debe dar este consejo al enamorado, por más ciego y enhechizado que esté. Porque, aunque es verdad que el amor, como el fuego, repartido en muchas partes es de menor fuerza y la virtud de las cosas cuando está dividida es de menor eficacia que cuando está en sí recogida y unida, y que, así, el torpe amante que pusiere en otro su amor puede perder el que tiene a la que de presente ama, no por esto, digo, le debemos dar semejante consejo, considerando que por este remedio no solamente no cobra salud y mejoría ni consigue el estado de continencia que se pretende, pero ordinariamente se suele hacer más distraído y disoluto y afeminado. Porque bien así como el que cebase el fuego con leña o la lámpara con aceite no sólo no la mataría, pero encendería y conservaría más la llama, así, el que pretendiese apagar el fuego del amor con otro amor no sólo no le mataría, pero le avivaría y encendería más. De donde, si antes se contentaba con una, la insaciable pasión de la carne haría que no se contentase ya ni satisficiera con dos, ni con tres ni con treinta, sino que, habida una, buscara otra y otra, y cuantas se le ofreciesen a tantas apeteciese y a tantas escandalizase y desasosegase.

Por lo cual no debe el hombre cristiano admitir ni dar a nadie semejante consejo, cuanto más que ni para olvidar el estado primero es regularmente provechoso buscar otro nuevo amor, porque suele muchas veces la afición en el enamorado con una echar tales raíces y cegalle de tal suerte que no solamente no sirve de medicina tratar con otra, mas aun le es ocasion y motivo de anudar y confirmar mucho más su primer amor, viendo o a lo menos (ciego de su pasión) imaginando en la segunda algunos defectos e imperfecciones que no siente ni echar de ver en la primera que le trae encantado. De donde yo no hallo que sirva este remedio de limpiarle, sino de encenagalle y dejalle más inficionado y peor inclinado. Huya, pues, el verdadero cristiano de un remedio tan dañoso y desaprovechado, pues tiene a la mano otros muchos de manifiesta utilidad y provecho.

### Capítulo vigesimoprimo: De la sed insaciable que la mujer mala tiene del interese

**E**L sapientísimo rey Salomón, como persona de mucha experiencia y práctica en esta materia, decía en los *Proverbios*: «El que se encarga de sustentar la mala mujer vendrá finalmente a perder su hacienda»; y en el *Eclesiástico*: «No pongas (dice) los ojos en la mujer liviana, por que por ventura no caigas en sus lazos; no acostumbres a estar con la danzadora, ni la oigas, por que por ventura no vengas con su fuerza a perecer; no pongas los ojos en la doncella, por que por ventura no te sea tropiezo su hermosura; de ninguna suerte fies tu persona de las fornicarias, por que no te echas a perder a ti y a tu hacienda».

Advierta aquí el cristiano que cuando el Sabio trata del lazo en que suele caer el hombre por ver o oír a la mujer liviana, o del daño por verla bailar, o del escándalo por<sup>258</sup> mi-

258.- Orig.: 'para' (551v).



rar a la doncella, pone el negocio en duda y en condición, diciendo «porque por ventura etc.»; pero cuando llega al daño que de tratar con las mujeres se sigue en la hacienda y en la persona, no pone el negocio en condición, sino absolutamente dice: «porque no te echas a perder a ti y a tu hacienda»; porque no hay que dudar sino que el que trata en este mercado tiene al fin de perder en él, si no la vida, la salud; y si ni la vida ni la salud, a lo menos la hacienda. Por lo cual dijo en otra parte: «La mujer fornicaria es como un pozo sin suelo; que por más que le echen nunca se hinche». Así, la mala mujer, por más que la den nunca se harta, y por más que con ella se gaste nunca está contenta.

Dijo donosamente Celio Rodiginio que la mujer con el hombre es como el sacerdote con Dios; que nunca trae en la boca sino aquellas peticiones: *Da quae sumus. Presta quae sumus. Concede quae sumus. Larguire quae sumus*, etc.; porque la mujer nunca piensa ni trata con sus donaires y roncerías sino en demandar al que con ella trata y cómo atinará a pelarle. Esta es una de aquellas sanguisuelas que dice el mismo Sabio que chupando la sangre y substancia del mísero enamorado está diciendo de continuo «¡Daca, daca!», porque este vicio (como dice sobre este paso san Jerónimo) tanto más estrago hace en el carnal y en su hacienda cuanto más a rienda suelta va tras él. Esta es aquella tierra sequerosa que por más que llueva lo embebe todo, y aquel infierno que no se puede hinchar y aquel fuego consumidor y voraz que nunca dice basta, de quien el mismo Sabio hace mención. Esta es uno de aquellos aljibes rotos (de quien con tanto sentimiento se querella Dios, por Jeremías) que no pueden detener las aguas.

En extremo son tocadas las mujeres del vicio de la avaricia, que es desordenada codicia de haciendas y riquezas. Tratando Platón de los soldados victoriosos, hizo una ley que no despojases a los muertos más que de las armas, porque desnudar al cuerpo muerto era de vil y mujeril avaricia; y con el mismo punto tocó Virgilio diciendo que la excelentísima doncella Camila procuraba matar a Cloreo en la batalla llevada de un ardor femenino de gozar de sus ricos despojos, donde aquella cobdicia femenil es ponderada por la grande avaricia de las mujeres. Aristóteles a los viejos y a las mujeres y niños nota de muy avarientos; Séneca dice ser la avaricia fundamento de los pecados mujeriles; y para encarecer san Basilio el avaricia de los ricos avarientos, dice (en el Sermón segundo) que la cobdicia mujeril en ninguna manera podrá satisfacerse si no fuese que los ríos, en lugar de sus aguas, corriesen preciosos tesoros; y Baldo dice ser linaje de milagro el dar la mujer alguna cosa, y de tal raíz como ésta salieron las determinaciones legales que los jueces no llevasen sus mujeres consigo adonde fuesen enviados a gobernar.

Presupuesta esta tan desenfrenada avaricia en las mujeres, los hombres livianos y viciosos procuran aprovecharse de las dádivas y presentes, tomándolos por alcahuetes para conseguir sus ruines intentos y pretensiones, y así, con ellos ciegan los ojos a las que miran poco por su honor y menos por su consciencia, encandilándolas los ojos como suele hacer el cazador con la calderuela a las perdices para cazarlas. Con el cebo apacible y sabroso los peces que están en el profundo de las aguas se dejan prender, y con el granillo los pájaros que vuelan por las alturas de los aires se abaten y se dejan cazar; así, los regalos y presentes hacen amainar a los corazones blandos de las flacas mujeres, porque no parece si que en ellos vienen escondidos unos hechizos ponzoñosos cuyo veneno, cuando llega y prende en el corazón de las codiciosas mujeres, hace tanto efecto que muchas veces les hace perder la vida del alma. Aprovechándose también desto algunas mujeres, reducen a su

amor y voluntad a los que bien quieren cuando, después de haber perdido el seso, los regalan con dádivas y presentes agradables con que a muchos que en opinión de prudentes y virtuosos se conservaban los hacen venir dando de ojos a su obediencia y mandado. De estas tales mujeres que arman lazos con el cebo enherbolado de las dádivas se queja Dios, por el profeta Oseas, diciendo: «Dieron nones a sus enamorados y con premio atrajeron a sí las naciones». Entendía bien el sancto profeta que, como dice san Jerónimo en una de sus epístolas, el amor casto no admite cartas amorosas ni dones ni presentes, porque estos son la polilla y destrucción de la castidad.

Este vicio de la cobdicia, que de tantos males es causador en las mujeres, en las que más reina y está arraigado es en las mujeres viciosas y deshonestas, las cuales, como ninguna otra cosa más amen que el interese, con mil invenciones y medios ilícitos le procuran. Con celo de los agravios que hacía en su reino el tirano Herodes, rey de Judea, y que Alejandra su suegra, del linaje real de los Macabeos, se lo pedía por haber muerto como traidor a su hijo el Gran Sacerdote en un estanque, y otras quejas que dél tenía, rogaba mucho Cleopatra, reina de Egipto, a su querido Marco Antonio le quitase el reino, no haciéndolo la codiciosa Cleopatra por las causas que alegaba, sino por que, muerto Herodes, poder impetrar el reino de Judea. Y, sin esto, tanto fue lo que molestó a Marco Antonio sobre que se lo quitase (y asimismo a Malco el reino de Arabia) y se los diese a ella, que él, no la osando descontentar del todo ni queriendo desheredar a los dos reyes del todo, tomó por medio el quitar a cada uno parte de su señorío y dárselo a ella; y señaladamente le dio, de lo que quitó a Herodes, a Jericó, con la viña del bálsamo. Y afirma Josefo que ella dejó a Herodes todo aquello que se le había quitado, por que cada año la diese docientos talentos de renta. No es mucho que Antonio despojase a aquellos dos reyes para contentar a la mala y deshonesto hembra, pues dice Estrabón que era tan cobdiciosa que despojaba los templos de sus ricos dones y las estatuas para servirla y agradarla, y que llevó de la ciudad de Eancio (en tierra de Troya) la estatua de Ajax Telamonio y se la dio; mas que Augusto César las restituyó todas a sus debidos lugares, de donde fueron tomadas. Así como Cleopatra fue deshonesto, así también fue codiciosa y tirana, desafortada y sacrilega en recibir lo robado de los templos de aquellos que ella adoraba por sus verdaderos dioses, aunque eran falsos.

Entre las mujeres que con Julio César tuvieron deshonestos amores, dice Suetonio que las que más se señalaron en quererle y amarle (siendo tan ilustres como eran) fueron Servilia, madre de Marco Bruto, a la cual dio una piedra tan preciosa que costó mil sestercios y le compro grandes posesiones y heredades; y Eunón, mujer de el rey Bugudo, que a ésta y a su marido dio muy grandes dádivas; y Cleopatra, reina de Egipto (de quien arriba se ha dicho), a quien hizo excesivos favores, y tan solemnes y soberbios convites que duraba cada uno desde un día hasta otro.

Diciendo uno que tenía por más dañoso y perjudicial el trato de las mujeres mozas que el de las de más edad, le respondió otro que las viejas eran más dañosas, porque la cabra moza come la sal, y la vieja la sal y el saco; y que se acordase de aquel que estaba en medio de una moza y una vieja, al cual la moza le sacaba los cabellos blancos para hacerle parecer más mozo y la vieja los negros por que pareciese más viejo, de suerte que entre entrambas vinieron a dejar pelado al mezquino; y que tuviese por cierto que las mujeres nos pusieron en el mundo para ser arruinados por ellas, y que por esto un desdichado que se vido morir del mal francés decía: «¡Mujer me hizo y mujer me deshizo!». Y es verdad que las

tales mujeres de quien tratamos, que deshacen en dos maneras si damos crédito al poeta gentil que dijo:

*tanta blandura  
Lesbia bolsa y corazón,  
que causa su hermosura  
doblada condenación  
al que pretende ventura.*

Un filósofo antiguo decía que por moverse a querer y amar las mujeres forzadas del interese se hacían por ello menos que los brutos animales, pues ellos no se mueven a estas cosas si no es por naturaleza, que es causa más noble y generosa que el vil interese.

Uno de los abusos más torpes que la malicia humana ha introducido es haber hecho simonía el amor y sujetarse las mujeres a ilícitos abrazos a precio de vil interés; y uno de los mayores disparates que los hombres hacen contra su gusto y salud es procurar favores habidos de tan mala guerra; y así, a un ansioso mozo, rendido a su costa a una destas aborrecibles (que le aborrecía y engañaba), dijo: «Los abrazos de las mujeres vendibles son los que dan los verdugos a los ahorcados». Preguntado por qué, respondió: «Porque son para quitalles la vida y heredalles el vestido». Considerados los desasosiegos, escándalos y peligros, gastos de hacienda y menoscabo de salud que proceden de amorosos devaneos, dijo un discreto que los pasatiempos del amor son como el tesoro de los alquimistas: que costándoles mucho tiempo y trabajo, gastan el oro que tienen por el que después no sacan.

Erífile, por el apetito mujeril de vistosos atavíos o por su grande avaricia de tener preciosas joyas, vendió a su marido por un rico collar que le fue dado por que descubriese dónde estaba escondido, por no ir a la guerra contra los tebanos por los malos pronósticos que de su ida se tenían (como a la verdad sucedió así, adonde Anfiraao su marido quedó muerto). No escarmentada con esto la codiciosa Erífile, en otra guerra que contra los tebanos se tuvo, no pudiendo recaudar con su hijo Almeón aceptase el ser capitán, dando Tersandre un riquísimo tocado a Erífile, ella persuadió al hijo con tanta eficacia la ida, que le hizo aceptase el generalato. Mas, venido Almeón de la guerra, sabiendo haber sido vendido de su propia madre, así como su padre lo fue, indignado de todo mató a su madre Erífile, y esto granjeó por la cobdicia de sus atavíos.

Dice Plutarco que la tercera vez que los Sabinos fueron contra los romanos, siendo Rómulo su rey, trataron con la hija de Tarpeyo, alcaide del Capitolio, que les entregase el fuerte Capitolio y que le darían las argollas o brazaletes de oro que traían en los brazos izquierdos, a la usanza de aquella tierra. Ella les dio una noche la entrada segura, y, en lugar de cumplir los Sabinos lo prometido, le dieron tantos porrazos a la entrada, que la mataron, ultrajándola de traidora, y así quedaron por señores del Capitolio.

Cuenta Herodoto que andando enamorado Jerjes Darío de Artainta, su sobrina y nuera, yendo un día a verse con ella cubierto de un manto riquísimo que la reina Amestris su mujer le había tejido y labrado por sus propias manos (con gozar de tantas riquezas y reinos esta reina), Jerjes se contentó tanto de Artainta que le prometió cualesquier mercedes que le pidiese, y ella le pidió el manto; mas viendo el Rey que si se le daba la Reina se confirmaría en sus sospechas, la rogó que dejase el manto y tomase tesoros y ciudades a su voluntad. Mas, no queriendo ella sino el manto, se le hubo de dar por no enojalla. La

reina Amestris, cuando supo que su nuera tenía el manto, sospechando que la madre de Artainta tenía la culpa, la hizo hacer pedazos. Sabido por su marido Masistes, fuese con sus hijos a los bactrianos para desde allí vengar su muerte; mas, siendo alcanzado de las gentes de Jerjes, fue luego muerto en el camino con sus hijos.

La desordenada cobdicia de aquellas tres mujeres de estraña hermosura, Lamia, Laida y Flora, las trujo a ser famosísimas ramera, por cuya hermosura tantos príncipes se andaban como abobados tras ellas, gastando cuanto tenían por serles aceptos, como refiere el Obispo de Mondoñedo en una *Epístola*, y lo toca *Cornucopia* en diversos lugares. Eran éstas muy taimadas y vendían muy cara su mercadería,<sup>259</sup> porque Lamia supo lamer tan bien al rey Demetrio que, después de haberle hecho pobre, le sonsacó docientos talentos de plata que le dieron los atenienses para una guerra. Laida, que vivía en Corintio, fue enamorada del rey Pirro, por cuya hermosura andaba perdido y embelesado, y, no contenta con él, admitía cuantos bien se lo pagaban. Y siendo por su gran hermosura amada de muchos, a ninguno amaba ella sino al interés, y presumía tanto de su hermosura que decía: «No sé qué se saben los filósofos, pues de filósofos los hago yo mis enamorados». Y era tanto el precio que ésta pretendía, que por eso se dijo aquel antiguo adagio: *Non omnibus contingit addire Corinthum*. La tercera se llamaba Flora, que pensaba ser más hermosa que la misma hermosura; y aunque era amiga del cónsul Munilio, tenía esta letra sobre su puerta: «Rey, príncipe, dictador, cónsul, sensor, cuestor y pontífice pueden llamar y entrar». Porque éstos, como tan poderosos, podrían satisfacer mejor que otros la insaciable sed de su codicia. Ésta dejó sus riquezas (que eran innumerables) al pueblo romano, y por eso la hicieron un gran templo que de su nombre llamaron Florianio, y le celebraban fiesta cada año, en la cual podían las romanas hacer cuantas disoluciones querían, y aquella era tenida por más santa que en aquel día se mostraba más deshonesta.

Dalida, mujer de Sansón, con la falsedad y poca fe que tenía a su buen marido, le engañó y con sus fingidas lágrimas y razones, por el precio de su traición que le dieron sus enemigos los filisteos, le compelió (por su demasiada importunidad) a que descubriese el secreto de su fortaleza; y cortándole la vedija, en que consistía, fue preso (por haber perdido la fuerza) y después denostado y sacado los ojos, y vino a perder la vida. Al hombre que se encarga de una mala mujer comparaba Plinio al árbol que está cercado de yedra; que ninguna cosa puede ser más apropiada, pues todos veen de la manera que gasta la virtud y consume del todo a cualquier árbol que se deja acompañar della, por grande y crecido, fresco y hermoso que sea. Mire, pues, el cristiano, y considere el ídolo a quien sirve a quien adora y en quien va poco a poco haciendo renunciación de sus bienes, mire los ministros de torpeza en quien emplea su caudal y a quién se le quita: empléale en terceros y gente perdida y quítale a su familia, a su mujer y hijos y a los pobres.

A los hombres que en lujurias y cosas ilícitas gastan la hacienda que debrían gastar virtuosamente en obras de piedad pintaba Alciato y da a entender por esta emblema (y primero que él lo dijo Crates, filósofo tebano): pone una higuera silvestre que nace en medio de unos altos riscos donde ningún hombre puede llegar, la cual lleva unos higos y brevas acedas y amargas, que jamás llegan a maduración, ni sirven de otra cosa estos fructos sino de pasto a los cuervos, milanos, picazas y a otras aves de rapiña. Así, ni más ni menos,

259.- Orig.: 'meacaderia' (555r).

son las riquezas de los viciosos y profanos; que ni con ellas se sirve a Dios ni aprovechan a los pobres ni a sus criados, sino que las distribuyen entre lisonjeros y truhanes y entre intercesoras y rameras. Estas riquezas así gastadas entre estas aves de rapiña son los higos acedos y el fructo que nunca se logra ni llega a sazonzarse para ser de provecho a cuyo es; antes se le viene a convertir en amargura de su ánimo y de su cuerpo.

No basta ya cumplir de palabras con las mujeres, porque son más astutas que solían, y, por tanto, dice Plauto que el que ama ha menester ser franco de manos; que sin esta liga no se cogen pájaros. De aquí es que no haya hacienda tan gruesa ni tesoro tan grande, ni mina tan caudalosa, que la lujuria no gaste, consuma y agote en poco tiempo. En el reino del amor, advierte Ovidio, siempre son los siglos de oro, porque siempre ha de estar dando el amante; y si esto falta, en la capa sin pelo poco se detiene el agua. La mujer es animal muy costoso de sustentar, y con el vicio siempre está diciendo «¡Daca, daca!», sin mirar si lo hay ni que tiene al hospital a aquella persona que trata, sin mirar más de que haya que robar y que coger (que, aunque sea hurtado, no se le da nada). No mira la mala mujer el daño que hace a la del otro en quitarle el vestido por dárselo a ella, el mal que causa a los hijos en privarles del sustento, el perjuicio que viene a los criados en no les pagar su salario; que, como tenga para sí, de nadie cura. Cuando cae del cielo alguna tempestad que se lleva los frutos de las eras, gran daño hace, no se puede negar; pero el mayor es cuando deja las tierras arroyadas y robadas, sin sustancia para el año venidero. Así parece que el Señor avisa a sus hijos se guarden de la mujer que destruye lo presente y lo por venir, la hacienda que se posee y la que se espera de heredar, y, aun con todo eso, no hay verla contenta.

Había dado Caleb a su hija Acsa un campo en dote para casarse con Otoniel, pero como las más mujeres son mal contentadizas, dice la divina Escritura que pidió a su padre tierra de regadío; y no se contento hasta que la dieron una heredad que tenía fuentes en lo alto de ella y fuentes en los bajíos para regarse por todas partes. Acsa es lo mismo que desenvuelta o lozana. Son, pues, por ésta significadas las que imitan sus obras, que, viviendo disoluta y lujuriosamente, echan lagrimitas fingidas para robar con aquel cebo lo de arriba y lo de abajo, lo precioso y lo que no es tanto, las cuestras y las aradas, las altas peñas y las dehesas llanas, el campo bravo y el cultivado, para lo cual nunca les faltan habilidades. Muy acertado anduvo Servio Tulio, el cual mandó poner una caja donde se recogiesen limosnas para los defuntos en el templo de Venus que llamaron *Libitina*, dándonos a entender que es muy cierta la necesidad, enfermedad y muerte a los devotos de aquesta diosa.

## Capítulo XXII: Del desengaño del ciego y perdido amancebado

**M**UCHO vale la hacienda, pero, si no es uno libre, aunque la tenga, más se dirá ajena que propia, pues lo que el siervo gana el amo lo lleva, según derecho. Gran cosa es la salud y fuerzas corporales, mas, si uno es de otro, cuanto más tiene con más sirve y mayores las tiene quien le manda. En gran precio se debe tener la honra, mas el captivo vive siempre sin ella, debiéndosele a su señor la que tuviere, de lo cual nace estar privados de todos los ejercicios que valen para adquirir honra en una república. De gran estima son los parientes y amigos, pero ¿qué aprovecha tenerlos si falta la libertad para gozarlos? Trabajo es éste con que allá el hermano del Hijo Pródigo dio en

rostro a su propio padre echándole cargo que había vivido en su casa como esclavo, sin tener libertad para comer una vez con sus amigos ni darles un almuerzo sin pedir licencia. Pues, en lo que toca a los parientes, ¿quién más que los propios hijos? con los cuales tampoco les dejan que se gocen, tomándoselos como por rehenes de su libertad, según dice el Filósofo, y aun vendiéndoselos en tierras estrañas, donde jamás los veen ni saben dellos, por el derecho que contra ellos tienen adquirido. Al fin, muy amable es la vida, mas la del esclavo en cierta manera es muerte.

Este bien, siendo tan grande como decimos, le perdió la primera vez Can por su pecado (según nota san Agustín), de manera que fue el primer esclavo del mundo. Y agora se pierden muchos, no entrando en la mar y dando en manos de cosarios, ni siendo presos en buena o mala guerra, ni tomados por engaños y llevados a tierras estrañas, sino rindiéndose de de su bella gracia a un dueño o duende tan bárbaro como es la mala mujer, por quien el vicio carnal los captiva. Tan bárbaro, digo, que al hombre más hidalgo y generoso sin ningún respecto le ata y pone de suerte que parece el más vil y apocado esclavo de Etiopía, sucediéndole<sup>260</sup> en esto como al rey Acab, de quien dice el profeta Elías que se había vendido como esclavo para hacer mucho mal en presencia del Señor, y todo fue instigado por la perversa Jezabel. De manera que, aunque era rey, hacia obras de esclavo. Así lo nota san Cirilo Alejandrino.

El glorioso san Agustín, hablando de la resurrección de Lázaro, dice que en él se hallaron todas las muestras que concurren en un duro pecador, protervo y en sus culpas obstinado. Porque, lo primero, estaba muerto, y de días atrás, por lo cual hedía muy mal; tenía, otrosí, una gran losa y estaba atado con ligaduras fuertes, como nota san Juan Climaco en su *Escala espiritual*. Tal parece que está este enfermo o muerto cuya anotomía vamos descubriendo: porque este vicio pierde la salud, y así, Lázaro estaba sin ella; ciega y endurece el entendimiento para que no levante la cabeza a ver su perdición, lo cual se denota en la piedra dura que sobre sí tenía; daba también tan mal olor que los circunstantes, no pudiendo sufrir, se tapaban las narices, en cuyo nombre dijo Marta: «Señor, ya hiede; que es de cuatro días muerto». Y así vimos la infamia y deshonor con que los viciosos<sup>261</sup> pasan por el mal olor que causa<sup>262</sup> su vivienda. También estaba atado, para significarnos la poca libertad con que viven los deshonestos y sensuales.

De aquí es que, viendo el divino Platón la insolencia y señorío con que este vicio trata a un alma en tomándole las llaves de su corazón, le arguye de tirano, porque la vida que él hace pasar a los suyos no es de señor que gobierna por bien y con dulzura, sino de patrón cruel y alárabe, que a palos manda. Siendo, pues, tal, no se maraville quien se le ha entrado por sus puertas que pierda la libertad con que llegó, ni de los males que le sucedieren, pues, como dicen, espere mala noche quien se va a posar en casa del amor, adonde, como en venta, todo vale caro y por lo menos deja el hombre empeñada la voluntad y libertad sin esperanza de su rescate.

¿No es cosa de compasión (si no es que digamos de encantamento) que tenga uno ojos y no vea estando vivo, tenga oídos y no oiga, manos y no palpe, pies y no ande, y gusto que no goce? Estos tales llámalos el Espíritu Santo ídolos o figuras de los gentiles; y tales son

260.- Orig.: 'sucediondole' (557r).

261.- Orig.: 'vicios' (557v).

262.- Orig.: 'causan' (557v).

todos los siervos deste vicio, ante el cual están como estatuas: si los mudan se mudan, si los arrastran lo sufren, si los riñen callan, si los ponen fuego no hablan, si los dan humo a narices no se quejan; porque es mísera la servidumbre a que están sujetos.

Paréceme que andan estos desventurados de la manera que allá cuentan las fábulas estaba Prometeo por mandado de Júpiter, al cual, en pena de cierto fuego que había hurtado, hizo amarrar de pies y manos a una peña del monte Cáucaso, de tal manera que ni se pudiese huir ni menear ni defender, y que allí un águila le<sup>263</sup> estuviese royendo las entrañas, despedazándole los hígados con gran tormento. Si queremos filosofar sobre esta invención, hallaremos que de la misma suerte está un pobre amante lujurioso, el cual, por hurtar el fuego de la concupiscencia (que siempre se alcanza de rebatina), viene a pegarse con un peñasco duro cual es la mujer, pues por más que quiera repartir de lo que tiene, es al fin un canto seco y pelado, es una figura enmascarada de Jezabel que a un volver de ojos se queda en huesos mondos, y que no sirve de más que de maza y corma para hurtar la libertad al que la sigue, estándole por otra parte royéndole las entrañas y quitándole la sustancia de la vida y bolsa.

Y está el miserable hombre tan ciego, que de tan injusto cambio y desigual partición ni se sale ni apela ni se queja. Quítanle el alma y piensa el necio que le dan vida; prívanele de su libertad y llámase el ignorante dichoso; húrtañe el corazón y júzgase el bárbaro por venturoso en tenerle no en sí, sino mal empleado. De aquí viene también que, como ellas son matreras, en sintiendo a los hombres picados, con celos los atosigan, con quejas los martirizan, con desdenes y malas palabras los consumen, y, como los tienen por esclavos, no les dan licencia ni libertad para cosa que les dé contento; antes los hacen andar hechos halcones con capirotos, para que no miren a otra parte, y con grillos, a fuer de captivos, para que no se desmanden a visitar otra tan loca como ellas.

Esto es tanta verdad que si no lo hacen así mala ventura hay en casa, y aun fuera della: andan luego las voces, las maldiciones, las rabias, los desafueros; léense las cartas de descomunión hasta matar candelas y viene a parar todo en mal y quebranto de corazón. Quieren, al fin, ser tan señoras dellos que aunque estén tristes por otras causas no lo han de mostrar, han de llorar cuando querrían reír y hanse de alegrar cuando las lágrimas revientan por los ojos. Como si no bastara a los hijos de Israel la vida que pasaban de esclavos en Babilonia, con mucho desenfado les mandaban cantar sonetos de alegría. El verdadero cautiverio es el de la carne (dice san Hilario), de la cual quien se hiciere siervo padecerá cual ella es y pasará por todos los fueros que ella quisiere.

Poca necesidad tenía yo de gastar aquí tiempo y palabras en dar a entender la pérdida y destrucción que hace en la hacienda el fuego consumidor del trato y amistad de la deshonesta mujer a los que han tratado en esta feria y tienen della alguna experiencia; y así, venía más a cuento presentarlos por testigos, y testigos de vista, que informarlos como a ignorantes. Pues así por el menoscabo de su hacienda y caudal como por la perdición que han visto en los bienes de los consortes y condicípulos desta su perniciosa y torpe profesión, habrán quedado tan instruidos y prácticos en esta materia que no sólo no tengan necesidad de ser en ella enseñados, pero, como expertos, lo podrán enseñar a otros. Mas, porque algunas veces la reprehensión del vicio de que forma el malo conciencia, hecha

263.- Orig.: 'les' (557v).

por tercera persona le suele ser de grande eficacia y provecho (como se vido en David cuando el profeta Natán le trujo aquel ejemplo de la ovejuela que tomó el rico al pobre para condenar el hecho que el mesmo Rey había cometido en ofensa de Urías), y también porque los que comienzan a navegar por el peligroso mar de Venus huyan esta roca y sean advertidos más en particular, si lo que queda dicho no bastare deste tan cierto e inefable naufragio no será cosa inútil ni demasiada lo que aquí se dijere para el desengaño del ciego enamorado, al cual irá enderezada aquesta plática y avisos.

Dime, sensual, ¿qué otra cosa es la mala mujer a quien locamente sirves y das tu libertad y entregas tu hacienda, sino un aljibe desquiciado, un pozo sin suelo, un harnero lleno de agujeros, un costal roto, un fuego gastador una hidropesía insaciable, una confiscación de todo cuanto tienes y un naufragio de todos tus bienes? ¿A quién aprovechas con todo cuanto gastas y derramas? No puedes decir que a ti, viendo el menoscabo en que cada día viene no solamente tu hacienda, pero aun tu persona y estado. Ni tampoco a la que sirves; si no, dime: ¿Qué le aprovecha todo cuanto le has dado y le vas dando? ¿Qué le luce o qué le satisface? Nunca está contenta, siempre rostrituerta, siempre piensa que la debes y no la pagas, nunca cesa de ponerte asechanzas y buscar ocasiones, pensando y maquinando cómo pelarte y sacarte el dinero, acudiendo cada día y cada hora a su tema, pidiéndote lo uno y lo otro, hasta no dejarte (como dicen) estaca en pared.

Y si, ya que descaecieras, fuera ella medrando, pareciera cosa en alguna manera tolerable y no tan mal perdida, pues a lo menos fuera parte de consuelo para ti ver que gozaba el dinero aquella que tu tan ciega y perdidamente amas, y que, al fin, no lo echabas en saco roto. Pero dime agora: Después que la tratas, ¿qué mejoría o qué acrecentamiento hallas en sus bienes, con todo cuanto le has dado y por ventura le han dado otros sin ti? ¿Qué preseas o qué ornato o qué aparato de casa, qué alhajas medradas, qué bienes multiplicados? No parece verdaderamente sino que, como bienes de trasgo, gastados en servicio del Demonio (como en efecto lo son), así se hundén y se los lleva el Demonio. Porque, si echas de ver y consideras las casillas de las semejantes, no hallarás comúnmente en ellas sino solos los dijés y bujerías que sirven para su mal trato: un cofrecillo lleno de badulaques, unos vestidillos pintados, unos tocados deshonestos, unos trajes livianos, unas alhajas profanas, las cuales no sirven sino de redes para enlazarte y de hechizos para traerte loco. En estas vanidades emplea lo que le das, no para otra cosa sino para hacer armas contra ti. Todo lo demás lo atala y asuela y lleva a barrisco, como tempestad, y lo abrasa como fuego y se le va de entre manos no sé por dónde. Solamente le deja el Demonio a quien sirve (como rufián taimado) el aderezo de su aposentillo y el ornato de su persona, porque vee que es menester para provocarte al pecado, no por dalle a ella aun en esto contento, sino porque así saca él más ganancia e interés.

Pero (dirasme) no todas son tan pobres ni tan prodigas y disipadoras como las hacemos; algunas han enriquecido y conservado sus bienes. A esto respondo que Dios, como paciente y sufrido, sabe disimular por algunos días con el castigo, y no ejecuta luego su justicia con la mala hembra que ves enriquecer por medios del pecado. Pero espera un poco y veras en qué para su torpe caudal. ¿Qué hacienda ganada o adquirida por esta vía has visto lograrse? ¿Cuántas ramerás has visto o oído decir que murieron ricas? Y si me trujeres a la memoria a Lais en Corinto y a Thais en Atenas y Flora en Roma (como más largamente queda dicho), dame la cuarta. Pues en respecto de tan pocas, mira cuán sin



número es el número de las que acaban en suma pobreza y en<sup>264</sup> cuán desastrado fin hace en su poder todo cuanto reciben. Al fin fin, no es posible menos sino que lo mal adquirido no tiene de parar en bien.

Dirás por ventura que vas con tiento en los gastos que haces con ellas, midiendo y moderando las dádivas según tu posibilidad. A esto te pudiera responder que no puedes, conforme a cristiano, despende en obras semejantes tan sólo un maravedí; pero, dado caso que en esto tuvieses alguna licencia, ¿cómo podrás (me di) en un vicio tan sin tasa ni medida poner tasa y moderación? ¿Quién enfrenará y quién domará una bestia tan indómita y desenfrenada? Vees, pobre de ti, que se estraga tu salud y se acaba tu vida y se distribuye tu honra con esta peste y no procuras remediallo, y ¿piensas poner cobro en la hacienda? ¿Cómo mirará por su hacienda el que vee que se le pierde su honra y no vuelve por ella? ¿Cómo irá a socorrer los bienes temporales el que no cura de los corporales? Y finalmente, ¿qué se le dará de perder el dinero al que no se le da nada de perder la vida del cuerpo y del alma?

Tu estudio y cuidado, hombre perdido, no es otro sino pensar en lo que darás más contento a aquella de quien a tu parecer le recibes. Pues ¿cómo la podrás tener contenta siendo escaso, y cómo responderá a tu deseo viendo que no respondes tú al suyo? ¿Cómo te dará gusto la pedigüeña y necesitada imaginándote mezquino y tenaz? ¿Cómo te podrás conservar con ella si en tu escaseza echa de ver que la quieres poco, y cómo te podrás medir en las dádivas si la quieres mucho? ¿Cómo tendrás medida<sup>265</sup> cuando ella (esperando la coyuntura y sazón y teniéndote más contento y engreído) te pide que le compres la ropa, que le des el anillo, que le traigas la Holanda, y se congoja diciendo que le falta la saya, que anda desnuda, que se le rompe el calzado, que está viejo el manto, que debe el tercio de la casa, que le pide dineros el mercader?

La mala hembra vagabunda y ociosa, que nunca vees con la rueca en la cinta ni con la labor en las manos, ¿de dónde piensas que tiene de sacar las galas, el vestido, el calzado, las joyas, los trajes, los afeites y los perfumes y los olores y todos los otros dijes y liviandades que ha menester para traerte embelesado y loco, sino de tu propia sustancia y sudor? ¿Cómo vencerá la envidia que la atormenta viendo a su vecina o a su amiga con la basquiña rica, con el tocado galano y con el nuevo traje e invención, si no es pelándote ti y echándote a puertas? Tras esto, ¿quién la tiene de proveer de la comida y del sustento ordinario? ¿Quién de las meriendas, colaciones y regalos? ¿De dónde han de salir los banquetes, las fiestas y regocijos que siempre apetece, sino de tu hacienda? Al fin (como dicen), «Del cuero las correas».

Esto es, pues, lo que pretende la robadora de tu libertad, la polilla de tu casa. En esto piensa y tras esto anda, no tras darte contento. Si no, advierte y para mientes a sus donaires y roncerías, y verás que cuantos requiebros te dice y cuantos favores te da y cuantas ventajas te hace no nacen tanto del amor que te tiene como del que tiene a tu dinero; que ni su amor es amor, sino interés; ni su querer es querer, sino cobdicia; ni sus favores son favores, sino anzuelos, ni su cuidado es voluntad, sino negociación. Este es su fin, este es su hipo y esta es su pretensión: aquí va y aquí viene y aquí se enderezan sus pensamientos,

264.- Parece sobrar 'en', pero quizá juega con el 'Mira' anterior: mira en, advierte a.

265.- Suplo 'medida' (560r).

sus palabras, sus meneos, sus donaires y todas sus diligencias y cumplimientos. Acuérdate, pues, cuando vienes, que no pone los ojos en ti, que partió de la bolsa para tu persona y, aunque caminó con los ojos para tu rostro, el corazón se dejó en la faltriquera. Porque en esto no mira tu contento, sino su necesidad; no lo hace de amor, sino de interés, pues por interés principalmente vienen las semejantes de ordinario a venderse y rendirse. Como lo dan a entender los poetas antiguos por aquella fábula de Dánae, hija de Aerisio, rey de los griegos, a la cual dicen que Júpiter violó cayendo en su regazo en forma de pluvia, convertido en gotas de oro, siendo ella doncella honesta y recogida. Por lo cual quisieron significar la fuerza que tiene el dinero para vencer y alcanzar a cualquier mujer.

Y la que no se vence por amor se viene finalmente a rendir por cobdicia. Porque (como dice el refrán) «Dádivas quebrantan peñas», cuanto más el corazón de carne femenil. De aquí dijo por una gran señora aquel truhán graciosamente: «¡Qué manceba me pierdo por no tener dinero!». Y Antifón, filósofo (como refiere Estobeo), decía que «Las casas de las mujeres enamoradas son al revés de los templos, porque los templos están abiertos indiferentemente para todos, pero las casas de estas perdidas no sino para quien tiene reales», cuya sentencia confirma Ovidio cuando dijo: «Por muy adornado que venga el sabio Homero con las nueve Musas, no será admitido sin dinero».

De aquí puedes entender una consideración (si eres hombre de punto) no poco provechosa, y es echar de ver que no eres querido por tu persona, sino por tu hacienda; no por quien eres, sino por lo que tienes, y que los regalos y caricias que te muestra la mujer no te las muestra porque te tenga amor, sino por sacarte el dinero. Pues ¿para qué quieres, apocado, con tanto detrimento de tu persona y hacienda, a quien no te quiere? ¿Para qué recibes contento de quien no te le pretende dar? ¿Qué bajeza, qué poquedad, y aun qué bestialidad, es pagarte de las liviandades de aquella que por ventura está harta y enfadada de ti y se fuerza a hacer apariencias que te quiere y mostrarte amor (comoquiera que, si no fuese por respecto del interés que entretiene y sustenta esta su fingida amistad, ya te habría dado de mano y despedido de su conversación)? De donde puedes barruntar (y no sin razón) que cuanto te pide y cuanto le das no lo quiere para ti, sino para servir y regalar a otro perdido como tú en quien por ventura tiene puesta su afición y a quien sin doblez muestra sus favores y hace de veras sus caricias.

No puedes negar que esto y mucho más se puede presumir de la mujer enamorada que parece más leal. Pues advierte, desconcertado, y mira a quién das tu sustento y caudal. Mira por quién te desposees y pones en aprieto. Para mientes por quién vas carrera de perdición (si no estás ya perdido) y vispera de descaecer de tu ser y estado (si no estás ya en la triste fiesta). ¡Oh ciego desatinado y loco! ¿Dónde está tu juicio, dónde tu autoridad y ser, que entregas en las manos de la mujer tu persona y das con ella dineros? ¿No te estimas en más que esto? ¿Por un vil y torpe gusto vendes el mayorazgo del cielo y das dineros con él? ¿Por revolcarte en un poco de cieno (y peor mil veces que cieno) das por bien empleada tu hacienda, tu estado y tu honra? ¿Hay en el mundo semejante locura y igual desvarío y ceguera? Y que el paradero de tus roturas y liviandades sea éste testificanlo, no sin gran arrepentimiento (aunque tarde), otros muchos desventurados como tú que por su mal lo han experimentado. Y tú también serás, mal que te pese, testigo desta verdad si por el camino que agora vas perseveras y no das la vuelta, en el cual no puedes dejar de perseverar mientras durares en ese torpe estado.

Y aun agora, habiendo por algún tiempo tratado en esta feria, puedes echar de ver y alcanzar algo de esto si por<sup>266</sup> la experiencia que tienes del juego pasado haces (como es razón) conjetura del suceso futuro. Cuenta, si puedes, y echa la suma de todo lo que has gastado en este juego dende la hora que comenzó tu mala vida. Junto con ello, todo lo que has dejado de ganar y acrecentar en tu hacienda por razón de las roturas que has hecho y del tiempo que has mal empleado. Súmalo todo y verás en cuán breve espacio de tiempo cuán grande ha sido la pérdida y menoscabo de tus bienes y estado, no sólo de aquel que pudieras aumentar, sino del que tenías ya adquirido. De donde puedes conjeturar en qué vendrá a parar lo que te queda si no tomas nuevo acuerdo y atajas este incendio que abrasa tu hacienda, tu cuerpo y tu alma.

### Capítulo XXIII: De cuán vil y abatida cosa ha sido y es la ramera entre todas las naciones del mundo

**L**A honra, según el Filósofo, es premio de la virtud, y, por consiguiente, la deshonra y afrenta son pena conforme a derecho de todo vicio. Siempre lo penoso se le asienta más al hombre que lo gustoso; y así, poca pena es más bastante para turbarle mucho que mucho contento para darle alegría perfecta. Por esta causa decía Perianandro, rey de los corintios y uno de los siete sabios que florecieron en Grecia, que los deleites tenían muy corto plazo de vida, pero las honras, y lo que por ellas viene, son inmortales. No se maraville el malo si halla en todo tiempo y lugar puesta la horca para su castigo, pues trae consigo el verdugo aparejado y en el seno la sentencia de su condenación.

Aunque todos los vicios son dignos de infamia, ninguno hay que mejor merezca el sambenito de la afrenta que el deshonesto y lujurioso. ¿Quién es el que peca contra sí y da mal cabo de su honra? El sucio y deshonesto dice san Pablo. Según esto, aunque sobre cualquiera de los vicios caen muy bien los palos de la deshonra, pero en ninguno se emplean más justamente que en el deshonesto, que, pues se hace bestia, no se le hace agravio en tratarle como a bruto criado en los campos. Como la Majestad divina daba traza antiguamente para que no hubiese cosa entre los suyos que pareciese mal a los ojos de los estraños, sino que todos pudiesen vivir con envidia dellos y llamarlos bienaventurados (pues tenían por señor a tal Dios y Él los tenía escogidos por mejora de su herencia), entre las reglas de bien vivir que dio a Moisés fue una que entre las mujeres de su pueblo no consintiese que hubiese ramera, como gente infame y sin honra.

Sabía muy bien el Señor la infamia que las tales acarrear para sí y para toda su generación, y por que en su pueblo no cayese tan fea mancha, dio orden en quitarles la ocasión al tiempo que asentaba con él los partidos nuevos. Por la misma causa aviso el Espíritu Sancto a los padres que se pican mucho de honrados traigan los ojos largos sobre su casa, por que no salga della el fuego que abrase su fama y honra, con cuya chamusquina se contamine la vecindad y tierra como si corriesen aires apestados. Quiere decir: «Guarda tu hija y no la pongas al partido y mal vivir; que sería negocio no menos peligroso que cuando el tiempo anda corrupto y los vientos inficionados». De manera que no gusta Dios se

266.- Orig.: 'poi' (561v).

dé lugar a las hijas de vida libre ni se consientan en su pueblo malas mujeres, evitando el mal ejemplo que dan y la deshonra que ganan por andarse a la flor del berro.

También mandaba Dios en el *Deuteronomio* que no se admitiese sacrificio que la mujer mala ofreciese, para dar a entender cuán mal siente su Majestad de las personas semejantes, pues no permite se le ponga sacrificio suyo, juzgando por caso de afrenta que desea ofrecida cosa de tales manos. Los fenices dice san Agustín que antes de casar sus hijas las ponían unos días al oficio de rameras, pagando diezmos y primicias a la diosa Venus de lo que ganaban. Los de Cipro traían asimesmo las suyas al partido (según escribe Justino), con lo cual adquirirían el dote, ofreciendo también parte a la misma diosa. Esto venía muy bien a una pública infame y deshonesto mujer cual fue la dicha Venus, pero no a la suma Limpieza, a la suma Puridad, al sumo Resplandor del cielo y tierra. Propuniendo el profeta Miqueas algunas cosas contra Samaria, compara el servicio de sus ídolos al de las rameras, denotando en esta conjugación la ojeriza que el Señor tiene con los unos y con los otros y enseñando cuán bajamente se debe sentir de aquesta gente, pues en su divino acatamiento no son más que ídolos de la tierra, los cuales en el vocabulario de Dios se llaman abominación, según declara el glorioso Jerónimo.

Esta verdad conocieron bien los romanos (dice Lactancio), los cuales siendo instituidos por herederos de una ramera llamada Flora en muchas riquezas que había ganado en aquel trato con cargo que la hiciesen cada año unas fiestas públicas en honra suya, el Senado, teniendo la testadora por infame y la condición propuesta por malsonante, aceptó la herencia y obligación de los juegos públicos; mas, para borrar la infamia que se les recrecía si los celebrasen en honra de una pública ramera, inventaron una diosa que se llamase Flora, a cuyo cargo estuviere guardar y conservar las flores, y por su respecto llamaron las fiestas *Florales*, con lo cual se purgaron de la infamia y consiguieron la herencia, que, por ser muy grande, no la quisieron repudiar. Hinchiales el ojo lo mucho que les dejaba, tenían miedo a la nota que se les seguía, y, para casar estas dos cosas, hicieron la invención que habemos dicho.

Compara otrosí el divino Texto la ofrenda de la ramera a la de un perro, que en nuestro vulgar es nombre de gran infamia para cualquier persona, lo cual no carece de misterio, pues hallamos que los egipcios en sus jeroglíficas, para denotar un torpe amante pintaban al perro. Esto pudo ser por una de dos razones o por entrambas: la primera, por la inquietud que trae este animal cuando le toca el aire de la caza, en lo cual se descubre la turbación y desasosiego con que viven los lujuriosos; la segunda, por el poco empacho que tiene ligándose en publico con la hembra, pues en esto se declara el poco miramiento con que viven los que a vista de todo el mundo se precian de lascivos y deshonestos. A Diógenes llamó Platón y otros muchos perro, cuyo nombre le cuadra muy bien, pues entre otras licencias de vivir y desenvolturas de que usaba, una era que sin ninguna vergüenza en medio de la calle cometía cualquier deshonestidad, como el perro. Aludió muy bien el poeta Ovidio a la primera razón que decimos de aqueste sucio y desasosegado animal, cuando, encareciendo la desmesura con que Apolo perseguía la casta Dafne y la agonía con que se abrazaba con el laurel en que Dafne se había convertido, le llamó y comparó al perro.

En consecuencia de lo sobredicho leemos que habiéndose retirado Diana a los campos y desiertos, huyendo de la común habitación de los hombres con deseo de guardar limpieza perpetua entretiniéndose en la caza de fieras, puso tal admiración a las gentes,

que los antiguos la adoraban por diosa virgen y abogada de la castidad. Esto era con tanto miramiento y acato que en Roma no era lícito a ningún varón entrar el templo de Diana, y en Delfos, isla del mar Egeo donde ella nació, con especial cuidado se recataban los naturales (dice Alejandro) para que ningún perro entrase en el lugar consagrado a la misma diosa, por ser animal tan deshonesto y sucio y tan contrario a lo que Diana profesaba. En esto se debió de fundar la otra fábula de Acteón, a quien la misma diosa hizo que le comiencen perros porque la había mirado curiosamente contra su honestidad, pues al deshonesto torpes le comen, como los gusanos al cuerpo de donde salieron. En todo esto vemos confirmada la razón y fundamento que tuvieron los egipcios para denotar en sus jeroglíficas con el perro a la persona lujuriosa, cuyo poco empacho y vergüenza es muy semejante a la de este animal. Por lo cual no es maravilla se igualen las oblaciones del perro y la ramera, pues la una con la vida que trata y el otro con lo que significa, son tenidos por infames ante el Señor. Y así, entre las personas que sant Juan dice estar desterradas del cielo, pone también los perros. No habla del animal, declara Aretas, sino de lo que él significa, que es el sucio y deshonesto.

Perros otrosí comieron a Jezabel, que son las disoluciones con que se consumen las malas mujeres, cuya figura fue aquesta reina, y dello dio bastante muestra en lo que se sigue. Entrando Jehú con el triunfo de la victoria, pensó engañarle poniéndose a la ventana muy afeitada y compuesta, o descompuesta, que es muy propio de las que echan lazos para cazar livianos corazones y muy ajenos de nobles señoras cual ella era. Los nombres también suelen entallar muy propiamente a las personas que se ponen, según nota Platón. No le cuadra poco el suyo a Jezabel, pues en lengua hebrea quiere decir isla de estiércol, o muladar, según declara el venerable Beda; porque la mujer mala no es otra cosa sino fruta de tal vergel, y así, como tal, es hollada y afrentada de todo el mundo; dondequiera huele mal, por lo cual de todos es aborrecida, de todos infamada y de todos pisada como basura. De aquí es que entre cuantas gentes alumbra el sol, por bárbaros que sean, ningunas personas hay más corridas y afrentadas que las mujeres dadas a tal oficio. Por muy raída que traigan la vergüenza, al fin, ellas mismas la tienen de sí, y aunque en publico hacen de tripas corazón, en secreto le traen tan requemado como merecen.

Entre las diosas a quien la engañada gentilidad, inducida por los demonios, adoraba, una era la que llamaban Venus, y dicese así porque viene o intercede, o, por mejor decir, porque ella es la tercera y alcahueta en todas las cosas de contento, de risa, de placer, de deleite y sensualidad. De esta señora advierte Alejandro que nunca pudo tener entrada entre los lemios, gente en la isla del mal Egeo, no porque no fuesen idolatras, que sí eran (y tenían otra mucha chusma de dioses), pero, con todo eso, jamás quisieron aceptar por su abogada tan maldita devoción, avergonzándose de<sup>267</sup> honrar con sus sacrificios a persona de quien no se contaban sino incestos, traiciones, adulterios y deshonestidades cuales refiere Lactancio; todo lo cual, a ley de hombres de bien, habían ellos de tener por gran deshonra si lo vieran en sus propias casas. Los romanos, aunque un tiempo la recibieron por diosa y les cayó tan en gracia su oficio que la ponían por madrina y amparadora de sus bodas (y así, no es maravilla que ellas saliesen cual la casamentera); mas, considerando bien que esta y

267.- Suplo 'de' (564v).

otras cosas de esta diosa eran afrentosas, el Senado, andando el tiempo, cayó en la cuenta y mandó que nunca más se hiciese invocación suya en los matrimonios venideros.

Dice Estrabón que ninguna de las diosas admitía puercos en sus sacrificios sino Venus, pareciéndole que cualquiera cosa le bastaba y que la venía muy al propio, por ser animal impuro, sucio, infame y deshonesto, el cual no se recrea en nadar en otras aguas olorosas si no son las de los cienos, y dél tomaron los antiguos alemanes costumbre, según Cornelio Tácito, de castigar los viciosos y deshonestos chapuzándolos muchas veces en los charcos sucios llenos de suciedad y basura, para que, pues imitaban la condición de los puercos, tuviesen por cama el revolcadero sucio donde ellos no se recrean. Donde se vee en qué grado de honra debe ser tenida lujuriosa ramera, pues por insignias de ser cofrada de esta sucia diosa se le manda traer un escudo con tan feo y hediondo animal en campo encarnado.

Dondequiera hallamos fueron tenidas por infames las mujeres libres en el vivir, cuyo asco es tan grande para el Señor que no sólo mandó a Moisés no permitiese que el Sumo Sacerdote se casase con alguna dellas (como parece en el *Levítico*), pero ninguno de los demás (dice Josefo) lo podía hacer. Lo cual sube más de punto Filón, judío, diciendo que no sólo se le prohibía al Gran Sacerdote tomarla por mujer, sino que también le era vedado mirarla a la cara, aunque ya hubiese dejado la mala vida. Los romanos, como gente que se picaba de punto, mandaron que ninguna mujer cuyo padre o agüelo o marido hubiese sido ciudadano romano pudiese ganar la vida a tan mal oficio. Periandro, rey tirano de Corintio, dice el historiador Heráclides, que tenía tanto aborrecimiento con las mujeres enfermas de esta pasión que, en sabiendo de alguna, como quien las echa en colada, las mandaba chapuzar en el río, dando a entender que las manchas de la honra no se podrían jabonar ni con menos agua ni de otra manera que con aquella.

El gran Solón, maestro de los atenienses, tratando del respecto que los hijos deben a los padres y la obligación que tienen que ayudarles en su vejez o necesidad, eximió libremente de tal mandato los que se hubiesen habido en malas mujeres, juzgando éste por digno castigo de los que en tal ayuntamiento más pretendieron su deleite que la generación de los hijos. ¿De qué sirven los hijos adulterinos a los padres?, dice san Ambrosio. No para sucesores de mayorazgos, que no lo pueden ser, sino para empacho y vergüenza de los que los engendraron. Pues si los padres están sujetos a esta infamia y con la misma dejan a los hijos, con mayor rigor se ejecuta deshonor si por desventura de los hijos les cabe una madre que ha dado ruin cuenta de su persona. Con ser tan valeroso el capitán Jepté que bastaba su garbo y animoso corazón para honrar un reino (como después lo mostraron sus hazañas), con todo eso, los propios hermanos no le quisieron sufrir en casa, dándole por oprobrio que era hijo de una mujer perdida, y así, le echaron de entre sí con toda ignominia; y aunque el esforzado mozo, de puro aborrido, se hizo capitán de ladrones y bandoleros, con todo eso, tuvieron ellos por menos inconveniente usase en el destierro tal oficio que llamarle y tenerle en casa como hermano, siendo hijo de mala madre. Si la deshonor de las rameras se acabase, sería medio mal; pero como en los ajusticiados, aunque lleven a sepultar el cuerpo queda la horca en pie, de la misma suerte permite Dios en estas desventuradas que la afrenta no se acabe con su acabo, no fenezca con su fin ni la pala y azadón cubran su pena, para que, pues viviendo dieron ocasión de ser tenidas por viles, después de muertas sólo reste en compañía de sus huesos la deshonor que acaudalaron.

En el Imperio romano no sólo eran infames para sí las mujeres deshonestas, pero también afrentados sus parientes, sin tener más culpa de caerles en parte las que vivían libres y licenciosamente. Cuando un hombre de bien ve por su casa aquesta plaga, por subido que esté en la esfera del sol, ¿cómo tendrá contento a quien el contento de la honra falta? ¿Cómo parecerá entre gentes con cara descubierta quien trae la suya cubierta de vergüenza? ¿Cómo recibirá gusto con los haberes del mundo a quien el mismo señala con el dedo y le silba por causa del tal vicio?

Al emperador Augusto le sucedió un caso tan penoso que ni bastaron la grandeza que tenía ni los muchos vasallos que le adoraban, ni la paz con que sustentaba la tierra ni aquella edad dorada que con su ceptro había resuscitado en el mundo, para darle tanto contento y honor cuanto le daba de pena y deshonor una mala hija, libre y deshonestas. Mucho dice Veleyo Patérculo de la rotura y libertad con que Julia vivía (que así se llamaba la dicha hija), pero mucho más cuenta Suetonio escribiendo la tristeza y aflicción que el desdichado padre padecía en toda su potencia. La pública voz del pueblo con que le apellidaban padre de la patria, el sosiego que en todos sus estados mantenía, los grandes tributos que le entraban, el común lisonjear de los amigos y el curso de las cosas que tenía no le pudieron hacer esento de un golpe tan afrentoso como aquéste. Esto le faltaba a Augusto, y así, vivía con tanto descontento.

Estaba muy contento el profeta Jonás debajo de su yedra gozando del aire fresco, recreando los ojos con la vista del campo y puestas las mientes en la destrucción de Níve, pero al mejor tiempo salió un gusanillo de la tierra que, royendo la secreta raya, hizo marchitar la verdura que le cubría, dejándole descubierto al resistero del sol, sin hojas, sin sombra ni reparo contra sus rayos. Todo esto vemos cumplido en este emperador a quien hacía reverencia el mundo: guardado del frío, del calor y de las injurias del tiempo, era de aquellos por quien dice Amós que se alegran en la nada, porque los regalos de esta vida, los contentos de la grandeza, el gusto del señorío y el sabor de la potencia hojas son de la verde yedra, rastro son de los placeres mundanos que duran poco y dejan tal acedía de vergüenza. Bien pudo haber dado Julia algún placer a su padre el César, pero bien pagó<sup>268</sup> el escote de lo comido, pues sin ser tributario le echaron pecho de afrenta, como al más soez y villano azacán de todo su imperio.

La soltura de Julia anduvo primero entre algunas lenguas, fue creciendo con el tiempo su malicia y libertad, y, al fin, llegó a tanto que, corrido ya de la bajeza con que vivía su hija y tratando con el Senado de matarla, como entre otras nuevas se contase que cierta esclava llamada Fede se había ahorcado, respondió el desgraciado Emperador: «¡Oh, pluguiera a los dioses que hubiera sido padre de aquesa Fede y no de Julia!». Veis aquí las ansias de corazón que fatigaban aquel pecho tan lleno de contentos. Veis aquí otro segundo Salomón a quien se le huyó el descanso entre las fiestas, saraos, cazas, jardines, músicas, regalos y todas las invenciones que pueden engendrar alegría en un hombre. Estos son los vientos que le soplaron de través para que no gozase sin cuidado y disgusto la bonanza con que el mundo le convidaba; y durole esta tormenta tantos días que, viendo no tenía remedio y que Julia no se labraba con persuasiones ni se mejoraba con temores, al fin dio con ella en una isla, desterrándola de su presencia y quitando de los ojos de Roma un tal mal ejemplo y ocasión de tanta infamia.

268.- Orig.: 'paga' (566r)..

Cornelio Tácito dice que la echó en la isla Pandataria y después la mudó la carcelería a la provincia de los reginenses, donde la tuvo presa hasta que murió; y después de muerta no la consintió enterrar en su sepulcro, como a hija que había sido de emperador: tanto sintió el desconcierto suyo y tanta pena recibió con la infamia que había padecido por su disoluta vida. De creer es que, por lo que tocaba a su honor, el emperador Augusto habría hecho sus diligencias para el remedio de la hija; mas cuando la vergüenza se echa a la mar (que, según Platón, es hermana del temor) todo se pierde: ni bastan guardas ni aprovechan clausuras ni lo remedian cárceles, pues faltaron el temor y empacho, que son cerradura fuerte de las mujeres. De la manera que la piel del león parece león y no lo es, la del tigre no es tigre ni la del caballo es caballo, así la mujer torpe no tiene más que aquella portada con que engaña: parece hermosa y es muy fea; presume de honrada y no tiene honra alguna; véndese por sana y está llena de pestilencia; da muestras de toda seguridad y llaneza siendo un lazo y barranco tan hondo que llega a los infiernos.

Por ser tal la ramera que con sólo oír su nombre inficiona y escandaliza a las castas y honestas mujeres, cuanto más con su presencia y trato, dicen Pierio y Celio que las mujeres de Tesalonia afrentándose de que se sentase entre ellas en el templo una famosa ramera con grande pompa y aparato, siendo como era una tan vil e infame mujer, no pudiéndolo sufrir, se levantaron contra ella y a puro conchazo que todas la tiraron la dejaron allí muerta en el templo. Y preciándose de aqueste hecho y de su honestidad, tomaron por blasón de allí adelante el traer una concha de oro o plata en sus pechos. Este es el tratamiento que merecen las tales.

#### Capítulo xxiv: De los ensayos e invenciones de que usan las malas mujeres para provocar a los hombres a su afición y amor deshonesto

**M**UCHO es de notar las invenciones, falacias, engaños y dobleces que las malas mujeres tienen, por quien tantos varones sabios y prudentes se han perdido y se pierden cada día, como lo dice el *Eclesiástico* por estas palabras: «Muchos han perecido por la hermosura de la mujer». Y no habla de la mujer honesta y recogida, que por esta tal ninguno se pierde y mucho se gana, sino de la que no lo es, la cual con su deshonestidad, con su compostura, afeites, ensayos y halagüeñas razones hace carnicería espiritual en las almas.

Los afectos y enlabios de las semejantes dibuja el sapientísimo Salomón en los *Proverbios* (aunque no se supo él escapar de sus lazos) cuando dice: «Sale al encuentro a un mancebo una mujer con trajes y aderezos de deshonesta, muy aparejada para cazar las almas, y comiézale a echar los brazos al pobre mozo y hácele mil halagos y caricias diciendo: 'En hora buena yo os vea, que venis tan deseado que he hecho votos y los he cumplido; y con el ansia tan grande que tenía de veros, os he salido buscar y he sido tan venturosa que os he hallado. Veníos conmigo y gocemos de nuestros deseados abrazos agora que no hay quien nos lo estorbe, porque mi marido es ido muy lejos'». Y concluye diciendo: «enredole con estas engañosas palabras, y él fuese tras ella como el buey que llevan a la carnicería».

Bien había que discantar sobre este canto llano encareciendo los enlabios y enredos, halagos y caricias con que prenden las mujeres deshonestas a los hombres y los hacen



caer como pez en el garlito con el cebo venenoso de sus dulces palabras. De tres armas que tienen las mujeres, parecidas a otras tres de gente de guerra, se suelen aprovechar para vencer y derribar a los hombres que bien quieren, que son: saetas de lejos, lanzas de un poco cerca y espadas y dagas de más cerca. Las saetas son la vista; las lanzas, las palabras, las espadas y dagas son los tocamientos. Con estas armas tan peligrosas hacen su guerra y derriban y vencen los fuertes jayanes en virtud cuando con mucho recato no se apartan de ser ofendidos de tan poderoso enemigo como es la mujer.

Ningún oficial se halla sin el oficio en que está enseñado, y así, procura buscar lugares a propósito donde mejor pueda ejercitarle. De aquí es que el pescador (cuyo caudal todo es redes y anzuelos) no puede vivir sin ríos, y cuando éstos se le secan gime y llora, como lo notó de los pescadores de Egipto Esaías, cuando echando sus redes al Nilo le hallaban seco y sin agua. Pues desta manera hay pecadores en el mundo, y particularmente mujeres, que todo su caudal no es otro si anzuelos y redes de pescar ofensas de Dios. No trato agora de aquellas que ya son del todo mujeres perdidas y red barrera de tanta basura (a las cuales remedie Dios por su gran misericordia), sino de las que nuestra España llama «damas servidas», que son las que admiten galanes y se dan a recaudos y damerías y sustentan palacio con toda licencia, y en este miserable discurso embebidas y olvidadas de Dios, pasan la vida sacrificadas a su vanidad, pues estas son las que todo su caudal no suele ser otro sino anzuelos y redes de pescar ofensas de Dios. En esto entienden días y noches, de manera que muchas veces de día se hace el ojeo y de noche la caza. Y cuando no sea tanto como eso, gastan los días en echar sus anzuelos para pescar los miserables hombres, y las noches en aparar sus posturas, haciéndose imágenes para que mejor piquen ellos en su vanidad.

Estas son las que no se contentan con pescar a vara y uno a uno los hombres, sino que también son pescadoras de red que a tropeles los cazan dándoles innumerables ocasiones de ofender al Señor. Estas son las que con todo cuidado buscan sazonados puestos, como son las ricas y populosas ciudades y cortes, para hacer allí sus lances en lleno, haciendo picar los hombres con sus semblantes, meneos, ademanes disolutos, aderezos y con otra infinidad de ensayos apetitosos de que siempre están prevenidas y muy a punto para su pesca. Cuales de las damas de Israel las refiere Esaías pintándolas menudamente desde la cima de su rizado cabello hasta la planta y lascivo meneo de sus pies, y cuales también en las de acá lo muestra la experiencia el día de hoy, y aquellas apuradísimas diligencias que ellas hacen para este efecto, sus con que atizan más su ocasión. Por cuya razón dijo el *Eclesiástico*: «Aparta tus ojos de la mujer afeitada, porque este es el fuego que más enciende la concupiscencia».

Apiano y Plinio y otros muchos condenan a Cleopatra de muy deshonesta, que es el pecado que más destruye la fama de las hembras, y más de las reinas y grandes señoras, cuyas viviendas son el espejo en que se miran todas las otras mujeres. Estrabón con la común afirman ser esta Cleopatra hija de Ptolomeo Auletes, rey de Egipto, y que reinó Cleopatra en Egipto poco más de veinte años y murió de treinta y nueve de edad. Como Cleopatra hubiese ayudado a Bruto y a Casio contra Marco Antonio en la rota de Filipos, quedando Antonio por vencedor, yendo contra los partos con gran poder, la envió a citar que fuese delante dél a responder por sí a la provincia de Cilicia para tal día, y el embajador, que la

miró atentamente y sabía muy bien las condiciones de Antonio,<sup>269</sup> entendió que no le iría mal con la sentencia, y así se lo certificó a ella.

Cleopatra, para vencer y traer a lo que trujo al pobre de Marco Antonio (que tan valeroso capitán siempre había sido) se atavió de todo cuanto pudiera si se fuera a casar, con todas las muestras posibles de lujuria; porque dice Plutarco que embocó por el río Cidno, que pasa por la ciudad de Tarso, y que iba en una fusta dorada, debajo de un pabellón de brocado, recostada en el atavío y ornamento en que pintaban a su diosa Venus, llevando las velas de carmesí, y los remos plateados ibanlos meneando al son de los suaves instrumentos que en el navío se tañían con gran dulzura, y alrededor della iban niños pequeños y muy bonitos, como los cupidos que pintaban en compañía de Venus, y doncellitas muy hermosas en el traje en que ellos pintaban las ninfas que llamaban Nereidas, y otras en el traje de las tres Gracias; y eran tantos los perfumes que otras doncellas iban quemando que su fragancia se estendía por todas las riberas del río, y a la fama de tal espectáculo salió la gente de la ciudad, de manera que Antonio se quedó casi solo.

Él la envió a convidar a cenar, y ella, que no era menos entendida y graciosa que deshonesta, le envió a decir que mejor le parecería irse él a cenar con ella, lo cual se hizo así; y, en viéndola, quedó estrañamente admirado y preso de su amor. Y fue tal el servicio y abundancia y riquezas, que él se admiró por el cabo y la convidó para el día siguiente, aunque, con ir a porfía, nunca pudo igualar con ella en el servicio y abundancia, y él mismo comenzó a echar al palacio la rusticidad de su cena; lo cual visto por ella, comenzole a meter entoques de motes y gracias con tanta delicadeza que le dejó espantado.

Para más cumplida noticia de las mañas e invenciones de esta señora, dice Ateneo que toda la vajilla con que se sirvió en el convite fue de oro y de subidísimas labores y con grande número de piedras preciosas que estaban sembradas por las piezas. La tapicería de las salas era tejida de oro, y las salas eran doce. De lo cual admirado Antonio, ella se le sonrió y le sirvió con todo ello (haciendo verdad que la lujuria es magnificentísima), y con esto le despició contentísimo y convidado con sus amigos y capitanes para la cena del día siguiente, en que mostró tantas riquezas de paños y vajillas, que lo pasado en su comparación fue tenido por poco y grosero. Y también lo dio todo a Antonio, y a los convidados dio los vasos en que bebieron y las riquísimas sillas en que se sentaron, y a los principales senadores o capitanes dio literas, y a los demás caballos ricamente guarnecidos de jaeces de plata, y negros que con hachas fuesen alumbrando a cada uno; y desde a cuatro días solemnizó semejante sarao, para lo cual pondera el autor que hizo comprar tantas rosas y flores que estaban de un cobdo en alto por las salas y que le costaron muchos dineros.

Dice Plutarco que hablaba las lenguas de Etiopía y de los trogloditas, hebreos, arabios, siros, medos y partos, con otras más, sin la de Egipto, y que en todas hablaba y negociaba. Con estas gracias y diligencias tan costosas hizo guerra Cleopatra al desalmado Antonio, sacándole tan fuera de sí con el encendido amor que la tenía, que el ser de buen capitán y pretensor de tan grande Imperio lo vino a perder por sólo darse a los contentos y regalos de su querida Cleopatra, y después la vida.

Perdido Marco Antonio, con toda su pompa y autoridad, por el amistad de Cleopatra, estábanse con ella en Alejandría entretiniéndose en muchas travesuras y donaires de

269.- Orig.: 'Atonio' (568v).

contento. Muchas veces se iban a pescar, y como Antonio supiese poco del oficio, tomaba pocos peces, y como ella sacase muchos, decíale sus gracias y él se hallaba atajado. Y un día mandó Antonio a unos grandes nadadores que, asiendo los peces debajo del agua, se los prendiesen en el anzuelo, y así, sacó muchos, de lo cual ella se admiraba y llamaba a sus más privados, que allí estaban pescando en otras barcas, para que fuesen a gozar de la notable pesca del señor Antonio.

Ansí pasaron algunas veces, hasta que ya ella entendió cómo se hacía el milagro, y mandó a un buen nadador que llevase algunos peces en escabeche y los prendiese, debajo del agua, en el anzuelo de Antonio. Y como fuesen a pescar y él sintiese haberle puesto el pece, tiró y comenzó a regocijar su pesca, y Cleopatra llamó a los otros barcos de privados, que, mirando el pece y hallándole escabechado, fue tan notable la conversación y risa de todos que Antonio se corrió de verse así burlado della, mas ella, con la viveza de su entendimiento, queriéndole reducir a su amor y gracia y a que perdiese aquella mohína, con mucha dulzura le comenzó a decir halagos y lisonjas, y entre ellas que dejase el pescar para los egipcios, que no valían para otra cosa, y que él, como tan fuerte y valeroso, entendiese en vencer batallas y en sujetar reyes y en ganar provincias, pues Dios no le había a él criado sino para emprender y alcanzar tan altas empresas. Con lo cual, por ser Marco Antonio muy vano, le dejó tan hueco y lleno de tanta gloria que todo su enfado convirtió en dulzuras con su Cleopatra.

Muerto Marco Antonio, Cleopatra, con deseo de vivir y conservarse en su reino, se fue para Octaviano lo más ricamente aderezada que ella pudo, y haciéndole gran acatamiento, se llegó a él mirándole con ojos amorosos y haciéndole visajes y muestras de grande amor, creyendo que por ser mozo Octaviano le atraería a sí como a los demás había hecho, y que la gran perfección de su hermosura y otras muchas gracias que en ella había, alcanzarían su gracia y amor. Mas, no curando Octaviano de todas estas cosas, la mandó guardar con intención de llevarla a Roma en triunfo; mas ella lo atajó con su muerte.

Dice Pierio que por los tres animales de que era compuesta la quimera (bestia ferocísima) se entienden los vicios carnales; que tienen la primera parte de león, como la quimera, porque el león tiene terrible el primero salto y tiene su fortaleza en la parte delantera, de la misma manera la inclinación lujuriosa tiene acometimientos peligrosísimos con el señuelo de la mala mujer, que provoca con sus blanduras aun hasta a los muy descuidados, y así, parece haber encarecido el cómico Epicarmo la potencia leonina de la molicie mujeril, aconsejando que la procuren vencer con fortaleza de león. Y significando el poeta Horacio la lujuria por la misma quimera, dice al mozo lujurioso que, pues le tiene enredado la triforme quimera, mucho terná que hacer el caballo Pegaso (con cuyo favor fue muerta de Belerofonte) en le sacar de allí libre y sin peligro.

Por cosa muy averiguada dice Cornelio Tácito haberse tenido que muchas veces se compuso Agripina de ricos atavíos y que adornada con toda curiosidad entraba a su hijo el emperador Nero las siestas y le ofrecía ocasión y daba muestras para que se le atreviese; y que, so color de madre que en el alma amaba a su hijo, le daba muchos besos y le hacía halagos de fina ramera, y que Séneca proveyó de que Acta, su amiga de Nero, entrase y desbaratase aquel incesto infernal y dijese a Nero que su madre le tenía infamado gloriándose que había tenido aceso a ella, lo cual, si fuese sabido de la gente militar, le privarían del Imperio. De Mariana, mujer del rey Herodes, se escribe que, como estuviese

muy sentida de la muerte que a su hermano Aristóbolo, sumo sacerdote, había hecho dar (mandando a unos nadadores que le ahogasen en el estanque donde se estaba recreando), que, deseando vengar la maldad que en esto Herodes había cometido, se vistió y aderezó lo mejor y más ricamente que pudo para ser retratada, y que envió aquel retrato a Marco Antonio para que, enamorado de su grande hermosura y poder gozarla sin contradicción, diese la muerte al perverso Herodes su marido; y que, siendo desto informado Herodes, la hizo matar por ello y otras causas que se juntaron.

Simeón Metafraste cuenta que cerca de la ciudad de Cesárea de Palestina, en un monte habitaban algunos monjes solitarios, y entre ellos Martiniano, el cual de diez y ocho años dejó la ciudad y había permanecido en soledad veinte y cinco, viviendo angelical vida, por donde vino a ser favorecido de Dios dándole gracia de lanzar demonios de cuerpos de hombres y sanarlos de diversas enfermedades, y su fama volaba por diversas partes. Sucedió que estando hablando de su sanctidad unos hombres en la ciudad de Cesárea, una mujer mundana entendió la plática y, instigada por el Demonio, se llegó a ellos y les dijo: «¿Qué es lo que os admira en ese hombre que así como bestia salvaje se ha ido al desierto y encerradose en una cueva? Cierto es que si no hay heno que no arderá el heno: en el desierto no vee mujeres, y, no viéndolas, posible es que sea casto. Dejadme que me vea con él y le hable, y si no mudare propósito yo quedaré por de mal juicio». Acordado que se hiciese así, aquella mujer, llamada Zoé, se fue a su casa y vistiose un vestido de saco, ciñose con una soga, tomó un bordón y, con unos vestidos ricos y preciosos encubiertos, se fue a la ermita de Martiniano.

Llegando a ella al tiempo que anohecia, llamó y hizo algunos fingimientos recelándose de ser comida de fieras, de modo que Martiniano, muy confuso y lleno de temor, habiendo hecho primero oración a Dios, abrió la puerta y dióle lugar a que entrase. Hizo lumbre, por ser tiempo de frío, en que se calentase, y púsole allí algunos dátiles que comiese, diciéndole que mirase por sí y que como viniese el día se fuese en paz; y, hecho esto, entrese en un apartado que tenía la celda, donde dijo algunos psalmos y recostose en la tierra, como era costumbre, a dormir. Mas el Demonio le atormentó con imaginaciones carnales malísimas, teniéndole desvelado toda la noche con grande tormento suyo.

Venida la mañana, levantose para echar de su celda la mujer. Ella se había adornado con los aderezos que trujo encubiertos, y, viéndola él y no conociéndola, preguntole: «¿Quién eres tú? ¿Cómo entraste aquí?». Ella respondió: «Yo soy, señor mío, la mujer que acogiste ayer tarde». «Pues, ¿por qué mudaste (dijo el santo) el despreciado vestido con que aquí entraste en el profano y soberbio que agora te veo?». Ella replicó: «Yo, señor mío, soy de Cesárea, y por haber oído decir de ti que eres de linda presencia y de hermoso parecer, mi corazón se abrasaba en deseo de verte. A esto ha sido mi venida, y he padecido mucho trabajo, lo cual doy por bien empleado, pues te he visto. Quiero, agora, señor mío, que me digas qué pretendes en hacer vida de tanta aspereza. ¿A qué propósito ayuno tan riguroso y largo? ¿Por ventura la ley de Dios veda el comer y beber? ¿Veda el matrimonio? El apóstol san Pablo escribiendo a los hebreos, ¿no dice que son honorables las bodas y sin mácula el lecho de los casados? ¿Cuál de los patriarcas, si bien se considera, no fue casado? Enoc, que vive hoy, casado fue; Abraham, tan amado de Dios, tres mujeres tuvo; Isaac una, y Jacob dos hermanas y dos concubinas con quien también se casó. Moisés y David casados fueron: a ninguno déstos le fue estorbo el matrimonio para entrar en el cielo».

Esto dijo aquella mujer instigada del Demonio, junto con asirle las manos, con que pudo vencerle de manera que vino a decir: «Si me casase contigo, ¿con qué te tengo de sustentar, que soy pobre?». La falsa y engañosa mujer respondió: «Ningún cuidado te dé eso, señor mío; goce yo de ti, que casa tengo y oro y plata en grande abundancia, posesiones con esclavos y esclavas, de todo lo cual te haré señor. Y no es mucho que yo ofrezca y dé todo esto a quien de veras he entregado mi corazón». Este golpe fue tan poderoso que así rindió a Martiniano que comenzó a tratar luego cómo el pecado se haría; y así, dijo a la mujer: «Espera un poco: veré si viene alguna persona; porque ya que el pecado no se puede encubrir a Dios, razón es que se encubra a las gentes para que no les cause escándalo y se les dé mal ejemplo».

Martiniano salió de su celda y púsose a mirar por aquel monte se venía alguna gente, y en esto mirele Dios con ojos de piedad y, dándole un impulso vehemente para que advirtiese por qué y a quién offendía, volvió a la ermita y tomando un haz de sarmientos púsoles fuego y, levantándose la llama, descalzos los pies, se puso en medio della, adonde no sólo los pies, sino parte de su cuerpo se comenzó a quemar de manera que de allí salió muy llagado y lastimado, y habló consigo, diciendo: «¿Qué es esto, Martiniano? ¡Bueno te ha parado este fuego con ser breve el tiempo que has estado en él! Si piensas sufrir el del Infierno, que es eterno, y comparado éste con él es como pintado, huélgate con aquella mujer, que el propio camino es para ir allá». Esto dicho, tornó de nuevo a entrar en el fuego, quedando tan abrasado que, en saliendo dél, no pudiéndose tener en los pies, dio consigo en tierra, comenzando allí a gemir y llorar pidiendo a Dios perdón por tan gran pecado como su corazón había ya cometido, pues a Él ninguna cosa se le encubría.

Todo esto vido la mujer, y, tocándole Dios el corazón, desnudándose aquellos vestidos profanos, los echó en el fuego, y, vestida del sayal que allí trujo, se derribó en tierra delante de Martiniano derramando muchas lágrimas y diciendo: «Perdóname, siervo de Dios, que soy una miserable pecadora. Ruega a Dios por mí. Y entiende que no tengo de volver a la ciudad: el Demonio procuró que te hiciese yo guerra, y yo, de aquí adelante, procuraré de hacérsela a él con el favor de mi señor Jesucristo». Pidió a Martiniano que la dijese adónde iría que mejor pudiese hacer penitencia de sus pecados. Él le dijo que a la ciudad santa de Jerusalén y que preguntase por la doncella Paulina, que había fundado un monasterio; que la hablase de su parte para que la recibiese en él. Y así lo hizo, y por doce años vivió santamente esta mujer Zoé, y a cabo de ellos murió en el Señor. Siete meses estuvo Martiniano en sanar de las llagas que le hizo el fuego. Púsose a considerar el peligro en que le habían puesto las falsedades y engaños de aquella mujer y parecióle que le convenía irse a parte adonde de otra ninguna pudiese ser visto, porque así podría librarse de la fuerza de sus halagos y enredos. Con muchos trabajos anduvo peregrinando por el mundo, y después vino a Atenas, adonde le fue revelado que había de morir, y allí dio su alma al Señor y su santo cuerpo fue sepultado con gran veneración.

Son estas mujeres enredadoras con sus deshonestidades y engaños, una graciosa y apacible pestilencia, tanto más mortífera y dañosa cuanto es más secreta y sobredorada con una graciosa conversación y fingida suavidad que tapa y eclipsa la malicia de su ponzoña para que no se eche de ver. Son como algunas llagas sobresanas, que por encima parecen que están buenas y por de dentro están fistoladas y corrompidas, y así, no duelen ni muestran el mal interior y secreto, y esto es lo peor que pueden tener. Y por esto son compara-

das estas mujeres engañosas y enlabiadoras a las sirenas del mar, que con su suave canto detienen a los navegantes que las escuchan y los aboban y embebecen con sus cautelas, de suerte que se dejan caer del borde del navío y perecen en el agua. Lo mismo hacen estas malditas sirenas de la tierra: cantan tan suavemente a los oídos de los hombres perdidos que se andan tras ellas, y muéstranse tan apacibles en vista, habla y conversación, y sueñanles tan bien sus caricias, sus requiebros y donaires, sus músicas y canciones, que los aboban y encantan para que así no echen de ver que son llevados al matadero de su perdición. Y más crédito dan a estas que los engañan que a los avisos que les da el sabio Salomón en los *Proverbios*: «Hijo, no des crédito a los engaños de la mujer. Porque los labios de la mala son panal que distila dulce miel, mas sus postrimerías son amargas como el absintio, sus pies descienden a la muerte y sus pisadas penetran los infiernos».

### Capítulo xxv: De cómo en perdiendo la mujer la honestidad y vergüenza acomete cualquiera traición y maldad

**L**A Sabiduría divina compadeciéndose de la peligrosa vida de los mancebos y deseando anden por el camino de la virtud, les aconseja diciendo: «Hijo mío, guarda mis mandamientos y teme y honra a Dios, y fuera dél no temas de otro. Y llama hermana a la sabiduría y a la prudencia llama tu amiga, por que te libre de la mujer estraña y de la que es ajena que te dirá palabras dulces. Desde la ventana de mi casa me puse mirar por entre la celosía y vi al mancebo bobillo que pasaba por las plazas a sombra de tejados a la que anochecía y que daba vuelta por la casa de la mujer deshonesta, y ella le sale al encuentro ataviada como ramera, aparejada para engañar las almas, parloncilla y bullidora, que no sabe tener sosiego, y le convida a su casa certificándole no estar allí su marido y que puede sin sobresalto estarse con ella toda la noche». Concluye, después de otras muchas palabras meretricias la divina Sabiduría, que atrae al pobre mozo como buey a la melena para ser degollado, y que él la sigue muy contento, traspasado su hígado con la saeta del deshonesto amor, ignorando que aquellos enredos le traerán a la perdición. Con este lenguaje pinta el Espíritu Santo la perdición de los mozos que no huyen de las mujeres ocasionadas para mal, aunque sean casadas, porque las tales, después que pierden la vergüenza, que es lo principal de su ajuar, acometen a los hombres y salen a las plazas y les piden ferias aunque no los conozcan, y si con las palabras piden con el semblante prometen, porque las tales sirven al Demonio de cebo en<sup>270</sup> que piquen y pequen los hombres que dellas no se recataren, no dejando maldad que por su consejo y persuasión no cometan.

Dice el Sabio: «No hay ira que sea sobre la ira de la mujer». Donde no poco se debe advertir que no cualquiera ira en la mujer es suya, que algunas hay en ella ajenas (y cuáles son las reportadas y detenidas de la razón); pero la que en la mujer es ira suya propia es la que ella concibe contra el ofensor de su deleite y el embargador de su sensual apetito y torpeza. Como la que Herodías concibió contra el glorioso Baptista porque reprehendía el estar amancebada con el hermano de su propio marido. Esta, pues, es la ira en la mujer sin tasa, la sin término y la jamás detenida de ningún respecto que sea. Esta es la que persigue púlpitos, encarcela a san Joan y degüella al Baptista. Esta es la tan ciega y desarrendada que

270.- Orig.: 'para en' (573v).

a todo un cielo, visto que se le oponga, acometerá si halla por dónde. Esta es la que en la mujer es propia ira de mujer y sobre la cual, como está dicho, no hay otra ninguna, y con ésta no hay género de maldad que no acometa, como se verá por los ejemplos siguientes.

Godefrido, obispo de Amiens (ciudad metropolitana de la Picardía), entre otras muchas e insignes virtudes con que este siervo de Dios resplandeía, era muy cuidadoso de dar buen ejemplo, amigo de limpieza y honestidad; y por esta causa castigaba con mucho rigor a los que no lo eran, perseguía a clérigos deshonestos y a los seglares adúlteros. Los que en estos y otros vicios ofendían a Dios con escándalo, como eran presos, oprimidos y desterrados por el santo Obispo, queríanle mal, murmuraban dél y, con poco tenor de Dios, no dejaban de hacerle algunas afrentas; mas su ánimo era tan valeroso que, no fatigándose mucho desto, decía que antes se tenía por muy dichoso si por celar la honra de Dios, la salvación de sus ovejas y hacer justicia era malquisto. Entre estos sus enemigos, en quien más pudo el Demonio para perjudicar a Godefrido fue en una mujer principal, a quien el santo Obispo perseguía por su deshonestidad y torpeza. Ésta, pues, no pudiendo sufrir que sus vicios y contentos fuesen atajados tan a pesar suyo, determinó de quitarle la vida, teniendo esto por menos mal que carecer ella de sus deshonestidades; y así, le envió presentado un gran frasco de vino muy subido y aromático, y echó en ello cierto género de ponzoña que no pudiese luego ser conocida, aunque a poco tiempo subía al cerebro y con un profundo y mortal sueño quitaba la vida. Él lo recibió con llaneza y agradeció mucho el presente.

Acertó estar allí un perrillo que con caricias, como él mejor podía, le pedía de comer; y como la piedad y caridad del santo Obispo fue tanta que aun con los brutos animales era compasivo y los procuraba regalar, tomó un poco de pan y mojolo en el vino, que era muy oloroso, y diolo al perrillo, y él lo comió y luego se fue derecho a la cama del Obispo, donde se echó a dormir y quedó muerto. Hallándole así un criado, se le trujo al Obispo, el cual, disimulando la causa de su muerte, dijo: «Cosa es de notar que sintiendo ese animalico las angustias de la muerte se fue a morir a mi cama». Todos entendieron la maldad de la maldita hembra, y el santo Obispo derramó por su mano el vino y, conociendo la merced de Dios le había hecho en librarle, le dio infinitas gracias.

Teniendo el duque de Norfoc (de los principales señores de Ingalaterra y de sangre real) por hijos al conde de Sore y a una dama viuda de un hijo bastardo de el Rey, afrentado el conde de Sore de ver vivir con gran deshonestidad a su hermana, sin aprovechar el haberla amonestado con amor mirase por su honra y la de todo su linaje, reprehendiéndola un día con grande aspereza, como su desvergüenza merecía, como sea ordinario en las mujeres, en perdiendo la vergüenza, no querer más ser buenas (y, del pecado de deshonestidad, venir a ser infamadoras, ladronas, hechiceras, y a otros muchos pecados infames y crueles), en esta señora sucedió así, porque, airada de la reprehensión de su buen hermano, queriéndose vengar dél aunque fuese con destrucción de todo su linaje, se fue al rey Enrique octavo y le informó cómo su hermano el Conde había hecho pintar una imagen juntando las armas reales con las suyas, con que parecía quererse levantar, como traidor, con el reino en hallando ocasión. El Rey hizo prender luego al Conde, y, no contenta con esto, tornó a informar al Rey de que también el Duque su padre sabía de aquella pintura y pasaba con ella y lo tenía por bien, por lo cual también el padre fue preso. Y, vista la causa, fue degollado el Conde con título de traidor, quedando todos los del reino muy lastimados, por ser muy buen caballero. Y al padre le fue quitado el estado de duque

y condenado a perpetua prisión; y así, peligraba aquella ilustrísima casa por la maldad de una deshonesta mujecill que, por haber perdido la vergüenza para tratar sus infames vicios, tuvo atrevimiento para acusar a su hermano y padre que la engendró, procurándoles la muerte y la pérdida de su hacienda, estados y fama.

Joana, reina de Nápoles, hija de Carlos y nieta de Ruberto, rey de Nápoles, y su heredera, con condición que casase con Andreas, hija de Carlos, rey de Hungría, casada con él vivía descontenta, por ser tan deshonesta que, aunque el Rey era mozo, se quejaba no satisfacer su rabiosa lascivia, y como por esto le menospreciase y ella tuviese ya perdida la vergüenza, sucedió que, estando la Reina haciendo un cordón grueso de oro y sirgo, el Rey le preguntó que para qué era aquel cordón, y la Reina le respondió que para ahorcarle con él. Aunque el rey Andreas<sup>271</sup> lo tomó por donaire, él fue (por orden de la traidora Reina) ahorcado con él de un corredor. De los maridos que después tuvo esta mala reina quiso mucho a Ludovico Tarentino, que murió de llegarse mucho a ella (con quien en vida del rey Andreas andaba amancebada y aunque era su primo), y a Jacobo, príncipe de Mallorca, el más gentil hombre que en Italia se hallaba, hizo matar por haberla informado ponía los ojos en otra mujer. De su grande deshonestidad le nacían aquestos atrevimientos y crueldades, y otras muchas que hizo, las cuales vengó Carlos de Durazo quitándola el reino y haciéndola ahorcar del corredor donde por su mandado fuera ahorcado el rey Andreas su marido.

De la emperatriz Valería Mesalina, mujer del descuidado emperador Claudio, cuentan Suetonio y Cornelio Tácito que, no contenta con los muchos enamorados de que gozaba, puso su afición en Cayo Silio, el más gentil mozo que había en Roma, y le hizo repudiar a su mujer, Julia Silana, noble hembra, por gozarle sola ella. Lo cual todo Silio hacía contra su voluntad, mas temía la muerte si no hacía lo que la malvada hembra pedía, y ella, en recompensa, le hinchía de riquezas y de honras, y le visitaba en su casa públicamente y le dio acompañamiento y servicio de príncipe, sin que el Emperador mirase en ello. Pareciendo a Mesalina que el cometer mayores maldades y el salir con ellas le sería aumento de gozo, determinó de casarse con Silio. Ido el Emperador a la ciudad de Ostia por causa de ofrecer sacrificios, ellos se casaron públicamente y celebraron su convite con magnificencia imperial y durmieron juntos con la libertad que pudiera tener el negro emperador. Escandalizados los de palacio con tal traición y toda Roma escupiendo al cielo por ver que pasase tal maldad, el Emperador fue avisado de todo y los hizo degollar con otros muchos que favorecieron su traición.

Quilperico, rey de Francia, fue muerto por la maldad de su mujer, la reina Fredegunda, porque ella andaba en malos tratos con Landerico, capitán general de la caballería. Y, estándose un día peinando y lavándose la cabeza, entró el Rey a hablarla y a despedirse della para ir a caza, y, tocándola, burlando por detrás con la punta de una vara que llevaba en la mano, ella, que debía de tener los pensamientos en el que bien quería, creyó que fuese Landerico y, sin más mirar, dijo con una risa muy regocijada: «¡Está quedó, Landerico!». Lo cual oído por el Rey, se volvió a salir meneando la cabeza con la tristeza que se puede pensar. Ella apartó luego el cabello del rostro y volvió a mirar, y conociendo al Rey, que ya salía del aposento, quedó muy turbada sino que, como mujer que ya tenía perdida la

271.- Orig.: 'Andres' (575r).



vergüenza, para enmendar el yerro dio en otro peor, que fue decir a su Landerico lo que pasaba y afirmarle que no podría dejar de morir si no mataban al Rey; y así, entre los dos adúlteros y alevosos concertaron de le echar dos hombres malvados que, tornando a la noche el Rey de su desdichada caza, le mataron.

El rey Quilperico había sido primero casado con Galsonda, hija de el rey Atanagildo de los visigodos de España, y Fredegunda se apoderó tanto con sus artes meretricias de el rey lujurioso, que le hizo aborrecer en tanta manera a la buena reina Galsonda que la ahogó por sus propias manos en la cama y luego se casó con Fredegunda, que, amancebada con Landerico (como se ha dicho), le hizo matar en pago de se haber casado con ella. Después, esta hembra cruelísima hizo también matar al buen obispo Protextato contra toda razón, y asimismo había hecho matar a Sigiberto, hermano de su propio marido, y a Clodoveo, el menor de los tres hijos de su marido el rey Quilperico y de su primera mujer.

Estando casada la emperatriz Teofania con el emperador Romano, tuvo por amigo a Nicéforo Focas. Muerto Romano, emperador, quedando con el Imperio Focas, se casó con la Emperatriz, y como por ser tan viciosa y deshonesta nunca se contentase con sólo su marido, se amanceboó con Juan Zimisca, capitán de admirable disposición de hombre, y, por cierta causa que a la disoluta Emperatriz pareció, determinó de hacer matar al emperador Nicéforo su marido. Y así, con gran cautela lo trató con su amigo Zimisca, que no estaba bien con el Emperador por haberle privado de una capitania por merecerlo, y, viniendo bien en ello, fue una noche subido Zimisca en una espuerta con otros cuatro que con él traía a palacio, tirando del cordel las mujeres de la traidora Emperatriz; y, entrando en la cuadra donde el Emperador dormía, diciéndole grandes injurias le mataron. Zimisca fue luego hecho emperador y la maldita emperatriz Teofania echada de palacio y desterrada, adonde pagó lo que sus lujuriosas traiciones y crueldades merecían.

El mismo autor dice también que en tiempo de el emperador romano Argiropolo, la emperatriz Zoa y heredera del Imperio, su mujer, estuvo amancebada, como deshonesta y adúltera, con Micael Paflagón, de la cámara del Emperador. Y como el Emperador muriese con sospecha de haberle ayudado (porque andando indispuerto fue a un baño que en palacio tenía y le tuvieron metida tanto la cabeza debajo del agua que le sacaron casi muerto y, echado una cama, luego espiró), al punto que murió el Emperador, procuró la emperatriz Zoa hacer señor del Imperio a Micael antes de enterrarle, sin bastar ningún consejo para la detener, siquiera por el dicho de las gentes; porque la desvergüenza de la mujer lujuriosa no se sufría temiendo algún contraste. Sin más dilación, antes de amortajar el cuerpo del Emperador su marido, vistió a Micael de los atavíos imperiales y le sentó en la silla imperial, y se sentó cabe él y mandó a los presentes que le adorasen por emperador. Y algunos dijeron que aquella mesma noche se velaron y durmieron juntos, según que solían como adúlteros, y que los veló el patriarca Alejo antes de enterrar al marido muerto.

Sabélico y Emilio dicen que venciendo Alboino, rey de los lombardos, en batalla Comundo,<sup>272</sup> rey de los Gépidas, como bárbaro, le hizo cortar el casco de la cabeza y guarnecerle de oro para beber con él las solemnes fiestas, y, cogiendo entre los cautivos a Rosimunda su hija, se casó con ella. Hallándose un día en la ciudad de Verona celebrando grandes fiestas, estando más contento Alboino de lo que a rey convenía, acordándose cú-

yo fuese el casco con que bebía, convidó a su mujer Rosimunda a beber con él, diciendo: «Toma: bebe con tu padre». La cual bebió echándolo en donaire, aunque descocida en su corazón. En el ejército lombardo andaba un mancebo, muy dispuesto y valiente soldado, que tenía sus amistades con una dama de la reina Rosimunda, el cual a la Reina le había parecido muy bien, y, deseando verse con él, tomó por achaque el vengar la muerte de su padre y la injuria que se le hizo en hacerla beber con su casco en aquella fiesta. Y, estando el Rey ausente, la Reina hizo disimuladamente dormir en otra parte a la dama y ella se fue a la cama de la dama y envió a llamar al mancebo y allí concertó con el que matasen al Rey y que se casaría con él. Y así lo hicieron una fiesta, y, tomando cuanto pudieron de los tesoros reales, huyeron a Revena al exarco Longino y allí se casaron. Y dice Diácono que, pareciéndole bien Longino a la Reina, deseó deshacerse de Peredeo, su nuevo marido, y así, le dio ponzoña; mas, ya que había bebido la mitad, sintiendo lo que era, hizo Peredeo que la Reina bebiese lo que quedaba en el vaso, y así, murieron entrambos en un día. Y si a la mala hembra de Rosimunda no se le atajaran los pasos, mayores males hiciera; porque después que perdió su honestidad en nada se recreaba más que en cometer traiciones y maldades.

Cuenta Plutarco que la malvada Caliroe mató a su padre Lico, rey de Licia, por gozar de Diomedes cuando tornaba de la guerra de Troya, y como él se fuese después sin ella, ella se mató de rabia; y lo mismo aconteció a Bisacia, hija del rey de los masilos, con Calpurnio Craso, legado del capitán Marco Atilio Régulo. Ovidio dice cómo Scila, hija de Niso, rey de Megara, enamorada del rey de Creta, Minos, le entregó a su padre y patria por sólo ser su amiga. Partenio Nicense dice cómo Pisídica,<sup>273</sup> hija del rey de Medina, enamorada de Aquiles, que la tenía cercada, se la entregó; y de Nánida,<sup>274</sup> hija de Creso,<sup>275</sup> dice que Ciro, rey de Persia, tenía su campo sobre la inexpugnable fortaleza de Sardis, y que ella se la entregó enamorada de él. Siendo acusada de adulterio la emperatriz Eufrosina, mujer del emperador Alesio Comneno, fue muerto luego Bataces (con quien decían que andaba) y la Emperatriz llevada en hábito vilísimo con solas dos mujeres de servicio al monasterio Nematereio, donde estuvo seis meses; mas, siendo favorecida de muchos nobles y ciudadanos que alegaban ser acusada falsamente, alcanzaron del Emperador que fuese restituida en su señorío y la recibiese en su gracia. Viéndose la Emperatriz aun con mayor autoridad de la que antes tenía, en lugar de recogerse y darse a la virtud, dio en ser hechicera y en usar de tanta libertad que se salía a casa llevándose un halcón en la mano sobre un guante dorado, y iba con gran trápala de cazadores a se recrear por los campos de Constantinopla con poco celo de la modestia y recogimiento debido a mujer que tan grande estado, y en especial diciéndose lo que della se decía; sino que cuando la mujer comienza a andar de pie quebrado en su honra todo lo pospone a trueco de holgarse, y, si es poderosa, piensa que ninguno se atreve a poner lengua en sus desenvolturas, y aunque otros no entiendan tal, sino como no se lo dan en rostro, hace de la inocente y huélgase como mejor le parece, por más mal que parezca.

Siendo desterrado de la ciudad de Atenas Alcibiades, se fue derecho a la corte del rey Agis y, como tan insigne capitán, le hizo muy grandes servicios; mas, como muy defectuo-

273.- O 'Pisídice'

274.- O 'Nánide'

275.- Orig.: 'Creuso' (577r).

so en la honestidad, vino a tener ruines tratos con la reina Timea, de lo cual tomaron ocasión algunos caballeros, envidiosos de su ventura en las cosas de la guerra que el rey Agis le había encomendado, para tratarle la muerte, y por esta causa le convino huir de aquel reino. Ido Alcibíades, como después pariese la Reina un hijo, sin tener empacho ninguno de haber cometido traición a su marido el rey Agis (de los mayores y más famosos reyes de la Grecia), tomaba el niño entre sus brazos y medio riendo y como entre dientes le llamaba Alcibíades, de manera que lo oyesen sus criadas, mostrando en esto tener contento de haber cometido tan gran maldad, y no el arrepentimiento y emienda que debía a su estado.

Ninguno de los de fuera de su palacio del emperador Conmodo hubo que se atreviese a darle la muerte; y saliendo una vez del baño se le acercó su propia manceba, que al parecer le había de procurar muy larga vida, y, en achaque de regalarle y acariciarle, como traidora y ingrata a los beneficios que del Emperador había recibido, le dio un bebedizo con que le acabó la vida. Bien claro vemos (dice Aristóteles) cuán acertadamente anduvieron los poetas que casaron a Venus y Marte: ella diosa de la disolución y él abogado de las armas y batallas; porque de ordinario donde la primera se halla luego sucede el segundo con riñas, pendencias, heridas y muertes y estrañas crueldades. También tenemos experiencia desto en los animales, así mansos como feroces, los cuales viviendo todo el año en paz, en llegando la brama o el tiempo de sus ligas, unos a otros se despedazan. Aunque estos pecados son contrarios, el ardid del Demonio es tal y tan sutil que sabe casar en una junta cosas tan distantes como son lujuria y crueldad, y hacer que la natural piedad de la mujer se le vuelva en fiereza.

Clitemnestra, reina de Grecia, mató a su marido Agamenón cuando volvió victorioso de la guerra troyana, gustando más la cruel y traidora del ilícito trato que tenía con Egisto que de la honra y pacífica vivienda de que pudiera gozar en compañía de su marido. Y no se contentó con haber puesto las manos matadoras en su Rey y marido, sino que, con la furia de la misma pasión, también procuró dar cabo de su hijo Orestes; y lo hiciera si él no fuera avisado de la traición y se pusiera en cobro. No hizo menos Fabia, romana, pues, deseando tratar libremente con Petronio Valentino, mató a Fabricino su marido, sin que ella temiese el Cielo ni que nadie de la tierra se lo demandase. De Lenila, noble señora, escribe Eliano que, por vivir libre y deshonestamente con un esclavo, acusó ante el Rey a sus hijos de traición, y así, siendo los hijos justiciados, quedó ella sin quien reparase tanto en sus negros amores.

Y en nuestras historias hallamos que la condesa doña Sancha, mujer del conde Garci Fernández, madre del conde don Sancho, señor de Castilla, por casar con un rey moro (a quien tenía más amor que a su persona y religión convenía) trató de matar al sobredicho hijo con intención de poner en manos del bárbaro sus vidas, sus castillos y sus fortalezas, y hartar su rabiosa pasión con tan feo casamiento. No permitió Dios que tuviese efecto esta disoluta trama; aunque por ella no quedó, sino porque una doncella de la misma Condesa, doliéndose del inocente mancebo, le avisó no bebiese cierto potaje que la madre le quería dar, conficionado con ponzoña para matarle. Determinarse así el corazón de esta señora, no reparar en la sangre inocente de su propio hijo, que vertía por cumplir sus apetitos, quererse fiar de un moro, siendo cristiana, entregándole su hacienda y libertad, todas estas cosas (como dijo Ezequiel de otra semejante) más son de una mujer ramera, sinvergüenza y raída, que de una señora, en quien se debe hallar toda honestidad, toda

modestia, todo encogimiento y toda piedad; no la torpeza, la desenvoltura, la crueldad y barbaria de madre gentil.

De aquí es que san Epifanio y el Maestro de las historias, haciendo mención de aquel maravilloso caso que sucedió al rey de Babilonia, dicen que la bestia en cuya figura andaba el soberbio Rey todo el tiempo de su penitencia, por la parte anterior parecía buey y por la posterior león, denotando que la vida de los carnales y viciosos, aunque a prima faz parece llana, mansa y sosegada, al fin se remata en sangre y crueldad; que por esto los antiguos, también para significar los efectos de la ramera deshonestá, pintaban una leona con rostro de mujer, pues con la apariencia primera halaga y acaricia, pero con las uñas que trae escondidas destruye y despedaza.

### Capítulo XXVI: De cómo son muy desdichadas las personas que se dan a las adivinanzas y hechicerías

**Q**UERIENDO Dios prohibir las supersticiones y hechicerías, dijo en el *Levitico*: «El ánima que declinare a los magos y agoreros pondré mi rostro contra ella». Por donde parece que el que destas cosas procura aprovecharse toma en el mismo punto por contrario y enemigo a Dios, y en esto se echa sobre sí toda la desdicha e infelicidad para que ningún bien pueda sucederle, pues tiene a Dios por contrario. Y en el *Deuteronomio* dice: «No se halle entre vosotros quien consulte pitones ni adivinos».

El autor desta diabólica sciencia de nigromancia dice Luis Vives, sobre la *Ciudad de Dios* de san Agustín, y Vicencio en su *Espejo historial* (y lo trae la *Historia de los Godos*, en el primero), que fue Zoroastes, segundo hijo de Noé, llamado por otro nombre Can, que fue mil años antes de la destrucción de Troya, en tiempo del rey Nino. El cual Zoroastes fue rey de los bactrianos y fue vencido y excluido del reino por el mismo Nino, rey de los asirios.

Este Zoroastes vivía en el campo y no tenía cuenta sino solamente con las estrellas y con su nigromancia y arte mágica, y después de haberla ejercitado toda su vida, sin comer otro mantenimiento sino leche y queso (como dice Luis Vives), murió abrasado por el Demonio, como afirma el Florentino; y no es maravilla que este Zoroastes, pues era nigromántico, muriese abrasado con muerte de fuego, pues esta es la muerte merecida por los herejes y nigrománticos.

Hasta entre los gentiles fue muy reprobada el arte mágica y los que della usaron castigados con gran rigor. Dice Cornelio Tácito que la emperatriz Agripina, queriéndose vengar de Lelia Paulina, su competidora sobre casar con el Emperador, echó quien la acusase de haber consultado los hechiceros sobre aquel caso, y el Emperador, sin averiguar bien la verdad, lo trató con el Senado y la condenó a privación de bienes y destierro de Italia. La mesma Agripina, deseando coger unos huertos a Estratilio Tauro (como otra Jezabel contra Nabot), le hizo acusar de haberse dado, siendo procónsul en África, a supersticiones mágicas; y Tauro, impaciente de ver la maldad de los príncipes, se mató antes de ser sentenciado. También acusó Agripina a Lépida, de pura envidia, por ver que competía con ella en hermosura y en riquezas propias (y eran iguales en deshonestidad), haciéndole cargo que había procurado ganar la voluntad del Emperador, para casar con él, haciendo

ciertos conjuros, y que con sus muchos criados que tenía en Calabria perturbaba la paz de Italia, y por tales culpas fue condenada a muerte.

Dice Fulgoso que los críatas, en oyendo a algún astrólogo o adivino que decía lo que estaba por venir, lo ponían en memoria, y, si salía mentiroso, subíanle en un carro y pegábanle fuego. Si esto se usara en España y en Italia y en otras partes, no hubiera aquel atrevimiento que hay en echar juicios que por la mayor parte salen falsos, y si en uno aciertan en diez mienten. Por aborrecer estas cosas los del obispado de Emesa, siendo proveído por obispo Eusebio Emeseno, llegado allá, los de aquel obispado no le quisieron recibir porque le tenían por astrólogo en la facultad judiciaria, que pocas veces se hace con gran nombre sin mezcla de supersticiones. Hacen los astrólogos que usan de la judiciaria pública profesión, como hombres vanos, aun de saber las cosas que Dios escondió en el secreto de su divina Providencia, no alcanzando los desventurados las más veces (como graciosamente dijo un hombre docto) lo que pasa en su casa acerca de sus mujeres e hijos. Pagaban en Alejandría (donde en este arte había muchos estudiosos) los astrólogos un género de pecho a la ciudad, que llamaban *blacemonio* (que quiere decir tributo), pagado por lo que de los necios e ignorantes se robaba, dando a entender que no suelen darse a estas supersticiones y vanísimas niñerías sino los necios e ignorantes.

Escribe Josefo que, yendo ciertos soldados a una refriega, los mandó estar quietos un agorego que allí iba, y que, entendiendo Mosalomo, judío, que lo hacía para mostrar el levantamiento del ave y de allí adivinar el suceso de su jornada, que la flechó y mató, con lo cual les dio a entender que, pues aquella ave que allí estaba asentada no supo su presente muerte, que menos les podría dar aviso de lo por venir. Esto mismo nos enseñó Homero, que introduce a Héctor mofando de Polidamante, que le mandaba mirar en cómo se movían o estendían las alas a las aves, y él dijo que no quería mejor agüero que obedecer a Dios, que rige todas las cosas, y pelear por la defensión de su tierra valientemente.

El emperador Valeriano comenzó a gobernar con grande aceptación de todo el Imperio, y le sucedían muy bien las cosas, y, como él fuese virtuoso, trataba muy bien a los cristianos por verlos vivir con tanto concierto, amor y caridad, sino que, andando el tiempo, le embaucó un mágico egipcio y le puso mal con ellos diciéndole ser enemigos de aquellas sus divinas artes (en que ya Valeriano se ejercitaba con excesivo gusto), y así encendió la nona persecución de los cristianos, haciendo matar muchos millares por todo el Imperio. Es de notar mucho que digan las *Historias eclesiásticas*, y Nicéforo, que ni los emperadores que tuvieron nombres de cristianos trataron tan bien las cosas de la Iglesia como este Valeriano, y que tenía su palacio lleno de cristianos; mas que, hechizado con el arte mágica, llegó a matar los niños para mirar en las asaduras las señales de lo que le hubiese de suceder. Y como fuese tan abominable crimen delante de Dios, dejole Dios de su mano, y, por él, también, al Imperio, de manera que estuvo a punto de se perder totalmente, y llegaron los alemanes destruyéndolo todo, hasta la ciudad de Ravena, y, comenzándole a tener en poco los capitanes romanos, dice Baptista Egnacio que se le rebelaron treinta dellos tiránicamente por diversas provincias. Saliendo con grande ejército contra Sapor, rey de Persia, fue dél vencido y preso, y traíale consigo para le poner el pie en el pescuezo todas las veces que subía en su caballo, y le hizo Sapor sacar los ojos. Quedando su hijo Galieno por emperador con su hijo Cornelio Valeriano, permitió Dios que fuese tanta su desdicha (por la confianza que de su arte mágica tenía), que ni el hijo ni el nieto no curasen de le sacar

de prisión, por guerra ni por rescate; y así, vino a morir desollado por mandado de Sapor, con notable infamia del romano Imperio: a estas desventuras trujeron a este emperador sus artes mágicas. Con ser él gentil, ¿qué pueden esperar los cristianos que a estas artes se dan, sino mil desdichas y mayor castigo que Valeriano?

El emperador Magencio vino a dar en ser tan gran hechicero que ninguna crueldad dejaba de intentar para prueba de sus agüeros; y así, hacía abrir las mujeres preñadas y después a las criaturas que en los vientres traían, para mirar la fortuna que le estaba aparejada, y aun, para correspondencia de su braveza, hacía matar leones, pareciéndole que en las asaduras de aquellas bestias fieras hallaría muestras para mejor proceder en sus abominables fierezas. Como Magencio anduviese a buscar su buena fortuna en estas hechicerías, tal fue ella cual la cosa en que él la buscaba; porque, siendo aborrecido de los romanos por las muchas mujeres ajenas que deshonoraba y crueldades que cometía, a petición del pueblo romano el emperador Constantino vino contra él y le venció; y entrando en una puente de barcas, yendo huyendo con muchos de los suyos, fueron allí hundidos y ahogados, como otro Faraón y los suyos.

Dice Justino que, aunque el gran mágico y encantador Nectanabo, por sus encantamientos, vino a gozar de la hermosísima Olimpias, mujer de Filipo, rey de Macedonia, transformándose en forma de dragón y fingiéndose ser el dios Amón, a la fin hubo de morir desventurada muerte; porque, estando enseñando Nectanabo al grande Alejandro muchos secretos de cosas por venir, según su arte mágica, y como adivinase las cosas futuras y se mostrase muy perito en los futuros contingentes (con gana que tenía Alejandro de saber si alcanzaba el día y la manera de su propia muerte), estando los dos en un mirador le dio Alejandro un traspie que le arrojó, sin que se pudiese valer, en una cava muy honda, donde se quebró las cervices y se hirió de muerte. Muy bien se verificó en Nectanabo aquel antiguo adagio: «Quien en mal anda en mal acaba».

Y es cosa que se ve muchas veces por experiencia que los que vienen mal mueren mal y que a vida mala sucede muerte mala. Máximo, filósofo efesio, gran nigromántico, viniendo a Nicomedia enseñó allí sus artes supersticiosas a Juliano, que después fue emperador, llamado el Apóstata; por lo cual mató después a este Máximo el emperador Valentiniano en pago de haber enseñado tan mal arte a su sobrino, con que le echó a perder. Dícese que éste encendió a Juliano en deseo de ser emperador y le consagró a los demonios con las ceremonias de los encantamientos y le toxicó con el odio de la fe cristiana, la cual él dejó y persiguió cuanto pudo (que fue la mayor desdicha que le pudo en este mundo suceder). Y, como procediese con esto de mal en peor, aliende que de todos era aborrecido por sus abominaciones y que le duró tan poco el Imperio y la vida, se le pudrieron sus partes secretas, y hasta que fue muerto crio muchos gusanos sin hallar remedio para su mal.

Yendo contra los persas, donde acabó su mala vida, hizo primero con los adivinos, sus consortes, muchos argumentos nigrománticos en un templo, y puso gente de guerra que guardase la entrada de aquel templo, que dejaba bien cerrado, hasta que él tornase. Y, como se supo haber sido muerto atravesado de una lanzada, entraron dentro y hallaron una mujer colgada por los cabellos y los brazos estendidos y el cuerpo abierto, en cuya asadura había mirado los pronósticos de aquella jornada que, si le fueron buenos, el suceso fue cual él merecía. No solo su desdicha fue en la vida, porque dice el gran doctor Gregorio Nacianceno, que estudió con él en Atenas, que chocarreros y pícaros le tomaron, en mu-

riendo, para le poner en cobro, y que le iban tañendo flautas y trebejando, dándole en rostro el haber renegado de la fe y haber traído al ejército romano a punto de no escapar hombre vivo. Y hasta que fue enterrado en la ciudad de Tarso, en Cilicia, nunca la gente baja dejó de decirle oprobrios, y que, siendo echado en el sepulcro, la misma tierra, no sufriendo abrigar dentro de sí cosa tan mala) le sacudió y echó fuera.

Don Enrique de Villena, hijo de don Pedro, Condestable de Castilla y marqués de Villena, y de doña Juana, hija del rey don Enrique el segundo de Castilla, fue muy sabio en la astrología, y en la nigromancia supo tanto que se dicen y leen haber hecho cosas maravillosas con grande admiración de las gentes, que juzgaron tener pacto con el Demonio. Fue en todo tan desdichado que, con pertenecerle por herencia el marquesado de Villena por haber sido de su padre y abuelo, nunca lo pudo alcanzar ni gozar, y, siendo conde de Cangas y Tineo y Maestre de Calatrava, lo vino a perder todo. Vivió con su mujer muy mal avenido y con gran pobreza, pasando la vida en los pueblos della: Valdeolivas y Salmerón y otros del Infantadgo. Visto su mucho saber y sus malos sucesos, dijeron algunos coronistas que supo mucho del cielo y poco de la tierra.

Por las razones siguientes no conviene preguntar lo que a uno ha de suceder o no. Lo que los astrólogos responden o ha de ser de bien y prosperidad que ha de acontecer, o de trabajo o mal. Si es de bien, o<sup>276</sup> que sea cierto lo que dicen o es mentira. Si es cierto, hay dos daños de saberlo: el uno es el deseo que luego se tiene de verlo cumplido y el sufrir la tardanza, y el otro que, sabido, se tiene ya en menos, y esto quita gran parte del placer y contento. Pues si es mentira este bien prometido, ya se puede ver la burla que es esperar una grande cosa y no verla. Si es mal el que promete, no hay mayor desventura que saberlo antes que suceda y no poderlo escusar y llorarle antes de tiempo. Dejándolo de saber todo aquel tiempo se ahorra de trabajo y angustia. Esta es la opinión de Favorino, filósofo, según Aulo Gelio refiere.

No pocas maestras de aquestas malas artes se han hallado entre mujeres. Diódoro siculo cuenta que la primera hechicera que conoció la gentilidad fue una llamada Hécate, hija de Perses, rey de Colcos, y que salió tan cruel que por su pasatiempo asaeteaba a los hombres, y, por le parecer poco mal no saber matar más de con hierro, se dio al conocimiento de las yerbas ponzoñosas y a hacer hechizos mortales (cuya muerte dicen los derechos imperiales ser peor que la de a hierro); y aquella fue la primera que halló la ponzoña llamada acónito, de la cual dice Plinio ser la más presta en matar de cuantas hay en el mundo. Y añade Diódoro que Hécate la probó tal matando a su padre con ella. Ésta casó con su tío Eta, rey de Colcos por muerte de su hermano, y parió a Circe y a Medea: las mayores hechiceras de su tiempo. La yerba del acónito dicen algunos ser la yerba del ballestero; otros la llaman rejalgar y otros centella.

Entre los romanos también fueron mujeres las inventoras de las hechicerías, como dicen Livio y Valerio, y así, muchas mataban a sus maridos con ponzoña, hasta que una mozuela descubrió el maleficio y fueron presas y muertas por ello ciento y setenta. Cicerón escribe que los romanos reputaban por hechiceras a las mujeres deshonestas, presumiendo dellas que procurarían la muerte de aquellos que dellas fuesen temidos. Lo mesmo tiene Séneca, y es presunción jurídica.

El nombre de hechiceras se estiende a muchas maneras de malas mujeres, y las unas son las brujas, algunas de las cuales tienen hecho pacto con el Demonio (y este trato es

276.- Orig.: 'y' (582r).

muy peligroso, y mucho más si va con derogación de algún artículo de fe), y éstas son malditas hechiceras. Otras brujas no hacen pacto alguno con el Demonio, sino que por su contento andan en aquel oficio, y unas destas son llevadas por los demonios vivas en cuerpo y alma adonde se juntan todas para sus holguras, y otras son las que dicen no ir más que en espíritu, que no es ir en cuerpo ni en alma, sino, quedando fuera de su juicio por arte diabólica, les representa el Demonio muchas cosas que ellas, cuando tornan en sí, creen que han hecho por sus personas; porque el Demonio les pinta la fantasía de las imaginaciones con que ellas huelgan y las hace entender que pasaron por ello en efecto. Esta doctrina concluye así san Agustín: «Las brujas de veras van en cuerpo y alma, y huelgan y borrachean y lujurian, y se dice que chupan a los niños, y aun a personas de mediana edad, y las matan si las tienen enojadas o si ellas tienen hecho pacto con el Demonio de cometer tal maldad. Procura el Demonio derogar la honra divina tratándole mal su imagen, que es el hombre; y por eso, y de envidia que tiene de ver al hombre ganar la gloria que él perdió, le procura derrocar en pecados por le llevar al Infierno, y, ya que no se puede apoderar de las almas en este mundo, atormenta los cuerpos con muchas vejaciones entrando en ellos y dándoles enfermedades ayudándose de los hechiceros y brujas como de ministros suyos para cometer maldades».

Filipo el Hermoso, rey de Francia, como hubiese tenido por criado a Engerrano y por su consejo echado muchos y nuevos tributos, muerto el rey Filipo, fue acusado ante el rey Hutino de ladrón de las rentas reales que había tratado. Y, como el Rey le apretase procediendo contra él jurídicamente, hallose que la mujer de Engerrano, Claudia, amaestrada de un hechicero, había hecho de cera una imagen del Rey para la ir derritiendo poco a poco, a fin que, como ella se fuese derritiendo, se fuese el Rey secando. Y con esto mataron al mágico y a Claudia y a Engerrano.

Escribe Héctor Boecio que, viniendo Dufo, rey de Escocia, a enfermar muy a la larga sin haber médicos que le entendiesen la enfermedad, los nobles comenzaron a robar la tierra, no haciendo caudal de la vida del Rey, por verla consumir tan apriesa sin calentura ni dolor. Comenzándose a rugir que el mal del Rey no era natural, sino que estaba hechizado por unas mujeres grandes hechiceras de la tierra de Moravia, y oyéndolo el Rey, envió luego quien hiciese inquisición de aquel maleficio, lo cual se comenzó a descubrir por una mujercilla que estaba amancebada con un soldado de los de la fortaleza, que lo dijo al alcaide della y éste a los mensajeros del Rey. La mujercilla fue presa y, puesta a cuestión de tormento, descubrió las personas y la casa, y los del Rey dieron de noche sobre la casa repentinamente y, quebrando las puertas, hallaron a dos mujeres que tenían hecha de cera la imagen del rey Dufo puesta cabe el fuego, y la una echándole por encima cierto licor, rezando ciertas palabras.

Luego las llevaron con su imagen a la fortaleza y, apretadas que dijese qué cosas eran aquéllas y para qué se hacían, dijeron que, solicitadas por los principales del reino, habían forjado aquella imagen del Rey para le dar la muerte; porque cuando la imagen se calentaba con el fuego el Rey se derretía en sudor, y las palabras que decían regando la imagen servían de no le dejar dormir, y con el derretimiento de la cera se iba consumiendo el cuerpo del Rey, y que, en acabando de ser derretida, moriría el Rey, lo cual las había enseñado el Demonio. Al punto hicieron pedazos la imagen y quemaron a las hechiceras, y el Rey se halló sano y pudo mandar su persona con libertad. Y era verdad todo lo que la hechicera dijo de lo que padecía el Rey, lo cual puede hacer el Demonio aplicando las



cosas naturales que él sabe para maltratar nuestra naturaleza humana, contra la cual dice san Pedro que anda bramando como un león.

Escoto y los demás teólogos tratan que el Demonio es perdido por contrahacer las obras de Dios, y, deseando ser honrado como Dios, hace sus concertos con los hechiceros que<sup>277</sup> a tal señal o a la pronunciación de tales palabras hará él tal o tal cosa, y estos se llaman hechizos que son sacramentos del Diablo. Y así, cuando las hechiceras hacían en la imagen lo que tenían concertado con el Demonio, él fatigaba al Rey; mas, en deshaciéndose el hechizo, luego dejó el Demonio de hacer mal al Rey y el Rey cobró su salud, donde habemos de entender que no permite Dios al Demonio hacer aquellos males sin ayuda de los hombres, y así, en alguna manera, son los hechiceros peores que los demonios para la salud y vida de las gentes.

### Capítulo XXVII: De la mujer mala, y de sus condiciones y propiedades

**N**O tendrán razón de notarme de maldiciente y enemigo de mujeres las que son honestas y virtuosas por hacer relación de algunas tachas, razas y polilla que se halla en el paño de las ruines mujeres que en su manera de vivir son muy contrarias a las buenas. Antes soy visto alabar a las buenas y honestas por el mismo caso que digo mal de las deshonestas y viciosas. Y son tan dignas de loa las buenas que ellas mismas se están alabadas y su misma virtud las engrandece y ensalza. Cuanto más que parecería temeridad atreverme yo, siendo un gusanillo, a alabar a la mujer de valor, recogida y virtuosa, a quien alaba el mismo Espíritu Sancto en los *Proverbios*, y dice della: «La mujer temerosa de Dios, ésa será alabada, y alábenla las obras de sus manos». Y pues Él nos quita deste trabajo alabándola en todo este capítulo y Él tomó la mano para discantar sus loores, tomémosla nosotros para notar los vicios de las malas, que en todo y por todo son contrarias a las buenas, y, condenadas las costumbres ruines de las malas, resplandecerá más la excelencia de las buenas y virtuosas.

Eurípides dice que cuanto la mujer es más flaca que el hombre para el bien tanto es más fuerte para el mal; y en otra parte afirmó, en persona del rey Polinéstor, que ni entre los peces del mar ni bestias de la tierra se cría más mala bestia ni sabandija que la mala mujer. Conforme a esto, dice Juan Nevizano que la mala mujer tiene siete propiedades tales que dellas se pueden armar muchas quimeras: en la iglesia dice que son sanctas; en la prima vista, ángeles; en casa, demonios; a la ventana, buhos; a la puerta, picazas; en el jardín, cabras y en el lecho hediondez.

De Prometeo, a quien la gentilidad fingía que había hecho los hombres y mujeres, dice Luciano que con razón estuvo amarrado en el monte Cáucaso pasando grandes males y tormentos por haber hecho el linaje mujeril tan torcido y avieso de razón. Y, con semejante sentimiento, dijo Aristófanes que, para cuanto hay en el mundo, no hay cosa peor que las mujeres, salvo las mismas mujeres. Cuenta Antonio Monaco que, viendo el filósofo Aristipo una mujer hermosa y pequeña, dijo: «¡Oh, cuán chiquito bien y mal cuán grande!». Deste sentimiento se mostró aquel lacedemonio de quien dice Plutarco que se casó con una mujer chiquita, alegando que del mal el menor se ha de escoger.

277.- Orig.: 'de' (584r).

El sobredicho Monaco refiere que, preguntado Protágoras la razón de haber casado una hija suya que tenía con su enemigo, respondió que no tuvo cosa peor que darle. Decía, en Homero, el rey Agamenón que no hay cosa peor que la mujer; y Eunomia, la de Plauto, a ninguna concedía ser buena, mas confesaba que una es peor que otra y que dos son peores que una; y Menandre afirmaba que no hay cosa peor que la mujer, por buena que sea, y que una no discrepa de otra; y Plutarco no se cura de decir más de que, por buena que sea la mujer, al fin es mujer. Refiere Ateneo que dos poetas echaban su maldición no al primero que se casó con mujer, sino al segundo, por no haber escarmentado en los infortunios del primero, que no mereció pena, pues no conocía el mal que estaba por experimentar. El trágico Carcino afirmó que para significar cosa mala bastaba decir *hembra*.

Es tan grande la maldad de la mujer mala, que no parece sino que en todo aborrece los pasos y ejemplos de la mujer buena; porque así como la buena pone su honra en ser muy fiel y honesta, muy compasiva y piadosa, muy verdadera cristiana y virtuosa, ansí la pone la mala en ser infiel y deshonesta, tirana y cruel, sin verdad ni virtud. Ningún empacho tiene de ser tenida por mundana y disoluta, ni de parecerlo en todas sus cosas; y así, usa de muchos trajes, su andar y contoneo es disoluto, todo se le va en hacer gestos deshonestos, volviendo y revolviendo los ojos a todas partes, mostrando a todos igual alegría y aceptación.

Nunca falta de los mercados y regocijos, y adonde vee más gente para allí endereza su camino, y a todos muestra sus joyas y arreos, y, fingiendo haber calor, se descubre por que sean bien vistos sus atavíos y hermosura. Busca libreas de diversas colores para sus muestras y usa de muchos olores por que la noten y estimen por dondequiera que pasa. Burla y mofa de la modestia y gravedad de las honestas matronas y escarnece de la llaneza de su traje y recogimiento y huye de la honestidad de sus pláticas y conversaciones; y el oír contar el discurso de su buena vida y sus loables costumbres y virtud le es muy enojoso y a par de muerte. En los templos, su asiento ha de ser el más alto y descubierto de todos, desde donde pueda bien ver y ser vista y guiñarse con sus conocidos. En su casa no sabe qué cosa es trabajo, por no se deshacer; ni por pensamiento tomará en sus manos labor ni rueca por no se afligir; su ejercicio es visitar vecinas entresemana, cuando había de trabajar, y ponerse y quitarse de las ventanas y hablar con los que pasan por la calle.

Huelga mucho de ser alabada de hermosa y de muy curiosa en aderezarse y de muy aguda en dichos y motes; y de oír esto queda tan ufana y soberbia como si no hubiera en el mundo otras cosas de mayor excelencia que alabar en una mujer de grande estado; y de aquí le procede el menospreciar cuantas nacieron y el parecerle que sola ella nació con ventura y digna de un gran reino. Es amiga de hechicerías y supersticiones y de hacer mil fingimientos para deslumbrar a los que la tratan. Préciase de jugar los naipes y de saber usar de tan buenas fullerías que, ahora con risas y gracias, ahora con lastimarse de perder o alegando agravio por no haber entendido el embite, ella tiene de volver por lo menos el dinero que sacó de su bolsa sin que falte blanca. Y para sus pasatiempos inventa otros juegos sin género de honestidad usando en ellos de secretos y toques y de palabras metrificadas con que suele despertar a quien duerme; porque su ansia no es otra sino que todos la miren, que todos la den, que todos la alaben y que todos la amen, y que donde ella estuviere no se trate de otrie sino de sola ella, porque reventará de envidia y de pasión si de otra tratan. Toda su felicidad pone en estas cosas y en la buena comida y mejor cena; porque siem-

pre es amiga de muy buenos bocados, los cuales nunca pierde por empacho de no pedirlos ni por ser negligente en el procurarlos sea como fuere y cueste lo que costare, y ¡digan!

A la mujer mala no hay espuela que la haga andar, atadura que la pueda tener, freno que la refrene, ley que la subjete, vergüenza que la detenga, temor que la espante ni castigo que la enmiende. A gran peligro se pone quien la ha de regir o gobernar, porque si una cosa se le asienta en la cabeza, es tanta su pertinacia que todo el mundo no la sacará della. Si es avisada de cualquier cosa, jamás lo cree; si le dan un consejo, nunca le toma en buen sentido; si la amenazan, luego llora; si la hacen regalos o blanduras, luego se ensoberbece; sino se atiende a sus cosas, se muestra desvergonzada, y si es castigada se muestra venenosa como una víbora. No sabe perdonar las injurias ni reconocer beneficio. Con brevedad se resuelve y en un punto se muda, como hoja al viento.

Al que la contradice le tiene por enemigo mortal y de poco saber. Muy necio es aquel que su consejo toma, y muy más el que se le pide, y mucho más el que le pone por obra. El que no quisiere caer en esta necedad oya lo que dice y haga lo que mejor le pareciere. Promete mucho, y en lo bueno nada guarda ni cumple. La mujer mala, en la lengua es de fuego, en los labios de veneno, en la nariz de vanidad, en los ojos de lascivia, en las orejas de inestabilidad, en el corazón sentina y receptáculo de malicia, engaño y de traición, en el aspecto la vanagloria del mundo, en el andar la soberbia de Lucifer. Todas estas y otras muchas faltas suelen tener las malas mujeres, que de ordinario son solteras y sin vergüenza ni temor de Dios, y aunque entre ellas se pueden contar algunas casadas que por la poca estima que hacen de sus maridos viven tan libres y mal acostumbradas que no difieren de aquellas que el mundo trae tras sí en perdición.

Consolando el Petrarca a uno que se le quejaba de que su mujer, por ser mala y adúltera, se le había ido con un hombre, y dándole a entender la merced que en ello Dios le había hecho, le respondió: «Yo confieso que toda cosa forzosa es enojosa al que la padece. Mas, si bien consideras esta que agora te ha sucedido, no hallarás causa para recibir della enojo; pues es cierto que cuando la mujer es importuna y de malos siniestros, alivio es de gran carga el perderla. Si al que cura las enfermedades del cuerpo le es debido galardón, ¿cuánto más se deberá al que sana las pasiones del ánima? Si algún médico te quitara la terciana, no solamente se lo agradecerías, mas de buena gana se lo pagarías; pues ¿qué debes hacer por el que la calentura continua te ha quitado? Hízote tanto bien el que te la llevó, que te descargó de un cuidado crecido, de unas sospechas ciertas, de un letigio nunca acabado, de un sufrimiento mal empleado y de una infamia perpetua, y por ventura cuando tu mujer salió por las puertas de tu casa quedaste libre de algún grave peligro. Muchos han perecido que vivieran más tiempo si, o por serles llevadas sus mujeres o por otra cualquiera manera, carecieran dellas, porque entre los males de la vida ninguno hay peor que las discordias de dentro de casa. Si contra tu voluntad se fue, perdónala; y, si de su gana, por un pecado alcanzas dos venganzas; porque la que te cometió adulterio va con quien la castigará como merece, y el que te la lleva traspasó la ponzoña de tu casa a la suya; que no es creer que será mejor con el adúltero la que tal fue con su marido».

Decía el rey don Alonso de Aragón que, entre los locos, eran los mayores aquellos que se daban a buscar la mujer huidiza, dando a entender que era gran bien librarse de la mala mujer. Con esta impiedad son juzgadas las malas mujeres, no hallando en la tierra ni en el cielo quien de ellas tenga misericordia mientras andan en sus liviandades y maldades. ¡Oh,

si considerasen las desventuras cuánto dolor y miseria les está aparejada después desta vida! Creo que, si bien lo mirasen, que aborrecerían sus ruines tratos como al fuego y seguirían y amarían el seguro, honroso y dulce camino de la virtud, tan agradable a Dios y a las gentes.

### Capítulo xxviii: De las grandes excelencias de las mujeres, y de cómo nadie debe hablar mal dellas

**O**RÍGENES, alabando y ensalzando las mujeres y reprehendiendo a los que en general o en particular dicen mal dellas, dice en el libro que es llamado *De Adán*: «Nunca el cristiano debe abrir su boca para decir mal de las mujeres, considerando que fue nacido de mujer y por ella criado, regalado y amado; por lo cual, después de Dios, está obligado a la querer, amar y honrar». Y ansimismo advierta que la mujer es naturalmente piadosa, amorosa, vergonzosa y graciosa, y que sin ella no se puede conservar la vida del hombre. Porque la mujer es consuelo del doliente, solaz del sano y refrigerio universal de todas las miserias del hombre.

Y si dijeres que todos los beneficios recibidos olvidan por sola una mala palabra que se les diga, y que Dalida engañó al fuerte Sansón y la mujer de Job se levantó contra su marido, y que la hija del rey de Egipto hizo errar a Salomón, digo que dices verdad, mas el ejemplo de tres no trae general consecuencia, porque te diré yo muchos semejantes hombres que ha habido y hay herejes, traidores, ladrones, renoveros. Pues ¿seguirse ha que tú seas tal como éstos? Y no se sigue, pues en ti no se puede verificar. Pues desta manera no digas mal de las mujeres en universal, pues, aunque sabes que hay muchos malos hombres, quieres tú ser tenido por hombre justo y bueno. Ha de pensar el cristiano que infamando a las mujeres en general injuria a Dios su Creador en ello, y lo mucho que las quiso honrar, pues tuvo por bien de nacer dellas y hizo a mujer y pura criatura soberana y la subió sobre toda naturaleza angélica, y a mujer hizo arca enriquecida de virtudes y llena de gracia, madre y virgen, patrona y abogada del humanal linaje; y tanto la levantó y engrandeció que, después de Dios y de la humanidad santísima de Jesucristo su Hijo, no hay criatura más santa ni perfecta. Piense también el cristiano que Dios dio a las mujeres su ángel de guarda como al hombre, y las ha subido hasta la gloria y aprobado muchas en su bondad en contemplación y penitencia, como a la bienaventurada Magdalena, a quien Cristo nuestro Señor dijo por su boca que había escogido la mejor parte, y así, el día de su gloriosísima Resurrección mereció por su fervor y constancia ser la primera que le vido resuscitado.

Y muchas niñas de poca edad, por su fortaleza y firmeza en la confesión de la santa fe y servicio de Dios, merecieron la preciosa corona del martirio. Y otras muchas virtudes se han hallado en ellas más aventajadas que en los hombres, muchos de los cuales se mostraron débiles y flacos en lo que ellas se sustentaron con gran fortaleza. Esto se vido muy cumplidamente en la Virgen María, nuestra Señora, la cual sola estuvo firme en la fe católica cuando los sagrados Apóstoles y discípulos dudaron en el alteza de la santa divinidad del Hijo de Dios, en el tiempo de su santísima pasión y muerte; y así, como en premio desto, les apareció a la bienaventurada Magdalena y a sus compañeras y les mandó que fuesen a denunciar su resurrección a los Apóstoles. Y a estas y otras sanctas ha puesto y porná Dios en el Paraíso en muy más alto grado que a muchos hombres grandes y famosos, y aun más que

a muchos ángeles; y aun oso decir que en el mundo vive la comunidad de las mujeres sin menos pecados y ofensas de Dios que los hombres, y que por los méritos de muchas santas mujeres hace Dios al mundo muchas y grandes mercedes y le concede su misericordia.

Dice un sancto y grave doctor: «¿Quién es tan atrevido que generalmente se ponga a decir mal de mujeres, si no es aquel loco y vano que ni sabe del cielo ni de la tierra ni jamás ve ni lee ni habla ni oye cosa de bien?». Por eso dice san Pablo amonestando a los hombres al amor y honor y a sufrir caritativamente a las mujeres: «Ruégoo, hijos míos, que sufráis a las mujeres, porque son vasos flacos por haberlas así criado Dios, pues puso aun en ellas gracia y gloria y las ha señalado para allá, por lo cual las debéis sufrir y comportar caritativamente por que Dios, Señor nuestro, haya piedad de vosotros». También dice aquel famoso doctor Policarpo en el tratado *De la creación del mundo*, hablando sobre el pecado de nuestra madre Eva: «Ya, hermanos, por el pecado de nuestra madre Eva ninguno menosprecie generalmente a las mujeres, porque todos incurrimos en pecado cada día, y lo que Dios tanto honró y ensalzó no lo debe el hombre por cosa alguna menospreciar ni maltratar. Antes ha de considerar el hombre que ensalzó Dios tanto a la mujer que a la primera hizo en el Paraíso Terrenal, y a Adán, nuestro primer padre, le formó fuera del Paraíso, en el campo Damasceno, allende del río Hebrón. Y al hombre hízole Dios de bárbaro y a la mujer de la costilla de Adán que estaba junto al corazón, al tiempo que estaba Adán arrebatado la contemplación de las maravillas y magnificencias de Dios. No la hizo de la cabeza del hombre por que la mujer no quisiese enseñorearle; ni la hizo de los pies por que el hombre no la menospreciase y tuviese en poco; mas hízola del costado de Adán, dando a entender que el marido la debía tratar y tener como a amada compañía y que entrambos debían llevarse con especial amor. Por lo cual quiso Dios que la mujer acompañase y siguiese al hombre como a sí misma, y el hombre a la mujer. Habiendo Dios alabado todas las criaturas en criándolas, nunca alabó al hombre en cuanto estuvo sin mujer; mas diciendo Dios que no era bueno que el hombre estuviese solo, dio a entender (y lo ponderó san Ambrosio) que en teniendo mujer tenía su perfección, y que entonces merecía ser alabado.

Asimismo no deben los hombres menospreciar a las mujeres en común por el pecado que la primera cometió. Porque ella no pensó errar tanto como erró, ni que su pecado se estendiera a tan gran culpa ni en tan excesivo daño de todos; y si su marido la corrigiera como era obligado, pudiera ser que se arrepintiera y Dios la perdonara; mas nuestro padre Adán quiso más satisfacer a su mujer Eva que a Dios, y por eso pasó con ello. Mas considere cada uno que le pudiera haber acontecido lo mesmo, y que cada día hace cosas peores; y que ya Dios hubo piedad della por sus muchas lágrimas y penitencia que hizo y por las buenas obras que en este mundo obró y las muy excelentes virtudes que tuvo. Y considere el cristiano que por este pecado vino nuestro Salvador Jesucristo del cielo a la tierra, y las maravillosas cosas que obró y enseñó en este mundo con el ejemplo de su santísima vida y doctrina celestial, lo cual todo hizo por librarnos del pecado cometido por la primera mujer. De aquí salió la gran virtud de los mártires, la penitencia y paciencia, la pobreza, pureza, la fortaleza que tuvieron en el martirio, con la cual vencieron a los demonios y ganaron el reino de los cielos; y de aquí salió el señalarse tanto todo en todo género de virtud los sanctos confesores y vírgines, y el llevar en paciencia las persecuciones y trabajos que pasaron en esta presente vida en honra y servicio de Jesucristo, Señor nuestro. Considere el devoto cristiano quién fue nuestra madre Eva contra la cual habla, y verá que

si le hizo daño por el pecado, por su gran penitencia, virtudes y merecimientos le podrá hacer mucha honra en el cielo cuando, por haber servido a Dios como buen cristiano, la viere en compañía de la Reina de los Ángeles, de la cual es muy honrada y favorecida, y muy estimada de los Ángeles y muy respetada y reverenciada de los sanctos patriarcas y profetas,<sup>278</sup> y llamada Madre general de toda la humana naturaleza por los sanctos Apóstoles y por los demás sanctos que están en la gloria.

No sólo no conviene al cristiano decir mal en general de las mujeres, mas ni en particular no le está bien decirlo; porque, allende que se ofende en ello a Dios, va contra toda policia y nobleza humana, que profesa el amparo y defensa de las mujeres para que en nada sean agraviadas ni perjudicadas, y tiene por cosa vil el desfavorecerlas y ultrajarlas. Del deslenguado y infamador de Aristión dicen Estrabón y Plutarco que estando puesto por el rey Mitrídates por gobernador de la ciudad de Atenas cuando Sila, capitán romano, la tenía cercada y la entró y destruyó, nunca consintió que se hablase de paz, y él, como hombre infame, desde la muralla decía muchas injurias a Sila, no perdonando a la fidelidad de su honesta mujer Metela, sino que, refiriendo su deshonor, le baldonaba y lastimaba con ello sin vergüenza ninguna. Viendo después Aristión que era entrada la ciudad por los romanos, se acogió a la fortaleza, donde fue cercado por los de Sila y apretado tanto de la sed que se hubo de dar. Y como en dándose lloviese notablemente, todos juzgaron que Dios había detenido su pluvia hasta tanto que aquel hombre vil de Aristión se diese, para que con la desventurada muerte que se le dio pagase los atrevimientos y infamias que había dicho, como impío y cruel, contra la novísima Metela,<sup>279</sup> que estaba ausente, de quien ningún daño por jamás había recibido para le hacer tanto mal.

Dice Séneca en una epístola que en el tiempo que los romanos eran señores de la monarquía del mundo se hizo una ley que todo difamador público fuese desterrado de la ciudad y que si se le probase haber publicado algún pecado de alguno, que muriese luego por ello. Porque el difamador del tal pecado se dice ser homicida de aquel que difama; porque cada uno estima en tanto la fama como a su propia vida corporal, y algunos en mucho más, pues por la defensa de su fama arriscan muchas veces la vida. Si esta ley agora se guardara, muchos hubiera que no se alargaran tanto en difamar las mujeres honradas y virtuosas, por lo cual permite Dios que sean de todos aborrecidos y que tengan mal fin.

Aunque las mujeres sean excedidas de los hombres comúnmente en las fuerzas naturales, en el ánimo y virtud, en muchas cosas se aventajan ellas a los hombres. ¿Quién negará que las buenas y virtuosas mujeres hacen ventaja a los hombres en devoción, en piedad, en misericordia, en liberalidad, en cristiandad y bondad? San Agustín las llama linaje devoto, porque ellas son las que frecuentan los sacramentos, visitan las iglesias, hacen decir misas a menudo, oyen sermones, suplen las menguas de los monesterios, enriquecen los altares con cálices y ornamentos y, las que no pueden tanto, con corporales y palias. De suerte que ellas son las que sustentan los auditorios, honran los sanctos del cielo con fiestas, regalan a las ánimas de Purgatorio con las misas que hacen decir por ellas y con sus continuas oraciones, enriquecen el culto divino con sus limosnas. Si llega un pobre a su puerta jamás se parte della desconsolado; porque, caso que no le den limosna por no

278.- Orig.: 'Prophotas' (589r).

279.- Orig.: 'Metala' (589r).

poder, le despiden con tanta lástima que precia más el pobre las palabras blandas de una mujer que el pedazo de pan de la mano del hombre desgraciado.

Y, por que se entienda que las Letras divinas enseñan esto y que no se escribe aquí para hacerles lisonja, sino por que su virtud crezca y nuestro descuido se enmiende, refresque la memoria de la mujer Sareptana que en aquella grande hambre de Israel, no teniendo en toda su casa más de un poco de harina y un poco de aceite (y tan poco que querían comérselo ella y un hijo suyo y luego esperar la muerte), partió la mitad con el profeta Elías; y de la viejecita que ofreció más limosna en el templo que todos los ricos de Jerusalén; y de la crueldad que usó el rico avariento con Lázaro el pobre; y de la dureza de Nabal, carmelo, y de la acedía de sus palabras y de la blandura y discreción de Abigaíl. Y generalmente, ¿quién podrá encarecer la piedad y misericordia de las mujeres en cualquiera dolencia o desastre de la miseria humana? Ellas nos consuelan en los desastres, ellas acuden a Dios con plegarias, hacen votos y promesas, acuden al regalo de los enfermos y a su consuelo con tanta voluntad y sentimiento que dice el Espíritu Santo que donde no hay mujer gime el enfermo. Aun haciendo comparación de las traviesas a los hombres que lo son, les hacen grandes ventajas, porque menos ofenden a Dios que los hombres en los pecados que son más graves, como son en los homicidios y blasfemias, perjurios, sectas y herejías. Y un hombre desalmado, ¿cuando se acuerda de rezar, de oír misa, sermón, de ayunar?; pero una mujer, por traviesa que sea, jamás deja sus rosarios, sus ayunos y devociones, sus oraciones, sus misas de nuestra Señora, el abstenerse los sábados de comer grosura (y muchas los miércoles): cosas que aunque no les sean de merecimiento ayudan mucho para salir de la culpa. Si se les pierde algo, luego acuden con misas a las ánimas de Purgatorio, a sant Antonio de Padua y a sant Nicolás de Tolentino. Si tienen el marido ausente o el hijo enfermo van en romería a las ermitas devotas que están en los despoblados, las cuales se acabarían todas en breve tiempo si no fuese por ellas. En fin, es corta la vida para hacer suma de los bienes de la mujer, si es buena, porque no se pueden reducir a suma.

### Capítulo XXIX: De algunas excelentes mujeres dotadas de gran sabiduría, entre las cuales se ponen las sapientísimas Sibilas

**N**O deben condenarse universalmente por flacas e insuficientes todas las mujeres, pues ha habido muchas que, desechada la flaqueza natural heredada de la primera mujer, fueron muy fuertes, esforzadas, valerosas y magnánimas, cuya sinceridad de costumbres y su muy alta sabiduría es dechado y ejemplo maravilloso de donde podemos sacar labores de muy gran primor que ellas nos enseñaron, siendo mujeres, en lo cual se señalaron con gran ventaja sobre varones muy sabios y heroicos, como agora veremos.

De Histrina, reina de Scitia, dice Luis Vives que era doctísima y que enseñó a Silón, su hijo, las letras griegas; y Eurídice, siendo mujer de edad, se dio a las letras y aprovechó grandemente en filosofía. Cornelia, madre de los Gracos, enseñó a Cayo y Tiberio, sus hijos, diversidad de ciencias. Cleobolina, hija de uno de los siete sabios de Grecia, fue tan dada al estudio de las letras como su padre Cleóbolo. Aspasia, hija de Pitágoras, gran filósofo, muerto el padre, resucitó su doctrina y tenía escuela pública en que enseñaba

filosofía, y fue maestra de Sócrates en la oratoria, como dice Platón. Femonoe dicen que fue la inventora del metro heroico; Sulpicia, matrona romana, dejó escrita una obra excelente del matrimonio y escribió en verso heroico los tiempos infelices de Domiciano, emperador, y de ella hace algunas epigramas Marcial. Hortensia, hija del grande orador Hortensio, fue tan elocuente como el padre y fue elegida por la república para hacer una oración en defensa de las mujeres delante de los Triunviros, en la cual mostró tanto artificio de retórica que afirman que igualó en la elocuencia a Demóstenes. Corinteya venció cinco veces al poeta Píndaro en hacer metros. Pola Argentaria, mujer del poeta Lucano, dicen que le ayudó a componer la *Farsalia* y que la corrigió después de él muerto. A la cual alaba la musa Calíope en el libro de la *Tebaida*, de Estacio, diciendo que cantaba y componía versos dignos de eterna memoria. Cenobia, reina de los palmerinos, supo letras griegas y latinas y escribió la historia alejandrina con maravilloso estilo.

Jerjes, rey de los persas, cuando juntaba a consejo los grandes de su reino hacía venir allí a su mujer Artemisa, y su parecer fue muchas veces recibido por el más acertado. Ciro, también rey de Persia, agrado de la hermosura de Aspasia, hija de Hermotimo, focense, la recibió por mujer, y siempre que en su consejo se trataban negocios de grande importancia mandaba que estuviese presente y dijese su parecer, el cual siempre que se recibió tuvo felice suceso. Mesabaria, abuela del emperador Heliogábalo, era admitida en el Senado romano y su parecer estimado en mucho, y lo mesmo fue de la madre del Heliogábalo. Tulia Mamea, madre del emperador Alejandro Severo, era tan sabia y prudente que gobernaba al hijo, y él, por su parecer, al Imperio, con grande aceptación de los romanos. Lo dicho es de Alejandro de Alejandro, y de Eliano y de Volaterraneo.

Dice Brusón que de las mujeres que celebra la antigüedad por dadas a las letras son: Arsenia, romana, que oró delante de Lucio Ticio, pretor, en su defensa y fue libre; Afrania, mujer de Licinio Brución; Carmenta, madre de Evandro; Damofila, mujer de Panfilo; Safo, que compuso himnos que se cantaban en el templo de Diana.

De las excelencias de la reina Amalasueta, hija de Teodirico, ostrogodo, potentísimo rey en Italia y Francia, y su sucesora en el reino, por muchos se dicen maravillas, y señaladamente por Casiodoro, senador de Roma; y de su lengua es linaje de milagro lo que alcanzó, porque fue gran<sup>280</sup> griega y latina y habló todas las lenguas que se comunicaban con el Imperio romano con tal natural pronunciación de cada una que le parecía serle aquella lengua natural. Ninguno la vio que no se aficionase a la honrar y servir y a ninguno reprehendió que no se tuviese por honrado de lo que della se le dijo, y así, todos sus vasallos holgaban de le ser muy obedientes. Dice Procopio que lo primero que hizo, en heredando, fue mirar en deshacer algunos agravios de su padre y mostrar a los godos que su valor era más de hombre valeroso y animoso que de mujer flaca, no les permitiendo hacer agravio a nadie, con lo cual muchos se acedaron contra su virtud. A Teodato, su primo, gran señor en la Toscana y muy agraviador de sus vecinos por les tomar sus haciendas, le reprehendió ásperamente y le hizo restituir lo ajeno. Otras muchas cosas hizo esta nobilísima reina dignas de eterna memoria.

Dice Fulgoso que Erina, rodia, escribió versos en lengua dórica que competían con los de Homero. Areta, cirenaica, hija de Aristipo, filósofo, muerto el padre, quedó ella en su escuela y leyó filosofía todo el tiempo de su vida con grande aceptación y loor suyo. Leoncia, griega, mostró su ingenio en escribir contra Teofrastró, filósofo, con grande aplauso de

280.- Orig.: 'garan' (591v).



toda la Grecia. Teseleida escribió doctísimas epigramas, y no menos fue clara en filosofía Hiparquía, ambas griegas y estimadas de su nación. Calpurnia, mujer de Plinio el segundo, con el mismo estilo, gravedad y elegancia que su marido escribió su libro, dejándole imperfecto, le acabó ella. Cornificia, doncella romana, fue en tiempo de Augusto César tenida por divinísima en poesía. Proba, romana, mujer de Adelfo, muy sabia en letras griegas y latinas, de los versos de Virgilio (o que enteros, traídos a otras materias, o que despedazados, juntando unos con otros) hizo unos centones en que maravillosamente se escribe la vida y hechos de Cristo, y lo mismo hizo en griego de los versos de Homero.

Sibila quiere decir mujer llena de Dios, profetisa. De las diez Sibilas más famosas dice Lactancio que la una fue persiana y que della escribió Nicanor, historiador del grande Alejandro. Otros añaden a esto que fue la misma que la que dijeron ser judía y llamada Sambeta (que es el nombre de Saba, que la dio Pausanias), y que nació la ciudad de Noa, cabe el mar Bermejo, y que escribió veinte y cuatro libros y muchas más cosas del Redemptor que otra ninguna, y que las otras se conforman con ella. Al fin del octavo libro de los *Oráculos sibilinos* andan para cada Sibila, por su nombre, seis versos tocantes a lo de la piedad cristiana, y lo mismo pone Sixto Betuleyo en el libro que recopiló de las profecías de las Sibilas, y en ellos dice como el Redemptor había de ser hijo de madre virgen y había de entrar caballero en el asna en Jerusalén y levantar a los caídos.

La segunda Sibila de Lactancio es llamada Libisa, y della hizo memoria Eurípides<sup>281</sup> en el prólogo de *Lamia*; y otros la llaman Líbica, que quiere decir africana, por ventura por haber sido de aquella tierra. Los versos que se leen de su nombre dicen que vernía un día cuando el Príncipe de la eternidad bajaría irradiando las plantas de los creyentes y quitando los pecados a las gentes, como justo juez, y reclinaría sus miembros en el regazo de la Reina del mundo.

La tercera Sibila llama Lactancio Delfica, y dice haber hecho memoria della Crisipo en el libro *De la divinación*; y otros dicen haber sido llamada Temis y otros Dafnes, y ésta se dicen ser aquellos versos que avisan al mundo de que no tardaría de venir el Redemptor, hijo de madre virgen; mas que tal misterio debía ser guardado en el secreto del corazón y que es obra que vence a todas las obras de naturaleza.

La cuarta Sibila de Lactancio fue Cumea, de Italia, de la cual escribe Nevio en los libros de la *Guerra púnica*, y Pisón la nombró en sus *Anales*; y otros la llaman Itálica, diciendo que fue natural de Cimerio, pueblo de tierra de Campania cercano de Cumas; cuyos versos de lo tocante al Redemptor dicen que la virgen de hermosa cara y de tiernos años dará el mantenimiento de su leche al Rey de las caballerías celestiales, con el cual se alegrarán todas las cosas, y en virtud dél resplandecerá la estrella maravillosa y los Magos le ofrecerán los tres dones de mirra, encienso y oro.

La quinta Sibila dice Lactancio haberse llamado Eritrea, del pueblo de Eritreas (como lo escribió Apolodoro, eritreo), y avisó a los griegos cuando iban a Troya que la destruirían y que Homero escribiría muchas mentiras. Los versos que a ésta se aplican dicen cómo el hijo de Dios había de bajar del cielo en los últimos siglos del mundo, y que había de ser hijo de la virgen hebrea y hermosa, y que dende sus tiernos años había de padecer muchos trabajos. El glorioso san Agustín hace ésta mayor caudal que de ninguna de las

281.- Orig.: 'Euripes' (592r).

otras, y alega ésta aquellos veinte y siete versos tan afamados en que se dicen muchas cosas de lo tocante a la fe cristiana, y cuyas primeras letras hacen estas palabras: «Jesucristo, hijo de Dios, Salvador», y las primeras letras ésta dicen «Ichty», que quiere decir pesce, en lo cual pondera san Agustín significarse que nuestro Redemptor, como pesce, pudo vivir sumergido en el abismo de las aguas de la penalidad de nuestra cansada humanidad sin se ahogar con algún pecado.

La sexta Sibila de Lactancio fue llamada Samia, y della dijo Eratóstenes haber hallado relación en los anales de los samios, y otros dicen que su propio nombre fue Fiso. Ésta dice en sus versos cómo vendría un día alegre que desterraría del mundo las negras tinieblas, y que entonces vernía el que declararía la obscuridad de los profetas judaicos y los daría a entender a la gente plebeya, y que sería hijo de una doncella virgen; y cierto es que se entiende de nuestro Redemptor.

La Sibila séptima de Lactancio se llamó Cumana, del pueblo Cumas, en Italia, y su nombre propio fue Amaltea o Demofile. Désta dice Lactancio, Solino, Aulo Gelio y Servio, que llegó<sup>282</sup> a Tarquino el Superbo, rey de Roma, a vender nueve libros y que pidió trecientas monedas de oro por ellos, y pareciéndole al Rey excesivo precio, no los quiso, y ella luego en su presencia quemó los tres dellos y tornó a pedir el mismo precio por los seis que había pedido por los nueve, y pareciéndole al Rey mayor desatino que el primero, se burló della, la cual luego quemó los otros tres y dijo que por solos los otros tres que quedaban le había de dar lo que primero pidió por todos nueve. Maravillado el Rey de la determinación y confianza suya, creyendo haber algún gran misterio en ellos, le dio todo el precio por los tres solos, y fueron puestos y guardados en el Capitolio y tenidos en gran veneración. Y de las demás Sibilas trujeron los romanos cuantos libros pudieron haber. Los versos ésta dicen del rey que había de venir al mundo plantando en él la paz y alegrándole con ella, vestido de nuestra carne y espejo de humildad, que escogió para su madre una casta doncella que excedió a las demás en hermosura.

La octava Sibila de Lactancio se llamó Helespóntica, y fue natural de tierra de Troya y es la que dicen hija de Marmeso, y otros dicen que es la llamada Frigia, y dice Lactancio que vivió en tiempo del rey Ciro y de Solón. Los versos ésta tratan sólo de la divina Encarnación y de la honestidad y pureza soberana de la Madre de Dios.

La nona Sibila es la llamada Frigia de Lactancio. Dice della que se dio a sus vaticinios en la ciudad de Aucira (en la provincia de Frigia, según Plinio). Los versos ésta contienen cómo ella vio el sumo Dios airado contra el mundo por los pecados de los ciegos pecadores llenos de malicia, y con todo eso, quiso primero enviar a su Hijo dende el cielo, el cual se hizo hombre en el vientre de una doncella viniendo delante el Ángel con la embajada de la Encarnación.

La décima Sibila dice Lactancio que fue la Tiburtina, por nombre propio Albunea, que era honrada como diosa en su ciudad de Tibur, en Italia, cabe el río Anienes, en cuyo hondo se halló su estatua con un libro la mano, y el Senado romano traspasó al Capitolio el culto desta diosa. Ésta dice en sus versos que Dios verdadero la dio suficiencia para decir en verso cómo la santa doncella concibiría en Nazaret al que vería Betleem Dios verda-

282.- Orig.: 'lleuo' (593r).

dero nacido en carne humana, y exclama llamando muy dichosa y dignísima del cielo a la madre que a tal hijo da sus sagrados pechos.

Dice Lactancio que los escritos de todas estas Sibilas se leían y trataban, salvo los de Cumea, por tenerlos los romanos muy guardados, como a los que contenían la fortuna romana, y a solos los quince varones era lícito consultarlos. Con gran consejo proveyó Dios que aquellas mujeres tuviesen revelación de los misterios de la redención del mundo por que no pudiesen tener excusa los gentiles de no creer las maravillas del Redemptor que tan de antes de la Encarnación Dios les había publicado por aquellas mujeres gentílicas que con su gran sabiduría admiraron al mundo.

No solamente las mujeres gentílicas se señalaron en letras y sabiduría, sino también y mejor muchas de las fieles. Del número de las cuales es Tecla, discípula del apóstol san Pablo, y Caterina, alejandrina, y sancta Caterina de Sena, y Valeria Proba, mujer de Marulo, que compuso una excelente obra en loor de nuestro Redemptor al tono de los versos de Virgilio. Estos ejemplos son de Luis Vives y de diversos autores graves.

Dice Fulgoso que Rosuida, abadesa en Sajonia en tiempo de Lotario primero, emperador, fue muy docta en la lengua griega y latina y que escribió diversas obras con mucha erudición y doctrina. Hizo un tratado para monjas exhortándolas a las virtudes y servicio de Dios y al culto divino. También compuso algunas oraciones en loor de la Virgen María y de algunas sanctas. Escribió historia de los hechos de los emperadores ottones. De Rosuida fue discípula y después tuvo su cargo de abadesa santa Isabel de Schonaugia,<sup>283</sup> que escribió también diversas obras de documentos para sus monjas del camino del cielo y muchas epístolas. Baptista, prima hija de Galcacio Malatesta y mujer de Guidón, conde de Urbina, muchas veces disputó con personas doctísimas y consiguió particular loa suya; escribió en latín algunos tratados, como de la verdadera religión y de la fragilidad humana. Isota Novarula, veronense estudio filosofía y teología; escribió diversas cartas a Nicolao V y a Pío II, sumos Pontífices; hizo un diálogo famoso en que trata quién pecó más, Adán o Eva. Casandra Fidele, veneciana, muchas veces fue loada en la universidad de Padua, argumentando con doctísimos varones; hizo un libro *Del orden de las ciencias*.

Dice Paulo Emilio que, muriendo Antaris, rey de los lombardos, toxicado, en sólo un año que estuvo casada<sup>284</sup> con el y vivió entre los lombardos la bendita Teodelinda,<sup>285</sup> antes de la muerte del Rey su marido cobró tan grande opinión entre ellos por sus grandes virtudes y sabiduría que, renunciando todos el derecho de la elección de nuevo rey, lo pusieron en manos de Teodelinda para que ella escogiese dellos por marido al que quisiese y que aquél sería tenido de todos por rey y señor de los lombardos legítimamente promovido. Y ella escogió a Agilulfo, duque de los Taurinos, con quien casó, dándole consigo el reino, y luego les hizo dejar la idolatría y recibir la verdadera fe de Cristo nuestro Redemptor, y envió a rescatar muchos captivos a Francia y a componer paces con los franceses. Tal fue la reina Teodelinda, que mereció que el glorioso Papa san Gregorio le dirigiese los cuatro libros del *Diálogo*, honrando con esto su estimado valor, bondad y sacntidad.

Entre las esclarecidas mujeres pone Tiraquelo a la bendita reina Catalina, hija de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel y mujer de Enrique, octavo deste nombre, de

283.- Schönau, en Alemania.

284.- Orig.: 'casado' (594r).

285.- Orig.: 'Theodolinda' (594r).

Ingalaterra (de la cual se apartó por casar con la malvada Ana Bolena), porque la reina Catalina compuso un libro de meditaciones sobre los *Psalms* y otro de lamentación del pecador, lo cual nos obliga a<sup>286</sup> estimarla en mucho más, pues sobre tan santa fue tan sabia. Y de su buena madre la Reina Católica doña Isabel, dice don fray Francisco Jiménez, Patriarca de Jerusalén, que fue de tan excelente ingenio que entre tantos y tan grandes y arduos negocios como tenía en la gobernación de sus reinos, se dio al trabajo de aprender letras latinas, y en tiempo de un año alcanzó a saberlas de tal manera que entendía y hablaba cualquiera cosa de escritura latina. Era mujer muy aguda, discreta y sabia (lo cual vemos raras veces concurrir todo junto en una persona), y sobre todo muy católica y devota, adornada de todas virtudes, con que mereció eterna fama y quedar por ejemplo en todo el mundo.

Y porque tengo por imposible escribir sus nombres de las sabias y excelentes mujeres que ha habido (por ser tantas), cuanto más las cosas en que se señalaron y sus hechos heroicos, no pasaré más adelante con esta materia.

### Capítulo xxx: De la valentía y fortaleza que algunas mujeres han tenido

**M**UCHOS autores hay que tienen por gallardía y toman gusto de lavarse las manos en sólo contar las flaquezas y vicios de mujeres (como sea verdad que haya habido muchas que en virtudes y habilidades y otras buenas partes hacen notable ventaja a muchos hombres, en especial en lealtad, en amor, en devoción, en piedad y caridad). Y si en alguna cosa comúnmente se señalan más los hombres, es en las armas y fortaleza y en el ejercicio militar, lo cual, como trae consigo crueldad, venganza y fiereza, no lo comunicó naturaleza al benigno y amoroso y piadoso ánimo de las mujeres. Aunque no sólo no les es prohibido el uso de las armas cuando conviene, mas aun les es cosa muy lícita y digna de loor, y ha habido muchas tan valientes y que hicieron<sup>287</sup> tan grandes hazañas que, si revolvemos las antiguas historias, hallaremos que eclipsaban y escurecían los grandes hechos de capitanes valientes y denodados.

Entre las cuales no tienen el postrero lugar las belicosísimas amazonas, cuyas hazañas refieren Justino, Diódoro siculo, Quinto Curcio y Paulo Orosio, los cuales dicen dellas que, como fuesen sus maridos muertos de los capadocios en cierta refriega que hubo entre ellos, venida esta nueva a noticia de las amazonas,<sup>288</sup> sus mujeres, tomaron tanto coraje y deseo de venganza (como eran muy esforzadas y animosas) que se revolvieron de tomar cruel venganza de los homicidas de sus maridos. Para esto hicieron de las más mozas y valientes un grande ejército y nombraron por capitanas dél a dos, muy valientes y varoniles, llamadas Martesia y Yámpedo, y comenzaron con gran prudencia militar a poner su ejército en ordenanza. Y conquistaron tan valerosamente a sus enemigos y les ganaron tantas tierras que sería cosa prolija referirlas y contar sus victorias, y por ellas fueron muy estimadas y tenidas de muchas naciones viendo la cruel venganza que habían tomado de los que habían muerto a sus maridos. Fue tanta su valentía que volaba la fama della tanto como su propia estimación, y engréanse ellas tanto con sus victorias que se jaçtaban de que eran hijas del dios Marte. Saliendo de sus tierras estas valentísimas mujeres con grande ejército, conquistaron infinitos pueblos

286.- Suplo 'a' (594v).

287.- Orig.: 'hizieron' (595r).

288.- Orig.: 'Aamazonas' (595r).

de Asia y Europa, y dieron vuelta a sus tierras cargadas de despojos; y después fundaron la ciudad de Éfeso, muy nombrada por estar en ella el insigne templo de Diana, tan estimado y reverenciado de los gentiles. Y, andando el tiempo, sucedieron a las reinas sobredichas otras reinas que con sus hechos pusieron en admiración el mundo.

Entre las mujeres de guerra que han mostrado ánimo más esforzado de lo que pedía el sexo femenino, fueron aquellas mujeres de los quíos, de las cuales dice Plutarco que, como Filipo, hijo del rey Demetrio, tuviese cercada su ciudad y hiciese pregonar que los siervos y esclavos de aquella ciudad que se pasasen a él les daría libertad y les daría por mujeres a las que de presente tenían por señoras, concibieron desto ellas tanta ira y enojo contra Filipo, que, subiéndose sobre los muros, tiraron tantas piedras y armas arrojadas a los cercadores que, matando muchos dellos, les convino a los demás alzar el cerco y retirarse y dejar libre la ciudad.

No alcanzaron menos gloria y fama que éstas en la guerra las mujeres argivas (cuya capitana y caudillo era Telesile,<sup>289</sup> valentísima mujer, como se mostró en este acaecimiento. Cleomontes, rey de los espartanos, habiendo muerto en una batalla la mayor parte de los argivos, viniendo después a poner cerco sobre la ciudad, donde no habían quedado más que las mujeres y hijas de los argivos vencidos, les tomó a ellas un ímpetu y furor tan esforzado y varonil que, subiendo sobre la muralla, echaron tantos fuegos y armas arrojadas sobre los enemigos, que fueron compelidos a levantar el cerco y a ponerse en huida. Y después echaron estas mismas mujeres a otro rey fuera de la ciudad, llamado Demarato, que por fuerza de armas había entrado en ella; y con tal ánimo y valentía pelearon en defensa de la patria que le destruyeron y le ahuyentaron de su ciudad, quedando ellas victoriosas. Y en memoria desta victoria que alcanzaron estas valerosas mujeres celebraban cada día postrero del año (en el cual se alcanzó) una fiesta muy solemne al dios Marte, a quien atribuían esta victoria, yendo todas armadas como fuertes guerreros a aquella fiesta.

Después de haber vencido Pirro, rey de los epirotas, muchas y muy grandes batallas a las más fuertes y belicosas naciones del mundo, yendo contra los espartanos fue dellos vencido con ayuda de los de Lacedemonia, señalándose en esta batalla mucho más la fortaleza de las mujeres que en ella pelearon que la de los varones, por cuyo esfuerzo confesó el fuerte Pirro y toda la gente de su ejército haber sido vencidos; y así, decía este vencedor de muchos reyes y batallas que la cosa que más le había amancillado era el haber sido vencido de las mujeres de Lacedemonia.

En Bohemia fue insigne en fortaleza Valasca, doncella, la cual primero se crio en el palacio de la duquesa de Libusa, y, muerta ésta, juntó consigo un ejército de mujeres, al modo de amazonas, y hizo guerra a Primislao, duque de Bohemia, y en una batalla mató por sus manos siete valientes soldados y alcanzó algunas victorias. Al cabo, en una emboscada, Valasca y algunas otras de sus mujeres fueron muertas, aunque primero vengaron bien sus vidas.

El Petrarca hace mención y dice que fue testigo de vista de una doncella llamada María, natural de cierto pueblo del reino de Nápoles que se dice Preteolo, la cual andaba armada entre soldados, y, en diversos trances en que se vido, ella era la primera que acometía y la postrera que se retiraba, hiriendo y matando muchos de los enemigos; y, recibiendo ella no pocas heridas, en sanando dellas tornaba de nuevo a pelear, causando a todos los que la conocían y veían espanto y admiración. Y no sólo alaba el Petrarca su fortaleza, sino

289.- O 'Telesila'

también su castidad; que, con ser mujer libre y andar siempre entre soldados, nunca se tuvo della sospecha ni mal indicio, sino que de todos era tenida por doncella honestísima.

Ursina, mujer de Guidón Taurelo, señor de una fortaleza llamada Guastala, estando ausente su marido, vino el ejército de los venecianos a cercarla. Ella se armó y subió en un caballo y, con la gente que tenía, no contentándose de defender la fuerza estando dentro, salió al enemigo y, matando por su mano a muchos de los principales, hizo huir a todo el poder de Venecia y quedó libre su castillo.

Filipe de Valois, rey de Francia, habiendo mandado matar en la ciudad de París a Juan, duque de Bretaña, un deudo suyo, llamado también Juan, que era conde de Blois, pretendió aquel ducado. Hizo gente y, favoreciéndose de otros poderes estraños, fue a tomar la posesión dél; mas la viuda, mujer que había sido del duque Juan, tomó armas y hizo gente y, saliendo contra el Conde, se dio tan buena maña que en una batalla que se dieron le mató y dejó a sus hijos libre el ducado de Bretaña.

Margarita, hija de Voldemaro, rey de Suecia, y mujer de Aquino, rey de Nuruega, habiendo venido a su poder ambos reinos por muerte del padre y del marido, añadiendo a ellos el de Dacia, también por muerte de Olao, hijo suyo, levantole guerra Alberto, duque Magnopolense, pareciéndole que por ser mujer la quitaría las tres coronas y haría de ellas una para sí. Y engañose, porque la viuda, rabiosa con tantas muertes, le salió al encuentro con buena gente y manijó el negocio de tal manera que le venció y prendió y, a modo de vencedor romano, volvió con él, triunfando, a su casa.

Orieta de Oria, ginovesa, estando en la isla de Lesbo, llegó allí la armada de Amurates, Gran Turco, y puso cerco a un fuerte llamado Molagno, donde era gobernador Lucas, marido de la misma Orieta, aunque ausente. Hallose con poca gente la valerosa mujer, y de poco ánimo, de modo que trataban de darse al enemigo, por lo cual ella los quiso dar a la malaventura. Armore y hízolos armar a todos, y, poniéndose a la defensa del muro, se dio tan buena maña que mató a muchos, y los demás, desconfiados de poderle entrar, se fueron. Todo lo dicho destas valerosas y fuertes mujeres refiere Fulgoso en su libro tercero.

Estando ciertas vírgines romanas en rehenes en poder de Porsena, rey de Tuscia, una dellas, llamada Celia, se salió de noche del real y asió un buen caballo y, subida en él pasó el Tíber a nado; pero, como Porsena la tornase a pedir a los romanos, ellos se la dieron. Y, espantado el Rey de su ánimo y esfuerzo, le concedió que se volviese libre con los captivos que quisiese.<sup>290</sup> Y ella, según Plinio, escogió los niños y doncellas cuya edad le pareció que corría más peligro; por lo cual le hicieron estatua pública los romanos.

Dice Sabélico que, teniendo los turcos muy apretado a Cocino, pueblo de la isla de Lemnos, y a punto de perderse, llegando la armada en su socorro, los turcos alzaron velas y se fueron. Viniendo al pueblo el general veneciano, le fue traída delante dél una doncella afirmándole haber sido la principal defensa del pueblo, porque, como su padre fuese muerto por un turco en la puerta del pueblo, que defendía, la valerosa Murala (ansí llamada la doncella) arremetió a la espada y escudo de su padre y se puso en la puerta contra los turcos, que ya entraban, y los detuvo un rato hasta que, ayudada de los del pueblo, les dio tal carga que los retrajo a cuchilladas hasta sus galeras, y quedó, ansí, su pueblo libre. Esta doncella no degeneró nada a la antiquísima Isífle, ni de las otras hembras de aquella

290.- Orig.: 'quiesse' (597r).

isla que mataron a todos los hombres y se quedaron con la tierra hasta que llegaron allí los Argonautas con Jasón, yendo en la jornada del Vello cino dorado de Colcos.

No sólo en los varones españoles se ha hallado mucho valor y esfuerzo en las cosas de la guerra, sino también en las mujeres españolas; y entre las que en esto se han señalado son las siguientes.

La condesa doña María, mujer de don Álvaro Pérez de Castro, estando su marido ausente en Castilla, defendió la fortaleza de Martos al rey de Granada, que con todo su poderío la sitió y combatió hallándose esta señora sola con sus doncellas y criadas, a las cuales mandó que se destocasen y pusiesen de manera que pareciesen hombres y se asomasen entre las almenas y peleasen varonilmente. Lo cual se hizo así, y se defendió haciendo la Condesa el oficio de esforzado capitán hasta que llegó don Tello, su sobrino, que había salido a correr la tierra con todos los soldados y caballeros que tenía de presidio en aquella fuerza, dejando a la Condesa sola, según que lo refiere Bernardino de Escalante en los *Diálogos del arte militar*.

Doña Aldonza Zagal, siendo capitán su marido de la gente de Almería, como sucediese estar él ausente con la gente de guerra y en aquella sazón un tan gran rebato que pensaron ser perdidos los de la ciudad, viendo la dicha señora que los ciudadanos, por ser pocos, estaban tan atemorizados que no se atrevían a salir a pelear con los enemigos, salió la primera de su casa con tan buen denuedo a esta defensa que con su ejemplo se animaron todos, de suerte que no solamente defendieron bien su ciudad, mas aun mataron muchos enemigos y los hicieron retirar.

Cuando Junio Bruto, capitán romano, hacía guerra en Galicia, echando de ver que seguir los enemigos era mucho trabajo (por la aspereza de la tierra) y el dejarlos grande ignominia, y que en vencerlos había poca honra, por esto tuvo por mejor robarles la tierra; porque así enriquecía su ejército y cada uno de aquellos capitanes gallegos se volvería a socorrer su tierra y, así, se desharía lo grueso de su campo. Comenzando a destruir y robar cuanto hallaba y a matar los que a las manos les venían, como las mujeres anduviesen en la guerra con sus maridos y fuesen también, por mandado de Bruto, muertas como ellos, fue cosa notable que cuando las degollaban se mostraban tan animosas que jamás se les oía palabra ni gemido. Porque el esfuerzo y braveza española no sólo se ha hallado en los hombres, sino también en las mujeres. De la excelentísima Reina Católica se escribe en su historia que guardaba tanto la continencia y modestia de su rostro que en los tiempos de sus partos o enfermedades encubría los sentimientos de los dolores o pena que sentía con tanto esfuerzo que parecía que no tenía aquellos dolores y angustias que las demás mujeres suelen mostrar.

### Capítulo xxxi: Del dolor y tristeza con que se despiden los que bien se quieren cuando se ofrece ir a tierras remotas y apartadas, y de algunas mujeres que en este sentimiento se señalaron

**E**L apartarse de las personas que uno bien quiere se dice *partida*, como quien dice: *parte va y parte queda*; porque así como el que parte para la otra vida, yéndose el alma deja el cuerpo en la tierra hasta el Juicio final, así el que bien quiere, apartándose con el cuerpo del que mucho ama deja en él su alma y corazón con la entra-

ñable afición y continúa memoria que dél tiene. Por el sentimiento de dolor que muestran las personas que bien se quieren desde luego que de la partida se trata y determina para tierras estrañas y remotas, comenzando desde entonces a sospirar y entristecerse sin aguardar a la ejecución, se echa muy bien de ver cuán de veras es la pasión que sus angustiados corazones padecen a la despedida, siendo a ella constreñidos por tan forzosas ocasiones que sin mucha pérdida no es posible excusarla.

Del pulpo se escribe (como dice Erasmo en sus *Quiliadas* y se tiene mucha experiencia dello) que cuando está asido a alguna peña se aprieta tanto a ella que los que le quieren pescar primero le arrancan a pedazos que della se despegue, y que si llegan la yerba pulicaría (dicha así porque mata las pulgas, y por otro nombre coniza, o conila) sólo el olor della le hace totalmente perder las fuerzas y al momento se despegue. Y por esto con la pintura del pulpo y desta yerba significaban los antiguos egipcios el súbito apartamiento de la amada patria y de la dulce y buena compañía; porque así como sin causa precisa no hay quien saque al hombre de la tierra donde nació y fue criado o tiene su vivienda o reposo, así, cuando ésta se ofrece (que es la yerba para desasirle de donde tiene puesta su afición), le hace dejarla más que de paso, sacando fuerzas de flaqueza para mostrar que con prompta voluntad se mueve a dejar su quietud por lo que es necesario y provechoso.

La ausencia es símbolo de la muerte, y así como la muerte se celebra con lágrimas y congojosos pensamientos, así es celebrado el haberse de apartar de la amada compañía con estas mismas ceremonias. En esta sazón no hay cosa de contento que alegre ni deje de convertirse en llanto. En el lecho no se halla reposo, ni en los regalados manjares gusto ni sabor. La vista de la mujer y hijos, amigos y parientes, que antes sumamente deleitaba, entonces se torna en amargura; porque cuanto mayor es el amor que se tienen mayor es el dolor que sienten en apartarse; porque luego al que parte y al que queda se le representan las muchas desgracias que en los largos caminos suelen suceder e impedir el volver a verse, y así, están llenos de sobresaltos y temores, y dicen entre sí: «Si ha de ser ofendido del rigor del invierno, de la fuerza del sol, de los furiosos arroyos, de los caudalosos ríos, de los peligrosos pasos de los puertos, de los salteadores y cosarios; si ha de caer con él la mula, si le dará alguna enfermedad donde no haya quien le cure ni tenga algún regalo y alivio». Luego hace un alarde en su memoria de grandes desventuras que a muchos han sucedido caminando, y teme no le acaezcan otras semejantes. De todas estas cosas y otras muchas es una persona tan atormentada y afligida que, aun esforzándose más de lo que puede, la razón que comienza no se la dejan acabar los sollozos y lágrimas. De tal manera aprieta este dolor de la despedida que los muy varoniles y esforzados, para no enternecerse y mostrar flaqueza, usan de invenciones discretas para partirse sin ser vistos de los que bien quieren, por no dar a beber tan amargo trago ni pasarle, como es el volverles las espaldas a vista de sus llorosos ojos.

Una de las despedidas que con más ánimo y esfuerzo se han hecho fue la que el glorioso doctor san Jerónimo cuenta de la bienaventurada sancta Paula, cuando, por huir de las honras y grandezas que en Roma tenía y mejor poder servir a Dios, se partió a visitar los Lugares Sanctos de Jerusalén, donde murió. Pues dice este sancto doctor: «Cuando el tiempo y pasaje para la noble Paula fue llegado, acompañada de infinitos parientes de gran nobleza, de muchos criados y, lo que más sentía, de sus propios hijos, ella se vino a embarcar al puerto. Todos los que la acompañaban jamás dejaban de suplicarle con ruegos



y lágrimas no quisiese usar de tan gran crueldad en desamparar así su tierra y parientes desterrándose para siempre dellos, y a todos sus ruegos tenía cerradas sus orejas. ¡Oh maravillosa fe! ¡Oh firmeza nunca vista! ¡Oh extraño fuego de caridad! Llegan los propios hijos, puestas las rodillas en tierra, regando con lágrimas el suelo delante de su buena y verdadera madre, y, siendo la mujer de mayor clemencia que en el mundo había y la que más a sus hijos amaba (a los cuales ya había hecho herederos de todos los bienes que poseía), constantemente los ve llorar y oye sus peticiones y, sin faltar un punto de su primer propósito, les vuelve el rostro y se va a la nao. Ya las velas se tendían y la nao quería arrancar del puerto cuando Tosocio,<sup>291</sup> hijico suyo (que solo le era varón), viéndola así apartar, sus brazos tendidos, a grandes voces, decía: ‘¡Oh, mi madre! Y ¿así me dejas para siempre?’ Juntábase con él Rufina, hermana suya, doncella y en edad ya para casarse, y delante de su madre lloraba amargamente y decía mayores lástimas que el hermano, y suplicábala que a lo menos aguardase hasta dejalla casada y puesta en compañía de su marido. Mas a todo esto viérades los ojos de Paula enjutos y puestos en el cielo, sacando entrañables gemidos (que bastaban a llegar delante del divino acatamiento), determinándose ser impía y cruel para sus hijos por mostrarse humana y piadosa para con Dios, olvidábase que era madre por acordarse que era sierva de Jesucristo, rompiábase las entrañas y casi quería reventar de dolor peleando el amor de sus tiernos hijos (que para siempre dejaba) con el que por otra parte tan firme con Dios tenía. Tanto más espantosa se mostró Paula a los que presentes la miraban cuanto la obra era más maravillosa, porque no podía ser obra de mayor crueldad que apartar los hijos de la madre y dejarlos en poder de enemigos y en tiempo que todos los romanos estaban en captividad. Pues sabed que la gran fe de Paula bastaba a quebrantar todas estas leyes de amor natural; y no sólo las quebrantaba, mas aun con alegría lo deseaba, mostrando tanto mayor el amor que con Dios siempre tenía cuanto por el menos estimaba el de los hijos. Ya la nave hacia su viaje, salida del puerto, y todos los que en ella iban tenían puestos sus ojos con grande atención en el puerto de donde partían, mirando la gente que quedaba mirándolos; más sola Paula fue la que jamás volvió sus ojos atrás por no ver lo que sin gran dolor y tormento no pudiera mirar».

Viniendo el Gran Turco Amurrates contra Epiro con poderoso ejército a tomar venganza del valeroso Castrioto, príncipe de Epiro y de Albania, que en sus tierras y ejército le había hecho infinitos daños, apercibiéndose Castrioto cómo era menester contra tan gran potencia, aliende de la gente de guerra en la fortísima ciudad de Croya tenía (sobre la cual venía el Turco a poner cerco), puso en ella muchos soldados y hizo salir a las mujeres y a todos los que no eran para poder pelear, por que no gastasen los bastimentos que habría menester la gente de guerra. Y como hubiesen de ser llevados a las ciudades marítimas y del señorío de venecianos por más seguridad, salieron de Croya haciendo terribles llantos los que iban y los que quedaban, viéndose apartar padres de hijos y los maridos de sus mujeres, y desamparar su ciudad y las casas donde nacieron, yendo los unos a extrañas tierras y quedando los otros a tantos riesgos y peligros, dudosos si se volverían a ver.

De Guillermo, rey de Ingalaterra y duque de Normandía, cuenta Polidoro que, por ser muy amigo de caza y hacer mayores y mejores sus bosques, mandó derrocar en Ingalaterra todos los pueblos e iglesias y alcarías que había desde Sarisberia<sup>292</sup> hasta la costa del mar de

291.- O ‘Toxocio’.

292.- O ‘Sarisburia’: Salisbury.

Mediodía, por treinta millas de tierras. Y, echando la gente de toda aquella tierra para que mejor se criasen los montes para las fieras y demás animales silvestres, salían los naturales regando la tierra con lágrimas, volviendo las cabezas a sus casas y heredades, rompiendo los cielos con clamores llamando al Rey de tirano, perro y enemigo del linaje humano, que quitaba la tierra a la gente cuya era y en ella había nacido y tenía su afición, por darla a las bestias bravas del campo. Estos bosques se llamaron la *Nueva floresta*.

Cuando el rey Francisco de Francia fue preso en la de Pavía y traído a España, habiendo estado en ella algún tiempo y estando para partirse a Francia, como dejase a sus hijos en rehenes, viendo que por su partida sin ellos quedaban muy llorosos y con suma tristeza, el amoroso padre (disimulando el ansia de su corazón lo mejor que pudo) les dijo, consolándolos: «Hijos míos, a mí no me pesa de vuestra venida a España, antes doy muchas gracias a Dios por ello; que no os dejo en poder de gentes bárbaras, sino con los Príncipes de España, deudos nuestros, y con los muy nobles caballeros della, para que aprendáis sus costumbres y buenas maneras».

Yendo los venecianos con grande armada, llevando en ella las galeras del Papa y de el Rey de Nápoles, deseando destruir las tierras del Turco por las crueldades que Nigropon-to había hecho, navegando de noche con gran silencio, saltaron en la provincia de Jonia y entraron en la ciudad de Esmirna, descuidada de tan gran daño. Y matando a los hombres que se les pusieron en defensa y cautivando a dueñas y doncellas que a gritos hundían los cielos, sucedió que una viuda, no doliéndose de otra cosa más que de apartarse de su marido, ya defunto, se acogió a su sepultura y, hablando con él, decía mil lástimas de dolor, encareciéndole mucho no fatigarse por esperar de ser captiva y haber de dejar sus bienes, sino por haberse de apartar dél, siendo la cosa que en este mundo más amaba. Y, hiriendo su rostro y mesando sus cabellos, derritiéndose en lágrimas y sollozos, viendo cabe sí los soldados que la querían prender, se abrazaba con el túmulo sin poder ser de allí quitada, y, pidiendo que se le hiciese tan gran beneficio que se le quitase allí la vida y no fuese apartada de su marido, estendía su cuello para que sobre su sepulcro la degollasen. Si la compañía del marido defunto que en vida se amó, tanto se siente perder que se escoge antes la muerte que el dejarle, ¿cuál será el dolor de aquellas que los quieren como a su alma y, siendo vivos, se veen apartar de su dulce compañía quedando sin esperanza de tornarlos a ver?

Por mandado del cruel emperador Nero, llegó un centurión a su buen maestro e insigne varón, Séneca, a decirle cómo estaba sentenciado a muerte y que luego la pusiese en ejecución por la manera que mejor le pareciese. Séneca estaba entonces con dos amigos suyos y con su mujer, y, después de se haber despedido de sus dos amigos, que amargamente lloraban, abrazó a su mujer Paulina, nobilísima matrona, y, hablandose un poco con aquella ternura y con el temor que su muerte le ponía por sólo que su mujer la había de sufrir con gravísimo pesar, comenzole a pedir y rogar dulcemente que templase su dolor y no lo continuase por toda la vida, sino que la pasase sin tristeza y aplacase el deseo de su marido en consideración de cuán bien había pasado su carrera, que era el mayor y más honrado consuelo que le podía dejar. Ella le respondió que ya no podría durar más en la vida, y por eso tenía determinado de morir luego, y pidió que llegase alguno a matarla. Séneca, no contradiciendo a tan varonil propósito (que se tenía entonces por muy honrado), y también vencido con el amor que a su mujer tenía, por no dejarla a peligro de que fuese de alguna manera injuriada, le dijo: «Yo te mostraba, mi Paulina, buenos alivios

para la vida, y tú quieres más la honra de muerte gloriosa. Yo no estorbaré que quede de ti tan singular ejemplo: la constancia de morir con mucho denuedo sea en ambos igual; que en tu alta determinación habrá gloria más esclarecida». Tras esto, en un mismo punto se rompieron ambos las venas en los brazos. En Séneca la vejez y la mucha dieta detenían la sangre que no pudiese salir bien. Rompióse por esto también en las piernas y en los tobillos. Cansado después con el grave tormento que le era detenerse tanto en la vida, por no lastimar y abatir el ánimo de su mujer con su sentimiento, y también por no enternecerse y moverse con verla penar y morir, persuadióla que se pasase a otro aposento. Séneca tomó un vaso de ponzoña, y ninguna cosa le valió el beberlo, porque le faltaba el calor natural y no podía el veneno derramarse por el cuerpo (que tenía ya atapadas las canales de las venas); y así, con un baño de agua caliente fue ahogado. Por mandado de Nero se le estorbó a Paulina que no se matase; mas, como le había salido tanta sangre, quedó tan blanca en el rostro y cuerpo que por cosa notable se miraba, y a poco tiempo murió.

Cuenta Gregoras que, haciendo los turcos una grande entrada en las tierras del Imperio en tiempo del emperador Micael Paleólogo, de suerte que, vencido el campo del Emperador, se apoderaron desde el mar de Ponto y Galacia hasta el mar de Licia y Caria y hasta el río Eurimedonte, fue cosa notable la multitud de personas que cautivaron en esta entrada, llevando cuanto tesoro y alhajas y fue posible, lo cual repartido entre ellos, quedaron todos ricos. Aconteció que llevaron dos doncellas hermanas, que se amaban entrañablemente, y, al repartir, cupo cada una a diverso dueño; y las tristes doncellas sintieron tanto el haberse de apartar y el verse en poder de gente tan bárbara, que, mirándose la una a la otra y derritiéndose en lágrimas y sollozos, se abrazaron, y así abrazadas, con el excesivo dolor de sus corazones, espiraron a la par, cada una en los brazos de la otra.

Sabiendo Emergetes, rey de Egipto, que Cleomenes, rey de Lacedemonia, había perdido dos ciudades que antes había ganado a los aqueos, y que andaba de caída y que le cumplía mucho tenerle de su parte contra el rey Antígono, le envió a prometer su favor si le diese en rehenes a su madre y a su hijo. Visto que esto le estaba bien y le era forzoso, llegó muchas veces Cleomenes a su madre Crasiticia<sup>293</sup> (excelentísima hembra) con voluntad de se lo decir, y nunca se atrevió hasta que ella vino a entender su empacho (aunque no imaginaba qué fuese lo que demandar le quería), y así, le constriñó tan de veras le descubriese su corazón, que él vino a decirle lo que pasaba. Y ella, sonriéndose, le dijo: «Y ¿cómo, hijo mío? Y ¿esto era lo que tantas veces me quisiste decir y no te atreviste? Por cierto, mejor hicieras desde el principio meter este mi corpecillo caduco por su vejez en un navío y enviarle adonde pudiera nuestra patria recibir dél algún provecho, pues es mejor que acabe sus días sirviendo a la tierra que le crio que no te muera en ociosidad y holganza». Concertada la partida, se fueron paseando hasta el promontorio del Tenaro, donde estaban las naos en el puerto, y, metiendo la vieja consigo a sólo su hijo en el templo de Neptuno, le tomó entre sus brazos cargándole su cara de besos y lágrimas como si adivinara que nunca se había de tornar a ver con él en la libertad que entonces tenían, y, viendo al hijo enternecido (con tener un corazón de mil leones), le dijo con muestras de ánimo muy entero (por más que su ánima desfallecía de dolor): «Mira, rey de Lacedemonia, que ninguno entienda que

293.- O 'Cratesicleia' (602r).

habemos llorado ni hecho cosa indigna del ánimo que los lacedemonios<sup>294</sup> deben tener en sus adversidades, porque esto es nuestro de hacer, en lo demás, de Dios: Él corte a nuestras cosas como más fuere servido». Con esto tomó el nieto de la mano y, embarcada, llegó a Egipto y se entregó al rey Ptolomeo, teniendo en poco la prisión en que había de concluir con sus cansados días a truco de sacar a su hijo y a su tierra de afrenta y necesidad. Dende a pocos días supo cómo su hijo no quiso hacer paces (estándole bien) con los aqueos, por ser enemigos de Ptolomeo, por que ella no fuese del mal tratada, y envióle a decir que por una vieja y un niño no dejase de hacer lo que más cumpliese a su honra y bien de su reino, sin mirar en qué podría hacer Ptolomeo della. Tales corazones criaba la nación lacedemónica y tales los deben tener todos los nobles y los sabios, si ya la gente vulgar no llegare a tanto y la virtud verdadera, que sabe padecer por la justicia, los cría tales.

Sabiendo los cartaginenses que los romanos habían pregonado la guerra contra Cartago y que la armada romana estaba ya en Sicilia, enviaron a Roma sus embajadores protestando serles amigos y confederados, y que estaban prestos para cumplir cualquiera cosa de las capituladas, si por ventura habían faltado en algo, y suplicaron a los romanos no les declarasen la guerra ni los quisiesen fatigar por lo que no habían pecado. La respuesta que los romanos dieron fue que los cartaginenses entregasen dentro de treinta días treientos muchachos de los principales de Cartago a los Cónsules que estaban en Sicilia y que después les declararían la respuesta. Sabiendo esto en Cartago, luego se recogieron treientos niños, la flor de la nobleza cartaginesa, para llevarlos a los Cónsules. Y dice Apiano que fue tanto el temor que los de Cartago tuvieron, que, con haberles dado treinta días de plazo para entregar las rehenes, que dentro de veinte días se les dieron; y, pintando los llantos de las señoras cartaginensas, dice que salieron hasta el puerto a embarcar a sus tiernos hijos, no hartándose de los mirar por el camino, arrancándoseles los corazones de dolor considerando ser infelice su suerte, pues en tan temprana edad eran así entregados de sus propios padres para ser captivos, y, creyendo que nunca más los volverían a ver sus ojos (como a la verdad fue así), los metían entre sus brazos cubriéndolos de lágrimas sin poderles hablar palabra por ser tan impedidas con los muchos suspiros y sollozos que estaban a pique de reventar. Fue tan grande la angustia que a su dolor sobrevino cuando, apartando a sus hijos de sus brazos, los vieron embarcar, llorando y gritando aquellos inocentes por verse ya desamparados del regalo y presencia de sus madres, que como fuera de sí andaban lamentando su desventura por aquella ribera las que no estaban desmayadas sobre aquel suelo. Sabélico afirma que algunas quedaron muertas del dolor que sintieron en ver apartar de sí sus hijos. Mirando estuvieron estas señoras los navíos hasta perderlos de vista, y luego se volvieron a Cartago solas y con tan grande desconsuelo que quebraban los corazones a los que las habían salido a ver y acompañar. Y algunas dijeron a los que pretendían consolarlas que no pararía el llanto de Cartago en el que ellas hacían por la pérdida de sus hijos, porque los romanos no se entregaban dellos para usar con Cartago de alguna piedad, sino para más a su salvo procurarle su destrucción. Cumpliose esto tan bien que con verdad pudo decirse que aquellos niños por su cautividad fueron los mejores librados, pues no se hallaron a morir con sus padres cuando peligró abrasada en fuego su ciudad por el segundo Scipión Africano, capitán del romano ejército.

294.- Orig.: 'Lacedomonios' (602v).

De un santo monje del Yermo se lee que vivía como espantado y lleno de temores. Y preguntado qué era lo que temía, respondió que tres cosas: la una, la triste despedida que había de hacer su alma del cuerpo con quien tantos años había tenido tan estrecha compañía y amistad; la otra, haberse de presentar ante el Tribunal de Cristo; y la tercera, la temerosa sentencia que había de oír de su boca contra los malos. El santo Pontífice Inocencio, tercero deste nombre, estando a la muerte despidiéndose de sus amigos y familiares con gran sentimiento y dolor, entre otras palabras que allí habló dijo las siguientes: «Quedaos en buena hora, amigos míos, y rogad a Dios por mí. Yo me parto para una jornada que nunca hice, a una región estraña que nunca vi, al siglo de las almas de donde nadie volvió, a las moradas tremendas donde no habrá quien se comparezca, al juicio terrible donde no sé como me irá. ¡Ay, triste de mí, que busco favor y no le hallo, busco compañía y no hay quien de mí se duela!». Si este santo pastor, lleno de virtudes y santidad, temía tan de corazón de haber de hacer esta larga jornada y de sus sucesos, ¿qué hará la enferma ovejuela cercada de lobos, que vive con seguridad y descuido?

La más triste y lastimosa despedida de cuantas jamás habrá habido será aquella de Cristo, nuestro Redemptor, en el día del Juicio para los malos, cuando se despida dellos con aquellas terribles y últimas palabras: «Íos, malditos, al fuego eterno que os está aparejado». ¡Oh, triste y miserable apartamiento cuando se apartare el hijo pródigo y desperdiciado pecador del benignísimo Padre y vaya a las zahúrdas de los puercos infernales, desperdiciada y perdida la herencia y legítima que gozan los otros hermanos que al Padre eterno fueron obedientes! Del cual apartamiento dice el Redemptor: «Yo vine a apartar al hombre de su Padre», por que por el tenor desta sentencia será el pecador apartado para siempre del Padre celestial que le crió y le dio ser y vida y conservación. En la pronunciación desta sentencia dice Cristo: «Apartaos de mí, que soy fuente de vida, benignidad inmensa, gozo infinito y gloria eterna». «Pues que así es, Señor (podrían replicar los malaventurados), que nos despedís y alejáis de vuestra presencia, bástenos estar ausentes de nuestro Padre, bástenos el destierro de nuestra patria, el enviarnos sin vuestra bendición y en desgracia vuestra. Contentaos, Señor, con estas tan crecidas penas y con vernos despedidos para siempre de alegría, y sea nuestro destierro en la soledad de los desiertos entre los fieros animales». «No ha de ser así (dirá la divina Justicia), sino que os habéis de alejar de mí y habéis de ir desterrados a perpetuo destierro, y no a otra parte sino al fuego eterno de las tristes moradas infernales».

En una sola sazón se muestra el corazón del hombre tierno y duro, que es cuando se parte de quien de veras ama. Por una parte no es más blanda la cera derretida, por otra parte, las palabras de la partida parece que se escriben en acero. No sé qué se tiene aquel «Sólo hoy nos queda», que la menor palabra hace presa de las entrañas, de suerte que, como el registro del escribano fiel jamás se pierde, así aquella memoria jamás se borra del alma. No se hallará viuda en el trato y el deseo que no tenga fresca la memoria de las últimas palabras con que espiró su marido, ni hijo agradecido que no repita los consejos que le dio su padre con la candela en la mano. San Pablo dice a los hebreos que para que el testamento quede firme conviene muera el testador, y que, muerto, queda con grandísima firmeza. Pues si testamento escrito en papel recibe fuerza y valor por la muerte de quien le hizo, el que en el testamento escrito no en papel, sino en el alma, no con tinta de agallas, sino con sangre viva, partido el amigo o muerto, no será mucho sea perdurable.

De algunos animales se escribe que, teniendo el corazón de carne cuando viven, se les hiela de suerte cuando mueren que quien no supiese el secreto juraría que era guijarro. Pues si es verdad en quien más ama que muere muere más viva cuando su amigo muere y que cuando se despide dél pasa más grave dolor que si se partiese de la vida, no es mucho que las entrañas se le enfríen como un yelo y se le endurezcan como un canto y que las palabras que en ellas se escribieron cuando estaban tiernas las conserve después de endurecidas para jamás olvidallas. Después de muerto el patriarca Jacob, parecióles a sus hijos que su hermano José podría resucitar la memoria de las ofensas que en su niñez de ellos había recibido. «Quizá (dicen) la presencia y el amor de nuestro padre le enfrenara». Arrodíllanse todos juntos y dícnle: «Al tiempo que nuestro padre quería espirar, nos encomendó con grande encarecimiento os diésemos un recaudo de su parte, y fue: ‘Decilde de mi parte que le ruego yo que ponga el olvido los agravios antiguos que le hicieron sus hermanos’». Enternecióronsele las entrañas a José y luego comenzó a derramar lágrimas, porque palabras de tan buen padre y dichas a tal sazón, ¿a quién no enternecieron?

Por que saquemos deste capítulo alguna doctrina provechosa, digo que este recaudo del patriarca Jacob podemos dar a todo el cristianismo de parte de su padre Jesucristo, Señor nuestro. A la hora de su muerte dijo a los suyos (y en ellos a todos los fieles): «Discípulos míos, poco es el tiempo que me queda: no me dan mis enemigos más de doce o quince horas de vida. Desahuciado estoy del pueblo y de sus príncipes; cerrado está ya el proceso y mañana a estas horas habré espirado. La vida me cansa, la luz me ofende, el deseo de la muerte me congoja. Si en algo os tengo obligados, mostraldo en esto: que os améis unos a otros de la manera que yo os amo». Con razón no puede llamarse Hijo verdadero el que a tan buen Padre no obedeciere en mandamiento tan justo, y puesto en tan particular ocasión como fue en su despedida y muerte, para que con amor de hijos se nos imprima en el corazón y como a José se nos enternezcan las entrañas cuando fuere menester perdonar a nuestros prójimos.

El mismo Señor nos dé su gracia para que en esto y en todo le sirvamos. Amén.

FINIS

## TABLA DE LOS CAPÍTULOS que se contienen en este libro llamado *Vida política de todos los estados de mujeres*

El primero tratado, del estado de las doncellas, contiene diez capítulos,  
que son los siguientes:

I: De cómo las madres deben criar a sus hijos; y, si les dieren amas, las condiciones que han de tener .....	19
II: De cómo se han de criar las doncellas, y de la excelencia de la virginidad .....	25
III: De la hermosura humana, la cual suele más resplandecer en las doncellas que en las demás mujeres, así como en el árbol cuando está adornado de su flor; y de las exteriores aparencias .....	40
IV: De la vergüenza .....	51
V: De el daño que hace en las doncellas la lección de los libros profanos y de mentiras, y de el provecho que de los buenos y sanctos libros se saca .....	57
VI: Del amor .....	62
VII: Cómo la doncella debe mucho mirar de quién se fía, para no hallarse engañada y sin remedio .....	73
VIII: De la excelente virtud de la castidad y honestidad .....	79
IX: De la deshonestidad, y de cuán infame y afrentoso es este vicio .....	90
X: De cuán loable cosa es en la doncella y en toda mujer ser amiga del trabajo y virtuosos ejercicios, y de cuánto vituperio y oprobrio es la ociosidad .....	96

El segundo tratado, del estado de las religiosas, contiene treinta capítulos:

Prólogo .....	105
---------------	-----

### Instrucción para las monjas y ayas

I: De la que ha de ser elegida en maestra de novicias, y del ejemplo que debe darles; y cómo en sus primeros años las ha de imponer en loables costumbres con todo cuidado, so pena que por las faltas de sus súbditas será muy culpada de todas .....	107
--	-----

II: Cómo la maestra ha de procurar conocer bien sus novicias para corregirlas según su necesidad; y para esto se ha de valer de su industria y arte; y tenga paciencia si no viere lucir su trabajo como desea, y proceda rectamente sin mostrar temor .....	115
III: De lo que principalmente ha de enseñar la maestra a sus novicias .....	123

### Ceremonial de las novicias

IV: De la guarda y honestidad que la religiosa ha de tener en el coro .....	125
V: De la modestia y diciplina que la nueva religiosa ha de tener en el refitorio.....	126
VI: Cómo se ha de haber la religiosa en la celda .....	129
VII: Cómo se ha de haber la religiosa en el trabajo.....	131
VIII: De la manera que la nueva religiosa debe tener en andar por el convento .....	133
IX: De la guarda del silencio.....	134
X: De la humildad y acatamiento con que la religiosa debe hablar con su prelada.....	136
XI: Cómo la nueva religiosa debe descubrir su corazón a su maestra o a su confesor, conforme el caso lo requiere, para que dellos sea enseñada .....	137
XII: De la humildad y paciencia con que la religiosa debe llevar las reprehensiones que le fueren dadas.....	137
XIII: De la sancta obediencia que la nueva religiosa debe guardar .....	138
XIV: De la perfecta pobreza que la religiosa debe tener .....	140
XV: De la castidad con que debe conservarse la religiosa .....	142
XVI: Que la religiosa no debe hacer abstinencia sin licencia de su prelada o maestra .....	143
XVII: Cómo se han de decir las culpas en la mesa y Capítulo.....	144
XVIII: De cómo la religiosa debe confesar y comulgar .....	145
XIX: De el ejemplo que la religiosa debe dar cuando hablare con seglares.....	148
XX: Del gobierno del abadesa .....	150
Veinte y cuatro pláticas espirituales, de las cuales las madres abadesas se podrán aprovechar para dar las profesiones y exhortar las virtudes a sus religiosas .....	155
XXI: De la virtud de la perseverancia.....	227
XXII: De cómo con la memoria de Dios se refrenan y vencen los vicios y se alcanza alegría y consuelo espiritual .....	232
XXIII: De la mortificación .....	235
XXIV: De la obediencia .....	241
XXV: De la inobediencia.....	245
XXVI: De la prompta obediencia que se ha de tener a los prelados, aunque sean malos .....	249
XXVII: De la clausura de los religiosos, y del recogimiento de las doncellas y casadas.....	251
XXVIII: De la honestidad y limpieza con que las monjas deben conservarse en su sancto estado .....	261
XXIX: Del grave pecado que cometen los que procuran inquietar las monjas y provocarlas a mal.....	275
XXX: De algunos bienes de la religión.....	281

El tercero tratado, del estado de las casadas, contiene veinte y nueve capítulos:

I: Qué cosa sea el sacramento del matrimonio, y con lo que es más engrandecido y honrado .	287
--	-----



II: Cómo cada uno debe casar con su igual para vivir con contento.....	289
III: De el casamiento con mujer hermosa, y de cuán presto desaparece la hermosura.....	295
IV: De los que se casan por cobdicia de el dinero, o por seguir sus antojos y voluntad sin aguardar otro consejo ni parecer .....	301
V: De cómo la cosa que más al hombre conviene para casarse es el buscar la mujer sabia y de buenas y virtuosas costumbres .....	308
VI: De felices y desastrados casamientos .....	313
VII: De algunos documentos y reglas que las casadas deben guardar para cumplir como es razón con su estado .....	318
VIII: De cómo conviene a la casada el ser callada para tener paz con su marido .....	330
IX: <u>Que</u> enseña cómo la mujer debe gobernar bien su casa y familia .....	333
X: Cómo la mujer debe obedecer y estimar a su marido, y servirle y consolarle en sus enfermedades y trabajos.....	336
XI: De lo mucho que la mujer puede con su marido para persuadirle lo bueno o malo.....	342
XII: Del amor que los casados se han de tener .....	348
XIII: En el cual se declara en qué cosas debe mostrar la mujer el amor que tiene a su marido.....	357
XIV: De cómo el hombre debe tratar bien y con cortesía a su mujer, y de algunos que de esto se preciaron.....	359
XV: De cómo las nueras han de honrar y reverenciar a sus suegras como a sus propias madres .....	363
XVI: De lo que debe hacer la mujer cristiana cuando está preñada, y de la paciencia con que ha de llevar la muerte de sus pequeños hijos, si Dios se los llevare .....	365
XVII: De las madrastras, y de cómo se deben haber con ellas sus alnados y ellas con ellos .....	368
XVIII: De cuán acertado es aconsejarse el hombre con la mujer sabia y huir del consejo de la mala y deshonestá mujer .....	372
XIX: De cómo se debe haber el casado con su mujer cuando siente que anda en alguna liviandad de afición .....	376
XX: De cómo nadie debe alabar lo que mucho ama, y en especial a su mujer, ni menos descubrir su tesoro .....	378
XXI: De la lealtad que entre los casados debe guardarse .....	382
XXII: De cuán aborrecible cosa es el pecado del adulterio, y cuán gravemente ha sido siempre castigado entre todas las naciones .....	386
XXIII: De cómo le está bien al marido disimular algunas faltas de su mujer y mirar por su honra como por la propia suya .....	396
XXIV: De cuán gran nobleza y cristiandad usa el hombre que deja de matar a su mujer hallándola en adulterio, y de lo que en tal caso debe mirar.....	402
XXV: De cómo el homicida es gravemente atormentado de inquietud y temor todos los días de su vida .....	406
XXVI: De cómo algunos hombres han muerto o repudiado a sus fieles y leales mujeres por amor de sus mancebas, y de otros que con falsedad las acusaron de adúlteras .....	413
XXVII: De la rabiosa pasión de los celos .....	419
XXVIII: <u>Que</u> enseña cómo los maridos deben corregir y sobrellevar con industria a sus mujeres cuando las quieren enmendar de sus yerros.....	426
XXIX: De los bienes que a algunos maridos han sucedido por las diligencias y méritos de sus buenas y virtuosas mujeres, aunque fueron algunos injustos y malos.....	429

El cuarto tratado, del estado de las viudas, contiene cuatro capítulos:

I: De las cosas de que más la viuda debe preciarse para la conservación de su virtud y buena fama.....	435
II: De la honestidad que debe usar la viuda en su vestido, y de cómo se debe haber fuera de su casa .....	449
III: De cómo la viuda tiene de criar sus hijos.....	453
IV: Que la buena viuda se aparte del amor carnal y mundano, y cómo el poner su afición en las cosas deste mundo la impide el amar y servir a Dios perfectamente .....	457

El quinto y último tratado, de diversos capítulos de mujeres en general, contiene treinta y un capítulos:

I: Cómo no es buena la demasiada curiosidad, en especial en las mujeres .....	463
II: De la disimulación y fingimiento, y de la facilidad y presteza que en esto tienen las mujeres .....	467
III: De cuán peligrosa es la vista y conversación de las mujeres .....	471
IV: Del vano ejercicio de los bailes y danzas .....	477
V: De los costosos trajes y atavíos de mujeres .....	482
VI: De la crueldad de las mujeres .....	491
VII: De los daños que por mujeres han venido al mundo.....	493
VIII: De las malas y perjudiciales tercerías .....	495
IX: Del vicio de los afeites .....	500
X: Del suave olor.....	504
XI: Si se deben descubrir los secretos a las mujeres .....	507
XII: De cuán peligroso y malo es echar maldiciones, en lo cual las mujeres suelen ser defectuosas.....	509
XIII: De cuán vengativa es la mujer .....	514
XIV: De la continencia de algunos varones, y de la cortesía y modestia que con mujeres se preciaron guardar .....	519
XV: De algunos que de pocos años de edad tuvieron hijos, y otros de muchos años, y de los meses que puede tardar en nacer una criatura .....	525
XVI: De cómo algunas mujeres se han convertido en hombres.....	528
XVII: Del sensual amor, y de sus malos y eficaces efectos .....	529
XVIII: Del vicio de la lujuria, y de los daños y desventuras que suceden a los que a ella se dan .....	538
XIX: De los daños notables que el vicio de la carne hace en la salud y vida corporal de los que le cometen .....	547
XX: De algunos remedios muy saludables y provechosos contra el vicio carnal .....	553
XXI: De la sed insaciable que la mujer mala tiene del interese.....	560
XXII: Del desengaño del ciego y perdido amancebado .....	565
XXIII: De cuán vil y abatida cosa ha y sido es la ramera entre todas las naciones del mundo .....	571
XXIV: De los ensayos e invenciones de que usan las malas mujeres para provocar a los hombres a su afición y amor deshonesto .....	576
XXV: De cómo en perdiendo la mujer la honestidad y vergüenza acomete cualquiera	

traición y maldad.....	582
XXVI: De cómo son muy desdichadas las personas que se dan a las adivinanzas y hechicerías.....	588
XXVII: De la mujer mala, y de sus condiciones y propiedades.....	593
XXVIII: De las grandes excelencias de las mujeres, y de cómo nadie debe hablar mal dellas..	596
XXIX: De algunas excelentes mujeres dotadas de gran sabiduría, entre las cuales se ponen las sapientísimas Sibilas.....	599
XXX: De la valentía y fortaleza que algunas mujeres han tenido .....	604
XXXI: Del dolor y tristeza con que se despiden los que bien se quieren cuando se ofrece ir a tierras remotas y apartadas, y de algunas mujeres que en este sentimiento se señalaron .....	607

## Fin de la Tabla de los tratados y capítulos <sup>295</sup>

295.- Empleo los epígrafes del texto, aceptando de la Tabla original la división del Tratado II en dos apartados ('Instrucción para las maestras y ayas' y 'Ceremonial de las novicias') y la precisión de que las 'Pláticas espirituales' son 'Veinte y cuatro'. La Tabla original amputa un epígrafe por falta de espacio, incurre en 3 claras erratas ('muestras' por 'maestras', 'regliosa' por 'religiosa', 'contento' por 'con contenido'), otra casi segura ('llorar' por 'llevar'), y contiene unas 25 alteraciones irrelevantes, quizá del autor:

Cap.	Texto	Tabla orig.
I-V	De el	Del
I-VII	Cómo	De cómo
I-X	ser amiga ... es la ociosidad	el ser amiga ... la ociosidad
antes de II-I	-----	Instrucción para las muestras (err.) y ayas
II-II	viere lucir	viere que luce tanto
antes de II-IV	-----	Ceremonial de las novicias
II-VI	Cómo	De cómo
II-VII	se ha de haber	ha de proceder
II-XV	la religiosa	la regliosa (err.)
II-XVIII	debe confesar	se debe confesar
	Pláticas ... se podrán aprovechar las madres abadesas	Veinte y cuatro pláticas ... las madres abadesas se podrán aprovechar
II-XXIX	las monjas	las monjas y esposas de Cristo
III-II	con contento	contento (err.)
III-III	De el	Del
III-XIV	de esto se preciaron	desto se preciaron
III-XVI	ha de llevar	debe llorar (alt. + err.)
III-XXVIII	enmendar	emendar
IV-I	De las cosas de que	De las cosas que
IV-II	se debe haber	se ha de haber
IV-IV	Que ... se aparte del amor ... y cómo	Que ... se debe apartar de cualquiera amor ... y de cómo
V-I	Cómo	De cómo
V-II	facilidad y presteza	presteza y facilidad
V-XI	Si se deben	De si se deben
V-XII	echar maldiciones, en lo cual ...	echar maldiciones. (final de la pág.)
V-XVII	sensual amor	amor sensual
V-XIX	daños notables	notables daños
V-XX	saludables y provechosos	provechosos y saludables
V-XXI	sed ... del interese	sed ... por el interese
V-XXV	De cómo	Cómo
V-XXVI	De cómo	Cómo
V-XXVII	propiedades	propiedades

**TABLA ALFABÉTICA**  
de las materias y lugares comunes  
que se contienen en estos cinco Tratados de la  
*Vida política de todos los estados de mujeres.*

**A**consejarse con la mujer honesta y sabía  
Adúltera, usa de gran cristiandad el marido que no la mata  
Adulterio, y penas deste delicto  
Afeites  
Afiación, ciega razón  
Afréntase más el hombre del pecado carnal que del espiritual, y por qué  
Alcahuetas, a la que dellas fía suceden muchos males  
Alnados, solicitados de sus madrastras de mal amor  
Ama, las condiciones que ha de tener para salir bien con su cría  
Amancebado, cuanto tiene da, hasta robar los templos  
Amancebado, el desengaño de su ceguedad y perdición  
Amar, se deprende con el ejercicio  
Amor  
Amor, con otro amor se olvida  
Amor de Dios, en qué se conoce  
Amando lo celestial se olvida lo terreno  
Amor demasiado en las criaturas, el daño que hace  
Amor, desbasta la rudeza del rústico  
Amor excesivo  
Amor, es atrevido  
Amor, es franco y liberal  
Amor, es ocupación de ociosos  
Amor, se halla en las plantas y animales  
Amor, se han de tener los casados  
Amor sensual, cautiva la libertad  
Amor sensual, cómo se arraiga mucho  
Amor sensual, y sus eficaces y malos efectos  
Amor, sus difiniciones  
Amor, todo lo vence  
Amor verdadero, siempre permanece  
Animales y aves de poca potencia son de mayores y sonoras voces que los robustos y fuertes  
Apariencias exteriores, dan muestra de lo interior  
Arrayan, por qué era prohibido en el templo de la Buena Dea  
Atavíos curiosos, concedidos a mujeres  
Avaricia, puede mucho en la mujer  
Aya, lo que se requiere para hacer bien su oficio

**B**ailes y danzas, ejercicios de livianos  
Buen ejemplo, debe dar la prelada  
Buen ejemplo, ha de dar la religiosa en obras y palabras

Carnal, tiene por honra su vicio  
 Carnal y vicioso, es comparado al puerco  
 Casada, ame la presencia y compañía de su marido  
 Casada, cómo ha de gobernar bien su casa  
 Casada, cómo se ha de haber con su combleza  
 Casada, en qué cosas ha de mostrar el amor a su marido  
 Casada, mire a quién deja entrar en su casa  
 Casada, no consienta cosa torpe a su marido  
 Casada, no ponga en otrie los ojos si en su marido  
 Casada, no sea desabrida en su condición  
 Casada, no sea esquiva ni zahareña con su marido  
 Casada, nunca alabe a su marido las gracias de otra mujer  
 Casada, obedezca y estime a su marido y sírvale y consuélele en sus enfermedades y trabajos  
 Casada, puede mucho con su marido para persuadirle lo bueno o lo malo  
 Casada, sea callada si quiere tener paz  
 Casada, sea empachosa y honesta con su marido  
 Casada, sea hacendosa  
 Casada, sea guardosa  
 Casada, sea recogida  
 Casada, sea limpia y asediada  
 Casamiento con hermosa, y de sus peligros  
 Casamiento con mujer sabía y virtuosa  
 Casamiento fundado en interese  
 Casamiento hecho por amores  
 Casamientos desastrados  
 Casamientos felices  
 Casar con su igual  
 Castidad, con pequeñas causas se pierde y queda manchada la fama  
 Castidad, es la virtud que más en la mujer resplandece  
 Castidad, estimada en más que la vida  
 Castidad, es virtud angelical  
 Castidad, excelencias desta virtud  
 Castidad, por la presumpción y soberbia se pierde  
 Castidad, remedios para conseguirla  
 Castiga Dios al deshonesto en esta vida  
 Castigar la carne para sujetarla  
 Castos, son amparados de Dios  
 Celos, cómo han de usar dellos los casados  
 Celos, no debe dar la mujer ocasión a que su marido los tenga  
 Celos, qué cosa sean, y de sus estraños efectos  
 Celosas, no han sido algunas mujeres  
 Celos tiene Dios del que con demasía pone su amor en las criaturas<sup>296</sup>  
 Ceremonial de las novicias  
 Ceremonias, es necesario guardarlas en la religión  
 Clausura  
 Cleopatra, los ensayos que usó para aficionar a su amor

296.- Orig.: 'crituras.'

Confianza, no se ha de hacer si del experimentado y probado  
Confiar en el auxilio de Dios en las cosas de su servicio  
Conversación de mujeres, es muy peligrosa  
Cortar los cabellos a las monjas, qué significa  
Costumbre, es otra naturaleza  
Crueldad de mujeres  
Culpas pequeñas, se han de evitar para no incurrir en las mayores  
Curiosidad, es ordinaria en las mujeres, y los muchos daños que por ella les vienen

**D**años que por mujeres han venido  
Deshonestidad, lo mucho que por este vicio se pierde  
Deshonestidad, no puede encubrirse  
Deshonestidad, vicio afrentoso y vil  
Deshonesto, de todos es murmurado y tenido en poco  
Desnudar a la mujer, es castigo vergonzoso y grave  
Despedida, con qué era significada  
Despidiéndose desta vida, que es lo que más se siente  
Despedirse de los que bien se quieren, con cuánto dolor y sentimiento se hace  
Despreciar cosas grandes es de ánimo generoso  
Despreciar las cosas del mundo por Dios  
Diligencia, por la que se pone se conoce cuánto se desea lo que se pretende  
Dinero, lo mucho que puede  
Dios, las cosas apartadas de su Majestad no alcanzan ser perfecto  
Dios, vuelve por el que calla  
Documentos y reglas para gobernarse<sup>297</sup> bien las casadas  
Doncella, ame el trabajo y buenos ejercicios  
Doncella, ame la honestidad y buenas ocupaciones  
Doncella, huya de oír palabras deshonestas  
Doncella, las cosas que ha de deprender y se le han de enseñar  
Doncella, la vigilancia con que ha de ser guardada  
Doncella, mire de quién se fía para no hallarse engañada  
Doncella, ni dé ni tome con nadie  
Doncella, no hable con vejezuelas ni con mujeres no conocidas o de mala opinión  
Doncella, no la han de confiar de criadas ni parientes  
Doncella, no sea comilona  
Doncella, no se case sin voluntad de sus padres  
Doncella, sea amiga del recogimiento y encerramiento  
Doncella, sea caritativa  
Doncella, sea honesta en su traje  
Doncella, si es bien que sepa leer y escribir

**E**jecutar los buenos propósitos, y no sólo amagar  
Ejemplo, persuade más que las palabras  
Encuentro de dolor, será el de los cómplices en los pecados cuando se toparen en el Infierno  
Enredos de que usa el sensual amante  
Escoger lo sancto y aborrecer lo profano

297.- Orig.: 'gouernarle.'

Espera en Dios el pecador, aunque le parezca que su mal es sin remedio  
 Estímase en mucho lo que mucho cuesta  
 Eunucos y niños, por qué no encalvecen

**F**altas del discípulo, se atribuyen al maestro  
 Falsedad del hombre  
 Fama buena  
 Favorece Dios las buenas obras y trabajos  
 Fingir, cuándo es lícito  
 Fingir y disimular, es muy fácil en las mujeres  
 Fortaleza y valentía de mujeres

**H**állase Dios en los trabajos  
 Hartura ni descanso no se halla en las cosas de la tierra  
 Hechiceros, siempre son muy desdichados  
 Hermosura, cuán poco dura  
 Hermosura, los daños que causa  
 Hermosura perfecta, está en sólo Dios  
 Hermosura, y sus excelencias  
 Hijos habidos siendo de pocos años y de muchos  
 Hijos de mala madre  
 Hombre, cómo ha de emendar a su mujer con industria  
 Hombre, disimule las faltas de su mujer y mire por su honra  
 Hombre, es de mayor excelencia que la mujer  
 Hombre, huya del consejo de la mujer deshonesto y mala  
 Hombre, no alabe ni publique las gracias de su mujer  
 Hombre, no se debe sujetar de su mujer  
 Hombres continentales y castos  
 Hombres que han repudiado o muerto a sus leales mujeres por amor de sus amigas  
 Hombres viciosos que murieron en el acto carnal  
 Homicida, es siempre atormentado de inquietud y temor  
 Hora de la muerte, lo que entonces se encomienda a los amigos nunca se olvida  
 Humildad  
 Humilde, busca invenciones para disminuirse y deshacerse  
 Humilla Dios a sus siervos para levantarlos más

**I**ndustria y arte, lo que alcanza y doma  
 Inobediencia  
 Inquietar y provocar a mal a las monjas, es pecado gravísimo  
 Instrucción para el gobierno de la prelada  
 Instrucción para las maestras de novicias

**L**ealtad, deben guardarse los casados  
 Lección de libros buenos, los provechos que hace  
 Lección de libros profanos, los daños que causa  
 Leche, cuál es mejor para criar el niño  
 Lugar sancto, se ha de escoger para servir a Dios  
 Lujuria, el daño que hace en la salud y vida corporal



Lujuria, los grandes daños que hace en los príncipes  
Lujuria, no perdona a nadie  
Lujuria, perjudica mucho a la vista  
Lujuria, qué sea y sus efectos  
Lujuria, trae consigo el castigo

**M**adrastras, cómo se han de haber con sus alnados  
**M**adres, cómo han de criar sus hijas en virtuosas costumbres  
Madres, críen sus hijos a sus pechos  
Maestra, conozca bien las condiciones de sus discípulas  
Maestra de novicias, lo que ha de enseñar  
Maestra, ha de ser estimada de sus discípulas  
Maestra, imponga luego en virtuosas costumbres a sus discípulas  
Maestra, lleve con paciencia los trabajos de su oficio  
Maestra, tenga valor y pecho para corregir y castigar  
Maldiciones, cuán malo es echarlas  
Maldiciones, tenidas por suficiente pena de graves culpas  
Memoria de Dios, refrena los vicios y alcanza consuelo espiritual  
Menstruo, los daños que hace  
Morir al mundo  
Mortificarnos, para alcanzar de Dios lo que le pedimos  
Mujer buena, sus grandes bienes y excelencias  
Mujer, en perdiendo la honestidad y vergüenza comete cualquiera maldad y traición  
Mujer, es antojadiza  
Mujer, es muy poderosa para el mal  
Mujer, ha de ser crecida de cuerpo  
Mujer, ha de ser tratada con cortesía  
Mujer huidiza, si se ha de buscar  
Mujer mala, es muy interesable  
Mujer mala, los ensayos que hace para ser querida  
Mujer mala, sus condiciones y propiedades  
Mujer muy retórica, es molesta a su marido  
Mujer tocada de mal amor, cómo ha de ser corregida  
Mujeres, los bienes que por ellas han venido a algunos hombres  
Mujeres, no se debe decir mal dellas  
Mujeres que se han convertido en hombres

**N**iña, lo que se le ha de enseñar  
**N**iña, sea enseñada en las cosas del servicio de Dios  
Niño, el recogimiento con que se ha de criar  
Niño, luego ha de ser impuesto en virtuosas costumbres  
Niños, los meses que pueden tardar en nacer  
Niños, lleven con paciencia las madres sus muertes  
Nueras, deben reverenciar sus suegras

**O**bedecer a los prelados, aunque sean malos  
**O**bediencia  
Obediencia, lo que con ella se granjea

Obediencia prompta  
 Ocasiones malas, se han de huir  
 Ocasión para bien  
 Ociosidad, vicio aborrecible en las mujeres  
 Ofensa de Dios, los daños que trae consigo  
 Oficios, hanse de dar a los experimentados  
 Ofrenda de la ramera, comparada en la sancta Escripura a la del perro  
 Olor, no da sustancia ni mantenimiento  
 Olores suaves  
 Orfeo, por qué causa le mataron las mujeres

**P**aciencia  
 Padres, son premiados de Dios si crían bien sus hijos  
 Pecado, el remordimiento que deja en la conciencia  
 Pecador desamparado de Dios, todos le persiguen  
 Perseverancia  
 Piedad en animales  
 Pobreza sancta  
 Prelado, lo que ha de hacer por sus ovejas  
 Premio, ofrécele Dios al gusto de cada uno  
 Preñada, el apercibo que ha de hacer para el parto  
 Presenta Cristo a su eterno Padre los trabajos de sus siervos  
 Pródiga es la mujer para cumplir sus antojos  
 Profesiones, veinte y cuatro  
 Prometer Dios galardonar las buenas obras, importa mucho para subirlas de punto

**R**amera, cuán vil y abatida cosa es y ha sido siempre  
 Ramera, es muy costosa al que la sustenta  
 Ramera, es muy interesable  
 Ramera, nunca medra con sus torpes ganancias  
 Referir a Dios todo bien, y no a sí propia  
 Religión, aunque es pobre tiene mucho que dar  
 Religión, así como el bueno viene a ella por su bien, así el malo viene a ella por su mal  
 Religión, convierte los vicios en virtudes  
 Religión, qué cosa sea  
 Religión, es un puerto seguro  
 Religión, la merced que hace Dios al que trae a ella  
 Religión, los bienes y excelencias de este estado  
 Religión, los buenos efectos que causa este estado  
 Religiosa, huya de las malas conversaciones y vanos pensamientos  
 Religiosa, huya del mundo y de sus cosas  
 Religiosa, la honestidad y limpieza con que se ha de conservar  
 Religiosa, no se descuide de obrar bien por estar en la religión  
 Religiosa que no sigue la vida y pasos de su Capitán y Patrona, es causa de risa y escarnio  
 Religiosa, viene a la religión a padecer trabajos y persecuciones  
 Remedios contra el vicio carnal  
 Reprehensión a las que impiden a otras no sean religiosas  
 Reprehensión a una religiosa errada

Resignar la propia voluntad en las manos de Dios

**S**abías mujeres  
Sacerdote, érale prohibido el casarse con ramera y el mirarla  
Sacramento del matrimonio, y con lo que es más engrandecido  
Sacrificarse a Dios con obra y voluntad  
Sacrificio de la ramera, mandaba Dios no fuese recibido en el templo  
Secreto, se preciaron guardar algunas mujeres  
Secretos, si se deben descubrir a mujeres  
Señal para conocer en el primero parto las veces que una mujer ha de parir, y los que serán hijos  
o hijas  
Señales para conocer a quién ama una persona  
Señoras que se preciaron de hilanderas y de hacer otras labores  
Seguir a Dios es suma felicidad  
Seguir el ejemplo del Capitán y Señor  
Servir a Dios con fervor  
Sibilas, fueron muy sabías y profetisas  
Sirviendo a Dios se goza de la verdadera quietud  
Soberbia, trae inquieta y desconsolada a la religiosa  
Sobresaltos con que andan los sensuales amadores  
Sufrir con paciencia las injurias

**T**ener a Dios presente para no le ofender  
Tercerías, malas  
Tesoro, no se ha de descubrir  
Trabajar, nos conviene en esta vida  
Trabajar por Dios, en poco tiempo luce mucho  
Trabajos, con el favor de Dios se hacen suaves  
Trabajos, con la memoria de la muerte son fáciles de llevar  
Trabajos pasados por Dios, el alegría que causan  
Trajes costosos de mujeres  
Trajes nuevos, vedados

**V**elo de las monjas, lo que significa  
Véngase la mujer, aun del enemigo muerto  
Vengativa es la mujer  
Venus, a sola esta diosa era sacrificado el puerco, y por qué  
Venus casaron con Marte los poetas, porque adónde está la lujuria allí están los pleitos, muertes  
y crueldad  
Venus, dos se veneraron: honesta y deshonesta  
Vergüenza  
Vergüenza en el pecador, suele ser causa de convertirle  
Vestidura, en esta vida ha de ser áspera y despreciada para merecerla preciosa y gloriosa en la otra  
Virgen, las excelencias de este estado  
Vírgines Vestales  
Virginidad, el cuidado con que debe guardarse  
Virginidad, remedios para conservarla  
Virtud, el ánimo que se ha de poner para alcanzarla

Vista de la mujer, es muy peligrosa  
 Viuda, aconséjese con gente virtuosa y sabia  
 Viuda, ame el encerramiento  
 Viuda, cuán bien le está no tornarse a casar  
 Viuda, de lo que más se debe preciar para conservar su virtud y buena fama  
 Viuda, doctrine y enseñe a sus hijos  
 Viuda, el poner su afición en las cosas de la tierra la impide el servir y amar a Dios perfectamente  
 Viuda, guarde su honestidad en su vestido y traje  
 Viuda, lo que ha de enseñar a sus hijos  
 Viuda, ociosa regalada  
 Viuda, qué criados ha de recibir y tener  
 Viuda, sea caritativa con los pobres  
 Viuda, sea honesta en su persona  
 Viuda, sea humilde  
 Viuda, sea templada en el comer y beber  
 Voto, es muy acepto a Dios  
 Voto, para cumplirle son menester otras virtudes  
 Voto, se ha de cumplir

**A**QUÍ se da fin a la Tabla Alfabética de los cinco Tratados de la *Vida política de los estados de mujeres*, a honra y gloria de Jesucristo, Redemptor y Señor nuestro, y de su purísima Madre la Virgen María, nuestra Señora, y del seráfico padre san Francisco, con favor y auxilio de los cuales esta obra ha salido a luz; el cual humildemente invoco para que otros dos Tratados de *Vida Política*, tocantes a la reformación de las costumbres de diversos estados, que quedo acabando, los vea en el mismo punto, para gloria de su divina Majestad (de quien todo bien procede) y provecho de su república cristiana. Y si a esta obra le diere Dios ventura para que sea bien recibida y acepta, esto me alentará a sacar con brevedad a luz lo que prometo. El Espíritu Sancto lo ordene como más se sirva y nos dé su gracia. Amén.

L A V S D E O